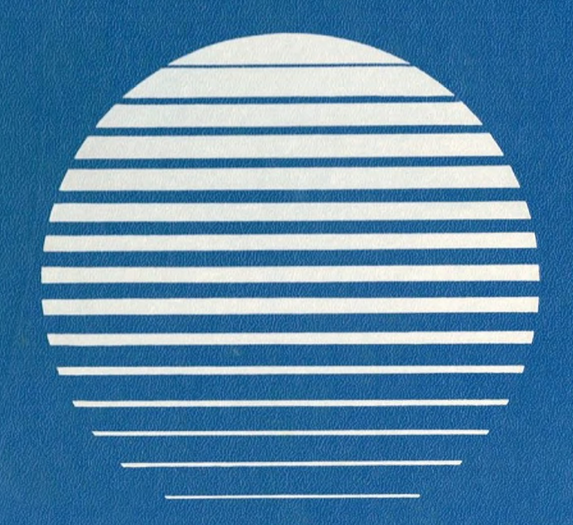
# HISTORIA MUNDIAL DEL SIGLO XX





# HISTORIA MUNDIAL DEL SIGLO 20

VOLUMEN SEGUNDO

Edición internacional dirigida por
**A. J. P. Taylor** y **J. M. Roberts**






EDITORIAL VERGARA
BARCELONA

## DOCUMENTACIÓN GRÁFICA

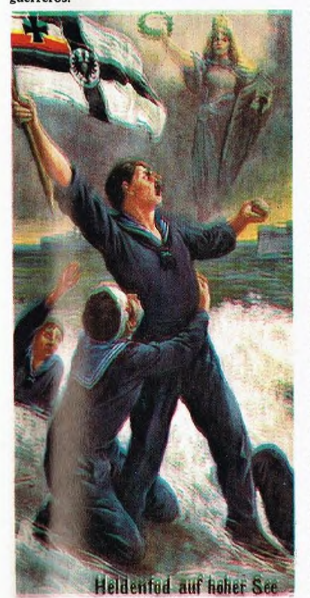
L. Alonso (Madrid); Archivo Casasola; Archivo Fotográfico Mondadori; Archivo Vergara; Ève Arnold (F. Magnum); Art Institute of Chicago; *L'Assiete au Beurre* (París); A.J. Barker; C. Barker; Bayer. Armeemuseum (Munich); Museo Militar de Belgrado; Ian Berry (F. Magnum); Bertarelli (Milán); Bettmann Archive; Bibliothek für Zeitgeschichte (Stuttgart); Bradford City Library; British Museum (Londres); Brown Brothers; Colección René Dazy; Colección Viollet (París); Conservative Research Department; Archivo Histórico de la Nación (Rep. Argentina); Chicago Historical Society; Culver Pictures Inc.; China Pictorial; Emil Chuthess; *De Nieuwe Amsterdammer; Der Welt Spiegel; Domenica del Corriere;* Edistudio (Barcelona); Fawcett Library; Fine Arts Publishing Co. Ltd.; Ediciones Fisa; Galleria Bergamini (Milán); Geernsheim; Martin Gilbert; GLC Photo Library; Paul Gori; Kenneth Griffith Collection; Harlingue (F. Viollet); Heeresgeschichtliches Museum (Viena); *L'Illustration;* Imperial War Museum; India Office Library; Instituto de Historia de la Ciudad (Barcelona); Instituto Luce; Keystone; *Kladderadarsch;* R. Lehman Collection, Nueva York (F. Giraudon); *London Express and News;* London Museum; London School of Economics; London Transport Board; Macmillan Co. (Nueva York); Magnum; Mander & Mitchenson; Mansell; Ministry of Defense (Naval Department), Londres; Musée Carnavalet (París); Musée de L'Armée, Invalides (París); Musée de la Guerre (París); Musée des Arts Decoratifs (París); Musée des Beaux Arts (F.P. Giraudon); Musée des Beaux Arts (Ruán); Musée Royal de L'Armée (Bruselas); Museo d'Arte Moderna (Milán); Museo della Fanteria (Roma); Museo della Guerra (Rovereto); Museo de Mons; Museo di Storia Contemporanea (Milán); Museum of Modern Art (Nueva York); National Army Museum (Sandhurst); National Gallery (Londres); National Gallery of Canada; National Maritime Museum (Greenwich); National Portrait Gallery; Nerbini; Novosti; The Omnibus Society Collection; *La Presse Socialiste* (F. Tasiemka); *Le Petit Journal; Le Petit Journal Illustré* (F. Snark); Paul Popper; *Punch;* Radio Times Hulton Picture Library; Francisco X. Ráfols; Editions Rencontre; *Le Rire;* Theodore Roosevelt Association; Patricia Rosenwald; SCR Photo Library; Gabriel Serra (Barcelona); *Simplicissimus;* Snark International; Staatsbibliothek (Berlín); Südd-Verlag (Munich); Hans Tasiemka; Oscar Tellgman; Tretyakov Gallery; Ullstein; Ulk (F. Tasiemka); Ulster Museum (Belfast); Victoria and Albert Museum (Londres); Vhú (Praga); Roger Viollet; Wiener Library (Londres); Agencia Zardoya (Barcelona); A. Zerkowitz (Barcelona).

 Título original: *History of the 20th Century*
Traducción de Jaime Berenguer Amenós, Carlos Pujol, J.G. Larraya, Esteban Riambau y J.C. García-Borrón
Depósito Legal: B. 39 247 (II) - 71. Impresión: Publicaciones Reunidas, S. A. Alfonso XII s/n - Badalona
Impreso en España - Printed in Spain

# Venganza en el mar

**Lo inimaginable había sucedido: la «Royal Navy» había perdido una batalla naval. En Gran Bretaña la reacción fue inmediata y drástica: al cabo de pocos días, los potentes cruceros de batalla «Inflexible» e «Invincible» zarpaban rumbo al Atlántico Sur en busca del desquite.**

**«La muerte de los héroes en alta mar», tarjeta postal alemana. Mientras su barco se hunde, el valeroso marinero mantiene en alto la bandera de la Marina alemana, y una valquiria le tiende una corona de laurel y le espera para llevarle al Valhala, recompensa de los fieles guerreros.**




Al estallar la guerra, la escuadra alemana del Asia oriental, a las órdenes del vicealmirante conde Maximilian von Spee, se encontraba muy dispersa; pero, el 12 de octubre, todas sus más potentes unidades, el *Scharnhorst*, el *Gneisenau*, el *Nürnberg* y el *Leipzig* se encontraban ya en la isla de Pascua, donde se les reunió el crucero ligero *Dresden*. Éste traía noticias de la reacción británica ante las últimas hazañas de Spee, que tuvo así una idea aproximada de las fuerzas que le presentarían batalla.

Estas fuerzas no eran muchas. Si lo que el capitán del *Dresden* dijo a Spee era cierto, los únicos buques británicos que había al oeste del cabo de Hornos eran el viejo crucero acorazado *Monmouth*, el moderno crucero ligero *Glasgow* y el mercante armado *Otranto*, mientras que al este del cabo de Hornos, en la base británica de aprovisionamiento de Port Stanley (islas Malvinas), el jefe de esta dispar y poco lucida colección de buques, el vicealmirante sir Christopher Cradock —seguramente en espera de que le enviaran refuerzos más efectivos—, aguardaba a bordo del acorazado *Good Hope*.

Spee pensó que, si éstas eran las únicas fuerzas navales que por el momento se le oponían, no había tiempo que perder; se proveyó de combustible, gracias a los barcos carboneros que había hecho acudir de antemano a la isla de Pascua, y el 18 de octubre se hizo a la mar, primero rumbo a la isla de Más Afuera y luego hacia la costa chilena. Al atardecer del día 30 de octubre, Spee se encontraba a unos 65 kilómetros de Valparaíso, y veinticuatro horas más tarde recibió la noticia de que el crucero ligero británico *Glasgow* estaba en Coronel, a unos 400 kilómetros en dirección sur.

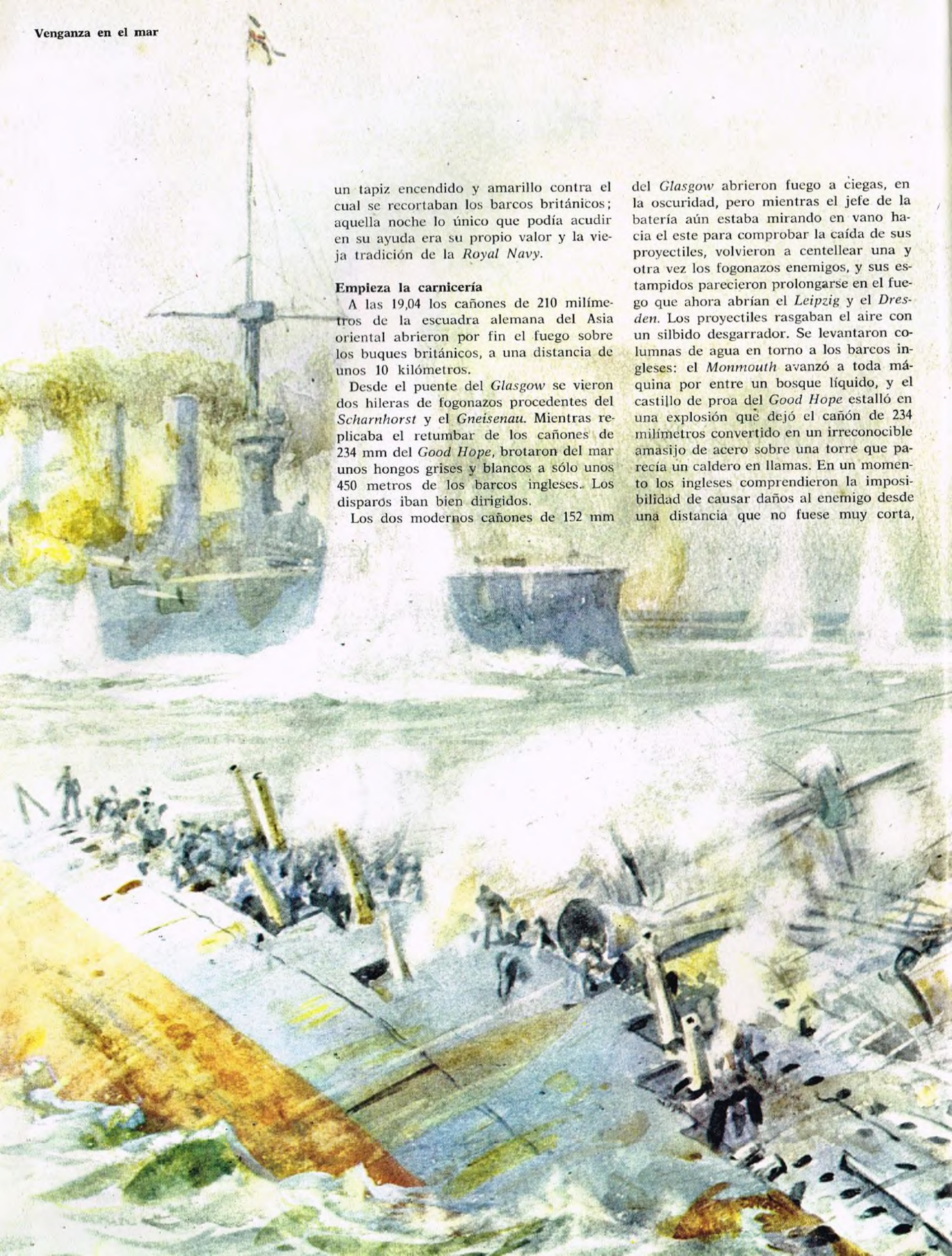
### Frente a Coronel

Después de destacar al *Nürnberg* para que recogiera instrucciones en Valparaíso, Spee condujo su escuadra hacia el sur con objeto de cortar el paso al crucero británico, y acaso con la esperanza de encontrar otros barcos ingleses. Hacia las cuatro de la tarde del domingo (1.º de noviembre de 1914), sus barcos estaban frente a Coronel, y a las 16,25 los vigías avistaron dos buques en dirección sudoeste: eran el *Glasgow* y el *Monmouth*, a los que poco después se unirían el *Good Hope*, que tenía izada la insignia del almirante Cradock, y el mercante armado *Otranto*. Por fin ambos contendientes se habían encontrado: empezaba así el primer combate en el que buques de la escuadra alemana se alineaban en orden de batalla contra buques de la *Royal Navy*. Todo era favorable a la escuadra alemana.

Hacia las seis de la tarde las naves estaban ya dispuestas en orden de batalla, y en ese momento pareció advertirse una pequeña ventaja para los ingleses: la puesta del sol quedaba a espaldas de éstos, deslumbrando a los artilleros alemanes y convirtiendo sus buques en blancos perfectamente visibles.

Pero la distancia era excesiva para los anticuados cañones británicos; por ello, a las 18,04, Cradock adelantó sus buques cuatro cuartas en dirección al enemigo, pero éste, dotado de mayor velocidad y capacidad de maniobra, se desvió y siguió manteniéndose fuera de su alcance. Enfurecidos, los ingleses rehicieron su orden de batalla y empezaron a darse cuenta de que la situación les era evidentemente adversa; el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* surcaban las aguas a una velocidad sorprendente, las pesadas piezas de su armamento brillaban al resplandor del crepúsculo, el mar deslizábase rápidamente junto a sus altos costados y barría de vez en cuando la parte delantera de la cubierta.

Tras ellos venían los cruceros ligeros *Leipzig* y *Dresden*, y por radio se había recibido la noticia de que el *Nürnberg* se acercaba a toda máquina desde el norte. Pero lo peor para los ingleses era que, al ir anocheciendo, los barcos alemanes se confundían sobre el gris del mar y del cielo. Más avanzado el crepúsculo, salió la luna entre los gruesos nubarrones, para dibujar por unos momentos la silueta de los barcos alemanes: parecía que el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* se acercaban. Hacia el oeste, los últimos reflejos del sol transformaban el cielo despejado en



un tapiz encendido y amarillo contra el cual se recortaban los barcos británicos; aquella noche lo único que podía acudir en su ayuda era su propio valor y la vieja tradición de la *Royal Navy.*

**Empieza la carnicería**

A las 19,04 los cañones de 210 milímetros de la escuadra alemana del Asia oriental abrieron por fin el fuego sobre los buques británicos, a una distancia de unos 10 kilómetros.

Desde el puente del *Glasgow* se vieron dos hileras de fogonazos procedentes del *Scharnhorst* y el *Gneisenau.* Mientras replicaba el retumbar de los cañones de 234 mm del *Good Hope*, brotaron del mar unos hongos grises y blancos a sólo unos 450 metros de los barcos ingleses. Los disparos iban bien dirigidos.

Los dos modernos cañones de 152 mm del *Glasgow* abrieron fuego a ciegas, en la oscuridad, pero mientras el jefe de la batería aún estaba mirando en vano hacia el este para comprobar la caída de sus proyectiles, volvieron a centellear una y otra vez los fogonazos enemigos, y sus estampidos parecieron prolongarse en el fuego que ahora abrían el *Leipzig* y el *Dresden.* Los proyectiles rasgaban el aire con un silbido desgarrador. Se levantaron columnas de agua en torno a los barcos ingleses: el *Monmouth* avanzó a toda máquina por entre un bosque líquido, y el castillo de proa del *Good Hope* estalló en una explosión que dejó el cañón de 234 milímetros convertido en un irreconocible amasijo de acero sobre una torre que parecía un caldero en llamas. En un momento los ingleses comprendieron la imposibilidad de causar daños al enemigo desde una distancia que no fuese muy corta,

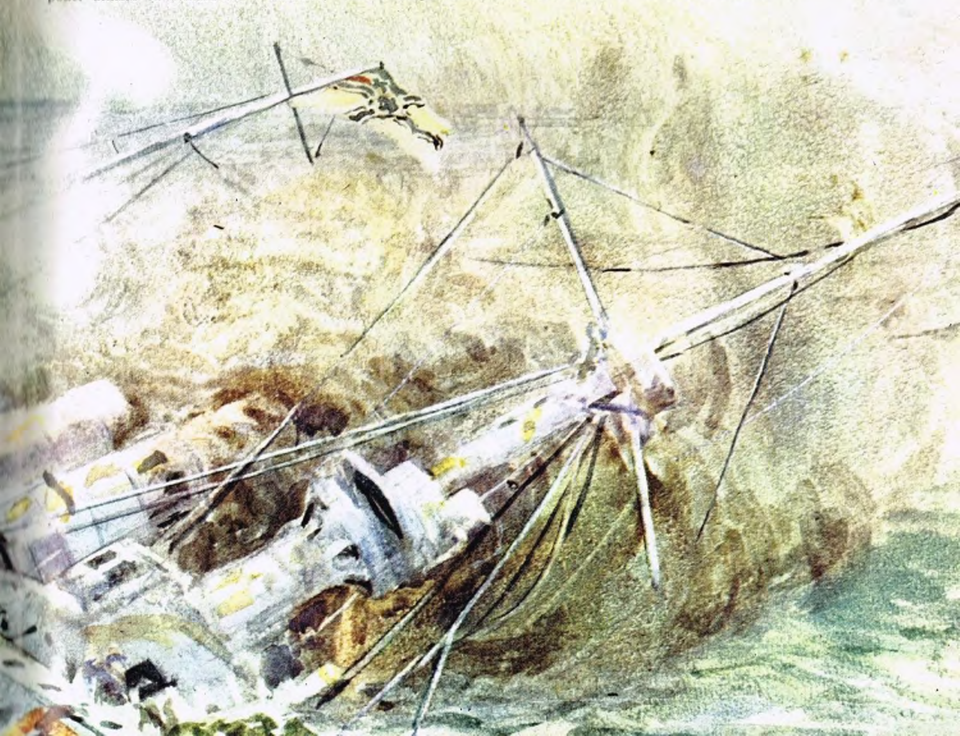
pero, antes de que pudiesen reaccionar, llegó la andanada siguiente.

El castillo de proa del *Monmouth* ardió entre encrespadas llamas; en el lado de estribor se habían declarado varios voraces incendios de los que salían oleadas de humo negro; la parte central de la cubierta del *Good Hope* despedía un abanico de chispas; su puente superior, el tope y la cofa de trinquete habían tomado un color rojizo y estaban consumiéndose a causa del estallido de un impacto altamente explosivo del *Scharnhorst*, y, cuando el incendio empezó a menguar, se encendió la cordita que estaba sobre la cubierta, y las municiones apiladas junto a las plataformas de los cañones estallaron produciendo un gran resplandor blanco.

Decidido a aproximarse con objeto de poder utilizar su armamento secundario, Cradock dirigió los barcos británicos en línea recta hacia los alemanes, pero Spee fue lo bastante hábil como para mantenerse a una distancia que permitía a sus buques permanecer indemnes mientras los de Cradock recibían un durísimo castigo. El *Monmouth*, sobre todo, fue blanco preferente de los cañones del *Gneisenau* (cuyos artilleros habían ganado la Copa de Oro del Káiser pocos meses antes) y empezó a apartarse lentamente de la línea inglesa, como empujado por el peso de su propia estructura. De su alcázar brotaban llamas y los grandes boquetes que había en la proa engullían mucha agua; peligrosamente escorado a babor, desapareció rumbo al sur y sus cañones enmudecieron.

Excepto por los constantes fogonazos de sus baterías, los barcos alemanes eran ahora completamente invisibles desde la cubierta de los británicos. El *Good Hope*, en cambio, envuelto en llamas, resplandecía como una antorcha.

Desde el comienzo de la acción, el buque insignia británico había recibido la atención exclusiva de los artilleros del *Scharnhorst*, que demostraron ser tan eficientes como sus colegas del *Gneisenau*. A las 19,40 se vio que el *Good Hope* aminoraba la marcha y se estremecía bajo la lluvia de cañonazos; su castillo de proa



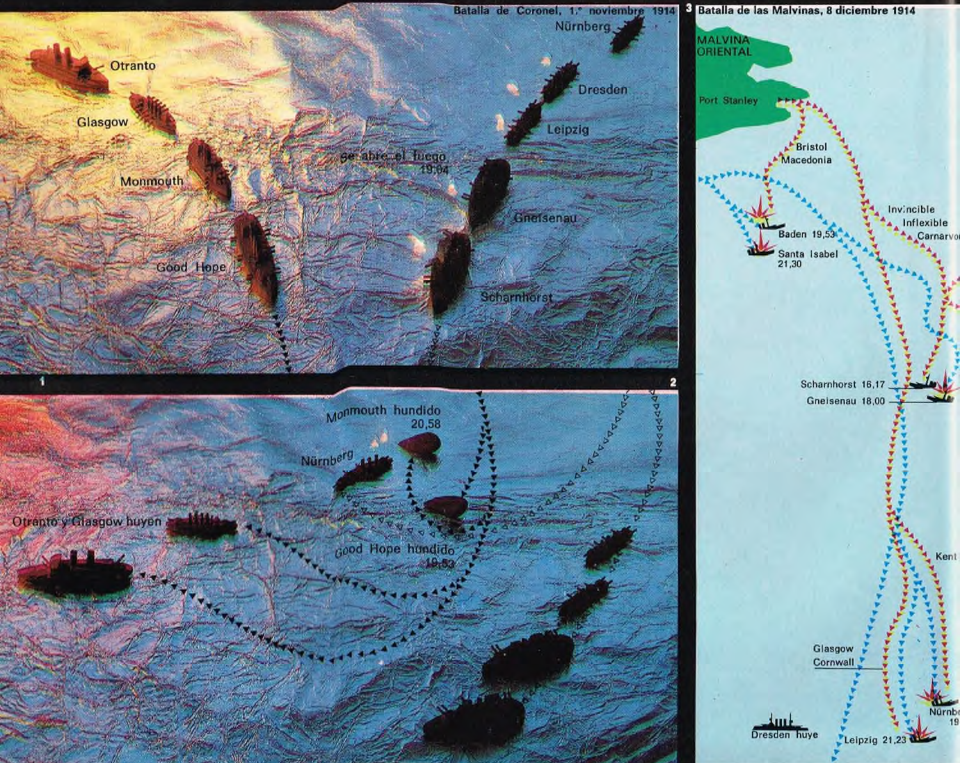
**En la batalla de las Malvinas, el *Gneisenau* y el *Scharnhorst* combatieron contra un enemigo superior. Esta pintura de W. L. Wyllie muestra a ambos buques en acción: el *Scharnhorst* se está hundiendo, y el *Gneisenau* le seguirá pronto; los británicos vengaron así su derrota en Coronel.**

**1 y 2 Atardecer del primero de noviembre de 1914: comienza la batalla de Coronel; la artillería de la escuadra alemana del Asia oriental abre fuego contra los buques británicos. Al cabo de dos horas: el *Nürnberg* ataca al *Monmouth* y lo hunde; el *Otranto* se aleja del campo de batalla, y entonces el *Glasgow* emprende también la huida; el *Good Hope* ha sido hundido. 3 La batalla de las islas Malvinas, con indicación de las horas en que se hundieron los buques alemanes. El *Baden* y el *Santa Isabel* eran barcos de aprovisionamiento, hundidos en el curso de la lucha.**

estaba ardiendo, le envolvían oleadas de nubes de vapor y de humo, y brillaba siniestramente. Luego, a las 19,42, pareció hacer acopio de sus últimas fuerzas y se dirigió en línea recta hacia sus antagonistas para atacarlos. Con rapidez, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* cambiaron ligeramente de rumbo y acortaron distancias, situándose de tal modo que pudieran lanzar toda una andanada; ante aquella cortina de fuego el *Good Hope* se vio obligado a detenerse, frustrándose así su último y desesperado intento, y retornó silenciosamente entre las líneas británicas.

Luego los incendios alcanzaron el polvorín principal: a las 19,53 —cincuenta minutos después de que fuera alcanzado por la primera andanada— el *Good Hope* fue destruido a consecuencia de una explosión que todavía perdura en la memoria de los testigos presenciales. Una ancha columna de llamas se elevó entre la chimenea central y la trasera, y llegó a alcanzar una altura de sesenta metros por encima de la cubierta; entre su horrible resplandor se vieron formas no identificables que salían despedidas por los aires hasta perderse en la oscuridad, dando vueltas y entrecruzándose por efecto de la explosión, para de pronto desaparecer, perdidas en el vacío.

Luego las olas impulsaron los llameantes restos del barco hacia la oscuridad, las llamas disminuyeron, y todo lo que quedaba de Cradock y de sus hombres fue definitivamente eliminado de la batalla.



### Una red de acero

Éste fue prácticamente el final de la batalla de Coronel. El *Otranto*, cumpliendo las órdenes de Cradock, ya había abandonado la línea de combate, y ahora el *Glasgow*, después de un vano intento de socorrer al *Monmouth*, huía también con rumbo sur. A las 20,35, el *Nürnberg* localizó al *Monmouth*, que se dirigía con grandes dificultades hacia la costa chilena, y, como el buque británico no dio la menor muestra de querer arriar su bandera, no tuvo más remedio que reanudar el combate y hundirlo. A las 20,58, las olas cubrieron finalmente la popa del crucero británico. No hubo supervivientes, como tampoco los hubo en el *Good Hope*, del que no volvió a tenerse noticia después de que las aguas le apartaran del escenario de la batalla llevándoselo a la deriva. En dos horas la *Royal Navy* había perdido dos buques y más de mil marineros y grumetes.

Cuando en Gran Bretaña se conoció el desastre, la reacción fue inmediata y drástica. El Primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill, se enteró a las 19,00 del 4 de noviembre, e inmediatamente convocó una reunión con los lores del mar. Precisamente, Fisher acababa de ocupar (por segunda vez) el cargo de Primer Lord del Mar, y este enérgico anciano no era hombre de resoluciones a medias, característica muy del agrado de Churchill.

En menos de una semana, los dos cruceros de batalla *Invincible* e *Inflexible* (tan superiores en velocidad y en armamento al *Scharnhorst* y al *Gneisenau* como los barcos alemanes lo habían sido respecto del *Good Hope* y del *Monmouth*), salieron de Devonport rumbo a las islas Malvinas. En el curso de su navegación hacia el sur se les unieron los cruceros de tipo «County» *Carnarvon, Cornwall* y *Kent*, y los cruceros ligeros *Bristol* y *Glasgow* (este último reparado a toda prisa, después de su huida de Coronel, en el astillero de Río). La escuadra estaba al mando del vicealmirante sir Frederick Doveton Sturdee; a medida que avanzaba hacia el sur, buscando los barcos de Spee por si éstos ya hubieran doblado el cabo de Hornos, su línea de exploración se alargaba cada vez más, ya que se le agregaron una serie de barcos carboneros, además de un mercante dotado de artillería, el *Orama*, y finalmente otro crucero, el *Macedonia*.

Esta escuadra, así acrecentada, llegó a las islas Malvinas el 7 de diciembre. Sturdee dio órdenes de que se concentrasen en Port Stanley y, en la parte exterior de la bahía, en Port William, para repostar carbón. Después de tan largo viaje, varios de los buques necesitaban apagar las calderas para que éstas pudiesen ser reparadas, pero el *Glasgow* y el *Carnarvon* repostaron durante la noche, mientras el *Macedonia* patrullaba por la bahía. Al amanecer del 8 de diciembre, los carboneros se arrimaron a los cruceros de batalla para empezar a satisfacer sus necesidades de combustible. Sturdee consideraba que de este modo, al cabo de diez o doce horas —de veinticuatro horas como máximo— toda su escuadra podría estar dispuesta a zarpar de nuevo y a continuar la búsqueda de los escurridizos barcos alemanes. Éste era, desde luego, su mayor problema, puesto que, con el enorme poder que tenía a su disposición, el resultado de una batalla con la escuadra del Asia oriental no dejaba lugar a dudas.

El día siguiente de su llegada a Port Stanley, poco después de las 8,30 de la mañana, mientras los barcos de guerra estaban aún repostando carbón y dos de los cruceros procedían al repaso de las calderas, sir Frederick recibió, mientras se estaba afeitando, la noticia de que el *Gneisenau* y el *Nürnberg* se acercaban a la isla y se encontraban a unos treinta kilómetros de distancia, y que tras ellos se veía en el horizonte el humo de los demás barcos de la escuadra de Spee. Dando prueba de su excepcional sangre fría, el vicealmirante se limitó a hacer el siguiente comentario: «Entonces que sirvan el desayuno a la tripulación.»

### El fatal error de Spee

Nunca sabremos con certeza por qué Spee decidió atacar las islas Malvinas, pero si hubiese ordenado un ataque inmediato a la escuadra británica mientras se encontraba anclada en las dos bahías, casi seguramente hubiese podido infligirle una derrota de proporciones espectaculares, aunque probablemente a costa de sus propios barcos y, sin duda alguna, a costa de gastar todas las municiones que le quedaban.

No obstante, afortunadamente para Sturdee, tan pronto como el capitán del *Gneisenau* dio aviso de la presencia de un considerable número de barcos de guerra británicos, Spee dio la orden: «No presentar batalla. Concentrarse rumbo sudeste. A toda marcha.»

Al obrar de este modo, el almirante alemán condenaba su escuadra al aniquilamiento, aunque ello no resultó evidente para él y para sus hombres hasta las 10,00, cuando, ante la consternación y la sorpresa de los vigías del *Leipzig*, aparecieron, por encima de la baja lengua de tierra, dos pares de mástiles en forma de trípode —el signo distintivo de los cruceros de batalla— que se dirigían a la bahía de Port William.

Desde el punto de vista británico, todo les favorecía. Tenían por delante un largo día de verano, la visibilidad era óptima, el mar sereno, el cielo despejado y de un azul pálido. A las 10,48 toda la escuadra estaba en alta mar y formaba una larga línea que se prolongaba en dirección este desde Port William: el *Glasgow* en cabeza, detrás, a unos cinco kilómetros, el *Inflexible* y el *Invincible*, luego el *Kent* a unos tres kilómetros, y a una distancia semejante el *Cornwall* y el *Carnarvon*. La velocidad de la escuadra era de 19 nudos; el enemigo estaba a unos veinte kilómetros de proa y su velocidad era sólo de unos 15 nudos.

La distancia entre los dos adversarios se fue reduciendo inexorablemente, y a las 12,57 el *Inflexible* disparó el primer cañonazo de la batalla de las islas Malvinas; su objetivo era el *Leipzig*, el punto flaco de la escuadra alemana. El tiro resultó demasiado corto, y, durante los treinta minutos siguientes, sólo se dispararon unos cuantos cañonazos ocasionales para afinar la puntería. A las 13,20 Spee hizo transmitir una orden por el código de señales: los cruceros ligeros debían separarse del resto de la escuadra y tratar de escapar. Y los dos acorazados se dispusieron valientemente a presentar batalla a sus formidables oponentes.

Tal como había ocurrido en Coronel al atardecer, las principales unidades se habían dispuesto en fila y presentaban los costados, pero ahora era la una y media de la tarde, todavía quedaban ocho horas de luz, y el mar no estaba encrespado ni había nubes de tormenta que pudiesen complicar los azares de la guerra. El *Invincible* abrió fuego contra el *Gneisenau; el Inflexible*, contra el *Scharnhorst*.

Para entonces, los cruceros británicos ligeros y de tipo *County* se alejaban de la batalla principal para perseguir a los cruceros ligeros alemanes que habían emprendido la huida. El capitán Allen, que iba a bordo del *Kent*, así describió posteriormente la escena:

«Con el sol dándoles aún de lleno, los barcos alemanes parecían recién pintados. Disparaban como si sólo tuviesen ocho minutos para batir una marca en un ejercicio de tiro; yo nunca había visto a una artillería pesada abrir fuego con tal rapidez y al propio tiempo con tanta preci-

sión. Los fogonazos se sucedían a lo largo de los costados de los buques, de proa a popa, y en cada andanada disparaban todos sus cañones de 150 y 200 mm. Los cruceros de batalla británicos eran menos visibles: el humo que despedían los envolvía, dificultándoles la vista pero también ocultándolos a la del adversario. No obstante, parecían estar disparando sin cesar, y sus granadas, de vez en cuando, hacían impacto en los barcos alemanes, mientras éstos intentaban afinar su puntería. En los primeros veinte minutos, se vio cuatro o cinco veces la humareda blanca que producía el estallido de alguna granada inglesa en el *Gneisenau*, entre nubes de humo oscuro de la pólvora, y pronto se advirtió que se había declarado un incendio cerca del palo mayor, que no tardó en desaparecer de nuestra vista.»

Además de tener una artillería más pesada y de mayor alcance, los cruceros de batalla británicos poseían otra ventaja: disparaban —por vez primera en una batalla naval— proyectiles de lidita, y este nuevo explosivo causó terribles estragos en los barcos alemanes. Spee hacía grandes esfuerzos por maniobrar, con la esperanza de que alguna repentina turbonada o un banco de niebla le permitiese huir, pero los cruceros de batalla británicos le acosaban implacables y se dedicaban a desmantelar inexorablemente la flota germana. Durante toda la tarde continuó la batalla, y a bordo de los barcos ingleses crecía la admiración por la perfecta disciplina que demostraban los artilleros alemanes, a pesar de los destrozos que se notaban en las cubiertas de sus buques.

A las 15,45 brotaron chorros de vapor de la cubierta del *Scharnhorst*, mientras la primera y la segunda chimeneas caían la una sobre la otra; una enorme hendedura incandescente se abrió en la coraza del costado, debajo del alcázar; el fuego se extendió de la proa a la popa, pero las baterías de estribor seguían disparando.

Había perdido la arboladura, el puente estaba destruido, su polvorín debía de estar casi vacío, pero su bandera seguía ondeando por encima del puesto de mando de popa. Luego, de pronto, poco antes de las 16,00, sus baterías dejaron de disparar y se le vio desviarse ocho puntos a estribor y dirigirse dando bandazos hacia sus poderosos antagonistas. Tras él, el *Gneisenau* se balanceaba sin dejar aún de hacer fuego a un ritmo rápido, y, mientras el *Inflexible* se lanzaba sobre el barco que estaba más lejos, el *Invincible* maniobró para hacer frente al buque insignia de Spee. Menos de nueve kilómetros separaban a los dos almirantes, pero pronto resultó evidente que no llegaría a producirse el encuentro: las cubiertas del *Scharnhorst* eran un mar de fuego, su velocidad iba aminorando y la nave escoraba peligrosamente.

Poco antes de las 16,10 quedaron sumergidas las barandillas de cubierta, el agua penetró en el buque y sofocó las llamas. El buque se inclinó a un costado; a través de las hendeduras de la coraza, unas cuantas figuras humanas treparon penosamente hasta ponerse de pie en el costado, contemplando los cruceros de batalla y el frío e impasible mar. Siete minutos más tarde, la proa del *Scharnhorst* se hundió repentinamente, la popa se levantó, envuelta en vapor y en humo, y, con la bandera todavía desplegada, se deslizó rápidamente bajo las aguas y desapareció, dejando en la superficie del mar tan sólo una inmensa mancha de color amarillo.

Al cabo de quince minutos el *Carnarvon* llegaba al lugar y cruzaba las teñidas aguas. No se veían ni supervivientes ni restos del hundimiento.

Para entonces, el *Invincible* se había reunido ya con el *Inflexible* y ambos cruceros de batalla dedicaban toda su atención al *Gneisenau*.

El combate estaba ya decidido, y como Sturdee no quería exponer sus barcos a riesgos inútiles, dio orden de que se mantuviesen a distancia y no se dieran prisa. De este modo, la agonía del *Gneisenau* se prolongó una hora más, el tiempo suficiente para recibir un castigo indescriptible.

Entre los palos, las cubiertas estaban destrozadas hasta el puente acorazado, y pronto incluso en éste los proyectiles abrieron grandes boquetes. La torre de popa se inclinó noventa grados. Todos los cañones de la casamata de estribor habían sido arrancados o machacados hasta quedar reducidos a informes masas de metal. La mitad de la tripulación había muerto o estaba herida, y las granadas habían puesto fin a muchos sufrimientos estallando en la enfermería y en los lavabos de los fogoneros, donde se habían improvisado algunos puestos de asistencia médica.

Luego, una granada disparada por el *Carnarvon* alcanzó el timón del *Gneisenau*, bloqueándolo, de forma que el barco giró lentamente sobre sí mismo y por primera vez las baterías de babor pudieron entrar en acción, aunque apenas contaban ya con municiones. Estos últimos cañonazos estimularon a los cruceros de batalla a reanudar el fuego y dejar fuera de combate el *Gneisenau*. Poco antes de las 17,30, el crucero alemán permanecía ya casi inmóvil en el agua, tan escorado que el mar penetraba libremente por las troneras más bajas.

Sin embargo, el *Gneisenau* no se hundía, y, para evitar que cayese en manos de los ingleses, su capitán dio orden de pegar fuego a las cargas explosivas dispuestas entre la coraza exterior y la interior del casco, y de disparar los torpedos de popa con las compuertas abiertas. Cuando faltaban pocos minutos para las seis de la tarde, el *Gneisenau* pareció estremecerse y emerger parcialmente del agua; luego se inclinó unos diez grados y pareció estabilizarse. Su tripulación —o mejor dicho, lo que quedaba de ella— dio tres vivas al Káiser y luego se deslizó por la cubierta hasta dejarse caer en las heladas aguas, junto al costado del buque; a las seis y dos minutos, la proa del *Gneisenau* se enderezó, acabó de inclinarse hacia un lado y por fin desapareció bajo las aguas, dejando el mar cubierto de restos y de marineros en lucha con las olas. Sólo ciento ochenta y siete miembros de la tripulación, entre ellos diecisiete oficiales, fueron recogidos por los botes británicos. Pero el capitán del *Gneisenau* se hundió con su navío.

De los restantes buques de la escuadra de Spee, el *Nürnberg* fue perseguido, alcanzado y hundido por el *Kent* a las 19,27; el *Leipzig* luchó valerosamente hasta las 21,23 contra el *Cornwall* y el *Glasgow;* y el *Dresden*, por el momento, consiguió huir. Llegó a Punta Arenas tres días después de la batalla, cruzó el estrecho de Magallanes, y estuvo jugando al escondite con sus perseguidores británicos hasta la mañana del 14 de marzo de 1915, cuando fue descubierto por el *Glasgow* y el *Kent*, mientras se encontraba fondeado en la bahía de Cumberland, en las islas de Juan Fernández.

Pero no hubo batalla. Su capitán izó dócilmente la bandera blanca, desembarcó a toda la tripulación en la playa y luego hizo volar la santabárbara principal. Los restos del *Dresden* todavía siguen en la bahía. Después del encarnizamiento de las dos batallas, la acción del *Dresden* pareció de escaso relieve, pero hay que recordar que el *Dresden*, originariamente, no formaba parte de la escuadra del Asia oriental. Los capitanes de Spee lucharon todos hasta la muerte y se hundieron con sus barcos.

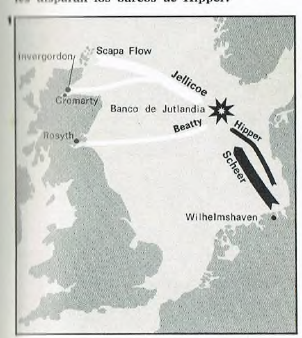
**Barrie Pitt**

# La batalla de Jutlandia

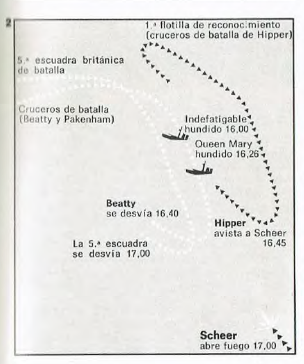
**Por fin se produjo el Trafalgar del siglo XX: el tan esperado choque entre los potentes acorazados. Las dos escuadras se enfrentaron en Jutlandia y descargaron una sobre la otra todo el furor de sus enormes cañones; pero la batalla no resolvió nada y aún hoy día no se sabe cuál de los dos bandos llevó la mejor parte. Desvanecido el sueño de una acción naval decisiva, los ingleses acentuaron el bloqueo, mientras los alemanes pusieron sus esperanzas en la guerra submarina sin limitaciones.**

**1 Los titanes levan anclas y se dirigen a sus puestos de combate en el banco de Jutlandia (31 de mayo de 1916).**
**2 Combate de los cruceros de batalla, entre las 14,15 y las 18 horas del 31 de mayo. Al carecer de polvorines herméticamente cerrados, y debido a la insuficiente protección de su blindaje, el *Indefatigable* y el *Queen Mary* hacen explosión bajo la lluvia de granadas que les disparan los barcos de Hipper.**

1




2




Con la llegada de la primavera de 1916, la Primera Guerra Mundial cumplía dieciocho meses. En tierra, los dos ejércitos enemigos habían sido incapaces de obtener una victoria decisiva y se habían inmovilizado en una lucha de desgaste que era una constante sangría para las dos partes. En el mar, las dos flotas de guerra más poderosas que había conocido la historia se acechaban a través del Mar del Norte, ambas dispuestas a entablar combate, pero sin que ni una ni otra consiguiesen condiciones favorables para presentar batalla.

La *Grand Fleet* británica, al mando del almirante sir John Jellicoe, estaba concentrada en Scapa Flow (islas Orcadas), desde donde era de prever que no sólo podría cerrar la salida del Mar del Norte, sino también interceptar la flota alemana y obligarla a aceptar batalla si amenazaba las costas británicas. La posibilidad que tenían los ingleses de descifrar los radiomensajes en clave de los alemanes les permitía anticiparse a sus movimientos.

La Flota de Alta Mar alemana, numéricamente muy inferior a su oponente, sólo podía pensar en enfrentarse a una parte de la *Grand Fleet* británica. Casi desde el mismo comienzo de la guerra su estrategia había tenido por objetivo obligar a los británicos a dividir sus fuerzas, para poder así hacerles frente. Los cruceros de batalla alemanes, al mando del contraalmirante Hipper, habían efectuado ataques por sorpresa contra las ciudades inglesas de la costa oriental; el hecho de que la *Grand Fleet* no hubiese logrado interceptarlos había dado pie a que se constituyera, al mando del vicealmirante sir David Beatty, una flota de cruceros de batalla con base en Rosyth. Cuando Hipper quiso hacer otra incursión, en enero de 1915, había sido interceptado. En la batalla de Dogger Bank, que se produjo en esa ocasión, el acorazado alemán *Blücher* resultó hundido y el crucero de batalla *Seydlitz* también había estado a punto de ser aniquilado por una granada que penetró en su torre de popa y provocó un grave incendio.

A partir de aquel momento el Káiser había prohibido que la Flota de Alta Mar se lanzara a nuevas aventuras, pero, por otra parte, los alemanes desencadenaron su primera campaña de guerra submarina sin cuartel contra la marina mercante aliada.

Durante todo el resto de 1915 la Flota de Alta Mar estuvo languideciendo en sus puertos, impaciente por entrar en acción, pero en enero de 1916 quedó bajo el mando del almirante Reinhard Scheer, quien desde el primer momento se mostró partidario de pasar de nuevo a la ofensiva. Se reanudaron las expediciones contra la costa inglesa, y, tal como ya había ocurrido anteriormente, la *Grand Fleet* —si bien estaba sobre aviso gracias a haber interceptado los radiomensajes alemanes— no había podido llegar a tiempo desde Scapa Flow para desbaratar los planes enemigos. Jellicoe se vio obligado a desprenderse de su V Flota de batalla —las unidades más rápidas y potentes del tipo *Queen Elizabeth*—, que se reunió en Rosyth con la flota de cruceros de batalla del vicealmirante Beatty.

Cuando, en mayo de 1916, se interrumpió la guerra submarina ante la amenaza de la intervención norteamericana al lado de los aliados, los submarinos alemanes volvieron a sus bases. Scheer contó entonces con las condiciones necesarias para llevar a cabo su plan, que consistía en una acción conjunta de todas las fuerzas navales, haciendo entrar en acción simultáneamente las tres armas de la flota. Las fuerzas de superficie efectuarían una salida para bombardear Sunderland y así atraer al enemigo a un lugar donde le estarían esperando los submarinos, mientras que los dirigibles Zeppelin se adelantarían a la flota alemana en misión de reconocimiento, para evitar un encuentro con una concentración enemiga superior en número.

La ejecución de este plan se había fi-

jado para finales de mayo, pero las fechas definitivas tenían que decidirse en el último momento, cuando la flota pudiese contar con la reincorporación del crucero de batalla *Seydlitz* (que estaba en reparación por los daños que le había causado una mina en una salida anterior), y cuando las condiciones atmosféricas permitieron a los dirigibles desempeñar eficientemente su misión de reconocimiento. Entretanto, los submarinos —dieciséis en total—, se hicieron a la mar, el 17 de mayo, con rumbo a sus puestos de combate frente a Scapa, a Cromarty y al Firth of Forth: dados los límites de su autonomía, el 30 de aquel mes era el último plazo posible para el ataque. Sin embargo, el *Seydlitz* no se reincorporó a la flota hasta el día 28, y por entonces el tiempo brumoso imposibilitaba los reconocimientos aéreos.

Para obviar las dificultades que pudieran surgir, se había trazado un plan de sustitución. Los cruceros de batalla de Hipper se dirigían hacia el norte partiendo de la bahía de Heligoland, y se dejarían ver ostensiblemente a lo largo de la costa noruega para que su presencia fuera denunciada a los británicos. Sin duda, los cruceros de batalla de Beatty saldrían de Rosyth en su persecución y caerían en la trampa tendida por la Flota de Alta Mar (que los estaría esperando a unas cuarenta millas al sur del punto donde se encontraría Hipper), antes que la *Grand Fleet* procedente de Scapa pudiese intervenir.

**Se tiende la trampa**

Un plan semejante —que presuponía una inverosímil credulidad de los ingleses— era cuando menos muy ingenuo, aun admitiendo que los alemanes no se hubiesen dado aún cuenta de que los ingleses sabían descifrar sus mensajes en clave. Sin embargo, cuando vieron que el mal tiempo persistía durante los días 28 y 29, los alemanes decidieron ponerlo en práctica. En la tarde del 30 de mayo se envió a la Flota de Alta Mar, reunida en Schilligrede, este breve mensaje: «31GG 2490», que significaba: «Cúmplase la instrucción secreta n.º 2490 el 31 de mayo.»

Este mensaje no dejó de ser captado por las estaciones de escucha del Almirantazgo, y, aunque se ignoraba su significado, había indicios suficientes para deducir que la flota alemana estaba preparando una operación de gran importancia. Inmediatamente la *Grand Fleet* se dispuso a hacerse a la mar; el grueso de las fuerzas, que incluía las tres unidades de la tercera escuadra de cruceros de batalla, destacados desde Rosyth para hacer prácticas de tiro, salió de Scapa Flow a las órdenes del comandante en jefe, que se hallaba a bordo del *Iron Duke*. Del estuario del Cromarty zarparon la segunda escuadra de batalla, la primera escuadra de cruceros y una flotilla de destructores. Todos estos navíos tenían que encontrarse a la mañana siguiente (día 31) en un punto situado a unas noventa millas al oeste del extremo meridional de Noruega. Una vez reunidos, constituirían una fuerza de 24 acorazados tipo *dreadnought*, 3 cruceros de batalla, 8 cruceros acorazados, 12 cruceros ligeros y 51 destructores. La flota al mando de Beatty —seis cruceros de batalla, cuatro acorazados de combate del tipo *Queen Elizabeth*, con cañones de 381 milímetros, 12 cruceros ligeros, 28 destructores y un transporte de hidroaviones— saldría del estuario del Firth of Forth y se dirigiría directamente a un punto situado a unas 120 millas al oeste del banco de Jutlandia, adonde debía llegar a las 14,00 del día 31, de forma que se habría adelantado unas 70 millas a la *Grand Fleet* en el momento en que ésta se aproximara a la bahía de Heligoland. Si para entonces Beatty no había avistado a ningún enemigo, tenía que tomar rumbo norte y reunirse con Jellicoe.

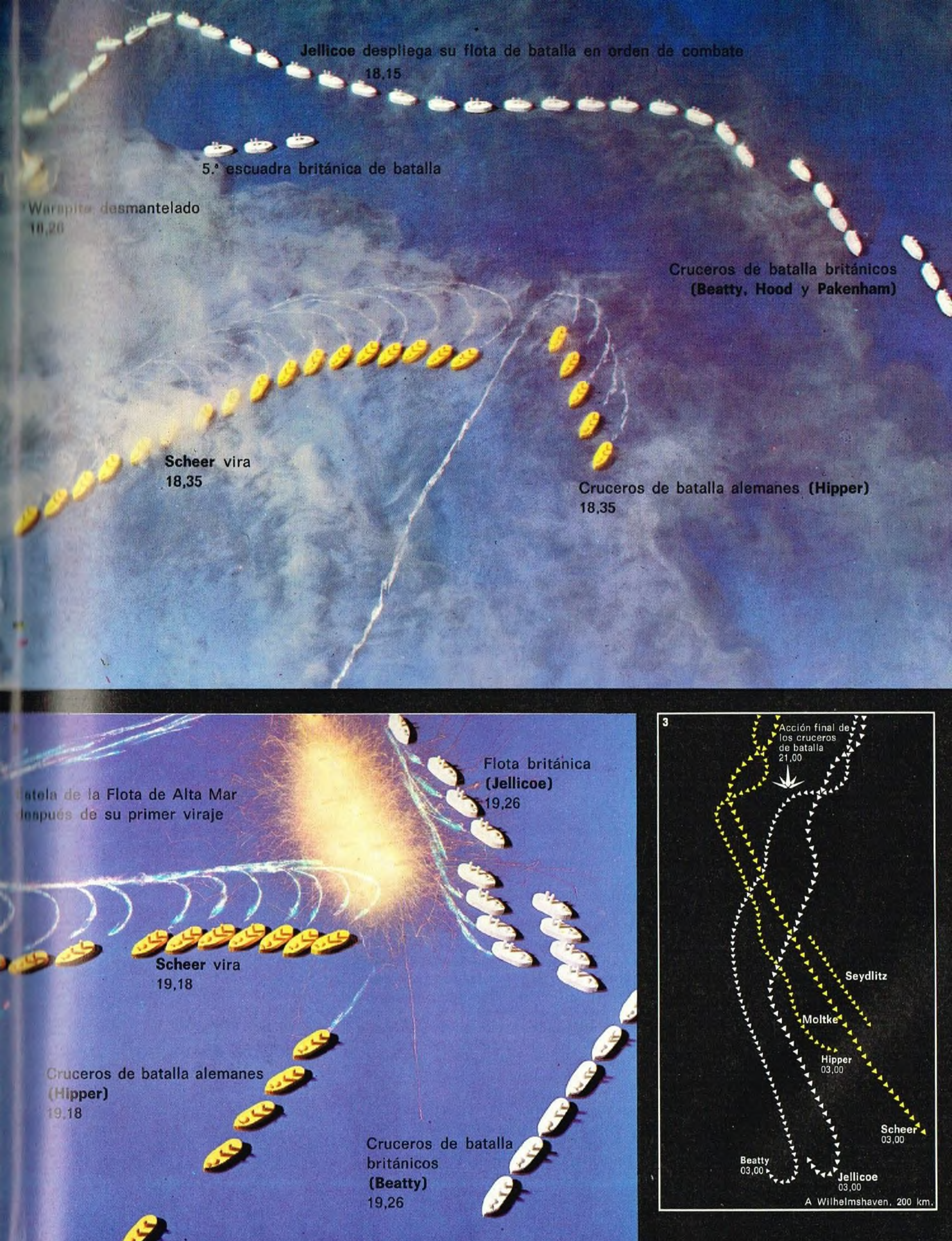
Así, pues, mucho antes de que se pusieran en práctica las primeras fases del plan de Scheer para engañar a Beatty, toda la inmensa fuerza de la flota británica estaba ya en alta mar. El autor de aquel plan podía verse cogido en su propia trampa. Scheer ya había fracasado en el primer objetivo que se había propuesto: los submarinos no habían podido llevar a cabo con éxito los ataques previstos contra las escuadras británicas cuando éstas salían de sus puertos; además, sus informes acerca de lo que habían visto sólo hablaban de varias escuadras aisladas que estaban navegando, y de este modo los alemanes ignoraban que toda la *Grand Fleet* en conjunto se había hecho a la mar.

Por lo tanto, a la una de la madrugada del día 31 de mayo, las primeras unidades alemanas, al mando de Hipper —cinco cruceros de batalla del primer grupo de exploración (el *Lützow*, buque insignia, el *Derfflinger*, el *Seydlitz*, el *Moltke* y el *Von der Tann*), cuatro cruceros ligeros del segundo grupo de exploración y 33 destructores, encabezados por otro crucero ligero— levaron anclas y se dirigieron al norte de Heligoland, a través de los tortuosos estrechos, dejando el buquefaro *Horn Reef* al este. A ochenta kilómetros de distancia les seguía Scheer, cuya bandera ondeaba en el *Friedrich der Grosse*; esta flota reunía 16 acorazados tipo *dreadnought*, 6 del tipo pre-*dreadnought*, 5 cruceros ligeros de la cuarta flotilla de reconocimiento y 39 destructores guiados por un crucero ligero.

A las 14,00 Hipper se encontraba ante el banco de Jutlandia, frente a la costa danesa, con sus cruceros ligeros de exploración extendidos formando un arco, a una distancia de siete a diez millas de los cruceros de batalla. Era un día de verano con una visibilidad perfecta, pero con posibilidades de nieblas a medida que avanzara la tarde. Beatty, que ignoraba la situación de Hipper —quien a su vez tampoco sabía nada de la presencia de su enemigo—, se encontraba a unos ochenta kilómetros al noroeste, zigzagueando a 19 nudos con rumbo este, y acercándose al límite que se le había marcado en su avance, mientras sus cruceros ligeros exploraban por parejas delante de la escuadra. La señal de virar hacia el norte se hizo a las 14,15, y fue obedecida por todos, excepto por el crucero ligero *Galatea*, que se rezagó para averiguar de dónde procedía el humo que se divisaba en el horizonte por el este. Ese humo procedía de un mercante danés, y también había atraído la atención del *Elbing*, el crucero ligero de Hipper que se encontraba más hacia el oeste. De este modo los dos barcos de guerra se avistaron, comunicaron inmediatamente la presencia del enemigo y dispararon los primeros cañonazos de la batalla de Jutlandia.

Los dos cruceros de batalla de los almirantes se dirigieron en seguida hacia el lugar donde sonaban los cañonazos y no tardaron en verse frente a frente. Entonces Hipper cambió de rumbo y se dirigió hacia el sur, para atraer a sus oponentes hacia la escuadra alemana que seguía avanzando. Ni Beatty ni Jellicoe sabían

***1* Primer combate de la flota (18,15-18,35 horas). Scheer había maniobrado hasta colocarse en la peor situación posible para un combate naval; sólo ordenando una «media vuelta» simultánea podía escapar de la trampa que tan hábilmente le había tendido Jellicoe. *2* Segundo combate de la escuadra (19,12-19,26 horas). La flota británica abrió fuego a las 19,12, pero la batalla se interrumpió cuando Scheer viró de bordo otra vez, al tiempo que lanzaba un ataque masivo con torpedos; Jellicoe replicó rápidamente, haciendo girar su propia línea de combate. *3* Pérdida de contacto durante la noche del 31 de mayo al 1.º de junio (21-03 horas); Scheer esquivó a Jellicoe y se apresuró a volver a sus bases.**



Jellicoe despliega su flota de batalla en orden de combate
18,15
5.ª escuadra británica de batalla
desmantelado
Cruceros de batalla británicos
(Beatty, Hood y Pakenham)
Scheer vira
18,35
Cruceros de batalla alemanes (Hipper)
18,35
de la Flota de Alta Mar
de su primer viraje
Flota británica
(Jellicoe)
19,26
Scheer vira
19,18
Cruceros de batalla alemanes
(Hipper)
19,18
Cruceros de batalla
británicos
(Beatty)
19,26
3
Acción final de los cruceros de batalla
21,00
Seydlitz
Moltke
Hipper
03,00
Scheer
03,00
Beatty
03,00
Jellicoe
03,00
A Wilhelmshaven, 200 km.

aún que toda la flota alemana estaba navegando por el Mar del Norte. Las estaciones de radio británicas se habían dejado engañar suponiendo que la Flota de Alta Mar seguía en sus puertos, ya que el estado mayor de Scheer había tomado la decisión de transferir la señal de llamada del buque insignia a una estación costera para que el comandante en jefe no fuese molestado por trámites administrativos.

**Los cruceros de batalla abren fuego**

El *Lion*, seguido por el *Princess Royal*, el *Queen Mary*, el *Tiger*, el *New Zealand* y el *Indefatigable* (en este orden), se lanzaron a una carrera paralela y a las 15,48 ambos bandos abrieron fuego. Hipper estaba en inferioridad numérica: había seis barcos ingleses contra cinco alemanes. Su desventaja hubiera podido ser aún mayor, y quizás entonces catastrófica, de no haber sido por la impetuosidad de Beatty, que se lanzó a perseguirle a toda marcha sin esperar a la quinta escuadra de batalla, la cual se encontraba a menos de seis millas del enemigo, pero, a consecuencia de un error en la interpretación de las banderas de señales, no ejecutó inmediatamente las órdenes de Beatty para que le siguiese. Cuando lo hizo les separaban ya 10 millas, y hasta después de veintisiete minutos de haberse iniciado la batalla los cañones de 381 milímetros de los acorazados de combate británicos no pudieron entrar en acción.

En este intervalo habían ocurrido muchas cosas. Los barcos de Hipper demostraron en seguida su superioridad artillera sobre sus oponentes, que fueron muy lentos en afinar. El *Lion*, el *Princess Royal* y el *Tiger* habían sufrido ya importantes daños antes de que un solo barco alemán recibiese un proyectil inglés; luego, aunque el *Seydlitz*, el *Derfflinger* y el *Lützow* sufrieran daños de consideración, los barcos de Hipper seguían llevando las de ganar, y a las 16,00 el barco que cerraba la fila de Beatty, el *Indefatigable*, hizo explosión y se hundió debido a que unas granadas penetraron hasta su polvorín. Casi simultáneamente, el *Lion* se salvó de correr la misma suerte inundando el polvorín de su torre central, donde había penetrado una granada disparada por el *Lützow*.

Pero en este momento la V Flota de batalla (*Barham*, *Valiant*, *Warspite*, y *Malaya*, en este orden) pudo entrar en acción. Su artillería era magnífica, y los dos barcos que formaban la retaguardia de la línea de Hipper no tardaron en ser alcanzados. El desastre habría sido total, de no ser por un defecto de las granadas británicas, varias de las cuales estallaron sin atravesar el blindaje. Sin embargo, parecía imposible que Hipper pudiese resistir el tiempo suficiente para que la flota de guerra de Scheer, que aún se veía a lo lejos en el horizonte, acudiese en su ayuda. De todos modos, los cruceros de batalla alemanes siguieron disparando con una puntería mortífera, y a las 16,26, el *Queen Mary*, acusando, como el *Indefatigable*, lo inadecuado de su blindaje, hizo explosión.

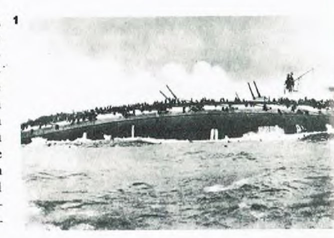
Entretanto, se estaba librando una batalla de destructores entre ambas líneas. De todos los torpedos que se dispararon, sólo uno, procedente del *Petard* británico, hizo blanco en el *Seydlitz*, pero los daños que le causó no bastaron para ponerlo fuera de combate. Fueron hundidos dos destructores británicos.

La rapidez de movimientos de la batalla había dejado rezagados a la mayor parte de los cruceros de reconocimiento de Beatty, exceptuando a la segunda escuadra de cruceros ligeros del comodoro Goodenough, que a las 16,33 había conseguido adelantarse en dos millas al *Lion*. En aquel momento Goodenough descubrió en el horizonte los palos mayores de una larga línea de barcos de guerra. Los radiotelegrafistas de los buques de la Armada británica captaron el mensaje que ya todos casi desesperaban de oir: «Avistada flota de batalla del enemigo, procedencia SE. Lleva rumbo norte.»

Hipper se había salvado en el último momento, después de concluir brillantemente su misión de atraer a Beatty. Sin embargo, este último, avisado a tiempo por Goodenough, pudo escapar a la trampa. Antes de estar a tiro de la flota de batalla enemiga, Beatty cambió de dirección y tomó rumbo norte. La quinta escuadra de batalla seguía resistiendo para cubrir la retirada de los maltrechos cruceros. Cuando también ésta se dispuso a huir, fue blanco de un intenso fuego de las flotas de batalla alemanas, y particularmente el *Malaya* sufrió daños de consideración. Por su parte, los disparos británicos causaron grandes destrozos en el *Lützow*, el *Derfflinger* y el *Seydlitz*, y también hicieron impacto en los acorazados alemanes que avanzaban en cabeza.

Ahora la situación se había invertido, y era Beatty quien estaba atrayendo al enemigo hacia una fuerza superior cuya presencia ignoraban completamente los alemanes: la *Grand Fleet*, que se dirigía hacia el sur a la velocidad de veinte nu-

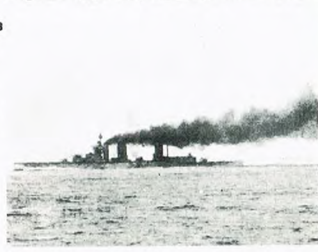
1



2



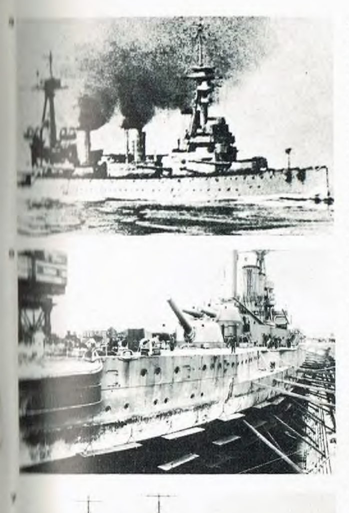
3

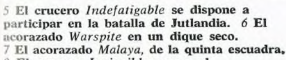


**1 El crucero alemán *Blücher* se hunde en el curso de la batalla de Dogger Bank, en enero de 1915. 2 El *Iron Duke*, buque insignia de Jellicoe. 3 El *Lion*, buque insignia de Beatty. 4 El *Derfflinger*, el crucero que hundió al *Invincible*.**

4







5 **El crucero** *Indefatigable* **se dispone a participar en la batalla de Jutlandia.** *6* **El acorazado** *Warspite* **en un dique seco.** 7 **El acorazado** *Malaya*, **de la quinta escuadra.** 8 **El crucero** *Invincible:* **como el** *Indefatigable*, **hizo explosión.**



dos. Los veinticuatro acorazados de combate de Jellicoe avanzaban en una compacta formación de seis columnas de frente, con el buque insignia a la cabeza de la más oriental de las dos columnas del centro. Antes de enfrentarse con el enemigo, tenían que desplegarse en una única línea de combate para permitir que todos los barcos pudiesen utilizar su artillería. Si este despliegue se retrasaba, las consecuencias podían ser desastrosas. Para hacer un despliegue en la forma debida era indispensable que el almirante conociese a tiempo la formación con que se presentaría el enemigo que se estaba aproximando.

Por diversos motivos —errores de cálculo sobre las posiciones de las dos partes de la flota y fallos en las comunicaciones— Jellicoe no logró reunir a tiempo la información necesaria. Y, entretanto, las dos flotas avanzaban rápidamente la una contra la otra, a una velocidad relativa de cerca de cuarenta nudos. A las 16,30, los cruceros ligeros de Beatty habían establecido ya contacto visual con la línea de cruceros acorazados que formaba la vanguardia de Jellicoe. El estruendo del cañoneo era audible ya desde las 17,50 cuando el *Malborough*, que encabezaba la columna de estribor de los acorazados de la *Grand Fleet*, vio los fogonazos por entre la bruma y el humo de las chimeneas. Seis minutos más tarde se vio, desde el *Iron Duke*, cómo los cruceros de batalla de Beatty cruzaban la línea de avance de Jellicoe, contribuyendo a oscurecer aún más el aire con su humo. Sin embargo, sólo alrededor de las 18,15, en el último momento, el almirante, que iba a bordo del *Lion*, recibió la información vital: «Flota de batalla enemiga por el sudoeste.»

## La decisión crucial de Jellicoe

Por la mente de Jellicoe, mientras se encontraba de pie con los ojos fijos en la brújula de la bitácora, sobre el puente del *Iron Duke*, desfilaron rápidamente las numerosas consideraciones de cuya adecuada interpretación dependían la manera de efectuar el despliegue y las probabilidades de victoria. La decisión que tomó Jellicoe —desplegarse por la columna del ala de babor con rumbo este-sudeste fue censurada por unos y elogiada por otros en la controversia que, acerca de esta batalla, se desarrolló con posterioridad.

El atónito Scheer, a través del humo y la bruma que le envolvían, pudo ver entre él y la retirada a sus bases una interminable línea de formas grises en las que refulgían las llamaradas de la artillería pesada, al tiempo que una lluvia de granadas empezaba a caer en torno a los primeros barcos de su línea. No le cabía la menor duda: los ingleses habían cruzado su «T»; la suya era la peor situación posible en un combate naval. Afortunadamente para Scheer, la Flota de Alta Mar había ensayado una réplica para semejante calamidad, una «media vuelta» simultánea de todos los barcos de una columna de batalla, maniobra de muy difícil ejecución para un conjunto de acorazados tan poco manejables como los de entonces. Scheer dio la orden correspondiente, y así, protegido por la cortina de humo de sus destructores, se escabulló de la trampa tan brillantemente tendida por Jellicoe.

Sin embargo, su huida fue sólo temporal. Entre él y sus bases había un enemigo cuya fuerza total aún no había podido determinar y al que debía afrontar o esquivar de un modo u otro.

Mientras se tendía esta trampa a Scheer, los alemanes conseguían algunos éxitos espectaculares. El *Warspite*, de la quinta escuadra de batalla inglesa, con el timón destrozado, se había lanzado contra la línea de batalla de Scheer, y antes de que pudiese volver a enderezar su rumbo, había quedado fuera de combate. La vanguardia de cruceros acorazados de Jellicoe había sido sorprendida a corta distancia, en el momento en que emergía de la cortina de humo, por los cruceros de batalla de Hipper y por los primeros acorazados de combate alemanes. El *Defence* se había hundido después de hacer explosión, y el *Warrior* había quedado tan maltrecho que se retiró del combate dando bandazos y se hundió cuando regresaba a puerto. Más tarde, los cruceros de batalla alemanes se habían enfrentado con los tres cruceros de batalla agregados a la *Grand Fleet* y en un duelo a corta distancia habían sufrido destrozos considerables; pero, a su vez, habían conseguido hundir al *Invincible*, cuyo polvorín fue alcanzado, como lo fueron los del *Indefatigable* y del *Queen Mary*.

No obstante, éste fue el último éxito importante de los alemanes. Habían luchado magníficamente y, valiéndose de unos barcos de concepción más moderna y de mejores municiones, habían salido mucho mejor librados de los combates, si bien el *Lützow* estaba ya totalmente desarbolado y se alejaba cansinamente del campo de batalla, y sólo los demás cruceros de batalla lograban salvarse gracias a su sólida construcción y bien concebida distribución interior. Pero Scheer



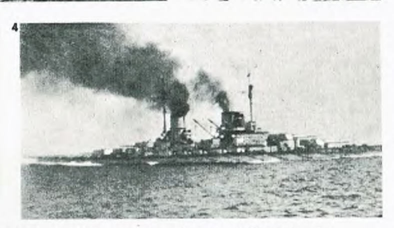


Así vio el pintor W. L. Wyllie uno de los momentos de la batalla naval de Jutlandia (pintura reproducida con la autorización del conde Beatty, comandante de la flota de cruceros de batalla que participó en el combate).

1

2

3

4


*1* **El** *Friedrich der Grosse,* **buque insignia de la escuadra alemana.** *2* **El almirante Scheer; a pesar de haberse dejado coger en una trampa, consiguió, con suerte y habilidad, poner a salvo su escuadra.** *3* **El contraalmirante Hipper, cuyos cruceros de batalla fueron los primeros en abrir fuego en este choque de gigantes.** *4* **El buque insignia de Hipper: el crucero de batalla** *Lützow.*

se veía ahora forzado a mantenerse a la defensiva, aunque todavía no había comprendido que tenía en frente a toda la *Grand Fleet.* Tan pronto como, al iniciar la retirada, disminuyó el fuego concentrado que pesaba sobre su vanguardia, Scheer cambió de rumbo una vez más, con la esperanza de pasar por detrás del enemigo y encontrar libre el camino de huida hacia el buque faro de Horn Reef y, en último término, hallar seguridad detrás de sus propios campos de minas. Se dirigió de nuevo hacia la interminable línea de *dreadnoughts,* de los cuales sólo podía ver los vacilantes resplandores anaranjados de las andanadas. Una vez más tuvo que retirarse apresuradamente para evitar ser aniquilado.

Mientras trataba de burlar el acoso enemigo, lanzó a sus castigados cruceros de batalla a un ataque de retaguardia, y dio orden a sus flotillas de destructores de que los apoyaran con un ataque de torpedos en masa. Los primeros sobrevivieron milagrosamente a un nuevo martilleo de la artillería británica, antes de recibir la orden de retirarse. Los segundos lanzaron un total de veintiocho torpedos contra la línea enemiga. Ellos fueron quienes más contribuyeron a salvar del desastre a la Flota de Alta Mar, arrebatando a Jellicoe los frutos de su magistral maniobra.

La réplica a un ataque masivo de torpedos por destructores, que podían ser respaldados por torpedos de largo alcance disparados por los acorazados de combate que se retiraban, había sido cuidadosamente estudiada. Había varias alternativas; la única realmente eficaz, en opinión de Jellicoe, era un viraje simultáneo de su propia línea de batalla. Y ésta fue la orden que dio rápidamente: un giro de 45 grados.

**Pérdida de contacto**

Las dos flotas de batalla navegaban ahora en dos rumbos divergentes, y no tardaron en perderse recíprocamente de vista. Mientras tanto, los veintiocho torpedos habían sido esquivados —ni uno de ellos hizo blanco—, y, cuando la línea de combate británica volvió a desviarse para establecer nuevo contacto, más de 25 kilómetros separaban a Jellicoe de Scheer. Faltaba menos de media hora para la puesta del sol. No obstante, el largo crepúsculo de verano ofrecía aún tiempo suficiente para que la lucha se reanudase en condiciones favorables para Jellicoe, si éste conseguía virar inmediatamente e interceptar al enemigo. No lo hizo así hasta que fue ya demasiado tarde, por diversas razones, entre las cuales no fue la menos importante la incapacidad de sus fuerzas de reconocimiento para mantenerle informado de la posición y de los movimientos del enemigo (sobre este punto se concentró, más tarde, la mayor parte de las críticas que se le hicieron).

De hecho, la vanguardia de la flota de batalla alemana fue fugazmente avistada por la más próxima división de acorazados británicos justamente cuando Jellicoe, que no estaba dispuesto a aceptar los azares de un combate nocturno, ordenaba que su flota se alejase y adoptase una formación compacta para navegar de noche. Se había dejado escapar una oportunidad que no volvería a presentarse.

Sin embargo, en esa situación, las perspectivas que tenía Scheer eran francamente sombrías. Entre él y sus bases se interponían unas fuerzas enemigas abrumadoramente superiores. A menos que pudiese rodearlas durante la noche, al amanecer debería presentar batalla nuevamente, y, con un largo día de verano por delante, estaba condenado al aniquilamiento. Decidió que su única esperanza era abrirse paso por la fuerza y sin tener en cuenta las consecuencias; por lo tanto, ordenó que su flota tomara rumbo hacia el buque-faro de Horn Reef a una velocidad de 16 nudos.

Jellicoe, tras haber dispuesto su formación nocturna y haber situado a sus flotillas (muchas de las cuales aún no habían entrado en acción) en la retaguardia, seguía un rumbo ligeramente convergente con el de Scheer, pero a un nudo más de velocidad. Desde el punto de vista de Jellicoe, Scheer tenía que elegir entre dos rutas: la de la entrada de los estrechos, que empezaba en el buque-faro de Horn Reef, o la del sur, en dirección a la caleta alemana, delante de la cual había que virar hacia el este para rodear las zonas minadas. La diferencia de velocidad mantendría a la *Grand Fleet* entre Scheer y estas últimas. Si se decidía por la primera ruta, tenía que pasar por detrás, pero muy cerca, de las flotas de batalla de Jellicoe, y allí se encontraría con todas las flotillas británicas que le causarían graves pérdidas y que mantendrían informado a Jellicoe.

Pero lo que ocurrió fue que las flotillas británicas no hicieron ni una cosa ni otra: sus únicas víctimas fueron, en una serie de choques nocturnos, el viejo acorazado *Pommern* y un crucero ligero, y no transmitieron ninguna información acerca de



«Oficiales de la Marina, 1914-1918», cuadro de sir Arthur S. Cope. Aparecen aquí, entre otros, Beatty (en primer término, a la izquierda), que en Jutlandia tuvo a su mando los cruceros de batalla; Sturdee (sentado en el centro, a la derecha), jefe de la escuadra que en las Malvinas vengó la derrota de Coronel, y Jellicoe (en el extremo de la derecha), almirante jefe en la batalla de Jutlandia.

la posición y el rumbo del enemigo. Por otra parte, el Almirantazgo interceptó y comunicó a Jellicoe un mensaje dirigido por Scheer a su flota, pero no le pasó otro mensaje posterior, en el que Scheer solicitaba un reconocimiento aéreo de la zona del Horn Reef al amanecer: tal vez esta noticia hubiera servido para resolver el problema del almirante británico.

Como no estaba seguro de los movimientos del enemigo, Jellicoe siguió adelante durante toda la noche. Scheer pasó por detrás de su flota y al amanecer se hallaba milagrosamente a salvo. La batalla de Jutlandia había terminado.

La polémica sobre quién había sido el vencedor iba a durar decenios. Los hechos escuetos —que la propaganda alemana explotó a fondo, calificándolos de gran victoria, pero que el Almirantazgo británico expuso simplemente— eran que una fuerza británica superior en número había perdido tres acorazados de combate, tres cruceros y cierto número de destructores, contra un crucero de batalla, un acorazado pre-*dreadnought*, cuatro cruceros y varios destructores alemanes hundidos.

Todavía hoy, cuando han transcurrido más de cincuenta años, no es fácil establecer con seguridad a qué bando correspondió la victoria o la derrota. Las pérdidas británicas fueron en buena parte resultado del débil blindaje de sus cruceros de batalla, lo cual permitía dotarlos de unos cañones más grandes (cuyas granadas, sin embargo, no llegaron a atravesar los blindajes enemigos). Aún así, uno de los supervivientes cruceros de batalla alemanes llegó a su puerto semihundido y otro era un espantoso amasijo de chatarra, con más de doscientas bajas.

La Flota de Alta Mar ya no estaba en condiciones de presentar combate en la mañana del primero de junio de 1916, y sólo podía dirigirse a sus puertos y refugios, que por fortuna tenía cerca. La *Grand Fleet* estaba casi intacta y dispuesta a reanudar la lucha. Quizá pueda decirse que Jellicoe perdió la batalla de Jutlandia y que Scheer no hizo otra cosa que evitar la aniquilación de su flota.

Los resultados inmediatos de la batalla no significaron un triunfo claro para ninguno de los contendientes. Cuando Scheer volvió a sacar de sus puertos la Flota de Alta Mar en agosto de 1916 (exceptuando al *Seydlitz* y al *Derfflinger*, que seguían en reparación), escapó por muy poco de caer en otra trampa como la de Jutlandia, esta vez sin que tuviera a su alcance ninguna base segura, a pesar del reconocimiento que desde el aire efectuaban los dirigibles. Tanto Scheer como el Estado Mayor del Káiser se convencieron, finalmente, de que eran excesivos los riesgos que implicaría otra batalla naval. La Flota de Alta Mar, cuya construcción había costado tanto y que había tenido el objetivo de desafiar el poderío naval de Gran Bretaña, fue destinada a una misión defensiva. Había que volver a la guerra submarina sin limitaciones, lo que iba a provocar la entrada de los Estados Unidos en la contienda.

De todos modos, la actitud defensiva de la Flota de Alta Mar obligó a que la inmensa *Grand Fleet* británica destinara a su vigilancia a muchos millares de marineros experimentados y a un centenar de cazatorpederos, que hubieran podido ser mucho más útiles combatiendo contra los submarinos. Por otra parte, la inactividad a que se veía sometida la Flota de Alta Mar fue destruyendo la moral de las tripulaciones hasta convertirlas en un foco de rebelión y descontento. En agosto de 1917 Scheer tuvo que sofocar un verdadero motín. Un año más tarde, cuando el nuevo jefe, Hipper, ordenó que la flota se hiciera a la mar, estalló una revuelta que fue el punto de partida de la desintegración de la Alemania del Káiser. Tal vez ésta sea la consecuencia más importante de Jutlandia, si se tiene en cuenta el desarrollo de toda la guerra.

**Donald Macintyre**

# El bloqueo naval

**En la lucha naval estaba en juego el definitivo resultado de la contienda, puesto que cada uno de los bandos podía ser estrangulado por un bloqueo suficientemente eficaz. Gran Bretaña tenía de su parte la superioridad numérica de su flota de superficie; Alemania, la efectividad destructiva de sus submarinos.**

**El caricaturista holandés Raemaekers muestra aquí al Káiser bajo los efectos de una prensa hidráulica cuyo plato superior tiene forma de buque de guerra y lleva la inscripción «bloqueo naval».** *Abajo:* **Alemania acaricia su último retoño, un submarino, bajo las complacidas miradas del Káiser y del almirante Tirpitz, que sonríen desde sus retratos.**







Un mes antes del estallido de la guerra, Gran Bretaña comenzó un «bloqueo distante» destinado a controlar las salidas del Mar del Norte. Ello resultaba posible por la situación geográfica de las Islas Británicas, que dominan los pasos que conducen de los mares exteriores a los puertos alemanes del Mar del Norte y del Báltico. El plan británico era que la Flota del Canal —con base en Dover y Portsmouth, puertos del estuario del Támesis—, cerrase el estrecho de Dover a Calais, y que la *Grand Fleet*, mucho más poderosa y con base en Scapa Flow, en las Orcadas, destacase una serie de cruceros o de mercantes armados (la llamada Patrulla del Norte) para vigilar las remotas y tempestuosas aguas que se extienden entre las islas Shetland e Islandia y Noruega. Este era el plan de bloqueo que fue puesto en práctica en agosto de 1914.

**Contrabando y submarinos**

Recientes avances técnicos hacían anticuado el concepto de un bloqueo próximo. Las minas, sobre todo, demostraron ser por sí mismas un potente instrumento de bloqueo, y los dos bandos echaron un gran número de ellas, para lo cual enviaron sus submarinos a las cercanías de las bases y puertos del enemigo. Las primeras minas británicas, al igual que sucedía con los torpedos, eran muy ineficaces, y no fue hasta 1917 cuando se logró producirlas en cantidad según los modelos alemanes.

El Almirantazgo británico esperaba que la réplica de los alemanes al bloqueo adoptaría la forma tradicional de ataques al comercio efectuados por cruceros y mercantes armados. Ésta era una forma de guerra perfectamente legal, sujeta a los reglamentos incorporados en la Convención de La Haya sobre la seguridad de las tripulaciones de los buques mercantes capturados. De hecho, los cruceros corsarios alemanes observaron escrupulosa y humanitariamente estas convenciones. Pero, en julio de 1915, todos los cruceros corsarios que habían sido armados al comienzo de las hostilidades habían sido destruidos y el poder naval de los aliados dominaba de tal modo los mares exteriores y los océanos que el comercio alemán había sido casi totalmente yugulado, salvo en el Báltico. Muchos cargueros alemanes buscaron refugio en puertos neutrales y comenzó la transferencia a embarcaciones de estos países de la carga destinada a Alemania, con lo que los fletes subieron enormemente y las naciones neutrales comenzaron a obtener grandes beneficios.

El 20 de noviembre de 1914, un pequeño buque mercante británico fue hundido por un submarino alemán en el Mar del Norte y su tripulación quedó abandonada en los botes, contrariamente a la Convención de La Haya. Pronto se produjeron otros hundimientos por obra de submarinos, y se presentó una situación para la cual la *Royal Navy* no estaba preparada y de la que derivaron graves implicaciones. El 11 de marzo de 1915, el Gobierno británico publicó una orden —que fue considerada como una represalia contra el uso de los submarinos— declarando que las mercancías destinadas a Alemania podían ser incautadas aunque el buque que las transportase estuviese consignado a un puerto neutral. La verdadera causa de que se publicara esta orden era que el Gobierno británico se había dado cuenta de que los países escandinavos y Holanda importaban ciertas mercancías —puestas en la lista británica de contrabando— en cantidades mucho mayores que las de anteguerra. Resultaba claro que estas cantidades adicionales eran transferidas a Alemania, y que las flotas de dichos países estaban reemplazando a la inmovilizada flota mercante alemana.

En aguas británicas, el bloqueo operaba mediante estaciones de control que examinaban la carga de los buques interceptados y que se incautaban de las mercancías en los casos de flagrante violación a las disposiciones sobre contrabando. Diversos departamentos procuraron además controlar el comercio exterior de los países neutrales, aplacándolos en ocasiones mediante la compra de las cargas interceptadas, en lugar de proceder a su mera incautación. Con todo, se produjeron serias dificultades con los países neutrales, a causa de la larga retención o del hundimiento de los buques interceptados, y el Gobierno británico tenía que proceder con

muchas precauciones, especialmente para no herir las susceptibilidades norteamericanas, excitadas por los germanófilos estadounidenses; a congraciarse a los norteamericanos le ayudó en gran manera el proceder de los propios alemanes, especialmente cuando éstos hundieron el *Lusitania*, el 7 de mayo de 1915, con graves pérdidas de vidas humanas, entre las que se incluían 128 civiles estadounidenses.

La réplica alemana a la intensificación del bloqueo británico fue declarar, el 4 de febrero de 1915, que todas las aguas en torno a las Islas Británicas eran «zona de guerra», donde cualquier buque podía ser hundido sin previo aviso. Así comenzó la primera campaña submarina sin limitaciones, que duró hasta agosto, cuando las protestas de los neutrales forzaron al Gobierno alemán a volver a procedimientos más mesurados. Sin embargo, el tonelaje hundido por los submarinos alemanes en esta etapa (748.914 toneladas en el año 1915) causó gran ansiedad a los aliados y debía haberles movido a adoptar el remedio adecuado: la organización de convoyes no se llevó a cabo por la tenaz resistencia que mostró el Almirantazgo.

El invierno de 1915-1916 vio revivir la actividad de los corsarios alemanes de superficie, que eran ahora mercantes disfrazados, en lugar de buques de guerra. Cinco de tales embarcaciones fueron puestas en servicio, y una de ellas (el *Möwe*) efectuó dos expediciones y hundió 122.000 toneladas. Dos de estas embarcaciones fueron capturadas al comienzo, pero las otras lograron eludir la caza y la última no fue eliminada hasta comienzos de 1918.

A pesar del éxito obtenido por la primera campaña alemana de guerra submarina ilimitada, a fines de 1915 la situación era, en lo que se refiere al bloqueo y al contrabloqueo, favorable a los aliados. Con la situación estacionaria de la guerra en el frente occidental, el bloqueo comercial de Alemania ganaba importancia. Por ello, el Gobierno británico creó, en febrero de 1916, un Ministerio del Bloqueo destinado a coordinar las medidas políticas y administrativas necesarias para yugular los recursos de los Imperios centrales. El nuevo ministerio fue elaborando unos métodos de control del comercio marítimo mundial, apoyado en las informaciones de los agentes navales destacados en los consulados de todos los puertos importantes. El ministerio pudo así establecer listas de las firmas que comerciaban con el enemigo y presionar sobre ellas valiéndose de los medios más diversos. Puesto



**Un submarino alemán detiene en alta mar un buque mercante. El contrabloqueo llevado a cabo por los submarinos alemanes creó graves dificultades a la Gran Bretaña; pero, arma de dos filos, contribuyó, con el hundimiento de buques neutrales, a la entrada de los Estados Unidos en la guerra.**

que las finanzas británicas controlaban el crédito y los seguros en gran parte del mundo, y podían denegar uno y otros a las firmas sospechosas de tratar con los alemanes. Al propio tiempo, el control británico sobre la mayor parte de las comunicaciones alámbricas e inalámbricas del mundo hacía más fácil una buena información acerca de las verdaderas actividades de cada compañía. En última instancia, si un buque zarpaba con un cargamento considerado ilícito, se pedía al Almirantazgo que interviniera y lo interceptara.

Por otra parte, el Ministerio del Bloqueo limitaba las exportaciones hacia los países neutrales a las mismas cifras de antes de la guerra, y adquiría previamente toda la producción de mercancías vitales para las necesidades bélicas del enemigo, tales como los minerales especiales (por ejemplo el wolframio) usados en la fabricación de armamento. Una de las primeras acciones del ministerio fue la publicación (29 de febrero de 1916) de una lista negra de las firmas de los países neutrales con las que se prohibía todo trato.

Los alemanes tenían que responder a esta escalada del bloqueo británico y en marzo de 1916 reanudaron la guerra submarina sin limitaciones, consiguiendo acto seguido hundir un considerable número de buques (126.000 toneladas en abril). Las pérdidas de vidas norteamericanas y las protestas consiguientes les movieron a moderar un tanto dicha actividad, pero en septiembre volvieron a reanudarla y, pese a las medidas adoptadas por el Almirantazgo (campos de minas, redes antisubmarinas, patrullas de superficie y «buques Q» o «buques misterio»), lograron hundir 147.000 toneladas en octubre. El problema resultaba grave para los aliados, ya que sus pérdidas de tonelaje aumentaban considerablemente (en el año 1916 ascendieron a 1.237.634 toneladas), mientras que las pérdidas de submarinos alemanes no resultaban satisfactorias en comparación con el ritmo a que eran construidos: desde el comienzo de la guerra hasta fines de 1916 los aliados sólo habían logrado hundir 46 submarinos.

Pero en los últimos meses de 1916 la situación tampoco era buena para los alemanes, que sufrían seriamente a causa del bloqueo. La prioridad dada al abastecimiento de las tropas causó un grave empeoramiento en la situación de la población civil. Las cosechas de 1915 a 1916 habían sido malas, debido en gran parte a la carencia de importaciones de abonos; los territorios conquistados en el Este no habían logrado suplir las mercancías que dejaban de importarse de ultramar; los productores nacionales acaparaban los alimentos o los vendían en el mercado negro; la ración alimenticia de la población civil empeoraba y la falta de tejidos se agudizaba cada vez más. Las perspectivas eran negras. Tal fue la situación que movió al Gobierno alemán a adoptar, en febrero de 1917, la desesperada medida de acentuar la guerra submarina contra la navegación mercantil, lo cual condujo a la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

**S. W. Roskill**



# Verdún

**Antes de la Primera Guerra Mundial, casi nadie podía imaginar qué atroces carnicerías habrían de producirse en Verdún y en el Somme. El total de muertos, heridos y desaparecidos en estas batallas —británicos, franceses y alemanes— fue bastante superior a un millón y medio. Otras bajas fueron los generalísimos francés y alemán, los primeros ministros de Gran Bretaña y de Francia... y la mayor parte de los ideales que los pueblos habían puesto en la guerra.**

*Izquierda:* **Verdún bajo el bombardeo del 26 de marzo de 1916. Cuadro de François Flameng.** *Abajo:* **un soldado francés, con careta antigás, monta guardia en una de las entradas del fuerte de Souville, en Verdún. Dicha fortaleza, que formaba parte de la principal línea de defensa francesa en la orilla este del Mosa, resistió con gran firmeza todos los ataques enemigos.**



El año 1916 fue la gran encrucijada de la Primera Guerra Mundial. A partir de entonces todos los caminos tomaron direcciones distintas. Fue el año que vio cómo se desvanecían las esperanzas alemanas de obtener una victoria total y desaparecían las perspectivas aliadas de ganar la guerra con las tácticas y los recursos empleados, y sin la ayuda directa de los Estados Unidos. Fue también el último año en que Rusia se mantuvo todavía como una gran potencia militar, y en los últimos meses Gran Bretaña tuvo que cargar con el peso principal del frente del Oeste. Fue asimismo el último año en el que el «antiguo mundo» de antes de 1914 tuvo todavía una posibilidad de supervivencia gracias a una paz negociada. Finalmente, 1916 fue el año de la artillería pesada y —con la excepción de la hecatombe de 1918— el año en que se produjo mayor número de bajas.

En 1916 hubo dos batallas terrestres que se convirtieron en símbolo de la Primera Guerra Mundial para la generación de la posguerra: Verdún y el Somme. Verdún fue, entre 1915 y 1918, la única ocasión en la que los alemanes se desviaron de su provechosa estrategia de permanecer a la defensiva en el Oeste y de dejar que los aliados se desangraran en sus intentos de tomar una línea casi inexpugnable.

Hacia fines de 1915 se había conseguido inmovilizar completamente un frente estático que iba desde Suiza hasta el Canal de la Mancha. En el Marne los alemanes no habían conseguido ganar la guerra pese a asestar un formidable golpe a enemigos numéricamente superiores, si bien sufriendo tres cuartos de millón de bajas. Al tratar de expulsarles de su país, Francia había tenido 300.000 muertos, y otras 600.000 bajas, entre heridos, prisioneros y desaparecidos. El poderío naval de Gran Bretaña se había visto impotente para arrebatar los Dardanelos a Turquía; Rusia, aislada, se tambaleaba de derrota en derrota, pero, a pesar de ello, las potencias centrales no podían decidir la guerra en los ilimitados espacios del Este.

Estas primeras pérdidas y decepciones no habían minado la moral de combate de ninguno de los dos bandos. Los combatientes de Francia y de Alemania no eran ya los inexpertos fanáticos de 1914, pero tampoco eran aún los fatigados veteranos de 1917-1918. En las fábricas de armamento de ambos bandos, los programas de producción para la artillería habían alcanzado su punto culminante. En Gran Bretaña, el ejército de reclutas de Kitchener estaba a punto de sustituir a las «primeras cien mil bajas».

El 2 de diciembre de 1915, Joffre, el «vencedor del Marne», fue nombrado generalísimo de las fuerzas francesas en todo el mundo. Este ingeniero de sesenta y tres años, que tenía poca experiencia en el manejo de la infantería, se convirtió así indiscutiblemente en la máxima autoridad militar del bando aliado, y su nuevo nombramiento le permitió concentrar todas las fuerzas en el frente del Oeste. Cuatro días después Joffre sostuvo una histórica entrevista con los jefes aliados en su cuartel general de Chantilly. En esta reunión se trazaron los planes de una ofensiva coordinada que debía llevarse a cabo en el curso del verano, en la cual intervendrían todos los aliados. La parte esencial de esta ofensiva sería una acometida francobritánica a ambos lados del río Somme, y en ella intervendrían cuarenta divisiones francesas y veinticinco británicas. Detrás de este sector del frente no había objetivos estratégicos: Jofre lo había elegido en la suposición de que podría contar más plenamente con la participación británica si los soldados ingleses luchaban codo a codo con los franceses.

Sir Douglas Haig, que acababa de sustituir al general French en el mando supremo de las tropas británicas en Francia, hubiese preferido lanzar un ataque en Flandes (idea a la que habría de volver un año más tarde con consecuencias desastrosas); sin embargo, después de una reunión con Joffre, que tuvo lugar el

29 de diciembre, consintió en dar su adhesión a la estrategia del Somme. Pero, en el otro lado del frente, el jefe del Estado Mayor alemán, general Erich von Falkenhayn, tenía también sus planes: los alemanes se preparaban para atacar a los aliados.

**Desangrar a Francia**

Las perspectivas del Ejército alemán no habían de volver a parecer tan brillantes como a fines de 1915. A mediados de diciembre, Falkenhayn preparó para el Káiser un largo memorándum en el cual se argumentaba que el único modo de conseguir la victoria era destrozar el principal instrumento de los aliados, el Ejército francés, induciéndolo a defender una posición indefendible. Verdún, encaramada en la parte extrema de un largo saliente a unos 280 kilómetros al sudeste del punto donde Joffre pensaba atacar en el Somme y a unos 330 kilómetros al este de París, reunía todas las condiciones que necesitaba Falkenhayn.

La historia de Verdún como campamento fortificado se remonta a la época de los romanos, cuando ya Atila lo consideró digno de ser incendiado. En el siglo XVII, Vauban, el gran ingeniero militar de Luis XIV, había hecho de Verdún la fortaleza más sólida de todo el cordón que protegía Francia; en la guerra franco-prusiana de 1870 había sido la última de las grandes plazas fuertes francesas que se rindieron, resistiendo más que Sedán, Metz y Estrasburgo. Después de 1870 se había convertido en el bastión principal de la cadena de fortalezas que guardaban la frontera de Francia con Alemania. En 1914 había sido un inconmovible punto de apoyo para la línea francesa, y sin él Joffre no hubiese podido resistir en el Marne y salvar París.

De estos datos históricos y del carácter nacional francés, Falkenhayn deducía que Francia se vería obligada a defender hasta el último hombre esa ciudadela casi sagrada. Amenazando Verdún con un modesto despliegue de sólo nueve divisiones, esperaba atraer al grueso del Ejército francés hasta el saliente, donde la artillería pesada alemana lo haría pedazos martilleando desde tres lados.

En palabras del mismo Falkenhayn, Francia iba a sufrir una «sangría» definitiva. Ésta era una concepción totalmente nueva en la historia de la guerra, y como muestra la misma metáfora empleada, muy sintomática de esta gran guerra cuyos principales dirigentes se permitían hablar de vidas humanas como si se tratara de glóbulos sanguíneos.

El V Ejército, al mando del heredero del Káiser, el Kronprinz, fue el designado para llevar a cabo esta victoriosa operación. Día y noche, los grandes cañones y los trenes repletos de municiones empezaron a afluir hacia el V Ejército. Con la ayuda de los ferrocarriles que había tras el frente, los preparativos se hicieron con asombrosa rapidez y en gran secreto. A comienzos de febrero de 1916 ya se habían emplazado más de 1.200 cañones sobre una extensión lineal de frente de apenas trece kilómetros. Más de 500 de estos cañones eran «pesados», entre ellos 13 morteros «Gran Berta» de 420 milímetros, el «arma secreta» de 1914 que había hecho pedazos los fuertes belgas supuestamente inexpugnables. Nunca se había visto una semejante concentración de artillería.

Verdún estaba situada en el tortuoso curso del Mosa, a menos de dieciséis kilómetros de las líneas alemanas. La mayoría de sus 15.000 habitantes habían abandonado la ciudad cuando la guerra llegó a sus puertas en 1914, y sus calles estaban ahora llenas de tropas.

En contraste con las llanuras de Flandes y del Somme, Verdún estaba rodeada por escarpadas colinas que proporcionaban unas líneas naturales de defensa sumamente sólidas. Las alturas que se encontraban en lugares clave habían sido reforzadas por tres círculos concéntricos de poderosas fortalezas subterráneas, con un total de veinte fortificaciones principales y cuarenta accesorias.

Todas ellas estaban magníficamente situadas de modo que sus cañones pudieran desalojar a la infantería enemiga cuando se presentase en las prominencias vecinas. Protegidas por una capa de hormigón de unos dos metros y medio de grosor, con una solidez suficiente incluso para resistir al «Gran Berta» alemán, algunos de los fuertes principales, como por ejemplo el de Douaumont, estaban provistos de artillería pesada y de ametralladoras que disparaban desde torretas retráctiles de acero. Los fortines exteriores, situados en posiciones elevadas y unidos entre sí por pasadizos subterráneos, permitían repeler un ataque procedente de cualquier dirección; en cada uno de sus sótanos, blindados, cabía hasta un batallón de infantería.

Estos fuertes distaban entre ocho y dieciséis kilómetros de Verdún. Entre ellos y la tierra de nadie se extendía una red protectora de trincheras, reductos y alambradas, semejante a la que podía verse a lo largo de todo el frente del Oeste.

Con todo, sólo en teoría Verdún merecía su fama de ser la fortaleza más sólida del mundo: en realidad, a pesar de su reputación, o quizá debido a ella, en febrero de 1916 las defensas de Verdún se encontraban en un estado deplorable. La suerte que habían corrido los fuertes belgas había movido a Joffre a evacuar las guarniciones de infantería de los fuertes de Verdún, y a retirar muchos de sus cañones. Las mismas tropas, relajadas por una estancia de tantos meses en un sector tan tranquilo y «seguro», sufrían además la perniciosa influencia de uno de los climas más ingratos, húmedos y enervantes de toda Francia. Las primeras líneas de trincheras de Verdún eran relativamente insignificantes al lado de los terraplenes inmensamente hondos que los alemanes habían construido en los puntos vitales del frente del Oeste. Y, en contraste con los sesenta y dos batallones de tropas de asalto que el Kronprinz tenía dispuestos para el ataque, en las trincheras francesas sólo había treinta y cuatro batallones, algunos de los cuales eran unidades de segunda clase.

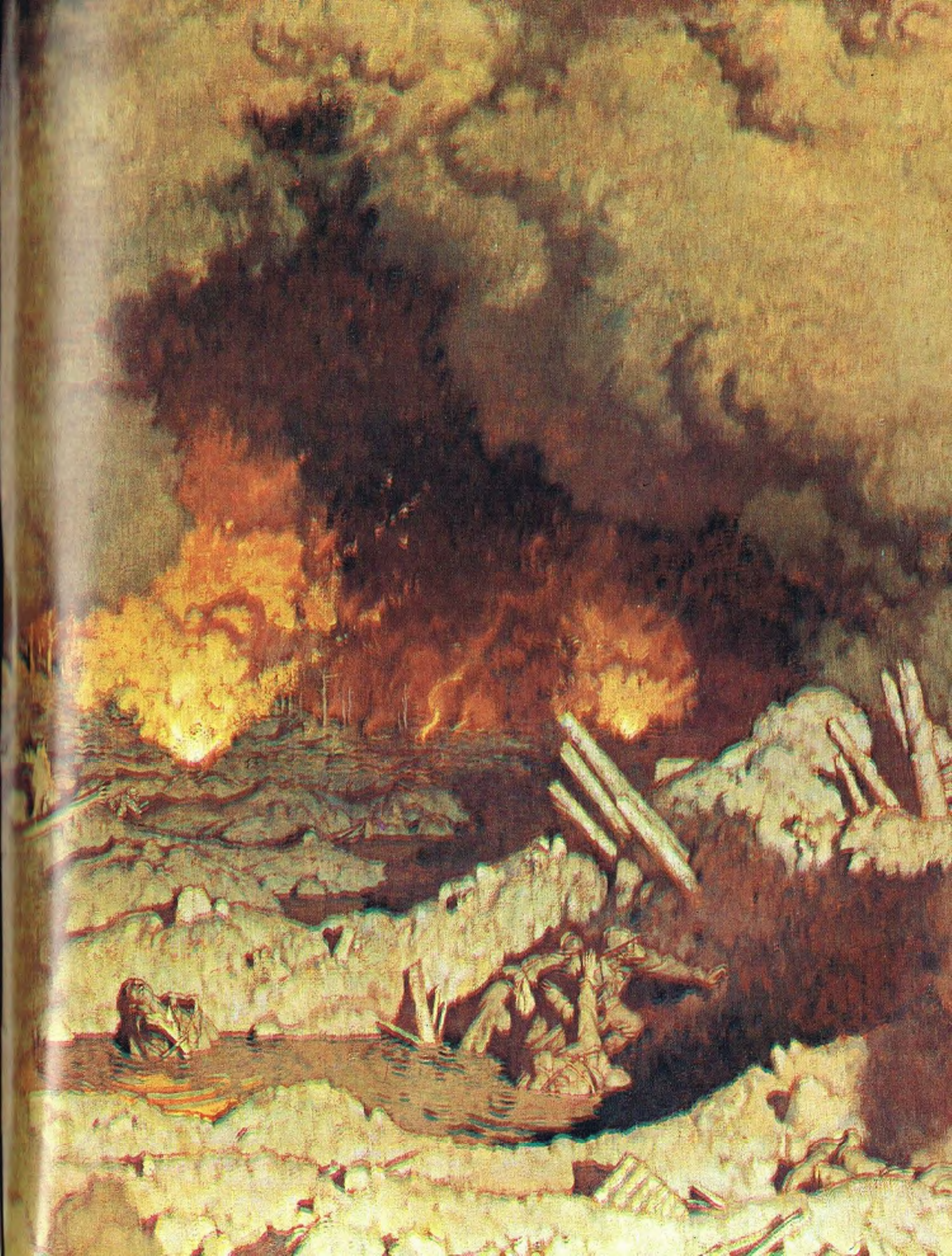
Un eminente oficial francés, el teniente coronel Emile Driant, que mandaba dos batallones de *chasseurs* («cazadores») en el mismo extremo del saliente, previno al Alto Mando francés de la inminencia del ataque y de las malas condiciones en que se encontraban las defensas de Verdún, pero el imperturbable Joffre apenas le prestó atención.

**Heroica resistencia francesa**

Después de un aplazamiento de nueve días debido al mal tiempo (el primer revés importante que sufrieron los planes alemanes), el bombardeo empezó al amanecer del 21 de febrero. Se prolongó durante nueve espantosas horas. No se había visto nunca nada semejante ni siquiera en el frente del Oeste, tan saturado de granadas. Las trincheras francesas, muy mal acondicionadas, fueron arrasadas, y muchos de sus defensores enterrados vivos. Entre las unidades que soportaron el embate del bombardeo figuraban los *chasseurs* de Driant.

A las cuatro de la tarde el bombardeo se interrumpió y las primeras tropas de asalto alemanas salieron de sus posiciones

*Derecha:* **la lucha en Verdún vista por un artista francés, George Leroux, que titula «Infierno» su dantesca visión.**



1

*1* Caricatura de Raemaekers. El *Kronprinz* dice a su padre: «Para divisar Verdún necesitamos que el montón sea más alto.» *2* El campo de batalla. *3* Pintura de Max Rabes acerca de la lucha en Verdún.

Batalla de Verdún
Febrero-junio 1916

Cota 304
Mort-Homme
Douaumont
Vaux
Souville
Verdún
«Voie Sacrée»
R. Mosa
Carretera de Verdún

FEB 21-26
Ataques por la orilla derecha
Línea del frente
MAR — JUN
Ataques por la orilla izquierda
Ataques por la orilla derecha
Línea del frente
Fuertes franceses

1 2 3 4 5 6 7 Km

3

ocultas. En realidad, se trataba tan sólo de una vasta operación exploratoria que tenía por objeto averiguar cuáles eran las zonas más débiles del frente francés. En la mayoría de los lugares los alemanes fueron rechazados. A la mañana siguiente se reanudó el brutal bombardeo. Parecía imposible que alguien pudiese sobrevivir en aquel terreno tan metódicamente machacado. Sin embargo, con una heroica tenacidad que iba a inmortalizar la defensa francesa, durante largos meses los sobrevivientes continuaron haciendo frente al invisible enemigo desde lo que quedaba de sus trincheras.

En la tarde del día 22 de febrero la primera oleada del grueso de la infantería alemana se lanzó al ataque. La línea defensiva cedió; Driant fue muerto por un tiro en la cabeza cuando se retiraba con los restos de sus *chasseurs.* De estos dos batallones, formados por unos 1.200 hombres, sólo un puñado de oficiales y unos 500 soldados, muchos de ellos heridos, consiguieron huir a la desbandada hacia su retaguardia. Pero, una vez más, la heroica resistencia francesa obligó a retroceder a las tropas de asalto alemanas, en espera de que a la mañana siguiente se produjera el tercer bombardeo preparatorio.

El 23 de febrero hubo indicios de creciente confusión y alarma en los diversos puestos de mando que había ante Verdún. Las granadas habían cortado las líneas telefónicas; los correos no acertaban a abrirse paso; unidades enteras desaparecían de la vista de sus jefes. La inevitable consecuencia era una sucesión de órdenes y contraórdenes. Una a una las baterías francesas fueron suspendiendo el fuego, mientras algunas bombardeaban sus propias posiciones creyendo que éstas habían sido ya abandonadas al enemigo.

**«¡Sálvese quien pueda!»**

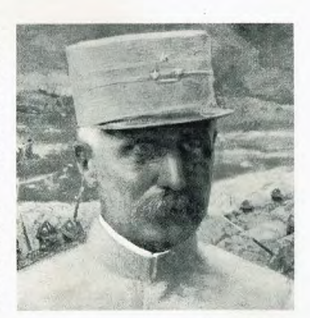
El 24 de febrero la resistencia se quebró: una división alemana fresca, subdividida en pequeños grupos, irrumpió bajo el bombardeo y toda la segunda línea de las defensas francesas cayó en cuestión de horas. En el curso de esta calamitosa jornada, las conquistas de los alemanes igualaron a las que habían logrado durante los tres primeros días.

Sin embargo, entre los atacantes y Verdún todavía quedaban las líneas de los fuertes, sobre todo Douaumont, el más resistente de todos ellos, un sólido baluarte para los *poilus* en retirada. Pero el 25 de febrero los alemanes conseguían —casi por casualidad— uno de sus mayores triunfos de toda la guerra. Actuando por iniciativa propia, varios pequeños grupos de soldados del 24.º Regimiento de Brandenburgo, al mando de un teniente de veinticuatro años, Eugen Radtke (más tarde gravemente herido), se abrieron paso hasta Douaumont sin sufrir ni una sola baja. Grande fue su asombro cuando descubrieron que el fuerte más sólido del mundo se encontraba virtualmente indefenso.

En Alemania se echaron a vuelo las campanas de todas las iglesias para celebrar la captura de Douaumont. En Francia esa pérdida fue considerada como un desastre nacional de primera magnitud (más tarde se calculó que había costado a Francia el equivalente de 100.000 hombres). Por las calles de Verdún los supervivientes de las deshechas unidades corrían gritando «*Sauve qui peut!*» («¡Sálvese quien pueda!»).

En su cuartel general de Chantilly, incluso Joffre se sintió por fin impresionado ante la gravedad de los acontecimientos. Para tomar el mando del sector más inmediatamente amenazado, mandó a Henri Philippe Pétain, el mejor técnico de Francia en el arte de la defensa; además, en mayor medida que ningún otro general, contaba con la confianza del *poilu.* Por una trágica ironía, se le encomendaba ahora la misión de someter a sus hombres al conflicto más inhumano de toda la guerra. Las órdenes que había recibido Pétain eran de defender Verdún «cueste lo que cueste».

Pero el ataque alemán empezaba a perder ímpetu. Las bajas habían sido ya muy superiores a las que había previsto Falkenhayn, muchas de ellas producidas por el fuego lateral de los cañones franceses emplazados al otro lado del Mosa. Las líneas alemanas se extendían a través del río hacia el norte de Verdún, y desde el principio el Kronprinz había insistido en que al V Ejército se le permitiese atacar simultáneamente a lo largo de ambas orillas. Pero Falkenhayn, decidido a reducir al mínimo posible las bajas de la infantería de acuerdo con su estrategia de «sangrar» al enemigo, se había negado, limitando las operaciones a la orilla derecha. Ahora, para poner fin a la amenaza de la artillería francesa, Falkenhayn accedió de mala gana a extender la ofensiva a la orilla izquierda, desprendiéndose con tal objeto de otro cuerpo de ejército que formaba parte de las tropas de reserva celosamente mantenidas a la expectativa. Empezaba así la mortal escalada de Verdún.



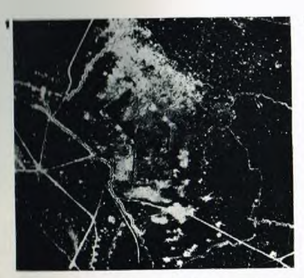
**El general Henri Philippe Pétain en 1916. El que fue un héroe de la guerra iba a convertirse, años después, en un derrotista.**

**Misión de sacrificio**

La calma que precedió a la fase siguiente de la ofensiva alemana permitió a Pétain estabilizar el frente hasta tal punto que su intervención pareció casi milagrosa. Estableció una vía de comunicación con Verdún, más tarde llamada la *Voie Sacrée,* en la cual iban a volcarse todos los recursos de Francia para sostener a la ciudad sitiada; solamente durante la primera crítica semana de marzo 190.000 hombres pasaron por ella.

El Kronprinz lanzó ahora un nuevo y violentísimo ataque a lo largo de la orilla izquierda en dirección a una pequeña loma llamada Mort-Homme, la cual, con su macabro nombre, iba a ser el centro de la más cruenta e indecisa de las batallas durante la mayor parte de los tres meses siguientes. En este reducido sector se estableció un monótono y sangriento proceso que fue característico de toda la batalla de Verdún: después de horas enteras de martillear las posiciones con la artillería, las tropas de asalto alemanas atacaban para apoderarse de lo que quedase de la línea de frente francesa. Ya no había trincheras de ninguna clase; lo que los alemanes ocupaban eran casi siempre grupos de cráteres de granada, donde puñados de hombres vivían, dormían y morían defendiendo su «posición» con granadas y mangos de picos.

«Se os ha encomendado una misión de sacrificio», decía un coronel francés a sus hombres. «Éste es un puesto de honor que quieren atacar. Cada día tendréis bajas... El día en que ellos quieran os darán muer-

1 
2 

**1 Vista aérea del fuerte de Moulainville, en Verdún, después de meses enteros de bombardeos. 2 El fuerte de Douaumont, la más sólida fortaleza del mundo.**

te hasta el último hombre, y es vuestro deber morir.»

En Verdún la mayoría murió sin haber visto siquiera al enemigo, bajo el mortífero e ininterrumpido bombardeo de la artillería, que llegó a caracterizar esta batalla quizá más que ninguna otra. «Verdún es horrible —escribió el sargento francés César Méléra, que fue muerto quince días antes del armisticio— porque el hombre lucha contra el material, con la sensación de estar disparando en el vacío...» Describiendo los efectos de un bombardeo, Paul Dubrulle, un jesuita de treinta y cuatro años que servía como sargento de infantería (muerto también posteriormente), decía: «Los nervios más sólidos no pueden resistir mucho tiempo; llega un momento en que la sangre se sube a la cabeza, todo el cuerpo arde de fiebre y los nervios, agotados, resultan incapaces de reaccionar... Finalmente uno acaba abandonándose, sin ánimos siquiera para protegerse con la mochila o para rezar.»

A pesar de los heroicos sacrificios de los hombres de Pétain, la marea de soldados alemanes se acercaba cada día unos metros más a Verdún. Hacia fines de marzo las bajas francesas ascendían a 89.000; pero los atacantes también habían perdido cerca de 82.000 hombres. Incluso después de haber conquistado el Mort-Homme, los alemanes se vieron hostigados por la artillería francesa de la cota 304, otra loma de la orilla izquierda que quedaba aún más al oeste, y Falkenhayn tuvo que destinar nuevas divisiones para apoderarse de ella.

Hasta el mes de mayo no se completó la operación alemana de «limpieza» en la orilla izquierda del Mosa. El ataque final a Verdún podía ya empezar. Pero ahora el Kronprinz era partidario de renunciar a la ofensiva, e incluso el entusiasmo de Falkenhayn estaba desvaneciéndose. Ya nadie pensaba en el valor estratégico de Verdún, mas la batalla se había convertido hasta tal punto en una cuestión de honor que resultaba imposible renunciar a seguir adelante. Por el lado francés, Pétain —impresionado (excesivamente, según Joffre) por los horrores que había presenciado— fue ascendido y reemplazado por dos personajes más despiadados: el general Robert Nivelle y el general Charles Mangin, apodado «El Carnicero».

Para entonces los soldados de Verdún se habían casi acostumbrado a convivir con la muerte. «Comemos y bebemos al lado de los muertos, dormimos en medio de los agonizantes, reímos y cantamos en compañía de cadáveres», escribía Georges Duhamel, el poeta y dramaturgo, que servía como médico en el Ejército francés. La tan castigada zona del campo de batalla se había convertido en un humeante cementerio abierto donde «uno veía muertos empotrados en las paredes de las trincheras; cabezas, piernas y fragmentos de tronco, como si los hubieran quitado de en medio con palas y picos para dejar el paso libre». Al cabo de poco las condiciones de vida no eran mucho mejores para los atacantes alemanes; como decía un soldado a su familia, en el mes de abril, durante el contrabombardeo francés: «Muchos preferirían morir de hambre que correr el peligro de salir a buscar comida.»

El 26 de mayo, un Joffre «muy excitado» visitó a Haig en su cuartel general y le pidió insistentemente que adelantara la fecha de la ofensiva del Somme. Cuando Haig habló del 15 de agosto, Joffre dijo casi a gritos que «el Ejército francés habrá dejado de existir si no hacemos nada hasta entonces». Por fin Haig accedió a su petición adelantando el ataque para el primero de julio. Aunque Haig alimentaba vagas esperanzas de abrir una brecha que pudiese ser aprovechada por la caballería, ni él ni Rawlinson —cuyo IV Ejército iba a tomar parte en la batalla— habían concebido aún otro objetivo estratégico que no fuera el de aliviar la presión sobre Verdún y «matar tantos alemanes como fuese posible» (Rawlinson).

Entretanto, en Verdún, el comienzo de un tórrido mes de junio marcó el inicio de la fase más mortífera de los tres meses y medio que duró la batalla. Los alemanes atacaban con una violencia comparable a la del mes de febrero, pero esta vez concentrada a lo largo de un frente que, en vez de tener una anchura de trece kilómetros, sólo tenía cinco. Los combates llegaron a Vaux, el segundo de los grandes fuertes, donde 600 hombres al mando del comandante Sylvain Eugène Raynal resistieron, en una defensa épica, el embate principal del V Ejército alemán durante toda una semana, hasta que la sed los obligó a rendirse.

Por aquellas mismas fechas, en el momento en que Vaux caía en manos del enemigo, se desencadenaba la primera de las ofensivas de verano aliadas. En el Este, el general Brusilov atacaba a los austrohúngaros con cuarenta divisiones, consiguiendo una espectacular victoria inicial. Falkenhayn se vio obligado a utilizar tropas que se necesitaban imprescindiblemente en Verdún para apuntalar el frente de sus aliados, que amenazaba hundirse. El acoso a Verdún cedió; sin embargo, la situación más grave para los franceses iba a producirse el 23 de junio. En esta fecha, usando un nuevo gas asfixiante llamado fosgeno, el Kronprinz (contra su voluntad) atacó en dirección a Fort Souville, que coronaba la última altura ante Verdún. En un momento dado las balas de ametralladora llegaron a silbar por las calles de la ciudad. Los franceses todavía aguantaron el embate, pero había siniestros indicios de que su moral estaba a punto de ceder.

No obstante, dos días después, desde Verdún se oía el retumbar de los cañones pesados británicos. En el Somme había empezado el bombardeo preliminar de cinco días ordenado por Haig.

**Alistair Horne**

# Sangre y fango en el Somme

**Debido a las cuantiosas bajas sufridas en Verdún, la contribución francesa en el Somme se había reducido de cuarenta a dieciséis divisiones, de las cuales sólo cinco atacaron el primero de julio, al lado de catorce divisiones británicas. Así, pues, por vez primera, Gran Bretaña soportaba el peso principal de una ofensiva en el frente del Oeste.**

En la primera oleada de divisiones británicas, once eran o territoriales o de los «Nuevos Ejércitos» de Kitchener. De estas últimas fuerzas era característico el caso de un batallón que sólo contaba con tres «oficiales experimentados», uno de ellos sordo, otro con una pierna rota y un tercero que tenía sesenta y tres años y que se había retirado antes de la guerra de los bóers. A estas nuevas unidades de «paisanos» improvisadas, se las había adiestrado para avanzar en rígidas formaciones: filas en las que había una distancia de tres pasos entre cada soldado, y con noventa metros de hilera a hilera en las oleadas de asalto. Debido a su inexperiencia, sus jefes no querían exigirles, a pesar de la insistencia del propio Haig, ninguna de las más complicadas tácticas de infiltración como las que en Verdún habían puesto en práctica los alemanes y los franceses.

El Somme discurre formando meandros por un valle llano, ancho y cenagoso. En las partes donde iba a desarrollarse la batalla había muy pocos accidentes geográficos notables, exceptuando la elevación del terreno hacia el sudeste, desde Thiepval a Guillemont. Esta zona se encontraba en poder de los alemanes y era el principal objetivo táctico del IV Ejército de Rawlinson. Por lo tanto, las tropas británicas tendrían que luchar siempre con un enemigo que ocupaba posiciones más elevadas, mientras que los franceses del VI Ejército del general Fayolle tenían ante

**Un grupo de soldados alemanes, con equipo y armamento completo, ataca al enemigo con granadas de mano. Adviértase el aspecto siempre tan marcial del atuendo militar alemán, que aquí, aun en tan duro trance, apenas ha perdido la compostura propia de una parada militar.**



sí un terreno más o menos llano. Los alemanes contaban con puestos de observación que dominaban todas las líneas británicas y, además, con unas fortificaciones extraordinariamente profundas. Hacía casi dos años que estaban en el Somme, y durante este tiempo habían cavado abrigos subterráneos y vastos dormitorios en la greda, de una profundidad de hasta quince metros, que les ponían completamente a salvo de todo, excepto de las granadas británicas más pesadas. Los británicos, con su táctica de continuos bombardeos, habían obligado a los defensores a cavar aún más hondo. Cuando fueron conquistados, los abrigos subterráneos alemanes causaron la admiración general por su profundidad y por su compleja estructura. El frente alemán del Somme, asegura Churchill, era «indudablemente la posición más sólida y mejor defendida del mundo».

El sistema británico de seguridad, en lo que respecta a la ofensiva del Somme, no tenía nada de perfecto. Entre otras indiscreciones, la prensa dio noticia de un discurso pronunciado por un miembro del Gobierno, Arthur Henderson, pidiendo a los trabajadores de una fábrica de municiones que no preguntaran por qué se suspendía la fiesta del Domingo de Pentecostés. El 10 de junio el príncipe heredero Rupprecht, de Baviera, jefe del IV Ejército alemán, escribía en su diario: «Este hecho es más explícito que volúmenes enteros. Indudablemente es la prueba más segura de que habrá una gran ofensiva británica dentro de poco...» Debidamente enterados del lugar exacto donde se iba a producir la «gran acometida», los defensores alemanes tuvieron varias semanas para ejercitarse en el traslado de sus ametralladoras desde los refugios hasta las trincheras. Este ejercicio llegó a hacerse en tres minutos, lo cual daría a los alemanes, cuando llegara el día «X», un amplio margen entre el momento en que terminase el bombardeo británico y la llegada de la infantería atacante.

Durante cinco días la artillería de Rawlinson martilleó sin interrupción las posiciones enemigas (Haig hubiese preferido un corto bombardeo previo), eliminando así las últimas posibilidades de que el ataque constituyese una sorpresa. Fue un bombardeo de una intensidad sin precedentes. Sin embargo, al contar con un frente mucho más ancho, los ingleses no pudieron emplazar ni siquiera la mitad de los cañones pesados franceses, y, por otra parte, no tenían nada equivalente a los morteros de 240 mm ni a los «superpesados» de 400 mm con que Foch (general en jefe del Ejército del Norte francés) había provisto a Fayolle. Una descorazonadora cantidad de granadas británicas no llegó a estallar, mientras que entre las defectuosas municiones norteamericanas se produjeron tantas explosiones prematuras que algunos de los servidores de los obuses de 115 mm se apodaron a sí mismos «el club de los suicidas». El plan de bombardeo también se resintió de la misma inflexibilidad que caracterizó al adiestramiento de la nueva infantería. Debido al simple peso de los proyectiles que se arrojaron, buena parte de las trincheras alemanas quedaron destrozadas, y se arrasó todo el sistema de puestos avanzados; pero más abajo, en los seguros refugios subterráneos, los defensores alemanes se dedicaban a jugar al *skat* mientras el bombardeo pulverizaba las trincheras.

No obstante, el principal fallo de aquel bombardeo de cinco días fue que no cumplió su misión esencial de romper las alambradas que se oponían al avance de las oleadas británicas de asalto. Parece ser que los jefes de división lo sabían, pero se guardaron la noticia para sí mismos. La víspera de la «gran acometida», Haig escribió en su diario, con aquel excesivo optimismo que iba a darse en casi todos los niveles hasta el primero de julio: «Las alambradas nunca han sido tan bien cortadas ni la preparación artillera tan completa. He hablado personalmente con los jefes de los cuerpos de ejército y todos rebosan confianza...»

A las 02'45 del día primero de julio, una estación de escucha alemana captó un mensaje de Rawlinson deseando a su IV Ejército «buena suerte». Aún no habían transcurrido cinco horas cuando de pronto se hizo un extraño silencio al concluir el bombardeo británico. En aquel mismo momento, unos cien mil hombres salieron de sus trincheras e iniciaron su avance a un paso muy regular. Llevaban a la espalda su equipo personal —que incluía un par de calcetines de repuesto—, cantimploras, las raciones para un día, dos caretas antigás, platos de hojalata para comer y lo necesario para una cura de urgencia, así como fusil, bayoneta, 220 cartuchos y una herramienta para cavar trincheras. Algunos llevaban también granadas de mano o bombas para un mortero de trinchera. El peso mínimo era de 30 kilogramos, pero había soldado que llevaba en la espalda entre 38 y 40 kilogramos de peso. Aquél iba a ser un día calurosísimo.

«Se pusieron en marcha sin tardanza —escribió el oficial que mandaba un batallón de *Royal Inniskilling Fusiliers* (Fusileros Reales)—, sin escándalo, sin gritos, sin carreras; todo funcionaba de un modo perfecto... como los mismos soldados. De vez en cuando uno de los muchachos agitaba la mano en mi dirección cuando yo les deseaba buena suerte con mi megáfono. Y todos tenían una expresión alegre...»

Desde el punto de vista de los defensores, un alemán anotó que, en el momento en que cesó el bombardeo, «...nuestros hombres se apresuraron a trepar por las empinadas salidas que conducían desde los abrigos subterráneos hasta la superficie, y corrieron hacia el cráter más próximo. Se sacaron las ametralladoras de los refugios y se emplazaron rápidamente, mientras los servidores de la artillería arrastraban las pesadas cajas de municiones y las llevaban hasta los cañones. De este modo no tardó en establecerse una línea de fuego. Apenas estuvieron en sus posiciones, se vio avanzar una serie de prolongadas filas de infantería británica procedentes de sus trincheras. La primera fila parecía continuar sin fin hacia ambos lados; tras ella seguía inmediatamente una segunda, y luego una tercera y una cuarta. Se acercaban a un paso regular y tranquilo, como si no esperasen encontrar a ningún ser vivo en nuestro frente de trincheras...»

De izquierda a derecha, a lo largo del frente, las fuerzas británicas que participaron en la primera ofensiva eran los Cuerpos VIII, X, III, XV y XIII, mientras que más abajo, en el mismo río Somme, estaban los Cuerpos franceses XX y XXXV. El VIII Cuerpo del general Hunter-Weston (el que había inspirado más dudas a Haig) fue el que tuvo una tarea más difícil, a causa de las malas condiciones del terreno. Con la 31.ª División apoyando su flanco izquierdo, las tropas británicas se animaron al ver ante sí los numerosos boquetes que el bombardeo había abierto en las alambradas; pero al llegar a ellas, fueron segadas por el mortífero fuego de las ametralladoras alemanas. Fue una experiencia que aquel día iba a repetirse innumerables veces. A primera hora de la tarde, la 31.ª División había perdido 3.600 hombres, entre oficiales y soldados, de los cuales sólo ocho habían caído prisioneros.

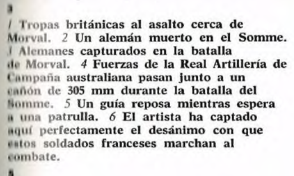
A su lado, la 29.ª División, que acababa de volver de Gallípoli, tenía la misión de tomar por asalto el «Reducto del Espino», bajo el cual se había hecho estallar



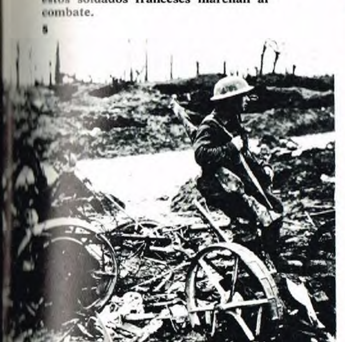








*1* Tropas británicas al asalto cerca de Morval. *2* Un alemán muerto en el Somme. *3* Alemanes capturados en la batalla de Morval. *4* Fuerzas de la Real Artillería de Campaña australiana pasan junto a un cañón de 305 mm durante la batalla del Somme. *5* Un guía reposa mientras espera a una patrulla. *6* El artista ha captado aquí perfectamente el desánimo con que estos soldados franceses marchan al combate.



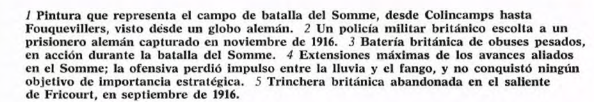


1

3

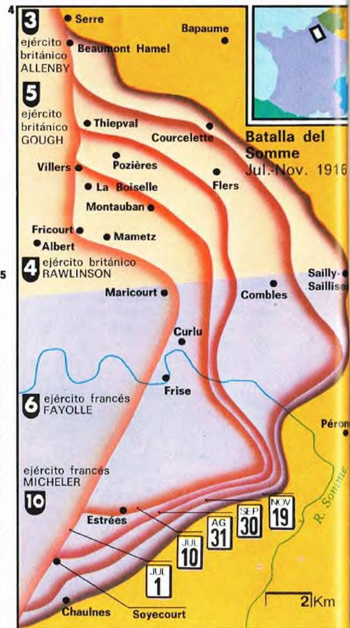


2



*1* Pintura que representa el campo de batalla del Somme, desde Colincamps hasta Fouquevillers, visto desde un globo alemán. *2* Un policía militar británico escolta a un prisionero alemán capturado en noviembre de 1916. *3* Batería británica de obuses pesados, en acción durante la batalla del Somme. *4* Extensiones máximas de los avances aliados en el Somme; la ofensiva perdió impulso entre la lluvia y el fango, y no conquistó ningún objetivo de importancia estratégica. *5* Trinchera británica abandonada en el saliente de Fricourt, en septiembre de 1916.

4




5



una inmensa mina. Pero esta explosión se había producido diez minutos antes de la hora cero; con lo cual los servidores de las ametralladoras dispusieron de tiempo de sobra para volver a ocupar el cráter. Mientras avanzaban por la tierra de nadie, los Fusileros Reales podían ver ante sí los cadáveres de sus primeras líneas bordeando las intactas alambradas; de todo este batallón sólo volvieron 120 hombres. El jefe de la división, intentando comprender lo que había ocurrido, declaró que sus hombres «habían sido temporalmente rechazados por unas cuantas ametralladoras», y lanzó al ataque otra brigada; un batallón encontró el camino tan obstruido por los muertos y por las interminables hileras de heridos que le fue materialmente imposible seguir avanzando. Al atacar en Beaumont-Hamel, infructuosamente pero con un extraordinario valor, los soldados canadienses de Terranova consiguieron el máximo honor de la batalla: en cuestión de minutos murieron 710 hombres.

También en Beaumont-Hamel, las tropas que habían conquistado la posición de Heidenkopf fueron trágicamente abatidas, erróneamente, por la segunda oleada británica, que no se dio cuenta de que el baluarte alemán ya estaba en poder de los ingleses.

Al anochecer, el VIII Cuerpo había perdido 14.000 hombres sin haber rozado siquiera su objetivo principal. Sólo había hecho veintidós prisioneros. En cuanto a los cuerpos décimo, tercero y parte del decimoquinto, la historia de sangriento fracaso era muy semejante:

«Me levanto del suelo y silbo —recordaba un oficial que estaba al mando de un batallón irlandés de la segunda línea—. Los otros se levantan. Nos ponemos en marcha a paso regular. Veo hileras y más hileras de soldados británicos muertos, moribundos o heridos en la tierra de nadie. De vez en cuando veo unas manos que se levantan y luego un cuerpo que se desploma. El estallido de las granadas y el humo hacen que la visibilidad sea escasa. Avanzamos. De nuevo dirijo la mirada hacia el sur, desde otro ángulo visual, y diviso montones de cadáveres británicos colgados en las alambradas alemanas, mientras los vivos siguen avanzando ordenadamente para aumentar el número de los que se precipitan en esa telaraña...»

La *Highland Light Infantry* (Infantería Ligera Escocesa) entró en combate detrás de sus gaitas. Las compañías que iban en cabeza acometieron rápidamente las trincheras alemanas y las ocuparon, pero, cuando aún estaban felicitándose por su victoria, unas ametralladoras ocultas abrieron fuego. Al cabo de poco más de media hora de haber empezado el ataque, la mitad de los escoceses estaban muertos o heridos, y el ataque se interrumpía bruscamente.



**Los soldados británicos llegan a una altura en el curso de la batalla del Somme. Ante las alambradas, muchos de ellos iban a dejar la vida.**

Delante de Thiepval, la División 33.ª (Ulster) estuvo prometedora y trágicamente cerca de conseguir la victoria: mejor adiestrados que la mayoría de las unidades de Rawlinson, los Fusileros Reales lograron avanzar un kilómetro y medio en la primera hora del ataque, llegando hasta la cumbre de la colina y conquistando el Reducto Schwaben, un importante bastión de la primera línea alemana. Pero, teniendo en cuenta lo sucedido en 1915, cuando tantos coroneles habían encontrado la muerte, Haig había dado la orden de que ningún oficial que estuviera al mando de un batallón acompañara a sus hombres en la primera línea de ataque. Éste fue el motivo de que no hubiese nadie con edad y experiencia suficientes para consolidar el magnífico triunfo de los soldados del Ulster. Los correos que se mandaron en busca de nuevas órdenes no volvieron, y así se perdió un tiempo precioso, mientras los alemanes se recuperaban. Cuando finalmente se mandó una brigada de reserva para reforzar la posición, tampoco iba con ella ningún oficial de grado superior, con el resultado de que su avance fue demasiado rápido, precipitándose la brigada bajo el fuego de su propia artillería, y perdiendo unos dos tercios de sus efectivos. Al caer la noche, de las 9.000 bajas del X Cuerpo, más de la mitad correspondían a la División del Ulster, circunstancia que durante bastante tiempo fue causa de resentimientos contra las unidades inglesas que habían combatido a su lado. La división se dejó precariamente incrustada en el frente alemán.

En el frente del III Cuerpo, la 8.ª División fue otra unidad que sufrió enormes pérdidas a cambio de muy pocas ganancias. Tuvo en total nada menos que 1.927 muertos; uno de sus batallones, el segundo de Middlesex, perdió 22 oficiales y 601 soldados; otro, el octavo del *York and Lancaster Regiment*, 21 y 576 respectivamente. El promedio fue de entre 27 y 30 oficiales y de unos 700 soldados por batallón.

En todo el frente británico, sólo el XIII Cuerpo de Congreve, que combatió al lado de los franceses, consiguió aquel día una victoria notable. Atacando hacia Montauban, conquistó todo el cuartel general del 62.º Regimiento alemán y consiguió capturar en total 1.882 prisioneros (frente a los 22 del VIII Cuerpo). En Montauban los sótanos estaban llenos de cadáveres de soldados alemanes, cuya muerte se debía, al parecer, a los morteros pesados franceses.

**Luchar en el infierno**

Lo cierto es que, gracias a la increíble resistencia de los soldados de Kitchener, fueron los franceses los que conquistaron los laureles del primero de julio. El terreno que tenían ante sí era evidentemente mucho más favorable; el sistema defensivo alemán, más débil; poseían más cañones y de mayor calibre, capaces de pulverizar incluso los abrigos subterráneos más profundos del enemigo; su infantería maniobraba con más destreza y flexibilidad; y, por último, pudieron contar con la ventaja de un cierto grado de sorpresa. Después de las bajas sufridas por los franceses en Verdún, el servicio de espionaje alemán no podía suponer que Francia fuese capaz de llevar a cabo una contribución importante a la ofensiva

del Somme. Para mantenerlos en este error, Foch aplazó astutamente el ataque francés hasta varias horas después del británico.

A primera hora de la tarde, las tropas de Fayolle habían capturado 6.000 hombres, destruido toda la artillería de la 121.ª División alemana y estaban casi a punto de abrir una brecha, amenazando a la misma Péronne. El general Balfourier, comandante del «Cuerpo de Hierro» (el XX que había salvado Verdún en el mes de febrero), instó a Congreve, situado a su izquierda, para que se le uniera con objeto de continuar el avance. Pero Congreve no estaba dispuesto a dar un paso más. Su superior, Rawlinson, era partidario de consolidar las posiciones obtenidas más que de explotarlas; y así, Balfourier, al tener el flanco izquierdo al descubierto, se vio imposibilitado para proseguir su avance. Hasta las diez de aquella noche Rawlinson no hizo la menor tentativa de lanzar tropas de reserva en las zonas que ofrecían menor resistencia. Las ventajas que hubieran podido brindar las victorias del primero de julio no tardaron, pues, en quedar reducidas a nada, y los alemanes ya comenzaban a reemplazar las ametralladoras que aquel día habían quedado destruidas.

Cuando se hizo el recuento de las bajas, las cifras británicas llegaban a 60.000 (los muertos eran unos 20.000). La mayor parte de esta carnicería había sido llevada a cabo por no más de cien ametralladoras alemanas. El primero de julio fue uno de los días más negros de toda la historia británica. Incluso en Verdún, la suma total de bajas francesas en el peor de los meses apenas superaba lo que Gran Bretaña había perdido en aquel único día. Fayolle perdió menos hombres que los defensores alemanes.

Haig no tuvo una idea completa de las pérdidas británicas hasta dos días después, y ni él ni Rawlinson acertaron a comprender del todo por qué ciertas tentativas habían triunfado y otras habían fracasado. El día 3 de julio, Haig ordenó a Rawlinson que repitiera el ataque, esta vez guiándose claramente por los buenos resultados conseguidos en el sector sur. Pero ahora la artillería no tenía suficientes municiones, y las bajas del primero de julio redujeron en buena medida la fuerza de los nuevos ataques. Aquella noche llovió, y al día siguiente, «andar, ya no digamos combatir, se convirtió en una tortura infernal».

El 14 de julio, Rawlinson, escarmentado por las terribles bajas que su ejército había sufrido, decidió intentar algo nuevo. Los franceses describieron sarcásticamente ese plan como «un ataque para aficionados organizado por aficionados», y vaticinaron un desastre. Haig, no menos dubitativo, hizo que el ataque se aplazara veinticuatro horas, aplazamiento que disminuyó más aún las posibilidades de éxito. No obstante, lanzando al ataque seis brigadas, que totalizaban unos 22.000 hombres, Rawlinson, después de un breve y violentísimo bombardeo, consiguió formar una bolsa de unos seis kilómetros y medio de anchura y de unos mil metros de profundidad, rompiendo la segunda línea alemana... y, por lo tanto, reinstaurando bruscamente el «elemento sorpresa» en el frente del Oeste. Un oficial francés de enlace telefoneó al escéptico Balfourier: «*Ils ont osé. Ils ont réussi!*» («Se han atrevido. ¡Lo han logrado!»)

Sin embargo, una vez más los frutos de la victoria se malograban debido a las malas comunicaciones y a la deplorable lentitud de las reacciones del Alto Mando británico. Al igual que en Gallípoli, hubo la más escandalosa falta del sentido de la urgencia. La caballería estaba esperando en las alas, pero demasiado retrasada para poder utilizarse en el avance, y hasta media tarde de aquel día no se decidió recurrir a la ya maltrecha 7.ª División de infantería. De este modo se desperdiciaron nueve valiosas horas, y ya empezaba a oscurecer cuando la caballería y las reservas de infantería británicas atacaron por fin.

Profundamente decepcionado, Haig decidió entonces plantear una larga «batalla de desgaste». En un escrito dirigido al Gobierno, manifestaba su intención de «mantener una firme presión en la batalla del Somme..., procediendo de este modo, confío en que la ofensiva pueda durar hasta el otoño...». Durante todo el mes de agosto y hasta septiembre, continuaron aquellos cruentos y tenaces combates. Según el juicio posterior de algunos historiadores, la nueva táctica de Haig «no resultaba ser otra cosa que aplicar un ariete diez o quince veces a la misma parte del frente de batalla enemigo, con la intención de penetrar dos o tres kilómetros... la afirmación de que con ello se evitaba el desgaste no podría ser más injustificada».

Sin embargo, entretanto, Verdún, gracias a los horribles sacrificios británicos en el Somme, se había visto definitivamente libre del asedio que sufría. El 11 de julio, los alemanes hicieron un último y desesperado esfuerzo contra Verdún y un pequeño grupo de éstos ocupó temporalmente una altura desde la que se dominaba la ciudadela. Fue aquél el punto culminante de la batalla y, aunque entonces nadie lo advirtiese, la marea empezó a bajar rápidamente en Verdún: Falkenhayn ordenó al Ejército alemán que pasara a la defensiva a lo largo de todo el frente del Oeste.

A fines de agosto Falkenhayn fue sustituido por la formidable combinación de Hindenburg y Ludendorff.

Al visitar el Somme, este último criticó la inflexibilidad de la defensa que allí se había llevado a cabo: «...sin duda hemos combatido con un encarnizamiento excesivo, aferrándonos con demasiado ardor a la simple posesión del terreno, con el resultado de que nuestras bajas fueron elevadísimas. Por el momento, el general en jefe y yo sólo podemos pedir que el frente se defienda con menos rigidez...». Este era el preludio de la retirada estratégica hacia la «línea Hindenburg», que iba a producirse en la primavera siguiente.

**«Un bonito juguete mecánico»**

En el Somme, el 15 de septiembre estaba destinado a ser un día memorable en la historia de la guerra. En su tercer ataque masivo, Haig decidió utilizar, por primera vez, cincuenta tanques recientemente construidos. El tanque, rechazado por Kitchener como «un bonito juguete mecánico de un valor militar muy limitado», se había fabricado en el mayor secreto, y sus ocupantes habían sido adiestrados, con idéntico sigilo, en el interior de unos vastos recintos secretos próximos a Thetford, en Norfolk. El mismo nombre de «tanque» estaba destinado a engañar al enemigo. No obstante, sus inventores rogaron al Ejército que no empleara sus primeras máquinas hasta que no se hubieran introducido una serie de mejoras técnicas; y, por su parte, Asquith, en la visita que hizo al frente el día 6 de septiembre, opinó que «era un error utilizarlos en la batalla del Somme. Habían sido construidos para abrir brecha en un sistema de trincheras ordinario, defendido por un fuego de artillería normal, mientras que en el Somme tendrían que atravesar una espantosa cortina artillera y operar en un terreno accidentado, lleno de cráteres de granadas...».

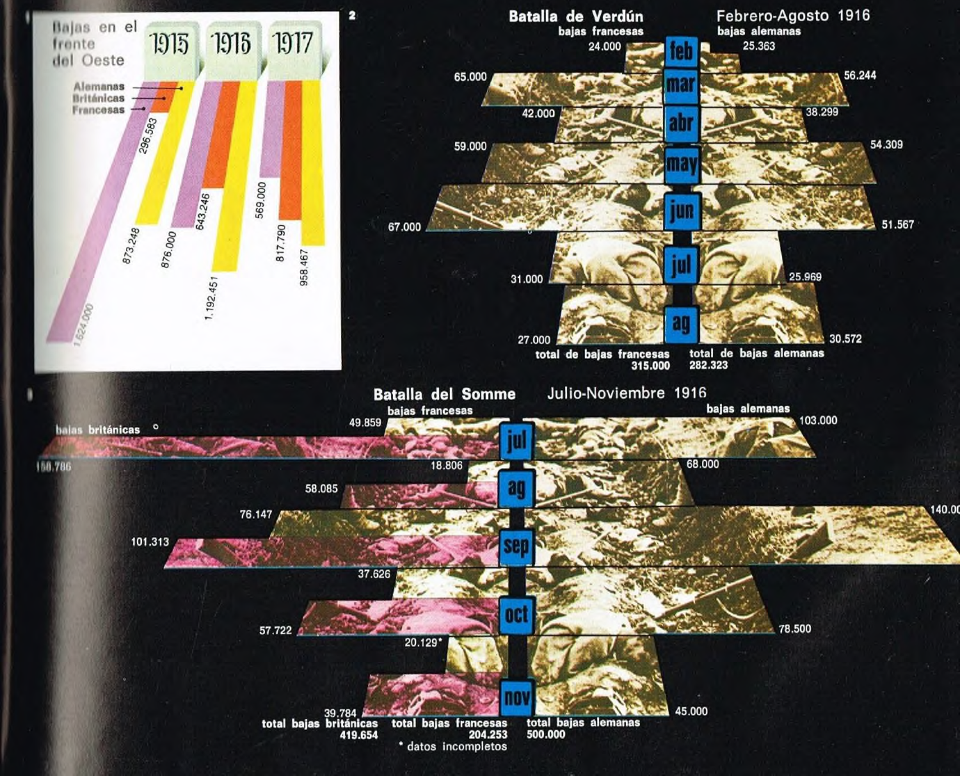
Pero Haig estaba decidido. Durante mucho tiempo los historiadores seguirán discutiendo si tenía o no razón; en favor de Haig puede decirse que la incursión de Cambrai, llevada a cabo el año siguiente,

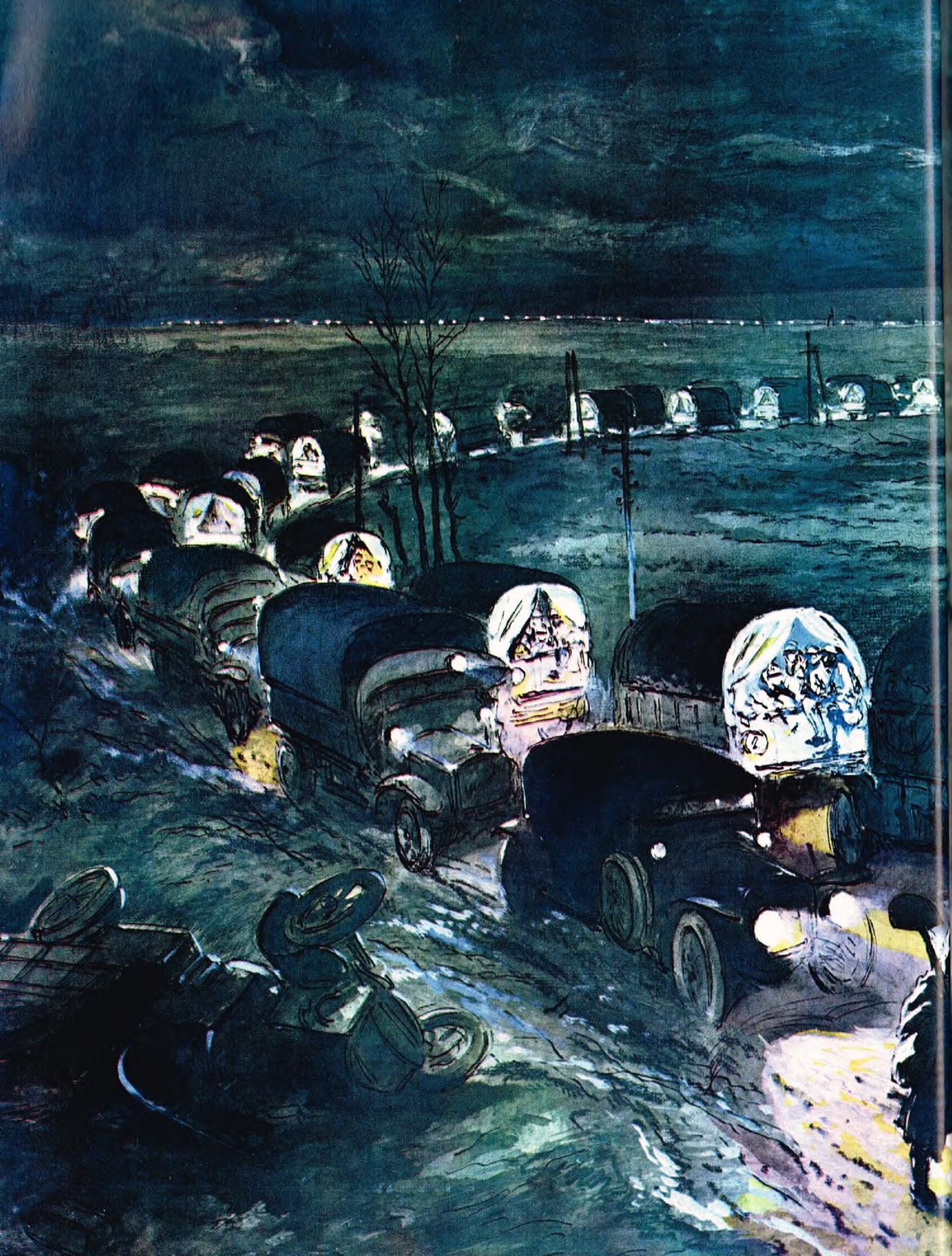
tiende a demostrar que el valor de sorpresa del tanque no se había perdido por completo, e indudablemente tarde o temprano hubiera tenido que probarse en combate.

El día del ataque, solamente treinta y dos de los cincuenta tanques previstos llegaron en buen funcionamiento al punto de reunión; de éstos, sólo veinticuatro participaron en la batalla, y la mayoría de ellos se descompusieron, se quedaron atascados en los pantanos o fueron puestos fuera de combate. En Flers el tanque demostró sus posibilidades, y la infantería avanzó tranquilamente por la calle mayor del pueblo detrás de cuatro solitarias máquinas. Pero una vez más, las deficiencias de las comunicaciones entre el frente y la retaguardia dieron la oportunidad a los alemanes de reorganizarse antes de que los británicos pudiesen explotar la victoria. Al atardecer del día 15, todos los tanques estaban atascados o destruidos. Con ellos se desvaneció la última de las tres oportunidades que tuvo Haig en el Somme: Montauban el primero de julio, el ataque nocturno de Rawlinson el día 14 del mismo mes, y Flers el 15 de septiembre.

Ahora las lluvias equinocciales convertían el campo de batalla en un resbaladizo lodazal. Pero, apremiado por Joffre, Haig siguió insistiendo, en la mística creencia de que un enemigo exhausto tenía que desmoronarse súbitamente. Pero el Ejército británico estaba igualmente exhausto. En noviembre un soldado escribía: «Quienquiera que hayamos venido a relevar, ya no existe. La trinchera está desierta. Los terraplenes están llenos de cadáveres que se pudren sobre la tierra empapada; de trecho en trecho, por encima de la trinchera, asoma un pie con su bota. El fango impide dar ni un solo paso, y ahora, hundido en él hasta las rodillas, siento el te-

*1* **El terrible precio de la guerra en el frente del Oeste.** *2* **Bajas en Verdún, febrero-agosto 1916.** *3* **Bajas en la batalla del Somme, julio-noviembre de 1916.**







*Página anterior:* **bajo un encapotado cielo nocturno, el tránsito militar francés serpentea por la** ***Voie Sacrée*** **de Verdún. Todos los recursos vitales de Francia se volcaron hacia esta arteria para reforzar la ciudad sitiada. Cuadro de Georges Scott (*****Musée de la Guerre*****, París).**



**Los pintores trataron de describir gráficamente las sangrientas batallas de Verdún y del Somme en cuadros cuyos títulos expresan la significación profunda de la lucha. Aquí, «Los senderos de la gloria», de C. Nevinson.**

rror momentáneo de no poder llegar nunca a salir de aquí... Éste es el último límite de la resistencia...»

El 13 de noviembre, en un último ataque, la castigada posición de Beaumont-Hamel cayó por fin en manos británicas. Después de haber conquistado aquella altura que había costado tanta sangre, los ingleses luchaban ahora por abrirse paso y descender hasta el valle que había al otro lado... condenándose a sí mismos a pasar el invierno en unas trincheras inundadas. No se habían apoderado de ningún punto que tuviese el menor valor estratégico. La «gran acometida» había terminado.

En el otoño, Nivelle y Mangin reconquistaron en Verdún los fuertes de Douaumont y Vaux tras una serie de brillantes contraataques... además de buena parte del terreno que tanto había costado a los soldados del Kronprinz. En la Navidad de 1916 ambas batallas habían concluido. Después de diez horribles meses, Verdún se había salvado. ¡Pero a qué precio! La mitad de las casas de la misma ciudad habían sido destruidas por los cañones alemanes de largo alcance, y nueve de sus diez aldeas vecinas habían desaparecido de la faz de la tierra. Cuando se sumaron todas las pérdidas humanas, los franceses admitieron haber tenido 377.231 bajas, cifra que incluía 162.308 muertos o desaparecidos. Las bajas alemanas ascendían por lo menos a 337.000. Pero, de hecho, sumando las cifras de ambos bandos se llegaría fácilmente a bastante más de ochocientos mil.

La causa de esta imprecisión en lo referente a la carnicería de Verdún, que contribuyó a dar a la batalla un carácter peculiarmente atroz, fue el hecho de que todo se desarrolló en una zona reducidísima. Muchos de los muertos nunca aparecieron, o todavía en nuestros días siguen descubriéndose. Cierto combatiente recordaba «cómo las granadas desenterraban los cadáveres, y luego volvían a enterrarlos despedazados, jugando con ellos como un gato juega con un ratón». En el gigantesco y lúgubre *Ossuaire* de Verdún descansan los restos de más de cien mil combatientes desconocidos.

En el Somme, los británicos habían perdido alrededor de 420.000 hombres; los franceses unos 200.000, y los alemanes probablemente alrededor de 450.000, por más que aún hay serias dudas acerca de la exactitud de estas cifras.

Estas dos batallas provocaron también la caída de los generalísimos de ambos bandos. Falkenhayn había sido relevado; luego lo fue Joffre, para ser sustituido (desastrosamente) por Nivelle. El primer ministro británico Asquith fue reemplazado por Lloyd George; al cabo de pocos meses caería también el primer ministro francés Briand.

Debido a que en Verdún la «sangría» había afectado también a su propio ejército, la siniestra experiencia de Falkenhayn había fracasado. Sin embargo, a largo plazo sus consecuencias no dejaron de contener ciertos elementos de triunfo. Como un joven subteniente francés, Raymond Jubert, escribió antes de encontrar la muerte en Verdún: «No conseguirán que volvamos a hacer esto en otra ocasión; ello equivaldría a no saber reconocer el precio de nuestro esfuerzo...» Los inmensos sacrificios del Ejército francés en Verdún prepararon el terreno a los motines que iban a estallar durante el verano de 1917, manifestándose así finalmente con toda evidencia que la guerra ya no podía ganarse sin las tropas norteamericanas.

En muchos sentidos, Verdún y el Somme simbolizaron la Primera Guerra Mundial en microcosmos, con todo su heroísmo y su inutilidad. De las dos batallas, indudablemente la de Verdún tuvo un mayor significado histórico. Años después del armisticio de 1918, esta victoria pírrica del siglo XX seguía obsesionando a la nación francesa. Basándose en la función que las fortalezas habían desempeñado en Verdún, los jefes militares de Francia (encabezados por Pétain) sacaron conclusiones equivocadas, y así nació la línea Maginot, cuya concepción estratégica había de revelarse desastrosa en 1940.

Moralmente, el perjuicio quizá fue aún mayor. Más de las tres cuartas partes de todo el Ejército francés pasó por el infierno de Verdún: casi una generación entera. Nadie sabía de esto más que Pétain, quien, años después de la guerra, observaba que en Verdún «la constante visión de la muerte le había impregnado (al soldado francés) de una resignación que lindaba con el fatalismo».

Como símbolo de lo que Verdún significó para Francia basta con pensar en la trágica figura de Pétain, héroe guerrero en 1916, resignado derrotista en 1940.

**Alistair Horne**

# La ofensiva de Brusilov

**Una de las campañas aliadas más afortunadas tuvo lugar en el frente del Este, en 1916, cuando los ejércitos de Brusilov arrollaron a los austríacos. Fue la única victoria de la guerra que ha pasado a la historia con el nombre del general que la consiguió. Pero, por desgracia para los rusos, la victoria fue probablemente excesiva...**

**Tropas rusas, con cascos de modelo francés, manejan una ametralladora durante la ofensiva de Brusilov.** *Abajo:* **el general Alexei Brusilov. Más tarde debía afirmar que si el extraordinario éxito de su ofensiva hubiese sido debidamente aprovechado, Rusia podía haber ganado la guerra para los aliados; aunque no ganó la guerra, probablemente evitó que los aliados la perdiesen.**





Después de su gran retirada del otoño de 1915, el Ejército ruso —que había retrocedido ordenadamente aunque con grandes pérdidas— se asentó en un nuevo frente. Este seguía una línea que iba de norte a sur y tenía unos 800 kilómetros, desde Riga, en el Báltico, hasta la frontera rumana, pasando por los pantanos de Pinsk. En el norte los rusos se enfrentaban con los alemanes al mando de Ludendorff, y en el sur con los austríacos al mando del archiduque Federico. La línea estaba dividida en tres frentes (cuerpos de ejército). El más septentrional era el frente del noroeste, confiado a Kuropatkin, el mismo jefe que en la guerra ruso-japonesa se había especializado en la táctica de la retirada a destiempo. El sector siguiente era el frente del oeste, al mando del general Evert, que iba también a manifestar su escasa afición por las acciones ofensivas. Finalmente, en el frente del sudoeste, el mando había sido confiado a otro gran tímido, el general Ivanov.

El mariscal de campo Alexeiev, quien, como jefe del Estado Mayor Central no tenía más superior que el generalísimo (el zar Nicolás II), era responsable de todas las operaciones rusas. Era uno de los mejores generales de la Primera Guerra Mundial, pero los ya mencionados jefes, que tenían a su cargo los diferentes frentes, no estaban a su altura. Que hombres de tan escasa capacidad ocuparan puestos tan elevados era de por sí un hecho que delataba la situación política rusa: dado que el Zar, hombre de voluntad muy débil, se hallaba lejos de la capital, en el frente de Petrogrado (como ahora se llamaba San Petersburgo), los asuntos de gobierno dependían cada vez más de las intrigas de la Zarina y de sus favoritos, que tendían a oponerse al nombramiento de hombres de carácter fuerte y de sólidas dotes intelectuales. Además, había otro motivo que explicaba el hecho de que tantos oficiales rusos se mostraran faltos de agresividad: la victoria de 1812 sobre Napoleón se había incorporado a la tradición rusa —y a ello había contribuido no poco la patética y errónea interpretación de Tolstoi en *Guerra y paz*— como una victoria conseguida por un gran general llamado Kutuzov, que se había retirado deliberadamente y en buen orden para terminar ganando la guerra. No es de extrañar, por lo tanto, que tantos generales rusos se opusieran obstinadamente a la idea de un ataque.

Durante el invierno de 1915-1916 el Ejército se repuso lentamente hasta volver a estar en condiciones de combatir. Las deficiencias de 1915 (la falta de fusiles, de municiones, de botas y de soldados debidamente adiestrados) no se repetirían en 1916. A comienzos de este año se fabricaban fusiles a un ritmo de 10.000 unidades por mes; la mayoría de las unidades del frente disponían de un equipo completo de campaña y de ametralladoras; en cuanto a las municiones, quizás exceptuando los proyectiles de la artillería pesada, se producían con rapidez, acumulando reservas suficientes para una campaña que durase todo el verano; los tranquilos meses de invierno habían dado tiempo para que los reclutas recibiesen la instrucción adecuada... aunque la escasez de oficiales con experiencia no podía remediarse tan fácilmente. Los destacamentos de la Cruz Roja organizados por las poblaciones civiles hacían grandes esfuerzos para mantener la moral entre las tropas que estaban en el frente, sobre todo porque se ocupaban de atender a las necesidades materiales y recreativas que el Ministerio de la Guerra había descuidado por completo.

La última batalla de 1915 había sido una ofensiva rusa en el Sur, de importancia secundaria, destinada a apoyar al Ejército servio, que se había visto obligado a retirarse cuando se produjo la declaración de guerra de Bulgaria. Durante el curso del invierno, en una conferencia militar interaliada que se celebró en Chantilly (Francia), se trazaron planes para la campaña del verano de 1916. A Rusia le correspondía un papel relativamente modesto en estos planes, debido a las cuantiosas bajas que había sufrido en 1915: la principal ofensiva aliada se lanzaría en el Somme, y estaría precedida por un pequeño ataque a cargo del Ejército

ruso para despistar a los alemanes. Sin embargo, éstos desbarataron el plan al desencadenar en febrero un ataque masivo contra Verdún. En tal ocasión —y no por primera ni por última vez—, a Rusia le tocó la función de salvar a sus aliados occidentales organizando una improvisada ofensiva que obligara a los alemanes a retirar algunas divisiones del Oeste para trasladarlas al Este. En marzo y abril, el Ejército ruso del frente del oeste, con un respaldo artillero cuya intensidad sorprendió a los alemanes, atacó por entre el fango del deshielo de la primavera y arrolló las líneas avanzadas alemanas. Pero Ludendorff echó mano de refuerzos, y, para colmo, por una u otra razón el cuartel general ruso retiró el apoyo de la artillería pesada y de la aviación. Las tropas rusas se vieron impotentes para resistir el prolongado ataque con gases y con granadas de gran fuerza explosiva, y, sufriendo muchas bajas, se retiraron a su línea primitiva en un solo día.

Este desastre —la batalla del lago Naroch— fue una acción relativamente secundaria. Los rusos estaban ya planeando proyectos de más envergadura, con el doble fin de cumplir la promesa hecha a los aliados (dado que la operación del Somme estaba aún en estudio) y de aliviar la presión ejercida sobre los franceses, que en Verdún estaban sufriendo cuantiosas bajas y se encontraban en una situación desesperada. El 14 de abril, el Zar presidió en su cuartel general una reunión de los jefes de sector del frente. Para entonces, el pesimista Ivanov ya había sido reemplazado por el general Alexei Brusilov, quien se había distinguido en la retirada de 1915, aun cuando era un ardiente partidario de la estrategia ofensiva.

**Brusilov se juega la reputación**

En la reunión del 14 de abril se discutió la posibilidad de efectuar un ataque por el frente del oeste (el de Evert). Tanto Evert como Kuropatkin afirmaron que preferían permanecer a la defensiva, alegando que no contaban con suficiente artillería pesada y granadas para iniciar una ofensiva. Sin embargo, Brusilov, teniendo en cuenta la superioridad de las comunicaciones ferroviarias en el lado alemán (lo que les permitía un rápido transporte de tropas para reforzar la parte de su línea que se viese amenazada), era partidario de atacar en todos los frentes: si el ataque ruso no se producía en un solo punto sino en varios, a los alemanes les resultaría más difícil efectuar los transportes (entre otras razones, porque no les resultaría fácil adivinar cuál de los ataques estaba destinado a convertirse en una gran ofensiva).

Finalmente se acordó iniciar una ofensiva a fines del mes de mayo, y que el frente del sudoeste, a cargo de Brusilov, efectuaría el primer movimiento, aunque de hecho el ataque principal empezaría poco después en el frente del oeste, que correspondía a Evert, y apuntaría hacia Vilna.

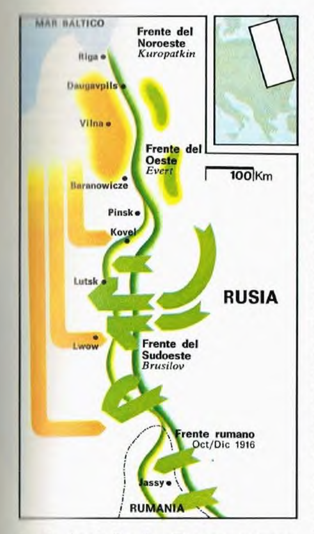
Al término de esta reunión, uno de los generales dijo a Brusilov que había sido una imprudencia jugarse su reputación ofreciéndose a iniciar una ofensiva. Imperturbable ante este pesimismo, regresó a su frente del sudoeste para aprovechar hasta el máximo las seis semanas con que contaba para los preparativos. Decidió no concentrar sus fuerzas y pedir a cada uno de los generales que mandaban sus cuatro ejércitos que prepararan un ataque; si los preparativos se hacían en cuatro lugares distintos de un sector del frente, que tenía una extensión de trescientos veinte kilómetros, el enemigo sería incapaz de prever dónde iba a descargarse el primer golpe. En acciones anteriores, como Brusilov sabía muy bien, ni el lugar ni el momento de un ataque habían parecido producir la menor sorpresa, de modo que, además de evitar las concentraciones de tropas, tomó la precaución de despedir a los corresponsales de prensa. Como medida complementaria, sospechando que la Zarina hablaría demasiado, evitó informarla de los detalles de su plan.

La línea austrohúngara que Brusilov se disponía a atacar estaba sólidamente fortificada: en la mayor parte de su extensión, contaba con tres cinturones defensivos, uno detrás de otro, a intervalos de mil setecientos a tres mil doscientos metros. Cada cinturón tenía como mínimo tres líneas de profundas trincheras, situadas entre sí a unos cuarenta y cinco o cincuenta y cinco metros. Había también abrigos subterráneos muy bien construidos, nidos de ametralladoras, escondrijos para tiradores, y tantas trincheras de comunicación como eran necesarias. Delante de cada cinturón se había dispuesto una barrera de alambres formada por unas veinte hileras de postes a los que se habían fijado las alambradas, parte de las cuales eran muy espesas, y otras electrificadas o minadas. La aviación de Brusilov había obtenido buenas fotografías de estas defensas, y la información había sido trasladada a mapas en gran escala, de modo que, como se comprobó más tarde, los oficiales rusos disponían de unos mapas de la línea enemiga tan completos como los de los mismos austríacos. Por otra parte, aunque durante el período de preparación la mayoría de los soldados permaneció detrás de la línea, los oficiales pasaron mucho tiempo en las posiciones más avanzadas estudiando el terreno en el que tendrían que combatir. Entretanto, gracias a unos proyectiles especiales, los artilleros podían alcanzar los blancos previstos a gran distancia, y se iba haciendo acopio de granadas. Unas trincheras destinadas a servir de lugar de concentración y de punto de partida para el ataque se cavaron cerca de la línea austríaca, en algunos casos a sólo noventa o incluso setenta metros del enemigo. Dado que iba a tratarse de una amplia ofensiva dispersa y no de un ataque convencional concentrado en un punto concreto, no se acumularon tropas de reserva.

Mientras sus cuatro jefes de ejército proyectaban —cada cual por su cuenta— los detalles de sus respectivos ataques, Brusilov se mantenía en contacto con el cuartel general, a fin de discutir la cuestión de las fechas. Por una parte, Evert aseguraba que su ataque en el frente del oeste —para el cual el de Brusilov no era más que una operación preliminar— necesitaba más tiempo de preparación. Por otra parte, a la apurada situación de Verdún se añadía ahora la derrota que los austríacos habían infligido al Ejército italiano en el Trentino: si Rusia no lograba hacer algo para que cediera el acoso austríaco en Italia, ésta tendría que retirarse de la guerra y las potencias centrales podrían lanzar un número de tropas aún mayor contra Verdún. Finalmente, la «ofensiva de Brusilov», como fue llamada posteriormente, se inició el día 4 de junio.

**La fiesta de cumpleaños del archiduque**

Tres de los cuatro ejércitos de Brusilov abrieron brecha inmediatamente, ayudados por una excelente preparación de la artillería, por el factor sorpresa y por la notable predisposición que mostraron las unidades checas del Ejército austrohúngaro a entregarse como prisioneros de guerra. El avance principal de Brusilov apuntaba hacia Lutsk y Kovel. La primera de estas poblaciones fue tomada el día 8: las granadas rusas obligaron al archiduque austríaco José Fernando a abandonar su fiesta de cumpleaños, que estaba celebrando allí. Con tres brechas anchas y




**La ofensiva de Brusilov. El ataque principal en dirección a Lutsk y Kovel hizo tambalear a los austríacos; Evert, empero, no atacó en el frente occidental.**

profundas en su línea, los austríacos no tardaron en batirse apresuradamente en retirada. Sin embargo, el siempre reacio Evert seguía mostrándose poco dispuesto a iniciar su propio ataque, y el 9 de junio Brusilov recibió la noticia de que dicho avance iba a aplazarse hasta el 18. Para entonces, Ludendorff hacía desesperados esfuerzos por organizar un contraataque, y reunía unidades alemanas dispersas para mandarlas al sur y reforzar a los desmoralizados austríacos. Afortunadamente para Austria, el ataque principal de Brusilov, por culpa de las confusas instrucciones que mandó el cuartel general, se produjo en dos direcciones a la vez, y de este modo se desperdició la oportunidad de conquistar Kovel.

El 18 de junio no se produjo el ataque que Evert había prometido lanzar en dirección a Vilna. En cambio, el general intentó un avance de menor importancia, mal planeado y que no tuvo éxito, sobre un sector más meridional, en Baranowicze. Era evidente que el Alto Mando iba a hacer precisamente lo contrario de lo que Brusilov deseaba: en vez de atacar en el frente del oeste, enviaría tropas de Evert a Brusilov, opinando que este último, gracias a los refuerzos, podría explotar plenamente su éxito inicial. Tal como Brusilov había previsto, apenas los alemanes advirtieron esos movimientos de tropas rusas, consideraron que también ellos podían transportar sus propias tropas más al sur, y debido a que contaban con mejores comunicaciones ferroviarias, se les anticiparon. De esta manera el Alto Mando alemán pudo aprovechar hasta el máximo sus escasos efectivos. A pesar de que a fines de julio se produjo una nueva acometida, el avance de Brusilov se hacía cada vez más lento, ya que cada vez tenía ante sí más unidades alemanas. En general, la ofensiva de Brusilov llegó a su fin hacia el 10 de agosto, cuando los austríacos habían perdido no sólo vastas extensiones de terreno, sino también 75.000 hombres, hechos prisioneros por los rusos, además de los muertos y heridos. Pero la cifra de bajas rusas sobrepasaba ya el medio millón.

Más tarde Brusilov afirmaría que, de haber sido debidamente aprovechado el espléndido éxito inicial de su ofensiva, Rusia podía haber ganado la guerra para los aliados. Parece muy probable que si Evert hubiese lanzado el ataque principal tal como estaba previsto (inmovilizando así a las tropas alemanas que no tardaron en ser enviadas en apoyo de los austríacos), Brusilov hubiera podido obligar a Austria a retirarse de la guerra, lo cual, casi seguramente habría tenido como consecuencia la rendición de Alemania antes de que terminara 1916. En cualquier caso, la ofensiva de Brusilov consiguió todos los objetivos que se había propuesto, y más aún: parte de las tropas austríacas que estaban en Italia tuvieron que precipitarse hacia el norte para hacer frente a los rusos, y los alemanes se vieron obligados a poner fin a las operaciones en Verdún y trasladar nada menos que treinta y cinco divisiones desde Francia hacia el frente del Este. Aunque Brusilov no logró ganar la guerra, probablemente impidió que los aliados la perdiesen.

**Presión sobre Rumania**

A mediados de agosto, cuando la ofensiva de Brusilov ya empezaba a perder impulso, se dio definitivamente por terminada en el momento en que Rumania decidió abandonar su neutralidad y unirse a los aliados, para lo cual el primer paso fue firmar una alianza militar.

Desde el mismo comienzo de la guerra la diplomacia aliada había dedicado mucha atención a Rumania. A este respecto los rusos maniobraron por dos conductos distintos, y, por cierto —teniendo en cuenta la costumbre del Zar de actuar independientemente de sus ministros—, es probable que lo llevado a cabo por una de las dos partes quedó ignorado por la otra.

En esta campaña diplomática el arma convencional fue el embajador ruso en Bucarest, que gozaba de cierta influencia en los círculos políticos rumanos. Pero sus dotes encontraron un digno adversario en el estadista rumano Bratianu, que consiguió aplazar la decisión durante bastante tiempo. Por aquel entonces Rumania mantenía buenas relaciones tanto con Rusia como con las potencias centrales, y la opinión pública estaba dividida entre los que simpatizaban con los aliados y los partidarios de Austria y Alemania. Seguramente la mayor parte de los rumanos veía con buenos ojos los esfuerzos que realizaba Bratianu para aplazar una decisión hasta que la victoria sonriera de modo inequívoco a uno u otro bando.

El segundo agente de Rusia en Bucarest era el contraalmirante Veselkin, quien, desde su buque insignia en miniatura *Rus*, mandaba la Flotilla del Danubio de la Armada Imperial rusa, flotilla que se había constituido en 1914 artillando unos vapores del Danubio y agregándoles unos cuantos cañoneros de la Flota del mar Negro. Su finalidad primitiva fue la de aprovisionar a Servia, pero después de la derrota de este país casi no tenía otra misión que participar en intrigas para conseguir que Rumania entrase en la guerra al lado de Rusia.

Veselkin era un hombre ingenioso, cordial y elocuente, popular entre sus colegas, y, lo que era más importante aún, favorito del Zar. No es seguro que se dedicara a actividades secretas: los misteriosos paquetes confiados por él a rusos —que estaban de tránsito en Rumania y se dirigían a su país— para que los entregaran al Zar, con carácter estrictamente personal, no contenían documentos secretos, sino sencillamente unos embutidos ahumados, típicos de Rumania, que gustaban mucho a Nicolás II. Pero, sin duda alguna, Veselkin dedicaba todo su tiempo libre a convencer a los rumanos. Se le habían confiado alhajas por valor de dos millones de rublos para que las «regalara» a los rumanos influyentes y a sus esposas. Sin embargo, esto era muy poco comparado con las fortunas de que disponían los agentes alemanes (quienes reconocían



Soldados rusos en las trincheras del frente de Galizia, en 1916.

necesitar enormes sumas destinadas al soborno de los funcionarios ferroviarios para que fingieran no ver los materiales de guerra apenas disimulados que atravesaban el país desde Alemania a Turquía). A mediados de 1916 parece ser que el partido filoalemán de Rumania era aún lo suficientemente fuerte para contrarrestar los esfuerzos rusos.

Por otra parte, varios rusos influyentes opinaban que una Rumania neutral era más ventajosa que una Rumania aliada. Los agregados naval y militar de la embajada rusa mandaban sombríos informes acerca de la falta de preparación del país para tomar parte en la guerra, y otros oficiales rusos preveían que una Rumania aliada solicitaría una ayuda que Rusia no podría proporcionarle. No obstante, a un cambio de embajadores rusos siguió lo que era virtualmente un ultimátum por el que se emplazaba a Rumania a tomar una decisión antes de una fecha determinada: el éxito de la ofensiva de Brusilov —que entonces se estaba desarrollando— movió a los rusos a adoptar esta actitud, y al mismo tiempo procuró a Rumania un nuevo argumento para decidirse en favor de los aliados.

**Rumania en guerra**

Así fue como, el 17 de agosto, Rumania firmó la alianza militar a la que se había visto empujada, e inmediatamente empezó a manifestarse cuán errónea era la creencia —todavía vigente entre las grandes potencias al cabo de cincuenta años— de que es inevitablemente mejor un aliado que un neutral. Los aliados confiaban en que la mayor parte del medio millón de soldados del Ejército rumano se utilizaría en el sur para atacar a Bulgaria, y luego quizá se uniría con las otras fuerzas aliadas que se hallaban en Salónica. Pero las aspiraciones rumanas con respecto a Bulgaria ya habían quedado satisfechas con el Tratado de Bucarest de 1913, que había puesto fin a la guerra de los Balcanes; en cambio, Rumania todavía tenía puestos los ojos (en el país se hablaba de «aspiraciones nacionales») en la Transilvania austríaca. Y así, el 27 de agosto, ante la consternación de sus amigos y aliados, Rumania atacó por el norte.

Alemania, convencida de que el Gobierno rumano tardaría un poco más en tomar una decisión, se encontraba en un mal momento para hacer frente a la nueva amenaza: ya se había privado de los contingentes enviados a Austria para detener a Brusilov, y, por añadidura, los aliados occidentales habían iniciado su ofensiva del Somme y las fuerzas de éstos en Salónica mostraban mayor actividad. Por ello, al comienzo, el Ejército rumano lo arrolló todo en su avance y tomó la capital de la Transilvania en los primeros días de septiembre. El Alto Mando alemán, sin embargo, gracias a su estricta organización y corriendo grandes riesgos al retirar tropas de los sectores tranquilos de otros frentes, consiguió dominar la situación. Falkenhayn atacó a los rumanos en Transilvania, mientras Mackensen atravesaba Bulgaria y atacaba al nuevo enemigo por el sur, obligando a los rumanos a abandonar su territorio de Dobrudja. Entonces se puso de manifiesto que el Ejército rumano estaba aún peor adiestrado y peor equipado de lo que habían dicho los pesimistas, y, en cualquier caso, sus indolentes oficiales se adaptaban muy mal a una guerra moderna. Los rumanos pidieron ayuda a Rusia, y fueron tropas rusas las que, al menos por el momento, consiguieron detener a Mackensen a mediados de septiembre.

Antes que terminara el mes, los dos ejércitos alemanes estaban amenazando el corazón de Rumania, a pesar de que los rusos atacaban —más al norte— para restarles fuerzas. En el sur, Mackensen obligó a su enemigo a cruzar el Danubio, mientras las tropas rumanas que el mes anterior habían invadido la Transilvania se batían ahora en completa retirada. El 23 de octubre, Mackensen conquistaba un punto clave sobre el mar Negro, el puerto de Constanza, y a primeros de diciembre caía Bucarest. Prácticamente, el Ejército rumano había dejado de existir: ocupaba tan sólo una pequeña parte de territorio rumano en torno a Jassy, y estaba siendo reorganizado por un general francés con la esperanza de que vinieran tiempos mejores.

En aquel otoño había ya dos ejércitos rusos en Rumania, y al cabo de poco tiempo una cuarta parte de todo el Ejército ruso fue destinado a esta zona. Ahora el frente ruso se había extendido hasta el mar Negro: ya no existía una segura frontera neutral ruso-rumana. Al menos por lo que se refiere a los intereses de Rusia, la alianza con Rumania sólo había tenido consecuencias negativas. En cuanto a Alemania, una vez superada la primera crisis, se vio favorecida por la entrada de Rumania en la guerra: ahora ocupaba los trigales y los campos petrolíferos de este país y tenía mejores comunicaciones con su aliado turco. Además, para bien o para mal, el Alto Mando alemán había precipitado la entrada en la guerra de Holanda y Dinamarca al lado de los aliados, y la derrota de Rumania parecía indicar que esos dos países no estaban lejos de sufrir la misma suerte.

Los oportunistas rumanos hicieron todo lo posible para mejorar la situación de su país: en mayo de 1918 firmaron la paz, pero volvieron a unirse a los aliados en vísperas de su victoria final.

**J. N. Westwood**

# Los nuevos dirigentes



**1916 trajo cambios en la dirección política de Gran Bretaña y Alemania. Al terminar el año, los hombres que dirigían los esfuerzos bélicos de sus países eran: Lloyd George, un galés, y Ludendorff, un general alemán de la clase media. En 1917, un antiguo primer ministro radical, Clemenceau, subió al poder en Francia. Eran hombres muy distintos de los tradicionales dirigentes del pasado, pero iban a conducir a sus respectivas naciones a la implacable búsqueda de una victoria total.**



**DAVID LLOYD GEORGE**

En el palacio de Buckingham, durante la noche del 6 de diciembre de 1916, una hora antes de la suprema crisis nacional, David Lloyd George aceptó el encargo del Rey de formar un gobierno para ganar la guerra. Y así, a la edad de cincuenta y tres años, Lloyd George llegó al punto culminante de una sorprendente y azarosa carrera que había hecho de él, durante más de una década, la figura más relevante y discutida de la vida pública británica.

Desde el comienzo había sido una especie de intruso en la política: un baptista galés en un sistema dirigido por y para las clases dominantes inglesas, un hombre relativamente pobre que procedía de una familia modesta y que se abría camino en un mundo aristocrático. Se había dado a conocer en el último decenio del siglo XIX como un fogoso joven radical no conformista, dedicado a abatir la supremacía del pastor y del hacendado sobre la comunidad de granjeros. Durante la guerra de los bóers (1899-1902), se opuso apasionadamente al imperialismo británico. Cuando el Partido Liberal ocupó el poder (1905), fue en el Gabinete el portavoz de los disidentes radicales, primero como presidente de la Junta de Comercio y, más tarde (a partir de 1908), en calidad de ministro de Hacienda. En este último cargo fue el adalid de la reforma social, de las pensiones para la vejez, del «Presupuesto popular», de los seguros nacionales y de otras medidas que contribuyeron a echar los cimientos del Estado social. Sus duras arremetidas —contra los terratenientes y la Cámara de los Lores— agitaron las pasiones más violentas. Y, sin embargo, este radical extremista sabía ser también un habilísimo diplomático: nadie le igualaba en su papel de mediador en las disputas laborales. En el año 1910 incluso había llegado a proponer un gobierno de coalición para promover la reforma social y el rearme.

Cuando en agosto de 1914 estalló la Primera Guerra Mundial, Lloyd George fue desde el principio una figura capital en las grandes controversias que el desarrollo del conflicto trajo consigo. Aun cuando todavía el 2 de agosto de 1914 se había mostrado muy reacio a apoyar una declaración de guerra, una vez iniciada la contienda se dedicó sin reservas a la inexorable consecución de una guerra total, a cualquier precio. Personalmente no sabía casi nada de cuestiones militares: en el curso de su carrera se había dedicado casi por completo a la política interior, descuidando los asuntos internacionales. Pero su talento le permitió advertir en seguida que aquél era un conflicto diferente, una guerra total, en la que no iban a enfrentarse tan sólo los ejércitos, sino también los pueblos y las civilizaciones. Tal vez por ello la intuición de un galés que era ajeno al sistema pudo aportar unas soluciones cuando se produjo el fracaso del saber convencional de los generales.

Junto con Churchill, Lloyd George fue a lo largo de 1915 un vehemente «oriental», decidido partidario de una estrategia periférica en los Balcanes y en el este del Mediterráneo, en vez de la estéril guerra de trincheras que se estaba librando en el frente del Oeste. Y sentía una instintiva desconfianza hacia Robertson, el jefe del Estado Mayor Imperial, y hacia Haig, el jefe supremo del Ejército, desconfianza que los hechos posteriores habían de justificar. Cuando el gobierno de Asquith se convirtió en una coalición, en mayo de 1915, a Lloyd George se le confió un puesto de importancia vital, el Ministerio de Municiones. Así pudo emplear todo su dinamismo y elocuencia en la obtención de morteros y ametralladoras, y de las «montañas de granadas» que había estado reclamando. La actividad y la energía de sus colaboradores contribuyeron a transformar los sectores industriales de la economía, adaptándola a las necesidades de la guerra. Al propio tiempo, mejo-

ró las condiciones laborales de los obreros (y de las obreras) en las fábricas de municiones, comprendiendo que no podían separarse los objetivos del bienestar social y las exigencias de la guerra.

A medida que avanzaba el año 1916, la impaciencia de Lloyd George ante la política del gobierno de Asquith iba en aumento. Se mostró muy contrariado por los aplazamientos de la introducción del reclutamiento obligatorio en los primeros meses del año, y no compartía en absoluto la irracional confianza que se había depositado en Kitchener. Cuando éste se ahogó en el mar, en el mes de junio, Lloyd George le sucedió en el Ministerio de la Guerra. Pero seguía sintiéndose insatisfecho. La guerra, en su opinión, estaba siendo mal conducida, sobre todo en los casos del fracasado desembarco en Salónica, o en el intento de ayuda a Rumania, una «nación chiquita como un puño», casi como el mismo Gales. Todo ello culminó en una complicada crisis política entre el 1 y el 6 de diciembre de 1916. El día 7, Lloyd George conseguía superar la crisis al obtener ayuda suficiente para formar un gobierno en el que participaron todos los partidos, y Asquith pasaba a la oposición.

Desde el primer momento se vio con toda claridad que la gestión de Lloyd George inauguraba una era en el Gobierno británico. Formó un nuevo Gabinete de Guerra con sólo cinco miembros para dirigir la contienda, un organismo pequeño y eficaz, con su propio secretariado, que dependía directamente del primer ministro en persona. Pero más importante que la innovación en el mecanismo del Gobierno fue el cambio introducido en el estilo de la función rectora. El nuevo primer ministro, en contraste con el caído Asquith, parecía frío y distante. Tenía poca paciencia con la alta sociedad y muy poca fe en los «técnicos». Sus amigos no procedían de los círculos políticos habituales, y entre ellos abundaban los magnates de la prensa y los industriales de humilde origen. Ahora, en Gran Bretaña, parecía haber una nueva voluntad de victoria, que la elocuencia del nuevo *premier* sabía realzar. Meses atrás, en la *eisteddfod* (asamblea nacional) de Aberystwyth, había exhortado a sus compatriotas a cantar en los momentos más graves de la guerra, como el ruiseñor canta en las horas más oscuras de la noche. Batallador y seguro de sí mismo, la crisis mundial era ahora su oportunidad.

**Kenneth Morgan**

**LUDENDORFF**

«Hemos perdido la guerra», exclamó el káiser Guillermo II al recibir la sorprendente noticia de que Rumania había declarado la guerra a las potencias centrales. Tan grande fue la impresión recibida, que perdió la confianza en su fiel jefe del Estado Mayor, Erich von Falkenhayn, y le sacrificó a modo de chivo expiatorio por las derrotas del verano de 1916. La corte consoló al Káiser con la promesa de que Alemania aún podía salvarse gracias a sus dos héroes nacionales, Hindenburg y Ludendorff.

El anciano mariscal de campo Von Hindenburg, que había vencido a los rusos en Tannenberg, era un patriarca aún más popular que el mismo Káiser. Sólo los iniciados sabían que en realidad debía la fama a su jefe de Estado Mayor, el general Erich Ludendorff; pero al mismo tiempo, Hindenburg, con su imperturbable serenidad y su agudo humor, era el complemento ideal del joven, temperamental e impetuoso Ludendorff. Por esta razón, el puesto de jefe del Estado Mayor Central tenía ahora dos ocupantes: Hindenburg asumía la responsabilidad exterior, mientras que, en la práctica, el verdadero jefe del Ejército alemán —de hecho, el dictador secreto de Alemania— era Ludendorff, disimulado bajo el cargo de intendente mayor del Ejército.

No obstante, había unas cuantas personas en el Estado Mayor Central que no esperaban nada bueno del nombramiento de Ludendorff. En aquellos días de agosto, el coronel Von Marschall consignó su opinión por escrito: «Ludendorff, con su ilimitada ambición y su gran orgullo, sostendrá la guerra hasta que el pueblo alemán quede completamente exhausto; y entonces la monarquía tendrá que pagar las consecuencias.» Un colega de Ludendorff, y más tarde su sucesor, el general Groener, resumió perfectamente la personalidad de Ludendorff: *«Er ist ganz Soldat - aber gar kein Diplomat»* («De soldado lo tiene todo, de diplomático no tiene nada»). La corte quedó horrorizada por la aspereza de tono con que el general trataba al Káiser. Y los viejos militares, fieles a las tradiciones, se escandalizaron al ver que Hindenburg —por instigación de Ludendorff y de su camarilla de jóvenes coroneles— daba públicamente órdenes al canciller y le hacía reproches. En contraste con los aliados, cuyos pueblos otorgaban poderes extraordinarios a civiles como Lloyd George y Clemenceau, en Alemania el Káiser y el Gobierno se inclinaban ante la brutal voluntad de un soldado. Apenas habían transcurrido tres meses cuando el canciller, Bethmann-Hollweg, se quejaba de los continuos ataques de Ludendorff: «En el fondo desearía tener los poderes de un dictador para militarizar toda la vida política.»

Por una ironía del destino, había sido el mismo Bethmann-Hollweg quien había ayudado a Ludendorff a escalar el poder. Mucho antes que el hombre de la calle, el canciller había comprendido que Alemania no podía imponer la paz a sus enemigos, sino tan sólo, en el mejor de los casos, conseguir la paz sobre la base de la situación anterior. Pero Bethmann-Hollweg no se creía capaz de responder ante la nación de aquellas «escuálidas y putrefactas paces», sin que figurara al frente del Ejército el más popular de los militares. «Aun cuando perdiésemos una batalla, no lo quiera Dios, nuestro pueblo lo aceptaría mientras Hindenburg estuviese al frente de las tropas; y la nación aceptaría cualquier paz refrendada por su nombre.» Éste fue un error fatal, ya que la función de gobierno quedó muy disminuida cuando tomó el mando un hombre como Ludendorff, obsesionado por el poder pero totalmente ajeno a la política.

Ludendorff sobreestimó exageradamente no sólo su propia valía, sino también las posibilidades del pueblo alemán. Incluso cuando solamente era responsable de un sector del frente del Este, había demostrado una absoluta incapacidad para apreciar los problemas que se planteaban a un alto mando que aspiraba a sostener sobre tres frentes una guerra para la cual Alemania era evidentemente demasiado débil.

Falkenhayn hacía sus previsiones para una larga guerra de desgaste; por este motivo escatimaba sus reservas de hombres y material. En cambio, Ludendorff, que sólo aspiraba a «ganar una vez más», atribuía a envidia la negativa de Falkenhayn a darle las seis divisiones que necesitaba para conquistar Riga y Petrogrado. El general estaba sinceramente convencido de que la manera que tenía Falkenhayn de llevar la guerra estaba conduciendo a Alemania hacia un desastre. No sólo porque ansiaba ocupar el poder y porque se consideraba a sí mismo como mejor militar, sino también porque creía cumplir con un deber patriótico, Ludendorff intrigó con el canciller hasta conseguir la caída de Falkenhayn. «Yo solamente puedo amar u odiar —dijo en aquella ocasión—, y al general Von Falkenhayn le odio. Me es imposible colaborar con él.»



### La «cruzada» de Ludendorff

Pero Ludendorff no podía colaborar con nadie que no compartiese su ilimitada voluntad de victoria. De todos modos, al cabo de pocas semanas se vio obligado a admitir que estaba exhausto tras las sangrientas batallas de Verdún y del Somme, y que le sería imposible lanzarse a otra ofensiva en el curso del año siguiente; ni siquiera la victoriosa campaña de las potencias centrales contra Rumania podía ocultar este hecho. También para él la única posibilidad de triunfo estribaba ahora en la implacable guerra submarina contra el comercio británico de ultramar. Aunque a los políticos no les faltaban buenas razones para temer que semejante campaña, que violaba la legislación internacional, empujase a los Estados Unidos hacia el bando enemigo, el 9 de enero de 1917 Ludendorff iniciaba la guerra submarina, seguro de que al cabo de pocos meses se obtendrían ya resultados. Hasta entonces confiaba en resistir movilizando todos los recursos posibles del pueblo alemán —incluso enfermos, heridos de guerra, niños y mujeres— en una guerra total. («El que no trabaje no comerá.»)

Siguiendo la pauta de la ley inglesa de municiones para la guerra, también Alemania iba ahora a doblar y a triplicar su producción de cañones y municiones. Pero Ludendorff no tuvo en cuenta que Gran Bretaña, para la obtención de materias primas, podía utilizar recursos de los que no disponía Alemania, cuyas relaciones con ultramar eran imposibles debido al bloqueo. Los objetivos propuestos para la producción no se alcanzaron, y muchos proyectos tuvieron que abandonarse una vez ya iniciados. El general consiguió fácilmente que el Reichstag aprobase una «Ley referente al servicio a la Patria», que ponía a su disposición todos los varones alemanes comprendidos entre dieciséis y sesenta años; pero pronto se vio obligado a admitir que no podía regir una economía como regía un Ejército. También resultó imposible, dada la resistencia que opusieron los sindicatos, imponer una obligatoriedad indiscriminada para el trabajo. Además, Alemania ya no contaba con recursos humanos suficientes para cubrir sus bajas de guerra (un millón y medio sólo en 1916) y, al mismo tiempo, formar nuevas divisiones y crear nuevos puestos de trabajo con obreros adiestrados.

Por fin, a Ludendorff se le ocurrió la idea de utilizar el «material humano» polaco y belga. En el otoño de 1916, entre los aplausos de la industria pesada alemana y sin hacer el menor caso de la opinión pública mundial, echó mano de millares de trabajadores belgas y, como si fuesen ganado, los deportó a Alemania en trenes de mercancías. Sólo las protestas que se produjeron a escala mundial infundieron al Gobierno el valor suficiente para poner fin a este tráfico de esclavos. Sin embargo, en la cuestión polaca el Gobierno se sometió abyectamente a las exigencias de los militares. El 5 de noviembre de 1916, ante la insistencia de Ludendorff, las potencias centrales declararon la independencia de Polonia, aunque con ello desaparecieron las leves posibilidades que hasta entonces habían existido de firmar una paz por separado con Rusia. Pero en vez de los 750.000 hombres que se esperaban, sólo 5.000 polacos se dirigieron hacia las oficinas alemanas de reclutamiento.

La «cruzada» de Ludendorff por una victoria total sobre todos los enemigos de Alemania sólo condujo a que los recursos disponibles quedaran estrujados y exhaustos, situación que tarde o temprano debía tener graves repercusiones. Sin duda, el poder político se había opuesto a esta carrera frenética; pero era impotente ante la alianza de los militares, la opinión pública, una mayoría del Reichstag, la industria pesada y los Junkers, grupos todos ellos que estaban muy satisfechos con la dictadura de Ludendorff. Ya hacia finales de 1916 los militares intrigaban para provocar la caída del canciller; sin embargo, le dejaron en su puesto con la esperanza de que, si seguía en él aún después de haberse declarado la guerra submarina, su prestigio internacional impresionaría favorablemente a los países neutrales. Pero desde fines de 1916 hasta su caída, en el verano de 1917, Bethmann-Hollweg sólo fue canciller con el permiso de Ludendorff. «Nunca el Destino ha impuesto súbitamente a un hombre una tarea más difícil», escribió Ludendorff, recordando su vida en 1916. Nada más cierto. Porque aspiraba a algo imposible: una victoria alemana.

**K. H. Janssen**

### GEORGES CLEMENCEAU

El 20 de noviembre de 1917, Georges Clemenceau se presentó ante la Cámara de Diputados como el nuevo primer ministro de Francia. Llamado a asumir tal responsabilidad por un antiguo enemigo (Poincaré, el presidente de la República), se



hizo cargo de sus nuevos deberes en un momento sombrío; pero si llegó a ser primer ministro fue precisamente porque el horizonte se presentaba tan negro. Los franceses de buena memoria recordaban a aquel hombre cuya carrera había comenzado bajo excelentes augurios, pero que, sin embargo, por diversas razones, no había dado los frutos que muchos habían esperado.

Clemenceau había nacido en 1841, en el seno de una familia apasionadamente republicana que aún veneraba la memoria de los grandes héroes de la Revolución. Recordaba a su padre detenido por la policía de Napoleón III; durante su juventud, cuando era estudiante de medicina en París, dirigía una imprenta clandestina, y la policía no tardó en perseguirle por este delito. Había consagrado su juventud a la República como supremo ideal, y a partir de 1871 fue fiel a la República como institución. Aunque era profundamente escéptico, Clemenceau, al igual que otro gran líder francés posterior, siempre alimentó una cierta idea de *la grandeur* de Francia. Sin embargo, a diferencia del general De Gaulle, Clemenceau concebía a Francia como portaestandarte de la razón y del racionalismo, y como la ciudadela de la democracia republicana.

Además de sus apasionadas convicciones, tenía otras cualidades que atraían la atención. Desconocía el miedo y siempre estaba dispuesto a desafiar a sus enemigos políticos o personales. Pronto mereció su sobrenombre de «El Tigre»; excelente orador y hábil prosista, mostraba sus mejores dotes en las más duras invectivas. Era un hombre de amplia curiosidad intelectual y artística que impresionaba a gran parte de la élite burguesa de la Tercera República.

Durante el sitio de París, en 1871, fue alcalde de Montmartre. Después de haber estado a punto de ser linchado, hizo grandes esfuerzos por salvar las vidas de los oficiales que cayeron en manos del enfurecido populacho al comienzo de la insurrección de los *communards*; pasaron años antes de que cesaran los rumores que provocó este incidente. En los primeros años de la República siguió a Gambetta, pero pronto le abandonó para convertirse en el jefe de la izquierda radical en la Cámara. Se creó muchos enemigos a medida que muchos ministerios iban cayendo bajo los embates de su oratoria. Cuando cometió un error apoyando a un ministro de la Guerra que resultó ser un aspirante a dictador militar, sus enemigos se frotaron las manos. Empezaba ya a adquirir la reputación de un hombre que carecía al mismo tiempo de buen criterio y de honradez.

La oportunidad de sus enemigos llegó con el estallido de un gran escándalo: la compañía fundada para abrir un canal en Panamá se declaró en quiebra en 1892. Algunos amigos de Clemenceau estaban directamente complicados en unas turbias negociaciones financieras y políticas relacionadas con el asunto, y él no pudo negar su vinculación con ellos. En un momento en que la anglofobia era moneda corriente en Francia, se mostró amigo de Gran Bretaña y fue objeto de calumniosos escritos que le presentaban como un agente a sueldo del Gobierno inglés. En su distrito electoral fue saludado por los campesinos al grito de *«Aoh, yes»*, con un pronunciado acento inglés, y su derrota resultó total. Su carrera parecía haber terminado.

Se dedicó entonces al periodismo. Más tarde, otro escándalo le ofreció la oportunidad de volver a la política. Se trataba del caso Dreyfus. Su apasionada defensa de la inocencia de éste dio como fruto el retorno de Clemenceau a la Cámara, donde reanudó la lucha contra su viejo enemigo, el clericalismo. Detestado por las derechas, en 1906 fue nombrado ministro del Interior, puesto desde el cual se ganó el odio de los socialistas por la habilidad y rudeza con que resolvió algunos conflictos laborales. Las izquierdas eran ahora mucho más extremistas que el Clemenceau de tiempo atrás; ahora su presencia molestaba a los socialistas. Cuando llegó a primer ministro, en octubre de 1906, se produjo otra decepción: después de ocupar el poder durante tres años, casi no consiguió otra cosa que recrudecer el problema social y reforzar su dudosa reputación de «quebrantador de huelgas». Clemenceau se retiró entonces al Senado para refunfuñar desde allí contra sus sucesores.

Pero una vez más una crisis salvó al viejo líder. En 1914 había rechazado todos los cargos, para poder criticar sin traba alguna la dirección de la guerra. Patriota ardiente, utilizó su periódico —y su posición como presidente de la Comisión del Senado para el Ejército— para fustigar la incompetencia y la flojedad del Gobierno. Su actitud ocultaba una ambición: deseaba ser primer ministro, y sus investigaciones solían inspirarse en sus rencores personales. Pero la contribución del veterano luchador al fortalecimiento de la moral nacional fue enorme. A todas las disculpas y subterfugios, replicaba inexorablemente: «Los alemanes están en Noyon.»

Finalmente, no quedó nadie más a quien poder recurrir. En el gran ministerio que se nombró en noviembre de 1917, el político Clemenceau quedó por fin eclipsado por el estadista Clemenceau. Prestó poca atención a la política parlamentaria y actuó más o menos a la manera de un dictador. A los setenta y seis años, era el más anciano entre los dirigentes de los países beligerantes. Dejó los detalles a oscuros y borrosos ministros cuyos nombres han sido olvidados, e hizo de un gran patriota francés, Georges Mandel, su omnisciente *chef du cabinet*. Hubo escándalos y protestas cuando socialistas, derrotistas, agentes alemanes y antiguos ministros cayeron indiscriminadamente en sus depuraciones. Clemenceau permanecía impertérrito en medio de los clamores: si los pelotones de ejecución de Vincennes contribuían a salvar a la República en peligro, estaban justificados. Y contribuyeron a salvarla. Entretanto, el primer ministro ocupaba sus mejores días, y parte de sus jornadas más valiosas, haciendo visitas quincenales a las trincheras. Cierto día un soldado le dio un ramo de flores que había cogido en el campo de batalla. Y Clemenceau las conservó en su habitación dentro de un casco de granada hasta el día de su muerte, y en su testamento dispuso que le enterraran con ellas. Flores que son un indicio de los sentimientos que Clemenceau se esforzaba siempre por ocultar bajo las apariencias de un mordaz cinismo, y que también pueden considerarse como la clave del éxito de Clemenceau como dirigente bélico: en la guerra había encontrado una actividad que le reconciliaba con sus compatriotas.

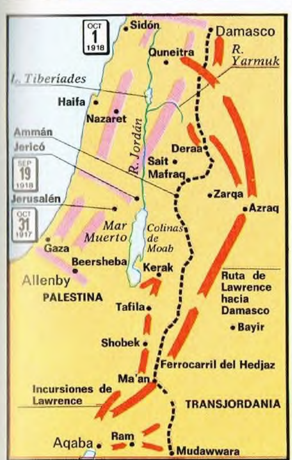
**J. M. Roberts**

# Los árabes y Lawrence

**En el duro ambiente del desierto de Arabia, T. E. Lawrence —o Al Auruns, como llamaron los beduinos a aquel hombre de pequeña estatura, cabellos rubios y ojos azules que los dirigía— dio origen a dos mitos: para los ingleses se convirtió en un héroe ambiguo, en un personaje con aureola de aventurero que provocó detracciones y controversias; para los árabes, Lawrence fue el paladín que los llevó hasta Damasco y les decidió a prestar su ayuda a Allenby para derrotar a los turcos.**

**De La Meca a Aqaba, junio 1916-julio 1917. La Meca cayó en poder de las fuerzas del Jerife Hussein el 10 de junio de 1916, y Lawrence, junto con Auda abu Tayi, tomó Aqaba el 6 de julio de 1917.** *Abajo:* **de Aqaba a Damasco, julio 1917-octubre 1918; Damasco cayó en poder de Lawrence y Feisal el 1 de octubre de 1918.**




Las relaciones que Lawrence tuvo con los árabes le ocasionaron por lo menos tantas penas como alegrías, y fueron en gran medida la causa que le impulsó a retirarse de la vida pública en una edad todavía temprana.

Es uno de los personajes más interesantes de su tiempo, a la par que uno de los más discutidos. Poseyó el don de destacarse en muchos campos, y, sin embargo, después de brillar como un meteoro, prefirió vivir en el retiro. Pero no escogió el monasterio o la cueva del ermitaño, sino una vida anónima en el Ejército como soldado raso, primero en aviación (*Royal Air Force*), luego en infantería, y después otra vez en la R.A.F. Se creía inmune a la mayoría de las debilidades humanas: había renunciado a las mujeres, a la bebida y al tabaco, pero idolatraba la velocidad. Unos pocos meses después de retirarse definitivamente de la *Royal Air Force*, en 1935, mientras corría con su potente moto a 150 km por hora en una tranquila carretera del condado de Dorset, encontró la muerte —para no atropellar a dos niños— al efectuar un viraje cerrado.

Era inevitable que un hombre de tan variadas habilidades, y tan poco afectado por los convencionalismos, provocara críticas adversas. Richard Aldington, poeta y novelista, intentó destruir para siempre la leyenda de Lawrence en su libro *Lawrence de Arabia* (1955), pero su intento se frustró. Otros también han restado importancia a su contribución a la victoria de Allenby en Palestina, arguyendo que Lawrence fue, a lo sumo, un hábil jefe de guerrilleros. Algunos han pretendido que su deseo de anonimato fue inspirado tanto por un sagaz conocimiento de los medios publicitarios, como por una sincera intención de rehuir el ajetreo de la vida pública. Sin embargo, Lawrence no fue un hombre común; el hecho de que durante su vida disfrutara de la amistad de hombres como Churchill, Shaw, Liddel Hart, Wavell, E. M. Forster y Trenchard es suficiente para echar por tierra las acusaciones de Aldington, pues es de presumir que tales personajes no admitirían fácilmente la amistad de charlatanes y fanfarrones.

## El suboficial desaliñado

Thomas Edward Lawrence nació en Tremadoc, en el norte de Gales, en 1885. Fue el segundo hijo de Thomas Chapman, un angloirlandés bastante excéntrico que más tarde cambió su nombre por el de Lawrence, y que luego heredó un título de baronet. T. E. Lawrence era hijo ilegítimo, lo que sin duda le produjo cierta desazón, aunque no hay ninguna prueba de que llegara a preocuparle tanto como Aldington pretende. Su padre poseía una renta que le permitía vivir cómodamente, y T. E. Lawrence dio muestras tempranas de sus dotes excepcionales. Aprendió a leer a los cuatro años, y a los seis ya estaba aprendiendo latín. Las becas que obtuvo contribuyeron a sufragarle los estudios, primero en una escuela de Oxford y luego en la universidad. Devoraba cualquier libro que cayera en sus manos, y se interesaba en especial por la arqueología y por la historia medieval y militar.

Cuando era estudiante de historia en el Jesus College, de Oxford, Lawrence viajó por tierras del Próximo Oriente y luego obtuvo la licenciatura con la máxima calificación. Después de haber conseguido una beca para viajes, se unió a la expedición arqueológica de D. G. Hogarth que iba a efectuar excavaciones en Carchemish; también trabajó con el arqueólogo sir Leonard Woolley. Ello le puso en contacto con los árabes, con los que se sintió hasta cierto punto identificado; aprendió su lengua y se dedicó al estudio de su historia y costumbres. Al estallar la guerra de 1914 quiso enrolarse en el Ejército, pero al principio no fue admitido por no alcanzar la talla mínima de 1,65 metros. Pasaron varios meses antes de que le dieran un destino en la sección de información del Estado Mayor, y sus conocimientos de árabe le permitieran ocupar un puesto en el *Bureau* árabe del Cuartel General de Egipto. Era entonces un suboficial bi-

soño y de aspecto muy juvenil, que vestía con desaliño el uniforme y no se preocupaba mucho por las sutilezas del protocolo militar.

En aquel tiempo la guerra contra los turcos andaba mal. Se había rechazado fácilmente el ataque contra el canal de Suez, pero el lento avance británico a través del Sinaí se había detenido frente a Gaza. En el sudeste de Arabia los turcos habían avanzado hasta las puertas de Adén, donde iban a permanecer durante el resto de la guerra. Fue en aquel momento, el 5 de junio de 1916, cuando los príncipes hachemitas del Hedjaz decidieron sublevarse contra el poder turco. Había empezado la rebelión árabe, o como algunos prefieren llamarla, el «despertar árabe».

Como operación militar, no era probable que tuviera mucho más éxito que otras recientemente realizadas por los árabes, de las cuales habían salido bastante malparados. La Meca, Jidda y Taif fueron capturadas rápidamente, pero los árabes no consiguieron conquistar Medina, donde se encontraba la principal guarnición turca. Al perder ímpetu la rebelión, los turcos enviaron, por el ferrocarril del Hedjaz, refuerzos que los árabes no consiguieron interceptar. En octubre de 1916, los británicos mandaron a Ronald Storrs, acompañado de Lawrence, para que investigara la situación sobre el terreno y se entrevistara con el emir Abdullah, hijo segundo del jerife Hussein, el jefe del Hedjaz, cuyas tropas tribales habían capturado Taif el mes anterior.

Después de entrevistarse con Abdullah, Lawrence pasó a visitar al emir Feisal, hermano menor del anterior, cuyas tribus, rechazadas en Medina, estaban acampadas en las colinas que rodeaban la ciudad. Los dos hombres lograron entenderse casi inmediatamente, pero Lawrence se dio perfecta cuenta de que las tribus de Feisal, poco disciplinadas y mal armadas, no podían estar a la altura de las tropas turcas en una guerra normal de posiciones. Mientras tanto, los turcos seguían reforzando Medina, y los inquietos beduinos, que ya habían perdido la esperanza de hacerse con un botín, empezaban a regresar a sus tiendas del desierto.

Lawrence se dio cuenta en seguida de que la clave de la situación militar era el ferrocarril del Hedjaz. Además los árabes, aunque guerreros por naturaleza, no poseían la disciplina ni la decisión suficientes para presentar batalla a los turcos. Había que encontrar algún modo de utilizar las naturales cualidades guerreras de los árabes y su capacidad de operar durante largos períodos en el desierto. La mejor manera de hacerlo era abandonar el sitio de Medina y trasladar las fuerzas hacia el norte, para atacar el ferrocarril, línea de abastecimientos vital para los turcos, y obstaculizar de este modo la llegada de refuerzos.

Para llevar a cabo su plan de entretener el mayor número posible de tropas turcas en el Hedjaz, Lawrence organizó una serie de incursiones contra el ferrocarril (de vía única y que funcionaba con leña) que unía Medina y Damasco. Su intención no era destruir el ferrocarril, sino obstaculizar su funcionamiento a fin de obligar a los turcos a dedicarle un creciente número de tropas para vigilarlo. Fakhri Pachá, el comandante turco de Medina, carente de iniciativa, permanecía inmóvil detrás de sus defensas y reclamaba cada vez nuevos refuerzos. A medida que éstos iban disminuyendo Lawrence avanzaba más hacia el norte, hasta que se juntó con las tribus de Transjordania y lanzó sus ataques contra el ferrocarril más cerca del frente principal británico de Palestina. El 6 de julio de 1917, en compañía del famoso guerrillero del desierto Auda abu Tayi y sus tribus de Howeitat, conquistó Aqaba después de haber derrotado a un batallón turco que bajaba de Ma'an para reforzar la ciudad.

Feisal trasladó entonces su cuartel general a Aqaba, que estaba más cerca del frente principal de Wejh, junto al mar Rojo, y con el permiso del jerife Hussein se puso a las órdenes del general Allenby, que había tomado el mando en Palestina. Los contingentes de Feisal, principalmente tribales, habían sido reforzados con tanques y artillería ligera: se enviaron pequeños destacamentos de tropas británicas, francesas e indias a Aqaba para ayudar a los árabes a los que sobre todo se hizo entrega de provisiones de armas, municiones y oro para poder continuar la lucha. Allenby tenía la intención de emplear a los árabes para proteger su flanco abierto, al este del Jordán, e impedir los intentos turcos de reforzarse en Palestina. También se dio cuenta de la fuerza de atracción política que ejercía la rebelión árabe, y proyectó utilizarla en beneficio de su objetivo de destrozar al Ejército turco, en cuyas filas había gran número de oficiales y muchos miles de reclutas árabes.

**Hacia Damasco**

El ataque británico contra la línea de Gaza-Beersheba estaba planeado para principios de noviembre de 1917. Se mandó a los árabes que primero cortaran el ferrocarril de Damasco-Haifa en el desfiladero de Yarmuk, al oeste del nudo ferroviario de Deraa, en Siria, para impedir la llegada de refuerzos a Palestina. El ataque significaba salir de Aqaba y atravesar más de 560 kilómetros de desierto, pero en una etapa había que pasar por tierras cultivadas, cuyos agricultores dieron aviso a los turcos. La operación no tuvo éxito, y casi resultó un desastre, pero los atacantes lograron huir y destruyeron algunos tramos de ferrocarril al norte de Amman, antes de retroceder a Aqaba. Mientras tanto, Allenby había logrado romper las defensas turcas y avanzaba hacia Jerusalén.

Lawrence estuvo presente en la entrada de Allenby en Jerusalén, el 9 de diciembre de 1917. Allenby pidió entonces a los árabes que avanzaran hacia el norte de Aqaba, a través de las colinas del este del valle del Jordán, y que establecieran contacto con las fuerzas británicas cerca de Jericó. Así, pues, Lawrence avanzó a través de las montañas de Moab, y en un encuentro feroz que tuvo en Tafila con un batallón turco, en enero de 1918, desarrolló una táctica que dio por resultado el aniquilamiento de los enemigos. Sin embargo, no pudo continuar la marcha por Kerak a causa de las bajísimas temperaturas que quebrantaron la moral de los árabes.

Allenby cruzó el Jordán en la primavera de 1918 e intentó conquistar Salt, en la meseta de Transjordania. No lo logró, como tampoco tuvo éxito el ataque árabe contra Ma'an, que según lo previsto había de coincidir con el británico; a pesar de todo, se destruyeron irreparablemente largos tramos del ferrocarril y el ejército turco del Hedjaz quedó completamente aislado. Lawrence había partido hacia el norte para establecer contacto con los británicos, pero al fracasar también en su intento acampó en el interior del desierto, junto al oasis de Azraq. Allí esperó que empezara la ofensiva británica.

El ataque británico estaba previsto para el 19 de septiembre de 1918. Allenby había pedido a los árabes que realizaran previamente un ataque contra el importante nudo ferroviario de Deraa. Así se

*Derecha:* **retrato de T. E. Lawrence, según una pintura de Augustus John. Lawrence logró dar una orientación estable a las mentes volubles de los beduinos, cuya dura vida supo compartir.**



hizo el 17 de septiembre, bajo el mando de Lawrence, con éxito completo. Cuando, dos días más tarde, Allenby cayó con el grueso de su ejército sobre las tropas turcas, éstas se encontraron con que la retirada a Damasco por Deraa estaba cortada. Además Lawrence y Feisal se habían trasladado hacia el norte y habían soliviantado las tribus del sur de Damasco. Los turcos luchaban con frenesí, al igual que los árabes, mientras se esforzaban desesperadamente en atravesar el Jordán y entrar en Siria. Feisal entró triunfalmente en Damasco, y durante algunas semanas Lawrence se encargó de mantener el orden civil y militar de la ciudad. El 31 de octubre de 1918 se firmó el armisticio con Turquía.

*1* **Uno de los guerreros del desierto mandados por Lawrence.** *2* **He aquí el rostro de uno de los guerreros cuyo amor y respeto supo ganarse Lawrence, llamado por ellos con la forma arabizada** *Al Auruns.*

1



2



Wavell, en su historia semioficial de la campaña de Palestina, no menosprecia en absoluto la forma en que los árabes, bajo el mando de Lawrence, contribuyeron a la victoria de Allenby. Muestra muy claramente que una fuerza de apenas 3.000 árabes inmovilizó a 50.000 turcos en un momento crucial y obligó al Alto Mando turco a reunir unos 150.000 soldados, «extendidos por el resto de la comarca en un esfuerzo inútil para contener la marea creciente de la rebelión árabe».

**«Al Auruns»**

Cuando Lawrence llegó al Hedjaz ocupaba un rango subalterno y no estaba instruido en cuestiones militares. Nos da una medida de su intuición en estrategia el hecho de que fuera capaz de ver cómo se podía sacar un gran partido —para ayudar a las fuerzas británicas en el Oriente Medio— de la rebelión árabe. Su comprensión de los rasgos característicos de las tribus árabes le permitió adivinar de qué manera podría utilizarlas en la guerra contra los turcos.

Los recursos con los cuales Lawrence logró ejercer su influencia sobre los árabes son ya de por sí un tema fascinante. Les demostró repetidamente que era capaz de superarlos en resistencia. Pocos pueblos viven en condiciones más duras que las tribus beduinas de Arabia, y Lawrence soportó las mismas dificultades sin exigir ninguna prerrogativa. Recorrió montado en camello trechos más largos y durante más tiempo que lo que tenían por costumbre sus compañeros árabes. Se entrenó en mantener la paciencia durante las interminables, y a menudo inútiles, discusiones alrededor del fuego en que se preparaba el café. Compartió su comida y bebió de su misma agua, y padeció por ello toda una serie de dolencias de estómago que le dejaron debilitado. Nunca consiguió hablar el árabe con la fluidez con que se expresaba Glubb, por ejemplo, ni podía pretender hacerse pasar por árabe, como hizo Leachman en Nejd; sus penetrantes ojos azules, sus cabellos rubios y la blancura de su tez le hubieran traicionado en seguida. Supo apreciar las virtudes de los árabes sin dejar de tener en cuenta sus flaquezas, como les ocurrió a algunos ingleses que quedaron fascinados por la simpatía natural de los beduinos. Nadie que haya vivido con estos nómadas puede olvidar el lado atractivo de su carácter, pero son muy pocos los que han podido conseguir que su espíritu voluble se empeñe en algo que requiera constancia. Lawrence lo consiguió, y ningún examen retrospectivo puede quitarle el mérito de haber sabido mantener el ímpetu de la rebelión árabe.

Su trabajo con los árabes no terminó con la firma del armisticio en 1918. Creía apasionadamente que su honor personal estaba comprometido en obtener la independencia por la cual los árabes habían luchado. Supo comprender, como pocos en aquel tiempo, la fuerza del nacionalismo árabe. Los turcos habían subestimado, como harían los ingleses y franceses años más tarde, el ímpetu que se encierra en el ideal de la unidad árabe. Los hombres de Estado y los políticos de Londres y París podían quizá burlarse, pero Lawrence, gran imaginativo, comprendía el afán de los habitantes del desierto. Se entregó en cuerpo y alma a ayudarlos en su empresa. Ello le puso en conflicto con su propio Gobierno durante la guerra, ya que el objetivo de Gran Bretaña y Francia era suplantar la influencia de los turcos en el Oriente Medio.

Lawrence acompañó, en calidad de consejero, a la delegación árabe que tomó parte en la Conferencia de Paz de Versalles, y se encontró envuelto en las tortuosas negociaciones, llevadas por Gran Bretaña y Francia desde el principio de la guerra, para dividirse en esferas de influencia el antiguo Imperio Turco de Arabia. Era un juego sucio, como lo es tantas veces la política, y Lawrence no tardó en aprender que las promesas hechas en los momentos difíciles de la guerra tienen tantas posibilidades de ser cumplidas como de ser olvidadas al llegar la paz. Su costumbre de llevar indumentaria árabe provocó comentarios hostiles: era una actitud demasiado extravagante para los gustos británicos. Pero para Lawrence constituía un medio como otro cualquiera para probar a los árabes que se mantenía a su lado. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, el resultado de las negociaciones era perfectamente previsible. Los franceses consiguieron mandatos en Siria y el Líbano, y acto seguido se apresuraron a echar a Feisal del trono de Damasco. A los británicos se les confiaron mandatos en Irak, Palestina y Transjordania. Feisal debía poseer, a su tiempo, un reino en Irak, y Abdullah otro en Transjordania, pero existía una herencia de resentimientos que ha enturbiado hasta nuestros días las

relaciones de Occidente con el mundo árabe.

En aquellos momentos Lawrence se encontraba muy deprimido, tanto física como espiritualmente. Su resistencia física había disminuido a causa de los años que pasó en el desierto, y su mente conservaba todavía las heridas del asalto sexual de que fue víctima en manos del comandante turco en Deraa, donde había sido capturado durante un reconocimiento por la ciudad. Había logrado escapar sin que se sospechara su identidad, pero después de haber sufrido indignidades espantosas y de haber sido bárbaramente maltratado. A pesar de lo exhausto que se encontraba, luchó firmemente en favor de los árabes en Versalles. Después de haberse firmado el tratado de paz y cuando ya no podía hacer nada más desde su puesto oficial, se retiró del Ejército y, a través de cartas y artículos publicados en la prensa, trató de persuadir al Gobierno británico de que cumpliera sus promesas y diera a los árabes una independencia real y no meramente nominal.

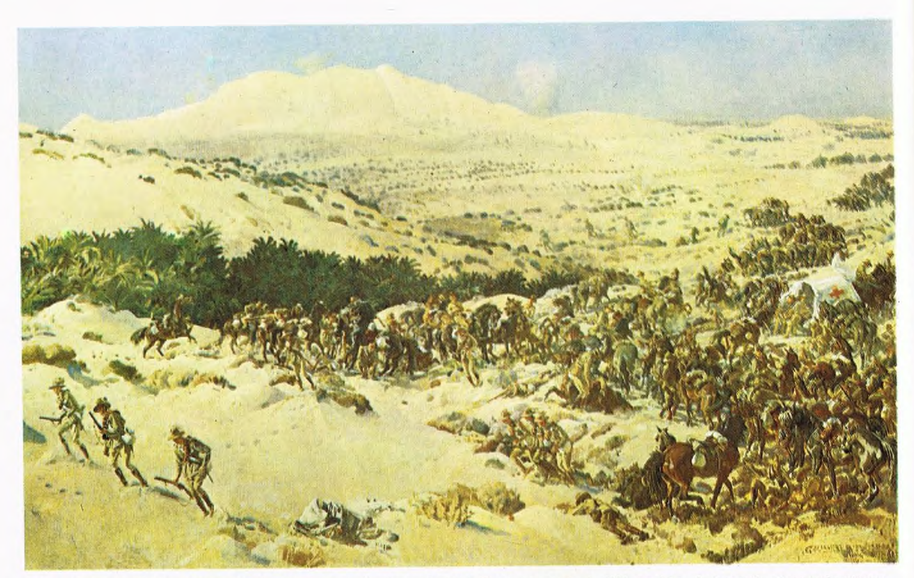
**Consejero de Churchill**

Su visión de la *Commonwealth* se adelantaba con mucho a su tiempo, aunque él la expresaba en términos contemporáneos. «El nuevo imperialismo —escribió en la *The Round Table* en 1920— implica la contribución positiva de hacer aceptar responsabilidades a las poblaciones indígenas... Les podemos enseñar sólo obligándolas a que lo intenten, mientras nosotros nos quedamos a su lado para aconsejarles... Debemos estar preparados a verles hacer las cosas con métodos completamente distintos a los nuestros y menos bien que nosotros, pero, en principio, es preferible que ellos hagan las cosas a medias y no que nosotros las hagamos en su lugar y de un modo perfecto.» Mucha sangre, dinero y disgustos se hubieran ahorrado si las potencias coloniales hubieran comprendido esta verdad. El Oriente Medio se mantuvo en desorden mientras la política de Curzon en el *Foreign Office* —política de un imperialismo anticuado— estuvo en desarmonía con los tiempos. La situación sólo mejoró cuando el *Colonial Office* asumió la responsabilidad del Oriente Medio. Churchill, ministro entonces, se llevó a Lawrence como consejero en asuntos árabes a una conferencia convocada en El Cairo en 1921. El resultado de la conferencia fue considerado en aquel momento —por parte de los británicos de un modo unánime y con algunas reservas por parte de los árabes— como enteramente satisfactorio. Según palabras de Churchill, «se apaciguó a los árabes y al coronel Lawrence instalando a Feisal en el trono de Bagdad; el Ejército británico, que venía costando treinta millones al año, pudo ser repatriado, y se mantuvo una tranquilidad completa bajo la prudente supervisión de Trenchard». Lawrence, en una segunda dedicatoria a Churchill, fechada en 1932, de un ejemplar de *Los siete pilares de la sabiduría*, escribió: «Y once años después de haber dedicado nuestros esfuerzos para establecer un arreglo justo, el fruto de nuestro trabajo todavía perdura: las naciones han progresado, nuestros intereses han sido protegidos, y no se ha matado a ninguno de los nuestros ni de los otros. Establecer un plan para once años: esto es saber gobernar.» Desgraciadamente las relaciones angloárabes que parecían «justamente establecidas» en 1932, debían pronto naufragar en el escollo de Palestina, y Lawrence tuvo la fortuna de que se le ahorrara ser testigo del desmoronamiento de todo aquello por lo cual había luchado.



**T. E. Lawrence con el uniforme de la R.A.F. Murió en 1935 conduciendo su potente moto Brough en el condado de Dorset; perdió el control de la máquina al intentar evitar el atropello de dos muchachos.**

Elegido *fellow* del colegio de All Souls



**Pintura donde aparecen representadas las tropas australianas en Rumani, Sinaí, en agosto de 1916; aquí fue desbaratado el segundo ataque de los turcos contra el Canal de Suez.**

de Oxford, en 1919, dedicó después de la guerra la mayor parte de su tiempo libre a escribir su libro, *Los siete pilares de la sabiduría*. Lawrence podrá o no ser recordado por la posteridad como gran estratega y brillante jefe de guerrillas, pero su nombre vivirá en su épico relato literario de la rebelión árabe. Y aunque no se avergonzó de escribir con el decidido propósito de conseguir fama, no la buscó en otros campos. En 1922 se alistó como soldado raso en la *Royal Air Force*, bajo el nombre de J. M. Ross, y procuró vivir retirado en su habitación del cuartel. Describió su experiencia de soldado raso en *The Mint* («La casa de moneda»), publicado en 1927, libro que resultó un plato demasiado fuerte para el gusto de ciertas personas.

La prensa descubrió su identidad, y la inoportuna publicidad suscitada por el hecho le obligó a dejar la R.A.F. No tardó en alistarse en el Cuerpo Real de Tanques (*Royal Tank Corps*) con el nombre de T. E. Shaw, que luego adoptó legalmente, pero viendo que se amoldaba mejor a la Aviación que al Ejército, se las compuso para volver a la R.A.F. en 1925; tuvo que recurrir a todas las influencias posibles para vencer la resistencia burocrática, y sirvió en la India desde 1927 hasta 1929. A continuación fue destinado primero a una base de hidroaviones en Catterwater, cerca de Plymouth, antes de ser mandado a Calshot, en la isla de Wight, donde se entregó a su pasión por la velocidad trabajando en lanchas rápidas para el socorro aeronaval. Inventó un nuevo motor y pasó largas horas retocando su moto para hacerla más potente. Durante todo este tiempo mantuvo correspondencia con grandes figuras inglesas, sobre todos los temas imaginables, desde los más triviales hasta los más importantes.

Era la suya una situación extraordinaria, y es muy discutible que un hombre tan bien dotado como Lawrence pretendiera tener razones suficientes para retirarse del mundo y rehuir sus responsabilidades. Quizás había vuelto a encontrar la paz consigo mismo cuando terminó su servicio en la Aviación, en 1935: había tenido tiempo para sobreponerse a sus amarguras y desilusiones, y difícilmente podía esperar aislarse de la amenaza nazi que tan rápidamente iba creciendo. De haber vivido, es casi seguro que Churchill hubiera buscado e incluso exigido sus servicios (ambos sentían un gran respeto el uno por el otro); pero ello no tenía que ocurrir, pues estaba escrito que moriría aquel mismo otoño, a la edad de cincuenta años.

Casi veinte años después de su muerte, cuando yo estaba de servicio en la Legión Árabe en Jordania, encontré en una tienda beduina a un viejo jeque que había cabalgado junto a Lawrence hacia Deraa, y le pregunté qué opinión le había merecido. Durante un rato permaneció en silencio y luego se volvió hacia mí y dijo en voz baja: «De todos los hombres que he conocido, *Al Auruns* era el príncipe más grande.»

**General James Lunt**

# La sublevación irlandesa de Pascua

**Los rebeldes sabían que no podían vencer. Eran repudiados por la mayoría de sus compatriotas. Sin embargo, su gesto heroico y sacrificado cambió la historia de Irlanda.**

**Violentos incendios hacen destacar la silueta de los tejados de Dublín en el momento culminante del levantamiento. Los bombardeos indiscriminados de la artillería británica provocaron un incendio que devastó gran parte de la ciudad y causó daños por valor de varios millones de libras esterlinas.**
***Abajo:*** **soldados de infantería británica hacen fuego contra los Four Courts desde detrás de una barricada improvisada. Aquélla no era ya una operación policíaca, sino una auténtica guerra, y nada se hizo para salvaguardar a la población civil.**





Las circunstancias que condujeron a la rebelión irlandesa de 1916 son de una extremada complejidad histórica, política y psicológica. Sean O'Faolain, el gran novelista irlandés, ha escrito sobre su país: «La mayoría de los vestigios físicos de nuestro pasado son ruinas, de la misma manera que la mayoría de nuestras canciones son canciones de queja y de despecho.» El levantamiento de Pascua no logró sus objetivos inmediatos, pero sin él Irlanda quizá no se hubiera liberado nunca del dominio inglés. Los que lo promovieron tuvieron, en vida, muy pocos partidarios, incluso entre los patriotas irlandeses; tras su muerte, se convirtieron en los héroes de su país.

El problema de Irlanda tenía para los ingleses una complejidad que sólo puede atribuirse a una absoluta falta de comprensión del carácter irlandés. A los ingleses los desconcertaba el hecho de que la mayoría de los irlandeses hablaran y escribieran en inglés tan bien como ellos mismos, y que muchas personas importantes de Irlanda fueran de ascendencia inglesa o normanda. Los ingleses no se dieron cuenta de que la vida irlandesa era, en ciertos aspectos, superior a la inglesa: menos clasista y más espiritual. Siempre algo atrasados en los aspectos tecnológicos, durante más de mil años los irlandeses fueron arrollados por sucesivas oleadas de conquistadores. Cuando estos conquistadores se quedaron en Irlanda, sucumbieron al hechizo de la isla y se volvieron «más irlandeses que los mismos nativos».

Que los irlandeses tuvieran una escala de valores diferente fue considerado en Inglaterra como algo divertido. A la vuelta del siglo, el «irlandés (*Paddy*) con su cerdo» era una figura esencialmente cómica e infantil. Quizás, en un caso apurado, el angloirlandés (un término odioso y sin sentido) podría administrar esta provincia de la Gran Bretaña que era Irlanda, pero un «Paddy» (un irlandés puro) jamás.

Por otro lado, los irlandeses eran políticamente difíciles. Se les debía dar una soberanía parcial sobre sus propios asuntos, y se aprobó un proyecto de ley de autonomía *(Home Rule)*; pero entonces estalló la Primera Guerra Mundial, y la autonomía se pospuso hasta que se consiguiera la victoria sobre los alemanes. A «Paddy» no le importaría, ¿qué más le daba? «Paddy», como siempre, se alistaría en el Ejército inglés.

**El montaje de una revolución**

Pero algunos irlandeses se dieron cuenta del engaño; entre ellos, los miembros de la Hermandad de los Republicanos Irlandeses, o I.R.B., que se había formado en 1858. Era una sociedad secreta que seguramente nunca contó con más de 2.000 miembros; la mayor parte de éstos pertenecía a la denominada clase «intelectual». Estos patriotas se proponían lograr la independencia nacional, y estaban dispuestos a utilizar cualquier método —incluida la violencia— para conseguirla. Su revista quincenal, *La Libertad Irlandesa*, fundada en 1910, abogaba por un gobierno enteramente republicano (es significativo que todos los que firmaron la proclamación de una República Irlandesa, el lunes de Pascua, pertenecieran a la I.R.B.).

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, John Redmond, heredero de Parnell y jefe del Partido Nacionalista Irlandés, declaró inmediatamente que aceptaba el aplazamiento de la autonomía en su propio nombre y en el de sus seguidores; entre éstos se contaban los Voluntarios Irlandeses, entonces tal vez en número de 200.000 (de los cuales quizás unos 2.000 estaban armados). Esta fuerza había sido creada en noviembre de 1913 para contraponerla a otra organización, la *Ulster Volunteer Force*, cuya misión era luchar contra la autonomía; los miembros de esta última también se mostraron dispuestos a aplazar un enfrentamiento que entonces parecía inevitable e inminente. Así, tanto de Irlanda del Norte como de Irlanda del Sur, miles de voluntarios fueron a luchar, y a menudo a morir, en Flandes.

Los dirigentes de la I.R.B., en realidad, tenían otras intenciones. En una reunión secreta llevada a cabo en agosto de 1914, tomaron la decisión de provocar una insurrección nacionalista antes del final de la guerra europea.

Hasta la semana de Pascua de 1916, los miembros activos de la I.R.B. estuvieron ocupados en preparar esta revuelta; contaban con la colaboración de personas in-

teligentes y con una suma bastante considerable de dinero, en su mayor parte procedente de irlandeses norteamericanos. Tenían que actuar a través de las organizaciones patrióticas irlandesas, muchas de las cuales controlaban parcialmente, y necesitaban adquirir armas. El balance de la situación era aproximadamente como sigue: excepto los hombres del Ulster y algunos terratenientes e industriales, la gente de Irlanda quería liberarse del dominio británico. No obstante, por el momento, la gente se conformaba con el plan de autonomía; además, la comunidad de agricultores sacaba bastantes beneficios de la guerra. Así, pues, la I.R.B. podía contar con mucha simpatía sentimental, pero con poca o ninguna ayuda práctica de la población; por otra parte, era indudable que la Iglesia Católica Romana estaría en contra de un paso semejante.

Como veteranos luchadores que eran, no podían hacerse ilusiones sobre el resultado de la insurrección: aunque fuera grande el número de voluntarios de Redmond, la mayoría estaban desarmados o bien se hallaban en Francia combatiendo en favor de los británicos. Sin embargo, algunos de los que se habían quedado en Irlanda poseían armas y eran de confianza. Su jefe de estado mayor era el historiador Eoin MacNeill, y su comandante un maestro de escuela de poco más de treinta años llamado Patrick Pearse: ambos eran miembros de la I.R.B. Los Voluntarios Irlandeses se hallaban dispersos por toda Irlanda.

**Los recursos de David y Goliat**

La otra fuerza paramilitar era el Ejército de Ciudadanos Irlandeses, de James Connolly. Éste, activo político que en 1896 había fundado el Partido Republicano Socialista, era un buen soldado.

En 1908 James Larkin había creado el Sindicato General Irlandés de Trabajadores y del Transporte; cuando, en 1913, este sindicato declaró una huelga que fue disuelta por medios violentos, Connolly decidió que se requería una fuerza capaz de defender a los trabajadores, y creó el Ejército de Ciudadanos (bajo el mando del propio Connolly y de un exoficial del Ejército británico llamado Jack White). Se ha dicho que era la fuerza militar más eficiente de que disponían los republicanos; sin embargo, cuando se trató de salir a luchar sólo pudo reunir unos 250 hombres, mientras que los Voluntarios proporcionaron unos mil.

Todos ellos recibían el apoyo de ciertas organizaciones femeninas. La condesa Markievicz —una aristócrata nacida en Gore-Booth— luchó como oficial del Ejército de Ciudadanos durante todo el tiempo que duró el levantamiento de Pascua. Había también los llamados «Muchachos de Fianna», que durante la lucha actuaron principalmente como enlaces.

Para mantener su control sobre Irlanda, los británicos contaban ante todo con la Real Guardia Irlandesa, un cuerpo de policía armada que alistaba unos 10.000 hombres, casi todos irlandeses leales a la Corona, que conocían sus distritos al dedillo; estaban bien equipados y eran bastante impopulares. El cuartel general inglés, que se hallaba en el Dublin Castle (Castillo de Dublín), confiaba en la R.I.C. (Real Guardia Irlandesa) para sus servicios de información.

En Dublín la policía no iba armada, aunque, naturalmente, tenía armas a su disposición. Contaba con unos 1.000 hombres organizados según el modelo de la policía de Londres. La «Sección Especial» se ocupaba de asuntos políticos. A través de sus investigaciones y de los elementos infiltrados entre los políticos republicanos irlandeses, se suponía que en el Castillo sabían todo lo que la I.R.B. planeaba. Sin embargo, no parecía que la «Sección Especial» hubiera cumplido demasiado bien su tarea, ni que su infiltración en la I.R.B. fuera muy completa.

Respaldando a estas fuerzas «de ocupación» había en Irlanda un gran ejército británico que contaba con infinitas reservas en Inglaterra. Si solamente se tenía en cuenta el potencial humano, los irlandeses no podían abrigar ninguna esperanza.

En cuanto a armas de fuego, la desproporción entre David y Goliat era todavía más acentuada. Antes de estallar la Primera Guerra Mundial, los Voluntarios del Ulster habían comprado unos 35.000 fusiles a Alemania, y los Voluntarios Irlandeses unos 1.000. Naturalmente, el Ejército británico poseía toda clase de armas e incluso artillería. Los irlandeses intentaron remediar esta desigualdad comprando fusiles a Alemania. Sir Roger Casement, un irlandés ilustre, tenía que introducir clandestinamente armas procedentes de tal país, pero la Marina británica pudo capturar el barco que las transportaba. El Viernes Santo, Casement fue detenido al desembarcar de un submarino cerca de Tralee, en el condado de Kerry, y fue después ahorcado como traidor. Las armas con que los irlandeses habían contado no llegaron. ¿Tenían que seguir adelante?

Debemos ahora detenernos a examinar a los personajes, ingleses e irlandeses, comprometidos en la situación, así como el significado del *Sinn Fein.*

*Sinn Fein* se traduce normalmente por «Nosotros solos», y ésta es quizá la mejor traducción del complicado concepto irlandés. Significa, ante todo, independencia del dominio británico. Pero como quiera que los irlandeses, como tantas veces había sucedido y como había de sucederles con los alemanes en 1916, habían esperado en vano la ayuda de los enemigos de Inglaterra, *Sinn Fein* también significa que sólo debían confiar en ellos mismos para liberarse de sus dominadores ingleses. En los años que iban a seguir, para los británicos los *shinners* fueron el compendio del republicanismo en Irlanda. En realidad el partido, que no celebró su primera asamblea hasta 1905, era esencialmente democrático. En 1908 había presentado un candidato al Parlamento (que fue derrotado) en las elecciones de Leitrim. Pero, con el tiempo, captó un número creciente de extremistas del Partido Nacionalista de Redmond. Arthur Griffith, su jefe —director del periódico *United Irishmen* («Irlandeses Unidos»)—, nunca fue un fanático, pero, al contrario de Redmond y Parnell, ya no confiaba en la alianza con el Partido Liberal de Gran Bretaña. «Nosotros solos»: a muchos jóvenes les entusiasmaba la idea.

Los gobernantes ingleses formaban, en conjunto, un grupo indefinido. El gobierno liberal de Londres dedicaba toda su atención al gigantesco conflicto europeo. Irlanda en 1916 parecía tan pacífica que ni los mejores políticos ni mucho menos los mejores soldados británicos se encontraban allí. Augustine Birrell, primer secretario para Irlanda, era un escritor que al parecer consideraba su cargo en Dublín —el de jefe activo de la administración— como un empleo marginal a su carrera literaria, y pasaba gran parte del tiempo en Londres. Su subsecretario, Matthew Nathan, responsable de los asuntos políticos, según parece no llegó a comprender el temperamento irlandés: su labor preferida era tramitar el papeleo corriente. El comandante en jefe del Ejército británico era el general Fild, que tenía aún menos idea de lo que ocurría en Irlanda. Finalmente, estaba lord Wimborne, gobernador y representante del Rey, que presidía la administración británica como una especie de monarca constitucional: fue el promotor de la Ley Agraria de 1903, y era popular entre la clase gobernante irlandesa, como lo era Birrell; pero a diferencia del primer se-

Boland's Flour Mill
Eamon de Valera

Liberty Hall
Destruido por
el cañonero Helga

GPO
Cuartel general de los rebeldes.
Pearse, Connolly

St. Stephen's Green
Michael Mallin, condesa Markiev

Dublin Castle
Fracaso del intento rebelde
de ocuparlo

Four Courts
Eamon Daly

King's Street
Último reducto de los rebeldes

South Dublin Unic
Eamon Ceannt

*Arriba:* **esquema de Dublín en la época del levantamiento de Pascua, con los principales puntos ocupados por los rebeldes.** *Abajo:* **«O'Connell Street tras el bombardeo», pintura de Joseph McGill. Connolly creyó que los británicos no dispararían contra sus propios edificios y propiedades.**




**El Ejército de Ciudadanos formado frente al Liberty Hall. Cuando James Connolly asumió el mando del Ejército colgó esta provocativa pancarta —«No servimos ni al Rey ni al Káiser, sino a Irlanda»— en la fachada del edificio. El pequeño Ejército de Ciudadanos aportó unos 250 hombres a las fuerzas rebeldes.**

cretario, no le interesaba en absoluto el curso de los acontecimientos.

Los servicios de espionaje británicos, como hemos visto, se habían infiltrado en los varios movimientos irlandeses de «resistencia». Es de suponer que en el Dublin Castle (cuartel general inglés) sabían que se estaba planeando un levantamiento para tan pronto como desembarcara Casement con las armas alemanas. El 21 de abril de 1916, Casement desembarcó y fue detenido inmediatamente. Wimborne, que había de ir a Belfast, suspendió el viaje y el domingo, día 23, es decir, sólo unas pocas horas antes de que ocurriera el levantamiento, ordenó a Nathan que detuviera inmediatamente «de sesenta a cien» cabecillas irlandeses. Si esta orden se hubiera llevado a cabo con éxito, es posible que no se hubiese producido ningún levantamiento. Sin embargo, probablemente era ya demasiado tarde para una mera operación policíaca. Los hombres del Ejército de Ciudadanos y los Voluntarios más belicosos estaban dispuestos a la lucha. Además, Nathan persuadió a lord Wimborne de que no había ninguna necesidad de actuar. Y Birrell se encontraba en Londres.

Probablemente el servicio de espionaje había informado a Nathan sobre lo que sucedía dentro del alto mando de los Voluntarios una vez conocida la noticia de la detención de Casement, y Nathan sabía que Eoin MacNeill había decidido que, sin armas, debía aplazarse el levantamiento. Lo que Nathan seguramente no sabía era que esta decisión había dividido a los Voluntarios, y que la I.R.B. estaba a favor de Patrick Pearse y de los otros patriotas irlandeses partidarios de realizar el levantamiento a pesar de la desventajosa, por no decir suicida, situación. La decisión de MacNeill de renunciar al levantamiento y la de Pearse de efectuarlo fue un rudo golpe para los Voluntarios y para el Partido Nacionalista, cuyas «fuerzas armadas» eran, precisamente, los Voluntarios.

Es seguro que la orden de MacNeill —dada en el último minuto— de anular el levantamiento, no podía ser ignorada por Nathan. Éste debió sin duda contar con que algunos exaltados no harían caso de la orden, como también debió suponer que una gran parte de los Voluntarios darían un suspiro de alivio y que el clero apoyaría a MacNeill y a sus secuaces, en espera de que se cumpliese la promesa de una moderada autonomía. Al puñado de extremistas se les podía dominar con relativa facilidad. No se tomó ninguna precaución especial, a pesar de los

justificados temores de lord Wimborne. Tanto es así, que el lunes de Pascua, primer día del levantamiento, muchos oficiales británicos se encontraban en las carreras de Fairyhouse.

El levantamiento de Pascua fue un acto suicida. Patrick Pearse tenía plena conciencia de ello. Antes de que tuviera lugar, dijo a su madre: «Llega el día en que me van a pegar un tiro, me van a liquidar, a mí y a mis compañeros.» Al pedirle su madre noticias sobre su otro hijo, William, que también era un exaltado nacionalista, se dice que Pearse respondió: «¿Willie? Fusilado, como los demás. Nos fusilarán a todos.» Y se dice que James Connolly, cuando uno de sus hombres le preguntó si había alguna esperanza, respondió alegremente: «Ninguna.»

Era difícil que los oficiales y administradores coloniales del Dublin Castle se percatasen de que un grupo de hombres, que quizá llegaban a 1.250 (el Ejército de Ciudadanos no hizo ningún caso de MacNeill), estaba dispuesto a luchar y morir en tales circunstancias. Pero pocas veces los hombres se han sentido tan dispuestos a entregar sus vidas por un ideal, y el ideal irlandés tenía raíces profundas.

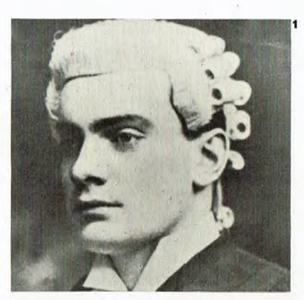
**La semana de Pascua**

El objetivo esencial del plan irlandés era ocupar determinados puntos clave de la ciudad para desbaratar el control británico de la capital. Se esperaba que ocurriría una de estas tres cosas: el país se alzaría para solidarizarse con los insurgentes; o los británicos acabarían por darse cuenta de que era imposible controlar Irlanda y se retirarían, o —última y más tenue esperanza— los alemanes acudirían en socorro de los rebeldes. Puesto que éstos no poseían artillería de ninguna clase, solamente podrían mantenerse en sus puntos de resistencia si los británicos no utilizaban cañones. Connolly y los socialistas esperaban que los británicos no bombardearían Dublín, pero esto resultó ser también una pura ilusión.

Las doce del mediodía fue la hora «H», y, como aquel día era fiesta, la muchedumbre que había en las calles presenció cómo los pequeños cuerpos de Voluntarios y del Ejército de Ciudadanos marchaban armados a través de la ciudad para ocupar sus respectivos puestos clave. Es de notar que, en general, ello ocurrió sin ningún contratiempo. Se ocuparon cinco edificios importantes al norte del río Liffey, nueve al sur y algunas de las estaciones de ferrocarril. Se estableció el cuartel general en el G.P.O., el edificio central de Correos, en la calle de Sackville (hoy de O'Connell), donde se izaron banderas irlandesas, y Patrick Pearse anunció la formación de un gobierno provisional de la nueva República de Irlanda. Junto a él, en Correos, se hallaban Connolly, como comandante militar, Joseph Plunkett (muy enfermo), The O'Rahilly, Tom Clark, Sean MacDermott y otros jefes. Allí se encontraba también un joven llamado Michael Collins. Los rebeldes inmediatamente dispusieron el edificio para rechazar el ataque de los británicos que suponían empezaría en seguida. Los otros cuatro puntos principales ocupados eran la South Dublin Union, un hacinado barrio de casas pobres (bajo el mando de Eamon Ceannt); los Four Courts (los Cuatro Tribunales), sede de los hombres de leyes, donde se utilizaron gruesos libros como sacos de arena (Eamon Daly); la St. Stephen's Green (Pradera de San Esteban), donde se excavaron trincheras y erigieron barricadas de coches (Michael Mallin y la condesa Markievicz), y el Boland's Flour Mill (molino harinero de Boland), que dominaba las carreteras de acceso desde Kingstown, hoy Dun Laoghaire, donde era casi seguro que desembarcarían los refuerzos procedentes de Inglaterra (Eamon de Valera).

El intento de ocupar el Dublin Castle fracasó, y el de apoderarse de armas y municiones del arsenal situado en Phoenix Park tuvo un éxito sólo parcial. Por otro lado, los rebeldes lograron cortar las líneas de teléfonos, y el Castle permaneció, durante un tiempo, incomunicado. En cambio, se logró un pequeño éxito al rechazar una tropa de lanceros que intentó cargar sobre la calle de Sackville.

Los británicos fueron sorprendidos y cundió la confusión en sus filas. Desde el Castle se ordenó movilizar inmediatamente tropas de Curragh y de otros campamentos de las afueras de Dublín y se pidieron refuerzos a Londres. El comandante en jefe de esta ciudad era lord Freng, irlandés y ardiente unionista. Ordenó inmediatamente que se prepararan no menos de cuatro divisiones para su traslado a Irlanda, con la orden de aplastar a los rebeldes. Pero si los británicos en Dublín no sabían qué hacer, tampoco lo sabían los rebeldes. Como no disponían de comunicaciones de radio, el empleo de enlaces se hacía difícil y llegó a ser imposible cuando la lucha alcanzó su punto culminante; el martes transcurrió en una calma relativa. Los británicos estrecharon su cerco con cautela. Su estrategia consistía en establecer un cordón alrededor del área de Dublín donde se encontraban las fortalezas de los rebeldes, dividir después el área en dos y luego proceder a la liquidación final. Introdujeron artillería y tropas dentro del Trinity College, una fortaleza natural de la cual los rebeldes no habían logrado apoderarse. Llegaron a Kingstown refuerzos británicos. Un oficial inglés, el capitán Bowen-Colthurst, hizo fusilar a tres periodistas aplicando la «ley de fugas» y empezaron las atrocidades.

1


2


**1 Patrick Pearse, con toga y peluca de abogado. 2 MacNeill, que intentó en vano detener el levantamiento.**

**Dublín en llamas**

El miércoles por la mañana los rebeldes se encontraban en una desventaja numérica de uno contra veinte. Los británicos empezaron a atacar en serio. Su primera acción importante fue la de destruir Liberty Hall, la sede del Partido Laborista y de los sindicatos, con fuego del cañonero *Helga*. Pero los rebeldes lo habían previsto y el edificio estaba completamente vacío. El Ejército usaba también artillería: llegó a utilizar un cañón contra un fran-



*Izquierda:* **«Barricadas en Church Street», pintura de Joseph McGill acerca del levantamiento de Pascua.**

cotirador aislado. Dublín empezó a arder, y los dublineses a morir de hambre, pues no llegaban provisiones a la ciudad. Mientras tanto, los refuerzos británicos que avanzaban desde Kingstown fueron sorprendidos por los hombres de De Valera, pero gracias a su superioridad numérica se abrieron paso. La St. Stephen's Green quedó limpia de rebeldes, que se retiraron al Real Colegio de Cirugía.

El jueves llegó el nuevo comandante en jefe británico, el cual, puesto que Irlanda estaba bajo la ley marcial, tenía plenos poderes. Era el general sir John Maxwell, un militar de cierto prestigio que, a pesar de contar entre sus parientes a la condesa Markievicz, desconocía en absoluto el ambiente político de Irlanda. El primer ministro británico, Asquith, le había dado orden de sofocar rápidamente la rebelión, cosa que llevó a cabo sin tener en cuenta las consecuencias políticas.

Los refuerzos procedentes de Inglaterra entraron entonces en acción. Compuestos en gran parte por hombres sin instrucción, empezaron a disparar contra todos los ciudadanos que encontraban.

El jueves se lanzaron ataques contra el Boland's Flour Mill. Los hombres de la South Dublin Union se vieron forzados a retroceder y fue bombardeado el G.P.O., el edificio de Correos, que empezó a arder. Connolly fue herido dos veces, pero con la ayuda de morfina continuó dirigiendo la batalla lo mejor que pudo. Pronto en todo Dublín los incendios alcanzaron enormes proporciones y, como en las calles abundaban los tiroteos y se habían producido numerosos cortes de agua, no se podía hacer nada para contenerlos. No obstante, ningún punto importante de los rebeldes se rindió.

El viernes, Connolly ordenó que las mujeres abandonaran el edificio de Correos, y poco después, junto con Pearse y otros rebeldes, se escapó del edificio, que estaba a punto de derrumbarse, mientras los británicos continuaban bombardeándolo. Todos sabían que el final estaba cerca. Una última batalla se libró en defensa de la King's Street, no lejos de los Four Courts. Cinco mil soldados británicos, con tanques y artillería, necesitaron 28 horas para avanzar 150 metros contra 200 rebeldes. Entonces las tropas del regimiento del sur de Staffordshire atacaron a la bayoneta y dispararon contra los ciudadanos escondidos en las bodegas. Ya todo había terminado. El sábado por la mañana Pearse y Connolly se entregaron sin condiciones.

Es difícil estimar el número de bajas:



**Tropas británicas registran el destrozado edificio de Correos, el 3 de mayo de 1916. Los rebeldes lo evacuaron cuando el fuego lo había convertido en un infierno y ya estaba a punto de derrumbarse.**

al parecer, los británicos tuvieron unas 500, y los irlandeses, incluyendo las de la población civil, el doble. Los daños materiales se estimaron en unos dos millones y medio de libras. Una gran parte de Dublín había quedado en ruinas.

Cuando, el domingo, los rebeldes detenidos fueron trasladados a pie de una cárcel a otra, tuvieron que sufrir las burlas de la muchedumbre, especialmente la de los barrios bajos. La opinión pública siguió siendo contraria a los rebeldes hasta que empezaron las represalias.

Según órdenes directas del Gobierno de Londres, las represalias fueron rápidas, secretas y brutales. Los jefes fueron procesados en Consejo de Guerra y fusilados: sólo después de ejecutados se comunicó la noticia de su muerte. Entre los que murieron estaba William Pearse, que no era ningún cabecilla y fue fusilado, como se creía en toda Irlanda, porque había seguido a su célebre hermano; Punkett, que estaba enfermo; y —lo que acabó de exasperar a los irlandeses— Connolly, que se hallaba en trance de muerte: se le tuvo que sostener para que se mantuviera incorporado en la cama del hospital al ser sometido a un Consejo de Guerra, y lo fusilaron sentado en una silla porque no podía permanecer de pie. Una oleada de indignación invadió toda Irlanda, indignación que no desapareció cuando Asquith defendió estas medidas en la Cámara de los Comunes, ni cuando se dio cuenta de que había cometido un error y destituyó a Maxwell.

Cuando por fin Londres comprendió lo equivocado de sus métodos, dio otro giro a su política. Muchos de los tres mil hombres detenidos después del levantamiento fueron dejados en libertad, y, de vuelta a Irlanda, empezaron a reorganizar un nuevo y más fuerte Ejército Republicano Irlandés (I.R.A.), ahora con el apoyo de la población. Tal medida había sido un gesto de apaciguamiento por parte del nuevo primer ministro, Lloyd George, quien convocó una Asamblea Irlandesa destinada a resolver «el problema irlandés». Pero como el *Sinn Fein* boicoteó la asamblea, ésta fue un fracaso completo. De nuevo cambió la política británica y los jefes del nuevo movimiento separatista fueron detenidos en la primavera de 1918. Michael Collins, sin embargo, pudo evadirse, y en la lucha futura se convirtió en un jefe de guerrillas. Los jefes irlandeses, apoyados por los Estados Unidos, decidieron crear un gobierno viable que pudiera tomar el poder cuando los británicos se dieran cuenta de que no lograrían vencer. El *Sinn Fein* triunfó, y ganó la mayoría de los puestos en las elecciones de 1918. Los miembros elegidos, sin embargo, formaron su propio «Parlamento», el *Dail Eireann*, en lugar de ocupar sus puestos en Westminster. Collins trazó una estrategia de resistencia, primero pasiva, luego obstruccionista y finalmente activa. En enero de 1919, sonaron los primeros disparos de la nueva rebelión en el condado de Tipperary.

**Constantine Fitz-Gibbon**

# Las mujeres y la guerra

**«La desconfianza que los hombres de Inglaterra tienen en nuestra capacidad no puede combatirse con palabras» —escribió una mujer inglesa a las autoridades rusas para que le permitieran organizar hospitales de campaña en Rumania—. «Hay que demostrarles que están equivocados.» Así lo hicieron, durante la Primera Guerra Mundial, las obreras de las fábricas de municiones y las mujeres policías, las empleadas del Metro y las oficinistas de los bancos.**

**Una zapatera alemana. La escasez de mano de obra introdujo a muchas mujeres en trabajos insólitos.**
*Abajo:* **una conductora de tranvías francesa.**






Muchas de las mujeres capaces y subestimadas, que constituirían la base del movimiento a favor de los derechos femeninos, vieron en la guerra una oportunidad para sacar pleno partido de sus aptitudes. En el curso de una semana, la sección londinense de la N.U.W.S.S. (Unión Nacional de Sociedades de Mujeres Sufragistas) se transformó en una agencia de colocación femenina, en respuesta a los miles de mujeres que querían saber si podían aportar algo al Rey y al país. Pero de momento era poco lo que pudieran hacer, excepto proporcionar «consuelo» a los heridos y dar la bienvenida a los refugiados belgas.

**«Los médicos son mujeres»**

La salida que primero se abrió para las mujeres fueron los hospitales. En agosto de 1914, la señora St. Clair Stobart ofreció a la Cruz Roja Británica los servicios del *Convoy Corps* femenino. La Cruz Roja rechazó el ofrecimiento. En el mismo mes, la doctora Elsie Inglis, fundadora de la Federación Escocesa del Sufragio Femenino, sugirió al Ministerio de la Guerra la conveniencia de formar unidades hospitalarias de mujeres escocesas para servir en ultramar. Su oferta fue rechazada. Sin que nada las desalentara, la señora Stobart y la doctora Inglis pusieron manos a la obra y formaron grupos de mujeres destinados a Servia. La doctora Flora Murray y Louisa Garret Anderson ni siquiera se tomaron la molestia de dirigirse a las autoridades inglesas, sino que ofrecieron a Francia los servicios de un hospital formado exclusivamente por personal femenino; los franceses las aceptaron inmediatamente. En septiembre, se había instalado en el Hotel Claridge de París un equipo de doctoras y enfermeras, en su mayoría veteranas sufragistas; la habitación destinada a guardarropa femenino había sido transformada en un quirófano, y los soldados afectados de septicemia, tétanos o bajo trauma tenían ante su vista las doradas salas y escribían a sus casas: «Los médicos son mujeres.»

En 1915, las autoridades inglesas les ofrecieron un hospital londinense, situado en Endell Street. Por este hospital pasaron cerca de 26.000 pacientes, antes de que fuera clausurado en 1919. La competencia con que fue dirigido, así como la excelencia de sus cirujanos, especialmente la de la propia doctora Anderson, causaron la admiración no sólo de los agradecidos enfermos sino también de las mismas autoridades.

La doctora Inglis, con su equipo compuesto exclusivamente de mujeres, tomó parte en la lucha contra la epidemia de tifus que se declaró en Servia en 1915, y en el éxodo de los servios hacia el mar. En cuanto pudo, regresó para asistir a las unidades servias que luchaban con los rusos en Rumania.

Para las obreras, el efecto inmediato de la guerra fue la falta de trabajo. Muchas mujeres trabajaban en las fábricas de hilados de algodón, y el algodón había sufrido un súbito colapso. Un número mayor estaba empleado en las industrias de la moda. En los agitados meses del otoño de 1914, lo que se requería eran cartucheras y uniformes, no guantes y bordados. En Londres, el empleo femenino bajó un diez por ciento en el mes de octubre.

En Alemania, el Gobierno había previsto el problema, y había solicitado la ayuda de la doctora Gertrude Baumer, la directora del *Bund Deutscher Frauenvereine*, una de las organizaciones feministas más importantes del país. Se publicó una orden por la que se organizaba a las mujeres por distritos «mientras durara la guerra», haciéndolas responsables de proveer restaurantes baratos, crear guarderías infantiles y ayudar al Gobierno a «conservar un suministro regular de provisiones, y controlar la compra y venta de alimentos». Durante el primer mes de guerra, la *Frauendienst* (el «Servicio Femenino», como se llamaba esta organización femenina) había creado talleres en todas las grandes ciudades para resolver el problema del paro de las obreras. Sólo en los talleres de Berlín fueron empleadas en una semana 23.000 mujeres, para coser cartucheras, mochilas y sábanas para hospitales.

En Gran Bretaña lo único que se emprendió para aliviar la suerte de las mujeres sin trabajo fue obra de la reina María, la cual se apresuró a dar a la Asociación de Costura el nombre de Talleres de la Reina María. En estos talleres las mujeres encontraron empleo por 3 peniques la hora y por un máximo de 40 horas a la semana.

La habilidad y el patriotismo de las obreras fueron objeto de cálidos elogios por parte de la prensa británica. Era evidente que las mujeres podían realizar, tan bien como los hombres, el trabajo de la industria mecánica, que se suponía de naturaleza muy poco femenina. En los trabajos que requerían habilidad manual, se mostraban más eficientes que los hombres y se organizaron nuevos sistemas de producción cuando la labor a realizar era demasiado pesada o complicada. Ello condujo, en Francia, a la introducción de técnicas para la producción en masa, y en Gran Bretaña contribuyó a acelerar su perfeccionamiento.

El gran número de obreras que trabajaban a varios kilómetros de distancia de sus hogares exigió la creación de nuevas zonas residenciales. Algunas empleadas vivían en albergues. Se necesitaban además guarderías, y algunas de ellas fueron financiadas en parte por el Ministerio de Municiones. Las guarderías se convirtieron en una institución reconocida.

Pero no fue sólo en las fábricas de municiones donde las mujeres reemplazaron a los hombres. En París conducían el metro, y en Londres los autobuses; en el Clyde, clavaban las planchas de los barcos, y trabajaban en los astilleros de la Marina alemana. Hacían de electricistas fontaneros, enterradores. Dos de los secretarios de Lloyd George eran mujeres y más de 200.000 mujeres desempeñaban cargos suplementarios en los establecimientos del Gobierno. En julio de 1918 trabajaban en Gran Bretaña 1.300.000 mujeres más que en 1914, y se estimó que 700.000 de ellas reemplazaban directamente a hombres.

En Gran Bretaña las mujeres también sirvieron en la Policía y en las fuerzas del Ejército. Mujeres policías voluntarias vigilaban los casos de «vagancia provocativa» y velaban por la decencia en cines, parques, tabernas y calles oscuras. En 1916, las autoridades municipales y el ministro de Municiones pidieron que se implantara el Servicio de Policía Femenino, que demostró ser de inestimable eficacia para el control de las muchedumbres durante los bombardeos y para ayudar a que las obreras de las fábricas de municiones obedecieran los reglamentos de seguridad.

1



2




*1* **Taller de suministro de un hospital de guerra británico, pintado por J. B. Davis.**
*2* **Obreras de una fábrica de municiones, pintura de E. F. Skinner.**

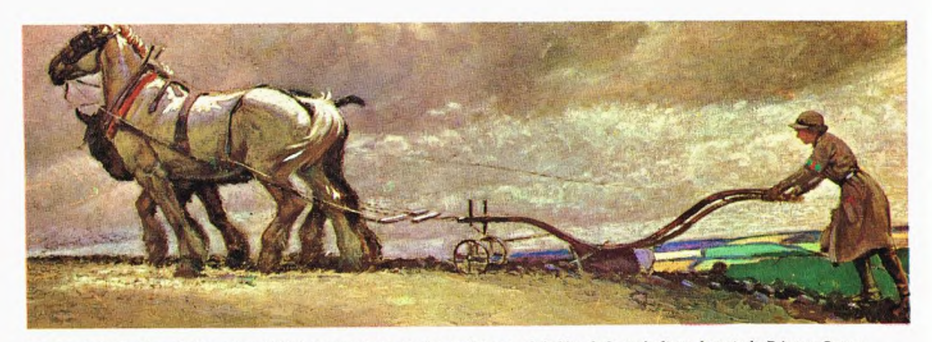
La primera fuerza femenina de carácter militar —el Cuerpo Femenino Auxiliar del Ejército— fue formada en 1917 para reemplazar a los obreros cualificados que trabajaban en la que se denominaba «línea de comunicaciones». Aunque algunas condujeron ambulancias, la mayoría fue destinada a las cocinas y oficinas, y algunas trabajaban como jardineras en los cementerios. Llevaban elegantes uniformes caquis con gorras y atrevidas faldas, a las que les faltaban 30 centímetros para tocar el suelo. Tenían dormitorios comunes, y estaban sometidas a ejercicios de instrucción y disciplina dirigidos por sus oficiales. Al finalizar la guerra, se habían alistado unas 57.000. Unas 3.000 mujeres servían en el Servicio Femenino de la Marina y unas 32.000 en la Real Fuerza de Aviación Femenina.

En Rusia, ya en 1917, se formaron batallones de mujeres. Ellas hacían la guardia en el Palacio de Invierno la noche en que el Gobierno provisional se rindió a los bolcheviques.

**El «sentimiento de desazón»**

Al terminar la guerra, la mayoría de las mujeres volvieron calladamente o a desgana a sus trabajos primitivos, o a sus casas. La cantidad de mujeres empleadas en 1921 no era mayor que en 1914. Las mujeres no habían ganado el derecho a la igualdad de oportunidades.

El contagioso sentimiento de desazón, el



**Pintura de Cecil Allen alusiva a la actividad desempeñada por las mujeres en el ámbito de la agricultura durante la Primera Guerra Mundial. Como en tantos otros aspectos, los brazos femeninos reemplazaron aquí también a los de quienes habían dejado las herramientas por los fusiles...**

deseo de que continuara la vida que habían tenido ocasión de experimentar, no había de ceder fácilmente. Aunque los precios en Gran Bretaña habían subido el doble, muchas de las mujeres de la clase obrera habían ganado hasta cuatro veces más que antes de la guerra. Sus niños iban mejor vestidos, mejor alimentados y disfrutaban de mejor salud.

Más importante aún que la cuestión del dinero, era la del amor propio. El *New Statesman* comentó: «Están más alerta, tienen mayor sentido crítico de las condiciones en que trabajan, y están más dispuestas a desafiar la injusticia que antes de la guerra.»

En Gran Bretaña, tal estado de ánimo se reflejó en el número creciente de miembros en los sindicatos. En Francia se produjo la misma tendencia. Aumentó la actividad sindical entre las mujeres, y muchas llegaron a ser prominentes sindicalistas.

Las mujeres lucieron alegremente los signos exteriores de su libertad. Muchas usaban un lenguaje que hubiera escandalizado a sus madres; muchas empezaron a usar maquillaje, se extendió la costumbre de fumar, y las mujeres entraban a tomar bebidas en las tabernas. Antes de la guerra se habían introducido las faldas cortas y los sostenes, prendas que durante la guerra sustituyeron por completo a las faldas largas y a los corsés. Comités llenos de buena intención trataron de convencer a las mujeres del campo, que llevaban pantalones como la mayoría de las mujeres que hacen trabajos pesados o que trabajan al aire libre, de que no los llevaran fuera de las horas de trabajo; pero no tuvieron éxito.

Como en desafío a la siempre presente lista de bajas, Inglaterra se encontraba desbordada por una alegría febril. «Ofreced diversiones a los muchachos en permiso», era el sentimiento general. Según recordaba una mujer: «Todas aquellas muchachas que, al leer las listas de bajas, se sentían sobrecogidas por el miedo, sabían que si no aprovechaban la ocasión, a muchas de ellas no se les volvería a ofrecer la oportunidad. La cuestión sexual se convirtió a la vez en algo de gran valor y poco importante: de gran valor como una experiencia personal deseada; poco importante como algo sin consecuencias.» Las muchachas se hallaban dominadas por la «fiebre del caqui» y revoloteaban por los alrededores de los campamentos del Ejército. Al finalizar la guerra, el índice de hijos ilegítimos había crecido en un treinta por ciento. La proporción de matrimonios también sufrió un aumento considerable. Muchos matrimonios se formaron repentinamente y muchos otros se separaron con idéntica rapidez. Se registraron tres veces más divorcios en 1920 que en 1910.

**El voto**

La participación de las mujeres en el esfuerzo bélico había sacudido decisivamente a la sociedad. «Nos hubiera sido totalmente imposible haber llevado a cabo una guerra victoriosa —dijo Lloyd George— si no hubiera sido por la destreza y el ardor, el entusiasmo y la laboriosidad que las mujeres de este país dedicaron a la guerra. Tanto en Alemania como en Francia, las mujeres tenían más esperanzas de conseguir el voto. En Gran Bretaña lo consiguieron. Las leyes electorales habían tenido que cambiarse para conceder el derecho de votar a soldados que bajo el antiguo sistema no lo tenían, o que lo habían perdido al trasladarse lejos de sus casas para ir a fábricas lejanas o al frente. A las mujeres se les concedió el voto al mismo tiempo, aunque se decretó que la edad mínima para ejercerlo sería la de 30 años, para evitar así que se convirtieran en la mayoría del electorado, como lo eran de la población.

«Vuestra ley es estupenda», decían las enfermeras más jóvenes a las veteranas sufragistas del hospital de la calle Endell. El antiguo brío por la «causa» había desaparecido. A las muchachas del año 1918, de falda corta, llenas de confianza en sí mismas, y liberadas de sus inhibiciones por la guerra, la histeria romántica de Pankhurts, la reivindicadora de los derechos de todas las inocentes y explotadas mujeres, tenía tan poco sentido como las instrucciones de *The Lady* para hacer pañuelos. «La desconfianza que los hombres de Inglaterra tienen en nuestra capacidad —había escrito Elsie Inglis desde Rumania— no puede combatirse con palabras. Hay que demostrarles que están equivocados.» Así fue. Se había reconocido que las mujeres eran ciudadanos con los mismos derechos. Pero, sobre todo, había cambiado radicalmente la comprensión que las mujeres tenían de sí mismas y de lo que querían ser.

**Louise Black**

# La guerra y los artistas

**Lo horrible y absurdo de la guerra proporcionaron a los artistas un tema nuevo y terrible a la vez. De él se podían sacar distintas lecciones, cada vez más amargas y decepcionantes.**

**Arte oficial, fiel a los hechos, pero sin poder de evocación: «La firma de la Paz en el Salón de los Espejos, Versalles, 28 de junio de 1919», por William Orpen.** *Abajo:* **«La noche», por el expresionista alemán Max Beckmann, en cuya mente la guerra dejó atroces imágenes de matanzas y heridos.**





Para producir un gran arte no se requieren grandes guerras, sino grandes artistas. La Guerra de la Independencia en España no fue más que una ligera escaramuza comparada con los campos de Flandes, pero tenía a Goya como cronista: junto a una imagen de la guerra como *Los fusilamientos del tres de mayo*, las equivalentes de nuestro siglo quedan muy por debajo.

En muchos sentidos, la Primera Guerra Mundial fue algo tan difícil de abarcar y tan amorfo que sólo los escritores pudieron tratar de ella debidamente, pues a los hombres de letras les era más fácil destilar su esencia en palabras que a los pintores en imágenes visuales.

Sin embargo, a pesar de que no hay ningún retrato de un soldado de la Gran Guerra que pueda parangonarse con el dibujo que Leonardo hizo de un *Condottiere*, tal conflagración produjo un número muy grande de obras de arte que, por su calidad plástica y por su tema, merecen ser recordadas.

Básicamente, hay dos tipos de arte de guerra: el puramente «artístico», hecho sin más motivos que el de crear buen arte, y, tal vez, simultáneamente predicar un mensaje adecuado, y el arte «oficial», que se propone dejar testimonio, para los Gobiernos, los regimientos o la posteridad, de operaciones militares o de grupos de gente, y que busca, con demasiada frecuencia, hacer a la vez propaganda.

Una pieza típica de arte oficial es el grupo pintado por sir William Orpen, *Una conferencia de paz en el Quai d'Orsay*. Se trata de un trabajo rutinario, académico, de poco interés, que contiene los retratos convencionales de los principales jefes que alcanzaron la victoria: Clemenceau, Lloyd George y Wilson. Ni este cuadro, ni el otro que pintó el mismo artista, *La firma de la paz en el Salón de los Espejos de Versalles, de junio de 1919*, pueden llamarse, en el verdadero sentido de la palabra, arte. Sin embargo, ambos cuadros reproducen fielmente el aspecto con que aquellas trascendentales escenas debieron presentarse a un observador objetivo; lo que no lograron es recrear el ambiente embriagador, pomposo y satisfecho, y la sutil hipocresía que dominaba el período de después de la guerra.

Además, tampoco produce gran placer artístico la contemplación de las series de retratos oficiales de almirantes y generales con uniformes inmaculados que se encuentran en los museos de guerra y en todas las galerías de arte del mundo entero. Casi invariablemente, el retratista toma el camino más fácil y pinta, a menudo concienzudamente, el uniforme y las condecoraciones, y corona luego la composición con una cabeza lo más favorecida que le es posible. Este tipo de retrato, del que la Gran Guerra produjo una cantidad desmesurada, es patriotismo, glorificación del jefe militar y cualquier otra cosa, pero no es arte. Este estilo oficial o semioficial de hacer retratos sólo raras veces ha producido algo auténtica e intrínsecamente artístico. Es extraño que fueran los escenarios menos conocidos de la guerra los que produjeron los subproductos artísticos más interesantes.

La escultura siempre ha presentado problemas especiales al artista «oficial», puesto que, por lo menos hasta la década de 1920, ha sido una forma de arte más rígida y más disciplinada que la pintura. Son, pues, rarísimas las buenas esculturas relativas a la guerra y, con demasiada frecuencia, se limitan a modelos de tamaño natural, o mayor que el natural, de piezas de artillería o de ametralladoras que hacen las veces de monumentos a los caídos. Uno de los pocos escultores que logró producir obras que no son del todo tradicionales es Jacob Epstein, nacido en Estados Unidos. Su retrato del almirante de la flota lord Fisher es un ejemplar escultórico de auténtico valor.

Sin embargo, otros artistas aportaron bastante más, aunque es extraño que fuera tan insignificante la contribución de Picasso. Es difícil citar una obra de este artista relacionada con la Primera Guerra Mundial, aparte de su encantador dibujo del pintor y poeta Guillaume Apollinaire con uniforme y con la cabeza vendada.

Pero se recuerda que Braque —el fundador del cubismo junto con Picasso, y uno de los pintores que luchó en la guerra— dijo: «Estuve muy contento cuando, en 1914, me di cuenta de que el Ejército había utilizado los principios de la pintura cubista para el camuflaje.» Sin



1



*1* «El tren blindado», por Severini, futurista fascinado por la velocidad, las máquinas y la violencia; aquí se inspira particularmente en el impulso del tren y en las formas de las armas. *2* «La mitrailleuse»: servidores franceses de una ametralladora, pintados por el inglés C. R. W. Nevinson.

5



2





*3* «Zapadores en acción: compañía canadiense de constructores de túneles», por David Bomberg. *4* «Algún día volverá la gente», por F. H. Varley: un devastado erial lleno de losas sepulcrales rotas. *5* «Batería bombardeada», por Wyndham Lewis, pintura muy influida por el cubismo.



**«Estamos haciendo un mundo nuevo», por Paul Nash; irónico título de un cuadro que alude a la devastación producida por la guerra en el viejo mundo.**

duda Braque lo creyó así porque las pinturas cubistas de la preguerra ejecutadas por él y por Picasso eran, en sus colores y en su fragmentación, no muy diferentes de las líneas y manchas usadas en el camuflaje, predominantemente realizadas a base de colores marrones, verdes y grises. Al parecer, era éste un caso de la influencia ejercida por el arte sobre la guerra. En cuanto a Fernand Léger, ocurrió lo contrario. Léger luchó en el Cuerpo francés de Ingenieros y su servicio en el Ejército, junto con el contacto con la maquinaria bélica, tuvo después de la conflagración una influencia profunda en su evolución artística. Douglas Cooper, en su libro sobre Léger, cita estas palabras del artista: «Quedé deslumbrado por el resplandor de un arma de 75 milímetros, que fue suficiente para hacerme olvidar el arte abstracto de los años 1912-1913.» Es difícil decir cuánto debe a la guerra el arte de Léger posterior a 1918 y cuánto a la mera mecanización de la edad en que vivió. Está claro, sin embargo, que las duras formas de los productos industriales le obsesionaban y que las imágenes más a menudo repetidas en su obra son las de cilindros, pistones y varillas, que pertenecían al campo de batalla casi tanto como al mundo de las fábricas. Un ejemplo típico es su obra de 1916 titulada *Soldado con pipa.*

Un pintor francés recogió retrospectivamente temas de la guerra: George Rouault. En su notable serie de grabados titulada *Miserere* y *Guerre,* Rouault incluyó uno o dos temas que recordaban con terrible acritud la conflagración, sobre todo en *Mon Doux Pays, ou êtes-vous?* («Mi dulce país, ¿qué ha sido de ti?»). Esta pintura sombría y melancólica compendia la destrucción de Francia, con sus devastados edificios todavía en llamas y, en primer plano, con sus macilentos soldados rendidos de cansancio, heridos, desconcertados y apáticos.

Una de las paradojas de esta época fue el papel artístico de los alemanes. Es extraño que una nación tan marcadamente militarista haya producido arte bélico de tan escaso valor, a pesar de que el período que va de 1914 a 1933 fue uno de los más apasionantes de toda la historia de la pintura alemana. Importantes pintores como Lovis Corinth y Max Liebermann hicieron algunos notables grabados para la Cruz Roja Alemana, y hay un buen grabado de Otto Dix, llamado *Bombardeo de Lens,* que es una muestra clásica de dibujo expresionista, lleno de terror y de presagios. Pero hay relativamente pocos cuadros de algún valor que traten de la guerra. Una de las pocas excepciones es una pintura que, en realidad, no está muy directamente relacionada con ella: *La noche,* de Max Beckmann. Beckmann luchó en la guerra y se licenció inválido, después de una temporada en el hospital. Nunca habría de olvidar los mutilados y los heridos. *La noche* es una composición de pesadilla. Las imágenes de torturas, heridas y matanza están claramente inspiradas, en parte, por el temor a una segunda guerra mundial, cuyas semillas ya había percibido a últimos de la década de 1920 y, en parte, por el obsesionante recuerdo de la primera.

En Italia había una serie de artistas que querían que su país acudiera en ayuda de Francia. Entre éstos se encontraban, en particular, hombres como Marinetti y Carrà, que eran los pioneros y teorizadores del futurismo, un movimiento artístico que duró poco tiempo y que finalizó a principios de la guerra. Un miembro importante del grupo futurista fue Gino Severini, quien contribuyó con dos cuadros notables al arte asociado con la Primera Guerra Mundial. En *Cañones en acción* consiguió combinar un cuadro visualmente fascinante con una ingeniosa composición, a base de expresiones usuales en artillería y de corrupciones humorísticas de los mismos términos. Su otro gran cuadro de la guerra, *El tren blindado,* es mucho más directo; yuxtapone la fuerza del tren, las formas de las armas y la fragmentación explosiva típica del futurismo para producir una imagen de gran fuerza y emotividad. El pintor metafísico Giorgio de Chirico también contribuyó con una espléndida versión de Héctor. Esta obra, realizada en 1916, podría interpretarse como un irónico llamamiento a las armas. Héctor, el gran guerrero, está representado ciego, sin cara, y al parecer sin cerebro: es tan sólo una armadura de metal.

Debido a su entrada relativamente tardía en la contienda, la aportación de los Estados Unidos a las artes plásticas de la Primera Guerra Mundial no fue muy importante. El más notable pintor norteamericano de este período fue el artista de sociedad John Singer Sargent, que pintó una enorme tela llamada *Gaseados,* durante su visita al frente en 1918.

Los canadienses, que entraron mucho antes en la contienda, hicieron una importante aportación al arte de este período, principalmente porque contaban con dos artistas de excepcional talento: F. H. Varley, un descendiente directo del pintor inglés John Varley, y Windham Lewis, fundador del *Blast,* novelista iconoclasta y dibujante brillante, que pintó algunas notables escenas de la guerra.

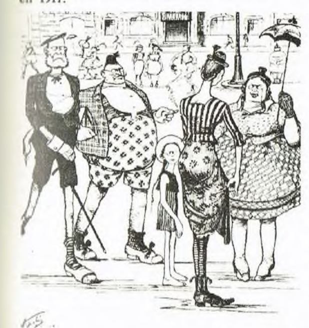
Todos estos pintores, en variadísimas formas, han dejado testimonio de las pocas glorias y de los muchos horrores de la Gran Guerra. Pero tal vez la última palabra debe concederse al caricaturista George Grosz, quien sirvió en el Ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial. En su caricatura *Apto para el servicio militar,* un médico imbécil declara a un esqueleto apto para el servicio militar.

**T. G. Rosenthal**

# Significación de la guerra total

**«Conservad encendido el fuego en los hogares», cantaban en el frente los «Tommies» británicos durante los primeros años de la guerra. Pero en la esfera doméstica la guerra dejaba sentir sus efectos. Los sucedáneos del café, las cartillas de racionamiento, los bonos de guerra, el papel moneda, y los periódicos censurados eran los aparentes signos de la conmoción. Otros cambios eran más profundos. Y no quedaba nada sobre lo que no se cerniera, sombría, la lista de bajas, que con terrible monotonía aparecían semana tras semana.**

**La moda a la altura de las circunstancias: una descripción francesa de las estrecheces de los alemanes.**
*Abajo:* **sopa pública para los berlineses en 1917.**





El resultado más directo y catastrófico de la guerra fue la muerte en masa de hombres jóvenes. Gran Bretaña perdió 680.000, Francia 1.300.000 y Alemania alrededor de 1.700.000. Lo particular del caso no es que las cifras totales fueran tan enormes —en la guerra de 1939-45 murieron aún más personas—, sino que las bajas fueran casi todas del mismo tipo. Ocurrió como si el flautista del cuento hubiera viajado por toda Europa llevándose a todos los jóvenes.

Había tantas viudas y padres enlutados que, en Gran Bretaña, se emprendió una campaña para establecer el blanco como color de luto a fin de que las calles no tuvieran un aspecto tan sombrío. La iniciativa no tuvo éxito y los antiguos rituales del luto quedaron limitados a una simple banda en el brazo y, en algunos casos, se suprimieron del todo, y, de hecho, nunca han vuelto. Los alemanes fueron más tradicionales. «Hace ya semanas que la ciudad (Berlín) parece envuelta en un impenetrable velo de tristeza, gris sobre gris; ningún rayo dorado de sol lo atraviesa y forma un marco muy adecuado a las mujeres de caras pálidas y vestidos negros que tan tristemente pasan por las calles», escribió el 27 de diciembre de 1915 la condesa Evelyn Blücher en su diario.

Sería falso, sin embargo, suponer que el humor de los países beligerantes era siempre sombrío. En 1916 la esperanza, por ambas partes, de que la guerra sería corta, se había desvanecido, pero cada nación, convencida de que luchaba en defensa propia contra un enemigo perverso, confiaba en la victoria final. Las exuberantes energías que durante el período anterior habían revolucionado el modo de vivir de los europeos, habían cambiado de dirección y se habían convertido en destructivas. La guerra no fue tanto el final de la Europa del siglo XIX como su consecuencia.

### Tierra de esperanza y de gloria

El impacto más profundo se produjo sobre Gran Bretaña, donde la guerra actuó como un acelerador y propulsor de los cambios sociales ya iniciados durante la época de Eduardo VII.

La decisión más innovadora fue la creación de un masivo ejército británico a una escala comparable con las gigantescas fuerzas terrestres de Europa continental. Este gran ejército había sido creado con la intención de poner término a la guerra aplastando a Alemania en el frente occidental, pero ni su instrucción ni sus más altos mandos estuvieron a la altura del entusiasmo de los miles de reclutas.

Durante los dos primeros años de la guerra todos los recursos de la propaganda pública fueron puestos al servicio del reclutamiento del Ejército. El país quedó inundado de llamadas patrióticas. «Tierra de esperanza y de gloria» se convirtió en el segundo himno nacional. «Dios salve al Rey» fue introducido como pieza obligatoria en las sesiones de teatro y de cine, costumbre que todavía dura. El cartel de Kitchener «Tu rey y tu patria TE necesitan», señalando con el dedo índice, puede todavía considerarse como el logro publicitario más digno de recordarse que se haya ideado hasta hoy. Cada localidad tenía su propio comité de reclutamiento. Existían también reclutadores de iniciativa privada, el más notable de los cuales fue el audaz Horatio Bottomley. Algunos sacerdotes, en sus sermones, urgían a los jóvenes a que se alistaran en el Ejército. Artistas de *music-hall* terminaban sus números con escenas patrióticas y llamadas a los reclutas. Bandas militares desfilaban por las calles y los jóvenes las seguían marchando hasta llegar ante el sargento de la oficina de reclutamiento. «No queremos perderos, pero creemos que debéis ir», se convirtió en una difundida canción popular. La paga era de un chelín al día, y muchos reclutas empezaban haciendo la instrucción en los parques públicos, ante la población civil, que los miraba con orgullo.

Llegó a resultar embarazoso, para los hombres en edad militar, vestir traje

de paisano. Un almirante de Folkestone puso en marcha una organización de muchachas que entregaran plumas blancas a los jóvenes que vieran en la calle con traje de paisano. Cuéntase que, en una ocasión, le dieron una a un muchacho que había sido condecorado con la *Victoria Cross* y que entonces estaba de permiso. Algunas mujeres llegaron más lejos. La famosa baronesa de Orczy, autora de novelas rosa, fundó la «Liga de Mujeres del Servicio Activo de Inglaterra», en la que cada una de las mujeres suscritas se comprometía a no tener relaciones con hombres que, en edad militar, no se hubieran alistado en el Ejército. La baronesa esperaba alcanzar 100.000 inscripciones, pero en realidad sólo obtuvo 10.000 y envió todos los nombres al Rey.

El fallo —que, en 1916, ya era de todo punto evidente— estaba en que un ejército de tal magnitud requería un enorme soporte industrial para poder ser equipado y vestido. Se necesitaban por lo menos tres trabajadores civiles por cada soldado combatiente. En 1915 la escasez de proyectiles de artillería se había convertido en una especie de escándalo nacional, e incluso algo tan elemental como las botas de los soldados representaba un problema. Millares de obreros especializados habían seguido a las bandas militares y se habían alistado en el Ejército y ahora era difícil reemplazarlos.

**El Gobierno interviene**

Así, pues, sobre una base provisional y transitoria, se inició el fenómeno tan característico del siglo XX: el Gobierno asumió la dirección general de la industria, y Lloyd George, como ministro de Aprovisionamiento, dirigió las fases iniciales. Hasta el comienzo de la guerra, se había considerado que la economía incumbía casi tan poco al Gobierno como los fenómenos meteorológicos. Incluso los socialistas se habían preocupado más por los problemas de la distribución de la riqueza y de los recursos, que por los de su administración. Después de la guerra se suprimieron la mayoría de los controles gubernamentales, pero persistió la idea de que el Gobierno era el supremo responsable de la economía.

La actividad política y los programas electorales de los partidos se centraron cada vez en mayor medida sobre cuestiones económicas. En el período entre las dos guerras el paro iba a convertirse en un problema político de una importancia años antes inconcebible. En ello también tuvo cierta influencia la propaganda de reclutamiento. Se dio por sentado, sin que se diera ninguna explicación exacta de cómo ocurriría, que la derrota militar de Alemania iba a mejorar el nivel de vida de los ingleses. Los soldados que regresaron del frente esperaban que serían los políticos quienes lograrían esta mejora.

En 1915 y 1916 se creó una asociación tripartita —entre Gobierno, sindicatos y empresarios— según la cual la producción, los sueldos y los beneficios serían establecidos por negociación y no según las fluctuaciones del mercado libre. Esto tuvo, incidentalmente, el efecto de que los sindicatos aumentaron en número de afiliados, autoridad y poder. En lugar de ser grupos de presión en la lucha de clases, tendieron a convertirse en un órgano reconocido de la comunidad, con derechos y responsabilidades ante la nación entera, así como ante sus miembros. El número de sus inscritos se elevó vertiginosamente, de 4.100.000 en 1914 a 6.500.000 en 1918; y cuando regresaron los soldados, sobrepasó los 8.000.000. El efecto fue permanente (aunque el número de miembros había de bajar más tarde) y constituyó uno de los factores que contribuyeron a la sustitución, después de la guerra, del Partido Liberal por el Laborista.

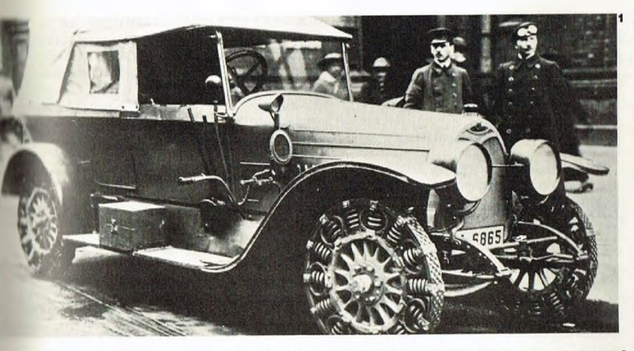
En 1916 la guerra se había convertido en un estilo de vida. Las calles permanecían extrañamente silenciosas; los músicos callejeros y los vendedores ambulantes, que las habían animado hasta 1914, habían desaparecido. Las recorrían niñas con falda corta, viudas y multitud de chicos jóvenes en uniforme. En 1914 habría parecido muy extraño ver a un oficial del Ejército vistiendo uniforme en el tranvía o en el autobús; en 1916 era corriente ver a los suboficiales, con sus bigotes de cepillo, pagando sus billetes a las chicas cobradoras. Cada edición de los periódicos llevaba listas con los nombres de los que habían caído en el campo de batalla. Los soldados de permiso buscaban divertirse antes de morir y los clubs nocturnos, otrora lugares furtivos que no se podían mencionar, se habían convertido en el rasgo característico de la vida londinense. Se decía que en el barrio de Soho había 150; en ellos los clientes bailaban al ritmo de la nueva música de jazz que acababa de cruzar el Atlántico. Una más antigua institución, el *pub* o taberna, empezó a decaer; con leyes de emergencia el Gobierno había reglamentado las horas en que se podía servir bebidas alcohólicas, y así entró en el uso común la frase: «Es la hora, señores, por favor.» Durante el día, la nación pensaba exclusivamente en los duros combates que se estaban librando en las trincheras de Francia; a veces, en el sur de Inglaterra, se podía oír el estruendo de los cañones como un trueno lejano.

**Punto muerto y decepción**

Francia y Alemania, al contrario de Inglaterra, se habían preparado desde hacía tiempo para la guerra, en el sentido de que durante generaciones habían tenido un sistema basado en el servicio militar obligatorio y podían movilizar inmediatamente un gran ejército. Ninguno de los dos países, sin embargo, había pensado que la guerra sería larga. El objetivo alemán era poner a Francia fuera de combate rápidamente y luego dirigir sus fuerzas hacia el Oriente para derrotar al Ejército de la arcaica Rusia zarista. Los franceses, asimismo, habían esperado lograr rápidas victorias y reconquistar las provincias de Alsacia y Lorena, que habían caído en manos de los alemanes cuarenta y cuatro años atrás. El resultado, es decir, el punto muerto a que se llegó, fue una decepción para ambas partes contendientes.

En el frente occidental los combates tenían lugar en territorio francés (y belga), de modo que los franceses, a diferencia de los alemanes y de los ingleses, luchaban en territorio propio. Gran parte de la zona industrial del nordeste de Francia estaba ocupada por los alemanes. El resultado fue que los franceses perdieron su optimismo inicial en mayor medida que los ingleses y los alemanes; para ellos la guerra pasó a ser más una calamidad que una aventura. Sólo a fines del año 1917 hallaron en Clemenceau un jefe capaz de ponerse a la altura de las circunstancias. Los franceses se daban cuenta de que habían sido derrotados en las primeras batallas de 1914, y en 1916 temían que la gran hemorragia originada por la guerra les hiciera desaparecer como pueblo. Al año siguiente, grandes sectores del Ejército iban a amotinarse a favor de una paz negociada. La propaganda alemana, según la cual Gran Bretaña estaba dispuesta a luchar hasta la muerte del último soldado francés, había causado su efecto; los alemanes llegaron a subvencionar el importante periódico de izquierdas francés, el *Bonnet Rouge*.

En Francia, con la guerra, se produjo una gran depresión, excepto entre una minoría de trabajadores industriales y sus patronos, que estaban ganando más dinero que nunca. En París los políticos se peleaban y en el frente los soldados morían a millares. Al contrario de los ingle-








*1* **Un sucedáneo del caucho: neumáticos de muelles metálicos en un coche germano.** *2* **Este cartel alemán exhorta a las mujeres a que guarden su pelo para hacer correas de máquinas.** *3* **Berlín, 1917: leña a cambio de mondaduras de patatas.** *4* **Cartel alemán donde se pide aluminio, cobre, bronce, níquel y estaño.** *5* **Los parisienses hacen cola para adquirir pan (1917).**







ses y de los alemanes, los franceses sentían una profunda desconfianza hacia los políticos y los generales, desconfianza justificada por los hechos. No se hacía ningún intento serio en el campo de la dirección financiera o industrial. Puesto que la zona industrial más rica estaba ocupada por los alemanes, en sus necesidades bélicas Francia dependía de sus importaciones de Gran Bretaña, de los Estados Unidos y del Japón, y estas importaciones se pagaban contrayendo deudas. También aumentó la deuda interior —en 1915 los ingresos franceses procedentes de los impuestos llegaron a ser inferiores a los normales de los años de anteguerra— y se emitió papel moneda en proporción cada vez mayor. El Gobierno adoptó, además, un método absolutamente inadecuado para financiar la producción de municiones. Prestaba capital, sin interés, a los empresarios; es decir, les proporcionaba la manera de obtener enormes beneficios a expensas de la colectividad. En pocos casos se rindieron cuentas, y en 1916 no existía prácticamente información fidedigna sobre el estado de las finanzas públicas.

La gran masa del Ejército francés estaba formada por campesinos que habían sido arrancados de sus pequeñas propiedades para ser enviados al frente. Las mujeres que habían quedado en casa continuaron los trabajos del campo, pero la producción total de alimentos, que en tiempos de paz siempre había sido suficiente para satisfacer las necesidades del país, descendió pavorosamente. En 1916 el azúcar se había convertido en un artículo de lujo, dos días a la semana la población no comía carne, y los restaurantes se limitaban a servir sólo tres platos. Siguiendo una política tradicional, el Gobierno se esforzó por controlar unicamente el abastecimiento y el precio del pan, y el éxito logrado en este sector representó un gran paliativo para la población civil; no importaba que hubiera que sufrir otras privaciones; al menos había pan para todos. Los demás problemas relativos al racionamiento y al control de precios se dejaron a discreción de los prefectos de departamento, con el resultado de que los suministros disponibles iban a parar a los *departements* que en un momento determinado permitían los precios más altos. La municipalidad de París sufrió enormes pérdidas en la distribución de alimentos, pero se justificó como un «seguro contra desórdenes públicos».

A principios del siglo xx, París había llegado a la cumbre como capital internacional de las artes, la cultura y los refi-



**Berlín, año 1917: en estos calderos se hervían huesos y otros residuos de origen animal a fin de obtener grasas. El bloqueo —y la consiguiente escasez de alimentos— agudizó el ingenio de los alemanes: nada se desperdiciaba.**

namientos de la vida sibarítica. Todos los intelectuales europeos y norteamericanos consideraban a París como una especie de patria espiritual. La guerra contribuyó a aumentar este prestigio: incluso con las luces de las calles apagadas y a pesar de estar tan cerca de la zona de guerra, París adquirió todavía más fascinación como ciudad internacional. Por un extraño compromiso, el Teatro de la Ópera estaba autorizado a dar representaciones, con la condición de que el público no llevara traje de etiqueta.

La guerra causó profundo impacto en la vida familiar y en la vida social francesa. La depreciación de la moneda —en 1916 el coste de la vida había subido un cuarenta por ciento— había empezado a arruinar la vida de la clase de los rentistas que, tradicionalmente, tenían sus ahorros invertidos en obligaciones de interés fijo. Llegar a funcionario público —un empleo seguro— había sido, hasta 1914, la máxima aspiración de los franceses. En 1916 los funcionarios fueron perdiendo su prestigio social y empezaron a ser superados por los hombres de negocios, proceso que después había de continuar.

El cansancio de los franceses por la guerra, que era ya manifiesto en 1916, parecía socavar el espíritu de la nación. En la zona ocupada, la población estaba intimidada por la rígida administración germánica; no se produjo ningún intento de resistencia organizada. Aunque al final Francia surgió del conflicto como vencedor nominal y recuperó las provincias perdidas, el país sufrió una pérdida de confianza nacional y sintió una arraigada desconfianza hacia la guerra. Se sembraron las semillas del desastre de 1940.

**Café «Ersatz» y el racionamiento de ropas**

En la Alemania de 1916 todavía quedaba algo del optimismo que despertaron las grandes victorias de 1914. Con los Estados Unidos todavía neutrales y el Imperio Ruso en vías de derrumbamiento, era lógico que los alemanes creyeran que iban a ganar. Su estrategia preveía mantenerse a la defensiva en el Oeste, hasta que pudieran traer del frente ruso las fuerzas necesarias para arrollar a los franceses y a los ingleses.

El efecto principal de la guerra en la vida nacional, aparte de la gran cantidad de bajas, fue la carestía provocada por el bloqueo británico. El racionamiento del pan había empezado ya en enero de 1915, y surgió un trágico dilema: ¿había que utilizar los escasos nitratos disponibles como fertilizantes o para fabricar explosivos? En general se dio prioridad a los explosivos en detrimento de la producción agrícola, ya de sí insuficiente para satisfacer las necesidades de la nación. Las dificultades aumentaron a causa del mal tiempo; el invierno de 1916-17 fue llamado el «invierno de los nabos», porque las heladas prematuras habían malogrado la cosecha de patatas.

La ingeniosidad germánica se concentró en producir sucedáneos de los productos alimenticios, y algunos, aunque de rara composición, eran bastante agradables al paladar. Fue posible hacer pasteles comestibles de trébol y de harina de castañas. El café *Ersatz* —Ersatz significa «sucedáneo»—, hecho de cebada tostada, centeno, achicoria e higos, se convirtió en la bebida nacional. En las escuelas se enseñaba a los niños la importancia de masticar bien para evitar que los sucedáneos les dañaran la digestión.

El verdadero dictador de la economía alemana era el industrial judío Walter Rathenau, un brillante administrador al que el Ministerio de la Guerra había encargado la organización de los suministros para el Ejército. Poco a poco, Rathenau puso las principales industrias bajo control gubernamental y creó un complicado aparato burocrático para dirigirlas. Como en Gran Bretaña, también en Alemania se implantó el control público sin propiedad pública, pero los métodos de Rathenau eran más radicales que los ingleses; los *Kommissars* gubernamentales participaban activamente en la administración de las compañías, y el plan adjudicaba a cada uno su puesto. En 1916 el aparato de Rathenau había alcanzado su punto máximo de eficiencia y Alemania entera estaba organizada para sostener la guerra.

A la planificación económica de Rathenau se añadieron complejos planes de racionamiento, con los que todo el mundo poseía cartillas de racionamiento que le indicaban lo que tenía derecho a recibir. En parte, las ropas eran distribuidas siguiendo un criterio basado en las necesidades imprescindibles: el ciudadano que deseaba adquirir un traje nuevo había de demostrar que lo necesitaba.

Todavía en 1916 el efecto político de la guerra fue reforzar la confianza de los alemanes en su propio sistema político imperial. Alemania estaba formada por veinticinco Estados, cada uno con su dinastía gobernante, y todo el conjunto bajo el dominio del Estado poderoso, Prusia, del cual el Káiser era rey. Era un sistema autoritario y jerárquico, con una fuerte dosis de democracia: el Parlamento Imperial era elegido por sufragio universal masculino (en Gran Bretaña sólo el cincuenta y ocho por ciento de los hombres adultos tenían derecho al voto.) Aunque en el Parlamento había una fuerte oposición socialdemócrata, el sistema imperial y jerárquico funcionaba porque el trabajador alemán medio había puesto su confianza en los miembros de las clases sociales superiores, y estaba dispuesto a votar por ellos.

Incluso los diputados socialdemócratas habían votado a favor de los créditos de guerra. Las victorias militares habían acrecentado la confianza en el sistema, y el cansancio de la lucha apenas había comenzado. Las carestías, las privaciones, y hasta las listas de los caídos, eran tolerables como el precio a pagar por la segura victoria de Alemania.

Claro que al final se vio que la gran confianza de 1916 había sido una equivocación. En dos años, el Káiser y las autoridades bajo su mando iban a desaparecer de la escena política alemana. El éxito y la potencia de Alemania resultaron ser una ilusión. El *shock* psicológico iba a ser enorme y duradero, y contribuyó a crear el clima de inusitado nacionalismo que permitió el acceso al poder de una figura tan excéntrica como la de Hitler.

**Colin Cross**

# Cuatro líderes nacionalistas

**La Primera Guerra Mundial preparó el terreno a varias revoluciones. Ello se ve en la carrera de cuatro líderes nacionalistas europeos: De Valera, Venizelos, Masaryk y Pilsudski. Las oportunidades que la guerra les ofreció —y que ellos supieron aprovechar— iban a configurar la Europa de la posguerra.**

**EAMON DE VALERA**
**—«político por casualidad»**

Los irlandeses que continuaron la lucha de 1916 y la transformaron en una segunda fase de guerra de guerrillas y de diplomacia internacional eran en su mayoría hombres jóvenes —muchos de ellos con menos de treinta años y sin experiencia en cuestiones gubernamentales— que recibieron su herencia como resultado de la rápida liquidación, a manos de los pelotones de ejecución del general Maxwell, de casi todos los líderes revolucionarios irlandeses de mediana edad.

Eamon de Valera, nacido en Nueva York el 14 de octubre de 1882, de padre español y madre irlandesa, fue enviado a Irlanda a la edad de dos años. Era un muchacho serio y emprendedor que consiguió trabajos ocasionales y becas para poder graduarse en la antigua universidad real. Fue atraído al nacionalismo a través de su amor por la lengua irlandesa y entró en las filas de los Voluntarios Irlandeses desde su fundación en 1913.

En aquel tiempo era un tímido profesor de matemáticas y un mal orador que no ocupó ningún lugar destacado entre los altos mandos. En marzo de 1915 fue nombrado comandante de los Voluntarios, y en octubre del mismo año rehusó la apremiante invitación que le hizo Tomas Mac Donagh de entrar a formar parte del consejo ejecutivo de dicha organización. Dentro de la Hermandad Irlandesa Republicana (I.R.B.), principal inspiradora del levantamiento, fue sólo un miembro pasivo.

Pero una serie de factores le llevaron al liderato del movimiento revolucionario entre mayo de 1916 a abril de 1919. El primer factor fue el simple hecho de haber sobrevivido. El primero de los jefes ejecutados fue fusilado el 3 de mayo, y el último el 12 de mayo, el día siguiente de haber sido condenado De Valera. Pero la reacción del sentimiento público, más el hecho de haber nacido en Norteamérica (y, por lo tanto, las dudas respecto a su nacionalidad), le salvaron la vida. En seguida le envolvió la aureola de «último comandante superviviente» del levantamiento de Pascua. El título no era del todo exacto, pero su prioridad entre los supervivientes era indiscutible, lo que le dio, mientras fue el preso número 95 en Dartmoor, y más tarde en la cárcel de Lewes, la jefatura *de jure* sobre los Voluntarios prisioneros. Durante más de un año pasó el tiempo estudiando matemáticas y manteniendo la disciplina y la moral entre sus compañeros de cárcel.

Mientras tanto, la opinión pública irlandesa iba cambiando lentamente. El heroísmo de los Voluntarios y la ferocidad de las ejecuciones destacaron el papel de víctimas propiciatorias de Pearse y su pequeño grupo. El repetido fracaso del Partido Parlamentario Irlandés en lograr algo positivo en favor de la independencia ayudó a desacreditarlo. La Hermandad de Republicanos Irlandeses cobró nueva vida y fue reorganizada por Michael Collins, que en diciembre de 1916 había regresado a Irlanda con el primer grupo de prisioneros puestos en libertad (unos 600). El cansancio de la guerra y la amenaza de que se introdujera en Irlanda el servicio militar obligatorio fomentaron el sentimiento antibritánico. En febrero de 1917, en Roscommon, con un programa político abstencionista y el apoyo de los Voluntarios, el *Sinn Fein* conquistó su primer puesto y sustituyó al Partido Parlamentario Republicano; en mayo, en Longford, obtuvo el segundo. En junio fueron puestos en libertad los últimos prisioneros: inmediatamente se presionó a De Valera para que se presentara como candidato del *Sinn Fein*, y en julio fue elegido.

Se consideraba indiscutible su prestigio público en calidad de único jefe superviviente del pasado revolucionario. Para dar forma oficial a dicho prestigio, se requería que asumiera la jefatura de las organizaciones instituidas: la de los Voluntarios, el *Sinn Fein*, la Hermandad Republicana Irlandesa y, con el tiempo, la del gobierno revolucionario. Nunca consiguió la jefatura de la tercera de estas organizaciones, que iba a contribuir no poco a las consiguientes divisiones. Sin embargo, en el curso de los años alcanzó las tres jefaturas restantes. En octubre de 1917, el *Sinn Fein* celebró su décima asamblea. En esta reunión, Griffith cesó como pre-

**/ Eamon de Valera, comandante durante el levantamiento de Pascua; nada hacía pensar en el poder y los honores que el futuro le depararía. *2* Eleutherios Venizelos; desde su exilio voluntario en Europa occidental contempló cómo su sueño de una Gran Grecia se desvanecía. *3* Thomas Masaryk, un propagandista y conspirador en pro de la justicia racial y de los derechos humanos. *4* Józef Pilsudski; descubrió que la unidad nacional creada por la euforia de la independencia se apoyaba en frágiles bases.**

1

2

3

4




sidente y, en su lugar, De Valera fue elegido por unanimidad. No obstante, los Voluntarios Irlandeses continuaron siendo un movimiento militar independiente y a veces poco entusiasta, pero la crucial posición personal de De Valera fue subrayada cuando la asamblea de los Voluntarios, en noviembre de 1917, también lo eligió presidente.

Quedaba sólo la jefatura de la nación, jefatura que consiguió en las elecciones generales de diciembre de 1918. De Valera se encontraba de nuevo en una cárcel inglesa, pero esta circunstancia sólo sirvió para aumentar su popularidad. El *Sinn Fein* aniquiló al viejo partido y ganó 73 puestos entre 105. En enero de 1919, el núcleo de los miembros elegidos que estaban en libertad constituyeron el primer *Dail Eireann* (Asamblea de Irlanda) y declararon la independencia del país. Nombraron a un jefe de Estado interino en espera de De Valera. No tuvieron que esperar mucho; el 3 de febrero, Collins organizó con éxito la liberación de Eamon de Valera, que regresó clandestinamente a Irlanda. La segunda sesión del *Dail Eireann* fue convocada para el 1 de abril y De Valera fue elegido oficialmente *Priomh-Aire*. El significado exacto de este término irlandés iba a causar, tres años más tarde, algo más que una confusión de tipo romántico. Algunos iban a sostener que no significaba más que primer ministro del *Dail*, otros que simbolizaba la presidencia, no sólo de la nación, sino de una república soberana; lo cierto es que este problema se plantearía en el futuro, al tener lugar la guerra civil, el encarcelamiento de De Valera, la pérdida y la reconquista del poder. Cualquiera que fuera el significado de *Priomh-Aire*, el matemático de gafas a quien Pearse, en mayo de 1915, había confiado el mando del 3.er Batallón de la Brigada de Dublín, era ahora el jefe, y como tal había de continuar.

**David Thornley**

## ELEUTHERIOS VENIZELOS
### —y el sueño de una gran Grecia

Un hombre alto, delgado, con una barba blanca, una gorra negra, gafas sin montura, un encanto ilimitado y, según palabras de lord Curzon, «de una elocuencia tan inagotable que no deja ni un resquicio para replicar»: así era Venizelos en la cumbre de su poder e influencia, durante la Conferencia de Paz de 1919 en París. El mandato que para una ocupación griega de Esmirna y su *hinterland* obtuvo entonces en la capital de Francia fue la recompensa por cuatro años de apoyo ferviente a la causa aliada durante la Primera Guerra Mundial. Este apoyo interesado, así como la batalla que Venizelos sostuvo durante tres años contra el Rey de Grecia, que tenía ideas distintas, le dieron la fama de ser el estadista más grande de Grecia desde los tiempos de Pericles, fama que ni la aplastante derrota que sufrió en las elecciones de 1920 pudo oscurecer.

Venizelos propugnó un renacimiento de Grecia en el que creyeron los filohelenos británicos. En septiembre de 1910 salió de su Creta natal para llegar a primer ministro un mes después de su arribo al continente. En los cuatro años siguientes consiguió cambiar la faz del país y doblar casi su superficie y población. Dando muestras en seguida de su «responsabilidad» al abandonar la tendencia antimonárquica de la Liga Militar de oficiales revolucionarios que le condujo al poder, y trabajando en armonía con el Rey, consiguió el apoyo de todas las clases sociales del país. En las elecciones de marzo de 1912 los liberales venizelistas obtuvieron 150 puestos sobre 181.

El llamamiento de Venizelos fue una proclama de tipo nacionalista dirigida a todos los griegos. Poco interesado en los sistemas teóricos de gobierno y sin una filosofía política rígida, dedicó todas sus energías a la reorganización y fortalecimiento de las instituciones griegas, en espera de que se cumpliese el sueño nacional, o sea, que pasaran al dominio griego todas las partes del Imperio Otomano que se consideraban griegas por derecho histórico y por razones étnicas: Epiro, Macedonia, Tracia, las islas, Esmirna y, finalmente, la propia Constantinopla. Las victorias en las guerras balcánicas de 1912-13, en virtud de las cuales Grecia extendió sus fronteras hacia el norte hasta incluir Janina, al sur el Epiro y Salónica, y al este la Macedonia occidental, representaron un gran avance hacia la realización de aquel sueño. Venizelos, que lanzó la victoriosa cruzada contra los turcos, compartió la popularidad —ganada gracias a estas victorias— con el príncipe Constantino, comandante en jefe del victorioso Ejército griego, que subió al trono al ser asesinado su padre en 1913.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, Venizelos se halló al frente de un país que necesitaba un período de paz y de tranquilidad para digerir las conquistas territoriales. La guerra, sin embargo, que según Venizelos —y no se equivocaba— había de conducir a la desintegración del Imperio Otomano, daba a Grecia una oportunidad única para extender más aún sus fronteras y reincorporar a la patria los enclaves griegos de Tracia y Asia Menor. Venizelos, por tanto, se preocupó de apoyar a las potencias de la Entente con la esperanza de que, después de la guerra, éstas defendieran las reclamaciones griegas sobre territorio otomano. Pero el Rey, convencido de que las potencias centrales iban a ganar, quería mantener a toda costa la neutralidad griega.

El 1 de marzo de 1915, en un intento de comprometer a Grecia en favor de la Entente, Venizelos propuso enviar tropas griegas que apoyaran el inminente desembarco aliado en Gallípoli. El Rey rechazó la propuesta y Venizelos dimitió. En las elecciones que siguieron, Venizelos volvió al poder con una mayoría de 184 puestos sobre 310. En octubre, sin embargo, después de haber intentado una vez más provocar la entrada de Grecia en la guerra, invitando a un cuerpo expedicionario aliado a desembarcar en Salónica, volvió a ser destituido por el Rey (éste se oponía a la entrada de Grecia en la guerra aun en el caso de un ataque búlgaro contra Servia, con la que Grecia había concertado una alianza defensiva).

En ese momento, la división del país en realistas y venizelistas se hizo aguda y encarnizada. El Rey se vio obligado a imponer sus puntos de vista valiéndose de una serie de gobiernos títeres formados por realistas. La presión aliada sobre los griegos y las violaciones de la soberanía griega en Salónica por parte del Ejército aliado se hicieron cada vez más flagrantes, y posteriormente se atribuyó la culpa de ello a Venizelos. Pero hasta el verano de 1916 —momento en que los búlgaros invadieron Macedonia, ocuparon Kavalla y enviaron los 8.000 hombres de la guarnición griega a un campo de concentración alemán— Venizelos no se decidió a actuar a fondo. El 25 de septiembre huyó a Creta, encabezó una revolución y diez días más tarde, al llegar a Salónica, formó un «gobierno provisional»: al cabo de unas pocas semanas, tropas venizelistas luchaban junto a los aliados en el frente de Macedonia. Durante ocho meses Grecia permaneció materialmente dividida en dos campos: venizelistas y realistas. Entonces

*Izquierda:* **Eamon de Valera, detenido tras el fracaso del levantamiento irlandés de Pascua. No fue fusilado porque, habiendo nacido en Nueva York, era considerado ciudadano estadounidense.**



**Venizelos llega a Salónica. Al cabo de unas semanas, las tropas venizelistas luchaban en Macedonia junto a las aliadas.**

los aliados, agotada su paciencia con el rey Constantino, le obligaron a abdicar y restablecieron a Venizelos como primer ministro en una Grecia Unida. Por fin el país pudo dedicar todas sus energías a la guerra. En septiembre de 1918 había en Macedonia 250.000 soldados griegos en acción, quienes se portaron bravamente en la ofensiva que rompió el frente búlgaro. Con esta útil contribución al esfuerzo bélico de los aliados, Venizelos esperaba justificar las pretensiones griegas en la Conferencia de la Paz, pero, embriagado por el éxito, reclamó incluso —y obtuvo— Esmirna y el oeste de Asia Menor, lo cual condujo a Grecia hacia otra guerra mucho más difícil y a verse derrotada por una Turquía rejuvenecida.

Venizelos sabía que las finanzas griegas, ya desde la guerra greco-turca de 1897, habían estado bajo el control de una comisión financiera internacional y su reacción ante este hecho no consistía en quejas porque su patria fuera explotada. Al contrario, Venizelos trató, cooperando con las potencias occidentales, de «utilizarlas» para llevar adelante su política de expansión. Así, pues, durante su primer gobierno solicitó el envío de una misión militar francesa y de una misión naval inglesa para reorganizar el Ejército y la Marina griegos. Después del armisticio, envió dos divisiones griegas en apoyo de la desastrosa expedición francesa en el sur de Rusia, para ganarse las simpatías de los aliados y, por la misma razón, como Chipre era británica, indujo a los griegos a no reivindicar la isla en la Conferencia de la Paz.

Los colegas de Venizelos, mientras éste se hallaba en París, no hicieron nada para remediar las discordias, y la oposición hablaba con motivo de opresiones y persecuciones de los realistas. Venizelos aseguró a sus amigos en París que, tan pronto como se restableciera la paz, se dedicaría a los asuntos de política interior; pero perdió las elecciones generales en noviembre de 1920, sus enemigos realistas triunfaron y el rey Constantino volvió a Grecia. Desde su exilio voluntario en Europa occidental, Venizelos contempló cómo su sueño de una Gran Grecia se derrumbaba en septiembre de 1922, cuando el Ejército griego fue destruido por las tropas turcas y Esmirna fue presa de las llamas. Murió en Francia en 1936.

**Michael Llewellyn Smith**

## THOMAS MASARYK
### —el padre de Checoslovaquia

Los padres de Masaryk eran trabajadores de habla alemana y de origen eslavo; vivían en la Moravia austríaca cerca de la húngara Eslovaquia, de donde procedían. Luego de tener a su hijo algún tiempo en una escuela elemental, lo enviaron al instituto alemán de estudios secundarios de Brno. Más tarde, Thomas empezó un curso de estudios clásicos en la universidad de Viena. Era de una prodigiosa inteligencia, muy trabajador y de gran rectitud moral. Logró aprender el checo y el eslavo cuando aún era un niño, y muy pronto aprendió a leer francés, ruso e inglés. Su matrimonio en 1878 con Charlotte Garrigue, una muchacha norteamericana que estudiaba música en Leipzig, le puso en más estrecho contacto con el mundo de habla inglesa. En 1879 empezó a enseñar filosofía en la universidad de Viena. Finalmente, después de publicar un estudio sobre el suicidio, Masaryk fue nombrado en 1882 profesor en la nueva universidad checa de Praga, ciudad que entonces le era casi desconocida, y no tardó en ser director de dos periódicos.

Por primera vez alcanzó gran popularidad en 1886, cuando ayudó a poner al descubierto la falsificación de unos manuscritos checos que se pretendía hacer pasar como documentos medievales. Masaryk, buen patriota, repudió esas fuentes falsas, pero muchos checos le acusaron de traicionar a su pueblo. Esta controversia le llevó a las disputas raciales que agitaban el Imperio Austro-húngaro en aquella época. Masaryk defendía lo que él llamaba actitud realista, y pronto se vio apoyado por dos jóvenes destacados, Kramar y Kaisl. Los tres, en 1891, como miembros del Partido de los Jóvenes Checos, fueron elegidos diputados para el Parlamento austríaco o *Reichsrat*. Desde su tribuna de diputado, Masaryk trató sobre todo cuestiones de educación, pero también expresó opiniones avanzadas sobre el sufragio universal para hombres y mujeres, y sobre la reforma social. En realidad era demasiado liberal para los Jóvenes Checos, que se dejaban llevar por entusiasmos chauvinistas, y en 1893 dimitió como miembro del *Reichsrat*, así como de la Dieta bohemia a la que había pertenecido.

Durante los años siguientes, nuevamente en la universidad de Praga, Masaryk se convirtió en un centro de atracción, no sólo para los estudiantes checos de ideas más liberales, sino también para los croatas y servios que acudían a él en busca de consejos sobre su propio problema nacional, el de los eslavos meridionales o yugoslavos. Entre 1890 y 1900, Masaryk, que se sentía más eslovaco que checo, también ayudó a los nacionalistas eslovacos a sobrevivir bajo el dominio tiránico de los húngaros. Así se convirtió en la cabeza intelectual de las nacionalidades eslavas de Austria-Hungría.

Masaryk en 1899 y en 1906, libró dos típicas batallas para el progreso. En 1899 protestó contra la condena a muerte de un judío llamado Hilsner, al que se acusaba de un asesinato ritual: la sentencia fue conmutada por la de cadena perpetua y no fue puesto en libertad hasta la amnistía de 1916. En 1906, el mismo Masaryk fue acusado de delito antirreligioso, por haber dicho del catolicismo que «era una religión decadente necesitada de la política, para defenderse». La acusación no prosperó y fue absuelto.

En 1907 resultó nuevamente elegido para el *Reichsrat*, esta vez como «realista progresista». Un año más tarde, Austria-Hungría se anexionó Bosnia y Herzegovina. Ello representó un golpe para las aspiraciones de los eslavos del Sur, pues puso bajo el dominio directo de la monarquía habsbúrgica a un número mucho mayor de servios y croatas, y pareció un retroceso en la evolución de las nacionalidades. La anexión —inmediatamente condenada por Masaryk—, fue seguida de la detención de cincuenta y tres croatas como agentes panservios, a quienes se procesó en Zagreb en mayo de 1909. Masaryk los defendió ante el *Reichsrat:* finalmente no se dictó ninguna pena de muerte. Más



**Thomas Masaryk en 1918, con voluntarios destinados a las fuerzas checas del Ejército francés, en el campo de reclutamiento de Stamford, Connecticut (EE. UU.).**

tarde en Viena se presentó una demanda contra el Dr. Friedjung, autor de un artículo en la *Neue Freie Press* del 24 de marzo de 1909, en el que se acusaba de conspiración a los inculpados de Zagreb, citando documentos «oficiales» cuya falsedad Masaryk logró demostrar.

Así, pues, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, Masaryk había desafiado a los principales intereses creados de la vida austríaca: el chauvinismo alemán y la Iglesia Católica.

A la edad de sesenta y cuatro años se propuso abogar ante el mundo por la causa de los checos y eslovacos, pero también de los demás pueblos oprimidos. Fue primero a Suiza, luego a París y después a Londres, en mayo de 1917 a Rusia y, finalmente en 1918, a los Estados Unidos. Se convirtió en un propagandista de la causa de la justicia racial y los derechos humanos, e incluso en un conspirador. Su idea de la propaganda era, no obstante, poco usual: «No insultar a los alemanes, no desestimar al enemigo, no deformar nunca la verdad y no exagerar; no hacer promesas vanas y no pedir favores; dejar que los hechos hablen por sí solos...» Su antiguo alumno Edvard Benes fue su representante en París.

En diciembre de 1918 volvió a Praga, donde sus seguidores habían tomado el poder en sustitución de las autoridades austríacas. Se fundó una república democrática con ciudadanos alemanes, magiares y rutenos a los que el nuevo Tratado de las Minorías y la Constitución checoslovaca garantizaban educación y justicia en sus propias lenguas.

**Elisabeth Wiskemann**

## JÓZEF PILSUDSKI
### —el polaco indómito

La Primera Guerra Mundial cambió radicalmente el carácter de la «cuestión polaca». Por primera vez desde 1815, las tres potencias que se habían repartido Polonia estaban en guerra, y, a medida que el conflicto se prolongaba, ambos bandos buscaron el apoyo de los polacos. Las promesas que cada uno hizo, en un intento de sobrepujar al otro, plantearon de nuevo el problema de la suerte de Polonia como nación.

Pilsudski y sus seguidores habían visto en la crisis revolucionaria de Rusia, entre los años 1904 y 1907, la oportunidad tan esperada. El propio Pilsudski se fue al Japón en 1904, durante la guerra ruso-japonesa, en busca del apoyo del Alto Mando japonés. Durante la revolución asumió el control de la «Organización Militar», del Partido Socialista Polaco (P.P.S.), y dirigió una serie de ataques —contra los puestos avanzados del Gobierno ruso— que culminaron en la toma de la estación ferroviaria de Bezdany, al norte de Vilna, en septiembre de 1908.

La propensión de Pilsudski al terrorismo y su fe en la prioridad de la liberación nacional sobre la revolución social provocaron gran descontento en las filas del P.P.S., descontento que llevó a la creación, en noviembre de 1906, del Partido Socialista Polaco, izquierdista. Este abogaba por una estrecha cooperación entre los movimientos revolucionarios polaco y ruso, y sostenía que la institución de una Asamblea constituyente en Varsovia daría satisfacción a las exigencias nacionales polacas. Sin embargo, incluso esta modesta proposición iba a ser obstáculo para los socialdemócratas de Rosa Luxemburg, absolutamente contrarios a toda idea de una separación nacional de Polonia.

El mismo Pilsudski se convenció de que sólo la guerra entre las potencias que se habían repartido Polonia podía cambiar la situación, pero vio que era preciso crear una fuerza militar capaz de desenvolverse con autonomía. Ya en junio de 1908 había formado la Liga de la Lucha Activa para organizar e instruir unidades de combatientes. Poco tiempo después pasó a Galizia (la Polonia austríaca), donde su actividad militar de la preguerra alcanzó un punto culminante en 1912 con la formación del Comité Provisional de Partidos Confederados Pro-Independencia, que unió, en apoyo de una fuerza militar independiente polaca, a casi todos los partidos de Galizia, excepto a los conservadores y a los nacionaldemócratas. Al tiempo de estallar la guerra, a pesar de las disputas de Pilsudski con el Comité, cerca de 7.0000 legionarios polacos empezaron a actuar.

Los nacionaldemócratas, dirigidos por Dmowski, se habían opuesto encarnizadamente a las tentativas de Pilsudski de iniciar una rebelión nacional en 1905. En las elecciones para la primera Duma (marzo y abril de 1906), los nacionaldemócratas ganaron todos los escaños en la Polonia rusa o «Reino del Congreso» (como se llamaba la parte de Polonia asignada a Rusia



**Pilsudski, al frente de la Legión Polaca, atraviesa la frontera entre la Polonia austríaca y la Polonia rusa (6 de agosto de 1914).**

por el Congreso de Viena). Pero aunque tuvieron cierto éxito en convencer a los rusos de que las aspiraciones polacas no eran hostiles a los intereses del Estado zarista, sus actividades tuvieron pocos resultados prácticos. Sin embargo, en 1914 se habían convertido en la fuerza política más poderosa tanto en el Reino del Congreso como en la Polonia prusiana. En Galizia tuvieron menos éxito, pues la actividad política de esta región estaba dominada en gran parte por los conservadores, que habían contribuido a la obtención de la autonomía para Galizia en los años sesenta, y cuyas máximas aspiraciones nacionales eran la incorporación del Reino del Congreso a Austria-Hungría.

Al estallar la guerra, Pilsudski intentó fomentar una insurrección nacional en la Polonia rusa. El 6 de agosto de 1914 cruzó con sus tropas la frontera ruso-austríaca, pero sus planes fracasaron completamente: los polacos del Reino del Congreso, en su mayoría favorables a los nacionaldemócratas e incluso al esfuerzo bélico de los rusos, acogieron esas tropas con una mezcla de hostilidad e indiferencia. Pilsudski se decidió entonces a cooperar con el Comité General Nacional, una organización rival constituida en Galizia por los conservadores filoaustríacos al principio de la guerra. Se afirmó aún más en su resolución cuando la victoriosa ofensiva de las potencias centrales, en el verano de 1915, obligó a los rusos a evacuar el Reino del Congreso. Cuando los alemanes establecieron un Estado satélite polaco, el 5 de noviembre de 1916, Pilsudski lo apoyó, y cuando en enero de 1917, se hubo formado un Consejo de Estado Provisional, reanudó su política de cooperación con los alemanes. Muy pronto se dio cuenta, sin embargo, de que los alemanes estaban sólo interesados por un gobierno títere, y se negó a prestar el juramento de fidelidad al Reich. En julio de 1917 fue detenido e internado en Magdeburgo durante todo el tiempo que continuara la guerra.

Sin embargo, aunque los nacionaldemócratas habían conseguido ser reconocidos en el extranjero como el grupo polaco dominante, en Polonia Pilsudski mantenía todo su prestigio. Después de su internamiento en Magdeburgo, regresó a su país en noviembre de 1918, tras el hundimiento de las potencias centrales, con la aureola de mártir y la fama de indómito combatiente por la independencia. Al disolverse la autoridad austríaca de ocupación en la parte sur del Reino del Congreso, el P.P.S., el Partido Socialista Polaco de Galizia y ciertos grupos radicales de campesinos habían instaurado un gobierno del pueblo en Lublin, dirigido por el veterano socialista galiziano Ignacy Daszynski, que trató de suplantar al todavía existente Consejo de Regencia establecido por los alemanes en Varsovia. Pero cuando Pilsudski regresó de Magdeburgo, el Consejo de Regencia, inesperadamente, le reconoció como su sucesor legal, y así gozó del apoyo de las fuerzas armadas que mantenían el poder del Gobierno de Lublin. Como resultado, Daszynski dimitió, aceptando la formación de un nuevo gobierno del pueblo controlado por Pilsudski.

Pilsudski decidió llegar a un acuerdo con los nacionaldemócratas. Aceptó la formación de un gobierno de compromiso presidido por Ignacy Paderewski y aceptó que la delegación del Comité Nacional Polaco, con algunas adiciones de pilsudskistas, representara a Polonia en Versalles.

**Antony Polonsky**

# La fatídica decisión

**Durante dos años y medio, el Káiser y su canciller Bethmann-Hollweg se opusieron a los generales y almirantes partidarios de la guerra submarina sin limitación alguna. Pero en Pless, en enero de 1917, cedieron ante los argumentos de Hindenburg y Ludendorff.**

**Bethmann-Hollweg, el canciller alemán que luchó en vano contra las exigencias del Alto Mando.** *Abajo:* **Caricatura alemana publicada como réplica al clamor levantado por el hundimiento de buques de pasajeros: un pasajero americano «ciego» viaja a bordo de un buque mercante «desarmado».**





El 9 de enero de 1917, en una conferencia celebrada en el cuartel general de Pless (Alta Silesia), el canciller alemán se declaró por fin favorable a la guerra submarina total: los barcos mercantes y de pasajeros, tanto enemigos como neutrales, serían torpedeados sin previo aviso.

Desde el comienzo de la guerra, las ambiciones de los almirantes alemanes se habían visto frustradas por la limitada efectividad de la flota, y Alemania tendía cada vez más a confiar en la lucha submarina contra los buques mercantes británicos. El objetivo era destruir la vida económica y las líneas de abastecimiento de Gran Bretaña para forzarla a pedir la paz. Pero esta nueva estrategia de la guerra naval no obedecía únicamente a la ambición de la Armada alemana de intervenir activamente en la lucha, sino que fue impuesta a los almirantes alemanes por una dura realidad: en pocos meses, Gran Bretaña se había asegurado el dominio absoluto de los mares del mundo, y estaba tratando de interrumpir los envíos por mar a Alemania mediante un bloqueo a distancia. Parecía indispensable no aceptar pasivamente ese éxito gigantesco de los ingleses sin intentar una adecuada réplica, y, durante los primeros meses del conflicto, los submarinos alemanes destruyeron varios buques de guerra ingleses, de gran tonelaje, mediante ataques submarinos con torpedos.

Estos brillantes éxitos habían hecho sobreestimar el arma submarina, que en realidad estaba aún poco desarrollada. El jefe del Estado Mayor naval, almirante Von Pohl, urgió que se realizara un bloqueo de las costas británicas a partir de los primeros días de noviembre de 1914. Poco después, el almirante Von Tirpitz, secretario de Estado de la Marina Imperial, en una entrevista con Karl von Wiegand (representante de la prensa norteamericana), dirigió la atención mundial hacia la posibilidad de que Alemania realizase el bloqueo de Gran Bretaña mediante submarinos. Entre los alemanes creció la impresión de que los submarinos eran un arma infalible.

La guerra submarina dirigida contra el tráfico comercial comenzó en febrero de 1915, y se mantuvo hasta enero de 1917. Durante este período, ante las enérgicas protestas de los diversos países neutrales (en especial, de los Estados Unidos), Alemania tuvo que justificar repetidamente sus nuevos métodos de combate. Precisamente a causa de esas quejas el Gobierno alemán se opuso —hasta el 9 de enero de 1917— al uso indiscriminado de los submarinos, si bien en sus debates internos seguía sosteniendo que su negativa no se debía a consideraciones de derecho internacional, sino solamente a razones militares y políticas. Cuando, en enero de 1917, se decidió finalmente la guerra submarina contra toda clase de naves, Bethmann-Hollweg declaró sin rodeos que nunca se había opuesto por principio, sino que siempre se había guiado según la situación general y teniendo en cuenta la disponibilidad de submarinos. En las diversas deliberaciones en torno al tema, el único que expresó escrúpulos humanitarios fue el káiser Guillermo II. Para él era «espantoso» pensar que pudieran perecer pasajeros inocentes.

Dado que el submarino era un arma nueva, en 1914 el derecho internacional no regulaba su uso contra buques mercantes. El Gobierno alemán debería haber tratado de conseguir un reconocimiento internacional de la nueva arma para toda guerra presente y futura. En cambio, admitió desde el principio la ilegalidad de la guerra submarina contra los mercantes y la consideró como una medida de represalia contra los métodos ilegales empleados por los británicos en el bloqueo comercial. Gran Bretaña, como Alemania, se vio forzada por el avance técnico de las armas a romper las reglas de la tradición internacional respecto a los bloqueos. Teniendo en cuenta el peligro a que estarían expuestas sus fuerzas navales, Gran Bretaña no podía ejercer un bloqueo de las costas alemanas a corta distancia —único método permitido hasta entonces— y por lo tanto tuvo que aplicar un bloqueo a larga distancia, que afectaba tanto a los puertos neutrales como a los alemanes. En consecuencia, los ingleses declararon zona de guerra todo el Mar del Norte y prescribieron, para la navegación neutral, rutas preestablecidas que serían controladas por buques británicos. Además, ampliaron

las normas que se referían al contrabando de guerra y a la confiscación de la carga transportada por barcos neutrales: no sólo quedaban sujetas a secuestro las mercancías útiles para los armamentos y suministros de las fuerzas enemigas, sino también todos los alimentos y materias primas destinados a las potencias centrales. No importaba si las cargas se llevaban directamente a los puertos enemigos, o si atravesaban previamente países neutrales.

Las nuevas normas británicas sobre el contrabando inauguraron un bloqueo económico y de subsistencias que afectaba a la población civil del enemigo. La represalia alemana, o sea la guerra submarina a la marina mercante, también iba dirigida contra la población civil, y, por tanto, podía ser considerada como una medida similar a la británica. Pero, en realidad, la diferencia era enorme. El bloqueo británico se limitaba a la confiscación de mercancías, mientras que los ataques de los submarinos alemanes ponían en peligro la vida de los tripulantes y pasajeros. Cuando, sin previo aviso, se lanzaba un torpedo era imposible tomar medidas para salvar la vida de los que se encontraban a bordo. Y si el barco era atacado desde la superficie, los tripulantes y pasajeros llevados a los botes salvavidas quedaban expuestos a los peligros del mar, dado que los submarinos no podían recogerlos y ponerlos a salvo.

Más difíciles de justificar eran las consecuencias de la guerra submarina para los países neutrales, ya que en este caso, naturalmente, no se podía hablar de represalia. En cambio, el Gobierno alemán solicitó que los neutrales se sometieran a este tipo de guerra tal como habían hecho ante el bloqueo británico del Mar del Norte. Pero la petición sólo en parte era justificable. En verdad, los buques neutrales seguían las rutas prescritas a través del Canal de la Mancha y se sometían a la revisión del cargamento en los puertos ingleses, pero, hasta 1916, habían logrado, pese al bloqueo, entregar a Alemania grandes cantidades de alimentos. Los alemanes no deseaban destruir los barcos neutrales con la guerra submarina, sino alejarlos de determinadas zonas marítimas. En la proclama del 4 de febrero de 1915, que inició la guerra submarina, fueron declaradas zonas de guerra las aguas de Gran Bretaña e Irlanda, incluido todo el Canal de la Mancha. Todo barco mercante enemigo que se hallara en estas zonas sería destruido. Se aconsejaba a los barcos neutrales evitar esta ruta, ya que, dadas las pocas seguridades de la guerra naval, podían sufrir ataques destinados a los enemigos. Los alemanes esperaban que esta advertencia atemorizaría a los neutrales y los disuadiría de tener relaciones comerciales con Gran Bretaña. El almirante Von Pohl quiso dar fuerza a este aviso ordenando hundir indiscriminadamente todos los buques encontrados en las zonas de guerra, lo que significó un paso más hacia la guerra submarina sin restricciones. En realidad, Von Pohl quería que, en el comienzo de las operaciones con submarinos, fuesen hundidos unos pocos barcos neutrales, con el propósito de crear una incertidumbre general y poner fin lo antes posible al comercio de los neutrales con Gran Bretaña.

A comienzos de 1915 esta intimidación parecía particularmente necesaria, ya que por entonces Alemania estaba lejos de poseer suficientes submarinos para llevar a cabo con éxito una guerra económica contra Gran Bretaña. En febrero de ese año los alemanes disponían sólo de veintiún submarinos para vigilar las rutas que conducían a las Islas Británicas. Como el viaje de ida y vuelta hasta la zona de guerra y la revisión de los submarinos exigían un tiempo considerable, no había nunca más de tres o cuatro unidades operando al mismo tiempo en aguas inglesas. Obviamente, no bastaban para infligir daños considerables al comercio de Gran Bretaña mediante una acción directa, y por ello era preciso mantener a los buques neutrales, y al mayor número posible de barcos enemigos, fuera de la zona de guerra. Pero los alemanes no tuvieron éxito. Ya antes de que comenzara, el 18 de febrero, la anunciada guerra submarina, llegaron a Berlín notas de protesta de las potencias marítimas neutrales afectadas. La más seria de todas fue la norteamericana: en ella el Gobierno de los EE. UU. hacía responsable al Gobierno alemán de todas las medidas que implicaran la destrucción de barcos mercantes estadounidenses o la muerte de súbditos de Norteamérica. La situación militar de las potencias centrales era, en aquel momento, demasiado comprometida para que se atrevieran a afrontar complicaciones con poderosos Estados neutrales. Por esa razón el canciller persuadió al Káiser y éste ordenó que los submarinos no atacasen los barcos neutrales, especialmente los norteamericanos o italianos. La guerra submarina empezó, con estas ligeras modificaciones, cuatro días después, el 22 de febrero de 1915. Durante el siguiente mes, de 5.000 buques que entraron y salieron de puertos británicos, sólo 21 fueron hundidos. Las flotas mercantes neutrales pronto reanudaron el comercio con Gran Bretaña.

**El incidente del «Lusitania»**

A pesar de las precauciones tomadas durante el período de la guerra submarina limitada, el 7 de mayo de 1915 se produjo un grave incidente: un submarino alemán torpedeó y hundió el transatlántico inglés *Lusitania*. Entre otros, perecieron ahogados 128 ciudadanos norteamericanos. El hundimiento del *Lusitania* levantó gran indignación en los Estados Unidos, y provocó un intercambio de duras notas entre los Gobiernos de Estados Unidos y Alemania. El presidente Wilson no quería precipitar un conflicto armado con Alemania, pero temía que la continuación de la guerra submarina no le dejara otra alternativa. Trató repetidamente de persuadir a los ingleses de que permitieran la exportación de alimentos hacia Alemania, a través de los países neutrales, y al mismo tiempo adoptó una actitud enérgica contra el menosprecio de los principios de humanidad demostrado por Alemania con la guerra submarina. La primera nota del Gobierno norteamericano (15 de mayo de 1915) negaba la legitimidad, según el derecho internacional, de cualquier forma de guerra submarina contra la marina mercante, por cuanto en ningún ataque —de superficie o submarino— podía garantizarse la seguridad de la tripulación y los pasajeros. En la tercera nota (23 de julio del mismo año), Wilson admitió que los submarinos constituían una novedad de la guerra naval, y que, por lo tanto, las normas internacionales no habían podido tomarlos en consideración. Al mismo tiempo reconocía que, en los últimos meses, las operaciones de los submarinos alemanes se habían realizado de acuerdo con los usos de la guerra, demostrando así la posibilidad de eliminar las causas principales de contravención del derecho internacional. Esta notable concesión por parte de los norteamericanos se debía a una novedad: desde mayo de 1915, los submarinos habían sido equipados con cañones en el puente y, puesto que los torpedos no siempre daban en el blanco, actuaban como naves corrientes, con arreglo a las normas establecidas para la captura de presas: salían a la superficie antes de atacar y hundir un barco, y permitían que las tripulaciones y pasajeros se embarcaran en los botes de salvamento. Los navíos enemigos eran hundidos todos sin excepción, pero los buques neutrales sólo si llevaban contrabando.

Aunque éste era el método de operaciones durante la crisis del *Lusitania*, las autoridades navales alemanas sostenían que estas normas exponían el submarino y su tripulación a intolerables peligros: por ejemplo, los buques mercantes podían tener cañones disimulados y los barcos británicos enarbolar banderas neutrales. La Marina alemana no informó a su Gobierno de que, en el período mayo-julio de 1915, el 86 % de los barcos mercantes hundidos lo fueron de acuerdo con las reglas de la guerra de superficie, y que, desde febrero hasta julio del mismo año, fueron examinados 250 buques mercantes neutrales y sólo en tres casos se descubrió una abusiva sustitución de bandera. Con su política de ocultamiento, la Armada quería evitar verse reducida permanentemente a la guerra de superficie y renunciar para siempre a la guerra submarina sin restricciones. El 6 de junio de 1915, el Káiser ordenó que respetaran todas las grandes naves de pasajeros, fueran enemigas o neutrales. No obstante, el 19 de agosto fue hundido sin previo aviso el transatlántico inglés *Arabic*, y dos ciudadanos norteamericanos perdieron la vida. Entonces el Káiser ordenó que no se hundiera ningún buque de línea sin aviso previo y sin dar una oportunidad de salvamento a los pasajeros y a la tripulación. En el verano de 1915, durante las controversias acerca de los métodos de la guerra submarina, a fin de presionar al Káiser, Tirpitz presentó dos veces su dimisión, que no fue aceptada. Sin embargo, Guillermo II sustituyó al jefe de Estado Mayor de la Marina a comienzos de septiembre. El vicealmirante Bachmann, partidario de Tirpitz, que ocupaba el cargo desde febrero de 1915, fue reemplazado por el almirante Von Holtzendorff, más dócil a los puntos de vista políticos del canciller. El 18 de septiembre de 1915, Holtzendorff ordenó que, en la costa occidental de Gran Bretaña y en el Canal de la Mancha, los submarinos siguieran, contra los barcos mercantes, las normas bélicas de superficie. Los jefes de la Marina no estaban preparados para esta medida y en consecuencia la actividad de los submarinos en aquella zona sufrió un estancamiento. Así terminó la primera fase de la guerra submarina. El caso *Arabic* fue liquidado el 6 de octubre, gracias a la condescendencia alemana: el Gobierno alemán no defendió la acción del comandante del submarino que había contravenido la orden del 6 de junio. El caso *Lusitania*, en cambio, si bien anterior al del *Arabic*, quedó pendiente. Los alemanes se negaron a admitir que el ataque fuera contrario al derecho internacional, ya que, de admitirlo, la guerra submarina sin restricciones hubiese sido imposible en el futuro.

En 1915, fueron enviados a la base naval austrohúngara de Pola y a Constantinopla varios submarinos que, limitándose a actuar según las reglas de la guerra de superficie, atacaron con gran éxito a los buques mercantes en el Mediterráneo y el mar Negro. Así redujeron el flujo de suministros a las fuerzas anglofrancesas destacadas en los Dardanelos y en Salónica. Pero a comienzos de 1916 la actividad de los submarinos se vio a su vez obstaculizada, dado que los buques mercantes enemigos fueron equipados con armamento. Por esta razón la flotilla submarina de Pola solicitó autorización al Estado Mayor naval para hundir sin previo aviso cualquier buque mercante armado. Holtzendorff accedió, pero con



**Un submarino alemán zarpa adornado con guirnaldas, homenaje de la confianza del pueblo alemán en su poder destructivo. Casi toda la prensa y la población, así como el Alto Mando, estaban convencidos de que la lucha submarina sin restricciones obligaría a Gran Bretaña a ponerse de rodillas.**

la salvedad de que siguieran respetando las naves de pasajeros. Al mismo tiempo, en aguas británicas se reanudó la guerra submarina siguiendo las mismas normas. El 29 de febrero de 1916 comenzó en este tipo de lucha una nueva fase que se denominó «guerra intensificada».

La alta oficialidad de la Armada alemana consideraba puramente transitorias las nuevas medidas. Desde el comienzo del año, las perspectivas para la guerra submarina sin restricciones habían mejorado considerablemente gracias a las exigencias del general Von Falkenhayn, jefe del Estado Mayor del Ejército. Desde el otoño de 1914, las tropas alemanas —en cooperación con las austrohúngaras, turcas y búlgaras— habían creado un sólido frente en territorio enemigo, haciendo retroceder a los rusos hacia el Este, mientras la ocupación de Servia había abierto el camino hacia Constantinopla. Falkenhayn se encontraba en la cumbre de sus éxitos militares. En febrero de 1916, intentó desencadenar una ofensiva en el frente occidental con todos los hombres y medios de que disponía, comenzando por un sostenido ataque a Verdún. En el verano y otoño del año anterior, se había opuesto firmemente al uso indiscriminado de los submarinos, convencido de que una ruptura con los Estados Unidos podía producir una reacción desfavorable de los países europeos neutrales y, en particular, comprometer la ayuda de Bulgaria en la campaña contra Servia. En 1916, una vez estabilizada la situación en los Balcanes, dichas consideraciones ya no eran válidas. Falkenhayn creía que la guerra submarina total contra Gran Bretaña sería una ayuda para la ofensiva alemana del frente occidental. Se fijó para mediados de marzo el comienzo de dicha acción y casi toda la prensa alemana apoyó el empleo a ultranza de los submarinos. La alianza de Falkenhayn y la Armada colocó en una posición muy difícil a Bethmann-Hollweg, quien temía que esa actividad bélica sin restricciones acabaría siendo «condenada por todo el mundo civilizado y levantaría una especie de cruzada contra Alemania».

**La conferencia de Charleville**

El 4 de marzo de 1916, durante la decisiva conferencia con el Káiser que tuvo lugar en el cuartel general central, Falkenhayn declaró que, en vista de que iba debilitándose la resistencia de los aliados de Alemania y de la propia población civil alemana, la guerra debería terminar antes de finalizar el año, y que el único modo de lograrlo era mediante la guerra submarina sin restricciones. En cambio, según Bethmann-Hollweg, Alemania podía soportar otra campaña de invierno; el canciller prefería una paz de compromiso a correr el riesgo de prolongar la guerra indefinidamente provocando a los Estados Unidos. En su opinión, el número de submarinos era todavía insuficiente (a mediados de 1916 había sólo 14 grandes submarinos capaces de continuar la guerra contra los mercantes en aguas británicas).

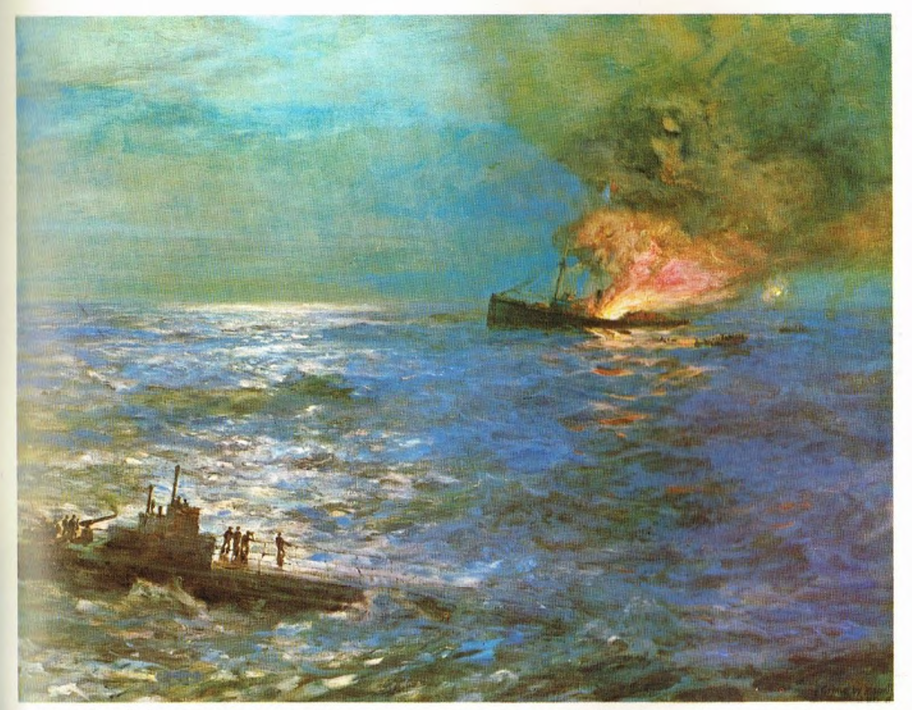
En aquella conferencia el Káiser, indeciso entre una y otra tesis, difirió la decisión hasta comienzos de abril, y luego indefinidamente. De todas maneras, con el asentimiento del canciller, el 13 de marzo de 1916 los submarinos recibieron órdenes de intensificar el bloqueo. En la zona de guerra todos los buques mercantes, armados o desarmados, serían hundidos sin previo aviso; fuera de las zonas de guerra, en cambio, seguirían en vigor las instrucciones anteriores. Tirpitz, que no había sido llamado a la conferencia de Charleville, en señal de protesta dijo al Káiser que estaba enfermo, y el 15 de marzo presentó su dimisión. Uno de los principales oponentes de Bethmann-Hollweg había dejado la escena.

Las instrucciones sobre el hundimiento de los barcos mercantes armados se habían hecho públicas, mientras que la nueva orden del 13 de marzo se mantuvo en secreto. Sus efectos, sin embargo, alarmaron a los neutrales. Washington sospechó que Alemania había comenzado ya la guerra submarina sin restricciones y un nuevo incidente vino a provocar otra crisis germano-americana. El 24 de marzo de 1916, dos ciudadanos norteamericanos resultaron heridos cuando el vapor de pasajeros *Sussex* fue torpedeado sin previo aviso mientras cruzaba el Canal de la Mancha. El 18 de abril, creyendo erróneamente que los dos ciudadanos norteamericanos habían perdido la vida en el hundimiento, el presidente Wilson envió una nota en la que amenazaba con romper las relaciones diplomáticas si Alemania no abandonaba sus métodos de lucha submarina. Bajo la presión de este ultimátum, y a instancias de Bethmann-Hollweg, el Káiser revocó las órdenes relativas a la intensificación de la guerra submarina en aguas británicas. Hasta nuevo aviso, había que observar las normas de la guerra de superficie. Los jefes navales interesados declararon que tal proceder era impracticable por el peligro que entrañaba para los submarinos: en aguas británicas la lucha fue interrumpida por completo, mientras que en el Mediterráneo continuó de acuerdo con las nuevas instrucciones.

A fines de abril de 1916, cuando se preparaba la respuesta a la nota norteamericana, Falkenhayn trató nuevamente de persuadir al Káiser para que aceptara la guerra submarina sin restricciones, declarando que en caso contrario se vería obligado a renunciar a la acción contra Verdún. Bethmann-Hollweg rechazó indignado esa alternativa, y una vez más logró convencer al Káiser. En una nota del 4 de mayo de 1916, el Gobierno alemán aceptó las demandas de Norteamérica y le informó que las fuerzas navales habían recibido la orden de respetar las reglas del derecho internacional respecto a la detención, registro y destrucción de los buques mercantes. Al mismo tiempo, expresó la esperanza de que los Estados Unidos indujeran al Gobierno británico a abandonar lo antes posible los métodos de guerra naval contrarios al derecho internacional. En caso contrario, el Gobierno alemán se reservaba completa libertad de modificar sus propias decisiones. Wilson protestó inmediatamente contra esta pretensión alemana que hacía depender los derechos de algunos ciudadanos norteamericanos del comportamiento del Gobierno británico. Así quedaron claramente delimitados los dos puntos de vista opuestos. Si Alemania volvía a intensificar la guerra submarina, era de esperar que los Estados Unidos entrarían inmediatamente en guerra.

**Un éxito peligroso**

Pocos meses después de la solución del caso *Sussex*, volvió a agudizarse el problema. Durante el verano de 1916, la situación de la guerra había cambiado totalmente. Los Imperios centrales, que habían conservado la iniciativa durante todo un año, ahora se veían forzados a sostener batallas defensivas que duraban meses —ante los persistentes ataques de los rusos en Volinia y Galizia oriental, y de las tropas francobritánicas en el Somme—, y al precio de esfuerzos y pérdidas enormes. Falkenhayn tuvo que desistir de la batalla por Verdún, que no sólo estaba desangrando mortalmente a Francia, sino también a Alemania. Su prestigio se tambaleó, y el 27 de agosto de 1916, cuando Rumania entró en guerra contra los Imperios centrales, fue reemplazado por Hindenburg y Ludendorff. Hindenburg, el más popular de los generales alemanes, pasó a ser jefe del Estado Mayor central. Bethmann-Hollweg había trabajado por su nombramiento durante los críticos me-

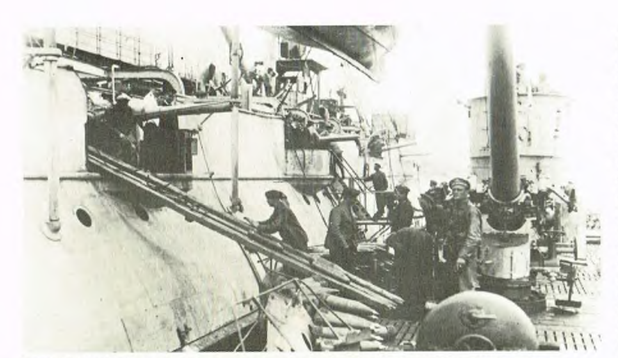


**Pintura de H. R. Butler que representa el hundimiento de un buque mercante por un submarino. En este caso, el ataque se ha realizado luego de haber sido advertida a tiempo la tripulación, que se aleja del buque en botes salvavidas.**

ses del verano de 1916, convencido de que solamente con la garantía de aquel nombre el pueblo alemán aceptaría una paz moderada. En otras palabras, Bethmann-Hollweg esperaba llegar a una paz negociada valiéndose de la gran autoridad del mariscal de campo. Pero, por el contrario, esa autoridad fue fatal para la política del canciller. Tanto Hindenburg como Ludendorff eran partidarios de la guerra submarina sin restricciones. Cuando fueron requeridos para ocupar los más altos cargos del Ejército, pidieron que esta medida fuese aplazada, pero sólo temporalmente y en consideración al difícil momento militar. La intervención rumana, en efecto, presagiaba grandes peligros: era preciso disponer de suficièntes tropas como medida de seguridad contra los neutrales, quienes podían considerar la guerra submarina sin restricciones como un desafío. A fines de diciembre de 1916, el Ejército rumano fue derrotado, y así Alemania pudo, en los meses siguientes, iniciar despliegues de fuerzas contra los países europeos neutrales.

Hasta entonces Bethmann-Hollweg había podido refutar los argumentos que Falkenhayn y los jefes navales aducían en favor de la guerra submarina sin restricciones, porque hasta la primavera de 1916 la situación bélica no hacía indispensable una medida tan arriesgada. Pero, al llegar el verano, el conflicto amenazaba convertirse en una guerra de desgaste de hombres y material. Los submarinos podían ser el arma capaz de ganar la guerra.

Dadas estas circunstancias, en los últimos meses de 1916 Bethmann-Hollweg trató aún de evitar la guerra submarina sin restricciones, aviniéndose a negociar cuanto antes una paz de compromiso. El presidente Wilson estaba trabajando por el mismo objetivo, dado que deseaba mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra. El 12 de diciembre de 1916 los Imperios centrales hicieron una oferta de paz a los aliados. El 21, el presidente Wilson invitó a los beligerantes a exponer sus exigencias mínimas para llegar a la paz, y se ofreció a tomar parte en las discu-



**Aprovisionamiento en el mar: un submarino se abastece de municiones. Desde mayo de 1915, el armamento de los submarinos comprendió, además de torpedos, cañones montados en la cubierta**

siones. Hindenburg y Ludendorff se mostraron de acuerdo con la oferta de paz, pero apenas tuvieron noticia de las reacciones negativas de los aliados, pidieron una rápida y enérgica acción en el mar.

A comienzos de 1917 las perspectivas para una guerra submarina total eran mucho mejores de lo que habían sido un año antes. Alemania tenía ahora 105 submarinos, de los cuales 46 grandes y 23 pequeños estaban disponibles para combatir en aguas británicas.

En vista de las malas cosechas que había habido en todo el mundo en 1916, si la guerra submarina se desencadenaba antes de que empezara la temporada más intensa del transporte ultramarino (a comienzos de febrero), era previsible que tuviera graves repercusiones sobre el abastecimiento de trigo a Gran Bretaña. Desde el 6 de octubre de 1916 los submarinos se atenían, en aguas británicas, a las normas de la guerra de superficie. Los hundimientos, según los cálculos alemanes, alcanzaron una media de 400.000 toneladas mensuales (la cifra real era, aproximadamente, de 325.000). Eliminando las restricciones, los alemanes confiaban en llegar a 600.000 toneladas, con lo cual esperaban —contando además con que el miedo alejaría a los buques neutrales— que en los próximos cinco meses el comercio con Gran Bretaña se reduciría en un 39 por ciento, y ésta se vería forzada a pedir la paz. En cuanto a las consecuencias de una intervención norteamericana en la guerra, las opiniones eran muy dispares. Los militares consideraban imposible un notable incremento en el suministro de material bélico norteamericano a los aliados, así como el envío a Europa de un gran contingente de tropas. Los políticos, sin embargo, creían que la entrada de los Estados Unidos reforzaría la resistencia de los aliados, pondría grandes recursos financieros a su disposición y llevaría hacia Europa a numerosos voluntarios norteamericanos.

Con respecto a la guerra submarina, la gran mayoría del pueblo alemán pensaba como Hindenburg y Ludendorff. El Partido del Centro, el más numeroso del Reichstag, el 7 de octubre de 1916 aprobó una resolución en la que se decía que la decisión del canciller a propósito de la lucha submarina debía basarse en la opinión del mando supremo del Ejército. Y como los conservadores y los nacional-liberales eran partidarios acérrimos de la lucha submarina sin restricciones, Bethmann-Hollweg sabía que, si se oponía al uso de aquella arma contra el parecer de Hindenburg y Ludendorff, no podría volver a contar con una mayoría en el Reichstag. Así resumió en sus memorias los sentimientos del pueblo: «Ninguna nación renunciaría a ganar una guerra, cuando está convencida de que puede ganarla.»

Por el momento, Bethmann-Hollweg dejó el problema sin resolver, y cuando el 9 de enero de 1917 fue a Pless para discutirlo, encontró unidos contra él al Estado Mayor naval y al mando supremo del Ejército, que ya se habían ganado el apoyo del Káiser. Hindenburg y Ludendorff no veían ninguna posibilidad de ganar la guerra si no se usaban los submarinos sin limitaciones, y se declararon dispuestos a asumir toda la responsabilidad, cualesquiera que fueran las consecuencias. El jefe del Estado Mayor naval garantizó que podía forzar a Gran Bretaña a ponerse de rodillas antes de la próxima cosecha. Bethmann-Hollweg no pudo mantener por más tiempo su posición ni recomendar al Káiser que desoyera a sus consejeros militares. Tampoco podía dimitir, para no revelar ante el mundo las disensiones internas del Alto Mando alemán. Hasta el último momento, sin embargo, continuó dudando de la oportunidad de la decisión tomada el 9 de enero de 1917. Hacia fines de este mes, cuando los esfuerzos que hacía Wilson para llegar a una paz parecían cercanos al éxito, trató de aplazar la ofensiva submarina sin restricciones, pero el Estado Mayor le comunicó que la mayoría de los submarinos ya habían zarpado.

El 1.º de febrero de 1917, Wilson replicó a los primeros ataques submarinos con la ruptura de relaciones diplomáticas. La tensión política entre los dos países se acentuó a comienzos de marzo, cuando se publicó una propuesta de alianza (interceptada por el servicio de inteligencia británico) hecha por Alemania a México en caso de que los Estados Unidos entraran en guerra. El hundimiento de siete barcos mercantes norteamericanos, ocurrido el 21 de marzo, obligó finalmente a Wilson a convocar el Congreso, que entre el 4 y el 6 de abril aprobó la declaración de guerra.

Al principio, los hundimientos provocados por los submarinos habían superado las previsiones de las autoridades navales alemanas, alcanzando su punto más elevado en abril de 1917. Pero cuando, en el transcurso del verano, los barcos mercantes que navegaban hacia Gran Bretaña fueron reunidos en convoyes protegidos por destructores, el número de éxitos menguó. De todas maneras, la ofensiva submarina creó a los ingleses tales dificultades que indujo al Gobierno británico a tomar en consideración la posibilidad de resolver políticamente el conflicto. Pero, en resumidas cuentas, las esperanzas alemanas de conseguir una rápida paz con la amenaza de los submarinos no se materializaron. Hoy, en un examen retrospectivo, se ve claramente que los políticos y militares alemanes acabaron por considerar como un fracaso la guerra submarina sin restricciones.

**Wolfgang Steglich**

# Los Estados Unidos ante el conflicto

**El jefe de la policía de Cleveland contestaba a los que temían un choque entre germanófilos y anglófilos: «La mayor parte de esta gente dejó Europa para escapar de las cosas que allí están sucediendo...» No obstante, por una curiosa paradoja histórica, el aislacionismo se convirtió en espíritu de cruzada y los Estados Unidos se decidieron a intervenir en la guerra.**

Pocos momentos de la historia contemporánea ofrecen el dramatismo del día en que el presidente Woodrow Wilson se personó en el Congreso de los Estados Unidos, ante las dos Cámaras allí reunidas, para recomendar la declaración de guerra a Alemania. Fue el 2 de abril de 1917: el escenario del acontecimiento, la Cámara de Representantes, rebosaba de público. Frente a la tribuna se sentaban los miembros del Gobierno, los jueces del Tribunal Supremo, los senadores y los diputados. En la galería pública se apretujaban huéspedes ilustres, diplomáticos y periodistas. Todos sabían lo que iba a ocurrir; sabían que aquél sería el acontecimiento más importante desde que Wilson reanudó la práctica de George Washington de presentar personalmente al Congreso los mensajes más importantes. «Mientras el Presidente hablaba —escribía un testigo presencial—, entre el público la emoción crecía hasta límites incontenibles... En cuanto recomendó la declaración de guerra, una ovación, que parecía general, atronó la sala, desde el hemiciclo a la galería.» El protagonista de la escena era el único que parecía ajeno a ella. Más tarde, profundamente angustiado, le comentó a su secretario: «Mi mensaje de hoy era un mensaje de muerte para nuestros jóvenes. ¡Qué extraños son estos aplausos!»

Cierto es que el resto del país no reac-




**Delegación norteamericana en viaje a la Conferencia Femenina Internacional de la Paz, celebrada en La Haya en 1915. Las damas que la integraban partieron acompañadas de los buenos deseos y augurios de sus compatriotas pacifistas; el alcalde de Nueva York les entregó, en tal ocasión, esta pancarta con la inscripción «Paz».**

cionó con el fervor de la capital: las adhesiones a la decisión del Congreso fueron numerosísimas, pero no faltaron las voces disonantes; por otra parte, el reclutamiento progresaba con mucha lentitud. El tan difundido pacifismo, que hasta el último momento jugó su papel, había sido derrotado como fuerza política, pero como sentimiento seguía siendo muy fuerte. De todos modos, la opinión pública estaba de acuerdo en que los Estados Unidos, ante las intrigas y los ataques de los submarinos alemanes, no tenían más recurso que batirse y acogió bien la declaración presidencial de que aquella guerra se haría «para asegurar el triunfo de la democracia en el mundo». Comentando el mensaje, el senador Henry Cabot Lodge, *senior*, declaró: «Queremos sobre todo que esta victoria, a cuya consecución vamos a colaborar, asegure la paz mundial fundada sobre la libertad y la democracia.»

**¡Sólo en América reina la paz!**

Tres años antes, cuando la noticia de que Europa estaba en guerra cruzó el Atlántico, la opinión norteamericana era muy otra. Un pueblo amante de la paz, optimista, apasionadamente democrático y no muy bien informado, se horrorizó al saber lo que ocurría en Europa. Las páginas de los periódicos se llenaron de noticias de una guerra definida por el *New York Times* como la más cruenta de todas y «la menos justificada desde que el hombre salió de la barbarie». El *Chicago Herald*, por su parte, utilizaba un registro netamente norteamericano: «Los ciudadanos de este país, amantes de la paz, darán las gracias desde el fondo de su corazón a Colón por haber descubierto América.» El *Wabash Plain Dealer* confesaba que «nunca había apreciado tan hondamente la previsión de los antepasados que habían emigrado de Europa». Pero el portavoz más elocuente fue el propio Wilson, en 1914 como en 1917: «Miremos más allá de nuestras fronteras. ¡Sólo en Estados Unidos reina la paz! De todas las grandes potencias mundiales, sólo Estados Unidos ahorra energías en beneficio de su pueblo... ¿No os parece probable que un día el mundo se dirija a Estados Unidos y le diga "Tú tenías razón; nosotros estábamos equivocados"?»

La neutralidad se convirtió inmediatamente, como aspiración y como política, en el objetivo principal del Gobierno y del pueblo. Wilson —al menos, así lo dijo— consideraba la guerra como «un acontecimiento lejano, terrible y trágico, pero que, en el aspecto político, no nos concierne». Ningún estadista europeo podía hablar así. Norteamérica tenía razones para estar satisfecha de sí misma.

Aumentó el horror, y aumentó la satisfacción norteamericana por hallarse al margen del horror. A decir verdad, muy pronto se advirtió lo difícil que iba a ser mantenerse neutral en la lucha por el dominio del Atlántico. Pero las elecciones de 1916, que dieron la victoria a Wilson y a los demócratas, cuyo eslogan en la campaña electoral fue «Él —Wilson— nos ha mantenido fuera de la guerra», constituyeron una demostración evidente de los sentimientos de la nación. Casi hasta el último momento, los norteamericanos confiaron en poder mantenerse neutrales.

Todo esto resulta tan palmario, y tan firmes eran las razones para seguir fieles a la neutralidad, tan poderosos los obstáculos que separaban a los Estados Unidos de la beligerancia, que incluso hoy se nos hace difícil comprender por qué Norteamérica embistió como un toro el rojo capote de la guerra. La participación norteamericana en la lucha pudo ser acertada o errónea, pero no era en modo alguno inevitable. Y, por supuesto, tuvo una importancia inmensa. No sólo decidió la Primera Guerra Mundial, sino que anunció claramente, por vez primera, la ascensión de los Estados Unidos al puesto de primera potencia.

Si lo consideramos detenidamente, este hecho resulta desconcertante. Los norteamericanos de 1914 eran aislacionistas e ingenuos; no querían ser una potencia mundial. El contraste con 1917 es tan absoluto, tan profundo, que cualquier explicación parece inadecuada. Pero probablemente la verdad sea ésta: el cambio fue más aparente que real. Los norteamericanos, tal como demostraron más tarde al rechazar la participación en la Sociedad de las Naciones, tras la guerra seguían siendo aislacionistas de corazón. Sólo que en 1917 no se dieron clara cuenta de lo que estaban haciendo; si hubieran comprendido el alcance real de aquella intervención, no hubieran intervenido. Si alguien les hubiera dicho que la participación de Norteamérica en la Primera Guerra Mundial no era inevitable, pero que, en cambio, sí lo era una estrecha y permanente participación en los problemas internacionales, se hubieran asustado, porque querían creer exactamente lo contrario. El país había vivido durante un siglo al margen de los conflictos europeos, y deseaba continuar en la misma línea de conducta. Incluso los que aplaudían la elocuencia wilsoniana cuando el Presidente hablaba de combatir «por un imperio universal del derecho, gracias a un acuerdo entre pueblos libres, que dé paz y seguridad a todas las naciones y, por fin, logre un mundo libre», se hubieran negado a admitir que tal actitud suponía inmiscuirse por un tiempo indefinido en los problemas del Viejo Mundo. Para los norteamericanos, un mundo democrático era un mundo en el que ellos pudieran continuar tranquilamente instalados en su aislacionismo, sin alianzas ni guerras, ni amenazas de guerra, ni intrusiones enojosas de desheredados en los pacíficos quehaceres de la Tierra de la Libertad. Esta lucha había de estar encaminada a salvaguardar los intereses norteamericanos y a vengar el honor norteamericano. Y, sobre todo, tenía que ser la que pusiera fin a todas las guerras.

En los últimos años de su vida, Woodrow Wilson creyó que los recursos y las virtudes de Norteamérica podían aplicarse a este propósito, pero sus connacionales pronto abandonaron tal idea y volvieron a caer en la convicción de que los principios tradicionales eran justos y que los Estados Unidos podían y debían eludir cualquier aventura en ultramar. La gran cruzada había sido un fracaso. Los norteamericanos recordaron entonces la solemne advertencia de George Washington: «Europa tiene una serie de intereses fundamentales que no nos incumben, o que nos incumben de manera muy remota... No es prudente, por nuestra parte, ligarnos con vínculos artificiales a las exigencias de su política, o a las inevitables combinaciones y colisiones de sus amistades y sus rivalidades...» Meditaron la experiencia de su segundo presidente, John Adams, al cual —cuando era embajador en París— le confió un diplomático sueco: «No dudo de que tendrán ustedes el suficiente buen sentido como para ver que aquí, en Europa, nos degollamos unos a otros con filosófica serenidad.» Decidieron seguir el consejo de su tercer presidente, Thomas Jefferson, el cual recomendó «paz, comercio y leal amistad con todas las naciones, pero sin aliarse con ninguna».

La pompa de jabón de este sueño estalló no mucho después del período que ahora nos ocupa; pero, aunque parezca sorprendente, se mantuvo, con toda su ingenua iridiscencia, mientras duró la guerra.

Y así, en resumen, la guerra no acreditó a los norteamericanos como unos ases de la *Realpolitik*, pero los condujo a una empresa que figura entre las más nobles de su historia.

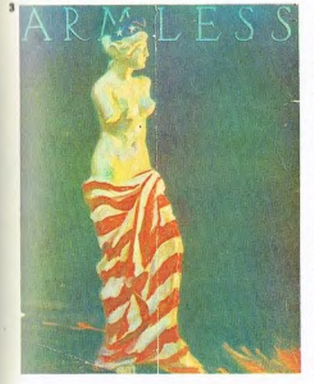
1



2



*1* Cara y cruz: «PAZ en la tierra, buena voluntad hacia los hombres — GUERRA, venta de municiones, pedidos rápidamente cumplimentados.» *2* **1917 promete raudales de oro aliado para EE.UU.** *3* **Norteamérica «inerme»; ilustración intervencionista.**

3



### «Todos han sembrado espadas y cañones»

En 1914, tras las primeras semanas de guerra, se produjo en los Estados Unidos una oleada de indignación moral que obnubiló la capacidad de reflexión. Sin embargo, esta oleada no fue unánime en todo el país. La mayoría, de lengua inglesa, sentimentalmente vinculada a Francia por la ayuda que este país prestó a las colonias en su lucha por la independencia, no vaciló en cargar toda la culpa a los alemanes. La violación de la neutralidad belga era el motivo principal de esta actitud. Incluso hoy, cuando ya podemos enjuiciar de modo razonable acciones como el bombardeo de Amberes, que motivaron entonces airadas protestas y que son lamentables consecuencias de la guerra, hay que convenir que el comportamiento de los alemanes incluía una dosis de cinismo condenable. Y de hecho, fueron condenados. Por otra parte, la historia de los niños belgas mutilados por los alemanes era un infundio. Y fue rechazado con indignación por seis millones y medio de norteamericanos de origen alemán... pero sin demasiado éxito. La agresión alemana contra Bélgica fue, durante toda la guerra, uno de los motores más poderosos de la germanofobia.

Por su parte, esos norteamericanos de origen germano, enérgicamente apoyados por la embajada alemana, desencadenaron una campaña en el mismo plano moral, pero de signo contrario. La guerra fue juzgada, pues, principalmente en su aspecto moral.

Pronto la reflexión mitigó la repugnancia inicial. En las altas esferas, por ejemplo, hubo preocupación por las consecuencias que sobre la paz interior del país podían tener los sentimientos filo o antigermanos. El Presidente exhortó a la neutralidad «en el pensamiento y en la acción». El alcalde de Cleveland (Ohio), futuro secretario de la Guerra, llegó a temer un abierto enfrentamiento de las facciones opuestas. Y, más tarde, contó lo ocurrido: «El jefe de la policía se sonrió de mi ingenuidad y me dijo: "Señor alcalde, tomaré, por supuesto, las medidas que usted me propone, pero aquí no habrá desórdenes. La mayor parte de esta gente dejó Europa para escapar de las cosas que allí están sucediendo ahora, y da gracias al cielo por encontrarse aquí".» El jefe de la policía de Cleveland tenía razón.

Respecto de las potencias europeas, los ciudadanos estadounidenses llegaron a una conclusión análoga a la que exponía el *Philadelphia Public Ledger* en septiembre de 1914: «Todos, en una loca carrera de armamentos, del tráfico y de la expansión territorial, han sembrado espadas y cañones, y ahora recogen la cosecha.» Cundió también el escepticismo acerca de la absoluta justicia de la causa de la Entente, sobre todo por lo que se refiere a la Rusia zarista —de la que habían huido muchos norteamericanos de origen polaco, ucraniano o hebreo—, si bien este escepticismo no se tradujo en simpatía por la causa de los Imperios centrales. Y, de hecho, éste fue uno de los argumentos en que se apoyó Wilson para mantener la neutralidad y tratar de alcanzar una paz negociada.

### El camino más cómodo

Pero el juego de los sentimientos no resolvía los problemas. El bloqueo británico puso en grave riesgo el comercio norteamericano y ocasionó la caída de los precios del algodón. Muy pronto los submarinos alemanes amenazaron el tráfico con la Gran Bretaña y la vida de los súbditos neutrales que se embarcaban en naves británicas. Y, hecho el más insidioso de todos, las potencias aliadas empezaron a comprar armas y municiones a Norteamérica. Estimulados por esta demanda, los negocios norteamericanos se recuperaron, y muy pronto se produjo un *boom* económico. Poco tiempo después, Gran Bretaña y Francia, agotadas sus reservas financieras, empezaron a pedir préstamos a Nueva York para pagar a sus proveedores norteamericanos.

Al principio no tuvieron éxito: el Gobierno federal no veía con buenos ojos este tipo de préstamos; para William Jennings Bryan, secretario de Estado, eran contrarios a la neutralidad. «El dinero —dijo— es el peor de los contrabandos, porque sirve para procurarse cualesquiera otras mercancías.» Sin embargo, si era contrario a la neutralidad abastecer a los enemigos de Alemania, también lo era no abastecerlos. Gran Bretaña y Francia tenían derecho a protestar. Además, las ganancias eran tentadoras. Y Norteamérica escogió el camino más cómodo: la prohibición fue revocada, se negociaron los préstamos, y el comercio con los países de la Entente saltó de 824 millones de dólares en 1914 a 3.214 millones en 1916. Al mismo tiempo, y a consecuencia del bloqueo, el volumen del comercio con los Imperios centrales descendió de 169 millones en 1914 a poco más de un millón en 1916. En una Europa que necesitaba dinero y materias primas de forma angustiosa,

estas cifras significaban la adhesión de Estados Unidos a la causa de las potencias occidentales. No es de extrañar que los alemanes mostraran una creciente indiferencia hacia los sentimientos norteamericanos.

Y, sin embargo, estos sentimientos hubieran favorecido, en última instancia, los intereses alemanes. Cualquier paz firmada con anterioridad a abril de 1917 hubiera sido ventajosa para los Imperios centrales, puesto que la Entente se había mostrado incapaz de desalojar a los alemanes del territorio que éstos habían conquistado. Y los norteamericanos eran, en su inmensa mayoría, partidarios de una rápida conclusión de la guerra por el camino de la negociación, sobre todo porque el precio lo hubieran pagado otros. La paz fue su causa predilecta. Un industrial y filántropo, Andrew Carnegie, destinó diez millones de dólares para una fundación que trabajara en favor de la paz internacional. Henry Ford mandó a Europa, en 1915, una «nave de la paz» cargada de pacifistas, cuya misión era «sacar de las trincheras a los muchachos antes de las Navidades». El embajador alemán en Washington, Bernstorff, se dio cuenta de las ventajas que tenía para Alemania una relación amistosa con Estados Unidos y un apoyo a las tentativas de Wilson de alcanzar una paz negociada; pero sus superiores no eran tan hábiles o tan prudentes como él.

El 7 de mayo de 1915 un submarino alemán hundió el transatlántico inglés *Lusitania;* entre las víctimas se contaban 128 norteamericanos. Las enérgicas protestas por éste y otros hundimientos lograron que los alemanes desistieran de sus ataques durante un tiempo. Pero el 9 de enero de 1917 Alemania decidió recurrir a la guerra submarina sin restricciones. Y Wilson rompió las relaciones diplomáticas. Poco después, en el mes de marzo, se produjo el incidente del «telegrama Zimmermann»: un despacho alemán interceptado demostró que los alemanes instigaban a México a atacar a los Estados Unidos para recobrar los territorios perdidos en el siglo XIX. Los norteamericanos se enfurecieron y el siguiente mes ya habían entrado en la guerra.

No hay nada de particular en esta lista de provocaciones y reacciones. Pero conviene subrayar que las reacciones del pueblo norteamericano fueron siempre más violentas que las del Gobierno y que, en realidad, las determinaron. Donde el Gobierno veía un problema jurídico, la opinión pública apreciaba el aspecto humano y se mostraba, en ocasiones, extremista.

**Gobierno y opinión pública**

Puede decirse que Wilson se mantuvo siempre un paso atrás respecto de la opinión pública, sin tomar nunca decisiones irreversibles. Nunca hasta que Norteamérica entró en la guerra, claro está. Sólo entonces predominaron en él los instintos mesiánicos sobre el raciocinio.

Hoy es evidente que la guerra no podía excluir a los Estados Unidos y que éstos, incluso sin querer, se alinearon desde el primer momento en el bando aliado. En consecuencia, Wilson perdió muy pronto su libertad más preciada: la de mantenerse al margen del conflicto. En el invierno de 1916-1917, le cupo a Berlín la decisión de si Norteamérica tenía o no que entrar en la guerra. Y Alemania optó por la guerra submarina sin restricciones y, en consecuencia, por la guerra contra los Estados Unidos (en la era prenuclear una gran potencia no podía admitir ciertas imposiciones de otra). Alemania calculó que derrotaría a los aliados antes de que el poderío norteamericano pesara de un modo efectivo. Y se equivocó. Todo esto, hoy, parece casi inevitable.

Pero, sin embargo, quizás en 1916 haya habido otras alternativas. Aunque en 1915 los alemanes se habían ganado una merecida e irremediable impopularidad, posteriormente habían tratado de recuperar el terreno perdido. Por otra parte, los británicos habían transgredido los derechos de propiedad, que son apenas un poco menos sagrados que el derecho a la vida. La confiscación de naves y cargamentos no causaba en la opinión pública el impacto de una pérdida de vidas humanas, pero daba motivo para sospechar que la Entente saboteaba las tentativas de mediación de Estados Unidos. Por añadidura, de golpe Gran Bretaña se hizo odiosa a los 3.400.000 irlandeses que vivían en los Estados Unidos, por la sangrienta represión del alzamiento nacionalista de Pascua en Dublín. Si se piensa en la larga serie de errores cometidos por los alemanes, es inimaginable que Norteamérica combatiera a su lado; pero muy bien podía no haber abrazado la causa de la Entente. En noviembre de 1916, «las relaciones entre Estados Unidos y Gran Bretaña eran más tensas que entre Estados Unidos y Alemania», según declaró el Presidente. El escepticismo por la justicia de la causa aliada había aumentado hasta tal punto que, cuando los Estados Unidos entraron en la guerra, el director de un periódico pudo decir que luchaban una partida de ladrones contra una partida de asesinos. «Pensándolo bien, preferimos los ladrones; pero sólo como mal menor.» Los norteamericanos entraron en la guerra convencidos de ser los únicos depositarios de propósitos nobles e idealistas.

De hecho, lo que resulta sorprendente es la identidad de puntos de vista entre aquel presidente moralizador y su pueblo. Un historiador puede pensar que los Estados Unidos entraron en guerra sencillamente porque había una guerra. Las leyes geográficas resultaron más fuertes que la voluntad humana, y Norteamérica fue arrastrada a la Primera Guerra Mundial como fue arrastrada a las guerras napoleónicas: contra su voluntad, pero inevitablemente (y hay que tener en cuenta que ser arrastrado a una guerra no significa siempre participar en ella con las armas).

En cualquier caso, la aparición de los Estados Unidos en la palestra no podía menos que modificar el carácter de la lucha. No sólo era un país pletórico de energías, fuerte y rico, sino que era —o se consideraba— una sociedad políticamente más evolucionada. Su empeño democrático tenía un siglo tras de sí y aún era fértil. Tal empeño halló en Wilson un intérprete perfecto por la sencilla razón de que lo compartía plenamente, y fue un acto de fe elemental que le permitió (y psicológicamente le exigió) proponer, con toda lealtad, una cruzada.

El pueblo norteamericano respondió en forma positiva a esta petición. Cierto es que no todos demostraron el mismo fervor y que la temperatura se enfrió sensiblemente cuando se supo que iba a ser enviado al otro lado del Atlántico un ejército de reclutas. Pero prevaleció la opinión de que una guerra norteamericana *debía* tener propósitos más elevados que una mera defensa del territorio y del honor nacional. El entusiasmo bastaba para hinchar las velas del idealismo wilsoniano, con resultados incalculables, no sólo para la marcha de la guerra y la naturaleza de la paz, sino también para el futuro del mundo. En abril de 1917, los norteamericanos aportaron con decisión riquezas, poder militar y energías para un ordenamiento pacífico, libre y democrático del mundo. Es una aspiración que hoy se nos antoja apenas más próxima a la meta que hace cincuenta años. Pero su incontestable popularidad nos autoriza a esperar que un día será realizada. Y desvanece cualquier reparo respecto de aquella decisión que indujo al pueblo norteamericano a intervenir en la Gran Guerra.

**Hugh Brogan**

# La intervención norteamericana

**La decisión alemana de proseguir la lucha submarina sin restricciones dio pie a la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Pero el «escándalo de la bella bañista» y un extraño telegrama enviado al Gobierno de México también jugaron su parte...**

Lloyd George dijo una vez que Europa, en 1914, se deslizó poco a poco hacia la guerra. Esta expresión, gráficamente exacta, se aplica también a la entrada de los Estados Unidos en el conflicto. Antes de estos distantes aunque parecidos desenlaces, ni los europeos ni los norteamericanos sabían demasiado bien hacia dónde se dirigían. A fines de enero de 1917, pocas semanas antes del 6 de abril (fecha de la declaración de la guerra), el presidente Woodrow Wilson pedía a los beligerantes una paz sin victoria y esperaba alcanzarla con su mediación, mientras los Estados Unidos se mantenían al margen de la guerra como una potencia neutral. Pero después ocurrieron inesperados cambios militares, diplomáticos y políticos, ninguno de ellos originado en Estados Unidos. Antes, durante largo tiempo, Wilson, para usar la expresión del senador Henry Cabot Lodge, «tenía los acontecimientos en el puño». El 6 de abril de 1917 seguían colgados algunos de los carteles de las elecciones de noviembre del año anterior y los norteamericanos podían meditar sobre los eslóganes del Partido Demócrata que habían contribuido a la reelección del Presidente: «Nos mantiene fuera de la guerra», y «Guerra en el Este, paz en el Oeste: gracias a Dios por Wilson». Sin embargo, el hombre corriente no censuraba la decisión de Wilson, ya que él también había reaccionado ante los acontecimientos imprevistos.

¿Cuáles eran estos sucesos que a comienzos de 1917 afectaban al pueblo y al Presidente? Ahora es fácil ver que, después de lo ocurrido hasta entonces, la menor provocación bastaba para que los Estados Unidos abandonaran su neutralidad. Ante la falta de consideración que demostraba el Gobierno alemán por la sensibilidad del pueblo y del Gobierno norteamericanos, lo extraño es que la neutralidad durara tanto como duró. Es también curioso que Wilson y el pueblo norteamericano, en enero de 1917, creyeran tener todavía libertad de maniobra. A comienzos de ese mes el Presidente le dijo a uno de sus colaboradores, el coronel House: «No habrá guerra.»

**Frenético entusiasmo y flamear de banderas en la avenida Broadway: los EE.UU. acaban de entrar en la guerra.**






# I WANT YOU FOR U.S. ARMY

**NEAREST RECRUITING STATION**



*Página anterior. Izquierda:* **cartel de reclutamiento. El texto reza: «Te necesito para el Ejército de los Estados Unidos.» Al pie, la indicación del centro de reclutamiento más próximo.** *Derecha:* **«Dispuesto para la batalla»; así vio Harvey Dunn al soldado norteamericano de 1917-1918.**

1



2



or [illegible] or such other officer as the Presi- de[illegible] designate, and to confinement in such pe[illegible] prison, jail, military camp, or ot[illegible] detention as may be directed by t[illegible]

This p[illegible] and the regulations herein contained shall exten[illegible] to all land and water, continental or insular, in [illegible] the jurisdiction of the United States.

IN WI[illegible], I have hereunto set my hand and caused the [illegible] United States to be affixed.

Done at the City of Washington, this [illegible] day of April, in the year of our Lord one thousand nine hundred and seventeen, and of the independence of the United States the one hundred and forty-first.

Woodrow Wilson

By the [illegible]

[illegible]

Secretary of State.

3



El 19 de enero de 1917 el Gobierno alemán comunicó a su embajador Johann von Bernstorff la decisión de reanudar la lucha submarina sin restricciones el 1.° de febrero; pero Bernstorff no debía avisar al Gobierno norteamericano hasta el 31 de enero a las cuatro de la tarde. Fue duro recibir una noticia semejante con sólo ocho horas de anticipación. Bernstorff, inútilmente, había procurado impedir que se hicieran zarpar los submarinos, táctica que, en su opinión, provocaría la declaración de guerra norteamericana. Pero lo que el mando alemán quería era algo más que eliminar el comercio transatlántico de municiones o la exportación de alimentos norteamericanos (las cosechas habían sido malas en 1916): quería estrangular la vida económica de Gran Bretaña, cortándole todas las importaciones. Bernstorff pensaba, no obstante, que no era imprescindible emplear un bloqueo submarino tan completo, que inevitablemente sería una afrenta para los norteamericanos. Comunicó por telegrama su parecer, pero los dirigentes alemanes no le prestaron atención.

Mientras tanto, Bernstorff había visto menoscabada su buena reputación ante la opinión pública y el Gobierno norteamericanos, y ante sus propios superiores (disgustó profundamente al Káiser), a causa de una frivolidad suya que había sido muy divulgada por la prensa. Durante unas vacaciones transcurridas en compañía de una señora que a menudo le visitaba, se dejó fotografiar en traje de baño, abrazado a dos damas que lucían similar atavío. En el preciso momento en que necesitaba de cuanta influencia personal y dignidad pudiera ostentar, esa fotografía fue a parar a las manos del embajador ruso, que la facilitó a los periódicos. Los norteamericanos se chancearon con el «escándalo de la bella bañista». Bernstorff era un diplomático competente, al que tanto el Gobierno norteamericano como el alemán habrían escuchado en otras circunstancias. Este «buen alemán» se vio, en cambio, ignorado en los asuntos públicos y ridiculizado en los privados. «No estoy sorprendido —dijo a propósito de la ruptura de relaciones diplomáticas, cuando recibía su pasaporte— y tampoco mi Gobierno ha de estarlo. En Berlín sabían lo que iba a ocurrir si tomaban la decisión que han tomado. Los Estados Unidos no podían hacer otra cosa.» Desalentado, dijo luego en una conferencia de prensa que para él la política había concluido.

Después de la ruptura formal, dos acontecimientos acabaron de empujar al país a la guerra. El primero fue el hundimiento, por un submarino alemán, de un barco de pasajeros con ciudadanos norteamericanos a bordo. El 3 de febrero, cuando Wilson informó al Congreso que estaba procediendo a la ruptura de relaciones, añadió: «Me cuesta creer que las autoridades alemanas estén decididas a llevar a cabo lo que nos han advertido que harían... Y no lo creeré mientras no me obliguen a ello los hechos consumados.» Durante dos semanas, a partir de la reanudación de la lucha submarina sin restricciones, no ocurrió ningún incidente, ninguna abierta violación de lo que los norteamericanos consideraban sus derechos de neutrales. Durante ese período no se paralizó la navegación, como lo demuestra el movimiento de buques en los puertos norteamericanos, que descendió solamente de 1.019.396 toneladas en enero, a 847.786 toneladas en febrero. El día en que el *Laconia*, buque de línea británico de 18.000 toneladas, zarpó del puerto de Nueva York, 66 naves de todas las nacionalidades estaban fondeadas allí, embarcando cargas destinadas a los puertos de la zona de guerra. El 26 de febrero, Wilson habló nuevamente al Congreso y dijo: «El acto de abierta hostilidad que yo esperaba procurarían evitar los comandantes alemanes, se ha producido.» En ese mismo momento, sin embargo, eran telegrafiadas a Washington las noticias del hundimiento del *Laconia* ocurrido el día anterior. Alrededor del Congreso, antes de que el Presidente terminara su discurso, se rumoreaba la noticia, y los periódicos del país la publicaron al día siguiente. Tres norteamericanos —dos mujeres y un hombre— habían perdido la vida. La muerte de las mujeres sugería un triste espectáculo: un torpedeamiento nocturno, un bote salvavidas balanceándose sobre la quilla del barco, una frágil embarcación hundiéndose lentamente en la oscuridad, y la señora de Albert H. Hoy y su hija Elizabeth resistiendo, sin esperanza, a través de la larga noche.

Esto fue considerado como un desafío con el cual el Gobierno alemán ponía a prueba la paciencia del Gobierno y del pueblo norteamericanos.

*1* **La sentencia que condenó a Alemania a la derrota: Wilson pide al Congreso que declare la guerra.** *2* **El texto de la declaración de guerra, firmado por Wilson.** *3* **Bernstorff, el diplomático alemán desprestigiado por el «escándalo de la bella bañista».**

**El «telegrama Zimmermann»**

El segundo de los acontecimientos que precipitaron la situación se produjo casi inmediatamente: el 1.º de marzo los periódicos norteamericanos publicaron el telegrama Zimmermann. El desastre del *Laconia* acababa de probar que los alemanes no respetaban el derecho internacional ni los derechos humanos. El telegrama Zimmermann demostró que no sólo eran culpables de torpeza legal y moral, sino que eran enemigos de los Estados Unidos hasta el punto de poner en peligro la propia existencia del país. Este famoso telegrama difícilmente tenga paralelo en los anales de la torpeza diplomática.

En este telegrama el Gobierno alemán proponía al Gobierno de México una alianza (alianza que probablemente incluiría al Japón). Los mexicanos habían de atacar a los Estados Unidos y, a cambio de ello, los alemanes prometían la devolución a México de los «territorios perdidos» en la guerra de 1846-48: Texas, Nuevo México y Arizona. Ideado por el ministro alemán del Exterior, Zimmermann, y enviado por diversos medios de Berlín a Washington y de allí a México, el telegrama fue interceptado y descifrado por los servicios de información de la Marina británica. El Gobierno inglés comunicó el contenido del telegrama al embajador norteamericano en Londres, Page, quien, el 24 de febrero de 1917, lo puso en conocimiento de la Casa Blanca. Inmediatamente fue publicado por toda la prensa.

¿Qué podía hacer el Gobierno norteamericano, después de la publicación del telegrama? «Si Wilson ahora no va a la guerra —escribió Theodore Roosevelt a Lodge—, lo desollaré vivo.» El «complot de la invasión prusiana», como fue llamado por los periódicos, era evidente. Los diarios del hasta entonces aislacionista Oeste Medio admitieron el fin de la neutralidad. El *Tribune*, de Chicago, advirtió a sus lectores que se percataran «sin dilación de que Alemania nos considera su enemigo», y que el país no podía aspirar ya a mantenerse por más tiempo fuera de «una activa participación en el presente conflicto». El *Plain Dealer*, de Cleveland, dijo que en esos momentos no habría «ni virtud ni dignidad» si el país se negaba a luchar. El *Northwestern*, de Oshkosh (Wisconsin), auténtico portavoz del Oeste Medio, dijo que en una noche el telegrama había convertido en patriotas a pacifistas, críticos y quisquillosos.




**Una tarjeta postal británica. La declaración de guerra norteamericana suponía para Gran Bretaña hombres y esperanza. El texto dice: «¡Ya llegamos, hermanos, ya llegamos, somos cien mil combatientes!»**

Los acontecimientos se precipitaron. La revolución rusa de marzo de 1917 provocó la abdicación del Zar y la proclamación de la República, liberando el bando aliado de un incómodo despotismo; a partir de entonces, fue más fácil afirmar que los aliados representaban la democracia en lucha contra las autocráticas potencias centrales. Hacia la misma época, los submarinos hundieron cuatro barcos norteamericanos. La decisión presidencial de armar los buques mercantes, tomada a mediados de marzo —una especie de neutralidad armada—, no surtió efecto visible en la política alemana. El presidente Wilson convocó una sesión extraordinaria del Congreso: en la tarde del 2 de abril de 1917, se presentó ante ambas Cámaras, reunidas en el edificio del Capitolio, en Washington, e inquirió hasta dónde sus conciudadanos estaban dispuestos a apoyarlo. Wilson, mientras hablaba, fue interrumpido varias veces por los estrepitosos aplausos de los senadores, que de esta forma demostraron su aprobación.

**Robert H. Ferrell**

# Un nuevo equilibrio de fuerzas

**La entrada de los Estados Unidos en la guerra fue recibida por los aliados con frenético entusiasmo. En Rusia estaba desencadenándose la revolución, los submarinos alemanes amenazaban con poner fuera de combate el poderío de Gran Bretaña, y el Ejército francés estaba desmoralizado. Sin embargo, la ayuda militar inmediata que podían proporcionar los Estados Unidos era muy inferior a la que sus aliados esperaban.**

**En el letrero de la izquierda se lee que el destructor de la fotografía ha sido construido en sólo dos semanas. El pequeño letrero de la derecha dice: «Necesitamos este destructor para hundir submarinos de los hunos.»** *Abajo:* **el general Pershing (izquierda) y el almirante Sims (derecha), respectivamente jefes supremos del Ejército y de la flota norteamericanos.**






El 6 de abril de 1917, los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial. A comienzos de junio, el general John J. Pershing, comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias, llegó a Inglaterra para una visita de cuatro días y pasó luego a Francia para comenzar la organización de su mando. El recibimiento que le dispensaron los británicos fue tan caluroso que rozó el histerismo: el Rey le dio la bienvenida, y la multitud lo vitoreó y cubrió de rosas. La revista ilustrada *The London Graphic* sintetizó el talante del momento y el estilo de la época, insertando la fotografía de Pershing y sus oficiales en una hornacina de estilo clásico, en la que una graciosa figura femenina sostenía una simbólica corona de laurel sobre la cabeza de Pershing; la leyenda rezaba: «El invierno de nuestro descontento ahora se transforma en glorioso verano gracias a este sol de Nueva York.» (En realidad, Pershing había nacido en Missouri.)

Las esperanzas y las grandes expectativas despertadas en británicos y franceses por la entrada de los norteamericanos en la guerra eran comprensibles. La primavera y la primera parte del verano de 1917 señalaron el punto más bajo para la causa de los aliados. El año 1916 había terminado con un balance de pérdidas colosales a cambio de pequeñas conquistas de territorio en el Somme y de la conservación de Verdún. Expulsar a los alemanes del suelo francés parecía más difícil que nunca. Los reales y graves daños infligidos al poder alemán por las ofensivas aliadas a fines del verano y durante el otoño de 1916, no eran todavía evidentes.

El tercer año de la guerra ofrecía a los aliados perspectivas de catástrofe. El 1.º de febrero de 1917, Alemania comenzó la lucha submarina sin restricciones. Los resultados de los tres primeros meses justificaron plenamente los cálculos alemanes según los cuales, antes de fines de año, Gran Bretaña no estaría en condiciones de continuar la guerra por no disponer ya de barcos para transportar tropas, víveres y materias primas: el promedio de hundimientos se elevó de 470.000 toneladas en febrero a 837.000 en abril. El almirante Jellicoe, máxima autoridad marítima británica, pensaba que, a menos que se encontrara una respuesta a la guerra submarina —y a su entender no había ninguna a la vista—, la guerra estaba perdida. En marzo estalló la revolución en la Rusia zarista, y el zar Nicolás II abdicó. Aunque el Ejército ruso no había demostrado ser el irresistible rodillo que se había esperado en 1914, no obstante había luchado encarnizadamente contra Austria —aliada de Alemania—, llevándola al borde del agotamiento y obligando a los alemanes a distraer fuerzas del frente occidental. En 1916, la ofensiva del general Brusilov había infligido una derrota aplastante a las potencias centrales. Ahora, con Rusia paralizada por la revolución, no podía preverse de su parte ninguna ayuda para la causa aliada.

Finalmente, entre los últimos días de abril y principios de mayo de 1917, el Ejército francés, bajo el mando del nuevo comandante en jefe, el general Robert Nivelle, fue rechazado con pérdidas espantosas tras haber emprendido, sobre el frente occidental, una ofensiva que, según las promesas de Nivelle, había de provocar un rápido hundimiento del frente enemigo y el fin victorioso de la guerra. Como resultado de esta terrible desilusión, todo el cansancio acumulado y el agotamiento de la nación estallaron en numerosos desórdenes entre la población civil y amotinamientos entre las fuerzas armadas. No era, pues, sorprendente que tanto los hombres de gobierno como los pueblos aliados saludaran con frenético entusiasmo la entrada en la guerra de la nación más rica e industrialmente más poderosa del mundo con todo su potencial humano intacto. Norteamérica aportaba una población de 93.400.000 habitantes y una producción de acero de 45.060.607 toneladas. Los recursos humanos podían compensar la eventual defección de los 180 millones de rusos, probablemente perdidos para la causa

aliada. La potencia industrial norteamericana era abrumadora; sin embargo, desde el punto de vista militar, se trataba de recursos solamente potenciales. ¿Cuánto tiempo sería necesario para traducirlos en un ejército fuerte, soberbiamente equipado y dispuesto a combatir en el frente occidental hasta poner fuera de combate a las agotadas huestes del Káiser? En vista de los éxitos de los submarinos alemanes y de la manifiesta inquietud del Ejército y de la nación francesa, ¿existiría siquiera un frente occidental cuando los norteamericanos desplegaran su potencia en el campo de batalla?

**Antes y después**

Cualquiera que fuese su enorme alcance a largo plazo, la entrada en guerra de Norteamérica en abril de 1917 fue en sí menos importante, desde el punto de vista estratégico, de lo que suponían las vitoreantes multitudes inglesas y francesas o de lo que pretende la mítica versión nacional norteamericana.

No se produjo una progresiva transformación del conflicto, así como tampoco hubo una operación de salvamento en masa. Por otra parte, sin la intervención de los Estados Unidos ciertamente los aliados habrían perdido la guerra. La explicación de esta aparente paradoja reside en que la ayuda norteamericana *antes* de la entrada en guerra fue más vital de lo que muchos creen, y que *después* no lo fue tanto, al menos durante unos quince meses.

El esfuerzo bélico de alemanes y austríacos se basaba enteramente en sus propias industrias y en su capacidad tecnológica. En la primavera de 1915, después de una escasez temporal de municiones, Alemania transformó su enorme industria química y sus variadas y modernísimas industrias mecánicas para adaptarlas a la producción de explosivos, detonadores, espoletas, bombas, municiones y armas. Su industria de máquinas-herramienta —la más moderna e inventiva del mundo, con excepción de la norteamericana— no tuvo dificultades para equipar las nuevas fábricas.

A diferencia de Alemania, Gran Bretaña y Francia, cuando debieron hacer frente al problema de un incremento masivo de la producción bélica, se encontraron con que sus equipos y técnicas industriales eran anticuados; además, ambos países carecían de toda una gama de industrias del tipo más moderno. Así, antes de la guerra habían dependido casi completamente de Alemania para su abastecimiento de productos químicos, colorantes, medicamentos y material fotográfico. Y, precisamente, las instalaciones que producían colorantes y medicamentos eran las que podían más fácilmente adaptarse a la producción de explosivos. Gran Bretaña tuvo que crear una industria química partiendo de la nada y valiéndose de patentes alemanas; durante el tiempo que se necesitó para crearlas, se produjo un estrangulamiento en la misma base de la producción de proyectiles por la falta de detonadores y explosivos.

La industria manufacturera británica se remontaba todavía en gran parte a la época victoriana en lo que respecta al tipo y método de producción, especializaciones y técnicas. La fábrica de producción en serie, con cadenas de máquinas automáticas y semiautomáticas, era casi desconocida. Hasta 1914, Gran Bretaña dependía casi enteramente de Alemania —y, en parte, de Estados Unidos— para abastecerse de los productos más refinados de la segunda fase de la revolución industrial: cojinetes de bolas, magnetos, cámaras fotográficas y productos ópticos.

Gran Bretaña carecía, por tanto, de industrias tanto básicas como especializadas para sostener una guerra moderna. Tampoco su industria de máquinas-herramienta estaba en condiciones de equipar las enormes fábricas que necesitaba crear. En tiempo de paz, Gran Bretaña se había limitado, con respecto al tipo «moderno» de máquinas automáticas o semiautomáticas, a ejercer la función de agente distribuidor de productos importados de Alemania y Estados Unidos.

No era mejor la situación en Francia. Los recursos y las técnicas de Norteamérica eran, por tanto, absolutamente esenciales para la supervivencia de los aliados desde fines de 1914. Estos recurrieron a los Estados Unidos —y a Suecia y Suiza en menor grado— para proveerse de los productos que antes importaban de Alemania. Gran Bretaña dependió sobre todo de la industria norteamericana para su provisión de proyectiles de artillería y otros tipos de municiones durante 1915 y 1916, mientras creaba trabajosamente su industria química y fábricas de municiones. Todavía en 1915 una tercera parte de los proyectiles destinados al Ejército británico eran de fabricación norteamericana. En 1916, la entrada en acción del grueso de los ejércitos británicos sólo fue posible gracias al abastecimiento de proyectiles procedentes de los Estados Unidos y del Canadá. Como dice la historia del Ministerio de Municiones británico, «durante la primera parte de 1915 los abastecedores de ultramar ejercieron una función de la mayor importancia, dado que de ellos dependía el Ministerio de la Guerra para la mayor parte del abastecimiento de los proyectiles que serían necesarios en la campaña de 1916».

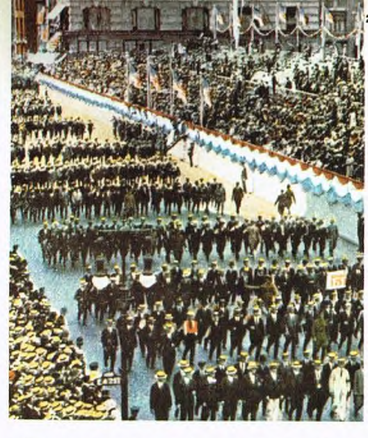
No menos dependiente de Norteamérica era la situación de Gran Bretaña en lo que respecta a ciertas necesidades a largo plazo (por ejemplo, la construcción de sus fábricas de municiones). La base esencial de todo aquel vasto programa que dío fama a Lloyd George como ministro de Municiones fueron la industria de máquinas-herramienta y los sistemas de organización norteamericanos. En 1916, cuando las nuevas industrias bélicas de Gran Bretaña empezaron finalmente a producir a pleno ritmo, el *Times* escribió: «Una de las nuevas fábricas ha surgido en un paraje donde en noviembre pasado sólo

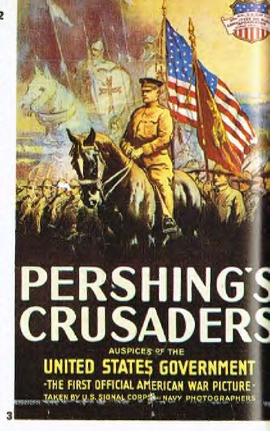
**1 Fabricación de cañones de gran calibre. Los aliados no recibieron los cañones norteamericanos hasta poco antes del armisticio, en noviembre de 1918. 2 La industria incrementó la producción para facilitar la entrada en combate de las fuerzas norteamericanas. En la fotografía, dos obreros están utilizando una prensa para la fabricación de cascos de acero.**


1


2






*1* Medalla que se concedía a las madres de los soldados norteamericanos. *2* Así comentó esta fotografía un periódico italiano: «Cinco millones de ciudadanos norteamericanos se hacen soldados para defender la libertad del mundo.» *3* Cartel de la primera película oficial norteamericana de la guerra, «Los cruzados de Pershing». *4* «Un soldado norteamericano dispara en un combate callejero», pintura de H. Dunn.



había verdes campos. Ahora hay 10 hectáreas cubiertas por edificios atestados de máquinas, en su mayor parte de fabricación norteamericana, algunas de las cuales son una maravilla de ingenio.»

La medida en que los aliados dependieron de la tecnología norteamericana está ilustrada por el incremento de la producción de ciertas industrias estadounidenses *antes* de que el país comenzara su propio programa de producción bélica. Entre 1914 y 1917, las exportaciones hacia Europa de hierro, acero y derivados, se cuadruplicaron; la producción de explosivos aumentó diez veces entre 1913 y 1917. Bernard Baruch, jefe del departamento de las industrias de guerra de los Estados Unidos, escribió: «Cincinnati es el centro más grande del mundo en la fabricación de máquinas-herramienta. En 1913 el valor total de la producción anual de los Estados Unidos podía estimarse en unos cincuenta millones de dólares. Durante el período que precedió a nuestra entrada en la guerra, se dobló con creces la capacidad productiva, pero la expansión tuvo lugar sobre todo en la producción de máquinas de pequeñas y medianas proporciones, destinadas a la fabricación de bombas, fusiles, espoletas, etcétera.»

Es indiscutible, por tanto, que sin el acceso a los recursos norteamericanos, Gran Bretaña y Francia habrían carecido de material para sostener el esfuerzo bélico mientras creaban sus propias industrias, y, en consecuencia, no habrían podido crearlas. Así lo reconoció la historia del Ministerio de Municiones británico: «Gran Bretaña dependía prácticamente de los Estados Unidos en las materias primas necesarias para la fabricación de detonadores y gran parte de los explosivos. También dependía considerablemente de dicho país en el acero de los proyectiles y en otros tipos de acero... y en la provisión de máquinas-herramienta.»

Norteamérica fue, por tanto, un factor de importancia decisiva en el curso de la Primera Guerra Mundial, y desde mucho tiempo antes de intervenir directamente en ella.

**Un nuevo ejército**

Sin embargo, en abril de 1917 estaba muy avanzada la creación de la industria bélica aliada, especialmente la británica.

**Por las calles de Nueva York, un tanque británico colabora en la recaudación de fondos para el llamado «empréstito de la libertad».**



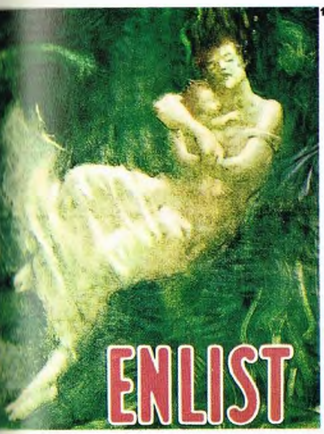
**Dos soldados norteamericanos contemplan, desde el buque que los conduce hacia el frente occidental, cómo va alejándose Nueva York.**

Gran Bretaña estaba ahora en condiciones de suministrar municiones a Francia y a Italia. Ya no existía una necesidad tan apremiante de proyectiles y máquinas norteamericanos. La declaración de guerra por parte de los Estados Unidos, ya no tenía gran importancia a efectos de la producción bélica aliada. Es más, el flujo de la ayuda decreció a medida que las tropas norteamericanas comenzaban a organizarse en Francia; fueron, en efecto, Francia y Gran Bretaña las encargadas de equipar a las fuerzas norteamericanas destacadas en Europa. Los norteamericanos cometieron el grave error de querer producir piezas de artillería y aviones según modelos propios, en vez de adoptar los ingleses y franceses, para los cuales muchas de sus propias fábricas ya estaban produciendo, en los Estados Unidos, municiones y piezas de recambio. Los inevitables problemas de desarrollo de los nuevos modelos fueron tales que las fuerzas norteamericanas recibieron cañones de su país con el tiempo justo para disparar salvas y celebrar el armisticio en noviembre de 1918. Es más, la grave escasez de buques de carga aconsejaba llenar los barcos con hombres en vez de cañones, y equipar luego a éstos en Europa. Así se dotó a las fuerzas expedicionarias norteamericanas de piezas francesas del 75 para la artillería de campaña, de piezas de 155 milímetros y obuses franceses para la artillería de calibre medio, y de morteros ingleses. Los británicos proporcionaron también ametralladoras, cascos de acero y hasta uniformes. Las fuerzas aéreas de los Estados Unidos fueron equipadas con aviones franceses.

Naturalmente, el hecho principal de la beligerancia norteamericana (en contraposición a la simple disponibilidad de la ayuda industrial) era que las fuerzas armadas de los Estados Unidos tomarían parte en la guerra. Ésta fue en realidad la esperanza que inspiró los vítores de la población civil, cuando la primera división de las fuerzas expedicionarias estadounidenses desembarcó en Francia a fines de junio de 1917. Eran aquéllos los hombres vigorosos de una nación dos veces más populosa que Francia o Gran Bretaña, y llegaban para aliviar del peso de la lucha a los agotados supervivientes de tres terribles campañas. Desgraciadamente, a la declaración de guerra de los Estados Unidos no siguió una rápida expansión e inmediato empleo del Ejército en Francia, tal como habían logrado hacer los ingleses en 1914-15. La 1.ª División no fue seguida por la 2.ª hasta septiembre; el 31 de octubre de 1917, las fuerzas expedicionarias contaban con sólo 6.064 oficiales y 80.969 hombres. Lloyd George subrayó en sus memorias los escasos resultados conseguidos por los norteamericanos, con respecto a los ingleses, en la creación de un ejército: «...al cabo de seis meses (del estallido de la guerra) las fuerzas expedicionarias británicas en el frente occidental ascendían a 354.750 hombres. La 1.ª División norteamericana fue trasladada a un sector tranquilo del frente francés el 21 de octubre de 1917, casi nueve meses después de la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania. La afluencia de dichas fuerzas hacia Francia... se produjo sólo gota a gota durante los primeros meses. Para fines de octubre el contingente norteamericano en Francia sumaba 87.000 hombres; a fines de noviembre 126.000, y a comienzos de 1918, 175.000. Habían transcurrido nueve meses desde la entrada de Norteamérica en la guerra. En un tiempo equivalente nosotros habíamos enviado ya 659.104 hombres a los diversos escenarios de la guerra.»

Los Estados Unidos no tuvieron, por tanto, ningún peso militar en los acontecimientos del crítico año 1917, mientras Rusia se alejaba más y más de la guerra, y Pétain trataba de sofocar los motines en el Ejército francés y de mantenerlo unido hasta la llegada de las fuerzas norteamericanas. Al mismo tiempo, los italianos sufrían la catastrófica derrota de Caporetto, y el único ejército aliado todavía capaz de lanzar una ofensiva —el británico— avanzaba tenazmente hacia Passchendaele. El año 1917 (según esperaban y preveían los alemanes) iba a ser el año decisivo y último de la guerra; de acuerdo con sus cálculos, el grueso del Ejército norteamericano no llegaría nunca a Europa porque los submarinos destruirían los barcos que pudieran transportarlo a través del Atlántico, y ello en el caso de que el bloqueo submarino no hubiera puesto fin a la guerra antes de que los norteamericanos estuvieran listos para embarcarse. En 1917, los Estados Unidos sólo proporcionaron a los aliados esperanza, y poca cosa más.

No se puede culpar enteramente a los norteamericanos por la extrema lentitud de su movilización militar. En tiempo de paz, el Ejército norteamericano no sólo era más pequeño que el inglés, sino que estaba mucho menos preparado para una guerra moderna. Mientras los ingleses habían entrenado para una campaña europea a una fuerza expedicionaria de seis divisiones y tenían terminados todos los estudios necesarios para su organización y ulterior expansión, los norteamericanos empezaron de la nada. Por ejemplo, tuvieron que estudiar y decidir el tamaño, la organización y los servicios auxiliares de la división de infantería como unidad básica, así como de los cuerpos de ejército y de los ejércitos. En tiempo de paz tenían un Ejército de unos 190.000 hombres, entre oficiales y tropa, todos ellos esparcidos en pequeños destacamentos a lo largo y ancho del territorio de Norteamérica y en las dependencias de ultramar. La misma dimensión del país representaba un problema, por cuanto antes de que las tropas pudieran embarcarse tenían que ser concentradas y alojadas en las proximidades de la costa oriental. Esta circunstancia implicó un vasto programa de construcción de alojamientos y campos de entrenamiento con las instalaciones correspondientes. En la misma Francia fue necesario ampliar las instalaciones portuarias y construir líneas de comunicación entre los puertos asignados a los norteamericanos y el sector que debían cubrir, en el centro-derecha del frente aliado, en la Argonne. Ello exigió el incremento de los transportes ferroviarios. También tuvieron que construirse en Francia colosales depósitos de suministros. Los ingleses habían observado que el mantenimiento de un ejército en otro país, separado de Gran Bretaña por sólo 40 kilómetros de mar, requería imponentes servicios de retaguardia; los norteamericanos tenían de por medio 4.800 kilómetros de mar. Pero el mayor obstáculo era el transporte marí-

1 


*1* Una madre con su niño, víctimas inocentes del hundimiento de naves de pasajeros. El cartel exhorta al alistamiento para vengar estas muertes de seres indefensos. *2* Cartel para el reclutamiento de tanquistas: «¡Trátales duramente! Alístate en el cuerpo de tanquistas de los EE.UU.»

2 


timo de tropas y carga. La marina mercante de los Estados Unidos no disponía de buques suficientes para trasladar el Ejército al otro lado del Atlántico.

Finalmente, había una discrepancia fundamental de opiniones entre Pershing, por un lado, y Haig y Pétain por el otro, acerca del destino que debía darse a las tropas norteamericanas. A principios de 1918, Haig y Pétain se daban perfecta cuenta de que sus tropas estaban exhaustas, y de que no podían esperar refuerzos adecuados de sus respectivos países. Querían que la infantería norteamericana llenara los vacíos de sus propias divisiones; necesitaban rápida ayuda. Pershing y su Gobierno, por otra parte, estaban decididos a formar en Francia un ejército absolutamente independiente, con divisiones, cuerpos de ejército y ejércitos propios. No estaban dispuestos a ver a sus soldados engullidos en las formaciones aliadas. Preferían esperar meses, si era necesario, hasta contar con toda la artillería y los servicios de abastecimiento, con los cuarteles generales y el Estado Mayor imprescindibles para organizar, entrenar y equipar un ejército independiente. Así, el 21 de marzo de 1918, cuando los alemanes lanzaron la primera y mayor de una serie de titánicas ofensivas sobre el frente occidental, sólo una división norteamericana se hallaba en la línea excesivamente extendida de los aliados.

El ritmo que siguieron los norteamericanos al organizar sus efectivos en Francia tuvo una importancia decisiva en los cálculos del Alto Mando alemán cuando éste trató de decidir las grandes ofensivas occidentales de la primavera de 1918. En noviembre de 1917, cuando los alemanes se lanzaron a una lucha submarina sin restricciones, no lograron poner fuera de combate a Gran Bretaña; en consecuencia, tenían que contar con la entrada en acción, más tarde o más temprano, de tropas frescas norteamericanas, lo que significaría una segura derrota para Alemania y sus aliados. La guerra había de concluir antes de que estuviera a punto ese ejército. Ludendorff dijó a sus colegas: «La situación general exige que ataquemos en seguida: si es posible, a fines de febrero o a comienzos de marzo, antes que los norteamericanos inclinen la balanza a favor de los aliados.» En otras palabras, dado que Rusia había sido puesta fuera de combate por el tratado de Brest Litovsk, era posible concentrar el grueso de las fuerzas alemanas contra Francia y Gran Bretaña, antes de que éstas pudieran ser salvadas por su nuevo gran aliado.

La crisis en el frente occidental duró desde el 21 de marzo hasta el 18 de julio, con toda una serie de ataques alemanes contra distintas zonas del frente. En dos ocasiones los británicos estuvieron a punto de ser arrojados al Canal de la Mancha; en una ocasión las tropas francesas y británicas corrieron grave riesgo de quedar separadas, y, por tres veces, el frente francés fue temporalmente hundido y París quedó de nuevo expuesta a la amenaza de la ocupación. En esta campaña, la más grande, violenta y decisiva de la guerra, el Ejército norteamericano desempeñó un modesto papel. Algunas unidades tomaron parte en la defensa del sector de Amiens después del 28 de marzo, y el 28 de mayo la 1.ª División llevó a cabo un brioso contraataque en Cantigny, cerca de Montdidier; en junio, la 2.ª División ayudó a los franceses a detener el ataque alemán a través del Marne, y lanzó un victorioso contraataque que dio por resultado la reconquista del bosque de Belleau; unidades de la 3.ª y de la 42.ª División libraron acciones defensivas en el sector de Château-Thierry. Fueron contribuciones apreciables pero no decisivas, en una campaña librada contra 192 divisiones alemanas.

Mucho más importante, si no decisivo, para el resultado de la guerra, fue el efecto que tuvo la ofensiva alemana sobre el ritmo que seguía la organización norteamericana. Una semana después del ataque alemán sobre el Somme, el 28 de marzo de 1918, Pershing renunció a su propósito de crear un ejército independiente antes de lanzarlo al combate, y ofreció a Pétain, de momento, todas las tropas de que disponía para que las utilizara como quisiera. Así entraron en acción unidades norteamericanas bajo el mando de cuerpos de ejército y de ejércitos franceses e ingleses. Este gesto significaba que los norteamericanos habían notado que sus aliados ya no podían esperar más: era de urgente necesidad empeñar en los combates a las tropas norteamericanas. Al mismo tiempo, Pershing seguía preocupado ante la posibilidad de que los aliados le quitaran, por así decir, su ejército independiente, engrosando con soldados norteamericanos las divisiones francesas y británicas. Sólo después de largas discusiones entre los Gobiernos y los mandos aliados y norteamericanos, finalmente, a principios de junio, pudo llegarse a un acuerdo: a fin de ahorrar espacio, en los barcos se transportaría tropa —principalmente infantería— en lugar de divisiones completas con todo su equipo. En junio llegarían 170.000 combatientes, y 140.000

1


2


**1 Embarque de tropas norteamericanas rumbo a Francia. Mientras los soldados, jóvenes reclutas destinados a la gran carnicería, atraviesan la dársena, muchachas con el uniforme de la Cruz Roja les dan un último regalo y les desean buena suerte. 2 Los primeros norteamericanos hechos prisioneros por los alemanes.**

en julio. Las nuevas divisiones serían formadas y equipadas en Francia. Estos transportes de hombres fueron posibles gracias a la marina mercante británica, disponible en virtud de un convenio mediante el cual el Gobierno inglés se avino a reducir las importaciones en beneficio del transporte de tropas. Mientras en marzo llegaron 84.000 norteamericanos, en abril llegaron 118.500, en mayo, 246.000, en junio 278.000 y en julio 306.703; casi la mitad de ellos en barcos británicos. Estas cifras, muy superiores a las que el mando alemán había calculado como posibles, significaron la derrota de Alemania.

Del 15 al 17 de julio, la última fase de la gran ofensiva alemana de 1918 terminó con un fracaso. El 18 de julio los franceses lanzaron un ataque por sorpresa, encabezado por masas de tanques, desde el bosque de Villers-Cotterêts. En este ataque tomaron parte dos divisiones norteamericanas, cada una con una fuerza de 27.000 hombres (el triple de una división francesa o alemana). El ataque francés marcó el cambio en la iniciativa de la campaña; desde entonces, y hasta el fin de la guerra, los alemanes lucharon a la defensiva.

Fue en este momento, finalmente, cuando la presencia norteamericana demostró su peso. Las grandes batallas de marzo a julio de 1918, que los aliados ganaron prácticamente sin ayuda norteamericana, habían dejado exhaustos a los ejércitos franceses, británicos y alemanes, con escasas reservas y pocas esperanzas de recibir refuerzos. No les quedaba a los primitivos combatientes otro remedio que desmenuzar las divisiones y reducir gradualmente la consistencia de los ejércitos. Un batallón alemán tenía ahora un promedio de 660 hombres. Alemania se lo había jugado todo por la victoria y había fracasado: al Ejército y a la población —hambrientos, míseros y desesperados tras los años de bloqueo— ya no les quedaban más esperanzas. En agosto, cuando la ofensiva británica en el Somme —en la que tomaron parte algunas unidades norteamericanas— confirmó que los aliados tenían ahora la iniciativa y que la disciplina y la moral alemanas comenzaban a desintegrarse, había cerca de un millón y medio de norteamericanos en Francia. La única reserva alemana de tropas frescas consistía en 300.000 jóvenes de la quinta de 1919 llamados a filas en junio. Mientras los jefes aliados planeaban, ese mismo año, una campaña cuyo peso principal recaería sobre cien divisiones norteamericanas, los alemanes no podían pensar en prolongar más aún el combate.

Por ello, incluso en los últimos meses del conflicto, fue el potencial militar norteamericano —puesto de manifiesto por las limitadas ofensivas en St. Mihiel y en la Argonne, más que los efectivos resultados obtenidos en el campo de batalla— lo que decidió el resultado de la Gran Guerra en 1918. En realidad, desde julio hasta noviembre de 1918 el peso de los combates fue soportado por los ingleses, agotados pero tenaces, quienes hicieron 188.700 prisioneros contra los 196.000 capturados por franceses, belgas y norteamericanos juntos.

El papel de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial fue, por tanto, decisivo: decisivo desde el punto de vista industrial entre 1914 y 1917, y decisivo en términos de potencial militar desde mediado el verano de 1918 en adelante. Puso en evidencia dos hechos de enorme importancia para el futuro equilibrio de poder en Europa: que, militarmente, Alemania valía por los Imperios británico y francés juntos, y que Gran Bretaña, «taller del mundo» en el siglo XIX, ya no era una potencia de primer orden desde el punto de vista industrial y tecnológico, ni era capaz de defenderse a sí misma y a su Imperio con sus propios recursos.

**Correlli Barnett**

# La India y los Dominios en la guerra

**El empeño de Gran Bretaña en la guerra no afectó tan sólo a los 45 millones de habitantes del país, sino también a los 400 millones provenientes de las colonias y Dominios del Imperio...**

**India**

Los hindúes abrazaron casi unánimemente, en espera de su futura independencia, la causa de Gran Bretaña: los príncipes ofrecieron sus servicios, el Nepal sus recursos e incluso el Dalai Lama un millar de soldados. Desde 1914, aproximadamente 800.000 soldados hindúes lucharon en el frente occidental europeo, en África oriental y en Oriente Medio; murieron 65.000 hombres.

La India, sin embargo, al ver que el Gobierno británico no se definía en cuanto a sus aspiraciones nacionalistas a largo plazo, empezó a acusar un cierto malestar. En 1917, aunque la colonia continuaba leal al Imperio, Satyendra Sinha, líder moderado, pidió que se definiera la política británica, y el Congreso hindú firmó un acuerdo con la Liga Musulmana para velar por sus respectivos intereses. Sin embargo, en 1918 el Mahatma Gandhi todavía escribió, en apoyo del esfuerzo bélico: «Buscad primero la oficina de reclutamiento y lo demás se os dará por añadidura.» Ello no impidió que, finalizada la contienda, al no obtener el país un gobierno propio, Gandhi empezara una nueva era de agitación no violenta.

**Australia**

Los 5.000.000 de habitantes de este país, unidos racial y sentimentalmente con la madre patria, tuvieron en Joseph Cook, líder liberal, y en Andrew Fisher, laborista, unos dirigentes partidarios de ayudar a Gran Bretaña. Sin embargo, como consecuencia de la situación del frente occidental y del revés de Gallípoli, decayó el entusiasmo inicial: en junio de 1915 los reclutamientos ascendieron a 12.000 hombres y un año después la cifra había descendido a casi la mitad.

Hughes, de ascendencia galesa, hizo cuanto pudo para extender el servicio obligatorio a las actividades de ultramar, pero encontró oposición en el Dr. Mannix, coadjutor del arzobispo de Melbourne. El referéndum sobre esta cuestión mantuvo dividido el país, división que quedó zanjada con la derrota de los alemanes en 1918.

**Nueva Zelanda**

El servicio obligatorio para ultramar fue adoptado en 1916. Fue el primero de los Dominios en ofrecer tropas y mantuvo durante toda la contienda su simpatía por Gran Bretaña. El suministro de ali-

**1** Massey, primer ministro del Canadá, visita en 1916 las trincheras alemanas conquistadas por los aliados. *2* Un soldado del ANZAC —fuerzas expedicionarias de Australia y Nueva Zelanda— hace amistad con niños de Lemnos, base de las tropas que luchaban en Gallípoli.

1



2











*1* Un carnicero maorí ejerce su profesión en Francia. *2* «Dios bendiga a papá — 45.000 padres australianos están luchando — ¿No quieres ayudarles?» *3* Otro cartel australiano de propaganda para el reclutamiento: «Llegan los muchachos. Te esperamos.» *4* Soldados antillanos camino de Amiens. *5* «Danos dinero para ayudar a nuestros combatientes.» Hasta al hambriento pueblo indio se le pidió dinero para la guerra.






mentos procedentes de Nueva Zelanda favoreció a ambas partes. Unos 120.000 neozelandeses (de ellos murieron 17.000) fueron la notable contribución bélica de este país: incluso los maoríes se alistaron finalmente en el Ejército. Su actuación en Gallípoli y su ocupación de la Samoa alemana constituyen títulos suficientes para convertir más tarde esta colonia en nación.

**Canadá**

Robert Borden, primer ministro conservador, y Wilfrid Laurier, líder liberal y portavoz de la mayoría de los canadienses de habla francesa, se mostraron partidarios de ayudar a Gran Bretaña. Sin embargo, los reclutamientos hallaron obstáculo en las provincias de habla francesa, que se veían defraudadas en sus aspiraciones autonomistas. No sólo no fue posible reclutar los 500.000 soldados que se había propuesto mandar al principio, sino que el número de 100.000 combatientes quedó reducido en un cuarenta por ciento a causa de las deserciones.

**Sudáfrica**

La contribución de Sudáfrica se vio influida por dos factores: la línea de frente militar que rodeaba su territorio y una minoría del país que no sólo se oponía a entrar en la contienda, sino que deseaba la victoria de Alemania. La causa principal de esta división interna tenía sus lejanas raíces en la guerra bóer.

Louis Botha y Jan Smuts, políticos filobritánicos, vieron que la importante colonia alemania de Africa Sudoccidental hacía la neutralidad imposible y trazaron planes para apoderarse de ella, planes que fracasaron por obra de algunos personajes antibritánicos, entre ellos el coronel Maritz y los generales Beyers y De Wet.

Después de sofocada una rebelión interna, en febrero de 1915, Botha condujo una fulgurante campaña contra el Africa Sudoccidental Alemana; también, bajo el mando de Smuts, se mandaron tropas contra el temible Lettow-Vorbeck, en el Africa Oriental Alemana.

Además de batirse en su continente, tropas sudafricanas intervinieron en Oriente Medio y en el frente occidental, siendo la contribución total de los sudafricanos blancos de 136.000 soldados. Con todo, después de la guerra, buen número de la población sudafricana continuó hostil a la influencia británica.

**J. V.**

# Rusia en la guerra

**Un historiador soviético muestra cómo el Gobierno zarista no supo solventar los inmensos problemas planteados por la guerra, y cómo fue surgiendo un ambiente propicio a la revolución.**

Para Rusia, el 1 de agosto de 1914 fue el último día de paz. Alrededor de las siete de la tarde de aquella jornada, el automóvil del conde Pourtales, embajador alemán, se detuvo ante el Ministerio ruso de Asuntos Exteriores, en la plaza del Palacio de San Petersburgo. El embajador entró en el edificio, donde fue recibido por S. D. Sazonov, el ministro de Asuntos Exteriores, al que entregó la declaración de guerra de Alemania a Rusia. Al día siguiente, Alemania declaró la guerra a Francia. El 5 de agosto, al amanecer, sir George Buchanan, embajador británico en San Petersburgo, recibió un telegrama de su Gobierno que rezaba: «Guerra con Alemania. Actúe.»

Había resultado imposible resolver por medios pacíficos la maraña de intereses en conflicto, formada en tantos puntos diferentes del globo, y así empezó la contienda más calamitosa y sangrienta de cuantas había conocido hasta entonces la humanidad. Para la mayoría de las personas poco interesadas en la política, la noticia de la guerra llegó por sorpresa. Al fin y al cabo, ¿qué podían saber el campesino o el obrero ruso acerca de los planes y objetivos auténticos de su propio Gobierno o de los demás? En este aspecto, sólo había una cosa que no ofrecía lugar a dudas: el Káiser había atacado a Rusia, y ésta tenía que defenderse. Los hombres que se hallaban más cerca de los centros del poder y comprendían lo que estaba ocurriendo, ni siquiera intentaron explicar al pueblo el verdadero significado de los acontecimientos. En una sesión de la Duma, que fue meramente una ceremonia, todos, desde los monárquicos hasta los representantes de los liberales y de los pequeños burgueses *trudoviki* (que simpatizaban con los revolucionarios socialistas y, hasta entonces, habían figurado en la oposición), anunciaron su pleno apoyo al Gobierno, para demostrar con ello la «unidad patriótica» que existía entre el Zar y su pueblo. La guerra respondía a los intereses de todos, puesto que prometía la adquisición de nuevos territorios, mercados para la exportación, fuentes de materias primas y cuantiosos beneficios. Las palabras de un diputado socialdemócrata que se levantó para protestar en nombre del pueblo trabajador contra aquella matanza fratricida, quedaron ahogadas bajo el coro general de las adhesiones. Los socialdemócratas se negaron a votar el presupuesto militar, pero ello no alteró la situación y el presupuesto fue aprobado por una mayoría aplastante. Por este motivo, en los primeros días de la guerra, una oleada de manifestaciones patrióticas se produjo en todo el país.

Sólo con el paso del tiempo y después de muchos sufrimientos, millones de obreros y campesinos empezaron a sentir —y a comprender— cuán innecesaria e inútil era aquella sangrienta matanza a la que los habían arrastrado sus dirigentes.

Al propio tiempo, del frente llegaban noticias muy poco reconfortantes. Un intento de penetrar a fondo en la Prusia oriental había fracasado. Las tropas se habían visto obligadas a retirarse tras sufrir graves pérdidas: 20.000 muertos y 60.000 prisioneros. La situación era algo mejor en la zona sudoeste del frente, donde los rusos se habían apoderado de la Galizia y, por lo tanto, amenazaban la Silesia germana, región en la cual se hallaba concentrada gran parte de la industria enemiga. Sin embargo, no consiguieron infligir una derrota definitiva al Ejército austrohúngaro, y, al finalizar el año, las tropas de ambos bandos, agotadas, asumieron una actitud prevalentemente defensiva. El frente se había estabilizado también en el Oeste, donde los alemanes no habían logrado asestar un golpe decisivo a Francia. Las ilusiones de una rápida victoria no tardaron en revelarse como ilusorias, para uno y otro bando, y todos los países en guerra se vieron obligados a enfrentarse a la necesidad de soportar una contienda larga y agotadora, que les exigiría sacrificios gigantescos de toda índole.

Rusia había entrado en guerra sin suficiente preparación. Aunque se tratase de una gran potencia, con una población de más de 150 millones de habitantes y unos recursos naturales inagotables, se hallaba considerablemente retrasada económica y políticamente con respecto a los países principales de la Europa occidental. La razón básica de tal retraso obedecía al hecho de que el sistema económico y político del país conservaba estructuras feudales, sobre todo en lo relativo

**Sesión de la Duma, antes (recuadro interior) y después de la Revolución. En abril de 1917 había desaparecido el retrato del Zar.**



a la distribución, obviamente injusta, de la propiedad de la tierra. Alrededor de 770.000 kilómetros cuadrados de tierra pertenecían a los grandes terratenientes, mientras que una extensión similar estaba dividida entre 10 millones de campesinos.

Estas secuelas de la anterior servidumbre actuaban en el sistema agrario como un freno, no sólo para el desarrollo de la agricultura, sino también respecto a la industria. En vísperas de la guerra, en el año 1913, Rusia producía menos de 4 millones de toneladas de carbón y 9 millones de toneladas de petróleo; seguía siendo un país agrícola, con un ochenta y seis por ciento de la población total del Imperio adscrita a la tierra y una aportación agrícola equivalente al sesenta por ciento de la renta nacional.

**El esfuerzo bélico**

Rusia se había mantenido como una monarquía autocrática. El establecimiento de la Duma del Estado, que el Zar se había visto obligado a aceptar durante la primera revolución rusa de 1905-1907, no pasaba de ser un simulacro de Parlamento. Incluso la burguesía —y no hablemos de la población obrera— estaba excluida de la «alta política». El verdadero poder estatal se hallaba en manos de la monarquía, que representaba principalmente a la clase más conservadora (cortesanos y terratenientes). Los derechos civiles prácticamente no existían, y todo ello, como es lógico, frenaba la marcha del país y confería un aspecto negativo a todos los aspectos de la vida nacional. La burguesía industrial, aunque descontenta de la situación en la que se encontraba y sin poder llegar a un acuerdo con los «extremistas» de la política reaccionaria, no se decidía a tomar abiertamente partido contra la monarquía, por temor a un levantamiento violento de las masas, que ya habían dado muestras de su fuerza durante la primera revolución. La actividad de los partidos burgueses no iba más lejos de una modesta oposición parlamentaria en la Duma.



**Nicolás II, «Autócrata de todas las Rusias», sostiene un icono para que lo veneren sus tropas. Minada por los sufrimientos que impuso la guerra, la tradicional reverencia del pueblo ruso a los principios religiosos y al Zar no tardaría en desvanecerse.**

Los primeros meses de la guerra habían demostrado ya que la economía rusa no era capaz de satisfacer las exigencias que le imponía la contienda. Viose inmediatamente afectada por el reclutamiento en los ejércitos que, en el transcurso de la guerra, privó a la industria y a la agricultura de 15 millones de productores. Los depósitos de armas y municiones de los almacenes propiedad del Ministerio de la Guerra se agotaron con rapidez, y la industria fue incapaz de reponer sus existencias. El Gobierno trató de introducir controles en la economía y movilizar a la industria para la producción bélica, pero tales medidas no modificaron sustancialmente la situación y sólo sirvieron para acelerar el colapso de la estructura económica.

El desgaste y el quebranto gradual de la economía no tardaron en manifestarse. Las empresas cerraban una tras otra, y, en un solo año (1915), 573 fábricas y talleres dejaron de trabajar. Únicamente la mitad del número total de instalaciones industriales mantuvo su ritmo de trabajo durante la guerra. En los sectores más importantes de la economía la producción empezó a descender en 1916 y 36 de los 151 altos hornos que la industria siderúrgica rusa poseía al empezar la guerra estaban inactivos. Toda la producción de las fundiciones de hierro y de acero se destinaba a hacer frente a las necesidades bélicas, y, en consecuencia, aquellos sectores industriales que nada tenían que ver con la contienda quedaron gravemente perjudicados. El país empezó a experimentar una crisis de combustible que ocasionó el paro de gran parte de los establecimientos fabriles.

Los transportes, elemento de primordial importancia en la economía, se hallaban casi paralizados. A principios del año 1916, 150.000 vagones cargados de mercancías estaban detenidos en la red ferroviaria. Quinientas setenta y cinco estaciones de ferrocarril no se hallaban en condiciones de sostener el tráfico de mercancía alguna. En el puerto de Arcángel, a través del cual se mantenían las comunicaciones con los aliados, las cajas llenas de diversos artículos se hundían, literalmente, en el suelo, bajo el peso de los nuevos suministros de diversos equipos y máquinas que se apilaban sobre ellas. Como resultado de la desorganización de los transportes, ya en 1915







Izquierda: un mendigo sin hogar. Arriba: **sirgadores de las orillas del Volga. Para ellos no existía la industrialización...**

## Los súbditos del Zar

En 1914, la sociedad y las instituciones rusas mantenían la marca de un pasado feudal. El Zar, apoyado por una nobleza y un clero colmados de privilegios, era el soberano absoluto de una población inmensa, compuesta en su mayor parte de campesinos que vivían en un ambiente primitivo. Sin embargo, la industrialización empezaba a conmover la estructura tradicional de la «Santa Rusia». El socialismo prometía a los obreros —si se organizaban— el poder; los industriales enriquecidos anhelaban el poderío correspondiente a su riqueza; y entre los sufridos campesinos rusos, acuciados por la miseria, apuntaba ya la rebelión.




Derecha: **la «Santa Rusia», en un sello de protesta contra las supuestas atrocidades alemanas.** Abajo: **obreros y campesinos, materia prima de la Revolución, en un mercado de botas.**





Izquierda. **El mundo del trabajo: el obrero de una cantera rumpe piedras a martillazos.** Arriba. **El mundo del privilegio: ministros de la corte imperial en una procesión conmemorativa del tricentenario de la dinastía Romanov, en 1913.**





Arriba: **jefe del Santo Sínodo, el consejo supremo de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Zarismo e Iglesia estaban muy vinculados: los primeros zares se habían considerado herederos de la Bizancio ortodoxa.** Derecha: **músicos en una feria campesina.** Abajo. **Los comienzos de la industria: rampa transportadora en una mina de oro.**



hubo escasez de alimentos en las ciudades de Rusia central, en tanto que, al mismo tiempo, miles de toneladas de cereales, carne y mantequilla se corrompían en las estaciones ferroviarias de Siberia. Después de la revolución de febrero, el expresidente del Consejo de Ministros, B. V. Stürmer, dijo en sus declaraciones ante la comisión especial de investigación: «Había tantos vagones bloqueando las líneas, que nos vimos obligados a arrojar algunos de ellos por los terraplenes, para dar paso a los que iban llegando.»

También el sistema financiero del país estaba desorganizado. La continuación de la guerra implicaba unos gastos enormes que el presupuesto normal, anterior a la contienda, no podía cubrir ni mucho menos. El aumento de los impuestos y la emisión de empréstitos nacionales no llegaban a compensar las pérdidas, por lo cual el Gobierno tuvo que recurrir a empréstitos extranjeros y al incremento de la circulación de papel moneda sin el adecuado respaldo en oro, lo que no tardó en producir la devaluación del rublo, la desorganización de todo el sistema financiero y un aumento excepcional en el costo de la vida.

**Surge el descontento**

Como siempre ocurre, no fueron las clases propietarias sino los sectores obreros de la población los que experimentaron antes y con mayor dureza el peso y las privaciones de la guerra.

Ya en el mes de diciembre de 1914, los precios de los artículos manufacturados habían aumentado, en relación a los de 1913, en un 25 por ciento, mientras se elevaban en un 11 por ciento los precios de los artículos de consumo. En 1915, los precios de los artículos manufacturados aumentaron en un 145 por ciento, y en un 122 los correspondientes a los artículos alimenticios. Los incrementos en los salarios quedaban muy por debajo de la catastrófica elevación en el coste de la vida. Entre 1914 y 1916, los sueldos de los obreros aumentaron en un 100 por ciento como promedio, en tanto que los precios de los alimentos y de los bienes de consumo experimentaron incrementos que oscilaban entre el 300 y el 500 por ciento.

Era inevitable que millones de personas pertenecientes al sector más numeroso de la población se preguntaran, más tarde o más temprano, el motivo de tantos sufrimientos, el objetivo por el cual estaban sacrificando la vida y la salud. Vieron entonces, por propia experiencia, que la guerra no les traería más que desdichas y privaciones. El primer estallido de entusiasmo patriótico pronto se extinguió, para ser sustituido entre las masas populares por un vivo descontento contra la guerra y la política zarista, descontento que, en su último extremo, no podía adoptar otra forma que la de una rebelión abierta contra el orden establecido. La policía presentó informes alarmantes sobre la creciente difusión del movimiento huelguístico, que, en realidad, había cesado durante los primeros meses de la contienda. Particularmente graves fueron las huelgas que conmovieron al país en junio de 1915, cuando 80.000 obreros se cruzaron de brazos. El mismo mes, en Kostroma, una huelga terminó con un sangriento choque entre la policía y los huelguistas. En agosto volvió a correr la sangre de los trabajadores cuando las tropas abrieron fuego contra una manifestación de obreros de la industria textil en Ivanovo-Voznesensk. Estas acciones represivas por parte de las autoridades suscitaron la indignación entre los trabajadores de numerosas poblaciones. En septiembre el número de huelguistas ascendía a 200.000.

El incremento de los sentimientos pacifistas viose alentado, además, por la marcha de la guerra en el frente. Las tropas rusas terminaron la campaña de 1914 casi totalmente exhaustas, pues habían sufrido terribles bajas. El Ejército había perdido medio millón de hombres y, en lo referente al suministro de armas y municiones, su situación era pésima. Los refuerzos que llegaban al frente permanecían cerca de sus medios de transporte, puesto que no había fusiles para armarlos, y la situación no era mejor en lo que respecta a uniformes y víveres. «Vamos con los uniformes hechos trizas y sin botas. Tengo que caminar casi descalzo, solamente con mis calcetines», escribió un soldado a los suyos. «Nuestra infantería es tan mísera que debe marchar con botas de fabricación casera», informaba otro. Tales inconvenientes forzosamente tenían que ejercer sus efectos sobre las cualidades combativas del Ejército. Los casos de deserción se multiplicaban y se registraba un notable aumento en el número de soldados que, deliberadamente, se lesionaban a sí mismos con el fin de eludir el servicio militar. En todas partes se oían comentarios acerca de la inutilidad de la guerra a la que los insensatos gobernantes de Rusia habían abocado el país.

Entretanto, después de haber fracasado en su intento de conseguir una victoria en la campaña de 1914, el Alto Mando alemán decidió concentrar sus esfuerzos en el frente oriental, para derrotar a Rusia, ponerla fuera de combate y después dirigir todas sus fuerzas contra Francia y Gran Bretaña. En los primeros días de mayo de 1915, las tropas alemanas y austríacas lograron abrir una brecha en el frente de Galizia, obligaron a los rusos a retirarse de esta región y de Polonia, y ocuparon una parte del territorio de Rusia. También durante la campaña de verano de 1915, los alemanes se anotaron éxitos muy importantes, mientras los rusos sufrían enormes pérdidas que totalizaron, desde el comienzo de la guerra, no menos de 3.400.000 hombres. De éstos, 300.000 habían perdido la vida, y un millón y medio, entre oficiales y soldados, habían sido hechos prisioneros.

**«Alarma patriótica»**

Estas derrotas en el frente provocaron un cambio repentino en las relaciones entre los círculos burgueses, para los cuales la Duma servía de tribuna, y el grupo dirigente de las más altas esferas. Se habían desvanecido las esperanzas de que la monarquía fuese capaz de organizar una guerra victoriosa, de poner punto final al fermento revolucionario y, por último, de admitir a la burguesía en la tarea de gobernar el país. El «entusiasmo patriótico» cedió el paso a una «alarma patriótica».

El aparato militar se había demostrado incapaz de desempeñar su función. Los síntomas amenazadores de la rebelión popular eran cada vez más evidentes, y los esfuerzos que hacía la burguesía con la intención de llegar a un eficaz entendimiento con las autoridades no tuvieron éxito alguno.

A medida que adquirían mayor importancia en la economía de su país, los burgueses rusos trataron de lograr un puesto en la administración pública para influir la política en el sentido que deseaban. En los primeros días de junio de 1915 celebróse en Petrogrado —como se llamaba entonces a San Petersburgo en atención a los sentimientos antigermanos— una conferencia de los representantes del comercio y de la industria, con el fin de considerar cuestiones relativas a la adaptación de esta última a las necesidades de la guerra. Se decidió la formación de unos comités para la industria bélica, que se convertirían después en uno de los centros políticos de la burguesía, semejantes a las asociaciones de los *zemstvos* y consejos locales creados en el verano de 1914.







**Propaganda en favor del esfuerzo bélico ruso.** *Arriba.* **Un cartel ruso: «¡Todo para la guerra! Suscribid los bonos de guerra al 5½ por ciento.»** *Abajo.* **Petición británica de auxilio para el aliado en apuros: «¡Salvad a las mujeres de Rusia!»**

Desde un principio, tales asociaciones trataron de intervenir en la dirección de la economía nacional, pero, anulados todos sus esfuerzos por el Gobierno, tuvieron que limitarse a la prestación de ayuda a los enfermos y heridos. Al frente del comité central para la industria de la guerra estaba el enérgico y decidido Guchkov, dirigente de la alta burguesía y uno de los organizadores del Partido Octubrista (partido de burgueses acaudalados y terratenientes, formado en octubre de 1905, que apoyó al zarismo).

Una de las peticiones principales presentadas por la burguesía en la conferencia de Petrogrado fue la convocatoria de la Duma. Desde el comienzo de la guerra, sólo se había reunido en dos ocasiones: en agosto de 1914, con motivo del inicio de la contienda, y en febrero de 1915, para la aprobación formal del presupuesto. Ello no convenía en modo alguno a la burguesía, que consideraba la Duma como la única institución capaz de ejercer presión sobre el Gobierno.

«La Duma del Estado —dijo Miliukov, líder del Partido de los Cadetes (demócratas constitucionales), en uno de sus mitines— es el único centro organizado del espíritu y voluntad nacional, la única institución capaz de hacer frente a la burocracia.»

Las insistentes peticiones de la convocatoria de la Duma fueron acompañadas por la de reforma del propio Gobierno. La burguesía liberal, representada por el Partido de los Cadetes, no estaba preparada en aquellos momentos para anunciar, como parte de su programa, la petición de un «ministerio responsable», puesto que juzgaba que bastaría con cambiar alguno de los miembros del Consejo de Ministros. Al fin y al cabo, el hecho de iniciar una pugna abierta con las autoridades habría significado apelar a las masas y dar rienda suelta a las fuerzas de la revolución, no menos temibles, para la burguesía, que las reaccionarias. La frecuente introducción de nuevos personajes en el Gabinete, «para asegurar la organización correcta del frente interior, el mantenimiento de la paz en el país y la estrecha colaboración entre Gobierno y pueblo», se presentó como condición para convocar la Duma y asegurar que ésta actuase debidamente.

Las derrotas en el frente y el incremento de la oposición burguesa obligaron a Nicolás II a hacer algunas concesiones. En el seno del Consejo de Ministros se formó un grupo que consideraba necesario prestar mayor atención a la «opinión pública» y adoptar una política más moderada con respecto al «pueblo». Con ello evidencióse todavía más que, en su composición original, el Consejo de Ministros no podía convocar la Duma sin entrar en serio conflicto con ella.

Maklakov, ministro del Interior, fue el primero en cesar en su cargo. Sucedióle el príncipe Cherbatov, miembro del Consejo del Estado, al que la prensa liberal describía como «un conservador en el sentido europeo de la palabra», hombre respetuoso con la ley y opuesto a cualquier «extremismo». Sin embargo, por moderadas que fueran las opiniones del nuevo ministro, la caída de Maklakov proporcionó una gran satisfacción a la clase media, que lo consideraba, junto con el ministro de la Guerra Sujomlinov, como uno de los principales responsables de todos los desastres e infortunios que afligían a Rusia. Sujomlinov, que había ocupado el Ministerio de la Guerra desde 1909, se retiró poco después de Maklakov, y le sustituyó el general Polivanov.

La campaña contra Sujomlinov se había iniciado en la primavera de 1915, cuando las tropas rusas fueron desalojadas de Galizia. Sus adversarios sacaron a la luz cuanto pudieron hallar en contra del ministro: su comprometedor matrimonio con la esposa de un terrateniente de Kiev llamado Butovich, sus íntimas relaciones con un individuo de muy dudosa reputación, un tal Altschuller, y su parentesco con el espía alemán Miasoiedov, ahorcado en el invierno de 1915. La palabra «traición» se oía cada vez con mayor frecuencia cuando se mencionaba al ministro de la Guerra y, de un modo u otro, era preciso desembarazarse de él. En lo que se refiere a Polivanov, hubiera sido difícil imaginar un cebo mejor para presentar ante la Duma. Incluso cuando era ayudante del ministro de la Guerra, de 1905 a 1912, Polivanov se había granjeado cierto prestigio en la Duma gracias a la habilidad con que sabía tratar a la burguesía, y en los círculos burocráticos se había ganado la reputación de «izquierdista». El Zar no le profesaba particular simpatía, pero, dadas las circunstancias, se vio obligado a aceptar su nombramiento.

Otros dos personajes que cesaron en sus cargos fueron Cheglovitov, ministro de Justicia, y Sabler, procurador en jefe del San-





Arriba: **depósito de agua destruido por los rusos durante su retirada a través de Lituania, en 1915.** Izquierda: **soldados rusos heridos, trasladados en carro hasta Lemberg. Los ministros del Zar habían sido incapaces de equipar a su Ejército para la guerra moderna.**

## Los soldados del Zar

Quince millones de campesinos fueron reclutados para luchar por la gloria del Zar y de la Santa Rusia. El Ejército reveló en todos sus detalles las debilidades del régimen de Nicolás II. El Alto Mando sólo había de rendir cuentas ante un monarca incapaz de organizar equipos ni suministros; un rígido sistema de castas separaba a los oficiales de las masas bajo su mando. Al ser expulsado este inmenso ejército de la Galizia (Polonia austríaca), la Polonia rusa y Lituania, los campesinos conocieron el hambre, los soldados murieron a millares, y el Zar acabó por perder su trono.

Abajo: **Nicolás II con su Estado Mayor; en 1915, el Zar asumió el mando supremo de las fuerzas armadas, simbólica e inútil afirmación autocrática.** Al pie: **tropas alemanas en las calles de un pueblo ruso incendiado.** Derecha: **descanso en una trinchera alemana recién conquistada.**







Arriba, a la izquierda: **visita de oficiales rusos a un rudimentario hospital de campaña.** Arriba, a la derecha: **ataque con gases contra una trinchera rusa; el equipo y las armas de los alemanes eran incomparablemente más modernos que los pertrechos de los rusos.** Izquierda. **Un cartel francés: «En el suelo enemigo, los prisioneros rusos se mueren de hambre.»**

SUR LA TERRE ENNEMIE
LES PRISONNIERS RUSSES
MEURENT DE FAIM






Arriba. **Un cartel alemán anuncia a los polacos de Galizia: «Przemysl se halla en nuestro poder. En mayo, hemos capturado a 1.000 oficiales rusos y 300.000 soldados.»** Derecha: **un puente volado por los rusos en retirada.** Abajo: **tropas rusas concentradas para abandonar Czernowitz, la capital de la Bucovina, evacuada en julio de 1917.**





**Soldados rusos hechos prisioneros, con su armamento, cerca de Lvov (Lemberg). Durante el verano de 1915, en el frente oriental los alemanes capturaron un millón y medio de hombres, entre oficiales y soldados.**

to Sínodo (o sea, representante del Zar en el Gran Consejo de la Iglesia Ortodoxa Rusa). El primero fue sustituido por Jvostos y el segundo por Samarin, ambos de ideología absolutamente conservadora, pero mal vistos por la emperatriz Alejandra Fedorovna y por Rasputín, lo que de por sí era ya una excelente recomendación a los ojos de la burguesía. Estos nombramientos fueron los únicos cambios introducidos en la composición del Gobierno, en vísperas de la nueva sesión de la Duma. El Consejo de Ministros estaba presidido aún por Goremikin, ya muy viejo, que tenía fama de ser un gran reaccionario y un perseguidor de todo liberalismo. El peligro de un conflicto entre el «nuevo» Gobierno y la burguesía no había quedado excluido. Así lo confirmaron plenamente los acontecimientos.

**La Duma vuelve a reunirse**

La Duma reunióse de nuevo el 1 de agosto de 1915, primer aniversario del comienzo de la conflagración, y mientras los grupos de derecha, representantes de los terratenientes, continuaron como siempre otorgando al Gobierno su apoyo incondicional, el sector burgués de la Duma no disimuló su descontento. La burguesía no tenía ningún interés en provocar un cambio radical en la política del régimen zarista: su única preocupación consistía en introducir en el seno del Gobierno personas que disfrutaran de la confianza indiscutible de la clase media y que fuesen capaces de representar sus propios intereses. Una mayoría sustancial de los sectores de la Duma unióse bajo la consigna de un «ministerio de confianza». El periódico liberal moscovita *La Rusia de la mañana* publicó un comentario, encabezado por el titular «Un Gobierno de defensa», en el que ofrecía la lista de componentes de un ministerio del agrado de la burguesía. Rodzianko, octubrista y presidente de la Duma, debía ser el primer ministro; otro octubrista, Guchkov, el ministro del Interior; y el «cadete» Miliukov, ministro de Asuntos Exteriores.

El 22 de agosto concluyeron las negociaciones entre los líderes de las facciones de la Duma con la firma de un acuerdo formal entre ellos, y así fue como se creó un «Bloque Progresista», organización que se convertiría en el centro político de toda la oposición burguesa. Muchos de los veinticinco miembros de su buró —Miliukov, Chingarev, Nekrasov, Lvov, Godnev y otros— fueron más tarde, tras la caída del zarismo, miembros del Gobierno provisional. Seis de los grupos de la Duma, desde los cadetes hasta los nacionalistas «progresistas», o sea 236 entre los 442 diputados, entraron a formar parte del Bloque. Permanecieron fuera del mismo los grupos de derecha (extremistas y nacionalistas), y los de extrema izquierda (socialdemócratas, mencheviques y socialistas revolucionarios). Estos últimos, empero, si bien no ingresaron formalmente en el Bloque, siempre votaron con él y apoyaron su política.

En lo que se refiere al programa del Bloque, su punto central consistía en la petición de un «Gobierno de confianza». Los demás puntos del mismo eran muy modestos: cambios en el personal de la administración local, amnistía parcial para los delitos religiosos y políticos, algunas tímidas medidas destinadas a eliminar las restricciones impuestas a los judíos, reanudación de las actividades sindicales, etc. Nada, en fin, que pudiera minar el poderío del Zar. El programa no buscaba romper con el zarismo, sino llegar a un acuerdo con él a base de reformas liberales y de la organización de una guerra victoriosa contra Alemania. La idea primordial de los líderes del Bloque era crear en el país una situación que excluyera la posibilidad de un estallido revolucionario, que para ellos equivalía al caos y a la anarquía más absolutos. Pero incluso este modesto programa resultó excesivo para la monarquía, puesto que la formación en la Duma de una oposición mayoritaria pondría fin a toda posibilidad de maniobra entre las alas extremas de los partidos agrarios burgueses, tal como había estado haciendo el grupo dominante desde la primera revolución rusa. No pasó un mes antes de que el Zar firmase un decreto disolviendo la Duma. «Rechazaron la mano que se les ofrecía —recordó más tarde Miliukov—. El conflicto entre la monarquia, por una parte, y los representantes del pueblo, por la otra, convirtióse en abierta ruptura.»

**El polvorín**

Es evidente que el líder de la oposición exageraba cuando dijo que lo ocurrido en septiembre marcaba el final de los esfuerzos para hallar una solución de compromiso. Incluso antes de que se produjera la ruptura final, la burguesía más de una vez tendió la mano al Gobierno con la esperanza de llegar a una solución aceptable para ambos lados, pero lo cierto es que la monarquía se había mantenido hasta el momento en una postura inflexible, ya que el súbito paso de una política de concesiones parciales a una política reaccionaria no se limitó a la disolución de la Duma. Nicolás II ya había destituido al gran duque Nikolai Nikolaievich del cargo de comandante supremo, que había asumido él personalmente. No cabía duda de que este cambio no obedecía en absoluto a consideraciones de carácter militar, ya que Nicolás II no era un soldado y, como jefe de un ejército, no podía ser más que una figura decorativa. Su decisión fue, sin duda alguna, un gesto político, inspirado por la Emperatriz y por Rasputín. Ni las objeciones de sus ministros ni siquiera las protestas de sus familiares consiguieron que

cambiase de idea. El grupo germanófilo, encabezado por la emperatriz Alejandra Fedorovna, hizo cuanto pudo para apartar la atención de Nicolás II de los asuntos del interior, para poner fin a las insignificantes concesiones hechas a la opinión pública y para abrir camino hacia una paz por separado con Alemania.

Esta vez no resultó tan difícil manejar a la oposición burguesa, puesto que la sesión de clausura de la Duma sólo duró tres minutos. Los diputados escucharon, en un silencio absoluto, las palabras del decreto imperial que proclamaba su disolución, pronunciaron un leal «¡viva!», y se dispersaron sin una sola palabra de protesta. Tenían demasiado temor a la «calle», a cualquier movimiento por parte de las masas, para entregarse a una oposición abierta contra el sistema que había conducido al país hacia el desastre.

Pasaron los meses. No había señales de que la contienda fuera a terminar y la situación en el país se hacía cada vez más tensa. A principios de 1916, el movimiento huelguístico se reanudó en mayor escala. Cada año los trabajadores rusos declaraban huelgas en recuerdo de los que habían muerto en el «domingo sangriento» del 22 de enero de 1905. En esta ocasión, la huelga tradicional de enero asumió proporciones enormes, y sólo en Petrogrado el número de huelguistas pasó de los 100.000. Ni las detenciones de la policía, ni la movilización de tropas para vigilar las fábricas más importantes, lograron acabar con el movimiento. El fermento revolucionario se propagó incluso al Ejército, y la población de pueblos y aldeas, oprimida por las continuas requisas, empezó también a levantar la voz. Se estaba formando un enorme polvorín que podía estallar en cualquier momento. Terratenientes y granjeros empezaron a sentirse obsesionados por el recuerdo de lo ocurrido en 1905.

**«Un Gobierno de saltimbanquis»**

El Zar y su Gobierno se veían impotentes ante la catástrofe que se avecinaba. No podían evitar ni la crisis económica ni el avance del movimiento revolucionario. En busca de una solución, el Zar y los más allegados a él recurrieron a la destitución de los miembros más importantes del Gobierno, y ello no sirvió más que para poner de relieve que había una crisis entre los altos dirigentes, perdida ya su capacidad para hacer frente a la situación con ánimo moderado y realista.

I. L. Goremikin, el primer ministro, fiel defensor de la monarquía, fue el primero en perder su puesto en el Gobierno. Se repitió la misma historia de 1915. No se trataba de un cambio efectivo de política en sentido «liberal», sino, únicamente, de dar a la Duma la oportunidad para descargar sus iras contra los que eran desposeídos de sus cargos. El puesto de Goremikin fue ocupado por Stürmer, un hombre de sesenta y ocho años cuya línea política garantizaba que no cabía esperar mejora alguna en la situación. Por otra parte, la germanofilia de Stürmer era bien conocida, por lo que su nombramiento podía considerarse como una prueba del deseo del Zar de iniciar negociaciones para una paz por separado con Alemania. La noticia fue recibida con evidente alarma por los embajadores francés y británico. Sir George Buchanan escribió: «Dotado de una inteligencia mediocre, sin experiencia en los asuntos del Estado, preocupado exclusivamente por sus intereses personales, conocido por su capacidad de adular y por su extraordinaria ambición, debía su nuevo nombramiento a la amistad de Rasputín y al apoyo de la camarilla de intrigantes que rodeaba a la Emperatriz.»

Existe toda una literatura acerca de Rasputín. Se han forjado innumerables leyendas alrededor de aquel campesino semianalfabeto de Tobolsk que llegó a ser rey sin corona de Rusia. Es posible que no sea verdad todo lo que se dice en ellas, pero no cabe poner en duda la enorme influencia que «nuestro amigo», como lo llamaba la Zarina, ejercía sobre la política del país.

La sustitución de Goremikin por Stürmer no significó el final de la cuestión. Poco después Sazonov, el ministro de Asuntos Exteriores, y Polivanov, el titular de la cartera de Guerra, fueron destituidos. Ambos eran hombres con los que la burguesía había esperado llegar a colaborar. Empezó entonces lo que cabe calificar de «vaivén ministerial». Los ministros eran relevados uno tras otro, y dos años y medio de guerra presenciaron la destitución de cuatro primeros ministros, seis ministros del Interior, tres de la Guerra y tres de Asuntos Exteriores, entre otros. Nada tiene de particular que el Consejo de Ministros fuese conocido con el apodo de «Gobierno de saltimbanquis».

**Efímera ilusión**

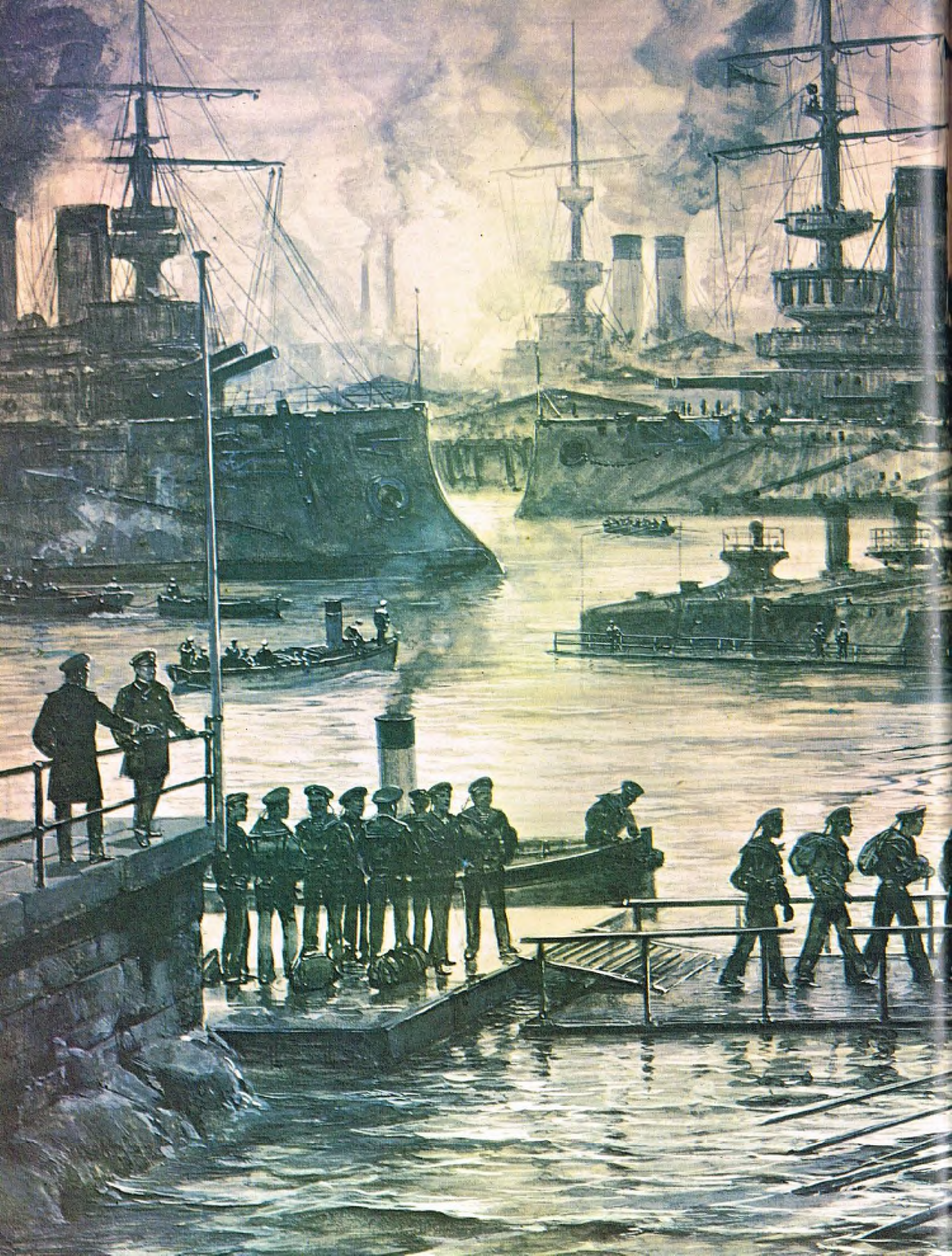
El verano de 1916 pareció un paréntesis de relativa tranquilidad. En el frente mejoró la marcha de las operaciones. Gracias a las enérgicas medidas adoptadas por el general Brusilov, el genial comandante en jefe del frente sudoccidental, las tropas rusas habían conseguido no sólo romper el frente austrogermano en la región de Lutsk, sino incluso convertir esta irrupción en un avance estratégico con la consiguiente derrota del Ejército austrohúngaro. El avance en el frente sudoccidental obligó a los alemanes a trasladar varias docenas de divisiones de reserva al Este y a interrumpir sus ataques contra Verdún. Los austríacos, a su vez, se vieron forzados a detener su avance en Italia. Sin embargo, debido a la falta de apoyo en los demás frentes, el avance ruso no repercutió de forma decisiva en el desenlace de la contienda y, a fines de verano, los ejércitos habían vuelto a la guerra de trincheras.

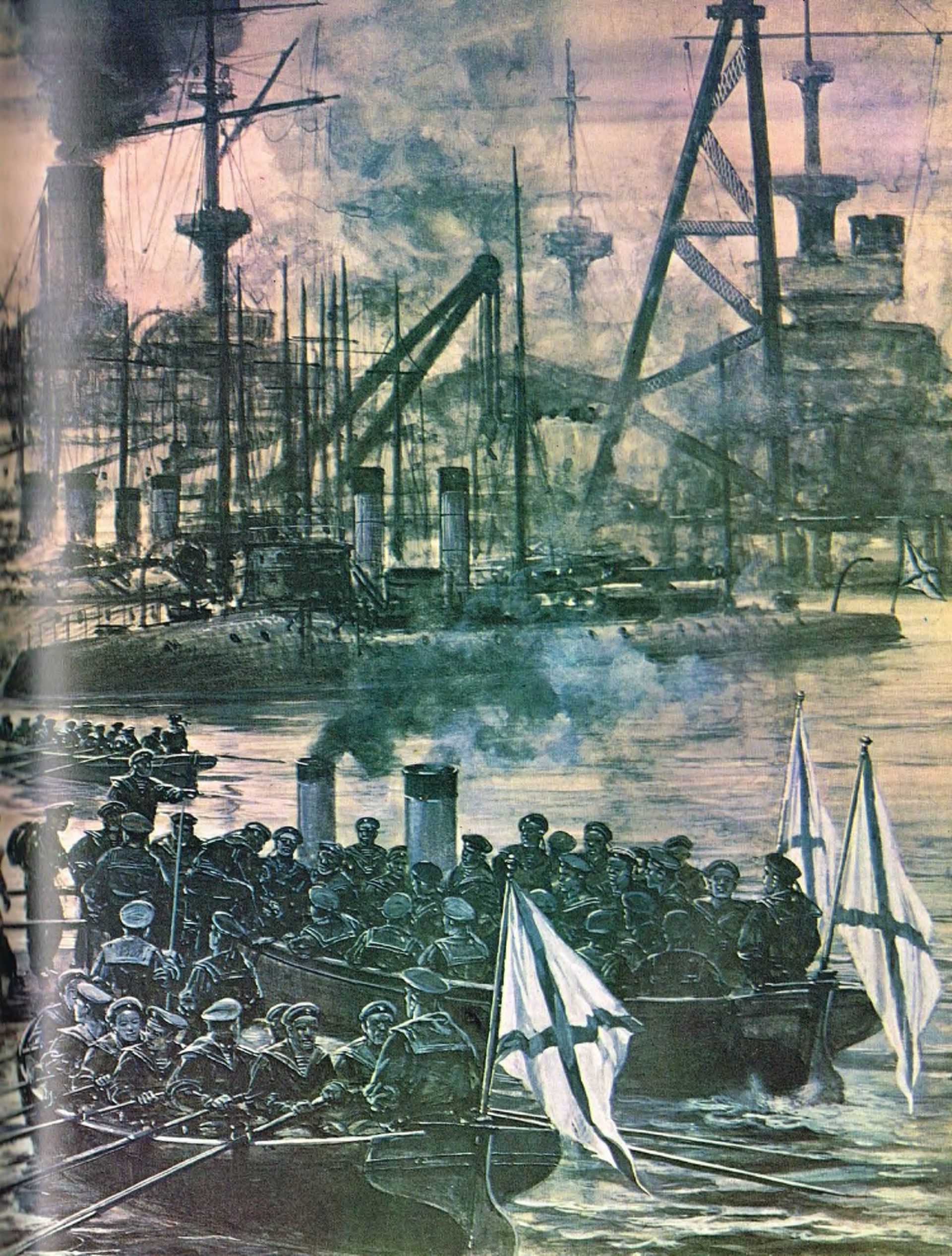
También pareció disminuir la tensión dentro del país. Decreció algo la oleada de huelgas, lo cual alimentó la esperanza de que el movimiento revolucionario se extinguiera. Es verdad que se produjo una insurrección espontánea en las regiones sudorientales del país, en Kazajstán y en el Asia Central, donde la población local se había visto reducida a un estado de verdadera desesperación; pero, al principio, el Gobierno no dio importancia a esa revuelta. Al propio tiempo la oposición burguesa parecía haberse calmado. Sea como fuere, las llamadas «organizaciones voluntarias» que, creadas para dirigir la industria y los suministros bélicos, habían formado el núcleo de la oposición burguesa, trabajaban entonces con empeño para establecer contacto con los círculos gubernamentales.

**Huelgas desastrosas**

Pero se trataba de un período de calma pasajero y en gran parte ilusorio. A finales de 1916, la situación catastrófica en la que se encontraba Rusia se puso enteramente de manifiesto. El desastre se abatió sobre todos los sectores de la economía. La industria, el transporte, las finanzas y la agricultura se hallaban, sin excepción, en un estado de colapso absoluto. Uno de los síntomas de la desorganización económica general fue la severa crisis alimentaria que se produjo en el otoño de 1916. La grave situación económica, la carestía de alimentos y las medidas represivas del Gobierno indujeron a los trabajadores a desencadenar una nueva oleada de huelgas, mucho mayor que las precedentes.

En septiembre de aquel año participaron en el paro no más de 50.000 trabajadores, pero en octubre los huelguistas fueron cerca de 200.000. En el transcurso de 1916 se registraron más de 1.500 paros con la participación de un millón de trabajadores, o sea aproximadamente el doble que





*Página anterior:* **«La última esperanza naval de Rusia. La flota del Báltico dispuesta para zarpar», pintura de J. M. Price. Al igual que el Ejército, también la Armada había perdido el espíritu combativo. Sus marineros, no obstante, desempeñarían un papel destacado en las últimas fases de la Revolución.**

en el año anterior. Las huelgas asumieron cada vez más importancia, tomando parte en el movimiento obreros de las regiones más remotas, además de los pertenecientes a los centros industriales. No se trataba ya únicamente de un movimiento de masas que abarcaba a todo el país, sino que en los últimos meses de 1916 adquirió también un colorido político claramente definido. Lo que había sido una lucha por ciertas demandas económicas limitadas, convirtióse en lucha contra el sistema monárquico existente, contra la guerra y contra los que la habían impuesto al pueblo.

La sección bolchevique del Partido Socialdemócrata Ruso desempeñó un papel importante al conferir a este movimiento espontáneo un carácter organizado y un objetivo bien definido. El Partido Bolchevique mantenía vínculos estrechos con la parte más avanzada, más inteligente y más activa de la clase obrera, y fue, en efecto, el único partido socialista que luchó de forma coherente y sin compromiso alguno contra la guerra y el zarismo, ya que consideraba la revolución y la ruptura completa con la política interior y exterior del zarismo como el único medio para salvar al país de la ruina.

Pero este partido tenía que actuar en unas condiciones increíblemente difíciles. Ya en noviembre de 1914, los cinco diputados bolcheviques de la Duma habían sido detenidos y enviados a Siberia, lo que significó la pérdida de un centro legal y de una tribuna muy importantes desde los cuales el partido podía hacer oír su voz. Por lo tanto, tuvo que actuar en condiciones de absoluto secreto. Pero, a pesar de las numerosas dificultades y peligros que acechaban a los bolcheviques en todo momento, su actividad revolucionaria contra la guerra no tuvo pausas. Bastará con decir que, desde el comienzo de la guerra y hasta la revolución de febrero, las secciones locales del partido distribuyeron más de 600 folletos con un total de unos dos millones de ejemplares, publicados en ochenta poblaciones y distribuidos en todo el país. En Petrogrado, Moscú, Riga, Jarkov y otras diversas ciudades, los bolcheviques consiguieron incluso publicar periódicos clandestinos, que, si bien usualmente eran pronto secuestrados por la policía, cumplían su misión de exponer la verdad acerca de los acontecimientos. Los eslóganes bolcheviques adquirieron cada vez mayor popularidad entre unas masas exhaustas por la insoportable carga de la guerra.

A pesar de la censura, las noticias de la tensión interior y de la creciente efervescencia revolucionaria llegaban hasta el frente. Entre las filas del Ejército se difundió la indignación contra las medidas con las que el Gobierno y el Zar estaban conduciendo el país al desastre, y en vez de ser un instrumento para la pacificación y supresión del movimiento de emancipación, el Ejército convirtióse en parte integrante del pueblo revolucionario, dispuesto a derrocar un régimen ya decrépito.

**La camarilla de la corte**

Las clases dirigentes y ricas se hallaron enfrentadas a la inminente amenaza de una explosión revolucionaria. Tanto los defensores del sistema zarista como la burguesía que formaba la oposición empezaron a buscar febrilmente un remedio para la crisis. La situación en que se hallaban los dirigentes de las altas esferas a finales de 1916 puede ser descrita con una sola palabra: aislamiento. Estaban aislados incluso de las clases y grupos sociales cuyos intereses habían representado y defendido durante tantos años. También los terratenientes, la más conservadora de todas las clases que integraban la sociedad rusa, se alejaron del grupo de intrigantes que rodeaban el trono y que se hallaban todos ellos bajo la nefasta influencia de Rasputín. El mismo Purichkevich, uno de los reaccionarios más violentos y enemigo de toda clase de libertad, un hombre que odiaba a los liberales casi tanto como a los revolucionarios, exhortó públicamente al Zar a ocuparse de la «terrible realidad» y «a librar a Rusia de Rasputín y de todos quienes lo apoyaban». Los terratenientes querían conservar la monarquía, pero no en la persona del indeciso y débil Nicolás II, rodeado de pícaros y oportunistas, y que «decidía» en materia política al dictado de su mujer y del barbudo «monje» Rasputín. En tales circunstancias, a los intrigantes de la corte sólo les quedaba una solución: llevar la política de represión hasta las últimas consecuencias, firmar cuanto antes una paz por separado con Alemania y, con la ayuda de su antiguo amigo «Willy» —Guillermo II de Alemania—, acabar de una vez por todas con la «infección revolucionaria» y con los liberales. Tal fue el paso que decidió dar la camarilla de la corte y, a partir del otoño de 1916, las tentativas de entrar en negociaciones con el Gobierno alemán pasaron al terreno de la actividad política.

**«Nos aplastarán...»**

La posibilidad de semejante solución en modo alguno convenía a la burguesía rusa, que veía desvanecerse los objetivos buscados en la guerra y temía, además, las consecuencias políticas de tal medida sobre el orden interno del país. La clase que dominaba económicamente el país no podía, y sin duda no quería, verse aislada del poder. A este respecto los burgueses tenían que ajustar cuentas muy largas e importantes con la monarquía, y para conseguir este fin, anhelado desde hacía tanto tiempo, estaban dispuestos a recurrir a todo, excepto a la voluntad popular.

El temor a las masas, el miedo a la revolución, hizo que la oposición burguesa atacara duramente a un Gobierno que se mostraba incapaz de hacer frente a la revolución; pero este mismo temor la obligaba al propio tiempo a negarse a entrar en conflicto con el Gobierno. Temía que las duras palabras pronunciadas en la Duma pudieran ser la chispa que iniciase la conflagración que destruiría el trono, el Gobierno y la propia burguesía. Fue Chulguin, uno de los líderes del Bloque Progresista, quien expuso claramente la situación cuando dijo: «La muchedumbre nos acosa... Nos está empujando y hemos de movernos. Resistimos con todas nuestras fuerzas, pero debemos movernos... Si no lo hacemos, nos aplastará, nos cerrará el paso y se precipitará contra lo que estamos tratando... de defender a pesar de todas nuestras protestas, quejas y reproches: el poder.»

Se hacía cada día más evidente que la situación era desesperada. Nicolás II hacía oídos sordos a las súplicas de los miembros de la Duma y de sus colaboradores más razonables. Ni él ni la camarilla de fanáticos tan estrechamente apiñada a su alrededor estaban dispuestos a desviarse un solo paso del curso reaccionario que habían impuesto a los asuntos internos, e insistían en conseguir una paz por separado con Alemania. Pero fuera del palacio, en los barrios obreros, la marea del descontento popular iba en aumento y amenazaba desbordarse. La burguesía, perdida su fe en la posibilidad de «persuadir» al Zar para que hiciera concesiones, empezó a preparar una revolución de palacio. Anteriormente ya había apuntado semejante idea. Una noche, en el otoño de 1915, después de fracasar uno de los habituales intentos de llegar a un acuerdo con el Gobierno, un miembro del Bloque dijo: «Confío en un 23 de marzo.» (Hacía más de un siglo, el 23 de marzo de 1801, los conspiradores habían asesinado a Pablo I y entronizado a un nuevo emperador.) Se trataba, ahora, de una simple alusión hecha por el portavoz de hombres que no podían



El general Sujomlinov (a la izquierda), ministro de la Guerra. A pesar de los «méritos» que relucen en su archicondecorado pecho, fue duramente acusado —y juzgado— por su presunta negligencia en el suministro de municiones.

ni querían luchar contra el régimen zarista junto al pueblo y al frente de éste.

Sin embargo, en el otoño de 1916, esta solución resultó ser la única posible. Líderes del Bloque Progresista y de las organizaciones de voluntarios burgueses se unieron a los conspiradores, y los generales Krimov, Denikin y Ruzski, entre otros, se dejaron implicar en el complot. Según Guchkov, uno de los participantes más activos de la conjuración, se trataba de apoderarse, con la ayuda de unidades de la guardia, del tren imperial, obligar a Nicolás II a que abdicase, después con las mismas fuerzas detener al Gobierno en Petrogrado y, finalmente, anunciar lo que había ocurrido. Si el Zar se negaba a firmar la abdicación, sería preciso «eliminarlo físicamente», como Denikin escribió más tarde. Tales eran los planes y el futuro inmediato demostraría hasta qué punto se podían llevar a cabo.

## El asesinato de Rasputín

En la fría noche del 30 de diciembre, ocurrió otro acontecimiento que constituyó una página interesante y significativa en el drama histórico que se estaba desarrollando a fines de 1916: Grigori Rasputín fue asesinado, en la residencia privada que tenía en Petrogrado el príncipe Félix Iusupov, por un pequeño grupo de conspiradores: el propio Iusupov, el gran duque Dmitri Pavlovich y el diputado Purichkevich. Si bien los que participaron directamente en el asesinato fueron pocos, detrás de ellos existía un amplio círculo de hombres interesados en la eliminación del todopoderoso favorito de la pareja imperial. La idea de alejar definitivamente a Rasputín y a la Emperatriz de los asuntos políticos había sido discutida en círculos aristocráticos desde principios de 1916, y hacia el otoño de este mismo año el plan empezó a tomar forma.

Después de la muerte de Rasputín, la esposa de Rodzianko, presidente de la Duma, escribió a la princesa Iusupova: «Me dicen que hay 106 personas sospechosas...» Sin embargo, no eran únicamente aristócratas, sino también miembros de la Duma los que se hallaban complicados en la conspiración contra el «monje». Aparte de Purichkevich, también Maklakov —destacado miembro del Partido de los Cadetes y hermano del exministro de Asuntos Exteriores— tomó parte directa en los preparativos del asesinato. Él entregó a los conspiradores el cianuro de potasio que éstos pusieron en el vino de Madeira y en la comida con la que debían «obsequiar» a Rasputín, y dio a Félix Iusupov, «por si acaso», una porra de goma que luego resultó ser muy útil. Pocos días antes del asesinato, Purichkevich contó a su amigo Chulguin lo que se estaba planeando, y seguramente otros miembros de la Duma estaban enterados.

El drama ocurrido en la casa de Iusupov fue de dominio público al día siguiente, cuando el cadáver fue extraído del Neva, adonde había sido arrojado. La Emperatriz estaba fuera de sí y exigía un severo castigo para los culpables, pero Nicolás II no quiso llegar demasiado lejos al descubrirse que varios miembros de la casa imperial estaban complicados en el asunto. El gran duque Dmitri Pavlovich fue exiliado a Persia, Félix Iusupov fue confinado en su propia hacienda de la *guberniya* de Kursk, y Purichkevich, sin que nadie le pusiera impedimento alguno, tomó un tren hospital y se marchó al frente. El gran duque Nikolai Mijailovich, también exiliado por haber tomado parte en el asunto, escribió: «Alexandra Fedorovna está satisfecha, pero me pregunto si esta desventurada mujer permanecerá en el poder durante largo tiempo.»

El asesinato de Rasputín, que formaba parte de la conspiración general contra Nicolás II, fue un intento para salvar a la monarquía «a la antigua usanza rusa», y, tal como observó agudamente Chulguin, se trataba de «una acción profundamente monárquica». Pero, en sí, no podía cambiar nada. El asunto Rasputín había echado raíces muy profundas en todo el organismo estatal. Como réplica al asesinato, se produjeron nuevos cambios en el Gobierno. La presidencia del Consejo recayó en el que sería el último primer ministro de un Gobierno zarista, el débil príncipe Golitsin. El Imperio de los Romanov se precipitaba hacia la ruina. Empezaba 1917, el año de la Revolución.

**Alexander Grunt**


Россійскій
царствовавшій
домъ...

# Rasputín

**Mientras la guerra iba sacudiendo los cimientos del Estado ruso, en las altas esferas se desarrollaba una crisis irremediable, simbolizada y personificada por las actividades de uno de los hombres más extraños que jamás hayan regido los destinos de una nación.**

*Izquierda.* **Una irreverente caricatura rusa: el Zar y la Zarina en brazos de su poderoso «genio del mal».** *Abajo:* **el «sencillo campesino ruso» posa para una fotografía entre otros dos consejeros del Zar.**



El Imperio Ruso que entró en la Gran Guerra constituía una extraña mescolanza de contradicciones. Para los occidentales era como un «rodillo compresor», una apisonadora formada por la masa de pobres e ignorantes campesinos, arrancados de sus atrasadísimos medios rurales para formar el ejército de seis millones de hombres que Rusia pudo movilizar en el primer invierno de la guerra. Estos campesinos representaban a la vez la fuerza y la fatal debilidad del Imperio zarista.

Menos familiar para el mundo exterior era la nueva Rusia industrial y urbana, que había crecido con rapidez en los veinte o treinta años anteriores a la contienda, una Rusia de carbón, acero y ferrocarriles, de industriales y financieros, de abogados, médicos y profesores, y, a partir de 1905, de partidos políticos, asociaciones profesionales e incluso sindicatos. La rusia zarista no se hallaba, como muchos han creído, en un estado de decadencia o «declive»; muy al contrario, en los últimos años había entrado en vías de desarrollo y ofrecía gran variedad de formas conflictivas que sometían su estructura a una presión que resultó fatal.

La nueva Rusia no podía ocupar un lugar en la sociedad zarista tradicional. Ya en 1905 los campesinos, los obreros de las ciudades, los que ejercían una profesión liberal e incluso parte de la nobleza, en una fórmula precaria de alianza, habían hecho estremecer a la autocracia y la habían obligado a conceder la institución de un Parlamento nacional, la Duma. Este nuevo órgano representaba, imperfectamente, a todas las clases de la nación, pero en él llevaban la voz cantante los terratenientes y los elementos más acaudalados de las ciudades. El objeto de su fundación fue crear un foro donde el Gobierno pudiera colaborar con los sectores más influyentes de la sociedad rusa para proceder a las reformas que, durante la revolución de 1905, en general se juzgaron necesarias. Pero, a medida que se desvanecía el recuerdo de la revolución, la realización de tales reformas pareció menos urgente y las viejas costumbres de la autocracia volvieron a imponerse. En el ala derecha de la Duma y en el Consejo del Estado, surgieron grupos poderosos en los que el Gobierno se apoyaba, cada vez más, en busca de una mayoría: grupos obstinados en cortar de raíz o demorar indefinidamente unas reformas que, según ellos, podían abrir las compuertas de la revolución. Este proceso provocó, entre los intelectuales y el ala izquierda de la Duma, una creciente decepción en lo referente a la acción política y una amargura impotente.

Sobre este trasfondo de estancamiento político y de amargura es donde hemos de situar la aparición de la figura que, para muchos historiadores, personificó los últimos extremos de la decadencia del zarismo: Grigori Rasputín, un campesino originario de la aldea de Pokrovskoie, en la Siberia occidental. Es un error pensar que era sacerdote o monje, puesto que no estaba vinculado a ninguna iglesia organizada, pero a través de sus primeros años de solitario vagabundeo por Rusia, los Balcanes y el Oriente Medio, se había ido convenciendo de tener un poder infalible sobre las enfermedades espirituales, y había desarrollado para sus propios fines una doctrina de redención a través del pecado, que contaba con profundas raíces en el pensamiento religioso ruso (sobre todo en el de ciertas sectas). Cuando hizo su primera aparición en San Petersburgo, en 1903, su aspecto tosco y desgreñado de campesino y sus modales y principios, tan independientes, le granjearon las simpatías de ciertos personajes de la corte, donde tradicionalmente se buscaba en el misticismo religioso un panacea para las incurables enfermedades sociales.

**«...Un buen ruso, sencillo y religioso...»**

Había motivos especiales para que un personaje como Rasputín consiguiera llamar la atención de la pareja imperial. El heredero varón tan esperado, el zarevich Alexei, había heredado la hemofilia, y Rasputín, con su poderosa personalidad, logró aliviar las peligrosas hemorragias internas que caracterizan esta enfermedad. Con ello consiguió el afecto de la Emperatriz, cuya preocupación por su hijo la había convertido en una mujer solitaria e histérica. Pero había algo más. A partir de 1911, los años que siguieron a los fraca-

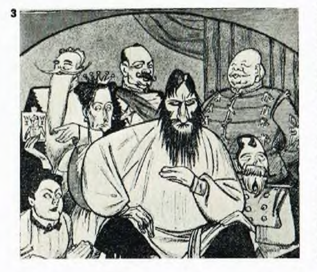
1


2


*1* **La Zarina y su hijo Alexei; Rasputín debía la influencia sobre la Emperatriz a su habilidad para aliviar los trastornos que la hemofilia ocasionaba al niño.**

*2* **Busto de Rasputín, curandero espiritual, amigo de toda clase de abusos, campesino tosco, intrigante político, y extraño consejero de una corte agónica. Escultura de Naum Aronson.**

*3* **El Zar y la odiada camarilla de sus consejeros en una caricatura rusa de 1916. Rasputín convirtió al Zar en objeto de enconadas enemistades personales y del desprecio general**

3


sados intentos de colaboración constructiva entre el Gobierno y la Duma, tanto el Zar como la Zarina llegaron a ver en Rasputín un representante típico de los buenos campesinos rusos, de los cuales, creían ellos con pesar, la Duma y la burocracia los habían separado. Cuando, en cierta ocasión, Deidulin, el comandante de palacio, expresó sus dudas acerca del carácter de Rasputín, Nicolás II replicó: «No es más que un buen ruso, sencillo y religioso. Cuando estoy preocupado o me acometen las dudas, me agrada hablar con él, y después siempre me siento en paz conmigo mismo.»

Rasputín procuraba cultivar su aspecto de campesino, hasta el punto de asistir a banquetes de la corte sucio y desgreñado, y de sumergir las manos mugrientas en la sopera. Otras veces hablaba a la pareja imperial acerca de los sufrimientos de los campesinos y de las medidas que era preciso tomar para aliviarlos. En medio de la incertidumbre de los últimos años, el Zar y la Zarina se complacían en ver en Rasputín un vínculo con el pueblo ruso, en tanto que consideraban a los hombres de la Duma, a los *zemstvos* y a las organizaciones de voluntarios en tiempos de guerra, como unos intrigantes egoístas.

Por lo tanto, Rasputín no sólo fue un símbolo de que la pareja imperial no se sentía vinculada a los problemas del momento, sino que contribuyó a alejarla todavía más de la política. Su actitud arrogante, sus opiniones religiosas poco ortodoxas y, sobre todo, su descarado libertinaje sexual entusiasmaban a muchos. Algunos periódicos de difusión nacional, en particular el *Golos Moskui* («La voz de Moscú»), portavoz de Guchkov, líder del Partido Octubrista —un partido liberal moderado representado en la Duma—, empezó a publicar informes regulares acerca de las actividades de Rasputín, escritos en tono insinuante, así como las «confesiones» de mujeres que habían buscado la purificación espiritual a través de las relaciones sexuales con el monje. A principios de 1912, apareció un artículo destacado en *Golos Moskui*, en el cual Novoselov, especialista en sectas religiosas, denunciaba a Rasputín como miembro de la *Jlysti*, una secta que practicaba la flagelación como medio de estímulo erótico y de comunión con Dios. Esta edición del periódico fue secuestrada, pero Guchkov planteó la cuestión de Rasputín en la Duma e hizo circular copias de cartas enviadas por éste a la Emperatriz que contenían expresiones interpretables como indicios de una intimidad sexual entre ambos. En su suplemento ilustrado el *Golos Moskui* incluso llegó a publicar una breve biografía de Rasputín que terminaba con las siguientes palabras: «Ese tunante y erotómano, que se presenta a sí mismo como santo, se entrega a increíbles orgías en el pueblo de Pokrovskoie, en compañía de muchachas del lugar o con damas que acuden a él para "instruirse". Recientemente, Grigori Rasputín se ha establecido en San Petersburgo, donde ha encontrado poderosos protectores y, sobre todo, protectoras. Corre el rumor de que ha instituido aquí las mismas "buenas obras" que en su pueblo natal.»

Ese extracto ofrece un buen ejemplo del sistema empleado por los políticos liberales para ventilar su frustración a través de venenosas insinuaciones que no respetaban siquiera a la familia imperial, contribuyendo con ello a la atmósfera de suspicacia y enemistad personal en la que se desenvolvió la política durante los últimos años del Imperio.

**El poder del Zar**

La guerra restauró temporalmente la unidad y el sentido de un objetivo común. La Duma aceptó dócilmente la suspensión indefinida de sus sesiones, y los partidos de la oposición declararon su total solidaridad con el esfuerzo de la nación en guerra. Los *zemstvos* y los ayuntamientos se apresuraron a contribuir a la organización gubernamental ante la guerra, primero con la asistencia a heridos y enfermos y después con una creciente aportación en materia de transportes y suministros. El Gobierno otorgó un *status* legal al organismo (*Zemgor*) que coordinaba su tarea, e incluso le concedió empréstitos para este fin.

Sin embargo, esta unidad y cooperación no estaban exentas de recelos y suspicacias, y las primeras grandes derrotas sufridas por los rusos (durante la primavera y el verano de 1915, cuando se perdieron la mayor parte de Polonia y la Galizia) estuvieron a punto de hacerlas añicos. Como todos los Estados beligerantes, Rusia había subestimado la duración y complicaciones de la contienda, con el resultado de que ya en la primera fase resultó evidente la escasez de municiones y abastecimientos. El *Zemgor* extendió el ámbito de sus funciones para hacer frente a las necesidades más elementales del Ejército y de la población, pero los departamentos civiles y militares del Gobierno se hallaban en desacuerdo y, aparte del Emperador, no existía ninguna dirección de alto nivel capaz de coordinar sus

planes. El Consejo de Ministros, cuyas funciones habían sido usurpadas en parte por el *Zemgor* y en parte por el mando militar, se sentía impotente y aislado; en una de sus reuniones, Cherbatov, ministro del Interior, exclamó en un repentino arranque, no exento de agudo y angustiado sentido de la realidad: «¡Un Gobierno que no goza de la confianza del Emperador, ni del Ejército, ni de las ciudades, ni de los *zemstvos*, ni de los nobles, ni de los comerciantes, ni de los trabajadores, no sólo no puede funcionar sino ni siquiera existir! Es simplemente absurdo. ¡Estamos sentados aquí como un puñado de Quijotes!»

Se tomaron medidas para incrementar la colaboración efectiva entre el Ejército, el Gobierno y la sociedad civil en los sectores de la producción industrial y de los suministros. El impopular ministro de la Guerra, Sujomlinov, fue sustituido por Polivanov, que en otros tiempos había trabajado junto con Guchkov y los octubristas en cuestiones de orden militar. Pero los partidos de la Duma querían llegar mucho más lejos y obtener el control de algunos puestos ministeriales en aquella situación de emergencia nacional. Miliukov, líder del Partido Radical Liberal de los Cadetes (democrático constitucional), y el más decidido y sutil partidario de las formas de lucha puramente parlamentaria, reunió varios partidos moderados —a pesar de las considerables diferencias políticas existentes entre ellos—, en el denominado Bloque Progresista, cuyo programa propugnaba reformas moderadas y la formación de un ministerio que disfrutara de la confianza pública. El 8 de septiembre de 1915, este programa fue presentado al Consejo de Ministros, la mayoría de cuyos miembros admitió la sensatez de las reformas propuestas. Pero el primer ministro Goremikin, hombre viejo e incapaz, totalmente entregado al ideal autocrático, no estaba dispuesto a reunirse con miembros del Bloque e insistió en que el nombramiento del futuro Gabinete incumbía exclusivamente al Emperador. Sin embargo, cuatro ministros, dirigidos por Krivochein, titular de la cartera de Agricultura, consultaron con los líderes del Bloque y llegaron a la conclusión de que debía dimitir el Gabinete en pleno para dar paso a un ministerio que gozara de la confianza pública. Aunque de mala gana, Goremikin presentó esta propuesta al Emperador, quien la rechazó y ordenó, en cambio, otra suspensión de las sesiones de la Duma. Goremikin, satisfecho, transmitió la decisión del Emperador al Gabinete el 15 de septiembre, declarando en privado al secretario del mismo: «Dejemos que me insulten y me calumnien... Ya soy viejo y no me queda mucho tiempo de vida. Pero mientras viva, lucharé por la inviolabilidad del poder del Zar. La fuerza de Rusia radica en la autocracia, y sin ella se produciría un caos tal que sería el fin de todo.» La reunión fue tempestuosa. Polivanov y Krivochein estaban enfurecidos y a duras penas reprimieron palabras ofensivas, en tanto que Sazonov, el impetuoso ministro de Asuntos Exteriores, negóse a estrechar la mano de Goremikin al terminar la sesión, y abandonó la sala gritando: «No me da la gana de estrechar la mano a ese viejo idiota. *Il est fou, ce vieillard...*»

Nicolás II rechazó las peticiones de la Duma y del *Zemgor*, y con ello se puso punto final a todo auténtico esfuerzo de conciliación entre la monarquía y aquellas organizaciones sociales. Por su parte, el Zar había ideado un plan para contrarrestar la crisis. Interpretándola —correctamente— como una crisis de confianza entre la monarquía y los diversos sectores del pueblo, trató de solucionarla del modo que le sugerían su formación y ambiente, o sea reafirmando su poder autocrático. El 6 de septiembre anunció que asumía personalmente el mando supremo de las fuerzas armadas, decisión en la que le alentó su esposa, que le apremiaba constantemente para que se mostrara más autoritario, y también Rasputín, cuyas opiniones acerca del gobierno se identificaban con las de Goremikin. Pero, por si esto fuera poco, las tradiciones de la Rusia imperial y autocrática, de las que Nicolás estaba profundamente imbuido, le sugerían una visión paternalista de colaboración social, en que la unidad nacional era una cuestión de ciega obediencia, de impecables revistas militares, de aclamaciones populares y de ceremonias religiosas celebradas en común (de todo lo cual habla con nostalgia en su diario y en sus cartas). Para él, frente a todo esto, las peticiones de los *zemstvos*, de los partidos políticos y de los ministros recalcitrantes no eran más que aburridas intrigas de ambiciosos y mezquinos aventureros y así, a partir de agosto de 1915, Nicolás II confirió mayor consistencia a su autoridad personal. La situación, empero, era excesivamente compleja para una solución tan drásticamente sencilla, y el único resultado que consiguió el Zar fue verse cada vez más aislado de los hombres que poseían un sentido de la responsabilidad y de la realidad, hallándose casi exclusivamente bajo la influen-

1



**1 El «santo varón» cuyos excesos de carácter sexual tuvieron repercusiones políticas. 2 Rasputín entre las damas de la corte; en sus relaciones sexuales con el monje, las mujeres encontraban una «purificación».**

2



1


2


*1* **El príncipe Iusupov, joven y rico aristócrata que organizó el atentado contra la vida de Rasputín.** *2 y 3* **El gran duque Dmitri Pavlovich y Purichkevich. Ambos colaboraron en el asesinato del siniestro «monje».**

3


cia de su amada pero desdichada esposa, de su «salvador» Rasputín, y de los delatores dispuestos a secundar los sueños de la pareja imperial.

Los partidos de la Duma y las organizaciones sociales eran impotentes. Por una parte, preveían que la política de la monarquía estaba llevando el país a un desastre militar y, probablemente, a una revolución; y por la otra, temían alzar la mano contra el monarca por miedo a precipitar una revolución de masas que sabían que no podrían controlar. Por consiguiente, vacilaban entre dedicarse a una pasiva colaboración o a conspirar. La política rusa se había convertido de nuevo en un lóbrego mundillo de sospechas y conjuras, que haría aún más siniestra la doble amenaza de la derrota militar y la revolución social.

**«Fuerzas ocultas»**

Tal era el mundo en el que nació la leyenda de las «fuerzas ocultas». A medida que se sucedían los nombramientos de unos ministros tan oscuros como incompetentes por consejo del poderoso Rasputín, fue adquiriendo forma la idea, por lo demás ampliamente aceptada, de que el «monje» y la «alemana» (o sea la Emperatriz, originariamente una princesa de un pequeño Estado alemán) constituían el núcleo de una camarilla cortesana que se oponía a la guerra y que incluso transmitía informes secretos a los alemanes. Es cierto que, en 1914, algunos de los consejeros más allegados al Emperador habían recomendado que Rusia no se alinease junto a Gran Bretaña y Francia en una guerra que «minaría el principio monárquico». Pero no había (y todavía no las hay) pruebas de que existieran relaciones secretas con Alemania, ni siquiera de que se estuviera efectuando alguna maniobra importante para llegar a una paz por separado con dicho país. No obstante, los miembros del Bloque Progresista y las organizaciones voluntarias coordinadas por el *Zemgor*, dada su indecisión, poco tenían que los uniese como no fuera recurrir a una violenta propaganda nacionalista combinada con insinuaciones acerca del patriotismo de la monarquía. Los políticos liberales, e incluso algunos grandes duques, empezaron a discutir abiertamente la posibilidad de una conjuración de palacio con el fin de exiliar a la Emperatriz o recluirla en un monasterio y obligar a Nicolás II a abdicar. Se insinuó incluso la posibilidad de un regicidio, en caso de fracasar todas las demás tentativas.

Los monárquicos más convencidos no estaban dispuestos a tomar en consideración semejantes medidas. Pero, decididos a salvar el país del mal que, según veían, se estaba difundiendo, coincidieron en que Rasputín era la úlcera que estaba infectando todo el organismo político. El príncipe Iusupov, un joven y rico aristócrata que fue quien inició la conspiración que culminaría con el asesinato de Rasputín, describió sus sentimientos del modo siguiente: «Desde mi infancia, se me había acostumbrado a contemplar a los miembros de la familia imperial como unas personas especiales, distintas de nosotros. Se me enseñó a reverenciarlos como seres superiores rodeados por una especie de halo inviolable. Por esta razón, todo lo que se decía y comentaba, todos los rumores que mancillaban sus nombres, me ofendían profundamente, y me negaba a dar crédito a lo que oía.

»Empezó la guerra... A pesar del general entusiasmo patriótico que despertó, muchos se mostraban pesimistas. Se cernía una atmósfera siniestra sobre Tsarskoie Selo. El Emperador y la Emperatriz, aislados del mundo, alejados de su pueblo y rodeados por la camarilla de Rasputín, decidían cuestiones de importancia mundial. Era inevitable que uno sintiera miedo por el destino de Rusia...

»... No había esperanza de que el Emperador y la Emperatriz comprendieran toda la verdad acerca de Rasputín y lo echaran de su lado. ¿Qué camino quedaba, por tanto, para salvar al Zar y a Rusia de aquel genio del mal? Era inevitable llegar a la conclusión de que sólo había un camino: destruir a aquel indeseable "santón".»

Iusupov encontró dos cómplices importantes: el gran duque Dmitri Pavlovich y Purichkevich, hombre extravagante y miembro del sector monárquico de la extrema derecha de la Duma. Con la ayuda de ambos, Iusupov invitó a Rasputín a su casa, en la noche del 29 al 30 de diciembre de 1916, y le dio muerte.

Este asesinato fue un inútil y macabro melodrama, ya que no resolvió ni uno solo de los problemas a los que se enfrentaba Rusia y sólo sirvió para incrementar el rencor y odio que aislaba a la pareja imperial de casi toda la nación. La eliminación, de modo tan teatral, de un síntoma, como si con ello se curase el mal, dejó a la autocracia zarista en toda su desnudez, como un ídolo incapaz ya de atraer la devoción y pronto a ser abandonado, apenas se iniciara la rebelión en marzo de 1917.

**Geoffrey A. Hosking**

# El derrocamiento del Zar

**Después del asesinato de Rasputín, el descontento contra la monarquía cundió rápidamente. Aunque aferrado al mito de la autoridad imperial, Nicolás II se hallaba impotente. Tres meses más tarde, después de una semana de huelgas, disturbios y manifestaciones organizadas para pedir pan y el cese de la autocracia y de la guerra, el Zar fue depuesto.**

El asesinato de Rasputín de nada sirvió para restaurar la posición de la monarquía o incrementar en el pueblo el respeto al Zar. Si, tras la eliminación de su «amigo», mermó la influencia de la Zarina en los asuntos de la nación, Nicolás II no se mostró propenso a escuchar los consejos de los más liberales entre sus ministros; muy al contrario, volvióse de espaldas tanto al Gobierno como a la Duma y confió en su propia imaginaria autoridad, ejercida principalmente a través de su ministro Protopopov, que controlaba la administración.

Durante el mes de enero de 1917, los nubarrones del descontento se hicieron más densos a medida que la guerra continuaba destruyendo la economía. La falta de alimentos y el rápido aumento del costo de la vida fomentaron una general inquietud entre los obreros industriales, sobre todo en Petrogrado y Moscú. Hubo tantas huelgas en las primeras seis semanas de 1917 como en todo el año anterior, pero el descontento contra la monarquía y la marcha de los asuntos del país se extendía no sólo entre la clase obrera y campesina, sino también entre la clase media, los diputados progresistas de la Duma, los jefes militares, e incluso entre los propios grandes duques.

En enero, el gran duque Alejandro escribió a Nicolás para convencerle de que nombrase un Gobierno capaz de inspirar confianza al pueblo. «El Zar, por sí solo, no puede gobernar un país como Rusia», le dijo. Rodzianko, el presidente de la Duma, el 20 de enero advirtió al Zar que eran de esperar «incidentes muy graves», y añadió que Rusia deseaba un cambio de gobierno porque «no queda ya ni un solo hombre honrado en el *entourage* de vuestra majestad; todas las personas de bien han sido destituidas o se han marchado».



**Entusiasmo ante la noticia de la revolución de febrero: los días del zarismo han terminado, y los soldados del frente vitorean la buena nueva. «En ningún lugar del país —escribiría Trotski más tarde—, había grupos populares, partidos, instituciones o unidades militares dispuestas a defender el antiguo régimen. Ni en el frente ni en la retaguardia hallóse una brigada o un regimiento dispuestos a luchar por Nicolás II.»**

Pero tales advertencias no encontraron eco alguno en el obstinado y autocrático Zar. El 13 de febrero, su única reacción ante la creciente amenaza de disturbios en la capital consistió en poner Petrogrado bajo el mando del general Jabalov, nombrado responsable directo y sólo ante el Zar del mantenimiento del orden. La guarnición fue reforzada y equipada con artillería y ametralladoras. Durante la primera quincena de febrero reinó en la capital una paz sospechosa; parecía como si la policía y los militares hubieran dominado la situación.

Pero Rodzianko sabía que la situación estaba empeorando, y el 23 de febrero advirtió al Zar que juzgaba posible el estallido de una revolución. Nicolás II no hizo caso de esta advertencia y dijo a Rodzianko que, si los diputados no medían sus palabras, la Duma sería disuelta. Sin embargo, el 27 de febrero, ésta se reunió en el Palacio de Táurida, y el Gobierno, temiendo que durante la sesión se produjeran disturbios, endureció la censura, encarceló a todos los eventuales provocadores y tomó medidas para contrarrestar la ira popular. La tensión en la capital iba en aumento. Una semana más tarde, el 7 de marzo, el Zar decidió marcharse de Petrogrado y trasladarse al cuartel general del Ejército en Mogilev.

Al día siguiente, en la capital estallaron los disturbios que, al cabo de una semana, provocarían finalmente la caída de la monarquía. Al parecer sin ninguna dirección central y al principio sin ningún objetivo político claro, los obreros de varias grandes fábricas de Petrogrado se declararon en huelga. Su actitud no era, en gran parte, más que una protesta contra el caos de los servicios de distribución de alimentos, pero la nerviosa reacción de las autoridades no tardó en convertir aquella inquietud de carácter industrial y económico en protesta política.

*1* **Marzo de 1917. Reparto de periódicos revolucionarios.** *2* **Cortejo fúnebre en honor de las «víctimas de la Revolución». En realidad, durante las jornadas revolucionarias sólo murieron unas doscientas personas.**

1



2




Inmediatamente se mandaron tropas para respaldar a la policía en los distritos obreros de la capital, con el resultado de que al día siguiente, 9 de marzo, los disturbios se propagaron a toda la ciudad, y los manifestantes ya no se limitaron a pedir pan, sino que protestaban contra la continuación de la guerra. La Perspectiva Nevski convirtióse en un río de personas en marcha, y no faltaron gritos de «¡Abajo la autocracia!» Al tercer día, sábado 10 de marzo, un cuarto de millón de trabajadores se hallaban en huelga y los transportes públicos estaban paralizados.

Pero para Nicolás II la situación no presentaba ningún problema. Desde su remoto cuartel general de Mogilev telegrafió a Jabalov: «Ordeno que mañana hayan terminado los desórdenes en la capital; son totalmente inadmisibles en este grave momento de la guerra contra Alemania y Austria.» Sin embargo, Jabalov, enfrentado a toda la población, no se hallaba ya en condiciones de cumplir las órdenes de su monarca.

No es que sintiera escrúpulos en utilizar la fuerza para aplastar la rebelión, pero no estaba seguro de contar con las fuerzas necesarias o de mantenerlas bajo control. Los rudos cosacos —usualmente leales—, que había hecho entrar en acción contra la multitud, se habían mezclado con los manifestantes. La policía había abierto el fuego contra la muchedumbre, con el único resultado de exasperar los ánimos y de incitar al pueblo a resistir con más coraje a tamaña brutalidad. Prosiguió la oleada de detenciones, pero el movimiento de protesta no tenía unos líderes claramente destacados, y Jabalov no podía detener a la mayoría de habitantes de Petrogrado.

**Todo se decidió en la capital**

Sin embargo, lo que finalmente decidió el triunfo de la rebelión y el colapso del



*Derecha:* **cartel ruso difundido en marzo de 1917, después de la Revolución. Los soldados de Rusia seguirían luchando.**


ПОБѢД
НАД
ВРАГ.
Не
Дайт
ВРАГ
отнять
завоеванну
Вами
свободу
СВОБО

1


2


3


*1* **Centinelas ante los cadáveres de caídos en el curso de la Revolución.** *2* **Un edificio de la policía incendiado.** *3* **Un panadero pisotea el antiguo rótulo de su tienda: «Proveedor de la casa del Zar» (postal rusa de 1917). También los pequeños burgueses trataron de subirse al tren de la Revolución.**

régimen fue la deserción de los soldados, que se pasaron al bando de la Revolución. Todo empezó con algunos casos aislados de «fraternización» entre soldados y manifestantes, el domingo 11 de marzo, y después se propagó con la rapidez de un incendio entre la guarnición de Petrogrado, de modo que el lunes por la mañana toda aquella fuerza militar formada por 150.000 hombres, se había desintegrado. Y cuando, en un acto desesperado, Jabalov formó un destacamento especial de un millar de hombres seleccionados y les ordenó que entraran en acción, también éstos desaparecieron entre la muchedumbre de revoltosos. Regimientos enteros se rebelaron, mataron a sus oficiales y se unieron al pueblo trabajador, llevándose consigo las armas. El lunes por la tarde los obreros se apoderaron del arsenal, donde hallaron 40.000 fusiles que fueron distribuidos rápidamente en toda la ciudad.

El Gobierno había quedado indefenso. Era inútil que Jabalov declarase el estado de sitio, puesto que las autoridades ya no controlaban ningún taller en el que pudiera imprimirse la declaración. Tampoco la Duma estaba en condiciones de emprender una acción eficaz y, cuando Rodzianko, su presidente, envió al Zar un informe para indicarle que estaba en juego el destino del país y de la monarquía y que era preciso adoptar medidas urgentes, Nicolás II replicó, el 11 de marzo, ordenando la disolución de la Duma. Pero ésta, a pesar de que no se atrevía a desafiar directamente al Zar, se mantuvo en sesión no oficial y el 12 de marzo eligió un «Comité provisional» de doce miembros, que comprendía a representantes del Bloque Progresista, con Alexander Kerenski, socialista revolucionario, y Chjeidze, socialdemócrata. Este Comité asumió la imposible tarea de «restablecer el orden».

El mismo día y en el mismo lugar —el Palacio de Táurida— creóse un nuevo organismo: el Soviet (Consejo) de los delegados de los obreros y soldados de Petrogrado, que representaba de un modo elemental y aproximativo los intereses de los obreros, soldados y «partidos y grupos democráticos y socialistas». Si algún poder auténtico existía en la capital, y en todo el país en general, residía en estos dos organismos, puesto que el Gobierno central y la Administración se hallaban en completo colapso. En la mañana del martes 13 de marzo, el Soviet publicó un diario —*Izvestia* («Noticias»)— anunciando su propia existencia y exhortando al pueblo a tomar la dirección de los asuntos públicos. «Lucharemos para barrer por completo el antiguo sistema y para convocar una Asamblea constituyente elegida por sufragio universal, igual, secreto y directo.»

Rodzianko mantuvo al Zar informado del desastroso curso de los acontecimientos, apremiándolo ante todo a realizar reformas, y después, si empeoraba la situación, a abdicar en interés de la propia institución monárquica. Aislado y sin amigos ni partidarios, Nicolás II tomó su decisión con sorprendente rapidez y frialdad. El 13 de marzo salió de Mogilev para regresar a Petrogrado, pero los revolucionarios lo obligaron a desviarse hacia Pskov. Allí, sin moverse del tren real, firmó un documento en el que abdicaba en favor de su hijo Alexei y nombraba regente a su hermano, el gran duque Miguel. Pero antes de que los dos delegados de la Duma pudieran llegar a Pskov, Nicolás II había cambiado de idea y, finalmente, les entregó un documento que decía: «Transmitimos nuestra sucesión a nuestro hermano el gran duque Miguel y le damos nuestra bendición en su ascenso al trono del Imperio Ruso.»

Sin embargo, tras breve reflexión, Miguel rehusó aceptar, y con ello la monarquía rusa llegó a su fin. Había sido derrocada por el pueblo de la capital, y era extraordinariamente reducido el número de pérdidas en vidas humanas. Las bajas se estimaron en menos de 1.500, y el número de muertos no llegó a 200. Como diría más tarde Trotski, la Revolución fue casi exclusivamente un asunto resuelto en la capital. «El resto del país se limitó a seguir el mismo camino. En ninguna parte había grupos populares, partidos, instituciones o unidades militares dispuestas a defender el antiguo régimen. Ni en el frente ni en la retaguardia hallóse una brigada o un regimiento dispuestos a combatir por Nicolás II.»

El mismo día en que el Zar firmó su acta de abdicación, establecióse un Gobierno provisional en Petrogrado. Pero tuvo que compartir el poder con el Soviet, y el conflicto entre los dos organismos ocuparía los restantes ocho meses de 1917.

**David Floyd**

# El verano de Kerenski

**El derrocamiento del Zar llevó al poder a un desafortunado Gobierno provisional encabezado por el primer ministro Alexander Kerenski. ¿Por qué fracasó? ¿Merecía este fracaso?**

El 15 de marzo de 1917, una gran multitud de soldados mal uniformados, de intelectuales y estudiantes entusiastas y de obreros de mirada hosca —muestra típica de la multitud que se había manifestado en las calles de la capital a partir del 8 de marzo— reunióse en el gran vestíbulo de Catalina en el Palacio de Táurida, en Petrogrado. Sabían que, después de la disolución de la Duma ordenada por el Zar el 11 de marzo, un comité formado por algunos de sus miembros había sustituido al Gobierno zarista, el cual, no habiendo logrado controlar los disturbios en las calles y el amotinamiento de una parte de la guarnición de Petrogrado, había dejado de existir.

El líder del influyente Partido Liberal de los Cadetes (demócratas constitucionales) y de la oposición parlamentaria al régimen autocrático, Miliukov, dirigióse a la multitud anunciando que se había establecido un Gobierno provisional y comunicando los nombres de sus miembros. Fue calurosamente aplaudido cuando dijo que Kerenski (Jefe de la facción socialista y sindicalista, pero no marxista, de la Duma) había aceptado el ministerio de Justicia. Los nombres de los demás ministros provocaron sorpresa y decepción en la multitud, y a Miliukov se le preguntó: «Y a usted, ¿quién le ha nombrado?» Contestó que el Gobierno había sido nombrado «por la propia Revolución», pero las sospechas



**Alexander Kerenski (a la izquierda) saluda durante una revista militar. Kerenski, versátil y acomodadizo, fue durante seis meses la figura predominante de la política rusa.**

de la multitud no se disiparon y se le preguntó acerca del futuro de la dinastía. Cuando Miliukov reveló el plan (que nunca se realizó), consistente en proclamar Zar al pequeño Alexei bajo la regencia de su tío, se levantaron gritos de indignación, y el orador trató de convencer al público de que era necesario un período de transición ordenada y gradual hacia un régimen democrático. Tan pronto como la situación quedase normalizada, dijo, el pueblo eligiría una Asamblea constituyente por sufragio universal, y tal Asamblea decidiría el futuro de Rusia. Las libertades democráticas serían introducidas en el acto. Esta afirmación despertó de nuevo el delirante entusiasmo de la multitud, y Miliukov, tras ser objeto de una ovación, fue sacado a hombros del vestíbulo.

Unos ocho meses más tarde, tras un turbulento período durante el cual el Gobierno provisional experimentó por lo menos cuatro importantes reajustes, sólo tres de sus miembros originales seguían en funciones. Pero la convocatoria de una Asamblea constituyente, con el fin de asegurar para Rusia un régimen democrático, seguía siendo el objetivo del Gobierno: la fecha de las elecciones fue fijada para el 28 de noviembre.

**Los pasos del destino**

Sin embargo, el 7 de noviembre de 1917, en vísperas de las elecciones para la Asamblea, de las que cabía esperar el apoyo a su política, el Gobierno provisional se hallaba reducido a una docena de hombres aturdidos, reunidos en una habitación del Palacio de Invierno, que sólo disponían de un grupo de oficiales cadetes y de un batallón femenino para defenderlos contra un ataque de los Guardias Rojos y de los marinos rebeldes dirigidos por los bolcheviques. Cuando los pasos de los asaltantes resonaban ya en los interminables pasillos del Palacio de Invierno, preguntóse a los miembros del Gobierno provisional si los oficiales cadetes debían batirse para evitar que cayeran en manos de los rebeldes. La respuesta fue que el Gobierno provisional prefería renunciar a la lucha y evitar un inútil derramamiento de sangre; los ministros fueron detenidos y conducidos a la prisión de la fortaleza de Pedro y Pablo. El primer ministro Kerenski no se hallaba entre ellos, ya que pocas horas antes había abandonado la capital para reunir tropas y hacer frente a la rebelión bolchevique.

Cabe preguntarse qué había ocurrido en estos ocho meses para que el Gobierno provisional se viera reducido al lamenta-

1


2



**_1_ Una caricatura alemana de julio de 1917. Desde su prisión, Nicolás II escucha las exclamaciones de Lloyd George, Wilson y Ribot, primer ministro de Francia, que dicen: «¡Jamás trataremos con un gobierno autocrático, jamás!» _2_ La enseña que ostentaban en el brazo los seguidores de Kornilov. _3_ Dibujo holandés que representa a Nicolás II camino de Siberia, adonde el Gobierno provisional lo había confinado, junto con su familia, en agosto de 1917.**

3


ble estado de aislamiento e impotencia en que se hallaba a principios de noviembre. El Gobierno provisional estaba investido de poderes muy superiores incluso a los del último Zar; todavía tenía bajo sus órdenes un rudimentario aparato administrativo heredado del antiguo régimen; Kerenski, el primer ministro, era el jefe supremo de las fuerzas armadas rusas, por lo menos nominalmente. Todos los partidos políticos, excepto los monárquicos y los bolcheviques, se hallaban representados, de un modo u otro, en el Gobierno. Sin embargo, el pueblo, de cuya voluntad y aspiraciones el Gobierno provisional se había proclamado defensor, nada hizo para apoyarlo en aquellos momentos de prueba, y Kerenski no consiguió reunir los pocos centenares de soldados necesarios para sofocar el débil y mal organizado levantamiento bolchevique.

¿Qué había ocurrido? Los partidos revolucionarios, que salieron de la clandestinidad a raíz de la Revolución, insistían en «llevar adelante» su ideario destruyendo todo vestigio del «maldito pasado». La repercusión popular de tales partidos, que constituían la llamada «democracia revolucionaria», fue considerable, ya que dominaron los soviets (consejos) de diputados de los obreros, soldados y campesinos, así como los sindicatos y otras organizaciones profesionales en rápida proliferación, y se infiltraron en los comités de soldados y oficiales recién formados en las unidades del Ejército, tanto en el frente como en la retaguardia. Sus demandas iban más allá de lo que el Gobierno provisional podía conceder si deseaba mantener la capacidad combativa del Ejército y garantizar una libertad de decisión a la futura Asamblea constituyente.

Pronto resultó evidente la necesidad de recurrir a ciertas medidas coercitivas para evitar la anarquía; pero el Gobierno provisional, que no tenía ni la voluntad ni los medios para imponerlas, dio muestras de que le repugnaba recurrir a la fuerza.

### Desórdenes en el Ejército

Aun cuando el Gobierno hubiera estado dispuesto a utilizar la fuerza para evitar la interferencia de la «democracia revolucionaria» en la administración, se habría hallado falto de los medios adecuados para hacerlo. Una de sus primeras medidas había consistido en licenciar las fuerzas de policía y de la gendarmería, culpables de haber perseguido en el pasado a los revolucionarios. Se comunicó a las autoridades locales que organizaran una «milicia popular» para mantener el orden, pero, debido a su falta de experiencia y de adiestramiento, esta milicia demostró ser inadecuada para tal cometido. Quedaba el Ejército, pero la autoridad que sobre él tenía el Gobierno provisional se vio aún más debilitada al publicarse, el 15 de marzo, la célebre Orden N.° 1 del Soviet de Petrogrado. Por esta orden se creaban, en todas las unidades, comités de soldados seleccionados y se declaraba abiertamente que las órdenes del comité de la Duma sólo debían ser obedecidas en caso de coincidir con las instrucciones del Soviet de Petrogrado. A pesar de que sólo iba dirigida a las tropas de la capital, la orden pronto sirvió de modelo para «revolucionar» las demás guarniciones y las unidades que se encontraban en el frente. Al propio tiempo, colocó a las fuerzas armadas de la capital prácticamente bajo el mando del Soviet, cuya posición salió reforzada en perjuicio del Gobierno provisional.

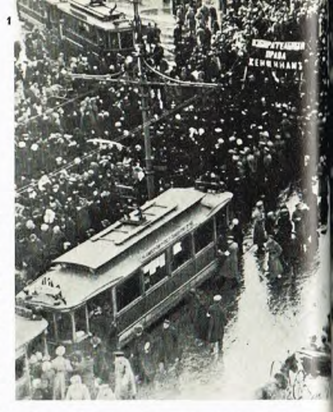
Tampoco tuvo suerte el Gobierno cuando intentó controlar al Ejército en el campo de batalla o establecer buenas relaciones con los sucesivos comandantes supremos que había nombrado. Un sin fin de propagandistas procedentes de Petrogrado y de otros centros revolucionarios de la retaguardia se habían mezclado con las tropas del frente, socavando la disciplina y las relaciones entre oficiales y soldados, y Guchkov, primer ministro de la Guerra del Gobierno provisional, nada hizo para remediar esta situación.

A finales de marzo, el Soviet de Petrogrado lanzó un llamamiento a todas las potencias beligerantes para que firmasen la paz y renunciaran a toda finalidad agresiva. En principio, el Gobierno provisional apoyó esta llamada, al mismo tiempo que aseguraba a los aliados, a través de Miliukov, ministro de Asuntos Exteriores, que Rusia se mantendría fiel a sus obligaciones internacionales. Esta discrepancia fue causa de un conflicto entre Miliukov y Kerenski —este último se consideraba representante de la actitud del Soviet—, y ello desembocó, a principios de mayo, en manifestaciones públicas, algunas a favor y otras en contra de la dimisión de los ministros de Asuntos Exteriores y de la Guerra, Miliukov y Guchkov. Unidades de la guarnición de Petrogrado tomaron parte en una de las manifestaciones en las que se pedía la dimisión. El general Kornilov, nombrado por el Gobierno comandante en jefe de Petrogrado, no había autorizado esta manifestación y pidió al Gobierno que lo apoyase con el fin de evitar que el Soviet de la ciudad se entrometiera en el comportamiento de las tropas bajo su mando. Al no conseguir éxito alguno en su gestión, dimitió de su cargo y regresó al frente, coincidiendo su partida con la primera crisis ministerial del Gobierno provisional. Guchkov y Miliukov dimitieron, no tanto por concesión al clamor popular, cuanto por las profundas disensiones existentes en el seno del propio Gobierno. Esas dimisiones permitieron la entrada de los socialistas en el Gabinete, y Kerenski pudo iniciar el primer Gobierno de coalición, en el que fue nombrado ministro de la Guerra.

Kerenski decidió infundir en el Ejército un nuevo espíritu revolucionario y una nueva fe en la justicia de la causa por la que estaba luchando. Sin ceremonia alguna, el comandante supremo, general Alexeiev, fue destituido y reemplazado por el general Brusilov, conocido por su famosa ofensiva de 1916. Kerenski nombró comisarios gubernativos adscritos a diversos cuarteles generales del Ejército, quienes debían ayudar a los oficiales en todas las cuestiones políticas, incluidos los contactos con los comités de soldados, y mantener al Gobierno informado acerca del estado del Ejército. El arma principal de que disponía Kerenski era el contacto con los soldados, que mantenía a través de las conferencias y los mitines pronunciados ante los delegados del Ejército y las unidades armadas. Cautivándolos con su elocuencia, supo infundir en sus oyentes la idea de que se habían convertido en los defensores de un mundo nuevo.

Sin embargo, cuando, el 26 de junio, se cursó la orden de atacar, la propaganda bolchevique, apoyada por una campaña de fraternización hábilmente alentada por el Alto Mando alemán, demostró ser más eficaz que los discursos de Kerenski, y los comités de soldados, organizados a nivel de compañía, regimiento e incluso de división, discutieron las órdenes de entrar en combate y se opusieron a emprender la ofensiva en una guerra que no debía tener fines agresivos. Después de un éxito inicial, debido principalmente a destacamentos de voluntarios animados de profundo patriotismo, la ofensiva fracasó ignominiosamente por la defección de unidades enteras. Todo el XI Ejército desertó del frente, asesinó a sus oficiales, cortó las comunicaciones y se dedicó al saqueo, rapiña e incendio de pueblos enteros. El general Kornilov, que había sido enviado desde Petrogrado al frente del sudoeste, pidió que el Gobierno sus-

1



pendiera la ofensiva y volviera a imponer la pena de muerte en el frente como medida de emergencia, y el Gobierno provisional no sólo accedió a todas las peticiones de Kornilov, sino que incluso le nombró jefe supremo.

El Gobierno vio la urgente necesidad de restaurar el orden en el Ejército después del intento de conquista del poder que realizaron los bolcheviques el 16 de julio y que coincidió con la irrupción de los alemanes a través de Galizia. Los bolcheviques habían organizado una demostración calificada de «espontánea», pacífica pero armada, con el eslogan de «todo el poder para los soviets». El Soviet y el Gobierno provisional, sin poder confiar en la guarnición de la capital, tuvieron que hacer frente a una rebelión de obreros armados, organizados como «guardias rojos», y de marinos de Kronstadt que habían invadido la capital al ser llamados por los bolcheviques. Sin embargo, la posición del Gobierno provisional quedó rápidamente restablecida con el apoyo de unas tropas recién llegadas del frente, escasas en número pero dignas de confianza. El 20 de julio, el príncipe Lvov y los ministros (Cadetes) dimitieron, dejando para Kerenski la tarea de reconstituir el Gabinete. Después de tratar, durante dos semanas, de allanar las diferencias entre los bandos socialistas y liberales, el propio Kerenski dimitió el 3 de agosto, con lo que el país quedó prácticamente sin dirección. Aquella misma noche su delegado Nekrasov convocó a los miembros del Gobierno, junto con los jefes de los partidos, a una sesión memorable que tuvo lugar en el Salón de Malaquita del Palacio de Invierno y en la cual, tras un torrente de discursos, decidióse aceptar y apoyar un Gabinete elegido por Kerenski. Éste quedó en libertad para definir su programa, y los ministros con las manos libres de todo control por parte de los comités de los partidos y del Soviet.

Excepto algunos cambios de personas, entre los cuales el más importante fue la salida del menchevique Tsereteli, el segundo Gobierno de coalición en poco difería del anterior. El primer ministro Kerenski continuó siendo ministro de la Guerra, pero nombró a Savinkov, comisario en el cuartel general de Kornilov, delegado suyo en la dirección del ministerio. En la práctica, las cuestiones políticas más delicadas eran tratadas por un «gabinete interno» de carácter no oficial, formado por Kerenski, el ministro de Asuntos Exteriores Terechenko y Nekrasov.

El propio Kornilov, al aceptar su nombramiento de un Gobierno vacilante y muy dividido, dijo que no admitía interferencia alguna en el momento de elegir los mandos militares y anunció que, como comandante supremo, sería responsable sólo ante su conciencia y ante la nación. Después aconsejó al Gobierno que tomase las medidas que él juzgaba indispensables para restablecer el orden en el país y el espíritu combativo del Ejército. Estas medidas, entre las que se incluía la pena de muerte en los casos de sedición en la retaguardia, significaban una reducción en las libertades democráticas —por ejemplo, en la libertad de propaganda, que era una de las «conquistas de la Revolución»—, consideradas esenciales por los soviets para asegurar unas elecciones libres. Kerenski titubeó: confiaba en superar la división existente entre los partidarios de Kornilov y los partidarios de los soviets, mediante la Conferencia del Estado, que tendría lugar a finales de agosto en Moscú. Pero la conferencia sólo sirvió para revelar el abismo existente y presagiar la posibilidad de una guerra civil.

### El ultimátum de Kornilov

Después del fracaso de la conferencia, Kerenski decidió, sin consultar con sus ministros, establecer contacto con Kornilov a través de Savinkov, para pedirle su leal cooperación en la lucha contra la anarquía, y accedió a cumplir las peticiones de Kornilov. Si la publicación de las nuevas leyes destinadas a tal fin provocaba manifestaciones de rebeldía entre la población de Petrogrado, los desórdenes serían reprimidos por las tropas que Kornilov debería enviar a la capital y poner a la disposición del Gobierno provisional. Vladimir Lvov, exmiembro de los dos primeros gabinetes del Gobierno provisional, hombre irascible, apasionado y totalmente irresponsable, fue a ver a Kerenski. Lvov había estado actuando como enlace, cargo que asumió por su propia cuenta, entre Kerenski y Kornilov, presentándose a cada uno de los dos como emisario secreto del otro. A través de las confusas y mendaces explicaciones de Lvov, Kerenski interpretó que Kornilov pedía entonces la dimisión del Gobierno y la entrega de todo el poder a su persona. Por lo tanto, a partir de aquel momento, la idea de un «ultimátum de Kornilov» dominó todos los actos de Kerenski en el ocaso de su tambaleante gobierno, hasta el punto de que constituiría el tema principal de cuanto escribió en los cincuenta años si-

3





2





4



*1* Junio de 1917. Manifestación de esposas de soldados para pedir que se conceda a las mujeres el derecho de sufragio.
*2* Kerenski (en el centro) presencia el entierro de los cosacos muertos en Petrogrado durante los disturbios de julio de 1917; estos cosacos habían llegado del frente para luchar contra los obreros y mineros armados y organizados por los bolcheviques.
*3* Delegados del ejército de Petrogrado; algunos de ellos, los radicales, se han quitado las hombreras para demostrar su desprecio a los viejos criterios de autoridad.
*4* Kornilov, el hombre dispuesto a restaurar la disciplina en el Ejército. *5* Una manifestación (julio de 1917). La pancarta dice: «¡Abajo los ministros capitalistas! ¡Todo el poder para los Soviets!» *6* Kerenski. Sus titubeos le granjearon a la vez la desconfianza del cuerpo de oficiales y de los revolucionarios.

6



5





**La mira ficticia de un arma de fuego aparece sobre la fotografía real de una de las víctimas ocasionadas en julio de 1917 por los disparos de las fuerzas gubernamentales contra la muchedumbre que se manifestaba en la Perspectiva Nevski de Petrogrado.**

guientes. Cuando el Gabinete se reunió aquella misma noche (8 de septiembre), Kerenski denunció el «complot» y el ultimátum de Kornilov, solicitando carta blanca para reprimir la insubordinación del comandante supremo. Los ministros, que no poseían información alguna acerca de los acontecimientos precedentes, aceptaron, pero horrorizados ante la nueva prueba que le esperaba a Rusia, presentaron la dimisión. Poco antes de la reunión, Kerenski estableció comunicación telegráfica con Kornilov, pero sin preocuparse de averiguar si era verdad todo lo que le había contado Lvov; sin embargo, fingió haber llegado a un pleno acuerdo con Kornilov y prometió reunirse con él en el gran cuartel general al día siguiente. En cambio, después de la reunión del Gabinete, envió un breve telegrama a Kornilov, destituyéndolo y exigiendo su inmediata presencia en Petrogrado. Kornilov, indignado, negóse a acatar esta orden y en ello le respaldó la inmensa mayoría de sus jefes y oficiales. El conflicto todavía no se había hecho público y tal vez se hubiera resuelto de no mediar una proclamación del Gobierno provisional, entregada prematuramente a la prensa, en la que se denunciaba a Kornilov. Kornilov apeló al país acusando a Kerenski de haber dado una versión falsa de los hechos.

Ni Kornilov ni Kerenski disponían de elementos suficientes para transformar aquel intercambio de insultos en una auténtica medición de fuerzas. Las tropas mandadas por Kornilov a Petrogrado creían que iban a apoyar al Gobierno provisional y quedaron sorprendidas por la noticia del pretendido motín de Kornilov, hasta el punto de que se negaron a obedecer órdenes de marcha y se dispersaron en completa confusión. Tampoco Kerenski disponía efectivamente del control de la guarnición de la capital, pues ésta y los destacamentos de marinos de Kronstadt, ostensiblemente bajo las órdenes del Soviet, se hallaban en realidad controlados por los bolcheviques.

El asunto Kornilov tuvo un final sin gloria. Kornilov se abstuvo de justificarse ulteriormente y se dejó arrestar. Kerenski se nombró a sí mismo comandante supremo, y un comité de abogados designado para investigar el supuesto motín quedó confuso ante el doble juego y la falta de dignidad de ambas partes, si bien no pudo completar su veredicto antes del colapso del Gobierno provisional.

Kerenski estuvo en lo cierto al referirse al asunto Kornilov como el «preludio del bolchevismo». Sin embargo, el retorno de los bolcheviques a la política activa y su victoria final en noviembre no se debieron a la presión de Kornilov sobre el Gobierno provisional con el fin de reforzar su autoridad, ni a las medidas militares que adoptó para respaldar esta presión, ni siquiera a su indignado gesto de insubordinación al verse de pronto acusado de rebelión. Estas actitudes de Kornilov, que contaba con un amplio apoyo en la opinión pública, incluso entre socialistas como Plejanov y Argunov, se debieron en su totalidad a la indecisión y a las dilaciones de Kerenski y de sus colaboradores más íntimos del Gabinete. Aunque en las negociaciones secretas admitiera Kerenski la urgencia de las medidas solicitadas por Kornilov, al parecer nunca deseó respaldarlas y experimentó alivio cuando pudo interpretar las incoherentes explicaciones de Lvov como un ultimátum insolente y arrogante lanzado por Kornilov, lo que le permitió prescindir de la promesa, que acababa de hacer a Savinkov, de cumplir las demandas del comandante supremo. Sólo debido a su conducta en un momento tan crítico Kerenski perdió las simpatías de sus contemporáneos y de los historiadores; fue considerado, en efecto, por el cuerpo de oficiales y por los Cadetes como el hombre que había provocado la abierta rebelión de Kornilov, y por la «democracia revolucionaria» como el personaje que había mantenido tratos secretos con unos conspiradores contrarrevolucionarios. Ni siquiera los vínculos que unían a Nekrasov, Kerenski y Terechenko sobrevivieron al episodio de Kornilov, y Nekrasov tuvo que retirarse del Gobierno.

Kerenski, asumiendo entonces las funciones más elevadas del Estado, no consiguió reconquistar las simpatías populares ni reforzar su autoridad. Su intento de establecer una especie de preparlamento, formado por representantes de los diversos partidos y organizaciones públicas, le costó la humillación final, ya que cuando Kerenski solicitó plenos poderes de este preparlamento para afrontar el incipiente alzamiento bolchevique, su petición fue rechazada y los representantes de la «democracia revolucionaria» le dijeron que era mejor combatir a los bolcheviques mediante la aceptación de un programa gubernamental de inmediatas reformas revolucionarias, reformas de una índole que se suponía debían ser decididas por la futura Asamblea constituyente. Dos días después de su derrota en este preparlamento, Kerenski huía de los bolcheviques y los miembros de su gobierno eran encarcelados en la fortaleza de Pedro y Pablo.

**George Katkov**

# Motines en el Ejército francés

**En Verdún y el Somme el soldado francés había dado muestras de un valor sin par. No obstante, pocos meses más tarde estallaron motines en el Ejército, y algunas de las mejores unidades se negaron a volver a las primeras líneas. Después de meses de luchar inútilmente en el frente occidental, Nivelle, el comandante en jefe, había prometido alcanzar un éxito rápido y espectacular en una nueva ofensiva. Cuando ésta fracasó, la moral del Ejército se derrumbó, el frente se sumió en el caos y se produjo una crisis gubernamental.**

A comienzos de 1917 la guerra en el frente occidental parecía haber llegado a un punto muerto que aparentemente no había de tener fin. Durante más de dos años los contendientes habían luchado frente a frente, en el norte de Francia, a través de una «tierra de nadie» que apenas había experimentado ninguna modificación, desangrándose en una serie de ofensivas costosas e ineficaces: Artois, Champagne, Verdún, el Somme. En esa prolongada lucha de desgaste ninguna nación había sufrido más que Francia, no sólo debido a que la guerra se desarrollaba en suelo francés, con todo lo que ella traía consigo de desolación y pérdidas en carbón, mineral de hierro y otros recursos industriales, sino que además sus tropas habían sufrido las pérdidas proporcionalmente más elevadas de todos los beligerantes, hasta totalizar unos 2.250.000 hombres. Puesto que al terminar enero de 1917 nada hacía prever una acción decisiva —y mucho menos una victoria—, la nación empezó a dar muestras de impaciencia. Tanto los soldados como la población civil estaban cansados y desilusionados. El estado de ánimo general se pone de manifiesto en las palabras que el 2 de enero de 1917 escribió un oficial del cuartel general francés, el coronel Émile Herbillon: «El año comienza en una atmósfera lúgubre. Tras las promesas y esperanzas ha habido demasiadas decepciones.»

**La ofensiva de Nivelle. La ancha zona blanca muestra lo que pretendía lograrse con la ruptura del frente; las dos franjas negras indican claramente, en cambio, la pobreza del avance efectuado.**




### Joffre, relevado

Todo lo que el mando aliado podía planear para 1917 era otra gran ofensiva francobritánica, como las ordenadas para 1915 y 1916. El escenario parecía a propósito para que se repitieran las grandes batallas de desgaste de aquellos años. Pero se había producido un cambio importante: el general César Joffre, de sesenta y cuatro años de edad, comandante en jefe del Ejército francés y principal abogado de la estrategia de desgaste, había sido sustituido en el cargo. Firme e imperturbable, «Papá» Joffre había ganado un enorme prestigio como vencedor del Marne en 1914. Desde entonces, en su cuartel general de Chantilly, decidía como dueño y señor los asuntos militares de los aliados, pero, a finales de 1916, algunos diputados franceses que no toleraban su poder, digno de un autócrata, lo atacaron tomando como pretexto la forma equivocada con que había conducido las campañas de Verdún y el Somme. Aristide Briand, el primer ministro, se vio prácticamente obligado a relevarlo. Joffre fue distinguido con el honroso título de Mariscal de Francia y relegado al puesto de consejero militar del Gobierno, en París, mientras el general Robert Nivelle era designado comandante en jefe.

El general Nivelle, un artillero apuesto y dinámico de sesenta años de edad, al poco tiempo de estar en Verdún había conquistado fama de ser un buen militar. «¡Tenemos la fórmula!», proclamó al asumir el mando. Su espíritu enérgico y emprendedor y la decidida confianza que tenía en sí mismo habían impresionado de tal modo a Briand y a sus colegas —quienes buscaban ansiosamente un jefe capaz de sacarlos del callejón sin salida del frente occidental— que fue promovido al Alto Mando, por encima de los generales más antiguos (Ferdinand Foch, Henri-Philippe Pétain y Edouard de Curières de Castelnau). Nombrado comandante en jefe de los ejércitos del Norte y del Nordeste, Nivelle causó al instante un gran revuelo al modificar bruscamente los planes de ataque preparados para 1917. Ahora, como en Verdún, estaba convencido de que tenía «la fórmula» para el éxito, pero en una escala mucho mayor. En vez del esquema ideado por Joffre (efectuar en febrero un ataque combinado francobritánico sobre un amplio frente), prescribió, como operación principal, un asalto masivo que los franceses habían de lanzar en el mes de abril sobre el sector de Soissons-Reims, de 48 kilómetros de extensión, a lo largo del río

Aisne. Esta ofensiva debería ser apoyada por ataques británicos y franceses, destinados a contener las fuerzas alemanas de reserva. Con este plan, que alteraba las intenciones de Joffre de dejar que los británicos cargasen con parte del peso que abrumaba a las cansadas tropas francesas, Nivelle se proponía una espectacular rotura del frente, a cargo de los franceses, con la que era incluso previsible una rápida victoria en el frente occidental.

**La fórmula de Nivelle**

Casi un millón de hombres tomarían parte en el asalto principal; esta fuerza estaría al mando del general Micheler y constaría de tres ejércitos: el V (general Mazel), el VI (general Mangin) y el X (general Duchêne). Para apoyar la acción habría 5.000 cañones. Después de un bombardeo preliminar, los Ejércitos V y VI atacarían y romperían la línea alemana, y el X Ejército avanzaría entonces por el centro, aprovechando la rotura del frente. Tal concepción era contraria a todas las ideas tácticas comúnmente admitidas. Confiaba en un ataque por sorpresa, súbito, repentino, descargado por una fuerza tan abrumadora que, según los cálculos de Nivelle, quedaría destruida la fuerza enemiga principal en el plazo de cuarenta y ocho horas. Si se tiene en cuenta el formidable poder defensivo al que se había llegado en 1917, el plan era absolutamente temerario, pero aún lo era más si se consideraba la línea enemiga del sector Soissons-Reims. El terreno era difícil, formado por una serie de altozanos y montículos que se elevaban unos sesenta metros por encima del Aisne, y toda la línea, que había permanecido en poder de los alemanes durante dos años, estaba totalmente minada de refugios y casamatas provistas de piezas de artillería y armas automáticas. Pero aun así, por dudoso que pareciera el plan, Nivelle consiguió que fuese aprobado por París y Londres, sin mejor argumento que el de la fuerza persuasiva de su autor y su convicción personal de que tendría éxito.

Desde el principio el destino pareció contrario a Nivelle. En enero, sobre el frente occidental se abatió un frío sin precedentes que obstaculizó los preparativos para la ofensiva, intensificó el malestar que sentían los soldados al amontonarse en las trincheras heladas y deprimió aún más su ya baja moral. Luego, todo el plan Nivelle fue puesto en peligro por un importante repliegue alemán. En febrero, los alemanes empezaron a abandonar el sector de Arras-Noyon-Soissons, de 145 kilómetros de extensión (al oeste de la línea Soissons-Reims), para ocupar la línea Hindenburg, provista de enormes defensas. Con ello eliminaban un peligroso saliente, acortaban su frente y dejaban de estar en contacto con los franceses en una gran parte (aunque secundaria) del proyectado campo de operaciones de Nivelle. A la vez, aumentaron de nueve a cuarenta el número de sus divisiones en la línea Soissons-Reims. Tales movimientos cambiaron radicalmente el cuadro estratégico, y se suscitaron dudas sobre si era prudente aplicar el plan Nivelle. En París, algunos miembros del nuevo gobierno de Alexandre Ribot y especialmente el ministro de la Guerra, Paul Painlevé, acogieron el proyecto con marcada prevención. Lo mismo sucedió con alguno de los generales de Nivelle, y, del lado británico, con el comandante en jefe sir Douglas Haig y colegas. Pero Nivelle, fervientemente respaldado por el jefe de su Estado Mayor, el arrojado coronel D'Alenson, se negó a modificar los proyectos de su gran ofensiva.

**Vanas esperanzas**

Con todo, cuando se llevó a efecto la concentración masiva en la orilla izquierda del Aisne, durante aquel incesante invierno que se prolongó hasta muy entrado el mes de marzo, ya se había perdido un elemento esencial para el éxito francés: la sorpresa. Era imposible ocultar los preparativos al enemigo. Por otra parte, el entusiasmo de las tropas francesas había decaído completamente ante la perspectiva de un nuevo ataque, del que no había razón alguna para pensar que acabase de modo diferente a los anteriores. Pero ahí Nivelle se apuntó un triunfo psicológico, pues mediante una inteligente campaña llevada a cabo entre las tropas consiguió producir un cambio espectacular en su abatida moral. La promesa de que conseguiría la rotura del frente hizo desaparecer la apatía y mejoró notablemente la disciplina y el espíritu militar de los soldados. Por fin, pensaban éstos, combatirían por un objetivo que merecía la pena: aquel ataque lograría resultados positivos. Daban testimonio de su nuevo ardor combativo las cartas remitidas desde el frente y examinadas por el control de correspondencia del Ejército. En contraste con la amargura y el pesimismo que anteriormente reflejaban, ahora se desprendía de ellas una renovada confianza.

Casi no se había tomado ninguna precaución para evitar que se difundiera la noticia de la inminente ofensiva. En los bares y tabernas de París ésta era discutida abiertamente y celebrada con un optimismo irresponsable, que no era en absoluto compartido por el Gabinete de Guerra francés ni por un número cada vez mayor de oficiales, de todas las graduaciones, a las órdenes de Nivelle. Muchos de éstos escribieron a Painlevé, ministro de la Guerra, exponiéndole las razones de sus reparos. Y tan aprensivos se sintieron Ribot y sus colegas que, el día 6 de abril, hubo un consejo extraordinario de alto nivel, en Compiègne (a cuyo histórico palacio había trasladado Nivelle recientemente su cuartel general), para decidir si el ataque se llevaría o no adelante de acuerdo con lo planeado. El presidente Poincaré, los ministros y jefes del Ejército, incluido Nivelle, se reunieron en el vagón especial del Presidente en la estación de Compiègne. En una tensa discusión, casi todos los presentes expresaron dudas sobre la operación. Nivelle afirmó rotundamente que tendría éxito: llegó a prometer que si sus ejércitos no rompían el frente en el plazo de cuarenta y ocho horas, daría por terminado el asalto. Finalmente, dándose cuenta de que no disponía de apoyo, presentó airadamente la dimisión. En medio de una general consternación, Poincaré se apresuró a asegurarle que contaba con la confianza del Gobierno y podía dar comienzo a la ofensiva.

**Rotundo fracaso**

Nivelle había obtenido vía libre, y en la fría y desapacible madrugada del lunes 16 de abril —una semana después de un ataque preliminar británico en Arras— lanzó el asalto que había de concluir en un desastre. Al cabo de quince días se vio obligado a detenerse (aunque continuasen algunas operaciones locales) en la fatídica meseta de Craonne, en las pendientes del Camino de las Damas y en las alturas fuertemente defendidas a todo lo largo del frente. Ya desde los primeros momentos se vio claramente que el asalto era un fracaso: hubo escenas horribles mientras las tropas francesas luchaban contra unas alambradas intactas y los hombres caían segados por las implacables armas automáticas emplazadas en las casamatas que no habían sido destruidas, o cuando el fuego mal dirigido de

*Derecha:* **«Poilus», pintura de G. Pierre (1917) que capta el abatimiento y la desilusión de los soldados franceses; el Ejército, en efecto, atravesó una profunda crisis.**



los cañones franceses del 75 se abatía sobre los aterrorizados senegaleses del Ejército francés. El escaso secreto con que se había mantenido la operación, la insuficiente preparación artillera y un tiempo atroz —aparte de lo mal concebido que estaba todo el plan— se combinaron para malograr el ataque desde el principio. En lugar de la prometida rotura del frente, las tropas de Nivelle ganaron unos pocos kilómetros de terreno al precio de casi 200.000 bajas. La reciente euforia de los soldados se derrumbó en un instante, y su reacción fue catastrófica,

**1 Cruces de madera para las tumbas de los soldados. 2 El general Nivelle, en cuyo espíritu acometedor se confiaba para romper victoriosamente el equilibrio del frente occidental.**





aunque previsible, dadas las circunstancias. Amargados por la frustración y resentidos por haber sido «traicionados», los hombres de Nivelle se rebelaron.

Durante unas seis semanas de la primavera de 1917, gran parte del Ejército francés estuvo en estado de insubordinación. Elementos de cincuenta y cuatro divisiones se negaron a acatar órdenes, manifestaron su descontento, desertaron, exigieron la paz, agitaron banderas rojas y amenazaron (e incluso intentaron) marchar sobre París y derribar al Gobierno. En el momento más grave, a primeros de junio, entre Soissons y la capital (unos cien kilómetros de distancia) sólo había dos divisiones de entera confianza. Lo asombroso es que los alemanes no aprovechasen la situación para lanzar un contraataque en el frente de Soissons-Reims, acción que, de haber sido llevada a cabo, habría sin duda alterado no poco el curso de la guerra. Pero igualmente asombroso fue el factor que impidió que lo hicieran: el secreto casi absoluto de que se rodeó a los motines a fin de que su noticia no llegara al enemigo y a la misma retaguardia francesa, e incluso al Alto Mando y al Gobierno británicos. Los alemanes desconfiaron de la escasa información que recibieron a través de sus agentes o de los prisioneros evadidos.

### Oscuro episodio

Nunca se ha levantado el secreto oficial que pesa sobre los motines. Los archivos militares franceses son virtualmente inaccesibles, y la historia oficial de la guerra (*Les armées françaises dans la Grande Guerre:* «Los ejércitos franceses en la Gran Guerra») revela pocos detalles. Algo de lo ocurrido puede conjeturarse a través de los diarios y memorias contemporáneos; pero la narración más completa y fidedigna procede del mariscal (entonces general) Philippe Pétain, que, nombrado comandante en jefe en sustitución de Nivelle, tuvo que restablecer el orden en el desmoralizado Ejército. El informe de Pétain (que éste confió al mariscal de campo sir Edwards Spears, quien lo publicó en su libro *Two Men Who Saved France*: «Los dos salvadores de Francia») arroja mucha luz sobre ese oscuro episodio y sobre la parte que en él tuvieron las unidades implicadas.

La mayor oleada de motines se extendió del 29 de abril al 10 de junio y alcanzó su punto culminante el día 2 de este mes, en que se produjeron diecisiete brotes distintos. De los 151 incidentes registrados (algunos ocurridos después del 10 de junio), 110 fueron calificados de «graves», y afectaron a 110 unidades, principalmente a las que estaban en los campamentos y cuarteles de la región del Aisne, tras el sector del Camino de las Damas. Hubo también desórdenes en un centenar de trenes militares y en 130 estaciones de ferrocarril. El primer estallido tuvo lugar al este de Reims, donde un regimiento de infantería se negó a formar cuando se le ordenó regresar a la línea de combate después de sólo cinco días de descanso. El día 4 de mayo, cierto número de soldados de infantería desertó súbitamente en la zona del Camino de las Damas, y hombres de un regimiento colonial hicieron circular panfletos contrarios a la guerra y se negaron abiertamente a combatir. Entonces se precipitaron los actos de insubordinación. En los días 16 y 17 se rebelaron un batallón de cazadores y un regimiento de infantería. El día 19 se manifestó otra unidad de cazadores, y al día siguiente dos regimientos completos de infantería se negaron a ponerse en marcha. Hasta entonces no se habían producido manifestaciones violentas, pero los días 22 y 27, cerca de Tardenois (en la región del Aisne), hubo dos casos de agresión a oficiales. El día 28 se amotinaron siete regimientos y un batallón de cazadores de cinco divisiones diferentes. Al terminar el mes los desórdenes afectaban a ocho divisiones que habían combatido en el Camino de las Damas o que iban a ser trasladadas allí.

### Los disturbios se propagan

Un motín fue, en palabras de Pétain, «concebido a sangre fría». Afectó a un castigado regimiento de infantería que había combatido valientemente en Verdún y que desde entonces, hasta febrero de 1917, había estado casi constantemente en acción. A la orden de partir hacia el frente, el regimiento fue trasladado, el 27 de mayo, de sus cuarteles de descanso a unos alojamientos cerca de Soissons. El día 29, unos 800 hombres desfilaron, en excelente orden, pidiendo que cesaran de una vez los inútiles y sangrientos ataques. Rechazando las exhortaciones y las amenazas de sus jefes, reclutaron nuevos partidarios, con la finalidad de apoderarse de trenes, trasladarse a París y presentar sus quejas ante la Cámara de Diputados. Los oficiales, que al principio se veían impotentes para dominar la situación, recurrieron finalmente a una estratagema. Al amanecer del día siguiente los amotinados fueron instalados en camiones y conducidos, sin que dejaran de protestar, a una

zona tranquila, y finalmente a Verdún. Consecuencia: Consejo de Guerra, en el que cuatro hombres fueron condenados a muerte, y ceremonia de arrancar a los soldados las insignias de su regimiento.

A principios de junio la situación empeoró. El día 1, un regimiento que se hallaba cerca de Tardenois —y que contaba también con un hermoso historial de combate— recibió la orden de marchar hacia el frente, tras un breve período de descanso. Cantando la *Internacional,* los hombres se dirigieron en actitud de protesta hacia el edificio del Ayuntamiento. Un comandante de brigada, que trató de detenerlos, fue atacado y se le arrancaron las insignias. Intervino el comandante de la división, pero fue reducido al silencio en medio de un gran alboroto. Entonces los cabecillas liberaron a los prisioneros de un campo de concentración, y las tropas se dispersaron volcando camiones y destrozando escaparates. Al caer la tarde unos 2.000 hombres con banderas rojas desfilaron pidiendo la paz y la revolución. El día 3 el regimiento fue trasladado a otro campamento, y la agitación se calmó rápidamente.

Un rasgo frecuente de esos intentos de rebelión, incluso de los más violentos, fue su breve duración. El día 2 un batallón de cazadores se amotinó en la misma zona, abrió fuego contra los alojamientos de los mandos e incendió los barracones de una unidad que trató de contenerlos. Pero a la caída de la noche el motín se había extinguido y ya no volvió a producirse ningún otro conato de insurrección.

Durante todo aquel tiempo fueron frecuentes los conflictos en los trenes en que viajaban soldados con permiso y en las estaciones de ferrocarril de la retaguardia. Pétain cita dos casos típicos. En Château-Thierry, el 7 de junio, la policía se enfrentó con rebeldes que regresaban de pasar en París unos días de permiso, quienes finalmente tuvieron que ser reducidos al orden por tropas armadas. Al día siguiente, en un choque en la estación de Esternay, los soldados atropellaron y agredieron a oficiales cuando éstos trataban de hacerlos entrar de nuevo en sus trenes.





**1 El jefe supremo acoge con simpatía las quejas de un soldado; Pétain trató los motines con firmeza y humanidad, y comprendió que en el Ejército había muchas cosas que no funcionaban debidamente. 2 *Midinettes* (modistillas) parisienses en una manifestación de protesta.**

### Influencia rusa

El desorden había rebasado su punto crítico y, como una fiebre ya superada, se calmó casi repentinamente. Del 10 al 30 de junio los incidentes correspondieron aproximadamente a uno por día, y en septiembre habían cesado por completo. Todo ese movimiento de insurrección fue esencialmente la protesta espontánea de unas tropas desesperadas y agotadas, y no una rebelión preconcebida. Muchos hombres se consideraban a sí mismos huelguistas, no amotinados. Por infame que pudiera parecer —según las ordenanzas militares— ese estado de indisciplina colectiva en un Ejército, hay que tener en cuenta en su disculpa que algunas de las unidades amotinadas —de las mejores del Ejército francés— habían combatido con heroísmo en batallas anteriores. Esos disturbios no dejaron de tener también sus momentos de patetismo, como cuando formaciones rebeldes hechas prisioneras marcharon a presentarse, vistiendo impecables uniformes y bien abrillantadas sus botas, ante los tribunales de guerra que habían de condenarlas a los más terribles castigos. Las tropas francesas podían quejarse con razón de las numerosas bajas que habían sufrido en combates aparentemente innecesarios, de sus pagas ridículas, de sus escasos permisos, de la dura disciplina y de las condiciones inicuas a que se veían sometidas. La *débâcle* del Aisne, que vino a sumarse a aquellos motivos de queja, fue la gota de agua que colmó el vaso. «Las tropas combatientes habían llegado al límite de sus posibilidades», escribió Pétain. Un oficial

del cuartel general, el teniente Henry Bordeaux, al dar su informe sobre una división de retaguardia, hizo observar que en ella existía «una especie de nihilismo moral»; y que «era un ejército sin fe».

Por lo demás, los motines fueron cuando menos alentados por dos factores externos. Uno de ellos era la Revolución Rusa, que conmovió al mundo a mediados de marzo. En Francia fue causa de que un violento espíritu revolucionario agitara a las dos brigadas rusas —la pequeña fuerza expedicionaria de aquel país— que combatían al lado de los franceses. Ese espíritu afectó a muchos vacilantes *poilus* (soldados franceses) de los campamentos vecinos, sobre todo cuando los rusos, que habían sufrido pérdidas espantosas en la ofensiva del Aisne, se declararon también en rebeldía. Trasladados a bases de retaguardia, se les confinó luego en la Francia central, donde finalmente fueron sometidos por otras tropas rusas. Las frecuentes banderas rojas, el canto de la *Internacional* y las llamadas a la revolución por parte de los amotinados franceses testimonian la influencia rusa.

**Una campaña derrotista**

Había otro factor mucho más siniestro: la propaganda subversiva difundida en la retaguardia por agitadores civiles. Tal actividad propagandística, iniciada en el mes de noviembre anterior (e incluso antes), de consuno con los conflictos laborales suscitados en las fábricas de material de guerra, se había intensificado a comienzos de año. El servicio de información militar obtuvo elocuentes pruebas de que las tropas eran objeto de una campaña derrotista ejercida mediante folletos antibelicistas y artículos aparecidos en ciertos periódicos, aparte de que en los centros en donde se concedían los permisos se celebraban reuniones ilegales y se pronunciaban discursos sediciosos. Avanzado el mes de febrero, Nivelle pidió en vano al ministro del Interior, Louis-Jean Malvy, que suprimiese tales actividades y pusiera freno a sus principales instigadores, cuyos nombres facilitó él mismo. Si la campaña derrotista amainó en el momento crucial de la ofensiva del Aisne fue solamente gracias a que el propio Nivelle supo levantar la moral de los soldados en esos instantes decisivos. Pero cuando el desorden se propagó en el Ejército, durante el mes de mayo, los agitadores volvieron a la carga. Asediaban las estaciones terminales de París, distribuyendo panfletos antibelicistas entre los soldados transeúntes; los incitaban a desertar (había agencias de deserción, cerca de las estaciones, en las que se facilitaba a los hombres ropas civiles); y se valían de todos los medios para fomentar la rebelión entre los *poilus* descontentos, incluido el envío clandestino hacia el frente de batalla de hojas informativas de carácter extremista, como *Le Bonnet Rouge* y *La Tranchée Républicaine*, que desafiaban la prohibición de la censura.

Pero la campaña contra la guerra se hacía también en la retaguardia. Considerando que la población civil de Francia estaba casi tan cansada y desilusionada de la guerra como los mismos soldados, especialmente después del decepcionante fracaso de la ofensiva del Aisne, los saboteadores provocaron el malestar laboral e infiltraron en las fábricas de armamento su propaganda pacifista-derrotista. A partir del desfile que a mediados de mayo realizaron por los bulevares de París unas exaltadas *midinettes* (modistillas), se sucedieron las manifestaciones y las huelgas: a finales de junio, se habían registrado más de 170 paros en los establecimientos industriales de París y provincias. Soldados simpatizantes se sumaban a veces a los manifestantes, y hubo algunos casos de violencia provocada por los agitadores. Por debajo de la aparente calma en que transcurría la vida laboral de la capital existía una tremenda tensión. Durante la guerra nunca había estado tan quebrantada la moral de la nación. A lo largo de todo el mes de junio el Gabinete de Guerra de M. Ribot se debatió constantemente en una atmósfera de crisis. En las dependencias de la Cámara de Diputados se escuchaban voces de alarma y pesimismo; durante dos tormentosas sesiones secretas de la Cámara, diputados izquierdistas atacaron acremente al Gobierno y al Alto Mando, pusieron en duda la capacidad de Francia para proseguir la lucha y examinaron las posibilidades de paz. «La fiebre se extiende —escribió el presidente Poincaré—; ¿tendremos que esperar una nueva victoria del Marne para curarla?»

Toda la capacidad bélica de Francia estaba socavada por un grave malestar. La unidad superficial que se había conseguido en agosto de 1914 —acallando las graves diferencias políticas, sociales y laborales, ante una situación de emergencia nacional— estaba deshaciéndose por efecto de la agotadora tensión de casi tres años de guerra. Pero la amenaza de aquella campaña pacifista-derrotista podía haber sido mucho menos grave si al principio el Gobierno hubiese adoptado otras medidas para salvaguardar la seguridad nacional.

**Leves represalias**

En lugar de detener, como se había propuesto, a unos 2.500 presuntos perturbadores —anotados en el *Carnet B*, el expediente policial formado expresamente con esta finalidad—, las autoridades detuvieron únicamente a los catalogados como espías, fundándose ante todo en que una acción contra los dirigentes sindicales y otros sospechosos podían soliviantar a los obreros y poner trabas a la movilización. Esta política dio malos resultados. Buen número de individuos reconocidamente pacifistas, internacionalistas, extremistas de izquierda, marxistas y anarquistas —cada uno de los cuales tenía sus propias razones para boicotear la guerra que Francia llevaba a cabo— pudieron libremente difundir su propaganda. Entre ellos había individuos como el jefe sindicalista Merrheim y los patrocinadores de publicaciones ilegales como Faure, Duval y Almereyda, además de muchos otros indeseables, muchos de ellos extranjeros. También había traidores como el bien conocido Bolo Pascha, Lenoir y el funcionario de policía Leymarie, que trabajaban directamente para Alemania. Bajo la complaciente tolerancia de Louis-Jean Malvy, ministro del Interior, esos hombres operaban con una impunidad casi total. Facilitaba su tarea el hecho de que el Gobierno no se atreviera a eliminarlos por temor a provocar conflictos entre los trabajadores. Los procesos por traición efectuados durante el año 1918, que llevaron a Malvy y a otros individuos menos significativos ante los tribunales, habían de demostrar hasta qué punto Francia se veía amenazada por un malestar interior que iba en aumento.

**Pétain toma las riendas**

¿Hasta qué punto la propaganda derrotista era responsable de los motines? La respuesta más acertada parece ser la de que, si bien no fue la causa que los produjo, contribuyó notablemente a su desarrollo. Ése fue al menos el veredicto del general Pétain, que sucedió a Nivelle como comandante en jefe a mediados de mayo, cuando era más agudo el malestar. Nivelle había sido destituido a raíz de una clamorosa crisis de dirigentes. El general Philippe Pétain, de sesenta y un años de edad, famoso como salvador de Verdún, era indudablemente el hombre adecuado para sustituirlo. Retraído y reservado, ocultaba bajo su aparente frial-



**«Craonne, abril de 1917», pintura de François Flameng. La meseta de Craonne, sometida por aquel entonces a unas atroces condiciones climatológicas, fue escenario del fracaso de la ofensiva planeada por Nivelle.**

dad una insospechada emotividad: entendía a sus tropas, y éstas confiaban en él. El método que empleó para acabar con los motines fue una mezcla de severidad y humanidad: empezó por actuar despiadadamente para acabar con el desorden y castigar a los cabecillas; reforzó la tambaleante autoridad de los oficiales; tomó medidas enérgicas para refrenar el alcoholismo dominante —poderoso factor que muchas veces había provocado el espíritu de rebelión— y atacó con mano dura la «contaminación» de la retaguardia. Furioso ante lo remiso que se mostraba el Gobierno en eliminar los grupos derrotistas, incitaba continuamente a los ministros a actuar, y les advertía que, si la agitación continuaba, no podía dar ninguna garantía de lograr la recuperación del Ejército. Pero Pétain sabía también que muchas cosas andaban mal dentro del Ejército mismo, y, en consecuencia, se dispuso a someterlo a una serie de reformas.

Quizás en lo que Pétain se mostró más eficaz fue en los contactos que tuvo con sus soldados. Durante aquellas semanas, casi diariamente salió en su coche del cuartel general de Compiègne para visitar una tras otra las formaciones. En cosa de un mes pasó revista a noventa divisiones. Era notable su figura severa, esbelta, con su ondulado bigote y sus fríos ojos azules, hablando con sus oficiales y soldados, exhortándolos, animándolos, explicándoles sus planes consistentes en emprender operaciones limitadas para evitar pérdidas elevadas. Hablaba con los soldados y atendía con simpatía sus quejas y sugerencias. Tales visitas fueron de inestimable valor, pues al fin los hombres tenían la impresión de que había alguien que se preocupaba de sus intereses y de que también ellos eran considerados como seres humanos. Al finalizar el verano el Ejército francés estaba, evidentemente, en vías de recuperación. Dadas las circunstancias, el precio que había pagado por los motines no resultaba alto. Aunque muchos convictos fueron sentenciados, de los 412 hombres condenados a muerte entre mayo y octubre, solamente 55 fueron ejecutados.

Ahora faltaba depurar la retaguardia. Así como el Ejército encontró a su hombre en Pétain, Francia dispuso providencialmente del hombre adecuado para esa tarea. Hacia fines de 1917, el veterano Georges Clemenceau emergió del retiro político para convertirse en primer ministro. Ninguno de los que lo habían precedido en el cargo durante la guerra —René Viviani, Aristide Briand, Alexandre Ribot y últimamente Paul Painlevé— había sido capaz de dirigir y sostener la contribución de todo el país a la causa de la guerra. Pero Clemenceau era un dirigente de otro calibre. Enemigo despiadado de los elementos antipatriotas, no temía a ningún partido o facción. Habiendo denunciado a Malvy ante el Senado, en julio, procedió como primer ministro a liquidar las pandillas derrotistas, a hacer callar a los pesimistas y vacilantes, y a renovar el decaído espíritu combativo de Francia. Su objetivo único era la victoria. «¿Política interior? ¡Lo que me importa es la guerra! ¿Política exterior? ¡Lo que me importa es la guerra!», decía invariablemente. «¡En todo momento, lo que me importa es la guerra!» Al terminar 1917, Francia parecía haber superado su crisis más grave.

**John Williams**



# El inútil estrago de Passchendaele

**En uno de los escenarios más infernales de la Primera Guerra Mundial tuvo lugar la batalla de Passchendaele, que había de pasar a la posteridad con el nombre de «la batalla del fango». Planeada por Haig como parte de una operación de limpieza destinada a despejar de alemanes la costa de Flandes, se convirtió en una de las más terribles batallas de desgaste de toda la guerra. En los embudos abiertos por las explosiones, llenos de agua de lluvia, los hombres se ahogaban, y los caballos y mulos desaparecían literalmente tragados por el cieno.**

*Izquierda:* **«Artilleros canadienses en el barro», pintura de Bastier acerca de Passchendaele, nombre que adquirió la importancia de un mito histórico.** *1* **Gough, el joven «acometedor» encargado de la ofensiva inaugural.** *2* **Robertson, jefe del Estado Mayor Imperial: «Ahora se trata sólo de desgastar y agotar la resistencia del enemigo.»** *3 De izquierda a derecha:* **Haig, Joffre y Lloyd George. En 1916, Haig y Joffre creían que los alemanes se hallaban al borde del colapso en el frente occidental; ese error de juicio dio origen a la confianza de Haig y a su desastrosa insistencia en Flandes.**

1



2



3



El nombre de «Passchendaele» se aplica, estrictamente hablando, a la última fase de la tercera batalla de Ypres que tuvo lugar en julio-noviembre de 1917. Pero es mucho más corriente ver este nombre empleado como nefasto sinónimo de las prolongadas batallas de desgaste libradas en el cieno de Flandes durante la Primera Guerra Mundial. Medio siglo más tarde, todavía se discute apasionadamente si hubo necesidad de emprender esa ofensiva, por qué se permitió que durara tanto tiempo y en qué forma influyó en el curso general de la contienda.

El 15 de noviembre de 1916, el general Joseph Joffre, comandante en jefe del Ejército francés, convocó una conferencia de representantes militares de la Entente en Chantilly para determinar la estrategia a seguir en el año siguiente. Tanto él como sir Douglas Haig, el comandante en jefe británico, coincidían en que las batallas de desgaste de 1916, libradas en el Somme y en Verdún, habían dejado exhausto al Ejército alemán. Joffre temía que el Ejército francés sólo pudiera emprender otro gran ataque, pero esperaba que éste sería decisivo. Propuso para la primavera de 1917 una ofensiva combinada en todos los frentes, en la que los británicos llevarían la dirección en el Oeste. Sin embargo, en diciembre el general Joffre fue reemplazado por el general Robert Nivelle, el más joven de los jefes del Ejército francés.

**Fracaso de Nivelle**

En febrero y marzo de 1917, el director efectivo de la estrategia alemana, general Erich Ludendorff, desbarató la ofensiva que Nivelle planeara para la primavera replegándose de veinticinco a treinta y cinco kilómetros en un frente de unos ciento doce, hasta una sólida línea defensiva conocida (por el nombre del comandante en jefe nominal) como «línea Hindenburg».

Nivelle no quiso modificar sus objetivos, y, olvidando cuán necesaria era la sorpresa, no mantuvo en secreto su ambicioso plan. La ofensiva francesa comenzó el 16 de abril en una atmósfera de desconfianza política y militar entre los aliados, y se prolongó hasta el 7 de mayo. Logró una penetración de seis kilómetros en un frente de veintiséis, éxito limitado que contrastaba en demasía con las promesas de Nivelle. Frustrados por el fracaso, los ejércitos franceses empezaron a desintegrarse, y casi la mitad de sus unidades desahogaron los resentimientos que habían incubado largo tiempo en una serie de motines que tuvieron lugar en mayo y junio. El general Henri Philippe Pétain, el héroe de Verdún, que reemplazó a Nivelle el 15 de mayo, restauró rápidamente el orden, pero también insinuó que los franceses tendrían que mantenerse en general a la defensiva durante el resto del año, hasta que pudieran ser apoyados por las divisiones norteamericanas y contaran con más tanques y artillería pesada. Mientras tanto, después de prolongar la agotadora batalla de Arras para aliviar a los franceses durante su ofensiva del Aisne, los británicos tuvieron que considerar de nuevo la proyectada ofensiva de Flandes a la luz de condiciones muy diferentes de las que existían cuando los aliados planearon su estrategia al empezar el año.

El 4 de mayo los dirigentes civiles de Francia y Gran Bretaña, junto con sus consejeros militares, se reunieron en París para revisar la estrategia que habían de seguir después del fracaso de Nivelle y la revolución rusa de febrero. Los jefes militares convinieron unánimemente en que había que continuar las operaciones ofensivas en el frente occidental. Según creían, los ataques aliados habían agotado ya una gran proporción de las reservas alemanas, y era necesario evitar que Alemania descargara su potencial bélico contra Rusia o contra Italia. Pero, en palabras del jefe del Estado Mayor Imperial sir William Robertson, «no se trata ya de que nos propongamos romper

el frente enemigo en busca de remotos objetivos; de lo que ahora se trata es de desgastar y agotar la resistencia del enemigo... Todos nosotros somos de la opinión de que nuestros propósitos pueden alcanzarse atacando sin cesar con miras a objetivos concretos, y haciendo pleno uso de nuestra artillería. Esperamos que con tales medios conseguiremos nuestros fines con el mínimo de pérdidas posibles». Los Gobiernos francés y británico dieron su total aprobación a dichas recomendaciones.

Antes de que llegara a conocer, a principios de junio, la delicada situación planteada por los motines franceses, el comandante en jefe británico, sir Douglas Haig, estaba ya considerando la posibilidad de descargar en Flandes un golpe que por su audacia se salía mucho de la política de cautela anteriormente preconizada. El Gobierno británico había decidido, en noviembre de 1916, que la eliminación de las bases de submarinos alemanes en la costa de Flandes era un objetivo estratégico de la mayor importancia. Haig creía que la rotura podía lograrse partiendo del saliente de Ypres, en combinación con un avance a lo largo de la costa y con un desembarco anfibio cerca de Ostende. Semejante plan se apoyaba en una idea muy optimista sobre el debilitamiento de la moral y de las reservas alemanas. Suponía también que los franceses colaborarían plenamente apoyando el avance con otras ofensivas, cosa que Pétain —recién nombrado sucesor de Nivelle— prometió el 18 de mayo.

### El esperado apoyo francés se desmorona

Pero el primero de junio cambió el panorama. El general Debeney llevó a Haig un mensaje de Pétain en el que éste insinuaba, eufemísticamente, que «el Ejército francés se hallaba muy indisciplinado» y él no podría cumplir su promesa de que atacaría para apoyar la iniciación de la ofensiva británica en Ypres. Una semana más tarde, el propio Pétain revelaba con mayor detalle la gravedad de la situación, pero añadía que las cosas estaban mejorando (como en realidad sucedía). Después, y aunque se desmoronaban las esperanzas de una participación francesa

1


2


**_1_ La espectral silueta de los troncos mutilados es cuanto queda de un bosque literalmente «barrido» por los proyectiles.
_2_ Tropas de reserva aguardan en las trincheras la orden de avanzar hacia la localidad de Veldhoek.**

realmente activa, Haig siguió confiando en que el Ejército británico (ayudado por seis divisiones francesas) podría lograr una victoria importante en Flandes. Lloyd George, aunque menos enterado que Haig del hundimiento de la disciplina en el Ejército francés, se mostraba cada vez más escéptico en cuanto a la cooperación de éste. Hacia el 13 de junio hablaba insistentemente a Robertson del plan de retirar del mando de Haig doce divisiones para enviarlas a «hacer la guerra en Italia». Robertson, decidido «occidentalista» que generalmente estaba de completo acuerdo con Haig, advirtió a éste, sin embargo, del peligro que correría si lanzaba «ataques amplios y costosos sin la plena colaboración de los franceses», y el 13 de junio escribió: «No insista diciendo que puede terminar la guerra este año, o que el alemán está ya batido. Diga que su plan (la concentración de todas las tropas y material disponibles en el frente occidental) es el mejor plan —como lo es en realidad—; que ningún otro sería *seguro*, y mucho menos decisivo, y déjelos luego que rechacen su consejo y el mío. No se atreverán a hacerlo.»

¿Por qué, en circunstancias tan poco propicias, y aun después de las prudentes recomendaciones del leal Robertson, decidió Haig lanzar su ofensiva de Ypres? Hacía ya tiempo que el comandante en jefe británico se daba cuenta de que el desaliento iba cundiendo entre los franceses, de modo que el derrumbamiento moral de éstos tras la abortada ofensiva de Nivelle no lo tomó por sorpresa. A juzgar por las anotaciones en su diario, los motivos de Haig fueron mixtos: deseaba amparar y alentar a los franceses, pero estaba también ansioso por conseguir una gran victoria para el Ejército británico, que se había convertido finalmente en el principal participante aliado en la contienda. Por otra parte, es necesario subrayar que el Alto Mando francés no veía con entusiasmo un ataque masivo en Flandes destinado a despejar de alemanes la costa del Canal. En efecto, Pétain era contrario a emprender una ofensiva importante en el frente occidental durante 1917, y el 19 de mayo dijo a sir Henry Wilson —quien ya había sido oficial de enlace en el cuartel general de Nivelle— que el proyectado avance de Haig hacia Ostende estaba destinado al fracaso. El general Ferdinand Foch, jefe del Estado Mayor francés, era, si cabe, todavía menos optimista, y aludía sarcásticamente a esa campaña motejándola de «marcha de patos».

**La bomba de Jellicoe**

El incidente crucial que sacudió al indeciso Comité del Gabinete de Guerra británico, se produjo en una reunión celebrada el 19 de junio: fue la «bomba de Jellicoe». Ninguno de los miembros del Comité, compuesto por David Lloyd George, Andrew Bonar Law, sir Alfred Milner, lord Curzon y el general J. C. Smuts, era partidario de una gran ofensiva en el frente occidental durante 1917, pero Jellicoe, el Primer Lord del Mar, atacó la opinión comúnmente compartida de que el tiempo colaboraba con los aliados al declarar que los submarinos alemanes causaban tales bajas a la marina mercante británica que en 1918 a Inglaterra le sería imposible continuar la guerra. La Armada británica se vería en serias dificultades a menos que el Ejército despejase la costa belga. Aunque esa alarmista predicción favorecía los propósitos de Haig, es muy dudoso que éste se tomase la advertencia de Jellicoe tan en serio como suele suponerse. Aun en una fecha tan próxima a la de la reunión como el 7 de mayo, Haig, en una carta dirigida a su esposa, había descrito a Jellicoe como «una vieja», y después, el 19 de junio, anotó: «Ninguno de los presentes compartía la opinión de Jellicoe, y todos parecían satisfechos de que hubiese suficientes reservas de alimentos en Gran Bretaña.» Más aún, el general Charteris, jefe del equipo consultor de Haig, registró en su diario, el 28 de junio: «Nadie dio crédito a aquella opinión, bastante sorprendente (la de Jellicoe), pero tuvo la fuerza suficiente para convencer al Gabinete de que debía llevarse adelante nuestro ataque.»

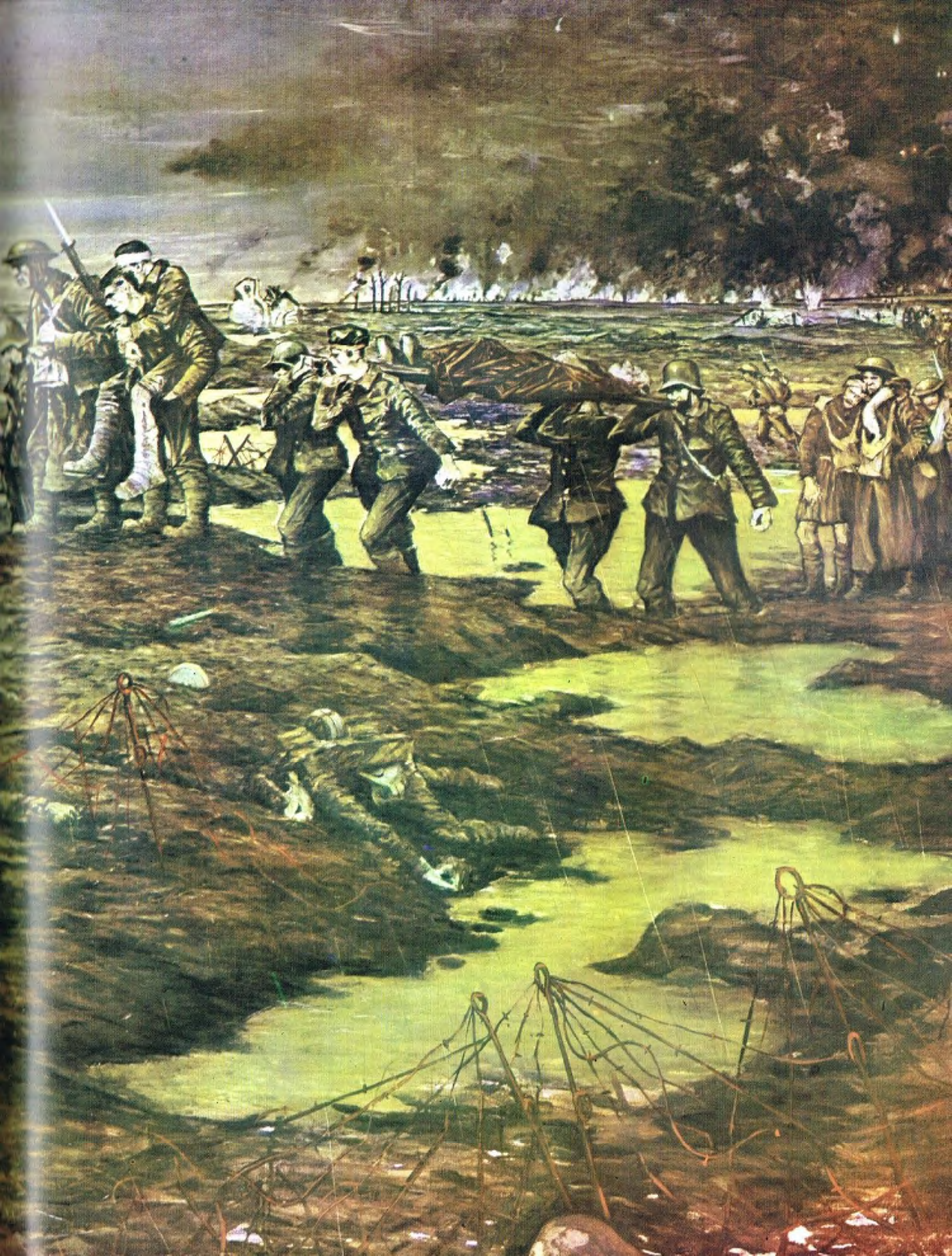
Parece que la razón fundamental de que Haig se decidiera a lanzar la ofensiva de Flandes no fue ni la necesidad de proteger a los franceses ni la de despejar la costa del Canal de bases submarinas enemigas: fue más bien su convicción de que los alemanes estaban tan cerca del colapso que con seis meses de batirlos intensamente en el frente occidental se pondría fin a la guerra. Su confianza se vio incrementada por el buen comienzo de las operaciones el día 7 de junio, cuando el II Ejército del general sir Herbert Plumer —ayudado por la explosión de diecinueve enormes minas bajo la línea alemana— realizó brillantemente un corto avance con miras a ocupar las colinas de Messines y rectificar así el saliente al sur de Ypres.

El intervalo de cincuenta y tres días entre aquel feliz avance preliminar y el lanzamiento de la gran ofensiva del 31 de julio, había de resultar fatal. Los planes de Haig no fueron aprobados hasta el 25 de julio, y únicamente después de que el Gabinete de Guerra sometiera a interminables discusiones la opinión de si era mejor reforzar el frente italiano con preferencia al de Flandes. Haig tenía razones para sentirse molesto de no haber merecido la misma confianza y apoyo que recientemente Nivelle había conseguido del primer ministro. Pero más importante es que el mismo Haig había previsto, incluso en las primeras etapas del planeamiento, que hubiese un lapso de unas seis semanas entre Messines y el ataque principal. Además, según algunos autores, Haig cometió su «error más grave» al confiar el peso principal de la batalla de Flandes al V Ejército, mandado por el general sir Hubert Gough. Podría objetarse que éste era la persona más indicada para llevar a cabo una operación tan audaz: con sus cuarenta y siete años de edad, era el más joven de los jefes del Ejército (mientras que Plumer, que tenía sesenta, era bastante mayor que los demás); era un oficial de caballería y un «acometedor», mientras que Plumer —más del estilo de Pétain— era conocido por la prudencia con que planeaba las operaciones y por el gran interés que mostraba en reducir al mínimo el número de pérdidas. Sin embargo, aparte de las críticas dirigidas a Gough y su estado mayor por haber interpretado y conducido mal los planes de Haig, el cambio de mando en aquellos momentos tenía que causar demoras y complicaciones administrativas, tanto más cuanto que el contingente francés (el I Ejército del general Anthoine) tenía que operar a la izquierda de Gough, entre el V Ejército y el IV Ejército de Rawlinson, en la costa.

**La tercera batalla de Ypres**

Como tantas campañas de la Primera Guerra Mundial, las operaciones de la tercera batalla de Ypres —que comenzaron, al fin, el 31 de julio después de un bombardeo preparatorio de quince días de duración y varios aplazamientos a petición de los jefes— al cabo de poco tiempo se habían distanciado de lo previsto en el plan original. En principio, Haig había supuesto que, al cabo de ocho días, el V Ejército habría avanzado veinticuatro kilómetros y habría conseguido controlar el ferrocarril Ypres-Roulers-Thourout. Sólo después de haber cubierto este objetivo, el IV Ejército empezaría a atacar, con el apoyo de los desembarcos anfibios a lo largo de la costa, y, con la ayu-





*Página anterior:* **«La cosecha de la batalla», pintura de C. R. W. Nevinson. Normalmente, bastaban dos hombres para llevar una camilla: en octubre de 1917 se precisaron dieciséis, ya que habían de relevarse muy a menudo a causa del agotamiento producido por su avance a través de caminos impracticables.**

da de Gough, envolvería las defensas alemanas. Mientras tanto, el II Ejército, que en los primeros días había limitado su intervención a la de un simple apoyo, avanzaría hacia el noreste para controlar las alturas de Passchendaele.

Tal proyecto resultó ser excesivamente optimista. La campaña degeneró en una lucha por la posesión de una baja meseta (unos sesenta metros de altura). La operación tuvo tres fases distintas, en cada una de las cuales se desarrollaron tres acciones principales. En la primera fase, el V Ejército de Gough llevó la iniciativa, librando las batallas de las lomas de Pilckem (31 de julio), de la meseta de Gheluvelt (10 de agosto) y de Langemarck (16 de agosto). Los británicos habían desaprovechado deliberadamente la posibilidad de un ataque por sorpresa, y vieron obstaculizada su acción por un fuerte aguacero. Pero a pesar de todo, el primer día, a diferencia de lo que sucedió al iniciarse la batalla del Somme, la acción no fue ni mucho menos un desastre. El asalto principal corrió a cargo de catorce divisiones británicas y dos francesas, apoyadas por 2.000 cañones y obuses en un amplio frente de unos treinta kilómetros. Las tropas del centro y del ala izquierda pudieron alcanzar la tercera línea, el más alejado de los objetivos propuestos, y el único verdadero fracaso fue el del ala derecha del V Ejército. Allí, partiendo de la meseta de Gheluvelt, divisiones alemanas especialmente adiestradas realizaron un duro contraataque, y su intenso fuego de apoyo puso de manifiesto, durante todo el curso de la batalla, cuán escaso era el daño que los ingleses habían infligido a la artillería alemana con su «proceso de ablandamiento». No obstante, aunque era demasiado exigua la estimación inicial de 15.000 bajas hecha por el cuartel general británico, podía, empero, ser comparada muy favorablemente con la del primer día del Sommme (casi 60.000).

Desde el comienzo, un tiempo atroz había empezado a obstaculizar los ulteriores avances. El primer día el tiempo había impedido por completo a los británicos hacer uso de su superioridad aérea para llevar a cabo vuelos de reconocimiento sobre los emplazamientos de la artillería enemiga. Y, aún mucho peor, como dijo el coronel Fuller a los jefes del Cuerpo de Tanques: «El 31 de julio, desde el Polígono de Zonnebeke, hasta St. Julien y, hacia el norte, hasta más allá de Langemarck, Steenbeck se había convertido en un dilatado foso de cieno.» Los británicos no tuvieron suerte, pero en los informes meteorológicos de los ocho años anteriores podían haber aprendido que Flandes era un país notablemente húmedo en agosto. El pantano se extendió rápidamente, gracias sobre todo al bombardeo, que había destruido el ya precario sistema de drenaje. La dirección del Cuerpo de Tanques enviaba diariamente un «mapa del pantano» al cuartel general, hasta que recibió instrucciones de no seguir enviándolo. Es probable que Haig no llegara a ver dichos mapas, y ni él ni Gough comprendieron entonces en todo su alcance las terribles condiciones del terreno. Ya el 4 de agosto anotó el general Charteris: «Se han confirmado los temores que sentía. El mal tiempo ha detenido nuestro ataque. Cada día de retraso va en contra nuestra. A cada hora que pasa vamos perdiendo la ventaja de atacar... Aunque el tiempo se despejase ahora, pasarían días antes de que el suelo se endureciera, si es que llega a hacerlo antes de las heladas invernales... Esta mañana he ido a la línea del frente. Todos los arroyos bajan crecidos, y la tierra es un cenagal...»

Aunque en agosto hubo algunos días buenos, el tiempo y el terreno dictaron el curso de las operaciones: el segundo y el tercer intento que hizo Gough para abrirse paso (los días 10 y 16 de agosto) fueron rechazados por feroces contraataques. En su libro *El V Ejército*, Gough dice que después del 16 de agosto, «informó al comandante en jefe que el éxito de la operación no era posible, o sería demasiado costoso en aquellas condiciones, y le aconsejó abandonar la ofensiva». Tal sugerencia respondía a la condición que había impuesto Lloyd George, o sea que se renunciara al ataque si las pérdidas habían de ser desproporcionadas a la extensión del terreno conquistado. Es posible que Haig, al pasar por alto aquella condición y este consejo, pretendiera todavía ayudar a los franceses, pero parece más acertada otra explicación: suspender la ofensiva en aquellos momentos habría significado ceder ante las pretensiones de Lloyd George de enviar cuantiosas fuerzas a Italia. Haig y Robertson estaban completamente convencidos de que tal traslado, al debilitar las fuerzas aliadas en el frente occidental, habría dado como resultado la victoria alemana.

**Meticulosos planes de Plumer**

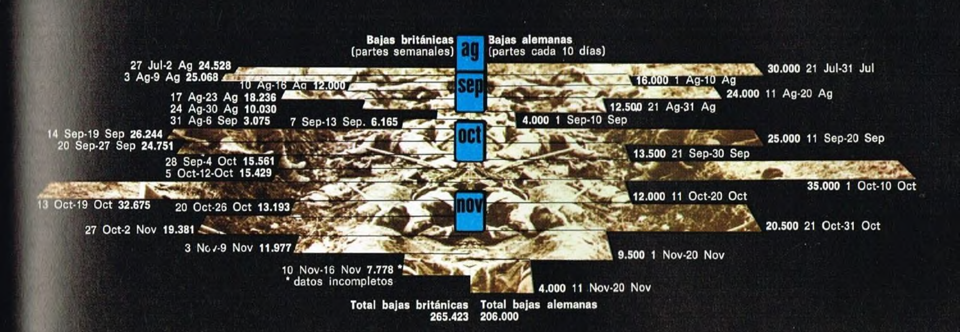
A finales de agosto Haig confió a Plumer, quitándosela a Gough, la dirección de las futuras operaciones. Ello significaba un retorno a métodos más cautelosos, basados en que un fuego concentrado artillero cubriera cada uno de los pequeños avances de la infantería. Al revés de como lo presentan sus acérrimos críticos, Haig no era partidario de una agotadora lucha de desgaste —con fines tácticos— en cuanto perdían empuje las primeras tentativas de romper el frente. Por el contrario, Haig criticó a Gough por haber ordenado muchos pequeños asaltos a granjas aisladas o a puntos fortificados, ataques que rara vez eran eficaces y que costaban un alto precio en vidas y municiones. Por una ironía de la suerte, en septiembre el tiempo iba a ser en general seco, en acusado contraste con agosto, y Plumer malgastó sus tres primeras semanas en trazar meticulosos planes para preparar el siguiente paso adelante. El sector principal de la ofensiva no excedería los 3.600 metros, con cuatro divisiones concentradas en la línea del frente. La profundidad del avance se limitaría a unos 2.000 metros; luego, las tropas harían alto para repeler los contraataques y esperar la llegada del grueso de la artillería. Plumer y su jefe de estado mayor, el general sir Charles Harington, calcularon que cuatro de aquellos ataques limitados bastarían para limpiar de enemigos la cadena de lomas que va de Passchendaele a Staden.

**Avance de los «Anzacs»**

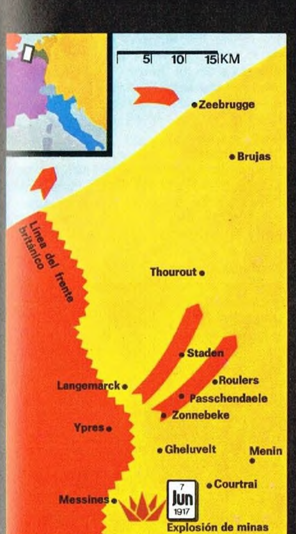
La primera de las tres batallas de la segunda fase —la del camino de Menin, de 20 de septiembre— tuvo por resultado una clara victoria. Fue esencialmente un triunfo de la artillería. El ataque comenzó a las 5,40 de la mañana, y a mediodía se habían cubierto los objetivos propuestos. Los alemanes fueron incapaces de contraatacar hasta las 3,15 de la tarde, y se logró rechazarlos. El día era claro, y la aviación británica pudo dar a la artillería informaciones sobre casi cuatrocientos objetivos.

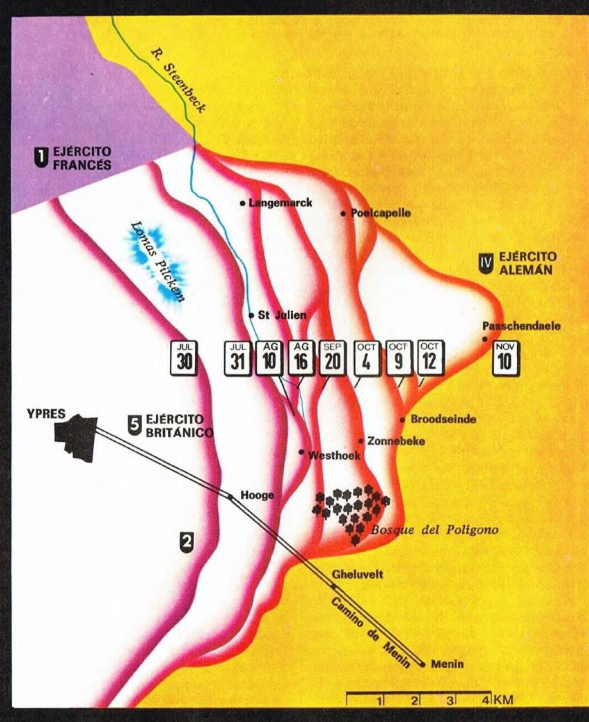
La segunda ofensiva de Plumer —en el Bosque del Polígono, el 26 de septiembre— se pareció mucho a la del camino de Menin, tanto en su esmerada preparación como en sus alentadores resultados. También se libró con buen tiempo. El príncipe Rupprecht de Baviera, que mandaba las fuerzas alemanas en Flandes, comenzó a sentirse preocupado por las tácticas defensivas y la escasez de reservas de sus ejércitos. El general Charteris, cuyos informes optimistas fortalecían las convicciones de su jefe, observó que la situación a finales de septiembre se parecía mucho a la del Somme el año anterior. «Ahora, como entonces, hemos desgastado la resistencia alemana hasta un punto

## El terrible precio pagado por once kilómetros de fango




*Arriba.* **El resultado de la lucha de desgaste: cifras de bajas de los ejércitos británico y alemán.** *Abajo.* **El plan de campaña de Haig: en el mapa pueden verse indicados el proyectado ataque naval en la costa y el choque preliminar en las colinas de Messines. Haig no tuvo en cuenta las habituales lluvias otoñales de Flandes.** *Derecha:* **los 11 km conquistados por los británicos entre julio y noviembre de 1917.**





La ciudad de Ypres, reducida a un montón de ruinas y socavada por los enormes cráteres producidos por las explosiones.

muy próximo a la rotura. Entonces, como ahora, el tiempo se volvió contra nosotros. Es una carrera contra reloj, y una lucha con el mal tiempo. Una cosa es cierta: ningún Ejército que no fuera el nuestro podría seguir luchando como lo hacemos nosotros. Douglas Haig está pidiendo casi lo imposible y obtiene una maravillosa respuesta». Alentado por los éxitos de Plumer y por las suposiciones de Charteris sobre el agotamiento de los alemanes, el 28 de septiembre Haig volvió al proyecto de intentar inmediatamente otro avance. «Soy de la opinión de que el enemigo está tambaleándose, y que un golpe vigoroso podría conducir a resultados decisivos. Si pudiésemos destruir, o tan sólo interrumpir durante cuarenta y ocho horas, la línea férrea a Roulers, probablemente produciríamos una catástrofe, porque el enemigo no podría contar entonces más que con una línea de ferrocarril para abastecer a sus tropas entre Gante y el mar...»

El tercer ataque de Plumer, la batalla de Broodseinde (el 4 de octubre), siguió la misma pauta de los dos anteriores: fue una alentadora victoria táctica, pero no dio signo alguno de producir aquellos «resultados decisivos» que Haig había mencionado a sus jefes de ejército. Marcó también el cenit de la contribución de la artillería a la tercera batalla de Ypres, antes que las bajas, las pérdidas de cañones y la imposibilidad de movimientos redujesen su efectividad. Los alemanes sufrieron graves pérdidas porque el fuego artillero británico cayó sobre cinco divisiones precisamente cuando éstas estaban formando para atacar. El II Ejército británico logró una cabecera de puente en las alturas de Passchendaele, pero entonces hubo que tomar rápidamente la decisión de si era preciso detener el avance (sobre todo teniendo en cuenta que, por el momento, se había renunciado al ataque anfibio contra Ostende y, con él, a la esperanza de alcanzar aquel año las costas del Canal de la Mancha).

Al día siguiente del combate de Broodseinde, Haig tuvo una reunión con sus jefes de ejército. Charteris anotó: «Hemos avanzado demasiado para que nos detengamos a esperar el invierno. A menos que dispongamos de buen tiempo durante todo este mes, no hay ya la menor posibilidad de limpiar la costa. Si estuviéramos seguros de que los alemanes iban a atacarnos ahora, sería mucho mejor hacernos fuertes aquí. Pero probablemente se contentarán con permanecer tranquilos y probar fortuna en otra parte... La mayoría de los asistentes a la reunión, aunque están dispuestos a seguir adelante, darían por bien venido un alto.»

**Passchendaele, unas «gachas de fango»**

La fase final de la campaña, desde el 4 de octubre hasta el 6 de noviembre, consistió en la lucha por la posesión del casi destruido pueblecito de Passchendaele, y, en acertada frase de John Terraine, «compendió las características que se suelen asociar al conjunto de la campaña». Después del respiro de septiembre, la lluvia cayó casi incesantemente durante el mes de octubre, y el agua junto con el fuego artillero destruyeron los últimos vestigios de las carreteras y caminos. Toda la zona se convirtió en unas «gachas de fango»; se sabe de mulos y caballos que se hundieron en él, con sus cargas; no podía encontrarse una base sólida donde asentar las piezas de artillería, y hacían falta dieciséis portadores en vez de dos para transportar una camilla a los puestos de socorro emplazados a una distancia de 3.600 metros. Estas condiciones caracterizaron la batalla de Poelcapelle (9 de octubre), las dos batallas de Passchendaele (12 y 26 de octubre) y la definitiva ocupación de este pueblecito por los canadienses el día 6 de noviembre. Para las tropas fue, en frase sucinta de Terraine, «un mes de horrible sufrimiento y de absoluta frustración». Los alemanes, a la defensiva, tenían ciertamente menos problemas de movimiento, pero tampoco gozaban de condiciones mucho mejores. Ludendorff no exageraba cuando escribió: «Aquello no era vida. Era sólo un indecible sufrimiento.»

Si Haig hubiese decidido detener la ofensiva después de Broodseinde, probablemente la campaña no hubiera llegado a adquirir su terrible reputación, pese a las abominables condiciones que caracterizaron la lucha durante el mes de agosto. Hasta los más ardientes defensores de Haig se han visto obligados a buscar más allá de los límites de Flandes para encontrar una justificación a las batallas de Passchendaele. Por ejemplo, Charteris escribió, el 7 de noviembre: «Hemos llegado ahora adonde, con buen tiempo, debíamos estar ya a primeros de septiembre, con dos meses por delante para proseguir la operación y limpiar la costa. Desde un punto de vista puramente local, ésta es una victoria más bien estéril, y, en definitiva, se habrán desperdiciado vidas y esfuerzos si nuestros compatriotas deciden que el año próximo nos mantengamos a la defensiva.» La campaña había extendido el saliente de Ypres hasta una profundidad máxima de once kilómetros y terminó sin llegar a conquistar todas las lomas de Passchendaele, que habían sido su primer objetivo. De haber estado bien fundada la predicción de Jellicoe —que la capacidad de Gran Bretaña para proseguir la guerra dependía de que el ejército limpiase de alemanes la costa belga—, la guerra se habría perdido. Lo que ocurrió fue que los aliados se vieron obligados a defender el saliente de Ypres durante otro invierno, mientras que los alemanes recibían nuevos refuerzos procedentes del frente oriental.





*1* **Un grupo de camilleros, hundidos sus pies en el cieno, transporta un herido.** *2* **Un soldado alemán es trasladado en camilla por combatientes aliados que visten uniforme escocés.** *3* **Heridos canadienses y alemanes descansan en el devastado suelo de las afueras de Passchendaele durante el camino hacia un puesto de socorro.**



**La defensa del desastre**

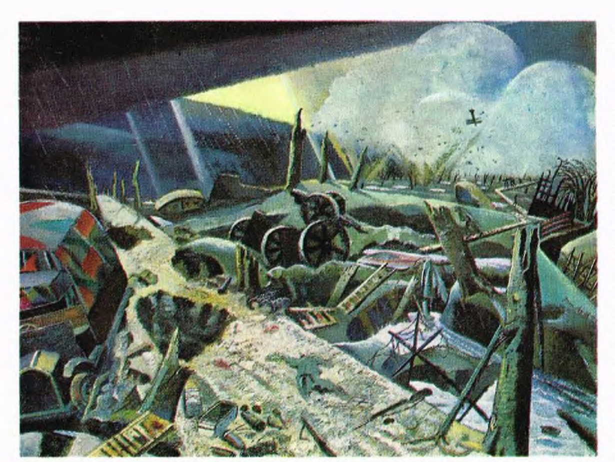
Existe, entre los británicos, una creencia muy arraigada según la cual Haig siguió luchando en Passchendaele «para salvar a los franceses». El diario de Haig contiene varias referencias, durante el verano, a la necesidad de «alentar a los franceses a continuar en la lucha», y de no dar a los alemanes ninguna oportunidad para explotar la debilidad del Ejército francés. El hecho de que los alemanes no planeasen realmente desencadenar un ataque contra los franceses no es motivo para que pongamos en duda la total sinceridad de Haig, aun cuando supone un error de juicio algo sorprendente en un jefe tan experimentado. En cuanto a las fases posteriores de la campaña, el propio diario de Haig revela que éste ya juzgaba de un modo distinto la capacidad combativa de los franceses. Así, el 1.º de septiembre escribió: «El resultado de nuestra presión en Ypres se pone de manifiesto en que ha disminuido la presión de los alemanes en el Camino de las Damas y en la resistencia relativamente débil que han opuesto al ataque francés en Verdún. El Ejército francés ha tenido, pues, la tranquilidad que deseaba Pétain para recuperarse de la fallida ofensiva de Nivelle.» Además, después de que Pétain se mostró poco dispuesto a atacar en septiembre para apoyar a los británicos, Haig escribió a Robertson (el 8 de octubre): «Aunque no puede esperarse que los franceses lo admitan oficialmente, sabemos que el estado de sus ejércitos y de sus reservas es tal que ni el Gobierno francés ni las autoridades militares se atreverán a pedir a las tropas que emprendan otra ofensiva larga y duradera, por lo menos hasta que se demuestre que las fuerzas enemigas han sufrido un colapso final y definitivo. Aunque se muestran firmes en la defensiva y nos serán útiles realizando ofensivas locales con objetivos limitados, los ejércitos franceses no responderán a una exigencia más dura, y las autoridades lo saben perfectamente.»

Diez años después de la campaña, Haig afirmó que Pétain le había pedido insistentemente que atacara «teniendo en cuenta el horrible estado de las tropas francesas». Pero Haig, que dejaba minuciosa constancia en su diario de las entrevistas que tenía, no consigna, en ninguna de las cuatro que celebró con Pétain *durante la campaña*, que éste le insinuase siquiera tal petición. Pétain negó el rumor que circuló después de la guerra sobre esta importantísima cuestión, mientras que Haig nunca dio noticia de ella al Gobierno británico.

**Balance de las pérdidas**

No parece probable que, al prolongar la ofensiva de Flandes, Haig ayudase indirectamente a los aliados en otros frentes. La fase de Passchendaele no impidió ni el derrumbamiento final de los ejércitos rusos, durante el otoño de 1917, ni la gravísima derrota de los italianos en Caporetto a finales de octubre. Es más, Ludendorff pudo retirar varias divisiones del frente occidental durante la ofensiva británica. De todos modos, en las memorias de guerra del príncipe Rupprecht y de Ludendorff, hay párrafos que confirman el convencimiento que tenía Haig: el desgaste de Flandes estaba afectando gravemente la moral del IV Ejército alemán. Pero también los aliados sufrían un severo castigo. En realidad, dado que los alemanes se limitaron a defenderse, empleando casi siempre tácticas en profundidad, desde puntos dispersos, bien fortificados, con lo que se ahorraban esfuerzos y vidas, no puede resultar sorprendente que la moral de los atacantes fuese la más castigada de los dos contendientes. Además, Haig y su estado mayor (aunque no Robertson) parecen haber subestimado el efecto alentador que sobre Alemania produjo su gran victoria contra Rusia, la cual, además, proporcionó a los alemanes una mayor disponibilidad de fuerzas: cuarenta divisiones fueron trasladadas al frente occidental desde Rusia y Rumania entre el primero de noviembre y mediados de marzo, y otras les siguieron más tarde. Aquello dio a los alemanes nuevas esperanzas de poder descargar un golpe decisivo en la primavera de 1918.

Mucha confusión y muchas discusiones se han suscitado sobre las estadísticas de las bajas, no sólo debido a que las lagunas existentes en las fuentes fidedignas de primera mano permiten distintas estimaciones, sino también a causa de los diferentes métodos empleados por los beligerantes para consignar sus pérdidas. Se admite en general que es aproximadamente exacto el total de 245.000 muertos y heridos británicos dado por la *Historia Oficial Británica*, aunque en agosto de 1918 el Estado Mayor Central dio al Gabinete de Guerra una estimación total de 265.000, cifra que sir Basil Liddell Hart eleva a 300.000. La *Historia Oficial Alemana*, por lo que respecta al IV Ejército —que cubría un frente mucho más amplio que el del sector de Ypres—, da una cifra de 202.000 bajas, incluidos los desaparecidos, entre el 1 de julio y mediados de noviembre; pero la *Historia Médica Alemana* rebaja este número a 175.000.



**«Vacío», pintura de Wellard cuyas metálicas tonalidades reproducen con impresionante fidelidad la fría desolación que sigue a las batallas.**

Aunque las pérdidas de los alemanes, según la más elevada de sus estimaciones, sean todavía inferiores a las reales, no es posible pretender, al hacer el horrible recuento de las bajas, que la tercera batalla de Ypres tuviera como resultado una clara ventaja para británicos y franceses.

**Haig juzga mal a Alemania**

Aunque en aquellos momentos el gradual desgaste en el número y en la moral de las tropas enemigas era considerado por el cuartel general como una razón válida para continuar la batalla, parece que el motivo principal que indujo a Haig a prolongarla fue su creencia de que Alemania estaba próxima al derrumbamiento total, creencia a la que contribuyó —tal es la opinión general— la influencia de Charteris. Haig, hombre de una gran personalidad y muy confiado en sí mismo, pudo tener en su propio carácter una fuente a la vez de debilidad y de fortaleza: una vez tomada una determinación sobre un tema, no era fácil hacerlo vacilar. En su libro *En el gran cuartel general*, Charteris, sin tratar de denigrar al que fue su comandante, cita más de un ejemplo de cómo Haig iba más allá de los informes que recibía (ya excesivamente optimistas). Los papeles publicados por el propio Haig, a la vez que muestran claramente la amplitud de los problemas que hubo de enfrentar, muestran también que carecía de la inteligencia crítica necesaria para juzgar objetivamente la capacidad del enemigo.

Las relaciones civil-militares y la cooperación aliada fueron sorprendentemente defectuosas durante la campaña. Lloyd George y el comité del Gabinete de Guerra tenían poca fe en Haig y en su plan, pero ni se sintieron capaces de reemplazarle ni le dieron pleno apoyo. A su vez, el comandante en jefe no tenía confianza en el primer ministro, y, en consecuencia, parece que no le pasó ciertos informes sobre los motines del Ejército galo, por miedo a que se sirviera de ellos como pretexto para debilitar el frente occidental. El ministro de la Guerra francés, y más tarde primer ministro, Paul Painlevé, dio a Lloyd George mayores seguridades de lo que habría sido conveniente, en el sentido de que el Ejército francés podría dar, y daría, pleno apoyo a la ofensiva de Haig, y, de modo parecido, Pétain hizo promesas que estaba poco dispuesto a cumplir. Robertson estuvo tal vez en la posición menos envidiable, porque al tratar de distraer a Lloyd George de su obsesión por el frente italiano, y al advertir también a Haig que no se excediese en su ofensiva de Flandes, se ganó la hostilidad del primero y se hizo sospechoso al segundo. Haig no hizo nada por evitar su destitución a principios de 1918.

**Trágico derroche**

A primera vista, los combates de la tercera batalla de Ypres aparecen simplemente como baños de sangre mal preparados. Pero fueron algo más que eso. Cuando las condiciones lo permitieron, estuvieron esmeradamente planeados y ejecutados con destreza. En particular, los avances por pequeñas etapas de Plumer, en junio y septiembre, y las operaciones de Pétain en el sector de Verdún, mostraron lo que podía conseguirse si los objetivos se limitaban a lo indispensable y si un fuego concentrado de la artillería ofrecía suficiente protección. Por lo demás, el saliente de Ypres era particularmente inadecuado para un intento de rotura del frente, a causa del precario sistema de drenaje, del clima y del terreno. A decir verdad, la débil posibilidad de una rotura que llevara a los británicos hasta la costa del Canal dependía no sólo del éxito completo de la ofensiva inicial de Gough, sino también de que simultáneamente se lanzasen operaciones anfibias. Aunque estas últimas habían sido planeadas con esmero, se tropezó con obstáculos tan serios que fue probablemente una decisión prudente la de cancelar la operación al ser tan lento el avance por tierra.

La terrible reputación que conserva todavía la guerra de 1914-1918 se debe, en gran medida, a que las devastaciones y sufrimientos que provocó no parecen haber tenido una causa suficiente. Tres años de matanzas sin resultados decisivos y la fragilidad de los juicios humanos se combinaron para originar la tragedia de la tercera batalla de Ypres, en la que el esfuerzo heroico de las tropas no produjo al parecer más que resultados insignificantes. Sin embargo, nadie puede tener la seguridad de que las vidas perdidas en Flandes fueran sacrificadas en vano: «Passchendaele» trascendió su realidad histórica de campaña sin resultados decisivos, para convertirse en un poderoso mito histórico. Como tal, su influencia alcanzó hasta mucho más allá de 1918. Sobre los estadistas y los soldados, tales mitos históricos suelen ejercer tanta influencia como las realidades. En 1939-45, Churchill y muchos de sus generales tuvieron muy presente el recuerdo de Passchendaele: nunca más, decidieron, se sometería a las tropas británicas a una batalla de desgaste como ésta, a menos que se tratase de la supervivencia nacional.

**Briand Bond**

# La lucha en el frente alpino

**El 26 de octubre de 1917, cuatrocientos mil soldados italianos pensaban volver a sus hogares, pues, «al menos para ellos, la guerra ya había terminado». Durante tres años habían combatido bravamente, pero en las once batallas del Isonzo no habían conquistado más que unos pocos kilómetros, y ahora se enfrentaban a un enemigo más fuerte que nunca.**

**Visitantes del frente italiano en 1917.** *Arriba:* **Cadorna (centro); su intolerancia le impidió comprender a su Ejército.** *Abajo:* **los emperadores Carlos I (a la izquierda) y Guillermo II, que confiaban en dejar a Italia fuera de combate.**





El general Conrad von Hötzendorff, mientras fue jefe del Estado Mayor Central austríaco, tuvo una obsesión: estaba firmemente convencido de que, si en el momento oportuno y poniendo a contribución los medios adecuados, se desencadenaba una ofensiva general contra Italia, sería tan eficaz que obligaría a dicho país a abandonar la guerra. Von Hötzendorff había sostenido la misma opinión desde mucho antes de que Italia se uniese a los aliados, y en repetidas ocasiones instó al viejo emperador Francisco José a que le permitiese lanzar un ataque semejante contra tal nación. Su argumento era que si se la reducía a la impotencia militar, Italia resistiría más fácilmente a la tentación de abandonar su neutralidad en favor de los aliados. Francisco José —quien aún creía en la obligatoriedad de las reglas que gobiernan la conducta de las naciones y en que hay que respetar la neutralidad de una nación, a menos que ésta provoque represalias con su conducta irreflexiva— se había negado a dar su consentimiento a los caprichos de su jefe de Estado Mayor.

Después de la entrada de Italia en la guerra, Conrad von Hötzendorff estaba más firmemente convencido que nunca de que su plan de ataque verdaderamente masivo era el único medio para triunfar en el frente italiano. Casi no hay duda de que, si hubiese dispuesto de fuerzas suficientes para montar tal ofensiva sin retirar las tropas austrohúngaras que luchaban contra Rusia en el frente oriental, y si no hubiera tenido que inclinarse siempre ante la voluntad del Alto Mando alemán, habría actuado de acuerdo con sus propósitos. Pero no disponía de fuerzas suficientes; los alemanes no consentirían en retirar unidades del frente oriental, y, cada vez que el austríaco planteó el tema, le objetaron que no disponían de divisiones sobrantes para proporcionarle el material humano que necesitaba.

Pero cuanto más se prolongaba la guerra más aumentaba la obsesión de Von Hötzendorff. Éste se negaba a creer que la ilimitada campaña submarina que planeaban los alemanes pudiera poner fin a la guerra, tal como éstos sostenían; y llegó a importunar tanto a sus colegas que, un mes después de que planteara el tema por última vez —el 23 de enero de 1917—, el nuevo emperador, Carlos I, que había sucedido a Francisco José al morir éste en noviembre de 1916, lo reemplazó por el general Arz von Straussenburg, un hombre mucho más joven.

No obstante, el Emperador no retiró a Von Hötzendorff, sino que lo destinó al mando del sector occidental (Trentino) del frente austro-italiano.

### El frente italiano

El frente italiano se extendía desde la frontera italo-suiza, al oeste, hasta la frontera oriental entre Italia y Austria, siguiendo la línea de los Alpes. Esta última seguía, más o menos, el curso del río Isonzo. El Isonzo desemboca en el mar Adriático al oeste de Trieste, y desde su nacimiento en los Alpes Julianos, su curso contornea el borde oriental de la llanura friulana.

A excepción de unos veinticuatro kilómetros en su extremo sur, el frente del Isonzo estaba protegido por un ramal de la cadena alpina, los Alpes Julianos, que, al avanzar hacia el sur, se ensanchan en mesetas y colinas calizas. Discurriendo más o menos paralelo a los Alpes Julianos hasta la mitad de su recorrido, el Isonzo se abre camino por un valle profundo y roqueño, separado del cordón montañoso por alturas calizas. Aunque estas alturas presentan una pendiente suave y gradual, están profundamente cortadas por una red de valles y crestas.

Al sur de la ciudad de Tolmino, y separándose del ramal montañoso, está la meseta que los italianos llaman de Bainsizza. La palabra meseta suele designar una llanura elevada; pero la de Bainsizza no es llana, sino que está cruzada en distintas direcciones por crestas que se elevan bruscamente sobre esta desigual llanura.

Al sur de la meseta de Bainsizza está la del Carso, que ha sido descrita como «un desolado yermo de piedras, cortantes como cuchillos». Entre ambas mesetas, pero extendiéndose hacia el este, está la meseta de la Selva de Ternova, que no

es tan alta como las otras dos, pero está densamente poblada de bosques.

A todo lo largo del frente, los austríacos ocupaban el terreno más elevado sobre la llanura friulana. Los italianos, por tanto, tendrían que atacar cuesta arriba, a menos que efectuasen su ataque sobre el tramo de venticuatro kilómetros cercano a la costa, en dirección a Trieste.

**Tropas y carros se dirigen hacia el río Tagliamento. Ha sido dada la orden de retirada, y el Ejército italiano busca un lugar más seguro, donde reponerse de las heridas de Caporetto.**

**Once batallas para conquistar once kilómetros**

Cuando los italianos entraron en la guerra, en mayo de 1915, el general Cadorna tenía treinta y cinco divisiones bajo su mando. Era una fuerza respetable en cuanto a potencial humano, aunque muy desprovista de artillería. Por el contrario, los austrohúngaros tenían diez divisiones menos, pero su artillería era muy superior.

Cadorna desplegó sus tropas entre los dos sectores del frente en los que era posible el combate; en el extremo occidental, al norte de Verona, y en el oriental, junto al río Isonzo. Los Ejércitos I y IV guardaban la llanura de Venecia, al oeste, y los II y III tomaron posiciones en el Isonzo, junto con el grupo Carnia, que comprendía diecinueve batallones de tropas alpinas, en el extremo norte del frente.

Cadorna decidió atacar ante todo en el frente del Isonzo. Las razones que le indujeron a hacerlo eran no sólo militares sino también históricas. Las provincias austríacas al este del Isonzo habían pertenecido en otro tiempo a Italia, y desde que ésta se había convertido en un reino unido, en 1870, no había cesado de reclamarlas; en cuanto al aspecto militar, la presión italiana en ese frente aliviaría la que los austríacos ejercían en Servia.



La estrategia que Cadorna pensaba desarrollar en el Isonzo consistía en avanzar mediante una serie de lo que él llamaba saltos ofensivos. Atacaría a los austríacos proponiéndose objetivos limitados, se detendría a consolidar el avance y rehacer sus formaciones, y daría otro salto adelante.

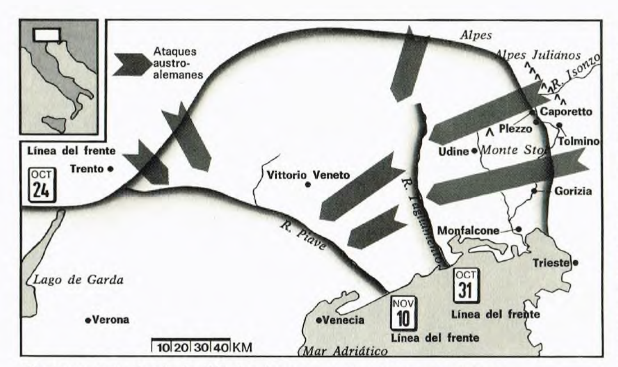
Pero ese plan no tuvo éxito. Entre el 23 de junio de 1915, cuando lanzó su primer salto ofensivo, y el 29 de agosto de 1917, los ejércitos italianos atacaron once veces a los austríacos —batallas primera a undécima del Isonzo— y, al final de la última, habían ganado como máximo once kilómetros de terreno.

Las razones de que un esfuerzo tan grande tuviera resultados tan escasos eran numerosas y variadas. La disciplina en la alta oficialidad del Ejército era defectuosa, principalmente porque Cadorna eliminaba sin compasión a todo jefe que no alcanzase los objetivos que le asignaba. En los diecinueve meses que precedieron a Caporetto destituyó a 217 generales, 255 coroneles y 335 comandantes de batallón. Esta forma de proceder originó en los oficiales de mayor graduación una enorme sensación de inseguridad: se volvieron excesivamente prudentes, hasta el punto de defraudar a su comandante en jefe. Al mismo tiempo, aquella situación produjo una falta de contacto entre el mando supremo y los comandantes de campo: Cadorna quedó encerrado en una torre de marfil a la que no llegaban informaciones precisas sobre las reacciones de oficiales y soldados ante la guerra en general y ante sus propios problemas en particular.

Pero no era menos grave la falta de equipo, y especialmente de artillería pesada y municiones. En el momento crucial, o no había suficientes cañones para explotar el éxito, o fallaba el abastecimiento de municiones.

Esa situación se debió en parte al hecho de que en Italia resultó difícil y lento






**El ataque austroalemán de 1917. Las fuerzas que derrotaron a los italianos en Caporetto, avanzaron hasta el río Tagliamento, y luego hasta el río Piave; en noviembre, Conrad ordenó un ataque desde Trento, al sur de los Alpes.**

el proceso de adaptar la industria a la producción de material bélico, y en parte a que, particularmente a medida que la contienda se prolongaba, los socialistas, contrarios a la guerra, boicotearon la producción de municiones y armamentos.

Además, en las pausas entre batalla y batalla menguaba la moral de los soldados. Hasta después de Caporetto no se hizo absolutamente nada para entretenimiento de las tropas en su tiempo libre. Los hombres pasaban íntegramente sus ratos de ocio dentro de cuevas o tiendas, sin nada que les sirviese de distracción, y eso constituía un campo de cultivo de los más descabellados rumores sobre lo que ocurría en la retaguardia. Los italianos, con su extraordinario apego a la familia, sufrían por ella al estar lejos del hogar.

Por otra parte, las cosas no iban mucho mejor en el lado austríaco. La falta de una victoria decisiva y las condiciones extremadamente difíciles impuestas por el terreno y el estado del tiempo, particularmente durante la campaña de invierno, hacían mella en la moral de los soldados.

Así ocurrió especialmente después del éxito italiano, a pesar de lo limitado que fue, en el sector de la Bainsizza, en la undécima batalla del Isonzo (agosto de 1917). Concluida esta última, los jefes del Ejército austríaco dudaban seriamente de que sus hombres pudieran resistir una duodécima ofensiva, en caso de que Cadorna estimase que los italianos eran capaces de emprenderla.

Sólo entonces recordaron el viejo proverbio militar de que la mejor forma de defensa es el ataque. También recordaron que Conrad von Hötzendorff había tenido un plan; y alguien señaló que, al puntualizar los últimos detalles del mismo, Von Hötzendorff había sugerido el sector de Caporetto como sitio ideal donde descargar el peso principal del ataque austríaco, puesto que era el punto más débil de la línea italiana, o sea el eslabón más flojo del frente italiano del Isonzo.

Aun así, la ayuda alemana era necesaria, de modo que, el 25 de agosto, el general Waldstatten fue enviado al cuartel general alemán, con instrucciones de que procurara por todos los medios obtener la aprobación alemana y la ayuda requerida para una ofensiva en el Isonzo.

El Káiser informó al Emperador austríaco que podía contar plenamente con Alemania para aplastar a Italia. Su Alto Mando tenía otras ideas, pero después de algunas discusiones se convino en que, si el teniente general Krafft von Dellmensingen, experto en la guerra de montaña, después de inspeccionar el frente en Caporetto, juzgaba que el plan podía tener éxito, Alemania consideraría seriamente las propuestas.

Dellmensingen fue al Isonzo, vio, e informó: «Vistas las dificultades existentes —escribió—, el éxito se encuentra en el límite justo de las posibilidades.» Aquello era suficiente para los alemanes, y se pusieron sobre el tapete los planes para la acción.

En realidad, Cadorna no tenía el propósito de iniciar una duodécima batalla del Isonzo. El 20 de septiembre sorprendió a las misiones británica y francesa con la noticia de que había renunciado al proyecto de emprender una nueva ofensiva e iba a pasar a la defensiva en el Isonzo, al menos por el momento. Dio como razón la necesidad de conservar su provisión de municiones.

En respuesta a las peticiones que tiempo atrás hiciera Cadorna de piezas de artillería, británicos y franceses habían enviado recientemente a Italia algunas baterías pesadas, «prestadas para que fueran destinadas únicamente a operaciones ofensivas». Cuando supieron que Cadorna pretendía abandonar la ofensiva, Lloyd George y su colega francés Painlevé, resentidos, acusaron a Cadorna de haber conseguido los cañones con engaño, y exigieron su restitución. Fueron devueltas todas las baterías francesas y dos de las tres británicas.

En sus «Memorias», Cadorna explica la causa de su decisión. Los informes que había recibido mostraban que los austríacos estaban a punto de dar un tremendo golpe con el fin de dejar a Italia fuera de combate, para lo cual no esperarían la primavera de 1918, como pretendían los agentes alemanes de Suiza.

El 6 de octubre se habían identificado en el frente del Isonzo cuarenta y tres divisiones enemigas. A partir de esa fecha la información se hizo gradualmente más exacta. Había muchas tropas en el sector de Bainsizza, y en el valle del Sava (a noventa y seis kilómetros al este de Caporetto) estaban concentrándose tropas alemanas.

El 9 de octubre el boletín del servicio de información decía que «la última semana de octubre puede considerarse como la fecha más probable para el comienzo de la ofensiva enemiga».

El 14 de octubre, el general Capello, comandante en jefe del II Ejército italiano, en cuyo sector estaba situado Caporetto, recibió orden de sus médicos de trasladarse a Padua para descansar y cambiar de aires; fue una decisión fatal, porque Capello poseía la plena confianza de sus tropas, y su ausencia, en el momento en que éstas iban a recibir la tremenda embestida del enemigo, podía fácilmente poner en peligro todo el frente del Isonzo.

Una semana más tarde, Cadorna transmitía al jefe británico de operaciones militares el siguiente informe: «El ataque es inminente, pero confío en poder contenerlo Dadas las dificultades que presen-

ta el terreno en el sector de Tolmino, soy de la opinión de que no será difícil defenderlo si es atacado, y, en consecuencia, he dispuesto ligeras defensas en este sector.» (Caporetto está al norte de Tolmino.)

En este caso, el general Cadorna cometió graves errores de apreciación. Había aceptado como fidedigna la información dada por un desertor checo, según la cual el ataque principal tendría lugar en Tolmino, y a causa de ella había menospreciado otros informes más detallados obtenidos de desertores austríacos. También el conocimiento que tenía del terreno de Tolmino lo había inducido a subestimar el número de fuerzas que el enemigo lanzaría al ataque. Y, lo más grave de todo, su confianza lo llevó a abstenerse de mandar exploradores a la zona norte de Tolmino —es decir, a las inmediaciones de Caporetto— y, así, no supo que había cuatro divisiones austrohúngaras, concentradas, una detrás de otra, en el valle que se extiende al norte de Plezzo.

**Los austríacos rompen el frente**

Cadorna y Capello poseían caracteres muy diferentes, y durante la guerra habían sostenido puntos de vista distintos. Ahora diferían una vez más a propósito de los planes para contrarrestar el ataque enemigo. Cadorna cursó instrucciones para una actitud defensiva, con contraataques locales; Capello era partidario de una acción ofensivo-defensiva, con un contraataque en gran escala, al noroeste de la meseta de Bainsizza.

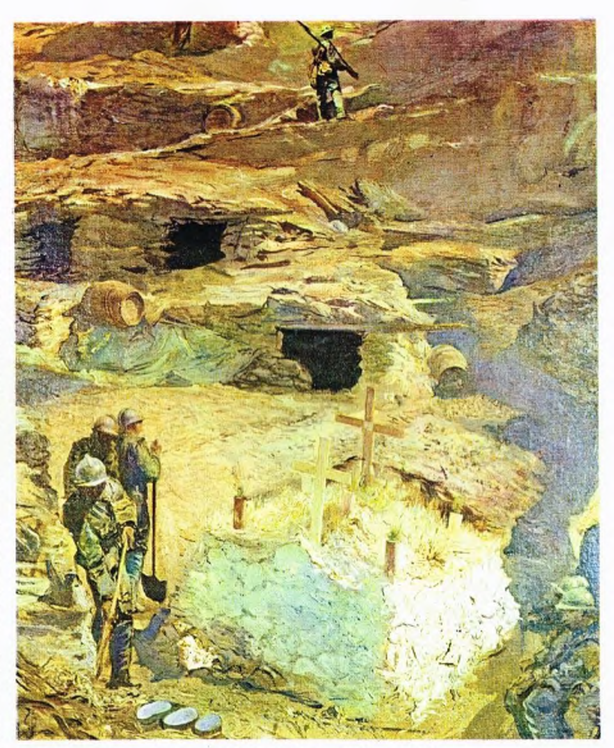
Sin hacer caso de las instrucciones de su jefe supremo, Capello desplegó sus tropas de modo que estuvieran a punto para desarrollar su propio plan.

Aunque todavía tenía fiebre, Capello quiso volver a su cuartel general al atardecer del 23 de octubre, pero empeoró y, después de dictar sus órdenes, tuvo que retirarse de nuevo. No habían transcurrido más de una o dos horas desde su partida cuando, a las dos de la madrugada del día 24, la artillería del XIV Ejército austrohúngaro, en el sector de Tolmino-Plezzo, abrió el fuego con bombas de gas sobre las baterías italianas y las trincheras de vanguardia. Al cabo de dos horas se produjo una pausa de otras dos. La artillería italiana replicó, con intensa violencia al principio y débilmente poco después, causando escasos daños a la infantería enemiga.

Al poco rato de iniciarse el bombardeo empezó a caer una ligera lluvia, que se convirtió luego en un intenso aguacero, mientras en las alturas había tormentas de nieve y una intensa niebla se difundía por los valles. Al amanecer era escasísima la visibilidad.

A las seis y media de la mañana se reanudó el bombardeo con proyectiles altamente explosivos. Desde Plezzo hasta el mar, a lo largo de todo el frente, cañones de diversos calibres hacían fuego. Nunca hasta entonces había tenido lugar en el Isonzo un bombardeo tan intenso, y en muy poco tiempo las defensas italianas habían quedado deshechas, mientras los pulmones de los hombres eran presa de una cruel angustia que paralizaba sus pensamientos y acciones cuando sus caretas antigás quedaban empapadas por grandes dosis de gases alemanes. Y al mismo tiempo, para colmo de calamidades, se habían roto todas las comunicaciones entre el mando y las líneas avanzadas.

A las 8 de la mañana la explosión de dos minas gigantes dio al XIV Ejército alemán la señal de avanzar desde Plezzo y Tolmino. Para sorpresa suya, el general Krauss, en Plezzo, no encontró resistencia alguna. A las 9.30 se había roto el frente del IV Ejército italiano.



**Trinchera del Carso, pintura de G. A. Sartorio. La meseta del Carso, «un yermo de piedras cortantes como cuchillos», fue ocupada por los italianos, quienes tuvieron que pagar por ella un terrible precio de vidas humanas.**



**Alemanes y austríacos atienden a sus camaradas heridos.**

Mientras tanto, al norte de Tolmino, el general Stein avanzaba con sus divisiones; precisamente se hallaba frente al punto más débil de la línea italiana.

Al darle instrucciones para la batalla, Cadorna había dicho al general Badoglio (que en la Segunda Guerra Mundial se haría famoso, como mariscal Badoglio), comandante del XVIII Cuerpo —destacado en la línea desde Plezzo a Tolmino—, que retirase sus tropas a la orilla occidental del Isonzo. Por alguna razón que nunca llegó a aclararse, Badoglio retrasó la ejecución de aquellas órdenes hasta poco antes de que comenzase la batalla, con el resultado de que sólo una pequeña fuerza pudo hacer frente a Stein, y el resto del Cuerpo quedó aislado en la orilla oriental.

Stein destruyó este pequeño contingente de fuerzas, y se abrió camino hasta el río. A las cuatro de la tarde había ocupado el pueblecito de Caporetto.

Así, a media tarde se había abierto una brecha de veinticuatro kilómetros en la línea italiana; el primer día de combate, y precisamente en el sector en que Cadorna no esperaba un ataque, empezó la catástrofe.

**Viene el «coco»**

Hasta aquel momento los italianos habían tenido que enfrentarse sólo con austríacos, de los que no tenían muy alta opinión. Por el contrario, entre ellos los alemanes gozaban de una extraordinaria reputación como combatientes. Los jefes italianos tenían la costumbre de presentar a los alemanes como el «coco» para reducir a la obediencia a tropas recalcitrantes.

¡Y ahora los alemanes estaban de veras allí!

Cuando los soldados italianos descubrieron la verdad de la situación, su moral se derrumbó. Pero tampoco mostraban mayor entereza los oficiales de menor graduación, que no sabían qué partido tomar ante unas tácticas que no se les había enseñado a contrarrestar.

Las cuatro divisiones del IV Cuerpo del general Cavaciocchi huyeron a la desbandada arrastrando consigo a la 19.ª División de Badoglio. La mayoría de aquellas tropas cayeron prisioneras en los días siguientes.

A la caída de la noche Krauss se hallaba en las proximidades del monte Stol, al noroeste de Caporetto, y Stein tenía la mayor parte de sus divisiones situadas en la orilla occidental del Isonzo. Solamente al sur de Tolmino habían resistido las fuerzas italianas, a las órdenes del general Caviglia; y tan pronto como Cadorna conoció el desastre del norte ordenó que también éstas se retirasen. Al mismo tiempo, ordenó al duque de Aosta, comandante del III Ejército, y al general Capello, que, con la ayuda de trabajadores civiles y «con la máxima presteza y reserva», dejaran inmediatamente a punto las defensas de la línea del río Tagliamento. Según explicó, para salvar al III Ejército y los restos del II Ejército que habían aguantado la embestida, era necesario que se replegasen a aquella línea.

Al día siguiente, la atmósfera era transparente y brillaba el sol, y por ello era posible hacerse cargo de cómo estaba la situación. Capello, que había regresado para asumir el mando cuando comenzó la batalla, tuvo que informar a Cadorna de que todas las posiciones del II Ejército al este del Isónzo se habían perdido.

Cadorna ordenó al duque de Aosta que enviase las menos móviles de las piezas pesadas y medio pesadas de la artillería del III Ejército al río Piave, a retaguardia de la línea del Tagliamento. Con el resto, él se retiraría al oeste del valle del Carso, y prepararía allí una línea para cubrir la retirada general.

A mediodía Capello llegó al cuartel general de Cadorna, en Udine, para discutir la situación. Estaba gravemente enfermo y a punto de derrumbarse. Dijo a Cadorna que, en su opinión, debían romper por completo el contacto con el enemigo y retirarse inmediatamente al Tagliamento. Por una vez los dos hombres estuvieron de acuerdo, pero Cadorna no cursó las órdenes para la retirada hasta veinticuatro horas más tarde.

Ha habido muchas descripciones de la caótica retirada de los cuerpos de ejército italianos VI y XXVII. Aunque presentada a grandes rasgos, constituye una odisea casi inconcebible.

En su *Historia de la Gran Guerra*, C. R. M. F. Cruttwell escribió: «Cuatrocientos mil soldados se iban a sus casas, con la convicción de que, al menos para ellos, la guerra había terminado. Según informes, su comportamiento fue de lo más curioso. Una vez perdido el contacto con el enemigo, no tenían prisa alguna; se detenían a comer y a beber, y se entregaban al pillaje. Un testigo presencial observa que su aspecto era de "tranquila indiferencia", y otro informa que, si bien habían arrojado las armas, conservaban las caretas antigás. Casi un número igual de paisanos huían también, más tumultuosamente, del enemigo que se acercaba, bloqueando el espacio que quedaba en las carreteras y caminos con sus carros y enseres domésticos.»

Soldados y paisanos descendían en apretados grupos por los valles, utilizando las únicas carreteras por las que podían haberles llegado suministros y refuerzos. Estorbaban a las tropas que se movían hacia sus nuevas líneas. No pensaban para nada en su honor, ni en el de su país, ellos que tan bravamente habían combatido en las once batallas del Isonzo.

Pero hubo algo peculiarmente italiano en aquella defección en masa. Rafaele Cadorna ha contado al autor de este artículo que, según los relatos de su padre, no hubo el menor intento de amenazar a los oficiales: solamente se negaron a obedecer; y que cuando el mismo general caminaba entre los soldados nadie levantó un dedo contra él; al contrario, en cuanto lo reconocían se ponían firmes y saludaban.

**El desquite**

La orden de retirada cogió por sorpresa a los jefes del III Ejército. Cogió igualmente por sorpresa al mando austríaco, que no hizo la menor tentativa de persecución. Y ello fue una suerte para los italianos, porque hubo un momento de desorden inicial que hubiera podido agravarse en caso de verse la retaguardia obligada a combatir.

Con todo, la retirada del II Ejército fue extremadamente caótica, y no es nada sorprendente que así fuera teniendo en cuenta que antes ya habían desertado pre-

cipitadamente la mitad de sus tropas y que el comandante alemán Berrer iba persiguiéndolo. Berrer logró partir definitivamente en dos al II Ejército.

Por otra parte, entre los austroalemanes no todo iba bien. No estaban preparados para la velocidad de su propio avance, y no tenían órdenes que hiciesen posible explotar al máximo la situación. El resultado fue que se dieron órdenes y contraórdenes que agravaron el mal funcionamiento de los estados mayores. Además, los comandantes de ejército y de división empezaron a cursar sus propias órdenes, y no tardaron en encontrarse también ellos en una desesperante confusión.

Este caos ayudó considerablemente a Cadorna, que, el 31 de octubre, tenía la totalidad de sus fuerzas —a excepción del cuarto de millón hecho prisionero— al otro lado del Tagliamento; los alemanes, por su parte, seguían en tal estado de confusión que le fue posible detenerse y tomar aliento.

Con la ancha corriente del río entre ellos y el enemigo, también los soldados italianos tomaron aliento, por primera vez en una semana, y contemplaron la situación. Pronto se hizo patente que un nuevo espíritu estaba empezando a animarlos. Al cabo de pocos días era visible una asombrosa transformación: rápidamente se restablecieron la disciplina y el orden militar.

Pero también los alemanes se recuperaron, y, cuando se hubieron establecido en la línea del Tagliamento, Cadorna decidió retirarse a la del río Piave. Esa nueva retirada no careció de dificultades; pero el 9 de noviembre todos los ejércitos italianos estaban formados en buen orden detrás del mencionado río.

Aquel mismo día Cadorna fue destituido y reemplazado por el general Diaz.

Durante el resto del invierno y la primavera del año siguiente Diaz reagrupó sus tropas, las reforzó, les dio nuevos equipos y les infundió nueva moral. Las lecciones de Caporetto fueron sometidas a un atento estudio, y se idearon nuevas tácticas, destinadas a superar los defectos de las viejas, que habían sido responsables de las graves pérdidas de hombres y que habían conducido al inevitable desastre experimentado en octubre de 1917.

En junio los alemanes reemprendieron su ofensiva. Ocho días más tarde ésta terminaba con una completa victoria italiana.

En octubre de 1918, Diaz pasó a la ofensiva, y, exactamente el día en que se cumplía el aniversario de Caporetto, inició la batalla de Vittorio Veneto e infligió a los austríacos una derrota mucho peor que la que éstos habían infligido a los italianos en el Isonzo.

El desastre de Caporetto había sido vengado.

**Ronald Seth**

**La retirada de Caporetto, fatigosa marcha de unos hombres humillados, en un dibujo de Max Gualo.**



# Portugal y América Latina ante la guerra

**La alianza angloportuguesa, que databa de 1654, había sido un factor condicionante de la política exterior lusitana a lo largo de dos siglos, como muy bien se demostró durante las guerras napoleónicas. Esta avenencia se había reafirmado en pleno período de expansión colonial, cuando Gran Bretaña garantizó a Portugal, por el Tratado de Windsor, firmado en 1889, el disfrute de sus posesiones**

Al comienzo de la guerra de 1914, Portugal mantuvo su neutralidad, posición aconsejable, pese a sus buenas relaciones con el Imperio Británico, por ser sus territorios africanos fronterizos a las colonias alemanas. Cuando en julio de 1915 tropas inglesas y sudafricanas conquistaron el África Occidental Alemana, Angola quedó libre de vecinos germanos y entretanto un contingente anglobelga ponía en jaque a las fuerzas alemanas de los territorios del África Oriental.

La neutralidad portuguesa se mantuvo, pues, a lo largo de 1914 y de 1915 en una actitud de cautela que no estaba reñida con la expresión de una manifiesta simpatía por el bando de los aliados. Fue a comienzos de 1916 cuando se produjo el incidente que provocó la intervención de Portugal. Un navío alemán, internado en Funchal, huyó inopinadamente dando lugar a que, en represalia por esta vulneración de las convenciones internacionales, el Gobierno portugués decretara la incautación de todos los barcos pertenecientes a los Imperios centrales anclados en sus puertos. La respuesta del Gobierno alemán a esta medida fue la de declarar, el 9 de marzo de 1916, la guerra a Portugal.

**Tropas del Cuerpo Expedicionario Portugués en un campo de entrenamiento. Su participación en la Gran Guerra se asoció infortunadamente con el ataque alemán del 21 de abril de 1918.**



Era entonces presidente de la República Portuguesa Bernardino Machado, y jefe del Gobierno Antonio José de Almeida, quien constituyó un gabinete de Defensa Nacional y dispuso la creación de una fuerza expedicionaria que había de operar con los aliados en el frente occidental.

Las primeras tropas portuguesas desembarcaron en Brest, en febrero de 1917, llegando a completar unos efectivos que ascendían a dos divisiones. Este Cuerpo Expedicionario quedó bajo el mando del general Tamagnini y, después de un período de aclimatación e instrucción, fue destinado a cubrir un sector del frente británico en Francia, entre Trouanne y Fanquembergues.

En diciembre de 1917 se produjo en Portugal un golpe de Estado que acarreó el derrocamiento del presidente Machado. Ocupó el poder Sidonio Paes, el cual declaró que continuaría la política de alianza con la Entente.

Las tropas portuguesas cubrieron su sector durante un largo período, a causa de la penuria de efectivos que a lo largo del año 1917 atenazó a los aliados, y aunque el frente no registró grandes movimientos, los portugueses sufrieron de modo considerable durante el invierno 1917-18 por causa de la crudeza de un clima al que no estaban habituados. En febrero de 1918, el frente portugués fue visitado por Clemenceau y su jefe de gabinete Mordacq, quien hubo de escuchar las múltiples quejas que el mando portugués le dirigió relativas a su aliado británico, quejas que se concretaban en la escasez de material pesado, en la falta de municiones y en la prolongada estancia de sus tropas en primera línea. Esta situación había provocado una baja de moral, que hacía preciso el relevo. Poco más tarde, el mando británico del que dependía el efectivo portugués, decidió que el relevo tendría lugar el 27 de marzo de 1918.

La ofensiva de Ludendorff del 21 de marzo obligó a aplazar el previsto relevo hasta el 6 de abril y, al llegar esta fecha, en vista de las críticas circunstancias existentes en el frente británico, se retiró tan sólo una de las dos divisiones, dejando la defensa del sector reducida a la mitad de sus efectivos, en espera de la llegada de la división inglesa encargada de la sustitución. En esta expectativa y en medio de una serie de órdenes y contraórdenes, se produjo el formidable ataque alemán del día 9 de abril en Flandes, justamente en el sector entre el Lys y La Bassée, cuya cobertura tenían encomendada la División portuguesa y las británicas números 40 y 55. La riada alemana compuesta por 27 divisiones barrió literalmente toda resistencia, avanzó 25 kilómetros y ocupó Armentiéres, Messines y Bailleul. Las fuerzas lusas fueron aniquiladas.

Este doloroso episodio fue el punto más controvertido de la participación de Portugal en la Primera Guerra Mundial. En los primeros momentos, los reproches del aliado británico fueron agrios, aunque más tarde éste tuvo que reconocer que la resistencia ofrecida por las tropas inglesas que flanqueaban el dispositivo lusitano no fue mayor que la de los portugueses. A esclarecer este punto contribuyó decisivamente la obra del general Gomes da Costa, *A Batalha do Lys.*

El Cuerpo Expedicionario lusitano, reorganizado y nutrido con nuevos efectivos, fue puesto bajo el mando del general Rosado. Con una nueva moral, participaron en la contraofensiva de julio de 1918 que puso fin a la guerra. En reconocimiento de esta participación, un destacamento portugués tomó parte en el desfile de la Victoria que tuvo lugar en París el 14 de julio de 1919, en apoteótica e inolvidable parada en la que estuvieron representados los ejércitos aliados.

**Participación de América Latina**

La progresiva impopularidad que los Imperios centrales fueron adquiriendo en el curso de la Primera Guerra Mundial, lo fue tanto por culpa de sus propios errores político-militares como por la inteligente propaganda aliada. Ello hizo que en los países neutrales, especialmente en Hispanoamérica, se creara una fuerte corriente aliadófila, neutralizada, en parte, por dos circunstancias: la existencia de una nutrida colonia de origen alemán, resultante de una alta inmigración germana, en ciertos países, y la existencia de una corriente ideológica autoritaria admiradora del militarismo prusiano.

En la América hispana, aún vibrante de emoción liberal y donde la penetración yanqui se dejaba sentir, predominaron las simpatías hacia la Entente, hasta que la opinión pública se mostró decididamente partidaria de los aliados, a partir del momento en que los EE.UU. rompieron sus relaciones diplomáticas con Alemania. Declarada la guerra entre ambas potencias el 6 de abril de 1917, al día siguiente los dos países más influidos por la política exterior norteamericana —Cuba y Panamá— declararon a su vez la guerra a los alemanes. Para la Cuba de Menocal, la situación de beligerancia reportó un período de auge azucarero que dio lugar a la creación de saneadas fortunas.

En aquel año de 1917, tan sólo otra nación, en este caso sudamericana, decidió su participación en la contienda, aunque fuera de un modo más moral que material. Fue el Brasil, cuyo presidente, Venceslao Braz, firmó la declaración de guerra a Alemania, el 26 de octubre. Este gesto, impulsado por una indudable simpatía ideológica hacia el bando aliado, encubría una hábil iniciativa diplomática tendente a situar al gran país austral en la coalición que reunía mayores recursos e influencia en el mundo, aunque en aquellos momentos la suerte de la batalla fuera aún incierta. Ello representaría para Brasil una presencia en el concierto internacional a costa de su poderoso vecino la Argentina, la cual, pese a su tradicional admiración por la cultura francesa y a su gran número de ciudadanos de origen italiano, prefirió mantenerse neutral y al margen del gran conflicto.

Si bien la participación de estos Estados fue nula en cuanto a efectivos, excepción hecha de algunos voluntarios, su beligerancia significó la disponibilidad de bases o puertos, la seguridad de ciertos suministros y la colaboración en una vigilancia costera, en los momentos en que la guerra submarina era una auténtica pesadilla para el mando naval aliado.

En el año 1918, otras naciones del Nuevo Continente se unieron a una coalición que agrupaba ya a los países de la Europa occidental, a Norteamérica, al Japón, a China... hasta alcanzar rango mundial en la extensión de sus hostilidades. Guatemala suscribió su declaración de estado de guerra con Alemania el 23 de abril; Costa Rica, el 25 de mayo; Nicaragua, gobernada en aquellos momentos por Adolfo Díaz, bajo protección de los Estados Unidos, el 10 de mayo; Haití, prácticamente ocupado por fuerzas norteamericanas, el 12 de julio y, finalmente, Honduras el día 19 de julio.

Salvo en el caso del Brasil, en los demás países fue ostensible la influencia yanqui en la decisión guerrera. Una influencia que alcanzaría su cenit en el curso de la Segunda Gran Guerra de este siglo, como símbolo de que en los veinte años que mediaron entre el fin de unas hostilidades y el comienzo de las otras, los intereses norteamericanos en la América Latina se habían hecho cada vez más profundos y más importantes.

**Rafael Abella**



# Viejas y nuevas teorías bélicas

**«Los militares siempre se figuran que una nueva guerra será como la anterior, pero jamás ha ocurrido tal cosa y jamás ocurrirá», escribió Foch en 1926. Tal afirmación era fruto del conocimiento que tenía de la Primera Guerra Mundial. Ésta dio un mentís a casi todas las teorías sustentadas por los jefes militares, al principio de la contienda, sobre la forma de conducir la guerra y de ganarla.**

*Izquierda.* **Pintura de Austin Spare: un soldado británico atiende a un compañero herido en el curso de un ataque con gases.** *Abajo:* **los servidores de una ametralladora alemana se disponen a abrir fuego. Estas armas paralizaron el frente occidental e hicieron pedazos las teorías convencionales sobre el arte de la guerra.**



Es fácil entender que el mariscal Foch, al considerar retrospectivamente la guerra, la hallase distinta a como la había imaginado o a todo lo que de ella había profetizado antes de ocurrir. Pero las condiciones que lo confundieron, a él y a sus compañeros, no fueron sino la culminación de un proceso evolutivo que ellos no supieron descubrir (si bien todos los conflictos bélicos, desde 1861, esto es, durante medio siglo, lo habían puesto de manifiesto). Sin embargo, hubo otras personas que supieron verlo.

El señor Bloch, un banquero de Varsovia, hizo un diagnóstico notablemente exacto de los elementos esenciales del proceso bélico en su *Guerra del futuro*, publicada en vísperas del siglo XX, incluso antes de que su autor tuviese, para confirmar el diagnóstico, los datos que suministrarían la guerra de África del Sur y la ruso-japonesa de Manchuria. También hubo militares, aunque no entre los altos mandos, que previeron el punto muerto a que se llegaría e indicaron la concatenación de causas que había de producirlo. El capitán Mayer, crítico militar francés, exasperado por la tenacidad con que Foch se declaraba partidario de la ofensiva, predijo con mucho acierto la guerra de posiciones en que se sumirían aquellos generales que soñaban en ágiles campañas a pesar de que carecían de medios para llevarlas a cabo. Nadie le hizo el menor caso. Y lo mismo le ocurrió al teniente coronel Grouard, eminente historiador militar, cuando, proyectando hacia el futuro los conocimientos que tenía del pasado, predijo en 1911 lo que sucedería si el mando francés adoptaba un plan como el de 1914. Y el crítico británico coronel Repington captó, mucho mejor que los Estados Mayores francés y británico, los factores que influirían en el resultado de la contienda.

En la guerra abundaron las batallas, pero todo lo que el historiador puede decir de ellas es que fueron un factor —uno más entre los muchos que contribuyeron al resultado—, y que la causa principal del colapso de Alemania fue el bloqueo económico. Para ilustrar ese punto disponemos de la confesión del propio Haig, a fines de octubre de 1918: «Alemania no ha sufrido una derrota de carácter militar. Durante las últimas semanas sus ejércitos se han retirado... en excelente orden.»

La escasa idoneidad de la batalla para ganar una guerra se debe al hecho de que el ataque es cada vez menos capaz de superar las defensas, y la causa de ello estriba en la creciente potencia de las modernas armas de fuego. Tal fenómeno hacía tiempo que se venía produciendo. Se puso por primera vez de manifiesto en la Guerra de Secesión norteamericana, en la que llegó a ser un tópico que un hombre en una trinchera equivalía a tres o cuatro en un asalto. En Europa, las guerras de 1866 y 1870 aportaron nuevas pruebas de que el fuego resultaba paralizador, pruebas que tendieron a pasar inadvertidas a causa de la escasa duración de ambas guerras. No obstante, después de la segunda, el estratega triunfador en ambas, Moltke, sacó la conclusión de que su victoria ya no podría repetirse, y enunció la lección siguiente: «Como un resultado de la mejora de las armas de fuego, la táctica defensiva ha adquirido una gran ventaja sobre la ofensiva... Parece más ventajoso no proceder a un ataque hasta haber rechazado varios asaltos del enemigo.»

Luego vino la guerra ruso-japonesa, que prefiguró casi todos los factores que echarían por tierra los cálculos de los militares en 1914: el poder paralizador de las ametralladoras, la inutilidad de los ataques frontales y el consiguiente atrincheramiento de las tropas. Pero el optimismo militar era aún más inexpugnable... Los militares no podían concebir la guerra sin acciones triunfales, y, en consecuencia, estaban persuadidos de que los ataques podían tener éxito. Pero cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, y, más aún, mientras duró el callejón sin salida de la lucha de trincheras, quedó demostrado que estaban equivocados. Es significativo que las únicas grandes batallas que obtuvieron resultados importantes, antes de que la moral se hundiese, fueron las que tomaron la forma de con-



traataques, después de que el enemigo se había agotado en inútiles acometidas: tales fueron las victorias aliadas en la primera y segunda batalla del Marne y las victorias alemanas de Tannenberg, Gorlice y Caporetto. No obstanté, en los primeros momentos de la guerra ninguno de los jefes de ejército pareció recordar (y muy pocos recordaron después) el consejo de Moltke.

La base histórica de la fe puesta en el combate cuerpo a cuerpo era igualmente falsa, y de ella derivaba la confianza que se tenía en el número de soldados. Los manuales militares de Europa habían subrayado durante un siglo la importancia decisiva del encuentro físico, haciéndose eco del axioma de Clausewitz: «La lucha cuerpo a cuerpo, de hombre a hombre, ha de considerarse como la verdadera esencia del combate.» La doctrina francesa de 1914 declaraba con fervor que el objeto de todos los ataques era «cargar contra el enemigo con la bayoneta calada, para destruirlo.» Algo podría decirse en favor de esa doctrina si el acento se hubiera puesto en el efecto psicológico de la lucha cuerpo a cuerpo, pero el tiempo y la atención consagrados a los ejercicios con bayoneta prueban que se los consideraba de gran utilidad en los combates. No obstante, ya en el siglo XVIII un soldado tan ecuánime como Guibert señaló la rareza de tales combates, y Jomini, uno de los muchos testigos de las batallas napoleónicas, dijo que, excepto en las aldeas o en las paradas, nunca había visto que «dos fuerzas cruzaran sus bayonetas». Medio siglo más tarde Moltke desmentiría la afirmación francesa de qùe las bayonetas habían conseguido la victoria de Solferino. En 1870 las tropas francesas habían de pagar, frente al fuego prusiano, un cruel tributo a la obstinación de sus jefes.

La teoría de la superioridad numérica solamente podía tener sentido cuando existía realmente la posibilidad del encuentro físico, pero dejaba de tenerlo cuando un solo hombre, armado con una ametralladora, podía detener a un grupo de soldados que avanzaba a su encuentro con la bayoneta. La mejor prueba de cuán falsa era aquella teoría la dieron los alemanes en el frente oriental: con su armamento y su técnica superior dieron cuenta de los rusos, muy superiores en número.

La lentitud de la evolución se debió ante todo a la resistencia que los militares profesionales han opuesto siempre a la introducción de novedades. La acometida de la ciencia en el siglo XIX no fue suficiente para abatir el baluarte de la obstinación. Son de sobra conocidos los obstáculos que sobre el papel tuvo que superar el tanque antes de rodar por los campos de batalla en 1916, pero generalmente se ignora el hecho de que habría sido posible fabricarlo ya antes de comenzar la guerra. De Mole llegó a presentar los planos de un tanque (muy su-



perior al que realmente se construyó), pero el proyecto, que había sido sometido al Ministerio de la Guerra, permaneció enterrado en los archivos... hasta que terminó la contienda. Unos dibujos propuestos por un fontanero de Nottingham también contenían una excelente idea, y fueron asimismo desenterrados después de la guerra; la carpeta ostentaba un veredicto tan breve como tajante: «Este sujeto está loco.» Una ceguera similar fue característica de los altos jefes militares, incluso de los más comprensivos, en lo relativo a las posibilidades de la aviación. Cuando Foch contempló el *Circuit de l'Est* de 1910, que demostró las posibilidades del nuevo invento, exclamó: «Es un buen deporte, pero al Ejército no le sirve de nada el aeroplano.»

**Las lecciones de la guerra**

La «guerra nueva» presentó, en resumen, cuatro características principales que fueron acentuándose en el siglo XIX y llegaron a dominar el curso de la Primera Guerra Mundial, desde 1914.

En primer lugar, el aumento numérico de los combatientes. Desde los tiempos de la Revolución Francesa y de Napoleón, pasando por la Guerra de Secesión de los Estados Unidos y la Prusia de Moltke, los ejércitos aumentaron hasta llegar a las cifras de 1914. Sin embargo, ya en el siglo XVIII el mariscal Saxe había advertido los inconvenientes de las grandes masas: «Las multitudes sirven solamente para confundir y embarazar.»

En segundo lugar, el aumento en la potencia de fuego, que había comenzado desde la adopción de los fusiles y otras armas cargadas por la recámara. Esta innovación condujo a la parálisis creciente de la lucha en tierra y mar.

En tercer lugar, el desarrollo de la industrialización. El paso de unas comunidades agrícolas bien distribuidas a la concentración demográfica y a la interdependencia de zonas, junto con las nuevas necesidades creadas por ese tipo de civilización, dieron mayor peso a los objetivos económicos de las guerras. Al atacar estos objetivos (aun cuando se trataba del Sur estadounidense, comparativamente primitivo), Sherman decidió el resultado de la Guerra de Secesión norteamericana. No obstante, los militares europeos siguieron siendo incapaces de ver lo que se ocultaba tras el ejército enemigo. Pero fue en definitiva la presión económica, ejercida principalmente por el bloqueo naval, la que decidió el final de la Primera Guerra Mundial.

Una cuarta característica fue el revolucionario aumento de la movilidad promovido por el vapor y el motor de explosión. Paradójicamente, al sumarse este aumento a las otras características,

**El aeroplano, utilizado principalmente como auxiliar del Ejército, participó en el revolucionario incremento de la movilidad de hombres y armas.**



**Lanzallamas alemán en acción. Fueron precisamente los alemanes quienes introdujeron esta arma, empleada por vez primera en Verdún, en 1916.**

tuvo como efecto principal restringir el movimiento real de los ejércitos. El ferrocarril —que tenía velocidad, pero no flexibilidad, el otro factor de la movilidad— fomentó la acumulación de masas de soldados, que encontraban un estorbo no sólo en su propio volumen sino en el desarrollo de la potencia de fuego. No se recurrió al transporte a motor por carretera hasta que el estallido de la guerra fue inminente. Sólo con el tanque empezaron a moverse de nuevo los ejércitos, al facilitar a los infantes el avance bajo fuego enemigo.

Los aeroplanos permanecieron relegados como meros auxiliares, y en general siguieron limitados a ese papel secundario aun cuando aumentó su número. En el mayor bombardeo de Londres se emplearon solamente 33 aparatos, aunque había ya 4.000 que se utilizaban para los servicios auxiliares del Ejército. Pero en la última fase de la guerra la aviación hizo gala de su superioridad sobre las otras armas al frustrar el repliegue de los derrotados búlgaros, turcos y austríacos y al convertir su retirada en un charco de sangre.

¿Cuáles fueron, según estas líneas evolutivas, las lecciones más notables que deparó la guerra? La primera fue, indudablemente, que el tamaño colosal de los ejércitos a base de levas tendía a hacer inevitable la guerra. «La movilización significa la guerra», advirtió amenazadoramente, con mayor acierto del que se figuraba, el embajador alemán al ministro de Asuntos Exteriores ruso. Porque una vez empuñaban las armas los hombres arrancados a sus ocupaciones habituales, se creaba un ambiente en el que se asfixiaba todo sentimiento pacifista.

Además, aquellos ejércitos colosales eran tan pesados y sus movimientos tan complejos, que ni siquiera era posible imprimirles una dirección distinta de la inicial. Así, cuando el Káiser, ateniéndose al informe de que Francia tal vez desistiera de apoyar a Rusia y permaneciera neutral, preguntó a Moltke el joven (que acababa de sustituir a su famoso tío en el cargo de jefe del Estado Mayor General alemán): «¿Marchamos, pues, sólo hacia el Este?», Moltke replicó que «aquello era imposible. El avance de unos ejércitos formados por millones de hombres es el resultado de años de complicados trabajos. Una vez planeado, no es posible cambiarlo».

Fue la ametralladora la que hizo impotente el avance de la infantería e inutilizó a la caballería. Los cuatro años siguientes se emplearon en tratar de superar el nuevo obstáculo.

Primeramente, los generales, fieles a la teoría de la masa, trataron de lograrlo con masas de artillería. Tal método obtuvo resultados pobres en comparación con el esfuerzo empleado. La artillería hacía posibles los avances cortos, pero no los profundos, a causa de los destrozos que causaba en el terreno por el que había que avanzar.

En 1915 se inició un nuevo método: el empleo de tanques. Aceptado de mala gana por las autoridades militares, el tanque no obtuvo una verdadera oportunidad en el campo de batalla hasta el último año de la guerra; entonces se realizaron avances mucho más profundos y más rápidos que antes, y, según admitieron los alemanes, resultó ser la más eficaz de las armas utilizadas hasta entonces en tierra firme.

Los alemanes habían ensayado también, en 1915, un nuevo medio de salvar la barrera: los gases asfixiantes. Afortunadamente para los aliados, los militares alemanes no estuvieron a la altura de los químicos de su país y no llegaron a

resultados decisivos. Aun así, con sucesivos cambios en los tipos empleados, los gases continuaron desempeñando un papel importante. El más eficaz, indiscutiblemente, fue el gas mostaza, que inhabilitaba a los hombres cubriendo su epidermis de ampollas y surtía efecto incluso al cabo de un rato de haber sido arrojado. Sin embargo, el efecto estratégico de los gases consistió más en estorbar el avance enemigo que en favorecer el propio. Por ello, también el empleo de gases tendió a aumentar la parálisis que atenazaba a la guerra.

No se prestó atención a una forma de superar el obstáculo de la ametralladora: el avance en la oscuridad. Los ataques nocturnos fueron raros por temor a la confusión, aun cuando suponían un riesgo menor que el avance a la luz del día. No se llegó nunca a utilizar adecuadamente las cortinas de humo, y cuando en 1914 se sugirió por vez primera la posibilidad de esta táctica, Kitchener declaró con énfasis que «no serían de ninguna utilidad en las operaciones de tierra». No obstante, en 1918, al amparo de la niebla —humo natural— los alemanes irrumpieron repetidas veces en el frente aliado; cuando no había niebla, no lo conseguían. Es extraño que ninguno de los dos bandos intentase producir niebla artificial en gran escala.

De modo parecido, en el mar el mismo proceso evolutivo condujo a un resultado idéntico: un estado de parálisis general. Nunca se logró el propósito tradicional de destruir en combate las principales fuerzas enemigas, y, aunque las flotas se hallaron una vez frente a frente —en Jutlandia—, el análisis de aquel encuentro, tácticamente ineficaz, pone de relieve los factores que contribuyeron a la inmovilidad.

Al igual que en las fuerzas de tierra, la evolución de las flotas se había caracterizado por la inflación, si bien en el mar la elefantiasis afectó más al tamaño de los buques que a su cantidad. Los acorazados llegaron a ser tan grandes, y tan escaso el número de navíos en comparación con los de los tiempos de Nelson, que los almirantes estaban menos dispuestos a arriesgarlos. Además, la mayor potencia de fuego tendió a mantener las flotas enemigas mutuamente alejadas; el combate a larga distancia hace los resultados menos decisivos. A ese freno se añadió el de un arma nueva, el torpedo; si éste no alcanzó, en el combate naval, los resultados que los profetas habían anunciado, fue en gran parte debido a que el miedo que inspiraba hizo cautelosos a los almirantes en los movimientos ofensivos (poniendo, por lo tanto, de manifiesto la ineficacia de la escuadra pesada). Los barcos ligeros se destinaron al ingrato cometido de escoltar a sus hermanos mayores. La *Historia oficial británica* confiesa abiertamente: «La Gran Flota sólo podía hacerse a la mar con una escolta de casi un centenar de destructores... Los submarinos alemanes entorpecían los movimientos de nuestras escuadras hasta un punto que ni siquiera el más experto y previsor oficial naval habría concebido.» Pocos meses después de la «victoria» de Jutlandia la amenaza de que los alemanes invadieran Dinamarca se erguía en el horizonte del Gobierno británico; los estudios del Almirantazgo llegaron a la conclusión de que, «por razones navales, sería casi imposible apoyar a los daneses». ¡Qué humillante confesión de impotencia! La sombra de los submarinos alemanes era más larga que la que proyectaba la columna de Nelson.

Y eso no fue todo. El desarrollo de la industrialización había puesto a las naciones, sobre todo a Gran Bretaña, en una situación de mayor dependencia de los suministros de ultramar. Al fomentar el comercio había multiplicado los objetivos expuestos al ataque indirecto. Mientras los destructores británicos servían de señoritas de compañía a los acorazados, los submarinos alemanes hundían la flota mercante británica... hasta que Gran Bretaña se vio próxima al colapso. Cuando se destinó una parte de los destructores a la protección del comercio, la Gran Flota tuvo prácticamente que recluirse en los puertos para atender a su propia seguridad. Fue el caso más irónico de «detención preventiva» de la historia.

A su vez, la escasez de submarinos alemanes condujo al autoconfinamiento de su propia flota, pues se necesitaban todas las unidades para llevar a cabo la nueva campaña de lucha submarina sin limitaciones contra la marina mercante enemiga. De ese modo se llegó a la grotesca situación de que «en el futuro, las dos grandes formaciones navales habrían de permanecer inactivas, vigilándose mutuamente a través de una especie de "mar de nadie", donde las palabras "ataque" y "defensa" sólo se referían a los transportes y al comercio».

Llegó tan lejos la acción directa contra los suministros de los que dependía la existencia de Gran Bretaña, que ésta quedó al borde del colapso en la primavera de 1917; luego se conjuraría el peligro con la introducción del sistema de convoyes, que a su vez dependía del mayor número de destructores que facilitaron los Estados Unidos.



**Soldados alemanes, en una húmeda trinchera, comen apresuradamente durante una pausa de la lucha.**

Aquella amenaza casi fatal fue producida por un número relativamente reducido de submarinos, que operaban en las condiciones geográficas más desfavorables y que debían burlar la vigilancia de 3.000 destructores y navíos ligeros, o sea de un número de unidades navales treinta veces superior.

Ha de considerarse la mayor movilidad que derivó de la sustitución de la vela por el vapor a la luz del estancamiento y de la parálisis a que se vieron reducidas las flotas de guerra de las dos principales potencias enemigas. La flota inglesa, más poderosa que la alemana y con mayores posibilidades de acceso al mar abierto, se vio impotente para destruir a su rival, y ésta se fue consumiendo lentamente hasta su desintegración definitiva.

**Capitán sir Basil Liddell Hert**

# Innovaciones que modificaron la paz

**A causa de su forzosa movilización, la ciencia y la tecnología recibieron un nuevo impulso durante la Primera Guerra Mundial. Sus logros, cuando llegase la paz, afectarían a las formas de vida humana más radicalmente de lo que afectaron, mientras duró la contienda, a las formas de morir.**

**La comida tiene que llegar forzosamente hasta los puestos más avanzados, incluso bajo el riesgo de un ataque con gases.**



A pesar de la resistencia de gobernantes y militares a cambiar sus métodos tradicionales, el influjo directo de la ciencia y la técnica en el combatiente fue, a la larga, general y espectacular; ello, no obstante, no puede compararse con las consecuencias provocadas en la industria y la vida civil de la posguerra. La transformación de los combates en una lucha estática animó a desarrollar la localización por el sonido; los sistemas de trincheras revelaron la gran importancia que suponía señalar con precisión el emplazamiento de la artillería enemiga. Se descubrió que la información podía obtenerse con micrófonos en los que un minúsculo alambre de platino era calentado con una corriente eléctrica: el registro de la onda sonora enfriaba el alambre y modificaba la resistencia eléctrica; el cambio podía cronometrarse en una centésima de segundo. Conocida la velocidad del sonido, el empleo de una serie de micrófonos de ese tipo permitía localizar exactamente una batería de cañones, luego de un sencillo cálculo de triangulación.

El progreso de la artillería pesada —y de las técnicas y aceros necesarios para ella— nació del callejón sin salida en que, en otoño de 1914, se habían metido ambos ejércitos, apostados en posiciones defensivas en una extensión de ochocientos kilómetros, entre la costa del Canal de la Mancha y la frontera helvética. Durante los cuatro años siguientes, los militares recurrieron a los científicos y técnicos para que los sacasen del atolladero. Pero el Alto Mando alemán, al que pilló desprevenido el éxito de su primer ataque con gases, no había aprendido la lección cuando los químicos le ofrecieron, dos años más tarde, una nueva oportunidad que se llamaba gas mostaza, totalmente distinto de los anteriores. Los jefes aliados jamás comprendieron el tanque, ni creyeron que desplazarse a la caballería, «reina de los campos de batalla».

**Gases asfixiantes**

Alemania descargó el primer golpe. En la primavera de 1915, Fritz Haber, quien ya había resuelto el problema de la escasez de nitrato de que adolecía su patria, en colaboración con Walther Nernst, profesor de Química en la universidad de Berlín, tenía preparado cloro suficiente para atacar con él. Los aliados disponían de datos abundantes para estar sobre aviso —detalles de un prisionero portador de una máscara antigás, informes de Martha McKenna, espía belga, a quien se indicó que observase exclusivamente los movimientos de tropa—, pero no tomaron precauciones. Cuando el gas se utilizó por primera vez, el 22 de abril, al norte de Ypres, los aliados quedaron tan sorprendidos que dos divisiones se disgregaron; por su parte, los alemanes, asombrados, no supieron aprovecharse de tal desmoralización. Cinco meses más tarde, tras haber protestado contra la ilegalidad e inhumanidad de aquel género de ataque, los británicos utilizaron los gases en Loos, intensificando su efecto con la adición de humo. A los tres meses, los alemanes replicaron con fosgeno; además, obtuvieron fácilmente subproductos de su poderosa industria de tintes. Siguieron el difosgeno, la cloropicrina y el ácido cianhídrico, que dañaba el sistema nervioso central. Alemania se anotó en su tanteo otra sorpresa cuando en 1917 utilizó por primera vez el gas mostaza, que actuaba por contacto y no por asimilación; lo había inventado un ingeniero británico medio siglo antes, pero entonces fue considerado inaplicable. Su empleo no pasó de ser discreto, lo mismo que el aprovechamiento de sus efectos. A corto plazo, se pudo usar para romper de manera decisiva el frente aliado; andando el tiempo, se opusieron a ello dos factores: los vientos dominantes, que favorecían al enemigo, apostado en la línea defensiva más occidental, y el bloqueo que menguaba las posibilidades de la industria química alemana.

Por su parte, los británicos no dieron muestras de habilidad en la explotación del tanque. Éste, perfeccionamiento motorizado del «carro cubierto que es invulnerable» de Leonardo da Vinci, sólo fue viable con la aplicación del motor de combustión interna. Llevarlo a término exigía cualidades más técnicas que científicas. Su utilización demandaba algo más: imaginación. La falta de ésta, combinada con el deseo de ver qué pasaba, fue causa



**Caballos y hombres con máscaras de protección contra el nuevo horror bélico inventado por los científicos: los gases. Esta pintura puede parecer una fantasía, pero es cierto que los caballos fueron provistos de máscaras antigás. La introducción de los gases —nueva arma de combate— por los científicos alemanes fue muy recordada durante los años de la posguerra.**

de que once de los nuevos ingenios, cuyo sistema de tracción era aún imperfecto, se empleasen prematuramente en septiembre de 1916. El secreto quedaba divulgado. Con todo, cuando se emplearon en Cambrai, un año después, cuatrocientos tanques rompieron el frente enemigo y lograron penetrar siete kilómetros y medio, sin que quedase ante ellos más que una endeble línea de trincheras a medio concluir. Pero en aquel momento casi la mitad de tales vehículos se hallaba fuera de servicio; sólo se tenía a mano la caballería para seguir adelante. Pasarían otros doce meses antes que la nueva arma interviniese de modo decisivo en la ruptura de las líneas adversarias.

En el mar, las consecuencias de los adelantos cientificotécnicos fueron variadas y duraderas. Cualquiera que sea el criterio con que se lo juzgue, el progreso de la telegrafía sin hilos fue uno de los más importantes. En ello, como en todos los avances en materia de comunicaciones, participaron las tres armas. En el británico Cuerpo de Transmisiones del Ejército —uno de cuyos miembros, el joven Edward Appleton, sintió picada su curiosidad por los problemas que culminarían en el descubrimiento de la ionosfera—, el coronel Fuller inventó su ingenioso «fullerfono»: la corriente alterna de un circuito telefónico se convertía en continua antes de ser transmitida a la línea y restablecida en el receptor. La necesidad contribuyó a revolucionar las comunicaciones por radio en las Reales Fuerzas Aéreas. Y la Marina asistió a la transformación esencial del sistema de chispa en el de ondas continuas, y a la evolución del equipo inalámbrico direccional, que tanto modificaría la navegación marítima en la posguerra. Hallazgo adicional en la navegación fue el mecanismo de dirección: mediante un receptor instalado en la nave, el piloto podía comprobar si se alejaba del rumbo señalado por un cable alimentado por una corriente alterna y depositado en el fondo del mar; al final de la contienda, se usaban unas cuarenta millas marinas de dicho cable, tendido sobre todo en las entradas difíciles de los puertos.

En el cambio del combustible sólido por el líquido, mucho más eficaz, pronto se destacaron los alemanes, dada su relativa escasez de buen carbón; la Armada británica fue adoptando paulatinamente este cambio a lo largo de la guerra.

El primer problema que abordó el Laboratorio de Ingeniería del Almirantazgo, establecido en 1917, consistió en obtener de los motores Diesel una mayor potencia

por cilindro. Como en tantos otros casos, los progresos técnicos logrados por la marina de guerra fueron utilizados, al firmarse la paz, por la marina mercante, la cual se benefició también de las nuevas calderas, la turbina de impulsión, las válvulas, los reguladores de alimentación automática y muchos otros adelantos debidos a la guerra.

Los efectos de esta actividad llegaron más lejos. Las exigencias de la Marina mejoraron la fabricación de engranajes y de los tornos destinados a construirlos. Análogamente, cabe afirmar que uno de los principales resultados técnicos de la contienda fueron las mejoras introducidas en la exacta calibración de los tornillos, que se consiguieron porque el Laboratorio Nacional de Física de Teddington hubo de establecer patrones absolutamente nuevos para satisfacer las exigencias de la industria de municiones.

En los primeros meses de la guerra, el Almirantazgo dirigió su atención a la Flota de Alta Mar alemana; pero, al surgir poco después la amenaza submarina, la ciencia «pura» encontró un campo prometedor. A fines de 1916, el almirante sir Percy Scott, notorio por sus inventos artilleros, propuso la construcción de un electroimán donde se combinarían la mina magnética y el detector de submarinos. Hubo también el proyecto de una mina «ambulante», que se dirigiría por sí sola, a través del Mar del Norte, hasta el litoral alemán. Se presentaron, asimismo, planes de redes barrederas y detectores magnéticos. Y el 31 de julio de 1916 se celebró una solemne reunión de oficiales en Horsea Island para presenciar el intento —fallido— del señor Ashmore, quien pretendía descubrir un yacimiento de petróleo con una varilla de zahorí.

Los hidrófonos que podían detectar los motores de los submarinos, las cargas de profundidad y una granada especial, que acabó con los ataques de los submarinos emergidos, sólo redujeron la amenaza. Ésta no desapareció sino con el uso frecuente de pequeños aviones de ataque y con el sistema de convoyes, aceptados tras una prueba al azar, lo que ahora llamaríamos investigación operacional.

Hacia el término de la contienda se descubrieron dos armas antisubmarinas que permanecerían archivadas durante veinte años: la mina magnética, algunas muestras de la cual fueron depositadas en el Mar del Norte, y el ASDIC, siglas del *Anti-Submarine Detection Investigation Committee* (Comité de Investigación para la Detección Submarina).

Cuando el *Titanic* se hundió, en 1912, por haber chocado con un témpano de hielo, se pensó que las ondas sonoras emitidas por un barco podrían ser reflejadas por masas flotantes, lo cual advertiría el peligro. Poco después de haberse iniciado la guerra, el ASDIC, que incluía a los profesores Bragg, Langevin —francés— y Rutherford, se propuso averiguar si era posible aplicar un principio semejante a la detección de los submarinos. Langevin había comprobado que el efecto piezoeléctrico —la vibración de determinados cristales sometidos a un campo eléctrico— podía utilizarse para lograr que el cuarzo emitiera ondas sonoras; si se hacía bajo el agua de manera adecuada, los ecos de las ondas reflejadas por el cuerpo sumergido quedaban registrados mediante el mismo cristal. El método se desarrolló durante el conflicto bélico y empezó a emplearse de modo práctico en 1918.

**La guerra emprende el vuelo**

Los resultados cientificotécnicos alcanzaron mayor espectacularidad en el aire. Ello se debió en buena parte a su oportunidad. En fecha tan próxima a la guerra como el año 1903, los hermanos Wright habían volado por vez primera. Y así como el descubrimiento de la fisión nuclear, realizado por Otto Hahn en 1938, se pudo aplicar ya en 1939, el vuelo brindó sus oportunidades tan pronto se declaró la Primera Guerra Mundial.

Cinco años antes, lord Haldane, secretario de Estado para la Guerra, creó en el Laboratorio Nacional de Física un comité científico especial dedicado al estudio de la aeronáutica, porque, según decía él mismo, «estamos en desventaja evidente respecto de los alemanes, que edifican la estructura de las fuerzas aéreas sobre bases científicas». Gracias al citado laboratorio, E. T. Busk pudo construir el primer aeroplano eficaz, el RE 1, que se convirtió luego en el BE 2c, el avión de dos plazas típico del *Royal Flying Corps* al principio de la contienda. Éste, como muchas otras clases de aviones, se fabricó en el *Royal Aircraft Establishment*, en Farnborough.

A pesar del interés que Gran Bretaña sentía por la aeronáutica, la aplicación de esta nueva ciencia a la guerra fue allí tardía. Incluso el coronel Seely, secretario parlamentario privado de Haldane, despidió a los fabricantes de aeroplanos con la afirmación «consideramos que los aviones carecen de utilidad bélica». Cuando comenzó el conflicto, Gran Bretaña no poseía más que sesenta y tres aparatos frente a los ciento cincuenta y seis de Francia y los doscientos sesenta de Alemania. El Ejército sólo disponía de once pilotos, y los de la Marina eran aún menos. Acrecentaba la diferencia el excelente equipo teutónico (arranque magnético manual, brújulas de precisión, indicadores de presión del combustible, velocidad y altitud, y un pequeño tornillo independiente, montado en uno de los principales planos, que ponía en marcha la dinamo). El equipo británico era más primitivo; además, había dificultades de aprovisionamiento. A los alemanes debióse también el popular magneto Bosch.

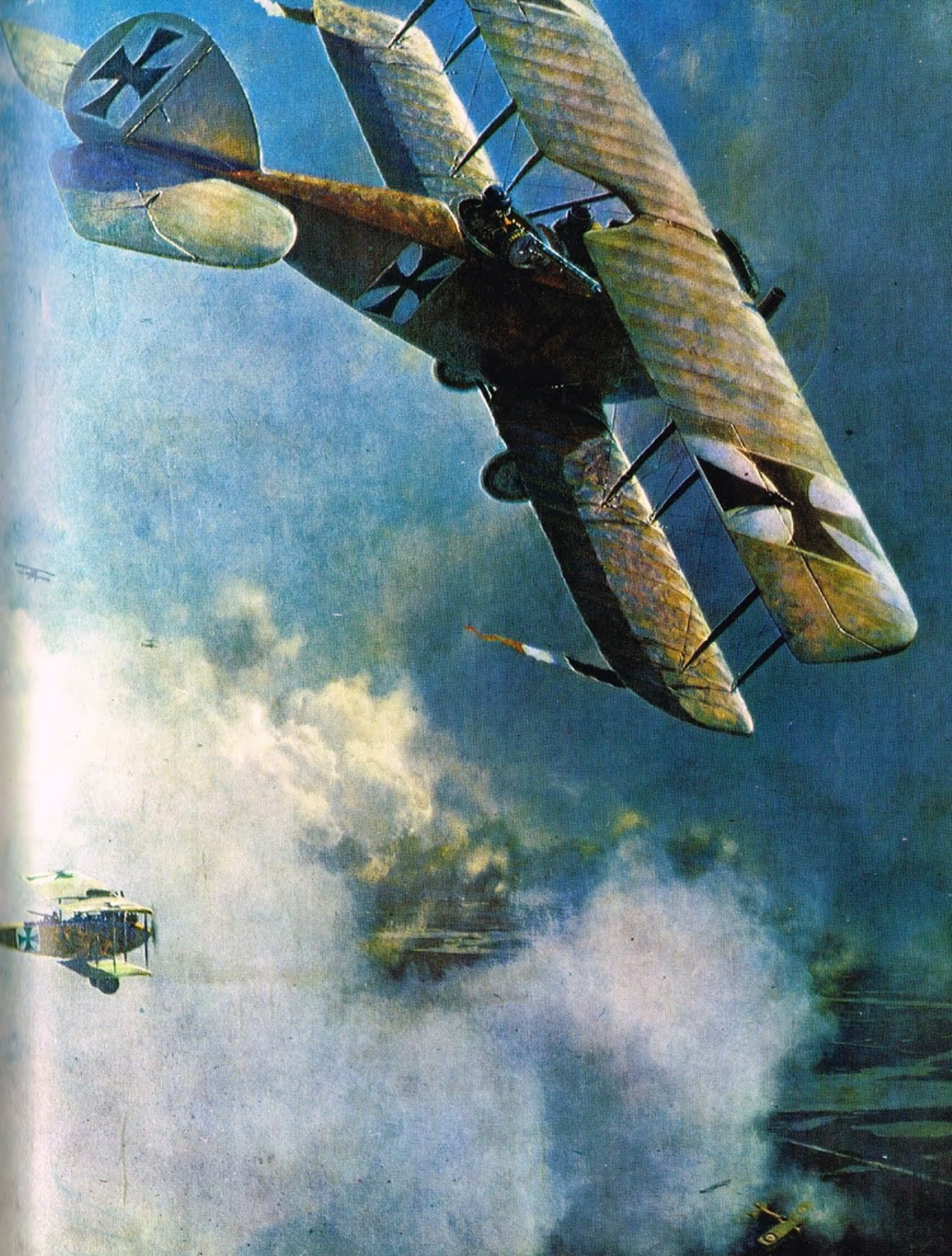
Durante la guerra, una porción de mejoras en cuanto a diseño, potencia y materiales, relativamente pequeñas consideradas por separado, situó a la cabeza a Gran Bretaña (desplazada luego por Alemania) siquiera sólo durante algún tiempo. Las alternativas en la carrera tecnológica proporcionaron alternativamente a cada bando el dominio del aire durante cortos períodos; al final, se impusieron definitivamente los aliados, no tanto por su ciencia como por la abrumadora superioridad de los recursos de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia.

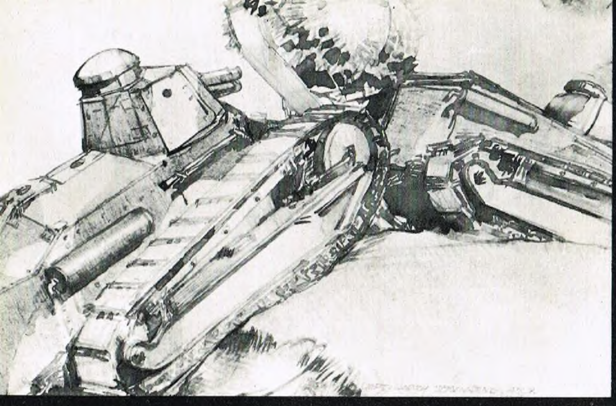
No obstante, a Alemania se debieron algunos de los principales adelantos de la guerra aérea. En primer lugar, el mecanismo de sincronización —ideado por Anthony Fokker—, mediante el cual el piloto pudo hacer fuego entre las palas de la hélice en movimiento. «Todo consistía en hacer que la hélice disparase, en vez de tratar de disparar a través de ella»; tal fue la sencilla explicación de Fokker. El invento proporcionó a los alemanes una ventaja envidiable, que perdieron en cuanto se capturó uno de sus aparatos y los británicos pudieron copiar el mecanismo sincronizador.

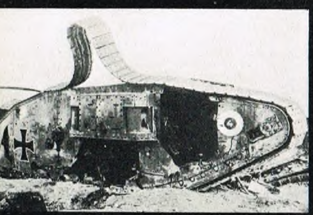
Más importancia tuvieron, a largo plazo, la idea del ala con alerones sin tirantes, incorporada al Junker J1 en 1915, y el monoplano de ala baja construido por completo con metal —primero, hierro y acero, y después, duraluminio—. El dirigible, que de no haber progresado el aeroplano habría tenido gran influencia en la guerra, dejó de ser una amenaza apenas los británicos descubrieron que sus cámaras, llenas de hidrógeno, eran sumamente vulnerables a las balas explosivas.

La necesidad de conseguir el dominio del aire espoleó a los combatientes, quie-

**La lucha en el aire: aeroplanos alemanes «Albatros» contra «Martinsydes» británicos.**







## El tanque en acción

**El tanque dio pruebas de su utilidad en Cambrai. Hasta entonces, los expertos militares británicos se habían mostrado escépticos; Kitchener dijo que el tanque era «un lindo juguete mecánico». No obstante, en 1918, Ludendorff lo llamaría «nuestro más peligroso enemigo». Con los tanques se rompió el «empate» de las trincheras.**

Arriba: **tanques ligeros franceses «Renault» en terreno accidentado.** Izquierda: **tanque británico «Mark IV» capturado y usado por los alemanes.** Abajo: **tanque ligero «Renault», 1918. Los franceses fabricaron tanques más tarde que los ingleses.**



THE TANK
is a travelling fortress
that clears the way for
our soldiers.

It cuts through the wire-under fire
It saves lives
It is *our* War discovery
It is a matter of pride to help to
build Tanks.

Izquierda: **tanquista alemán; su máscara antigás también está «blindada».**

Arriba: **un cartel británico pide dinero para la fabricación de tanques. «El tanque es una fortaleza móvil que despeja el camino a nuestros soldados. Atraviesa las alambradas bajo el fuego enemigo. Ahorra vidas. Es nuestro invento bélico. Ayudar a construir tanques ha de sernos motivo de orgullo.»**

Derecha: **la reina Mary de Inglaterra ante un tanque «macho» Mark VII; los «machos» llevaban cañones, y las «hembras» sólo ametralladoras.**

Abajo: **tanques franceses «St. Chamond», cuadro de François Flameng, 1918.**

nes lograron en cuatro años progresos que, en otras circunstancias, no se habrían producido ni en veinte. Se desarrolló de manera notable la fotografía aérea, y se construyeron túneles de prueba. Si al principio de la guerra un motor de cien caballos pesaba cuatrocientas libras, al término de la contienda uno tres veces más potente pesaba menos de la mitad. En muchos aspectos esenciales, la guerra transformó en ciencia el arte del vuelo.

La nueva arma, no obstante, se utilizó parcamente. En otoño de 1914, los británicos destruyeron los hangares de Friedrichshafen; en el verano de 1916, los alemanes llevaron a cabo una incursión tan eficaz que destruyó ocho mil toneladas de municiones inglesas en Audruicq. Pero Gran Bretaña, a causa de su poca fe en los bombardeos, no realizó hasta el fin de la guerra un ataque importante contra los alemanes. Y la acción aérea de éstos contra Londres no llegó muy lejos, primeramente por causa de las limitaciones que había impuesto el Káiser, y, más tarde, cuando se dispuso de cantidades suficientes de la bomba «Elektron» —que había sido perfeccionada—, por razones políticas. Veinticinco años después, los dos bandos serían menos prudentes.

La transformación de la guerra en el frente tuvo menos importancia que la experimentada por la retaguardia. Al principio de la contienda, Gran Bretaña carecía casi de equipo industrial. Importaba de Alemania treinta mil toneladas anuales de potasa, y obtenía de este mismo país el tungsteno que precisaban los fabricantes de acero; producía apenas una décima parte de los colorantes que necesitaba. Sólo fabricaba mil ciento cuarenta magnetos al año; el resto se adquiría a los alemanes. En 1919, F. G. Kellaway, secretario parlamentario del ministro de Municiones, dijo: «Este país ha estado a punto de perder la guerra porque dependía casi por completo de Alemania y Austria en cuanto a cristales científicos y ópticos.» Digamos, finalmente, que en el año 1914, un importante porcentaje de la artillería británica utilizaba aparatos de mira fabricados exclusivamente por Goerz, de Berlín.

### Recuperación de terreno en la industria

Para acabar con la humillante dependencia del enemigo, en septiembre de 1914 se creó en Londres un comité destinado a «considerar y aconsejar los mejores medios de obtener para las industrias británicas un abastecimiento suficiente de productos químicos, colores y tintes, del género importado hasta ahora, en gran medida, de países con los que estamos en guerra». Menos de un año después, el Gobierno presentó con toda urgencia un «esquema para la organización y el desarrollo de la investigación científica e industrial»; así, y en el último momento, la industria fue colocada apresuradamente al nivel del siglo XX. De esta suerte, en 1919 Gran Bretaña había recuperado mucho del terreno perdido en el campo industrial durante las tres décadas anteriores. En consecuencia, llegó a la paz en mejores condiciones para competir con el resto del mundo, y menos dispuesta, por fin, a seguir viviendo de las rentas victorianas.

Sin duda, hubo también resultados estrictamente pacíficos durante una guerra que, como dijo el doctor A. S. Mackenzie, presidente de la *Royal Society* del Canadá, había «conseguido para la ciencia lo que quizá no habían logrado treinta años de paz». El histórico vuelo transatlántico de Alcock y Brown se realizó en un bombardero transformado; los primeros vuelos civiles regulares entre Londres y París tuvieron por causa el transporte de pasajeros y correo a la Conferencia de la Paz; los bombarderos gigantes Handley Page, que habrían destruido Berlín si la contienda hubiera continuado, se convirtieron, una vez readaptados, en la base de los servicios civiles del primer período de la posguerra. El desarrollo de los vehículos destinados al abastecimiento de los ejércitos destacados entre los puertos del Canal y la frontera suiza condujo a la «era motorizada» de la década 1920-1930; asimismo por aquel entonces la mejora del motor de bencina y la actuación de los vehículos «oruga» introdujeron el tractor agrícola en Gran Bretaña. El racionamiento de alimentos durante la guerra impulsó el estudio científico de los problemas de la nutrición y del valor de las vitaminas. Y las modificaciones realizadas en los primitivos transmisores de telegrafía sin hilos de 1914 hicieron posible la radiodifusión comercial de la posguerra.

En Alemania, los progresos de la ciencia y la técnica dieron, en la paz, resultados diferentes, aunque no menos radicales. La labor básica de la revolucionaria industria sintética alemana se había efectuado antes de la guerra, cuando, con inspiración genial, Fritz Haber resolvió el problema local del nitrato. Alemania importaba cantidades ingentes de Sudamérica, empleadas en la producción de amoníaco, tan esencial para las industrias de fertilizantes y explosivos. Haber descubrió que podía fabricarse combinando el hidrógeno y el nitrógeno, sometidos a elevadas presiones en presencia de un catalizador; ello le valió el Premio Nobel. Alemania, además, obtuvo un beneficio adicional gracias a los nuevos aceros necesarios para las cámaras de alta presión que dicho proceso exigía.

El desarrollo de los procedimientos de obtención de aceite a partir del carbón, la síntesis del caucho artificial y la utilización de ingeniosos materiales sintéticos, inventados por la industria química alemana para reemplazar los que no se recibían a causa del bloqueo, fueron otras consecuencias de la actividad del período bélico.

El 26 de septiembre de 1918, la publicación *Nature* ofrecía un experto sumario industrial francés donde se afirmaba que «las industrias creadas y el enorme desarrollo de las existentes parecen permitir que Alemania prosiga la guerra casi indefinidamente». Como los británicos, pues, los alemanes se habían visto asimismo forzados a un extraordinario progreso industrial.

En cuanto a los hombres de ciencia de Gran Bretaña, habían salido ya finalmente de la torre de marfil de la *Royal Society* y las instituciones académicas, pero mantenían los ojos fijos ante todo en lo que consideraban ciencia pura, como bien ilustran las excusas de Rutherford, en 1919, por haber llegado tarde a una reunión con el nuevo encargado del ASDIC; en una carta a Karl Compton, físico estadounidense que entonces ostentaba la dirección, Rutherford explicaba que le había retrasado un tema de investigación pura: le parecía haber logrado algo importante. «Si es lo que creo —escribía—, se trata de un hecho de mucha mayor importancia que la guerra.» Creía, nada menos, haber desintegrado el núcleo del átomo.

Sin embargo, en los años que siguieron a la contienda no se recordaría a los hombres de ciencia precisamente por tales trabajos, a primera vista sólo teóricos y sin aplicación ulterior. Así como después de la Segunda Guerra Mundial se pensaría en ellos como en «los padres de la bomba atómica», tras la Primera se les colgó la paternidad de los «gases asfixiantes». Todo lo demás, cuanto colaboró a edificar y dar personalidad a la década 1920-1930, fue olvidado en su mayor parte.

**Ronald W. Clark**

# La medicina y la guerra

**Cuando se declaró la guerra, la medicina todavía se basaba en sistemas terapéuticos propios del siglo pasado. Enfrentada, sólo en el Imperio Británico, con seis millones de enfermos y dos millones de heridos, había de experimentar cambios rápidos y revolucionarios.**

**Caricatura británica: «El invasor secreto». Durante la Primera Guerra Mundial, el cólera, como otras enfermedades infecciosas debidas al agua, sólo en parte pudo ser dominado.** ***Abajo:*** **heridos, con el rostro y las manos horriblemente desfigurados, parten hacia el hospital en una ambulancia automóvil.**





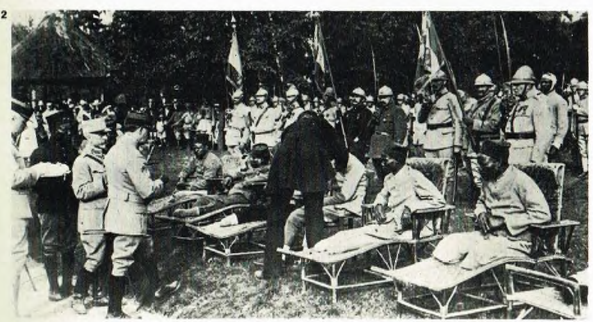

La medicina apenas había cambiado entre 1900 y 1914. En Gran Bretaña acababa de implantarse un control médico oficial con la introducción del seguro obligatorio para trabajadores cuyo salario fuese inferior a dos libras esterlinas semanales. Contrastando con ello, existía en Alemania desde el siglo anterior una especie de seguro médico obligatorio. Las personas más adineradas eran atendidas por sus médicos particulares o en clínicas y sanatorios privados, pero los pacientes más pobres sólo podían permitirse visitas ocasionales a los médicos, y, cuando tenían que ser internados, iban a parar a hospitales locales, que a menudo conservaban las tradiciones de los institutos de beneficencia. La ciencia apenas había rozado la medicina. Por ejemplo, los rayos X se utilizaban ocasionalmente, no existían los antibióticos y las medicinas consistían casi siempre en infusiones de hierbas. Las transfusiones de sangre eran una novedad. No había «especialistas», sino que se llamaba a «consulta» a médicos famosos, y de ellos se esperaba que supieran tratar toda clase de enfermedades. Al estallar la guerra no se disponía de medios suficientes para atender a los heridos. Había 18.000 camas en los hospitales de todo el Imperio Británico para hacer frente a las contingencias de una guerra que ocasionó, en el mismo Imperio, seis millones de enfermos y dos millones de heridos. Los problemas eran muchos y hubo errores, como no enviar dentistas con la Fuerza Expedicionaria Británica que pasó a Francia en 1914. En Gran Bretaña la respuesta de la profesión médica a las necesidades bélicas fue tal, que hasta 1916 no fue necesario imponer a los médicos la obligación de alistarse en el Ejército, y las mujeres voluntarias proporcionaron una ayuda notablemente eficaz en sanidad. Al final de la contienda el personal del Servicio Médico británico contaba con 144.000 miembros, y las camas de hospital eran 637.000.

Las balas explosivas y las granadas de metralla produjeron heridas graves. Mientras los soldados yacían en los campos de Francia, sus heridas solían infectarse de tétanos o gangrenarse. Se tardó dos años en comprender que el mejor tratamiento consistía en trasladar prontamente a los heridos y eliminar todo el tejido muerto. Las radiografías de huesos se generalizaron, y se desarrolló la cirugía ósea como rama muy especializada. A pesar de los cascos de acero, el diez por ciento de las heridas afectó a la cabeza. Las operaciones de ojos, cara, oídos, nariz, garganta y cerebro, y la cirugía plástica, se desarrollaron velozmente bajo el estímulo de la guerra (muchos cirujanos que habían adquirido los conocimientos y la experiencia necesarios se establecieron después como «especialistas»). La cirugía abdominal progresó poco, y más de la mitad de los heridos en el estómago murieron de infección. Se hubieran salvado muchas vidas si se hubiese dispuesto de un servicio de transfusión de sangre, pero, por raro que parezca, no hubo ninguno.

Como en las guerras anteriores, las enfermedades producían más bajas que el enemigo. En el conflicto de Africa del Sur por cada hombre herido había quince bajas debidas a enfermedad. En la Primera Guerra Mundial el número se redujo a dos enfermos por herido, gracias principalmente al control del cólera, el tifus y la disentería, que se prevenían mediante el tratamiento con cloro del agua destinada a beber. Comenzó entonces la vacunación contra el tifus. En los frentes de las regiones mediterráneas y tropicales seguían teniendo importancia las enfermedades transmitidas por insectos. En los Balcanes murió un millón de personas de tifus exantemático, propagado por los piojos, y en el África Oriental Alemana la mitad de las tropas estaban constantemente postradas por la malaria. Tal situación contrasta de manera notable con la de la Segunda Guerra Mundial tras el descubrimiento del DDT.

El pueblo británico se impresionó al enterarse de que uno de cada veinte soldados tenía que ser internado para el tratamiento de enfermedades venéreas. No obstante, la proporción no era mayor que la que se daba en el conjunto de la población antes de la guerra, y en la mitad de los casos los soldados habían sufrido la infección antes de salir de su país. Lord Kitchener escribió un folleto, que se entregó a todo militar británico que abandonaba la patria, en el cual se abogaba





*1* **Mutilados de guerra alemanes hacen ejercicios para aprender a andar de nuevo.**
*2* **Los heridos de un hospital especial para soldados coloniales franceses, reciben condecoraciones en premio al valor demostrado.**

por la continencia; pero, una vez en Francia, los soldados frecuentaban las *maisons de tolerance* (burdeles oficialmente reconocidos).

Se sabe que en El Havre 171.000 hombres visitaron en un año los prostíbulos de una sola calle. En 1918 una fuerte corriente de opinión pública llevó a la clausura de tales casas en Gran Bretaña. El tratamiento de las enfermedades venéreas era primitivo, y muchas veces, cuando se utilizaban agujas sin esterilizar, se transmitían otras enfermedades. Una consecuencia posterior de tales hechos fue la introducción en los Estados Unidos de programas de erradicación de las enfermedades venéreas.

La guerra puso al descubierto muchos problemas médicos desconocidos hasta entonces. Los trastornos más angustiosos eran los de naturaleza psiquiátrica. La tensión, el esfuerzo y el agotamiento del frente producían el «shock de las explosiones». Solían padecerlo los soldados que habían estado sometidos a duros bombardeos en las trincheras, aunque sólo una quinta parte de ellos hubiese sufrido físicamente los efectos de las explosiones. Al final del primer año de guerra, el diez por ciento de los oficiales y el cinco por ciento de los soldados, ingresados en un hospital de Boulogne como víctimas del «shock», fueron devueltos a Gran Bretaña. Los ejércitos británicos y franceses que habían tenido mayor número de casos solicitaron asistencia psiquiátrica, y en 1917 el noventa y uno por ciento de los pacientes se reincorporó al servicio. El éxito del tratamiento, además de conseguir la gradual desaparición del «shock» como causa de invalidez, logró el reconocimiento general de la psiquiatría. La relación entre las deserciones en el frente y los efectos del «shock» de las explosiones causaba dificultades. La deserción ante el enemigo se castigaba con el fusilamiento; no obstante, el ochenta y nueve por ciento de los sentenciados se salvó gracias al diagnóstico de «shock de explosiones», y fue internado en hospitales especiales. En 1921, todavía recibían pensión por los efectos del «shock» 65.000 hombres. Apareció otra nueva enfermedad, la «fiebre de las trincheras», que tenía alguna semejanza con la gripe maligna. Sir David Bruce realizó en un hospital de Hampstead, Londres, algunos experimentos en enfermos que se ofrecieron voluntarios y descubrió que la enfermedad se transmitía por los excrementos de los piojos.

Los gases añadieron de pronto un total de 185.000 bajas a la pesada carga de los hospitales y ocasionaron 9.000 defunciones. Quemaban la piel o afectaban a los pulmones y conductos respiratorios a poco de haber sido inhalados. La pneumonía y los humores en los pulmones producían la muerte o la destrucción permanente del tejido pulmonar. La guerra química dio un gran impulso a la investigación, de la que salieron beneficiados los conocimientos bioquímicos y farmacológicos. Se descubrieron varias drogas, entre ellas el yoduro de bismuto, uno de los medicamentos más eficaces para el tratamiento de la disentería amebiana. La introducción de la aviación estimuló el estudio de las funciones del corazón y los pulmones. Se produjo el oxígeno líquido, que tuvo aplicación en la anestesia.

En el siglo anterior las principales contribuciones a la medicina y la cirugía se debieron a Alemania, pero el desenlace de la Gran Guerra fue un duro golpe para la ciencia alemana. La desilusión de la derrota, unida a los atractivos económicos que procuraba el ejercicio derivado de la profesión, sedujo a muchos médicos alemanes y estorbó la recuperación de la medicina en su patria. Muchos científicos emigraron. En Gran Bretaña, los «especialistas» dieron un impulso desconocido a la ciencia médica, mientras en los Estados Unidos prosiguieron las prácticas de la medicina en grupo, recordando el éxito que habían obtenido los equipos de tal género durante la guerra. Por encima de todo, ésta planteó a los médicos problemas que solamente podían resolverse con métodos científicos, y de ello resultó una fusión entre la medicina y otras ciencias que transformaría la vida en los cincuenta años siguientes.

**Christopher Spry**

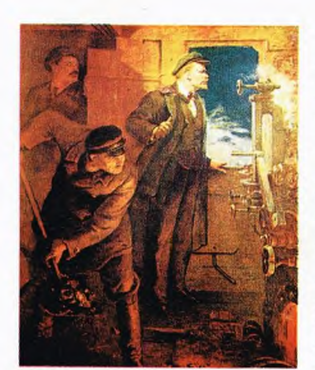
# La Revolución Bolchevique

**Las ideas revolucionarias habían conseguido romper la vieja estructura feudal de la sociedad rusa. En el ámbito rural los campesinos —deseosos de que fuera suya la tierra que trabajaban— estaban atacando abiertamente a sus señores, en el frente los soldados se negaban a combatir, y en los núcleos urbanos los obreros se declaraban en huelga. La revolución triunfó; pero esta primera revolución no había dado al pueblo ruso lo que éste ansiaba: tierra y paz.**



**«Octubre», escultura de P. A. Balandin. Lenin aparece aquí rodeado de los «obreros-soldados» que lo ayudaron a conquistar el poder.**

El derrocamiento del régimen autocrático zarista en marzo (febrero según el calendario juliano) de 1917 representó una gran victoria para los pueblos de Rusia. Aliada con el Ejército, la clase trabajadora luchó por conseguir la libertad política y triunfó en el empeño. Por todo el país se constituyeron los «soviets» (consejos) y los comités de soldados y campesinos. El poder estaba dividido, pero ya en junio el Gobierno provisional había establecido una dictadura con la ayuda de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios. No se había cumplido ni uno solo de los objetivos sociales de la revolución. Ni el Gobierno del príncipe Lvov ni el de Kerenski, que le siguió, entregaron tierra a



**Lenin, camino de Petrogrado para ponerse al frente de la Revolución. El 28 de octubre, Lenin y el Comité Central Bolchevique anunciaron que «había llegado la hora».**

los campesinos ni los liberaron de su servidumbre respecto a los propietarios. En las fábricas y talleres los obreros seguían siendo cruelmente explotados, su nivel de vida bajaba sin cesar, se cercenaban sus salarios y había hambre en las ciudades. Pese a que la política del Gobierno provisional era la de continuar la lucha, el país, agotado por la Primera Guerra Mundial, deseaba ardientemente la paz.

**El Partido Bolchevique**

El Partido Bolchevique, bajo la jefatura de Vladimir Ilich Lenin, dirigió la lucha de la clase obrera en la conquista del poder y propugnó la revolución total. Sus objetivos fundamentales eran: poner fin a la guerra, solucionar el problema agrario, establecer el control de los obreros sobre la producción y nacionalizar los bancos y las más importantes ramas de la industria. Pero esta lucha de los obreros y los campesinos tropezó con la encarnizada oposición de las clases dirigentes.

En septiembre de 1917, el partido de la burguesía rusa, los Demócratas Constitucionales (cadetes), y los círculos militares reaccionarios, dirigidos por el general Kornilov, intentaron llevar a cabo un *putsch* contrarrevolucionario y establecer una dictadura militar. Este complot provocó la total oposición del pueblo y agrupó a las fuerzas revolucionarias bajo la dirección del Partido Bolchevique. A principios de septiembre, los soviets de obreros y campesinos de Petrogrado y Moscú aprobaron las propuestas presentadas por los bolcheviques. El Soviet de Moscú estaba presidido por uno de los miembros más antiguos del Partido Bolchevique, Noguin, mientras Trotski, que recientemente había ingresado en el partido, era elegido presidente del Soviet de Petrogrado.

La influencia bolchevique en los soviets de todo el país se fue extendiendo rápidamente durante los meses de septiembre y octubre. En casi todas partes, los bolcheviques se convirtieron en el elemento aglutinante de los soviets.

En el otoño de 1917 la revolución rusa entró en su etapa decisiva: era una crisis profunda que afectaba a la nación entera, y que se manifestó a todos los niveles políticos y sociales, englobando a la población trabajadora, las clases dirigentes y los partidos políticos. Con implacable precisión Lenin reveló la inevitabilidad del hundimiento de una economía dominada por la burguesía y los terratenientes y el colapso de la política económica seguida por el Gobierno provisional.

El fracaso de la política gubernamental respecto al abastecimiento de víveres tuvo unas consecuencias especialmente graves sobre la población. El recuerdo de los días de marzo de 1917, y de los motines provocados por la falta de alimentos, todavía permanecía muy vivo en la memoria de la gente, y la penuria se había agravado como consecuencia de la desacertada política del gobierno Kerenski, que descuidaba las necesidades básicas de la población.

Estos desaciertos pronto se pusieron de manifiesto en la rápida paralización de los transportes.

Una evidente muestra de la crisis que sacudía a todo el país fue la escisión de los dos partidos gobernantes: los socialistas revolucionarios y los socialdemócratas (mencheviques).

**Traidores a la revolución**

Desde mediados de octubre de 1917 diariamente se repetían los actos con que toda la población trabajadora patentizaba su hostilidad al Gobierno provisional. Por doquiera los trabajadores se estaban armando, y crecía rápidamente el número de milicias obreras —los Guardias Rojos—, que establecían contactos con las guarniciones de las ciudades importantes para desarrollar una acción común. Los obreros ejercieron una profunda influencia revolucionaria sobre las tropas destacadas en los frentes, especialmente en los del oeste y del norte. Los marineros de la flota del Báltico acusaron al gobierno de Kerenski de traicionar la revolución. Los consejos de representantes de los obreros y de los soldados, los comités de regimientos y divisiones y las organizaciones de campesinos proclamaron en numerosas conferencias que, en su opinión, no era posible llevar a cabo ninguna de las tareas de la revolución si antes no se derribaba al Gobierno provisional. El Soviet de la provincia de Moscú propuso que todos los soviets de esta división territorial desacataran las órdenes provenientes del Gobierno. El Soviet de Vladivostok, a unos 9.600 kilómetros de Moscú, dictó una resolución por la cual se consideraba contrarrevolucionario cualquier acto de desobediencia a las órdenes del Soviet, y los consejos de los Urales declararon que la tarea principal era derribar al Gobierno provisional.

Los obreros industriales y su partido tomaron la delantera en este movimiento popular. En todas partes surgieron comités de fábrica que se afianzaron rápidamente, y, en su mayoría, estaban dominados por los bolcheviques. Entre el 30 de octubre y el 4 de noviembre tuvo lugar en Petrogrado la primera conferencia de comités de fábrica de toda Rusia. Noventa y seis de los 167 delegados estaban afiliados al Partido Bolchevique.

**Huelgas y revuelta campesina**

En el otoño de 1917 el movimiento huelguístico estuvo estrechamente conectado con la lucha de los soviets por el poder. Se produjeron huelgas de metalúrgicos y carpinteros, de empleados de farmacia y ferroviarios, de obreros textiles y mineros. Una huelga general de 300.000 obreros textiles en la región industrial central (Moscú), iniciada el 3 de noviembre, afectó a todas las ramas de la industria de la región. Los obreros tomaron la dirección de las fábricas, ocuparon la central de teléfonos y montaron guardia en los almacenes y oficinas. Fue más que una huelga: los obreros no solamente se enfrentaron con el problema de asumir el poder, sino que empezaron a solucionarlo. Pero en 1917 la huelga fue solamente uno de los muchos medios puestos en práctica por el proletariado. Los Guardias Rojos y la milicia proletaria, el establecimiento de guardias de fábrica y el control obrero, los comités de fábrica y los audaces actos de intervención en la dirección de las empresas fueron otras tantas formas de organización y medios de lucha que dieron a la clase trabajadora grandes po-



**«El decreto de la paz», pintura de V. A. Serov conservada en la Galería Tretiakov de Moscú. Es un cuadro alegórico en el cual se presenta a la Rusia revolucionaria como adalid de la paz.**

sibilidades para dirigir el curso de los acontecimientos a escala nacional.

El movimiento de los obreros industriales ejerció una poderosa influencia sobre los campesinos, cuya lucha contra los terratenientes cobró nuevo empuje.

**La limitada fuerza del Gobierno**

Ante las cada vez más imperiosas demandas de los campesinos, el Gobierno provisional replicó organizando expediciones de castigo contra ellos, y, a fin de pacificarlos, dictó diversos proyectos de ley por los que se disponían algunas tímidas reformas agrarias; pero tales reformas no consiguieron satisfacer las aspiraciones de los campesinos, que exigían la propiedad de las tierras que trabajaban.

Pero las mismas autoridades locales pronto se convencieron de la inutilidad de emplear la fuerza contra los campesinos. En el curso de la insurrección campesina, incluso los comités agrarios que apoyaban la política gubernamental se vieron forzados a apoderarse de las propiedades de los grandes terratenientes y distribuirlas entre los campesinos más pobres.

Durante los ocho meses que permaneció en el poder, el Gobierno provisional

vino a demostrar que, sin una posterior revolución, el campesino no recibiría tierra alguna ni se libraría de la opresión de los grandes propietarios. Fue esta experiencia la que empujó a los campesinos a declararse en rebeldía, creando una situación que, junto con la lucha de los obreros industriales, contribuyó extraordinariamente a la victoria de la revolución socialista.

**La estructura revolucionaria**

En noviembre de 1917 el Partido Bolchevique tenía aproximadamente 350.000 miembros, pero su fuerza debía medirse más bien por la influencia que ejercía sobre los millones de personas que dependían de los soviets, los sindicatos, los comités de fábrica y los comités de soldados y campesinos. Mientras se estaba desarrollando una revuelta armada a escala nacional, la tarea del partido de Lenin era cuidar de la organización política y militar de las fuerzas de la revolución. En el centro de esta labor preparatoria se hallaba la clase trabajadora. Los Guardias Rojos estaban adquiriendo experiencia de lucha, principalmente de la lucha en las calles, y al mismo tiempo establecían y estrechaban sus contactos con las unidades revolucionarias del Ejército. En las regiones habitadas por otras nacionalidades, los bolcheviques obtuvieron el apoyo de los pueblos oprimidos, que veían en la victoria de la revolución socialista una garantía de emancipación nacional y social. En todas esas regiones se crearon centros revolucionarios, en los cuales las aspiraciones nacionalistas se aunaban al movimiento de los obreros y campesinos: de este modo Petrogrado y Moscú formaban con las más remotas regiones un solo frente revolucionario. Un centro de esta índole fue Tachkent, donde ya en septiembre de 1917 se levantó la bandera de combate contra el Gobierno de Kerenski; otro, la ciudad industrial de Bakú, en la Transcaucasia; en Ucrania, Jarkov y el Donbass; en los territorios del oeste del país, Minsk. Los bolcheviques eran, sin duda, la fuerza dominante en los lugares clave del país: en la capital, en los centros industriales, en los frentes del oeste y del norte, y en las ciudades del interior con importante guarnición. Los setenta y cinco diarios y periódicos bolcheviques que se publicaban en todas estas regiones contribuían a dar unidad al movimiento revolucionario.

*Izquierda. Arriba:* **«La palabra de Lenin», cuadro de V. Liminov donde aparece un grupo de soldados que lee un periódico. La propaganda bolchevique excitaba el descontento provocado por la guerra.** *Abajo:* **«¡En pie, trabajadores!», obra del pintor soviético V. Serov que simboliza la marcha arrolladora del proletariado ruso hacia la Revolución.**

En el VI Congreso del Partido Bolchevique reunido en agosto de 1917 se había tomado el acuerdo de preparar una insurrección. En la reunión del Comité Central del Partido Bolchevique de 23 de octubre, en que tomó parte Lenin, aunque se convino en dejar en suspenso la cuestión de la fecha del levantamiento, se decidió, sin embargo, que «una revuelta armada es inevitable y ya ha llegado la hora de que estalle». El Comité Central invitó a todas las ramas del partido a tener presente esta realidad y a considerar y decidir todas las cuestiones prácticas en función de ella. La resolución fue aprobada con los votos en contra de Zinoviev y Kamenev. Una semana más tarde Kamenev escribió un artículo, contrario a tal decisión, en el diario menchevique *Novaya Zhizn* («Nueva Vida»). Trotski votó a favor, pero luego trató de diferir el comienzo de la insurrección hasta la reunión que había de tratar sobre la cuestión del poder. Esta actitud de Trotski fue duramente criticada por Lenin, quien hizo hincapié en que posponer la insurrección hasta el Congreso sería dar a las fuerzas contrarrevolucionarias tiempo para organizarse y dispersar a los soviets.

El 29 de octubre una reunión del Comité Central de los bolcheviques, en la que tomaron parte representantes del comité de Petrogrado, la organización militar de los bolcheviques, los comités de fábrica y los sindicatos, aprobó la decisión de organizar una revuelta armada y nombró un Comité Militar Revolucionario formado por Bubnov, Dzerzhinski, Sverdlov, Stalin y Uritski.

Mientras tanto, el Gobierno provisional trataba de recuperar la iniciativa. El 1 de noviembre disolvió el Soviet de Kaluga; rodeó Moscú y Minsk con tropas cosacas e intentó alejar de Petrogrado las unidades revolucionarias de guarnición en la capital. El único resultado de estas medidas fue que las fuerzas revolucionarias intensificaron su actividad.

El Comité Militar Revolucionario envió comisarios suyos a todas las unidades de la guarnición de Petrogrado y los departamentos oficiales más importantes, y se pasó aviso a las tropas revolucionarias y a los Guardias Rojos de que se mantuvieran a la expectativa. El 6 de noviembre estalló la ira popular sobre el Gobierno provisional, que había traicionado la revolución. Aquel día, el Comité Central de los bolcheviques organizó otro cuartel general en la fortaleza de Pedro y Pablo y se adueñó del control de los servicios de correos y telégrafos, de los núcleos ferroviarios y de los servicios de aprovisionamiento de la capital. La guarnición de Petrogrado y los Guardias Rojos estaban preparados para lanzarse a una acción militar a fin de derribar al Gobierno provisional.



**Cola de mujeres ante una tienda de comestibles de Moscú. La ración de pan, de una libra diaria, fue reducida a media libra poco antes de la Revolución de Octubre.**

**Los bolcheviques conquistan el poder**

La ciudad de Petrogrado está situada sobre una serie de islas unidas por puentes, los cuales, por consiguiente, tienen una gran importancia estratégica. Durante el día 6 de noviembre unidades de Guardias Rojos consiguieron hacerse dueños de todos los puentes y rechazaron los esfuerzos realizados por los oficiales cadetes para aislar a los distritos obreros del centro de la ciudad. Las tropas revolucionarias ocuparon la central de telégrafos, las agencias de prensa y la estación del Báltico (Finlandia). De Helsingfors y Kronstadt salieron algunos buques de la flota del Báltico para apoyar a los revolucionarios de Petrogrado.



**Guardias Rojos a la entrada del Instituto Smolni, el 7 de noviembre de 1917. El Congreso de los Soviets estaba decidiendo, en el interior del edificio, el curso futuro de la Revolución.**

Al anochecer del 6 de noviembre Lenin abandonó su escondite y se dirigió al cuartel general de la insurrección armada, y, bajo su dirección, la revuelta se aceleró. En la noche del 6 al 7 de noviembre y en la mañana siguiente las tropas del Comité Militar Revolucionario ocuparon la central de teléfonos, cierto número de estaciones de ferrocarril y el Banco del Estado. La capital de Rusia había caído en poder del pueblo levantado en armas.

En la mañana del 7 de noviembre Lenin escribió su proclama *A los ciudadanos de Rusia,* anunciando la toma del poder por el Comité Militar Revolucionario. Esta proclama, el primer documento que salió de la revolución triunfante, fue inmediatamente impresa en carteles que se fijaron en todas las calles de Petrogrado.

A las 2,35 de la tarde del mismo día se reunió el Soviet de Petrogrado y Lenin proclamó la victoria de la revolución socialista. En un discurso breve y emocionante definió las principales tareas de la revolución: la creación de un gobierno soviético, el desmantelamiento de la antigua administración del Estado y la organización de una nueva administración soviética, el fin de la guerra, una paz justa e inmediata, la confiscación de las propiedades de los terratenientes y el control obrero sobre la producción industrial.

Durante todo el día 7 de noviembre se sucedieron en el Instituto Smolni reuniones de grupos y facciones del partido procedentes del Congreso de los Soviets. Los detalles de la composición del segundo Congreso Panruso de los Soviets atestiguan hasta qué punto el proceso de bolchevización se había propagado entre el pueblo. En el primer congreso el porcentaje de los delegados bolcheviques había sido solamente del 10 por ciento, mientras que en el segundo congreso alcanzó el 52 por ciento. Los bolcheviques se habían atraído a un grupo importante de socialistas revolucionarios de izquierda (más del 15 por ciento de los delegados), mientras que no había asistido ningún representante de este partido en el primer Congreso Panruso de los Soviets. Los mencheviques y los socialistas derechistas de todos los matices, que habían sido mayoritarios en el primer Congreso de los Soviets (84 por ciento de los delegados), solamente contaron con el 26 por ciento de los delegados en el segundo congreso.

La primera sesión del segundo Congreso Panruso de los Soviets empezó a las 10,40 de la noche del 7 de noviembre y terminó poco después de las cinco de la mañana siguiente.

El amplio vestíbulo de blanca columnata del Instituto Smolni estaba lleno de gente. Dentro del edificio se encontraban representantes venidos de todos los rincones de Rusia: de los centros industriales, de las zonas agrícolas, de los territorios nacionales, de las regiones de los cosacos y de todos los frentes de guerra y guarniciones del interior. Era aquélla una asamblea representativa de toda Rusia que había de decidir el curso futuro de la revolución.

El Congreso eligió un Presidium compuesto de bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierda. Dan y sus amigos abandonaron la sala, e inmediatamente el Congreso dio comienzo a sus tareas.

Las largas peroratas, las acaloradas discusiones sobre la reciente revolución y el violento conflicto entre los partidos políticos no dejaron de ostentar una lógica rigurosa y una sistematización que reflejaban las relaciones de las fuerzas sociales del inmenso país que se extendía más allá de los límites del Instituto Smolni.

El Gobierno provisional, que estaba reunido en el Palacio de Invierno, en el centro de Petrogrado, se hallaba completamente aislado del resto del país. El palacio estaba defendido por destacamentos de cadetes, cosacos y algunos bata-

llones de mujeres. A medida que el cerco de las fuerzas rebeldes se estrechaba alrededor del edificio y los informes llegados de los frentes de guerra eran cada vez menos esperanzadores, los políticos daban muestra de mayor nerviosismo y sus discursos empezaron a carecer de lógica. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios de derecha se paseaban sin cesar por los exteriores del Instituto Smolni y luego volvían a entrar y trataban de perturbar la labor del Congreso. El resultado de sus esfuerzos fue penoso para ellos.

Tras algunas ruidosas intervenciones y muchos gritos histéricos, los socialistas de derecha y los mencheviques abandonaron el Congreso arrastrando consigo a unos cincuenta delegados. Al mismo tiempo tenía lugar un significativo reagrupamiento de las fuerzas reunidas en el Congreso. Los socialistas revolucionarios quedaron reducidos a siete, pero el grupo de los izquierdistas del mismo partido aumentó hasta ochenta y uno. Los mencheviques desaparecieron totalmente, pero los representantes de los mencheviques-internacionalistas llegaron a veintiuno. Esto significa que muchos miembros de la facción de los mencheviques y los socialistas no obedecieron la decisión tomada por los líderes de abandonar el Congreso, sino que prefirieron unirse a los grupos de izquierda.

Hacia las diez de la noche del 7 de noviembre, a la señal del cañonazo que disparó el crucero *Aurora*, las tropas revolucionarias que rodeaban el Palacio de Invierno se lanzaron al asalto y pudieron conquistarlo. Antonov-Ovseienko arrestó a los miembros del Gobierno provisional y los confió a los Guardias Rojos, que los condujeron a la fortaleza de Pedro y Pablo.

1


2

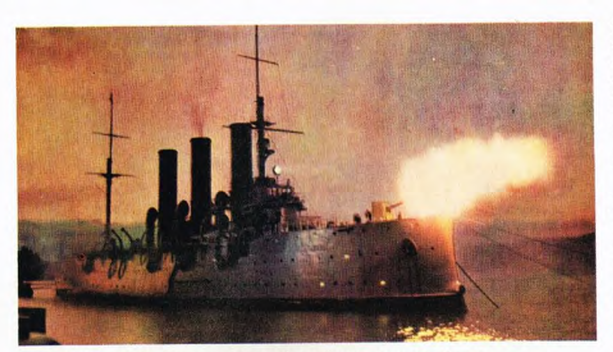

*1* **Delegados del Congreso de los Soviets proceden a un examen de documentos en los alrededores del Instituto Smolni.** *2* **Futuros héroes de la nueva Rusia: miembros de la Guardia Roja, arma al brazo y al calor de la lumbre, vigilan una bocacalle.**

**Súplicas**

Mientras tanto, las fuerzas contrarrevolucionarias (los mencheviques y los socialistas revolucionarios) pusieron sus esperanzas en las unidades del frente. Durante los días 6 y 7 de noviembre el general Dujonin del Alto Estado Mayor y un representante del ministro de la Guerra, Tolstoi, enviaron mensajes desde Petrogrado por los que pedían, suplicaban e imploraban a los jefes militares de los frentes que enviaran tropas cuanto antes a Petrogrado para sofocar la insurrección. Los comandantes del frente sudoccidental y del frente de Rumania, en los cuales parecían tener gran influencia los conciliadores y los nacionalistas, declararon que no disponían de unidades adecuadas para «pacificar» Petrogrado. Y los regimientos cuyos jefes habían logrado alevosamente que marchasen contra la capital fueron detenidos en el camino por los ferroviarios, los obreros y los soldados revolucionarios. En la estación de Orcha se estableció un severo control, de forma que no se permitía que ningún tren se dirigiese a Petrogrado. Los trenes blindados enviados hacia Moscú fueron detenidos en Minsk. Las ciudades de Viazma y Gomel no solamente se negaron a dejar pasar las tropas, sino que incluso interceptaron telegramas procedentes del Estado Mayor del frente del oeste.

Contrariamente a lo que esperaban las fuerzas contrarrevolucionarias, los soldados de todos los frentes salieron en defensa de los soviets.

A las 5,17 horas de la mañana Krilenko, oficial bolchevique que representaba las fuerzas revolucionarias del frente norte, subió al estrado del Congreso para hablar. Estaba rendido de fatiga. Pronto iba a ser nombrado comandante supremo del Ejército ruso. El Congreso escuchó con entusiasmo cómo declaraba que había sido creado un Comité Militar Revolucionario en el frente del norte, que había tomado el mando e intentaba impedir que se dirigieran a Petrogrado los trenes cargados de tropas contrarrevolucionarias. Por otra parte, de estos trenes llegaban



**La señal de la Revolución: un cañonazo disparado por el crucero *Aurora*. Inmediatamente empezará el ataque al Palacio de Invierno.**

continuamente delegaciones que declaraban su apoyo a la guarnición de aquella capital.

Lenin redactó el primer documento oficial de la revolución, la *Llamada a los trabajadores, soldados y campesinos.* En él decía que el Congreso de los Soviets estaba adueñándose del poder y que en todo el país los soviets de obreros, soldados y campesinos iban apoderándose del mando. Así fue como se resolvió en términos legislativos la principal cuestión de la revolución, y quedó establecido el poder soviético. En este documento se plantearon y decidieron con toda franqueza los más difíciles problemas que en el curso de los ocho meses de la revolución habían sido objeto de duros debates: la cuestión de la paz, de la tierra, del control obrero, el derecho de autodeterminación de las nacionalidades y la democratización del Ejército.

La *Llamada a los obreros, soldados y campesinos* fue aprobada con solamente dos votos en contra y doce abstenciones. Esta votación representó una victoria completa para la idea que sostenía Lenin de transferir todo el poder a los soviets.

El primer decreto aprobado por el segundo Congreso Panruso de los Soviets fue el Decreto sobre la paz.

**La paz**

Ciertos críticos han afirmado, equivocadamente, que Rusia habría podido alcanzar la paz sin pasar por la Revolución Bolchevique y que el fracaso en este sentido debe imputarse tan sólo a los errores cometidos por los Gobiernos de las potencias de la Entente y a que el Gobierno provisional no supo tomar la iniciativa de decidir la cuestión de guerra o paz.

No cabe duda alguna de que el Gobierno provisional cometió errores de toda clase, que no es necesario dilucidar si fueron debidos a la falta de carácter de algunos de sus miembros o a sus equivocaciones personales. Estos errores fueron el resultado del carácter clasista de la política del Gobierno provisional, de la repugnancia y el miedo que le inspiraba el movimiento revolucionario, y de su dependencia de los Gobiernos de las potencias de la Entente. Ésta le infundía tanto respeto que llegó a destituir al ministro de la Guerra, Verjovski, por haber sugerido que se negociara una paz con el bloque alemán, a fin de disponer de fuerzas para hacer frente a la revolución.

El 8 de noviembre, a las 21 horas, se abrió la segunda sesión del Congreso de los Soviets. Lenin subió al estrado. Luego, «asido al antepecho de la tribuna, dejó pasear su mirada sobre la multitud que estaba de pie, aparentemente sin darse cuenta de la inmensa ovación con que se le recibía y que se prolongó varios minutos», recuerda John Reed, periodista norteamericano que fue testigo de estos acontecimientos y participó en ellos.

«La cuestión de la paz —empezó Lenin— es una cuestión candente, la más apremiante cuestión de la hora actual.»

Los representantes diplomáticos de las potencias de la Entente trataron de ignorar la resolución sobre la paz —aprobada unánimemente por el Congreso— y se negaron a admitir la existencia de tal documento. Pero en su defensa salieron centenares de millones de trabajadores, como lo demuestran las huelgas y manifestaciones que tuvieron lugar en todo el mundo a fines de 1917 y en 1918.

**Repartición de la tierra**

El Congreso pasó inmediatamente a la segunda cuestión: la abolición inmediata de la propiedad rústica. La resolución sobre la tierra respondía a las aspiraciones seculares del pueblo y lo liberaba de la opresión de los grandes propietarios.

«Los derechos de propiedad de los terratenientes rurales son abolidos, inmediatamente y sin ninguna indemnización», proclamaba el documento. La tierra pasaba a ser propiedad de todo el pueblo. Un apartado especial señalaba que la tierra de los campesinos pobres y la de los cosacos no sería confiscada.

La resolución sobre la tierra fue aprobada por la mayoría de los delegados, con un voto en contra y ocho abstenciones. El campesinado recibió la tierra de manos de la triunfante clase obrera urbana, y este hecho convirtió la alianza entre el proletariado y los campesinos en una tremenda fuerza que dio nuevos impulsos a la marcha de la revolución.

Dado que el Decreto sobre la tierra era de naturaleza democrática y revolucionaria, fue puesto en práctica por métodos que eran a un tiempo revolucionarios y socialistas. Es decir, libró a la tierra de los residuos de feudalismo más resuelta y completamente de lo que nunca había hecho cualquier revolución burguesa. Aboliendo la propiedad privada de la tierra, el decreto dio un primer paso hacia la liquidación de la propiedad capitalista de los bancos, de las empresas industriales, de los transportes, etc.

Como resultado de las reformas agrarias llevadas a cabo de acuerdo con la ordenación sobre la tierra y la subsiguiente legislación, los campesinos pobres y de clase media recibieron 219 millones de hectáreas de tierra, mientras que los grandes propietarios, la familia imperial y la Iglesia perdieron todas sus tierras —162 millones de hectáreas— y los campesinos ricos (kulaks) perdieron 54 millones de los 87 millones de hectáreas que poseían en 1914.

Esta revolucionaria redistribución de la tierra sirvió de base para introducir más tarde nuevas reformas en la agricultura y para el desarrollo de un sistema socialista de explotación agrícola.

**El Gobierno bolchevique**

Dado que gozaba de una abrumadora mayoría, era natural que el partido de Lenin formara el nuevo Gobierno. Durante el Congreso, el Comité Central del Partido Bolchevique había ya iniciado negociaciones con los socialistas revolucionarios de izquierda a propósito de su participación en el Gobierno. Los socialistas izquierdistas habían sido miembros del Comité Militar Revolucionario y habían tomado parte —si bien con ciertas vacilaciones— en la insurrección armada; también habían apoyado las principales decisiones tomadas por el Congreso. Sin embargo, los socialistas de izquierda del partido tenían demasiados vínculos en común con sus colegas de la derecha para poder entrar inmediatamente en un gobierno soviético. Sólo un mes más tarde se decidieron a dar este paso.

Los bolcheviques, pues, asumieron la responsabilidad de formar un nuevo gobierno. «Queríamos un gobierno de coalición soviético —dijo Lenin—. No excluimos a ningún miembro de los soviets. Si ellos (los socialistas revolucionarios y los mencheviques) no deseaban unirse a nuestra labor, tanto peor para ellos. Las masas de soldados y campesinos no iban a seguir a los mencheviques ni a los socialistas revolucionarios.»

La propuesta aprobada por el Congreso relativa a la formación de un gobierno de obreros y campesinos presidido por Lenin fue en realidad un documento constitucional. Determinó el nombre del nuevo gobierno: el Soviet (Consejo) de Comisarios del Pueblo, nombre que reflejaba el hecho de que el nuevo gobierno estaba estrechamente vinculado con el pueblo y había surgido de los soviets. El documento declaraba, en términos generales, que el nuevo gobierno estaba sujeto al control del Congreso Panruso de los Soviets y de su Comité Central Ejecutivo, y así, establecía el principio constitucional por el cual el gobierno de obreros y campesinos era responsable ante los organismos supremos del régimen soviético: el Congreso de los Soviets y el Comité Central Ejecutivo Panruso, que tenía el derecho de destituir a los comisarios del pueblo.

**«Lo inevitable», obra de S. Lukin. El Palacio de Invierno ha caído: un Guardia Rojo, triunfante, contempla el salón del trono de los zares.**



**Triunfo de la Revolución Bolchevique**

Una vez hubo triunfado en Petrogrado, la revolución se extendió rápidamente por todo el país. Inmediatamente los soviets triunfaron en Moscú, donde los combates por el poder fueron muy violentos y duraron cinco días, terminando el 16 de noviembre con la completa victoria de los soviets.

En el curso de tres meses la revolución socialista triunfó en todo el inmenso país: desde la línea del frente occidental hasta las costas del océano Pacífico y desde el mar Blanco al mar Negro. La forma como se impuso el poder revolucionario de los soviets varió mucho según los lugares. En Smolensko, Voronezh, Kazán, Chernigov, Zhitomir y Kiev, los obreros y campesinos sólo pudieron adueñarse del poder tras derrotar con las armas a los contrarrevolucionarios. En Minsk, Jaroslavl, Nizhni Novgorod, Samara, Kursk y Perm los soviets llegaron al poder por medios pacíficos.

Ya en sus comienzos la revolución socialista rusa consiguió unos resultados que no pudo lograr la Comuna de París. Los obreros, campesinos y soldados rusos establecieron una nueva administración, formaron su propio gobierno en el Congreso Panruso de los Soviets, uniendo millones de trabajadores, resolvieron los problemas de la paz y del campo y ofrecieron a todos los pueblos de Rusia la posibilidad de la independencia nacional.

Así se produjo la victoria de la Revolución Bolchevique, que cambió la faz del mundo y tuvo una influencia decisiva en el destino de la humanidad.

**Y. N. Gorodetski**

## LOS NUEVOS GOBERNANTES DE RUSIA

Perfil de diez seguidores de Lenin

**BUJARIN:
ejecutado en 1938**

Bujarin, nacido en 1888, fue el más joven de los dirigentes de la Revolución. Se unió en 1906 a la fracción de los bolcheviques del Partido Socialdemócrata Ruso de Trabajadores, y desde 1917 formó parte de su Comité Central. Destacado teorizador, se opuso decididamente a cualquier política que considerase una desviación del marxismo. Así, como cabecilla de los «comunistas de izquierda», dirigió a los disconformes con el Tratado de Brest Litovsk y propuso que los obreros tuvieran control inmediato de la industria. Sin embargo, después de la guerra civil, se pasó a la derecha del partido y apoyó con entusiasmo la Nueva Política Económica (N.P.E.) de Lenin, que concedía a los agricultores libertad para cultivar la tierra y vender las cosechas. Desde 1919 a 1929 fue miembro del Politburó y director de «Pravda», órgano del partido. Sostuvo a Stalin en la lucha por el poder contra Trotski, Zinoviev y Kamenev, y sucedió al segundo en la presidencia



de la Internacional Comunista en 1926. Cuando Stalin renunció a la N.P.E., Bujarin se unió a Rikov y Tomski en la oposición derechista a la colectivización de los labradores. En 1929 fue destituido de los cargos que desempeñaba en el partido y el Gobierno. Fue rehabilitado en parte en 1932 y se le detuvo en 1937. Durante su juicio, celebrado en 1938, «confesó» sus actividades contrarrevolucionarias y fue ejecutado.

**DZERZHINSKI:
fallecido de muerte natural en 1926**

Dzerzhinski nació en 1877 en el seno de una familia aristocrática polaca. Se unió en 1895 al Partido Socialdemócrata Lituano. Pasó en Siberia quince de los veintidós años siguientes. Liberado durante la revolución de febrero, llegó a ser miembro del Comité Central del Partido Bolchevique y del Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado. Lenin le encargó en



diciembre de 1917 la organización de la Cheka, la policía política del nuevo régimen, y, por ser comisario de Asuntos Interiores, se convirtió en jefe del G.P.U., que sucedió a la Cheka. Su fanatismo comunista se reflejó en la brutalidad de sus métodos. Ocupó la presidencia del Consejo Nacional de Economía en 1924. Falleció a consecuencia de un ataque cardíaco en 1925, después de pronunciar un violento discurso contra Zinoviev durante una reunión del Comité Central.

**KAMENEV:
ejecutado en 1936**

Kamenev, nacido en 1883, era hijo de un ingeniero ferroviario de raza judía. Ingresó en 1901 en el Partido Socialdemócrata Ruso de Trabajadores. Tras la revolución de febrero, regresó con Stalin de Siberia a Petrogrado y, dentro del partido, fue portavoz de la oposición a los propósitos revolucionarios de Lenin. A pesar de ello fue uno de los siete miembros del Politburó creado para descargar el golpe. Disgustado por la negativa de Lenin a formar una coalición socialista, Kamenev dimitió, en noviembre de 1917, de su cargo en el Comité Central y de la presidencia del Comité Ejecutivo Central de los Soviets.



En 1919 se le reeligió para el Comité Central y el Politburó. Fue jefe del partido en Moscú, presidente del Soviet moscovita, y uno de los triunviros de la «troika» que se hizo cargo del Gobierno durante la última enfermedad de Lenin. Kamenev era hombre de convicciones sinceras e impermeable a la ambición personal; pero su moderación y la escasa confianza que tenía en sí mismo le hicieron buscar un piloto rector. Por ello siguió, para perdición de ambos, a Zinoviev, menos inteligente que él y asimismo menos escrupuloso. Se le expulsó del partido en 1927 y, juzgado en 1936 por maquinar actos terroristas contra la jefatura comunista, fue fusilado.

**RADEK:
desaparecido después de 1937**

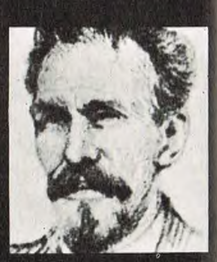
Radek nació en Galizia en 1885. Entre 1906 y 1913 escribió para la prensa socialdemócrata de Polonia y Alemania. Conoció a Lenin en Suiza, durante la Primera Guerra Mundial. Se trasladó a Estocolmo en 1917 y se transformó en el enlace de los bolcheviques con el mundo exterior. En 1918 llegó en secreto a Alemania para organizar el Partido Comunista de este país. Regresó a Rusia en 1920 y se convirtió



en el periodista soviético más eminente. Fue miembro destacado del Comintern, responsable sobre todo de la Europa central, y se le achacó el fracaso de la revolución comunista en Alemania en 1923. Fue relevado de sus cargos y expulsado del partido en 1927. Readmitido en 1930, obtuvo el cargo de editorialista de política extranjera de «Pravda». En 1937 fue acusado de actividades «trotskistas» y condenado a diez años de prisión. No se sabe a ciencia cierta cómo murió.

**RIKOV:
ejecutado en 1938**

Rikov, hijo de un campesino, fue detenido por primera vez en 1900 por haber organizado una manifestación el 1.° de mayo. En 1902 visitó a Lenin en Ginebra y se hizo bolchevique al año siguiente. Después de la revolución de febrero de 1917, regresó del destierro en Siberia y fue nombrado miembro del Comité Central del Partido Bolchevique.



vique. Nombrado en 1917 comisario para Asuntos Interiores y en 1918 presidente del Consejo de Economía Nacional («Sovnarjoz»), fue de 1923 a 1929 miembro del Politburó y en 1924, tras la muerte de Lenin, fue designado para el cargo de presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo («Sovnarkom»), es decir primer ministro.

Contrario a la colectivización, se alió en 1928 con los derechistas Bujarin y Tomski para contrarrestar la acción de Stalin. En 1930 fue reemplazado por Molotov en la presidencia del «Sovnarkom». En 1937 fue expulsado del partido y detenido. Juzgado y condenado en 1938, fue ejecutado junto con Bujarin.

**STALIN:
fallecido de muerte natural en 1953**

Jossif Vissariovich Djugachvili nació en Gori, ciudad de Georgia —pequeña nación de la Transcaucasia—, en 1879.

Su padre —zapatero remendón— le trataba con rudeza e incluso con brutalidad. «Golpes terribles —escribe un amigo de infancia de Stalin— convirtieron al muchacho en una persona tan feroz y cruel como su padre.» Según su biógrafo Isaac Deutscher, sus defensas frente a la crueldad del padre eran la desconfianza, la vigilancia, la evasión, el disimulo y la paciencia. Ya desde los primeros años, la vida le hizo aprender lecciones —y algunas «ruses de guerre»— que más tarde habían de serle útiles.

Las piadosas exhortaciones de su madre y un acentuado sentimiento nacionalista son los dos principales moldes que dieron forma a su espíritu y su carácter.

A los nueve años fue enviado a la escuela de su ciudad natal, en donde permaneció de 1888 hasta 1893. Fue uno de los mejores alumnos. Sobresalía por su penetración intelectual, su memoria prodigiosa, su enorme ambición y su capacidad de imponerse. En 1894 pasó al Seminario de Tiflis. Allí se dio cuenta de un problema que había de preocuparlo durante sus años de madurez: el problema de las minorías nacionales. La



lengua materna de Stalin era el georgiano. La política de rusificación realizada por el Gobierno, causaba malestar, y en Georgia todos sabían que, en los años setenta, los maestros rusos fueron atacados por los alumnos que perseveraban en la defensa de su lengua nativa.

Intelectualmente precoz, cuando sólo contaba dieciséis años escribió unos versos y los publicó en un importante periódico de Georgia.

Director de «Pravda» en 1913, fue detenido y enviado a Siberia. A la vuelta del destierro después de la revolución de febrero, apoyó la llamada de Lenin a la revolución proletaria y fue admitido en el Comité Central y el Politburó del partido. En 1922 Stalin fue nombrado secretario general del partido, cargo que convirtió en un poderoso instrumento para sus ambiciones, hasta entonces inadvertidas. En primer lugar se desembarazó de los dirigentes del ala izquierda del partido y después dirigió su ataques contra los de la derecha.

En 1924 la supremacía de Stalin era completa. La lucha por el poder estaba terminando. Todos sus rivales habían sido eliminados. Ninguno de los miembros de Politburó podía ni tan sólo soñar en discutirle la autoridad. Sus estatuas y bustos, de todos los tamaños imaginables, llenaban las plazas, las salas de los edificios públicos, los escaparates de las tiendas. «Stalin es el Lenin de hoy», los propagandistas gritaban hasta enronquecer.

Stalin fue el menos europeizado y el más nacionalista de los líderes de la Revolución. Político práctico más que un teórico, en los años veinte empezó a abandonar el internacionalismo y el intelectualismo que el partido heredara de la Revolución. En 1929 introdujo el primer plan quinquenal y acometió la rápida industrialización de Rusia y la colectivización del campo. La dictadura de Stalin transformó completamente la economía soviética, pero a costa de millones de vidas. Como es natural, su actuación fue acompañada por un reinado de terror que eliminó toda posible oposición. Sin embargo, fue sobre todo la fuerza de la industria soviética la que salvó a la URSS en 1941. Después de las purgas que llevó a cabo en los años treinta, no tuvo rival dentro del partido y gobernó despóticamente en la URSS.

La muerte de Stalin fue anunciada el seis de marzo de 1952. Según los boletines médicos oficiales había sufrido, seis días antes, una hemorragia cerebral y un ataque de parálisis, y había perdido el habla y el conocimiento. La noche del 4 de marzo un segundo ataque le afectó el corazón y los órganos de la respiración; murió —a la edad de 73 años— el día siguiente.

El ataúd con el cadáver de Stalin fue bajado a la cripta del mausoleo de la Plaza Roja, y quedó colocado junto al cuerpo de Lenin. Años más tarde, como consecuencia de la «desestalinización» fue retirado de allí.

**SVERDLOV:**
**fallecido de muerte natural en 1919**

Sverdlov, hijo de un artesano judío, nació en 1885. En 1900 ingresó en el Partido Socialdemócrata Ruso de Trabajadores y en 1903 se adhi-



rió al ala bolchevique de este partido. Fue detenido cinco veces. Liberado de su exilio en Siberia por la revolución de febrero, en agosto de 1917 fue nombrado miembro del Comité Central y se mostró decidido partidario de la política de Lenin. Como secretario del Comité Central del Partido Bolchevique y presidente del Comité Ejecutivo Central de los Soviets, aseguró el control del partido sobre el aparato estatal. Pero después de su muerte, ocurrida en 1919, se tomó la decisión de separar los dos órganos del poder y montar un control oficial del partido sobre la administración del Estado.

**TOMSKI:**
**se suicidó en 1936**

Tomski nació en 1880 y empezó a trabajar en una fábrica a la edad de doce años. En 1905 fue presidente bolchevique del Soviet de Reval (Tallinn). Detenido en 1906, pudo escapar y cuidó luego de or-



ganizar los congresos del partido en el extranjero. En 1917 tomó parte en las manifestaciones de julio en Petrogrado y en la Revolución de Octubre en Moscú. En 1919 fue nombrado miembro del Comité Central y en 1922 del Politburó. De 1927 a 1929 fue presidente del Consejo Central de Sindicatos. Aliado con los derechistas Bujarin y Rikov para oponerse a Stalin, fue destituido de sus cargos en 1929. Se suicidó de un tiro al ser acusado de complicidad en la traición de Zinoviev y Kamenev.

**TROTSKI:**
**asesinado en 1940**

Trotski, hijo de un granjero judío, nació en 1879. Se hizo marxista en 1897. En 1902 escapó de Siberia y se fue al extranjero. Tomó parte en la revolución de 1905 y ejerció el cargo de vicepresidente en el efímero Soviet de San Petersburgo. Tras escapar por segunda vez de la cárcel abandonó nuevamente Rusia. A su regreso, en 1917, ingresó en el Partido Bolchevique. Como presidente del Soviet de Petrogrado y del Comité Militar Revolucionario, organizó y dirigió con éxito, en noviembre de 1917, el asalto bolchevique al poder. En el nuevo Gobierno fue comisario para



Asuntos Exteriores y presidió la delegación rusa en Brest Litovsk. Como comisario de guerra, de 1918 a 1925 aplastó el levantamiento de Kronstadt con su habitual severidad, y dirigió el Ejército Rojo durante toda la guerra civil. Su lucha por el poder con Stalin, prevista por Lenin, empezó durante la última enfermedad de éste, en 1923. Más inteligente que Stalin y brillante teorizador revolucionario, Trotski había gozado del favor de Lenin, que veía en él a su sucesor, y había desempeñado un papel destacado en la Revolución y en la guerra civil. Stalin se valió de todos los medios para desacreditar a Trotski y aniquilarlo políticamente. Las maquinaciones de Stalin consiguieron que en 1927 Trotski fuese expulsado del partido; pero a partir de entonces se convirtió en una espina para el dictador, motivo por el cual fue asesinado en México, en 1940, por un agente de Stalin.

**ZINOVIEV:**
**ejecutado en 1936**

Zinoviev nació en el seno de una familia judía pequeño burguesa en 1883. Fue el más íntimo colaborador de Lenin en el destierro. Miembro del Politburó, en octubre de 1917, a pesar de su oposición a la in-



surrección armada planeada por los bolcheviques, fue nombrado en 1919 presidente de la Internacional Comunista, fundada para promover la revolución mundial. Fue el jefe del partido en Petrogrado y presidente del Soviet de esta capital.

Con Kamenev y Stalin fue miembro de la «troika» (triunvirato), que se formó al caer enfermo Lenin. Sin ocultar sus ambiciones de suceder a Lenin, Zinoviev destacó como poderoso orador y gran trabajador, pero provocó la hostilidad del partido por su vanidad, su poca profundidad intelectual y su falta de convicción. En abril de 1925 dirigió la oposición izquierdista a la política de Stalin en la XIV Conferencia del Partido, y un año después se unió a Trotski en un último intento de supervivencia política. En noviembre de 1927 fue destituido de sus cargos en el Gobierno y expulsado del partido. En 1936, acusado de conspiración en los primeros procesos de Moscú, fue ejecutado.





El asalto al Palacio de Invierno, según una pintura soviética. La Revolución Bolchevique se llevó a cabo casi sin efusión de sangre. Hubo algunos combates entre los Guardias Rojos invasores y el batallón de mujeres y oficiales cadetes que defendían el palacio. Al rendirse los ministros sólo había habido seis muertos: cinco soldados y un marino, todos ellos atacantes.

# El Tratado de Brest Litovsk

**Rusia necesitaba la paz. Su Ejército se había desintegrado, y algunos pueblos que estaban bajo su dominio —Finlandia, Estonia, Besarabia y Ucrania— se habían proclamado independientes. Lenin había propugnado un armisticio general, pero solamente los alemanes habían contestado a su llamada. El 17 de diciembre de 1917 se concertó un armisticio con Alemania, y las dos partes se encontraron en Brest Litovsk para discutir las condiciones de la paz.**

**Un revolucionario profesional se dirige a negociar la paz con un general prusiano: Trotski parte hacia Brest Litovsk. Los alemanes sabían que Rusia no podía hacerles frente, pero Trotski pensaba que en Alemania se produciría una revolución de nefastas consecuencias para el poderío militar germano.**

Solamente mediaron ocho meses entre el acuerdo de paz victoriosa impuesto a Rusia por la Alemania del káiser Guillermo II en Brest Litovsk y la capitulación alemana en Compiègne. Durante ocho meses los dirigentes alemanes pudieron soñar que por fin la guerra había tomado un giro decisivo y que Alemania podría ahora realizar las más ambiciosas aspiraciones y ocupar una posición dominante en todo el mundo. Rusia, la gran potencia fronteriza con Alemania por el este, había sido humillada y forzada a firmar una paz separada, y su enorme territorio, dominado por la revolución y debilitado por la guerra civil, parecía ser una fácil presa para las fuerzas alemanas.

La paz de Brest Litovsk no afectó tan sólo a las relaciones germanorrusas. El 3 de marzo de 1918, cuando Sokolnikov firmó el tratado como representante soviético, pareció que había ocurrido algo más que la eliminación de uno de los contendientes; la mayoría de los contemporáneos pensaron, en efecto, que la balanza se había inclinado definitivamente a favor de Alemania y las potencias centrales —que ahora cosechaban los buenos resultados de su decisión de arriesgarse a luchar en dos frentes— y que habían estado acertados los círculos militares que propugnaban la expansión y la aventura.

El estrepitoso entusiasmo de Berlín y Viena provocó inevitablemente serios te-



mores entre los aliados. El trigo procedente de Ucrania convertiría en ineficaz el bloqueo aliado contra las potencias centrales, y había motivos para temer el traslado de grandes contingentes alemanes y austrohúngaros a los frentes francés e italiano antes de la llegada del cuerpo expedicionario norteamericano. En algunos países aliados se levantaron voces que sugerían la conveniencia de llegar a un compromiso con el enemigo antes que proseguir una guerra cuyo fin no se vislumbraba. En los países sometidos a Austria-Hungría, los portavoces de los movimientos de liberación nacional también se mostraban, con razón, inquietos.

El camino seguido desde el cese de las hostilidades, en diciembre de 1917, hasta el Tratado de Brest Litovsk no fue ni corto ni fácil. Cada una de las dos partes quería disponer del tiempo necesario para analizar las reacciones de la otra a fin de aclarar las consecuencias que pudiera tener la paz. Las potencias centrales, y en particular sus economías, se hallaban al borde del agotamiento. Ludendorff admite en sus «Memorias» que durante mucho tiempo estuvo esperando un «milagro», es decir, una revolución en Rusia. Así podría ser eliminado de la guerra un enemigo cuyo inmenso territorio había estado tragándose división tras división. Pero la paz en el frente oriental planteaba un doble problema. Había que establecer un equilibrio entre las ambiciones expansionistas de algunos círculos, particularmente los militares, y las intenciones más realistas de los que no deseaban que las potencias centrales exigieran más de lo que podían absorber sus reales posibilidades. Por otra parte, la retirada de Rusia como potencia beligerante permitiría ahogar los peligrosos movimientos de descontento e inquietud revolucionaria que se propagaban en Austria-Hungría y Alemania y que se disiparían con la conclusión de un tratado visiblemente anexionista.

Entre los principales partidarios de enfocar la cuestión de un modo relativamente realista se hallaban Richard von Kühlmann, primer secretario del Ministerio alemán de Asuntos Exteriores, y el conde Czernin, ministro austríaco de Asuntos Exteriores. Éste, a primeros de diciembre, amenazó con que, si era preciso, Austria prescindiría de la política de Berlín y firmaría con Rusia un tratado separado: con ello esperaba eliminar la influencia de los medios extremistas alemanes, cuyas exageradas exigencias podían impedir todo arreglo de paz con los rusos, arreglo que la monarquía danubiana necesitaba aún más urgentemente que su aliada. Estaba de acuerdo con Kühlmann en que Polonia, Lituania, Curlandia y la mayor parte de Letonia debían quedar en manos de las potencias centrales.

En Petrogrado, en igual forma, los puntos de vista del Gobierno soviético respecto al problema de la paz iban evolucionando lentamente. Los bolcheviques habían ido a la revolución con la consigna de «paz sin anexiones ni indemnizaciones», lo que significaba que rechazaban los objetivos de los dos grandes bloques en pugna. Al negarse a luchar, el Gobierno soviético «declaraba la guerra a la guerra». Por este motivo, tuvo mucho cuidado en procurar que no le tomaran por partidario de ninguno de los dos bandos cuando les propuso que concertaran una paz. Incluso después de la firma del alto el fuego con las potencias centrales —las cuales, en vista de su apurada situación militar y económica interior, no estaban en condiciones de rechazar cualquier sugerencia en este sentido—, el Gobierno revolucionario de Petrogrado continuó apremiando a los aliados a unirse a las negociaciones. Los rusos estaban poco dispuestos a firmar una paz separada, y sus representantes llegaron incluso a conseguir que los alemanes se comprometieran a no trasladar tropas del frente ruso al frente occidental. E incluso después que en febrero de 1918 se hubieron roto las negociaciones de Brest Litovsk y había empezado la ofensiva alemana, los bolcheviques pidieron ayuda a las misiones aliadas en Rusia.

**Las esperanzas revolucionarias**

También dentro del Partido Bolchevique existía desacuerdo respecto a las complejas cuestiones involucradas en el tratado de paz con las potencias centrales. Una parte del partido, así como ciertos miembros del Gobierno de coalición y del Comité Ejecutivo Central de los Soviets, se oponían tercamente a la ratificación del Tratado de Brest Litovsk. Bujarin, como jefe de los comunistas de izquierda, declaró que el primer Estado proletario del mundo no debía firmar un acuerdo que traicionaría el movimiento revolucionario en otros países y reprimiría la creciente oleada revolucionaria. Argumentos parecidos esgrimían los socialistas de izquierda, que eran partidarios de los aliados. Sin un perfecto conocimiento de las teorías políticas que entonces prevalecían en la Rusia soviética, es difícil comprender cómo podían exponerse ideas como la de una «guerra revolucionaria» contra las negociaciones de Brest Litovsk, cuando el Ejército ruso estaba virtualmente destruido.

Hay que admitir que los soviets abrigaban muchas ilusiones y se dejaban llevar por un optimismo exagerado al apreciar la situación. Así, creían que pronto se desencadenaría a escala europea, si no mundial, un movimiento revolucionario fruto de los antagonismos políticos y sociales provocados por la guerra. Incluso antes de la victoriosa Revolución de Octubre, Lenin había formulado su teoría del «prólogo», según la cual los acontecimientos de Rusia serían la chispa que desencadenaría una conflagración revolucionaria en los principales países industriales de Europa —todos los cuales estaban en guerra— y particularmente en Alemania. La oleada de espectaculares manifestaciones que, en Alemania y todavía más en Austria-Hungría, siguieron a la apertura de las negociaciones de Brest Litovsk, parecían confirmar esta teoría, y ello no podía menos de influir en las decisiones del Estado Mayor soviético.

Tras las primeras semanas de negociaciones, entre diciembre de 1917 y enero de 1918, no se produjo el más leve indicio de aproximación entre los puntos de vista de las dos partes. Al contrario, cada vez se puso más de manifiesto que el verdadero conductor de la conferencia no era Kühlmann, jefe de la delegación alemana, sino el violento general prusiano Max Hoffmann, representante de los medios más extremadamente imperialistas y militaristas de Alemania. Sus intemperancias, que alcanzaron su punto culminante cuando, dando un puñetazo sobre la mesa, exigió que los rusos evacuaran el resto de los territorios bálticos y los pusieran bajo «protección» alemana, provocaron una crisis en las negociaciones.

A partir de enero de 1918, la delegación soviética para la paz fue presidida por Trotski. Éste, como Lenin, creía que Rusia, desde el punto de vista puramente militar, no tenía ninguna posibilidad de éxito en un conflicto con las potencias centrales. Pensaba que debía firmarse un tratado tan pronto como Alemania presentase un ultimátum, y antes de partir para Brest aseguró a Lenin que no tenía ninguna intención de imponer la teoría de la «guerra revolucionaria». Pero al mismo tiempo Trotski creía que la hostilidad de la población había vuelto tan inestable la retaguardia de las potencias centrales, que sus ejércitos no serían capaces de lanzar una ofensiva en regla contra los



**Skoropadski, atamán de Ucrania, habla con el Káiser (a la izquierda de la foto). Alemania firmó separadamente la paz con Ucrania, pero Skoropadski no pudo entregar a los alemanes los alimentos que les había prometido.**

soviets. Su política, por lo tanto, consistió en retardar la conclusión de un acuerdo hasta que pareciese evidente que las potencias centrales estaban no solamente decididas sino también en condiciones de emprender contra Rusia operaciones militares de envergadura. Cuando Alemania lanzó su ultimátum, Trotski declaró que la posición del Gobierno soviético era «ni guerra ni paz», y acto seguido la delegación soviética regresó a Petrogrado.

El curso de los acontecimientos subsiguientes confirmó plenamente la teoría de Lenin, que con anterioridad no había conseguido el apoyo de la mayoría. Los ejércitos alemanes y austríacos de intervención no encontraron en su avance ningún obstáculo serio, y la hipótesis de que se produciría en Alemania un levantamiento revolucionario resultó falsa. Los historiadores soviéticos han estudiado recientemente la cuestión de si opusieron mucha resistencia algunas unidades improvisadas del Ejército Rojo, y son varios los que creen que las tan cacareadas victorias de Narva y Pskov no fueron más que fenómenos aislados comparados con el abandono general de posiciones por el Ejército. En el VII Congreso del Partido Bolchevique, Lenin hizo una sombría descripción de la conquista por el enemigo de estaciones de ferrocarril que nadie intentó defender. «Sí, nosotros viviremos para ver la revolución mundial —observó—, pero, por el momento, se trata solamente de un cuento de hadas, de un hermoso cuento de hadas.» No es que Lenin hubiera dejado de creer en la próxima revolución mundial, pero reconocía que en Europa esta revolución no era probable en aquel momento.

Durante la noche del 23 al 24 de febrero el Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Soviets puso fin a un animado debate aprobando por 116 votos contra 84 la decisión del Comité Central del Partido Bolchevique de aceptar el ultimátum alemán. Se mandó inmediatamente un telegrama, redactado en este sentido, al cuartel general alemán que, entretanto, había decidido imponer a los rusos nuevas y más duras condiciones, pues la réplica que Trotski diera anteriormente a los políticos alemanes había llenado a éstos de consternación. En la reunión del Consejo Imperial convocado para buscar una salida a la inesperada situación («¿Hemos de correr detrás de los rusos, con la pluma en la mano?», había exclamado Kühlmann), el secretario de Estado propuso tomar nota de las declaraciones de Trotski y esperar la evolución de los acontecimientos. Kühlmann se sintió obligado a tomar en consideración las reacciones de la retaguardia y a no herir innecesariamente sus sentimientos pacifistas prolongando con desmesura la guerra. Pero, como acostumbra a suceder en tales casos, prevalecieron los puntos de vista intransigentes, expansionistas y anexionistas del Estado Mayor General, según el cual debía procederse a la firma de un tratado en el que se incorporarían nuevas anexiones. Este mismo Estado Mayor acariciaba la idea de continuar la guerra, derribar a los bolcheviques e instalar un nuevo gobierno «nacional» de partidarios de la monarquía que garantizara en el futuro una política germanófila (pues toda la ofensiva alemana se había convertido virtualmente en un problema técnico de organización y no en un problema de estrategia militar). Los medios militares alemanes sabían muy bien que el Gobierno soviético les era «interiormente hostil».

Después de declarar que estaba firmando un documento que no era un tratado de paz negociada, sino un *diktat* impuesto por fuerza mayor, el representante soviético puso su nombre en la lista de exigencias presentada por las potencias centrales, y particularmente por Alemania. Las hostilidades entre las potencias centrales y Rusia tocaban formalmente a su fin. Para los vencedores, que pocos meses más tarde iban a ser derrotados, el botín era enorme. Rusia abandonaba Polonia, Lituania, Curlandia, Riga y una parte de Bielorrusia, países cuyo destino decidirían las potencias centrales; en el Cáucaso, Kars, Ardahan y Batum pasaban a poder de Turquía; en total fueron cedidos varios millones de kilómetros cuadrados con una población de cuarenta y seis millones de habitantes. Las reparaciones impuestas a Rusia totalizaban tres mil millones de rublos oro.

El Tratado de Brest Litovsk tuvo un efecto inmediato sobre el curso de la guerra en otras partes. Hasta entonces no había sido la revolución, sino la guerra, la que había influido en el curso de los acontecimientos, aun de aquellos que parecían estar sólo marginalmente relacionados con ella. No es de extrañar, por tanto, que inmediatamente después de la firma del tratado se levantasen, especialmente en los países aliados, numerosas voces acusando al Gobierno soviético de ser un lacayo de Alemania. El acuerdo impuesto era citado como prueba de que Lenin y sus bolcheviques, lejos de haber sido obligados por las circunstancias a aceptar aquel tratado humillante, eran en realidad el instrumento y los cómplices de Alemania y de su Estado Mayor General en su lucha por el dominio del mundo. Incluso en la misma Rusia soviética no había convencido a todo el mundo el argumento de Lenin según el cual Rusia tuvo que firmar el Tratado de Brest Litovsk porque tenía que ceder ante una fuerza superior, dado que carecía de fuerza militar para defenderse.

**Pan a punta de bayoneta**

Pronto se hizo evidente, sin embargo, que el Tratado de Brest Litovsk implicaba profundas e insuperables contradicciones que hacían imposible una cooperación entre las dos partes. El contraste de actitudes con respecto a la paz y a sus objetivos tanto inmediatos como a largo plazo condenaba el acuerdo al fracaso antes que se secaran las firmas estampadas al pie del documento. Los representantes de dos sistemas sociales, uno imperial e imperialista, el otro proletario y nacionalista, basaban sus actitudes en doctrinas que prometían resultados a escala internacional. Alemania, cabeza indiscutida de las potencias centrales, sentía un imperioso deseo de convertirse en la primera potencia de Europa y así establecer los cimientos de la dominación mundial. El Gobierno soviético, por otro lado, deseaba convertirse en ejemplo para todos los levantamientos revolucionarios, si no del mundo, por lo menos de Europa.

Las potencias centrales, y especialmente Alemania, fueron las primeras en percatarse de que el optimismo con que habían recibido el tratado, ruidosamente proclamado en el frente interior como la *Brotfrieden* o «Paz del Pan», era completa-




**Las duras condiciones impuestas a los rusos: por el Tratado de Brest Litovsk, Rusia perdió Polonia, Curlandia, Riga y partes de Lituania y Besarabia; posteriormente, los alemanes y austríacos ocuparon Ucrania.**

mente vano. Las únicas esperanzas que se vieron cumplidas fueron las relativas al hecho de que parte de sus tropas quedaron libres para ser trasladadas a otros frentes. En junio de 1918 había más de 200 divisiones en el frente occidental y solamente 40 en el frente oriental. Este traslado de tropas permitió a los alemanes desencadenar la ofensiva de primavera, contra la cual los aliados tuvieron que apelar a todos sus recursos; según el parecer de éstos, la victoria y la paz no eran previsibles para antes de 1919.

La esperanza alemana que menos se cumplió fue la de convertir a Rusia, y especialmente Ucrania, en un mercado interior para el aprovisionamiento de alimentos y materias primas de las potencias centrales, de forma que se terminaran los catastróficos efectos del bloqueo aliado. Alemania concertó un acuerdo secreto con el Gobierno de Viena sobre la política económica a seguir en las zonas del Este hasta entonces pertenecientes a Rusia. A partir de diciembre empezó a funcionar un servicio especial, presidido por el antiguo secretario de Estado Helfferich, que cuidaba no solamente de llevar a cabo la preparación, particularmente en el campo económico y financiero, del tratado de paz inminente, sino de sentar las bases a largo plazo para un completo control de la economía rusa por la industria alemana. En la reunión que celebraron el 16 de mayo de 1918 los dirigentes de la vida económica e industrial alemana se convino en que la influencia permanente de Alemania en Rusia había de descansar, sobre todo, en las bayonetas del Ejército alemán y en la ayuda de toda su máquina militar. Pero los círculos gubernamentales de Alemania habían sobreestimado su propia fuerza y se habían equivocado al suponer que una momentánea exhibición de poder podía constituir una base sólida para una política a largo plazo. La idea de fundar la explotación económica de Rusia sobre un aparato militar se reveló ineficaz ya en el curso de 1918. El ejemplo clásico al respecto fue la experiencia sufrida por los austrohúngaros durante su ocupación de Ucrania.

El Consejo Central Ucraniano presidido por el atamán Skoropadski había fácilmente conseguido de las potencias centrales la firma de una paz separada, en la que se reconocía la independencia de Ucrania, y en el Tratado de Brest Litovsk se incorporó una cláusula en virtud de la cual el Gobierno soviético se comprometía también a llegar a un acuerdo con el Consejo Central. ¿Pero con quién había que hacer la paz? Los políticos alemanes sabían muy bien que estaban tratando con un gobierno fantasma, que justificaba plenamente la sarcástica observación que hizo Trotski al decir que el único territorio en que gobernaba el Comité Central era las habitaciones que sus delegados ocupaban en el hotel de Brest Litovsk. Y en efecto, el día antes de la firma de la paz separada con Ucrania todo el Comité Central tuvo que huir de Kiev. No obstante, el tratado fue firmado.

La requisa militar de grano en la campiña ocupó a demasiados soldados y se hizo en el más completo desorden; por otra parte, no existían las condiciones económicas más elementales para el comercio normal. Las fuerzas ocupantes no podían adquirir los cereales porque su industria militarizada era incapaz de proporcionar, a cambio, dinero o bienes de consumo, y tenían muy pocos rublos para realizar las compras corrientes en las aldeas.

Entre las organizaciones alemanas y austríacas encargadas de las compras fueron cada vez más frecuentes las rivalidades y hasta los fraudes mutuos. En Kiev los representantes alemanes constantemente se quejaban de que sus colegas austríacos, violando lo pactado, les hacían una competencia desleal. Los austríacos, por otra parte, explotaban la mayor facilidad de comunicaciones entre su país y Ucrania para llevarse la parte del león en las compras de cereales. A mediados de mayo de 1918 los inspectores militares alemanes informaron que hasta la fecha se habían exportado a Alemania sólo 4.000 toneladas de grano, mientras que en el mismo período Austria había sacado de Ucrania 25.000. En total, los conquistadores alemanes y austríacos sólo pudieron sacar de Ucrania la quinta parte aproximadamente de las cantidades de víveres y productos agrícolas que esperaban recibir. En cifras absolutas las partidas obtenidas fueron bastante considerables, pero parecieron pequeñas en comparación con las exigencias de los conquistadores y con las esperanzas puestas en la posesión de la «tierra negra» de Ucrania. Los oficiales y diplomáticos alemanes destacados en Kiev poco a poco llegaron a la conclusión de que la autoridad del Consejo Central Ucraniano no podía «ser tomada en serio», pues se mostraba incapaz de organizar las bases de una economía viable. No deja de tener su ironía el hecho de que uno de los mayores problemas que impidieron la implantación de la *Brotfrieden* en Ucrania fue el transporte por ferrocarril. A pesar de que las potencias centrales habían adquirido entre otras cosas todas las minas de carbón del Donetz, tuvieron que importar de Alemania 80.000 toneladas de carbón cada mes para que los transportes siguieran funcionando.

Del mismo modo, fueron defraudadas las esperanzas que habían abrigado los alemanes de sacar provecho de los productos procedentes de la Rusia soviética. El agregado comercial en Moscú, Lista, comprobó que el Gobierno soviético estaba poniendo obstáculos al comercio con Alemania. En el verano de 1918 dio comienzo un sistema práctico de intercambios, pero resultó de pequeño alcance y no logró aliviar sustancialmente la carestía de alimentos y materias primas de

Alemania. Tampoco lo hizo la entrega impuesta a Rusia de las reservas de oro, según exigía el Protocolo de 27 de agosto de 1918, que completaba lo dispuesto en el Tratado de Brest Litovsk con cláusulas relativas al pago de indemnizaciones por los bienes alemanes nacionalizados o confiscados en la Rusia soviética.

Los planes políticos alemanes sobre el futuro de Rusia también experimentaron una interesante evolución después del Tratado de Brest Litovsk, bajo la influencia de las opiniones más extremistas, especialmente las representadas por el grupo que rodeaba al general Ludendorff. A decir verdad, estas opiniones no eran compartidas por algunos de los políticos civiles más sensatos, como Kühlmann, de quien se ha dicho que cuando disentía sobre la política en el Este, «siempre debió sentirse destinado a la derrota en cualquier disputa con Ludendorff».

**Anticipación del nazismo**

En los últimos años los historiadores han dirigido su atención no solamente a la naturaleza de los objetivos que perseguían los alemanes al principio de la Primera Guerra Mundial, sino también al examen minucioso de lo que se proponían realizar en el Este tras la firma del Tratado de Brest Litovsk. El tema es de los más interesantes, porque permite descubrir gran número de analogías entre los fines anexionistas de este período y los formulados por la Alemania nazi un cuarto de siglo después, en el apogeo de los éxitos de la *Wehrmacht*. En los dos períodos encontramos la misma ilimitada y arrogante avidez, unida al más brutal desprecio de las leyes elementales de la vida internacional: el respeto a los tratados y a los derechos de los demás países. El territorio objeto de la codicia del Alto Mando alemán se extendía de Finlandia y el mar Báltico hasta Murmansk, de Ucrania y Crimea al Cáucaso, Georgia y Bakú. Estas ideas recibían el pleno apoyo de la corte imperial, cuya influencia era todavía decisiva. A Guillermo II le encantaba el *élan* de sus generales. Las objeciones formuladas contra tan flagrante violación del reciente tratado de paz eran rechazadas como «política de miedo», sobre la base de que «la paz con Rusia solamente duraría mientras los rusos tuvieran miedo de nosotros». En la primavera de 1918, siguiendo esta estrategia de miedo, las tropas alemanas cruzaron las fronteras arbitrariamente fijadas, penetraron en los distritos centrales rusos de Voronezh y Kursk, y prestaron ayuda en dinero y armas al jefe cosaco Krasnov, en el Don. Ludendorff llegó a acariciar la idea de crear una «Liga del Sudeste», cuyo gobierno, puesto bajo la protección alemana, abarcaría todos los territorios comprendidos entre el Don y el Cáucaso.

Después de la ocupación de la península de Crimea en el verano de 1918 por tropas alemanas procedentes de Ucrania, los métodos de Ludendorff y del Alto Mando alemán fueron un anticipo de las ambiciones nazis de establecer allí un enclave alemán. El plan original consistía en asignar cierta influencia sobre Crimea a Turquía, aliada de Alemania, siguiendo los deseos de los entusiastas panotomanos, que recordaban las antiguas glorias del Imperio Otomano; pero este plan pronto fue abandonado. En cambio, el Estado Mayor del Káiser empezó a pensar en un «Estado de Crimea y Táurida», tal vez federado a Ucrania. Por supuesto, según este plan Crimea iba a ser poblada principalmente por colonos procedentes del Cáucaso, la cuenca del Volga, Besarabia, etc. Alemania tendría el uso exclusivo del puerto de Simferopol y ejercería una influencia económica dominante sobre toda esta entidad artificial. El objetivo de este plan fantástico era evidentemente proteger las espaldas de Ucrania y asegurar su sometimiento a las órdenes de Alemania. Es evidente, por ejemplo, según se desprende de la argumentación de Ludendorff, que al *Reich* le interesaba «que existiera en el mar Negro un Estado, sujeto sobre todo a la influencia germana, que apoyara nuestros significativos intereses económicos en el Este».

Estos planes militaristas de gran alcance para el Este eran, desde luego, desproporcionados a los medios militares de Alemania. Eran, en el sentido más estricto, «ilimitados», como los calificaron destacados funcionarios de la *Wilhelmstrasse*. A fin de conseguir la seguridad de los nuevos territorios anexionados y extender su zona de influencia, estos planes siempre exigían penetrar en regiones cada vez más distantes. En el caso del Cáucaso, incluso condujeron a un conflicto de intereses con Turquía, pues ésta, no contenta con las anexiones territoriales que le habían sido asignadas en el acuerdo de Brest Litovsk, trataba ya, como Alemania, de extender a costa de Rusia su zona de influencia al norte del Cáucaso, donde se proponía crear una serie de Estados-tapón vasallos. Berlín, sin embargo, no pensaba dar paso a estas ambiciones. Alemania, en efecto, consideraba la Transcaucasia como un puente que permitiría una ulterior penetración en Asia central; quería «aprovechar una de aquellas oportunidades que se presentan acaso una vez en muchos siglos». El propio Ludendorff estaba dispuesto a dejar a los turcos con las manos libres en el Cáucaso; pero pronto se pasó a la política opuesta, en su forma extrema como de costumbre, y propuso enviar «pequeñas fuerzas» a Transcaucasia. Estos contingentes, según él, serían simples «unidades de adiestramiento» para un futuro ejército de Georgia, si bien acto seguido dijo que su función sería la misma que la de las fuerzas expedicionarias alemanas en Finlandia (fuerzas que desempeñaron allí un papel decisivo en la guerra civil).

En junio de 1918 Ludendorff expuso de una manera muy pragmática los objetivos expansionistas de Alemania en el Cáucaso. Hizo hincapié en la importancia que tenían para la economía de guerra alemana los yacimientos mineros y los productos alimenticios de esta región. Esperaba que sería posible formar un ejército autóctono capaz de combatir al lado de los alemanes contra Rusia y crear otro «bloque caucasiano», posiblemente aliado a la ya mencionada «Liga del Sudeste» y a varios Estados, cosacos o no, del sudeste de Rusia. Los militaristas alemanes se apresuraron a ayudar, especialmente con armas, a los más dudosos jefes locales y tribales (entre ellos un «príncipe calmuco») que habían acudido a Berlín ofreciendo colaboración; aceptarían la protección alemana en cuanto fuesen creados sus Estados artificiales con la ayuda de las bayonetas alemanas. Esto concordaba plenamente con la idea de Guillermo II, que quería dividir Rusia en cuatro Estados: Ucrania, Transcaucasia y todo el Sudeste, la Gran Rusia (Moscovia) y Siberia. Tal programa, en caso de llevarse a la práctica, significaría un estado de guerra prolongado con Rusia.

**Fiasco de Alemania**

Quien realmente salió ganando con la paz de Brest Litovsk no fue Alemania, que había impuesto sus brutales condiciones, sino la Rusia soviética, que las había aceptado con todas las humillaciones que comportaban. La táctica de Lenin de emplear un lenguaje ambiguo y de retirarse temporalmente dio buenos resultados, pues permitió a la Rusia soviética recuperarse en una fase crítica. Las ventajas económicas que las potencias centrales se habían prometido tras la firma de la paz por separado, a pesar de los mejores esfuerzos de las potencias ocupantes por

adquirir o requisar productos, se habían quedado muy por debajo de lo previsto. Los 35.000 vagones de cereales, productos alimenticios y materias primas enviados por los territorios ocupados, y en particular por Ucrania, en el transcurso de seis meses de explotación, no cambiaron de forma apreciable la situación económica de Alemania y de Austria-Hungría.

El tratado también significó una derrota para las potencias centrales en otro punto no menos sensible. Numerosos prisioneros regresaron a Alemania y Austria-Hungría después de haber vivido la experiencia de la Revolución Rusa; regresaron llevando consigo ideas y principios muy diferentes de los que tenían cuando se pusieron el uniforme en 1914. Estaban contentos de volver a casa, naturalmente, pero no tenían intención de vestir de nuevo el uniforme para reanudar la lucha. Se convirtieron en una fuente de infección para el Ejército y sin duda aceleraron su desintegración, como lo había hecho con el ruso la difusión de la propaganda revolucionaria y en especial la pacifista. El Ejército austrohúngaro, como el Estado al que servía, se descompuso en sus componentes nacionales. En noviembre de 1918 algunos regimientos alemanes empezaron a crear consejos militares que tomaron parte en los movimientos revolucionarios de Alemania.

En el mismo mes de noviembre el Gobierno soviético denunció el Tratado de Brest Litovsk, y Alemania trató de anular sus efectos firmando el armisticio en Compiègne. Había pasado ya el tiempo en que podía hacer cumplir las condiciones de una paz impuesta por la fuerza. El Gobierno soviético ya no tenía que temer la posibilidad de una intervención alemana. Y Berlín ya no podía esperar mantener su dominio en Rusia con las bayonetas; ni siquiera podía mantener relaciones con el Gobierno soviético cuando, bajo el impacto de la revolución en el propio país, temblaba bajo sus pies el suelo de la misma Alemania.

La sorpresa y la ansiedad causadas en los países aliados por la firma de una paz separada entre Rusia y Alemania en 1918 tuvieron una especie de epílogo en el temor que algunos de los nuevos Estados surgidos después de la guerra en Europa central sintieron ante la idea de un posible acercamiento germanosoviético. Pero estos temores eran entonces infundados. El tratado de Brest Litovsk había dejado un sabor demasiado desagradable para que la futura política lo utilizara como modelo psicológico apropiado. Además, las circunstancias externas habían cambiado mucho. Cuando en noviembre estalló la revolución en Alemania pareció que, por fin, llegaba el momento que los bolcheviques habían profetizado, el momento de la revolución paneuropea. Sólo poco a poco se vio con suficiente claridad que ninguno de los estallidos revolucionarios que tuvieron lugar en el resto de Europa había tenido el impacto suficiente como para derrocar la estructura social. Ningún eslabón de la sociedad europea había sido tan débil como el de la Rusia zarista. El tratado germanosoviético firmado más adelante en Rapallo, algunos de cuyos aspectos ya fueron anticipados en 1920, en modo alguno fue una continuación del modelo de Brest Litovsk; no fue un *diktat* sino un tratado entre dos partes que negociaron en pie de igualdad. Implicaba una nueva concepción de los problemas internacionales y señaló la creación de una nueva y más permanente constelación de potencias.

**Iaroslav Valenta**




**Llegada de la primera entrega de oro ruso a Berlín. Los rusos habían de pagar, en concepto de reparaciones de guerra, 3.000 millones de rublos oro. Ni esta suma ni las requisas de trigo de Ucrania, empero, modificaron sustancialmente la economía de guerra de Austria-Hungría y de Alemania.**

# La Legión Checoslovaca

**El estruendo de los tanques soviéticos que en agosto de 1968 entraron en Praga fue un eco del conflicto que cincuenta años antes había surgido entre los checoslovacos y los soviets. La epopeya de la Legión Checoslovaca fue, en efecto, un misterioso presagio de la historia de la propia Checoslovaquia.**

**Soldados de la Legión Checoslovaca en las trincheras de Zborov, antes de la batalla que ganaron formando parte del Ejército ruso (julio de 1917).** ***Abajo:*** **dos legionarios checos, abrigados para resistir temperaturas de —40° C, custodian un tren en Siberia; en junio de 1918, la Legión Checoslovaca controlaba casi todo el interminable ferrocarril transiberiano, y había constituido un Estado dentro del Estado.**





Al empezar la Primera Guerra Mundial, Checoslovaquia no era ni siquiera un nombre. En Occidente había personas que habían oído hablar de Bohemia y algunas incluso conocían su glorioso pasado. Pero no había nadie que sospechase su futuro; y en el interior de Bohemia y Eslovaquia pocos eran en 1914 los que se dieron cuenta de que había llegado el momento de su unidad e independencia. Sin embargo, al final de la guerra, Checoslovaquia no sólo figuraba en el mapa político de la nueva Europa, sino que «checoslovaco» era una palabra poco menos que familiar en las conversaciones políticas en Occidente. En gran parte ello fue debido a la acción y a la leyenda de la Legión Checoslovaca. «Las aventuras y triunfos de este pequeño ejército —escribió Lloyd George a Thomas Masaryk, primer presidente de Checoslovaquia— constituyen una de las más grandes epopeyas de la historia... Su país ha prestado un servicio inapreciable a Rusia y a los aliados en la lucha común contra el despotismo; nunca lo olvidaremos.»

La Legión, en Rusia, fue solamente una parte de una fuerza militar checoslovaca más numerosa. También se formaron unidades en Francia e Italia. Reunidos todos sus efectivos, llegó a tener unos 180.000 legionarios. Thomas Masaryk fue su principal promotor. Profesor de filosofía y durante algunos años antes de la guerra miembro del pequeño partido político bohemio en el *Reichsrat* austríaco, Masaryk fue, no obstante, el más tenaz e influyente dirigente del movimiento nacional checo. Fue el primero que en 1914 marchó al extranjero con el fin de procurar la desintegración definitiva de Austria-Hungría, y logró juntar a su alrededor un grupo de checos y eslovacos lo suficientemente representativo como para ganarse, en el verano de 1918, el título de Consejo Nacional Checoslovaco. Percatado de que la clave del éxito político residía en la posesión de una fuerza militar, creó la Legión como medio para conseguir de los Gobiernos aliados el reconocimiento de la nación checoslovaca.

Los efectivos de la Legión se reclutaron al principio entre los checos y los eslovacos que se habían establecido en el extranjero, en algunos casos hacía más de una generación, huyendo de la opresión política y del atraso económico de Austria-Hungría; después, entre los que habían marchado al extranjero durante la guerra, y, finalmente, entre los que prefirieron desertar en los frentes italiano y ruso antes que batirse en favor de Alemania. A pesar de las considerables dificultades que al principio tuvo que vencer para sortear las sutilezas diplomáticas y militares, Masaryk consiguió finalmente el reconocimiento de la Legión Checoslovaca como unidad de combate bajo el mando aliado, y como unidad política dependiente del ya mencionado Consejo Nacional Checoslovaco.

De esta forma la Legión fue el medio que condujo a la creación del Estado checoslovaco. La mayoría de los legionarios se alistaron por razones patrióticas y la Legión se convirtió en el símbolo de una nación que combatía por su existencia como Estado independiente.

Después de la guerra los legionarios iban a ser los guardianes de una independencia tan duramente conseguida. Bajo la dirección del Dr. Lev Sychrava, un abogado miembro del equipo original de Masaryk, publicaron su propio periódico, el *Národní Osvobozeni* («Liberación Nacional»), de orientación muy parecida a la del viejo *Manchester Guardian* de Gran Bretaña, que en general propugnaba una política nacional notablemente moderada. Pero en su época de esplendor fue en Rusia donde la Legión Checoslovaca atrajo más atención. Comprendía más de 90.000 hombres, alcanzó reputación mundial y sus hazañas habían de pasar a la historia.

A pesar de las afinidades raciales que por ser pueblos eslavos existían entre checoslovacos y rusos, a Masaryk le resultó más difícil formar la Legión en Rusia que en Occidente. Masaryk era liberal y republicano: conocía muy bien los autores franceses y su mujer era norteamericana. Le fue, pues, difícil negociar con el Gobierno zarista, que no deseaba prestar colaboración de ninguna clase. El legendario líder eslovaco en el extranjero, Milan

Stefánik, había fracasado en una misión que le llevó a Rusia en 1916. Después de la revolución de febrero las negociaciones se hicieron más fáciles. El Gobierno provisional era, al menos de nombre, democrático, y aunque Miliukov era su amigo, Kerensky no le prestó demasiada ayuda. Masaryk se dirigió a Rusia, y una brigada checa, integrada en el Ejército ruso, demostró su valía en la pequeña victoria que obtuvo en Zborov, Galizia, en julio de 1917. Fue autorizado el establecimiento de la Legión Checoslovaca en Rusia. Pero las complicaciones empezaron realmente con la Revolución Bolchevique de octubre (noviembre, según el calendario occidental).

Masaryk podía ser contrario a la democracia socialista o, en último término, un decidido anticomunista, pero como líder de un pueblo que luchaba por su independencia nacional, era la persona menos indicada para dictar el credo político de otro país. No deseaba en absoluto que la Legión se involucrase en las luchas intestinas de Rusia. Su único objetivo, en 1917, era contribuir a la derrota de Alemania y Austria-Hungría. A este fin deseaba ver a la Legión, que iba creciendo rápidamente en Rusia, en acción contra el enemigo nacional, y preferentemente en el Oeste. Después de la Revolución Bolchevique, pronto se puso de manifiesto que la Legión no podría luchar en el frente del Este, porque el objetivo primordial de Lenin era conseguir la paz con Alemania. Como el coronel (más tarde general) bolchevique Muraviev hubiera tratado de utilizar la Legión contra las unidades disidentes de Ucrania, Masaryk obtuvo, en febrero de 1918, autorización de transportar la Legión por el ferrocarril transiberiano hasta Vladivostok, donde barcos ingleses y norteamericanos la trasladarían al frente del Oeste, en Francia. La gran «Anábasis», como se la llamó más tarde, no fue en realidad más que un viaje de unos 10.000 kilómetros en tren.

### Víctima de la política internacional

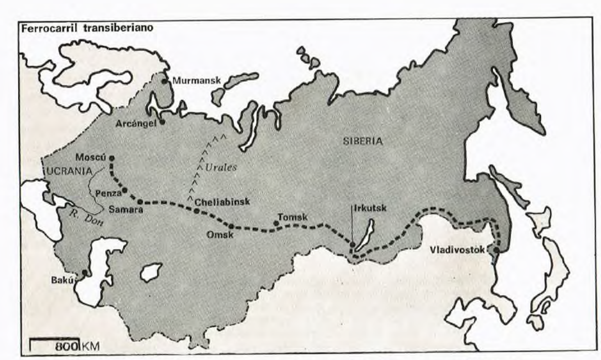
Desde el punto de vista de Masaryk, el traslado de la Legión a Francia también tenía un sentido político, pues, por el momento, el centro del poder internacional residía en el Oeste. Pero, a partir de entonces, la Legión se convirtió tanto en la víctima como en uno de los factores de la política internacional. Ello hizo que los heroicos pero desdichados checoslovacos emplearan dos años enteros para recorrer esos 10.000 kilómetros.

Los franceses estaban tan ansiosos como Masaryk por ver a todos los legionarios checoslovacos en el Oeste, y consideraban a toda la Legión, incluida la sección rusa, como una parte de su propio ejército. A principios de 1918 la amenaza alemana se hizo todavía más apremiante, y los franceses iban desesperadamente escasos de refuerzos; por si ello fuera poco, había que esperar aún algunos meses antes de que pudieran llegar las fuerzas norteamericanas. Pero la actitud de los ingleses era más complicada. A pesar de que fue Francia la que promovió la alianza con Rusia, Gran Bretaña estaba particularmente interesada por los ataques de diversión dirigidos contra los alemanes en el frente del Este, y, aún después de la Revolución Bolchevique, el Gobierno británico procuró por todos los medios mantener a los rusos en guerra con los alemanes. Además, obsesionado como estaba por el bloqueo, al Gobierno británico sólo le interesaba mantener los suministros de alimento y petróleo rusos lejos de las manos alemanas, y la mejor forma de lograrlo era reforzar el espíritu de lucha de los rusos. Las condiciones de paz propues-

**Legionarios checos capturados en Ucrania y ejecutados como traidores por las fuerzas austríacas invasoras. Incidentes como éste fortalecieron en los checoslovacos la determinación de dirigirse hacia el Extremo Oriente y de «abrirse camino a tiros hasta Vladivostok mismo, si es necesario».** ***Abajo:*** **soldados de la Legión Checoslovaca abren trincheras durante el invierno de 1918 para colocar cañones destinados a la defensa de los Urales.**








**El ferrocarril transiberiano. En junio de 1918, la Legión Checoslovaca dominaba el tramo comprendido entre Penza y Vladivostok, excepto en Irkutsk; en la región de Samara encontró las reservas de oro del Zar, magnífico atractivo para los dirigentes antibolcheviques.**

tas por Alemania a los bolcheviques en diciembre de 1917 fueron tan duras, que durante un mes o dos existió la posibilidad de que Rusia continuara la guerra. Y la feliz idea que se le ocurrió al Gobierno inglés fue la de sugerir a los franceses que la Legión Checoslovaca se quedara en Rusia sirviendo de parachoques contra Alemania. Todavía persistían los ingleses en su idea cuando Lenin aceptó las humillantes condiciones del Tratado de Brest Litovsk, firmado el 3 de marzo, y contribuían a reforzarles en su opinión los informes enviados por Bruce Lockhart, agente británico en Moscú, según los cuales Trotski todavía estaba interesado en obtener ayuda de los aliados para volver las tornas a los alemanes. En abril, después de la firma del Tratado de Brest Litovsk, desembarcó en Murmansk un primer contingente de fuerzas británicas, que fue seguido en junio por un segundo contingente destinado a entrar en contacto con la Legión. Se estaba preparando el nuevo papel que en adelante habían de representar los checoslovacos: incitar al pueblo ruso a tomar nuevamente las armas contra Alemania.

### Primeras discrepancias con los bolcheviques

Antes de Brest Litovsk el nuevo Gobierno ruso estaba dispuesto a permitir la retirada de la Legión hacia el Este. No podía hacer otra cosa y, además, deseaba que las tropas extranjeras abandonaran el territorio ruso (sobre todo si se tenía en cuenta que algunos de sus jefes eran antiguos oficiales zaristas) y tampoco le interesaba complicar las negociaciones de Brest Litovsk. La única condición que se impuso a los legionarios fue que entregasen las armas que les había proporcionado el Ejército ruso. Ciertamente, los bolcheviques no habrían sido fieles a su ideología si no hubiesen tratado de atraerse a los soldados checos y eslovacos; pero como éstos, en su mayor parte, lo que querían era vencer a Alemania y volver a casa, por el momento la propaganda revolucionaria bolchevique tuvo poco éxito entre ellos. Sin embargo, hubo los suficientes desertores políticos como para formar el primer Partido Comunista Checoslovaco, bajo la dirección de un exsastre llamado Alois Muna. Se produjo una súbita epidemia de comités entre los hombres de la Legión, pero las tropas continuaron luciendo los nombres y símbolos de las guerras husitas del siglo XV como señal de su espíritu nacionalista y democrático, y se pusieron en marcha hacia el Este. El primer contingente alcanzó Vladivostok en abril de 1918, cuando algunos todavía no habían cruzado los Urales. El fracaso de su propaganda irritó algo a los bolcheviques. Esta irritación aumentó después de Brest Litovsk, cuando se puso de manifiesto que los aliados no estaban dispuestos a aceptar la retirada de Rusia de la guerra.

El Gobierno comunista decidió que la presencia en suelo ruso de tropas extranjeras, incluidos los legionarios, equivalía a una intervención en los asuntos interiores de Rusia, y así se atribuyó a la Legión un papel que en realidad nunca había representado.

En la primavera de 1918 la idea inglesa del posible papel de la Legión fue planteada a los franceses de diferentes maneras: era necesario hostigar a los alemanes por la espalda; no había barcos disponibles en el Extremo Oriente; la Legión podía ser evacuada por el Oeste. Los franceses tampoco veían claro el asunto y también tenían segundas intenciones. Empezaron a creer que la presencia de la Legión en Rusia podía estimular a los japoneses a entenderse con Alemania. El resultado de todo ello fue un ambiguo acuerdo, concertado en mayo, de desviar parte de la Legión hacia el noroeste, a Arcángel, para que permaneciera allí, según esperaban los ingleses, o para que fuera evacuada, según creían los franceses. También tenían, por lo menos los ingleses, la vaga impresión (no expuesta oficialmente) de que tratar con Alemania por mediación de la Legión significaría lo mismo que tratar a través de ésta con el propio Gobierno bolchevique.

De todas estas diferencias no se mantuvo informado al Consejo Nacional Checoslovaco. Benes, futuro ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia, dio su consentimiento al traslado de una parte de la Legión hacia Arcángel. Así quiso probar su buena voluntad y acelerar el paso de la Legión al Oeste. Los mismos legionarios no estaban enterados de lo que estaba ocurriendo.

Los legionarios habían saboreado el éxito militar en 1917. Cuando dejaron Ucrania inmediatamente después de Brest Litovsk lograron un nuevo éxito en una escaramuza con las fuerzas alemanas de ocupación. Sus efectivos crecían a medida que aumentaba su confianza y organización. La guerra produce héroes y *entrepreneurs*; los checoslovacos nunca han carecido ni de unos ni de otros, ni siquiera en tiempo de paz. Antes de las revoluciones de febrero y octubre de 1917 ya se habían sentido económica y socialmente superiores a los rusos; la desintegración que luego vieron los legionarios a su alrededor no hizo sino aumentar su orgullo y perfeccionar su propia organización. Ellos mismos se dieron sus propios jefes militares, hombres como Jan Syrovy, un antiguo empleado de banca en la Varsovia rusa y más tarde comandante en jefe del Ejército checoslovaco. Crearon su propio Gobierno y realizaron su revolución.

**Revuelta de la Legión**

Al principio los legionarios estaban dispuestos a cumplir el acuerdo de entregar la mayor parte de sus armas antes de abandonar Rusia. En marzo firmaron un nuevo acuerdo: partirían de Penza en trenes hacia el Este, con 168 fusiles y una sola ametralladora por tren. Vivirían de los donativos que milagrosamente les habían llegado de Francia y de la ayuda que los soviets locales les quisieran prestar a lo largo de la ruta. Pero la vía se hallaba en tan mal estado que no pudieron ir muy lejos. Entonces los legionarios empezaron a hartarse de la propaganda de los bolcheviques y llegaron a poner en duda su buena fe (en estos momentos Stalin exigía que los desarmaran totalmente). Algunos legionarios se mostraron abiertamente hostiles a los bolcheviques, y muchos dejaron de tenerles simpatía. Cuanto menos avanzaban tanto más se acentuaba su deseo de llegar a Francia y llevar la guerra a su modo.

El 14 de mayo de 1918 un incidente de poca importancia desencadenó la rebeldía de los legionarios. Uno de sus trenes se cruzó en Cheliabinsk, en plena Siberia, con un tren de prisioneros de guerra húngaros que iban hacia el Oeste a unirse al Ejército Rojo. Los checoslovacos tenían pocas simpatías por los húngaros, un pueblo no eslavo y una de las odiadas nacionalidades dominantes de Austria-Hungría. Un húngaro arrojó una herramienta que mató a un checoslovaco. Los compañeros de la víctima replicaron y dieron muerte al húngaro. El soviet local detuvo a los checoslovacos responsables y luego a la delegación que fue a pedir su libertad. En represalia, la unidad checoslovaca arrestó al soviet y se apoderó de la ciudad. Eran checoslovacos que se dirigían a luchar por su patria en Europa; no iban a dejarse atropellar.

**Disparar sin previo aviso**

Al instante se rompieron las delicadas relaciones entre la Legión Checoslovaca y el Gobierno comunista. Algunos días más tarde Trotski dio la orden a todos los soviets de desarmar completamente a la Legión Checoslovaca, y al mismo tiempo hizo detener en Moscú a dos miembros influyentes del Comité Nacional. Los checoslovacos reunieron su Congreso Nacional en Cheliabinsk, el 20 de mayo, eligieron un comité ejecutivo provisional y, a la vez que expresaban su simpatía por la Revolución Rusa, dejaron entender que no depondrían las armas hasta que hubieran recibido garantías suficientes de que se les dejaría partir. Trotski replicó el 25 de mayo ordenando disparar sin previo aviso contra todo checoslovaco armado. Sin dejarse intimidar por estas órdenes, los legionarios se apoderaron, durante el mes de junio, de la línea del ferrocarril desde Penza hasta Vladivostok y, a excepción de Irkutsk, de las poblaciones de Cheliabinsk, Omsk y Tomisk. De este modo la Legión se erigía en árbitro de sus destinos, creando un Estado dentro de otro Estado para asegurarse la retirada.



**Ametralladoras checoslovacas emplazadas sobre un tren en Ufa, cerca de Cheliabinsk; la Legión controlaba completamente estas poblaciones.**

Para ello los legionarios tuvieron que librar con los bolcheviques algunos combates. En el verano de 1918 algunos legionarios del extremo occidental se unieron a los mencheviques y socialistas revolucionarios para formar un Estado antibolchevique en la región de Samara. Un oficial checoslovaco, el general Stanislav Cecek, llegó a tomar el mando de un ejército mixto rusochecoslovaco. Tal actitud se acercaba peligrosamente al tipo de intervención que las potencias occidentales habían esperado pero que la Legión había evitado. La Legión asimismo se negó a dividirse y a dejar que sus unidades más occidentales se dirigieran a Francia vía Arcángel. Ello parecía ser una negación de su propósito declarado, pero la verdad era que la Legión no estaba dispuesta a exponerse a una intervención directa en la Rusia europea. Su acción en los alrededores de Samara fue también coherente con su objetivo principal. Los agentes consulares y militares aliados del lugar les hicieron creer que una gran fuerza expedicionaria aliada pronto desembarcaría en Siberia para invadir Alemania desde el Este. Y la Legión esperó.

Pasó el tiempo y, al ver la Legión que los aliados no llegaban, reanudó su marcha hacia el Este. El mal estado del camino no permitía a los hombres avanzar con rapidez; además, al finalizar su marcha no encontraron ningún barco aliado. En cambio, fuerzas británicas, japonesas y norteamericanas habían desembarcado en Vladivostok en agosto de 1918; tal vez, después de todo, los aliados iban a lanzar una ofensiva contra Alemania. Por otra parte, la Legión se había encontrado en la región de Samara con las reservas de oro del Gobierno zarista, que se convirtió entonces en motivo de disputas y reclamaciones de numerosos gobiernos antibolcheviques, entre ellos el del almirante Kolchak, de tendencia cada vez más derechista, con sede en Omsk. Cuando la guerra hubo terminado, en noviembre de 1918, los legionarios no tenían ya ningún motivo para permanecer en Rusia. Su único deseo era volver a su casa, al nuevo Estado, cuya creación había sido el móvil que los había inducido a ingresar en la Legión. Pero mientras existiera en Siberia un gobierno antibolchevique, las potencias occidentales no estaban dispuestas a proporcionarles los barcos necesarios para evacuarlos. La Legión todavía estaba técnicamente bajo mando francés y siguió estándolo hasta principios de 1920. Si bien no sentía ninguna simpatía por los bolcheviques, pronto se sintió profundamente decepcionada por los abusos de Kolchak, que actuaba como un dictador y era un militar incompetente. Se mantuvo, pues, apar-



**Entrega de la bandera a la primera unidad checa integrada en el Ejército ruso. Estos soldados alcanzaron en 1917 un apreciable triunfo; las complicaciones empezaron cuando los bolcheviques subieron al poder.**

te, y organizó su propio pequeño Estado a lo largo del Transiberiano, con sus propias empresas, su banco y su periódico. Finalmente, los legionaros entregaron a Kolchak —derrotado en enero de 1920— al Gobierno comunista. La intervención llegó a su fin; un mes más tarde los legionarios pudieron dirigirse a su país.

Nunca habían tenido intención de intervenir en los asuntos internos de Rusia. Sin duda, también prestaron un gran servicio a su país: su presencia en Rusia dio a los diplomáticos checos reunidos en Versalles seguridad en sus negociaciones. Pero esencialmente la Legión fue un peón en el tablero político internacional. Su comprometida situación a principios del verano de 1918, cuando estaba aún partida en dos mitades que vagaban una a cada lado de Irkutsk, fue utilizada por los Gobiernos británico y francés para persuadir a los Estados Unidos que intervinieran.

**El papel de los Estados Unidos**

El presidente Wilson se complacía en la idea de crear otras naciones a imagen de Norteamérica. Pero en 1917-18 se impuso límites en lo relativo a Rusia; ya era bastante que hubiera sido derribada la autocracia zarista. Ahora no deseaba verse implicado en la Revolución Bolchevique. Pero los ingleses, y hasta cierto punto los franceses, estaban decididos a hacer que Norteamérica interviniese con todo su poder en cada uno de los teatros de la guerra, y por lo tanto trataron de comprometerla haciendo que reavivara el frente del Este. Y lo que por fin movió a Wilson no fue una serie de argumentos antigermánicos o antibolcheviques sino simplemente la necesidad, según se le hizo ver, de salvar del desastre a la Legión Checoslovaca. Mientras la Legión todavía estaba partida en dos en Irkutsk, los ingleses y franceses —e incluso algunos de sus consejeros— dieron a entender a Wilson que las tropas norteamericanas eran esenciales para ayudar a la Legión Checoslovaca a reagruparse y huir de Rusia. Wilson ya se había erigido en el santo patrón terrenal de las nuevas nacionalidades. Experimentaba una especial debilidad por los checoslovacos y por el propio Masaryk, con quien se sentía política e intelectualmente afín. Además, se hallaba bajo la fuerte presión de grupos de inmigrantes de la Europa oriental, que por haber luchado contra Alemania y Austria-Hungría gozaban por fin de un merecido prestigio político. En agosto de 1918 Wilson autorizó el envío de 7.000 soldados a Vladivostok a fin de asegurar a la Legión un puerto de embarque. Por una ironía de la suerte, en el mismo momento de desembarcar los norteamericanos, la Legión Checoslovaca había logrado cerrar la brecha abierta entre sus líneas. Pero ahora Norteamérica ya estaba comprometida en la política de intervención.

**El legado de la intervención**

La Legión Checoslovaca demostró sus cualidades en los combates de Siberia y puso a prueba el ardor del joven Ejército Rojo. Pero si por una parte llevó al borde del desastre a la Revolución Rusa, por otra contribuyó a fortalecerla. Inexplicablemente, una de sus unidades estuvo en una ocasión a punto de abrir el fuego contra Trotski... Es más, en realidad nunca se volvió contra los bolcheviques, aun cuando era la única fuerza que pudo haberles causado graves daños. Cuando finalmente zarpó de Rusia dejó tras sí una estela de odio, no tanto a causa de los mismos checoslovacos como de la intervención extranjera. Todavía perduraba el resentimiento en los tiempos de Munich y en los de Vietnam. La Legión Checoslovaca fue una lección objetiva sobre los peligros del idealismo explotado para fines equívocos.

Hubo también un legado para Checoslovaquia. La mayoría de los legionarios que regresaron de Rusia estaban convencidos de que había sido una locura dejarse envolver en el conflicto entre el Este y el Oeste. Éstos fueron los que orientaron la política de Checoslovaquia hacia una dependencia simultánea del Este y del Oeste o hacia una independencia total. Sin embargo, esta política fracasó en 1938 en Munich y, de nuevo en 1948, cuando los comunistas llegaron al poder. El Estado checoslovaco no tuvo más posibilidades que la Legión de seguir sus propios derroteros. En todo caso, entre los legionarios que regresaron había elementos anticomunistas, que se negaron a luchar al lado de la Unión Soviética en 1938, y otros que simpatizaban con los bolcheviques y que contribuyeron a la creación del Partido Comunista Checoslovaco, que alcanzó finalmente el poder en 1948.

La historia de la Legión Checoslovaca fue un microcosmos de la historia mundial del período comprendido entre los años 1917 y 1920, y un misterioso presagio del futuro de Checoslovaquia.

**William V. Wallace**

# El bloqueo muerde a fondo

**¿Qué representó el año 1917 —el de la escasez— para las poblaciones civiles de Gran Bretaña, Francia y Alemania? El resultado más espectacular de la campaña submarina alemana fue la entrada de Estados Unidos en la guerra, pero quizá su efecto más interesante fue lo que reveló acerca de la economía y la moral de los tres países afectados.**

**Recolección de remolacha azucarera en Gran Bretaña (1916). Anteriormente, la remolacha consumida allí procedía de Alemania y Austria.** *Abajo:* **Berlín en 1917. Los parques públicos, sin parterres de flores, quedaron convertidos en parcelas de siembra; así era de grave la escasez de alimentos.**





Ninguna de las grandes potencias estaba realmente preparada para soportar una guerra larga, en la que el bloqueo enemigo impusiera condiciones de asedio, cada vez más drásticas, a las poblaciones civiles. Francia, aunque subdesarrollada industrialmente, era la que más se aproximaba en 1914 a la autarquía económica, con un cuarenta y dos por ciento de su población activa empleada todavía en la agricultura. Pero este equilibrio quedó roto por la invasión alemana, que significó para tal país la pérdida de casi un diez por ciento de su territorio y de un catorce por ciento de su potencial industrial. Lo que Francia había perdido de este modo tuvo que compensarlo por medio de las importaciones y, al entrar la contienda en el año 1917, la situación era cada vez más crítica. Poca cuenta le traía destinar nuevas tierras al cultivo, como quiera que la productividad agrícola declinó a medida que la tierra quedaba exhausta y los hombres que antes la trabajaban luchaban y perecían en el frente.

Gran Bretaña había mostrado una negligencia total con respecto a la agricultura en los años anteriores a la guerra, y por lo tanto dependía de las importaciones en los cuatro quintos de sus necesidades de trigo y en un cuarenta por ciento de las de carne. Además, dependía de Austria y Alemania para el suministro de casi todo el azúcar de remolacha que consumía. Para aquella nación isleña, más que para cualquier otra, el comercio era su vida, y la campaña submarina sin cuartel desencadenada por Alemania el 1 de febrero de 1917 significó un grave peligro para todo el aparato bélico aliado.

**La guerra submarina**

Antes de la guerra, Alemania había desarrollado eficientemente sus recursos agrícolas e industriales y, en 1914, producía los dos tercios de sus necesidades alimentarias, incluidos los forrajes. Gracias a la inventiva científica y al uso de productos *Ersatz* (sustitutivos), logró superar muchas de las carencias inmediatas. La ventaja inicial correspondió, pues, a Alemania, pero a medida que proseguía la guerra, esta ventaja se disipó lenta e implacablemente. Era tan vital para Alemania que su campaña submarina consiguiera un rápido y definitivo triunfo como para los aliados era imperativo el evitarlo.

En la Pascua de 1917, los submarinos alemanes desarrollaban una actividad tan mortífera que uno de cada cuatro buques que zarpaban de los puertos británicos estaba condenado a ser destruido. La interrupción en las importaciones básicas equivalía a escasez, precios elevados, ganancias escandalosas para algunos y privaciones para los más. La vida en Gran Bretaña y Francia adquirió una tonalidad gris. «París ya no es París», se lamentaba un contemporáneo. Y otro describió el año 1917 como *l'année des privations* («el año de las privaciones»). El día se convirtió en noche y la noche en día. En otro tiempo las calles, durante el día, estaban llenas de alegre bullicio; pero ahora aparecían desiertas, ya que todo el mundo tenía que trabajar: en una fábrica de municiones, en la cantina de un acuartelamiento... De noche reinaba una oscuridad total donde antes resplandecía una constelación de luces, y el ruido de los martinetes de vapor y de la maquinaria de las fábricas dominaba allí donde antes existía silencio completo. Y de noche rugían también los convoyes de camiones y los largos y siniestros trenes que transportaban municiones o conducían los cuerpos maltrechos de los soldados a los hospitales militares.

Aunque era extrema la tensión a la que se veía sometida la moral de la población civil, la crisis crucial en Gran Bretaña quedó limitada a unas pocas semanas de ansiedad, en el verano de 1917, cuando pareció posible el derrumbamiento de todo el esfuerzo bélico del país. Después, el sistema de convoyes, adoptado en el último momento, alivió la situación. Sin embargo, en Francia la escasez fue mayor y la tirantez social más grave, circunstancias éstas que, añadidas a la terrible matanza ocasionada por la batalla de Verdún, el año anterior, crearon las condiciones que hacían posible un colapso moral tan enorme que, de haberse producido, hubiese sacudido hasta los cimientos el esfuerzo bélico aliado.



**¿Las piñas, plato del día en plena guerra? Por lo menos en la Gran Bretaña de principios de 1917 su precio era inferior al de las patatas.**

**Escasez en todas partes**

Las primeras carencias reales y las primeras colas aparecieron en Gran Bretaña al comenzar el año 1917. La prensa describía escenas que eran ya corrientes en todas partes: en Wrexham, un carro cargado de patatas «fue rodeado por centenares de personas vociferantes, en su mayor parte mujeres, que deseosas de comprar la mercancía asaltaron el vehículo. Varias mujeres se desmayaron durante la refriega y fue preciso recurrir a la policía para que restableciese el orden».

En diciembre de 1916, David Lloyd George se hizo cargo del gobierno y nombró un interventor de abastecimientos que se estableció en la esplendorosa Grosvenor House, donde las sugestivas carnes de los famosos cuadros de Rubens fueron cubiertas para no herir el pudor de las muchachas contratadas como mecanógrafas del nuevo ministerio. El 3 de febrero, precisamente dos días después de comenzar la guerra submarina sin restricciones, se anunció un programa de racionamiento voluntario por el cual cada ciudadano debía limitarse a cuatro libras de pan, dos libras y media de carne y tres cuartos de libra de azúcar por semana. En mayo leyóse cada domingo en todas las iglesias y capillas del país un mensaje real que instaba a restringir el consumo de cereales, y se montó una campaña especial para promover la austeridad en la alimentación. Algunas tiendas y autoridades locales establecieron sus propios programas de racionamiento y éstos fueron reforzados por comités estatales de control de alimentos que se formaron en toda la nación. Escasearon notablemente la margarina, las grasas, la leche y el jamón. El azúcar y la mantequilla eran prácticamente inasequibles e incluso resultaba difícil la adquisición del «té de racionamiento», que era a menudo comparado a barreduras de serrín. A finales del año empezó a escasear la carne y se impuso el racionamiento de este artículo al comenzar el año siguiente. Las familias de la clase alta y media recurrieron a platos sustitutivos, aunque para ellas la «torta de pastor» todavía les representaba una especie de ultraje. «Pero, mamá, ese trozo de pastor es malísimo», se lamentaba el niño de una de las numerosas ilustraciones satíricas que se dedicaron a la situación alimentaria. Para las familias de la clase trabajadora, la mayor calamidad fue el vertiginoso aumento en el precio del pan y, para empeorar las cosas, tratábase del «pan de racionamiento», cuyos diversos y extraños ingredientes tendían a estropearse cuando hacía calor.

**Bombas, huelgas y escándalos**

Para reforzar las consecuencias de su bloqueo submarino, los alemanes iniciaron los bombardeos aéreos más intensos de toda la guerra contra la población civil y los ciudadanos londineses, mal alimentados y abrumados por la guerra, buscaron refugio en las estaciones del Metro. En Francia hubo pocos bombardeos en 1917, pero en otros aspectos su situación era peor que la de Inglaterra. Durante el crudo invierno de 1916-17, se agotaron las reservas de carbón, lo cual dio pábulo a innumerables dibujos satíricos. En uno de ellos, un lacayo se inclina respetuosamente ante el carbonero y le dice, indicándole una escalinata cubierta por una lujosa alfombra: «Suba el carbón por la escalera principal.» En varios puntos del país, el público se apoderó a viva fuerza de vagones de carbón. Las pastelerías estaban cerradas y los menús de los restaurantes sometidos a severa restricción. A causa de los flagrantes abusos del mercado negro, el Gobierno promovió la apertura de restaurantes populares y de cantinas en centros industriales con menús a precio fijo. El costo de la vida había aumentado por lo menos en un ochenta por ciento desde

1914, lo que impuso una penosa situación al millón de refugiados que, procedentes de los territorios ocupados por los alemanes, se habían establecido en las principales ciudades.

Los granjeros y muchos pequeños comerciantes supieron defenderse bien (los soldados americanos se convirtieron en fuente de sustanciosos beneficios), pero muchos panaderos, afectados adversamente por el control gubernamental de los precios, tuvieron que cerrar sus negocios. La clase media asalariada padeció intensamente a causa del alza en el costo de la vida. En tanto que ciertos sectores de las clases obreras, protegidos por las leyes gubernamentales del salario mínimo, capeaban más o menos la situación, el peso de la guerra recayó en el campesinado, cuyo resentimiento contra sus compatriotas de las ciudades creó una nueva y peligrosa tensión social.

Las revoluciones de febrero y octubre en Rusia, que conducirían a la pérdida de este gran país para la causa aliada, se convirtieron en una instigación para la clase obrera de Gran Bretaña y Francia, aunque el cansancio producido por la guerra y el alto costo de la vida fueron causa suficiente del agudo malestar que en 1917 se dejó sentir en el sector industrial. En Francia hubo 689 huelgas en que participaron 293.810 trabajadores (frente a 98 huelgas y 9.344 huelguistas en 1916). En Gran Bretaña las «huelgas de mayo», que comenzaron el 10 de este mes y se prolongaron durante quince días, afectaron de tal modo la producción bélica que el 13 de junio el Gobierno nombró comisiones para que investigaran los problemas en las industrias. Los comisionados del sector nordeste declararon que «el alto precio de los artículos más necesarios ha sometido, indudablemente, a una severa prueba a la mayor parte de las clases trabajadoras y, en ciertos casos, les ha causado malestar y auténticas privaciones».

Otras comisiones citaron los precios de los alimentos y el mercado negro como las causas principales del malestar. En Gran Bretaña, la estructura política, reactivada por Lloyd George, consiguió casi por milagro sobrevivir a la prueba, a pesar de que hubo agrias pugnas entre políticos y jefes militares. En Francia se produjeron diversos escándalos políticos, algunos de ellos peligrosamente matizados de derrotismo. Al finalizar el año, habían dimitido tres primeros ministros: Aristide Briand en marzo, Alexandre Ribot en septiembre y Paul Painlevé en noviembre.



**Estos universitarios de Eton luchan contra los submarinos... pero no en el océano, sino cultivando patatas en los campos que rodean a los apacibles colegios británicos.**

Sólo el nombramiento, el 15 de noviembre, de Clemenceau, con sus setenta y cinco años a cuestas, prometía una cierta restauración de la autoridad y la estabilidad.

**La navaja y el lazo corredizo**

Con su campaña submarina, Alemania estuvo a punto de cortar la yugular de las potencias aliadas. Pero si el arma alemana contra los aliados era la navaja, el arma de éstos contra los alemanes era el lazo corredizo, que empezaba ya a apretarles la garganta. Al prolongarse la guerra, se iba desvaneciendo la ventaja inicial de Alemania, ya que las importaciones de alimentos procedentes de países neutrales se interrumpieron totalmente y, por más requisas que efectuara Alemania en los territorios conquistados, éstas distaban de poder restablecer el equilibrio. En el invierno de 1916-17, el pueblo alemán sufría ya penalidades mucho más graves que las de Gran Bretaña o Francia. Sin embargo, aunque la prensa aliada publicase de vez en cuando noticias acerca de la escasez y el hambre que reinaban en Berlín, lo corriente era que se dedicase

a ensalzar la perfección de la organización teutónica, como ejemplo que debían seguir los aliados. En realidad, incluso a partir de agosto de 1916, cuando ya se habían hecho cargo del mando militar el general Erich Ludendorff (como intendente general) y el general Paul von Hindenburg (nuevo jefe de Estado Mayor), la organización teutónica tropezaba con mayores dificultades que Gran Bretaña y Francia, países más centralizados, en conseguir la colaboración de los diversos Estados débilmente vinculados a la Confederación denominada Imperio Alemán.

**1 «Nuestro Ejército nos abrirá el mar.» Sin embargo, el bloqueo aliado iba estrangulando a Alemania. 2 Cartel británico: «Los huesos y la grasa proporcionan glicerina para explosivos, cola para aeroplanos, fertilizantes para producir alimentos. No los desperdiciéis.»**

1




2




Las malas cosechas de 1916 fueron en parte causa y en parte síntoma de los problemas alemanes, ya que el desarrollo agrícola anterior a la guerra encontraba un freno en la escasez de mano de obra y en la carencia de fertilizantes y de maquinaria agrícola que no podían llegar a causa del bloqueo.

**Sin hombres y sin trenes**

El problema en el que se concentraron los nuevos dirigentes militares fue el de la escasez de mano de obra en Alemania, puesta al descubierto por un censo de 1916 demostrativo de que, si bien trabajaban un millón de mujeres y varios millares de niños, las cifras totales en el empleo productivo arrojaban tres millones y medio de personas menos que antes de la guerra. El «Programa Hindenburg» de diciembre de 1916 pretendía, básicamente, superar el problema de la mano de obra. Según la ley del 5 de diciembre, todo ciudadano alemán varón entre los dieciseite y los sesenta años que no prestara servicio activo debía alistarse en el «Servicio Auxiliar Patriótico». A causa de la resistencia de los patronos, tan poco inclinados a dar trabajo a mujeres como a desprenderse de sus obreros especializados, y a causa de que los ciudadanos más opulentos podían hallar el medio para eludir sus obligaciones (por ejemplo, formando parte de algún comité voluntario relacionado con la guerra), la ley no tuvo gran éxito. En los primeros meses de 1917 resultó evidente que el «Programa Hindenburg» no iba a alcanzar, ni mucho menos, sus objetivos. La mano de obra era el tópico del momento, como lo era el carbón en Francia y la austeridad en la alimentación en Gran Bretaña. Una caricatura alemana representó a dos solteronas ya muy maduras que comentaban: «Si se impusiera el servicio obligatorio femenino, tal vez la edad de contraer matrimonio se ampliaría hasta los cincuenta años.»

La obsesión por la mano de obra ocultaba el caos que se estaba produciendo en los transportes alemanes. Antes de la guerra, las importaciones germanas entraban desde los puertos del Mar del Norte a través de ríos y canales; pero entonces, con los puertos bloqueados, los transportes debían efectuarse principalmente por las líneas férreas que enlazaban con las minas de carbón del Ruhr y de Silesia, con los depósitos de hierro de la Francia ocupada y con los almacenes de alimentos del Este. Los trenes empezaron a desaparecer, literalmente, a medida que las diversas autoridades estatales y locales se dedicaron a confiscarlos en busca de las provisiones que tanto necesitaban. A la crisis del transporte sucedió una escasez general de carbón.

Las mezquinas cifras de la producción alemana —de un treinta a un cuarenta por ciento menos en 1917 en comparación con los años anteriores a la guerra— revelaban no tanto una dirección ineficiente como el cansancio de un pueblo subalimentado. Había calado muy hondo en la conciencia alemana el amargo «invierno del nabo» de 1916-17, cuando, en lugar de patatas, el pueblo comió ese tipo de hortalizas y poca cosa más. Para los alemanes no se trataba de que se les impusiera un racionamiento —durante dos años habían tenido ya sus tarjetas para el pan, grasas, leche, carne y mantequilla—, sino de si en realidad podía obtenerse la ración a la que tenían derecho oficialmente. A principios de 1917 los hombres subsistían gracias a una ración básica de 200 gramos de pan diarios y menos de 100 gramos de grasas por semana. Procurarse otros alimentos era algo tan difícil como esporádico. El consumo total de carne en la Alemania de 1917 era una cuarta parte de lo que había sido antes de la guerra, y la carne disponible era repartida sin ninguna equidad.

Durante el año, los niños de las escuelas y las organizaciones femeninas recogieron los desperdicios de las cocinas, frutos espinosos, huesos de frutas, bellotas y castañas, ortigas, piñas, hojas verdes (como forraje), desperdicios de papel, goma, corcho y hojalata, metales, casquillos de bombillas, huesos, botellas, celuloide, trapos y harapos, residuos de plata fotográfica, platino (procedente de prótesis dentales o joyas), discos de gramófono y cabellos de mujer. El ejemplo más notorio de la minuciosidad alemana fue la conversión de caballos muertos en jabón, lo que originó la atroz versión aliada según la cual Alemania construía «fábricas de transformación de cadáveres» para hacer jabón a partir de soldados muertos.

A los tormentos del hambre y de la escasez se añadía la indignación contra los turbios manejos del mercado negro. El control de precios, en manos de un millar de oficinas diversas, era totalmente inadecuado. «El mercado negro —dijo un orador en el Reichstag— se ha convertido en la única organización realmente eficiente en nuestro sistema de suministro de alimentos.» El famoso memorándum del consejo municipal de Neukölln al departamento de suministros alimenticios

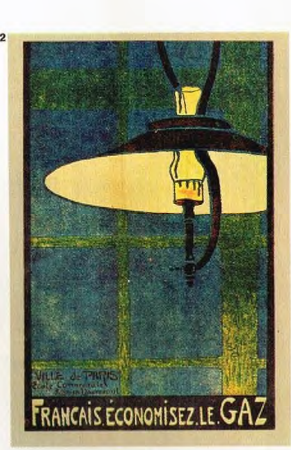
de guerra, publicado sin autorización por la prensa de izquierdas, reveló claramente lo que estaba ocurriendo. Grandes empresas, que utilizaban su potencia económica o su acceso a los artículos de primera necesidad, acaparaban directamente alimentos para sus empleados; en ciertas ocasiones, los municipios lograban hacer lo mismo, y de este modo se creaban enconadas rivalidades locales y un desorden total en la distribución de comida. El memorándum pronosticaba que, a partir de «la escasez y el hambre», el país desembocaría en la «catástrofe».

Incluso los que recibían raciones extraordinarias debido a que efectuaban trabajos manuales pesados, percibían menos de la mitad de la cantidad de calorías necesarias. A finales de 1917, era prácticamente imposible encontrar leche, y la escasez de jabón aportó una nueva amenaza: los piojos. El incremento en las enfermedades y en las muertes prematuras se hizo alarmante. Las defunciones entre niños de menos de cinco años aumentaron en un cincuenta por ciento en 1917, y las muertes debidas a la tuberculosis se doblaron. El 16 de abril, el Gobierno planeó una reducción en la ya escasa ración de pan. La opinión de la clase obrera no se ablandó ante el anuncio pregonado en diversas localidades y según el cual se repartirían alimentos extra tales como *sauerkraut* (col fermentada), sémola de cebada o arenques ahumados (un cuarto de arenque por semana), y la reducción propuesta fue acogida con la primera oleada de lo que, como en Francia y Gran Bretaña, iba a ser un año de huelgas. En conjunto, se perdieron casi dos millones de jornadas de trabajo, contra un cuarto de millón en 1916 y 42.000 en 1915. En la Armada alemana, embotellada en sus propios puertos, la frustración, las privaciones y la amargura alcanzaron un grado que bordeaba la insurrección. Los marineros, junto con los obreros y otros manifestantes, participaron en la segunda oleada de huelgas que se desencadenó en junio.

1




2




**1 Cartel británico contra el lujo. «¿Es usted un aliado del Káiser?» Dicen los despilfarradores: «¡Sí! Con o sin guerra, vivimos como de costumbre.» Y el Káiser: «Gracias, amigos; porque, "en realidad", sois mis amigos.»** *2* **«Franceses, ahorrad el gas.» Obtenido del carbón de piedra, el agotamiento de las reservas de este mineral durante el duro invierno de 1916-1917 hizo escasear el gas del alumbrado.**

### Derrumbamiento de la moral alemana

Como es natural, los conflictos sociales e industriales repercutieron en la política. La crisis política de julio comenzó con vagas promesas de reforma, ya que si los trabajadores carecían de pan, por lo menos debían tener derechos políticos. Tal era el argumento de los políticos. Terminó con la dimisión del canciller Theobald von Bethmann-Hollweg, pero la situación empeoró, especialmente para los granjeros —que habían disfrutado de una situación aceptable hasta que se vieron sometidos a controles y registros y obligados a sacrificar su ganado—, para los funcionarios, quienes en ciertos casos tenían que trabajar hasta el agotamiento, y para la clase media asalariada. Relativamente, los estratos más altos de la clase trabajadora industrial gozaban de mejores condiciones, ya que en los círculos oficiales el obrero industrial tenía una evaluación más alta que cualquier otra persona en la comunidad, excepto el militar. He aquí un típico y amargo comentario de la clase media: «Una familia con dos de sus miembros empleados en las fábricas de municiones disfrutaba, normalmente, no sólo de raciones extra, sino también de un poder adquisitivo más elevado que la familia de un profesor (cuyo valor bélico, si se trataba de un fisiólogo, se limitaba a la redacción de artículos para demostrar la adecuación científica del racionamiento a las necesidades del organismo humano).»

En ambos bandos, el bloqueo dio a conocer a las poblaciones civiles algunas de las siniestras realidades de la guerra. A los Gobiernos les arrancó, por curioso que ello pueda parecer, ciertas respuestas positivas. Las leyes del salario mínimo y de la asistencia social, creadas para remediar algunos de los males que aquejaban al obrero industrial, llegaron a ser consideradas como algo tan vital para la supervivencia de la nación como los hombres de las trincheras. Francia pasó por duras pruebas y un nuevo revés sangriento en el campo de batalla tal vez hubiese bastado para sembrar el desorden entre la población civil. Pero, en conjunto, el pueblo de Gran Bretaña y Francia resistió el golpe. Fue en Alemania, aparentemente la nación eficiente y disciplinada, donde las presiones de la guerra económica pusieron al descubierto el egoísmo de los patronos, las rivalidades existentes entre las diferentes localidades, los antagonismos de clase y la hueca fachada de la estructura parlamentaria.

En enero de 1918, Alemania sufrió los embates de la tercera y más arrolladora oleada de huelgas. Aunque ésta cedió ante las necesidades prioritarias de la última ofensiva alemana, fue, sin embargo, una clara señal de que mientras Gran Bretaña y Francia habían logrado, por el grueso de un cabello, sobrevivir a su peor año, 1917, el sistema alemán se encaminaba hacia el colapso y la revolución.

**Arthur Marwick**

THE DAILY

MIRROR

"THREE CHEERS



FOR BELGIUM!"

# Guerra y propaganda

**Cuando los militares de uno y otro lado fracasaron en su propósito de ganar la guerra, los diplomáticos y los periodistas fueron llamados a colaborar. En los Estados Unidos se divulgaron historias de atrocidades, y se animó a los súbditos de los Romanov y de los Habsburgo, pertenecientes a nacionalidades sometidas, a que reclamasen su independencia. La guerra de eslóganes, de subversión y de ideas iba a tener un efecto profundo: ayudó a Lenin a entrar en Rusia —y, más tarde, a hacerse con el poder—, empujó a los Estados Unidos a entrar en la guerra, y, finalmente, dio a Europa nuevas fronteras.**

*Izquierda:* **el** *Daily Mirror* **da «tres vivas a Bélgica» al estallar la guerra. «Bélgica» fue uno de los tópicos empleados por la propaganda británica para destacar la pretendida brutalidad de los alemanes y fomentar el apoyo norteamericano a los aliados.**
*Abajo:* **tropas francesas se informan de la marcha general de la guerra a través de los periódicos.**



Si la guerra se hubiese desarrollado de acuerdo con los planes de los militares, habría terminado en pocas semanas, o, en el peor de los casos, en pocos meses. No habría habido necesidad de propagandas ni de subversión. De hecho, sin embargo, la guerra se prolongó durante más de cuatro años, y los beligerantes tuvieron que esforzarse por mantener su propia moral y destruir la del enemigo. En tales condiciones, la propaganda y la subversión encontraron su propio papel.

Inicialmente la propaganda de guerra se manifestó en los intentos de influir en la opinión pública de los Estados neutrales. Los Estados Unidos de América se convirtieron en el principal objetivo, y allí los alemanes llevaron las de perder desde el comienzo mismo de la contienda. La primera acción naval británica se dio unas horas después de medianoche, el 4 de agosto de 1914. Frente a la costa del Mar del Norte, donde se encuentran las fronteras de Alemania y Holanda, el navío inglés *Telconia* rompió los cables entre Hamburgo y Nueva York. A partir de entonces los alemanes tuvieron que utilizar una embarazosa vía indirecta de cables, o los mensajes inalámbricos, que todo el mundo podía captar. En cuanto a las comunicaciones, los británicos las tenían excelentes con los Estados Unidos.

En septiembre de 1914 se organizó en Londres una oficina especializada en materias de propaganda. El primer ministro, Asquith, invitó a un miembro de su gabinete, Charles Masterman, canciller del ducado de Lancaster, a hacerse cargo de la propaganda. Masterman, presidente de la Comisión Nacional de Seguros en Wellington House, estableció allí su aparentemente humilde cuartel general de propaganda.

Antiguo miembro de la universidad de Cambridge y autor, entre otros, del conocido libro *The Condition of England*, publicado en 1909, Masterman era un arrogante eclesiástico falto de tacto político, pero un publicista de primera categoría. La edición de panfletos y libros constituyó una notable parte de las actividades de Wellington House; y la mayoría de aquéllos iban destinados al público estadounidense. El «Informe Bryce», sobre la conducta de los alemanes en Bélgica, fue la más famosa de las publicaciones de Masterman. Fue impreso en una treintena de idiomas, y apareció el 14 de mayo de 1915, una semana después del hundimiento del *Lusitania*.

Mientras Asquith se mantuvo en el poder y los políticos siguieron desinteresados o escépticos en cuanto al valor de la propaganda, Masterman pudo actuar con toda libertad. En otoño de 1916, por el contrario, cierto número de departamentos del Gobierno habían conseguido tener sus propios servicios de información, y en noviembre del mismo año, Asquith, el amigo y protector de Masterman, cesó en su cargo. La situación no se zanjó hasta principios de 1918, cuando lord Beaverbrook se hizo cargo del nuevo Ministerio de Información. Por entonces, la labor originariamente modesta de Masterman había llegado a ser una gran empresa gubernamental. Lloyd George habló de que «nuestra propaganda le cuesta al Gobierno no me atrevo a decir cuánto...» En efecto, lord Beaverbrook, al desembarazarse de la oficina de Wellington House, pudo rebajar el presupuesto de su ministerio de 1.800.000 a 1.200.000 libras esterlinas.

**«Apretón de manos a través del océano»**

Aunque iniciada con posterioridad respecto de la alemana, la propaganda británica en los Estados Unidos fue más eficaz. Solamente en una ocasión dio muestras de dudoso tacto. Después del Levantamiento de Pascua de 1916, en Dublín, el anuncio de las fulminantes ejecuciones de los revolucionarios ultrajó a los irlandeses de los Estados Unidos. Por el contrario, los alemanes estuvieron cometien-



**Dibujo de Louis Raemaekers alusivo al martirio de la enfermera Cavell. El manejo de la opinión pública se había convertido en un arma nueva.**

do desatinos durante todo el tiempo. Los británicos tenían a su favor el lenguaje común y, muchas veces, actitudes e ideales parecidos. Eran más los americanos que conocían a Shakespeare que los que estaban familiarizados con Goethe y creían que la batalla de Warterloo había sido ganada por el Duque de Wellington más bien que por Blücher. Masterman sacó el máximo partido posible a aquellas coincidencias; acuñó el inspirado eslogan «apretón de manos a través del océano», e inició la técnica de crear, mediante la propaganda, sencillas imágenes populares. Se puso de relieve la bestialidad del enemigo con las etiquetas de *Lusitania*, o «Bélgica» o «Edith Cavell» (la enfermera ejecutada por los alemanes por ayudar a escapar a soldados aliados). Los alemanes tenían mucho que aprender del «gancho» sencillo y agudo de la propaganda de Masterman, que contribuyó en una importante medida a la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

La obra de Masterman fue continuada por los dueños de la prensa, Beaverbrook, Rothermere y Northcliffe, que dirigían, entre todos, a un formidable equipo de propagandistas. En Gran Bretaña, su conocimiento de un público al que habían cortejado durante muchos años antes de la guerra los ayudó sin duda a producir la clase de publicidad que alivió tanto a los soldados como a la población civil, durante los últimos, largos y difíciles meses de la guerra. Pero sus funciones en el Ministerio de Información estaban especializadas, pues mientras Beaverbrook se encargaba de la dirección general de su ministerio, Rothermere cuidaba de la propaganda dirigida a los países neutrales, y Northcliffe se ocupaba de la destinada a los territorios enemigos.

La propaganda dirigida al enemigo, encaminada también a socavar y luego a derrocar su Gobierno, cruzó las fronteras y se convirtió en subversión. También en ese aspecto la Gran Guerra tuvo algunos resultados notables y duraderos.

Las autoridades zaristas fueron las primeras en hacer propaganda subversiva. Por lo que respecta a los ucranianos sometidos al Imperio Austro-húngaro, los rusos se limitaron a continuar la política que habían seguido ya antes de la guerra: procurar su conversión a la religión ortodoxa y hacerles desleales al Estado de Austria-Hungría. La curiosa mezcla de propaganda religiosa y nacionalista siguió saliendo, después de romperse las hostilidades, de los monasterios situados junto a la frontera rusa. Luego, el 16 de septiembre de 1914, el comandante en jefe, Gran Duque Nikolai Nikolaievich, dirigió a los pueblos eslavos de Austria-Hungría una proclama impresa en sus diversas lenguas, donde anunciaba que Rusia, «que ha sacrificado en varias ocasiones la sangre de sus hijos para la liberación de las nacionalidades», había entrado en el conflicto para llevar la libertad y «satisfacer las aspiraciones nacionales» de los pueblos de Austria-Hungría.

Desde fines de septiembre de 1914 circularon diversas hojas volantes en Bohemia, Moravia, y en las partes de Bucovina y Galizia que los rusos no habían ocupado todavía. En diciembre se distribuyeron en Praga unos 170.000 ejemplares del manifiesto del Gran Duque, que alentó las esperanzas de los checos eslavófilos y procuró a las autoridades austríacas otra excusa para tomar medidas represivas contra los pueblos eslavos de Austria-Hungría. Aparte de costar la vida a varios centenares de personas, la declaración del Gran Duque y otras actividades de la propaganda rusa en los primeros tiempos de la guerra no lograron un impacto duradero. La primavera y el verano de 1915 presenciaron la primera serie de derrotas rusas, y la popularidad de la Rusia zarista entre los eslavos de Austria-Hungría fue declinando a medida que el frente se alejaba más y más hacia el Este.

Probablemente el Gran Duque Nikolai Nikolaievich no cayó en la cuenta de que el arma que estaba utilizando tenía doble filo. Como Austria-Hungría, el Imperio Ruso era un conglomerado de muchas naciones y había sufrido una revolución menos de diez años antes del estallido de la guerra. Los alemanes aprovecharon esta oportunidad: en diversos puntos, su única esperanza estribaba en un movimiento subversivo que acabase en una revolución.

### La ayuda alemana a Lenin

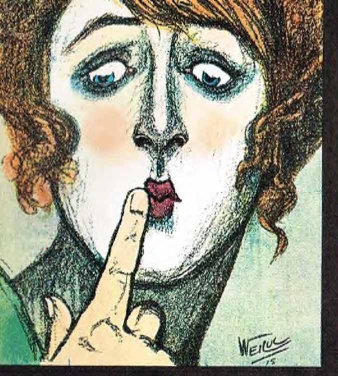
A finales de noviembre de 1914 los alemanes se dieron cuenta de que el Ejército y el plan Schlieffen no habían podido ganar la guerra por sí mismos. Tampoco había materializado el plan de un rápido golpe que dejara fuera de combate a Francia, para dirigir en seguida toda la fuerza contra Rusia. Los diplomáticos fueron llamados a colaborar allí donde el Ejército había fallado. La cadena de las alianzas enemigas, argumentaban ahora los alemanes, tenía que romperse golpeando su eslabón más débil, y éste, después de algunas discusiones, resultó que era Rusia.

Los alemanes tenían ante sí dos caminos: o tratar de concluir una paz separada con la Rusia zarista, o tratar de debilitarla y destruirla mediante la subversión, para concluir luego la paz con el Gobierno que sucediera al de los zares. Los señores de la guerra no llegaron nunca a decidirse por ninguna de las dos alternativas y no establecieron ninguna oficina especial para ocuparse de la subversión y la propaganda. La campaña de subversión que se desarrollaba en Rusia estaba supervisada por el Ministerio de Asuntos Exteriores, y existía una sección especial del Estado Mayor en Berlín que a veces ayudaba a los diplomáticos, pero más a menudo actuaba independientemente. Al principio no había en la Wilhelmstrasse —la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores— ni una sola persona que tuviese ni la más remota idea del movimiento revolucionario ruso. Los diplomáticos no acostumbraban a moverse en tales círculos y tenían que confiar en informes procedentes de fuentes extrañas.

Tal vez no andaban del todo descaminados cuando acudieron a Alexander Helphand, más conocido por los socialistas

*Derecha:* **la portada del número de la revista norteamericana** ***Leslie's Illustrated Newspaper*** **del 13 de abril de 1918. La imagen de este soldado alemán —condecorado con cruces donde figuran las palabras «asesinato» y «ruina»— anunciaba la edición dedicada a las «atrocidades» germánicas.**


MURDER
RUIN



Arriba: la portada de una revista francesa advierte que el parloteo imprudente cuesta vidas. En los cafés de París, por ejemplo, se había tratado abiertamente de los objetivos de la ofensiva de Nivelle, sin tener en cuenta la seguridad nacional.




Arriba: cartel británico anunciador de una obra teatral sobre espionaje: «Detrás de las líneas — La flota en peligro.» Abajo: «El interrogatorio», pintura de Francis Dodd en la cual aparece un prisionero interrogado por dos oficiales británicos.

## Propaganda e histeria de espionaje

Los espías, según se imaginaba, acechaban por todas partes: en los centros de movilización, registrando los movimientos de trenes de tropas y material; en las bases navales, observando las salidas de buques; en los núcleos industriales, calculando la producción de material de guerra. Algo de eso había, sí; pero el resto era fruto de la imaginación popular, especialmente en Gran Bretaña. El violento espasmo del miedo a los espías, y la búsqueda de extraños, que caracterizaron los primeros meses de la guerra, no desaparecieron nunca por entero, como testifican estas ilustraciones. De ese modo era fácil achacar los desastres en el exterior y el desorden en los asuntos internos a las actividades insidiosas de agentes a sueldo de las potencias enemigas. Esa indiscriminada histeria, que, virtualmente, carecía de base real, arruinó la vida de muchos inocentes.




Arriba: un cartel alemán dice: «¡Cuidado! ¡El enemigo escucha! — ¡Usad nombres supuestos!» Abajo: la contrapartida británica: «AVISO. No habléis de temas militares, en particular de movimientos de tropa, etc., porque podéis ocasionar un GRAN DAÑO a vuestro PAÍS.»

NOTICE.

Remember not to talk about military matters especially about the movements of troops etc., because it may do GREAT HARM to your




**«Un trozo de papel.» Postal que expresa el disgusto del dogo británico y de sus cachorros ante la violación alemana de la neutralidad belga, uno de los temas fundamentales de la propaganda contra Alemania.**

europeos por el seudónimo de *Parvus.* Helphand, judío ruso, había estudiado en Suiza, y llegó a Alemania en 1891. Se unió al movimiento socialista y tomó parte en todas las tormentosas controversias que lo agitaron durante aquella década. Se hizo amigo y maestro del joven León Trotski, y dirigió con éste el primer *Soviet* de San Petersburgo en 1905. Hombre difícil de contentar, Parvus no estaba satisfecho ni de los progresos ni de las realizaciones del socialismo. En 1910 se trasladó a Constantinopla, donde hizo una fortuna como comerciante. En 1915 reapareció en Berlín, y a primeros de marzo escribió un memorándum sobre el movimiento revolucionario ruso, que es hoy un clásico de la literatura de la subversión. Parvus recomendaba a los alemanes que alentasen los movimientos nacionalistas en las márgenes del Imperio zarista, principalmente en Ucrania y el Caúcaso. Los alemanes lo habían estado haciendo así durante algún tiempo, y Helphand en ese aspecto no tuvo sino que contribuir con algunos detalles; pero el principal servicio que prestó a los alemanes consistió en que atrajo su atención sobre la fuerza disolvente de la socialdemocracia rusa, y especialmente de su facción bolchevique.

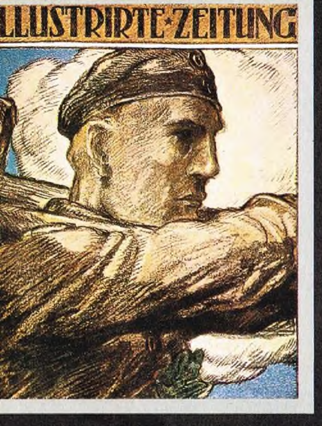
De ese modo Parvus favoreció la alianza más contradictoria de la Gran Guerra. Lenin quería la derrota y la revolución en Rusia, que acabaría con el odiado régimen zarista; los alemanes perseguían el mismo fin, para romper la alianza ruso-francobritánica y reducir la guerra a un solo frente. Animados por Helphand, los alemanes estaban dispuestos a hacer mucho en favor de Lenin y de su partido. Algunos folletos propagandísticos, e incluso periódicos bolcheviques, se imprimieron, probablemente sin conocimiento de Lenin, en prensas oficiales de Berlín. En abril de 1917, después de la revolución, Lenin trataba desesperadamente de encontrar un camino para regresar a Rusia. En Suiza se sentía, según su esposa, «como encerrado en una botella», y los alemanes le facilitaron el «tren sellado» para que pudiera trasladarse, acompañado de alguno de sus camaradas, a través del Reich, hasta Suecia, camino de Rusia. Sin aquel servicio, escribió más tarde Trotski, probablemente no habría habido revolución bolchevique. El Gobierno de Berlín estaba además siempre dispuesto a gastar millones de marcos en favor de los bolcheviques y de sus actividades subversivas en Rusia.

La cuestión de la medida en que Alemania ayudó a Lenin y a los bolcheviques en su camino hacia el poder seguirá estando probablemente sujeta a controversia. Sea como sea, los esfuerzos realizados durante tres años fueron recompensados por un éxito tardío pero espectacular. En diciembre de 1917 los alemanes concluían un armisticio y, en marzo de 1918, el tratado de paz con el nuevo Gobierno bolchevique. Trasladaron unas cuarenta divisiones del Este al frente occidental, y el 21 de marzo de 1918 lanzaron su gran ofensiva en Francia, su último envite para la victoria.

### Desmembración del Imperio de los Habsburgo

En el invierno de 1917-18, cuando más adversa se les mostraba la fortuna, los aliados se sintieron impresionados por el éxito alemán en Rusia. En una conferencia de propagandistas en Londres, en febrero de 1918, un experto francés en asuntos de la Europa central consideró esencial que los aliados desencadenasen una «guerra ideológica» sobre Alemania, pasando luego a elogiar el esfuerzo alemán en el caso de Rusia. En su opinión, la eficiente propaganda alemana «había sido concebida y ejecutada por un metafísico que había previsto con claridad el efecto destructivo de la doctrina bolchevique en las mentes rusas». «En vista de la posición militar —procedió a decir el experto—, la propaganda aliada tiene que dirigirse por una parte a resultados rápidos, y, por otra, a la transformación de la ideología dominante en los países enemigos. Así, pues, debe dirigirse en primer lugar contra Austria-Hungría, y basarse en las aspiraciones de las razas sometidas a los Habsburgo, sin olvidar que incluso entre los magiares hay elementos potencialmente antihabsburgo.»

En el invierno de 1917-18, sin librar nunca su mente de la posibilidad de desastre militar, los Gobiernos aliados habían empezado a valerse de los exiliados del Imperio de los Habsburgo para perturbar a los Imperios centrales. Wickham Steed, el director de la sección extranjera de *The Times* y figura clave del departamento de Northcliffe en el Ministerio de Información, había mantenido que Austria-Hungría era el punto fundamental en la lucha contra la alianza enemiga, y que, a menos que fuera «desconcertada y transformada, si no desmembrada», sería imposible derrotar a Alemania. El frente italiano pasó a ser el teatro principal para la propaganda aliada contra Austria-Hungría. A primeros de abril de 1918, se estableció en el cuartel general italiano una comisión aliada que incluía representantes de los comités de exiliados yugoslavos, checoslovacos y polacos; se consultaba a éstos en cuestiones relativas a la propaganda, que tomaba frecuentemente la forma de folletos para alentar los movimientos nacionalistas refractarios.




Arriba: **arquetipo de soldado alemán visto como un mecánico musculoso y bonachón. La salud corporal y espiritual de los combatientes teutónicos era axiomática entre sus compatriotas.**




Arriba: **«Empréstito de guerra — Ayudad al protector de vuestra dicha»; así dice este cartel alemán donde un genuino guerrero germánico vela por una madre y un niño también racialmente puros.**

## «La ferocidad de los hunos»

La propaganda aliada pretendía convencer al mundo —al mundo neutral sobre todo— de la bestialidad alemana. Aunque los soldados de Alemania no se comportasen ni mejor ni peor que sus enemigos, eran retratados por éstos como carniceros despiadados, ávidos de sangre; un hábil uso de la opinión pública podía servir para atraer hacia la causa aliada el poder y el prestigio de los Estados Unidos. Como es natural, los alemanes no veían en sí mismos el ogro que pintaba la propaganda aliada; para ellos, su guerra era justa, y sus soldados defendían noblemente la causa nacional.

Abajo: **soldados alemanes sonrientes, junto a mujeres y un niño franceses; esta fotografía, publicada en una revista de Alemania, concuerda con el criterio del pueblo alemán respecto de sus soldados.**









Arriba: «¿Cruz Roja o Cruz de Hierro? Nuestro soldado, herido y prisionero, pide agua. La "hermana" alemana la vierte en el suelo, ante sus ojos. Ninguna mujer británica lo haría. Ninguna mujer británica lo olvidará.»

Arriba: un niño belga, ciego y mutilado, en un cartel norteamericano de alistamiento. «Ellos mutilan — En nombre de la humanidad, ¡alístate!» La propaganda aliada convenció a los Estados Unidos de la inhumanidad germana.

Arriba: ilustración francesa que muestra a los aliados enfrentándose heroicamente a la bestia austroalemana. Abajo: «Esto es lo que harían los hunos con nuestras iglesias si invadiesen la Gran Bretaña», dice la pancarta.



**Ilustración de un folleto británico de propaganda lanzado sobre las líneas enemigas: un jovial prisionero alemán saborea una de las delicias del cautiverio.**

Aquélla era la segunda intentona llevada a cabo en el espacio de pocos meses para abatir la moral de los tropas austrohúngaras. La primera había procedido de Rusia, cuando Trotski decidió valerse de las negociaciones de paz con los alemanes para difundir las ideas bolcheviques por la Europa occidental.* Tanto Lenin como Trotski estaban convencidos de que su revolución iría seguida por otras en el extranjero, y desde el mismo día en que se hicieron con el poder se entregaron a la tarea de promoverlas. El Comisariado de Asuntos Exteriores estableció un departamento para la propaganda exterior, y se asignaron dos millones de rublos para fomentar la revolución en el extranjero. Para desacreditar a los Gobiernos extranjeros y descubrir sus manejos diplomáticos, los soviets empezaron a publicar los tratados secretos del Gobierno zarista. Una y otra vez en sus discursos y proclamas, Trotski trató de poner de relieve el antagonismo existente entre gobernantes y gobernados. Aunque su intención no fuese revolucionaria, los simultáneos llamamientos del presidente Wilson a las «masas silenciosas» de Europa tuvieron en ocasiones el efecto de reforzar la agitación bolchevique. En la importante cuestión de la autodeterminación de los pueblos, la propaganda bolchevique coincidió, en el invierno de 1917-18, con la estadounidense, y ambas produjeron un poderoso impacto, de modo especial en Austria-Hungría.

Irónicamente, el colapso del Ejército ruso y el armisticio habían dejado libre un número suficiente de fuerzas austrohúngaras para hacer frente a la inquietud interior. Contrariamente a las opiniones de Lenin, y a pesar de las campañas subversivas de Trotski, no se produjo ninguna revolución en el oeste de Rusia antes de la terminación de la guerra. Una oleada de huelgas recorrió Europa, pero eso fue todo.

Aunque los dirigentes bolcheviques tenían razón al suponer que la revolución no podía limitarse a un solo país, sobreestimaron su impacto potencial.

**De los libros a las pancartas**

La guerra de 1914-18 fue la primera guerra total en la historia del mundo. Por vez primera tanto la población civil como la militar tomaron parte en la lucha y sufrieron directamente sus consecuencias. Pero los ejércitos estaban organizados para la guerra, y no los afectaba alguna de sus características más degradantes. El bloqueo aliado, por ejemplo, afectó a la población de Alemania y Austria-Hungría mucho antes que a sus ejércitos, y también la propaganda subversiva causó mayor impacto en la retaguardia que en el frente.

La situación de Rusia en 1917 había puesto de manifiesto que los ejércitos más próximos a los centros revolucionarios —Petrogrado y Moscú— eran los que inspiraban menos confianza, mientras que las unidades más distantes, y especialmente las destacadas en territorio extranjero, como por ejemplo en Rumania, se mostraban casi inmunes al fermento revolucionario. Fue la propaganda pacifista lanzada desde la retaguardia y desde las líneas alemanas sobre las tropas rusas (propaganda que culminó avanzado el verano de 1917) la que causó la disolución del Ejército imperial.

En la primavera de 1918 los aliados empezaron a utilizar a los exiliados del Imperio Austro-húngaro —Masaryk y Benes, Trumbic y Paderewski—, como los alemanes se habían servido de los bolcheviques y de los movimientos nacionalistas en el Imperio del Zar. Entre aquellos exiliados y los aliados existían simpatías políticas, pero no las había, en cambio, entre Lenin y el Gobierno alemán. Sin embargo, en ambos casos el apoyo concedido a los exiliados se debió a las necesidades militares. Los exiliados de la monarquía de los Habsburgo habían pasado la guerra luchando casi sin esperanza para que se reconociera el derecho de sus pueblos a la independencia; ahora, en la primavera y el verano de 1918, apenas podían creer en su buena fortuna. Uno tras otro los Gobiernos aliados daban muestra de acceder a sus pretensiones e incluso reconocían sus comités como futuros gobiernos de los nuevos países independientes (que aún no existían). Los exiliados hicieron saber a sus respectivos pueblos el éxito que habían obtenido, y pronto desapareció el Imperio de los Habsburgo bajo la marea del entusiasmo con que los distintos pueblos celebraban su independencia nacional.

La impresión de la propaganda de guerra sobre los europeos fue profunda y duradera y muchos de sus lemas constituyeron la semilla de futuros acontecimientos políticos. Lo que sembraron durante la guerra los propagandistas, lo cosecharon los políticos en la posguerra. Todos tuvieron que someterse a los eslóganes de autodeterminación nacional o de unidad nacional, que se impusieron a las diferencias de partido o a las reformas sociales. Tales lemas habían existido ya, por supuesto, antes de la guerra. Lo que hizo la propaganda, especialmente en 1917 y 1918, fue darles un renovado énfasis: los sacó de los libros o de los programas de los partidos, y los puso en pancartas que exhibió por las calles para que nadie pudiera olvidarlos.

Como otras muchas armas empleadas en la Primera Guerra Mundial, la subversión estaba todavía en su etapa experimental. Pocas personas sabían cómo utilizarla, y muchas sobreestimaban su eficacia. Su empleo había recibido un gran estímulo en las necesidades bélicas y especialmente en las dificultades militares. Pero resultó sumamente eficaz en momentos de triunfo militar, cuando hacía más intenso el pánico de un enemigo acosado o aceleraba quizás el curso de los acontecimientos que conducían a la victoria total. Lo que nunca hizo fue convertir al derrotado en triunfador.

**Z. A. B. Zeman**

# Inquietudes sociales

**En 1914 el Partido Socialista Alemán se unió a la defensa de la patria y votó en favor del presupuesto de guerra presentado por el Gobierno. Al parecer, nunca había estado Alemania tan unida, pero los propios socialistas estaban encarnizadamente divididos: algunos querían la seguridad nacional, otros la paz, y otros la revolución.**

Al estallar la guerra en 1914, la dirección de los sindicatos alemanes y el Partido Socialdemócrata Alemán (S.P.D.) apoyaron al Gobierno en el Reichstag y no hicieron oposición a la guerra. Abandonaban así la lucha de clases y se unían a los partidos conservadores y a la clase media para defender la patria alemana. Tal acción significaba una ruptura con muchos de los principios proclamados en el pasado por el movimiento sindicalista alemán, y llevaba a una escisión en sus filas, que ya nunca más había de cerrarse. Desde 1914 hasta 1918, el movimiento sindicalista alemán estuvo en conflicto, por causa de Alemania, no sólo con enemigos extranjeros, sino con algunos de sus mismos miembros. La guerra nacional se perdió en 1918; pero todavía perdura la guerra civil entre los dos partidos que resultaron de la escisión del movimiento obrero. ¿Cómo se produjo la división en el seno del partido?

Sus orígenes han de remontarse antes de 1914, hasta los inicios del movimiento de trabajadores alemanes, en las décadas de 1860 y 1870. El más famoso socialista alemán, Karl Marx, no tuvo sino una

**Cadáveres de huelguistas alemanes, 1918. Pedían mejoras en la alimentación y en las condiciones de vida, paz sin anexiones, la liberación de los presos políticos, y reformas democráticas: se les contestó con la violencia.**



influencia limitada en aquel movimiento. Su teoría del inevitable derrumbamiento del régimen capitalista y el deber del proletariado de prepararse para la revolución tuvo mucha aceptación en Alemania, pero estimuló poco a la acción. El propio Marx no especificó el tipo de revolución que había que proponerse como objetivo: no abogaba por un alocado recurso a las barricadas, que con seguridad acabaría en un desastre, ni por los aislados actos de violencia practicados por los anarquistas; pero igualmente rechazaba la idea de que la clase obrera debiera contentarse con adquirir derechos dentro del sistema existente. Esta última política fue recomendada por otra famosa personalidad de la historia primitiva del movimiento sindicalista alemán, Ferdinand Lasalle, cuya pintoresca carrera terminó en un duelo de amor. A diferencia de Marx, Lasalle creía que la revolución social podía triunfar dentro del Estado prusiano, e incluso con la ayuda de éste; Lasalle estaba dispuesto a cooperar con Bismarck a fin de conseguir derechos políticos para los obreros.

El problema de si había que prepararse para derrocar el Estado existente, o, por el contrario, trabajar en favor de la reforma dentro del mismo, siguió centralizando las disputas del movimiento de los trabajadores de Alemania. No se llegó a un acuerdo ni antes ni después de la guerra. No obstante, el movimiento obrero no se dividió en dos partidos separados antes de romperse las hostilidades: la unidad se mantuvo a base de componendas y compromisos, y cuando la contienda obligó al movimiento a definir su postura, se produjo la escisión. Después de la guerra, la división cristalizó en dos partidos separados, el viejo S.P.D. y el Partido Comunista Alemán (K.P.D.).

**El mundo de la simulación**

Había varias razones que explicaban por qué el S.P.D. no se había decidido a adoptar ni los métodos pacíficos ni los agresivos para cambiar la estructura de la sociedad antes de la guerra. Podían aducirse argumentos en favor o en contra de cada uno de los métodos. La legislación antisocialista de Bismarck, reforzada entre 1878 y 1890, mostraba al mismo tiempo la necesidad de la revolución y el peligro de intentarla. A la vez, las medidas de seguridad social implantadas por Bismarck daban al país un sistema de bienestar social con veinte años de adelanto sobre Gran Bretaña. En la década de 1890 no parecía que el mundo capitalista fuera a derrumbarse. Alemania conocía un período de gran expansión industrial —en 1900 producía más acero que Gran Bretaña— y la clase obrera alemana se beneficiaba del aumento de la riqueza nacional que dimanaba del desarrollo económico. Friedrich Engels trató de interpretar las teorías de Marx para adaptarlas a una situación en la cual la revolución aparecía como una perspectiva lejana. Engels creía que el desarrollo de grandes partidos políticos de la clase obrera, como el S.P.D., era la política correcta. Eduard Bernstein, miembro del S.P.D., desafió directamente las teorías de Marx, diciendo, por ejemplo, que el nivel de vida de la clase trabajadora estaba elevándose, y no decreciendo.

Entre 1900 y 1913 hubo un espectacular incremento en el número de afiliados a los sindicatos, lo que significó una gran contribución de éstos en la tarea de unificar el movimiento de la clase obrera. En 1914, un tercio aproximadamente del partido parlamentario S.P.D. estaba constituido por sindicalistas que, bajo la dirección de Carl Liegen, formaban un cuerpo conservador más inclinado a la política moderada que a la revolucionaria. Los sindicalistas miraban con sospecha a los «intelectuales» del partido, como Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, que abogaban por una política de huelgas masivas, pues estaban convencidos de que tales movimientos terminarían en fracaso y arruinarían la organización sindical. Algunos dirigentes del ala derecha pensaban que los intereses de la clase obrera estarían mejor servidos por la expansión industrial de Alemania y la difusión de su influencia a otras partes del mundo.

El S.P.D., como los sindicatos, tuvo un rápido crecimiento. En las elecciones de 1912 alcanzó una gran victoria, al conseguir cuatro millones de votos (un tercio del total) y 110 asientos en el Reichstag. Lo mismo que en los sindicatos, cuanto más crecía el partido más conservadores se volvían sus representantes oficiales. Friedrich Ebert, hombre de origen obrero, que llegaría más tarde a ser el primer presidente de la República Alemana, establecida en 1918, es una figura típica en este sentido. Al parecer, en una ocasión manifestó que odiaba la revolución social como una monstruosidad.

Los partidarios de reformas pacíficas tenían probablemente razón al pensar que una política más agresiva no tendría éxito: el Estado alemán disponía de demasiados recursos y, por otra parte, era evidente que el obrero participaba en los




**«El tiene la culpa de que sigáis luchando y sangrando, de que sufráis privaciones, de que debáis ahorrar carbón y luz, de que preciséis cartillas de racionamiento y cupones, de que no podáis volver todavía a vuestras ocupaciones pacíficas. — ¡Inglaterra es el enemigo principal! — Por ello, manteneos unidos y fuertes, para garantizar la victoria alemana.» Así dice este cartel alemán.**

beneficios de la sociedad. El punto débil del argumento estaba en que la participación no era equitativa. Aunque Alemania tenía un sistema parlamentario, su Parlamento no poseía el mismo poder que los de Francia o el Reino Unido: no podía designar ministros. En el mayor de los Estados alemanes, Prusia, el Parlamento no era elegido sobre base democrática: la regulación del sufragio favorecía a los terratenientes e industriales. En tal situación, el S.P.D. carecía de la influencia política a que su fuerza le daba derecho; además, sus miembros estaban sometidos a una discriminación que los excluía, por ejemplo, de los altos empleos civiles. Había también restricciones a la actividad de los sindicatos, los cuales no estaban permitidos en las industrias agrícolas o ferroviarias. A pesar de su fuerza parlamentaria, el S.P.D. estaba imposibilitado de llevar a efecto verdaderas reformas, y ello reforzaba el argumento de que el ejercicio de los derechos parlamentarios no era suficiente.

Dadas las dificultades con que se enfrentaba el partido, no es sorprendente

que la dirección del S.P.D. no se comprometiese de modo definido por una u otra de las políticas posibles. En teoría, permanecía fiel a la meta de la revolución; en la práctica, seguía líneas políticas moderadas. El programa del partido de 1891 permitía ambas cosas. Karl Kautsky, que emprendió la poco envidiable tarea de conciliar teoría y práctica en una nueva teoría, resumió la posición diciendo que el S.P.D. era un partido revolucionario, pero no un partido que hiciera la revolución. Aunque esta posición pudiera parecer natural, no por eso era menos falsa. El partido no había podido hacerse con el poder, pero tampoco podía admitir la derrota. Vivía en un mundo irreal, aparte del Estado que no había sabido conquistar pero en el que tampoco estaba dispuesto a integrarse.

**El impacto de la guerra**

La guerra puso al movimiento obrero alemán en la necesidad de elegir entre Alemania y el movimiento socialista internacional. Ya no podía limitarse a mantenerse al margen, y su decisión puso de manifiesto las contradicciones en que se había debatido antes de la contienda. Ésta también contribuyó a que el Gobierno apoyase con mayor decisión a la clase trabajadora. Una vez desvanecidas las esperanzas de una victoria rápida, la guerra exigió la movilización de la totalidad de los recursos de la nación, lo cual significaba que los sindicatos alemanes podían mostrarse más exigentes en sus demandas. Los dirigentes del S.P.D. podían confiar en conseguir aquello que les había sido denegado en tiempo de paz, a cambio de su apoyo a la política de guerra. Había realmente buenas perspectivas de llevar a cabo la reforma en colaboración con el Estado. Pero al mismo tiempo la guerra puso en tal tensión al Estado y al pueblo alemán, que resultó debilitado el Gobierno y agudizado el resentimiento de los obreros. Antes de la guerra, ni los partidarios de políticas moderadas ni los que abogaban por la revolución habían podido creerse triunfadores; ahora, tanto los unos como los otros pensaban que había llegado su hora y estuvieron más dispuestos que nunca a seguir su propio camino.

El 3 de agosto de 1914 el S.P.D. decidió, en una reunión privada, votar en favor del proyecto de ley para recaudar fondos con destino a la guerra. La votación fue de setenta y ocho votos a favor y catorce en contra. Al día siguiente, aceptando la decisión de la mayoría, el S.P.D. apoyó unánimemente al Gobierno en el Reichstag. La mayoría veía la guerra como una forma de defender la nación contra el zarismo ruso, el enemigo tradicional de la izquierda europea. La decisión del partido de apoyar la guerra constituyó un gran alivio para muchos de sus miembros: Edward David, que pertenecía al ala derecha del partido, escribió en su diario, el 4 de agosto: «Después de esa tormenta, tuve la sensación de que la guerra mundial había terminado, de que volvía a reinar la paz.» «Si el partido se hubiese opuesto a la guerra —continuaba David—, su resistencia habría sido rápidamente vencida por la fuerza militar, pero ese proceso habría llenado de confusión y desaliento a amplios sectores del Ejército y de la población.» «Ahora —concluía— hemos conquistado una base común para desarrollar nuestra actividad durante la guerra y cuando ésta termine, y no hemos de dejar que se nos excluya de nuevo.»

**La escisión del partido**

La victoria de la mayoría del S.P.D. no tardó mucho en encontrar oposición. En diciembre de 1914, el más radical oponente a la política de guerra, Karl Liebknecht, ignorando las normas de disciplina del partido, votó en el Reichstag contra la financiación de la guerra. En 1915 defendió su actitud diciendo que era su lealtad a los principios socialistas lo que le había llevado a desobedecer la línea del partido. En una reunión del movimiento socialista internacional, que tuvo lugar en Stuttgart, en 1907, el S.P.D. había convenido en que, si el conflicto estallaba, cumpliría con su deber «de procurar que terminara pronto, y pondría en juego todos sus recursos para que la violenta crisis económica y política producida por la guerra redundase en provecho del pueblo y precipitase así el derrumbamiento del dominio capitalista». Ese era ahora el programa de un pequeño grupo de radicales, entre ellos Liebknecht, a los que se conocía por «espartaquistas» (por el nombre del dirigente de la rebelión de gladiadores y esclavos en el Imperio Romano), y que formó más tarde el núcleo del Partido Comunista Alemán (K.P.D.). Su fuente de inspiración era Rosa Luxemburg, una judía originaria de la Polonia rusa, mujer de gran humanidad y determinación. Rosa se aplicaba a sí misma palabras atribuidas a Martín Lutero, cuando se le pidió que se retractase de sus doctrinas heréticas en la Dieta de Worms, en 1521: «En esto estoy, no puedo hacer otra cosa; Dios me ayuda.» Rosa era extremadamente severa en sus críticas, que infundían temor tanto a los dirigentes del S.P.D. como al Gobierno. Pasó en prisión tres de los años de la guerra, y fue asesinada, junto con Liebknecht, por un grupo de soldados, en enero de 1919.

Durante el año 1915 otros miembros del S.P.D. empezaron a tener dudas acerca de si obraban con acierto apoyando al Gobierno. Su oposición se concentró en la cuestión de si la guerra era eminentemente defensiva. Los que creían que Alemania había sido víctima de una confabulación de potencias hostiles pensaban que en el tratado de paz tenían que ganar algo más que un retorno a las fronteras anteriores a la contienda. En caso contrario, decían, el futuro de Alemania continuaría mostrándose inseguro. Eso llevaba a exigir la anexión de nuevos territorios, para hacer de Alemania la potencia dominante en Europa. Los dirigentes del S.P.D. se sentían confusos al respecto: aceptaban el objetivo de la seguridad nacional, pero no podían dar su aprobación a una guerra de conquista. Desde 1915 crecía en el partido el sentimiento de que la guerra se había convertido en una aventura imperialista, y que el partido debía retirar su apoyo y abogar en favor de una paz sin anexiones. El canciller del Reich, Bethmann-Hollweg, se

**Cartel alemán contrario a la revolución: «Consigna: ¡Paz! Nos la conseguirá el orden.»**



negaba a dar claras seguridades de que el Gobierno alemán no intentaría anexionarse nuevos territorios, y, en diciembre de 1915, veinte diputados del S.P.D. se opusieron abiertamente a la guerra y a la dirección de su propio partido.

La actividad de esa minoría de oponentes suscitó amargos debates en el seno del partido parlamentario. El abogado Haase, uno de los dirigentes de la oposición, explicó el desafío de la minoría a la línea del partido diciendo que la situación sería diferente si el partido estuviese combatiendo al enemigo, pero que la verdad no era ésta. Por «enemigo» debía entenderse el enemigo de clase, y en ello se hacía eco de un eslogan de Liebknecht: «El enemigo principal está en casa.» Uno de los intelectuales del partido acusó a la mayoría de hipocresía en la cuestión de las anexiones, y otro miembro de la minoría calificó los proyectos de ley para la financiación de la guerra como «facturas de la sangre» y «créditos del asesinato». «Ya han muerto en Alemania 700.000 hombres —dijo— y no quiero hacerme responsable de ello ni un minuto más.» Por el contrario, otro abogado argumentó que tenía que permitirse a la mayoría decidir si aquélla era o no una guerra defensiva. Noske, un hombre de origen obrero que se haría famoso en el mundo socialista por emplear tropas voluntarias del ala derecha para combatir a los espartaquistas en 1919, dijo que una guerra de clases era absurda en la presente situación, y que el frente era contra los enemigos del país. Legien, el dirigente sindicalista, pidió que, en interés del partido, se separase de su seno a la minoría, pues, en caso contrario, dijo, se llegaría al caos. Y comparó a la minoría con los rompehuelgas. «Cuando alguien me ha golpeado una vez en la cara —añadió—, no la vuelvo de nuevo hacia él.»

Entre 1915 y 1917 algunos miembros del S.P.D. que se oponían a la guerra intentaron reunirse en Suiza, el país neutral, con otros socialistas pacifistas, entre ellos Lenin. En septiembre de 1916 se celebró una reunión del pleno del S.P.D., que fue incapaz de restaurar la unidad. En enero de 1917 la minoría convocó su propia conferencia. La dirección del S.P.D. decidió que, al obrar de este modo, la minoría se había separado a sí misma del partido. Por lo tanto, esta minoría se vio obligada a fundar una nueva organización, que se llamó Partido Social Democrático Independiente (U.S.P.D.), en el que figuraban elementos de tendencias muy dispares, aunque todos ellos se oponían a la política de cooperación con el Gobierno. La principal división en el interior del U.S.P.D. se daba entre aquellos cuya principal preocupación era la paz, y la minoría espartaquista, que esperaba ansiosamente la revolución. Rosa Luxemburg, en una carta que dirigió a la esposa de uno de los líderes más moderados, motejaba despectivamente a todos ellos de «puñado de sapos chillones».

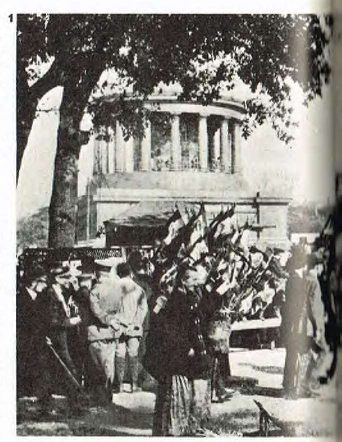
**Los frutos de la cooperación**

Los dirigentes del S.P.D. influyeron poco en el curso de la guerra. No fueron capaces de impedir la política de guerra submarina sin cuartel, aunque no estaban de acuerdo con ella. Después de la declaración de guerra de los Estados Unidos en abril de 1917, y de que el Gobierno alemán no acertase a hacer la paz con el nuevo régimen ruso, establecido por la revolución de febrero del mismo año, el S.P.D. adoptó una actitud crítica y pesimista. En una reunión privada del partido, el 5 de julio de 1917, uno de sus miembros dijo que nadie creía que Alemania pudiera ganar la guerra; la única cuestión era la de cuánto tiempo podría resistir. Otro miembro condenó la política del Gobierno como «loca y criminal».

El S.P.D. trató de ejercer presión sobre el Gobierno actuando de acuerdo con el Centro Católico y el Partido Liberal Progresista; juntos, constituían mayoría en el Reichstag. En julio de 1917, los tres partidos consiguieron que se aprobara una resolución de paz en el Reichstag, pero tal resolución no comprometía al Gobierno a nada definido. En marzo de 1918, la debilidad del S.P.D. se puso de manifiesto cuando decidió abstenerse de votar sobre el Tratado de Brest Litovsk, que proponía importantes anexiones de territorio ruso. La razón de la abstención del S.P.D. era el miedo a alienarse las simpatías dei Centro Católico y del Partido Progresista, partidarios del Tratado. El mismo miedo llevó al S.P.D. a seguir votando en favor del financiamiento de la guerra.

Igualmente fueron infructuosos los esfuerzos del S.P.D. por imponer reformas democráticas en Prusia. A pesar del apoyo del Centro Católico y de los progresistas, y de una promesa de reforma hecha por el Káiser, el S.P.D. tropezó con la oposición de los conservadores prusianos, que contaban con el respaldo del general Ludendorff. Sin embargo, los tres partidos reformistas (S.P.D., Centro y Progresistas) consiguieron, en el último año de la guerra, aumentar el poder del Reichstag sobre el canciller.

1



*1* **El coloso en los jardines del Zoo de Berlín: como liliputienses, los berlineses contemplan con temor reverencial la estatua de hierro de Hindenburg. El gallardo aspecto exterior de Alemania ocultaba la enfermedad, el hambre y la desilusión.** *2* **Karl Liebknecht (con la carretilla). Acusado de agitación, en 1916 fue condenado a trabajos forzados.**

El S.P.D. pudo también defender los intereses de los sindicatos durante la guerra. En este punto, el partido obtuvo la ayuda de las autoridades militares de la retaguardia, ya que éstas apreciaban las ventajas de la cooperación sindical. La Ley del Servicio Auxiliar de diciembre de 1916 propuso el alistamiento para el trabajo, pero no controló los salarios, y autorizó comités de trabajadores en las industrias de guerra y comités de arbitraje en que estuvieran igualmente representados obreros y patronos.

Durante 1917 y 1918 cada vez eran más los simpatizantes del S.P.D. que creían que los fallos del partido superaban a sus éxitos. Grandes sectores de la clase obrera alemana se volvieron contra el S.P.D. y se negaron a prestarle el apoyo que les pedía en nombre del interés nacional. La oposición obrera a la guerra estuvo influida por el U.S.P.D. y los espartaquistas, pero también por líderes propios, un grupo radical dirigido por Richard Müller, centrado en la industria metalúrgica de Berlín.




2



**Huelgas obreras**

Las principales causas de inquietud eran económicas. Alemania, antes de la guerra, importaba un tercio de los alimentos que consumía; la guerra, el bloqueo aliado y los fracasos administrativos dieron pronto como resultado una grave escasez en diversos órdenes. El severo «invierno de los nabos», de 1916-17 (así llamado porque la población tuvo que comer nabos en vez de patatas), dio motivo a que se promoviesen huelgas para pedir más comida y salarios más elevados con los que poder comprar en el mercado negro. A medida que la guerra avanzaba, fue agudizándose la tensión provocada por las largas horas de trabajo y la alimentación inadecuada. A las bajas en los frentes se añadían las causadas por la enfermedad y el hambre, y a la escasez de alimentos se sumó la falta de viviendas, de ropa y de jabón. El resentimiento de las masas de población privadas de lo necesario se convertía en indignación ante el escándalo de los que explotaban su miseria. Cuando aumentó la convicción de que se habían perdido oportunidades de paz para satisfacer las ambiciones de quienes deseaban la anexión de nuevos territorios, y se hizo evidente que no iban a cumplirse las promesas de reformas democráticas, los sacrificios impuestos por la guerra parecieron vanos, y creció el resentimiento contra el Gobierno. El ejemplo de Liebknecht se consideró especialmente honroso; en 1916, cuando se le sentenció a dos años y medio de trabajos forzados por su agitación contra la guerra y el Gobierno, los radicales organizaron una huelga de protesta que tuvo el apoyo de 55.000 obreros en Berlín.

Los grupos que, en el seno del movimiento sindical alemán, se oponían a la guerra, no tuvieron mayor éxito que el S.P.D. La oposición no era lo bastante poderosa para amenazar al Gobierno o para hacerle modificar sus objetivos bélicos. Las más serias oleadas de huelgas (que más tarde formarían la base del mito sustentado por las derechas de que el Ejército alemán había sido derrotado por «una puñalada en la espalda») tuvieron lugar en abril de 1917 y enero de 1918. Los huelguistas pedían más comida y mejores condiciones, paz sin anexiones, libertad para los prisioneros políticos y reforma democrática. En 1917 los huelguistas convocaron a la clase obrera de toda Alemania para que estableciese consejos de trabajadores, según el modelo de los soviets rusos, para proteger sus intereses. En 1917 los centros más importantes fueron Berlín y Leipzig, y en 1918 el número de trabajadores berlineses implicados en el movimiento llegó a ser de 400.000. En 1917 el Gobierno prometió mejoras económicas, pero no dio satisfacción a las demandas de naturaleza política. En Berlín, se puso fin al movimiento huelguístico con el concurso de la fuerza; algunas fábricas de municiones fueron ocupadas por el Ejército, y se mandó a los promotores de los disturbios al frente de batalla. En 1918 el Gobierno se negó a negociar con el consejo de trabajadores de Berlín, aunque en éste estaban representados los socialdemócratas, así como el U.S.P.D. Una vez más se recurrió a la fuerza, y la huelga fracasó.

Durante la gran ofensiva alemana de primavera y principios del verano de 1918 la retaguardia se mantuvo en calma, aunque las condiciones de vida no habían mejorado respecto al año anterior. Mientras hubo perspectivas de victoria, el Gobierno alemán pudo contener las fuerzas de oposición, pero, en el otoño de aquel mismo año, cuando la gente se dio cuenta de que la guerra estaba irremisiblemente perdida, el viejo régimen se tambaleó. En noviembre, en palabras de Richard Müller (jefe de los radicales): «Alemania era como un barril de pólvora: una chispa era suficiente para que se produjera la explosión.»

La derrota de Alemania dio al movimiento sindicalista la libertad de acción que durante tanto tiempo había deseado. Pero eso no le devolvió su unidad. Sus divisiones internas, que la guerra había cuidado de poner al descubierto, se perpetuaron en diferencias que ahora versaban sobre el modo de servirse del poder.

**J. R. C. Wright**

# La huelga de 1917 en España

**Al comienzo de 1917, el cuerpo social español delataba la presencia de hondas transformaciones. La neutralidad, mantenida a lo largo de casi tres años de guerra europea, había provocado una gran salida de productos industriales, mientras las explotaciones mineras exportaban masivamente el carbón asturiano.**

Una nueva burguesía había aparecido en España al conjuro de los grandes beneficios proporcionados por el comercio con los beligerantes, en tanto que el dinero fácil y el aumento de circulante acarreaban un indetenible crecimiento en el costo de la vida. Los capitales bancarios, acumulados desmesuradamente, daban fe de una riqueza cuya contrapartida había que buscar en la proliferación de los negocios turbios, en el agio y en el malestar social resultante de la aparición de un proletariado industrial, en cuyos escasos salarios se encontraba en una gran parte el origen de aquella ficticia prosperidad.

La estructura del Estado al producirse la fragmentación de los partidos históricos había hecho inviable el turno y precario el usufructo del poder. Los conservadores aparecían escindidos en mauristas, «idóneos» y ciervistas. Los liberales se dividían en seguidores de Romanones o de García Prieto, y aún existía otra fracción, de más democrático matiz, que tenía por jefe a Santiago Alba. Una oleada de particularismo iba a sacudir al país, perdida la cohesión política, desaparecido el engarce entre sus estamentos constitutivos por la inestabilidad del ejecutivo, la atomización del legislativo y la intriga del moderador.

La moral privada, cegada por el señuelo del dinero y propicia a toda inversión especulativa, se había hecho ostentosa en la exhibición de una riqueza sobrevenida que contrastaba con la bajura de los salarios y el alza de los precios. Dividido políticamente, separado socialmente y desigualado económicamente, el país había llegado al fondo de una compartimentación que se colmaba por el antagonismo existente en la opinión pública, enfrentada en aliadófilos y germanófilos, lógica repercusión interna del conflicto exterior que dividía a Europa.

El Gobierno que al inicio de 1917 presidía el conde de Romanones hubo de suspender el 26 de febrero las sesiones de Cortes ante lo ingobernable de la situación, fruto de la agitación general y del cúmulo de problemas existentes. Merced a esta decisión pasó por Real Decreto el proyecto de Autorizaciones, que dejaba al arbitrio de la Administración y sin control parlamentario alguno el destino de los fondos públicos. Por otra parte, el cierre de la Cámara impidió una interpelación de Marcelino Domingo sobre los gastos de Marruecos, controvertido tema cuyo debate se esperaba con gran expectación. Y, entretanto, el malestar obrero encabezado por los socialistas se manifestó en una proclama de la huelga general. Su contenido, reputado de sedicioso, dio pretexto para la clausura de la Casa del Pueblo y para la suspensión de las garantías constitucionales, quedando la nación gobernada por decreto y privada de sus derechos legales.

Las implicaciones de la guerra europea se hicieron agudas al ser torpedeado el vapor español *San Fulgencio* por un submarino alemán, hecho que desencadenó una gran campaña entre los elementos proaliados, en demanda de la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania. Romanones, conocido por sus simpatías hacia la Entente, no ocultó sus deseos de seguir una política de firmeza frente a los alemanes, pero ante la división de la opinión pública y carente del apoyo real para llevarla a cabo, planteó la crisis ministerial siendo sustituido, en abril, por un gobierno igualmente liberal presidido por García Prieto.

**Marzo de 1916: el alcalde de Barcelona dirige la palabra a los manifestantes reunidos ante el Ayuntamiento de la ciudad para protestar contra el aumento del precio del gas.**




### Reforma o revolución

La quiebra del régimen turnante coincidía con un factor nuevo en el marco político hispánico: el enfrentamiento entre las viejas fuerzas de la oligarquía centralista y agraria con la nueva burguesía catalana e industrial capitaneada por la *Lliga Regionalista*. Y, justamente, eran estas últimas fuerzas las promotoras de una renovación política en la que iban de acuerdo en muchos puntos con los grupos reformistas de Melquíades Álvarez. Era ésta una corriente unánime que abogaba por un cambio de estructuras siguiendo un proceso constituyente que fuera fruto de una pureza electoral capaz de crear una auténtica representatividad, a tono con las fuerzas políticosociales del país. Por parte de los regionalistas, existía el

lógico anhelo de un reconocimiento autonómico que aspiraba a trascender en nuevos modos y maneras políticas sobre toda España, llevando un espíritu más dinámico y capaz a los caducos estratos gubernativos sujetos a inestable rotación. Y es preciso reconocer que tanto los catalanistas como los reformistas significaban la existencia de unos grupos aptos, unos por su aceptación dinástica y otros por su posibilismo, de apuntalar al trono, constituyendo un nuevo soporte en sustitución del viejo aparato caciquil sumido en el descrédito.

La izquierda antimonárquica integrada por los partidos republicanos y por el socialismo, operando electoralmente en conjunción, manifestaban de modo claro sus propósitos revolucionarios, entendiendo que bajo el régimen monárquico en ningún caso podría llegarse a estructurar un Estado democrático, susceptible de dar satisfacción a las reivindicaciones sociales del mundo obrero y campesino.

A la luz de estas tendencias, oscilantes entre la reforma y la revolución, es dable comprender los movimientos producidos en el crucial año de 1917: las Juntas de Defensa, la Asamblea de Parlamentarios y la huelga general revolucionaria de agosto. Su desconexión, servida por recelos de clase, por suspicacias frente al regionalismo y por un latente antagonismo entre los estamentos civiles y militares, sería la causa de que la crisis del 17 no desembocara en la transformación del Estado salido de la Restauración, cuya incapacidad para poner a España al paso del siglo XX se había manifestado rotundamente.

**Las Juntas de Defensa**

El punto de partida del particularismo nacional lo constituyó la creación, en noviembre de 1916, de las Juntas de Defensa del Arma de Infantería, organización semiclandestina cuyo vago programa se alineaba entre los que propugnaban una reforma política como medio para una regeneración nacional. Pedían también una mejora salarial para la mesocracia militar y un rigor en recompensas y ascensos, puesto en entredicho a raíz de la campaña de Marruecos. La presencia de estas Juntas se hizo efectiva en la guarnición de Barcelona, siendo su cabeza visible el coronel Márquez, personaje gris y carente de relevantes cualidades. Desde la capital catalana, el fenómeno juntero irradiaría hacia las demás zonas, constituyéndose en su inicio como un pronunciamiento pasivo que actuaba a modo de grupo de presión con cariz más burocrático que marcial. No obstante, como acción indisciplinada y defensiva tuvo la virtud de denotar un descontento que era un síntoma más del malestar colectivo.

Toleradas las Juntas, en doble juego practicado por el general Alfau como capitán general de la 4.ª Región, y subestimadas por el general Luque como ministro de la Guerra, la andadura de las mismas se iría plasmando en rebeldía pasiva, toda vez que entre sus propósitos se declaraba el empeño en no utilizar a la tropa para enfrentarla con el pueblo. La entrada del ministerio García Prieto llevó a la cartera de Guerra al general Aguilera, cuya oposición a las Juntas era notoria. Y así el nuevo ministro destituyó al general Alfau, conminó a las Juntas a disolverse y designó al general Marina para la Capitanía General de Cataluña.

La resistencia de las Juntas a aceptar su disolución, obligó a la detención —el 26 de mayo— del coronel Márquez y de todos los directivos, los cuales ingresaron en el castillo de Montjuic.

La airada reacción de la guarnición, con amenaza de tomar la Capitanía General, reveló al general Marina la trascendencia del pronunciamiento cuyo contagio llegaba por solidaridad hasta las fuerzas de la Guardia Civil, quienes expusieron sin ambages su propósito de que, si eran solicitadas para enfrentarse al Ejército, quemarían su pólvora en salvas. En estas tensas circunstancias intervino la corona, siempre celosa de mantener un contacto personal con las Fuerzas Armadas. El nombramiento del comandante Foronda como negociador abocó a una completa capitulación del Gobierno, y de este modo el coronel Márquez y sus compañeros fueron libertados y restituidos a sus mandos. Y lo mismo ocurrió con los junteros que en el resto de España —Coruña, Vitoria, Sevilla, Badajoz, etc.— habían secundado el movimiento de resistencia barcelonés.

Aquella claudicación acarrearía la consiguiente crisis ministerial, incapaz el Gobierno de ignorar lo que había sido una conculcación clara de la más elemental disciplina. El 1 de junio, las Juntas recrecidas habían lanzado un manifiesto dando el primer paso hacia una intervención activa en la política, y la gravedad de las circunstancias obligó a la designación del general Weyler, máximo prestigio castrense, como parlamentario para entenderse con los junteros. De esta negociación salió el reconocimiento oficioso de la sindicación militar y la promesa de

**El comité directivo de la huelga de agosto de 1917: Largo Caballero, Anguiano, Besteiro y Saborit. La fotografía está tomada en 1918, en el patio del penal de Cartagena.**



atender a sus demandas. Sentado el precedente, más tarde vendrían a formarse las juntas de suboficiales y clases, las de funcionarios de Correos, de Hacienda, etcétera.

**La Asamblea de Parlamentarios**

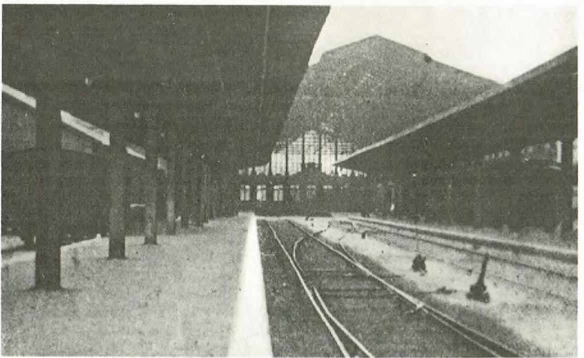
Por más que el turno político se hubiera perdido entre las frondas del particularismo, Alfonso XIII llamó a Dato como jefe de la fracción idónea de los conservadores para darle el encargo de formar nuevo gobierno, lo cual, si resolvía la crisis, no solucionaba en cambio ninguno de los problemas de fondo tan gravemente planteados: indisciplina militar, agitación social, peticiones de reforma, etc., pues el político conservador era bien conocido por su empeño en dar carácter de «gestión» a sus mandatos, con rehúse de los problemas de trascendencia política. La formación del nuevo gobierno, por su matiz más reaccionario, coincidió con la radicalización de la izquierda, manifiesta en pública alianza entre republicanos, reformistas y socialistas con propósitos inequívocos de llegar a unas Constituyentes, si preciso fuera por los paralizantes medios de una huelga general. El comité creado para coordinar su acción quedó constituido por Melquíades Álvarez, Lerroux, Pablo Iglesias y Besteiro.

El gobierno Dato se hallaba, pues, enfrentado a la coalición de las izquierdas, mientras las Juntas de Defensa, que se habían propagado a otras Armas, significaban un hecho inquietante de resistencia al poder constituido. En este trance las garantías constitucionales siguieron suspendidas, no sin que se aprobara el reglamento que daba vida oficiosa a las Juntas, acto que revelaba el empeño del Gobierno de no malquistarse con el Ejército. La implantación de la censura, unida al cese de las prerrogativas ciudadanas y al cierre del Parlamento, había hecho desaparecer todo signo de régimen liberal y parlamentario, tal y como estaba explícitamente definido en la Constitución del 76.

En estas circunstancias se produjo la iniciativa de la minoría regionalista de la *Lliga* consistente en una reunión de parlamentarios de diversos grupos, de la que salió un escrito al Gobierno en solicitud de inmediata apertura de las Cortes, de concesión de una amplia autonomía regional y de restablecimiento de las garantías contenidas en los textos constitucionales. Esta solicitud no ocultaba sus propósitos de derivar a unas Cortes Constituyentes capaces de reestructurar el Estado y abordar los graves problemas del país.

La iniciativa de la *Lliga* encontró eco en los partidos republicanos, reformistas y socialistas, así como entre liberales y demócratas de vario matiz, exponiéndose por todos ellos la intención de, en caso de ser desoídos, convocar una asamblea de parlamentarios capaz de suplir la ausencia del legislativo. A esta solicitud, el gobierno Dato respondió declarando sediciosos tales propósitos.

**Los sucesos de agosto de 1917 encontraron su justificante inmediato en el conflicto ferroviario de la Compañía del Norte; he aquí el desolado aspecto de la estación terminal de Barcelona durante los días de la huelga.**



No obstante la oposición gubernativa, el 19 de julio tuvo lugar en Barcelona la llamada Asamblea de Parlamentarios, llegados aislada y secretamente a la convocatoria. En total se congregaron 68 representantes entre diputados y senadores. Una moción firmada por Hermenegildo Giner de los Ríos, Cambó, Melquíades Álvarez, Lerroux, Roig y Bergadá, Rodés y Zulueta, pidió la inmediata convocatoria de Cortes Constituyentes que pusiera remedio a un Estado en trance de desintegración.

La intervención de la policía, enviada a suspender la reunión, fue rechazada por los parlamentarios en invocación de su fuero, dando lugar a la presencia del gobernador civil, Matos, quien con un simbólico ademán de violencia disolvió a los asambleístas.

Esta iniciativa no podía ignorar la existencia de las Juntas y por ello hubo un cruce de cartas entre Cambó y el coronel Márquez, en búsqueda de los puntos de tangencia que asociaran los deseos de reforma, pero el origen de la Asamblea, debida a impulso catalanista, era sospechoso al ideario de las Juntas, que si en algún punto era claro era en su afirmación de la unidad nacional y en su repudio de todo deseo autonómico. Quedaba aparte en todo este juego político la personalidad de Maura, marginado del poder desde 1909, y cuya integridad le convertía en polo de atracción, tanto de las Juntas que apuntaban hacia él en sus planes de regeneración nacional, como de los asambleístas que buscaban su presencia en el Parlamento oficioso para que la fracción conservadora completara y refrendara el carácter representativo de la Asamblea. El político mallorquín, por decepcionado que estuviera de la conducta regia, no quiso salirse de una postura de pasiva legalidad, rechazando la invitación de los parlamentarios —con gran disgusto de algunos de sus seguidores— así como las incitaciones de los junteros.

En esta coyuntura, el coronel Márquez dirigió un mensaje al Rey instándole a hacer la revolución desde arriba con el apoyo del Ejército y en contra de las oligarquías que eran oficialmente el único sostén de la corona. El mensaje, si no tuvo la acogida esperada, tampoco mereció represión de ningún género.

**La huelga revolucionaria de agosto**

Hostigado por las Juntas, desautorizado por la iniciativa de los asambleístas que le atribuían el estar gobernando incons-

titucionalmente, el gobierno Dato se enfrentaba a gravísimos problemas que hacían hipotética su continuidad. De su precaria situación, vendría a arrancarlo el estallido de una huelga general, cuyo justificante hubo que buscarlo en el conflicto ferroviario existente en Valencia y que afectaba a empleados de la Compañía del Norte.

Si bien los preparativos para la huelga general, encabezada por los socialistas con la adhesión de republicanos y reformistas y el acuerdo anarcosindicalista, habían seguido su curso, se hacía necesaria la existencia de un conflicto laboral con fuerza suficiente para justificarla. Y se tomó el problema ferroviario como causa provocadora. Pero el conflicto entró en cauces de solución, lo que hubiera sustraído toda razón al movimiento huelguístico. El gobierno Dato, sabedor de lo que se preparaba, en vez de aceptar el laudo conciliador forzó la ruptura brusca de las negociaciones, precipitando el estallido de la huelga. Los socialistas, impacientes y deseosos de no dejarse adelantar por los anarquistas, se apresuraron a transmitir las órdenes a las organizaciones obreras, aunque Pablo Iglesias, enfermo, recomendó limitarlo a un paro parcial.

La falta de coordinación y las abstenciones de última hora hicieron que la huelga no alcanzara la amplitud esperada. Tan sólo Asturias, Madrid, Barcelona y Vizcaya respondieron con vigor, secundando el paro general. El Gobierno, que con su actitud había provocado los hechos, consiguió sus propósitos. Enfrentado a una manifestación obrera, el Ejército olvidó todo devaneo de reforma para apoyar el orden establecido representado por un Gobierno exponente de las oligarquías. Por otra parte, los asambleístas burgueses se abstuvieron, dejando para más adelante la explicación de su postura.

La sofocación de los focos rebeldes, sobre todo en Asturias, revistió gran dureza. El comité directivo y firmante del manifiesto de huelga, integrado por Besteiro, Anguiano, Largo Caballero y Saborit, fue detenido y, a instancias de las Juntas, juzgando por el fuero castrense, siendo condenados a cadena perpetua. Por los medios de la huelga general, la aspiración del movimiento se concretaba a pedir «la constitución de un Gobierno provisional que aunara los poderes ejecutivo y moderador y preparara, previas las modificaciones imprescindibles en una legislación viciada, la celebración de unas elecciones sinceras».





*Arriba:* **fuerzas del Ejército y de la Guardia Civil custodian a lo largo de las calles de Madrid a un grupo de detenidos con motivo de los sucesos de agosto de 1917.**
*Abajo:* **pieza de artillería en las Ramblas de Barcelona.**

Las fuerzas obreras del socialismo, que no tuvieron inconveniente en ofrecerse como vanguardia para arrancar un cambio estructural, sufrieron un duro revés con sus consiguientes víctimas y encarcelamientos, revés del que saldrían aleccionadas hacia una nueva táctica, iniciando después de este fracaso un proceso de crecimiento que las llevaría a convertirse en la más poderosa organización político-laboral de todo el país.

## Las últimas consecuencias

Restablecido el orden aparente, las diversas corrientes volvieron a sus posiciones de partida y la sofocada revuelta aportaría un nuevo factor de discordia por los reproches derivados del sangriento y represivo saldo de la huelga. Las Juntas, poco orgullosas de su enfrentamiento a los huelguistas, cargaban las culpas al Gobierno por no haber evitado lo evitable. Las izquierdas, por su parte, reprochaban



**La huelga obligó a soluciones de emergencia para llevar a cabo los servicios públicos inaplazables. Tal es la causa de este entierro de aspecto un tanto rural en pleno corazón de Barcelona.**

a los junteros el haber salido en defensa de un Gobierno en quien se concentraban las taras que los militares deseaban sanear.

De este aireamiento de responsabilidades partiría la decisión de las Juntas de pasar de su actitud defensiva a la ofensiva. Y sus pretensiones se hicieron perentorias, en solicitud de unas Constituyentes de cuyo monarquismo se ofrecían garantes, amenazando con disolverlas al menor asomo de republicanismo. Y si esta demanda no encontraba eco en el Gobierno, empecinado en subestimar el problema político, el paso siguiente del pronunciamiento sería un mensaje profusamente difundido, pidiendo un nuevo Gobierno y dando un plazo para su cumplimiento.

Esta clara injerencia se potenciaba con la actividad de los vocales de las Juntas buscando en Madrid contactos políticos que sirvieran a sus fines. Finalmente, la persona adecuada la hallaron en La Cierva.

La Asamblea de Parlamentarios había reanudado sus sesiones al restablecerse las garantías y, buscando una situación más estratégica que alejara la tilde de regionalismo, se estaban reuniendo en Madrid. Sus sesiones de los días 15 a 17 de septiembre, la perfilaron como una auténtica Cámara Baja, con comisiones encargadas de reafirmar sus postulados en forma de programa que buscaba una auténtica reforma constitucional.

El ultimátum de las Juntas, llegado hasta el Rey, solicitaba un gobierno de concentración y, ante este requerimiento, el monarca despidió el 25 de octubre a su primer ministro, abriéndose una crisis larga y laboriosa en la que resignaron García Prieto, Maura, Sánchez Toca para volver a García Prieto, quien, finalmente, logró, el 3 de noviembre, formar el nuevo ministerio.

Cuatro días antes, el 30 de octubre, reunida la Asamblea de Parlamentarios en el Ateneo de Madrid, Cambó fue llamado a consulta por el Rey. El jefe de la *Lliga* había tenido unos contactos previos con Romanones y con Alba que orillaron las dificultades para que de la consulta regia saliera la participación de dos representantes de la Asamblea —que en este caso lo eran también de los partidos catalanistas— en el nuevo Gobierno.

El gobierno de García Prieto adoptó los caracteres de una transacción con trazos de componenda, ya que junto a representantes de los partidos históricos (Fernández Prida, maurista, y Gimeno, romanonista) estaba un liberaldemócrata (Alcalá Zamora), mientras la Asamblea enviaba a dos hombres nuevos: Ventosa *(Lliga)* y Rodés *(Esquerra Republicana)*, en tanto que las Juntas de Defensa habían alcanzado su objetivo exigiendo la presencia de La Cierva en la cartera de Guerra. Ello motivó la ausencia de los reformistas en la persona de M. Alvarez, quien mostró su incompatibilidad con el autoritario político murciano. Quedaba una última concesión, que apuntaba a la pureza del futuro sufragio y fue el nombramiento de un neutral para Gobernación, ministerio que recayó en el vizconde de Matamala, magistrado apolítico que era prenda de imparcialidad en los comicios.

Y el nuevo Gobierno, que revelaría prontamente la incompatibilidad entre sus componentes, hubo de enfrentarse con una progresiva agitación de los elementos republicanos y socialistas, embarcados en una campaña pro amnistía de los condenados de agosto. Y los postreros días de 1917 registraron en nuestro mundo obrero los ecos crecidos de la Revolución Rusa, mientras el gabinete de concentración ni resolvía las aspiraciones plasmadas en la Asamblea ni solucionaba la insubordinación de las Juntas encaramadas al poder y sostenidas por su ministro. La vida del gobierno García Prieto se alargó hasta marzo de 1918, después de unas elecciones reveladoras de que, excepto en Cataluña, el viejo aparato electoral seguía siendo la única estructura válida. Y lo insoluble de la situación hubo de abocar a la creación del Gobierno nacional, presidido por Maura, cuando ya Alfonso XIII tenía en mente la abdicación.

Las consecuencias del quebranto en el prestigio de las instituciones, producido en 1917, fueron decisivas. De él salió una conciencia militar dispuesta a intervenir en la política activa, así como el inexorable declive de los partidos turnantes. El desarrollo del socialismo y la coherencia ideológica del reformismo en decantación hacia la República, fueron otras consecuencias importantes. Los acontecimientos que, a corto o medio plazo iban a conmover a España, se gestaron en este crítico año. El 13 de septiembre de 1923 y el 14 de abril de 1931 tienen su origen, por concatenación lógica, con los hechos que dieron a 1917 categoría histórica.

**Rafael Abella**

# Guerra en el aire

**Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, la aviación estaba todavía en sus comienzos, pero durante los terribles meses que siguieron alcanzó la mayoría de edad. En tierra, políticos y generales trataron de determinar el papel que la Aeronáutica tenía que desempeñar en el combate. En el aire, jóvenes pilotos luchaban con aparatos primitivos y armas mal adaptadas para convertirse en una fuerza de combate.**

**El avión francés «Morane»: las palas metálicas de la hélice obstruían el tiro de la ametralladora —manejada por el piloto— o desviaban las balas. Más tarde, con el invento del holandés Fokker (un mecanismo sincronizador) los pilotos pudieron hacer fuego con precisión.**



A finales del verano de 1914 se oía en la Europa occidental el familiar ruido de pasos de hombres y cascos de caballos que iban a la guerra. Pero por entonces había ya un nuevo ruido: el zumbido de algunos aeroplanos en el aire, un sonido que crecería hasta convertirse en un poderoso rugido antes de que la guerra terminase.

Hacía once años que los hermanos Wright habían volado en su biplano a motor en Kitty Hawk, Carolina del Norte, y mucho antes de aquel acontecimiento se habían efectuado con éxito experimentos con globos, planeadores, cometas elevadoras de hombres y pequeñas aeronaves dirigibles. En sus primeros días la aviación estaba dirigida a fines pacíficos o deportivos, e incluso sus primeras implicaciones en asuntos militares fueron estrictamente inofensivas. Durante el asedio a París, en 1870, se emplearon globos para llevar mensajes —y a veces personas— dentro o fuera de la ciudad sitiada. En la guerra de Eritrea de 1887-1888, globos cautivos habían sido utilizados, principalmente por los italianos, como puestos de observación a gran altura. Cometas elevadoras de hombres se emplearon en la guerra de África del Sur (1899-1902) en misiones de reconocimiento, para ver, como dijo el general sir Edward Swinton, «el otro lado de la montaña».

Los italianos emplearon por vez primera aeroplanos con fines bélicos en Turquía, en 1911, y el 23 de octubre tuvo lugar el primer vuelo de guerra, realizado por el capitán Piazza, que llevaba el sonoro título de comandante de la flota del aire. El día 1 de noviembre el teniente Gavotti realizó un hecho histórico al arrojar cuatro granadas de mano, suecas, de dos kilos cada una sobre un campamento del Ejército turco. Poco después los turcos protestaron de que aeroplanos militares habían bombardeado un hospital militar en Ain Zara. Investigaciones independientes no confirmaron la existencia de un hospital de campaña, pero es posible que algunas tiendas fuesen empleadas como estación para las primeras curas. El lanzamiento de aquellas bombas diminutas, y la protesta turca, dieron pie a que la prensa iniciara una discusión sobre la ética de la acción aérea ofensiva, discusión que ha continuado, con mayor o menor vehemencia, hasta nuestros días.

**Del deporte a la exploración**

Aproximadamente por aquellos días varios países comenzaban a formar cuerpos de aviación militar. En 1911 los británicos dieron su primer paso con el Batallón Aéreo *Royal Engineers*, que fue reemplazado en julio de 1912 por el Real Cuerpo Aéreo, *Royal Flying Corps* (R.F.C.). Éste era un servicio mixto, destinado a satisfacer las necesidades del Ejército y de la Marina, con una escuela central de vuelo en Upavon, Wiltshire, dotada de personal integrado por elementos del Ejército y la Marina. En julio de 1914 la Marina Real decidió constituir un cuerpo aéreo independiente: el *Royal Naval Air Service* (R.N.A.S.), que sustituyó al R.F.C. Este último pasó, a su vez, a ser parte integrante del Ejército.

En Alemania el cuerpo de aviación del Ejército fue puesto bajo el general-inspector de transportes militares (y, por lo tanto, se lo consideraba como un medio de transporte). El servicio aéreo naval se especializó en naves más ligeras que el aire, y en una fecha muy temprana poseía varios grandes zepelines y dirigibles Schütte-Lanz. El alcance y la capacidad de carga de tales aeronaves, muy grandes para aquellos días, hizo de ellas una categoría aparte. Pero tenían un inconveniente: sus colosales envolturas estaban rellenas de hidrógeno, lo que las hacía extraordinariamente vulnerables ante cualquier clase de ataque incendiario.

Francia formó unidades militares y navales de aviación, pero no se preocupó mucho del modo en que podría utilizarlas. El mariscal Foch, que había dirigido la *École Supérieure de la Guerre*, no tenía la menor fe en el valor militar de la aviación. Es conocida su frase: «La aviación es un buen deporte, pero al Ejército no le sirve de nada.» Los Estados Unidos tuvieron una aviación de guerra en fecha




**Gracias al rápido desarrollo de la aeronáutica, el bombardeo de objetivos militares llegó a ser una técnica particular de la guerra aérea. Esta ilustración de una revista italiana muestra un ataque diurno por sorpresa al puerto austrohúngaro de Pola; en aquella incursión, los pilotos italianos dirigidos por un norteamericano, Wallis Fitch, consiguieron arrojar varias toneladas de bombas sobre los objetivos establecidos.**

tan temprana como 1907, pero su progreso fue increíblemente lento. Estaba organizada como División Aérea del Cuerpo de Señales, y todavía en 1911 tenía solamente dos aeroplanos. Más tarde la Marina estableció también su pequeño cuerpo aéreo. Poco se sabe acerca de la primitiva aviación rusa —los rusos eran entonces tan aficionados al secreto como ahora—, pero, al parecer, no había evolucionado gran cosa cuando estalló la Primera Guerra Mundial.

A diferencia de las demás grandes potencias, Gran Bretaña tenía, al comenzar la Primera Guerra Mundial, una idea perfectamente clara, aunque muy limitada, del papel de la aviación militar: ésta debería encargarse, simplemente, de las misiones de reconocimiento. La Marina quería aviones para reconocer amplias zonas

del mar y vigilar las principales bases navales del enemigo, a fin de conocer en cualquier momento el paradero de las fuerzas navales enemigas. El Ejército esperaba que los aviones podrían volar sobre las zonas de retaguardia enemiga y proporcionar una serie de informes recientes sobre la ubicación de tropas y depósitos y sobre los movimientos del tráfico. Tales datos ayudarían mucho al servicio de información para estimar la fuerza, disposición e intenciones del enemigo.

Durante mucho tiempo los militares habían tenido la norma de que, «para estar informado, hay que luchar», y, mientras la guerra estuvo limitada a dos dimensiones, el principio fue válido. Las patrullas de caballería trataban de penetrar en territorio enemigo, tomar contacto con sus fuerzas y regresar con los correspondientes informes. Solamente estas escaramuzas, y el intercambio de fuego, permitían establecer la presencia y la probable consistencia de las fuerzas enemigas.

La experiencia, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, parecía demostrar que el principio había dejado de tener validez. El océano del aire es sólo uno, que cubre la tierra y el mar, y los aviones podían volar por donde quisieran, sin estorbos ni obstáculos, salvo el fuego, bastante ineficaz, de armas de pequeño calibre disparadas desde tierra. Incluso cuando se encontraban aviones enemigos, no tenían medios para hacerse daño unos a otros, como no fuera mediante el choque. A medida que se fueron volviendo más frecuentes tales encuentros, los observadores empezaron a llevar consigo armas de fuego: como el manejo de un fusil es extraordinariamente embarazoso a una velocidad de más de cien kilómetros por hora, las armas preferidas eran los revólveres y las pistolas automáticas. Pero los aviones en movimiento son blancos difíciles para esa clase de armas, y, por lo general, después de un inocuo intercambio de disparos, los aviones podían seguir su camino, con un saludo de despedida con la mano. No pasó mucho tiempo, con todo, sin que se adaptasen cañones de campaña del Ejército para elevados ángulos de tiro, y el fuego antiaéreo (AA) pasó a ser la principal amenaza para los aviones.

Mientras tanto se buscaba la mejor manera para montar ametralladoras en los aviones. Había dos tipos de montaje: el fijo, con el cual era preciso maniobrar el propio avión para tener a tiro al adversario, y el de la ametralladora móvil, con el cual el arma era maniobrada por el observador. Las ametralladoras pesadas tipo Maxim, Vickers o Spandau, alimentadas por cinta y enfriadas por agua, sólo podían adaptarse al avión con el primer sistema. Pero aparecieron tipos más ligeros de armas automáticas, como la Lewis, de refrigeración por aire, o la Hotchkiss, que empleaban tambores o cargadores de municiones, y los talleres de campaña produjeron una gran variedad de montajes experimentales.

El montaje rígido ideal podía proporcionar una máquina que hiciese fuego directamente hacia adelante, permitiendo así al piloto enfilar de frente al enemigo y gozar de la ventaja de un tiro sin «ajustar la puntería». La dificultad estaba en que si el arma se montaba en el fuselaje y de tal forma que pudiese ser controlada por el piloto, su línea de fuego quedaba obstruida por la hélice.

Los alemanes fueron los primeros en resolver dicho problema, con el invento de un engranaje sincronizador que impedía que la ametralladora disparase cuando una pala de la hélice estaba en la línea de fuego. El invento fue adaptado al «Fokker», un pequeño monoplano rápido que se convirtió de ese modo en el primer avión de caza eficaz. Su influencia se dejó sentir inmediatamente. Durante el invierno de 1915-16 derribó muchos aviones aliados, y, por el momento, los alemanes obtuvieron una notable supremacía en el aire sobre el frente occidental. Una vez más se impuso la vieja máxima: «para estar informado, hay que luchar».

Los aliados poseían veloces monoplazas de reconocimiento, como el «Nieuport», el monoplano «Morane», el «Martinsyde» y el «Bristol Scout». Habían sido diseñados para servicios de reconocimiento a larga distancia, y confiaban en su velocidad para no ser interceptados y para reducir la amenaza del fuego antiaéreo. En estos aparatos de reconocimiento se habían ensayado diversos tipos de montaje de armas, pero, a falta de un engranaje sincronizador como el que usaba el «Fokker», ninguno había resultado realmente satisfactorio.

La respuesta al «Fokker» fue el «DH-2», y más tarde el «FE-8». Eran éstos monoplazas de reconocimiento, con la propulsión en la parte posterior, detrás del piloto; el fuselaje normal estaba reemplazado por aguilones de cola. Llevaban una ametralladora Lewis, que disparaba hacia adelante según la línea de vuelo, y la ausencia de hélice delantera daba al piloto una visión frontal ininterrumpida. El «DH-2» entró en servicio en la primavera de 1916, y pronto demostró mayor facilidad de maniobra que el «Fokker». Por ser biplano, su corta envergadura y la ligereza de sus alas le permitían unos virajes más ceñidos y movimientos más rápidos a grandes alturas. Tales ventajas eran muy estimables en los combates llamados «luchas de perros», en los que cada avión procuraba «coger por la cola» a su adversario. El reinado del «Fokker» duró muy poco, y los aviones al servicio de los ejércitos aliados pudieron reanudar su trabajo con relativa seguridad, mientras la zona de combate aéreo avanzaba hacia el Este, más allá de las líneas alemanas.



**«Bombardeo nocturno», pintura de François Flameng. La guerra ha adquirido alas; la muerte, así, puede llegar ahora también desde el aire.**

Los duelos aéreos se generalizaron en todo el frente occidental, y los cazas de uno y otro bando trataron de conseguir el suficiente dominio del aire que permitiera a los aparatos de reconocimiento llevar a cabo sus rutinarias tareas de localización y control del fuego de artillería, y algún bombardeo ocasional. Pero no transcurrió mucho tiempo sin que Gran Bretaña, Francia y Alemania empezasen a desarrollar esquemas propios de guerra aérea.

Los británicos adoptaron un sistema muy formal y descentralizado. Cada uno de los cuatro ejércitos del frente occidental tenía su propia brigada del R.E.C., que incluía una o más escuadrillas de caza. Era táctica británica mantener en servicio casi permanente los aviones que colaboraban con el Ejército, desde el amanecer hasta el crepúsculo vespertino, y, en consecuencia, era necesario que sus cazas patrullasen sobre el frente durante



**Pilotos franceses en un campo del Artois, junto a uno de sus aviones, un «Nieuport», aparato de reconocimiento, muy veloz, de notable radio de acción, y a veces provisto de armas.**

todas las horas de luz diurna. Eso significaba que, aunque siempre estaban presentes algunos cazas, éstos no eran nunca muy numerosos. Tal falta de fuerza era compensada por el arrojo casi increíble de los pilotos del R.E.C. Ni los franceses ni los alemanes adoptaron ese sistema de patrulleo ininterrumpido: unos y otros tendieron a limitar la colaboración entre fuerzas del aire y de tierra a breves períodos diarios, bajo la cobertura de los cazas para las operaciones de reconocimiento.

Debe tenerse en cuenta que los cazas, aunque estratégicamente destinados a una labor defensiva, sólo podían realizar su tarea por medio de una decidida táctica ofensiva. Los pilotos británicos atacaban inmediatamente a todo avión enemigo que se les presentara, aunque fuesen inferiores en número y estuviesen en situación desfavorable. Franceses y alemanes eran más prudentes, o tal vez más sensatos. Rara vez atacaban, excepto cuando sus fuerzas eran superiores o cuando estaban en una posición táctica favorable. Aprovechaban todas las ventajas que les ofrecían las nubes y el deslumbramiento producido por los rayos del sol, para conseguir la sorpresa táctica, un factor de grandísima importancia en el combate aéreo.

Durante la segunda mitad de 1916 los alemanes habían producido nuevos modelos de cazas más rápidos y potentes, como el «Pfalz», el «Albatros», el «Halberstadt», y el «Fokker» triplano, que superaron definitivamente al «DH-2» y al «FE-8». Sus inmediatos sucesores, el «DH-5», el «Sopwith Pup», y el «Sopwith 1 ½ Strutter», tuvieron poco éxito. Aunque los aliados disponían ya de su propio engranaje sincronizador —el «Constantinesco», para ametralladoras fijas—, el rendimiento de aquellos aparatos era inferior al de sus adversarios.

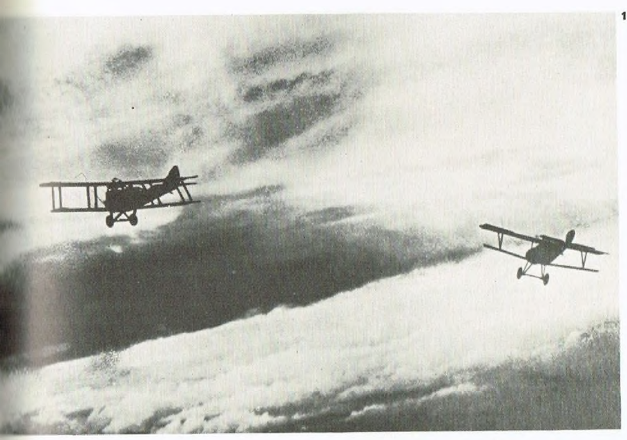
La importancia de la superioridad técnica se hizo entonces manifiesta. Al perder los aliados gradualmente la supremacía aérea de que habían disfrutado durante la primavera y el verano de 1916, no pudieron dejar de darse cuenta de que, por mucho valor, destreza y entrenamiento que tuvieran sus pilotos, ello no les permitía compensar la inferioridad técnica de los aparatos. Otra causa de la decadencia fue la organización del R.F.C., rígidamente descentralizada. En el momento culminante de la batalla del Somme, en otoño de 1916, los aliados estaban próximos a perder el control del aire sobre la zona de combate. El IV Ejército, en el cual recaía principalmente el peso de la batalla, tenía asignada únicamente una brigada del R.F.C. (la 4.ª). Las otras tres brigadas estaban asignadas a ejércitos relativamente poco comprometidos. Éstos rechazaron obstinadamente todas las tentativas que hizo el gran cuartel general para inducirlos a que cedieran aviones de combate a la 4.ª Brigada, porque cada ejército se sentía angustiado ante la posibilidad de perder indefinidamente sus escuadrones y verse privado de sus cazas.

Los alemanes disponían de un sistema mucho menos rígido, pues podían concentrar gran parte de su fuerza aérea sobre el frente de batalla donde más necesaria era su colaboración. El cuartel general decidió entonces aumentar la actividad aérea, e incluso los bombardeos, en los frentes al cuidado de ejércitos que no estaban comprometidos en la batalla, con la esperanza de que los alemanes dispersarían los cazas concentrados para oponerse al IV Ejército. No se cumplieron tales esperanzas, porque los alemanes sabían demasiado bien lo que más les convenía. Por fin, la situación mejoró bastante con el empleo de ocho escuadrillas de cazas del R.N.A.S. relativamente libres de servicio.

### «Luchas de perros» e incursiones aéreas

En diversos momentos se emplearon los cazas para dar escolta a misiones de reconocimiento fotográfico a larga distancia y en incursiones de bombardeo. Ese empleo no resultó muy eficaz, porque si los cazas de escolta eran atacados, su única defensa posible consistía en maniobrar de modo que sus ametralladoras, que apuntaban hacia adelante, enfocaran al enemigo de frente. Eso producía una «lucha de perros» —o sea el avión procuraba ponerse a la cola del enemigo—, y pronto se perdía de vista el avión al que se suponía que los cazas debían proteger, con lo que quedaba expuesto al ataque de una segunda ola de enemigos. En consecuencia, muchas veces se suprimieron las escoltas, que fueron sustituidas por una cobertura proporcionada por la acción ofensiva de varias patrullas. Ya en 1916, y especialmente las escuadrillas francesas de «Nieuport», emplearon cohetes en el combate aéreo. Iban instalados entre los montantes de las alas, y se disparaban por medio de un dispositivo eléctrico. Por lo demás, eran difíciles de dirigir, y no resultaron de mucho éxito.

En abril de 1917 había descendido tanto

1


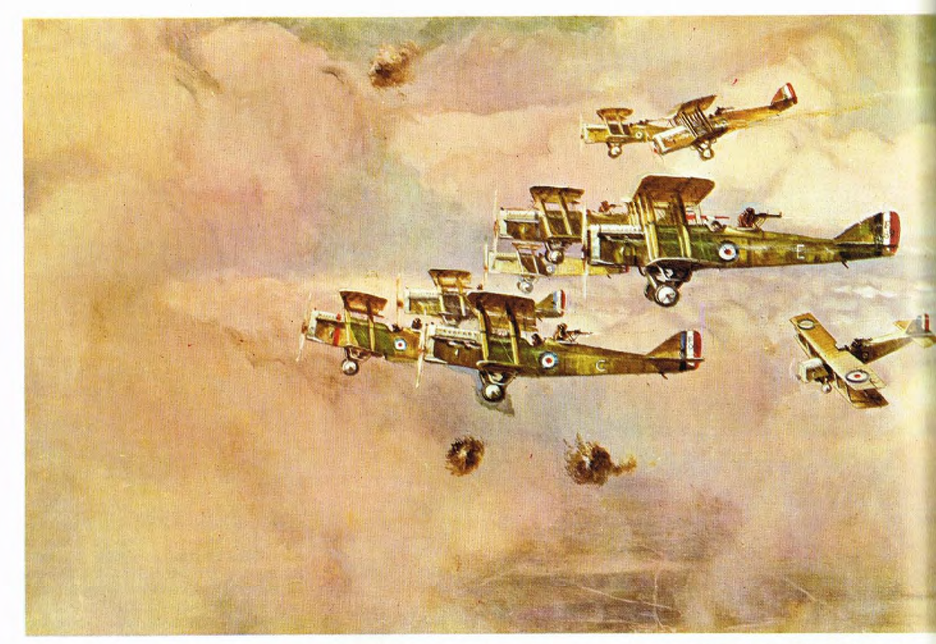
2


el poderío aéreo de los aliados, y el R.F.C. sufrió tan graves pérdidas, que el mes fue llamado «el abril sangriento». Más avanzado el año, mejoraron las cosas con la llegada de gran número de excelentes cazas, como el «Sopwith Camel», el «SE-5» y el «5A», el «Nieuport» mejorado, y el rapidísimo «Spad». También pudo disponerse de un pequeño número de aviones de combate «Bristol», un notable aparato biplaza que podía utilizarse asimismo en bombardeos. A fin de año los aliados habían superado su inferioridad técnica, y el equilibrio quedaba restablecido.

Desde los primeros momentos de la guerra los zepelines alemanes realizaron bombardeos nocturnos sobre Gran Bretaña. Incluso aquellas aeronaves colosales y relativamente lentas resultaban muy difíciles de interceptar en la oscuridad. Había suficientes puestos de observación, pero las comunicaciones eran malas, y al estar la responsabilidad dividida entre el Almirantazgo y el Ministerio de la Guerra, se producían confusiones y retrasos. Además, en aquel tiempo no había medios adecuados para facilitar información a las aeronaves en vuelo. Se aquietaron un tanto los ánimos cuando, ayudada hasta cierto punto por la suerte, la defensa acertó a derribar en llamas a varios zepelines. Los alemanes iniciaron entonces incursiones con aeroplanos, al principio de noche, y más tarde, con mayor audacia, de día. Esta ofensiva llegó a su punto culminante en julio de 1917, cuando los aviones atacaron Londres en pleno día provocando una gran oleada de indignación popular. Era patente que el sistema de defensa inglés estaba mal organizado y era poco eficaz, lo cual, ayudado por el contraste existente entre las cargas excesivas que pesaban sobre el R.F.C. y las relativamente escasas tareas que incumbían al R.N.A.S., fue motivo de que se unificaran los servicios aéreos británicos en la *Royal Air Force* (R.A.F.), de acuerdo con el informe oportunamente preparado por el general Smuts.

Al comenzar el año 1918 las fuerzas aéreas británicas y francesas disfrutaban de una notable supremacía aérea. En

**_1_ Un «Nieuport» francés da caza a un «Brandenburg C» alemán. Tanto los franceses como los británicos alentaban a sus mejores pilotos a patrullar solos en misión de caza. _2_ Un observador, con una ametralladora refrigerada por aire, en la cola de un avión de caza alemán; tales armas automáticas, provistas de tambor de municiones, eran mucho más ligeras que las ametralladoras usadas anteriormente.**



el frente occidental prosiguió durante casi todo el tiempo una batalla de toma y daca en la que, en conjunto, los aviones de combate aliados consiguieron llevar la mejor parte. Por entonces, los diferentes sistemas nacionales de dirección de la guerra aérea habían quedado bien establecidos. Los británicos mantenían su sistema de servicio continuo a base de patrullas de cazas, pero ahora, en el cuarto año de la guerra, poseían mejores aparatos y en número superior, lo que les permitía cumplir su cometido con más eficacia. Muchos pilotos, como Andrew Beauchamp-Proctor, William Bishop y «Mick» Mannock, ostentaban buenos récords de aparatos enemigos destruidos. Además, se permitía a pilotos especialmente hábiles que realizasen «patrullas de caza» solitarias, en las que buscaban aparatos enemigos e intentaban atacarlos por sorpresa; algunos de ellos tuvieron mucho éxito en ese juego de acecho. Albert Ball y J. B. McCudden fueron los más famosos.

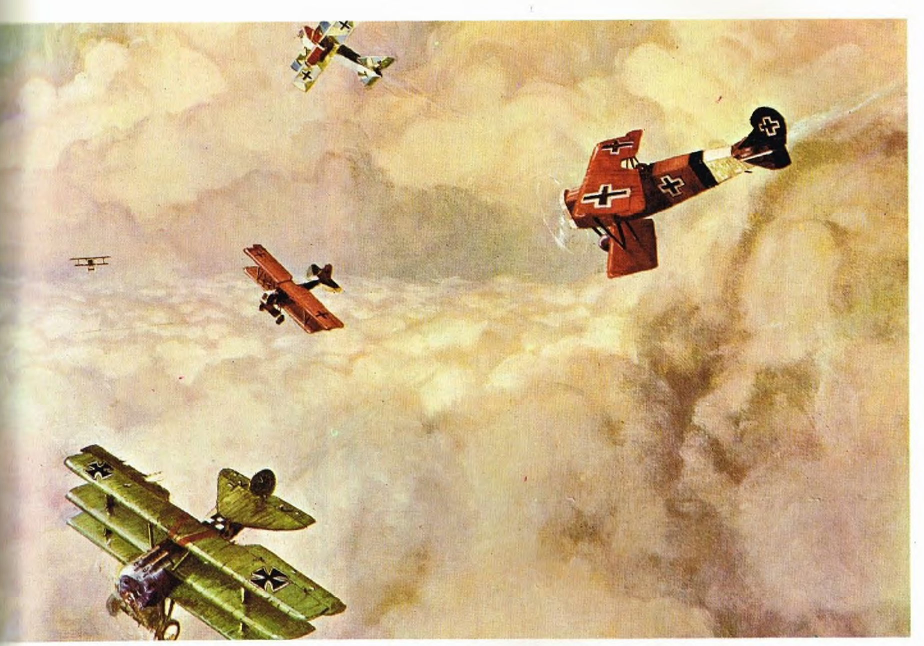
Los alemanes mantenían su sistema centralizado, y hacían sus «circos» una o dos veces al día: eran éstos grandes formaciones de cazas dirigidos por los pilotos más expertos, como Ernst Udet, Manfred von Richthofen («El Barón Rojo») y Hermann Goering.

El sistema francés se diferenciaba poco del alemán, pero sus concentraciones no eran tan grandes; también los mejores pilotos franceses acostumbraban a salir en «patrullas de caza» solitarias. Los pilotos franceses más famosos fueron Navarre, Fonck y Guynemer.

Los norteamericanos intervinieron demasiado tarde para jugar un papel muy importante en la guerra aérea, y sus unidades fueron equipadas con aparatos franceses y británicos. De todos modos, muchos pilotos estadounidenses ya se habían incorporado voluntariamente a una u otra de las fuerzas aéreas aliadas, y habían prestado servicios muy estimables en escuadrillas de combate. Sus pilotos más famosos fueron Rickenbacker y Vaughn.

Los pilotos de combate que se habían apuntado mayores éxitos fueron llamados «ases». Era un término de origen francés, usado principalmente por la prensa.

Cuando se encontraban grandes formaciones de cazas tenían lugar aparatosas «luchas de perros», aunque las bajas eran por lo general menores de lo que habría podido esperarse del gran número de aviones participantes. Estos duelos comprendían una serie de difíciles tiros de ajuste y aun cuando se recurriera al auxilio de proyectiles trazantes, muchos combates quedaban en tablas. Debe recordarse que la cantidad de municiones que podían transportarse en los cazas estaba estrictamente limitada. El «DH-2», por ejemplo, llevaba normalmente cinco tambores dobles, con 490 cartuchos en total, que se agotaban en cincuenta segundos de fuego. Luego, los cazas armados con dos ametralladoras, como el «Camel», el «SE-5A» y el «Spad», llevaban por término medio 500



**En el aire puro, muy por encima del fango y la sangre de los campos de batalla, audaces pilotos jóvenes ensayaban tácticas de combate para el nuevo instrumento bélico, el aeroplano. En este cuadro de G. H. Davis, un «Fokker D7» alemán (color rojo) y un «Fokker» triplano atacan por la cola a unos aviones británicos «DH7», de reconocimiento y bombardeo.**

cartuchos por arma, siempre en número igual, lo que proporcionaba también cincuenta segundos de fuego, pero de doble volumen. En consecuencia, los pilotos, especialmente los poco experimentados, quedaban pronto faltos de munición en una «lucha de perros».

Los pilotos de los cazas debían intervenir no sólo en combates aéreos sino también en operaciones diversas, como en el derribo de globos de observación y en ataques contra tropas o transportes de tierra. Para los ataques a globos y aeronaves disponían de balas incendiarias denominadas «Buckingham». Había también las de tipo explosivo, llamadas «Pomeroy», pero como existían dudas acerca de si era lícito su empleo, se temía que el piloto obligado a aterrizar en territorio enemigo con semejante carga a bordo pudiera verse seriamente comprometido ante un tribunal marcial. Las «Pomeroy» se utilizaron muy poco, y las «Buckingham» solamente contra globos, cuyos ocupantes disponían siempre de paracaídas, o contra los dirigibles que sobrevolaban el territorio nacional de los cazas atacantes.

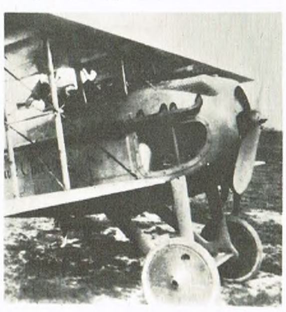
Cuando en marzo de 1918 los ejércitos alemanes, reforzados por las tropas trasladadas desde el frente oriental después del derrumbamiento de Rusia, atravesaron las defensas del V Ejército, todos los aviones de combate aliados disponibles fueron lanzados a ataques de bombardeo, para frenar el avance alemán. Aunque costosos, esos ataques tuvieron gran éxito, y contribuyeron poderosamente a conjurar una situación que se estaba volviendo alarmante para los aliados.

Los ejércitos alemanes titubearon y terminaron por detenerse. Aquél fue su último gran esfuerzo, y en seguida comenzó una retirada general. La fuerza aérea alemana empezó por fin a declinar; la moral de sus pilotos se hundió al aproximarse la perspectiva de una total derrota militar. Por otra parte, algunas de sus mejores escuadrillas habían sido llamadas del frente para defender la retaguardia contra las incursiones nocturnas y diurnas de la *Independent Air Force*. Ésta era una pequeña agrupación de bombarderos —filial de la Escuadrilla de Bombardeo del cuartel general— establecida después de la formación de la *Royal Air Force* en abril de 1918. Nunca tuvo más de nueve escuadrillas operacionales de un total de casi doscientas que se hallaban en el frente occidental, pero sus ataques a los centros industriales y de comunicaciones en Renania habían suscitado la preocupación y a veces la consternación de las autoridades civiles. El Gobierno alemán se vio obliga-



*Arriba:* **un «Fokker» monoplano. En 1916, esos aviones casi «barrieron» del cielo a los británicos.** *Abajo, derecha:* **el «Spad» del as francés Guynemer.** *Abajo, izquierda:* **«Fokker» triplano, avión de caza que hizo su aparición en 1916.**







do a proporcionar una nutrida fuerza de cazas para la defensa del territorio nacional, que sostuvo numerosos duelos con los bombarderos diurnos de la *Independent Air Force.* Los bombarderos, equipados con un eficaz soporte Scarff de anillo para la ametralladora del observador, no sufrieron graves pérdidas e incluso se tomaron un buen desquite. En realidad, el mal tiempo y el precario funcionamiento de los motores les presentaron tantos obstáculos como los cazas alemanes. Aquellas experiencias condujeron, en los años de entreguerra, a subestimar seriamente la capacidad defensiva de los cazas.

En Italia y en el Próximo y Medio Oriente, donde la guerra no podía perderse ni ganarse, todos los beligerantes, excepto Turquía, que no tenía otro frente, tendieron a emplear sus aparatos más anticuados. Los combates aéreos siguieron en general el mismo esquema que en el frente occidental, salvo que con menor intensidad. En el Oriente Medio, como había pocos aviones alemanes y los turcos no disponían de muchos cazas eficaces, los aliados emplearon principalmente sus aparatos en ametrallar las líneas enemigas.

Los meses finales de la contienda presenciaron la supremacía aérea casi completa de los aliados en todos los teatros de la guerra. Los alemanes andaban escasos de pilotos, de aviones, de combustible y de transportes. La guerra en el aire había sido ganada.

**La aviación y la estrategia tradicional**

En el primer conflicto mundial la guerra aérea se superpuso a la que seguía la tradicional estrategia bidimensional. Fue la última de las guerras conducidas en ese estilo. La casi totalidad del esfuerzo aéreo se dedicó a apoyar de cerca las operaciones de tierra y mar, y la contienda terminó sin proporcionar una prueba convincente del poder ofensivo de la aviación como arma propiamente dicha. Tampoco se adquirió, pues, gran experiencia sobre lo que serían las dos principales tareas de la fuerza aérea en la Segunda Guerra Mundial: el bombardeo aéreo estratégico y el empleo de los cazas para la defensa de los cielos.

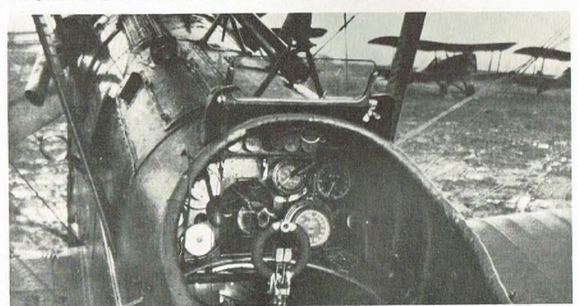
Esta reseña sería incompleta sin alguna descripción de los hombres que pilotaron los cazas en los albores de la nueva arma. Los pilotos de la R.A.F. pueden servirnos como ejemplo, ya que no difieren gran cosa de los de las restantes fuerzas aéreas.

Casi todos ellos eran muy jóvenes —ape-





*Izquierda:* **aviones alemanes de caza «Albatros».** *Arriba:* **«Sopwith Camel» británico.** *Abajo:* **carlinga del «SE5A» británico, que ayudó a los aliados a superar la inferioridad en el aire producida por las terribles pérdidas del «abril sangriento» de 1917.**



nas ninguno pasaba de los veinticinco años de edad, y eran muchos los que estaban por debajo de los veintiuno— y hasta las últimas etapas de la guerra no habían sido sometidos a un entrenamiento adecuado. Era muy frecuente que las escuadrillas en servicio activo admitieran pilotos cuya experiencia no rebasaba las treinta horas de vuelo, cinco o seis de las cuales podían ser de tipo operativo. La mayoría de ellos nunca habían disparado una ametralladora en el aire, y no tenían la menor idea de la táctica del combate aéreo. En aquellos días no había unidades de entrenamiento operativo, y esa clase de instrucción sólo pudieron proporcionarla los pilotos más experimentados de las escuadrillas curtidas en el frente de batalla. Una vez pasadas las primeras semanas (que eran las de mayor peligro), los pilotos novatos tenían muchas más probabilidades de sobrevivir. El nivel de los entrenamientos mejoró mucho en las últimas etapas de la guerra, especialmente en la R.A.F., en la cual las reformas del coronel Smith-Barry contribuyeron a reducir las trágicas pérdidas de jóvenes pilotos sin experiencia.

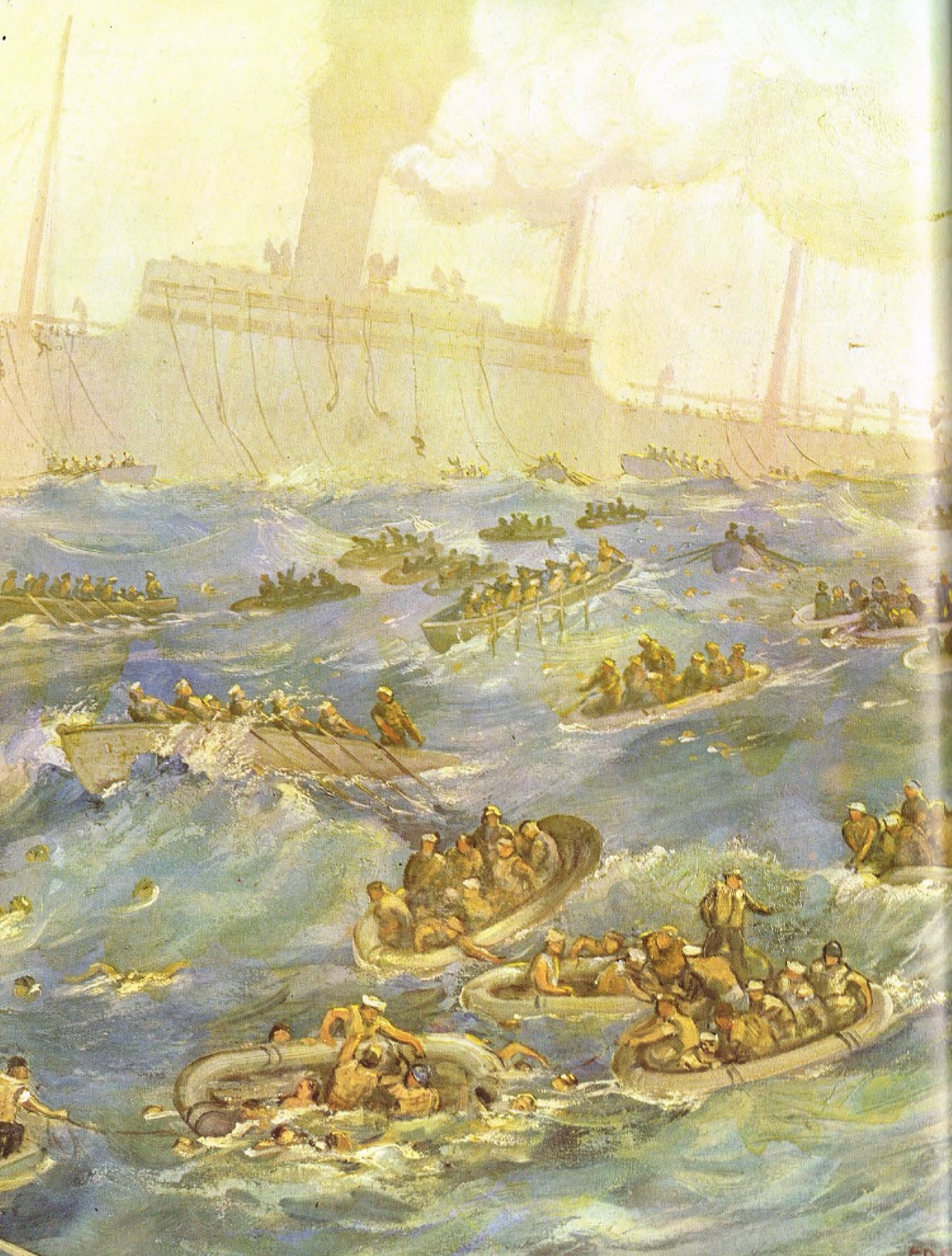
En aquellos días no había carlingas cerradas, ni calefacción, ni paracaídas, ni tanques de combustible con cierre automático. Los pilotos de patrullas de vuelo alto, en invierno, operaban en condiciones glaciales, y no fueron infrecuentes los casos de congelación.

Fue extraordinaria la rapidez con que aquellos jóvenes maduraron y adquirieron seguridad y confianza: muchos de ellos volaban con gran soltura a los veinte años de edad.

Aunque constantemente empeñados en los duelos, y aunque la lucha podía presentar la máxima dureza, combatían limpiamente. Sin dejarse afectar por la propaganda bélica, dirigida por completo a vilipendiar al enemigo, no sentían odio personal por sus adversarios. Verdaderamente, era siempre muy dramático ver un aparato abatido precipitarse en llamas, y era una experiencia que inspiraba el solemne pensamiento: «Ahí iría yo, de no ser por la ayuda de Dios.»

En el aire claro, muy por encima del fango y la sangre de los campos de batalla, un generoso sentimiento caballeresco de juego limpio era compartido por la gran mayoría de los pilotos que participaron en la guerra aérea.

**Mariscal sir Robert Saundby**



# La guerra antisubmarina

**Muchos alemanes se mostraban pesimistas cuando, en los primeros meses de 1917, los responsables de la guerra decidieron arriesgarlo todo en una «campaña submarina sin limitaciones» contra Gran Bretaña. Y, en efecto, tenían razón. La esperanza de que la isla, en seis meses, pudiera rendirse por hambre, dejó paso al desánimo cuando los británicos dedicaron todas sus energías disponibles en montar una mortífera cadena de minas, una fuerza de protección de convoyes y un contrabloqueo que arruinó la moral de la población civil de Alemania.**

*Izquierda:* **«Los supervivientes del transatlántico *President Lincoln*», pintura de Beal. Los submarinos no podían recoger a los supervivientes, que, así, quedaban expuestos muchas veces a penurias capaces de acabar con sus vidas.**
*Abajo:* **así vio el pintor Claus Bergen a uno de los submarinos alemanes que tan gravemente amenazaron el cordón umbilical de la Gran Bretaña.**



Si en la cuestión de proseguir una guerra submarina sin limitaciones, las «palomas» alemanas habían logrado contener, durante los años 1915 y 1916, los arrebatos de sus hermanos «halcones», a comienzos de 1917 una nueva discusión suscitada en Berlín sobre este tema acabó con un triunfo de los más belicosos. Éstos garantizaban la victoria en un plazo de seis meses, aun en el caso de que los Estados Unidos entraran en guerra del lado de los aliados.

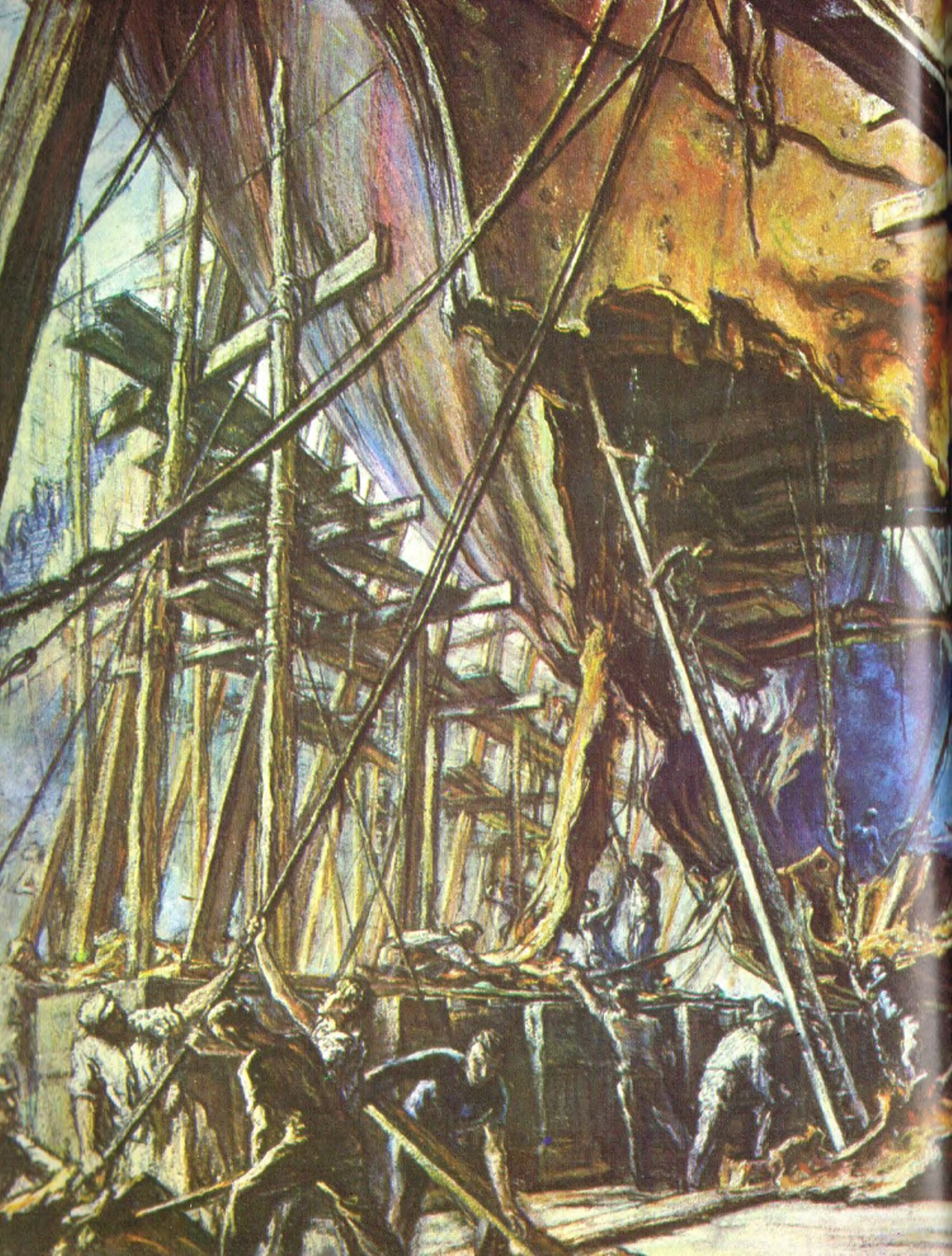
En consecuencia, el día 1 de febrero se cursaron órdenes para reanudar la lucha sin cuartel; y, tres días más tarde, el presidente Wilson rompió las relaciones diplomáticas con Alemania. Pocos días antes —el 16 de enero— el ministro alemán de Asuntos Exteriores había enviado vía Washington, al embajador en México, el mensaje todavía conocido como «telegrama Zimmermann». Tal mensaje prometía a México, a cambio de su alianza con Alemania, la recuperación del «territorio perdido» en el sur de los Estados Unidos. Aquella asombrosa *gaucherie*, interceptada y descifrada en Londres, fue comunicada en el momento oportuno al embajador estadounidense, Walter Page. La indignación que provocó en los Estados Unidos movió a éstos a intervenir activamente: el día 6 de abril, en efecto, declaraban la guerra a Alemania.

En realidad, las pretensiones expuestas por los «halcones» alemanes no eran tan fantásticas como pueden parecer ahora, y los resultados conseguidos en los primeros meses parecieron darles la razón. En 1916 la flota submarina había aumentado a más del doble (de 54 a 133), y las unidades hundidas no habían sido más que 22. Las pérdidas de barcos aliados y neutrales subieron de 386.000 toneladas en enero de 1917 a la cifra colosal de 881.000 toneladas en abril, un total que, de haberse mantenido unos meses más, habría significado la victoria de Alemania.

El peso principal en la lucha contra la fuerza submarina recaía, naturalmente, sobre la flota británica, y, al haber resultado ineficaces las diversas réplicas adoptadas, se suscitaron numerosas discusiones sobre si se debía probar con el sistema de convoyes. El Almirantazgo, con el beneplácito de gran parte de la marina mercante, consideraba que las desventajas, como por ejemplo los largos rodeos impuestos a los barcos, superaban las posibles ventajas. Para el Ministerio de Marina, sin embargo, no merecían confianza tales argumentos, que en realidad se apoyaban en falsas estadísticas del Almirantazgo sobre la relación entre pérdidas de buques y viajes sin contratiempo. Lloyd George, el primer ministro, era de la misma opinión. A finales de abril obligó al Almirantazgo a probar con los convoyes, e inmediatamente fueron adoptadas las recomendaciones del Comité de Convoyes del Atlántico, que se había establecido en mayo y había elaborado un exhaustivo plan a principios del siguiente mes.

El almirante W. S. Sims, comandante de las fuerzas navales de los Estados Unidos en Europa, era también un firme defensor del sistema de convoyes, y, con la ayuda de los destructores norteamericanos, que pronto comenzaron a operar desde Queenstown (ahora Cobh), en Irlanda del Sur, el experimento resultó un éxito completo. No solamente las pérdidas de barcos disminuyeron bruscamente a partir de abril, sino que los hundimientos de submarinos aumentaron desde veinte, en la primera mitad del año, a cuarenta y tres, en la segunda mitad. No obstante, la confrontación entre Lloyd George y el Almirantazgo hizo que las autoridades civiles retiraran a este organismo gran parte de su confianza. En consecuencia, en julio Lloyd George nombró Primer Lord del Almirantazgo a sir Eric Geddes, en sustitución de sir Edward Car-

*Página siguiente:* **reparación del enorme boquete abierto en el casco de un buque aliado por un torpedo alemán.**





son, que, como es natural, había apoyado las opiniones del Almirantazgo en el asunto de los convoyes; y en diciembre, Geddes destituyó bruscamente al almirante sir John Jellicoe de su puesto de Primer Lord del Mar.

**Una barrera de minas**

Aunque la introducción de los convoyes fue sin duda el factor más importante para la superación de la crisis, otras medidas contribuyeron también a la solución del problema. El conflicto entre minador y dragaminas estaba en su momento culminante, y en otoño los británicos podían por fin disponer de un eficaz modelo de mina, copiado de los alemanes. El Paso de Calais era la zona crucial, porque si los submarinos de gran radio de acción, que operaban desde las bases alemanas del Mar del Norte, y los modelos más pequeños, con base en Zeebrugge y Ostende, no podían pasar por el Canal de la Mancha, se verían obligados a rodear Escocia por el norte y, por consiguiente, a tomar un itinerario mucho más largo para alcanzar sus zonas de operaciones en los accesos occidentales a las islas Británicas. En consecuencia, los británicos dedicaron grandes esfuerzos a la creación de una impenetrable barrera de minas y redes en el Paso de Calais, con barcos que patrullaban constantemente por los alrededores.

Aunque esas medidas se mostraron con el tiempo más efectivas, todavía en 1917 los submarinos lograron cruzar el canal no menos de 250 veces, casi siempre de noche y por la superficie. Hasta el final del año, cuando la barrera había sido provista de iluminación nocturna, no resultó realmente peligroso para los submarinos intentar la ruta más corta. Tampoco se limitaron los campos de minas al estrecho paso del canal: los británicos descubrieron, por unos mensajes que lograron descifrar, las rutas utilizadas por los submarinos para entrar y salir de la ensenada de Heligoland, y las sembraron de cientos de minas para hundirlos al comienzo o al término de sus correrías. Los alemanes, por supuesto, no contemplaron pasivamente el refuerzo de la barrera de Calais y la obstrucción de las rutas de los submarinos: su servicio de dragaminas luchó denodadamente para mantener expeditos los canales de entrada y salida de sus bases del Mar del Norte, mientras que sus barcos de superficie atacaron en varias ocasiones a los navíos que patrullaban en los campos de minas de Calais. Pero aunque las patrullas británicas sufrieron a veces cuantiosas pérdidas, los alemanes no pudieron evitar que el tránsito por el Estrecho fuera una empresa cada vez más arriesgada para sus submarinos.

De todas las muchas medidas antisubmarinas adoptadas en 1917, la que se apuntó mayores éxitos —con veinte hundimientos— fue sin duda la mina. Las patrullas navales británicas hundieron dieciséis submarinos enemigos, las escoltas de convoyes hundieron seis, y los barcos-Q (reclamos) otros seis; y alrededor de una docena se perdieron por un accidente u otro. No obstante, aunque el total de hundimientos en 1917 (sesenta y tres) fue casi tres veces mayor que en el año precedente, los submarinos que salían del astillero reemplazaban sobradamente a los puestos fuera de combate. A finales de año, la flota submarina alemana era de 142 unidades, o sea, nueve más que doce meses antes, y muchas de ellas llevaban un mejor equipo técnico. Estaba, pues, claro que los aliados seguían lejos de ganar la batalla.

**Bloqueo a los bloqueadores**

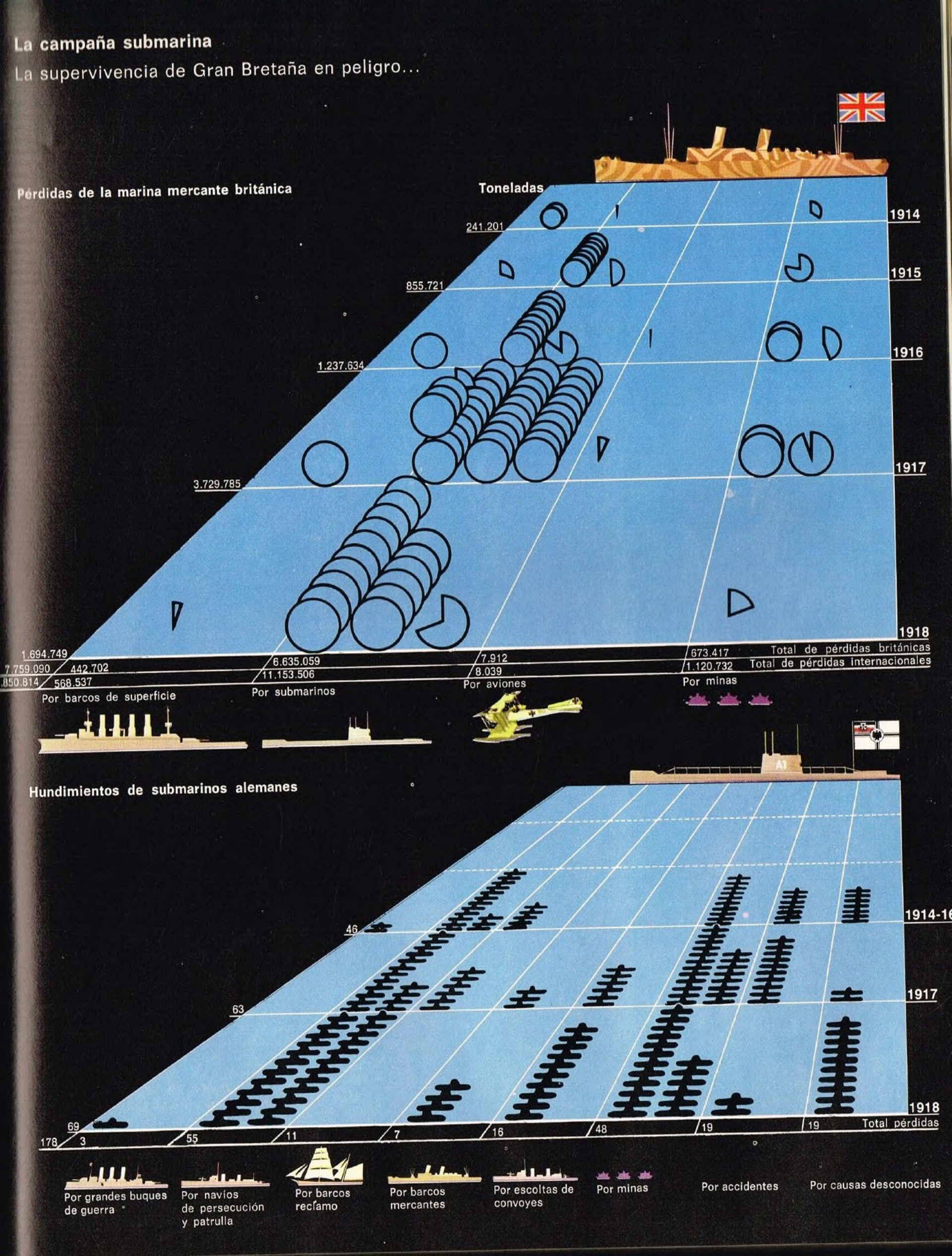
La entrada de los Estados Unidos en la guerra permitió a los aliados estrechar el bloqueo naval-económico y llevarlo hasta los límites del estrangulamiento. Navíos mercantes alemanes que llevaban mucho tiempo refugiados en puertos norteamericanos fueron secuestrados, y —lo que era aún más importante— dejó de darse el caso de firmas estadounidenses que trataran de enviar mercancías de contrabando a Alemania, o de barcos mercantes norteamericanos que burlasen el bloqueo británico para descargar en puertos escandinavos u holandeses. Casi de la noche a la mañana, a partir del 6 de abril de 1917, el control aliado del tráfico marítimo se hizo universal y completo. Para agravar aún más la situación de Alemania, la cosecha de 1917 fue otra vez mala, en gran parte a causa de la carencia de fertilizantes de importación, y las raciones alimenticias de la población civil descendieron a un nivel manifiestamente insuficiente para satisfacer las exigencias vitales. Además, había ahora una aguda escasez de muchos metales, y las fuerzas armadas empezaron a notarlo. La famosa disciplina del pueblo alemán no había aún experimentado un grave quebranto, pero, a fines de 1917, estaba poniéndose de manifiesto que la gran carestía y el hambre, si no se aliviaban en un próximo futuro, conducirían probablemente al derrumbamiento de la retaguardia.

A comienzos de 1918 habían sido colocadas cinco mil minas en la barrera de Calais, pero no por eso dejaron de pasar submarinos: en marzo la cruzaron veintinueve. Los británicos deseaban vivamente inutilizar las bases de submarinos de Flandes, ya que el Ejército no podía tomarlas. En verdad, la terriblemente onerosa prolongación de la tercera batalla de Ypres, en el otoño de 1917, ha de achacarse en parte a la presión del Almirantazgo para que se ocupasen Ostende y Zeebrugge. Cuando resultó claro que la ofensiva había fracasado, se resucitó la idea anterior de una operación de bloqueo, el cual, después de varias falsas puestas en marcha, se inició la noche del 22 al 23 de abril. Aun cuando los británicos creyeron que Zeebrugge había quedado eficazmente bloqueado, hoy en día se estima que no era así: a pesar de la gran valentía con que se llevó a cabo la operación (se concedieron no menos de once cruces Victoria), a primeros de mayo los submarinos podían escurrirse por entre los barcos de bloqueo.

**Alemania siente el apretón**

Al verse los submarinos cada vez más obligados a utilizar la larga ruta en torno al norte de Escocia, se avistó la posibilidad de establecer un gigantesco campo de minas entre las Orcadas y la costa noruega. Como la distancia era de unas 250 millas, en vez de las 20 del Paso de Calais, y la profundidad de las aguas era en algunos lugares mucho mayor, la empresa del bloqueo revestía unas características muy diferentes. En julio de 1917 estaba preparada la producción masiva de un nuevo modelo de mina norteamericana, y se tomó la decisión de seguir adelante. La Armada de los Estados Unidos asumió la parte principal en la colocación de las minas, muchas veces con un tiempo muy duro. Al final de la guerra habían sido colocadas en aquella barrera del norte 56.000 minas norteamericanas y 13.000 británicas. Por desgracia, muchas de las minas norteamericanas estallaron antes de tiempo; por otra parte, existió siempre una brecha en la extremidad oriental de las aguas territoriales noruegas, brecha que los submarinos alemanes no tardaron en

*Derecha:* **balance del contrabloqueo llevado a cabo por los submarinos alemanes.**
**En la mitad superior del gráfico están representadas las pérdidas aliadas en buques mercantes; debajo, las pérdidas alemanas en submarinos.**


La campaña submarina
La supervivencia de Gran Bretaña en peligro...
Pérdidas de la marina mercante británica
Toneladas
241.201
855.721
1.237.634
3.729.785
1.694.749
1914
1915
1916
1917
1918
7.759.090
850.814
442.702
568.537
Por barcos de superficie
6.635.059
11.153.506
Por submarinos
7.912
8.039
Por aviones
673.417
1.120.732
Por minas
Total de pérdidas británicas
Total de pérdidas internacionales
Hundimientos de submarinos alemanes
A1
46
63
69
178
1914-16
1917
1918
3
55
11
7
16
48
19
19
Total pérdidas
Por grandes buques de guerra
Por navíos de persecución y patrulla
Por barcos reclamo
Por barcos mercantes
Por escoltas de convoyes
Por minas
Por accidentes
Por causas desconocidas



Explosión de un torpedo disparado por el submarino de primer término contra el buque que aparece en la parte alta de la foto. En abril de 1917, los submarinos alemanes hundieron 881.000 toneladas de barcos aliados; de haber seguido así unos meses más, Alemania podría haber ganado la guerra.

explotar. Aunque probablemente aquella barrera hacía más lento y peligroso el paso de los submarinos hacia sus aguas de operaciones, los resultados conseguidos (tres submarinos posiblemente hundidos y otros tres averiados) fueron bastante desproporcionados en relación con el esfuerzo realizado.

El Mediterráneo, hasta 1918, había sido un feliz campo de operaciones de los submarinos, que con una impunidad casi absoluta se habían dedicado a hundir buques mercantes. La flota submarina austríaca totalizaba veintisiete unidades, la mayoría de ellas de procedencia alemana, y estaba reforzada por unidades alemanas enviadas periódicamente a través del estrecho de Gibraltar para operar desde las bases de Cattaro (hoy Kotor) o Pola. De ahí que se considerase la posibilidad de establecer una barrera más, a través del estrecho de Otranto, para bloquear las rutas de entrada y salida de las bases del Adriático. También allí se utilizaron minas, redes y patrullas de unidades de superficie o aéreas, pero con muy escaso éxito. Indudablemente fue la introducción del sistema de convoyes lo que derrotó a los submarinos del Mediterráneo. De los diez hundidos en estas aguas en 1918, al menos cinco deben atribuirse a las escoltas de los convoyes. (Uno de los éxitos más interesantes se dio el 4 de octubre de 1918, con la captura de Karl Dönitz, que sería jefe de la flota submarina alemana en la Segunda Guerra Mundial.)

En julio de 1918 los alemanes realizaron un último y desesperado intento de mandar submarinos por las aguas interiores del Canal de la Mancha, para atacar los transportes de tropas que estaban inundando de soldados norteamericanos el frente occidental. De los seis submarinos enviados solamente tres regresaron a sus bases, y dos de ellos gravemente averiados. El último tránsito tuvo lugar en agosto, y, a finales de dicho mes, los alemanes aceptaron que la larga ruta del norte era la única practicable. Mientras tanto se había colocado una barrera de minas en la costa oriental de Inglaterra, donde anteriormente los submarinos habían obtenido éxitos considerables; y se pusieron más minas en la ensenada de Heligoland. Al mismo tiempo, los británicos colocaron las primeras minas magnéticas frente a las bases de Flandes, que quedaron prácticamente inaccesibles para los alemanes. También en agosto sufrió un duro ataque la moral de las tripulaciones de los submarinos con la publicación, por parte de los británicos, de los nombres de 150 oficiales alemanes, la mayoría de ellos capitanes, de los que se sabía que habían muerto o caído prisioneros. Los posteriores análisis de esa lista han puesto de manifiesto lo bien enterados que estaban los departamentos de información y de lucha antisubmarina del Almirantazgo.

**Las campanas doblan por los submarinos**

El 25 de octubre el almirante Reinhard Scheer, comandante de la Flota de Alta Mar, llamó a todos los submarinos en ruta, con la finalidad de que tomasen parte en una última salida de la flota. En aquel momento eran veintitrés los submarinos destacados en alguna misión. Nueve días más tarde, quedó eliminada toda posibilidad de llevar adelante aquel plan desesperado a causa de los numerosos motines que estallaron en los principales navíos de Scheer, aun cuando las tripulaciones de los submarinos se mantuvieron leales hasta el fin. Una condición de los términos del armisticio firmado en Compiègne el 11 de noviembre fue la de que se rendirían todos los submarinos supervivientes.

No hay la menor duda de que en 1918 las fuerzas antisubmarinas aliadas infligieron una dura derrota a los submarinos. Aunque habían sido construidas otras setenta unidades, los hundimientos sumaron sesenta y nueve, y la fuerza total bajó de 142 a 134. Las escoltas de los convoyes y los patrulleros de superficie dieron cuenta de treinta y cuatro enemigos; pero también las minas probaron su eficacia, con dieciocho submarinos puestos fuera de combate. Pocos fueron hundidos —tal vez ninguno— por las escoltas y patrullas aéreas, pero éstas desempeñaron un papel de importancia creciente al informar sobre la posición de tales buques y al obligarlos a permanecer sumergidos. De todas las diversas armas del arsenal de las fuerzas antisubmarinas aliadas, la mina fue, en el conjunto de la guerra, la más eficaz, con cuarenta y ocho éxitos en su haber; en segundo lugar, la carga de pro-



fundidad, con treinta; y luego el torpedo, con veinte. Pero los hundimientos conseguidos por los submarinos alcanzaron la enorme cifra de 11.153.506 toneladas, sobre un total de pérdidas —sufridas por todas las naciones aliadas e imputables a todas las causas— de 12.850.814. La marina mercante británica fue, con mucho, la más castigada: sus 7.759.090 toneladas perdidas representaban aproximadamente el treinta y siete por ciento de su tonelaje total de antes de la guerra. La pérdida de 178 submarinos fue quizás un pequeño precio para la cantidad de barcos destruidos.

En cuanto al bloqueo aliado de las potencias centrales, en agosto de 1918 la ración civil en Alemania se redujo a menos de 2.000 calorías diarias; la desnutrición había mermado mucho la resistencia a las enfermedades, mientras crecía bruscamente la cifra de mortalidad. Quizás el mejor índice del efecto del bloqueo en el pueblo alemán sea éste: durante los cuatro años 1915-18, las muertes en la población civil excedieron en 760.000 el número indicado como probable por las estadísticas de preguerra. Aunque los ejércitos alemanes estaban tan completamente derrotados en tierra como sus submarinos en el mar, y la llamada «puñalada en la espalda» asestada por la población civil es una ficción de la fantasía militarista alemana, no por ello deja de ser verdad que el bloqueo causó grandes sufrimientos a los pueblos alemán y austríaco.

En Gran Bretaña y Francia, a pesar de que el racionamiento se hizo más severo a partir de 1916, la población civil no se vio sometida a tantas penurias y las industrias de guerra de las naciones aliadas no padecieron dificultades como las que causaba en Alemania la escasez de materias primas; hay, pues, mucho de verdad en la afirmación de que la victoria aliada de 1918 fue producida por el «triunfo de las fuerzas no armadas» tanto como por los éxitos bélicos en tierra, mar y aire.

**Capitán S. W. Roskill**

**«El *U-53* en pleno Atlántico», pintura de Claus Bergen donde aparece uno de los tripulantes en su puesto de vigía. La letra U antepuesta siempre al número es la inicial de la palabra alemana *Unterseeboot*, literalmente «buque submarino».**

# La última victoria de Ludendorff

**Ludendorff lo arriesgó todo en una gran ofensiva que debía dejar fuera de combate a británicos y franceses antes de que llegasen los refuerzos norteamericanos. En marzo de 1918 atacó, y, al principio, pareció que se saldría con la suya...**

A finales de 1917 Europa estaba al borde de la bancarrota: una bancarrota mucho más grave que un mero quebranto material y económico, porque los valores perdidos eran la sangre y el espíritu, la vida y las esperanzas de tantos seres humanos. Tres años y medio de guerra habían desangrado a las naciones. En ese lapso, Francia sola había enterrado a dos millones de hombres: en el saliente de Ypres y en Loos (1915), en Verdún y el Somme (1916), y tras las ofensivas de Nivelle y la batalla de Passchendaele (1917).

Un lúgubre abatimiento dominaba a los pueblos de las naciones beligerantes. Aún no se habían hundido en el derrotismo, pero no lograban vislumbrar los caminos de la victoria. Toda Europa, mejor dicho, todo el mundo, estaba hipnotizado por aquel impresionante espectáculo que era el frente occidental. Éste, para la población civil, no era sino una máquina que se alimentaba de vidas humanas.

Allí, día tras día, la Muerte estaba presente, y por la noche salían las patrullas a cortejarla. Desde el crepúsculo vespertino hasta poco antes del amanecer, los fieles de aquel terrible rito salían para excavar trincheras de conexión entre puestos aislados, o incluso entre embudos de explosiones que podían ser utilizados como puestos de ametralladoras, para colocar



**El comienzo de lo que Ludendorff esperaba que sería la ofensiva final de Alemania: soldados alemanes colocan en posición piezas ligeras de artillería. Ludendorff sabía que Alemania debía ganar la guerra en la primavera de 1918, antes que llegasen desde los Estados Unidos refuerzos para los aliados. Era la última oportunidad.**

piquetas de hierro o estacas de madera que sirvieran de soporte a alambradas tendidas a toda prisa, para permanecer echados toda la noche junto a las trincheras enemigas con el fin de sorprender alguna conversación o de lanzarse a su asalto utilizando las bayonetas o unas granadas, y para regresar, después de unos instantes de terrible confusión, a las propias trincheras llevando a rastras algún prisionero, tembloroso y ensangrentado, de quien esperaban obtener alguna información militar útil.

A cualquier hora del día o de la noche podían salir de los cañones la muerte o la mutilación. En invierno las granadas estallaban con una violencia devastadora sobre el suelo endurecido por el hielo; las agujas de acero silbaban en el aire helado antes de clavarse en el suelo o de tropezar con un sordo golpe contra un obstáculo, animado o inanimado. Cada tipo de arma tenía su voz, y cada tipo de proyectil su efecto maléfico particular. La artillería de campaña alemana de 77 mm. vomitaba granadas que zumbaban y estallaban con el fragor de un gigantesco petardo; la de 5,9 pulgadas arrojaba con un maligno ladrido sus proyectiles, que proferían un largo gemido sobre valles y cumbres antes de acabar en un estallido brutal. Los cañones pesados martirizaban la zona de retaguardia con proyectiles que bramaban sobre las cabezas y luego sacudían el suelo con efectos terroríficos; y de vez en cuando, los *minewerfers* —colosales morteros de trinchera— escupían al aire sus cargas negras, que tras terroríficas parábolas iban a estallar en las trincheras enemigas.

La infantería odiaba a la artillería, su insensibilidad, su potencia para distribuir la muerte al azar, y, sobre todo, odiaba la propia impotencia ante sus ataques.

Hacia fines de 1917, en un sector del frente británico conocido por el nombre de Saliente de Flesquières, se libró una batalla típica de la furia y el encarnizamiento, la bravura y la suciedad, la fría determinación y el derroche de hombres y material que fueron distintivos de la guerra de trincheras. Desde minutos antes del amanecer del 30 de diciembre hasta primeras horas de la tarde del 31, los hombres de la 63.ª División británica lucharon por defender un irrisorio altozano llamado «Welsh Ridge» (Cerro Galés) frente al ataque de dos divisiones y media del II Ejército alemán. Durante treinta horas el sector fue un caldero de fuego con continuas explosiones de granadas y bombas, lleno de humo y gases, azotado en todas direcciones por el seco crepitar de las ametralladoras.

Y al final, poco más de un kilómetro de trinchera había cambiado de manos. Mil cuatrocientos veinte soldados británicos y casi dos mil alemanes habían muerto, y cuatro mil hombres de ambos bandos estaban heridos o habían desaparecido; y, por una ironía del destino, los que se habían visto obligados a retroceder se encontraban en posiciones mucho mejores y más seguras que las que habían ocupado anteriormente, mientras que los vencedores estaban tan expuestos al fuego y al contraataque enemigo que en seguida abandonaron el terreno conquistado.

A lo largo del frente occidental hubo otros pocos combates aquel último día de 1917: esporádicas emboscadas, bombardeos de rutina, algunos tramos de trinchera machacados por los morteros. Es probable que se mantuviese la media de «desgaste» diario: dos mil hombres de todas las nacionalidades, víctimas de acciones de guerra o de enfermedades causadas por las condiciones en que vivían.

Cuando la luz comenzó a faltar, los ejércitos se detuvieron sólo un momento. Bengalas y cohetes de señales se alzaron hacia el cielo con la evanescencia y el siniestro encanto de plantas tropicales; la tierra yerma, tachonada de cráteres como una luna, vibró espasmódicamente bajo la percusión de las intermitentes explosiones. Más hombres caídos, más heridos, más muertos. Al aproximarse la medianoche música y canciones resonaron en las trincheras alemanas y austríacas; también los ingleses celebraron tímidamente la entrada del nuevo año.

Al sur del saliente de Ypres se encontraba un batallón del Regimiento Real de Sussex, y un grupo de oficiales jóvenes hicieron juntos un brindis, mientras contemplaban, a través del campo nevado, los trazos de cohetes que subían al cielo, flotaban en él y caían agotados. Uno de aquellos hombres era Edmund Blunden, el poeta, que describió así la escena: «Aquellos trazos sobre el cielo nocturno eran como los primeros garabatos de los niños; no contestaban ninguna de las preguntas que con tanta ansiedad se formulaban los espectadores. Medianoche: sucesiones de luces coloreadas aquí, blancas allí, saludos bravucones de la artillería en breves bombardeos, crepitación de ametralladoras en el aire estremecido; la sola respuesta a las preguntas no formuladas pero importunas era sin embargo la línea de luces, en la misma posición de la medianoche de un año antes, respecto a Flandes. Todos estaban de acuerdo en que 1917 había sido un triste año. Todos observaban que 1918 no prometía nada bueno en el momento de su nacimiento.»

A pesar de ello, 1918 aportaría el final del conflicto, y, a pesar de la atmósfera de horror y de inútil destrucción que evoca en el recuerdo de los europeos la mera mención de 1917, durante los doce meses anteriores habían ocurrido dos acontecimientos que agitarían tentadoramente el dorado premio de la victoria primero ante los ojos de las potencias centrales y luego ante los de los aliados.

En marzo había empezado la Revolución Rusa. Ésta no permitió a los alemanes y austríacos disponer inmediatamente de las divisiones que guarnecían el frente oriental —en realidad, el general ruso Brusilov iba a desencadenar todavía una ofensiva—, pero los gobernantes alemanes no dudaban de que a principios de 1918 podrían concentrar sus fuerzas en el Oeste. Para acelerar el colapso ruso, el Gobierno alemán llegó a permitir el paso de Lenin a través de su territorio («en un vagón sellado, como un bacilo peligroso», según describía Churchill el episodio), porque sabía que, si quería aprovechar aquella ocasión de conseguir la victoria, tenía que actuar con rapidez. El momento propicio para Alemania era entonces, porque en abril de 1917 había tenido lugar el otro acontecimiento, que bien podía contribuir a arrebatarle la victoria: los Estados Unidos habían entrado en la guerra, y su gran potencial de hombres y material inclinaría con seguridad la balanza en contra de las potencias centrales, si se les daba tiempo para ello. Así, pues, se trataba de una carrera: *contra* el tiempo, para Alemania; *a favor* del tiempo para Gran Bretaña y Francia.

**La carrera contra el tiempo**

Nadie veía con mayor claridad la situación que el jefe supremo de las fuerzas alemanas, Erich Ludendorff. Desde agosto de 1916, aquel típico soldado teutónico, fornido y algo obstinado, había sido virtualmente el dictador de Alemania, porque no había la menor duda de que, aunque su gran amigo y admirador Hindenburg ostentase el más alto rango —jefe del Estado Mayor Central del Ejército de Campaña—, el cerebro del Ejército, la personalidad indiscutible, era Ludendorff.

Ludendorff se había dado cuenta de que Alemania tendría que ganar la guerra entre el término de la ofensiva británica de 1917 y el verano de 1918; en caso contrario, la llegada de los ejércitos norte-

americanos desnivelaría la balanza contra las potencias centrales, cuyas esperanzas y ambiciones se verían reducidas a la nada.

Había que forzar una decisión en el Oeste, y el 11 de noviembre de 1917 Ludendorff había presidido una conferencia en Mons para determinar cómo había que proceder. Asistieron a la conferencia los jefes de los estados mayores de los grupos de ejércitos, nominalmente mandados por el príncipe heredero y el príncipe Rupprecht de Baviera; hay que advertir, sin embargo, que ninguno de estos dos encumbrados personajes fueron invitados, como tampoco lo fueron el propio Káiser ni Hindenburg, a pesar de que uno y otro no se encontraban lejos del sitio donde se celebraba la conferencia. El tema de la discusión parecía demasiado primordial para que intervinieran personas ajenas a la profesión militar.

El tema más importante que había que discutir en primer lugar era el de si atacar hacia el oeste, contra el sector defendido por los británicos, o hacia el sur, contra el frente francés. La desventaja de la primera alternativa residía en que, si los británicos se retiraban, lo harían a través de viejos campos de batalla y de territorios intencionalmente devastados por los propios alemanes antes de retirarse a la línea Sigfrido (conocida por los aliados como línea Hindenburg). Ello obstaculizaría la acción de los atacantes, y probablemente iba a resultar bastante difícil desalojar a los británicos de la primera línea de trincheras si no se les daba la ventaja de sucesivas líneas para protegerlos a medida que se replegasen.

Por otra parte, los franceses, al sur, tenían tras ellos un espacio casi ilimitado para retirarse; pero de este modo crearían un saliente tan importante en la línea del frente que, ni siquiera con los refuerzos procedentes del frente ruso, Ludendorff habría dispuesto de los hombres necesarios para garantizar la seguridad del avance, teniendo en cuenta sobre todo que cada vez serían más largas las líneas de comunicaciones. Un ataque victorioso en Verdún podría eliminar la franja oriental del Ejército francés, con enormes efectos sobre la moral de Francia, y probablemente sobre la cooperación francoamericana (los estadounidenses recién llegados se encontraban precisamente estacionados en aquella zona); pero, como observó con sagacidad Ludendorff, los británicos podrían no sentirse obligados a ayudar a los franceses, tan lejos de sus propias zonas de interés, y entonces él tendría que montar otra ofensiva en gran escala en Flandes.

El propio Ludendorff resumió las conclusiones de la conferencia en las siguientes palabras: «La situación en Rusia... hará posible, según todo lo que podemos ver, descargar un golpe en el frente occidental en el Año Nuevo. Las fuerzas de uno y otro bando serán aproximadamente iguales. Unas treinta y cinco divisiones, y un millar de cañones pesados, pueden estar disponibles para *una* ofensiva; una segunda gran ofensiva simultánea no sería posible. Nuestra situación general requiere que podamos golpear cuanto antes, de ser posible a finales de febrero o principios de marzo, antes de que los norteamericanos puedan echar en la balanza fuerzas importantes. Tenemos que atacar a los británicos. Las operaciones han de basarse en esas condiciones.»

Había que celebrar muchas más conferencias, muchas más sesiones de planificación, antes de que pudiesen cursarse las instrucciones definitivas, pero el 21 de enero de 1918 Ludendorff tomó su decisión final en cuanto a la dirección y alcance de su gran ofensiva.

**Los planes de Ludendorff**

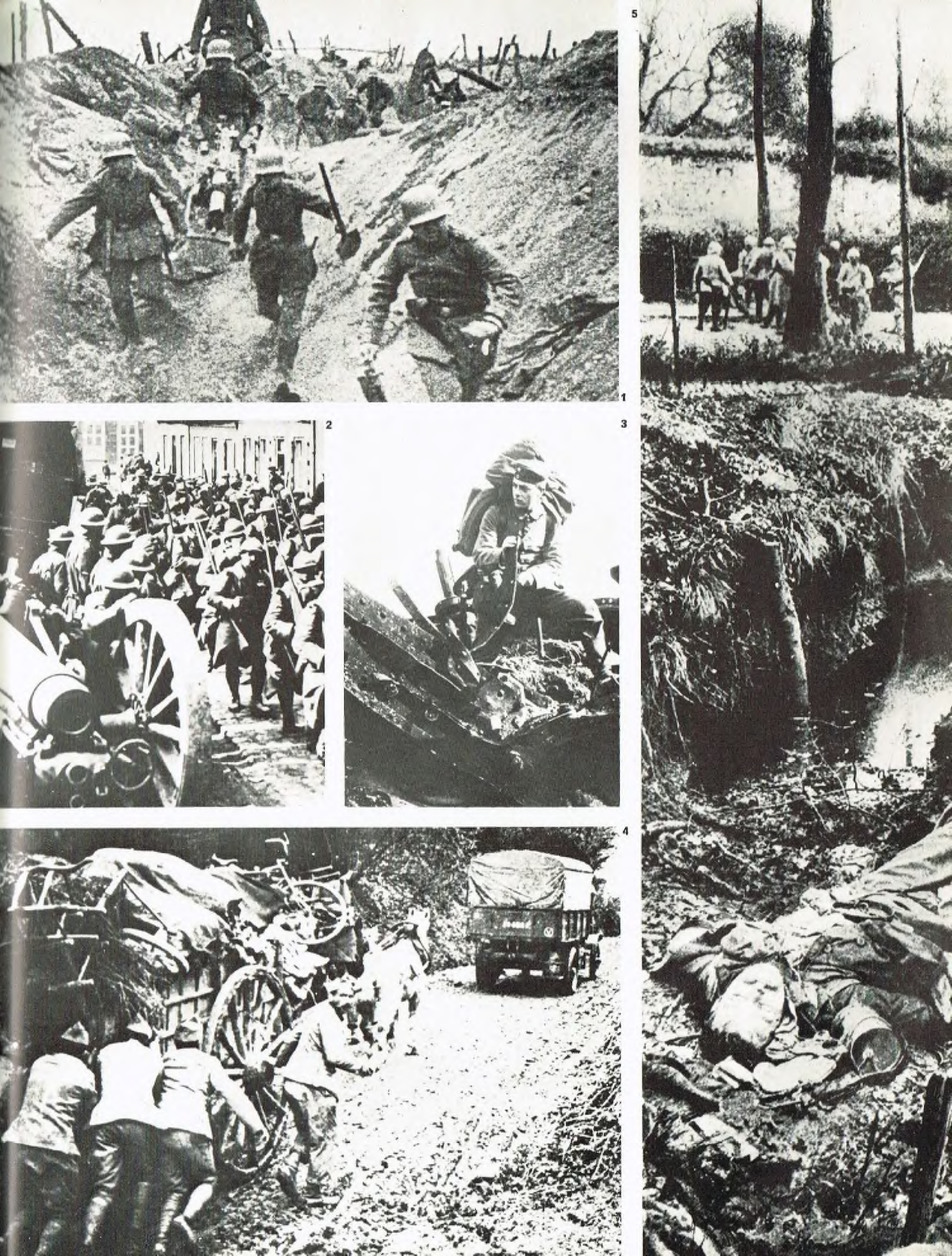
Al jefe supremo alemán le habría gustado mucho atacar la línea aliada en el sector más septentrional, de unos ochenta kilómetros —desde el sur de Armentières hasta la costa—, en ataques convergentes a ambos lados del saliente de Ypres, que se encontrarían cerca de Hazebrouck y cortarían el ferrocarril norte-sur, de importancia vital para abastecer a los ejércitos aliados; luego se dirigiría al norte y arrojaría a los británicos al mar. Dos planes, con los nombres cifrados de San Jorge I y San Jorge II, fueron preparados según estas directivas; pero, de mala gana, Ludendorff llegó a la conclusión de que ambos dependerían excesivamente de las condiciones atmosféricas. No tenía el menor deseo de hundir a sus ejércitos en el mismo fango que había frenado el empuje de los ataques británicos en 1917.

Al sur de aquella zona, los británicos defendían bravamente el frente de unos cincuenta y cinco kilómetros que cubría Béthune y Arras, a lo largo de las colinas de Vimy; y aunque su Estado Mayor elaboró los planes Valquiria y Marte para desalojarlos de aquellas posiciones, Ludendorff tenía plena conciencia de la tenacidad de la infantería británica cuando estaba bien atrincherada.

Por otra parte, más allá de Arras, entre San Quintín y La Fère, había un sector, defendido por el III Ejército británico al norte (hasta Flesquières) y el V (hasta La Fère), que parecía más prometedor. No solamente era probable que contase con ménor número de hombres, dado que los británicos acababan de relevar a los franceses en el sector más meridional (distribuyendo así las fuerzas disponibles en una línea más extensa), sino que el sector se hallaba frente a su propia línea Hindenburg, inmensamente fuerte y con capaces fortificaciones subterráneas, que era seguramente el mejor lugar en que concentrar las tropas y lanzar el ataque. En consecuencia, el Estado Mayor preparó un plan completo, designado con el nombre de San Miguel, y subdividido luego en tres secciones, numeradas de norte a sur.

El flanco izquierdo de la ofensiva San Miguel-3 se encontraba, por tanto, en las orillas del Oise, en el punto en que atraviesa La Fère. Como ese río corría atravesando las líneas, podría seguir proporcionando un conveniente flanco izquierdo del ataque en aquella zona; luego, cuatro millas detrás de las líneas británicas, estaba el canal Crozat, que también podría servir para proteger el flanco del grupo sur de ataque, mientras el resto del XVIII Ejército (al cual se había confiado principalmente la primera fase de la ofensiva, a las órdenes del general Von Hutier) rompería el frente británico a ambos lados de San Quintín y se extendería luego hasta alcanzar la línea cóncava del Somme entre Ham y Péronne. Ése sería el flanco de toda la ofensiva, y el deber de Von Hutier consistiría en cuidar de que ningún contraataque pusiera en peligro la ofensiva que en el norte habían de desencadenar el II Ejército del general Von der Marwitz (San Miguel-2), y el XVII Ejército del general Von Below (San Miguel-1). Ambos ejércitos avanzarían hasta alcanzar, respectivamente, Albert y Bapaume, y en esa línea virarían al norte para intentar la acción decisiva.

*Derecha: 1* **Una unidad alemana de asalto se apresta al ataque. Poco antes, los soldados habían sido adiestrados a avanzar con rapidez y arrastrando ametralladoras pesadas o ligeras.** *2* **Tropas francesas se retiran hacia el Somme. En pocos días, los aliados perdieron más terreno que el cedido por cualquiera de los dos bandos desde el principio de la guerra.** *3* **Un soldado alemán contempla los restos de un tanque británico destruido cerca de Albert.** *4* **Los franceses huyen ante el tremendo asalto alemán.** *5* **El precio que los alemanes estaban dispuestos a pagar por la victoria. En la ofensiva de primavera, Ludendorff derrochó las vidas de sus mejores soldados.**





Como Ludendorff conocía demasiado bien la vanidad de los planes humanos y los mil accidentes que pueden dar al traste con ellos, preparó también los planes para otras ofensivas a lo largo de todo el resto del frente, desde La Fère, hacia el sur y el este, hasta el saliente de Verdún, denominándolos, con una rara mezcla de fervor clásico y religioso, Arcángel, Aquiles, Rolando, Héctor, Cástor y Pólux. Pero el más importante era el proyecto San Miguel.

**Comienza la ofensiva**

El *Intelligence Service* británico ya a comienzos de febrero había reunido suficiente información para que los Estados Mayores pudieran estimar con bastante exactitud los planes de Ludendorff. No se podía hacer gran cosa, sin embargo, para proteger la zona más inmediatamente amenazada, o sea la de San Quintín y La Fère, porque no había bastantes hombres para poner en condiciones las trincheras recién dejadas por los franceses (los cuales, después de la ofensiva de Nivelle, habían estado tan ocupados con sus graves conflictos internos, que apenas habían hecho otra cosa que reforzar ligeramente sus propias defensas).

El general sir Hubert Gough, que mandaba las doce divisiones de infantería y tres de caballería del V Ejército británico, sólo había podido reforzar la primera línea hasta el punto que lo permitía el trabajo que los hombres podían dedicar por la noche a este menester; la principal zona de batalla, inmediatamente detrás (de una profundidad variable, con un máximo de cuatro kilómetros según la configuración del terreno), en la medida en que lo permitía la fatiga de las unidades que «descansaban»; y la zona de retaguardia sólo en la medida en que su fuerza de trabajo (que constaba principalmente de *coolies* chinos) podía construir caminos para llevar adelante los trabajos más urgentes.

Si hubieran tenido tiempo, los hombres de Gough habrían construido indudablemente defensas comparables a las de la línea de las colinas de Vimy, pero no se encontraban los hombres necesarios para preparar las defensas en unas pocas semanas. Los soldados del V Ejército hicieron lo que pudieron, y esperaron la acometida con aquella mezcla de resignación y amargura que tipifica la actitud del soldado del frente hacia la guerra, hacia sus mandos, y hacia su probable destino.

Inmediatamente antes de las cinco de la mañana del jueves 21 de marzo de 1918 comenzó la más concentrada barrera de fuego artillero que había conocido el mundo. Unos seis mil cañones alemanes abrieron el fuego casi simultáneamente a lo largo de un trecho de unos setenta kilómetros entre los ríos Sensée y Oise, y cuando 2.500 cañones británicos contestaron, el ruido que se sumó al de los cañones enemigos apenas era advertido incluso por los hombres que los disparaban.

Toneladas de acero y grandes explosivos cayeron con fuerza arrasadora sobre toda la profundidad del frente del V Ejército, y mientras los hombres se encogían, ensordecían y quedaban aturdidos en sus trincheras, o se dirigían tambaleándose como borrachos a los puntos de control, el suelo se quebraba o se combaba bajo sus pies, y el aire se llenaba de gases irrespirables.

En la zona de la batalla, los emplazamientos de los cañones, los puestos de mando de batería y de brigada, los enlaces telefónicos y los cruces de caminos se hundían o partían bajo el fuego, los depósitos de municiones estallaban en altísimos hongos de llamas y destrucción, y los cañones se convertían en informes montones de metal. En setenta kilómetros hacia el este, el horizonte era una línea de llamas rojas que se reflejaban sobre la capa de niebla que cubría las posiciones más meridionales de los ingleses, cerca del Oise.

Durante cuatro horas y media continuó aquel fuego destructor, barriendo las avanzadas y la zona de batalla, borrando las trincheras, destrozando los puestos de mando y haciendo saltar a pedazos las endebles construcciones que las tropas británicas habían logrado levantar. A las 9,40 de la mañana, la infantería alemana se puso en pie y se lanzó al ataque.

El grueso de las tropas de asalto se movía rápidamente, llevando, según las nuevas órdenes, el fusil en bandolera y confiando sobre todo en las muchas bombas de mano que cada soldado poseía y en las ametralladoras ligeras y lanzallamas que acompañaban a cada sección. Donde los protegía la niebla, los alemanes atravesaban rápidamente las posiciones de vanguardia, eludiendo los puntos fuertes y los reductos conocidos, saltando las trincheras, y corriendo hacia adelante para alcanzar los restos de los centros de comunicaciones y las baterías de la zona de batalla. Tras ellos limpiaban las trincheras la segunda y tercera oleadas, que a veces se limitaban a mandar hacia su retaguardia a prisioneros aturdidos y ensangrentados, y a veces completaban los estragos de los cañones con sus bayonetas y las culatas de sus fusiles. Luego seguían a la primera oleada hacia el interior de la zona de batalla.

La suerte alemana varió en proporción inversa a la distancia en que sus unidades se hallaban del Oise, donde la niebla era más espesa. A lo largo de las orillas del río, donde la niebla se había formado y se dispersaba más lentamente, la infantería alemana había atravesado la zona de batalla poco después de mediodía; pero alrededor de San Quintín, y hacia el norte, los británicos pudieron resistir, aunque a un precio terrible: en un sector del frente, de ocho batallones británicos solamente sobrevivieron cincuenta hombres, y para conocer la suerte de dos batallones del *King's Royal Rifle Corps*, hubo que esperar varios meses, hasta que se descubrió a unos cuantos supervivientes en un campo alemán de prisioneros.

Aún más al norte, hacia el saliente de Flesquières, la infantería británica estaba poniendo a prueba la exactitud de la predicción de Ludendorff respecto a su capa-

*Izquierda:* **los defensores británicos de una posición observan el avance de los alemanes, que aparecen entre la niebla, colaboradora del ataque germano. Junto a las orillas del Oise, los soldados atacantes irrumpieron profundamente en la zona de batalla desde el primer día de la ofensiva; sin embargo, allí donde la niebla se dispersó, los británicos resistieron firmemente. Ambos bandos sabían que los alemanes perderían la guerra si no conseguían la victoria durante la primavera de 1918.**



**«¡No se pasa!», proclama este cartel francés. Sin embargo, en 1918 las defensas aliadas estuvieron muy cerca del colapso total.**




**Los distintos planes considerados por Ludendorff para descargar el golpe con que pensaba derrotar a las fuerzas aliadas.**

cidad de resistencia. Allí la niebla no había sido tan espesa, y se había dispersado hacia las 10,30 de la mañana; además, los británicos combatían en unas trincheras que hacía algún tiempo habían sido confiadas a su responsabilidad. El resultado fue que al finalizar el día se mantenían todas las posiciones del extremo norte; desde allí hasta San Quintín los alemanes habían conseguido entrar, pero sin profundizar mucho, en la zona de batalla, y sólo en el extremo sur habían ocupado las posiciones. Ahí, al anochecer, la línea había retrocedido hasta el canal Crozat, y el flanco izquierdo de Von Hutier había hecho todo cuanto estaba previsto.

Aquella noche, el Káiser concedió a Hindenburg la Cruz de Hierro con Rayos Dorados (la última concesión había sido para Blücher, en 1814), y Ludendorff y el general Von Kuhl (jefe del estado mayor de Rupprecht de Baviera) estudiaban fría y desapasionadamente sus mapas, mientras en el campo de batalla largas hileras de soldados británicos hacían subrepticiamente su camino de repliegue desde posiciones que habían quedado aisladas, y los atacantes alemanes descansaban después de su agotador trabajo y se preparaban para las duras pruebas que aún les faltaban.

Durante los días que siguieron se repitió el esquema de las primeras horas de la ofensiva: las posiciones británicas del norte resistieron, mientras las del sur cedían terreno a medida que el avance de Von Hutier presionaba despiadadamente contra una resistencia cada vez más debilitada. Al anochecer del segundo día los británicos habían sido empujados en el sur contra el Somme, casi hasta la altura de Péronne, y se habían visto obligados a abandonar sus posiciones al norte, en dirección a Flesquières, para conservar alguna forma de línea defensiva. Era como si estuviera forzándose una puerta con gozne en Flesquières y cuyo borde exterior oscilase amenazadoramente hacia Amiens.

Pero este movimiento abría una brecha en una dirección equivocada, según los planes de Ludendorff. Éste no deseaba —y quizá, lo que era más importante, no tenía planeada— una ruptura en dirección sudoeste, a pesar de que ésta podía conducirlo a París. Sus planes preveían una rotura hacia el norte, y, con esa intención, trató de desviar el peso del ataque al sector San Miguel-1, a lo largo de la carretera Cambrai-Bapaume, para arrancar la puerta de su gozne imaginario. Gradualmente, entre el saliente y el canal Sensée, la presión de su ataque obligó a las defensas a ceder, hasta formarse una bolsa entre las defensas de Arras al norte y el saliente de Flesquières al sur; parecía como si esas dos posiciones fuesen pernos de hierro clavados en el suelo en los extremos de un cable flexible y ligeramente elástico. Daba la impresión de que la ofensiva San Miguel-1 no conseguiría romperlo.

Durante todo el sábado 23 de marzo la presión continuó en todos los puntos del frente, y las defensas del sur se desmoronaron: el V Ejército se desintegró, lenta pero inexorablemente. Tambaleándose de debilidad y de fatiga, los soldados luchaban hasta morir, o se replegaban hasta caer inconscientes. Inevitablemente, se perdió el contacto con las fuerzas que resistían al norte. A las 7 de la mañana del día siguiente, los seis comandantes de batallón de la División Naval, que defendían la punta del saliente de Flesquières, al comprender que habían perdido el contacto con el Alto Mando, llegaron a la conclusión —cuando vieron las brechas abiertas a ambos flancos— de que su posición se hacía rápidamente insostenible, y decidieron, para evitar el aniquilamiento, retirarse. El saliente fue evacuado, y el perno de hierro arrancado del suelo.

Había comenzado la «gran retirada».

**Barrie Pitt**

# Alemania pierde sus aliados

**Lloyd George creía que la manera más segura de derrotar a Alemania era «destruir sus puntos de apoyo», es decir, poner fuera de combate a sus aliados.**
**Las últimas campañas contra los países que luchaban junto a Alemania fueron tres éxitos: el de Allenby en el Oriente Medio, el de Franchet d'Esperey en los Balcanes y el de los italianos en Vittorio Veneto.**

Durante toda la Primera Guerra Mundial la mayor parte de los jefes militares de Londres y París dieron por supuesto que la tarea esencial de los ejércitos ingleses y franceses era vencer a Alemania en el frente occidental. La victoria, a su parecer, solamente llegaría tras una larga guerra de desgaste que desangrara a Alemania mediante continuos ataques lanzados a través de los devastados campos de batalla de Francia y Flandes. Para Gran Bretaña y Francia, la lucha contra los aliados de Alemania —Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria— era a lo sumo un aburrido espectáculo de operaciones de diversión, que a veces resultaban peligrosas y consumían vorazmente hombres y material. Sin embargo, ya desde el principio, en ambos lados del Canal de la Mancha se habían levantado voces contra esta estrategia que otorgaba primacía al frente del Oeste. «¿Por qué —se preguntaban— sacrificar millares de hombres contra posiciones sólidamente fortificadas, en el teatro de operaciones que los mismos alemanes habían escogido para sus grandes ofensivas? Puesto que en el frente occidental se había establecido un equilibrio entre los dos enormes ejércitos en pugna, había que buscar otra solución, como por ejemplo atacar a los aliados de Alemania más vulnerables, hasta dejar aislado al principal enemigo, y asaltar luego por la espalda las defensas de la fortaleza de Europa central.» Esta política empezó a ser aplicada durante el primer invierno de la guerra; pero hasta septiembre de 1918 los aliados no decidieron —casi como si se tratara de una idea nueva— ponerla verdaderamente en práctica.

Este retraso no dependió solamente de la obstinación de los partidarios del frente occidental. Buena parte del confusionismo existente en este sentido se debía a que los Gobiernos aliados no concedían la misma importancia a las naciones que luchaban al lado de Alemania. Para los italianos, por ejemplo, la guerra constituía el último capítulo del *Risorgimento*, y los austríacos continuaban siendo su enemigo, como en los días de Cavour y Garibaldi. Los nacionalistas italianos consideraban a Turquía y Bulgaria como adversarios sin interés, mucho menos peligrosos para las aspiraciones de Italia que su aliado nominal, Servia, que todavía buscaba extender su influencia en la Dalmacia. Los franceses, por su parte, no podían ignorar la amenaza austríaca sobre el norte de Italia, porque si un ejército austríaco llegaba a ocupar la Lombardía, cabía esperar una campaña napoleónica a la inversa, con un ejército conjunto austroalemán cruzando la Lombardía y avanzando hacia Lyon y el corazón de Francia (en realidad, el jefe del Estado Mayor austrohúngaro había llegado a proponer este proyecto estratégico al Alto Mando alemán en 1916). Por otra parte, si bien Francia había definido claramente sus ambiciones en Siria, sentía escaso interés por Turquía. A pesar de todo, el Gobierno de París, a diferencia del de Londres, se mostraba muy interesado por el «Ejército de Oriente», una fuerza heterogénea que, bajo mando francés, se había reunido en Salónica para socorrer a los servios y mantener a los búlgaros alejados de Grecia.

Los ingleses, en cambio, a medida que la guerra avanzaba se fueron convenciendo de que Turquía era, después de Alemania, el primero de sus enemigos. Cada afrenta turca no hacía sino aumentar su encono: el refugio concedido al *Goeben* y al *Breslau*, el sangriento fracaso de Gallípoli, y los millares de prisioneros capturados en Mesopotamia que fallecían en los campos turcos. Por otra parte, en Londres se concedía poca importancia a Austria-Hungría y Bulgaria. Predominaba la tendencia a dejar el Imperio de los Habsburgo para los italianos, pues se suponía —al menos hasta Caporetto— que las cincuenta y dos divisiones y los 5.000 cañones concentrados en un frente tan pequeño como el del Isonzo tarde o temprano romperían las defensas austríacas. Y a pesar de que la prensa de Londres hablaba mucho de las atrocidades cometidas por los búlgaros en Macedonia, en Westminster se sentía por Bulgaria cierta simpatía, herencia de otros tiempos. La perspectiva de entrar triunfalmente en Sofía carecía de atractivo

**Los aliados preparan la ofensiva de los Balcanes: desembarco de artillería británica en Salónica.**



comparada con la gloria de liberar a Jerusalén o de humillar a los turcos desfilando en su propia capital, junto al Bósforo.

Los cambios de actitud de los ingleses se pusieron claramente de manifiesto en la evolución de las ideas de Lloyd George en materia de estrategia. Ya antes de que llegara a ser primer ministro, en diciembre de 1916, Lloyd George estaba convencido de que la mejor manera de vencer a Alemania era «destruir los puntos de apoyo» que le proporcionaban sus aliados. Pero las necesidades de la guerra decidirían el orden con que se procedería a su destrucción: así, en diciembre de 1914, Lloyd George quería un ejército interaliado que avanzase hacia el Danubio desde los Balcanes; en enero de 1917, propugnaba una ofensiva combinada en el norte de Italia, que coincidiría con una serie de ataques lanzados contra las posiciones búlgaras en Macedonia; pero, seis meses más tarde, se daba a conocer como un cruzado moderno que quería ofrecer Jerusalén al pueblo inglés como regalo de Navidad. La idea de un triunfo sobre Turquía no dejó de inflamar su imaginación hasta la victoria final de 1918. Sostenía que, si los turcos eran obligados por una derrota en Palestina a hacer una paz separada, los aliados podrían entonces llegar a ocupar Constantinopla y su *hinterland*, y borrar del mapa de Europa, empezando por el extremo sudeste, la zona dominada por los alemanes. Pocos consejeros militares dieron su consentimiento a los planes de Lloyd George, pero éste no era hombre dispuesto a inclinarse ante las objeciones de los supremos jefes militares.

El instrumento elegido en junio de 1917 por Lloyd George para realizar sus proyectos en Palestina fue el general sir Edmund Allenby, que en aquella primavera había obtenido una brillante victoria en Arras pero posteriormente había caído



en desgracia ante Haig. Allenby era un hombre de fuerte personalidad militar, un gigante en lo físico y en lo moral. Su predecesor en el mando de las fuerzas inglesas en Egipto, sir Archibald Murray, había perdido cerca de seis mil hombres en el curso de los últimos ataques en Gaza; y Allenby, cansado de las hecatombes del frente occidental, estaba decidido a renunciar a este tipo de costosos asaltos contra las sólidas posiciones turcas de la llanura costera de Palestina. Además, sentía el gusto típico del oficial de caballería por la guerra de movimiento. A fines de octubre de 1917, atacó a Beersheba, situada en las colinas de Judea, a 30 kilómetros de Gaza, rompió luego las líneas turcas y dio un rodeo para apoderarse de Gaza desde las dunas de arena que flanqueaban las defensas de la ciudad. Una rápida persecución de 75 kilómetros a lo largo de la costa le permitió avanzar hasta el puerto de Jaffa. A pesar de las lluvias continuas que obligaron a la intendencia a utilizar mulos y asnos para asegurar los transportes a lo largo de caminos convertidos en barrizales, Allenby avanzó desde Beersheba, en dirección noreste, hacia Jerusalén; el 9 de diciembre cayó en su poder la ciudad, que se encontraba bajo dominio musulmán desde hacía casi seiscientos años. Esta victoria provocó en Londres un estallido de alegría y fue acogida como el éxito más brillante logrado por las tropas británicas desde el principio de la guerra. No obstante, el Ejército turco, apoyado por unidades y oficiales alemanes, constituía aún una fuerza que estaba lejos de haber



**Soldados del Ejército austrohúngaro prisioneros de los italianos; en diez días de combates en el Piave, las fuerzas italianas vengaron Caporetto y llenaron sus campos de concentración con no menos de medio millón de desmoralizados prisioneros.**

sido derrotada. Las fuertes lluvias impidieron nuevos avances británicos. En febrero de 1918 fue tomada Jericó; pero Allenby, obligado a enviar a Francia sesenta batallones tras la ofensiva alemana de primavera, tuvo que dedicar todo el verano a improvisar un nuevo ejército compuesto de elementos ingleses, australianos, neozelandeses e indios, que, con el refuerzo de la Legión Arabe de T. E. Lawrence, estuvieron en disposición de lanzar un ataque decisivo en otoño.

**«Frankie el desesperado»**

En otro punto del Mediterráneo, en Salónica, las tropas aliadas se preparaban también para lanzar una ofensiva. El general Maurice Sarrail, que había actuado a la manera de un procónsul desde que fuera nombrado jefe del Ejército de Oriente en octubre de 1915, fue depuesto por Clemenceau en diciembre de 1917. Ocupó el puesto el general Franchet d'Esperey, un militar partidario de llevar la guerra a Oriente y que, gracias a haber efectuado numerosos viajes antes del conflicto, conocía los Balcanes y Europa central mejor que cualquier otro militar francés de alta graduación. Pero Franchet d'Esperey se mostraba reacio a abandonar su mando en el Oise y el Aisne, precisamente cuando, según él, había llegado el momento en que podría saldar una cuenta que tenía pendiente con Hindenburg. Clemenceau decidió entonces enviar a Louis Guillaumat a Salónica, con la difícil misión de apaciguar a los comandantes ingleses, servios e italianos, desde hacía tiempo indispuestos con los franceses por el trato despectivo que recibían de Sarrail. Guillaumat logró apaciguar un poco los ánimos de los irritados oficiales, pero antes de que pudiera lanzarse a una ofensiva fue llamado a París, ciudad en aquel momento amenazada por el ataque que los alemanes lanzaban en el Marne. Entonces Franchet d'Esperey, cuyo grupo de ejército acababa de sufrir un serio revés en el Camino de las Damas, recibió la orden de trasladarse al instante a Oriente para sustituir a Guillaumat.

Muy distintos en lo físico, Franchet d'Esperey y Allenby tenían sin embargo muchos puntos en común: los dos gustaban de mandar con entera libertad, habían sufrido un repentino eclipse en el frente occidental, esperaban la vuelta de las grandes maniobras estratégicas y estaban convencidos de que, tras años de estéril lucha en las trincheras, se acercaba la hora de la caballería: los ágiles escuadrones lograrían transformar los éxitos tácticos en triunfos definitivos. Como Allenby, Franchet d'Esperey combinaba un temperamento volcánico con un magnetismo personal capaz de galvanizar el espíritu de un ejército abatido; y, también, como en el caso de Allenby, la trágica muerte de su único hijo en el campo de batalla no hacía sino fortalecer su determinación de alcanzar la victoria. Cuando, en junio de 1918, desembarcó en Salónica, dijo bruscamente a un grupo de oficiales que habían ido a recibirle estas solas palabras: «Espero de ustedes una energía feroz.» Sus subordinados británicos pronto pusieron a su nuevo jefe el apodo de «Frankie el desesperado». El apodo le cuadraba muy bien: en efecto, a los diecinueve días de su llegada a Macedonia, el nuevo jefe del Ejército de Oriente ya tenía a punto, gracias a su energía, los planos de una ofensiva destinada a arrollar a los búlgaros y llevar la guerra hasta las llanuras del Danubio, a unos 500 kilómetros más al norte.

Este proyecto de ofensiva en los Balcanes fue discutido en una reunión del Consejo supremo de la guerra que tuvo lugar en Versalles el 3 de julio, con la asistencia de Clemenceau, Lloyd George y sus principales consejeros militares. El plan fue atacado no solamente por los obstinados partidarios del frente occidental, que eran contrarios a toda operación que pudiera implicar la retirada de tropas de Francia, sino también por Lloyd George, temeroso ante todo de que esta ofensiva pudiera privar a Allenby de una parte de sus tropas y de su material. Una subcomisión de representantes militares interaliados estudió detenidamente el proyecto y el 3 de agosto anunció que lo apoyaba, a condición de que dicha ofensiva no estorbase las operaciones en el frente occidental ni exigiera excesivos transportes marítimos en el Mediterráneo. Sin embargo, el Gobierno británico todavía vacilaba en dar su consentimiento, y todavía el jefe del Estado Mayor Imperial, sir Henry H. Wilson, se mantenía hostil a toda operación en el sudeste de Europa. Y así, se llegó a una extraña situación: el general Milne, jefe del ejército británico destacado en Salónica, convencido del éxito del plan, informó a Lloyd George que «una ofensiva en esta región, en un momento psicológico favorable, podía tener efectos de orden general»; y, en consecuencia, continuaba sus preparativos para un ataque que el Gobierno de Londres no se decidía a autorizar. Por otra parte, con gran secreto pero con el prudente apoyo de Londres, Allenby estaba ultimando sus planes, que guardaban alguna semejanza con los que se intentaba llevar adelante en Macedonia.

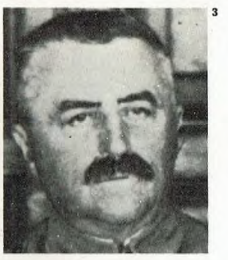
Franchet d'Esperey deseaba que el ataque empezara el 15 de septiembre y Allenby el 18. El 4 de septiembre Lloyd George, descartando las objeciones del general Wilson, dio, finalmente, su aprobación a la ofensiva de los Balcanes. Se puso firmemente al lado de los partidarios de buscar la solución en Oriente, tras la visita a Londres del general Guillaumat, quien, gracias a su experiencia del frente de Macedonia, logró convencer al primer ministro de que un enérgico ataque hundiría la resistencia de los búlgaros, cansados de la guerra. Hay que observar que Lloyd George, después de haber decidido apoyar a Franchet d'Esperey, volvió a su primitiva idea de una ofensiva general destinada a poner fuera de combate a todos los «puntos de apoyo» de Alemania, e insistió en que había de inducir por todos los medios al general Diaz, comandante en jefe del Ejército italiano, a que emprendiera la ofensiva contra los austríacos en el Piave. Aun el mariscal Foch, que veía cómo sus ejércitos iban rechazando lentamente las tropas alemanas en Francia, deseaba que se desencadenase simultáneamente un ataque italiano, pero Diaz se negó a moverse sin tener antes la seguridad de que Austria-Hungría estaba próxima a desintegrarse. Por lo demás, a mediados de junio, los austríacos habían cruzado el Piave y, si bien habían sido rechazados con muchas pérdidas, los italianos no estaban dispuestos a arriesgarse; no podían permitirse sufrir un segundo Caporetto.

**El cáncer de la derrota**

Los lazos entre los aliados de Alemania y el Gobierno de Berlín empezaron a ponerse tensos aun antes de que se desencadenase la ofensiva conjunta de los aliados. El deseo de paz estaba probablemente más difundido en Bulgaria que en otras partes, como Guillaumat y Milne sabían muy bien. Las pocas industrias que existían en el país estaban bajo el control de técnicos alemanes, y debían servir a la máquina de guerra de Alemania. Algunos hombres de negocios sacaban pingües beneficios de los contratos existentes con esta nación, pero la masa de trabajadores tenía que trabajar duramente a cambio de unos salarios miserables. Con la agricultura en ruinas por falta de mano de obra, el país se encontraba al borde del hambre. Además, las campañas de las guerras balcánicas y los dos años de lucha en Macedonia habían costado al pe-







*1* **La batalla de Vittorio Veneto, según la animada pero ingenua representación de un artista italiano. Las tropas austrohúngaras retroceden ante el empuje italiano.** *2* **El general británico Allenby, quien, por su categoría humana, fue escogido por Lloyd George como ejecutor de su política en Palestina.** *3* **El general francés Franchet d'Esperey; confiaba en que sus subordinados demostraran «una energía feroz».**

queño reino una pérdida de población activa proporcionalmente mayor que la sufrida por Francia o Alemania. Los búlgaros habían hecho enormes sacrificios sin obtener ni una sola recompensa tangible; por otra parte, no era de extrañar que, teniendo ante los ojos el ejemplo de sus hermanos eslavos de la Madre Rusia, muchos jóvenes pensasen en la revolución.

Entre los turcos el descontento tomó una forma distinta. Los dirigentes germanófilos, como Enver y Talat, seguían dueños del poder en Constantinopla; pero, después del hundimiento de Rusia, se mostraban tan sólo interesados en adquirir territorios en Armenia y en el Cáucaso. Algunos refuerzos —a menudo simples reclutas inexpertos— fueron enviados al Tigris para hacer frente al peligro que significaba el Ejército de Mesopotamia del general William R. Marshall, que desde Bagdad avanzaba fatigosamente hacia el norte soportando temperaturas superiores a los 40º durante días enteros; pero pocos reclutas turcos (y menos equipos todavía) llegaron a Palestina. Este sector se hallaba bajo el mando del general Otto Liman von Sanders, gran especialista alemán en asuntos turcos, cuyo sentido de la organización había hecho posible la victoria de Gallípoli en 1915. Pero Liman poco podía hacer con un ejército mal aprovisionado y diezmado por el tifus y la malaria. La moral de sus hombres había decaído considerablemente en el curso del invierno y de la primavera; y en junio de 1918, Liman informó a Berlín que el número de deserciones registradas en el curso de los tres últimos meses era superior al de las fuerzas que le quedaban. Ciertamente no existía ninguna amenaza de revolución en el Imperio Otomano; pero era indiscutible que la apatía y el desaliento reinaban en casi todas las unidades del frente de Palestina. Cada vez más Liman se veía obligado a contar solamente con los 2.000 hombres del *Asia Corps* alemán; en realidad, de todos los beyes, solamente el general Mustafá Kemal se mostraba todavía dispuesto a seguir resistiendo.

El más antiguo aliado de Alemania, Austria-Hungría, no estaba menos cansado de la guerra que Bulgaria y no se mostraba más capaz que Turquía de impedir las deserciones que en gran número se producían entre los reclutas forzados, especialmente entre los procedentes de las regiones checas, eslovacas o de los pueblos eslavos del Sur. El emperador Carlos I (que había sucedido a Francisco José en noviembre de 1916) no ocultaba su deseo de paz, e incluso entre los húngaros más intransigentes había partidarios de una ruptura completa de la alianza con Alemania. Todo el mundo temía un nuevo invierno de privaciones. Pero no hay que exagerar la desmoralización de la Monarquía Dual. Los italianos tenían razón de temer a sus adversarios del Piave, porque, a pesar de que el «Ejército imperial y real» andaba escaso de avituallamiento y de municiones y tenía que dedicarse, al mismo tiempo que a la guerra, al mantenimiento del orden interior, el viejo núcleo de soldados profesionales se mantenía fiel a dos siglos de disciplina y tradi-

ción. En el campo de batalla del Adriático el Ejército ofrecía aún una fuerte resistencia; pero el cáncer de la derrota destruía la voluntad de lucha de las unidades destacadas en los montes de Albania, de las encargadas del mantenimiento del orden en Servia o de las que se retiraban de Ucrania. Y fue precisamente en esta región del sudeste europeo donde los aliados asestaron el primer golpe.

Al amanecer del 14 de septiembre 500 cañones empezaron a disparar un torrente de proyectiles contra las posiciones búlgaras establecidas a lo largo de 130 kilómetros de montañas y barrancos de Macedonia; a la mañana siguiente soldados servios, franceses y senegaleses asaltaron las alturas de la sierra de Dobropolje, que rebasaban los 2.000 metros. Fue tan espectacular el arranque de la ofensiva de Franchet d'Esperey, que tomó completamente por sorpresa tanto a los búlgaros como a sus consejeros alemanes, que en modo alguno esperaban un ataque por un terreno tan difícil. Al principio los búlgaros ofrecieron una tenaz resistencia y los franceses tuvieron que emplear lanzallamas para desalojarlos de sus posiciones. Después de tres días de encarnizados combates, varios regimientos búlgaros estaban ya a punto de amotinarse: los servios habían logrado introducir una punta de lanza de 25 kilómetros en las posiciones enemigas, y amenazaban los depósitos de aprovisionamiento de la pequeña ciudad de Gradsko y la arteria vital del valle del Vardar.

El 18 de septiembre, a unos 80 kilómetros más al este, los británicos y los griegos se lanzaron al asalto del anfiteatro de alturas que domina el lago Doiran y que con sus blocaos y nidos de ametralladora de hormigón protegía la frontera búlgara. Ya en 1917 los ingleses habían intentado por dos veces conquistar estos cinco kilómetros de rala vegetación y roquedos que se erguían sobre el lago como un Gibraltar en miniatura. Nuevamente trataron ahora de escalar el «Pip Ridge» y el «Grand Couronné», mientras una división cretense efectuaba un movimiento alrededor del lago para cortar las comunicaciones. Pero, a pesar de la energía y el coraje de los *South Walles Borderers*, que alcanzaron las últimas defensas, no fue posible tomar el «Gran Couronné». Sin embargo, después de dos días de encarnizados combates, se hizo un gran silencio en las cimas y hondonadas. Los ingleses y los griegos avanzaron con cautela y encontraron las posiciones abandonadas. Por orden de los alemanes, los búlgaros se habían replegado en dirección a los montes balcánicos a fin de no correr el riesgo de ser copados por las columnas de Franchet d'Esperey que llegaban del oeste.

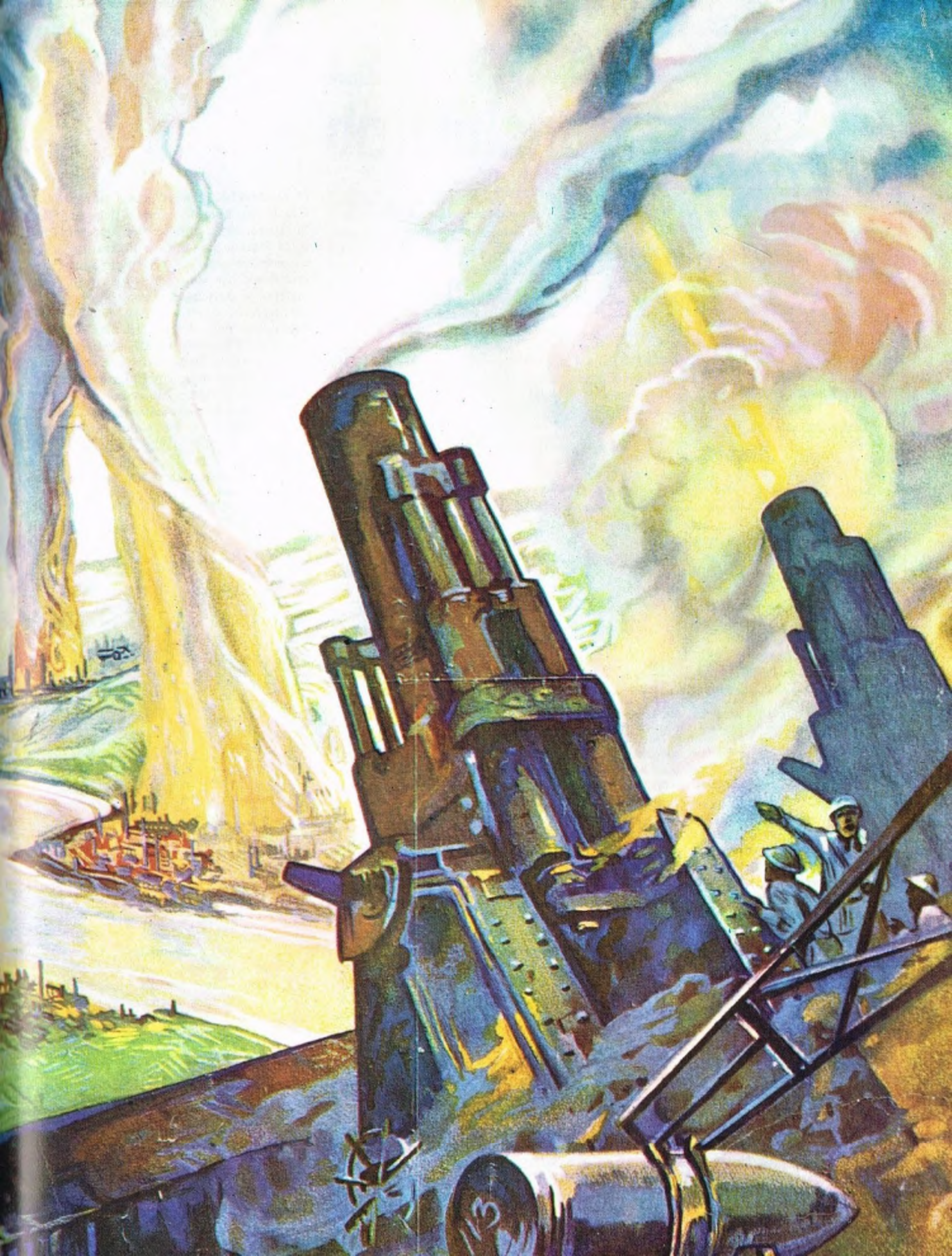
Este repliegue provocó una frenética persecución que duró nueve días. Los franceses y los servios avanzaban por el valle del Vardar, recorriendo 40 kilómetros al día, sin recibir regularmente el racionamiento, «descalzos y con los uniformes andrajosos», según informó un general francés. Una brigada de caballería colonial francesa formada por *spahis* marroquíes, mandada por el enérgico general Jouinot-Gambetta, sobrino del gran estadista radical de la década 1870-1880, se desvió hacia la izquierda y, después de atravesar una de las regiones más difíciles de los Balcanes, logró apoderarse, el 28 de septiembre, de la ciudad clave de Skoplje, mientras el grueso de las tropas francesas y servias se encontraban todavía a unos 50 kilómetros más al sur. Al mismo tiempo, los ingleses empezaron a penetrar en los valles de Bulgaria, apoyados por la aviación (R.A.F.), que ametrallaba a las columnas enemigas en retirada a lo largo de los tortuosos caminos abiertos en aquellas rocosas hondonadas. La lluvia de bombas transformó la retirada en un desastre: ésta fue la primera victoria que consiguió la aviación, por más que entonces se habló poco de esta hazaña. En cuatro ciudades búlgaras estallaron motines y aparecieron soviets locales de cariz leninista, lo que indujo al Alto Mando búlgaro a solicitar un armisticio. Una delegación de parlamentarios búlgaros se entrevistó con Franchet d'Esperey en Salónica y, el 30 de septiembre, el más débil de los aliados de Alemania se retiraba de la guerra. Los ingleses entraron en Sofía y un batallón del *Devonshire Regiment* alcanzó el Danubio en Ruse.

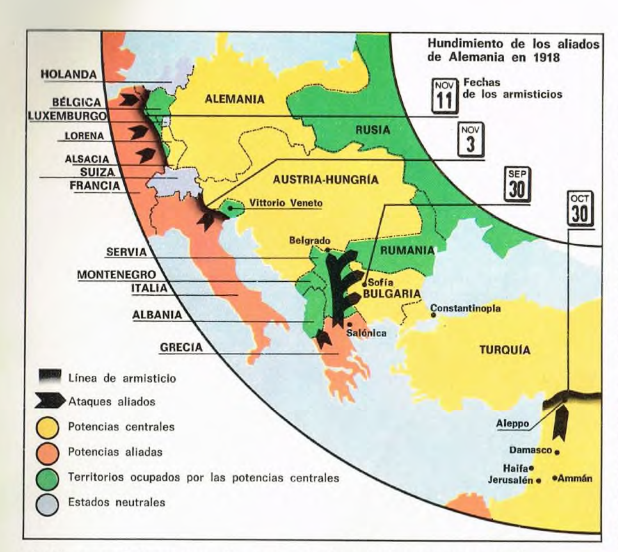
En el armisticio de Salónica se preveía la ocupación de puntos estratégicos en Bulgaria y la utilización de los ferrocarriles búlgaros. En estas condiciones era posible aislar a Turquía y marchar sobre Constantinopla partiendo del oeste y del norte. Por consiguiente, mientras Franchet d'Esperey continuaba persiguiendo a las unidades alemanas y austrohúngaras a través de Servia, el general Milne recibió de Londres la orden de dirigir el grueso del cuerpo expedicionario inglés de Salónica contra Turquía, «a fin de acelerar su rendición», según escribió Lloyd George. Con todo, cabía dudar de la necesidad de estas disposiciones, pues los turcos acababan de ser derrotados en Palestina y estaban a punto de rendirse en Mesopotamia.

Allenby había desencadenado su ofensiva el 18 de septiembre, el mismo día que Milne. Engañado por hábiles ataques de diversión, Liman von Sanders había creído que los ingleses atacarían principalmente por el este, desde el otro lado del Jordán. Pero el golpe cayó sobre la llanura costera de Megiddo, donde la caballería irrumpió entre las colinas bajo un intenso fuego de artillería. Como en Macedonia, violentos bombardeos sembraron la confusión en la retaguardia turca y el propio Sanders por poco se libró de caer prisionero en una audaz incursión de la caballería contra su cuartel general de Nazaret. Gracias a la intervención de la Legión Árabe de Lawrence, que operaba más al este, los turcos y el *Asia Corps* alemán tuvieron que replegarse sobre Damasco y Aleppo. A partir de entonces los comunicados de guerra no cesaron de anunciar la conquista de nuevas ciudades: Haifa y San Juan de Acre, el 23 de septiembre; Ammán, el 25; Damasco, el 2 de octubre. Los franceses, más interesados por Siria que por Palestina, el 7 de octubre echaron una mano en la operación y sus fuerzas navales se apoderaron de Beirut. Pero la victoria fue obra de Allenby, y fueron sus divisiones las que persiguieron sin cuartel a los turcos en dirección a Aleppo.

Al ver cómo el general Marshall avanzaba a lo largo del Tigris camino de Mosul (desde donde también podía amenazar Aleppo), el Gobierno de Constantinopla, poco a poco, se fue dando cuenta de que estaba derrotado. Finalmente, el 13 de octubre, el sultán Mahmud VI tuvo el valor suficiente para destituir a Enver y Talat, y al día siguiente el nuevo gran visir, Izzet, solicitó un armisticio. Los turcos, sin embargo, no entraron en contacto con Allenby, sino con el comandante en jefe de la flota británica del Mediterráneo, almirante Calthorpe. De ahí que el armisticio turco fue firmado el 30 de octubre en Mudros, en la isla de Lemnos, donde los ingleses habían instalado una base antes de la expedición de los Dardanelos. Al día siguiente cesaron oficialmente todas las hostilidades en el Oriente Medio, y el 12 de noviembre una escuadra aliada franqueó los Dardanelos, desfiló ante los maltre-

*Derecha:* **cartel alemán de propaganda editado en 1918; pinta la catástrofe que podía esperarse en caso de que la artillería francesa llegara a alcanzar el Rin.**






**El último acto de la gran tragedia que las grandes potencias, y en un escenario esencialmente europeo, representaron entre 1914 y 1918.**

chos navíos varados en las playas de Gallípoli y echó anclas frente al Cuerno de Oro.

En tanto que los turcos buscaban la paz, la guerra contra Austria-Hungría se hallaza en su última fase. Pero ningún jefe aliado estaba dispuesto a ofrecer la paz. Mientras las ciudades de Servia caían en sus manos, en el mes de octubre, Franchet d'Esperey se estaba preparando para marchar sobre Berlín, pasando por Belgrado, Budapest, Viena y Dresde. Espoleado por las ideas napoleónicas de grandeza, el 19 de octubre anunció que la artillería acababa de hacerse oír por primera vez en el Danubio después de ciento nueve años. Belgrado fue liberado el 1 de noviembre, y con un ejército servio que seguía a los franceses en el sur de Hungría y un segundo ejército que marchaba sobre Sarajevo, la guerra, por decirlo así, volvía a su punto de partida.

Sin embargo, el golpe decisivo contra los Habsburgo no fue asestado por los franceses y los servios, sino por el adversario que tradicionalmente habían desdeñado desde los tiempos de Metternich; los italianos, temiendo que la paz se realizara antes de que ellos hubieran vengado Caporetto, decidieron, por fin, pasar a la ofensiva el 24 de octubre. Ante 73 divisiones austrohúngaras se alinearon 51 divisiones italianas, 3 inglesas, 2 francesas, 1 checoslovaca y un regimiento estadounidense. Los italianos lanzaron una violenta ofensiva sobre el Piave que en tres días les costó más de 25.000 hombres. Pero, el 30 de octubre, el frente austríaco cedió y escuadrones de caballería, apoyados por vehículos blindados, se apoderaron del cuartel general austríaco de Vittorio Veneto, villa que había de dar su nombre a la batalla. Los austríacos entonces decidieron pedir la paz, y el 3 de noviembre cesaron los combates. En diez días los italianos habían capturado no menos de medio millón de desmoralizados prisioneros.

El 7 de noviembre, Belgrado fue el teatro de un episodio trágico-cómico. El Gobierno húngaro, de reciente independencia, no se consideró obligado por el armisticio con Italia, que había sido firmado por representantes del antiguo orden. Por ello, el conde Mihaly Károlyi, un húngaro de tendencias liberales, fue a Belgrado con la esperanza de obtener del representante de la Francia republicana un trato generoso para su país. Károlyi pidió que Hungría fuese ocupada por tropas francesas, inglesas y norteamericanas, pero no por contingentes de los países del Este de Europa ni por «tropas coloniales». Pero Franchet d'Esperey rechazó bruscamente esta demanda. De acuerdo con el armisticio de Belgrado, más de la mitad del antiguo reino húngaro fue ocupada por formaciones aliadas que comprendían unidades servias, checas y rumanas. La venganza de las «nacionalidades sometidas» fue completa, pero no dejó de ser significativo para el futuro que debieran su nueva condición al favor concedido por un general francés.

Las victorias alcanzadas por los ejércitos aliados de Salónica, El Cairo y Bagdad pronto fueron eclipsadas por el derrumbamiento de Alemania. Solamente Italia consideraba su victoria contra un aliado de Alemania como la gloriosa coronación de la guerra empezada tres años antes. Después de la conclusión de la paz, surgieron vivas polémicas, atizadas por la publicación de «Memorias» de personalidades militares y políticas: algunos escritores sostuvieron que solamente la derrota de Alemania en Francia había permitido obtener la victoria sobre sus aliados; pero otros afirmaron que el rápido hundimiento de Alemania tras la caída de sus aliados justificaba plenamente la política de Lloyd George de «destruir los puntos de apoyo». La obstinación de esta controversia contribuyó a subestimar o a deformar la obra de los soldados y de los aviadores en los remotos teatros de la guerra. Se olvidó con demasiada frecuencia que los amigos de Alemania eran adversarios tan decididos de Gran Bretaña y Francia como el Gobierno de Berlín, y que no podía ignorarse su potencial militar, especialmente teniendo en cuenta que ocupaban numerosos territorios de los aliados. El gran mérito de las ofensivas de Allenby y Franchet d'Esperey consistió en que, a pesar de sus escasas disponibilidades en hombres y material, formaron parte de una estrategia de conjunto que buscaba poner cerco a Alemania. En el plano puramente militar, fueron particularmente interesantes, pues combinaron el empleo táctico de las armas más antiguas y más modernas de la guerra de movimiento: la caballería y la aviación.

**Alan Palmer**

# La derrota de Ludendorff

**Los ingleses estaban retirándose. En la ofensiva de marzo, Ludendorff conquistó más terreno que el ganado por uno u otro bando desde los primeros meses de la guerra. Sin embargo, las cosas no marchaban de acuerdo con los planes del general alemán...**

**Un joven soldado alemán se rinde en el curso de la contraofensiva; perdidos sus mejores hombres, Ludendorff los sustituyó con otros comprendidos en edades extremas.** ***Abajo:*** **hombres de un regimiento británico de Lancashire posan ante la cámara jocosamente disfrazados con equipo enemigo abandonado; los cascos de puntiagudo remate fueron un apreciado trofeo de guerra.**





Ludendorff estaba porfiando por conseguir la victoria final. A fines de 1917 había llegado a la conclusión de que debía poner fuera de combate a los franceses, y sobre todo a los ingleses, antes de que llegaran los anunciados refuerzos norteamericanos, que podían hacer cambiar definitivamente el curso de la guerra en favor de los aliados. El 21 de marzo de 1918 se había desencadenado sobre el frente occidental el más grande bombardeo que jamás el mundo hubiera visto. En medio de una espesa niebla, las tropas de asalto alemanas irrumpieron por entre las trincheras británicas, desde St. Quentin hasta La Fère, y en los días siguientes hicieron retroceder a los ingleses más allá del campo de batalla del Somme, que ya había sido escenario de encarnizados combates. El plan de Ludendorff, o plan «San Miguel», preveía una ruptura completa del frente, a lo largo del saliente de Flesquières, desde Arras hasta St. Quentin y La Fère. El 24 de marzo, mientras los alemanes presionaban hacia el norte y hacia el sur, los ingleses empezaron a retirarse del saliente de Flesquières, último punto al sur de Arras que aún conservaban de la antigua línea de frente. Pero Arras, contra lo previsto en los planes alemanes, se mantuvo firme, mientras la línea del frente inglés retrocedía, a manera de puerta que girase sobre un gozne fijo en Arras.

Gracias a las cordiales relaciones existentes entre los comandantes en jefe inglés y francés, sir Douglas Haig y el general Philippe Pétain, se enviaron rápidamente divisiones francesas a cubrir el vacío de aquella puerta abierta y, después de una conferencia celebrada en Doullens el 26 de marzo, los ejércitos aliados tuvieron un comandante en jefe único en la persona del general Ferdinand Foch. La elección resultó ser afortunada y, dadas las circunstancias, los ingleses solamente podían salir ganando con esta aparente cesión de su independencia, pues de este modo sólo ellos se beneficiarían de las tropas de reserva, por lo menos hasta que fuera superada la crisis.

El 29 de marzo iban subiendo del sur fuerzas de reserva para llenar las brechas de la línea inglesa —que ahora partiendo de Arras pasaba por Albert, Villers Bretonneux y Cantigny—, y era también evidente que el ataque alemán estaba perdiendo empuje. Muchos factores contribuían a ello: las inevitables bajas, la fatiga acumulada de las tropas de asalto supervivientes, la constante prolongación de las líneas de comunicación y las dificultades, ya previstas, de poner en movimiento hombres y pertrechos a través de la enorme confusión reinante en los antiguos campos de batalla del Somme.

Pero existía otro elemento, como lo demuestra la siguiente anotación de un diario del oficial alemán Rudolf Binding: «Hoy el avance de nuestra infantería se detuvo de pronto cerca de Albert. Nadie podía comprender por qué motivo. Nuestros aviadores habían informado que no había enemigos entre Albert y Amiens..., nuestro camino parecía completamente despejado. Partí en un automóvil a investigar. Tan pronto como llegué cerca de la villa empecé a ver cosas raras. Extrañas figuras bien poco parecidas a los soldados... estaban retirándose de la villa. Algunos hombres arreaban una hilera de vacas; otros llevaban una gallina bajo un brazo y una caja de papel de cartas bajo el otro. Unos individuos llevaban una botella de vino bajo el brazo y otra abierta en la mano. Otros llevaban una cortina de seda que habían arrancado de su barra... más hombres con papel de escribir y libretas. Era evidente que se habían entregado al saqueo de una papelería. Muchos hombres iban vestidos grotescamente, e incluso algunos llevaban un alto sombrero sobre la cabeza. Muchos se tambaleaban.»

**El sueño de Ludendorff se desvanece**

A esto había conducido tres años y medio de severa austeridad. Cuando el frente del avance alemán salió cautamente de la zona de combate y alcanzó los grupos de aldeas hasta pocos días antes habitadas por la población civil —que se había enriquecido comerciando con las tropas inglesas—, los alemanes creyeron haber dado con la cueva de Aladino. Todos, oficiales y soldados, pobres y ricos, quedaron impresionados, pues toda la riqueza de Prusia no les había podido pro-

porcionar, durante los últimos años, el botín que ahora tenían al alcance de la mano. En su diario, el oficial alemán mencionado habla, casi histéricamente, de «engrasar nuestras botas con el magnífico betún inglés...»

Y junto con este comprensible e irrefrenable deseo de superfluas comodidades y lujos que durante tanto tiempo les habían sido denegados, la embriaguez contribuyó en este momento a frenar a los ejércitos alemanes. Tras una semana de vivir de agua impura y fétida, sacada de los hoyos abiertos por los obuses, las tropas se encontraron de pronto dentro de aldeas abandonadas cuyas casas todavía conservaban las bodegas llenas de vino. Para los pocos que todavía estaban en condiciones de recordar, aquellas escenas despertaron el recuerdo del avance arrollador hasta el Marne en 1914.

Y así terminó la ofensiva de marzo. En conjunto significó la conquista de unos tres mil kilómetros cuadrados de territorio aliado, enormes cantidades de provisiones, más de 90.000 prisioneros y 1.000 cañones; pero también representó para los vencedores casi ochenta kilómetros de nuevo frente a defender, que posiblemente no podría ser tan bien fortificado como la línea Hindenburg de donde había partido la ofensiva.

Con el alto de la operación «San Miguel» (y también el fracaso de un breve ataque cuyo objetivo era hacer saltar el gozne de Arras), Ludendorff se percató de que su sueño de hundir la mitad meridional del frente inglés iba desvaneciéndose rápidamente; sin embargo, todavía quedaban otros planes preparados por su estado mayor, especialmente el «San Jorge», que le había llamado la atención cuando le fue presentado por primera vez en diciembre. Estos planes proponían atacar la línea aliada a lo largo de sus ochenta kilómetros más septentrionales —desde el sur de Armentières hasta la costa— en ofensivas que arrancarían de ambos lados del saliente de Ypres y convergirían cerca de Hazebrouck, para luego dirigirse hacia el norte y arrojar a los ingleses al mar. Ludendorff, en un principio, no los había aprobado a causa de las inestables condiciones atmosféricas: no deseaba hundir a sus ejércitos en el barro de Flandes como lo habían hecho los ingleses en 1917. No obstante, como el mes de marzo de 1918 había sido excepcionalmente seco y era probable que el terreno estuviera en condiciones, fueron retirados todos los hombres que no eran imprescindibles en los frentes entre Albert y Cantigny, el parque de artillería alemán fue trasladado apresuradamente hacia el norte y se examinaron los planes de ataques convergentes sobre el saliente de Ypres.

A pesar de todo, pronto se hizo evidente que no se disponía de fuerzas suficientes para un proyecto tan ambicioso, y que sólo podría desencadenarse el ataque en el lado meridional del saliente. Y aun este ataque quedó limitado a un frente de veinte en vez de cuarenta y ocho kilómetros, dando ocasión a que un sarcástico oficial del estado mayor de Ludendorff sugiriera cambiar el nombre cifrado de «San Jorge» por el de «Georgette».

Mientras el Estado Mayor aleman todavía estaba ocupado en la organización de este segundo acto de su ofensiva, los aliados, fuertemente afectados pero al mismo tiempo convencidos de que había pasado el peligro más inmediato, tuvieron una serie de rápidos y provechosos cambios de impresiones que dieron por resultado, en primer lugar, la destitución del poco afortunado sir Hubert Gough, y, en segundo lugar, el posterior fortalecimiento de la posición del general Foch. El acuerdo a que se llegó en Doullens tuvo un epílogo en la siguiente declaración: «El general Foch está encargado por los Gobiernos británico, francés y norteamericano de la coordinación de la acción de los ejércitos aliados en el frente del Oeste. A este fin le son conferidos todos los poderes necesarios para realizar su cometido. Los Gobiernos británico, francés y norteamericano confían al general Foch la dirección estratégica de las operaciones militares.»

En las últimas cláusulas del acuerdo se expresaron algunas reservas con respecto a la dirección táctica, pero al final los aliados consiguieron para sí la inmensa ventaja de un solo jefe supremo, cargo del que ya hacía muchos meses gozaban las potencias centrales. Otro elemento altamente esperanzador era la presencia, en aquella conferencia, de los dos generales americanos Pershing y Bliss.

Se admitió tácitamente que, dadas las circunstancias, cuanto antes entraran en acción las tropas norteamericanas mejor sería, y que el deseo natural del general Pershing de que el Ejército norteamericano solamente luchara como un ejército nacional a las órdenes de su propio mando pudiera modificarse, en días de tan gran peligro, en el sentido de permitir que algunas divisiones norteamericanas fueran destinadas a los puntos del frente que más necesitados estuvieran de refuerzos.

Según la leyenda, el general Pershing hizo un ampuloso discurso que terminó con estas palabras: «He de decirles que el pueblo norteamericano considerará un gran honor que nuestras tropas tomen parte en la presente batalla... En este momento lo único que importa es luchar. Infantería, artillería, aviones, tanques, todo lo que tenemos está a su disposición. Dispongan de nosotros como quieran... El pueblo norteamericano estará orgulloso de tomar parte en la más grande batalla de la historia.»

Aparte del hecho de que todavía no habían llegado a Europa los aviones, la artillería y los tanques norteamericanos (en realidad no llegaron antes del armisticio), el estudio del carácter de Pershing revela que es muy poco probable que él se abandonara a tan teatral verborrea. Es mucho más probable que dijera algo parecido a lo que manifestó el general Bliss: «Nosotros hemos venido dispuestos a morir; si ustedes desean utilizarnos, ¿qué están esperando?»

A pesar de su evidente mordacidad, pocos discursos han producido jamás mayor alivio. Había municiones para el frente, dispuestas y a mano, pero solamente Norteamérica podía reemplazar las legiones perdidas; y, al cabo de una semana, los ingenieros norteamericanos estaban trabajando en las líneas de defensa y contribuyendo a rechazar los ataques alemanes contra las posiciones británicas.

Fueron, desde luego, los problemas de la falta de hombres los que más profundamente preocuparon a sir Douglas Haig, el comandante en jefe británico, durante los días que siguieron inmediatamente a los últimos espasmos de la ofensiva «San Miguel», así como el estado en que se hallaban algunas divisiones que se habían visto envueltas en esos combates. Retiró de la línea del frente cinco de estas divisiones y las reemplazó por otras de refresco procedentes del sector norte, trasladando los restos maltrechos de las divisiones 9.ª, 19.ª, 25.ª, 24.ª y 60.ª a un sector tranquilo situado entre Ypres-Comines y La Bassée. Allí, como vecinos, tenían, en el flanco derecho, las divisiones portuguesas 1.ª y 2.ª; pero como poco después de la llegada de las divisiones británicas desde el sur, la 1.ª división portuguesa abandonó la primera línea sin que llegaran otras fuerzas a sustituirla, la 2.ª se vio obligada a desplegar sus filas para ocupar los espacios desguarnecidos por sus compatriotas.

El 7 y el 8 de abril, Armentières al norte y la zona alrededor de Lens al sur fueron inundadas de gas, y a las tres de la ma-



Exhaustos prisioneros franceses capturados en el empuje inicial de la ofensiva de Ludendorff; en conjunto, 90.000 soldados aliados emprendieron el camino del cautiverio, dejando en poder de los alemanes más de 3.000 kilómetros cuadrados de territorio francés, 1.000 cañones y enormes cantidades de aprovisionamiento.

drugada del día 9 se anunció el principio de la operación «Georgette» con un intenso bombardeo desencadenado por el «tren de baterías» de Ludendorff, seguido poco después de las ocho horas de la mañana por una furiosa embestida de nueve divisiones completas de infantería. El peso del ataque cayó principalmente sobre el sector portugués, y las tropas se retiraron precipitadamente, valiéndose algunos soldados, para huir más velozmente, de las bicicletas que arrebataron por la fuerza al 11.º Batallón ciclista británico, que había sido enviado a toda prisa para cerrar la brecha.

El resto de la mañana transcurrió en una salvaje confusión de ataques y contraataques, a medida que cada unidad británica disponible era lanzada apresuradamente a la brecha; pero al anochecer las tropas asaltantes alemanas habían avanzado unos nueve kilómetros, hasta las orillas del río Lawe, al otro lado del cual los *Highlanders* de la 51.ª División estaban al acecho en espera de la batalla de la mañana siguiente.

Cuando ésta llegó, el peso principal del ataque fue dirigido por Ludendorff más al norte de las posiciones de los *Highlanders*. En la primera acometida, solamente se había llevado a cabo la mitad de la operación «Georgette» (contra el flanco del I Ejército británico, mandado por sir Henry Horne) y ahora iba a recibir el empuje del ataque el flanco sur del II Ejército de sir Herbert Plumer. Como el saliente de Ypres estaba bajo la responsabilidad del II Ejército, tanto las tropas como su jefe estaban muy acostumbrados a los horrores y vicisitudes de los combates.

Durante todo el día se luchó encarnizadamente (otra vez los atacantes se vieron favorecidos, al principio, por una espesa niebla en el valle del Lys), pero a diferencia del día anterior —y a diferencia de las anteriores semanas de la ofensiva de marzo—, los ingleses no rompieron la formación en su lenta retirada; fueron cediendo terreno muy metódicamente y exigiendo un alto precio en sangre alemana por cada pulgada que abandonaban. Armentières y Erquinhem, Messines y Ploegsteert cayeron en manos alemanas aquel día, pero ya Plumer intuyó —para consternación y asombro de muchos estrategas de café convencidos de que perder terreno era perder la batalla— que tenía asegurado el dominio de la situación, lo que se confirmó el 12 de abril cuando sir Douglas Haig extendió su sector hacia el sur, de forma que toda la defensa británica fuese dirigida por un solo hombre.

Así, el sector de Plumer tomó la forma parecida a una gigantesca S al revés, que partía de la orilla derecha del torrente Coverbeek, al norte de Ypres, torcía a la derecha alrededor del saliente de Ypres, pasando por Poelcapelle y Passchendaele, de funesta memoria, retrocedía a través de la sierra de Wytschaete, y describía luego durante diecinueve kilómetros la curva inferior de la S, hasta llegar a Merville. Era una línea conquistada al precio terrible de tres años y medio de indecibles sufrimientos y carnicería. Cada metro del sector norte del saliente había sido lugar de proezas recordadas en el historial de algunos regimientos británicos; y, con realismo alentador, Plumer decidió retirarse a fin de acortar su línea y acumular reservas para la defensa de Béthune y Hazebrouck.

Como resultado de esta decisión, cuando Ludendorff desvió de nuevo su ataque hacia el norte para tantear un punto débil, su bombardeo preliminar cayó en las trincheras vacías y, para atacar la nueva línea inglesa, su infantería tuvo que avanzar bajando por el lado abierto de las lomas abandonadas, mientras su artillería de apoyo trataba penosamente de abrirse camino a través de más de tres kilómetros de barro revuelto.

La operación «Georgette» se atascó. Una semana después del éxito del primer asalto contra los portugueses, la batalla del Lys empezó a mostrar las mismas señales de estancamiento que habían anunciado la detención de la ofensiva «San Miguel». A pesar de que las tropas atacantes todavía avanzaban —Bailleul, un montón de humeantes ruinas, cayó en sus manos el 15 de abril—, estaban agotadas, su abastecimiento llegaba tarde y era inadecuado, mientras cada vez se hacían más fuertes las defensas contra las cuales se batían. La corteza defensiva, en realidad, había tenido tiempo para endurecerse, y se estaba desvaneciendo para Ludendorff la posibilidad de una ruptura. El 16 de abril los alemanes desencadenaron sin éxito violentos ataques hacia el sur contra el flanco izquierdo del ejército de sir Henry Horne, pero el 19 de abril la calma descendió sobre todo el frente.

*Arriba:* **«Carretera Monterail-Château Thierry», pintura de George Harding. Un grupo de refugiados civiles franceses pasa junto a fuerzas norteamericanas que marchan hacia el frente. Los norteamericanos no sólo reemplazaron las divisiones perdidas: con su aparentemente inagotable surtido de soldados jóvenes, adiestrados y valientes, infundieron nuevo optimismo a los ejércitos aliados.** *Abajo:* **el huracán de la guerra. Para el Káiser y el príncipe heredero, en la retaguardia, la devastadora ofensiva de Ludendorff se reducía a unos alentadores trazos marcados en los mapas del Estado Mayor; la realidad era muy diferente.** *Derecha:* **«Los Conquistadores», pintura de Erik Kennington. Hombres del XVI Batallón de «Highlanders» canadienses marchan resueltamente al combate entre la devastación de la guerra; entre ellos pueden verse algunos indios procedentes de la región occidental del Canadá. Los «Highlanders» eran denominados por los alemanes «Damas del Infierno».**


ECMY

En este momento unas divisiones francesas acudieron a guarnecer el frente desde Méteren hasta Wytschaete, y las cinco divisiones británicas más duramente castigadas en el Lys —incluidas la 19.ª y la 25.ª, que habían sido retiradas de Flesquières después de quedar maltrechas durante la operación «San Miguel»— fueron trasladadas en dirección sur, a un sector tranquilo del frente francés a lo largo del Camino de las Damas, donde presumiblemente dispondrían de muchos medios para descansar y recuperarse.

**El aguante británico**

Durante todo este tiempo, el nuevo comandante en jefe aliado general Foch se había mostrado indómita y a veces furiosamente optimista ante la situación. Su invariable reacción ante cualquier noticia, por alarmante que fuese, había sido «*Bon!*», incluso en aquella ocasión en que Haig, agotada la paciencia, dio un puñetazo sobre la mesa replicando: «*Ce n'est pas bon du tout!*» De todos modos, el optimismo y la energía de Foch jugaron un papel considerable en la batalla.

Pero Ludendorff, en el otro lado de la línea del frente, iba sintiéndose cada vez más deprimido. A pesar del territorio y los prisioneros capturados —muchísimos, en comparación con los de cualquier ofensiva aliada en el frente del Oeste—, no había logrado conseguir una victoria arrolladora como la que había premiado sus esfuerzos en el frente del Este y que él sabía que era necesaria si las potencias centrales pretendían ganar la guerra. Por muy ruidosamente que la prensa alemana proclamara su genio como jefe militar y por muy impresionantes que pudieran parecer en los mapas las conquistas territoriales y la cantidad de material capturado, existía el hecho de que gran número de sus mejores soldados habían sido muertos y los que sobrevivían habían de cubrir ochenta kilómetros más de frente que cuando empezó la operación «San Miguel».

Ludendorff empezaba a darse cuenta de que se había equivocado al atacar el sector inglés, por sólidas que hubieran podido parecerle las razones que lo indujeron a hacerlo. El 17 de abril dio instrucciones a su estado mayor para que preparase todavía otra ofensiva a gran escala, esta vez contra los franceses, en la zona adyacente al borde sur del ya moribundo ataque de St. Quentin. Era en este punto donde la línea original del frente occidental, que corría aproximadamente de norte a sur, se había torcido en dirección oeste a este, antes de empezar la recta de noventa y seis kilómetros que llegaba hasta Verdún.

Sin embargo, como últimos espasmos de las ofensivas «Georgette» y «San Miguel», todavía se iban a librar dos batallas contra los ingleses. El 24 de abril trece tanques alemanes encabezaron un ataque que finalmente logró tomar Villers Bretonneux, si bien la ciudad solamente estuvo en poder de los alemanes unas pocas horas, pues un ataque combinado angloaustraliano la reconquistó durante la noche siguiente. Y el 25 de abril un violento ataque alemán conquistó el monte Kemmel a las tropas francesas que acababan de reemplazar en él a las agotadas tropas inglesas.

Pero tampoco esta vez los alemanes supieron aprovechar las brechas abiertas en las líneas aliadas. Plumer vertió sus reservas acumuladas, a modo de cemento, en la línea; ésta se endureció y fijó, y Ludendorff nada pudo hacer para romperla. En todo caso, sus atentos y ligeramente entumecidos ojos se fijaron ahora en el escenario de su próxima ofensiva a la que, abandonando el santoral y los clásicos y poniendo su confianza en la historia, esta vez bautizó con el nombre de «Blücher» como homenaje al general prusiano que luchó contra Napoleón.

Cuando los hombres de las divisiones inglesas trasladadas al sur para un período de bien ganado descanso y recuperación llegaron a la deliciosa región de Champagne, que estaba floreciendo al sol cálido de la primavera, los contrastes con las grises nieblas y el barro de la llanura de Flandes constituyeron para ellos una venturosa revelación. Interrumpían la verde campiña unas colinas entre las cuales se abrigaban encantadoras aldeas no dañadas por la guerra, y si las trincheras eran poco profundas, e insalubres hasta un grado que solamente las tropas francesas podían haber tolerado, estaban sin embargo tan cubiertas de follaje que parecían más escondrijos de matorrales para juegos de niños que fortificaciones para combatientes. Pero esto no importaba, pues se trataba de un sector tranquilo, por lo menos al principio: al cabo de una semana los hombres empezaron a sorprenderse de que, además de un tiempo espléndido, el mayo viniese acompañado de una creciente tensión, tensión que era el producto de un casi imperceptible aumento diario del cañoneo alemán. Y si las tropas se sentían inquietas, los jefes de batallón se llenaron de horror cuando comprobaron cuán poco profundas eran las trincheras en las que se guarecían sus hombres.

Desgraciadamente nada podía hacerse al respecto, pues estas divisiones inglesas ahora se encontraban en el sector del VI Ejército francés, a las órdenes del general Duchesne, cuyo temperamento colérico era tal que merecía la más severa censura, incluso de los oficiales superiores de su propia nacionalidad. Cuando sus subordinados le sugerían algunos cambios y cuando, además, los subordinados eran británicos —aquellos ingleses que recientemente y de forma indecorosa se habían retirado ante los ataques alemanes—, entonces se encontraban con la terminante negativa, expresada en los términos más insultantes. Cuando los oficiales del Estado Mayor inglés insistieron en sus de-

**Así vio un artista el ataque de los tanques alemanes en Villers-Bretonneux.**



mandas, los despachó hecho un basilisco profiriendo un tajante *«J'ai dit!»*.

En el sector de Duchesne, todas las tropas, tanto inglesas como francesas, estaban, pues, apiñadas en un frente de dudoso valor defensivo. Cuando, a la una de la madrugada del 27 de mayo, a pesar de que Duchesne repetía que no era inminente ningún ataque alemán, dio comienzo la operación «Blücher» con un violento bombardeo, éste consiguió unos efectos destructivos aun superiores a los del bombardeo que había iniciado la operación «San Miguel». A las 3,40 de la madrugada las tropas de asalto alemanas empezaron a avanzar tras la cortina de sus proyectiles explosivos, entre escenas de mortandad y destrucción que sobrepasaban en horror a las que imaginara Hieronymus Bosch.

Hacia mediodía los alemanes cruzaban el Aisne —Duchesne había retrasado demasiado la voladura de los puentes— y al anochecer las puntas de lanza alemanas habían alcanzado el Vesle a ambos lados de Fismes. En la mañana siguiente atravesaron el río y avanzaron en oleadas hacia el Marne, al mismo tiempo que ensanchaban la base de su avance hasta amenazar el centro ferroviario de Soissons. Así avanzaron unos diecinueve kilómetros en un solo día, hazaña durante mucho tiempo considerada imposible en el frente occidental.

Un ataque lanzado en las condiciones que se dieron en Francia entre 1914 y 1918, con razón ha sido comparado al vuelco de una cuba de agua en una superficie plana. A menos que se tomen medidas con extraordinaria rapidez y decisión en los primeros y decisivos segundos, son inútiles los intentos subsiguientes para contener o canalizar el líquido elemento, y la única actitud razonable es esperar hasta que las aguas pierdan su empuje y alcancen el límite de su dispersión.

Esto ocurrió con la operación «Blücher». La marea alemana acabó por desbordarse hacia el sur, hasta que el 30 de mayo tropas del VII Ejército del general Von Böhn llegaron al Marne, quedando así París a ochenta kilómetros en línea recta del pasillo entre el Marne y el Ourcq. Pero por más encantadora que fuese esta perspectiva para el Káiser y el príncipe heredero (ambos seguían a sus ejércitos, en retaguardia), para Ludendorff y su estado mayor se estaban perfilando dos hechos fatídicos que los llenaban de zozobra. En primer lugar, ahora el mapa mostraba un enorme saliente, que por desgracia se parecía a los formados, reciente e inútilmente, por sus intentos de avance hacia el norte; y en segundo lugar, sus tropas estaban atravesando la región de Champagne, y los informes que les llegaban del frente indicaban que todos sus hombres, de cualquier graduación, apreciaban más el contenido de las bodegas francesas que la necesidad de continuar el avance; e incluso la *Feldpolizei*, enviada a restablecer el orden, con demasiada frecuencia sucumbía a la misma tentación.



**Carretas de abastecimiento alemanas obstruyen una carretera en el Somme. Los obstáculos que encontraban las tropas en su avance a través de los antiguos campos de batalla agotaron el empuje de la ofensiva alemana.**

Así, la operación «Blücher» también perdió empuje y se extinguió. Uno de los hechos más significativos de la detención de la marea ocurrió el 1 de junio en Château-Thierry, cuando, por primera vez, un ataque alemán fue detenido y firmemente rechazado por tropas norteamericanas. Había pasado más tiempo del previsto para que el general Pershing mantuviese las promesas que había hecho en Doullens, pero ahora ya estaba operando la 2.ª División norteamericana, y otras fuerzas de Pershing iban a tomar parte en todas las batallas venideras.

## El día negro del Ejército alemán

Llegada la situación a este punto, empezó a revelarse la completa realidad de las cosas. No podía negarse el hecho de que, en cuanto concernía a la posesión de territorio en Francia, Alemania había obtenido grandes ganancias durante las últimas semanas a costa de los aliados, pero el precio había sido excesivo. Ludendorff disponía sobre el papel de un número de divisiones poco inferior al que había tenido al comienzo de la ofensiva «San Miguel», pero los efectivos de los batallones se habían reducido por término medio de 807 a 692 hombres, a pesar de la llegada de 23.000 reclutas de la quinta de 1899, y de otros 60.000 hombres retirados de los ferrocarriles, transportes y otros servicios de abastecimiento. Además, la calidad de los batallones era marcadamente más baja que al principio del año, por la sencilla razón de que Ludendorff había escogido a los hombres mejores para formar sus unidades de tropas de choque; éstas, como era inevitable, habían sufrido elevadísimas pérdidas, ya que habían encabezado todos los ataques y luego se habían encargado de tapar las brechas.

En este momento, por lo tanto, sus mejores hombres habían desaparecido y en su lugar tenía a hombres incompetentes, los muy jóvenes y los ancianos, y aquel porcentaje irreducible de hombres que en todos los ejércitos se las ingenian siempre para ocupar los puestos más seguros y más ventajosos, y que por consiguiente son los que más se alteran cuando la fuerza de las circunstancias los obliga a renunciar a su comodidad para afrontar el peligro. Este grupo poco deseable ya había sido responsable de algunos desagradables incidentes; habían aumentado las deserciones, algunos no habían vuelto del permiso y muchos de los que habían vuelto llegaban sólo hasta las estaciones de ferrocarril de detrás de las líneas y se juntaban con otros tan resentidos y levantiscos como ellos mismos para vagar por las zonas de retaguardia, desafiando a la

*Feldpolizei*, atacando almacenes y depósitos de municiones, y difundiendo la confusión y el terror.

En el lado aliado, en cambio, una vez los contingentes norteamericanos llegaron al frente, el problema del potencial humano quedó resuelto. No solamente las tropas al mando de Pershing constituían una reserva, aparentemente inagotable, de soldados jóvenes, adiestrados, animosos y —lo más importante de todo— inexpertos y por lo tanto confiados, sino que su sola presencia, en un número tan visiblemente relevante, difundió el optimismo entre los ejércitos aliados, los cuales, a pesar de los enormes salientes en los mapas, recobraron a principios del verano de 1918 la moral de victoria que habían perdido a partir de los días de Verdún y el Somme.

Ludendorff iba a realizar dos nuevas tentativas para romper la red en que sus tropas parecían haber sido atrapadas: una en Noyon, entre los salientes creados respectivamente por la operación «San Miguel» y la operación «Blücher», y una segunda en el flanco oriental del saliente del Camino de las Damas, con un ataque de doble punta cuyo objetivo era aislar Reims; pero los aliados ahora eran más fuertes y podían sobradamente absorber y devolver los golpes cada vez más débiles de Ludendorff.

En la mañana del 18 de julio, tras un violento chaparrón, la primera fase del contraataque aliado al mando del general Mangin se abrió paso en el flanco occidental de la curvatura del Camino de las Damas; su principal objetivo era cortar la ruta de abastecimiento alemana a Château-Thierry. Trescientos cuarenta y seis tanques Renault tomaron parte en la fase inicial y, aunque quedaron fuera de combate en cuestión de horas, prestaron una ayuda decisiva durante la primera ruptura. La amenaza de un ataque de flanco fue suficiente para que Ludendorff se apresurase a volver de una conferencia que estaba celebrando en el norte.

Al día siguiente las divisiones norteamericanas atacaron al sur de la curvatura, y Ludendorff, dándose cuenta de la posición expuesta de sus tropas, autorizó —y en realidad organizó— una retirada; su competencia de soldado está demostrada por el hecho de que, a pesar de otro ataque aliado en el flanco (esta vez desde el este), se las ingenió para abrir las mordazas de la trampa al oeste de Soissons y al oeste de Reims, hasta que el 4 de agosto estuvieron de vuelta casi todos sus hombres detrás de la línea del Aisne y el Vesle, eliminando con ello la bolsa formada por la operación «Blücher».

Pero el 8 de agosto, divisiones inglesas, canadienses y australianas, apoyadas por casi la totalidad del cuerpo británico de tanques —604 tanques en total—, se lanzaron contra la línea de Ludendorff delante de Amiens, en un ataque que se extendía desde el Ancre, al norte, cruzaba el Somme más al sur, pasaba por Villers Bretonneux y llegaba hasta el río Luce. El golpe había sido laboriosa y eficientemente preparado y en esta ocasión tuvo, casi irónicamente, la ayuda de la niebla: era, por decirlo así, la primera vez que un ataque aliado se desarrollaba en condiciones tan favorables.

A todo lo largo del frente de la contraofensiva los primeros asaltos tuvieron éxito y los tanques resultaron de gran utilidad apoyando a la infantería: cuando un puesto de ametralladoras dificultaba su avance, los soldados se echaban al suelo y esperaban a que uno de los mastodontes blindados que los protegían avanzara con su ruido sordo y aplastara la resistencia. Hacia el anochecer, se habían hundido veinticuatro kilómetros de frente alemán y los tanques Whippet y la infantería ingleses, con sus camaradas de los Dominios, se encontraban a unos once kilómetros de su línea de partida.

Ludendorff quedó impresionado cuando, al día siguiente, apreció los resultados de la lucha del 8 de agosto, pero no precisamente por la pérdida de territorio, de material o siquiera de hombres; durante una semana de la ofensiva de marzo, los aliados habían perdido, cada día, mucho más de todo ello, pero no habían perdido la guerra. Era una pérdida de muy diferente especie la que le sugería funestos presagios: la pérdida de la moral de combate.

De acuerdo con los informes que encontró en su escritorio, aquel día se habían hundido seis divisiones alemanas en escenas sin precedentes en la leyenda militar germánica. Compañías enteras se habían rendido a un simple tanque, pelotones enteros se habían rendido a un simple soldado de infantería, y en una ocasión las tropas en retirada habían apostrofado a una división que avanzaba a sostener la línea que cedía, acusando a los soldados de ser unos serviles aduladores de los *junkers*.

«El 8 de agosto fue el día negro del Ejército alemán...», escribió más tarde Ludendorff, y la historia ha justificado este comentario.

El 8 de agosto empezó el avance aliado hacia el Rin.

A partir de entonces el frente ya no estuvo nunca tranquilo. Cualesquiera que fueran los defectos que pudieran tener los planes anteriores de Foch, en el verano de 1918 su teoría de la ofensiva continua dio buenos resultados, con tal que los ataques se detuvieran tan pronto como se endureciera la corteza defensiva del frente.

El 11 de agosto se dio por terminada la batalla de Amiens tras un avance de dieciséis kilómetros, pero, dos días antes, el ejército francés al mando del general Debeney había atacado y conquistado Montdidier, mientras al día siguiente el III Ejército francés del general Humbert —en un escenario más al sur— avanzaba hacia Noyon y liberaba Lassigny en un combate que duró hasta el día 16. El 18, el ejército de Mangin se lanzó al ataque a la derecha de Humbert, y el día 20 tomó las alturas del Aisne.

Cada ataque se paraba repentinamente tan pronto como perdía su empuje inicial, al tiempo que se lanzaba otro ataque bastante cerca del anterior para explotar su éxito; luego se reemprendía de nuevo, pero sólo duraba hasta que la resistencia se endurecía tanto que aparentemente había de ser inútil continuar atacando.

Y así se siguió aplicando esta táctica. El 21 de agosto el III Ejército inglés, al mando del general sir Julian Byng, atacó al norte de Albert (ataque apoyado por 200 tanques salvados de la batalla de Amiens), y, al día siguiente, el IV Ejército de Rawlinson desencadenó un ataque unos pocos kilómetros al sur, entre Albert y el Somme. Al anochecer, el frente había retrocedido hasta rozar los antiguos campos de batalla del Somme (a través de los cuales, dos años antes, la flor de los hombres británicos habían marchado hacia la muerte), y veinticuatro horas más tarde las tropas de Byng y Rawlinson habían avanzado otros cinco kilómetros.

El 23 de agosto fue, pues, un día aún más negro que el 8 de agosto para el Ejército alemán, el cual no iba a tener ningún respiro hasta la firma del armisticio. En el curso de los restantes días de agosto y de la primera semana de septiembre, los aliados batieron ininterrumpidamente el frente alemán; el 9 de septiembre los alemanes perdieron casi todo el territorio conquistado en la ofensiva de primavera, cien mil soldados entraron en los campos de prisioneros aliados, muchos más fueron muertos o heridos (o bien, peor aún, desertaron).

Dos días más tarde se inició el ataque norteamericano sobre el saliente de St. Mihiel, y al cabo de dos días esta perpetua




**El desesperado envite de Ludendorff. El general comprendía la absoluta necesidad de poner fuera de combate a los franceses y sobre todo a los ingleses antes de que la presencia de los prometidos refuerzos norteamericanos cambiara definitivamente el curso de la guerra a favor de los aliados.**

espina clavada en el flanco francés había desaparecido: 14.500 prisioneros y 443 cañones alemanes quedaban detrás de las líneas norteamericanas, y Pershing estaba reagrupando sus fuerzas para una vasta ofensiva en dirección norte a través del bosque de Argonne.

Pero existía aún una tenue esperanza en el ánimo de Ludendorff, y era la de que las fortificaciones de hormigón de la línea Hindenburg podían proporcionarle algún respiro; así, vigiló atentamente los primeros movimientos de ataque del enemigo. La acometida dio comienzo con un bombardeo de cincuenta y seis horas, lanzado por los ingleses, norteamericanos y australianos sobre el frente guarnecido con cinco divisiones alemanas. Nuevamente la niebla favoreció a los atacantes, permitiendo a los ingleses cruzar el canal de St. Quentin casi sin ser vistos, volverse luego y desbordar las posiciones defensivas de cada flanco al caer éstas bajo el ataque central. Con admirable organización, las divisiones de reserva penetraron en las brechas abiertas, se lanzaron a través de los restos de las divisiones de asalto y penetraron aún más profundamente en el complejo de trincheras y cuevas de refugio, alambradas y túneles que, a juicio de todos los alemanes, habían de resistir las embestidas más violentas.

En el curso de todo el día las tropas alemanas habían luchado desde las defensas de su famosa línea con una habilidad y un ardor no inferiores a los que las había distinguido en el pasado; su derrota fue debida principalmente a la niebla, al espíritu ofensivo de los norteamericanos y australianos, y a la moral de victoria que animaba a los ingleses; y, posiblemente, a la suerte, que ahora había abandonado a los alemanes.

Porque, aunque nadie se dio cuenta entonces, aquella tarde Alemania había perdido la guerra.

Bajo los efectos de la tensión acumulada, habían cedido los nervios de Ludendorff: a las cuatro horas de aquella tarde había sufrido un ligero ataque de apoplejía mientras se hallaba en el Hôtel Britannique de Spa. Había ido allí para asistir a otra de las continuas conferencias a que últimamente era convocado a fin de convencer a los políticos de que los planes que tenía para conseguir la victoria se desarrollaban con éxito.

Aquella noche, pálido y tembloroso, Ludendorff visitó a su superior y fiel aliado Hindenburg en el apartamento debajo del suyo y confesó que no era capaz de descubrir ninguna salida al callejón en que estaba metida Alemania; y tristemente, Hindenburg, como siempre, estuvo de acuerdo con su principal subordinado. Había que pedir un armisticio y ya era hora de que el Estado Mayor empezase a planear una retirada organizada del Ejército, que debía llevar consigo todo el material pesado que pudiera ser transportado, hacia la frontera occidental de Alemania. Allí ofrecerían al mundo el espectáculo de una fuerza imbatida todavía capaz de defender su propio honor y la patria.

El hecho de que dos hombres en posición tan elevada pudieran estar tan divorciados de la realidad como para creerse en condiciones de hacer aceptar una propuesta de este género a los aliados, no es sino un ejemplo de la falta de sentido común político con que ambos bandos llevaban la guerra, atentos solamente a los asuntos militares. En este caso, las potencias aliadas exigieron una rendición tan incondicional como la que iban a exigir veintisiete años más tarde.

Las condiciones del Tratado de Versalles puede que fueran duras y poco generosas, pero tal vez los alemanes no habrían tenido una tan mala memoria si su país hubiese sufrido algunos de los daños materiales que habían sido infligidos a Francia y que afectaron la futura actitud de los franceses ante la guerra.

**Barrie Pitt**

# Rumbo al armisticio

**Las esperanzas de Alemania se estaban desvaneciendo. La población padecía hambre, los soldados se hallaban abatidos, los marinos se negaban a luchar, y, con el hundimiento de los aliados de Alemania, el enemigo amenazaba el sagrado suelo de la patria. El país deseaba la paz. Ludendorff, el dictador militar que no había conseguido alcanzar las victorias que había prometido, estaba decidido a eludir la responsabilidad del fracaso, y, desgraciadamente para Alemania, lo consiguió.**

*1* **Ludendorff, un dictador.** *2* **Michaelis, una nulidad.** *3* **Hertling, conservador.** *4* **Max von Baden, liberal.** *5* **Foch (segundo de la derecha) ante el vagón de ferrocarril donde aceptó la rendición alemana.**

1

2

3

4

5


La guerra submarina sin limitaciones llevada a cabo por Alemania había sido una empresa militarmente y políticamente arriesgada. A corto plazo pareció, como empresa militar, tener un notable éxito, pues los resultados que dio durante los primeros cuatro meses superaron todas las previsiones. Solamente más tarde, en 1917, las contramedidas tomadas por los aliados redujeron el número de victorias de los submarinos alemanes.

Políticamente, empero, la guerra submarina constituyó un fracaso absoluto desde el principio. Provocó la entrada de los Estados Unidos en la guerra y, como consecuencia, la derrota de Alemania. La participación norteamericana en la contienda infundió a las naciones occidentales, cansadas de luchar, nuevas esperanzas, en tanto que desalentó a las potencias centrales que no estaban menos hartas de la guerra (particularmente a las nacionalidades eslavas de Austria-Hungría). Ninguna había visto con simpatía un conflicto iniciado como una «acción de castigo» contra una nación eslava independiente, Servia.

En la primavera de 1917 la situación en la Monarquía Dual se había hecho tan desesperada para los grupos dominantes germanos y húngaros, que el emperador Carlos I tomó en gran consideración un memorándum profundamente pesimista, sobre la urgente necesidad de la paz, que le presentó su primer ministro, conde Czernin, y lo transmitió a Mattias Erzberger, miembro eminente del Partido Católico Alemán del Centro. Erzberger quedó muy impresionado. En Alemania el desencanto producido por los últimos resultados de la guerra submarina y la intranquilidad política creada por el esfuerzo bélico estaban alcanzando una nueva intensidad en el verano de 1917. Incluso el Partido Socialdemócrata Alemán (S.P.D.), irritado por los violentos ataques del Partido Socialdemócrata Independiente (U.S.P.D.), facción izquierdista del primero, perdió la paciencia y amenazó por vez primera con votar contra los créditos de guerra. Fue en estas circunstancias cuando Erzberger y el S.P.D. decidieron aliviar un tanto la presión interior atacando desde el Parlamento al canciller Bethmann-Hollweg. Philipp Scheidemann y Friedrich Ebert, los dos máximos exponentes de los socialistas que habían permanecido leales, criticaron la valoración excesivamente optimista de la guerra submarina pero también la negativa del canciller a tratar de llegar a una paz basada en la moderación, y pidieron que se efectuaran reformas políticas en Prusia. El 4 y 6 de julio Erzberger planteó el asunto a la comisión central del Reichstag, declarando que la guerra submarina era un fracaso y sugiriendo que el Reichstag aprobase una resolución favorable a una paz sin anexiones.

El resultado fue desastroso y Erzberger inició uno de los casos políticos más extraordinariamente confusos de Alemania, la llamada crisis de julio de 1917. En esta crisis estuvieron inextricablemente mezclados aspectos de política exterior e interior: guerra submarina, objetivos bélicos, créditos de guerra, reforma del derecho de voto en Prusia y de la estructura política en el Reich, y temor de los socialistas de la mayoría a ser derrotados por la estrategia del izquierdista U.S.P.D. Los principales resultados de la crisis fueron un voto del ministerio prusiano propugnando la igualdad del derecho de voto en Prusia (11 de julio), la caída de Bethmann-Hollweg (12 de julio), la resolución del Reichstag sobre la paz (19 de julio) y los primeros tanteos de un gobierno parlamentario en el Reich.

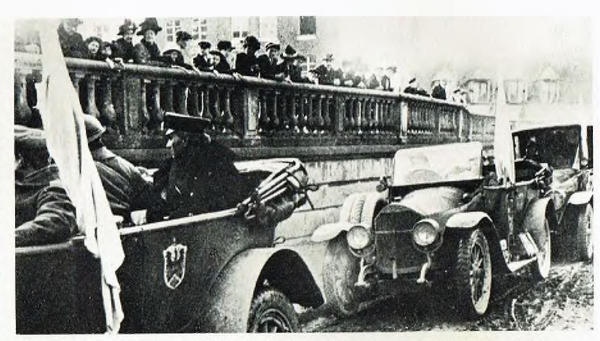
### La caída de Bethmann-Hollweg

A partir de la primavera de 1917 Bethmann-Hollweg se había mostrado partidario de reformar el sistema electoral de Prusia a fin de apaciguar a la clase trabajadora y fortalecer a los jefes de la mayoría del S.P.D. contra el U.S.P.D. El haber logrado, el 11 de julio, que el ministerio prusiano se pusiera, de mala gana, a su lado, fue, sin embargo, solamente una victoria pírrica, puesto que una vez más le

atrajo las iras del Alto Mando. Hindenburg y Ludendorff se dirigieron precipitadamente a Berlín y amenazaron con dimitir si se aceptaban la igualdad electoral y la resolución sobre la paz, tal como habían sido redactadas por una comisión no oficial de los tres nuevos partidos de la mayoría (Centro, Progresistas y Socialistas mayoritarios). El Káiser, por otra parte, no quería llegar a una decisión sin consultar con el príncipe heredero, cuyos puntos de vista eran siempre reaccionarios y pangermanistas. El príncipe heredero tomó la inusitada medida de consultar a los dirigentes de los partidos políticos: con sorpresa vio que todos ellos, excepto los progresistas, eran contrarios al canciller; los conservadores y los liberales nacionales juzgaban que había hecho demasiadas concesiones a la izquierda y que era demasiado débil para perseguir enérgicamente los objetivos de la guerra; el Partido del Centro y el S.P.D. lo consideraban un elemento negativo, por enfocar con ambigüedad lo relacionado con los objetivos de la guerra y porque, en todo caso, era el hombre que había metido a Alemania en el conflicto.

El príncipe heredero se presentó triunfalmente ante su padre con el fruto de sus sondeos. En una atmósfera de agitada confusión, el Káiser destituyó al canciller antes de que Ludendorff y Hindenburg tuvieran tiempo de atacar y enfrentarse a su soberano con su dimisión. Cuando llegaron, el Káiser se limitó a decir a los sorprendidos generales: «Se ha ido.» Bethmann-Hollweg, por lo tanto, fue derribado por una extraña alianza. Nadie podía sorprenderse de que el canciller hubiese incurrido en la enemistad de los elementos conservadores y militares; pero el Centro y el S.P.D. se volvieron contra él en el mismo momento en que acababa de adoptar el programa de ambos partidos sobre unas reformas interiores y unos objetivos bélicos relativamente moderados. Por otra parte, si Bethmann-Hollweg, después de obtener el apoyo de una coalición de centro-izquierda en el Reichstag, hubiese luchado por esta nueva línea moderada, desafiando la voluntad de su soberano, ello habría significado, según los criterios del tiempo, una revolución.

Recientemente, algunos historiadores alemanes han querido ver en la caída de Bethmann-Hollweg el principio de la democracia parlamentaria en Alemania. Pero fue éste un extraño principio, ya que la «victoria» del Parlamento se había conseguido de forma casual e inesperada, sobre un canciller que estaba dispuesto a colaborar con la nueva mayoría. La caída de Bethmann-Hollweg no solucionó nada. Los partidos parlamentarios fueron incapaces incluso de nombrar un sucesor, y menos aún un sucesor que respondiera a sus propósitos. De entre el malestar y la confusión persistentes surgió el nuevo canciller, Georg Michaelis, una nulidad como político, que se limitó a ceder ante la dictadura, apenas disimulada, de Ludendorff y el Alto Mando del Ejército. El 19 de julio el Reichstag votó la resolución sobre la paz, una vez modificada y aprobada por Ludendorff y Michaelis. Pero incluso esta resolución, considerada desde el punto de vista general de los objetivos de guerra alemanes en la Primera Guerra Mundial, distaba mucho de ser una declaración directa y sincera de la intención de volver al *statu quo*. Todo el valor propagandístico que pudo tener fue anulado por el apéndice famoso que le puso el nuevo canciller y en el que manifestaba que la aceptaba «como yo la entiendo», y por la violenta reacción de la derecha contra los «cobardes» del Parlamento.



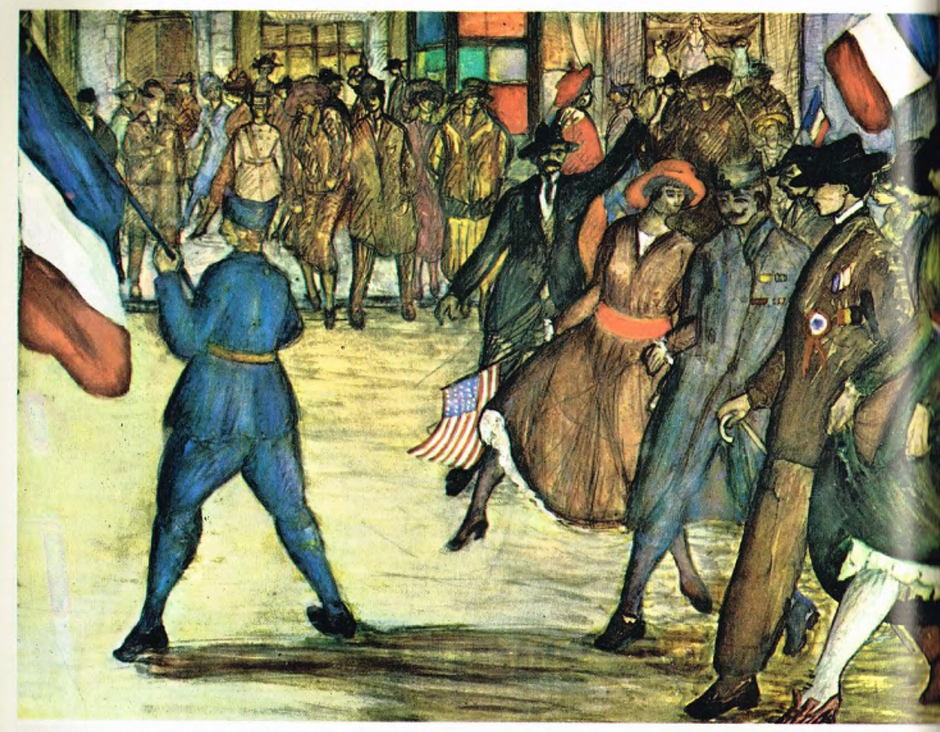
**Plenipotenciarios alemanes, exhibiendo banderas blancas, llegan a territorio aliado para conocer las condiciones del armisticio. Luego, en el vagón de ferrocarril utilizado por Foch, se firmó la rendición.**

Los efectos inmediatos que la caída de Bethmann-Hollweg tuvo sobre la Constitución fueron insignificantes. La comisión de los partidos de la mayoría, que había redactado la resolución sobre la paz, se mantuvo reunida durante las sesiones del Reichstag; pero sus intrincados debates sobre reformas sólo demostraron que era absolutamente incapaz de llegar a conclusiones positivas, salvo el piadoso deseo de introducir alguna modificación en la Constitución que diese la impresión de que un Parlamento pacifista había tomado el poder. Lejos de ser revolucionarios, aquellos partidos no deseaban ni la república ni una auténtica democracia, ni siquiera una paz basada en el *statu quo*, mientras Alemania se mantuvo fuerte. En los días que siguieron a la firma del Tratado de Brest Litovsk y a la aparentemente victoriosa ofensiva alemana en el Oeste, incluso se desvaneció aquella presunta moderación. El Tratado de Brest Litovsk fue aprobado en el Reichstag por una enorme mayoría. Solamente el U.S.P.D. votó en contra; los socialista del S.P.D. se abstuvieron dócilmente.

El único resultado perceptible —en el aspecto político— de toda la crisis de julio de 1917 fue el nombramiento de un ministro, en el gabinete prusiano, de dos secretarios y dos subsecretarios de Estado en el Gobierno central del Reich, como representación de los partidos moderados que propugnaban reformas interiores. Incluso estas modestas conquistas, sin embargo, quedaron más que compensadas por el hecho de que la mayor parte de los políticos de partido recientemente nombrados pertenecían al ala conservadora de sus respectivos partidos, y por la no proclamada pero efectiva dictadura de Ludendorff. Si el Gobierno parlamentario de Alemania nació en julio de 1917, fue solamente en apariencia; más que nunca, el Parlamento sirvió de pantalla para un régimen que seguía siendo autoritario y antidemocrático.

**El temor de los socialistas**

Los progresos de la Revolución Rusa y sus repercusiones en Alemania hicieron



cada vez menos defendible esta delicada y artificial estructura. La influencia de grupos extremistas sobre la izquierda, en particular del U.S.P.D. y, en menor extensión, de los Espartaquistas (los partidarios del socialista Karl Liebknecht), aumentó entre los obreros de Berlín y los marinos de la flota, mientras los elementos pangermanistas se agrupaban en el *Vaterlandspartei* (Partido de la Patria), que era una combinación de organizaciones derechistas. Bajo la dirección de Tirpitz, los elementos «protofascistas» alemanes pasaron así a formar por vez primera una poderosa organización.

Mientras la guerra seguía sin esperanza de paz, la creciente polarización de las fuerzas políticas alemanas debilitaba el Imperio desde dentro. La extrema derecha no veía con agrado las concesiones formales hechas a la izquierda moderada, y desconfiaba de ésta por considerarla a mitad del camino que conducía a la revolución y al socialismo. La extrema izquierda temía, con razón, que los pequeños cambios políticos se hubieran introducido con el fin de impedir una auténtica reforma y de poner remiendos al régimen, que seguía siendo intrínsecamente antidemocrático.

En otoño de 1917 estas tensiones se pusieron de manifiesto por vez primera cuando provocaron la caída de Michaelis. A pesar de su inexperiencia política, el nuevo canciller era lo bastante inteligente y razonable como para darse cuenta de que Alemania nunca sería capaz de concluir una paz sobre la base de los objetivos que se había propuesto obtener con la guerra. Éste fue el motivo que lo indujo a pedir, en un consejo de la corona celebrado el 11 de septiembre, que Alemania renunciara a sus reclamaciones sobre Bélgica a fin de hacer posible la paz. Este gesto de independencia política y de relativa astucia no fue del agrado de los generales ni del Káiser, que lo destituyó a la primera oportunidad.

Durante los días de la resolución sobre la paz se habían producido revueltas, entre los marinos de la flota militar alemana, a favor de una paz sin anexiones, revueltas que encontraron un decidido apoyo en el U.S.P.D. Se practicaron detencio-



nes entre los marinos y se celebraron consejos de guerra; cinco fueron condenados a muerte, y dos de ellos ejecutados. Cuando, el 9 de octubre, el canciller fue atacado en el Reichstag por los dirigentes del U.S.P.D., dio la impresión de que deseaba proscribir este partido; pero los partidos de la mayoría, que no tenían simpatías por el U.S.P.D., lograron impedirlo, movidos por el temor de que la próxima vez el canciller se volviera contra ellos. En una turbulenta sesión del Reichstag los partidos expresaron claramente su falta de confianza en el canciller. El Alto Mando nada hizo para sostener a Michaelis y el Káiser no quiso enemistarse con los partidos que una vez más habían de votar los créditos de guerra. Menos de tres meses más tarde, Michaelis fue obligado a dimitir.

Le sucedió el conde Hertling, hombre de setenta y tres años de edad y medio ciego. Había sido uno de los dirigentes del Partido del Centro en el Reichstag antes de la guerra y primer ministro de Baviera a partir de 1912. Aunque era un político de partido, no había sido nombrado por los partidos de la mayoría, ni era su representante. Conservador a ultranza durante toda su vida política, Hertling estaba dispuesto a apaciguar a la mayoría parlamentaria accediendo a sus demandas políticas, especialmente las relativas a la reforma electoral en Prusia; pero, ante todo, se consideraba como un servidor de la corona e independiente del Parlamento. En efecto, bajo Hertling, la reforma del sistema electoral prusiano no hizo progreso alguno. En cuanto a los objetivos de guerra, el Alto Mando logró que el nuevo canciller se adhiriese a su programa. Los alemanes decidieron obligar a los austríacos, con los cuales por entonces estaban conferenciando, a continuar en la lucha hasta que hubieran cubierto sus objetivos. Las conversaciones con los austríacos tuvieron lugar el 6 de noviem-

**«El día del armisticio», cuadro de Gaspard-Maillol, nos muestra cómo fue recibida en Francia la noticia del hundimiento de Alemania: enarbolando banderas aliadas, los parisienses, el 11 de noviembre de 1918, recorren las calles a paso de danza.**

bre. En la mañana del día siguiente, los bolcheviques asumían el poder después de derribar el Gobierno provisional de Rusia.

A partir de entonces la situación interior de Alemania se hizo desesperada. Mientras continuaba la polarización de las fuerzas, la fachada parlamentaria que disfrazaba la dictadura de Ludendorff había sido algo fortalecida con el nombramiento de Payer, un progresista de la Alemania meridional, para el cargo de vicecanciller. Este elemento meridional, no prusiano, estaba aparentemente destinado a salvar al Reich de la inminente catástrofe; pero la marcha de los acontecimientos demostró que la ostentosa presencia de liberales y católicos del sur de Alemania en las altas esferas del Gobierno no había de alterar la política del Reich. Cuando el presidente Wilson enunció sus «Catorce Puntos», en enero de 1918, Hertling los rechazó en seguida en todo lo que afectaba a Alemania. Durante la gran huelga de los obreros metalúrgicos de Berlín, que se extendió a otras ciudades alemanas en los últimos días del mismo mes, el Gobierno nada hizo para satisfacer las demandas de los huelguistas. En la primavera de 1918, incluso había desaparecido la ficción de que existía un Gobierno parlamentario cuando Erzberger, durante el debate sobre el Tratado de Brest Litovsk, lo declaró perfectamente compatible con las exigencias expresadas en la resolución sobre la paz, siguiendo en este asunto las instrucciones de Ludendorff.

Así, el Reich alemán siguió a la deriva, sin reformas, hasta la próxima crisis política del otoño de 1918. En ese momento Alemania estaba aun más agotada, y el pueblo más exasperado todavía que en el verano de 1917. Las últimas ilusiones sobre la guerra submarina, el milagro en el Este y las ofensivas alemanas en el Oeste se habían desvanecido definitivamente. La contraofensiva aliada de julio y agosto había destruido, por último, incluso las esperanzas que tenía Ludendorff de ganar la guerra.

En el otoño de 1918 la guerra terminó allí donde se había iniciado: en los Balcanes. Al final de septiembre el Ejército aliado de Oriente rompió el frente de Macedonia, y Bulgaria pidió la paz. Turquía se tambaleaba, y Austria-Hungría se encontraba al borde de la descomposición política. Pocas semanas más tarde Turquía y la Monarquía Dual saldrían del conflicto. Por más firme que se mantuviera el frente alemán del Oeste, las tropas aliadas estarían en condiciones, al cabo de unos pocos meses, de invadir Alemania desde el sur y el sudeste.

El 28 de septiembre, cuando Ludendorff se enteró del hundimiento de Bulgaria, no le fue difícil prever la cadena de los acontecimientos futuros. Fue solamente en ese momento cuando reconoció la derrota militar.

Sin embargo, Ludendorff, actuando hasta el fin de sus posibilidades como un típico dictador militar, hizo principalmente culpables de la inminente catástrofe a las fuerzas izquierdistas. El 1 de octubre expuso a sus más íntimos colaboradores del Alto Mando del Ejército, por qué se había hecho indispensable un gobierno parlamentario. Había pedido al Káiser que «se incluyeran en el Gobierno también los círculos a los que debemos principalmente nuestra presente situación... Que sean ellos, ahora, los que hagan la paz que hay que hacer. Que ahora carguen con las consecuencias de lo que nos han hecho». Así dio comienzo la famosa leyenda de la «puñalada por la espalda», el pretexto que inventara Ludendorff para poner a salvo su prestigio aun antes de que Alemania depusiera las armas.

En un desesperado esfuerzo por salvar lo que pudiera salvarse, Ludendorff ordenó que se formara en Alemania un gobierno parlamentario, que se debía encargar de pedir inmediatamente un armisticio antes de que se hundiera también el frente occidental. Hertling, consecuente conservador hasta el último minuto, se negó a convertirse en canciller de un gobierno parlamentario y dimitió. Al cabo de unos días de apresurada búsqueda, fue encontrado el último canciller imperial. De nuevo no fue escogido por las ahora «victoriosas» fuerzas parlamentarias; no fue ni siquiera un político de partido, sino un miembro de una dinastía del sur de Alemania, el príncipe Max von Baden, que tenía fama de liberal. En esta elección intervinieron hasta cierto punto la lógica y la justicia histórica: Baden y su Gran Duque habían sido, en 1870-71, los agentes y aliados más importantes de Bismarck cuando éste estaba fundando el Segundo Reich. Un miembro de la misma dinastía fue llamado ahora para salvar al Reich y a la monarquía, pero tuvo éxito sólo a medias. Estaba fuera de su alcance mantener la monarquía, puesto que el Káiser se aferraba tercamente al trono cuando apenas nadie, incluso en Alemania, quería ya verlo sentado en él. No obstante, se las ingenió para salvar el Reich y su orden social mediante una interpretación más liberal de la Constitución y entregando astutamente el poder, el 9 de noviembre, a otro alemán del sur, Friedrich Ebert, el dirigente conservador del S.P.D. de Heidelberg.

El 3 de octubre el príncipe Max fue nombrado canciller. Payer siguió siendo vicecanciller, mientras entraban a formar parte del Gabinete varios miembros del Reichstag, entre ellos Scheidemann, por el S.P.D., y Erzberger, por el Partido del Centro. Los cambios políticos fueron institucionalizados el 26 de octubre, cuando el Reichstag votó una enmienda a la Constitución que hacía depender al canciller de la confianza del Parlamento. Por primera vez había sido introducido formalmente un gobierno parlamentario en el Reich. Alemania, por un simple voto del Parlamento, se había convertido en un *Volksstaat* (Estado democrático), si bien por el momento subsistía la monarquía.

Sin embargo, el progreso político no había sido espontáneo. Respondía al deseo de hacer frente, por una parte, a la intranquilidad interior y, por la otra, a la segura derrota militar en el exterior. Wilson había puntualizado en su nota del 23 de octubre que no deseaba concluir una paz negociada con el antiguo régimen autocrático de Alemania, y a ello respondían los cambios constitucionales del 26 de octubre. Con inquietante versatilidad Alemania se había dado, de pronto, una democracia parlamentaria, en la esperanza de obtener alguna ventaja táctica; menos de quince años más tarde había de despojarse de esta extraña estructura política, de cuya adopción, después de todo, no había aparentemente sacado las ventajas que había esperado.

Tan pronto como Ludendorff se hubo convencido de que la guerra estaba perdida, tuvo prisa. Se abrió camino sin seria dificultad en la retaguardia instaurando precipitadamente, el 3 de octubre, el gobierno del príncipe Max, de Scheidemann y de Erzberger. Pero fue más difícil convencer a los dirigentes políticos de la urgente necesidad de un armisticio: era natural que se mostraran reacios en este punto, pues los partidos mayoritarios no querían cargar con la responsabilidad de la rendición. Fue solamente después de un duro alegato por parte de Ludendorff y una sesión especial de miembros principales del Reichstag, celebrado el 2 de octubre y a la que un oficial del Estado Mayor General expuso la catastrófica situación militar, cuando los dirigentes políticos cedieron una vez más a la presión de los militares. El 3 de octubre de 1918 el nuevo Gobierno presidido por el prín-

1



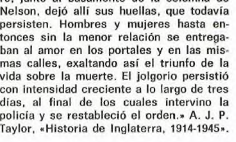
cipe Max von Baden pidió oficialmente el armisticio.

**Los «criminales de noviembre»**

Hasta en la hora de la derrota Alemania trató de salir lo menos malparada posible de una mala situación. La nota en que pidió el armisticio también indicaba que estaba dispuesta a concluir una paz sobre la base de los «Catorce Puntos» de Wilson, nota que no fue dirigida a los aliados, Gran Bretaña y Francia, sino a los Estados Unidos. Los «Catorce Puntos» de Wilson, desdeñados sólo unos meses atrás, ahora se convirtieron en la tabla de salvación para el Reich. Al elegir al Presidente norteamericano como destinatario de la nota, los alemanes obraban con gran perspicacia, por cuanto con ello halagaban la ambición que Wilson tenía de traer la paz al mundo.

Mientras tanto, continuaban las hostilidades, tanto en la guerra submarina como en los campos de batalla. Los ejércitos alemanes, que se retiraban bajo la presión aliada en el frente occidental, practicaban la política de «tierra calcinada» —destrucción sistemática— sobre territorio francés y belga. A petición de Wilson, Alemania puso fin a la guerra submarina, pero declaró enérgicamente que no había hecho nada contrario al derecho internacional en el frente del Oeste. A última hora, el armisticio pedido por Alemania pareció correr peligro. En su tercera nota a Alemania, el 23 de octubre, Wilson hizo notar que la única forma de armisticio aceptable para los Estados Unidos y las potencias aliadas era la que hiciera imposible para Alemania reanudar las hostilidades. En este momento Ludendorff volvió bruscamente a cambiar de actitud. De pronto encontró que la posición militar de Alemania no resultaba ser tan lúgubre como antes había pensado y que para Alemania sería mejor sucumbir que concluir una paz en condiciones deshonrosas. Ludendorff era portavoz de un cierto sector de dirigentes políticos que acariciaban la idea de una *levée en masse* de última hora para defender a la patria hasta haber gastado el último cartucho. Incluso Walter Rathenau se unió al coro en demanda de un final digno de un «Ocaso de los Dioses». Circuló una frase que Goebbels había de recoger una generación más tarde en una situación semejante: «Es mejor un fin en el terror que un terror sin fin.»

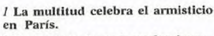
Esta vez fue el Gobierno formado por elementos civiles el que resistió a la tentación de realizar un gesto heroico-demagógico. El suicidio colectivo no era una



«Al difundirse la noticia del armisticio, en tiendas y oficinas cesó el trabajo... Una hoguera encendida en Trafalgar Square, junto al basamento de la columna de Nelson, dejó allí sus huellas, que todavía persisten. Hombres y mujeres hasta entonces sin la menor relación se entregaban al amor en los portales y en las mismas calles, exaltando así el triunfo de la vida sobre la muerte. El jolgorio persistió con intensidad creciente a lo largo de tres días, al final de los cuales intervino la policía y se restableció el orden.» A. J. P. Taylor, «Historia de Inglaterra, 1914-1945».

2





*1* **La multitud celebra el armisticio en París.**
*2* **Un soldado francés vuelve junto a su mujer y su hijo.**
*3* **Después del armisticio, las tropas alemanas regresan a Berlín, acompañadas de niños que saludan alegremente a la multitud.**

3



política posible para una nación de sesenta y cinco millones de habitantes, como observó un ministro. Ludendorff fue relevado de su puesto el 26 de octubre y de esta forma eludió felizmente la responsabilidad formal de la conclusión del armisticio. Huyó al extranjero de incógnito y fijó su residencia en la neutral Suecia, en espera de que tiempos mejores le permitiesen un regreso espectacular. El sucesor de Ludendorff fue también otro alemán del sur, el general Groener. Hindenburg continuó como cabeza formal del Ejército alemán.

Todas las dudas que pudieran quedar en la mente de los alemanes sobre la necesidad de deponer las armas fueron definitivamente disipadas por los acontecimientos que tuvieron lugar dentro y fuera de Alemania. El 27 de octubre el emperador Carlos I de Austria-Hungría se dio por vencido y anunció al Káiser su intención de pedir la paz. Austria-Hungría se desintegró, y con ella su Ejército. El 3 de noviembre Austria firmó un armisticio por el que ponía sus carreteras y ferrocarriles a disposición de los aliados. Alemania quedaba prácticamente abierta a la invasión a través de Bohemia y el Tirol hacia Silesia, Sajonia y Baviera. Luchar en suelo extranjero era una cosa, pero sufrir las destrucciones de la guerra moderna en el sagrado suelo alemán, era otra.

Esto explica por qué el espontáneo y casi revolucionario movimiento de soldados y obreros para acabar la guerra empezó en la periferia del Reich, en Baviera y Sajonia. Se hizo más imperioso para los grupos dirigentes evitar una derrota aplastante en el Oeste y realizar una ordenada retirada hacia el Reich. Sólo esto podía impedir una auténtica revolución social.

Pero una especie de revolución estaba ya a la vista cuando el 29 y 30 de octubre los marinos de la flota de guerra se negaron a participar en una última batalla naval. A partir de entonces existieron en Alemania dos movimientos en competencia para poner fin cuanto antes a la guerra: uno oficial, desde arriba, y otro popular, desde abajo. El oficial buscaba obtener un armisticio en el menor tiempo posible, con la esperanza de mantener el *statu quo* político y social. Fue apoyado por una alianza casi idéntica a la política que había apoyado la guerra: los altos mandos del Ejército, la burocracia, los industriales y la mayoría del Reichstag. El movimiento popular esperaba, poniendo fin a las hostilidades mediante presión revolucionaria, instaurar la democracia, e incluso aspiraba a algún tipo de socialismo. A pesar de que el movimiento desde arriba había empezado antes (el 28 de septiembre), la táctica dilatoria de Wilson permitió al movimiento desde abajo o popular tomar la delantera. El levantamiento revolucionario alcanzó Berlín y llegó a su cúspide el 9 de noviembre: apenas dos días después se concluía el armisticio cerca de Compiègne.

La victoria de la revolución alemana fue más aparente que real. Ni aun el ala democrática del sistema parlamentario fue recompensada por haberse sacrificado tanto en favor del Reich. Después que Erzberger le hubo hecho el juego a Ludendorff y firmado el armisticio el 11 de noviembre de 1918, él y sus amigos fueron tildados de «criminales de noviembre» por la extrema derecha. El propio Erzberger fue asesinado en 1921, menos de doce años antes de que la República de Weimar fuese estrangulada por las mismas fuerzas políticas que primero soñaron en convertir a Alemania en una potencia mundial y que luego, al darse cuenta de que habían fracasado miserablemente, organizaron un suicidio nacional.

**Imanuel Geiss**



**Sus servicios ya no eran necesarios. Precedido por un mayordomo, un desamparado grupo de mujeres hasta entonces al servicio del Káiser abandona el palacio.**

# Austria-Hungría: se hunde el Imperio

**En noviembre de 1918 desaparecieron de los edificios públicos las águilas bicéfalas del Imperio Austríaco y dejó de cantarse el himno imperial. Viena, antaño cabeza de un Imperio, era ahora tan sólo la capital de un país insignificante. ¿Cómo se había producido este cambio? ¿Por qué se había desmoronado la compleja estructura creada por los Habsburgo?**

La complicada radicación de Austria-Hungría en los Balcanes fue una de las causas principales de la Primera Guerra Mundial; y, a su vez, la guerra llegó a ser una de las principales razones de la disolución del Imperio.

La larga y agotadora contienda, que puso de manifiesto la debilidad de todas las grandes potencias, contribuyó a destruir el Imperio de los Habsburgo. La estructura social y política de la Monarquía Dual era más compleja que la de cualquier otro Estado europeo y más sensible a las tensiones provocadas por los acontecimientos bélicos.

El Ejército, sobre el que gravitaron plenamente estas tensiones, reflejaba la complejidad étnica del Imperio; incluso entre los rangos más elevados, sus componentes eran de diversas nacionalidades; en él las órdenes de mando —que comprendían solamente unas sesenta palabras— se daban en alemán; pero la tropa hablaba la lengua que más le acomodaba. El Ejército ofrecía una carrera tentadora para los jóvenes polacos y checos, así como para los alemanes y húngaros; y Croacia le proporcionó algunos de sus jefes más famosos. En conjunto, se comportó dignamente durante las hostilidades. Cuando terminó la guerra, muchas líneas de los frentes guarnecidos por los ejércitos austrohúngaros pasaban por territorio enemigo.

Como consecuencia de la declaración de guerra se confirieron nuevos poderes a las autoridades militares. Por un edicto imperial pasaron de la jurisdicción civil a la militar los delitos de alta traición, las ofensas al Emperador y a los miembros de la casa de los Habsburgo, los desórdenes públicos y los actos de sabotaje. Además, se declararon «zonas de guerra» regiones situadas muy a la retaguardia de los frentes y que quedaron también bajo el absoluto control administrativo del mando militar. En el ejercicio de estos nuevos poderes, los militares dieron por sentado que podían emplear con la población civil métodos militares que, frecuentemente, excedían los límites del buen sentido y hasta de la legalidad. Pero peor todavía fue el hecho de que, durante casi los dos primeros años de la guerra, el Alto Mando entró repetidas veces en conflicto con la administración civil; en realidad, no encontró otro freno que el primer ministro húngaro, el conde István Tisza, quien supo proteger la parte húngara de la Monarquía Dual. No hubo en Austria ningún político de la talla de Tisza, y allí los militares llegaron a imponerse casi por completo.

Aunque al fin el Alto Mando concentró su atención primordialmente en la marcha de la contienda, había logrado minar la estabilidad política de la parte austríaca de la monarquía. Con el objeto de poner de manifiesto la incompetencia de las autoridades civiles, los militares exageraron y generalizaron algunos casos aislados de traición: tratando con igual crueldad a los culpables y a los inocentes, crearon nuevos enemigos al Estado austríaco.

**Hungría retiene sus cosechas de trigo**

Al tiempo que tenía lugar la lucha entre la autoridad civil y militar, dejaba de funcionar el Parlamento austríaco, que no había sido convocado cuando estalló la guerra y no iba a serlo de nuevo hasta mayo de 1917. A pesar de sus muchas deficiencias y de sus poderes limitados, el *Reichsrat* (Parlamento) encarnaba la unidad del Imperio Austríaco: ponía en contacto a los políticos, que representaban las diversas nacionalidades y que procedían de distantes ciudades y regiones, y a todos ellos en contacto con el Gobierno y con la corte. Evocaba constantemente la diversidad de los territorios sometidos a los Habsburgo y lo muy difícil que era reunirlos en un Estado más o menos unitario. Había ejercido una influencia civilizadora y desapareció en un momento crucial.

Tras el estallido de la guerra, la vida política en Austria —el Parlamento húngaro de Budapest continuó reuniéndose— se fragmentó más de lo necesario. La falta de contacto con la capital, los escasos informes dignos de crédito sobre la vida política, las intrigas de los militares, es-

**El emperador Carlos I de Austria-Hungría y su esposa, la emperatriz Zita, fotografiados con motivo de su coronación como reyes de Hungría; entre ambos, el príncipe Francisco José Otón. Carlos I había recibido una herencia nada envidiable: un Imperio sometido por la guerra a tensiones superiores a sus fuerzas.**





**Soldados húngaros del Ejército austríaco controlan, más o menos ociosamente, una encrucijada de Praga en octubre de 1918. El Imperio de los Habsburgo, no obstante, cedería dócilmente a las presiones nacionalistas.**

pecialmente en los asuntos relativos a los pueblos eslavos, fueron otros tantos factores que se combinaron para producir en las ciudades provinciales una atmósfera que no favoreció realmente el buen sentido político. La guerra no mejoró las relaciones entre las dos partes de la monarquía, Austria y Hungría, ni entre la monarquía y sus aliados, Alemania e Italia. Tisza, primer ministro húngaro hasta junio de 1917, político tan obstinado como astuto, defendió a su país, generalmente con éxito, de cualquier intento de ingerencia por parte de Viena. Y acaso con demasiado éxito. En septiembre y octubre de 1916 el Consejo de Ministros austríaco y el húngaro tuvieron dos reuniones conjuntas para tratar exclusivamente el problema del abastecimiento de víveres. Los austríacos estaban convencidos de que, con István Tisza al frente, los magnates magiares —hombres que ostentaban el poder político—, se guardaban para sí el trigo que poseían. Esto ocurría en un momento en que los efectos del bloqueo aliado se dejaban sentir en los Imperios centrales. Un político austríaco había de manifestar más tarde que podía perdonar el bloqueo impuesto por el enemigo, pero no el impuesto por los húngaros.

Tal vez los lazos más sólidos que unían los diferentes pueblos del Imperio eran los que dimanaban de una economía próspera; por tanto, a medida que se debilitaba la economía y empezaban a escasear los bienes materiales, iban aflojándose estos lazos. Entre los pueblos del Imperio no encontró eco la austera consigna de Hindenburg: *Durchhalten!* («¡Aguantad hasta el fin!»). No estaban dispuestos a sacrificarse tanto como sus camaradas de armas alemanes.

En realidad, desde el mismo momento en que estalló el conflicto, las relaciones entre Viena y Berlín dejaron bastante que desear. Inmediatamente después de la ruptura de las hostilidades, cuando los alemanes concentraron la mayor parte de sus fuerzas en el Oeste, se confió al Alto Mando austríaco un sector del frente del Este más extenso de lo que se había previsto. Los austríacos protestaron en seguida enérgicamente: el embajador alemán en Viena, por su parte, continuaba diciendo en sus informes que en los medios gubernamentales austríacos reinaba el «espíritu de Sadowa», es decir, el deseo de vengarse de la derrota infligida, casi medio siglo antes, por Prusia a Austria.

Las relaciones entre Viena y Berlín fueron siempre difíciles e incluso, a veces, sumamente borrascosas. Las que Viena mantenía con Roma acabaron en desastre. Al estallar la guerra, Italia, que formaba parte de la Triple Alianza, permaneció neutral; en mayo de 1915 los italianos se unieron a Gran Bretaña, Francia y Rusia y atacaron a sus antiguos aliados. Italia se decidió finalmente por el lado que le podía ofrecer más, y los aliados le habían prometido grandes pedazos de territorio austríaco. Las tortuosas negociaciones que los italianos habían sostenido con los dos bandos antes de la ruptura de las hostilidades acabaron con la salud de un embajador austríaco en Roma, y con el temple y la carrera del primer ministro de Austria, el conde Berchtold, quien dijo que preferiría batirse contra los italianos que negociar con ellos.

### La muerte de un emperador

El 21 de noviembre de 1916, al principio del tercer invierno de guerra, murió en Viena el emperador Francisco José. Su muerte tuvo un efecto deprimente sobre la monarquía; testas coronadas fueron a Viena por última vez para asistir a sus exequias. El Imperio sobrevivió a Francisco José menos de dos años.

Su sobrino, el archiduque Carlos, que sucedió a Francisco José con el nombre de Carlos I, tenía veintinueve años de edad. Era elegante, delgado, impresionable; como el Káiser, sentía gran afición por los brillantes uniformes, que se cambiaba varias veces al día; su espontánea amabilidad juvenil y su inquietud intelectual hubieran podido ser cualidades positivas en tiempos de paz; pero le tocó una herencia nada envidiable. Después de la imponente y patriarcal figura de Francisco José, la del nuevo emperador apareció, y realmente lo era, poco sólida.

Inmediatamente después de subir al trono, el emperador Carlos I y su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, conde Czernin, empezaron a explorar las posibilidades de una paz separada. Pero las buenas intenciones del Emperador no compensaban su inexperiencia. Llevó las negociaciones un poco a espaldas del mencionado conde e incluso de los aliados del Imperio Austro-húngaro: cuando se descubrieron aquellas tentativas de carácter privado, su ministro dimitió, el Emperador tuvo que excusarse ante Berlín y el país quedó más atado que nunca a Alemania.

Siguiendo la misma línea de reformas, el emperador Carlos I convocó el Parlamento austríaco en mayo de 1917 y proclamó la amnistía para los presos políticos. Pero tampoco estas disposiciones dieron buenos resultados: en realidad no respondían a un plan general de reforma política y, en todo caso, llegaron demasiado tarde.

En el curso de la contienda, la atención del Imperio de los Habsburgo fue atraída por los acontecimientos del frente del Este y de Rusia, mientras los alemanes atendían a los que se desarrollaban en el Oeste, los cuales, por lo tanto, tuvieron menores consecuencias para Austria. En marzo de 1917 la revolución rusa causó una profunda impresión en los austríacos y particularmente en sus gobernantes, que quedaron obsesionados por la amenaza de una revolución. Cuando el 7 de noviembre de 1917 Lenin llegó al poder y empezó a poner en práctica su política pacifista, los austríacos sintieron más pánico que alivio. Algunas de las unidades sacadas del frente del Este en el invierno de 1917-1918 fueron retenidas en Austria para mantener el orden interior; los prisioneros de guerra que volvían de Rusia eran sometidos a un «lavado de cerebro», a fin de que no infectasen a sus conciudadanos con doctrinas bolcheviques.

A pesar del extenso movimiento huel-

*Derecha:* **ingenioso cartel húngaro de propaganda en favor de un empréstito de guerra: un valiente soldado utiliza la moneda nacional como escudo para protegerse de las bayonetas enemigas.**


VALÓ KÜZDELEMBEN!
JEGYEZZETEK
HADIKÖLCSÖNT



**Durante una parada militar celebrada en Praga, soldados checos de la Marina austrohúngara se manifiestan en favor de la nueva República Checoslovaca. Afianzadas sus nacionalidades, el Imperio de los Habsburgo se halla en trance de liquidación.**

guístico que se produjo en Austria-Hungría a principios de 1918, la amenaza principal a la política de los Habsburgo no provino de una revolución social de tipo bolchevique. El descontento social estimulado por la victoria bolchevique se dejó sentir principalmente en las dos naciones clave del Imperio, Austria y Hungría. Satisfechas o inexistentes sus aspiraciones nacionales, la causa de la independencia nacional preocupaba menos que la reforma social. Para los restantes pueblos del Imperio de los Habsburgo —polacos, servios, eslavos del sur, rumanos, italianos, etc.— la independencia nacional era, por el contrario, el primer objetivo.

No siempre había sido así. Antes de la guerra, los políticos se habían entregado plenamente a la causa de sus partidos o de sus respectivos grupos nacionales: se trataba de objetivos muy absorbentes y restringidos. El estallido de la guerra ensanchó sus horizontes: mientras duró la contienda, en las ciudades de provincia, sumidas en el aislamiento y la postración, se examinaron y discutieron planes políticos de todo tipo.

Los italianos del sur del Tirol y Dalmacia y los rumanos de Transilvania simpatizaban respectivamente con Italia y Rumania, y ambas naciones acabaron por entrar en la contienda al lado de los enemigos de Austria. La labor de los políticos italianos y rumanos bajo la monarquía de los Habsburgo fue por lo tanto relativamente sencilla, y la mayoría de ellos mostraban más simpatía, a medida que avanzaba la guerra, por sus respectivos reinos nacionales. Para los servios, que estaban dispuestos a aceptarlo como súbditos, había el reino de Servia; pero existía también la alternativa, adecuadamente desarrollada sólo durante la guerra, de un reino unido de todos los eslavos del Sur: los servios, los croatas y los eslovenos. La situación de los polacos, divididos entre las tres potencias —Austria, Alemania y Rusia— era la más trágica, porque se veían metidos, contra su voluntad, en una lucha fratricida. Pero esto tenía la ventaja de que, cualquiera que fuese el resultado final, habría polacos en el bando de los vencedores.

Los checos, con su poderosa industria y una vida nacional de reciente evolución, no tenían en principio ningún derecho para reivindicar. Les gustara o no, constituían una parte esencial del Estado de los Habsburgo. Éstos podían ceder el Tirol del Sur y gran parte de la costa dálmata a los italianos, o la Transilvania a los rumanos, sin que tales cesiones resultasen perturbadoras. Tal vez incluso la amputación de Galizia o Croacia no les habría resultado fatal. Pero sin Bohemia y Moravia los Habsburgo no habrían podido sobrevivir como soberanos de una gran potencia.

Como en cualquier otra provincia del Imperio, los comienzos del movimiento de independencia checo fueron tímidos y desorganizados. Impulsaron tal movimiento unos pocos exiliados y un corto número de simpatizantes en el interior del país: ninguno de los movimientos nacionalistas tenía una organización que, tras el estallido de la guerra, pudiera compararse, por ejemplo, con la organización revolucionaria de Lenin en Rusia.

Los servios y los croatas de Dalmacia proporcionaron al movimiento de oposición a los Habsburgo su primero y más numeroso grupo de exiliados políticos. La mayoría de ellos tenían el italiano como segunda lengua y todos se proponían imitar el ejemplo de la unificación de Italia. Fran Supilo (un dirigente croata de la coalición serviocroata que propugnaba la unión de los eslavos del Sur) y Ante Trombich habían partido para Italia pocos días antes de que Austria-Hungría declarase la guerra a Servia. A partir de entonces se dirigieron de una capital aliada a otra, propagando la idea de la unidad de los eslavos del Sur, reuniendo fondos y reclutando voluntarios. Su sorpresa fue grande cuando, en Petrogrado, se enteraron por casualidad de que, en una de las cláusulas del Tratado de Londres —por el que Italia se había comprometido a entrar en la guerra—, los aliados le prometían entregarle una gran parte de Dalmacia. Pero las actividades de aquellos exiliados se resintieron de lo aislados que estaban de la madre patria.

Los exiliados checos, por su parte, procuraron mantener abiertas sus líneas de comunicación con el Imperio Austro-húngaro. Afirmaban representar a la población de su país, afirmación que solamente fue verdadera hacia el final de la guerra, y desarrollaron una violenta campaña contra los Habsburgo. Proclamaban que el Imperio de esta dinastía estaba corrompido, era inhumano y se hallaba próximo a desintegrarse; que estaba dominado por los militares, los cuales, a su vez, no eran sino un instrumento de Berlín y de sus planes expansionistas. Los exiliados políticos checos tuvieron la suerte de que fuera su líder Thomas Masaryk. Nacido en la región fronteriza de Moravia y Eslovaquia, era un profesor universitario entregado a la política, y tenía sesenta y cuatro años cuando empezó la guerra. Masaryk era el fundador de uno de los más pequeños partidos políticos checos. Durante la contienda instó a los pocos eslovacos exiliados y a los numerosos eslovacos emigrados a Norteamérica a que se uniesen con los checos en la lucha contra la monarquía de los Habsburgo. Poco partidario, antes de la guerra, de los métodos violentos, Masaryk sostuvo que las potencias centrales no podían vencer a las fuerzas combinadas de Francia, Rusia y, especialmente, del Imperio Británico. No aprobó las simpatías rusófilas de los checos y, en cambio, se mostró partidario de buscar el apoyo de las potencias que secundaban sus planes.

A fines de 1917, Masaryk y su Consejo Nacional Checoslovaco, con sede en París, había logrado organizar unidades militares checas y eslovacas en Rusia, Francia e Italia; habían conseguido que los Gobiernos aliados tomaran nota de sus planes para el caso de desintegración del Imperio de los Habsburgo; se mantenían en contacto con la sociedad secreta revolucionaria existente en Praga e informaban a sus compatriotas de los éxitos que cosechaban en el extranjero.

**El fin de un Imperio**

Tras el fracaso de las tentativas de paz separada con Austria hacia el final del año 1917, y bajo la presión de la necesidad militar en la primavera de 1918, los Go-



**Entrada triunfal de Masaryk en Praga, rodeado por miembros de la Legión Checoslovaca, que él mismo había reclutado en Rusia, Francia e Italia, así como entre los oficiales checos y eslovacos del Ejército austrohúngaro.**

biernos aliados empezaron a reconocer la aspiración de los checos, eslavos del Sur y polacos a constituir Estados independientes, y sancionaron el desmembramiento del Imperio de los Habsburgo aun antes de que éste tuviera lugar.

Sin embargo, en el interior de Austria-Hungría los movimientos contra los Habsburgo habían ido conquistando terreno a partir de la primavera de 1917. Los lazos que unían a los pueblos con la monarquía se aflojaron gradualmente; los planes ideados por unos pocos políticos visionarios en septiembre de 1914, recibieron amplio apoyo político cuatro años más tarde. Los pueblos sometidos al Imperio de los Habsburgo entraron en la contienda con un determinado «nacionalismo» y salieron de ella con otro. Al final de la guerra, solamente podían sentirse satisfechos con la independencia total.

Cuando, el 16 de octubre de 1918, el primer ministro austríaco propuso transformar el Imperio en un Estado federal, era ya demasiado tarde. Las anteriores tentativas de reforma del emperador Carlos I habían sido demasiado restringidas y no habían surtido el efecto deseado. El Parlamento, tras su reapertura en mayo, vio su labor obstruida por escenas de violencia; entre los diputados la *Kameraderie* de antes de la guerra había desaparecido. Los prisioneros políticos amnistiados incrementaron las filas de los políticos contrarios a los Habsburgo. De todos modos, en los meses que siguieron a la revolución rusa, el emperador Carlos I pareció haber perdido la poca confianza en sí mismo que alguna vez pudiera haber tenido. En los últimos meses del conflicto, a medida que crecía su desorientación, propugnaba unas soluciones políticas que eran cada vez más desatinadas. Desconcertado, el Emperador cayó en una apatía que alcanzó a todos los niveles de la jerarquía oficial del Estado. Y antes del fin de la guerra a veces los dirigentes llegaron a dudar de su derecho a gobernar. En el documento de abdicación (no oficial), firmado el 11 de noviembre de 1918, no dejaba entrever en absoluto que desease seguir llevando el peso del Gobierno: «Puesto que ahora, como antes, me mueve mi inalterable amor a todos mis pueblos, mi persona no será un obstáculo a su libre evolución...»

En este momento el Imperio ya no existía. Las águilas bicéfalas habían sido quitadas de los edificios oficiales; ya no se cantaba el himno imperial; todo el mecanismo del Estado de los Habsburgo había desaparecido. Los servios, croatas y eslovenos estaban ocupados en edificar un Estado unido bajo la dinastía de los Karageorgevich; los rumanos y los italianos entraron a formar parte de sus respectivos reinos nacionales; los polacos estaban tratando de amalgamar en una sola república sus tres partes separadas; los checos y los eslovacos estaban creando su Estado común. Los húngaros y los austríacos ahora habían de resignarse a no ser sino insignificantes naciones.

**Z. A. B. Zeman**



# El Tratado de Versalles

**En enero de 1919 los vencedores se reunieron en París para edificar un mundo nuevo sobre las ruinas del viejo. Pero sus esfuerzos por llegar a una paz justa y permanente se vieron obstaculizados por la herencia dejada por la conflagración. Se habían hecho promesas contradictorias y se habían voceado apasionadamente reivindicaciones incompatibles. Y, detrás de los políticos, los electores exigían venganza.**

**Versalles, 28 de junio de 1919.**
*Izquierda:* **Pintura de sir William Orpen: los delegados alemanes (de espaldas), Johannes Bell (sentado) y Hermann Müller (de pie), firman el Tratado en presencia de Henry White, Lansing, Wilson, Clemenceau, Lloyd George, Bonar Law, Balfour y Milner (sentados, de izquierda a derecha).**
*Abajo:* **Lloyd George y Orlando, dos de los forjadores del Tratado de Versalles.**



Los alemanes se rindieron a los aliados el 11 de noviembre de 1918. Siete meses más tarde firmaron el Tratado de Versalles, aceptando nuevas fronteras y severas sanciones. Durante estos siete meses las potencias vencedoras discutieron, tanto pública como secretamente, todos los aspectos del futuro de Alemania. ¿Había que dividirla en pequeños Estados separados y desmantelar su economía? ¿Había que reducir su territorio? ¿Debía perder su imperio colonial de África y del Pacífico? ¿Había que privarla para siempre de poseer de nuevo un Ejército, una Marina o una fuerza aérea?

Lo cierto es que la Conferencia de la Paz no resolvió todas estas cuestiones. A muchas ya se les había dado una respuesta de antemano. Durante la guerra, cada una de las dos partes se había preocupado asiduamente de organizar a su manera el mundo de la posguerra. Todos los países tenían sus sueños, sus esperanzas, sus acuerdos secretos y sus aspiraciones públicamente proclamadas. A Francia se le había garantizado la restitución de las provincias de Alsacia y Lorena, que Alemania se había anexionado en 1870. Gran Bretaña estaba decidida a apropiarse de la mayor parte posible del Imperio colonial alemán. Ya en 1915 se había prometido a Italia territorio austríaco y turco a cambio de su entrada en la guerra al lado de los aliados. A Servia se le prometieron partes de Bosnia y Albania; a Rusia, Constantinopla; a los judíos se les prometió un «Hogar Nacional» en Palestina; a los árabes, el fin de su dominación por los turcos; y a los polacos, el resurgimiento de una Polonia independiente.

En enero de 1918 Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, había proclamado el derecho de *todos* los pueblos a la «autodeterminación», proclama que infundió nuevos alientos a muchos nacionalistas ambiciosos: a los checos y eslovacos, a los servios, eslovenos y croatas, a los ucranianos, a los pueblos bálticos, a los rumanos comprendidos dentro de las fronteras de Austria, a los armenios incorporados a Turquía, y, en suma, a todos los innumerables grupos, por pequeños que fuesen, que vieron en la autodeterminación una posibilidad, siquiera remota, de constituir un Estado. El idealismo de Wilson brilló como un faro para los pueblos sometidos, mas para los franceses e ingleses, con sus grandes imperios y numerosos pueblos sometidos, y con sus esperanzas de anexiones territoriales, la autodeterminación era un tema al que era preciso quitar importancia cuando entrase en conflicto con sus ambiciones.

**La «guerra por la libertad humana»**

Wilson creía que aquélla sería «la última guerra por la libertad del hombre». En consecuencia, deseaba infundir en los tratados de paz el concepto que tenía de la libertad. Para él, el problema fundamental era el de la dignidad nacional: el derecho de los pueblos a la independencia, con fronteras seguras y vecinos sin apetencias. Cuando en febrero de 1918 dirigió su palabra al Congreso, Wilson expuso el punto de vista suyo y de los norteamericanos: «Los pueblos no deben pasar de una a otra soberanía como resultado de una conferencia internacional o de un entendimiento entre rivales o antagonistas. Hay que respetar las aspiraciones nacionales; los pueblos solamente pueden ser dominados y gobernados con su consentimiento. La "autodeterminación" no es simplemente una palabra. Es un principio imperativo de la política a seguir, que en adelante los estadistas sólo podrán ignorar a su cuenta y riesgo.»

Gran Bretaña y Francia no creían demasiado en la autodeterminación. En sus declaraciones públicas la adoptaron como un vago e idealista concepto liberal; pero en el ardor de la batalla debieron tener en cuenta otras presiones además de sus sentimientos liberales. En varios momentos de la guerra, la situación de los aliados se hizo muy dramática y los obligó a buscarse nuevos amigos. Pero los países neutrales no accedían fácilmente a entrar en una guerra en la cual veían una terrible mortandad en tierra y mar: una guerra que significaba la paralización del

comercio y la industria, privaciones en la vida corriente y, sobre todo, el constante riesgo de la derrota, la ocupación, la humillación y la ruina nacional.

Las promesas hechas durante la guerra tenían, por ello, un propósito predominante: convencer a los no comprometidos y vacilantes de que les interesaba apoyar la causa aliada. Una vez conseguido este apoyo, a los aliados les era difícil volverse atrás en sus promesas. Cuando así lo hicieron, como en el caso de Italia, crearon un resentimiento por la injusticia sufrida que tuvo amplias repercusiones. Gran Bretaña, Francia y Rusia prometieron a Italia territorios turcos y alemanes en África y Oriente Medio, así como también las provincias austríacas del Trentino, Tirol del Sur, Gorizia e Istria, la costa dálmata y el dominio de Albania. Pues bien, la mayor parte de estas promesas no se cumplieron. Albania obtuvo su plena independencia, la costa dálmata pasó a Yugoslavia, mientras que Francia y Gran Bretaña se repartieron las colonias africanas de Alemania y explotaron exclusivamente en provecho propio la derrota de Turquía. En la Conferencia de la Paz resultaron vanas todas las protestas de Italia. Si Italia obtuvo en los tratados de paz algunas ventajas territoriales, no por ello se sintió menos defraudada y deseosa de ver una futura revisión de las fronteras establecidas. Pocos años después Mussolini explotó este sentimiento de frustración, pidiendo el cumplimiento de lo que se había prometido a Italia.

Inmediatamente después de terminada la Conferencia de la Paz, el mundo buscaba solamente poner fin a las alarmas y crisis, a las guerras y disputas internacionales. En París, entre enero y junio de 1919, pudo presentarse libremente cualquier reclamación, pues los seis meses que duró la Conferencia fueron esencialmente un período en que cada nación presionó para conseguir todo lo que se atrevía a reclamar e insistió apasionadamente en sus reivindicaciones. Pero una vez firmados los tratados, a cualquier demanda de revisión de los acuerdos se le dio la apariencia de una incitación a la agresión, y la palabra «revisionista» pronto se convirtió en sinónimo de «perturbador», aun cuando la potencia que pedía la revisión fuera un antiguo aliado.

En un solo caso pudieron ser fácilmente olvidadas las promesas hechas durante la guerra. En efecto, en 1917 los bolcheviques rusos renunciaron a los tratados secretos y declararon que no aceptarían ninguna de las ganancias territoriales prometidas a Rusia. En consecuencia, no tuvo que cumplirse la promesa anglofrancesa de entregar Constantinopla al Zar. Pero aun así, no iba a volver fácilmente a manos turcas la estratégica vía marítima que va del mar Negro al Mediterráneo. De 1918 a 1924 la «Zona de los Estrechos» fue ocupada por una fuerza aliada y durante seis años un alto comisario británico fue el gobernador efectivo de la antigua capital turca. Solamente los éxitos militares de Kemal Ataturk permitieron a Turquía conservar íntegra Anatolia, y, aunque desposeída de sus territorios árabe, sirio y mesopotamio, poder sobrevivir como un coherente Estado nacional.

**El botín de guerra**

Los tratados secretos no fueron las únicas complicaciones con las que tuvieron que enfrentarse los negociadores de la paz cuando llegaron a París. En el curso de la guerra diversas regiones habían cambiado de manos y resultó difícil desalojar de ellas a los ocupantes que no querían evacuarlas. Durante la Conferencia, Woodrow Wilson criticó al primer ministro australiano William Hughes por insistir en que Australia debía conservar el dominio de Nueva Guinea, ocupada por las tropas australianas ya en 1914, al término de un mes de haber estallado el conflicto. ¿Quería Hughes realmente, preguntaba Wilson, desafiar la opinión del mundo civilizado anexionándose aquel territorio? ¿Permitiría Australia que se dijera que se apoderaba del Imperio Alemán como si se tratara de un botín de guerra? ¿Se proponía Australia aprovecharse de la derrota de Alemania para imponer su ley a los indígenas, adjudicarse valiosas concesiones mineras y extender su soberanía al norte, hasta el ecuador? A todo lo cual Hughes replicó cínicamente: «Más o menos así es, señor presidente.»

«Eso tengo, con eso me quedo»: he aquí un principio que los australianos no fueron los únicos en seguir. El Japón insistió en conservar el puerto chino de Tsingtao, posesión alemana ocupada por los japoneses en 1914, tras un mes de duros combates, y se sintió muy disgustado cuando los negociadores de la paz lo obligaron a devolver Tsingtao a China. Resultado de ello fue que los japoneses, como los italianos, se sintieron privados de un «fruto» de la victoria, y buscaron una oportunidad para restablecer el equilibrio. La invasión japonesa de China en 1937, como la invasión italiana de Albania en 1939, fue en parte una herencia de las frustraciones de la Conferencia de la Paz. Otras naciones vencedoras cosecharon mayores beneficios. Nadie desalojó a los neozelandeses de las islas alemanas de Samoa, a los sudafricanos del África Sudoccidental Alemana, a los ingleses del África Oriental Alemana, y a los australianos de Nueva Guinea. Incluso se permitió a los japoneses conservar el dominio de la mayor parte del extenso imperio insular que Alemania poseía en el Pacífico, y que abarcaba más de siete millones de kilómetros cuadrados distribuidos en más de dos mil islas. Gran Bretaña y Francia se repartieron los territorios alemanes de Togo y de los dos Camerunes. Los italianos vieron confirmada su soberanía sobre el antiguo Dodecaneso turco. Chipre, ocupada por Gran Bretaña bajo la soberanía nominal turca durante cuarenta años, fue transformada definitivamente en una posesión británica. Las partes del Imperio Otomano conquistadas en octubre de 1918 permanecieron en manos de sus conquistadores: Palestina, Transjordania y el Irak para los ingleses; Siria y Alexandreta para los franceses; el Yemen y el Hedjaz para los árabes.

Tales fueron las numerosas conquistas territoriales que se hicieron en el curso de la guerra. En su mayor parte fueron criticadas en la Conferencia de la Paz, particularmente por Woodrow Wilson. Pero todas sobrevivieron a las negociaciones y pasaron a ser parte del nuevo orden mundial. Algunas incluso sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial: Sudáfrica todavía manda en el África Sudoccidental Alemana; Australia todavía domina la Nueva Guinea Alemana; Nueva Zelanda todavía ocupa Samoa. El dominio japonés sobre las antiguas islas alemanas del Pacífico al norte del ecuador pasó, en 1945, no otra vez a Alemania, sino a los Estados Unidos, la tercera potencia imperial que entró en posesión de las islas y atolones que se extienden, lejos de las costas de China, en una amplia franja de unos 4.800 kilómetros de océano.

**El nuevo mapa de Europa**

Cuando las potencias vencedoras se reunieron en París no sólo tuvieron que tener en cuenta las promesas hechas a cada aliado y la existencia de nuevas posesiones que determinadas naciones tenían intención de hacer definitivas, sino también preocuparse de aquellos pueblos que, incluso antes de terminar la guerra, se habían declarado independientes. Muchos eran estos pueblos, y cada uno de ellos estaba decidido a retener el territorio que reivindicaba como base de sus fronteras nacionales permanentes. Así, los checos y

# El mundo después de Versalles

*Abajo:* Europa antes de 1914, dominada por Alemania, Austria-Hungría y la Rusia zarista. *Derecha:* Europa después de los tratados de paz. Del Imperio Austro-húngaro nacieron tres nuevos Estados: Austria, Hungría y Checoslovaquia. Los eslavos meridionales, antes dominados por Austria, se unieron a los viejos reinos de Montenegro y Servia para formar el nuevo Estado de Yugoslavia. Italia y Rumania se anexionaron grandes extensiones de territorio austrohúngaro. Polonia volvió a constituir un Estado, con territorio ruso, austríaco y alemán. Entre otros cambios, Francia recuperó Alsacia y Lorena, y Grecia obtuvo la región costera del mar Egeo que antes pertenecía a Bulgaria. *Al pie, izquierda:* la desmembración del Imperio Turco. Turquía conservó solamente la parte septentrional. En la península de Arabia, el Hedjaz y el Yemen (y más tarde Arabia Saudita) pasaron a ser reinos árabes independientes. *Al pie, derecha:* el destino de las colonias alemanas.

Perdido por Alemania, 1919
Sarre: bajo control de la Sociedad de Naciones, 1919-35
Renania, desmilitarizada 1919-36
Austria-Hungría hasta 1918
Territorios sometidos a plebiscito
Territorios anteriormente pertenecientes a la Rusia imperial

FINLANDIA
ESTONIA
RUSIA BLANCA
LETONIA
LITUANIA
DINAMARCA
SCHLESWIG
BÉLGICA
LUXEMBURGO
HOLANDA
Danzig (Ciudad Libre)
PRUSIA OR.
RUSIA
POLONIA
ALEMANIA
SILESIA
UCRANIA
CHECOSLOVAQUIA
BESARABIA
FRANCIA
ALSACIA-LORENA
TRANSILVANIA
AUSTRIA
HUNGRÍA
RUMANIA
SUIZA
TRENTINO
Trieste
Fiume
ISTRIA
ITALIA
YUGOSLAVIA
BOSNIA
BULGARIA
DALMACIA
GRECIA
TURQUÍA
ALBANIA
200 KM




## Territorios coloniales perdidos por Alemania

Islas Carolinas, mandato japonés 1920
Islas Marianas, mandato japonés 1919
Prov. de Shantung, ocup. por Japón 1914-22 (a China 1923)
Kiauchow, ocupada por Japón 1914-22 (a China 1922)
Camerún, mandato francobritánico 1922
Togo, mandato francobritánico 1922
África del Sudoeste, mandato sudafricano 1920
Ruanda-Urundi, mandato belga 1924
Tanganica, mandato británico 1920
Nueva Guinea, mandato australiano 1920
Islas Marshall, mandato japonés 1922
Samoa, mandato neozelandés 1920

los eslovacos habían proclamado su separación de Austria-Hungría antes de la rendición de este Imperio y ahora insistían en la creación de un nuevo Estado que incluiría las fronteras históricas de Bohemia, colocando así más de dos millones de personas de habla alemana dentro de su territorio. Los eslavos del Sur también se habían erigido en Estado independiente, con soberanía sobre un territorio en que habían de convivir minorías húngaras, italianas y austríacas. Estas fronteras, naturalmente, todavía iban a ser objeto de negociaciones y cambios. Pero los aliados, entre 1914 y 1918, habían apoyado a todos los enemigos de Austria-Hungría. En abril de 1915 prometieron al futuro Estado servio una parte de la costa del Adriático y las provincias austrohúngaras de Bosnia y Dalmacia. Podían incluso tratar de crear fronteras «ideales», que excluyeran minorías y dieran satisfacción a demandas y promesas en conflicto; pero, dado que los mismos territorios a menudo estaban ocupados por estirpes diversas, la cosa no era fácil, incluso desde el punto de vista de una geografía basada en el principio abstracto de la nacionalidad.

En consecuencia, la mayor parte de las fronteras existentes antes de que se reuniera la Conferencia fueron confirmadas. Éstas habían sido establecidas por los pueblos antes sometidos a Alemania, Austria-Hungría y Turquía. Comoquiera que la Conferencia estaba formada por los países que habían hecho la guerra a esos tres imperios, era de esperar que en su mayor parte las fronteras anteriores a la Conferencia subsistieran, y así fue. Cuando se reunió en París la Conferencia de la Paz, ya había nacido un nuevo mapa de Europa, dibujado por las nuevas naciones surgidas de las ruinas de los imperios alemán, austríaco y turco. Las naciones vencedoras no trazaron otra vez el viejo mapa europeo, sino que discutieron y se agitaron sobre el nuevo. La Conferencia consiguió muchas modificaciones marginales; pero el mapa que los reunidos preveían en enero era en general el mismo sobre el que se pusieron de acuerdo en junio.

Woodrow Wilson consiguió introducir alguna modificación de forma en las decisiones tomadas durante la guerra. En vez de decir que las colonias de Alemania iban a ser partes integrantes de los imperios que las habían conquistado, se les dio el nombre de «mandatos». Los nuevos mandatarios eran en teoría responsables ante la Sociedad de las Naciones, la organización mundial ideada por Wilson para asegurar la paz permanente y el arreglo justo de todas las controversias internacionales, y transformada en 1945 en las Naciones Unidas. Pero los «mandatos» permanecieron tranquilamente bajo el dominio de las potencias que los consiguieron. La nueva Sociedad de las Naciones también había de salvaguardar los derechos de las minorías, y por ello se consintió la permanencia de éstas en Polonia, Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia. Pero cuando empezaron las persecuciones y discriminaciones, la Sociedad no dispuso de medios para intervenir.

**Condiciones del armisticio**

El obstáculo principal a un tratado bien equilibrado surgió ya antes de la Conferencia de la Paz. Cuando Alemania, Austria, Bulgaria y Turquía se rindieron, habían firmado acuerdos con los aliados. Estos acuerdos contenían diversas condiciones, conforme a las cuales los aliados accedían a interrumpir los combates. Los términos de los armisticios eran severos y tenían que ser aplicados inmediatamente: en consecuencia, mucho antes de que empezara la Conferencia de París, habían irrevocablemente alterado el mapa y el estado de ánimo de Europa. Gran parte de lo que después los políticos denunciaron y los historiadores criticaron en los tratados de paz fue en realidad una consecuencia derivada de los armisticios.

La atmósfera, en el momento en que fueron estipulados los acuerdos de armisticio, era una atmósfera de guerra; los cañones aún retumbaban, los combates aún eran encarnizados, el resultado aún era incierto. Por ello, las condiciones fueron duras. Los aliados tenían que asegurarse de que no se trataba de un ardid, de una breve pausa para recobrar el aliento y reanudar la lucha, y se insistió en que todos los acuerdos de armisticio ofreciesen la absoluta certeza de que la capacidad bélica del enemigo estaba completamente quebrantada. Efectivamente, se ajustaron a esta exigencia. Por tanto, cuando empezó la Conferencia de París, Alemania, Austria, Bulgaria y Turquía ya habían sido tratadas con una severidad que era tan intencionada como efectiva, y por sus características generalmente irrevocable.

El primer armisticio firmado fue con Bulgaria el 29 de septiembre de 1918. Los búlgaros sentían un deseo desesperado de paz: sus ejércitos, en Grecia y en Servia, se hallaban en retirada mientras un grupo muy numeroso de soldados amotinados marchaba sobre Sofía; la capital. Aceptaron, pues, evacuar todo el territorio que sus tropas aún ocupaban y cuya anexión hasta entonces habían reivindicado. Un mes después, el 30 de octubre, los turcos, cuyo ejército de Palestina había sido hecho prisionero en sus dos terceras partes, mientras la tercera se batía en retirada, firmaron su armisticio. Debieron aceptar que su capital, Constantinopla, fuese utilizada como base naval aliada; se vieron obligados a ceder el puerto de Batum, en el mar Negro, y los campos petrolíferos de Bakú, que todavía ocupaban, y a mandar que se rindieran todas las guarniciones que tenían en Arabia, el Yemen, Siria, Mesopotamia y Cilicia. La rendición de estas guarniciones había de ser inmediatamente seguida por la ocupación por parte francesa e inglesa, evidente preludio al control político.

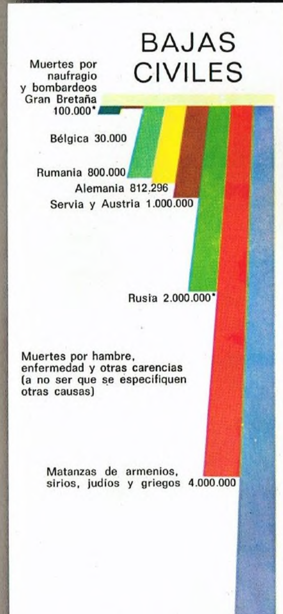
El 3 de noviembre los austríacos, derrotados en el frente italiano, firmaron un armisticio no menos decisivo. Las tropas italianas pudieron ocupar el territorio que reivindicaban y los aliados se aseguraron el derecho de utilizar a su voluntad todas las comunicaciones del Imperio Austrohúngaro. Las nuevas naciones habían ya proclamado su independencia. La presencia de los aliados les dio la firme garantía de que sobrevivirían. Cuando se reunió la Conferencia de la Paz tenían ya dos meses de vida.

**«Reparación por los daños causados»**

Con respecto a Alemania, el armisticio fue particularmente severo. El colapso total de Bulgaria, Turquía y Austria se daba por descontado al empezar la acometida de las tropas aliadas, pero se creía que Alemania era más fuerte que sus asociados y que tenía mayor capacidad de recuperación. El 12 de septiembre, hablando en Manchester, Lloyd George, primer ministro británico, puntualizó: «No solamente la potencia militar prusiana debe ser abatida, sino que la misma Alemania ha de reconocerlo.» Reforzados los ejércitos aliados con las frescas y entusiastas tropas norteamericanas, y hundida la línea defensiva alemana en Flandes, parecía que se podía alcanzar aquel doble objetivo. Pero al cabo de un mes sir Douglas Haig, comandante en jefe de las fuerzas británicas en Francia, hizo sonar una señal de alarma. El 19 de octubre regresó a Londres para informar al Gabinete de Guerra que no todo marchaba bien. El Ejército norteamericano, dijo, «está desorganizado, mal equipado y mal entrenado... Ha pagado a duro precio el desconocimiento de la guerra moderna». En cuanto al Ejército francés, parecía «muy agotado». El Ejército británico, concluyó,

## Balance de la Primera Guerra Mundial

La carnicería, las devastaciones, el esfuerzo material sostenido para conseguir la victoria, adquirieron unas proporciones que antes de 1914 no habría sido posible ni siquiera sospechar. En la obra «Costos directos e indirectos de la Gran Guerra» publicada en 1920, E. L. Bogart estableció un balance del conflicto. Las cifras expuestas en estas páginas y en las dos siguientes, excepto en lo tocante a bajas militares (fruto de cálculos posteriores), se basan en sus investigaciones. *Abajo:* bajas civiles provocadas directa o indirectamente por la guerra. *Centro:* bajas militares. *Derecha:* bajas diarias comparadas con las de las principales guerras precedentes.




**Bajas civiles (muertos)**

114.095 EE.UU.
251.900 Imperio Británico
375.000* Turquía
460.000 Italia
761.213 Gran Bretaña
1.100.000 Austria-Hungría
1.358.000 Francia
1.700.000 Rusia
2.000.000 Alemania
1914-1918

**Bajas militares (muertos)**

**Bajas en las diez principales guerras**
Bajas diarias

233 Guerras napoleónicas, 1790-1815
1.075 Guerra de Crimea, 1854-1856
22 Guerra prusiano-danesa 1864
1.125 Guerra austro-prusiana 1866
518 Guerra Secesión nort. 1861-1865
876 Guerra franco-prusiana 1870-1871
10 Guerra anglo-bóer 1899-1902
292 Guerra ruso-japonesa 1904-1905
1.941 Guerras balcánicas 1912-1913
5.509 Primera Guerra Mundial 1914-1918

*1* El coste total, directo e indirecto. El «valor monetario de la vida humana» aparece representado por la renta total anual que presumiblemente habrían percibido los hombres que perdieron la vida en la contienda. La «pérdida de producción» está basada en un cálculo acerca de las personas dedicadas a la guerra que en otro caso habrían producido bienes y servicios. *2* Gastos directos realizados por el Gobierno para el conflicto, excluidos los préstamos a los países aliados. No todos estos gastos deben ser considerados como pérdidas: comprenden la paga de los soldados y la creación de bienes, como, por ejemplo, los buques mercantes construidos. *3* Oscilaciones del oro en reserva y en circulación durante el período 1913-1919. Algunas naciones sacaron provecho de las necesidades industriales de los contendientes; así, los Estados Unidos, arsenal de los aliados, y Japón y España, por sus recursos mineros.

**1 Coste total**
**£ 75.077.000.000**

Gastos gubernamentales £ 41.385.000.000

Valor capitalizado de las vidas humanas £ 14.912.000.000

Pérdidas en la producción £ 10.000.000.000

Pérdidas en la propiedad £ 6.658.000.000

Pérdidas en buques mercantes £ 1.511.000.000

Pérdidas ocasionadas a los países neutrales £ 393.000.000

Subsidios de guerra £ 218.000

**2 Gastos gubernamentales**

Gran Bretaña 7.852
Otros aliados 881
Imperio Británico 999
Italia 2.736
Francia 5.392
Rusia 5.021
EE.UU. 5.028

**Aliados 27.909**

Las cifras indican millones de £

Austria-Hungría 4.583
Turquía y Bulgaria 499
Alemania 8.394

**Potencias centrales 13.476**

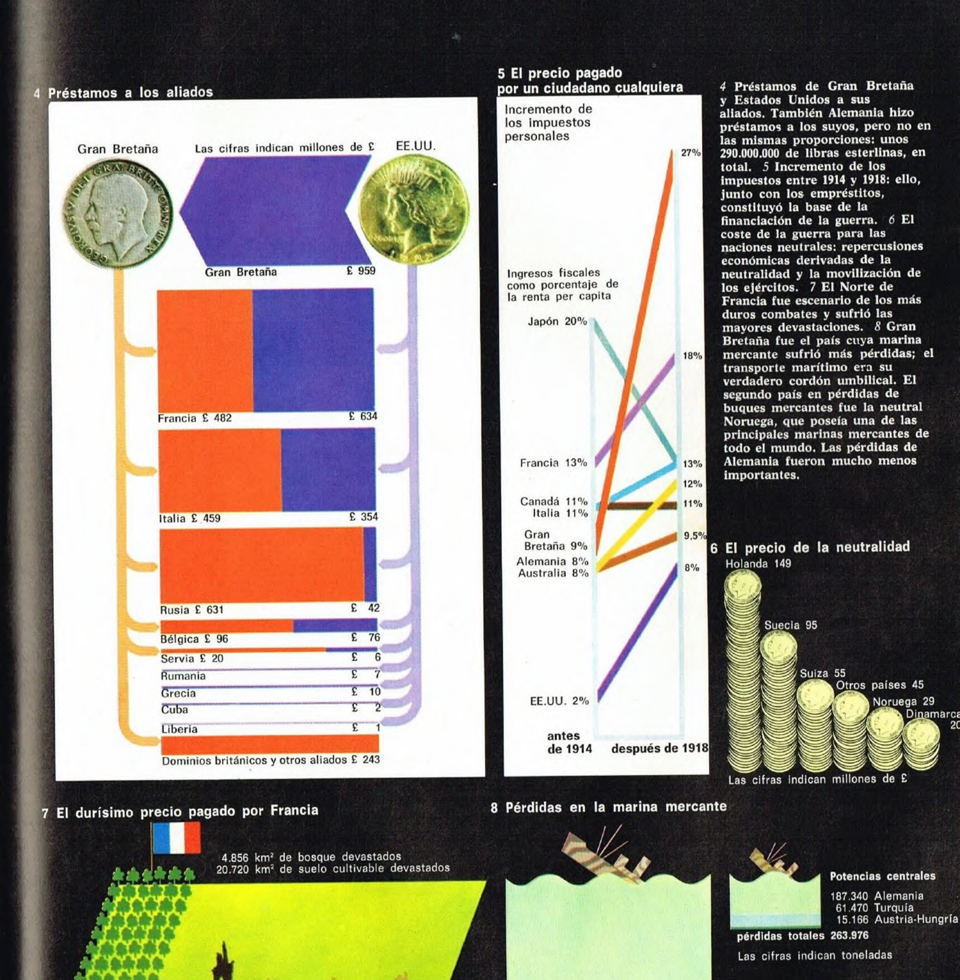
**HABER**

EE.UU. +278.5
Japón +183
España +84
Argentina +49
Holanda +41
Suiza +12.5
Uruguay +10
Suecia +10
Dinamarca +9
Canadá +9
Noruega +4.5
Australia +1
Grecia +0.5
Nueva Zelanda +0

**DEBE**

Sudáfrica —0.5
Finlandia —0.5
Bulgaria —1
Portugal —1.5
Bélgica —4
Rumania —7
Italia —19
Francia —25
Gran Bretaña —42
Austria-Hungría —55
Alemania —123

**3 Beneficiados · Perjudicados**
Variaciones en las reservas de oro
Las cifras indican millones de £




**4** **Préstamos de Gran Bretaña y Estados Unidos a sus aliados. También Alemania hizo préstamos a los suyos, pero no en las mismas proporciones: unos 290.000.000 de libras esterlinas, en total.** ***5*** **Incremento de los impuestos entre 1914 y 1918: ello, junto con los empréstitos, constituyó la base de la financiación de la guerra.** ***6*** **El coste de la guerra para las naciones neutrales: repercusiones económicas derivadas de la neutralidad y la movilización de los ejércitos. 7 El Norte de Francia fue escenario de los más duros combates y sufrió las mayores devastaciones.** ***8*** **Gran Bretaña fue el país cuya marina mercante sufrió más pérdidas; el transporte marítimo era su verdadero cordón umbilical. El segundo país en pérdidas de buques mercantes fue la neutral Noruega, que poseía una de las principales marinas mercantes de todo el mundo. Las pérdidas de Alemania fueron mucho menos importantes.**



«no está lo suficientemente fresco y fuerte para forzar por sí solo una decisión». A su parecer, la guerra continuaría hasta muy entrado el 1919. Todo esto sirvió para poner de relieve la necesidad de un armisticio severo que impidiera a los alemanes toda posibilidad de volver a atacar después que se hubieran rendido. Según el Gabinete de Guerra, si las condiciones del armisticio eran terminantes, servirían para garantizar «el cumplimiento de nuestras condiciones de paz».

El 11 de noviembre se firmó el cuarto y último armisticio de la guerra. Alemania aceptó la derrota total. Se habían cumplido las condiciones impuestas por Lloyd George: junto con la destrucción de los restos de su poderío militar, el pueblo alemán se hallaba frente a un documento terminante y severo. Un breve resumen de algunas de sus treinta y cuatro cláusulas puede indicarnos el alcance de las condiciones que Alemania tuvo que aceptar no como tratado de paz, sino simplemente para poner fin a las hostilidades.

Inmediata evacuación de los países ocupados, Bélgica, Francia, Luxemburgo, así como Alsacia y Lorena.

Entrega en buenas condiciones, por parte de los ejércitos alemanes, del siguiente armamento: 5.000 cañones, 25.000 ametralladoras, 3.000 morteros de trinchera y 1.700 aviones.

Entrega de... todos los submarinos existentes... y de 6 cruceros de batalla, 10 acorazados, 8 cruceros ligeros y 50 destructores de los tipos más modernos.

Evacuación por parte de los ejércitos alemanes de las regiones de la orilla izquierda del Rin, que serían administradas... bajo el control de los ejércitos de ocupación de los aliados y de los Estados Unidos.

Con la firma de este armisticio Alemania renunciaba a toda esperanza de conquistas territoriales, e incluso a conservar Alsacia y Lorena. Aceptaba también una condición financiera expresada en cinco palabras: «Reparación por los daños causados.» La interpretación de estas palabras fue uno de los puntos más controvertidos durante las negociaciones del tratado de paz y envenenó por espacio de veinte años la atmósfera internacional, dando a Adolf Hitler una poderosa excusa para fustigar a las democracias occidentales. Las cinco palabras que los alemanes, en el momento de la derrota, aceptaron sin discutir, provocaron las polémicas más ásperas de los años comprendidos entre las dos guerras.

*Izquierda:* **júbilo inglés ante la firma del Tratado de Versalles. Los vencedores esperaban que los pagos que realizarían los alemanes en concepto de reparaciones traerían una nueva prosperidad, con lo que el mundo permanecería en paz.**

La idea de «reparación por los daños causados» no era nueva. Alemania había impuesto análogas reparaciones a Francia en 1870, a pesar de que los combates tuvieron lugar en territorio francés. No cabía duda de que los «daños causados» por Alemania en Francia y Bélgica eran graves. Pequeños destrozos habían causado también los aviones aliados al arrojar bombas sobre Alemania, pero quedaban compensados por las innumerables incursiones aéreas alemanas, particularmente sobre Londres, y el bombardeo naval de ciudades indefensas de la costa oriental de la Gran Bretaña. La suma de los daños causados por Alemania era inmensa. En la Francia ocupada habían sido completamente destruidas cerca de 300.000 casas, y se habían desmantelado 6.000 fábricas para mandar su maquinaria a Alemania. Las fábricas textiles de Lila y Sedán habían sido devastadas. Unas 2.000 fábricas de cerveza habían sido destruidas. En las minas de carbón de los alrededores de Roubaix y Tourcoing fueron volados 112 pozos, y más de 1.600 kilómetros de galerías subterráneas inundados o bloqueados. Durante la retirada los alemanes habían incendiado y saqueado a mansalva, destruyendo más de 1.600 kilómetros de líneas férreas, haciendo saltar 1.000 puentes, y saqueando millares y millares de casas e iglesias. En cuatro años de ocupación los alemanes se habían llevado medio millón de vacas, medio millón de ovejas y más de 300.000 caballos y asnos. Éstos fueron los actos de vandalismo. Y también, en el plano militar, Francia y Bélgica, no Alemania, fueron las que más sufrieron. Después de la guerra los franceses tuvieron que remover más de 300 millones de metros de alambre espinoso y rellenar más de 250 millones de metros cúbicos de trincheras. Muchas tierras de labor quedaron inutilizables por la gran cantidad de proyectiles caídos en ellas, y algunas, durante años, resultaron peligrosas por causa de las bombas sin estallar o del gas venenoso que salía de los botes no utilizados.

No menos decididos a obtener reparaciones estaban los ingleses. Los alemanes habían torpedeado cinco barcos hospital durante la guerra, y esta acción había indignado a la opinión pública y creado una atmósfera favorable a la demanda de fuertes reparaciones. Los submarinos alemanes habían cobrado un cruel tributo de la marina mercante, hundiendo miles de naves desarmadas, casi siempre sin previo aviso. Los ingleses habían perdido cerca de ocho millones de toneladas de buques mercantes, y muchas de sus tripulaciones habían perecido ahogadas. Entre las naciones aliadas, Francia, Italia y Estados Unidos habían perdido en conjunto dos millones de toneladas de embarcaciones; entre los neutrales, Noruega había perdido más de un millón de toneladas, y Dinamarca, Holanda y Suecia otras 200.000 cada una. Ninguna nación se había salvado de los efectos de la guerra submarina. Pero también Gran Bretaña, en su bloqueo de Alemania, había sido inflexible, y, como resultado, en este país murieron, probablemente de hambre, medio millón de personas. Pero, en el momento de la victoria, las naciones vencedoras pretenden cobrar lo que creen que se les debe e ignoran las cuentas de la otra parte. La demanda de reparaciones asociaba los daños materiales a la necesidad psicológica de tener la prueba tangible, en forma de oro, de que el «enemigo» escarmentaría.

### «Exprimir el limón alemán»

Durante las elecciones generales en Gran Bretaña, que tuvieron lugar antes del comienzo de las negociaciones, la opinión pública reclamó severas reparaciones. Casi todos los hombres políticos responsables trataron de atenuar este estado de ánimo. Pero uno, sir Auckland Geddes, dijo en Londres a un público entusiasta: «Exprimiremos el limón alemán hasta que crujan las semillas», e incluso Lloyd George, agotado por las tensiones de la campaña electoral, declaró en Bristol a una gran multitud: «(los alemanes) deben pagar hasta el último céntimo y nosotros hurgaremos en sus bolsillos hasta que lo encontremos». Pero no era verdaderamente ésta su intención. Desde el día en que la guerra terminó, él había adoptado una actitud moderada. Temía, sobre todo, que una Alemania demasiado humillada por el tratado se alineara con los bolcheviques, y en este caso no respetaría ni una sola cláusula del tratado y no pagaría por las reparaciones ni siquiera un solo céntimo.

Secretamente, Lloyd George instó a sus colegas a que adoptaran una actitud indulgente hacia los vencidos, a que se enviaran víveres a los millones de hambrientos de Alemania y Austria, y se pensara en una paz sin venganza. Pero la opinión

pública no aprobaba sentimientos tan generosos. Winston Churchill, entonces ministro de Municiones, cuenta: «El primer ministro y sus principales colegas estaban atónitos y hasta cierto punto agobiados por el apasionamiento que mostraban las multitudes electorales. El pueblo había dado muestras de un valor extraordinario, pero también había sufrido demasiado, y los periódicos demagógicos cuidaban de exacerbar sus sentimientos vengativos. Los soldados lisiados y mutilados eran un triste espectáculo en las calles. Los prisioneros que regresaban contaban historias de terribles privaciones. Cada casa tenía su silla vacía. El odio por el enemigo derrotado y la sed de un justo castigo llenaban el corazón de millones de personas heridas en lo más profundo. Los que menos parte habían tenido en el conflicto eran, como cabía esperar, los primeros en precisar los castigos que había que imponer a los vencidos... En mi distrito electoral de Dundee, liberales de toda la vida, ortodoxos y respetables, pedían el más duro castigo para el enemigo derrotado. En todo el país las más violentas eran las mujeres, y de ellas había siete millones que votaban por primera vez. En esta atropellada agitación muy pronto se vieron engullidas la política del Estado y la dignidad nacional.»

En la Conferencia de la Paz Lloyd George tuvo que contar con la desventaja que para él representaban los sentimientos del pueblo, manifestados en las elecciones generales: ante la violenta persistencia de los sentimientos antigermánicos, si él recomendaba moderación, no podía perder de vista a la opinión pública, la cual, cuando consideraba que el primer ministro se mostraba demasiado indulgente, podía protestar, y, en efecto, protestaba. Por otro lado, las bravatas pronunciadas en los discursos electorales influían sobre la opinión pública de los aliados, y, por ejemplo, servían para que, cuando Clemenceau, primer ministro francés, exigía severidad, pudiera siempre apoyar sus argumentos con citas de las declaraciones públicas de Lloyd George. Si bien trató, en todo el curso de las negociaciones, de controlar la elaboración del tratado, Lloyd George partió de una posición de desventaja de la que ya no pudo liberarse totalmente y que obstaculizó muchos de sus esfuerzos por llegar a una paz viable.

En París, Lloyd George fue el principal defensor de la moderación. Procuró actuar como si estuviera por encima de los antagonismos nacionales y trató de ser árbitro de las pasiones en conflicto. Pero la Cámara de los Comunes no le permitió olvidar el tono en que se habían disputado las elecciones. Cuando se hizo evidente que se estaban calculando las reparaciones sobre la base de lo que Alemania «podía» pagar y no de lo que «debía» pagar, 370 conservadores de la coalición le enviaron un insolente telegrama para recordarle lo que ellos y los electores esperaban de él, y que terminaba con estas palabras: «Si bien conservamos la máxima confianza en su intención de cumplir los compromisos contraídos ante el país, ¿podemos pedirle a usted, para responder a las innumerables preguntas de nuestros electores, que nos renueve la seguridad de que no se apartará de sus intenciones originarias?»

Menos de una semana después de la recepción de este desafío, Lloyd George regresó a Londres y, el 16 de abril de 1919, reprochó a la Cámara de los Comunes su impaciencia. Recordó a los diputados que en París se estaba decidiendo el destino de cinco continentes; que habían de crearse diez nuevos Estados; que era preciso decidir sobre cuestiones territoriales, militares y económicas y que ellos no iban a «resolver todos estos problemas por telegrama». Les recordó que, aunque se cometieran errores, la Sociedad de las Naciones, que se estaba creando a raíz de los mismos tratados, estaría, más tarde, en condiciones de llevar a cabo las correcciones necesarias. Aclaró a sus críticos que si insistían en poner condiciones que luego la Sociedad de las Naciones podía juzgar excesivamente severas, corrían el riesgo de verlas modificadas más adelante. Durante una hora Lloyd George halagó, amenazó, exhortó y finalmente ganó la confianza de sus oyentes: «... y cuando entran en juego cuestiones de enorme importancia, es necesario deliberar con calma. Pido calma para el resto del viaje. El viaje no ha terminado. Está lleno de peligros, peligros para este país, peligros para todas las tierras, peligros para todos los pueblos del mundo. Pido, en todo caso, que a los hombres que hacen lo mejor que pueden se los deje en paz, o bien se envíen allí otros hombres... Queremos una paz severa porque la situación lo exige. Pero su severidad debe ir destinada no a satisfacer la venganza sino a reivindicar la justicia...».

Es deber de los «hombres de Estado de cada país, de los Parlamentos de los cuales estos hombres de Estado dependen, de quienes guían y dirigen la opinión pública de la cual todo procede, no afear el triunfo del derecho cediendo a las iracundas pasiones del momento, sino consagrar el sacrificio de millones de personas a la redención permanente, para toda la humanidad, del azote y los dolores de la guerra».

**Lloyd George, moderador**

Lloyd George volvió a París. Si aparentemente había convencido a la Cámara de los Comunes sobre la necesidad de la moderación, no consiguió convencer a los franceses. Éstos hicieron algunas concesiones, abandonando la esperanza de ver creado un Estado renano separado y de anexionar Danzig a Polonia, pero en general vieron cumplidos sus deseos. El tratado, tal como finalmente fue publicado, tenía un tono vengativo.

En un memorándum que Lloyd George escribió mientras se encontraba en la Conferencia de la Paz, declaró que su preocupación era crear una paz para siempre, no solamente para treinta años. Si se adoptaban medidas punitivas, contra Alemania, sería ciertamente posible una paz de breve duración, pero, en tal caso, los alemanes se volverían bolcheviques, y el bolchevismo ruso se vería entonces favorecido, según Lloyd George, «con el talento de los mejores organizadores de recursos nacionales del mundo entero». «En cuanto hayan cesado los trastornos resultantes de la guerra —escribió Lloyd George—, el mantenimiento de la paz dependerá de que no existan motivos de exasperación que aviven constantemente el espíritu de patriotismo, de justicia o de equidad... Nuestra paz debería ser dictada por hombres que actuasen según el espíritu de jueces que entienden en una causa que no afecta personalmente a sus sentimientos o intereses, y no por hombres animados por un espíritu de salvaje venganza, que solamente se satisface mutilando e infligiendo penas y humillaciones».

Era una utopía. No obstante, Lloyd George estaba convencido de que tenía razón. Criticó todas las cláusulas que podían resultar «una fuente constante de irritación», y sugirió que cuanto antes se renunciara a las reparaciones tanto mejor. No aprobó la idea de poner a Alemania bajo un control extranjero, pues temía que, haciéndolo así, «Europa se llenaría de Alsacias y Lorenas». Hizo hincapié en que los alemanes eran «orgullosos, inteligentes, y de tradiciones muy respetables», mientras que aquellos que deberían administrarlos según el tratado eran «pueblos calificados como inferiores por los alemanes y que en parte —indudablemen-



**La delegación alemana en Versalles. Alemania había sido obligada a aceptar no solamente pérdidas humillantes sino también el reconocimiento de su propia culpabilidad en cuanto a la provocación de la guerra.**

te sólo por el momento— merecen esta designación». Tales argumentos cayeron en el vacío; los franceses no lograban comprender la imprevista conversión de Lloyd George a lo que ellos no podían sino calificar de filogermanismo imbécil. Clemenceau respondió fríamente al memorándum del primer ministro inglés que «si los ingleses sienten tantos deseos de amansar a Alemania podían dirigir su mirada... a ultramar... y hacer concesiones coloniales, navales o comerciales». Lloyd George se sintió particularmente irritado por la observación de Clemenceau de que los ingleses eran «un pueblo marítimo que no ha conocido la invasión», y replicó airadamente que «en realidad lo que le importa a Francia es entregar los alemanes de Danzig a los polacos».

Estas ásperas polémicas eran síntoma de una creciente fisura en las relaciones anglofrancesas. Para Clemenceau, el tratado representaba acaso la mejor oportunidad para que Francia adoptase eficaces medidas de protección contra una Alemania que la superaba casi dos veces en número de habitantes y a la que, por tanto, era preciso demostrar, con una acción decidida y dura, que no era cuestión de pensar en revanchas. Para Lloyd George, el tratado representaba la ocasión de dirimir la situación europea sin rencores y crear un continente cuyos futuros problemas pudieran ser solucionados sin odio. Gran Bretaña, apoyando a la Sociedad de las Naciones, estaría dispuesta a colaborar en el proceso de futuros arreglos. Indudablemente, el tratado sería lo primero que exigiría modificaciones; pero Lloyd George no temía una medida de este género. No lo consideraba, en efecto, un instrumento sagrado, sino un instrumento flexible. Era evidente, según se desprendía de sus comentarios mientras se redactaba el tratado, que no vería con satisfacción que el documento se tomara como norma suprema de la nueva Europa.

En París Lloyd George se opuso valientemente, pero en vano, a transferir a Polonia regiones en que predominaba la población alemana. Su protesta fue enérgica, pero no lo suficiente para vencer el deseo francés de ver amputado el territorio alemán.

«Me opongo resueltamente —escribió Lloyd George— a que mayor número de alemanes pasen de la soberanía alemana a la de otra nación, si se puede evitar. Me es imposible concebir nada que favorezca tanto las guerras futuras como el hecho de rodear al pueblo alemán —que ciertamente ha demostrado ser uno de los más enérgicos y potentes del mundo— de tantos pequeños Estados, muchos de los cuales están formados por pueblos que nunca han logrado darse un gobierno estable y que, además, contienen masas enormes de alemanes que reclaman el retorno a la tierra natal... (Estas propuestas), a mi juicio, no pueden sino conducir, tarde o temprano, a una nueva guerra en la Europa oriental.»

El Tratado de Versalles no fue tan vengativo como Francia había esperado, ni tan moderado como deseara Lloyd George. No fue ciertamente la utopía en que había soñado Woodrow Wilson. Un estudio de su contenido revela grandes preocupaciones por los detalles, una actitud a menudo punitiva y poquísima consideración por las privaciones personales y el des-

contento político que sus cláusulas podían provocar. Así, en el artículo 80, se prohibió a Alemania y a Austria unirse, posibilidad futura que el ministro del Exterior británico, Arthur James Balfour, había considerado como una solución sensata para atenuar el golpe de la derrota. Por el artículo 100 se arrebataba a Alemania la ciudad de Danzig, completamente alemana, transformándola en una «ciudad libre» aislada dentro de las «fronteras aduaneras» de Polonia, y privando a sus ciudadanos de la nacionalidad alemana. Según el artículo 118, Alemania renunciaba a todos los «derechos, títulos y privilegios... de cualquier origen» fuera de Europa. Esto significaba la pérdida incluso de las concesiones exclusivamente comerciales, libremente negociadas antes de 1914. Alemania se veía desposeída de todas sus colonias, junto con «todos los bienes muebles e inmuebles situados en estos territorios»; incluso la escuela alemana de Shanghai fue asignada a los Gobiernos francés y chino. Todos los acuerdos comerciales establecidos por Alemania antes de la guerra fueron declarados nulos, y los pacientes, honestos y costosos esfuerzos realizados por los negociantes alemanes en China, Siam, Liberia, Egipto y Marruecos quedaron completamente anulados. El artículo 153 establecía que «todas las propiedades y posesiones del Imperio Alemán y de los Estados alemanes en Egipto pasan al Gobierno egipcio sin indemnización»; y el artículo 156 transfería al Japón todos los cables submarinos que el Estado alemán poseía en China «con todos los correspondientes derechos, privilegios y propiedades».

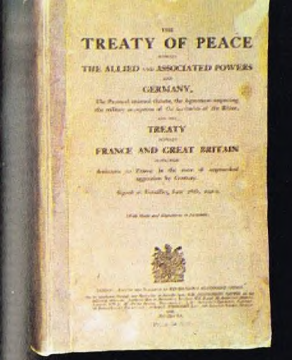
Las cláusulas militares eran las previsibles. El Ejército alemán fue limitado a 100.000 hombres. Se prohibió a Alemania la importación de armas o municiones. Fue abolido el servicio militar obligatorio. Se prohibió a las universidades y a las organizaciones deportivas «ocuparse de cosas militares», y en particular se les prohibió instruir o entrenar a sus miembros «en la profesión o en el uso de las armas». Todas las fortalezas de la Renania tenían que ser desmanteladas. En el mar, Alemania solamente podía tener seis acorazados, seis cruceros ligeros, doce destructores y doce torpederos. No se le permitía tener submarinos. Su dotación naval fue limitada a 15.000 hombres. Y tenía que interrumpirse la construcción de todos los barcos de guerra.

Una cláusula quedó como letra muerta ya en el mismo momento de la firma. En virtud del artículo 227, los aliados anun-




**Cartel publicitario de una lejía que da idea del estado de ánimo francés en el momento de la victoria. Clemenceau usa el producto para lavar los crímenes del Káiser.** ***Abajo:*** **«La rendición de la Flota de Alta Mar alemana», una de las cláusulas del armisticio.**

**Firmas norteamericanas al pie del Tratado de Versalles; los representantes norteamericanos firmaron el documento, pero el Congreso se negó a ratificarlo. El idealismo utópico de Wilson dejó su huella en la forma definitiva del Tratado.**


TREATY OF PEACE

THE ALLIED AND ASSOCIATED POWERS

GERMANY,

TREATY

FRANCE AND GREAT BRITAIN

Una copia del tratado de paz en venta en Gran Bretaña. Los negociadores ingleses, particularmente Lloyd George, procuraron inútilmente moderar las exigencias de los franceses, que deseaban la venganza y una Alemania arruinada.

Daily Mail

MILLION SALE.

WHAT THE HUNS MUST DO NOW

MONDAY, JUNE 30, 1919

Manifiesto del «Daily Mail» después de Versalles: «Lo que deben hacer ahora los hunos.» La prensa había suscitado sentimientos antigermánicos, pero los hombres más responsables procuraban que no se fomentara más el odio.




Sello del Imperio Austro-húngaro habilitado para Checoslovaquia, nación que se había declarado independiente del Imperio de los Habsburgo en los últimos meses de la guerra, y a la que el Tratado de Saint-Germain asignó generosas fronteras.

ciaron que el Káiser debía ser procesado «por haber atentado contra la moral internacional y el carácter sacrosanto de los tratados». Había de ser juzgado por cinco jueces, un norteamericano, un inglés, un francés, un italiano y un japonés, cuyo cometido era «determinar el castigo que se le había de imponer». A pesar de que la opinión pública inglesa deseaba ver «colgado al Káiser», Lloyd George consideró aquel proceso un error. Por ello, cuando los franceses empezaron a pedir a Holanda la extradición del Emperador, Gran Bretaña se negó a apoyar a Francia. El Káiser permaneció seguro en el exilio, cultivando su jardín.

**«La culpa de la guerra»**

La cláusula más controvertida del Tratado de Versalles fue el artículo 231, la famosa cláusula referente a los crímenes de guerra, contra la que los sucesivos Gobiernos alemanes se batieron en vano y que incluso muchos políticos aliados consideraron demasiado extremista. El artículo decía: «Los Gobiernos aliados y sus asociados afirman, y Alemania reconoce, la responsabilidad que tienen Alemania y sus aliados por haber provocado todas las pérdidas y daños que los Gobiernos aliados y asociados y sus ciudadanos han sufrido, a consecuencia de la guerra a ellos impuesta por la agresión de Alemania y de sus aliados.»

¿Cómo había surgido esta cláusula? ¿Por qué los aliados se empeñaron tanto en imponer a Alemania el reconocimiento de su responsabilidad por «todas las pérdidas y daños»? ¿Por qué en ella se hablaba tan explícitamente de la «agresión de Alemania»?

La cláusula había tenido origen antes de finalizar la guerra. El Consejo Supremo de la Guerra, reunido en Versalles el 4 de noviembre de 1918 bajo la dirección de Clemenceau, había redactado una nota dirigida al presidente Wilson para hacerle ver la necesidad de imponer reparaciones a Alemania. La nota empezaba así: «(Los Gobiernos aliados) entienden que Alemania compensará todos los daños provocados a la población civil de los países aliados por la invasión del territorio aliado por parte de Alemania...» Como quiera que Alemania nunca había negado haber invadido Bélgica, Luxemburgo o Francia, la cláusula era equitativa: enunciaba un hecho reconocido. Pero alguien, en la reunión, hizo notar que, tal como quedaba redactada la cláusula, mientras Alemania tendría que pagar por los daños causados desde el Canal de la Mancha a los Vosgos, no podría exigírsele una compensación económica para los aliados «no continentales», los Estados Unidos, India, Australia, Canadá o la propia Gran Bretaña; por otra parte, los Dominios, los cuales habían desempeñado una parte importante en el conflicto proporcionando no sólo hombres sino también materiales, se resentirían de verse excluidos de las compensaciones económicas. Era preciso, por tanto, redactar la cláusula de otro modo. En la nueva redacción se eliminó la expresión «la invasión del territorio aliado por parte de Alemania» sustituyéndola por «la agresión de Alemania». Agresión era una palabra que podía tomar un significado mucho más amplio: llevaba implícito, por así decirlo, todo lo relativo a los gastos de guerra. Pero era también una palabra condenatoria. La invasión había sido reconocida; la agresión, no. Desde el punto de vista alemán, la invasión estaba justificada por la necesidad de defenderse; agresión era una palabra cargada de condena moral que permitía sutilezas de interpretación y significaba, demasiado claramente, culpabilidad.

El ayudante personal de Lloyd George contó en 1931: «Recuerdo muy bien haber discutido con Ll. G. la interpretación que había de dar a la cuestión de la "reconstrucción" o de las "reparaciones". Su opinión era: "Debemos tener muy presente que no podemos cargar a Alemania los gastos de la guerra... No podría pagarlos. Pero sí debe dar una amplia compensación por los daños, y esta compensación debe ser equitativamente distribuida entre los aliados y no entregada por entero a Francia y a Bélgica. Las regiones devastadas constituyen sólo un capítulo en las pérdidas de la guerra. Probablemente Gran Bretaña ha gastado más e, indirectamente, ha sufrido mayores daños, por ejemplo, en barcos y comercio, que Francia. Debe recibir su justa parte de compensación."

»Después me indicó que preparara una fórmula... Así lo hice... Recuerdo haber pensado, después de entregar el esbozo a Ll. G., que, tal como había quedado redactado, podía dudarse de que fuera justo que todos los aliados percibieran una compensación... Por ello lo modifiqué de forma que se leyera "daños a las poblaciones civiles de los países aliados por la agresión de Alemania por tierra, mar y aire".»

Así fue escrita la cláusula que, más que ninguna otra, empeoró las relaciones angloalemanas en los años comprendidos entre las dos guerras, hizo tan difícil la labor de conciliación con Alemania e hizo pensar a los alemanes que, cualesquiera que fueran las concesiones y los gestos de amistad de Gran Bretaña, en realidad su política estaba dictada por la explícita convicción de la culpabilidad alemana.

Las cláusulas relativas a las reparaciones fueron la parte más criticada del tratado. Sin embargo, la demanda total de 24 mil millones de libras esterlinas fue reducida poco a poco en una serie de conferencias internacionales, hasta que, en 1932, se puso fin a las reparaciones (Conferencia de Lausana).

**Las nuevas fronteras**

De efectos más duraderos fueron las cláusulas que crearon nuevas fronteras. Eran también las que mejor se podían defender. Muchas fronteras fueron establecidas no por voluntad de los aliados, sino como resultado de plebiscitos en que los habitantes de las regiones afectadas manifestaron en qué parte querían quedarse. Gracias a los plebiscitos, Prusia oriental permaneció enteramente alemana. En dos zonas fronterizas de Austria los habitantes votaron por seguir siendo austríacos. La población del Sarre, después de quince años de control por parte de la Sociedad de las Naciones, votó el retorno a Alemania y quedó reintegrada al Reich de Hitler: era su primera adquisición territorial, hecha posible solamente por el tratado que el dictador nunca dejaba de denunciar. En Silesia los resultados del plebiscito no fueron decisivos y por ello aquella rica región industrial fue dividida entre Alemania y Polonia. Los daneses del Schleswig votaron la separación de Alemania: éste fue el único plebiscito que se resolvió completamente contra los intereses germanos.

Las tierras perdidas por Alemania fueron Alsacia y Lorena, adquiridas en la guerra de 1871, y el territorio del este, que pasó a Polonia. Alemania había contribuido a destruir la independencia de Polonia hacia el final del siglo XVIII, y se había anexionado una parte de su territorio durante los tres repartos; ahora aquel territorio era restituido al nuevo Estado polaco, y con él un pasillo que aseguraba a Polonia una salida al mar Báltico. Más tarde los alemanes armaron mucho ruido por este pasillo; pero los habitantes eran en su mayoría polacos, y Polonia, después de más de un siglo de sumisión, tenía derecho a una medida de seguridad.

Las principales modificaciones de fronteras fueron resultado de la desintegra-

ción, ocurrida en las últimas semanas de la guerra, del Imperio Austro-húngaro. Checoslovaquia se había proclamado Estado independiente; los tratados le asignaron generosas fronteras. Lo mismo hizo Yugoslavia, realizando así el sueño eslavo de un reino eslavo meridional; y también en este caso los aliados fueron generosos, si bien no permitieron que el puerto de Fiume pasara a formar parte del nuevo Estado. Los polacos obtuvieron territorios tanto de Alemania como de Austria, y los aliados, deseosos de ver a Polonia convertida en un bastión entre la Rusia soviética y Occidente, alentaron la formación de una frontera oriental a costa, sobre todo, de Rusia. Pero, aun en este caso, a Lloyd George no le complacía ver como los límites de Polonia avanzaban demasiado hacia el este o hacia el oeste, y así se dejó a la iniciativa militar de los polacos, y no a los tratados aliados, el asegurar a su nueva patria algunas partes de Ucrania, Bielorrusia y Lituania. A Rumania los aliados le asignaron las regiones primordialmente rumanas de Austria-Hungría, y sobre todo Transilvania. Bulgaria, potencia «enemiga», perdió su salida al mar Egeo, que pasó a Grecia; pero su completa independencia, conquistada al emanciparse de Turquía menos de diez años antes de que empezara la guerra, no sufrió merma alguna. Austria perdió tan sólo una provincia fundamentalmente austríaca, el Tirol del Sur, que pasó a Italia. La nación que podía presentar las protestas más convincentes era Hungría; numerosas comunidades húngaras fueron incluidas en el interior de Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia. Pero una vez más la independencia húngara fue garantizada, y más adelante, pese a haber extendido sus fronteras aliándose con Hitler, Hungría volvió en 1945 a las fronteras de 1919, que son las que tiene en la actualidad.

¿Cuál fue el balance de los tratados de paz? Del colapso del Imperio Austro-húngaro surgieron tres Estados independientes: Checoslovaquia, Hungría y Austria; y tres Estados obtuvieron del viejo Imperio regiones habitadas por una mayoría de compatriotas: Polonia, Yugoslavia y Rumania. Dos Estados, Austria y Hungría, sufrieron una merma territorial; los otros cuatro Estados vieron cumplidas sus aspiraciones.

Del colapso del Imperio Otomano surgieron, tras un breve período de control británico, cuatro Estados independientes: Irak, Transjordania, Arabia Saudita y Yemen. Un quinto Estado, el «hogar nacional» judío en Palestina, permaneció bajo administración británica durante casi treinta años, pero luego fue dividido entre árabes y judíos. También los armenios tuvieron su propio Estado; pero cuando los turcos lo destruyeron en 1922, los aliados no intervinieron. Más de un millón de armenios fueron asesinados por los turcos durante la guerra; pero los aliados nada hicieron en la posguerra para protegerlos. La Rusia soviética ofreció asilo a una parte de ellos en la República Soviética de Armenia. Otros se refugiaron en Europa, como prófugos apátridas e indefensos.

Del colapso y la bolchevización de Rusia surgieron cuatro nuevos Estados independientes: Finlandia, Letonia, Lituania y Estonia. También los Estados caucásicos se declararon independientes, y los aliados ayudaron a Georgia a mantener su soberanía. Pero cuando Stalin envió tropas a su tierra natal, los aliados aceptaron la caída de la independencia georgiana.

**Martin Gilbert**

**Las hélices de madera de la flota aérea alemana son utilizadas como leña. También los barcos de guerra fueron destruidos, y solamente se dejó a Alemania una escuadra insignificante. Las fortalezas del Rin fueron desmanteladas, el número de soldados del Ejército quedó limitado, y se prohibió a los alemanes la importación de municiones. Alemania debía quedar anulada como potencia militar.**

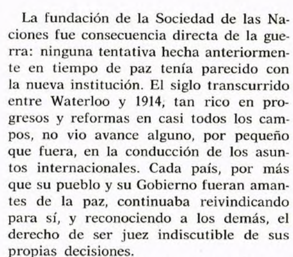


# La Sociedad de las Naciones

**El trauma de la guerra indujo por fin a pensar seriamente en la creación de un nuevo sistema internacional capaz de conjurar desastres semejantes. Con la fundación de la Sociedad de las Naciones ningún Estado podría ya eximirse de ver discutida públicamente su política exterior. Pero ¿bastaría tal organismo para asegurar la paz del mundo?**



**El diplomático inglés sir Eric Drummond, primer secretario general de la Sociedad de las Naciones.**



La fundación de la Sociedad de las Naciones fue consecuencia directa de la guerra: ninguna tentativa hecha anteriormente en tiempo de paz tenía parecido con la nueva institución. El siglo transcurrido entre Waterloo y 1914, tan rico en progresos y reformas en casi todos los campos, no vio avance alguno, por pequeño que fuera, en la conducción de los asuntos internacionales. Cada país, por más que su pueblo y su Gobierno fueran amantes de la paz, continuaba reivindicando para sí, y reconociendo a los demás, el derecho de ser juez indiscutible de sus propias decisiones.

El trauma de la guerra forzó a los políticos a pensar seriamente, por vez primera, en la creación de un nuevo sistema capaz de conjurar en el futuro desastres semejantes. En los países cuyas energías habían de concentrarse totalmente en la guerra, tales ideas sólo podían ser discutidas en privado y sin carácter oficial. No se podía aún formular nada que pudiera parecer un proyecto detallado. Sin embargo, ya durante la guerra empezó a difundirse la expresión «Sociedad de las Naciones», todavía desconocida algunos meses antes. En mayo de 1915 se fundó en Londres una Liga de la Sociedad de las Naciones; otras organizaciones análogas surgieron en los países neutrales de Europa, en Francia y hasta en Alemania, donde fue inmediatamente suprimida. Solamente en Gran Bretaña, entre todos los países beligerantes, hombres que ocupaban altos cargos —Asquith, Grey, Robert Cecil— apoyaron abiertamente el movimiento, que no tenía, empero, ningún carácter oficial. En los Estados Unidos, entonces neutrales, se podía hablar de ello libremente, y allí el movimiento se difundió con tal rapidez que en mayo de 1916 los líderes de los dos principales partidos estaban de acuerdo al respecto y afirmaban la necesidad de crear un nuevo sistema internacional, de defender la paz, si fuera necesario, con las fuerzas armadas de las potencias pacifistas, y de hacer participar sin reservas a los Estados Unidos en la nueva organización.

Un año después los Estados Unidos entraban en la guerra. Y, en enero de 1918, el presidente Wilson —al exponer formalmente los objetivos que el Gobierno perseguía con la guerra— terminó diciendo: «Hay que formar, mediante acuerdos específicos, una asociación general de las naciones con el objeto de sentar recíprocas garantías de independencia política e integridad territorial para los Estados, grandes y pequeños, sin distinción.» Era ésta la expresión culminante de sus famosos «Catorce Puntos», después aceptados, con una sola reserva, por todos los aliados. Sobre la base de esta declaración, Austria y Alemania pidieron la paz. Así, en menos de tres años, un nombre desconocido y un plan todavía no muy definido fueron adoptados por los beligerantes como uno de los objetivos principales de la guerra. También los países neutrales, no directamente interesados por los demás objetivos de las dos partes en conflicto, apoyaron la asociación propuesta, esperando ser consultados acerca de la forma que debería darse a la Sociedad e invitados a entrar en ella en condiciones de igualdad con los demás países. Todavía más importante fue la creciente convicción popular —tal vez mal informada, pero no por ello menos apasionada— de que era preciso encontrar una nueva forma para salvar las generaciones futuras de calamidades análogas a las de los últimos cuatro años.

**Rapidez y armonía**

En tales circunstancias, cuando se reunió la Conferencia de París en 1919, pronto se llegó a un acuerdo: había que empezar sin demora la discusión del proyecto de la Sociedad de las Naciones. Fue una decisión importante, ya que la unidad que reinaba entre los aliados fue muy pronto puesta a prueba por las reivindicaciones territoriales en conflicto. No obstante, por el momento, y sobre todo en la comisión especial, creada —bajo la pre-

sidencia de Wilson— con el fin de redactar un esquema de constitución, el trabajo avanzó con tanta armonía y rapidez que sólo once días después de su primera reunión, una comisión pudo presentar a la Conferencia y al mundo el esquema del Pacto de la Sociedad de las Naciones. Este esquema, corregido y perfeccionado en varios puntos secundarios, fue aprobado en una sesión plenaria de la Conferencia el 28 de abril de 1919, y estaba destinado a durar, prácticamente inalterado, hasta la disolución de la Sociedad de las Naciones en 1946.

Si los delegados de los numerosos Estados representados en París consiguieron llegar a una conclusión tan importante en tan breve tiempo, fue, en gran parte, debido a algunos estudios preparatorios llevados a cabo en los últimos años de la guerra. Varios grupos de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, oficialmente nombrados a este fin, habían trabajado en la elaboración del plan general, al cual después se dio el nombre de seguridad colectiva, exponiendo con lenguaje preciso los compromisos que los miembros habían de asumir para solucionar pacíficamente sus diferencias y reaccionar al unísono contra cualquier agresor. Al mismo tiempo, algunos organismos no oficiales formulaban sus propuestas sobre temas que los diplomáticos por el momento preferían marginar, pero que muchos consideraban parte indispensable de un sistema destinado a salvaguardar eficazmente la paz: diplomacia abierta, eliminación de los tratados secretos, reducción y control de armamentos, y colaboración orgánica en las cuestiones sociales y económicas. Este último era el único sector del nuevo sistema para el que se tomaron medidas positivas ya antes de 1914.

Estos conceptos fueron recogidos, claramente expuestos y desarrollados de forma verdaderamente admirable por el mariscal Smuts en su opúsculo *La Sociedad de las Naciones: una propuesta práctica*, publicado en diciembre de 1918.

El mismo Pacto, aunque breve y conciso, comprendía en sus 26 artículos todo lo esencial de los esquemas preliminares; es más, iba sorprendentemente más allá de todas las propuestas precedentes, excluidas las de Smuts. Ofrecía un sistema completo para el arreglo pacífico de los conflictos y para una resistencia común a la agresión; preveía la reducción y el control de los armamentos y la eliminación de las nefastas consecuencias de la producción de armas por parte de empresas privadas; obligaba al registro y a la publicación de todos los futuros tratados por parte de la Secretaría de la Sociedad, y la adhesión a todas las iniciativas destinadas a promover el progreso social y económico en todos los sectores en que fuera de vital importancia la colaboración internacional, y, finalmente, a la supervisión de las diversas colonias y de los varios territorios sustraídos a la dominación alemana o turca. Esta última cláusula, que rápidamente pasó del Consejo Supremo a los encargados de redactar el Pacto, era menos clara y concisa que las demás, pero mientras existió la Sociedad funcionó bastante bien.

Finalmente, el Pacto instituyó una Asamblea de todos los miembros de la Sociedad, un Consejo formado por cinco grandes potencias en calidad de miembros permanentes y de otras cuatro potencias menores elegidas por la Asamblea, así como una secretaría permanente. Estableció también, no sin una obstinada oposición por parte de una minoría partidaria de Bruselas, que la Sociedad tendría su sede en territorio neutral, en Ginebra.

El Pacto era una parte integrante de los tratados de paz, y, por lo tanto, solamente tendría una validez jurídica cuando fueran ratificados los tratados. Se supuso, sin embargo, que tal ratificación no tardaría, y que las primeras reuniones del Consejo y de la Asamblea tendrían lugar en el otoño de 1919. Ante esta perspectiva, la Conferencia, aprobado el texto definitivo del Pacto, tomó las primeras medidas para poner en marcha el nuevo mecanismo. Nombró miembros temporales del Consejo a Bélgica, Brasil, China y España; creó una comisión organizadora, y nombró primer secretario general a un diplomático inglés, sir Eric Drummond.

Drummond se trasladó rápidamente de París a Londres y empezó a escoger a sus colaboradores, siguiendo el criterio, a la vez audaz y sin precedentes, de dar carácter internacional a toda la organización, desde la base al vértice. Los fondos de que disponía eran escasos y el futuro empezaba a mostrarse incierto. Pero sentía un ferviente deseo de servir a la nueva institución, y no le fue difícil encontrar los hombres que necesitaba; a finales del verano de 1919 tenía ya formada, aunque sólo con carácter embrionario, la futura Secretaría.

**La defección de los Estados Unidos**

Mientras tanto, en Washington se iba preparando el apartamiento. Contra la voluntad de la mayor parte de la nación y recurriendo a torpes maniobras de partido, una minoría del Senado logró impedir que Estados Unidos fuera miembro de la Sociedad de las Naciones. La votación del 19 de noviembre de 1919, confirmada por la del 19 de marzo de 1920, asestó un duro golpe a las esperanzas de una paz duradera y de una organización racional de la vida internacional. Los recursos militares y económicos en los que se basaba el proyecto del Pacto quedaban drásticamente reducidos, y se restringía asimismo su poder moral, pues era de presumir que Norteamérica había de ser el líder natural en la obra de reconciliación y reconstrucción pacífica.

La defección norteamericana, como era de prever, estimuló en gran manera todas las influencias militares y diplomáticas que se oponían al concepto de seguridad colectiva y creían que la seguridad de un país dependía de la potencia de su Ejército y de la solidez de sus alianzas. No obstante, ningún país dio muestras de querer seguir el ejemplo norteamericano, y la Sociedad continuó gozando del favor popular.

Cuando, finalmente, en enero de 1920, se ratificó el Tratado de Versalles, todos los países neutrales invitados aceptaron ser miembros de la Sociedad de las Naciones.

Mientras existió, esta organización internacional presentó un doble aspecto: por un lado, como centro de acción en el que podían participar, en provecho pro-

**La «Sala de la Reforma», edificio ginebrino estrechamente vinculado al establecimiento del calvinismo, fue escogido como primer lugar de reunión de la Sociedad de las Naciones.**



1

Miembros fundadores
Bélgica
Bolivia
Brasil
Cuba
Checoslovaquia
China
Francia
Grecia
Guatemala
Haití
Honduras
Imperio Británico
Italia
Japón
Liberia
Nicaragua
Panamá
Perú
Polonia
Portugal
Rumania
Siam
Uruguay
Yugoslavia

Estados invitados a hacerse miembros
Argentina
Colombia
Chile
Dinamarca
España
Holanda
Noruega
Paraguay
Persia
El Salvador
Suecia
Suiza
Venezuela

Estados admitidos en la primera Asamblea
Albania
Austria
Bulgaria
Costa Rica
Finlandia
Luxemburgo

2




**1 Edificio de la Sociedad de las Naciones, en Ginebra, terminado en 1937, y ámbito geográfico de la entidad.** *2* **Caricatura del «Punch». La paloma de la paz dice a Wilson: «Quisiera contentar a todo el mundo, pero acaso esta rama pese demasiado.»**

pio, todos los miembros; y, por otro, como control de las cláusulas de los tratados de paz cuyo contenido, indiferente para la mayoría de los países miembros, suscitaba el resentimiento de algunos de éstos. Esta función fue uno de los elementos que aseguraron la estabilidad de la Sociedad, pese a la ausencia de los Estados Unidos. A la larga, sin embargo, llegó a ser fuente de debilidad y de irritación, hasta el punto de que muchísimos países miembros se habrían separado gustosamente de la Sociedad.

En su primer año de vida, el Consejo fue dominado por dos estadistas, Arthur Balfour y Léon Bourgeois, que supieron, con su buen juicio y resolución, mantenerlo al margen de las disputas de los Gobiernos propios y ajenos. El Consejo trabajó tranquilamente en las tareas particulares derivadas del Tratado de Versalles, organizando las diversas instituciones previstas en el Pacto y resolviendo algunas controversias secundarias. También autorizó al secretario general a establecer en Ginebra el cuartel general permanente, convocó la primera reunión de la Asamblea para noviembre de 1920 y ordenó preparar y presentar, para pasarlo a la Asamblea, un informe completo de la actividad desarrollada. Si existían aún dudas sobre la capacidad de la Sociedad para vivir una vida propia y llegar a ser en cierto modo lo que había dicho Smuts, «un órgano siempre visible, viviente y operante de la política de la civilización», la primera Asamblea desvaneció completamente estas dudas. En París se había decidido que el Consejo se reuniría «al menos una vez al año», y la Asamblea «a intervalos fijos»; esta última norma tenía carácter preventivo, por el temor a que un organismo que se reuniera, según sus estatutos, cada tres o cuatro años, cayese al poco tiempo en el olvido. En realidad, el Consejo alcanzó una media de cinco reuniones al año a lo largo del lapso que duró la Sociedad, mientras que la Asamblea no solamente decidió reunirse en septiembre de cada año, sino que se reveló desde el primer momento como la más original, viva, enérgica y emprendedora de todas las nuevas instituciones. Mientras tanto, la Secretaría se había convertido en una especie de eficiente servicio burocrático internacional, y los principales órganos subsidiarios de la Sociedad se hallaban ya en funcionamiento o al menos en cierta fase de gestación. En el primer grupo se hallaban la Oficina Internacional del Trabajo, la Organización para las Comunicaciones y Tránsitos, las comisiones económicas y financieras y las que se ocupaban de los problemas sociales; en el segundo, el Tribunal Permanente de Justicia Internacional, la Organización de Sanidad, y la Comisión de los Mandatos. Estos importantes organismos contaron con expertos de primer orden de varias nacionalidades, que casi siempre prestaron su colaboración sin recompensa alguna.

En el plano político no se hicieron análogos progresos. Las grandes potencias todavía no estaban dispuestas a remitir al Consejo sus propias controversias, o las de otros países, cuando se sentían en condiciones de afrontarlas por cuenta propia; y aún estaban menos dispuestas a discutir con el resto del mundo las dificultades de las relaciones con Alemania y a abrir el gran debate sobre armamentos, que la Asamblea y la opinión pública en general consideraban el banco de prueba del nuevo organismo.

**Francis Paul Walters**

# La difícil posguerra europea

**La brusca transformación de una economía de guerra en una economía de paz siempre trae consigo dificultades, que afectan sobre todo a los obreros. Paralizada la producción de armamento, la industria pesada debe cerrar muchas de sus fábricas y despedir a centenares de trabajadores. Al mismo tiempo, los soldados desmovilizados, apartados de sus antiguos empleos, inundan masivamente el mercado del trabajo...**

**Muchachos mineros leen en los periódicos las informaciones referentes a la huelga en las minas de carbón; por la expresión de sus rostros, parecen regocijarse —niños al fin— de esas vacaciones forzosas.** *Abajo:* **caricatura de Filippo Turati, uno de los fundadores del Partido Socialista Italiano. Antibolchevique y, más tarde, antifascista irreductible, fue un claro exponente del socialismo reformista y democrático.**






El día primero de mayo de 1919, a los seis meses de terminada la guerra, cuando los burgueses de toda Europa aún estaban celebrando el glorioso advenimiento de la paz, un periódico socialista francés, *L'Humanité*, sorprendía a sus lectores con un extraño pero expresivo dibujo: en la primera página, bajo el título «*La paix qui vient*» («La paz que viene»), podía verse a un grupo de obreros, hombres, mujeres y niños perplejos ante el sórdido espectáculo de una vieja harapienta, con muletas y casco militar —la guerra terminaba—, que les enseñaba, como símbolo de la paz, una misérrima paloma, medio desplumada, diminuta y fea. Al pie del grabado podía leerse el siguiente comentario: «¡Era tan bella desde lejos... durante la guerra!»

Nada habría podido reflejar mejor, con más sentido y expresividad, el desencanto de los obreros europeos ante la paz de 1918, aquella paz tan deseada, que de pronto les mostraba un mundo en ruinas lleno de viudas y huérfanos, mutilados y locos, soldados desmovilizados sin posibilidad de encontrar trabajo, fábricas cerradas y obreros despedidos, falta de viviendas, escasez de alimentos, salarios irrisorios...

Pero en aquella difícil posguerra iniciada en 1919, no sólo hubo problemas materiales para los trabajadores. La paz hizo aflorar también conflictos ideológicos —nacidos durante la guerra, pero mantenidos en sordina mientras rugían los cañones—, que acabaron escindiendo y debilitando todas las organizaciones obreras; en especial, las más importantes —los partidos y los sindicatos socialistas— aparecen claramente divididas por cuestiones ideológicas que nacen con la guerra y que, en cierto modo, acaban superponiéndose: internacionalismo-nacionalismo y comunismo-anticomunismo.

Este esquema probablemente es válido para facilitar la comprensión del movimiento obrero, durante los años 1919-1921, en tres de los países europeos más importantes por el número y por la calidad de su proletariado: Francia, Gran Bretaña e Italia.

**Los herederos de Jaurés**

En Francia la agitación social se produjo según el esquema que acabamos de mencionar: pugna entre nacionalistas e internacionalistas durante la guerra y enfrentamiento entre comunistas y anticomunistas a partir de 1918. Las causas de la escisión socialista fueron aproximadamente las mismas que en Alemania.

Asesinado en julio de 1914 Jean Jaurés —el jefe socialista francés que había dicho «si bien el socialismo y la patria son en este momento inseparables, quede bien claro que, para un socialista, la patria no es un valor absoluto ni un fin supremo»—, las masas obreras de su país, desorientadas, sin clara conciencia de su misión, se lanzaron a la guerra, dispuestas a aplastar al secular enemigo de su raza: el «boche», el «verdugo alemán».

Tardaron en comprender que en los frentes del Marne y de Verdún lo único que hacían era matar a obreros, tan inocentes y engañados como ellos mismos. Cierto que algunos de sus antiguos jefes —Guesde y Albert Thomas, por ejemplo— formaban parte del Gobierno, y que para ellos habría sido un delito imperdonable bajar las armas frente al enemigo. Pero entre los antiguos militantes de la S.F.I.O. (Sección Francesa de la Internacional Obrera) fue tomando cuerpo la idea de una paz negociada.

En la conferencia internacional de Zimmerwald, en septiembre de 1915, intervinieron delegados franceses (Merrheim, Bourderon) y lo mismo en la de Kienthal, en abril del año siguiente (Blanc, Brizon, Dugens). En ambas ocasiones se publicaron manifiestos pidiendo una paz inmediata sin anexiones territoriales ni reparaciones económicas por parte de ninguna de las naciones beligerantes. Pero aún hervían las pasiones y la capacidad de violencia no estaba agotada. Los congresos no dieron el menor resultado y la guerra continuó, sorda, ciega e implacable, hasta noviembre de 1918.

Entretanto, se produce la Revolución Rusa y los bolcheviques se afianzan en el poder. Al abandonar la lucha, Rusia deja de ser aliada militar de Francia. Doble


NATIONAL UNION OF RAILWAYMEN.
SOUTHEND-ON-SEA BRANCH.
GAIN THE CO-OPERATIVE COMMONWEALTH.
LIGHT
EDUCATION
INDUSTRIAL ORGANISATION
POLITICAL ACTION
REAL INTERNATIONAL
WORKERS OF THE WORLD UNITE ! YOU HAVE NOTHING TO LOSE BUT YOUR CHAINS, YOU HAVE A WORLD TO WIN.

motivo de pesar para los nacionalistas franceses: triunfa el revolucionario Lenin, y Alemania, aseguradas las espaldas por el Tratado de Brest Litovsk, puede usar todas sus fuerzas en el frente occidental.

Pero, a pesar de la defección rusa, los alemanes no logran romper los baluartes franceses. Los aliados acaban por imponerse y llega la paz. Surge, entre la euforia del triunfo, una nueva tentación: ¿por qué no dirigirse ahora contra el foco infeccioso de Oriente, contra los antiguos aliados que traicionaron a las democracias, contra la Rusia soviética?

En este momento, la división entre los socialistas europeos es radical. Unos aceptan la intervención de las democracias en la guerra civil rusa, para apoyar a las antiguas clases expoliadas. Otros, entusiasmados por el éxito de la minoría bolchevique, escriben mensajes de adhesión a Lenin y protestan contra el envío de armas a los «blancos».

El gran vencedor de la guerra, el viejo Clemenceau, seguirá, aunque por poco tiempo, al frente del Gobierno francés. Bajo la tutela del «Tigre», la derecha francesa organiza una campaña destinada a crear una imagen terrorífica de la Revolución Rusa: lanza eslóganes intencionados y hace aparecer, en pasquines y periódicos, la efigie de un horrible bandido con un puñal entre los dientes. Quiere ser el símbolo de la Rusia soviética: las manos libres para escalar los riscos, y el puñal, medio oculto en la boca, presto para asestar el golpe mortal.

Pero el efecto deseado no se produce. El socialismo parlamentario sufre ahora dos reveses: uno político, en las elecciones de noviembre de 1919, y otro económico, con la fallida huelga de mayo de 1920. Estos fracasos radicalizan la postura de muchos obreros franceses, que dejan de creer en las soluciones democráticas. Cachin y Frossard, representantes de un amplio sector laboral francés, van a Moscú. El comunismo gana adeptos, y el viejo partido socialista queda definitivamente escindido: más a la derecha que nunca, la socialdemocracia con Millerand, Bracke, Sembat, Renaudel y el propio Léon Blum, para quien Francia aún no está madura para la revolución. En una izquierda extremosa y desaforada, Loriot, Monatte, Frossard...

El Congreso socialista de Tours, en diciembre de 1920, no puede restañar las heridas. La túnica está rota y el cuerpo sangra por todas partes. Se ha constituido un partido comunista que pronto llega a tener más de 130.000 afiliados. En el antiguo partido socialista quedan apenas 30.000 miembros.

*Izquierda:* **emblema de la N.U.R. (Unión Nacional de Ferroviarios), 1919: «¡Trabajadores del mundo, uníos! Nada tenéis que perder, excepto vuestras cadenas, y sí un mundo que ganar.» En realidad, la «triple alianza» —mineros, ferroviarios y transportistas— carecía de unidad: los primeros acusaban de traición a los otros dos grupos.**

### «Fair play» británico

En el Reino Unido, durante la guerra, el joven *Labour Party*, representante político de los sindicatos, participó en el Gobierno de coalición creado bajo la égida de Lloyd George. Como en otras ocasiones, el discreto pero eficaz nacionalismo británico respondió a la amenaza exterior con una fervorosa concentración de fuerzas.

Frente a la Revolución Bolchevique, el tradicional «juego limpio» británico —representado en esta ocasión por la actitud de la clase obrera— se puso de manifiesto una vez más. En el verano de 1920, un Gobierno conservador se disponía a intervenir en la guerra ruso-polaca. Los franceses acababan de enviar al general Weygand para ayudar a la burguesía de Polonia. Los reaccionarios de toda Europa soñaban con la invasión de la U.R.S.S. realizada por los polacos y pedían el envío de armas y soldados para acelerar el desenlace en aquel frente. En Gran Bretaña, los bolcheviques sólo contaban con la simpatía de algunos sindicatos. Pero éstos actuaron prestamente y con eficacia para evitar la extensión del conflicto y la ingerencia de su Gobierno en los asuntos internos de otro país.

Comenzaron por recomendar a los estibadores que se negaran a cargar el buque *Jolly George*, fletado para llevar armas a Polonia. Luego organizaron una campaña a escala nacional destinada a movilizar la opinión pública en contra del proyecto del Gobierno. El primer ministro, Lloyd George, ante la actitud resuelta de los trabajadores, hubo de declarar solemnemente que jamás había tenido la idea de hacer la guerra a Rusia y que no intentaría enviar más armas a Polonia.

Sin embargo, estos mismos trabajadores, después de paralizar una acción militar antisoviética, se mostraron totalmente reacios a implantar el comunismo en su país.

Cuando más cerca estuvo Gran Bretaña de una revolución social fue tal vez en la primavera de 1921. Con la alianza de los sindicatos mineros, ferroviarios y transportistas, pareció que iba a producirse una huelga general de vastas repercusiones económicas y políticas. Pero no sucedió nada. El viernes, 15 de abril de 1921, después de unos días agitados e inciertos, se manifestó claramente la voluntad reformista —no revolucionaria— del proletariado británico. Ferroviarios y transportistas volvieron al trabajo y la repetición del «noviembre ruso» quedó en agua de borrajas.

Como ha dicho certeramente Jacques Droz: «Para la mayoría de los laboristas ingleses, el socialismo no iba ligado a la idea de la lucha de clases, sino a las exigencias de la fraternidad humana y de un cierto humanitarismo cristiano; en realidad, debía más a Owen que a Marx.»

### «Rosas de amor dannunzianas»

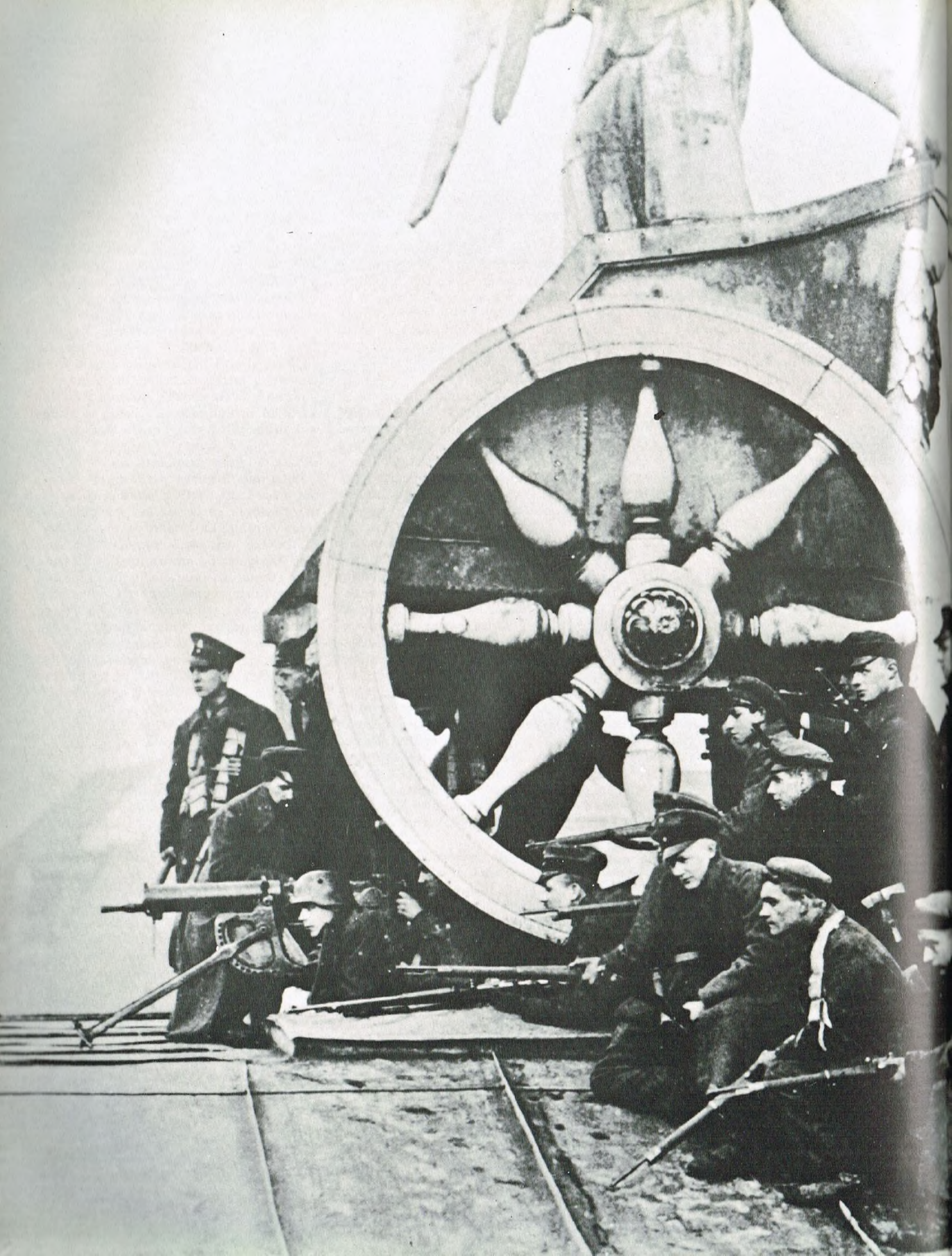
Italia, que formaba parte de las naciones vencedoras en 1918, no obtuvo en las negociaciones de la paz las ventajas que creía merecer. La ciudad de Fiume (hoy Rijeka) fue asignada a Yugoslavia, y Gaetano Rapagneta (nombre auténtico del poeta y aventurero Gabriele D'Annunzio) logró conquistarla para Italia con un puñado de voluntarios, tan temerarios como él, en una acción teatral y famosa que el Gobierno de su propio país desaprobó.

Los italianos sufrieron intensamente las dificultades económicas de la posguerra. Allí brotaron anarquistas y toda laya de socialistas. Se escucharon protestas y se presenciaron huelgas. Hubo, a partir de agosto de 1920, ocupación de fábricas en el Norte y apropiación de tierras en el Sur. Los ecos de la Revolución Rusa habían llegado con absoluta nitidez.

Pero al malestar económico y al ejemplo bolchevique, el nuevo Estado de Víctor Manuel III pudo oponer, con fortuna, el dique del sentimiento nacional. Reunificada hacía menos de cincuenta años, con la típica egolatría de las naciones jóvenes, Italia estaba tan orgullosa de su independencia que no quería saber nada de la «revolución mundial y permanente». D'Annunzio hablaba de una «rosa de amor» en lugar del «cardo bolchevique». Esta metáfora descabellada resultó eficaz. Rosas de amor italiano, despliegue de banderas patrióticas, sueños de imperio... Los jefes socialistas, Turati, Serrati, Bordiga, Gramsci, Pietro Nenni, incluso el moderado Matteotti —futura víctima del fascismo—, no podían ofrecer señuelos tan atractivos.

Entretanto, Benito Mussolini —antiguo director de *Avanti*, socialista marginado y lleno de despecho— ha fundado los *Fasci di Combattimento:* con los ojos puestos en Roma, se desgañita en Nápoles y ya se hace llamar Duce...

**José Tomás Cabot**

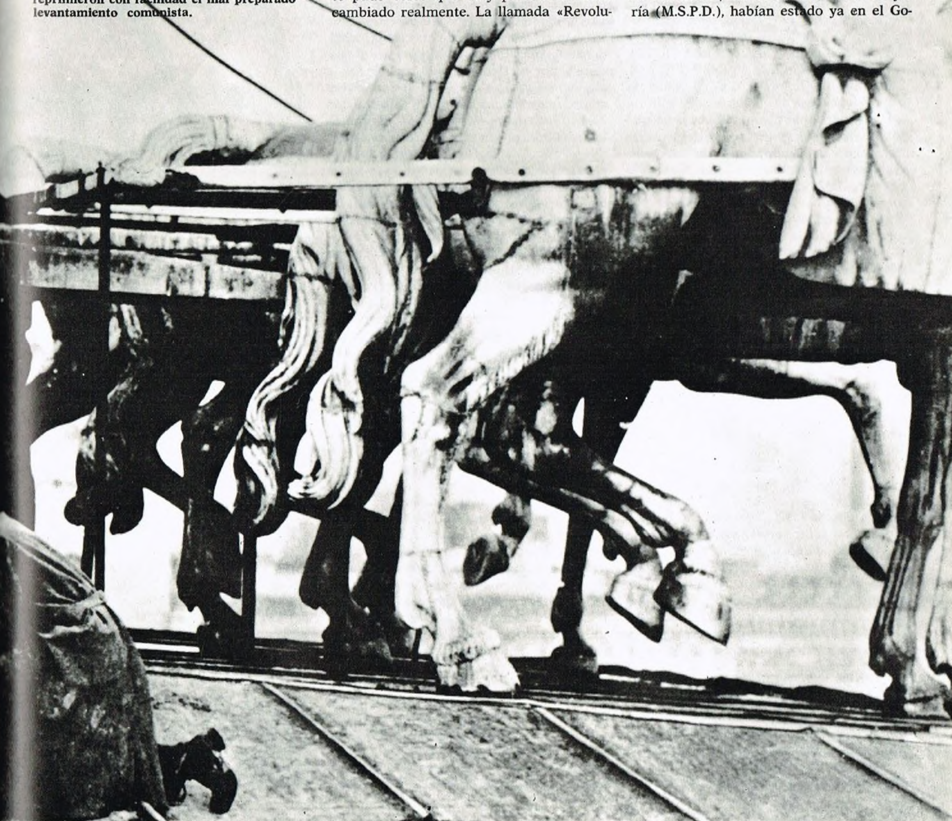


# La nueva Alemania

**Cuando Alemania se derrumbó, en noviembre de 1918, había quienes esperaban cambios revolucionarios en su estructura social. Iban a quedar defraudados. La «revolución alemana» fracasó y los dirigentes socialistas que entraron a formar parte del Gobierno terminaron por encontrarse en manos de los militares.**

Según los manuales de historia, en noviembre de 1918 tuvo lugar una revolución en Alemania. En verdad, durante aquel período hubo un turbulento cambio de Gobierno y rumores de revolución por todas partes, pero, una vez posado el polvo, pronto pudo verse que muy poca cosa había cambiado realmente. La llamada «Revolución de Noviembre», fue, por lo demás, un asunto tan extraordinariamente embarullado y confuso que es dificilísimo ofrecer un adecuado esbozo del curso de los acontecimientos.

Los que aparecían como directores de la revolución, los socialistas de la mayoría (M.S.P.D.), habían estado ya en el Go-



**Soldados alemanes, apostados en lo alto de la Puerta de Brandenburgo, se aprestan a disparar contra los espartaquistas; aunque apresuradamente reclutados en regimientos de nueva creación, reprimieron con facilidad el mal preparado levantamiento comunista.**

bierno. Se presentó así la curiosa situación de que los que deseaban la revolución no la hacían, mientras que los que la hacían no la deseaban. Hasta cierto punto, la «revolución» de noviembre de 1918 fue poco más que un accidente histórico, debido en gran parte a la terquedad del Káiser, que durante demasiado tiempo se negó a abdicar (en vez de salvar la monarquía despejando el camino hacia una paz pronta y muy favorable). Hasta el 9 de noviembre ninguna fuerza política de Alemania, a excepción de la extrema izquierda, pensaba seriamente en abolir la monarquía. Los conservadores permanecían adheridos a ésta por razones de conveniencia política y social: «Sin Rey, no hay *Junker*» (o sea, no hay aristócratas), parafraseando el famoso dicho de Jaime I en 1604, «sin obispo no hay rey». Con las reformas constitucionales de octubre de 1918 la clase media había obtenido más de lo que necesitaba: un Gobierno parlamentario bajo una corona despojada de sus poderes tradicionales. Después del Káiser, la clave del futuro político alemán estaba en manos de la clase obrera y sus dirigentes, la mayoría de los cuales eran socialistas de uno u otro tipo. En teoría, estaban a favor de la República, pero solamente los radicales querían hacer algo por conseguirla.

**Triple escisión**

En noviembre de 1918, el estado del movimiento socialista en Alemania era caótico. La decisión de apoyar la guerra (4 de agosto de 1914), y la gran duración de ésta, habían destruido la famosa unidad del S.P.D., su disciplina y su fuerza de los días más felices de antes de la guerra. Desde abril de 1917, el S.P.D. estuvo formalmente dividido en dos partidos políticos. La mayoría (M.S.P.D.), que comprendía aproximadamente la derecha y el centro, bajo la dirección de Fritz Ebert y Philipp Scheidemann, y la minoría (aproximadamente la vieja izquierda, acaudillada por Hugo Haase), que constituía el Partido Socialdemócrata Independiente (U.S.P.D.). Dentro del U.S.P.D. había otro grupo, dirigido por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, los «espartaquistas», que formaban prácticamente un partido de izquierda propio. Lo establecieron formalmente el 30 de diciembre de 1918, cuando fundaron el Partido Comunista Alemán (K.P.D.).

A pesar de esa triple escisión, ninguno de los tres partidos era homogéneo, y había curiosas superposiciones entre sus diversas alas. La dirección de cada uno de ellos estaba más o menos identificada con su propia ala derecha, mientras que la base se centraba más a la izquierda. Así, entre las masas del M.S.P.D. y los dirigentes del U.S.P.D., por una parte, y, por la otra, entre las masas del U.S.P.D. y los dirigentes espartaquistas, reinaba un mayor acuerdo que entre los respectivos dirigentes y seguidores. Ese estado de cosas aumentaba aún más la confusión, y paralizaba al movimiento socialista hasta límites increíbles. Los dirigentes del M.S.P.D. eran fieles sólo de palabra a sus ideales republicanos, mientras se oponían con intransigencia a cualquier aventura revolucionaria. Ebert, en particular, trató de salvar la monarquía hasta el último momento, y se enfureció cuando su colega Scheidemann, más despierto y perspicaz, proclamó, por motivos tácticos, la República el día 9 de noviembre. «Odio la revolución como una monstruosidad», se cuenta que dijo Ebert en aquellos días. Los dirigentes del M.S.P.D. se contentaban con unas pocas y limitadas reformas, en particular con el sufragio universal y nuevas leyes sociales. Trataban de hacer que el gobierno parlamentario instituido en octubre de 1918 siguiera una dirección conveniente a sus limitados objetivos. El ala izquierda del M.S.P.D. y el ala derecha del U.S.P.D. eran partidarios de una república parlamentaria y democrática, de marcadas tendencias socialistas.

El ala izquierda del U.S.P.D. (Liebknecht y Rosa Luxemburg), eran de los pocos elementos políticos que se proponían realmente una acción revolucionaria y una transformación radical de la sociedad alemana cuando se presentara la ocasión. Estaban dispuestos a actuar como una oposición socialista de izquierda en una democracia parlamentaria, si no lograban —y eran lo bastante realistas para no excluir esta posibilidad— hacerse con el poder en Alemania. En contraste, la mayoría de los espartaquistas eran partidarios del golpe aventurero, y estaban obsesionados por la acción revolucionaria de carácter violento, a la que consideraban un fin de sí misma, independientemente de las posibilidades de éxito. Aunque no eran más que unos pocos cientos en noviembre de 1918, su influencia era considerable. La turbulencia casi-revolucionaria durante este mes fue desencadenada por acontecimientos que escapaban al control de la izquierda, revolucionaria o no: el motín de la Flota. A partir de entonces, los acontecimientos se sucedieron tan de prisa que cogieron a la izquierda desprevenida y sin la debida preparación, tanto técnica como intelectual. Eso sólo bastaría para refutar

1



*1* **«Voluntarios de todas las armas para la seguridad de Berlín. Alistaos en la Brigada Reinhard.» Así dice este cartel alemán, donde un soldado con simbólicas armas medievales se enfrenta a las llamas del bolchevismo.**

*2* **Fritz Ebert, quien parece haber dicho: «Odio la revolución como una monstruosidad.»**

2


la anticuada teoría de que la «Revolución de Noviembre» había sido planeada de antemano y ejecutada por un grupo de revolucionarios.

Aunque en octubre de 1918 había sido establecido el constitucionalismo parlamentario, no había cambiado mucho la vida cotidiana, en la que seguía predominando el elemento militar. Así, la participación del M.S.P.D. en el gobierno del Reich no fue suficientemente incisiva en las pocas semanas que precedieron a la «revolución». Los primeros síntomas de desmoralización y disolución se hicieron visibles en vísperas de la derrota. Más que nunca urgía la necesidad de debatir públicamente los temas de la guerra y de la paz.

Se aflojó la presión de los militares cuando se declaró una amnistía para los prisioneros políticos y el 21 de octubre Liebknecht fue puesto en libertad. Éste llegó a Berlín dos días después, y quedó impresionado por la falta de preparación de las fuerzas revolucionarias.

**Los revolucionarios, sorprendidos**

El elemento revolucionario era ciertamente muy débil. Los pocos centenares de miembros del grupo espartaquista estaban diseminados por toda Alemania, y sus dirigentes habían estado en la cárcel hasta hacía poco. Había sólo dos reductos locales, relativamente fuertes, representados por otros dos grupos, los radicales de izquierda de Bremen y los obreros revolucionarios de Berlín. Ambos formaban oficialmente parte del ala izquierda del U.S.P.D., pero seguían su propia línea de acción. El movimiento de Berlín era el más importante, porque controlaba amplios sectores de la industria metalúrgica y de armamentos, y, desde luego, porque en Berlín se encontraba la sede del Gobierno central. Después de su regreso a Berlín, Liebknecht estableció contacto con dicho grupo. En una primera reunión, el 2 de noviembre, se discutieron los pasos a dar en el futuro: se descartó, porque era demasiado pronto, la fecha del 4 para declarar una huelga general de la que pudiera derivar una acción revolucionaria; los días 6 y 7 quedaron excluidos porque eran jueves y viernes, días de paga para los obreros. En consecuencia, se eligió la fecha del 11 de noviembre, con dos días de retraso, según se comprobó más tarde, respecto a los acontecimientos reales. Los pobres revolucionarios de Berlín fueron completamente cogidos por sorpresa por su propia «revolución».

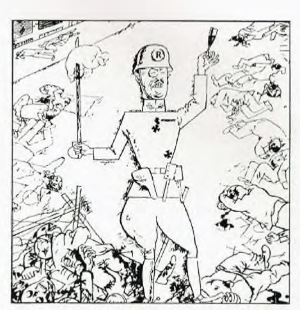
**Estalla la «revolución»**

Lo que llegó a conocerse en los textos de historia como «la Revolución Alemana de Noviembre de 1918» tuvo principalmente su origen en hechos relacionados con el problema de la guerra y la paz. En octubre de 1918, el Alto Mando alemán había dudado entre admitir la derrota o hacer un llamamiento en favor de una última y desesperada resistencia para salvar «el honor del Ejército», aunque con semejante táctica no podía lograr que los soldados se mostraran más dispuestos a morir por una causa abiertamente perdida, en un momento en que el final de la guerra estaba ya a la vista. Cuando el 24 de octubre Ludendorff, cubriéndose con la firma de Hindenburg, exhortó al Ejército a que se dispusiera a «resistir a ultranza», provocó su propia destitución, que sobrevino dos días más tarde. Pero, con ese mismo espíritu, también el Alto Mando de la Marina había planeado una última batalla naval que salvase el honor de la Flota. Fue precisamente esta decisión la que desencadenó el estallido revolucionario.

Los días 29 y 30 de octubre numerosos marineros se negaron a obedecer las órdenes y sabotearon los preparativos técnicos para la salida de la flota de Wilhelmshaven. El Alto Mando de la Marina tuvo que renunciar a sus planes, pero, gracias a las severas medidas represivas tomadas por los almirantes, que ordenaron la dispersión de la Flota, el motín se propagó rápidamente a otros puertos. El movimiento alcanzó pronto dimensiones políticas cuando, el 4 de noviembre, llegó hasta Kiel, puerto clave y sede de una importante guarnición.

Desde esta ciudad, el fermento revolucionario fue rápidamente difundido por marineros en permiso, que regresaban a sus casas por ferrocarril. El 7 de noviembre la monarquía se derrumbó en Munich, cuando Kurt Eisner, el dirigente del U.S.P.D. local, organizó una colosal manifestación popular por toda la ciudad y el amotinamiento de los soldados en sus cuarteles. Los «revolucionarios» estaban apoyados por el ala liberal y anticlerical de los campesinos bávaros, que temían las perspectivas de una invasión aliada a través del Tirol; la «revolución» era tolerada por la clase media de las ciudades, que temía el bombardeo de Munich y Augsburgo.

Después de Kiel, los acontecimientos decisivos fueron los de Munich: a partir de entonces se instituyeron en toda Alemania Consejos de obreros y soldados. Berlín vino en último lugar, el 9 de noviembre.



**Una caricatura de Grosz que pone en la picota el salvajismo de los «Freikorps».**

En esta ciudad se había producido una curiosa situación. Desde primeros de noviembre la clase obrera tenía un temple vagamente revolucionario, y clamaba, como casi todo el mundo, por la abdicación del Káiser, en la creencia de que se obtendría una paz más clemente. El M.S.P.D., que formaba parte del Gobierno imperial desde el 3 de octubre, estaba dispuesto a salvar la monarquía, como anunció Ebert al general Groener, sucesor de Ludendorff, en una reunión celebrada en fecha tan avanzada como el 6 de noviembre. Pero Ebert creía que los resultados deseados sólo se obtendrían si se sacrificaba al Káiser. Al rechazar Groener el ofrecimiento, los dirigentes del S.P.D. pidieron en un ultimátum la abdicación del Káiser para el 9 de noviembre y procuraron reanudar los contactos con el partido rival, el U.S.P.D., para recobrar el control de la clase obrera berlinesa.

**Todo lo que hizo la «revolución»**

El 9 de noviembre, la población de Berlín estaba excitada y nerviosa. Al no haber noticias de la abdicación del Káiser, los ministros del M.S.P.D. dimitieron, precipitando así una crisis del Gobierno imperial. Por otra parte, los obreros empezaron a abandonar las fábricas, y a agruparse por decenas de millares en el centro de la ciudad y en la Wilhelmstrasse. El último canciller imperial, el príncipe Max von Baden, profundamente alarmado por las manifestaciones y la huelga general, hizo dos cosas: al negarse el Káiser a renunciar al trono, hacia las 11 de la mañana proclamó, por propia iniciativa, la abdicación del soberano; una hora más tarde dimitió a su vez, y entregó el cargo a Ebert, que había

## Los dolores de parto de la nueva República

Para las fuerzas conservadoras de Alemania, cualquier turbulencia era sinónimo de «bolchevismo», y tanto el Ejército como el Gobierno decidieron sofocar todo movimiento revolucionario desde su mismo nacimiento. Ello comportó varias matanzas de obreros y la caza y el asesinato de espartaquistas; entre las víctimas de la represión se contaron Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

**1 Dos soldados alemanes y un paisano colocan en una carreta el cuerpo de un espartaquista muerto; muchos espartaquistas eran aventureros que amaban la acción revolucionaria violenta por sí misma, casi al margen de sus consecuencias.**

**2 Unidad bávara de los «Freikorps». Jóvenes solteros y quienes habían encontrado gusto en la vida de soldado se alistaron en los nuevos regimientos; muchos se incorporarían más adelante a las SA y las SS.**

**3 Un soldado de los «Freikorps».**

**4 Los berlineses leen las últimas noticias del «Putsch» de Kapp.**

**5 Participantes en el «Putsch» de Kapp despliegan una bandera de la Marina alemana, símbolo nacionalista, en un parque de Berlín.**

1



3



4





2

acudido a la Cancillería para presentar las demandas de su partido. Ebert aceptó. A las dos de la tarde, el impulsivo Scheidemann proclamó la República desde una ventana del Reichstag, con el fin de anticipar, en dos horas solamente, otra proclamación a cargo de Karl Liebknecht. Estos tres episodios, anuncio no autorizado de la abdicación del Káiser por parte del canciller (lo cual forzó, en efecto, la mano del Emperador), entrega del cargo a Ebert y doble proclamación de la República, fueron los únicos actos políticos que ocurrieron al margen de la constitución existente: en su realización se agotó el empuje de la «revolución» alemana de noviembre de 1918. A partir de entonces, todo transcurrió de una forma estrictamente legal, aunque en alguna ocasión se produjera algún esporádico brote de violencia.

En principio, Ebert quería formar un gobierno sobre la misma base del anterior, es decir, con los partidos progresista y católico del centro. Pero la consigna del día era «Unidad Proletaria», y, bajo la presión popular, aquella misma noche se iniciaron conversaciones para constituir un gobierno con los dos partidos socialistas, M.S.P.D. y U.S.P.D. Un poco más tarde se reunieron en el Reichstag Consejos de soldados, los cuales fueron convocados a una reunión general que tendría lugar el día siguiente en la plaza Busch, donde formarían un cuerpo central de todos los Consejos de obreros y soldados.

A primeras horas del día siguiente el Káiser llegaba a Holanda, donde pasó, exiliado, el resto de su vida. En Berlín, Ebert (que todavía se titulaba a sí mismo «canciller») formó un nuevo gobierno compuesto por tres miembros del M.S:P.D. y otros tres del U.S.P.D.: Ebert, Scheidemann, Landsberg; y Haase, Dittmann, Barth. El poder seguía realmente en manos del propio Ebert, que desconfiaba de sus no deseados colegas de la izquierda y consideraba toda turbulencia una manifestación de «bolchevismo». Luego que la asamblea de la plaza Busch proclamó formalmente que su gobierno era un producto de la «revolución», Ebert concluyó, avanzada ya la noche, una alianza viable con el Alto Mando militar. A las once, Groener llamó a la Cancillería desde el gran cuartel general de Kassel, y Ebert se puso al teléfono. Groener ofreció la leal cooperación del Ejército, a condición de que el nuevo Gobierno sofocase todo tipo de «bolchevismo». A partir de aquel momento, Ebert y Groener discutieron a diario, por las noches, la situación política y las medidas a adoptar. Ebert se había



5

constituido voluntariamente en prisionero de los militares.

**Farsa y reacción**

Por lo demás, la «revolución» alemana estaba ya muerta a medianoche del día 10 de noviembre. Lo que sucedió a continuación fue poco más que una farsa. Aunque Ebert, Scheidemann y la mayor parte de sus colegas, se valían de un vocabulario revolucionario, estaban unidos como uña y carne al más poderoso elemento del país interesado en destruir la misma revolución: el Alto Mando del Ejército. Groener quería defender los privilegios del cuerpo de oficiales, que era el más firme baluarte contra la revolución social. Hoy día resulta fácil ver el poco alcance de los cambios que tuvieron lugar en Alemania en noviembre de 1918, pero hay que reconocer que, si bien los turbulentos acontecimientos de principios de noviembre no eran todavía *la* revolución, sí crearon una situación a partir de la cual podía haberse dado una revolución genuina. Y contra tal contingencia se aliaron Groener y Ebert, el general «democrático» y el socialdemócrata conservador, ambos, dicho sea de paso, de la Alemania meridional. Su principal objetivo era no solamente derrotar a todas las fuerzas revolucionarias, sino expulsar además del gobierno, tan pronto como fuera posible, a Haase y Dittmann, dirigentes moderados del U.S.P.D.

Los objetivos a corto plazo consistían en estrangular el movimiento de los Consejos de obreros y soldados, que pretendían ser la fuente de legitimidad revolucionaria en la nueva Alemania, y reunir una Asamblea Nacional Constituyente, lo que significaba, de hecho, la conservación del orden social existente. Todas las demandas de nacionalización de las industrias básicas fueron prácticamente anuladas con el establecimiento de una comisión que obtuvo resultados menospreciables. El 15 de noviembre los industriales concluyeron con los sindicatos un acuerdo por el cual se concedía a éstos algunas prerrogativas (o, al menos, una apariencia de ellas) en el campo industrial, a la vez que se los neutralizaba como fuerza política dinámica. El 19 de diciembre, el Comité Ejecutivo de los Consejos de obreros y soldados, en los cuales el M.S.P.D. disfrutaba de una mayoría abrumadora, votaba en favor de la celebración de elecciones generales, lo antes posible, para que se instituyera una Asamblea Nacional Constituyente. El U.S.P.D. estaba en favor de un aplazamiento de las elecciones, y los espartaquistas eran decididamente contrarios a ellas.

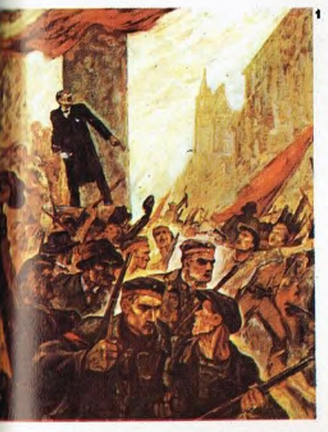
Mientras tanto, la extrema izquierda trataba de aprovecharse en lo posible de las circunstancias para llevar a cabo una auténtica revolución. La vieja sociedad estaba visiblemente conmocionada, como lo había demostrado la completa falta de resistencia al cambio político. Pero cuando, al cabo de algunas semanas de parálisis, no sucedió nada que tuviera importancia, la clase media y el ala aristocrática del antiguo orden recobraron fuerza y confianza, particularmente al irse dando cuenta de que incluso el primer Gobierno «revolucionario» de Ebert y Haase quería, ante todo, orden y estabilidad. Continuaban como antes las viejas burocracias del imperio, tanto en el Reich como en los diversos Estados, y no habían sufrido el menor daño los grandes terratenientes e industriales. El poder militar seguía siendo monopolio de las viejas clases, que pronto tuvieron también realmente en sus manos el poder efectivo en Alemania.

Con todo, al principio, el viejo Ejército, una vez regresado de los frentes, pareció a punto de disolverse. La gran retirada de Bélgica y Francia se llevó a cabo de una manera ordenada, pero las tropas estaban demasiado agotadas para seguir luchando tras haber vuelto a sus guarniciones. Cuando, el 23 de diciembre, el Gobierno ordenó a las tropas de regreso que disparasen contra una banda de marineros «revolucionarios» que se habían instalado en las antiguas Caballerizas Imperiales, en el centro de Berlín, recibió un humillante chasco: los soldados se negaron, sencillamente, a disparar, y se retiraron. En tal situación, la extrema izquierda, los espartaquistas y los obreros revolucionarios, no hicieron otra cosa que proclamar su deseo de que cayese el Gobierno. El U.S.P.D. se salió del Gobierno, pero sus ministros fueron reemplazados por otros dos dirigentes del M.S.P.D., Wissell y Noske. Gustav Noske, que antes de la guerra era el técnico del S.P.D. en el Reichstag para asuntos militares y coloniales, se convirtió en el verdadero hombre fuerte del Gobierno, y no tardó en aprender la lección de los días anteriores a la Navidad. Junto con los viejos generales y oficiales, organizó a toda prisa nuevos regimientos con los soldados y oficiales que antes de la guerra eran demasiado jóvenes para haber aprendido un oficio o profesión, que eran solteros y habían tomado gusto a la vida militar. Éstos formaron el núcleo de aquellos *Freikorps* (milicias), de las que más tarde nacerían las S.A. y S.S. de Hitler. Bajo la presión de masivas demostraciones izquierdistas en Berlín, algunos socialdemócratas habían organizado unos cuantos regimientos de soldados adictos para apoyar al Gobierno. Eran lo bastante fuertes para hacer frente a disturbios importantes, pero Noske prefirió apoyarse en grupos de militares profesionales, dirigidos por expertos, como viejos oficiales y generales. A principios de enero de 1919, estos últimos habían concentrado sus tropas en torno a Berlín. No tardó en venir su día, gracias a los trágicos acontecimientos que tuvieron lugar en el seno de la extrema izquierda.

**Una mala estrategia**

Entre el 30 de diciembre de 1918 y el 1 de enero de 1919, los espartaquistas, reforzados por otros grupos, constituyeron el Partido Comunista Alemán (K.P.D.). Contra el parecer de sus líderes más destacados, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, decidieron boicotear las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente y realizar un levantamiento en Berlín. Pero eran demasiado débiles para ambas empresas. Tuvieron éxito al movilizar una buena parte de la clase obrera berlinesa para que se manifestara contra el gobierno Ebert-Noske, pero sólo unos pocos centenares estaban dispuestos a combatirle con las armas. Ebert y Noske llamaron en su ayuda a los *Freikorps*, que sofocaron con facilidad el deshilvanado y mal preparado levantamiento en unas cuantas calles de Berlín. Liebknecht y Rosa Luxemburg, que se negaron a salir de la ciudad para ponerse a salvo, fueron brutalmente asesinados el 15 de enero de 1919.

Cuatro días más tarde era elegida la Asamblea Nacional Constituyente, por vez primera sobre la base del sufragio femenino y la representación proporcional. El resultado de las elecciones fue un golpe para el M.S.P.D. Aunque este partido obtuvo 11.500.000 votos (el 38 %) y 163 escaños, y el U.S.P.D., 2.300.000 votos y 22 escaños, los dos partidos socialistas rivales no podían alcanzar la mayoría ni siquiera uniendo sus fuerzas. El Partido Católico de Centro, con 6.000.000 de votos y 89 escaños, seguía siendo el segundo partido por su fuerza representativa. Tres nuevos partidos se habían formado en el centro y en la derecha: el Partido Democrático, reagrupación del antiguo Partido Progresista y el ala izquierda de los Liberales Nacionales de Stresemann; el Partido Alemán del Pueblo (D.V.P.), dirigido por Gustav Stresemann, que reunía más o menos el centro y la derecha de los liberales nacionales, más la izquierda del más moderado Partido Libre Conservador; y el Parti-









**1 Visión soviética (bastante idealizada) de una arenga dirigida por Liebknecht a un grupo de turbulentos espartaquistas; en realidad, éstos se mostraron crónicamente débiles. 2 «Vota Spartakus.» Un puño rojo golpea la Asamblea Nacional: los espartaquistas se proponían eliminar la Constitución de Weimar. 3 Otro cartel electoral: «Sólo el Partido Alemán del Pueblo nos librará de las cadenas rojas.»**

do Nacional Alemán del Pueblo (D.N.V.P.), que reagrupaba el resto de la antigua derecha. Los demócratas obtuvieron 5.600.000 votos y 74 escaños, el D.V.P. 1.600.000 votos y 22 escaños, y el D.N.V.P. 2.900.000 y 42. La izquierda era numéricamente fuerte y la derecha numéricamente débil, pero el verdadero poder en la sociedad alemana residía en las fuerzas conservadoras, que se habían reunido rápidamente al comprobar que sus temores de noviembre de 1918 no se habían materializado.

La Asamblea se instaló en Weimar, a una distancia segura del inquieto Berlín. Cuando el U.S.P.D. rehusó la coalición con el M.S.P.D., éste se volvió hacia los demócratas y el Partido del Centro, formando la Coalición de Weimar, dirigida por Scheidemann. Ebert fue elegido presidente provisional del Reich el 11 de febrero. Después de amargos conflictos, el Parlamento aceptó el Tratado de Paz de Versalles, y votó la nueva constitución, la Constitución de Weimar, en el verano de 1919.

El regreso a la normalidad política estuvo acompañado por una prolongada campaña de los Gobiernos del Reich y de Prusia, ambos dominados por el M.S.P.D., contra los Consejos de obreros y soldados, el único brote genuinamente revolucionario de la «revolución». Se utilizaron todos los pretextos para emplear contra ellos a los *Freikorps.* Una ciudad tras otra fueron «liberadas» del «dominio» de los Consejos, lo cual significó que quedó destruido el único instrumento de las masas para expresar su voluntad política. En su afán de complacer a los militares reaccionarios, los dirigentes del M.S.P.D. ignoraron que la mayor parte de los Consejos estaban formados por miembros de su propio partido y de los sindicatos. El efecto neto de la campaña fue la muerte de centenares de activistas políticos de la clase obrera y el paso de grandes sectores del mundo obrero, en otro tiempo socialista, al Partido Comunista o a la apatía política. Así, además de no haber impulsado la situación revolucionaria de noviembre de 1918 en el sentido de una revolución genuina (al menos de carácter democrático y de clase media), el M.S.P.D. destruyó también la única base de masas de que podía disponer la no deseada República, a saber, la clase obrera. Y con eso no se apaciguaron los elementos conservadores y de extrema derecha de Alemania; al contrario, se envalentonaron para aprovecharse de sus ventajas, como puso de manifiesto el «golpe» de Kapp.

**El «Putsch» de Kapp**

Tomando como excusa la prolongada permanencia en funciones de la Asamblea Nacional Constituyente, incluso después de votada la Constitución, en marzo de 1920 parte de los *Freikorps* y algunos elementos de la extrema derecha montaron el llamado «*Putsch* de Kapp», por el nombre de su jefe, uno de los dirigentes del *Vaterlandspartei* («Partido de la Patria»), en 1917-18. Es significativo que la *Reichswehr*, la nueva fuerza armada permitida por el Tratado de Versalles, se negara a disparar contra los *Freikorps* y contra algunos contingentes de la propia *Reichswehr* que se habían unido a los mismos. El Gobierno tuvo que escapar de Berlín y sólo una huelga general ordenada por el propio Gobierno consiguió, en cuatro días, doblegar a Kapp. Nada sucedió a los autores del golpe, que fueron tranquilamente rehabilitados por el Gobierno cuando éste tuvo que utilizarlos para aplastar un movimiento espontáneo, surgido en los distritos obreros (principalmente en la zona del Ruhr), que sólo pretendía fortalecer la base política y social de la República atacando a la extrema derecha. La matanza de obreros que vino a continuación es uno de los más tristes episodios de la historia alemana anterior a 1933.

El *Putsch* de Kapp forzó la mano al Gobierno. Noske se vio obligado a dejar el Ministerio del Ejército, y en junio de 1920 se celebraron las elecciones para el primer Reichstag de la República. El resultado fue una grave derrota para el M.S.P.D., que perdió casi la mitad de sus votantes, mientras el U.S.P.D. ganaba en la misma proporción, y el Partido Comunista lograba solamente 400.000 votos. Por otra parte, la derecha quedó muy fortalecida. A partir de entonces a la República le quedaron pocas posibilidades, sobre todo teniendo en cuenta que dos de sus más dinámicos políticos de clase media (Erzberger, del ala izquierda del Partido Católico del Centro, y el independiente Walter Rathenau) fueron asesinados por la extrema derecha en 1921 y 1922, respectivamente.

**Imanuel Geiss**

*Página siguiente:* **«Revolución», cuadro de Ludwig Meidner. La fantasía de los artistas contemporáneos vaticinó a menudo la revolución mundial; pero, en la mayoría de países, todo intento de trastornar el orden establecido fue rápidamente aplastado.**





# El Comintern

**Un historiador soviético indica de qué modo el Comintern infundió a incontables trabajadores de todo el mundo la esperanza en la Revolución. Pero también debilitó la izquierda europea, al dividirla, y en todas partes obstaculizó las relaciones de Rusia con las naciones capitalistas.**

**En Moscú, delegados del Congreso del Comintern discuten ante un mapa los nuevos objetivos de la revolución.**
*Abajo:* **bandera tejida por campesinos y obreros del Norte de Rusia para conmemorar el Segundo Congreso del Comintern, que determinó la organización de la Internacional Comunista y sus principios tácticos y estratégicos.**





De toda la serie de causas que dieron origen a la Internacional Comunista o Comintern, hay dos de especial importancia: la Primera Guerra Mundial, y la Revolución Rusa del 7 de noviembre de 1917.

Para los discípulos de Marx de cualquier país, vinculados en una organización socialista mundial —la Segunda Internacional—, la guerra fue una experiencia fatídica.

No mucho antes, en sus Congresos de Stuttgart (1907) y de Basilea (1912), los socialistas de Francia, Alemania, Italia y otros países se obligaron solemnemente a luchar contra la guerra, y prometieron también que si el conflicto se producía ellos utilizarían la crisis internacional para atacar a sus respectivos Gobiernos y alterar con sus manejos la organización política y económica del mundo.

Pero cuando el conflicto se presentó realmente, los líderes de los partidos socialistas de Europa se colocaron bajo las banderas de la guerra: votaron los presupuestos militares y aceptaron carteras de ministros en los Gobiernos de sus países. Hasta los mencheviques rusos traicionaron al movimiento obrero internacional.

La Segunda Internacional, que había sido fundada en 1889 con la participación activa de Friedrich Engels, se escindió en facciones hostiles. El mayor partido de la Internacional, la Socialdemocracia alemana, no escapó al destino común, y apoyó la política belicista de Guillermo II.

De los grandes partidos de la Internacional, solamente uno, el Bolchevique, mantuvo los principios básicos del marxismo, así como las resoluciones de los Congresos de la Internacional anteriores a la guerra.

El 1 de noviembre de 1914, el Comité Central de los bolcheviques publicó un manifiesto escrito por Lenin, quien afirmaba que la tarea primordial de los trabajadores de todos los países era convertir esa guerra injusta, agresiva e imperialista, en una lucha de la clase obrera rusa contra el Zar, la burguesía y los terratenientes rusos, de la clase obrera alemana contra el Káiser, de la burguesía alemana contra los *Junkers*, y de los trabajadores del mundo contra las clases que llevaban a la humanidad hacia el desastre.

En aquel documento se enunciaba que «el proletariado internacional no ha muerto ni morirá. A despecho de todas las dificultades, las masas obreras crearán una nueva Internacional». Esa posición fue gradualmente adoptada por la mayor parte de los elementos revolucionarios de todos los grandes partidos. Conducida por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, el ala izquierda de la socialdemocracia alemana declaró la guerra a la guerra. «¡El principal enemigo está aquí, en nuestro propio país!», dijo Liebknecht en 1915.

Lenin y los bolcheviques no perdían oportunidad alguna de explicar y defender sus puntos de vista. Asistieron a conferencias de socialistas en los países de la Entente y a conferencias internacionales de mujeres y jóvenes. Cuando los socialistas enemigos de la guerra, de diversos países, organizaron un congreso en Zimmerwald, Suiza, en 1915, se reunieron en torno a Lenin los elementos más revolucionarios del movimiento obrero internacional.

Durante el conflicto, los sacrificios humanos, sin precedentes en la historia, y la destrucción de los frutos del arduo trabajo de muchas generaciones, llevaron a una transformación en el estado de ánimo de las clases populares infundiéndoles inquietudes revolucionarias. El fervor patriótico y patriotero de los primeros meses de la guerra desapareció gradualmente, y la dura realidad empezó a llenar de una honda inquietud a soldados, obreros, campesinos e intelectuales.

Los viejos partidos socialdemocráticos iban disolviéndose, mientras millones de personas se adherían a las ideas propugnadas por los líderes revolucionarios.

La primera explosión tuvo lugar en Rusia, a comienzos de marzo de 1917, cuando soldados y obreros de Petrogrado, desazonados por la guerra, derrocaron al Zar y proclamaron una República. Pero eso no llevó al final de la lucha ni a la solución de los profundos conflictos en las diversas capas de la sociedad rusa: la influencia de Lenin y los bolcheviques se fortalecía día a día. El 7 de noviembre de 1917, soldados y obreros de la capital (a los que pronto se unieron simpatizantes de Moscú y otros centros), expulsaron al

gobierno burgués de Kerenski y crearon un gobierno socialista revolucionario, dirigido por Lenin. El primer paso del nuevo gobierno fue proponer una paz inmediata a todas las naciones beligerantes.

La revolución socialista rusa tuvo un profundo efecto en el subsiguiente curso de los acontecimientos. Inmediatamente tuvieron lugar, en diversos países, mitines y manifestaciones de solidaridad con el nuevo Estado.

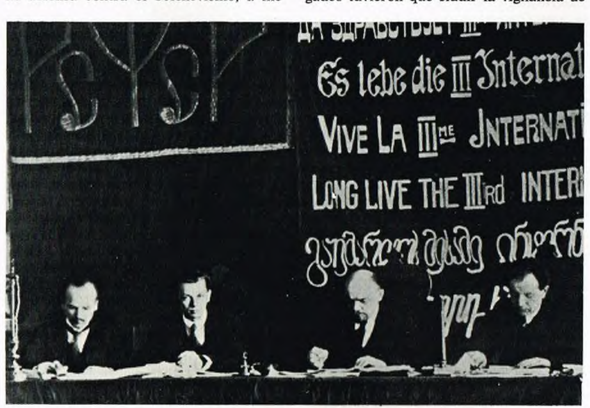
Lo mismo que, para las personas de mentalidad progresista, a finales del siglo XVIII la Francia revolucionaria era el ideal, así en 1918, para los obreros y los socialistas de izquierda, la Rusia soviética se convirtió en una Meca, un ejemplo a emular. Los dirigentes de la izquierda socialista del mundo, incluidos A. Gramsci (de Italia), A. Barski (de Polonia), V. Kolarov (de Bulgaria), Sen Katayama (de Japón), K. Zetkin (de Alemania) y J. Sirola (de Finlandia), apreciaron con prontitud las implicaciones de los acontecimientos y se dispusieron a la colaboración activa con el movimiento comunista.

En el curso de 1918, el ala izquierda de muchos de los viejos partidos socialdemócratas empezó a escindirse y a formar organizaciones independientes. Cuando, el 30 de diciembre de 1918, se constituyó el Partido Comunista Alemán, éste fue el octavo partido comunista fundado fuera de Rusia en el transcurso de un solo año. Los otros siete estaban en Austria, Hungría, Polonia, Grecia, Holanda, Finlandia y la Argentina, y todos sentían una verdadera necesidad de mutua ayuda y de la creación de una plataforma teórica única. Tras el fracaso de la Segunda Internacional, que había traicionado sus principios, parecía completamente natural crear una nueva organización análoga.

En enero de 1919 se reunió en Moscú una conferencia en la que participaron los presidentes de los partidos comunistas de Rusia, Hungría, Polonia, Austria, Letonia, Finlandia y los dirigentes de la izquierda de los partidos socialdemócratas de Bulgaria y Rumania y del Partido de Trabajadores Socialistas de los Estados Unidos de Norteamérica. La conferencia envió mensajes a unos cuarenta partidos y grupos revolucionarios, y los invitó a tomar parte en la formación de una nueva Internacional revolucionaria.

Inmediatamente los viejos dirigentes de la Segunda Internacional se decidieron a resucitar su propia organización. El 3 de febrero, en Berna, tuvo lugar un congreso socialista que exhibió, completamente al descubierto, el espíritu patriotero que había empapado a la socialdemocracia durante los años de la guerra y desaprobó los ideales de la revolución. En aquel congreso, la Segunda Internacional adoptó una posición muy hostil hacia la revolución socialista rusa. Mientras tanto, Ramsay MacDonald puntualizaba que la Segunda Internacional era el único medio de defensa contra el bolchevismo, a menos que se quisiera recurrir a la represión militar.

El 2 de marzo se inauguró en Moscú el I Congreso de la Internacional Comunista. La mera llegada de los delegados a Moscú era en sí misma una hazaña, en momentos en que el país se encontraba trastornado por la guerra civil. Los delegados tuvieron que eludir la vigilancia de




*Arriba:* **Lenin (segundo desde la derecha) en la apertura del Primer Congreso del Comintern, en Moscú; su informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado fue el acontecimiento principal de la asamblea.**
*Abajo:* **un delegado femenino del Segundo Congreso del Comintern habla en una reunión pública celebrada en la Plaza Roja.**



las fronteras y aduanas oficiales de varios países, cuando todo viaje a la Unión Soviética era considerado indicio de subversión. Tuvieron también que pasar a través de las líneas del Ejército Blanco ruso, cuyo círculo de hierro estaba estrangulando a la joven nación revolucionaria.

Cincuenta y tres delegados de treinta países europeos, americanos y asiáticos, se reunieron en Moscú: el principal acontecimiento del Congreso fue el informe de Lenin sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado. En la mayoría de los países era cada vez más corriente la opinión de que la dictadura establecida en Rusia era, en realidad, un infernal despotismo, hostil no sólo a las desplazadas clases explotadoras, sino a todo el pueblo.

De manera inevitable, este modo de presentar la situación en la Rusia soviética creaba una atmósfera de cruzada en muchos países, y parecía justificar la participación en la guerra contrarrevolucionaria.

Lenin observaba en su informe que la llamada verdadera democracia era en realidad también una dictadura, disfrazada en forma parlamentaria: no era ni más ni menos que la dictadura de la minoría rica sobre la mayoría del pueblo. Y lo que parecía digno de anatema, como la toma del poder y la supresión de la democracia, es decir, la dictadura del proletariado, no era otra cosa que el gobierno de la mayoría, las clases trabajadoras de la población.

Además, durante el I Congreso fue puesta de relieve la naturaleza temporal, transicional, de la dictadura del proletariado. En el documento-programa adoptado por el Congreso se enunció que «al quebrantarse la resistencia de la burguesía, desaparecerá la dictadura del proletariado».

El 4 de marzo el Congreso resolvió la fundación de la Internacional Comunista. «La conferencia internacional comunista —formulaba una resolución especial— se constituye como la III Internacional, y tomará el título de Internacional Comunista.»

Los documentos del I Congreso revelan el *pathos* de la época revolucionaria, el optimismo de sus personalidades activas, y una fe ardiente en la rápida y completa victoria del socialismo en todo el mundo. Los acontecimientos mundiales daban pie a ese optimismo: el primer gran intento de establecer el poder de los trabajadores, la Comuna de París, había durado setenta y dos días. En marzo de 1919, la revolución socialista contaba ya casi con dieciocho meses de vida, y, a pesar de los poderosos golpes de sus enemigos y de las enormes dificultades, su fuerza continuaba creciendo. Inmediatamente después, a fines de 1918, tuvieron lugar las revoluciones en Finlandia, en los Estados bálticos, en Alemania y Austria-Hungría. En Italia, a comienzos de 1919 hubo huelgas y manifestaciones masivas de trabajadores en las ciudades y de campesinos en el campo. En Hungría y el Sur de Alemania maduraban nuevos fermentos revolucionarios. En Gran Bretaña y Francia se produjo un movimiento de masas, que rápidamente adquirió grandes proporciones, para protestar contra la intervención en la Rusia soviética.

Mientras muchos delegados asistían aún al Congreso Constituyente de la nueva Internacional, los acontecimientos confirmaban una vez más la intensidad de los conflictos en la Europa de la posguerra. El 22 de marzo de 1919 se proclamaba una república soviética en Hungría; el 13 de abril se alzaban los obreros de Baviera reivindicando el poder para los soviets. Poco después, a mediados de junio, una revolución de trabajadores tenía lugar en Eslovaquia. Al mismo tiempo asumían grandes proporciones diversos movimientos de liberación nacional en las colonias y países subdesarrollados, principalmente en la India, China, Corea, Turquía y Afganistán.

En 1919 se establecieron nuevos partidos comunistas en Yugoslavia, Dinamarca, Estados Unidos de Norteamérica y México; y, en 1920, en España, Gran Bretaña, Persia e Indonesia (entonces, Indias Orientales Holandesas).

Varios grandes partidos socialistas, en Francia, Italia y Noruega, y el Partido Socialdemócrata Independiente Alemán (U.S.P.D.) estaban discutiendo la cuestión de una ruptura con la Segunda Internacional, y las posibilidades de entrar en la Internacional Comunista.

Así, rápidamente, el nuevo movimiento crecía y ganaba fuerza. Pero ese rápido crecimiento ocultaba graves peligros. Entre las decenas de miles de comunistas que fueron anteriormente miembros de partidos socialdemócratas había personas acostumbradas a ciertos métodos y hábitos que trataban de aplicar a las nuevas circunstancias.

Más grave, en aquel período, fue el peligro procedente de la «izquierda». Jóvenes e inexpertos dirigentes, junto con varios miembros de los partidos comunistas, abordaban frecuentemente los problemas del movimiento con un espíritu demasiado estrecho y sectario, y rechazaban a organizaciones y grupos que habrían podido aliarse perfectamente con los comunistas. Se negaban a trabajar en sindicatos reformistas, o en cooperativas y municipalidades de la misma tendencia, y negaban por completo toda significación a la actividad parlamentaria. Todo eso condujo a una separación entre los comunistas y las masas, y a la concentración de importantes posiciones del movimiento sindical en manos de socialdemócratas y reformistas de la derecha.

No mucho antes del Segundo Congreso, Lenin había publicado un libro titulado *Izquierdismo, la enfermedad infantil del comunismo*. Refiriéndose a las actividades de comunistas británicos, alemanes, italianos y holandeses, Lenin ponía de manifiesto los peligros del sectarismo disfrazado bajo un clisé ultrarrevolucionario. Analizaba también, en el mismo libro, la rica experiencia de los marxistas rusos, indicando, mediante ejemplos concretos, la fuerza y la debilidad del movimiento comunista. La obra iba dirigida contra aquellos que habían aprendido fórmulas marxistas sin la suficiente comprensión para aplicarlas a la vida real y a las concretas necesidades del momento. El libro de Lenin desempeñó un importante papel en la educación y reforma de los partidos comunistas en todos los países.

Aquí hay que indicar que otros personajes representativos del Partido Bolchevique, en particular G. Zinoviev, participaron en la organización de la Internacional Comunista. Pero el primer motor y cerebro del movimiento comunista mundial fue Lenin. Éste aportó su penetrante inteligencia y su genio político a la tarea de crear y vigorizar la Tercera Internacional. Nunca impuso a nadie sus puntos de vista, pero con su lógica estricta atraía a su lado a los miembros de las conferencias y a sus interlocutores.

El 19 de julio de 1920, se reunió en Moscú el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, con la participación de doscientos diecisiete delegados de treinta y siete países y veintisiete partidos comunistas. La característica especial de ese Congreso fue la presencia de representantes de organizaciones no comunistas, los partidos socialistas de Francia e Italia, el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, y otros partidos y grupos.

El Congreso consideró con gran atención los problemas de la formación de partidos comunistas. En aquel momento, el ala revolucionaria de la clase obrera se enfrentaba con la tarea de disociarse de los gru-



**John Reed (primero de la izquierda), delegado norteamericano en el Comintern.**

pos centristas o de derechas. Por eso, el II Congreso adoptó las «21 condiciones» para la admisión a la Internacional Comunista. Entre esas condiciones estaban la aceptación de la necesidad de la dictadura del proletariado, la ruptura con los centristas y reformistas, la subordinación de las facciones parlamentarias comunistas a los comités centrales de los partidos, y la aceptación de las decisiones de la Internacional para todo partido comunista. Los miembros del partido que se opusieran a las «21 condiciones» tenían que ser excluidos de sus filas.

Hoy esas condiciones pueden parecer indebidamente duras. Pero sería un grave error intentar una estimación de aquellas estipulaciones sin recordar que el año de 1920 era un tiempo de feroz lucha de clases. En la Rusia soviética duraba aún la guerra civil. Tropas polacas, equipadas por la Entente, habían ocupado Kiev no mucho antes, y el general Wrangel defendía posiciones fortificadas en Crimea. Tropas japonesas ocupaban todavía Vladivostok y toda la Provincia Marítima.

En Alemania, apenas acababan de terminar las verdaderas batallas en el curso de las cuales las autoridades socialdemócratas habían arrebatado el Ruhr a los obreros con ayuda de cañones y carros blindados. Todo el mundo podía recordar los asesinatos de Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht y L. Yogiches (Tichko) en Berlín, a comienzos de 1919, asesinatos cometidos bajo la protección de los gobiernos socialdemócratas de Ebert y Noske. La separación de tales «socialistas» tenía que ser total e inequívoca.

Además, hay que añadir que una parte de las «21 condiciones» era de carácter temporal, exclusivamente vinculado al momento de la formación de una nueva organización revolucionaria internacional.

Las decisiones del II Congreso sobre los movimientos nacionalistas en las colonias fueron muy importantes en su tiempo, y, en parte, son válidas todavía hoy. Plantearon los problemas de la transformación de países subdesarrollados en naciones socialistas (con la ayuda de la clase obrera, una vez ésta hubiese conquistado el poder en países industrializados) y subrayaron la necesidad de eludir la etapa capitalista del desarrollo. El Congreso aconsejó a los comunistas que hiciesen acuerdos temporales, «incluso alianzas con los demócratas burgueses en las colonias y países retrasados», consejo que más tarde fue muchas veces olvidado.

Una resolución especial sobre la cuestión agraria analizaba el problema de la relación de los comunistas con los distintos grupos de campesinos; el Congreso examinó también el problema de la transición de las pequeñas propiedades campesinas a la gran propiedad colectiva en los países en que la clase trabajadora tenía posibilidades de llegar al poder. Una serie de decisiones del Congreso —que respondían al espíritu del libro de Lenin, *Izquierdismo, la enfermedad infantil del comunismo*— trataban de los problemas de la actividad comunista en los sindicatos y de la participación en la lucha parlamentaria.

El II Congreso es uno de los más interesantes e importantes en la historia de la Internacional Comunista. En él se determinaron los principios tácticos, estratégicos y de organización de la joven unión internacional.

Casi medio siglo ha transcurrido desde que tuvieron lugar los acontecimientos descritos en este artículo. Los revolucionarios de todos los países, en verdad toda la humanidad, han adquirido gran experiencia, obtenida recientemente como resultado de duras, difíciles y trágicas pruebas. Esa experiencia anima a veces a ciertos historiadores a adoptar el papel de severos jueces. Al hacerlo así pasan por alto la situación histórica y las circunstancias que motivaron la adopción de tales o cuales decisiones.

Además, al analizar las actividades de la Internacional Comunista en los primeros años de su existencia, en el «período de Lenin», hay que conceder el mayor crédito a la gran mayoría de sus miembros, por su desinteresado entusiasmo, su valor y su ardiente fe en la justicia de la causa. Y eso no fue un error: la historia de la Internacional Comunista en 1919-20 es una de las páginas más brillantes en la historia del movimiento revolucionario mundial.

**Ilia Semionovich Kremer**





# Béla Kun

**Pocas personas querían en Hungría una revolución bolchevique. Pero durante un breve período después de la guerra, Hungría fue comunista. ¿Cómo se llegó a proclamar una «república soviética» en Budapest?**

El hundimiento de la monarquía de los Habsburgo al concluir la Primera Guerra Mundial sumió a numerosos pueblos centroeuropeos en un torbellino del que no habían tenido experiencia desde 1848. Todo parecía favorecer una revolución bolchevique. En cada ciudad había soldados recién llegados del frente que rechazaban toda autoridad; el hambre y las enfermedades estaban al acecho. Aun así, en la mayoría de los países pasó muy pronto el peligro de revolución social. Los nuevos Estados de Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia se establecieron sobre bases bastante estables; recibieron alimentos de América, y negociaron su futuro en términos de casi igualdad con las potencias victoriosas, entre las que ya habían contado como aliados. De ese modo, todos los pueblos eslavos del antiguo Imperio Austrohúngaro pudieron escapar a las consecuencias de la derrota. Incluso los alemanes de Austria pensaban, en noviembre de 1918, que la derrota podía tener un lado positivo: suponían que, en la conferencia de paz, se les permitiría unirse a Alemania, sobre la base de la autodeterminación, aunque los hechos no correspondieran luego a esas esperanzas. En todo caso, en noviembre de 1918, de todos los pueblos de la antigua Austria-Hungría, solamente los húngaros estaban sin amigos, y sólo en Hungría llegó a materializarse el peligro del bolchevismo. Entre marzo y julio de 1919, Hungría estuvo gobernada por una república soviética, al mando de Béla Kun.

**Hungría, humillada**

Al terminar la guerra, para Hungría el futuro se mostraba sombrío: por haber sido la más firme aliada de Alemania, había perdido el derecho a la buena voluntad de las potencias occidentales. Si se aplicaba la doctrina de la autodeterminación del presidente Wilson, Hungría perdería más de la mitad de su territorio nacional. Solamente la mitad de su población hablaba húngaro, y la mayoría de los diez millones de habitantes no magiares (eslovacos, servios, croatas, ucranianos y rumanos) deseaban unirse a otros Estados. Si los no magiares se separaban, Hungría se convertiría en un Estado insignificante, lo cual, unido al desorden interno, agravado día a día, dejaba sin respuesta a los políticos de la vieja clase dirigente. En el Parlamento, que nunca había sido más que un club de selectos, había solamente un pequeño partido (el Partido Nacional) que estuviese de acuerdo con la aplicación de los principios del presidente Wilson en la Europa central. El Partido Nacional había declarado desde mucho antes que Hungría sólo podría salvarse convirtiéndose en una democracia liberal: pedía el sufragio universal, una constitución republicana, la liquidación del capitalismo y del imperialismo de los Habsburgo, y una reforma agraria que diera la tierra a los campesinos. Durante toda la guerra había pedido la paz y el final de la alianza con Alemania. Al acabar la guerra, y a pesar de su escasa influencia en el Parlamento, contaba con el apoyo de la mayoría de los campesinos, y estableció un Consejo Nacional dispuesto, si era preciso, a asumir el poder.

El jefe del Partido Nacional, y presidente del Consejo Nacional, era el conde Mihály Károlyi, hombre liberal e íntegro, primer título nobiliario del país (mientras otros condes tenían derecho a nueve puntas en sus coronas nobiliarias, él tenía derecho a once) y propietario de inmensas posesiones. Pero Károlyi consideraba que el viejo sistema era inmoral, hasta el punto que con el tiempo llegó a distribuir a los campesinos todo cuanto poseía. Antes de la guerra, y durante ésta, había sido detestado; ahora, todo el mundo veía en él a un salvador. Incluso el último soberano Habsburgo, Carlos I, buscó en él la salvación, y le nombró primer ministro de Hungría el 31 de octubre de 1918. Nunca hubo muchas posibilidades de que Károlyi pudiera salvar la monarquía: la mayor parte del pueblo odiaba a las viejas autoridades que habían obligado al país a soportar cuatro terribles años de guerra, y pedía una república. Incluso el archiduque Habsburgo, que representaba a Car-

*Izquierda:* **en esta caricatura húngara, la corona de San Esteban cae de la cabeza del aterrorizado Carlos I al tambalearse el trono de los Habsburgo ante el empuje de Károlyi; Carlos I pretendió salvar la situación nombrando a este último primer ministro de Hungría.**

1







2



**_1_ Károlyi cierra en un ataúd la maltrecha águila bicéfala de Austria-Hungría (cubierta de la edición de una canción popular referente al tema). _2_ Tropas recién alistadas de la República Soviética de Hungría marchan por las calles de Budapest.**

los I en Budapest, decidió cambiar de nombre. Los diez millones de súbditos del Imperio que no eran húngaros optaron por otros Estados y se negaron a seguir formando parte de Hungría, cualesquiera que fuesen las promesas de Károlyi.

Pero todas las cuestiones de cambios internos tenían que ser pospuestas hasta que se firmase un armisticio con las potencias aliadas invasoras. Károlyi esperaba que, puesto que él era un amigo declarado de las potencias aliadas, su gobierno sería tratado con magnanimidad, y con esa esperanza se trasladó el 6 de noviembre, a Belgrado, cuartel general de los ejércitos aliados, para entrevistarse con su comandante, el general francés Franchet d'Espérey. Allí recibió una penosa impresión. Los franceses habían prometido ya a los vecinos de Hungría que les darían grandes partes del país. Los términos del armisticio fueron muy duros: los ejércitos aliados iban a ocupar dos quintas partes de Hungría. Estaba claro que los franceses iban a partir el país por la mitad. Al principio Károlyi protestó a París, pero en vano: el armisticio se firmó, tal como estaba preparado, el día 13 de noviembre.

Con la firma del armisticio, Károlyi ya no podía esperar el apoyo de los aliados, que tanto significaba para los otros Gobiernos sucesores de la monarquía de los Habsburgo. Además, los aliados no habían prometido ni siquiera envíos de alimentos. Solamente la gran popularidad de Károlyi ocultaba la debilidad de su régimen. Aun así, siguió adelante. El 13 de noviembre el último Habsburgo consintió en retirarse —nunca hubo una abdicación formal— y el 16 del mismo mes se proclamaba la República. Károlyi fue elegido presidente provisional.

La situación política era muy confusa. Hungría era esencialmente un país campesino: sólo un quinto de la población vivía en las ciudades. Pero los campesinos estaban poco organizados, y sus dirigentes tradicionales, la nobleza terrateniente y la alta burguesía, se mantenían por el momento a la expectativa. Igualmente, en las ciudades, los ricos, partidarios del antiguo Parlamento, apoyaban a regañadientes a Károlyi. Dadas las circunstancias, sin Ejército, y con un servicio civil en desorden, solamente el Partido Socialdemócrata, en nombre del millón de obreros de las ciudades, podía aspirar a dirigir los acontecimientos. El partido controlaba los diversos organismos revolucionarios —los Consejos de obreros y soldados— y, a través de los sindicatos, poseía mayor radio de acción que cualquier otra organización política. En consecuencia, los socialdemócratas llegaron a ser, en palabras de Károlyi, «paradójicamente... la única salvaguarda de la propiedad privada». Al propio tiempo, la posición del partido era en realidad muy débil; sobre todo, no tenía nada con que atraerse las simpatías de un campesinado antisemita, nacionalista y con mentalidad de pequeño propietario. No obstante, en las circunstancias existentes los socialdemócratas parecían dominar la situación, y la historia de Hungría desde noviembre de 1918 hasta agosto de 1919 fue, en gran parte, un reflejo de sus actividades.

**Los bolcheviques de Béla Kun**

En noviembre de 1918 los socialdemócratas apoyaron al presidente Károlyi, que estableció un Gobierno presidido por un demócrata liberal, Berinkey, y que incluía a varios ministros socialdemócratas. Éstos eran muy moderados; el viejo Partido Socialdemócrata había tomado por modelo al partido alemán «revisionista», y sus líderes, Kunfi y Garami, lo mismo que sus correspondientes colegas alemanes, habían apoyado la guerra en 1914. Sin embargo, fue sólo una pequeña fracción del partido la que en noviembre de 1918 logró imponerse y establecer, durante algún tiempo, una república soviética húngara. Esos extremistas de izquierda habían pasado los últimos años en Rusia, y estaban de vuelta en Hungría a mediados de noviembre. Su jefe era Béla Kun, un judío de la clase media que se había dado a conocer como periodista y que fue hecho prisionero —como Tito— en el frente ruso, en 1915. Cuando estalló la Revolución Rusa, él y otros muchos húngaros que se encontraban en análoga situación se unieron a los bolcheviques, y, en marzo de 1918, establecieron una sección húngara del Partido Bolchevique. Kun regresó a Hungría el 16 de noviembre, y una semana después fundó un periódico bolchevique, *Vörös Ujság* («Noticias Rojas»).



**1 Hombres del nuevo ejército parten para enfrentarse a los rumanos. 2 Tibor Zsamuely; personaje despiadado y brutal, dirigió el terror en Hungría, y finalmente se suicidó para no caer prisionero de los rumanos.**

Al principio, los comunistas mantuvieron malas relaciones con los socialdemócratas. En febrero de 1919, expulsados del Partido Socialdemócrata, atacaron las oficinas del periódico de éste, de lo que derivó un duro encuentro en que perecieron cuatro policías. El Gobierno encarceló a los dirigentes comunistas, incluido Kun, y una multitud de 250.000 personas asistió al entierro de los policías asesinados.

Los comunistas no se encontraron nunca en una posición fuerte. En marzo de 1919 los inscritos eran unos 7.000, casi todos ellos concentrados en Budapest. Se servían de bandas de obreros en paro y de soldados desmovilizados y, en el estado de confusión reinante, causaban mayor agitación de lo que era posible esperar de su número. También conseguían algún apoyo entre los sindicatos más radicales, particularmente de los mineros y metalúrgicos. Lenin se había hecho con el poder en Rusia gracias a la mayoría de que gozaba en el Consejo de obreros y soldados; los comunistas húngaros nunca llegaron a disponer de una tal mayoría y, en todo caso, los Consejos húngaros eran muy débiles, y dependían por entero de los socialdemócratas.

En Hungría pocas personas querían una

revolución bolchevique: la dificultad estaba en que no existía una base sobre la que ponerse de acuerdo. El régimen de Károlyi tenía dificultades —especialmente en materia de reforma agraria— con los socialdemócratas, los cuales querían establecer grandes cooperativas agrícolas, en vez de distribuir la tierra entre pequeños propietarios, como quería Károlyi. Además, el nuevo Gobierno no lograba ponerse de acuerdo sobre la fecha de las elecciones: finalmente, se convino en que éstas tendrían lugar en abril de 1919, aunque los socialdemócratas declararon que si el resultado les era adverso, como temían, lo invalidarían. Todo ello hacía muy difícil la tarea de Károlyi, tanto más cuanto que, a pesar de los desmanes de los comunistas, los socialdemócratas no querían renunciar a la posibilidad de tenerlos como aliados. Incluso cuando Béla Kun fue encarcelado, se lo trató con gran consideración: tenía un despacho propio y en ocasiones llegó a recibir cuatrocientas personas en un día. Entretanto, en los tres primeros meses de 1919, las condiciones generales empeoraban rápidamente: la comida era escasa, y la epidemia de gripe causaba gran número de víctimas.

**Se proclama un república soviética**

Dadas las circunstancias, la única justificación de Károlyi, a los ojos de muchas personas, estaba en que garantizaba un buen trato por parte de las potencias occidentales. El 20 de marzo de 1919 también esa esperanza resultó vana. El coronel Vyx, jefe francés de la misión aliada en Budapest, presentó una nota que exigía la retirada del Ejército húngaro de otra quinta parte del país, con el fin de crear una zona neutral entre Hungría y Rumania. Vyx especificó además que la nueva línea constituiría la futura frontera política. Con ello, Hungría perdería dos tercios de su territorio nacional, la mayor parte de sus recursos económicos, toda su población no húngara, y además 5.000.000 de húngaros. Los socialdemócratas, como todo el mundo, quedaron aterrados. Pensaron entonces pedir ayuda al Ejército Rojo, que, según creían, estaba cerca de la frontera húngara. Además, los socialdemócratas, hartos de que los comunistas los tratasen de «lacayos burgueses», decidieron obligar a Károlyi a que renunciase a la presidencia, desembarazarse del gobierno Berinkey, aliarse con los comunistas húngaros y llamar en su ayuda al Ejército Rojo. Uno de sus líderes, Garbai, exclamó: «Tenemos que tomar una nueva dirección, y obtener del Este lo que nos ha sido negado por el Oeste.» Béla Kun fue sacado de la prisión en triunfo, los socialdemócratas y los comunistas se fusionaron, y el 22 de marzo fue proclamada una república soviética. Kun era el verdadero jefe de la nueva república, aunque su cargo oficial era el de comisario para los Asuntos Extranjeros.

En realidad, la República Soviética de Hungría fue una creación artificiosa. Así como Károlyi se había puesto un disfraz democrático-liberal para apelar al presidente Wilson, Béla Kun asumió un disfraz bolchevique para apelar a Lenin, y quizá también para asustar a los aliados y obtener de ellos algunas concesiones. Kun consiguió mucho más en ese sentido que Károlyi. Hacía algún tiempo que Gran Bretaña y Estados Unidos estaban irritados por la política francesa de respaldar a Rumania y Yugoslavia sin tener en cuenta las consecuencias que de ello derivaban para Hungría; también se sintieron más inclinados que los franceses a negociar con los bolcheviques, y pensaron que Kun podría actuar como mediador entre ellos y Lenin. En consecuencia, el 4 de abril, pocos días después de la proclamación de la República Soviética, el general Smuts llegó a Budapest para entrevistarse con Kun. Se mostró dispuesto a reducir las exigencias de Vyx y a permitir la importación de alimentos. Pero Kun rechazó la oferta; estaba obligado, por su misma posición, a mantener la integridad de Hungría, y, en todo caso, creía que el Ejército Rojo los salvaría a él y a su país. Sabía también que, si daba facilidades, los socialdemócratas le volverían la espalda. Smuts regresó, pues, con las manos vacías, y a mediados de abril el Ejército rumano comenzó a avanzar aún más dentro de Hungría.

En Budapest la debilidad del gobierno Kun se hacía cada vez más patente. En primer lugar, los verdaderos comunistas estaban en inferioridad numérica en los Consejos de obreros y soldados, comités ejecutivos y Presidium. Incluso en Budapest había cinco socialdemócratas por cada comunista en los Consejos, cincuenta y seis contra veinticuatro en el Comité Ejecutivo, y cuatro contra uno en el Presidium. El nuevo partido fue denominado, por insistencia de los socialdemócratas, «Socialista-Comunista». Esencialmente, aquella supuesta república soviética no fue nunca más que una fachada: el elemento más importante era el nacionalismo, y la expresión «bolchevismo nacional» fue usada por primera vez por el propio Kun para definir el régimen.

1



2



**1 Béla Kun, que lo nacionalizó todo, excepto las peluquerías y los puestos de castañas. 2 Insignias comunistas hechas en Hungría durante la corta vigencia de la república soviética. 3 Károlyi (a la derecha) es proclamado presidente de la República en Budapest. 4 Carteles comunistas que resaltan la necesidad de resistir al pesimismo y exhortan a combatir el derrotismo.**

**Bandas de terror y cámaras de tortura**

A cada paso, pues, los comunistas eran bloqueados por los socialdemócratas. Kun no tenía mucha idea de lo que había que hacer, y pedía a Moscú números atrasados de *Izvestia*, con la ridícula esperanza de repetir los modelos bolcheviques.



3







4

En los primeros días se decretó la nacionalización de todo, excepto de las peluquerías y puestos de castañas. Más adelante, para desconcierto de la mayoría de los campesinos, se introdujo la reforma agraria en forma de estructuras comunales (si bien, al estilo húngaro, los campesinos y el Gobierno mantuvieron a los viejos propietarios de grandes fincas como gerentes de las nuevas comunas). El nuevo régimen empleó también una banda de terroristas, a imitación de la Checa rusa (los «muchachos de Lenin»), dirigida por Tibor Szamuely, hombre brutal y despiadado. Se instalaron cámaras de tortura en los sótanos del antiguo Parlamento, y durante algún tiempo el campo fue administrado por bandas de revolucionarios. En las ciudades, los distritos ricos fueron requisados para familias pobres y los propietarios obligados a vivir en una sola habitación de sus propias casas. Se expropiaron incluso los vestidos de las personas acomodadas, y se introdujo un sistema de



El almirante Horthy (centro de la fotografía) en Budapest. Cuando los rumanos salieron de la capital, tras dos meses de ocupación, Horthy estableció en ella un nuevo gobierno.

racionamiento discriminatorio. Al cabo de unas semanas los socialdemócratas pusieron fin al terror: era mala propaganda de cara a Occidente. Szamuely fue a Moscú a quejarse de que Kun no respetaba las reglas. En realidad, todo degeneraba. Los campesinos, disgustados por las comunas, trabajaban poco; no querían vender su grano por una moneda sin valor, y Kun no encontraba solución al problema de los abastecimientos. Las divisiones en el seno del Gobierno revolucionario eran tales que Kun no pudo nunca aplicar métodos verdaderamente comunistas. La producción industrial cayó casi hasta cero; la hierba empezaba a crecer en las calles de Budapest; y en Szeged se estableció un gobierno contrarrevolucionario, bajo protección de los aliados, que formó un pequeño ejército al mando del almirante Horthy, antiguo jefe de la Marina austrohúngara.

**Caída de Kun**

El destino de Béla Kun dependía realmente de los acontecimientos en el frente. En marzo los socialdemócratas habían comenzado a organizar un nuevo Ejército al mando de un habilísimo ministro de la Guerra, el socialdemócrata Boehm, y de un genial comandante, Stromfeld. Ambos, con la colaboración de los sindicatos, lograron organizar un ejército de 50.000 hombres. En abril rechazaron a los rumanos invasores; a fines de mayo obligaron a éstos a retirarse, y en junio invadieron Eslovaquia, donde establecieron, por un par de días, una república soviética. No obstante, nuevas amenazas procedentes de Occidente hicieron que Kun renunciara a aquellas conquistas, y a principios de julio los rumanos emprendieron de nuevo el avance.

Por entonces, los socialdemócratas estaban cada vez más descontentos de Kun; además, el Ejército Rojo, que tenía bastante con sus propias dificultades, se hallaba aún más alejado de las fronteras húngaras; la única ayuda rusa que recibía Kun venía en forma de telegramas de aliento redactados en alemán. Los socialdemócratas decidieron, pues, desembarazarse de Kun y sus amigos, y lo obligaron a declarar el final de la república soviética el día 31 de julio, precisamente cuando los rumanos estaban a punto de entrar en la capital. Kun dimitió, después de declarar al proletariado culpable de su caída, y, protegido por la inmunidad diplomática, tomó un tren para Austria. Deliberadamente no dijo nada de esta posibilidad de salvarse a ninguno de sus amigos, incluido Tibor Szamuely, que se suicidó para evitar la captura. Kun fue sustituido durante unos días, por una administración exclusivamente socialdemócrata, a la que sucedió un archiduque de Habsburgo. El Ejército rumano entró en Budapest «para restaurar el orden», y en el curso de una ocupación que duró dos meses se llevó todo lo que pudo. A mediados de noviembre de 1919 se fueron los rumanos, y el almirante Horthy, al mando de su ejército contrarrevolucionario, estableció un nuevo Gobierno en la capital.

**Norman Stone**

# Crisis en Gran Bretaña

**La guerra había terminado, y los electores británicos pusieron su confianza en los hombres que la habían ganado. Pero, al cabo de tres años, una nueva sombra se cernía sobre las vidas de los trabajadores: la amenaza del desempleo masivo.**

Interior de una fábrica textil: el declive de la industria algodonera británica fue una de las causas de la crisis. *Abajo:* veteranos excombatientes convertidos en buhoneros a falta de otro medio para ganarse la vida.





Durante las elecciones de 1918, celebradas inmediatamente después del armisticio con Alemania que puso fin a la lucha, Lloyd George habló de convertir a Gran Bretaña en «un país digno de los héroes que habían de vivir en él». En aquel entonces este objetivo debió parecer una meta natural y posible. La Gran Bretaña anterior a la guerra no había sido perfecta, pero daba la impresión de que cualquier mejora era una tarea sencilla en la que podría participar todo hombre de buena voluntad.

Y a los hombres de buena voluntad les resultaba fácil admitirlo, porque prácticamente todo el país daba por seguro que los alemanes iban a pagar los platos rotos. Sir Eric Geddes habló de «exprimir el limón alemán hasta que salten las pepitas»; Lloyd George se mostró un poco más cauteloso, y cuando hizo referencia al principio de que Alemania debía pagar, dijo: «registraremos sus bolsillos», pero se abstuvo de advertir a sus oyentes que tal vez los bolsillos alemanes estuviesen vacíos. Los partidos de la oposición no se recrearon tanto en el tema de «hacer pagar a Alemania», pero también se guardaron de explicar a sus seguidores las dificultades previsibles en el cobro de las indemnizaciones.

El electorado era optimista, irrazonable y xenófobo, y lo que deseaba escuchar era: «¡Ahorcad al Káiser!», «¡Que pague Alemania!» y «Gran Bretaña para los británicos». Lloyd George inició la campaña con unos propósitos realmente liberales, pero hacia el final había adoptado las consignas populares con unas pocas enmiendas verbales que distaban mucho de advertir al electorado que sus demandas eran excesivas.

En las elecciones, Lloyd George y sus colegas conservadores de la época de la guerra pudieron contar con el favor del pueblo, que estimaba cuanto habían hecho por la victoria, que estaba resentido contra el Gobierno liberal —de tan decepcionante actuación en los primeros años de la contienda— y que tenía la convicción de que se requería un Gobierno fuerte para la tarea que próximamente debía realizarse en Versalles. La coalición consiguió una enorme mayoría en la Cámara de los Comunes (339 escaños para los unionistas frente a 136 para los liberales de Asquith, 26 para los liberales independientes y 59 para el Partido Laborista). Pero, en cierto modo, lo más sorprendente de las elecciones fue el hecho de que el recientemente reorganizado Partido Laborista y los liberales que siguieron a Asquith consiguieron el 35 por ciento de los votos emitidos.

**Los hombres de duro semblante**

A pesar de todo, la mayoría de Lloyd George era demasiado amplia para resultarle cómoda. Antes de las elecciones, había gozado de una ventajosa posición en el centro, ya que si sus aliados conservadores se volvían contra él, siempre le cabía la posibilidad de orientarse a su vez hacia la izquierda y establecer una alianza con el Partido Laborista y con los liberales de Asquith. Después de las elecciones, los conservadores tuvieron mayoría; Bonar Law aseguraba que Lloyd George podía ser primer ministro cuando se le antojara, pero de hecho sólo podía serlo mientras así lo desearan los conservadores. Tenía tantos partidarios liberales en los Comunes como en la anterior Cámara, pero habían sido elegidos sobre todo porque habían recibido el «vale» —una carta de aprobación de Lloyd George y Bonar Law— que los libraba de la oposición de los conservadores. Si había otras elecciones, cabía suponer que éstos se les opondrían, por lo que el porvenir era para ellos un tanto incierto.

La Cámara de los Comunes elegida en 1918 nunca tuvo muy buena reputación. Lloyd George dijo que, cuando él hablaba, le daba la impresión de tener a sus espaldas a las Cámaras de Comercio y ante él al Congreso de los Sindicatos. La razón era obvia, puesto que había un par de docenas más de sindicalistas que en el anterior Parlamento, y tal vez un centenar de hombres de negocios más que antes. Una de las contribuciones de Lloyd George al esfuerzo bélico fue la de colocar a hombres de negocios en la dirección de la administración gubernamental, y era natural que éstos procurasen obtener ahora un lugar más destacado en la vida política.

Es probable que Lloyd George hubiese asestado al Partido Liberal un golpe más duro de lo que imaginara cuando insertó con tanta firmeza a los hombres de negocios en las funciones de gobierno. Antes de la guerra, éstos habían constituido una de las fuerzas vivas más conspicuas del Partido Liberal, y, puesto que deseaban cambiar las cosas, se habían aliado con otros grupos partidarios de las reformas. El Partido Liberal anterior a la guerra tenía gran semejanza con el Partido Demócrata de Estados Unidos, firmemente vinculado al sistema capitalista pero siempre dispuesto a introducirle las modificaciones pertinentes si ello podía realizarse sin un cambio radical. Después de 1918, el Partido Liberal estaba mucho menos dispuesto a estudiar cambios, y el Laborista mucho más comprometido en modificar la estructura de la sociedad por medio de una nacionalización extensiva.

Los diputados conservadores recién elegidos se hallaban en una falsa posición: Lloyd George había sido elegido sobre una plataforma que incluía un buen número de reformas sociales; ellos se veían obligados a seguirlo, pues gracias a él habían triunfado en las elecciones, pero si se trataba de elegir entre reformas sociales y unos impuestos más bajos, se inclinarían por esta última opción. Durante las elecciones, la cuestión había sido orillada gracias a la esperanza de unas cuantiosas indemnizaciones bélicas, pero a medida que resultó cada vez más evidente que, en caso de efectuarse éstas, pasaría antes mucho tiempo, el problema fue más difícil de soslayar.

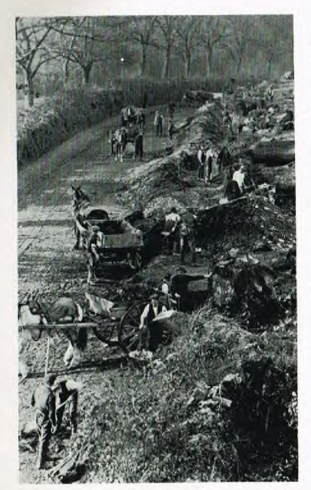
La desmovilización fue llevada a cabo con bastante éxito. Al principio, el Gobierno intentó aplicar un complicado programa que permitiese al Ejército licenciar ante todo a los obreros especializados; puesto que éstos eran, en su mayoría, hombres que habían estado trabajando en las fábricas hasta el último momento posible, el lema del programa sonaba a algo así como «los últimos en entrar saldrán los primeros». Como resultado, se produjeron varios motines y el Gobierno tuvo que reconsiderar este enfoque. Cuando se probó una fórmula más simple —«los primeros en entrar saldrán los primeros»— los soldados la aceptaron pacíficamente, y el grueso de la desmovilización había terminado en el verano de 1919. El Gobierno temía que los soldados tuviesen dificultad en hallar empleos, y creó un sistema de previsión para el paro obrero con el fin de amortiguar el golpe. Tratá-



**Manifestación de parados en Londres (1922). Durante la década 1920-30 resultó a veces muy difícil —y hasta imposible— encontrar una ocupación estable.**



CLOTHES
THAT
FIT
TO
SAVE MONE
Watch Our
J. GREENWALL
& Co.
OUR
SPECIALITY
MELTON
&
BEAVER
OVERCOATS
GROSVENO
THE KING
OF
TAILORS
READY-TO-WEAR
HENRY GROSVENO
STRAND AUCTION GALLERIES
SURPLUS STOCK
New Goods
Always
OVERCOATS
READY
CARPET WORKS
LD.5175



**La reparación de carreteras, un proyecto gubernamental que pretendía aliviar el angustioso problema de los sin trabajo. El Gobierno, empero, carecía de ideas concretas sobre lo que debía hacerse.**

base de un organismo de ayuda (subsidios) a los parados, pero en aquella época no fue particularmente necesaria.

**El «boom» de la posguerra**

Tras unos cuantos meses de retorno a la normalidad, la economía se lanzó en el *boom* de la reconstrucción. Los que volvían del frente encontraban trabajo con facilidad; se vendían fábricas y las nuevas empresas contaban con abundante capital, lo cual sugería a los fabricantes que continuarían lloviéndoles los pedidos como en tiempo de guerra y no sufrirían ningún control (como antes del conflicto). El resultado fue que los precios reanudaron el firme curso ascendente que habían seguido desde 1914. En tales condiciones, los sindicatos pudieron obtener mejoras salariales, a menudo sin recurrir a la huelga, y las altas esferas creyeron que las dificultades del país no eran sino las apacibles contrariedades que a veces acompañan a una súbita prosperidad.

El Gobierno hizo muy poco para reprimir esta expansión. El presupuesto persistía en los déficits de los tiempos de guerra, cosa natural, puesto que Gran Bretaña seguía manteniendo un gran ejército, parte del cual estaba ocupando Alemania. El problema de la vivienda, que ya había llamado la atención de los políticos antes de la guerra, se agudizó entonces y el Ministerio de Sanidad, de reciente creación, asumió la responsabilidad de construir más casas. Pero si bien el empeño, por parte del Gobierno, de facilitar más viviendas, era generoso y humano, por el momento no era mucho lo que se podía hacer: la economía progresaba con tanta rapidez que la tentativa de crear más viviendas provocó una elevación general de precios, ya que el Gobierno licitaba en competencia con los contratistas particulares.

**Dos millones de hombres sin trabajo**

El período de explosiva prosperidad de la posguerra duró poco más de un año. Al terminar el conflicto, el Gobierno se negó a permitir toda ulterior exportación de oro a Estados Unidos. Como resultado, la libra, que se había cotizado a 4,76 dólares en 1918, bajó a 3,75. Este descenso era perfectamente natural y razonable al finalizar una guerra que había reducido las inversiones extranjeras de Gran Bretaña y convertido a Estados Unidos en la principal nación acreedora; pero el Banco de Inglaterra y la mayor parte de la City londinense estaban decididos a situar de nuevo la libra al nivel que tenía en 1914. En abril, el interés bancario fue elevado al 7 % y se mantuvo en este índice durante un año.

Si hubo un período de doce meses que decidió la norma de la vida británica entre las dos guerras, ese fue el año en que se fijó el interés bancario en el 7 %. El *boom* aminoró hasta detenerse, el cambio exterior de la libra ascendió, y el desempleo llegó a afectar a más de dos millones de personas. Este agobiante número de parados descendió un tanto en los años siguientes, pero de todos modos siguió siendo excesivamente elevado.

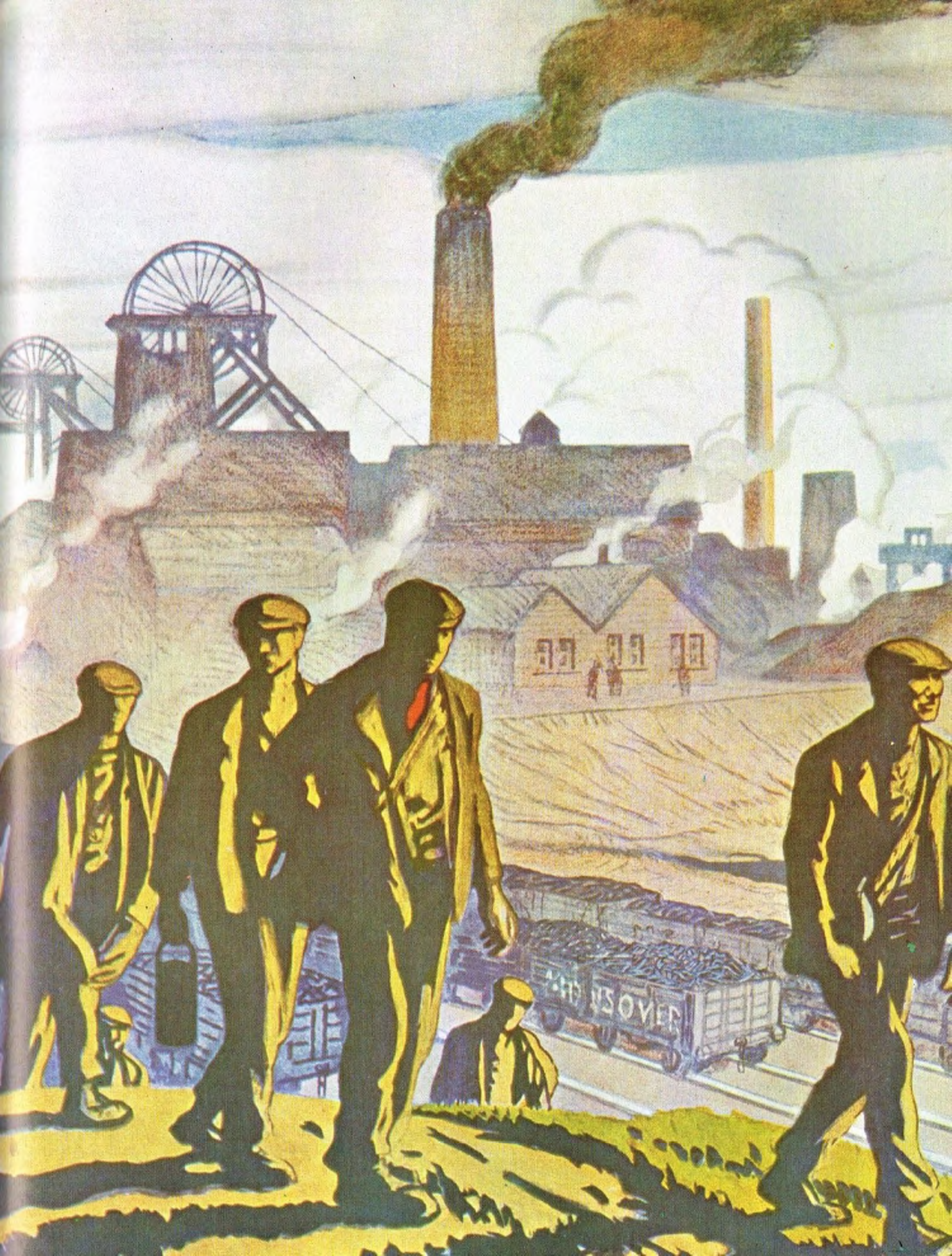
El problema era doble. Los mercados para los productos británicos tradicionales, tales como el carbón, los tejidos de algodón y los buques, habían desaparecido durante la guerra; otros países habían creado industrias propias y ya no necesitaban las exportaciones británicas; además, el carbón empezaba a ser sustituido por el petróleo. Según las leyes de la teoría económica, los hombres que habían perdido sus empleos debían ir en busca de otros nuevos. Pero la segunda parte del problema consistía en que no aparecían nuevos empleos en cantidad suficiente. Los elevados tipos de interés —y el intento de forzar el cambio de moneda hasta alcanzar el nivel anterior a la guerra— ejercieron un efecto desalentador en aquellos que deseaban iniciar nuevos negocios. Las industrias de reciente creación eran instaladas en Londres y sudeste de Inglaterra, y el grueso de los parados de la posguerra se concentraba en Gales, Escocia y norte de Inglaterra.

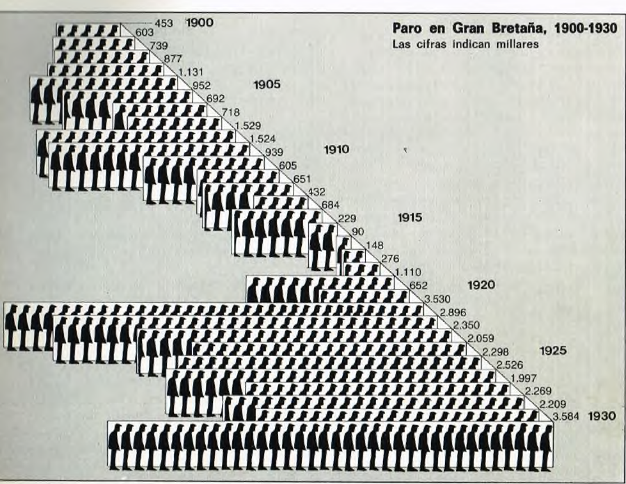
Londres tenía sus propias dificultades. Cuando el ayuntamiento de Poplar (uno de los más antiguos barrios de Londres) trató de aportar una pequeña ayuda a los parados del municipio con unas prestaciones más generosas que las que el Gobierno juzgaba adecuadas, se les dijo a los concejales que pagasen de sus propios bolsillos. Éstos se negaron y fueron encarcelados. Durante varias semanas (otoño de 1921), el Gobierno estudió la forma de solucionar el problema. Finalmente, los concejales fueron puestos en libertad y los subsidios para los menesterosos se repartieron de modo más equitativo entre todos los londinenses.

Sin embargo, aunque esto solventó una dificultad local, la situación seguía siendo, en conjunto, poco halagüeña. El hombre que se hallaba parado en Gales sabía que tenía una mayor probabilidad de encontrar trabajo si se marchaba a Londres, pero también sabía que corría un riesgo considerable de verse sin empleo muy lejos de su hogar y de sus amigos. En tales condiciones, era natural que se quedase en casa con la esperanza de que un día las minas volviesen a gozar de la prosperidad anterior a la guerra. Pero no era probable que esto sucediera, ya que, por una parte, en 1924, los que trataban de conseguir trabajo en las minas eran muchos más que antes, y, por otra, varios países europeos estaban explotando sus propias minas de carbón con mayor eficiencia que los británicos.

Una vez concluido el *boom* de la reconstrucción de posguerra, quedó alrededor de un millón de hombres parados en Inglaterra. El Gobierno amplió el programa del Seguro de Desempleo de 1911 para que amparase a un mayor número de personas, concedió pensiones de paro durante varios meses a los excombatientes y, en 1920, el seguro alcanzó prácticamente

*Derecha:* **cartel de 1924 en el que aparece un grupo de obreros de las minas de carbón. La extracción de este mineral era una de las industrias británicas en evidente decadencia.**






**La desocupación en cifras; las estadísticas del período 1900-1915 se basan en informes sindicales, y las de 1923-1930 en datos acerca de la población protegida por el seguro de desempleo.**

a todos. No obstante, este seguro sólo abarcaba un período de quince semanas durante un año (con la idea de que la gente estaba sin trabajo durante breve tiempo, mientras dejaba un empleo para conseguir otro). La ley de 1920 no atendía al desempleo de larga duración, típico del período entre las dos guerras mundiales, y tal vez fuese imposible articular un plan de seguro capaz de hacerle frente. En los años siguientes se inventarían variantes, pero se mantendría el principio básico: pago de un seguro por un período limitado.

La teoría económica moderna afirma que, en tales circunstancias, un Gobierno debe proceder a dispendios generosos y alentar la demanda en la economía. Pero en 1920 esta idea no era conocida; su inventor, John Maynard Keynes, había abandonado la administración pública y protestado violentamente contra el Tratado de Versalles en su obra *Economic Consequences of the Peace*, pero aún no había elaborado su nuevo enfoque. El campo quedaba libre para los partidarios de recortar el presupuesto, ya que la visión ortodoxa consistía en afirmar que un presupuesto equilibrado restauraría una sana economía.

**«El hacha de Geddes»**

La política económica del Gobierno siguió empeorando la situación. Durante la rápida expansión de 1919 y 1920 se había registrado un déficit en el presupuesto, lo que significaba que la inflación progresaba a pasos agigantados. Cuando la economía aminoró su ritmo, en 1921, el Gobierno creó un comité dirigido por sir Eric Geddes (que recientemente se había apartado de la vida pública), con el fin de buscar medios para reducir los gastos. El enfoque del Gobierno fue un tanto pueril: se pidió al Comité Geddes que recomendase las medidas que convenía adoptar, y cuando se publicó su informe —tan drástico que mereció el apodo de «hacha de Geddes»— el Gobierno no quiso aceptar ninguna de sus sugerencias. En cuanto al programa de instrucción y al presupuesto naval, se efectuaron menos reducciones que las propuestas, dado que el Gobierno no podía conceder al Comité un control total sobre su política.

Entre 1919 y 1922, Lloyd George sugirió, en varias ocasiones, que sería una buena idea la creación de un partido de centro: pensaba unir a sus liberales con el grueso del Partido Conservador para ofrecer resistencia a los laboristas, a los que algunos calificaban de «bolcheviques», y también para oponerse a los conservadores de Horatio Bottomley (posteriormente condenado por estafa) o «intransigentes». Pero el Partido Conservador nunca aceptó esta distinción entre los «intransigentes» y los demás, y no pensaba permitir que Lloyd George la crease.

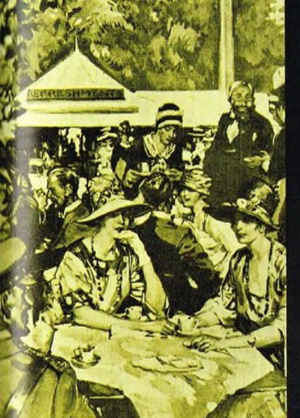
En 1921, numerosos conservadores culparon al primer ministro de adoptar diversas medidas que no juzgaban adecuadas para la Gran Bretaña de la posguerra. La Ley de Educación de 1918, que establecía la escolaridad hasta los catorce años y otorgaba a los maestros una paga más elevada, parecióles progresista a muchos, pero no a los *tories* más aristócratas, quienes la criticaron porque significaba más impuestos y porque la educación agravaría el problema de las clases humildes al dar a los niños ideas acerca de su condición. También les molestó el relajamiento de la férula británica en la India, manifestado en las reformas de Montagu-Chelmsford y puesto de relieve en el hecho de que fuese censurado el general Dyer por haber dado muerte a tres o cuatro centenares de indios al reprimir los tumultos en Amritsar. Y la situación de Irlanda tenía peor aspecto aún.

**«Una gran fuerza dinámica»**

Lloyd George pudo mantenerse a flote convenciendo a los conservadores de que sin él no podrían oponer resistencia al Partido Laborista. Sin embargo, este argumento empezaba a flaquear: los conservadores intransigentes ya no estaban seguros de que resultara interesante pagar a tan alto precio una barrera contra los laboristas. En el verano de 1922 el Gobierno estuvo a punto de ir a la guerra contra Turquía a causa de la situación en Oriente Próximo. Los *tories* recalcitrantes no deseaban más aventuras y, para colmo, simpatizaban con los turcos.

A pesar de todo, el Gabinete tal vez habría impuesto su política si no se hubiese opuesto a él ningún dirigente conservador. Pero un día antes de que los diputados conservadores se reuniesen para discutir la situación, lord Beaverbrook persuadió a Bonar Law para que abandonase su retiro y se pusiera al frente de los descontentos. El 19 de octubre, los conservadores decidieron que ya no necesitaban a Lloyd George, el cual fue condenado por el hecho de ser «demasiado dinámico». Ciertamente, no existía el peligro de que sus sucesores pudieran ser descritos en tales términos.

**Trevor Lloyd**







## 1919: algo empieza a cambiar en la sociedad británica

Se volvió a inaugurar la temporada londinense, la «London Season»; una vez más, las bellezas de la alta sociedad acudieron a Henley y el sol brilló sobre los jardines de Kensington, donde los elegantes tomaban el té. Pero muchos rasgos característicos de la vida de la alta sociedad habían desaparecido: damas de refinada educación hablaban ahora sobre cualquier tema, incluido el sexual; vertiginosa y atolondradamente, los vástagos de las familias opulentas se daban a toda clase de diversiones.

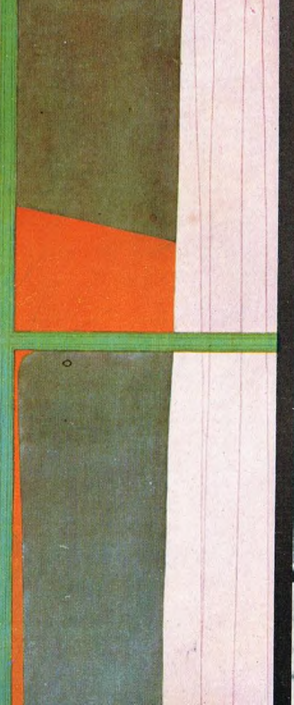
Arriba, izquierda: **la sociedad londinense toma el té bajo los olmos, en 1919 (ilustración de una revista). Las mujeres rivalizaban para atraer la atención de los combatientes que acababan de regresar, ya que los hombres jóvenes escaseaban.**
Derecha: **Jorge V durante una regata en Cowes.**
Abajo: **en una mansión señorial (Wilton House), un joven «dandy» fuma con desenvoltura mientras charla con una dama. Semejante actitud hubiera sido «escandalosa» pocos años atrás.**





Izquierda: **desaparecieron los antiguos tabúes acerca de lo que las mujeres debían ver, oír y saber. En 1923, el «Punch» comentó que «siempre se había considerado falta de urbanidad hablar de temas de controversia entre personas de ambos sexos, pero ahora las damas de los clubs disfrutan al provocar discusiones acaloradas».** Arriba: **estrellas cinematográficas en una cena.** Abajo, izquierda: **la revista «Vogue» presenta la moda juvenil de 1924.** Abajo, derecha: **Elizabeth Bowes-Lyon en su boda con el futuro rey Jorge VI.**












Izquierda: anuncio de un automóvil. Antes capricho de ricos, los coches empezaban a ser considerados asequibles por la clase media. Arriba: la regata de Henley de 1926; Henley había sido ya uno de los focos más brillantes de la «London Season» desde el siglo XIX. Después de la guerra, la temporada londinense recobró en todas partes la mayor animación. Abajo: un cartel que representa Piccadilly Circus, el corazón del West End londinense, en una bulliciosa noche de la década de 1920.

# La caída de Lloyd George

Mujeres empleadas en las industrias bélicas dispensan a Lloyd George un entusiasta recibimiento. Durante la guerra Lloyd George se convirtió en héroe nacional, pero luego fue «cabeza de turco» de las decepciones posbélicas.

**En 1918, Lloyd George, el hombre que había llevado su país a la victoria, se hallaba en la cumbre de su prestigio. Según observó Bonar Law, el dirigente conservador, Lloyd George hubiese podido ser primer ministro vitalicio, pero tan sólo cuatro años después tuvo que abandonar el puesto, que jamás recuperaría. Su caída fue la más aparatosa en la historia política de Gran Bretaña. ¿Dónde estuvo su fallo?**

David Lloyd George fuè probablemente el político más brillante que Gran Bretaña tuvo en las primeras décadas del siglo xx. Era más bien bajo, tieso, con una cabeza maciza y largos cabellos. Poseía energía, iniciativa e imaginación. Su oratoria era capaz de arrebatar al público, y, en privado, su halagadora simpatía tenía una irresistible fuerza de persuasión. Vivía el presente, pero a menudo demostraba una extraordinaria previsión en cuanto al futuro. «Siempre daba la impresión de estar meditando el paso que iba a dar», dijo de él Winston Churchill.

En 1918, Lloyd George tenía cincuenta y cinco años y había alcanzado la cima del poder. Pero sólo cuatro años después tuvo que abandonar el puesto, que jamás recuperaría. Fue la caída más aparatosa en la historia política de Gran Bretaña.

¿Dónde estuvo su fallo?

Algo tuvo que ver en ello su vanidad. Estaba convencido, no sin razón, de que era más listo que sus colegas, pero no supo ver que la mediocridad puede ser a veces una ventaja política. Además, aunque su habilidad suscitaba respeto, admiración y afecto, no llegaba a inspirar



confianza: Lloyd George era un hombre de reacciones imprevisibles. «Cambiaba de amigos como el armiño cambia su pelaje invernal», escribió Beaverbrook. No era el hombre apto para crear aquella sensación de estabilidad tan anhelada después de los avatares de la guerra.

Por otra parte, no contaba con un respaldo político satisfactorio. Su poder era de carácter personal y no tenía tras sí un verdadero y auténtico partido.

**«Un hijo del pueblo»**

Por educación e instinto Lloyd George era un radical y le gustaba proclamarse «hijo del pueblo» (lo que era cierto). Sin embargo, al ocupar su cargo en el año 1916, en plena guerra, se alió a los conservadores y dividió a los liberales, su propio partido. En la Cámara de los Comunes, después de las elecciones de 1918, apoyaban a Lloyd George 374 conservadores y sólo 133 liberales (además, si se quiere, de los diez laboristas de la coalición). Naturalmente, esta contradicción era causa de tensiones. Los conservadores a ultranza y no pocos diputados del mismo partido no lograban entender por qué habían de mantener a un liberal en el poder cuando ellos disponían de la mayoría suficiente para instalar a un compañero como primer ministro.

Lloyd George dedicó una parte desproporcionada de su atención a los asuntos extranjeros; su meta era llegar a ser el pacificador de Europa. En realidad negoció el Tratado de Versalles como lo habría hecho un plenipotenciario, y en cuatro años tomó parte en veinticuatro conferencias internacionales.

El electorado, en cambio, estaba más interesado por los asuntos internos, y en este aspecto la administración de Lloyd George decepcionó a los radicales. En su campaña electoral, Lloyd George había prometido «casas para los héroes», pero de hecho el programa de viviendas, a pesar del gran despilfarro financiero, edificó muy pocas casas. Las propuestas de nacionalizar las minas y los ferrocarriles, y de imponer un fuerte impuesto sobre los patrimonios incrementados por la guerra, contaron con el decidido apoyo de los radicales, pero fueron rechazadas. La medida más constructiva del Gobierno había consistido en ampliar el seguro de desempleo, creación del propio Lloyd George antes de la guerra, para que abarcase a toda la clase obrera.

El conflicto de Irlanda, donde Gran Bretaña trataba de reprimir el nacionalismo por la fuerza, agravó el antagonismo con los radicales. En realidad, Lloyd George demostró habilidad política al negociar un tratado aceptable a la vez para los irlandeses y para los unionistas del Ulster.



*De izquierda a derecha:* **Balfour, Poincaré, Lloyd George y Pétain. Lloyd George pretendía llegar a ser el pacificador de Europa, y prestaba una atención excesiva a los asuntos internacionales.**

**Los conservadores se escandalizan**

Poco agradecimiento le demostraron los conservadores. Los más gazmoños manifestaron su indignación ante su venta de títulos de par y de baronet con el fin de recaudar fondos políticos. Su vida privada, en la que menudearon las aventuras amorosas, escandalizaba a la moral convencional.

Lloyd George buscó un camino para reforzar su posición. Empezó por proponer una fusión entre los conservadores y los liberales de la coalición, bajo su caudillaje; cortejó a los liberales, diole vueltas a la idea de un partido de centro; por un momento pensó también en abandonar la política y convertirse en director del *Times*. Su punto débil era el apego a su cargo y la convicción de que era indispensable. Si se hubiese retirado en un momento por él elegido para convertirse en punto focal de una oposición radical, tal vez habría vuelto al poder en las siguientes elecciones generales.

**Grecia provoca la caída de Lloyd George**

La crisis se produjo a causa de una cuestión extranjera. Lloyd George admiraba a Grecia y acariciaba la idea de que ésta se convirtiese en la potencia dominante en el sudeste de Europa. Los griegos pensaban lo mismo; incluso aspiraban a conquistar Constantinopla. Pero los turcos, bajo una nueva y vigorosa dirección nacional, derrotaron a las fuerzas griegas que ocupaban parte de su territorio y las arrojaron de Anatolia. Lloyd George propuso entonces apoyar a los griegos, hasta llegar, si era preciso, a declarar la guerra a Turquía.

En Gran Bretaña, casi nadie deseaba semejante guerra y el grueso de los conservadores se rebeló. Para preparar las elecciones generales, los conservadores se reunieron el 19 de octubre de 1922 en el Carlton Club y, por 187 votos contra 87, decidieron que era preciso romper la coalición con Lloyd George. Los discursos que con mayor eficacia arrastraron a la mayoría fueron los de Andrew Bonar Law, quien había abandonado su retiro para esta ocasión, y Stanley Baldwin, ministro de Comercio y, por entonces, figura en pleno ascenso.

El mismo día, Lloyd George dimitió. Law ocupó su sitio formando una administración exclusivamente conservadora y triunfó en las siguientes elecciones generales. El Partido Laborista vio aumentar el número de parlamentarios al pasar de 63 a 142 escaños, y con ello se convirtió en el partido de oposición oficial y en una alternativa de gobierno.

Nunca más el talento de Lloyd George volvería a estar al servicio de la nación. Fue el primer y más conspicuo ejemplo del rasgo que había de caracterizar la política británica en el siglo XX: otorgar, en un momento dado, un exceso de confianza y de poder a un líder, para seguidamente descartarlo y arrinconarlo.

**Colin Cross**



# YESTERDAY - THE TRENCHES



# TO-DAY – UNEMPLOYED

# El primer Gobierno laborista

**En 1924 Gran Bretaña tuvo por primera vez un Gobierno cuyos miembros pertenecían, en gran parte, a la clase obrera. Una condesa telefoneó a un diputado laborista para preguntarle si la degollarían, y el nuevo ministro de Colonias aseguraba que el portero le había negado la entrada a su despacho oficial...**

«Mientras esperábamos a Su Majestad, entre la magnificencia dorada y carmesí del Palacio, no pude menos que maravillarme ante el extraño giro de la rueda de la Fortuna que había situado a MacDonald —el hambriento escribiente—, a Thomas —el maquinista de tren—, a Henderson —el obrero fundidor— y a Clynes —el obrero fabril—, en ese pináculo, junto al hombre cuyos antepasados habían sido reyes durante tantas espléndidas generaciones. Estábamos haciendo historia.»

Así registró J. R. Clynes en sus *Memorias* el comienzo del primer Gobierno laborista en enero de 1924. Fue un acontecimiento único por partida doble. No sólo se había roto el antiguo turno de conservadores y liberales en el poder, que parecía ser el sistema inmutable de la política británica, sino que un grupo de miembros de la clase obrera —auténticos trabajadores manuales— asumía algunos de los cargos más elevados del Estado. Ningún otro Gabinete ha contado con tantos ministros de origen estrictamente proletario como el formado por James Ramsay MacDonald en 1924.

Todo había ocurrido súbitamente y de modo casi accidental.

El Partido Laborista, en su forma moderna, había nacido en 1917, sólo siete años antes. Anteriormente, el reducido grupo de los diputados laboristas era una floja alianza entre sindicalistas y propagandistas socialistas: más bien un grupo de presión que un partido. Habían pasado menos de dos años cuando, en 1922, el Partido Laborista adquirió importancia nacional, convirtiéndose en la oposición oficial. El líder del partido, MacDonald, nunca había ocupado cargo alguno y ni siquiera era consejero privado. Por otra parte, tampoco el electorado había optado deliberadamente por una administración laborista.

El primer ministro conservador, Stanley Baldwin, había disuelto el Parlamento tres años antes de lo previsto con objeto de pedir al electorado que lo colocase de nuevo en el poder con un mandato para aplicar nuevos impuestos (tasas aduaneras sobre las importaciones). Según Baldwin, no había otro recurso para resolver el problema más importante del momento: el del paro forzoso masivo. Los dos partidos de la oposición, el Liberal y el Laborista, creían en el libre cambio y, por lo tanto, combatieron la idea de Baldwin. Los resultados electorales concedieron a los conservadores 258 escaños, a los liberales 159, y a los laboristas 191. Por lo tanto, ningún partido gozaba de una clara mayoría en la Cámara de los Comunes y, además, puesto que acababan de luchar entre sí sobre la cuestión del libre cambio, era difícil que conservadores y liberales uniesen sus fuerzas contra los laboristas. La única solución racional consistía en que el partido librecambista más potente, el Laborista, formase un gobierno, y que el segundo partido librecambista, el Liberal, lo apoyase.

Hubo seis semanas de intervalo entre las elecciones y la apertura del Parlamento, y el Rey insistió en que Baldwin permaneciera en su puesto hasta que la Cámara de los Comunes hubiese expresado formalmente sus deseos. Fueron unos días de extrema perturbación pública, ya que muchos tradicionalistas creían que, cuando los laboristas ocupasen el poder, iniciarían una revolución roja similar a la que Lenin había realizado en Rusia. Una condesa telefoneó al diputado laborista Philip Snowden para preguntar si la degollarían. Baldwin y el líder liberal H. H. Asquith recibieron innumerables súplicas para que se aliasen con el fin de «salvar a la nación». Lanzóse una propuesta para crear un «gobierno custodio» bajo el banquero Reginald McKenna, que ni siquiera era miembro de la Cámara de los Comunes.

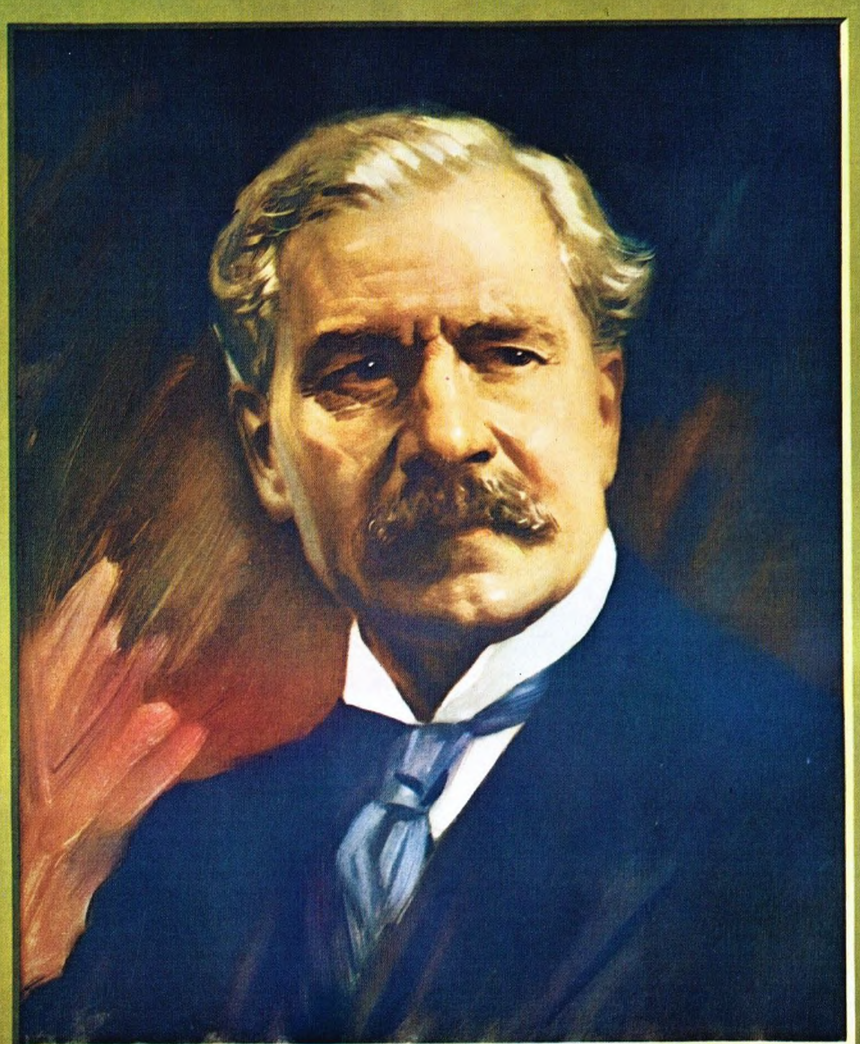
Sin embargo, el Rey, Baldwin y Asquith acordaron que a los laboristas se les debía dar lealmente la oportunidad de gobernar. El equilibrio de los partidos otorgaba a los dirigentes laboristas la ocasión de adquirir experiencia ministerial en condiciones de seguridad.

*Págs. anteriores:* **en 1919 se creía que en las trincheras los hombres habían luchado también por un mejor nivel de vida; pero, como demuestran estos carteles del Partido Laborista («Ayer, las trincheras. Hoy, el paro»), la realidad fue muy distinta.**
*Abajo:* **un cartel laborista: «Queremos evolución, no revolución. Vota laborista.» Eran muchos los que identificaban el socialismo con la efusión de sangre y el caos. Pero los laboristas británicos no anhelaban la revolución, como demostraron al asumir el gobierno.**




*Derecha:* **cartel electoral laborista (1923). Ramsay MacDonald jamás había ocupado cargo público alguno, pero cuando ni conservadores ni liberales consiguieron formar un gobierno mayoritario, Jorge V lo nombró primer ministro de Gran Bretaña.**

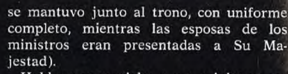
# LABOUR'S LEADER



From a photo by FOULSHAM & BANFIELD Ltd 49 Old Bond St., W.1.

· The Rt. Hon. J. Ramsay MacDonald ·





**Los laboristas toman posesión**

Anteriormente los líderes laboristas habían contemplado con disgusto la posibilidad de asumir el poder sin contar con una mayoría parlamentaria, puesto que ello significaba aceptar la responsabilidad sin tener la autoridad necesaria para adoptar los remedios radicales que propugnaban.

Sin embargo, dadas las características del momento, los laboristas juzgaron que debían aceptar el mando. La posibilidad de rehusar no fue tomada en consideración por ninguna figura destacada del partido: habría representado una especie de deserción. Además, los dirigentes laboristas decidieron que actuarían con moderación. La posible alternativa de la formación del ministerio consistía en buscarse una derrota en la Cámara de los Comunes a base de propuestas radicales de redistribución de la riqueza y después apelar al país; sin embargo, no se mencionó esta posibilidad en ninguna de las conversaciones preliminares.

El 21 de enero los conservadores fueron derrotados en la Cámara de los Comunes. Al día siguiente, el Rey citó a MacDonald a su Consejo privado, le tomó juramento y lo nombró primer ministro. El Rey pronunció un breve discurso en el que se refirió a su propia experiencia en la Armada, que, según dijo, lo había puesto en contacto con gente de muchas clases, y ofreció al primer ministro el beneficio de sus consejos. Por su parte, MacDonald dijo que él y sus colegas harían cuanto les fuese posible para servir al país.

No sin enojo de sus colegas, MacDonald hizo pleno uso de las prerrogativas que tenía como primer ministro al nombrar personalmente a todo el Gobierno, sin consulta. Él mismo asumió la cartera de Asuntos Exteriores. Entre las personalidades destacadas del Partido Laborista, nombró a Snowden ministro de Hacienda, a Arthur Henderson ministro del Interior, a J. H. Thomas ministro de Colonias y a J. R. Clynes presidente de la Cámara de los Comunes.

A un partido tan nuevo y proletario le resultaba difícil llenar todos los puestos tradicionales, en especial los vinculados a la Cámara de los Lores. El único par que pertenecía al Partido Laborista era lord Parmoor, y éste convirtióse en Lord Presidente del Consejo. De todos modos, MacDonald, insatisfecho ante lo que él juzgaba como «insuficiencia» de talentos a su disposición, adoptó elementos ajenos a su partido para dar mayor peso al Gobierno. El experto liberal lord Haldane fue nombrado Lord Canciller, y lord Chelmsford, exvirrey de la India, Primer Lord del Almirantazgo.

De los veinte miembros del Gabinete, once eran de indudable origen proletario. Los restantes pertenecían, en su mayoría, a la antigua clase dirigente. El único intelectual de la clase media era Sidney Webb, ministro de Comercio. En los rangos subalternos, la Administración contaba con la primera mujer que ocupó un cargo público —Margaret Bonfield, secretaria parlamentaria en el Ministerio de Trabajo—, y con un futuro primer ministro, Clement Attlee, que fue nombrado subsecretario de Guerra.

**Gorras y chisteras**

Era una situación chocante en un país en el que, por tradición, sólo los *gentlemen* estaban capacitados para gobernar. La camioneta de una cooperativa llegaba hasta el número 10 de Downing Street para entregar comestibles. J. H. Thomas, que no se esmeraba en absoluto en pulir su pronunciación *cockney*, explicó que cuando se presentó por primera vez en el Ministerio de Colonias y aseguró que era el titular, el conserje se volvió hacia un colega y observó: «Otro caso de *shock* de los bombardeos, pobre hombre.» El pequeño exminero Stephen Walsh, ministro de la Guerra, asombró a los generales en la primera reunión del Consejo del Ejército al abrir la sesión con la frase: «Caballeros, recordemos siempre que todos debemos lealtad al Rey.» John Wheatley, el ministro izquierdista de Sanidad, explicó jovialmente al Rey que, sin duda, una vez establecido el socialismo la monarquía no tendría razón de ser.

Al Rey le preocupaba la cuestión de la indumentaria. Procuró, sin éxito, que todos los ministros vistieran levita y chistera en las audiencias del Palacio de Buckingham. Insistió en que, para las ceremonias de la corte, usaran levita con bordados, calzón hasta las rodillas, medias blancas y espada, e hizo que su secretario enviase a Ramsay MacDonald detalles de equipos de segunda mano disponibles en ciertos bazares. Los ministros, temiendo ponerse en ridículo ante sus electores, cooperaron tan poco como les fue posible. Webb y el ministro de Agricultura Noel Buxton se sintieron avergonzados cuando el Partido Laborista independiente de Glasgow puso en circulación una caricatura de ambos en calzón corto y con un pie que decía: «¿Es esto lo que votasteis?» Al apuesto MacDonald esta cuestión lo tenía sin cuidado (y en mayo de 1924 se mantuvo junto al trono, con uniforme completo, mientras las esposas de los ministros eran presentadas a Su Majestad).

Haldane aconsejaba a sus ministros sobre el protocolo que debían observar en las reuniones del Gabinete y los exhortaba a que, al referirse unos a otros, usaran el nombre de sus respectivos ministerios y no el personal. Por primera vez se permitió fumar en las reuniones del Gabinete, innovación que sería perdurable. En conjunto, el Gobierno actuó con tanta eficiencia, por lo menos, como sus predecesores, y el principal inconveniente era que MacDonald, abrumado de trabajo al asumir las funciones de ministro de Asuntos Exteriores y de primer ministro, estaba demasiado atareado para mantenerse en estrecho contacto con sus colegas. Sin embargo, el logro más importante del Gobierno fue precisamente en política exterior, ya que MacDonald consiguió reconciliar a Francia y Alemania y zanjar por un tiempo el problema de las indemnizaciones de guerra alemanas.

En el interior, el éxito más trascendente fue una ley de la vivienda, obra de Wheatley, que inauguró lo que aún es hoy el sistema básico de viviendas municipales con alquileres subvencionados, construidas por las autoridades locales. Wheatley mostró tanta habilidad como persistencia en la consecución de este fin.



*De izquierda a derecha:* **Ramsay MacDonald, otrora humilde empleado administrativo; J. H. Thomas, maquinista ferroviario; Arthur Henderson, fundidor, y J. Clynes, simple obrero, salen del Palacio Real tras una reunión del Consejo privado (1934).**

Los planes a largo plazo, en los que se destacó Snowden, incluyeron un programa para racionalizar el suministro de electricidad, que hasta entonces se había incrementado desordenadamente con centenares de centrales independientes que operaban con frecuencias distintas. Snowden también se preocupó de implantar una «sana» política financiera que, según él creía, debía conducir finalmente a la reducción del desempleo; concedió moderadas restricciones fiscales y vigorizó aquella política que, dos años más tarde, había de conducir a la restauración del patrón oro.

La colaboración con los sindicatos fue mínima. Por ejemplo, los ministros laboristas no intentaron comunicar a los líderes sindicales los planes secretos preparados para hacer frente a una huelga general. Apenas había entrado en funciones el Gobierno, se produjeron huelgas de ferroviarios, obreros portuarios y tranviarios londinenses, que el ministro del Trabajo, Tom Shaw, zanjó basándose en los mismos principios de las anteriores administraciones.

A causa de su debilidad parlamentaria, era improbable que el Gobierno durase largo tiempo: los liberales, a pesar de apoyarlo con sus votos, estaban despechados debido a su posición de segundones, y los conservadores ansiaban recuperar el poder.

**Punto de ruptura**

Es probable que el punto de ruptura se produjese en agosto, ocho meses después de formado el Gobierno, con una proposición para establecer un tratado comercial con la Unión Soviética, uno de cuyos términos era un empréstito de Gran Bretaña. Esta idea no agradó a los conservadores ni a los liberales y la caída del Gobierno pudo darse como cierta cuando el Parlamento volvió a reunirse en otoño.

Sin embargo, antes de que aquella crisis llegase a su punto culminante, se produjo un escándalo adicional a causa de R. J. Campbell, un periodista comunista que escribió un artículo en el que incitaba a los soldados a desobedecer a sus oficiales si éstos les ordenaban actuar contra los huelguistas. El fiscal general acusó a Campbell de sedición, pero más tarde retiró la acusación.

Culpóse al Gobierno, no sin fundamento, de haber interferido el curso normal de la justicia, y los liberales pidieron que un comité elegido en la Cámara de los Comunes investigase el incidente. MacDonald negóse a ello y el Gobierno fue derrotado por 364 votos contra 198. El Rey permitió que MacDonald convocase unas elecciones generales y éstas devolvieron el poder a los conservadores con una mayoría de 213 escaños sobre los demás partidos juntos. Un factor en el éxito conservador fue la alarma producida por la «carta de Zinoviev», un documento falso que, publicado durante la campaña, revelaba presuntos planes de subversión en Gran Bretaña preparados por el Comintern en Moscú.

El 4 de noviembre MacDonald dimitió. «Lo aprecio y siempre lo he considerado un hombre de gran rectitud», escribió el Rey en su diario. Fue una aventura breve pero interesante, que insertó firmemente al Partido Laborista en el marco de la política británica. Los verdaderos vencidos en las elecciones generales no fueron los laboristas, quienes sólo perdieron cuarenta escaños, sino los liberales, cuya representación descendió catastróficamente de 159 diputados a 40. Tal fue el final del antiguo Partido Liberal y el comienzo de un nuevo juego político, ya que, a partir de entonces, los conservadores y los laboristas se fueron sucediendo en el poder.

**Colin Cross**

# Matanza en Amritsar

**¿Por qué se tiraba a matar contra los hindúes? ¿Por qué eran azotados? ¿Por qué se les ordenaba ir a gatas por las calles? La réplica británica a los tumultos en Amritsar escandalizó a muchos occidentales y avivó el resentimiento de los hindúes. La magnanimidad inglesa quedaba en entredicho, y con ella la seguridad del dominio británico en la India.**

**La agresión perpetrada en Amritsar contra una misionera británica fue el incidente que indujo al general Dyer a promulgar su famosa orden de «andar a gatas». La víctima buscó refugio en el lugar donde aparece tendido un joven *(arriba)*, y fue dejada por muerta en las cercanías *(abajo)*.**





El 13 de abril de 1919, el mundo, al que cabía suponer insensibilizado por cinco años de guerra sangrienta, se estremeció ante las noticias de una matanza perpetrada en la India británica. El escenario fue la ciudad de Amritsar, en el Penjab; el instrumento del «asesinato» fue un militar británico, y los muertos —379 hombres, mujeres y niños— eran hindúes desarmados. De pronto, todas las aseveraciones acerca de la buena voluntad británica con respecto a sus súbditos de la India parecieron pura hipocresía. Amritsar surgió como la prueba evidente de las verdaderas intenciones de Gran Bretaña: gobernar, no sólo por la fuerza, sino también por la represión sangrienta.

Los detalles, tal como se revelaron, parecían confirmar, e incluso reforzar, esta visión pesimista. El militar británico responsable de ordenar a sus fuerzas que abriesen fuego, el general de brigada Dyer, dio la impresión de haber actuado con una falta total de prudencia o de humanidad. Los hindúes contra los cuales sus hombres dispararon no sólo estaban desarmados, sino además apiñados en un angosto espacio rodeado por altos edificios y una tapia. Nadie podía escapar fácilmente de allí. Y en cuanto a los 1.200 heridos, el general Dyer no tomó medida alguna; no juzgó que asistirlos fuera asunto de su incumbencia.

Por otra parte, el general Dyer no fue el único en iniciar o apoyar la violencia. El más alto oficial civil británico en el Penjab, el vicegobernador sir Michael O'Dwyer, envió a Dyer un telegrama de aprobación. En otras localidades del Penjab, donde los oficiales británicos tuvieron que enfrentarse a muchedumbres enfurecidas, impusieron castigos humillantes. En Gujranwala, los habitantes del lugar fueron obligados a hacer el *salaam* (profunda reverencia) a todos los oficiales británicos como muestra, según decía la orden oficial, «del respeto usualmente reservado a los caballeros indios de elevada posición social». En Kasur, a los hindúes acusados de tomar parte en disturbios se los obligó a tocar el suelo con la frente. En Lahore, los estudiantes de los centros donde se habían producido tumultos tuvieron que pasar lista cuatro veces al día. En todo el Penjab, los ciudadanos acusados de quebrantar la ley marcial que había sido impuesta, fueron azotados en público.

Todo esto suscitó la indignación, no sólo de los patriotas hindúes, sino también de los liberales europeos y de los norteamericanos. Lo más humillante de todo, alegóse, era la orden dada por el general Dyer de «andar a gatas». En efecto, Dyer había obligado a todos los hindúes que deseaban pasar por cierta calle de Amritsar a caminar sobre sus manos y rodillas. Incluso hoy, este incidente es subrayado en algunos libros de historia como bárbaro ejemplo de la férula británica. ¿Por qué fueron tratados los hindúes de este modo?

En 1918, los británicos de la India creían que iban a quedarse allí para siempre. Aunque habían llegado a aceptar que los hindúes desempeñaban un papel cada vez más prominente en el gobierno local, eran incapaces de imaginar la posibilidad de una definitiva y total independencia india. Por lo tanto, creían —y para ellos era suficientemente lógico— que la enojosa agitación india en pro de la independencia carecía de respaldo popular y que era obra de una minoría de extremistas, agitadores y terroristas, subvencionados sin duda por dinero extranjero y alentados por la propaganda bolchevique o alemana. Pensaban que si se trataba a esa gente con la suficiente firmeza, la India volvería a ser un tranquilo dominio británico. La India, la joya más brillante de la corona imperial, no corría serios peligros.

Este argumento era sincero en muchos aspectos. En su mayoría, los hindúes eran apáticos y contemplaban el choque entre los agitadores y las autoridades con indiferencia. Pero fue la solución británica a lo que parecía ser una agitación temporal, lo que transformó esta agitación en una enfermedad grave, y a la larga fatal para la presencia británica en la India. Las detenciones en masa, los frecuentes encarcelamientos, el creciente recurso a la ley marcial y, para otorgar a esta re-



Gandhi: un pacifista con seguidores violentos.

presión plena legalidad, los cambios en la legislación reforzaron y ampliaron el descontento (se trataba de la Ley Rowlatt, que entró en vigor en marzo de 1919; confería poderes al Gobierno para mandar a los extremistas a la cárcel por un plazo no superior a dos años, *sin juicio previo*).

**«Exterminad a esos perros británicos»**

Cinco días después de promulgada la Ley Rowlatt, se declaró en la India un *hartal* o huelga general. Su organizador fue un abogado hindú que acababa de regresar de África del Sur: Mohandaz Karamchand Gandhi.

Bajo la dirección de Gandhi, en toda la India pequeños grupos se prepararon a enfrentarse con la férula británica. Gandhi pretendía utilizar los mismos métodos no violentos de protesta a los que con tanto éxito había recurrido cuando defendió los derechos hindúes en África del Sur. Su plan consistía en una resistencia pasiva, no en una rebelión militante. Pero no había hombre, por santo que fuese, capaz de controlar las hogueras que con tanta violencia ardían en las mentes fatalistas de aquel pueblo sometido. Durante más de cincuenta años, los hindúes habían obedecido a sus amos; habían pagado sus impuestos, hipotecado sus cosechas y, en numerosas ocasiones, enviado a sus hijos a la guerra tal como el *Raj* (Gobierno inglés en la India) exigía. Pero al correr de los años, la sensación de bochorno por verse sometidos al yugo extranjero calaba más profundamente en la conciencia hindú. Gandhi intentó convertir esta vergüenza en una tempestad de no cooperación, pero en realidad se transformó en un huracán destructor.

El plan de Gandhi era estructurar una huelga tan generalizada que llegara a paralizar el dominio británico en su quehacer administrativo cotidiano. Pero entre los hindúes menos escrupulosos reinaba el deseo de provocar la violencia y utilizar la efusión de sangre resultante para estimular aún más el descontento. Este tipo de provocación adoptaba a menudo la forma de carteles murales que incitaban al pueblo a rebelarse contra los británicos. Uno de estos carteles rezaba: «Vuestro corazón no tardará en quedar calmado por el aniquilamiento total del imperialismo británico y la completa destrucción de estos enemigos de la humanidad. La resistencia activa aplastará la cabeza de la víbora. Quemad sus oficinas, sabotead los ferrocarriles y telégrafos, inducid a la policía y al ejército a pasarse a vuestro lado, *y exterminad a esos perros británicos dondequiera que los halléis.*»

Gandhi se oponía a estas efusiones absurdas que sólo podían conducir a choques sangrientos, pero sus ideas de persuasión moral, de victoria mediante la no violencia, de revolución política a través de la resistencia pasiva, eran demasiado sutiles para las masas y excesivamente suaves para los extremistas. Por consiguiente, en el primer día del *hartal*, en Delhi la protesta pacífica se transformó en acción violenta. Los hindúes que se ganaban la vida vendiendo alimentos, té y dulces en la estación principal se negaron a sumarse a la huelga y fueron agredidos por los huelguistas más exaltados. Como resultado del choque, la estación sufrió algunos desperfectos. Acudió la policía, pero todo fue en vano, y varios oficiales británicos fueron agredidos. Cuando acudieron las tropas, los huelguistas adoptaron una actitud aún más violenta y, después de caer heridos varios policías, los soldados abrieron fuego. Ocho huelguistas murieron.

Durante unas semanas prosiguieron los disturbios en la capital y hubo más muertos. Gandhi se mostraba radicalmente opuesto a que corriese la sangre, pero en vez de suspender el *hartal*, decidió repetirlo. En todas las localidades del Penjab los huelguistas trataron de paralizar las actividades gubernamentales. En Lahore, tropas armadas con ametralladoras impidieron que una densa muchedumbre marchase sobre un distrito europeo de la ciudad. No hubo muertos, pero los agitadores no tardaron en barrer a los escasos elementos que defendían la ley y el orden. En Amritsar, la violencia de la multitud llegó a su punto culminante con el salvaje asesinato de cinco europeos. Una misionera inglesa fue dejada por muerta en plena calle; dos bancos fueron saqueados y sus directores perecieron apuñalados; y se prendió fuego al ayuntamiento, a la oficina de telégrafos y a la estación de mercancías. Circulaban rumores de toda clase, y el temor de un segundo amotinamiento se extendió a través de las pequeñas y aisladas comunidades británicas del norte de la India. Se decía que los afganos sólo esperaban la noticia de la rebelión general para cruzar la frontera del noroeste: daba la impresión de que la profecía de Gandhi, según la cual «obligaría al Gobierno a caer de rodillas», fuera a cumplirse con mayor rapidez, y sin duda con mayor violencia, de lo que él mismo esperaba. Tanto Lahore como Amritsar se hallaban ya, casi por com-



pleto, en poder de las turbas. En Lahore, un excitado *sikh* (miembro de una comunidad religiosa y politicomilitar) que pregonó la noticia de que el Ejército indio se había amotinado y dado muerte a 500 soldados británicos, fue paseado en triunfo por una multitud delirante. La noticia era falsa, pero las pasiones se habían desatado y era evidente que las vidas de los británicos corrían peligro.

Así estaban las cosas cuando el general Dyer, con cincuenta hombres armados, se enfrentó a una muchedumbre de más de 5.000 hindúes, visiblemente excitados, que se habían reunido ilegalmente. «Comprendí —escribió Dyer— que mis fuerzas eran reducidas y que la vacilación podía inducir al ataque. Inmediatamente, abrí fuego...» En opinión del vicegobernador del Penjab, el general Dyer y su pequeño destacamento, de no mediar esta acción, «probablemente hubiesen sido barridos como la paja bajo un vendaval». ¿Salvó Dyer, con su pronta acción, a la India británica de una guerra civil? Nadie puede decirlo.

**El impacto de Amritsar**

Muchos contemporáneos tomaron buena nota de que, apenas se supo el gesto de Dyer, la rebelión pudo darse por terminada. El propio Gandhi sintióse culpable de los imprevistos resultados de la no



**Mercado de Amritsar, ciudad del Penjab donde en 1919 un oficial británico ordenó a sus hombres que dispararan contra una multitud inerme. La acción provocó el furor nacionalista y la indignación mundial.**

violencia. «Comprendí de pronto —escribió— que había cometido un error al invitar al pueblo... a lanzarse prematuramente a la desobediencia civil.» El impacto causado por Amritsar obligó a Gandhi a recomendar mayor cautela y moderación a sus seguidores.

A pesar de la primera reacción de escándalo y vergüenza, la matanza de Amritsar no quebrantó la creencia británica en el futuro imperial de la India. Subrayóse que los hombres que en realidad habían disparado eran todos ellos hindúes: habían obedecido la orden de matar a sus compatriotas del mismo modo que, durante cuatro años, habían obedecido la de matar alemanes y turcos. Cuando el general Dyer obligó a los transeúntes indios a caminar a gatas por la calle donde la misionera inglesa había sido brutalmente agredida y dejada por muerta, fueron también soldados hindúes quienes cuidaron de hacer cumplir la orden. Gandhi podía excitar al pueblo, pero no le era posible minar la lealtad del Ejército hindú, sobre el cual parecía reposar la seguridad definitiva y la permanencia del dominio británico.

Antes de Amritsar, el Ejército hindú apenas había tomado parte en la represión de la agitación nacionalista. Su principal tarea consistía en librar las grandes batallas de Gran Bretaña en ultramar: en Egipto, Birmania y China, y en fecha más reciente, en Flandes, Gallípoli y Mesopotamia. Después de Amritsar no volvió a intervenir activamente en los asuntos internos de su país. En realidad, el Gobierno británico desaprobó sin paliativos la iniciativa de Dyer y, durante el debate en Westminster, Winston Churchill, entonces ministro de la Guerra, condenó con la mayor energía la acción del general.

Churchill no ignoraba el peligro que corrían los europeos en los disturbios del Penjab, y admitió la necesidad de tomar medidas enérgicas. Pero insistió en que el hecho de haber disparado sobre la muchedumbre era «una acción monstruosa, un suceso que se destaca por su singular y siniestro aislamiento». En su opinión, «una multitud desarmada se halla en una posición totalmente distinta de la de una multitud armada. En Amritsar, la multitud no estaba armada ni se preparaba a atacar... No debería recurrirse a la fuerza más que en lo estrictamente necesario para asegurar el cumplimiento de la ley». Churchill recordó a la Cámara de los Comunes que, incluso en los más feroces momentos de la guerra, los oficiales británicos habían dado pruebas, con respecto a los prisioneros alemanes, «no sólo de misericordia sino también de amabilidad... revelando gran comedimiento en el trato que les daban... procurando mostrarse compasivos y ayudar, incluso con peligro de sus vidas, a los heridos. Lo hicieron millares de veces». Churchill describió la escena con vivas pinceladas y después, con tono solemne, advirtió: «No es ésta la manera británica de solucionar un asunto... No podemos admitir en modo alguno esta línea de acción. El terrorismo no es un remedio conocido en la farmacopea británica.»

Muchos ingleses acudieron en defensa de Dyer, pero el instinto de Churchill era certero. Tal como Macaulay había visto casi cien años antes, vio que «el más terrible de todos los espectáculos» era, sin duda alguna, «el poderío de una civilización *privada de misericordia*». Sin misericordia, el dominio inglés se vería siempre empañado por la ignominia.

Después de Amritsar, la India trató de recuperar su serenidad anterior. Muchos hindúes contemplaban horrorizados el movimiento de no cooperación de Gandhi, cuyo potencial de violencia habíase revelado claramente, y muchos ingleses juzgaban que, con una mayor participación hindú en el gobierno, podían quedar solucionadas las principales rencillas, y perpetuado el dominio británico. La insegura tregua —pues eso era todo cuanto había logrado el gesto del general Dyer— todavía era considerada por varios observadores bien informados como una paz genuina. Se hicieron concesiones a los hindúes, se iniciaron negociaciones con Gandhi, y toda una serie de virreyes se entregó al problema, aparentemente soluble, de satisfacer mejor las exigencias de la India. Pero, a medida que pasaron los años, con un Gandhi que renovaba sus tentativas de quebrar la férula británica y con las jóvenes generaciones hindúes deseosas de lograr una intervención mucho más importante en los asuntos de su país, hízose evidente que el abismo entre Imperio e independencia era insalvable.

En el siglo anterior, tras el motín de 1857, el dominio británico se había apoyado sobre una base de rectitud moral. «Estamos aquí —escribió John Lawrence, uno de los más grandes virreyes de la India— gracias a nuestra superioridad moral, a la fuerza de las circunstancias y a la voluntad de la Providencia. Sobre estas bases descansan nuestros principios de gobierno, y *nuestra conciencia, no la suya, nos obliga* a hacer cuanto podamos por el pueblo.» En la década de 1920 ya no podía existir semejante confianza. Los británicos habían empezado a perder la simplicidad y optimismo de sus predecesores victorianos. Los dos Gobiernos laboristas presididos por Ramsay MacDonald contemplaban con simpatía a Gandhi y a su ideal. Incluso los conservadores se sentían cada vez más inclinados a aceptar previsiones de amplio alcance para el autogobierno de la India. La razón de este cambio consistía en que, después de Amritsar, ya no podía prevalecer la antigua relación entre dueños y servidores. Los amos habían traicionado un tácito pacto de confianza. Por justificables que fuesen en su contexto inmediato, por rápida que hubiese sido su condena por los propios británicos, los hechos de Amritsar fueron el punto de ruptura de aquella delgada pero resistente cuerda de confianza que unía a los dirigentes con los dirigidos.

Antes de Amritsar, el nacionalismo indio habría podido tomar diversos caminos e incluso —dentro de ciertos límites— amoldar sus pretensiones a la estructura del dominio británico. Pero después de Amritsar, por más compromisos y concesiones que los británicos pudieran sugerir, la soberanía inglesa tenía que cesar o ser derrocada. El hindú educado y ambicioso ya no tenía que adular a Gran Bretaña para asegurarse el futuro; en vez de ello, volvíase hacia la India, a su historia antigua, su filosofía, sus líderes políticos, y en particular a Gandhi. Escribe Guy Wint, que estudió el escenario hindú antes de estallar la Segunda Guerra Mundial: «Hasta fecha reciente, la impresión de la India que el viajero se llevaba era una carencia de confianza en sí misma y una profunda inferioridad ante lo occidental... Si esto ha cambiado hoy, si el hindú se juzga en términos de igualdad, si los hindúes más jóvenes... profesan contemplar la cultura india como algo más espiritual y humano que la occidental, la transformación se debe a Mr. Gandhi más que a cualquier otro hombre.»

Seis años después de ser escritas estas palabras, la India había obtenido la independencia total. Las ideas políticas de Gandhi no siempre cautivaban a los extremistas cultos, y su deseo de ver cómo la India retornaba a una existencia aldeana enojaba a los hindúes que habitaban en las ciudades y anhelaban la industrialización. Gandhi se convirtió en el campeón de los parias de la India, en particular de los «intocables», a los que llamaba «hijos de Dios», ofendiendo con ello viva-





*1* **Un oficial británico observa cómo uno de sus auxiliares va desnudando a un agitador indio detenido en 1925 en Amritsar.**
*2* **Aspecto de una calle de Calcuta durante la represión de los disturbios por el Ejército.**

mente a los hindúes ortodoxos, para los cuales el intocable era un ser exento de todo mérito e indigno de simpatía. Pero si para las personas cultas Gandhi era un excéntrico, a los ojos de millones de personas sencillas pasaba por ser un santo. En otros tiempos, éstas habían recurrido al administrador británico en busca de consejo y aliento; ahora iban en busca de Gandhi. Éste no las decepcionó al suplicar a hindúes y musulmanes que se unieran en busca de la cooperación y la hermandad, abrió una visión de una India unida e independiente, en la que incluso fuese posible salvar la difícil barrera de la intolerancia religiosa. Sin embargo, a pesar de la generosa apelación de Gandhi, los ideales por los que éste luchaba no se convirtieron en realidad. Hindúes y musulmanes saludaron la independencia con la guerra civil, las matanzas y las divisiones. El intocable sigue siendo hoy un descastado y un paria. Tampoco la vida aldeana ha predominado en la India ni se ha desarrollado según las instrucciones, casi idílicas, de Gandhi. La India, Pakistán y Bangla Desh son Estados soberanos, pero las disensiones políticas, los conflictos regionales, la pobreza y el hambre siguen frustrando el ideal de Gandhi.

**El lenguaje de la violencia**

¿Podía Gran Bretaña haber permanecido en la India después de Amritsar? ¿Podía seguir gobernándola hasta nuestros días? La respuesta forzosamente ha de ser negativa. John Lawrence dijo, alrededor de 1860: «Sí, la India está quieta. Tan quieta como la pólvora.» Amritsar fue la llama que prendió en un extremo de la mecha. Sólo era cuestión de tiempo que llegase hasta el barril. Al parecer, la orden de «andar a gatas» había sido aplicada a un solo hindú antes de ser cancelada, pero inspiró a muchos hindúes moderados el deseo de verse libres del yugo británico y, por otro lado, quebrantó también la confianza de los ingleses. El gabinete de Lloyd George había censurado a Dyer por su acción. ¿Significaba esta actitud que en el futuro cualquier militar británico podría ser reprendido y desautorizado por defender lo que a su juicio eran la ley y el orden? Si el Parlamento de Westminster estaba dispuesto a entregar el poder a los hindúes, la seguridad y la dedicación de todo oficial británico se hallaban en peligro. Por lo tanto, en el mismo instante en que la India empezaba a perder la fe en Gran Bretaña, aquellos ingleses en los que descansaba la soberanía británica en aquella zona del mundo empezaban también a perder la fe en sus propios dirigentes.

Entre 1919 y 1947, el dominio británico se vio cada vez más quebrantado por los disturbios. A veces, los seguidores de Gandhi iban a la huelga, otras veces estallaba un conflicto entre hindúes y musulmanes, en ocasiones dos sectas de la misma religión se entregaban a violencias, y no faltaban las actividades de los terroristas que volaban trenes y daban muerte a ciudadanos inocentes. En 1930, más de un centenar de personas fueron muertas y 60.000 encarceladas, después de desencadenar Gandhi la segunda oleada de huelgas y boicoteos. En 1932 se produjeron 120.000 detenciones. Los funcionarios británicos se veían cada vez más obligados a tomar medidas preventivas en vez de constructivas. Un joven funcionario, en una carta dirigida en 1933 a sus familiares, narraba de este modo su conversación con ciertos agitadores locales que habían rechazado la fórmula de compromiso que él les proponía:

«Está bien —les dije—, haced lo que se os antoje. Si queréis comportaros como unos locos, hacedlo. Nada de reuniones públicas de ninguna clase durante quince días. Ninguna asamblea con más de veinte personas. Durante los tres días próximos —o sea mientras el tipo aquél se dedique a arengar al pueblo— haremos circular por la ciudad camiones con policías armados con mazas de polo cortas —que hacen daño pero no pueden romper ningún hueso— y ellos disolverán los grupos en cuanto vean que se forme uno. Las tropas estarán preparadas para actuar en seguida si fuera necesario. Hay muchos soldados aquí y —les dije— voy a ver inmediatamente al general de brigada para que tenga dispuesto un ba-

tallón de soldados británicos durante los tres días próximos. Y si vienen, *no vacilaré en ordenarles que disparen.*»

El lenguaje de la violencia se difundió a través del subcontinente. En Midnapur (Bengala), tres funcionarios gubernamentales fueron asesinados, uno tras otro. En todas partes se disparaba contra la policía, se quemaban las cosechas, se destruían los depósitos de grano y menudeaban los actos de boicot. Los británicos se mantenían en sus trece, pero de todos modos diversas reformas seguían ampliando la participación hindú en el gobierno. Departamentos tales como el Servicio Forestal y Obras Públicas se hallaban casi por completo en manos de los nativos. Funcionarios británicos se dedicaban a instruir a los hindúes en el arte del gobierno, y muy a menudo unos y otros realizaban esta tarea en perfecta armonía. El sistema de control dual seguramente nada tenía de impracticable en tiempos normales, pero, por desgracia, en la década de 1930 nada era normal en la India británica.

**«Salid de la India»**

El estallido del conflicto de 1939 volvió a sumir a la India en el caos y el terror. Gran Bretaña, actuando necesariamente en su propio interés, comprometió automáticamente a la India en la contienda, y al principio incluso Gandhi apoyó la causa de la guerra. Pero después de las fulgurantes victorias japonesas de 1942, los nacionalistas indios previeron el inminente colapso del poderío británico. Gandhi dio impulso al movimiento «Salid de la India» y exigió la retirada total e inmediata de los ingleses. Este movimiento se tradujo en violencia. Gandhi fue encarcelado en seguida, pero las violencias continuaron. Como en 1857 y en 1919, también en 1942 pareció como si el frágil edificio del dominio británico se viniera abajo. Casi un millar de hindúes fueron muertos y 1.600 resultaron heridos en las batallas contra la policía y los soldados. Unas 60.000 personas fueron detenidas, y 14.000 encarceladas sin juicio previo. Una vez más, la rebelión fue aplastada por la rápida acción de la fuerza, y una vez más ardieron vivamente las hogueras del resentimiento. Éstas fueron alimentadas por el hambre que reinaba en Bengala, un hambre que mató a más de un millón de hindúes en 1942 y 1943. Resulta difícil determinar quién tuvo la culpa. El gobierno del virrey en Delhi descargó la responsabilidad de remediar la situación al gobierno provincial de Calcuta, pero éste se desentendió al poco tiempo del asunto. «En las poblaciones de Bengala —escribió el funcionario británico Philip Woodruff— había a diario escenas que desgarraban el corazón y llenaban de vergüenza y reproche a los hombres de sangre inglesa.» Sin embargo, el hambre prosiguió durante varios meses azotando a la población. Eran momentos muy difíciles para planear seriamente el futuro. La India se hallaba sumida en el caos y la máquina guerrera nipona, victoriosa en Malaya y Birmania, progresaba hacia sus fronteras por el este. Los japoneses controlaban las zonas arroceras que hubiesen podido prestar ayuda, y para muchos hindúes aparecían como los primeros y bravos orientales con arrestos suficientes para desafiar la hegemonía occidental. Un nacionalista indio, Subhas Chandra Bose, huyó de su país y se unió a los japoneses para conducir un ejército nacional hindú hasta las fronteras de la India. En 1943, bajo el patrocinio japonés, se estableció en Singapur un Gobierno de la India libre.

El flirteo con Japón y el hambre en Bengala fueron las últimas de una serie de catástrofes, provocadas unas por el hombre y otras por la naturaleza, que atormentaron a la India durante los últimos treinta años de dominio británico. «La moraleja aparecía ya con toda claridad —escribió retrospectivamente Philip Woodruff—, incluso para aquellos que no la habían visto antes: el control dual, no importa el nombre con que fuera designado, había durado ya bastante. Nadie quería asumir la responsabilidad, pues tanto el inglés como el hindú se achacaban uno a otro la culpa cuando veían a una mujer encinta muerta de hambre en plena calle. Había llegado el momento de determinar con claridad a quién correspondían el poder y la responsabilidad. Hacía ya demasiado tiempo que los ingleses andaban por un camino que no admitía el regreso; tenían que seguir adelante, y ello significaba que debían abandonar la India.»

La muerte de 379 hindúes en Amritsar, junto con la orden de caminar a gatas, fue un episodio desagradable en la historia británica. Pero tuvo una causa explicable y un rápido final. Durante los numerosos períodos de tensión que sobrevendrían después, la autoridad británica mostróse a menudo torpe, pero raras veces cruel. Hubo pocos casos de malignidad deliberada e, incluso en los momentos de mayor tensión, no se produjeron exterminios sistemáticos. Los hindúes tenían motivo para muchas quejas, pero



**«Intocables» en una calle de Madrás. La buena voluntad y los esfuerzos de Gandhi no consiguieron superar las divisiones sociales y religiosas de la India.**

podían considerarse afortunados comparados con los pieles rojas de los Estados Unidos, los negros del Congo del rey Leopoldo, los judíos de Alemania, los armenios del Imperio Otomano, las minorías rusas en tiempos de Stalin, o los ibos de Nigeria. Treinta años después de Amritsar, se concedió la independencia a la India. Los millones de personas que perecieron en 1947 no fueron hombres de color exterminados por hombres blancos, sino hindúes muertos por musulmanes y musulmanes muertos por hindúes. Ni siquiera Gandhi pudo detener la matanza, a pesar de sus desesperados intentos.

Con todos sus errores, el mandato británico fue, en su conjunto, benévolo y benéfico. Rara vez el gobierno civil cedió el puesto al control militar. Cuando Gandhi caminó del brazo con sir Stafford Cripps o con lord Mountbatten, ello se debió a que los británicos estaban dispuestos a curar, y no a herir, el llagado cuerpo del subcontinente. El hecho de que se vieran obligados a partir en medio del caos y de la confusión, es una de las tragedias de la historia británica.

**Martin Gilbert**

# Rusia: guerra civil

**El fin de la Primera Guerra Mundial encontró a los bolcheviques inestablemente instalados en el poder. Un historiador soviético resume las vicisitudes de la guerra civil y muestra cómo los comunistas tuvieron que luchar duramente para defender la supervivencia del régimen revolucionario.**

**Cartel bolchevique: una lluvia de proyectiles «rojos» cae sobre un terrateniente polaco.** *Abajo:* **en esta caricatura soviética aparece la frágil embarcación de la Asamblea Constituyente tripulada por los enemigos del bolchevismo.**






En Rusia, los tres años que siguieron a la Revolución Bolchevique fueron de guerra civil, la lucha intestina de mayores proporciones entre todas las que ha habido en el mundo. Bastante después de terminada la Primera Guerra Mundial en Occidente, aún había en Rusia, en un fluctuante e incierto frente de casi diez mil kilómetros, unos dos millones de hombres empuñando las armas.

Pero los bolcheviques tuvieron que enfrentarse no sólo con los enemigos que tenían en el interior del país. En una conferencia de las potencias aliadas, reunidas en París a fines del año 1917, se llegó a un acuerdo para desmembrar a Rusia: el Cáucaso, el Kubán y otras regiones fueron declaradas «esferas de influencia especial» para Gran Bretaña; Ucrania y Crimea fueron reservadas a Francia, y Siberia y Rusia asiática fueron «puestas a disposición» de los Estados Unidos y del Japón.

En París y en Londres, en Washington y en Tokio ya se repartían la piel del «oso ruso», pues no cabía duda de que éste iba a morir, y víctima de sí mismo. A los dirigentes políticos y militares de las potencias aliadas el Estado bolchevique les parecía extremadamente inestable y creían poder dominarlo por medio de conspiraciones, actos terroristas y revueltas antisoviéticas. Los contrarrevolucionarios rusos aceptaron gustosamente la propuesta de participar en estas actividades oportunistas.

**Los cosacos de Krasnov**

Al principio, los acontecimientos parecían dar la razón a los aliados. Se produjo una acción inmediata por parte del exprimer ministro del derrocado Gobierno provisional, Kerenski. Éste, con el general Krasnov, ordenó a un cuerpo de cosacos que marcharan hacia Petrogrado.

Los rebeldes no dudaban de la victoria final porque el recién formado Gobierno soviético no poseía fuerzas regulares; pero, a medida que los cosacos iban avanzando hacia la capital, toda la población obrera se puso en pie de guerra para defender la ciudad. Los cosacos fueron detenidos y derrotados en las alturas de Pulkovski. La fuerza, sin embargo, no fue la única arma de los bolcheviques: resultó más eficaz la simple proclama dirigida a los cosacos por los defensores de Petrogrado. El marino Pavel Dibenko —un ministro del Gobierno soviético— se introdujo de noche en el campamento de los cosacos; allí organizó un mitin y convenció a aquel insólito auditorio de que era necesario no sólo poner fin a aquella rebelión contra los soviéticos sino también de que se debía detener a los organizadores de la revuelta: Kerenski y Krasnov. La acción del audaz ministro, de sólo veintiocho años de edad, fue impecable: los cosacos detuvieron a Krasnov y lo entregaron a las autoridades soviéticas. Los vencedores se comportaron generosamente y, después de haberle hecho prometer que nunca más tomaría parte en actividades antisoviéticas, pusieron en libertad al general rebelde. Krasnov, sin embargo, no cumplió su palabra y dirigió un Ejército Blanco de cosacos del Don, en el Sur del país. En cuanto a Kerenski, fue informado a tiempo sobre la «visita» que iba a hacerle Dibenko, y huyó al extranjero.

Apenas los Guardias Rojos se hubieron enfrentado con las sucesivas revueltas —las de los cosacos, en el Don y en las estepas de Orenburg—, cuando Alemania atacó a lo largo de todo el frente ruso-alemán. El Gobierno soviético dirigió a la nación un llamamiento apasionado y urgente para que acudiera a la defensa de la patria socialista. La respuesta fue inmediata y, en el mes de febrero, una masiva movilización de voluntarios dio nacimiento al que luego se llamó «Ejército Rojo». El 3 de marzo de 1918, en Brest Litovsk, una delegación soviética firmó las durísimas condiciones de paz impuestas por los alemanes.

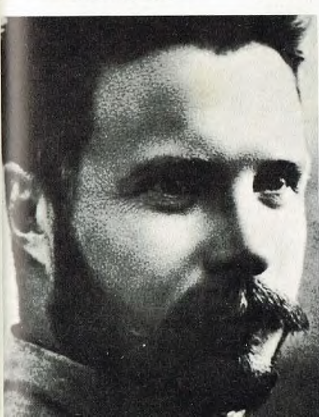
**La intervención de los aliados**

Los acontecimientos del invierno 1917-18 pusieron de manifiesto que el poder de los soviets era mucho más estable de lo que creían sus enemigos de dentro y de fuera de Rusia. Ya en la conferencia de primeros ministros y ministros de Asuntos Exteriores de Francia, Italia y Gran Bretaña, celebrada en Londres el


Врангель
ДОНЕЦКИЙ БАССЕЙН







15 de marzo, se volvió a plantear la «cuestión rusa». Las conclusiones fueron comunicadas a los Estados Unidos, al día siguiente, por Arthur Balfour, ministro de Asuntos Exteriores británico; éste declaró que para evitar que los alemanes ocuparan Rusia había «sólo un medio: la intervención aliada».

No se perdió tiempo en demoras: en marzo de 1918 desembarcaron en territorio soviético —en Murmansk— las primeras unidades de tropas extranjeras transportadas por el crucero inglés *Glory*. Poco después, cerca de la mencionada ciudad, el crucero francés *Amiral Aube*, el norteamericano *Olympia* y otros barcos de guerra desembarcaron cuantiosos refuerzos.

A principios de abril empezaron los desembarcos de contingentes japoneses en Vladivostok, y en agosto siguieron los de tropas británicas, norteamericanas y de otros países. Así, con el falso pretexto de defender los intereses de las naciones aliadas contra «la amenaza alemana», empezó la intervención en Rusia. Sin embargo, en la primavera de 1918, cuando la Primera Guerra Mundial todavía no había terminado, las potencias occidentales no estaban en condiciones de alejar muchas tropas del frente alemán para enviarlas a luchar contra la República Soviética. Por este motivo decidieron utilizar la Legión Checoslovaca, constituida en Rusia en 1917 con prisioneros de guerra, antiguos oficiales y soldados del Ejército austrohúngaro que habían manifestado el deseo de luchar por la liberación de los territorios eslavos dominados por los Habsburgo. En el verano de 1918, la Legión contaba con unos 50.000 hombres y constituía una poderosa fuerza militar.

**La rebelión checoslovaca**

El Gobierno soviético autorizó a la Legión Checoslovaca para que se trasladase a Francia a través de Siberia y Vladivostok, pero a fines de mayo de 1918 —cuando contingentes de soldados checos en marcha hacia Vladivostok se hallaban diseminados a lo largo de toda la línea del ferrocarril transiberiano—, la Legión empezó a rebelarse abiertamente. Más allá del Volga y de los Urales había sólo pequeños destacamentos locales de tropas soviéticas, que no podían oponer resistencia a los bien organizados y bien armados checoslovacos.

*Izquierda:* **otro cartel bolchevique; aquí, el Ejército Rojo descarga su ímpetu arrollador contra Wrangel, Kolchak y Denikin.** *Arriba:* **Wrangel, el último general blanco derrotado por los rojos.** *Centro:* **el almirante Kolchak, quien durante algún tiempo gobernó una Siberia independiente reconocida por la diplomacia internacional.** *Abajo:* **Frunze, que lanzó a los bolcheviques contra Wrangel y Kolchak.**

La rebelión alcanzó rápidamente vastas proporciones cuando numerosos grupos de contrarrevolucionarios locales y de tropas extranjeras apoyaron a los rebeldes.

Los alemanes, violando las condiciones del Tratado de Brest Litovsk, ocuparon Crimea, penetraron en el Cáucaso y ayudaron al general Krasnov a derrotar a las fuerzas soviéticas en la región del Don, y en ésta reclutaron un gran ejército de cosacos blancos.

Tropas británicas entraron en Transcaucasia y en la región de Kazajstán, y conquistaron Bakú y otros importantes centros económicos. Con el apoyo de tropas británicas y francesas, los generales Alexeiev y Denikin formaron el «Ejército Voluntario», contrarrevolucionario, en el norte del Cáucaso.

Los intervencionistas ocuparon toda la costa del mar Blanco y el importante puerto de Arcángel.

Así terminó para la Rusia comunista un breve período de paz. El Gobierno soviético pronto perdió el control de tres cuartas partes del país y tuvo que hacer frente a un peligro que amenazaba un frente de casi diez mil kilómetros. Su Ejército de 300.000 hombres se enfrentaba con 700.000 soldados enemigos.

En la primavera de 1918, la República Soviética introdujo el servicio militar obligatorio. Se creó una extensa red de escuelas para formar jefes militares, y se invitó a millares de exoficiales zaristas a alistarse en el Ejército Rojo.

En tres meses, a tiempo para afrontar la nueva amenaza, el número de soldados pasó a ser casi el doble. Checos y Guardias Blancos aparecieron en la región del curso medio del Volga, amenazando a las regiones centrales de la República Soviética. Fueron ocupadas zonas productoras de metales, petróleo, carbón y algodón. Fábricas y talleres tuvieron que parar por falta de combustible y de materias primas y se agravó la escasez de alimentos.

El Alto Mando del Ejército Rojo recibió la orden de concentrarse en el frente oriental. «Ahora el destino entero de la Revolución se juega a una sola carta: una rápida victoria sobre los checoslovacos en el frente de Kazán-Urales-Samara. Todo depende de esto», escribió Lenin.

En el curso de la lucha contra los checos se creó el Consejo Revolucionario de




*Arriba.* **Cartel con el siguiente pie: «¡Camaradas! Alistaos en el Ejército Rojo.» En la bandera: «¡Viva la entrega general de armas al proletariado!»**

la Guerra para la dirección centralizada de las fuerzas armadas. La concentración de fuerzas en el frente elegido, la sustitución de métodos de guerra semipartisanos por formas regulares de organización militar, el endurecimiento de la disciplina y la centralización del mando pronto se tradujeron en importantes éxitos militares. Se consiguió por fin el apoyo de las primeras unidades de la aviación soviética. En septiembre de 1918, los rebeldes checoslovacos y los Guardias Blancos fueron arrojados de Kazán y de Simbirsk. En el frente oriental, el Ejército Rojo pasó de la defensiva al ataque, liberó de tropas enemigas la región del medio Volga y avanzó con decisión hacia los Urales.

**Un campamento militar**

Los acontecimientos del verano de 1918 convencieron finalmente a los dirigentes soviéticos de que sólo se podía ganar la guerra civil mediante la utilización a fondo de todas las reservas. El 2 de septiembre de 1918, el supremo órgano legislativo de la República Soviética publicó un decreto en que se declaraba: «La República Soviética se ha convertido en un campamento militar. A la cabeza de todos los frentes y de todas las instituciones militares se halla el Consejo Revolucionario de la Guerra con un solo comandante en jefe. Todas las energías y los recursos de la República socialista quedan puestos al servicio del sagrado deber de luchar con las armas contra el agresor.»

El Ejército Rojo se fue transformando gradualmente en una fuerza de combate, capaz de resistir el asalto de numerosos enemigos e incluso de desencadenar violentos contraataques.

En el otoño de 1918 ocurrieron en el escenario internacional y en la misma Rusia una serie de acontecimientos que modificaron el equilibrio de fuerzas e influyeron de forma decisiva en el curso de la guerra civil. El final de la Primera Guerra Mundial permitió al pueblo soviético anular las injustas condiciones que los alemanes les habían impuesto con la firma del Tratado de Brest Litovsk.

Por otra parte, los dirigentes aliados ahora podían contar, para resolver la «cuestión rusa», con las fuerzas militares que acababan de quedar disponibles. Ya en el verano de 1918 se crearon gobiernos locales (naturalmente, llamados «democráticos») en Siberia, en los Urales y en la región del Volga, bajo el amparo de los intervencionistas y con la participación de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios.

**El «jefe supremo de Rusia»**

Pero cuando en el frente oriental los primeros éxitos de los contrarrevolucionarios se convirtieron en derrotas, en Siberia quedó desenmascarada la democracia. Llevado a Siberia por los aliados y nombrado ministro de la Guerra del «gobierno» siberiano, el antiguo almirante zarista Alejandro Kolchak organizó un golpe de Estado en noviembre de 1918, instauró una severa dictadura militar y fue proclamado «jefe supremo de Rusia», con la misión de crear un ejército numeroso y potente, capaz de aplastar a los bolcheviques con la ayuda de los aliados. Kolchak impuso la movilización en los vastos territorios bajo su control, con los suministros en cantidades ilimitadas que pusieron a su disposición las potencias occidentales. En un corto período de tiempo los Estados Unidos suministraron 200.000 fusiles, 220.000 granadas, muchos cañones y ametralladoras, y 350.000 pares de botas. Según el testimonio de Winston Churchill, el ejército de Kolchak en aquel tiempo recibió, solamente de fuentes británicas, unas 100.000 armas de fuego.

Al mismo tiempo los aliados incrementaron rápidamente el número de sus propias tropas en la Rusia oriental: en diciembre de 1918 se encontraban allí cerca de 200.000 soldados extranjeros, de los cuales más de 100.000 eran japoneses.

Las decisivas operaciones militares de la guerra civil empezaron en marzo de 1919, cuando Kolchak trató de conseguir una victoria definitiva. Su ejército, que entonces contaba entre 130.000 y 145.000 hombres, con 1.300 ametralladoras y 211 cañones de campaña, tenía enfrente fuerzas soviéticas superiores en más de 100.000 hombres, con 1.882 ametralladoras y 374 cañones de campaña.

Kolchak asestó el primer golpe importante sobre el sector septentrional de los 2.000 kilómetros del frente oriental, pero fracasó en su intento de reunirse con los antibolcheviques en la costa del mar Blanco. Sin embargo, más al sur, en dirección de Ufa —donde los blancos aventajaban numéricamente a los rojos por cuatro a uno—, lograron romper el frente y empezaron un rápido avance hacia el Volga.

Los bolcheviques se replegaron y enviaron al frente, con toda urgencia, a los comunistas recién movilizados, a lo largo de carreteras pantanosas y a través de ríos crecidos por el deshielo. Un contraataque sobre el flanco de Kolchak —planeado por Mijaíl Frunze, comandante del ala sur— rechazó a los ejércitos blancos hasta sus posiciones de partida. El contraataque se





*Arriba:* **alistamiento de jóvenes para el nuevo Ejército Rojo (Moscú, 1918). La movilización general dobló el número de soldados, que llegó a los 600.000.**
*Abajo.* **Enero de 1918: grupos de partisanos rojos en la ciudad de Eupatoria (Crimea) al principio de la lucha destinada a establecer el dominio comunista en la península, conflicto que se prolongó durante tres años.**



*Arriba:* **presidido por un anciano, un grupo de voluntarios de los primeros tiempos del Ejército Rojo se hace fotografiar (1918). Ese mismo año se estableció el servicio militar obligatorio.**



**Marinos rojos atacan a las fuerzas de Yudenich; estos marinos formaban parte de las disciplinadas tropas que rechazaron a los abigarrados ejércitos de los generales blancos. Durante la guerra civil se procedió a la fundación del Ejército Rojo y a la institución de un mando centralizado de las fuerzas rusas.**

transformó en un avance general a través de los Urales y hacia el interior de las vastas llanuras siberianas.

A medida que el Ejército Rojo avanzaba, los campesinos siberianos se convertían en guerrilleros y tomaban las armas contra la dictadura terrorista de Kolchak y de los ejércitos blancos en los que habían sido forzados a servir. Falto de toda base social, el ejército de Kolchak fue disolviéndose, y los pocos soldados que permanecieron adictos a este general huyeron hacia el este junto con los intervencionistas y las «misiones aliadas».

Cuando los trabajadores de Irkutsk, levantados en armas, ocuparon la ciudad y obstruyeron la única ruta de escape, los representantes de los aliados fueron autorizados para retirarse (después de restituir las reservas de oro ruso capturadas el año anterior y traicionar a Kolchak). Éste, el «jefe supremo de Rusia», fue fusilado en febrero del año 1920, tras la ocupación de la ciudad por los bolcheviques.

**El Norte, el Oeste y el Sur**

Mientras tanto, el encarnizamiento y las proporciones del conflicto armado habían aumentado en los demás frentes. En el Norte, en los alrededores de Murmansk y Arcángel, los aliados elevaron el número de sus tropas hasta 22.000 hombres, a los cuales se unieron 7.000 blancos. A pesar de ello, al enfrentarse con la feroz resistencia de unidades rojas, débiles numéricamente, pero tenaces en extremo, estas fuerzas no lograron ningún éxito.

En el Sur, el general Krasnov, con un ejército de 50.000 hombres, ocupó toda la región del Don, amenazó Voronezh e intentó tomar Tsaritsin.

En el norte del Cáucaso las fuerzas de los «Voluntarios» Blancos, muchos de cuyos batallones estaban formados casi exclusivamente de antiguos oficiales, ocupaban ricos territorios de importancia vital.

En noviembre de 1918 aparecieron en el mar Negro escuadras navales aliadas, que ocuparon los puertos más importantes del litoral ruso —Novorossiisk, Sebastopol, Odessa— y desembarcaron numerosas fuerzas expedicionarias. El ataque en el frente meridional prometía un pingüe botín a los intervencionistas, pues en aquella zona existían grandes yacimientos de petróleo, carbón, minerales de hierro y manganeso. El Cáucaso septentrional, Crimea y Ucrania eran los graneros de la nación. Allí las tropas aliadas podían contar inmediatamente con las considerables fuerzas armadas de la contrarrevolución local. Las carreteras hacia Moscú eran mucho mejores, y relativamente cortas.

Pero los bolcheviques también habían aprendido el arte de la guerra. El Comité Central Ejecutivo Panruso de los Soviets —el 30 de noviembre de 1918— decidió «crear un Consejo de Defensa de trabajadores y campesinos bajo la presidencia del camarada Lenin como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo (primer ministro).»

En una de las primeras sesiones del Consejo de Defensa, se publicó un decreto: «El Consejo de Defensa aprueba el proyecto de formación de un ejército con una fuerza total de 1.500.000 hombres y 300.000 caballos.»

**Comunismo de guerra**

Hoy es difícil imaginar la miseria y la ruina que tuvieron que afrontar Lenin y sus compañeros en su tarea de crear un ejército de masas y de organizar los suministros de armas, uniformes, equipos y alimentos.

Para conseguirlo se aplicó rigurosamente la política del «comunismo de guerra». Los transportes y las industrias fueron puestos totalmente al servicio de las necesidades del frente. Cada litro de petróleo y cada kilogramo de metal, de carbón, de algodón y de pan fueron cuidadosamente utilizados por un sistema centralizado según las necesidades primordiales. Los campesinos fueron obligados a entregar al Estado sus excedentes de cereales, que así dejaron de afluir al mercado libre.

El Ejército Rojo creció rápidamente. A principios del año 1919 militaban bajo sus banderas más de un millón de hombres. La primavera de 1919 presenció otro fortalecimiento importante de las posiciones de los bolcheviques. El VIII Congreso del Partido Comunista anunció una política de estrecha unión con el grupo social que constituía cerca del sesenta por ciento de la población rural: el formado por los pequeños propietarios agrícolas. Éstos, al principio de la guerra civil, se habían mantenido neutrales, y el poder soviético sólo se apoyaba en los obreros de las regiones



**El general Yudenich, que tuvo bajo su mando un ejército blanco en Estonia y atacó duramente, aunque sin éxito, la ciudad de Petrogrado.**

industriales, en los labriegos asalariados y en los campesinos más pobres. La alianza con los pequeños propietarios amplió, pues, la base social del poder soviético y la superioridad de las fuerzas revolucionarias se hizo abrumadora.

En el Sur, el Ejército Rojo, recién reforzado, pudo arrojar a Krasnov de Voronezh y Tsaritsin, y rechazarlo más hacia el sur.

Durante un corto tiempo las tropas soviéticas ocuparon casi toda Ucrania y se encontraron frente a las fuerzas aliadas. En las regiones dominadas por los intervencionistas, algunos bolcheviques, actuando como agentes secretos, arriesgaron sus vidas para demostrar a los soldados y marinos aliados los auténticos objetivos de la acción militar soviética.

### «Fuera de la Rusia soviética»

En los propios países aliados el pueblo pedía cada vez más abiertamente: «¡Fuera de la Rusia soviética!» Bajo la influencia de este estado de ánimo, el ejército intervencionista, que hasta hacía poco había parecido una temible amenaza, se desintegró. Tanto los barcos como los regimientos se negaron a presentar batalla. El Alto Mando aliado se vio obligado a entregar Jerson, Nikolaiev y Odessa sin casi resistencia, y se apresuró a evacuar sus tropas del territorio ucraniano.

Cuando el Ejército Rojo avanzó hacia el interior de Crimea, los marinos franceses izaron banderas rojas y pidieron la vuelta inmediata a su país.

También las tropas británicas se negaron a luchar contra los rusos. Como dijo el primer ministro británico, Lloyd George, en la Cámara de los Comunes el 16 de abril de 1919: «Rusia... no ha sido nunca conquistada por un enemigo extranjero, aunque ha sido invadida con éxito varias veces. Es un país en el que es fácil entrar, pero del que es muy difícil salir.»

### El ejército de Denikin

Mientras tanto, los cuadros contrarrevolucionarios concentrados en el Sur habían formado tres ejércitos bajo el mando de Denikin. Las potencias aliadas les proporcionaron dinero, armas, y todo lo necesario para combatir a los bolcheviques. En mayo de 1919, la contrarrevolución en el Sur contaba con unos 100.000 hombres entre oficiales y soldados, con poderosas fuerzas de caballería, y con trenes blindados, tanques y aviación.

En un momento en que la atención y las fuerzas de la República Soviética estaban todas dedicadas a la lucha contra Kolchak, el ejército de Denikin marchó desde el Cáucaso septentrional hacia las inmensas estepas entre el Volga y la cuenca inferior del Dniéper, ocupó las vastas regiones del bajo Volga, la región del Don y la Ucrania oriental, y conquistó Tsaritsin, la cuenca del Donetz y Jarkov. En su avance, el Ejército Blanco engrosó sus filas con cosacos del Don y kulaks —los campesinos ricos— del sur de Ucrania. En el verano de 1919, Denikin tenía bajo su mando a más de 150.000 hombres entre oficiales y soldados. Se convenció de que con tales fuerzas le sería posible asestar un golpe definitivo a los bolcheviques, y el 3 de julio dio la orden de atacar Moscú.

### «¡Todos contra Denikin!»

El centro de gravedad de la lucha armada osciló de nuevo hacia el Sur. «¡Todos contra Denikin!» se convirtió durante aquel verano en la consigna nacional, mientras Denikin avanzaba hacia Moscú. Kursk fue conquistada el 20 de septiembre. En un ataque concentrado, divisiones escogidas del «Ejército Voluntario» alcanzaron Orel. No muy lejos de allí queda Tula, entonces el primer arsenal de la Rusia soviética. Y más allá de Tula se halla Moscú. Por primera vez en todo el curso de la guerra, los Guardias Blancos habían logrado penetrar en el interior de las regiones centrales del país.

Todas las reservas disponibles fueron lanzadas al frente del Sur. Los combates alcanzaron una violencia sin precedentes cuando poderosas fuerzas de choque, concentradas por el mando soviético en la región de Orel y Voronezh, se lanzaron al contraataque. Los Guardias Blancos entraron en Orel el 13 de octubre, pero unos pocos días después fueron desalojados. Las mejores divisiones de Denikin, gravemente diezmadas, quedaron dispersas.

Cerca de Voronezh la caballería soviética infligió una aplastante derrota a los cuerpos de la mejor caballería del ejército de Denikin. El contraataque sobre el frente del Sur pronto se convirtió en una ofensiva general contra Denikin en todo el escenario meridional de la guerra civil.

A principios de 1920, después de haber limpiado la región comprendida entre Orel y Rostov, el Ejército Rojo alcanzó el mar de Azov y el mar Negro, y en febrero y marzo logró derrotar al ejército de Denikin que se encontraba en la región norte del Cáucaso. Una pequeña fracción de este ejército consiguió mantener un reducto en Crimea, contra el que se tomarían medidas más tarde.

**El general Denikin durante una inspección de sus fuerzas de choque.**







*1* La caballería roja de Trotski se dirige a Kazán para expulsar de la ciudad a las fuerzas de Kolchak. La ocupación de Kazán por los comunistas puso fin al avance del exalmirante zarista hacia el oeste. A pesar de su superioridad numérica inicial, Kolchak fue rechazado hasta más allá de los Urales. *2* Un cartel apenas fijado informa a la población sobre la conquista de la ciudad de Kazán por los bolcheviques.

Durante la lucha contra Kolchak en oriente y contra Denikin en el sur, los Guardias Blancos del Báltico empezaron a avanzar hacia Petrogrado al mando del general Yudenich. Fueron detenidos, derrotados y rechazados hacia el interior de Estonia en noviembre de 1919.

En un solo año, entre marzo de 1919 y marzo de 1920, el pueblo soviético había infligido una derrota total a las principales fuerzas de la contrarrevolución.

Durante la primavera de 1920 el pueblo soviético trató de aprovechar todos los días de paz para trabajar en la reconstrucción del país. Los ejércitos fueron transformados en unidades de trabajo, dejando por un tiempo los fusiles a un lado para reconstruir líneas férreas, puentes, fábricas y minas.

**La guerra ruso-polaca**

Pero en aquellos momentos, exasperadas por las recientes derrotas, las fuerzas de la reacción estaban preparando, febrilmente, nuevas aventuras militares. Incitada por los Gobiernos de las potencias aliadas, Polonia declaró la guerra a Rusia y, a principios de mayo, sus ejércitos tomaron Kiev y parte de Ucrania. Este triunfo, sin embargo, fue efímero. El pueblo soviético envió a la defensa de sus fronteras occidentales las divisiones de un Ejército Rojo endurecido por muchas batallas.

Los invasores polacos fueron arrojados del territorio soviético en el verano de 1920, y la lucha se trasladó al interior de Polonia. Las tropas soviéticas llegaron hasta los suburbios de Varsovia y Lwow, aunque pronto fueron forzadas a replegarse hacia las fronteras de la Rusia Blanca y de Ucrania.

Por su parte, el Gobierno polaco, como no disponía de las fuerzas necesarias para continuar la guerra, aceptó firmar la paz en condiciones considerablemente menos ventajosas que las propuestas por el Gobierno soviético antes de la guerra.

Sólo entonces el Ejército Rojo pudo proceder seriamente a liquidar el último reducto de la oposición. El general Wrangel —sucesor de Denikin— todavía conservaba bajo su poder una parte considerable de Ucrania meridional y constituía una seria amenaza para la cuenca del Don.

**La victoria soviética**

La noche del tercer aniversario de la Revolución de Octubre, las tropas del frente meridional se lanzaron al asalto del reducto de Wrangel en Crimea. Las defensas del enemigo fueron destrozadas y el Ejército Rojo invadió Crimea. La derrota de Wrangel y la liquidación definitiva de sus fuerzas fue cuestión de pocos días. El 16 de noviembre, el general soviético Frunze envió a Lenin la noticia de la victoria final: «Hoy nuestra caballería ha tomado Kerch. El frente meridional está liquidado.»

Así terminó la guerra civil en Rusia. La revolución socialista había demostrado que se sabía defender contra la agresión. El nuevo sistema social y político había pasado por las pruebas más difíciles y había demostrado su propia fuerza. Ahora tenía que construir una nueva sociedad.

**S. V. Lipitsky**

# La victoria bolchevique

**Las complejidades del conflicto admiten distintas interpretaciones. Un historiador occidental examina aquí la guerra de los bolcheviques contra la oposición de los aliados y de los «rusos blancos».**

**Un soldado rojo firma el juramento militar (1919). Por aquel entonces el Ejército Rojo era ya un duro y bien disciplinado ejército que contaba un millón de hombres.**



La situación del Imperio Ruso después del colapso del régimen zarista en marzo de 1917 era caótica. Cualquier grupo disciplinado, militar o civil, podía haberse adueñado del poder, y varios lo intentaron. Pero ninguno parecía capaz de mantenerse en él durante mucho tiempo. En noviembre de 1917 llegó el turno a Lenin, y el «levantamiento armado» de sus bolcheviques tuvo éxito. Y, en realidad, fueron los bolcheviques los que empezaron la guerra civil, el 9 de septiembre de 1917, cuando su Comité Central votó a favor de la propuesta de Lenin de organizar un golpe de Estado en Petrogrado y derribar al Gobierno provisional dominado por los socialistas.

A pesar de que la palabra «bolcheviki» significa mayoría, en realidad los bolcheviques constituían tan sólo un ala minoritaria del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso y era evidente que sólo podrían mantenerse en el poder por medio de la fuerza. Casi en seguida después del «golpe de Estado», se les opuso una desmoralizada división de cosacos, y sólo la pudieron vencer con su habilidad política. Después de algunos combates sin resultado decisivo cerca de Petrogrado, y después que los jefes bolcheviques hubieron prometido hacer lo mismo, los cosacos se dejaron convencer y se retiraron. Los grupos contrincantes se comprometieron a intercambiar sus dirigentes para dar una inequívoca prueba de sus pacíficas intenciones. Los cosacos entregaron a su general, Peter Krasnov, pero Lenin no se dejó ver, y, aunque era una de las condiciones de la retirada pacífica, no dimitió de su cargo de jefe del Gobierno.

Este primer combate fue tan sólo una escaramuza de la guerra civil: la lucha real se inició inmediatamente después, cuando los bolcheviques empezaron a extender su poder por las provincias. Avanzaron muy lentamente y tardaron casi un mes en hacerse dueños del cuartel general del Ejército, y más de tres meses en tomar el supremo mando de las fuerzas armadas. Sin embargo, en febrero de 1918, habían conseguido aplastar a los dos principales protagonistas de la oposición en las provincias: los nacionalistas ucranianos y la Unión de Cosacos del Don. Aunque ambas organizaciones sufrieron una derrota militar y sus territorios fueron ocupados, no por esto quedaron destruidas. Sus fuerzas armadas se retiraron, los ucranianos bajo la protección de los alemanes, los cosacos a las estepas, y, después de reagruparse, dos meses más tarde volvieron a reivindicar a los bolcheviques sus territorios.

Todavía hoy los historiadores soviéticos no han logrado ponerse de acuerdo sobre cuándo empezó realmente la guerra civil. De 1917 a 1920, aparecieron, desaparecieron y reaparecieron nuevos oponentes y adversarios; en esta cuestión hay un punto que no admite duda: los bolcheviques eran capaces de defenderse contra todos ellos, uno tras otro. Las victorias militares les dieron la suficiente confianza en sí mismos para entregarse a empresas más pacíficas. En diciembre de 1917, cuando ya se encontraban en el poder, convocaron las primeras y últimas elecciones generales libres en el país. Pero los resultados fueron decepcionantes: obtuvieron unos diez millones de votos, mientras que los socialistas revolucionarios consiguieron dieciséis millones e incluso los perseguidos liberales obtuvieron casi dos millones. Lenin decidió no hacer caso de las elecciones y optó por la solución «militar». El éxito parecía asegurado: era un dirigente resuelto, no transigía sobre la disciplina de partido, sabía ser duro y no se dejaba desviar de sus objetivos. Ninguno de sus adversarios podía hacer alarde de cualidades parecidas, y, lo más importante de todo: los bolcheviques tenían un tipo de fe, muy rusa, en un comunismo mesiánico; creían firmemente que estaban llevando el progreso y un superior ordenamiento social a un Imperio retrógrado. Al principio, pusieron en práctica su fe: sacaron a Rusia de la Primera Guerra Mundial y distribuyeron entre los campesinos las tierras confiscadas a los grandes propietarios. Después concentraron todos sus esfuerzos en la guerra civil.

**Los enemigos de los bolcheviques**

Existía la posibilidad de una solución política de la crisis. Al fin y al cabo, los bolcheviques habían estado asociados en una coalición —aunque a regañadientes y con poca solidez— con el ala izquierda de los socialistas revolucionarios. Pero desde

el primer momento los dos aliados se miraron con desconfianza. En marzo de 1918 los socialistas revolucionarios de izquierda fueron expulsados de la coalición. Un intento de levantamiento, cuatro meses después, fue sofocado con facilidad. Lenin y su partido podían entregarse a la guerra civil.

Al firmar una paz separada con las potencias centrales, los bolcheviques incurrieron en la hostilidad de los aliados, lo que complicó la guerra civil y retrasó considerablemente la victoria bolchevique. Hasta noviembre de 1918, los aliados no pudieron hacer nada positivo contra los bolcheviques: se limitaron a pronunciar vanas amenazas y censuras morales. Es verdad que en marzo de 1918 los aliados lograron desembarcar fuerzas —de valor más simbólico que real— en Murmansk, Vladivostok y luego en Arcángel, pero aparentemente sólo para proteger el material bélico aliado.

Lenin rápidamente se aprovechó de estos nimios incidentes para justificar la guerra civil y para imponer la disciplina del partido, sosteniendo que los aliados primero habían desangrado a Rusia con la guerra y después se inmiscuían en sus asuntos internos.

**El papel de los checoslovacos**

En mayo de 1918 la Legión Checoslovaca, un ejército compuesto principalmente de prisioneros de guerra checos y eslovacos que había de llegar al frente occidental por medio del ferrocarril transiberiano y a través de Vladivostok, se rebeló contra los bolcheviques: Lenin pudo así hacer una nueva llamada al patriotismo ruso contra esta interferencia «extranjera».

Los checos, enrolados contra su voluntad en el Ejército austrohúngaro, ahora acogían con júbilo la oportunidad de luchar a favor de los aliados que habían prometido liberar Checoslovaquia de la dominación austrohúngara. Pero entre la Legión y los bolcheviques que habían hecho la paz con Alemania reinaba una desconfianza recíproca. Los checos temían cada vez más que se tomaran medidas contra ellos y los bolcheviques sospechaban que los aliados utilizaban la Legión para sus propios fines.

El equilibrio de la confianza acabó rompiéndose a causa de un incidente que se produjo en Cheliabinsk. En una noche los checos rebelados se hicieron dueños de la región del Volga central y de Siberia. Su éxito desencadenó la guerra civil general. Cuantos se oponían a los bolcheviques, en todas las regiones de Rusia, hicieron sus tentativas para adueñarse del poder. Los socialistas revolucionarios organizaron inmediatamente una serie de levantamientos en la Rusia central —en Vladimir, Ribinsk, Kazán, Simbirsk y, naturalmente, también en Moscú—. Después de una lucha encarnizada, estas insurrecciones fueron sofocadas y los bolcheviques continuaron dominando la Rusia central durante toda la guerra civil.

En la región del Volga, los socialistas revolucionarios tuvieron más suerte, bajo la sombra protectora de los soldados checos. Lograron formar un pequeño ejército, y, lo que es más importante, convocaron la Asamblea Constituyente cuyos miembros fueron elegidos en diciembre de 1917 y en la cual constituían el partido mayoritario. La Asamblea había de elegir un nuevo Gobierno que poco a poco sustituiría al formado por los bolcheviques. En definitiva, de esta Asamblea surgió un Directorio de amplias bases, pero que se manifestó demasiado débil. En septiembre de 1918, los bolcheviques contraatacaron, las fuerzas checas retrocedieron y se retiraron a Siberia, más allá de los Urales, la región del Volga fue nuevamente ocupada por los bolcheviques y la Asamblea, el Directorio y su pequeño ejército fueron dispersados, y algunos de sus miembros se unieron a los que estaban en Siberia.

En noviembre de 1918, los bolcheviques tenían tres adversarios principales: los blancos de Siberia —que tenían un gobierno regional y estaban constituyendo un ejército protegido por la Legión Checoslovaca—, los nacionalistas ucranianos —que habían restablecido su Estado independiente en marzo de 1918 con la ayuda de los alemanes—, y los cosacos del Don y los blancos meridionales, que restablecieron su Unión en mayo de 1918, después de que los alemanes hubieron infligido un grave revés a los ejércitos bolcheviques, poco antes de la paz de Brest Litovsk. En comparación con los conflictos que habían seguido al golpe de Estado de Lenin, estos nuevos adversarios auguraban una lucha difícil, y los bolcheviques se vieron forzados a crear un nuevo ejército que pudiera hacer frente a la situación. Trotski fue nombrado comisario de la Guerra y pronto se reveló eficaz.

En mayo, cuando empezó la lucha en gran escala, los bolcheviques sólo tenían el control de unos pocos destacamentos de Guardias Rojos (milicia obrera), varias unidades de marinos del Báltico y unas cuantas formaciones del Ejército que no habían sido desmovilizadas o que no habían desertado. Pero Trotski tuvo la suerte de disponer de una división entera de fusileros letones cuyo país estaba ocupado por los alemanes. Se negaron a disolverse y unieron su destino al de los bolcheviques poco después del golpe de noviembre. Alrededor de este núcleo Trotski creó el nuevo Ejército Rojo, en el que fueron enrolados a la fuerza campesinos recalcitrantes y antiguos oficiales zaristas. Este ejército, reforzado con obreros bolcheviques y comisarios políticos, combatió con éxito a sus adversarios: los eliminó a todos, pero tardó más de dos años en hacerlo, y los resultados a menudo fueron inciertos.

Mientras tanto, la Primera Guerra Mundial había terminado y los ejércitos alemanes y austrohúngaros empezaban a retirarse de Rusia. Los bolcheviques hicieron grandes esfuerzos para ocupar la mayor extensión posible de los territorios abandonados por los alemanes, pero no lograron poner fuera de combate a los «aliados» de Alemania: la Unión del Don y los ucranianos. Estos últimos hicieron un espectacular cambio interno, en virtud del cual un gobierno de izquierdas sustituyó al gobierno de Skoropadski, protegido de los alemanes, y durante un tiempo los bolcheviques fueron mantenidos a raya. Entonces la Unión del Don se sometió al movimiento de los Voluntarios Blancos y se puso al servicio de los aliados. Afortunadamente, el invierno obligó a poner término al enfrentamiento en gran escala y ambas partes se prepararon para proseguir la lucha al llegar la primavera.

Una vez terminado el conflicto mundial, las amenazas de los aliados occidentales parecían más reales, pero éstos, exhaus-

*Derecha:* **mapas con las vicisitudes de la guerra civil. 1: los meses que siguieron a la Revolución. Luego, Kolchak fue derrotado en el este, pero los blancos y los polacos avanzaban por el oeste y el sur (2). Sólo después de haber derrotado a los polacos, el Ejército Rojo pudo lanzarse a fondo para sofocar los últimos vestigios de resistencia en Crimea (3).** *Arriba, derecha:* **insignias de la guerra civil acuñadas por los blancos: cruz conmemorativa de la máxima aproximación de Yudenich a Petrogrado;** *abajo,* **insignia de la infantería cosaca del general Alexeiev; cruz de los cosacos del Don conmemorativa de su primera campaña en las estepas durante la guerra civil.** *Al pie:* **la depreciación del rublo en billetes: al término de unos tres años, el valor de ese papel moneda llegó a ser unas 4.000 veces inferior al inicial.**

**Febrero 1918 - Marzo 1919**

1

Frente ruso en febrero 1918
Territorio bajo dominio bolchevique
Territorio ocupado por los alemanes y sus aliados
Territorio ocupado por Rumania
Avance del Ejército Rojo
Avance blanco
Intervención aliada
Avance alemán

**Marzo - Octubre 1919**

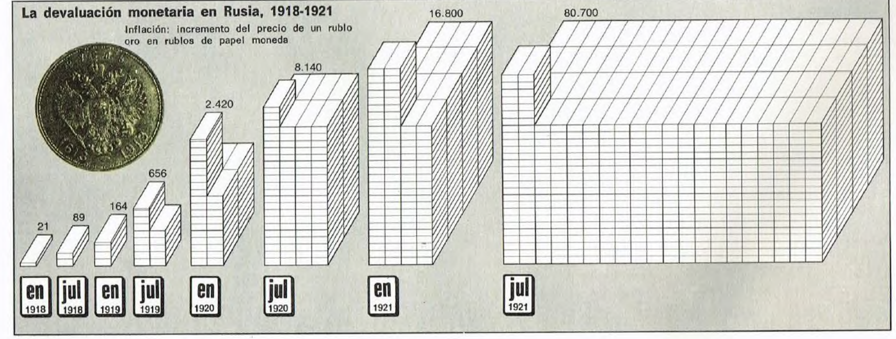
2

Territorio bajo dominio bolchevique
Frentes a fines de mayo
Territorio ocupado por el Ejército Rojo hasta fines de agosto
Frentes a fines de agosto
Avance del Ejército Rojo
Avance blanco
Intervención aliada
Ocupación aliada

**Octubre 1919 - Marzo 1920**

3

Territorio bajo dominio bolchevique en octubre de 1919
Territorio ocupado por el Ejército Rojo hasta fines de marzo de 1920
Límites del poder bolchevique a fines de marzo de 1920





«Fuego en el hielo.» Así, más o menos, cabría titular esta pintura del artista soviético Grekov alusiva a la conquista de Novocherkassk, en el Don, por las tropas comunistas. El predominio de los tonos azules acaba de hacer quizá más glacial y contrastante el marco de esta fogosa carga de caballería.

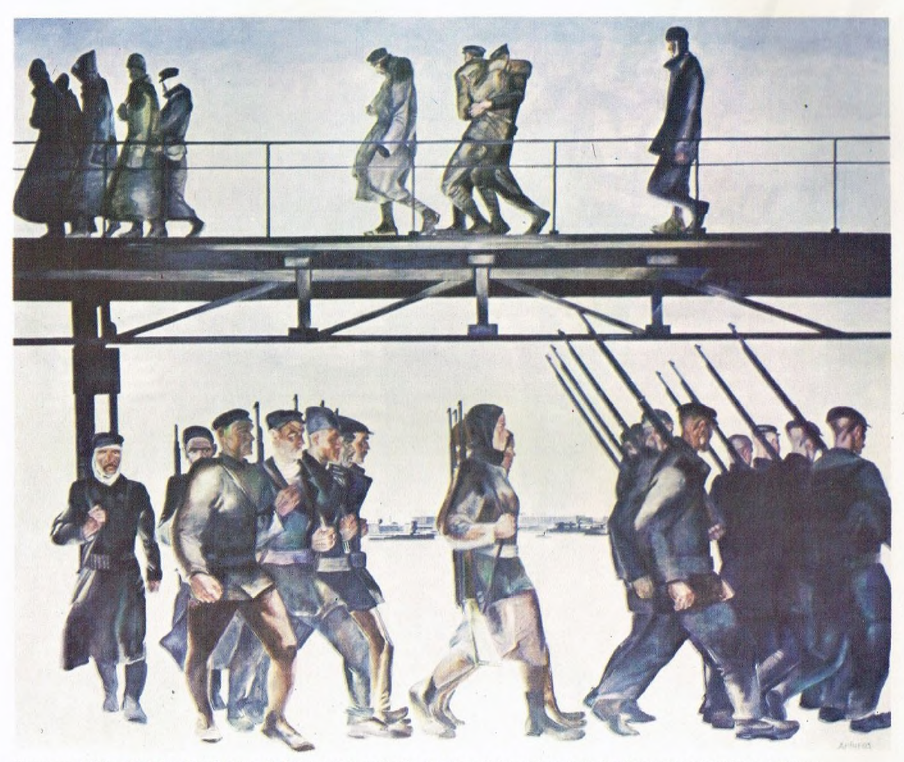




**Oficiales blancos en un transporte de tropas (1918). Usaban todavía sables, o espadas, y charreteras, símbolos de una autoridad que rápidamente se iba deteriorando.**

tos por la guerra, no intervinieron decisivamente contra los bolcheviques, y se limitaron a ofrecer ayuda moral y material a sus adversarios. Los franceses desembarcaron en Odessa, en la Rusia meridional, una división colonial, a la que más tarde se añadieron dos divisiones griegas. Estas fuerzas habían de constituir un escudo protector detrás del cual se formarían los ejércitos voluntarios del general Denikin. En Siberia la situación era similar: tras el escudo protector de las unidades checas, los blancos estaban preparando sus ejércitos con la ayuda de expertos aliados. En el noroeste, en cambio, el general Yudenich intentaba formar un ejército sin ningún escudo protector. Los polacos y ucranianos, que acababan de obtener la independencia, se disponían a defenderse.

Pero esta concentración en los problemas militares, a la larga resultó fatal. Pronto se vio claro que la ayuda militar de los aliados resultaría insuficiente y los acontecimientos probarían que los «escudos» checos y franceses estaban totalmente desmoralizados y eran incapaces de ayudar a los blancos. Estos últimos, por otra parte, no podían crear movimientos políticos que respaldaran a sus nuevos ejércitos, ni tampoco se mostraron capaces de administrar los territorios que estaban bajo su control. Los esfuerzos de los blancos quedaban paralizados por la falta de unidad y las decisiones ambiguas tomadas por los aliados sólo sirvieron para socavar todavía más la moral de los blancos. El dilema, en Rusia, consistía en ayudar a los blancos a derrotar definitivamente a los bolcheviques, o en no ayudarlos en absoluto. En lugar de esto se entregaba a los blancos equipo bélico sobrante y se les aseguraba que su superioridad moral acabaría por hacerlos dueños del país.



**Pintura soviética titulada «La defensa de Petrogrado», episodio en el cual los paisanos, bajo el mando bolchevique, tomaron las armas contra Krasnov y Kerenski.**

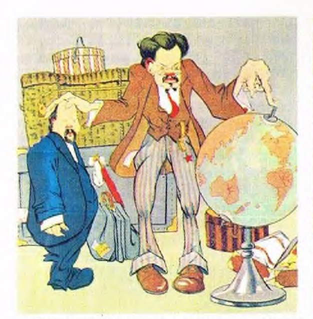
**Primavera: avance de los bolcheviques**

Después de la inactividad invernal, los primeros en atacar fueron los siberianos. En marzo de 1919 el almirante Kolchak, que en noviembre de 1918 se había adueñado del poder en Siberia por medio de un golpe de Estado, emprendió su ofensiva y consiguió una sorprendente victoria. Sus ejércitos avanzaron desde los Urales hasta el Volga —distancia muy considerable—, pero ante el contraataque de los bolcheviques se dejaron dominar por el pánico y sobrevino una desbandada general. El Ejército bolchevique, relativamente pequeño, penetró entonces hacia el interior de Siberia, diezmando a todos los ejércitos blancos a medida que avanzaba. El almirante Kolchak, entregado por sus antiguos aliados checoslovacos, fue ejecutado en Irkutsk. Por su parte, la Legión Checoslovaca se vio obligada a concluir un armisticio con los bolcheviques, y éstos únicamente se detuvieron cuando en 1920 llegaron a la provincia marítima ocupada por el Ejército japonés. Sólo dos años más tarde se retiraron los japoneses, abandonando a los blancos a merced de sus adversarios bolcheviques.

En Rusia meridional, el general Denikin consiguió formar un considerable ejército que en julio de 1919 lanzó a la ofensiva con órdenes de conquistar Moscú. Pero de nuevo la falta de fuerza política impidió que los Voluntarios vencieran. El régimen del general Denikin era puramente militar. Los ejércitos estaban respaldados por un consejo político que contaba con representantes de todos los partidos políticos de Rusia, pero se ocupaban más de neutralizarse unos a otros que de ganar la guerra o apoyar al Ejército. Así, después de las primeras victorias militares los políticos se negaron a seguir a los


К 10 ТИ
ЛЕТИЮ

*Izquierda:* **la Unión Soviética no olvidó el papel desempeñado por Gran Bretaña en la intervención. En este cartel, que conmemora el décimo aniversario de la «heroica defensa de Petrogrado», el rostro siniestro de Gran Bretaña acecha detrás de Yudenich, mientras el general zarista contempla la derrota de sus tropas y tanques ante el Ejército Rojo.**






*Arriba, izquierda:* **en esta caricatura antibolchevique, Trotski busca un lugar interesante adonde mandar a uno de sus agentes, con abundante equipaje, para que provoque allí una revolución. Los bolcheviques tuvieron escaso éxito en el extranjero e incluso en su mismo país la supervivencia se les hizo difícil.**
*Arriba, derecha:* **caricatura bolchevique donde capitalistas y clérigos lloran, sobre la tumba de la contrarrevolución, por los generales blancos caídos.** *Abajo:* **un tren durante la guerra civil; el transporte era caótico y escaso.**



ejércitos para organizar una administración civil en los territorios conquistados y exponer sus objetivos políticos a la población. Por el contrario, los «liberados» aprendieron muy pronto que los dominadores militares blancos no eran mejores que los bolcheviques. Su dominio significaría probablemente la vuelta de los antiguos propietarios cuyas tierras cultivaban los campesinos. Esta falta de apoyo civil entorpeció el avance de los blancos, y la incompetencia militar causó el colapso definitivo. En enero de 1920 el general Denikin se encontró otra vez en su punto de partida, en Rusia meridional. Un golpe audaz lo arrojó del poder, pero su sucesor, el general Wrangel, sólo se mantuvo en el mando hasta que los bolcheviques pudieron reunir suficientes fuerzas para infligirle un golpe mortal. En noviembre de 1920 el Ejército Rojo irrumpió en Crimea. Unos dos millones de blancos fueron obligados a retirarse. Los Voluntarios y el movimiento cosaco en el Sur fueron eliminados.

Mientras luchaban contra Denikin y Wrangel, los bolcheviques tenían que hacer frente a otras amenazas de orden estrictamente militar. Quizá la más peligrosa fue la del general Yudenich, que a la cabeza de un ejército heterogéneo, reunido en las provincias bálticas, atacó Petrogrado dos veces. En el segundo intento, en noviembre de 1919, sus ejércitos llegaron a los suburbios de la ciudad. La ofensiva fue detenida y el ejército de Yudenich acabó totalmente disuelto.

Los bolcheviques tuvieron que hacer frente a otra amenaza: el intento combinado de polacos y ucranianos, cuyo objetivo era la restauración de una Ucrania nacionalista. Previamente, los nacionalistas ucranianos habían sido derrotados por la embestida de los bolcheviques, los Voluntarios, y los mismos polacos que ahora eran sus aliados. Los ucranianos exponentes de las fuerzas izquierdistas hicieron una llamada a los campesinos para que apoyaran a los ejércitos polacos que invadieron la región bajo el mando del mariscal Pilsudski y conquistaron la capital, Kiev, en sólo tres semanas. Pero pocos ucranianos se unieron a los polacos, que tuvieron que replegarse ante la superioridad estratégica de los bolcheviques; éstos los obligaron a retirarse a Polonia y llegaron a amenazar la capital polaca, hasta que Pilsudski hizo retroceder a los bolcheviques hasta Rusia. La paz que firmó con éstos en 1921 marcó el final de la guerra civil.

**J. F. N. Bradley**

## La Checa, instrumento del Terror Rojo

Para la opinión pública mundial, la policía secreta soviética se convirtió en sinónimo de terror arbitrario y sádico: las detenciones en plena noche, las torturas por meras sospechas, y, para los más afortunados, la pena de trabajos forzados en algún remoto campo de prisioneros donde ni siquiera quedaba registrado su nombre. Lenin, sin embargo, no era un hombre cruel; él y sus seguidores se esforzaban en crear una sociedad que pudiera proporcionar una vida feliz al mayor número de personas; el terror sólo era un medio controlado para combatir a unos determinados enemigos: los burgueses. Para los bolcheviques, el fin justificaba los medios.





*Arriba:* **Felix Dzerzhinski, padre de la Checa.** *Abajo:* **dibujo de una sádica funcionaria de la Checa hecho por un ruso exiliado.**

**Una sección especial**

Cuando se disolvió el Comité Revolucionario Militar que había llevado a cabo el golpe de Estado bolchevique, se mantuvo una sección especial, dirigida por Felix Dzerzhinski, para vigilar a las personas sospechosas de actividades contrarrevolucionarias. Era conocida con el nombre de «Comisión extraordinaria panrusa para combatir la contrarrevolución», o más brevemente, *Cheka*, palabra formada por las iniciales de su denominación en ruso. Dzerzhinski, nombrado presidente de la comisión de los ocho, había pasado quince años en cárceles zaristas. Como todos los viejos bolcheviques, conocía por experiencia personal a la policía secreta zarista, la *Okhrana*. Las primeras actividades de la Checa iban dirigidas a combatir el sabotaje de la administración por parte de la burguesía, los desmanes de los maleantes, los disturbios provocados por los contrarrevolucionarios, y el bandidaje organizado, que tanto se había extendido después de la caída del Zar.

En febrero de 1918 los alemanes violaron el armisticio firmado en diciembre y el Gobierno ruso se trasladó de Petrogrado a Moscú. En esta ciudad la Checa quedó instalada en un gran edificio de la plaza Lubianka, donde antes había habido una compañía de seguros. Al convertirse Moscú en el centro de todos los grupos antibolcheviques, la Checa se ocupó también de combatir la «hidra de la contrarrevolución». La noche del 11 al 12 de abril, tropas soviéticas y agentes de la Checa irrumpieron en los centros anarquistas de Moscú; toda oposición fue sofocada por la fuerza, seiscientos anarquistas quedaron detenidos y unos treinta murieron al oponer resistencia. Fue el aplastamiento del anarquismo ruso.

En julio de 1918 el embajador alemán en Moscú fue asesinado por dos miembros de la izquierda revolucionaria socialista, agentes de la Checa. La izquierda revolucionaria quería abrir una brecha en las filas bolcheviques a propósito de la aceptación del Tratado de Brest Litovsk. Acto seguido hubo en Moscú un intento de adueñarse del poder. De inmediato, la mayoría de los socialistas revolucionarios que eran delegados en el Congreso de los Soviets fueron detenidos y trece de ellos, miembros de la Checa central, murieron fusilados. Aquel mismo verano, en plena guerra civil e intervención extranjera, en varias localidades de Rusia estallaron rebeliones organizadas por los socialistas revolucionarios. Todos estos levantamientos fueron sangrientamente sofocados. En Iaroslavl, la Checa local fusiló a 350 «exoficiales, contrarrevolucionarios y Guardias Blancos».

El 30 de agosto de 1918, en Moscú se produjo un atentado contra Lenin, que resultó herido gravemente. El mismo día, en Petrogrado, Uritzki —el jefe de la Checa en dicha ciudad— fue muerto a tiros. Hasta entonces el terror revolucionario no se había aplicado de modo sistemático y a menudo fue producto esporádico de turbas ansiosas de venganza cuyo odio hacia sus antiguos amos había sido avivado por la propaganda marxista; pero después del atentado contra Lenin fue aplicado sistemáticamente —en una auténtica guerra sancionada por la ley— contra todos los enemigos de los bolcheviques. La Checa atrajo a los que sentían un profundo odio hacia la burguesía y a no pocos sádicos que, para arrancar confesiones e información, gozaban torturando y matando.

Se procedió a la ejecución de exoficiales, grandes propietarios y sacerdotes, y familias enteras fueron «liquidadas» por la mera razón de que habían sido ricas. Cualquier oposición a las autoridades bolcheviques era suprimida con la más implacable violencia: por ejemplo, la de los campesinos que mostraban resistencia a la requisa de sus cosechas o que escondían trigo. Los intentos de protesta, por parte de los obreros industriales, fueron sofocados de modo análogo.

Tras la vanguardia del Ejército Rojo llegaban los «chequistas», que, en los territorios recién conquistados, «depuraban» a cuantos habían colaborado con las autoridades blancas. Pero los bolcheviques no monopolizaban el terror. Cuando los blancos «liberaban» territorios que habían sido dominados por los soviéticos, los bolcheviques y sus simpatizantes eran ejecutados sumariamente.

La labor de la Checa fue vivamente censurada por algunos miembros del partido, contrarios —de acuerdo con sus principios— a la continuación de una política de terror que trataba a los sospechosos con «medidas administrativas» y no con

procedimientos judiciales. Estos hombres se oponían al terror por razones humanitarias, pero sus objeciones fueron descartadas como sentimentalismo burgués. Se temía, además, que la Checa —cuyo poder e independencia iban en aumento— acabara por crear un Estado dentro del Estado. También a menudo entró en conflicto con soviets locales que se oponían a la intrusión de un órgano no constitucional en sus funciones administrativas.

Por fin, en 1922, acabada la guerra civil y cuando el estado de emergencia ya no podía justificar la supervivencia de la Checa como una institución irregular y privilegiada, ésta fue abolida. Sus funciones fueron transferidas al Comisariado Popular de Asuntos Interiores. Se instituyó una Administración Política Estatal (G.P.U.) para ejercer tales funciones. Se dictaron normas para proteger los derechos de los sospechosos y de los prisioneros. Sin embargo, la vaguedad de ciertas cláusulas en la delimitación de los poderes de la G.P.U. y algunas ambigüedades en el procedimiento a seguir con los sospechosos daban al nuevo órgano de seguridad estatal medios más que suficientes para reforzar el dominio del Gobierno sobre el pueblo y el dominio del partido sobre el Gobierno.

La Checa desapareció pronto, pero fue la precursora de otras organizaciones igualmente siniestras: G.P.U., N.K.V.D., K.G.B. El terror y la sospecha se habían convertido en partes constitutivas del sistema bolchevique.



**Fusilamiento de veintiséis comisarios soviéticos en Bakú por los blancos (pintura del artista soviético Brolski).**

# La guerra ruso-polaca

**Cuando los polacos derrotaron a los rusos en Varsovia, el embajador británico en Alemania describió la batalla como decisiva para el mundo entero. Tal vez se trataba de una exageración. Pero las consecuencias de este conflicto no se podían calcular por simples medidas de ganancias o pérdidas de territorio.**

Hacia finales de 1919 las circunstancias habían vuelto más conciliadores, por el momento, a los jefes de la Rusia soviética. Se llegó a negociaciones con Pilsudski, el jefe del Estado polaco, acerca del canje de prisioneros y de la cesión de nuevos territorios a las fuerzas polacas. Pilsudski temía menos a los bolcheviques que a los generales zaristas que intentaban eliminarlos, porque estaba convencido de que los zaristas eran más hostiles hacia Polonia y hacia las otras antiguas nacionalidades de Rusia. Los dirigentes soviéticos habían reconocido la independencia de los Estados bálticos (Estonia, Letonia y Lituania) y de Finlandia. En la primavera de 1919, Pilsudski había arrebatado Vilna a Lituania, a pesar de que los rusos habían reconocido a tal ciudad como lituana. En julio de 1919, los polacos habían ocupado la antigua Galizia oriental austríaca, considerada por los ucranianos y por los rusos como la Ucrania occidental.

En la primavera de 1920 Pilsudski decidió aprovecharse de las dificultades a las que Rusia tenía que enfrentarse e intentó la restauración de la «Gran Polonia» del siglo XVIII. Pensaba en una «federación» polaca que incluiría Ucrania, y, naturalmente, Lituania, el país donde él había nacido. El 28 de abril de 1920 dirigió una proclama, en este sentido, a todos los habitantes de Ucrania, y el 6 de mayo los polacos ocuparon la capital ucraniana, Kiev; permanecieron allí cinco semanas.

Ucrania, a veces denominada la Pequeña Rusia, era una región de límites inciertos, la mayor parte de la cual había pertenecido al Imperio zarista. Los ucranianos (o rutenos) pertenecían a la Iglesia Ortodoxa y hablaban una lengua afín a la rusa. Sin embargo, con anterioridad a la desmembración de Polonia los polacos habían ejercido no poca influencia en Ucrania, donde los grandes terratenientes eran, a menudo, polacos. También algunos territorios de la antigua Austria-Hungría habían sido ucranianos, sobre todo la Galizia oriental; y los ucranianos, después del colapso de los Habsburgo, tenían la esperanza de constituir un Estado independiente, de unos 40 millones de habitantes. La religión los separaba de los polacos, que eran católicos.

La nueva Polonia independiente, compuesta por antiguos territorios rusos, austríacos y alemanes, había sido creada por el Tratado de Versalles con Alemania, en junio de 1919, y por el Tratado de Saint Germain con Austria, firmado un poco más tarde. Según el artículo 87 del Tratado de Versalles, los aliados, a su debido tiempo, establecerían la frontera oriental de Polonia. En diciembre de 1919, el *Foreign Office* británico propuso, como solución, una línea que señalaría la frontera étnica y religiosa entre los polacos católicos, y varios eslavos, afines a los rusos, de fe ortodoxa o uniata (la Iglesia Uniata practicaba los ritos ortodoxos, pero reconocía la supremacía religiosa del Papa, que había sido impuesta por los antiguos soberanos polacos de Ucrania). Era una línea bastante precisa, tal vez lo más precisa posible. Se la denominó línea Curzon, tomando el nombre del ministro británico de Asuntos Exteriores.

Parecía increíble que los ejércitos de la nueva Polonia, claramente plurilingües, cuyo territorio había sufrido terribles devastaciones durante la guerra, pudieran tener la audacia de avanzar profundamente más allá de la línea Curzon y ocupar Kiev durante cinco semanas.

El ejército polaco en Ucrania estaba formado por antiguos soldados de nacionalidad polaca aunque de origen ruso, austríaco o alemán, dispuestos a continuar luchando en Oriente, lejos de las nuevas fronteras polaco-alemanas; comprendía pocos voluntarios de la generación más joven. Estaba mal equipado, pero precisamente por ello era relativamente móvil. Es difícil explicarse cómo Pilsudski abasteció a sus tropas en aquella época del año, aunque se encontrasen en Ucrania, territorio rico en cereales. A pesar de la hostilidad de las potencias occidentales hacia el Gobierno soviético, los británicos habían protestado enérgicamente contra los avances polacos. Es muy de notar que un oficial de la Marina inglesa, el teniente de navío Rawlings —que, según el embajador británico en Varsovia, se encontraba en Kiev durante la ocupación polaca—,

**Viñeta soviética: el Ejército Rojo pone en ridículo a Pilsudski. En realidad, tras dos años de vicisitudes bélicas, Polonia logró liberarse del yugo ruso.**



Entrada de las fuerzas polacas en Kiev, capital de Ucrania. Mediante la inclusión de Lituania y de Ucrania en la federación polaca, Pilsudski deseaba restaurar la «Gran Polonia» del siglo XVIII. El 6 de mayo de 1920, los polacos ocuparon Kiev; pero cuando el Ejército Rojo tomó la ofensiva, fueron expulsados rápidamente de la ciudad, donde habían permanecido sólo cinco semanas.

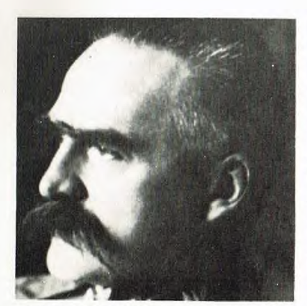
«quedó muy impresionado por el excelente comportamiento de las tropas polacas en Kiev y en sus alrededores, y por la manera como se mantenía el orden». Estas afirmaciones son tanto más significativas porque procedían de una persona que a menudo había despreciado a los polacos, cuyos problemas no podía comprender. De todos modos, cuando el Ejército Rojo tomó la ofensiva, no es sorprendente que los polacos fueran rápidamente rechazados y se los obligara a evacuar Kiev el 11 de junio de 1920.

**La hostilidad alemana**

Es necesario tener en cuenta que, a pesar de que el Tratado de Versalles teóricamente había establecido los límites de Polonia, las fronteras de este país con Alemania quedaban todavía fluidas, ya que se habían de celebrar plebiscitos en Allenstein, Marienwerder, y la Alta Silesia: los dos primeros se celebraron, efectivamente, el 11 de julio de 1920, pero el de la Alta Silesia fue aplazado hasta marzo de 1921.

Los alemanes manifestaron con violencia su hostilidad hacia los polacos cuando Pilsudski invadió Ucrania, y, por el contrario, se produjo en Alemania una explosión de júbilo cuando los polacos se vieron obligados a retirarse. Por un lado, las viejas clases dominantes y los exoficiales consideraban a Rusia, roja o blanca, como un natural aliado militar, y a Ucrania como el legítimo granero de Alemania. El avance del Ejército Rojo en la Prusia oriental ofrecía la oportunidad de entregar a los rusos las armas que, según las cláusulas del desarme impuesto





**Josef Pilsudski, el líder polaco. Su invasión de Ucrania pareció poner en peligro, durante algún tiempo, la supervivencia del nuevo Estado soviético.**

a Alemania, debían ser destruidas. Todo, antes que entregarlas a los aliados. Por otro lado, gran parte de los obreros alemanes simpatizaban con la Rusia soviética mientras sentían hostilidad hacia los polacos, que tradicionalmente habían proporcionado mano de obra muy barata, en competencia con ellos. Durante toda la guerra ruso-polaca, los estibadores alemanes de la recién «liberada» ciudad de Danzig trataron de impedir que por este puerto pasaran armamento con destino a los polacos; tal actitud dio origen a serias protestas por parte de éstos, pero las autoridades aliadas se sentían poco dispuestas, como es natural, a usar sus tropas para poner término a las huelgas de Danzig. También los obreros comunistas checos trataban de boicotear los suministros con destino a Polonia.

En julio de 1920, la guerra ruso-polaca adquirió caracteres de importancia mundial. Los ejércitos soviéticos continuaban avanzando y los polacos parecían desmoralizados. A principios de julio, representantes aliados se reunieron por primera vez con representantes alemanes en Spa (Bélgica), para tratar de la distribución de las reparaciones alemanas. Grabski, el nuevo primer ministro polaco, intervino en la conferencia y habló casi presentando excusas en nombre de su país. Se le dijo repetidas veces (el 9 y 10 de julio) que los polacos tenían que retirarse al oeste de la línea Curzon y que, si lo hacían y los rusos no aceptaban un compromiso basado en esta frontera, el Consejo Supremo Aliado haría todo lo posible para ayudar a Polonia. El 11 de julio, una nota británica —los franceses estaban de acuerdo, pero por razones técnicas no tuvieron parte en ella— fue enviada a Chicherin, el comisario soviético de Asuntos Exteriores: la nota exigía un inmediato armisticio con Polonia sobre las bases de la frontera étnica. La conferencia de Spa dio también la ocasión para que se fijara la frontera entre los polacos y los checos de Teschen; los polacos siempre creyeron que habían llegado a una mala solución por cuanto respecta a esta frontera, acaparados como estaban por su guerra con los rusos.

**«Sobre el cadáver de Polonia»**

Poco después de que se presentara la nota a Chicherin, se reunió en Moscú el segundo congreso de la Tercera Internacional (Comintern). El avance ruso contra los polacos fue saludado eufóricamente como el avance de la revolución mundial. «La senda que lleva hacia la conflagración mundial pasa sobre el cadáver de Polonia», proclamó Tujachevski, el comandante supremo de las fuerzas rusas. A fines de julio, a pesar de las protestas de los aliados, y de Trotski y Stalin, Tujachevski condujo sus ejércitos a través de la frontera de Curzon hacia la Polonia étnica; Lenin lo alentó a que lo hiciera, ya que el líder soviético todavía consideraba a Alemania como la meta y el premio de la revolución comunista mundial, y sólo una Polonia en descomposición separaba a los rusos de los alemanes. También a fines de julio, llegaron a Varsovia algunos altos oficiales aliados, con la misión de aconsejar y de ayudar a los polacos: entre ellos, el más destacado era el general Weygand, que había sido el brazo derecho del mariscal Foch. Weygand puso sus servicios y los de sus subordinados franceses a la disposición del Alto Mando polaco.

Entre el 4 y el 6 de agosto tuvieron lugar en Londres conversaciones anglorrusas en las que se discutió la posibilidad de una tregua entre rusos y polacos. Lloyd George reprochó a los rusos su hipocresía por la invasión de la Polonia étnica y ordenó a la Marina británica que reanudase el bloqueo contra Rusia. Kamenev, principal representante de los bolcheviques, se lamentó ante Lloyd George de que Millerand, primer ministro de Francia, prestara ayuda a otro general antibolchevique, Wrangel, que se preparaba para actuar contra los soviéticos. El 8 de agosto los franceses llegaron a Hythe para entrevistarse con los británicos, y Millerand se hizo portavoz de los sentimientos filopolacos y antisoviéticos, más fuertes en Francia que en Gran Bretaña. Finalmente, en la noche entre el 9 y el 10 de agosto, se llegó a un acuerdo sobre las condiciones de una tregua rusopolaca; las delegaciones de paz rusas y polacas se reunieron en Minsk. A pesar de que los rusos aceptaron rectificar en dos puntos la línea Curzon a favor de Polonia, exigieron que se pusieran límites al ejército permanente polaco y que se constituyera una milicia obrera, ardid comunista que Pilsudski y sus generales no habrían aceptado nunca. Sin embargo, no tenían por qué temerlo, pues en Polonia, a pesar de las graves injusticias sociales, no existía ni el más pequeño asomo de comunismo. La mayoría de la población estaba constituida por campesinos que eran fervientes patriotas. Pero, de todos modos, a mediados de agosto Pilsudski pensaba de manera muy distinta.

**Los rusos, rechazados**

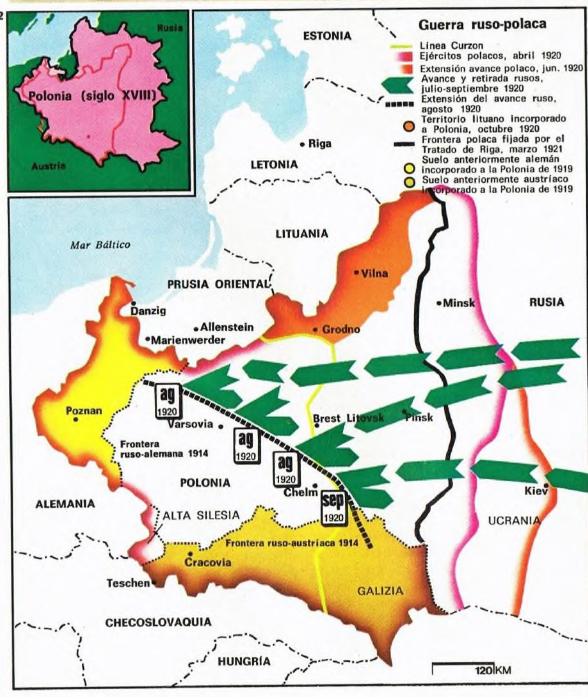
Mientras tanto, el 8 de agosto, en Hythe, los franceses y los británicos estaban considerando la eventualidad de la destrucción de Polonia. El 13 de agosto, con los ejércitos rusos a unos veinte kilómetros, el embajador británico, Sir Horace Rumbold, recibió la orden de abandonar Varsovia por Posen (o, en polaco, Poznan). El 6 de agosto, sin embargo, Weygand y los generales polacos habían decidido contraatacar. Las tropas polacas, tradicionalmente acostumbradas a la derrota, se dieron cuenta, según Rumbold, de que las dirigía una «inteligencia preclara» y recuperaron la moral; de súbito, el 16 de agosto, contraatacaron las líneas soviéticas, por entonces ya muy extendidas, y rechazaron a los rusos haciéndoles miles de prisioneros.

El 24 de agosto Rumbold escribió a Curzon: «Es una repetición de la derrota de los turcos bajo las murallas de Viena en 1683. En esta ocasión un general francés ha representado el papel de Sobieski.» Hasta entonces los polacos habían hecho de 60.000 a 70.000 prisioneros y estaban a punto de «limpiar» a la Polonia étnica de los ejércitos soviéticos, obligándolos a retirarse hasta la línea Curzon. «Los polacos —escribió Rumbold con conmovedora franqueza— se han curado de ambiciones irrazonables y desproporcionadas.»

Los británicos tenían ahora la ingrata misión de volver moderados a los polacos victoriosos, que se creían los salvadores de la Europa occidental. El Gobierno francés, que apoyaba a Wrangel,

1



2



no estaba muy interesado por esta moderación y menos por la línea Curzon. Los británicos, no obstante, veían claramente que Polonia independiente y no comunista era una piedra angular en el acuerdo de paz: el avance de los rusos hacia el interior de Polonia había convencido a Lloyd George a dejar de lado cualquier intento para reanudar las relaciones comerciales con la U.R.S.S.

Ahora los ejércitos polacos se extendieron de nuevo hacia el este y noreste, y a principios de octubre volvían a estar cerca de Vilna. Vilna era una ciudad con un barniz polaco, aunque la provincia tenía bien poco de polaca. En un pasado lejano, Lituania y Polonia habían estado unidas y tal unión no había creado ningún problema. Pero ahora la Lituania independiente quería Vilna como capital, y los rusos la apoyaban. Pero la Sociedad de las Naciones había tomado en consideración las reivindicaciones polacas. Puesto que la mayoría de los intelectuales de Vilna hablaban polaco (la lengua lituana era completamente distinta), la Sociedad de las Naciones sin duda daría garantías lingüística a los polacos de Vilna, garantías que los lituanos hasta aquel momento no habían tomado en consideración. El 10 de octubre, sin embargo, el general Zeligowski, uno de los generales polacos que habían participado en la batalla de Varsovia bajo el mando de Sikorski, ocupó Vilna. Después de este episodio no hubieron relaciones diplomáticas entre Lituania y Polonia hasta principios de 1938, cada una de las dos partes compitiendo con la otra en intransigencia. En el otoño de 1920, la cuestión de Vilna exasperó a todos, especialmente a Pilsudski, que amenazó con dimitir como jefe del Estado polaco y agravar la situación presentándose en Vilna.

A fines de agosto de 1920 —ya lo hemos visto— las tropas soviéticas habían sido rechazadas más allá de la línea Curzon, y en septiembre los polacos habían establecido sus posiciones mucho más al este, aunque no tanto como los rusos habían estado dispuestos a aceptar en el período más desfavorable para ellos, a fines de

***1*** **Cartel del Ejército polaco donde se satiriza a los rusos.** ***2*** **La «Gran Polonia» del siglo XVIII y su pretendida restauración en el siglo XX. La línea Curzon marca poco más o menos la separación entre los polacos y otros grupos étnicos. En el recuadro, la Polonia del siglo XVIII; la línea roja delimita la Polonia posterior al Tratado de Riga.**



**Caballería polaca durante la carga de Komarowo, una de las batallas que en 1920 forzaron a los rusos a retirarse. Pintura de L. Winterowski.**

1919. El 12 de octubre de 1920, dos días después de que Zeligowski hubiera conquistado Vilna, polacos y rusos firmaron en Riga (Letonia) un armisticio y un tratado de paz preliminar. A fines del año, los soviéticos derrotaron a Wrangel, pero a principios de 1921 tuvieron que afrontar el levantamiento de Kronstadt. Durante el invierno la situación económica de Polonia se hizo desesperada. El 18 de marzo de 1921 ambas partes estaban dispuestas a confirmar el armisticio con el Tratado de Riga. Lenin abrigaba todavía esperanzas acerca de la revolución mundial y consideró las fronteras acordadas en este tratado tan sólo un poco más permanentes que las convenidas con el Tratado de Brest Litovsk.

**La revolución mundial, detenida**

En agosto de 1920 se encontraba en Varsovia lord D'Abernon, el primer embajador británico en Alemania después de la guerra de 1914-1918: llamó a la victoria polaca —iniciada el 16 de agosto con la asistencia de Weygand— la decimoctava batalla decisiva de la historia. En aquellos momentos Alemania todavía era políticamente poco estable y la amenaza soviética de avanzar sobre «el cadáver de Polonia» y desencadenar la revolución marxista en Alemania fue tomada en serio por los bolcheviques y por sus enemigos. La batalla de Varsovia tuvo lugar cinco meses después del *Putsch* de Kapp, que fue vencido por una huelga de los sindicatos dominados por los socialdemócratas. Pero el poder, en la República de Weimar, estaba ya parcialmente en manos del general Von Seeckt y de sus colegas, filorrusos sólo en el extranjero. No está claro si los sindicatos hubieran preferido los soviéticos a Seeckt: a juzgar por Ebert y Noske, se diría que no. Lo cierto es que el predominio ruso sobre Polonia fue demorado durante veinticuatro años. Está claro, también, que la derrota de Varsovia contribuyó a cambiar las actitudes y la política de los jefes soviéticos: se estaba preparando el camino hacia el «socialismo en un solo país» y la Nueva Política Económica que sustituyó a los proyectos de revolución mundial cuando los comunistas no lograron adueñarse del poder en Alemania, y Lenin ya había muerto.

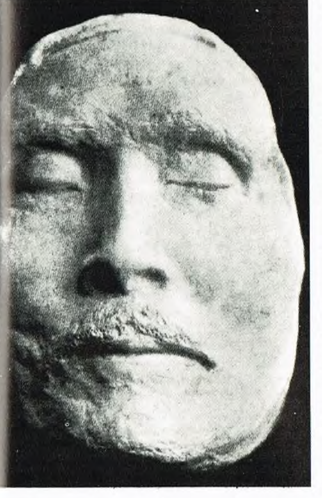
La guerra ruso-polaca de 1920 no fue en realidad la que los bolcheviques habían previsto. No fue, excepto en la mente de hombres como Lenin y Zinoviev, una cruzada internacional. La lucha ruso-polaca fue, para los campesinos rusos o polacos, una muestra de feroz nacionalismo acompañado de rivalidades religiosas. El ímpetu del avance ruso en julio de 1920 se debió, ante todo, a la indignación patriótica por la ocupación polaca de «territorios occidentales» rusos que, en realidad, no eran del todo rusos. Después, en agosto, la reacción y el avance de los polacos hasta Minsk fueron motivados por el tradicional desprecio hacia los rusos, considerados como bárbaros, un desprecio profundamente reforzado por el celo católico de la gran mayoría de polacos contra el ateísmo comunista. Existía también un entusiasmo por la reconquista de los «territorios orientales» que, a pesar de haber pertenecido en ciertas épocas a Polonia, no se podían llamar polacos, porque no eran católicos (donde los campesinos de la Galizia oriental o Rusia blanca no eran ortodoxos, eran uniatos). El Tratado de Riga dejó a Polonia unos 6 millones de ucranianos y de rusos blancos, en territorios que los rusos consideraban propios. Ante tales cifras, el problema de la minoría alemana en Polonia parecía muy secundario.

**Elizabeth Wiskemann**

# China: el Movimiento del 4 de Mayo

**El 4 de mayo de 1919 los estudiantes de las universidades chinas organizaron una manifestación contra la «traición» del Gobierno, que estaba dispuesto a aceptar las humillantes exigencias del Japón. Pero la significación del movimiento era más vasta: con sus miradas puestas ya en la democracia occidental, ya en la Rusia bolchevique, aquellos estudiantes pretendían «echar a un lado las heces de la historia», y, después de destruir la autoridad de Confucio y el exclusivismo de los mandarines, emprender la tarea de construir una «Joven China».**

**Mascarilla mortuoria de Sun Yat-sen, el líder nacionalista fundador del movimiento que más tarde se llamó Kuomintang (Partido Nacionalista del Pueblo).**



El siglo XX ha sido una época de revolución permanente en China. En 1900 este país era todavía un Imperio tradicional. Estaba en manos de una dinastía de origen extranjero (la de los Manchúes) y era administrada por los mandarines, en su mayor parte rígidamente aferrados a sus tradiciones. Los occidentales recorrían libremente el país, mientras grandes masas del pueblo vivían esclavos de la pobreza y la ignorancia.

Hoy todo eso ha cambiado. La dinastía manchú ha desaparecido, y con ella la compleja estructura del orden político tradicional. En su lugar ha aparecido un vigoroso régimen autóctono que se ha dedicado a transformar toda la civilización china. Se ha denunciado y expulsado a los occidentales. El pueblo sigue siendo pobre, pero ha sido adoctrinado y movilizado en una medida que hubiera sido inconcebible a fines del siglo pasado.

La transformación del mundo intelectual constituye una notable característica de ese cambio. Los hombres de cultura tradicional, aquellos que habían estudiado los clásicos confucianos y aspiraban a entrar en la administración estatal, disfrutaban de una posición preeminente. Constituían una *élite* en la que reclutaba sus miembros la jerarquía administrativa. Gracias a sus diplomas o a su parentela, obtenían numerosos privilegios y exenciones, tanto oficiales como no oficiales.

Hoy es poco lo que subsiste de esos privilegios y de ese poder. La erudición ya no basta para llegar a los altos cargos políticos: el origen y la conciencia de clase han pasado a ser las condiciones más importantes. Los intelectuales (término que ahora abarca a los pocos que han recibido enseñanza secundaria o superior) no disfrutan de privilegios especiales. Al contrario, sus conocimientos y capacidades los convierten en elementos políticamente sospechosos. Después de verse forzados a ceder gradualmente sus prerrogativas, han sido sometidos, a partir de 1949, a continuas vejaciones, con las que se ha pretendido convencerlos de que ya no gozaban de la posición social de otros tiempos. La superioridad social se define ahora en términos de entrega a una radical transformación en sentido antioccidental y de adhesión a los escritos maoístas que explican detalladamente esa posición.

Aquí no intentamos juzgar esa transformación asombrosa, sino más bien explicar cómo se ha producido. El Movimiento del 4 de Mayo, con sus altas esperanzas y amargas decepciones, es un buen compendio de la crisis surgida en la vida intelectual de la China moderna.

**El «impacto» de Occidente**

El Movimiento del 4 de Mayo comprende una serie de tendencias íntimamente relacionadas, cuyo objetivo era regenerar la vida política y cultural de China. Toma su nombre de la famosa manifestación estudiantil del 4 de mayo de 1919, contra las condiciones demasiado favorables para el Japón establecidas en el Tratado de Versalles. En un sentido más amplio, el movimiento, y la protesta en que culminó, representan el repudio de todo el orden político tradicional y de sus humillantes compromisos con la opresión extranjera. Aunque una parte integrante del movimiento fuese un renacimiento literario y filosófico, sus intereses eran en definitiva políticos. Constituyó al principio una reacción contra las exigencias de las «21 Demandas» presentadas por Japón a China en 1915, pero, después de 1917, el movimiento cayó cada vez más bajo la influencia de la Revolución Rusa. En 1920-21 algunos de sus dirigentes se reunieron para fundar el Partido Comunista Chino. Así acabaron de dividirse dos grupos ya divergentes: el formado por hombres más preocupados por la actividad política, y el de las personas más interesadas en los problemas de la cultura. La escisión marcó el fin del movimiento como fuerza unitaria.

El movimiento tiene su origen en el conflicto que originó la intervención de Occidente en China durante la segunda mi-



tad del siglo XIX. Las victorias militares británicas y francesas abrieron el país a los comerciantes y misioneros que inicialmente se establecieron en «concesiones» territoriales situadas a lo largo de las costas y de los grandes ríos. Los comerciantes iniciaron la explotación —no siempre negativa— del país; los misioneros predicaron la doctrina de la salvación individual. Todo ello constituía un desafío sin precedentes para el orden tradicional; además, los occidentales hacían gala de su menosprecio por la civilización china; y, cosa más grave aún: los blancos estaban tan convencidos de su superioridad cultural, que empezaban a atraer sinceramente a los chinos hacia su civilización. La influencia ejercida por Occidente en China a fines del XIX y comienzos del XX fue tan grande que ha acuñado las expresiones «impacto occidental» y «reacción china».

Antes de 1900, la respuesta de los intelectuales a Occidente asumió dos formas características: los interesados en la defensa del Estado contra los abusos de la política occidental, propugnaron la adopción de las técnicas militares y económicas de Occidente, pero dejaron de lado el problema de las premisas ideológicas. Los interesados en la defensa del orden cultural contra la subversión ideológica de los misioneros, atacaron esta ideología, pero olvidaron el problema de su concomitante superioridad tecnológica.

**«Democracia» y «ciencia»**

Después de 1900 la situación experimentó un cambio radical. Aquel mismo año, tras el colapso de la rebelión xenófoba de los bóxers, las autoridades se pusieron al frente de la reforma política y cultural. Los gobernadores de las provincias empezaron a desarrollar un moderno sistema de instrucción, y, en 1905, decidieron la disolución del complejísimo sistema de exámenes. Miles de estudiantes fueron enviados al extranjero a aprender «el saber de Occidente». Muchos de ellos, especialmente en el Japón, empezaron a apoyar activamente el republicanismo de Sun Yat-sen e intervinieron en los motines promovidos contra la dinastía Ch'ing.

Pero, cuando la monarquía fue derrocada en 1911, los republicanos, a su vez, demostraron no disponer de un orden sistemático con el que reemplazar al Imperio tradicional y hacer frente al reto de las potencias modernas. La dinastía se derrumbó rápidamente, pero otros valores e instituciones confucianos parecían mantenerse intactos. El poder cayó en manos de un «señor de la guerra», Yüan Shih-k'ai, que movilizó el Ejército, aplastó la oposición e intentó seguidamente restablecer un régimen dinástico. Una vez más, los modernizadores más destacados se vieron obligados a escapar del país. Entonces, luego de haber sido testigos del triunfo de la reacción, en 1913, vieron a su país someterse, en 1915, a las 21 Demandas del Japón, que reclamaba el control administrativo de las zonas económicamente más florecientes de China.

En medio de esas calamitosas circunstancias tuvo lugar el Movimiento del 4 de Mayo. La gran mayoría de los intelectuales no habían estado nunca fuera de China: muchos seguían vinculados al sistema confuciano, y su educación clásica los instaba a seguir el estilo administrativo tradicional. Algunos habían recibido un entrenamiento militar moderno, pero, por lo demás, no los afectaban las influencias políticas contemporáneas. Por el contrario, algunos intelectuales reformistas habían caído bajo la influencia del pensamiento occidental. En particular, habían tomado de éste las doctrinas del individualismo, la igualdad, y el darwinismo social, bajo la rúbrica dual de «democracia» y «ciencia». Pero tenían cortado el acceso regular a los cargos de la administración por haber abandonado el sistema de exámenes y por hallarse desvinculados de los valores y prácticas políticas tradicionales. Tenían que encontrar caminos nuevos para la aplicación de aquellas doctrinas.

El sistema administrativo de la época no facilitaba la tarea. El poder estaba confiado a los militaristas, ayudados en cierta medida por consejeros modernizantes. El gobierno local seguía, sustancialmente, en manos de los administradores tradicionales. Los reformadores tenían que optar entre la subversión (una perspectiva nada halagadora), o renunciar a la política y dedicarse a la educación o al periodismo. Si se considera que la cultura y la administración política estaban fuertemente unidas, la elección era dura: reflejaba la gradual exclusión de los intelectuales de los puestos directivos de la política, lo cual acentuaba su frustración ante el retraso de China y las humillaciones que le infligían los extranjeros.



La conferencia de «Nueva Juventud» en Shanghai (16 de junio de 1919), que estableció la unión estudiantil china. Aquí aparecen algunos de los jóvenes socialistas que predicaban la revolución e iban a constituir el núcleo inicial del Partido Comunista.

**La «Nueva Juventud»**

Desde sus primeras etapas el movimiento voceó esas ansiedades. Su primera y principal salida fue la fundación del periódico *Nueva Juventud*, por Ch'en Tu-hsiu, uno de los personajes más influyentes en la China del siglo XX. Nacido en 1879, estudió los clásicos bajo el látigo de su abuelo, fumador de opio. Obligado por las lágrimas de su madre, se sometió a aquella disciplina, y aprobó los primeros exámenes. En 1896, el año siguiente a la aplastante derrota de China por el Japón, se dispuso a presentarse a los cruciales exámenes provinciales. Pero cuando vio a los candidatos desfilar obedientemente en la anticuada sala de exámenes, como olvidados de la crisis de la vida política china, decidió romper con el arcaísmo. Estudió ingeniería naval, tomó parte en mitines contra los manchúes y se dedicó al periodismo y a la enseñanza. En 1915, de regreso a Shanghai después de unos años de estudio en el Japón, y quizá también en Francia, fundó *Nueva Juventud* con el propósito de atacar el orden tradicional más en lo social que en lo político; se dirigió principalmente a los jóvenes pidiéndoles independencia de criterio, conciencia de que el mundo vive un período de activas transformaciones, energía, sentido utilitario, amor a la ciencia; una filosofía esencialmente evolucionista, de la que se desprendía obviamente la superioridad de la civilización occidental sobre la civilización china, sobre todo porque aquélla estaba basada en la lucha y en el individualismo. Si Ch'en Tu-shiu proporcionó al Movimiento del 4 de Mayo el ímpetu, Hu Shih le dio equilibrio intelectual y el indispensable enfoque crítico. Hu Shih (1891-1962) estudió durante siete años en Cornell y Columbia (Estados Unidos) y fue un discípulo del filósofo pragmatista John Dewey. Hombre de gran rigor mental, ejerció honda influencia en la vida intelectual china, en particular, en el terreno literario, donde abogó por el uso del idioma popular y exhortó a los escritores a reemplazar la imitación por la experiencia personal y genuina.

Una nota distinta y más profética fue la pulsada por Li Ta-chao, nacido en 1888 y que, con Ch'en Tu-shiu, fue uno de los fundadores del Partido Comunista Chino. Su postura fue netamente nacionalista, pero con la particularidad de que exaltaba al pueblo, depositario de la soberanía política. Era precisamente la reforma política lo que le interesaba; respecto de la cultura tradicional, se mostraba menos exigente que los dos pensadores antes mencionados. Con ellos, Li Ta-chao convirtió *Nueva Juventud* en el foro del pensamiento moderno en China. Muchos artículos fueron editados de nuevo a petición de un público juvenil y fervoroso.

Las bases institucionales para dar consistencia a esta corriente ideológica las proporcionó Ts'ai Yüan-p'ei (1876-1940) cuando en 1916 fue nombrado rector de la Universidad de Pekín. Desde este puesto, Ts'ai fue el gran innovador de la China moderna en materia de instrucción pública. Había estudiado en Leipzig y fue ministro de Educación, en 1912, en el efímero gabinete de Sun Yat-sen. Como rector, transformó de arriba abajo la Universidad de Pekín, que había sido hasta entonces un reducto del conservadurismo y la tradición, una fábrica de funcionarios. Gracias a él, los reformadores antes citados tomaron contacto directo con los estudiantes, arrumbaron la cultura para privilegiados y emprendieron la gigantesca tarea de poner los fundamentos de una cultura nacional moderna. Ch'en recomendaba sin cesar: «¡Destruid, destruid los ídolos!» El objetivo de sus ataques era el confucianismo y concretamente el principio sacrosanto de la «filialidad» (la autoridad absoluta del cabeza de familia sobre sus hijos), causa primera de la ciega obediencia, del conformismo y del servilismo chinos.

**Hombres del futuro**

No es sorprendente que fuera Li Ta-chao quien vio con mayor claridad las implicaciones políticas y sociales de la posición ideológica de *Nueva Juventud* y en particular el alcance de la Revolución Rusa.

Li precisó su posición en un artículo publicado en *Nueva Juventud* en noviembre de 1918. En él afirmaba que la «verdadera» victoria de la guerra mundial era la del humanitarismo, el socialismo y la clase obrera universal, sobre el militarismo y el capitalismo. Siguiendo a Trotski, pre-



**Li Ta-chao, precursor de Mao Tse-tung. Su marxismo dio un agudo filo político al nacionalismo chino.**

decía numerosas revoluciones sucesivas, cuando la «poderosa marea» del movimiento de masas del siglo XX avanzase sobre las «heces de la historia» y despertase a los hombres para el advenimiento de la libertad. En artículos publicados en los comienzos del siguiente año, Li consideró de un modo más realista el problema de la reforma social en China. Impresionado por el movimiento populista ruso de fines del siglo XIX, animó a los jóvenes intelectuales a que despertasen a las clases trabajadoras y afirmó que el campesinado sería la base de la revolución en China. También empezó a poner de relieve el potencial revolucionario de la teoría marxista. En 1917 Ch'en Tu-hsiu había sostenido que China no estaba industrialmente preparada para el socialismo. Dos años más tarde, Li abogaba por el marxismo como fuerza motriz de la revolución mundial.

Esas ideas estaban produciendo un clima crecientemente radical en la vida intelectual china. Pero fueron los estudiantes, especialmente los de la Universidad de Pekín, los que las tradujeron en acción social. Estimulados por los reformadores intelectuales, fundaron revistas y periódicos nacionalistas. Aunque efímeros, varios de estos periódicos ejercieron una influencia comparable a la de *Nueva Juventud*. Los estudiantes formaron también sociedades para respaldar esas publicaciones, con lo cual el movimiento reformista adquirió una estructura orgánica que contribuyó extraordinariamente a su difusión entre el público.

El activismo político de los estudiantes debe evaluarse en el contexto general de la situación política china. Si por una parte los intelectuales reformistas procuraban regenerar la vida cultural del país y crear una conciencia nacionalista moderna, por la otra, el Gobierno de Pekín parecía dispuesto a obstaculizar sus esfuerzos. La dudosa postura del Gobierno derivaba de una combinación de debilidad política interna y de una permanente vulnerabilidad a la intervención extranjera. Para apuntalar su posición, el Gobierno estableció acuerdos militares secretos con el Japón en la primavera de 1918; además, entre los comienzos de 1917 y septiembre de 1918 negoció una serie de empréstitos secretos con los japoneses; y, en el último y más importante de estos acuerdos, «se avino alegremente» a que los japoneses dirigiesen y vigilasen una importante vía férrea en la provincia de Shantung. Sin embargo, el pueblo tuvo noticia del acuerdo militar y en el verano de 1918 se produjeron manifestaciones estudiantiles que fueron apoyadas por los comerciantes. Algunos estudiantes, de vuelta del Japón, iniciaron un movimiento para «salvar a la nación».

Al terminar la Guerra Mundial, la comunidad intelectual seguía ignorando los otros compromisos del Gobierno con el Japón. Creyendo que el principio de la autodeterminación nacional sería sinceramente aplicado en el tratado de paz, esperaban que China recuperaría la soberanía sobre la provincia de Shantung, soberanía que anteriormente había sido ejercida por Alemania, y arrebatada por el Japón al comienzo de la guerra. Pero las negociaciones de Versalles revelaron que las pretensiones de los japoneses sobre Shantung estaban respaldadas por acuerdos secretos firmados durante la guerra con Gran Bretaña, Francia e Italia, y por los empréstitos secretos «gustosamente» aceptados en 1918 por el Gobierno chino. El acuerdo de los empréstitos, junto con las 21 Demandas japonesas de 1915, reforzaban la posición nipona hasta hacerla inexpugnable.

**El 4 de mayo de 1919**

Fue este conjunto de acontecimientos lo que precipitó el incidente del 4 de mayo. Presa como eran de fervor patriótico, los miembros de las asociaciones estudiantiles más radicales se encolerizaron aún más al descubrir que su propio Gobierno había literalmente vendido a China. Planearon una manifestación contra aquella «traición» para el 7 de mayo, una fecha que conmemoraba la humillante aceptación por parte de China de gran parte de las 21 Demandas. La manifestación se anticipó al 4 de mayo, como respuesta a rumores de una inminente represión gubernamental. En aquella fecha, unos tres mil estudiantes desfilaron por las calles de Pekín, y, después de enfrentarse con la policía, incendiaron la casa de un ministro filojaponés. El Gobierno contestó deteniendo a treinta y dos estudiantes.

La reacción no se hizo esperar. Ts'ai Yüan-p'ei dimitió y salió de Pekín, en donde otras autoridades universitarias dimitieron en señal de solidaridad. Mientras tanto, los estudiantes formaron en las principales ciudades del Este sindicatos estudiantiles, que organizaron huelgas generales y, con el apoyo de las corporaciones mercantiles, iniciaron el boicot contra los productos japoneses. Crearon también unidades formadas por diez hombres, que procedieron a soliviantar la opinión ciudadana. El 4 de junio el Gobierno castigó violentamente tales iniciativas deteniendo a centenares de estudiantes de Pekín. Semejante represión suscitó numerosas huelgas de solidaridad y actos de sabotaje en las ciudades importantes, empezando por Shanghai. La Cámara de Comercio de Tientsin decidió suspender las transacciones en aquella región, y este hecho produjo un pánico monetario en Pekín.

Ante este estado de cosas, el Gobierno dio marcha atrás. Liberó a los estudiantes detenidos, que aceptaron salir sólo después de recibir humildes excusas. Los tres ministros más comprometidos con la política filonipona cesaron en sus cargos. El Gabinete dimitió, y los rectores de las universidades volvieron a ocupar sus puestos. Finalmente, la delegación china en Versalles, anegada en el alud de telegramas procedentes de asociaciones chinas de todo el mundo, se negó a firmar el acuerdo filojaponés.

Sin embargo, el incidente puso de relieve la creciente iniciativa del cuerpo estudiantil y, a la vez, la limitada influencia política de los intelectuales reformistas. Éstos habían logrado sacudir un régimen débil y falto de confianza, pero no el poder político de los señores de la guerra. Del mismo modo, habían tenido éxito en despertar a la opinión pública, pero sin lograr ninguna clase de privilegios o derechos constitucionales: en particular, el derecho de libre expresión seguía siendo letra muerta.

En el contexto de las relaciones con el exterior, el incidente marcó el comienzo de una pérdida de confianza en el modelo occidental. Li Ta-chao, que, a diferencia



La policía de Pekín habla con estudiantes que se manifiestan en favor de un boicot contra los productos japoneses. La agitación estudiantil se oponía a la sumisión de China a los designios imperialistas japoneses.

de sus colegas, había tenido siempre poca fe en Occidente, vio cómo el Tratado confirmaba sus temores. Li etiquetó la Conferencia de Versalles como una «Conferencia europea de reparto de botín».

**El movimiento se escinde**

El celo de los estudiantes, y su esperanza en alcanzar resultados rápidos y de gran alcance, provocaron una importante controversia entre los dirigentes reformistas. Bajo el título «Más estudio de los problemas, menos charlas sobre los ismos», Hu Shih propuso que se abordara pragmáticamente la modernización de China. Puso en duda la utilidad de un estudio pasivo de las teorías importadas, y sostuvo que una doctrina eficaz no podría desarrollarse sino a partir del estudio de problemas prácticos y auténticamente chinos. Li Ta-chao sostuvo, por el contrario, que las doctrinas servían para desarrollar una conciencia popular, sin la cual no podía procederse al estudio de los problemas.

A fines de 1919 aquella división no parecía todavía insuperable. En un esfuerzo por mantener un frente unido, los dirigentes de *Nueva Juventud* fundaron una asociación homónima y publicaron una declaración de los objetivos a la cual los miembros de la sociedad estaban teóricamente vinculados. La declaración incluía diversas proposiciones que reflejaban claramente los objetivos ya divergentes de los principales protagonistas. En los dos años que siguieron al incidente, los filósofos John Dewey y Bertrand Russell recorrieron China dando numerosas conferencias. Sus respectivas actitudes —de exaltación de la democracia constitucional, y de exaltación del socialismo— recibieron amplia publicidad e hicieron esperar en soluciones aceptables para todos.

Pero por entonces cada uno de los reformadores había emprendido ya su propio camino. Los llamados «liberales», cuyo más activo representante era Hu Shih, avanzaban por la senda de la reforma literaria y cultural, dedicándose al análisis crítico académico y a la creación de una moderna literatura de masas. Pero, después de 1923, dejaron de participar en la agitación social o política.

Los activistas de la reforma social estaban mientras tanto orientándose cada vez más al estudio del socialismo y el marxismo. En diciembre de 1919, estudiantes y profesores, entre éstos Ch'en Tu-shiu y Li Ta-chao, fundaron la Asociación para el Estudio del Socialismo. En aquel tiempo un agente del Comintern estableció contacto con Li en Pekín, y con Ch'en en Shanghai. Con su ayuda, Ch'en organizó secretamente un Partido Comunista en Shanghai, en mayo de 1920. Poco después, Li Ta-chao fundaba una rama del partido en Pekín.

La conversión de Ch'en al marxismo fue un factor determinante en la decadencia del movimiento. A fines de 1919 Ch'en abogaba todavía por los sistemas constitucionales británico y norteamericano como modelos para el desarrollo político chino, aunque se sentía inquieto cuando consideraba la extrema pobreza de China y la permanente corrupción política del país. Tras haber participado activamente en las iniciativas sociales y políticas, a partir del incidente del 4 de mayo, empezó a creer que los problemas políticos de China no podían esperar al difícil desarrollo de instituciones democráticas, y se orientó hacia el bolchevismo, como una panacea más rápida y moderna para las dificultades chinas.

Una vez tomada esa decisión, Ch'en empezó a distinguir entre el movimiento cultural como tal y su contrapartida sociopolítica, con la que ahora se sentía identificado. Después de fundar el Partido Comunista, reorganizó *Nueva Juventud* haciéndola órgano del partido. Al mismo tiempo declaró que los movimientos cultural y social eran dos entidades diferentes e irreconciliables. Los «liberales» que anteriormente habían apoyado la revista abandonaron *Nueva Juventud* y, más tarde, fundaron su propio semanario. Durante 1921-23 se separaron o dejaron de existir otros importantes periódicos y asociaciones. Muchos de sus antiguos miembros pasaron a los partidos nacionalista o comunista. A partir de entonces, el movimiento continuó vigoroso pero dividido.

Los logros culturales del Movimiento del 4 de Mayo parecen más importantes que sus efectos sociales o políticos. El desarrollo de una moderna cultura en lengua popular ha avanzado rápidamente, al paso que ha disminuido la función del intelectual. Además, el impacto social y político del movimiento ha pasado luego inadvertido a causa de la Revolución Bolchevique y de la doctrina maoísta, que han establecido las normas para la acción política y social. A pesar de que el Movimiento del 4 de Mayo tuvo sus objetivos políticos, fue en el campo cultural donde dejó sus huellas más profundas.

**John R. Watt**

# Irlanda lucha por su independencia

**En 1918 se celebraron elecciones generales para el Parlamento del Reino Unido. En Irlanda hubo una arrolladora victoria del «Sinn Fein». El Parlamento propio, que en seguida se constituyó, fue pronto puesto fuera de la ley por el Gobierno británico, pero ya había comenzado la primera rebelión triunfante en la historia de Irlanda.**

**Griffith: ayudó a negociar el Tratado con Gran Bretaña y sucedió a De Valera como presidente. La tensión de los acontecimientos, sin embargo, fue excesiva para él: víctima de un colapso, murió en agosto de 1922.**



Se ha dicho que Irlanda está separada de Inglaterra por el Mar de Irlanda, el Partido Tory y el Acta de Unión. En 1922, la Unión (efectiva a partir de 1800) fue disuelta de acuerdo con un Gobierno británico casi enteramente tory. Desde entonces, Irlanda e Inglaterra parecen haberse acercado. Sin embargo, la ruptura de los vínculos políticos fue un proceso penoso.

Al terminar la Primera Guerra Mundial, Irlanda seguía gobernada por los británicos. El alzamiento de 1916 no había conseguido derrocar la dominación inglesa, pero había producido una revolución en el sentimiento irlandés. Hasta 1916, la mayoría de los irlandeses apoyaban al Partido Nacionalista Irlandés, dirigido por John Redmond. Después de 1916, especialmente tras el intento abortado de imponer el servicio militar obligatorio en Irlanda en 1918, se produjo un viraje de la opinión hacia el grupo *Sinn Fein* («Nosotros Solos»), el partido de la autodeterminación y la separación del Parlamento del Reino Unido. *Sinn Fein* era la obra política de Arthur Griffith. En las elecciones de 1918 el Partido Irlandés fue completamente derrotado por el *Sinn Fein.* Para sustituir la política nacionalista desde el Parlamento de Westminster, el *Sinn Fein* convocó a los miembros «electos» en Irlanda para que se reunieran en Dublín.

El 21 de enero de 1919 la Asamblea de Irlanda *(Dail Eireann)* se reunió en la *Mansion House* de Dublín. Aquél era el primer Parlamento irlandés democráticamente elegido. Los miembros, todos ellos activistas del partido *Sinn Fein,* representaban el setenta por ciento de los votantes y al noventa por ciento de los nacionalistas de Irlanda. De los 69 elegidos, sólo 27 gozaban de libertad para asistir a una reunión política, y sólo dos no habían sido encarcelados por delitos políticos. Treinta y tres habían tomado parte en el alzamiento de 1916.

La Asamblea renovó la declaración republicana de 1916 y procedió a llevar a cabo su propósito de constituir el verdadero Gobierno de Irlanda. La situación estaba madura para un vigoroso movimiento independentista: en el país se había formado una nueva generación, más consciente de sus responsabilidades que las anteriores; la guerra había impedido la emigración y, en consecuencia, había más hombres jóvenes disponibles. Un presidente norteamericano había prometido la «autodeterminación» a las naciones pequeñas. Había una nueva situación internacional que, hábilmente explotada, resultaba favorable; en Gran Bretaña más que nunca se dejaba sentir la influencia de las corrientes liberales.

El *Dail* dio una nueva dirección a la lucha contra el dominio británico. Sus operaciones no dependían de un líder o de una conspiración: el *Dail* era una franca realidad institucional y el heraldo de la primera rebelión triunfante en la historia de Irlanda, e iba a servir de modelo a otros pueblos sometidos.

El *Dail* no contaba con representantes obreros, del campo o de la industria. Diecinueve de sus miembros eran profesores, abogados o ingenieros, y todos pertenecían a la clase media. Deseaban un Parlamento irlandés libre del control exterior. Sus fines eran puramente políticos, y en los debates sobre el Tratado en 1921-22 hubo pocas o ninguna referencia a las implicaciones sociales o económicas de los distintos temas discutidos.

En mayo de 1918, antes de la primera reunión del *Dail*, muchos dirigentes, entre ellos Eamon de Valera, Arthur Griffith y William Cosgrave, fueron detenidos por los británicos y estuvieron encarcelados durante las elecciones. Michael Collins había quedado libre y trabajó activamente, lo cual le hizo destacar y ganar influencia (más tarde resultó ser, en muchas esferas, el más competente de los dirigentes irlandeses). Fue también el más perseguido. En marzo de 1919 se puso en libertad a los políticos y el 1 de abril De Valera fue nombrado presidente del Gobierno. Como ya era presidente del *Sinn Fein* y jefe ejecutivo de los Voluntarios Irlandeses (el brazo militar del nacionalismo irlandés), se convertía así en cabeza única del nuevo movimiento. De Valera había sido uno de los dirigentes destacados en 1916, gozaba de enorme

prestigio y tenía la confianza de todos sus colegas. Alto, de aspecto impresionante, con un nombre extraño, producía respeto y admiración próxima a la adoración; muchos le veían como la encarnación misma del espíritu nacional. Nombró a Arthur Griffith para el Interior, a Collins para Hacienda y a William Cosgrave para Gobierno local. Entonces decidió ir en seguida a los Estados Unidos de América para «pedir el reconocimiento de la República de Irlanda»; salió secretamente para Nueva York el 31 de mayo de 1919 y no regresó hasta la Nochebuena de 1920. Dejó a Griffith como presidente accidental.

El *Dail* procedió con prudencia en el establecimiento de departamentos ministeriales. Collins recaudó un empréstito de trescientas cincuenta mil libras esterlinas y llevó las cuentas con el máximo escrúpulo, aunque él y su equipo trabajaban a toda prisa. Pero al mismo tiempo atendía a otras muchas cosas: su servicio de información protegía con éxito los secretos irlandeses y, al propio tiempo, penetraba en la Administración británica. Hasta septiembre de 1920 no se estableció un departamento de Administración local; inspecciones e intervenciones de cuentas eran realizadas por un competente equipo de sesenta personas, hombres y mujeres. Todas las corporaciones locales de los 26 condados que constituyen hoy la República de Irlanda fueron fieles a esta Administración. Ninguna autoridad local de los seis condados septentrionales (lo que es hoy Irlanda del Norte) reconoció la autoridad del *Dail*. Con la creación de un departamento de Administración local, las funciones de la Junta Británica de Administración local tuvieron que cesar, con grave pérdida de prestigio para la Administración británica. Pero se suspendieron los pagos por un importe de más de 600.000 libras esterlinas, y como el *Dail* no tenía medios para recaudar impuestos, a las corporaciones locales se les hubiera hecho difícil mantener la fidelidad al mismo durante largo tiempo. En ciertas zonas se establecieron tribunales que funcionaron satisfactoriamente.

**Acción armada**

Aquella situación, con un Parlamento y un Gobierno rivales, funcionando a la vez en Irlanda, era alarmante para los británicos, y el *Dail* fue proclamado «institución peligrosa» el 10 de septiembre de 1919. A partir de entonces no celebró reuniones públicas, y el Gabinete y los jefes de los Voluntarios pasaron a tener mayor influencia que la Asamblea. El *Dail*

**Eamon de Valera, primer presidente de Irlanda (cargo equivalente al de primer ministro) y luego jefe de los republicanos; más tarde consiguió para Irlanda la independencia plena. Alto, de impresionante aspecto, causaba un profundo respeto. Para muchos encarnaba el verdadero espíritu nacional.**



tenía a su disposición a los Voluntarios Irlandeses, o Ejército Republicano Irlandés (*Irish Republican Army* o I.R.A.), como empezó a llamarse. El I.R.A. era disciplinado y estaba bien dirigido, pero su equipo era deficiente. Ya a principios de año había chocado con los británicos, pero en septiembre empezaron los ataques organizados en mayor escala.

Naturalmente evitaban el combate abierto y aspiraban a saldar sus acciones con las mínimas pérdidas propias en vidas humanas. Los británicos no les concedían el derecho de beligerancia, lo que los ponía en peligro de ejecución si eran capturados. Sus ataques planeados iban particularmente dirigidos contra la Policía Real Irlandesa, una fuerza armada presente en toda Irlanda, pero no en Dublín. Estaba formada por irlandeses, con una completa comprensión de las maneras, costumbres y modos de pensar de su pueblo, pero habían seguido siendo fieles a la corona británica y observaban e informaban con diligencia y eficiencia sobre personas y acontecimientos. Era fácil para ellos dominar un país desarmado. Cuando fueron atacados por grupos armados tuvieron que ceder terreno, aunque se batieron bien.

A finales de 1919, el jefe de Estado Mayor, Richard Mulcahy, convocó a tres oficiales de los Voluntarios para que, desde diferentes zonas, se reunieran, cada quince días, en Dublín. Cada uno de ellos recibió instrucciones para que eligiese en su zona un cuártel de la policía y lo atacase en el plazo de un mes. Esos ataques comenzaron en enero de 1920, y se desarrollaron con más éxito en unas zonas que en otras, pero fueron persistentes. Los hombres que los llevaban a cabo actuaban con disciplina y se consideraban soldados a las órdenes de un Gobierno legítimo. Asaltaron los bastiones vitales más vulnerables de la Administración británica, y, en abril de 1920, la Policía Real Irlandesa fue retirada de todas las zonas rurales.

Una vez retirada la policía, el *Dail*, o las fuerzas republicanas, civiles y militares, pudieron dar pruebas impresionantes de que había un Gobierno, capaz de sustituir al tradicional dominio británico, que no toleraría el desorden ni la injusticia. Se establecieron tribunales del *Dail*, especialmente en el campo, y aunque los jueces de primera instancia estaban en su mayoría poco entrenados, fueron prácticos y justos. Procuradores y abogados actuaban ante ellos. En el *Times* irlandés del 5 de julio de 1920 escribió lord Monteagle: «Los tribunales del *Sinn Fein* están extendiendo constantemente su jurisdicción y administrando justicia, con imparcialidad entre hombre y hombre, católico y protestante, terrateniente y arrendatario.»

**Los «Black-and-Tans»**

En la situación internacional de 1920 el Gobierno de Londres no deseaba emprender una acción militar total y se limitó a reforzar la policía de un modo que empeoró la posición británica y produjo enormes sufrimientos a la población irlandesa. Exsoldados reclutados en Inglaterra fueron uniformados mitad y mitad con el negro de la Policía Real Irlandesa y con el caqui militar, y así se los apodó los «negros y marrones», nombre de una jauría de Limerick. Pero eran insuficientes para la tarea encomendada y hubo que reclutar otra fuerza auxiliar. Estos «auxiliares» eran exoficiales con experiencia, mejor pagados que los soldados o la policía. Eran valientes, pero tan poco disciplinados y faltos de escrúpulos como sus colegas. Ni una ni otra de las nuevas fuerzas tenían conocimiento de las personas que habían de tratar o de lugares en que habían de moverse. Las fuerzas de la corona operaban ahora en cuatro grupos: el Ejército, la Policía Real Irlandesa, los «Black-and-Tans» y los Auxiliares. Y no simpatizaban entre sí. Carecían de un servicio de información competente y sus jefes no comprendían la naturaleza de las fuerzas contra las que tenían que luchar: operaban a ciegas y pronto tuvieron la enemiga de Irlanda entera. Los irlandeses partidarios del Gobierno de Londres no los ayudaban; en gran parte por razones afectivas; otras veces por miedo. Los oficiales suponían que los irlandeses que habían combatido a su lado en Francia los ayudarían ahora; pero raramente sucedía así. Unos 150.000 irlandeses habían entrado en el Ejército británico, invitados a ello por John Redmond, que en 1914 era el líder indiscutible del pueblo irlandés. La mayoría de ellos creyeron que estaban luchando por Irlanda. Cuando regresaron, en 1919, el pueblo se había ya alejado mucho de la política de Redmond. Los exsoldados volvían orgullosos de su servicio militar y de sus camaradas, ingleses, escoceses o galeses; pero en su propio país vieron al Ejército británico en un nuevo papel: los del *Sinn Fein* eran sus compatriotas, sus vecinos, muchas veces incluso sus hermanos de sangre. Algunos exsoldados no sólo no querían participar en la lucha contra el *Sinn Fein*, sino que se unieron a columnas volantes de los rebeldes, o las dirigieron ellos mismos. Los guardianes de la prisión de Mountjoy, muchos de ellos exsoldados, se afanaban en hacer la vida de los prisioneros políticos lo más cómoda posible. La policía uniformada de Dublín, que normalmente acompañaba a los soldados en sus operaciones, era casi siempre «neutral» y no ayudaba en nada al Ejército. La propaganda británica sobre los «asesinos» del *Sinn Fein* estorbaba a sus propias fuerzas.

El *Daily Mail* de 15 de diciembre de 1920 describía así la «resistencia» irlandesa: «Tiene madurez; es decidida, nacional, disciplinada y, sobre todo, inteligente.» También era abundante en recursos, y, a veces, despiadada.

En noviembre de 1920 los británicos trataron de recomponer un servicio de información. Numerosos oficiales fueron llevados a Dublín en traje de paisano. Michael Collins lo supo, y, en la mañana del domingo 21 de noviembre, catorce de ellos fueron muertos a balazos. Aquella tarde las ametralladoras dispararon contra una multitud en Croke Park (campo de deportes de la Asociación Atlética Celta). Numerosos espectadores resultaron muertos o heridos y murió también uno de los jugadores. Pero fracasó el intento de establecer de nuevo el servicio de información. Y hubo otros éxitos que confirmaban el juicio del *Daily Mail*. El jefe de guerrillas Sean MacEoin había sido hecho prisionero, y, a pesar de las pruebas que había dado de atender a los enemigos heridos, fue condenado a muerte. Para rescatarlo de la prisión de Mountjoy, un coche blindado fue arrebatado a unos soldados regulares a plena luz del día. Fue conducido hasta el interior de la prisión por un voluntario, acompañado por un exoficial con su propio uniforme británico. El plan, sin embargo, fracasó; el coche salió de la prisión y fue inutilizado y abandonado.

El 1 de diciembre de 1920, el arzobispo Clune, de Perth, Australia, llegó a Dublín con un mensaje de Lloyd George. El arzobispo, junto con dirigentes sindicales británicos, y otras personas, vio a Arthur Griffith en Mountjoy. Griffith, habida cuenta de que era un prisionero, dijo al doctor Clune que se dirigiese a Collins, que actuaba como presidente. Ambos acordaron los términos de una tregua, pero intervinieron otros hombres a los que Collins llamó más tarde «entremetidos irresponsables». El primer ministro pensó que el *Sinn Fein* se estaba debilitando y



**Restos quemados de uno de los cuarteles donde se habían alojado destacamentos de la Policía Real Irlandesa; los persistentes y disciplinados ataques del Ejército Republicano Irlandés a tales bastiones de la administración británica obligaron a la Policía Real a retirarse de las zonas rurales.**

no hubo negociaciones directas. El terror continuó. Un periodista lo describía así en el *Daily News* del 3 de octubre de 1920: «En la totalidad de nuestros anales no ha habido nunca nada paralelo a este récord de salvajismo organizado e insensato.» Pero Lloyd George seguía resuelto a negociar. Decidió entrevistarse primeramente con los unionistas del nordeste de Irlanda, que deseaban permanecer bajo el dominio británico y no querían ser gobernados desde Dublín por católicos. El proyecto de ley del Gobierno de Irlanda (el «Acta de Partición») fue aprobado el 23 de diciembre de 1920. La ley pretendía el establecimiento de dos Parlamentos con poderes muy limitados, uno para seis de los nueve condados del Ulster (Irlanda del Norte) y otro para los restantes veintiséis condados (conjunto al que se llamaría Irlanda del Sur, e incluía Donegal, el condado más septentrional). Irlanda del Norte no es un territorio homogéneo de unionistas y protestantes, ni hay en los seis condados ninguna zona importante en la que los unionistas tengan una mayoría abrumadora. Un tercio de la población de Belfast es nacionalista, y la otra ciudad, Derry (Londonderry), tiene una mayoría nacionalista. El límite entre los dos Estados es arbitrario, sin raíces en la historia o en la geografía; sin motivaciones económicas, sin un contorno físico definido. Pasa a través de casas y granjas, separa a pastores de sus iglesias y, a veces, de la mayoría de sus feligreses. Pero el Acta creó una zona arbitraria que da la mayoría a los unionistas u «orangistas». Los seis condados de Irlanda del Norte tienen una mayoría que se llama a sí misma británica —aunque su lealtad a la Gran Bretaña es estrictamente interesada.

En mayo de 1921 hubo elecciones para ambos Parlamentos. El *Dail* decretó, sin discusión, que aquella consulta debía considerarse como elecciones al *Dail Eireann*. En el Norte se produjo una desahogada victoria unionista. En el Sur hubo dudas: el *Sinn Fein* obtuvo 124 escaños, y todos ellos eligieron el *Dail*. En consecuencia, faltó *quorum* para la nueva Asamblea del Sur patrocinada por los británicos. El 22 de junio el Parlamento de Irlanda del Norte fue inaugurado por el rey Jorge V, quien, en su discurso, hizo un llamamiento a la paz en Irlanda. El 24 de junio, Lloyd George escribio a De Valera como «líder escogido por la gran mayoría de Irlanda del Sur», y le propuso una

conferencia en Londres, con él mismo y sir James Craig, primer ministro de Irlanda del Norte. No ponía condición alguna, pero no se concertó una conferencia hasta el 30 de septiembre, después de una correspondencia tediosa e infecunda. La conferencia buscaba «la fórmula mejor para conciliar la asociación de Irlanda a la Comunidad de Naciones llamada Imperio Británico, con las aspiraciones nacionales irlandesas». Mientras tanto, se había negociado una tregua para el 11 de julio. Esta tregua fue recibida con alivio y entusiasmo por todo el país. Pero la partición había llegado a ser un hecho consumado y las fuerzas de la República no podían evitarla. Después de la tregua, fueron excarcelados miembros del *Dail*; éste tuvo una reunión plenaria el 16 de agosto de 1921. Fueron nombrados cinco plenipotenciarios, propuestos por De Valera: Arthur Griffith (presidente), Michael Collins, Eamond Duggan, George Gavan Duffy y Robert Barton. Collins, el motor del movimiento de resistencia, no quería participar, pero fue finalmente persuadido. Los dos intransigentes del Gabinete irlandés, Brugha y Stack, rehusaron. De Valera rechazó decididamente dirigir la delegación, aunque él era el único miembro que ya se había encontrado con Lloyd George (habían conversado en Londres durante siete horas, aunque sin provecho). Lloyd George encabezaba la delegación británica, y llevaba consigo a sus dos ministros más difíciles, Wiston Churchill y lord Birkenhead (F. E Smith).

Las negociaciones comenzaron en Londres el 11 de octubre de 1921. A pesar del largo intervalo transcurrido desde la tregua, en Dublín ningún grupo se había reunido a considerar los términos que podían ser aceptables. La tregua significaba un compromiso; hasta cierto punto, una rendición por ambas partes. Los irlandeses no habían logrado expulsar a los británicos y los británicos no estaban todavía dispuestos a marcharse. Pero aquélla era la primera vez que rebeldes irlandeses se sentaban con ministros británicos.

## La solución de De Valera

Griffith y Collins eran hombres muy distintos, pero formaban una excelente combinación. Griffith hizo una vigorosa defensa de la reunificación de Irlanda, pero no tuvo éxito. La política de sir James Craig era «no ceder ni una pulgada», y el Gobierno británico, que dependía de la fuerte mayoría conservadora en la Cámara de los Comunes, no iba a hacer nada para menoscabar los poderes que habían sido concedidos al Parlamento de Belfast. Collins se mostró muy diferente de la imagen que sus oponentes tenían del irlandés rebelde: era serio, afable y muy capaz de discutir sobre defensa, finanzas y poderes fiscales. Los ingleses se aferraban a la idea de que un Estado irlandés les guardaría rencor y podría ayudar a sus enemigos. Los artículos firmados el 6 de diciembre diferían radicalmente del borrador que se llevó a Dublín el 3 del mismo mes. Concedían a Irlanda el *status* de que disfrutaba Canadá y plenos poderes fiscales.

Inmediatamente De Valera declaró que él y dos de sus colegas estaban contra el acuerdo. Cuatro ministros irlandeses estaban a favor. En el debate del *Dail*, De Valera puso en claro que no había límite para aquella oposición. Predijo una «lucha interna» como la que siguió al Acta de la Unión con la Gran Bretaña (1800). Nunca se apartó de esa actitud, e hizo así inevitable la oposición armada a una decisión del *Dail*.

Aquella actitud del Presidente sorprendió a Griffith. A De Valera se le consideraba más bien como un moderado, tanto en palabras como en los actos. Había declarado que él no era un «republicano doctrinario», y había parecido juntar al valor una prudente sabiduría. Ahora ofrecía una solución que pretendía fuese presentada como modelo a los pueblos de Gran Bretaña y los Dominios. Su plan de «asociación externa de la República con la Commonwealth» sólo estaba pensado a medias cuando los delegados irlandeses salieron para Londres. «El plan —según dijo el Presidente— evolucionó» durante las negociaciones, y finalmente fue redactado en la misma fraseología del Tratado: se le llamó «Documento n.º 2». Aunque el Gobierno de Londres de 1921 no estaba preparado para aceptar semejante plan, algo parecido se acordó para la India unos veinticinco años más tarde. Entre una y otra fecha, la Commonwealth ha sido radicalmente alterada, gracias, en gran parte, a los esfuerzos de los miembros irlandeses.

El *Dail* se reunió en sesiones pública y privada, pero apenas se consideraron los términos del Tratado. Los miembros elegidos lo habían sido para que sostuvieran un combate, no para que considerasen términos de paz. Pocos de ellos estaban versados en actividades parlamentarias o gubernativas, o en la confección de acuerdos internacionales. Estaban atormentados por la historia —una historia, por lo demás, excesivamente simplificada e inexacta a ese propósito— y muchos habían sufrido graves daños personales durante la larga lucha. En el debate se concedieron al Presidente enormes privilegios; hizo más de ciento setenta intervenciones. Pero ciertos hechos habían sido ignorados. Los británicos no habían podido ser derrotados en el campo de batalla; los Dominios, especialmente el Canadá, disfrutaban de una verdadera libertad; las negociaciones que se hacen durante una tregua han de acabar o en un acuerdo o en la reapertura de las hostilidades, y esto era tal vez lo que significaban las amenazas de Lloyd George. Apenas se mencionó lo que realmente complicaba la situación: la inexpugnable posición en que Irlanda del Norte había sido colocada por los británicos antes del comienzo de las negociaciones. La partición no fue resultado del Tratado. Hasta después de haberse llevado a efecto la partición, los británicos no se creyeron en condiciones de poder negociar. En el *Dail* no había ningún residente de los seis condados septentrionales, y los unionistas del Norte no eran más opuestos al *Sinn Fein* que los propios nacionalistas del Norte. Las concesiones del Tratado no colmaban los deseos de los negociadores, ni de los irlandeses ni de los británicos. Eso se admitió francamente en ambos Parlamentos, pero en Dublín se siguió pidiendo «libertad para alcanzar la libertad».

En Westminster se dijo que Lloyd George se había rendido ante el cañón del revólver del asesino Collins; que la Cámara de los Lores estaba «contemplando el crepúsculo de un Imperio», y que el llamado juramento especificado en el Tratado no era en absoluto un juramento de fidelidad. En la réplica a la argumentación de que se trataba de una «fidelidad condicionada», un miembro de la Cámara de los Lores dijo: «La fidelidad tiene respecto a la fidelidad condicionada la misma rela-

*Derecha: 1* **El** ***Dail Eireann*** **ratifica el Tratado con la Gran Bretaña por el cual Irlanda del Sur adquiere la categoría de Estado Libre, con Estatuto de Dominio (14 de enero de 1922); al fondo, a la izquierda, Arthur Griffith. Otros miembros del** ***Sinn Fein*****, dirigidos por De Valera, querían pura y simplemente la independencia; la escisión significó la guerra civil.** *2* **Banco del** ***Sinn Fein*** **atacado por los británicos (1919).** *3* **Mujeres republicanas protestan contra la «acción terrorista» de las tropas del Estado Libre.**


1
2
3
NOEL LEMASS
... MURDERED ...
ON THE
DUBLIN MOUNTS.
HARRY BOLAND
MURDERED IN
BALBRICCAN
RORY O'CONNOR
LIAM MELLOWES
JOE McKELVEY
DICK BARRETT
HEROES AND MARTYRS


SALA



*Página anterior:* **cuadro de Jack Yeats donde aparecen amigos y parientes de los detenidos políticos en la prisión de Kilmainham. En cierto momento los británicos llegaron a tener encarcelados a casi todos los dirigentes irlandeses.**

ción que una mujer virtuosa tiene respecto a la mujer de dudosa virtud.»

Los acontecimientos posteriores han desvirtuado todas las objeciones que se hicieron contra el Tratado. Es posible que fuese un error obligar a los irlandeses a entrar en el sistema británico. En las conferencias imperiales, y no importa dónde, las delegaciones irlandesas, desde el principio y de una manera creciente, han afirmado la completa independencia de los Dominios, de modo que la Commonwealth comenzó a alterarse desde el interior.

Finalmente, el 7 de enero de 1922, el *Dail* aprobó el Tratado por 64 votos contra 57. Griffith reemplazó a De Valera como presidente. Inmediatamente se procedió a poner en marcha el Tratado, pero la minoría expresó que la aprobación no significaba ratificación del convenio ni convertía a éste en legal.

**Apoyo al Tratado**

Collins fue nombrado presidente de un Gobierno provisional al que los británicos debían traspasar el poder. La evacuación de las tropas británicas y la transferencia de los cargos públicos comenzaron casi a la vez. El Estado Libre de Irlanda tenía que establecerse en el plazo de doce meses a partir de la firma del Tratado, es decir, no más tarde del 6 de diciembre de 1922. El Acta del Convenio del Estado Libre de Irlanda (31 de marzo de 1922) significó la ratificación británica al Tratado, y puso las bases para la elección de un Parlamento ante el que sería responsable el Gobierno provisional. El objetivo de la oposición en el *Dail* —dirigida por De Valera— pasó a ser impedir la elección, y, de esa manera, evitar la fundación del nuevo Estado. Se decía que «la República vivía aún». Tal idea resultaba facilitada por la ausencia de presión armada británica y por la libertad de reunión, en un ambiente que recobraba la normalidad. En ciertas regiones podrían impedirse las elecciones con las armas, y las fuerzas del Gobierno irlandés no estaban todavía organizadas. La oposición era numerosa, activa, y estaba, en parte, armada.

La carga que tiene que soportar un Gobierno revolucionario es siempre pesada. Para el pueblo irlandés, como dijo Gladstone, «la Ley ha llegado siempre vestida con traje extranjero y procede del extranjero». Ahora la fuente autóctona de la legalidad era objeto de escarnio: se denunciaba a los ministros como traidores, se asaltaban los transportes públicos y se saqueaban los bancos.

En abril de 1922 los Cuatro Tribunales de Dublín fueron ocupados por fuerzas irregulares al mando de Rory O'Connor, que rechazó públicamente la autoridad del *Dail* porque había «traicionado a la República». De Valera no desaprobó aquella acción, aunque el 13 de septiembre del mismo año escribió: «El hecho de que Rory O'Connor repudiara al *Dail*, en una acción que yo mismo, aun en contra de mis íntimas convicciones, tuve la debilidad de defender para evitar que se pusiera de manifiesto una escisión, es ahora la barrera mayor entre nosotros.»

En mayo de 1922, en las conversaciones entre Collins y De Valera, se pactó que habría unas elecciones en las que se presentarían como candidatos algunos representantes del *Sinn Fein*. El resultado fue acogido con alivio, y se convocó la elección, sobre la base de lo pactado. Con ello se pretendía asegurar que los dos partidos —el pro-Tratado y el anti-Tratado— mantuvieran exactamente las mismas proporciones anteriores. La elección sería la establecida por el Acta del Convenio del Estado Libre de Irlanda. El presidente sería elegido por el *Dail;* el ministro de Defensa, por el Ejército. Otros cinco ministros serían pro-Tratado, y cuatro anti-Tratado. Se admitía que otras tendencias distintas, que no fueran del *Sinn Fein*, podían ir a la elección. De Valera pensaba —es presumible creerlo así— que después de las elecciones el partido pro-Tratado tendría en el Gobierno una mayoría de uno, o tal vez ni llegara a ser mayoritario. Collins necesitaba las elecciones, y confiaba en que éstas pondrían de manifiesto que los votantes querían la puesta en marcha del Tratado. Los hechos le dieron la razón. Las elecciones proporcionaron una mayoría sustancial, dispuesta a poner en marcha el Tratado.

A pesar de su apasionado deseo de evitar una ruptura definitiva, Collins y sus colegas no podían permitir que continuase la ocupación de los Cuatro Tribunales, con detenciones de personas y confiscaciones de bienes. El 28 de junio el edificio fue atacado, y su guarnición no tardó en rendirse. La lucha se extendió por todo el país. El ataque a los Cuatro Tri-

**Durante el avance contra los republicanos de De Valera, un cañón de campaña del Estado Libre atraviesa un puente demolido cerca de Bruree, en el condado de Limerick.**



bunales fue el comienzo del fin de la guerra civil. Los combates continuaron, pero las fuerzas anti-Tratado se hallaban faltas del apoyo popular que había sido la ventaja principal en la lucha anterior a la tregua.

La primera reunión de la nueva Cámara se aplazó hasta el 9 de septiembre. En la legislación británica, aquél era el Parlamento provisional, ante el cual iba a ser responsable el Gobierno provisional, y que tenía que aprobar una Constitución para el Estado Libre de Irlanda antes del 6 de diciembre de 1922. Los dirigentes del partido pro-Tratado, que deseaban mantener la tradición del *Dail*, le llamaron «el Tercer *Dail*». Cuando se reunió, tanto Griffith como Collins habían muerto. Griffith se derrumbó bajo el peso de los acontecimientos en agosto, y a Collins le mataron mientras combatía contra las fuerzas anti-Tratado en Cork.

El Tercer *Dail* fue radicalmente diferente de sus dos predecesores. Contaba con 17 miembros laboristas, un partido campesino, independientes, y un Gobierno dotado de verdaderos poderes. El *Dail* debatió y aprobó una Constitución. El Gobierno británico había reconocido prácticamente, aunque no formalmente, al *Dail Eireann* y su Gobierno. Las instituciones ahora establecidas eran prácticamente idénticas a los componentes del *Dail* y su Gobierno. Desde el punto de vista irlandés, derivaban de la decisión de aprobar el Tratado y la aceptación de las elecciones por el *Dail*. Aunque Lloyd George había declarado en Westminster que había sido firmado un Tratado, era preciso proceder legalmente para transferir los poderes al país que, según la Ley británica, había constituido una parte del Reino Unido. Los irlandeses opinaban que el Tratado era un instrumento internacional concluido entre un Gobierno irlandés ya existente y el Gobierno británico. Más tarde el Tratado fue registrado como un instrumento internacional en la Sociedad de las Naciones, a pesar de la oposición del Gobierno británico.

William Cosgrave, ahora jefe del Gobierno, tenía ante sí una ardua tarea. Él y sus colegas, en trance de edificar un nuevo Estado, llevaban a cabo difíciles gestiones con Londres, redactaban una Constitución que debían defender en el Parlamento, y gobernaban un país recién salido de una guerra civil. Los constructores tenían que trabajar «con una paleta en una mano y una pistola en la otra». Eran los primeros individuos «genuinamente irlandeses» que ejercían auténticos poderes sobre una importante zona de Irlanda. El anterior *Dail* había sido un centro de resistencia y propaganda más bien que un órgano legislativo y de crítica del poder ejecutivo. Kevin O'Higgins, como ministro del Interior, llevó adelante con gran destreza el proyecto de Constitución. El jefe del Partido Laborista, Thomas Johnson, era también un excelente parlamentario. Él y su partido trataron de suavizar las asperezas del conflicto civil. Se constituyó un Senado de sesenta miembros, treinta nombrados por Cosgrave y treinta elegidos por el *Dail*. Griffith había prometido que en el Senado se daría representación a las minorías. Cosgrave nombró a dieciséis que habían sido «unionistas del Sur», y en total había treinta y seis católicos y veinticuatro de otras religiones, incluyendo a un judío y tres cuáqueros. El 6 de diciembre de 1922 el primer Parlamento del Estado Libre de Irlanda fue inaugurado por el gobernador general, Timothy Healy. El Tratado se aplicó a toda Irlanda, pero dio a Irlanda del Norte, ya constituida, la opción de permanecer fuera del Estado Libre de Irlanda. La opción fue hecha, sin ninguna dilación, el 7 de diciembre.

A principios de 1923 la resistencia armada de las fuerzas anti-Tratado estaba desapareciendo. Los daños causados habían sido grandes. Se había intentado detener la vida económica del Estado. El *Dail* había establecido tribunales militares con atribuciones para imponer la pena de muerte en el caso de ciertos delitos. De Valera había facilitado los argumentos y las teorías que habían dado pábulo a la guerra civil, pero no quiso responsabilizarse de ella. No obstante, el 26 de octubre de 1922 volvió a ocupar la «presidencia» de la República, y, con los jefes militares, se hizo cargo de las responsabilidades de las operaciones de las llamadas «fuerzas republicanas». En su nombre se ordenó un alto el fuego, para el 30 de abril de 1923. La guerra civil había terminado. El nuevo Gobierno irlandés quedaba firmemente asentado en su posición. Irlanda adoptaba la democracia parlamentaria inglesa, precisamente cuando a ésta le era difícil soportar las cargas que gravitaban sobre el sistema. En el caso de Irlanda y Gran Bretaña, los acontecimientos han probado que la separación política engendra mayor amistad y cooperación que la unión legislativa.

**Michael Hayes**



# La revolución indonesia

**Sesenta y cinco millones de personas de diversas razas, que hablaban lenguas distintas y que estaban esparcidas por millares de islas, constituían el poco prometedor material con que el Partido Comunista Indonesio trató de organizar una revolución.**

Los levantamientos indonesios de 1926-27 tuvieron lugar sobre un fondo de sentimientos nacionalistas que, desde hacía algunas décadas, formaban parte de la historia colonial de las Indias Orientales Holandesas. Las Indias (o Indias Holandesas, como se llamaba Indonesia antes de la Segunda Guerra Mundial) eran el orgullo del Imperio colonial holandés. La expansión colonial holandesa había comenzado a finales del siglo XVI, como reacción al intento español de aplastar el movimiento separatista de los Países Bajos. La expansión a ultramar de los holandeses tenía el propósito de arrebatar el comercio de especias de las Indias de manos de los españoles y de sus involuntarios aliados, los portugueses, cuyo país y colonias habían sido temporalmente fundidos con los de España en 1580. Al empezar el siglo XVII, exploradores holandeses habían alcanzado las Indias y conseguido establecerse en Java, la isla más populosa y rica del archipiélago. En 1619 pusieron su capital en Batavia, la actual Yacarta. Durante los tres siglos siguientes, a partir de esa base territorial en Java, el Imperio insular holandés en el Pacífico se expansionó de tal modo que, en 1920, incluía unos sesenta y cinco millones de personas de diversas lenguas y costumbres.

Los holandeses se mostraban orgullosos de su Imperio, que en población y tamaño ocupaba el tercer lugar, después de los de Gran Bretaña y Francia. Sin embargo, pocos holandeses se aventuraban a emigrar a Indonesia. A mediados de la dé-



**Una fotografía del Congreso del Partido Comunista Indonesio (P. K. I.) que se reunió en Batavia en el año 1925; Semaoen fue su primer presidente, y Darsono vicepresidente.**



cada de 1920 había allí sólo unos 250.000, de los cuales muchos eran mestizos. Según los criterios raciales existentes, que eran liberales si se comparan con los aplicados en las colonias británicas, todo el que tenía sangre holandesa podía ser considerado holandés.

Aunque Holanda había sido un país neutral desde las guerras napoleónicas y se hubiera mantenido al margen del primer conflicto mundial, las Indias Orientales, como la metrópoli, no pudieron evitar ser alcanzadas por las corrientes políticas y sociales de comienzos del siglo XX. Como en otras colonias de Asia, un grupo de intelectuales de educación europea había emprendido ya la lucha en favor de la independencia. Al igual que sus vecinos de India y China, ese pequeño grupo de intelectuales se conmovió cuando el Japón, al derrotar a Rusia en 1904-05, demostró que un país asiático podía vencer a los aparentemente todopoderosos europeos. Las autoridades coloniales sabían perfectamente cuáles eran los peligros envueltos en aquellos nacientes movimientos de independencia, y el P.I.D. (*Politieke Inlichtingen Dienst*, o servicio secreto de las Indias Holandesas) estaba decidido a aplastar cualquier oposición que encontrase en el interior del Estado colonial. No obstante, antes de la Primera Guerra Mundial empezaron a formarse en el archipiélago diversas asociaciones que pueden considerarse como los primeros núcleos del movimiento en pro de la independencia. Al principio, organizaciones como el *Budi Utomo* («Esfuerzo Puro»), fundado en 1908, no eran de carácter político, y proponían extender la educación a los nativos, y en particular a la aristocracia javanesa. La citada organización llegó a convertirse, sin embargo, en un centro de atracción para los reformistas de la colonia, y mantuvo estrechos contactos con el grupo de reformadores religiosos del *Sarekat Islam*, fundado en 1912. Este segundo grupo, con una orientación más política, abogaba por el autogobierno indonesio; en 1916 había crecido hasta contar con 360.000 miembros. Influido por el idealismo y los principios de autodeterminación nacional surgidos al final de la Primera Guerra Mundial, el *Sarekat Islam* había alcanzado en 1919 los dos millones y medio de afiliados.

Los holandeses fueron en parte responsables del crecimiento de ese naciente nacionalismo. Con la «política ética» emprendida por el Gobierno holandés en 1899, los holandeses liberales intentaban pagar lo que ellos llamaban una «deuda




**El Sudeste asiático en 1926. Los holandeses estaban muy orgullosos del más importante de sus dominios coloniales.**

de honor» hacia el pueblo indonesio; parte integrante de esa política era un programa de educación, bastante rudimentario por cierto, de ciertos sectores populares. El promotor de la «política ética» era C. Snouck Hurgronje, de la universidad de Leiden, quien creía que todas las personas educadas de la colonia tenían derecho a un lugar importante en el servicio del Estado, y, en consecuencia, a una representación en el gobierno de las Indias Holandesas. Conocido por sus estudios islámicos e indonesios, el profesor Snouck Hurgronje comparaba el gobernador general de las Indias, Van Heutsz (que ocupó el cargo de 1904 a 1909), al duque de Alba, el execrado regente de los Países Bajos durante un período de la guerra de ochenta años (1568-1648) con la que Holanda conquistó su independencia nacional. Así, pues, en una primera etapa, los intelectuales indonesios instruidos por la misma Holanda podían hallar en la tradición de la metrópoli la pauta de sus crecientes aspiraciones nacionalistas. Bajo la influencia de Snouck Hurgronje y sus discípulos, toda una generación de intelectuales indonesios llegó a convencerse de que la independencia política solamente podría tener significado si se conseguía igualmente la independencia económica. En el seno de la sociedad pluralista de las Indias Holandeses era, pues, necesario combatir no solamente al amo colonial holandés, sino también a sus aliados chinos, árabes y mestizos. En los superiores niveles administrativos de las Indias, el *Binnenlandsch Bestuur*, existía la discriminación racial, en tal forma que era difícil, si no imposible, que los javaneses, ni aun los más educados, consiguiesen una experiencia administrativa suficiente para asumir la autonomía.

En ese contexto, el movimiento nacionalista indonesio se hizo más radical con el paso de los años. Existían ya las bases intelectuales para que el marxismo adquiriese influencia entre algunos de los miembros más intransigentes de la intelectualidad indonesia. Los mestizos, el grupo indígena más educado y próspero de la colonia, habrían podido constituir el vínculo indispensable entre los grupos radicales, pequeños pero en franco desarrollo, y la clase dominante holandesa, de la que formaban parte. En 1912, la cooperación eurasiática-indonesia fue patrocionada por el Partido Nacional Indio, que fue fundado en aquel año por Douwes Dekker, un eurasiático emparentado con el primer reformista de las Indias, Multatuli. En el siglo XIX, Multatuli había contribuido con sus escritos a poner fin al infame «sistema de cultivo» mediante el cual los holandeses habían explotado despiadadamente a los campesinos indonesios, exigiéndoles entregas de materias primas para su exportación a Europa. El eslogan de Douwes Dekker, «las Indias para los que hacen de ellas su hogar», fue un intento de tender un puente sobre el creciente abismo entre los intelectuales indonesios y la comunidad eurasiática partidaria del orden establecido. El movimiento fue cortado de raíz en 1913, con lo que quedaron abiertas las

puertas para que los intelectuales de formación marxista tomaran el mando del movimiento nacionalista indonesio.

**La llegada del comunismo**

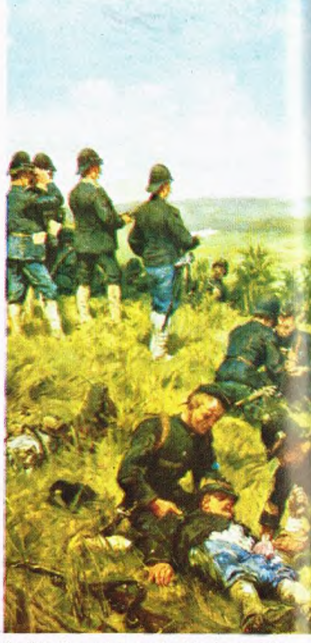
La llegada a las Indias de Hendrik Sneevliet (alias Maring), en 1914, marcó el comienzo de la influencia marxista en el nacionalismo indonesio. Miembro del Partido Socialdemócrata Holandés, Sneevliet fundó aquel mismo año la Asociación Socialdemocrática de las Indias, organización que logró infiltrarse en el movimiento de *Sarekat Islam*, en cuya sede de Semarang se constituyó, el 23 de mayo de 1920, el Partido Comunista Indonesio (P.K.I.). Semaoen fue su primer presidente, y Darsono su vicepresidente, mientras que Sneevliet, y más tarde Tan Malaka, eran sus representantes en el Comintern, en Moscú. Pero Semaoen fue detenido y obligado a salir de las Indias. En 1923, la mayoría de los dirigentes del Partido Comunista Indonesio habían tenido que abandonar el país, pero en esa época los comunistas indonesios se dirigían ya a Moscú, más bien que a Holanda, en busca de directrices. Para la mayoría de ellos, los objetivos nacionalistas y los fines comunistas eran similares, si no idénticos. La independencia económica y política era la meta común del nacionalismo y el comunismo, y los eslóganes simplistas que así lo proclamaban lograban su impacto entre los intelectuales de orientación religiosa, que constituían la parte más numerosa del movimiento de *Sarekat Islam*. Ya en 1926 el Partido Comunista había llegado a controlar una mayoría de las ramas de *Sarekat Islam* en todo el archipiélago. No obstante, el conflicto ideológico entre muslimes religiosos y marxistas convencidos, dentro del movimiento, era inevitable; un conflicto de tal naturaleza amenazaba con alejar del Partido Comunista a la gran mayoría de campesinos indonesios, profundamente religiosos, que formaban su base natural de apoyo. Tan Malaka regresó a las Indias en 1922, para tratar de superar esas divergencias, y, al año siguiente, todas las ramas de *Sarekat Islam* que estaban controladas por el Partido Comunista habían cambiado su nombre por el de *Sarekat Rakjat* (Asociaciones Populares). El Comintern esperaba hacer que esos grupos se aliaran con todos los elementos «burgueses» de las Indias, e insistió en formar un frente antiimperialista, basado en la colaboración de los comunistas con los elementos nacionalistas. Algunos grupos extremistas del Partido Comunista Indonesio decidieron romper con el Comintern en 1925, como reacción contra esa política. El agente del Comintern en el Asia sudoriental, Tan Malaka, intentó inútilmente poner remedio a semejante escisión del frente revolucionario.

La administración holandesa, preocupada por el creciente radicalismo de esos movimientos, suspendió el derecho de libre reunión a fines de 1925, y detuvo a numerosos dirigentes sindicales y del Partido Comunista. Mientras Alimin y Musso —otros dos destacados líderes comunistas— estaban en Malaya, retenidos por las autoridades británicas que les impedían el regreso a Indonesia, y Tan Malaka se encontraba temporalmente fuera del país, los holandeses empezaron a presionar abiertamente sobre el partido, que se veía privado de sus principales dirigentes. Dándose cuenta de que muchos comunistas de las Indias Holandesas estaban planeando un golpe de Estado en 1926, Tan Malaka, aconsejado por el Comintern, trató en vano de disuadirlos de dar un golpe prematuro, que a su juicio había de fracasar. Sin contar con sus mejores dirigentes y sin el apoyo de los campesinos, por haber roto con el *Sarekat Islam*, el Partido Comunista Indonesio carecía de toda posibilidad de consumar con éxito una rebelión contra los holandeses.

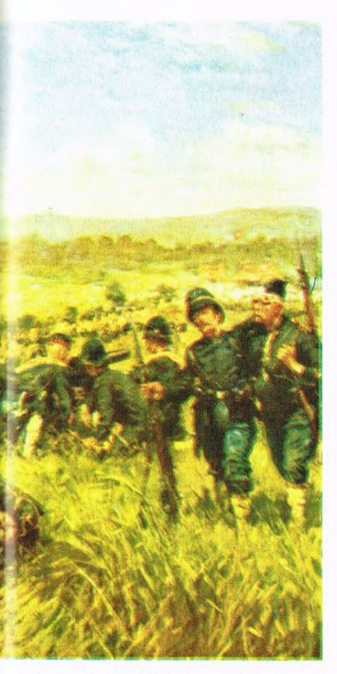
El P.K.I. ordenó revueltas en Padang, Sumatra, pero los primeros disturbios estallaron en Batavia, la capital de la colonia. Aquellos mal organizados alborotos fueron rápidamente reprimidos. En Bantam, Java Occidental, las revueltas de noviembre de 1926 fueron dominadas con facilidad, y las rebeliones de la zona de Minangkabau, en la costa occidental de Sumatra, dos meses más tarde, fueron pronto vencidas por las tropas holandesas. De hecho, la mayoría de los campesinos permanecieron absolutamente ignorantes de que se preparase una revuelta. Al no contar los comunistas con el beneplácito de Moscú ni con el de las masas campesinas de *Sarekat Islam*, estaban condenados a fracasar desde el primer momento.

**Los comunistas, suprimidos**

El resultado más inmediato de las revueltas fue la supresión del movimiento comunista en las Indias Holandesas. Cuatro mil quinientos rebeldes fueron condenados a penas de cárcel, y 1.308 fueron confinados. Los dirigentes-clave del partido fueron exiliados o encarcelados, y los intentos de Musso de organizar un nuevo



Partido Comunista en la década de 1930 tuvieron escaso éxito. Sin embargo, al fallido golpe de 1926 siguió el nacimiento de un partido nacionalista que contaba con una base de apoyo más amplia. En junio de 1927, un joven ingeniero de Java, Sukarno, junto con sus asistentes Sartono y Ali Sastroamidjojo y otros, fundó el *Partai National Indonesia* (P.N.I., Partido Nacionalista Indonesio). El programa de Sukarno, aunque con influencia marxista, se proponía conseguir la unidad y la independencia de las Indias Holandesas, no por la ayuda de Moscú o de «un Califa de Estambul», sino de las propias masas, con lo que se subrayaba el carácter secular y completamente indígena del P.N.I. En 1929 Sukarno reconocía la necesidad de la unidad entre los pueblos indonesios, de cara a la gran guerra que se preparaba en el Pacífico. Bajo la dirección de Sukarno, el Partido Nacionalista Indonesio, aunque pequeño, se convirtió en la más















*Izquierda.* **Expedición de castigo, cuadro de Papendrecht: tropas holandesas reprimen una insurrección en las Indias Orientales.** *Derecha.* **Información gráfica de las revueltas de 1926 en el periódico de Batavia «Locomotief»:** *arriba, a la izquierda,* **la cárcel de Glodok, adonde fueron llevados los primeros prisioneros;** *en el centro, a la derecha,* **la oficina de telégrafos de Batavia, algún tiempo en poder de los rebeldes;** *abajo, a la derecha,* **un soldado muestra su sable agujereado por una bala.**

poderosa fuerza nacionalista de las Indias, y llegó a ganarse el apoyo de los dirigentes de *Sarekat Islam.* Pero Sukarno fue detenido en 1929, y, sin su dirección, el P.N.I. siguió siendo sólo un partido de minorías intelectuales y no de grandes masas. Sin embargo, había de perdurar, para convertirse finalmente en el núcleo del Gobierno indonesio, después de que los japoneses conquistaran la colonia holandesa en 1942.

La reacción a las revueltas entre los dominadores coloniales fue tal vez más fuerte que entre el pueblo. Los seguidores de la «política ética» de Snouck Hurgronje perdieron toda influencia. Los colonos conservadores holandeses tenían la impresión de que las revueltas de 1926-27 eran el resultado de haber dado a los indonesios una instrucción superior al nivel elemental y se hicieron toda clase de esfuerzos para acabar con la «política ética». Aunque no se renunció totalmente a educar a los indonesios, el acento se puso desde entonces en la instrucción primaria. A partir de 1927 sólo un escasísimo número de indonesios pudo seguir estudios secundarios o superiores; por otra parte, aun antes de la revuelta eran pocos los que habían alcanzado aquel nivel de instrucción. Continuó existiendo el *Volksraad* (Consejo del Pueblo), que había sido un cuerpo consultivo casi-parlamentario, organizado en 1916 como respuesta al deseo de autogobierno de los indonesios cultos, pero sus funciones fueron exclusivamente consultivas. Los indígenas ocupaban poco más del 50 % de los escaños, aunque constituían el 95 % de la población. No se llevó a cabo ninguna tentativa seria, a partir de 1927, para revisar la representatividad del *Volksraad,* ni para darle más amplias atribuciones.

Por lo tanto, los levantamientos indonesios de 1926-27, más que ayudar al pueblo indonesio a conseguir su independencia nacional, obstaculizaron los progresos en la instrucción y en la preparación para la autonomía. El conservadurismo a ultranza debería guiar la política colonial en las Indias durante los años que quedaban de dominio holandés.

**S. L. Mayer**

# La huelga argentina de 1919

**Nadie hubiera podido prever, aquella noche del 3 de enero de 1919, que el nutrido tiroteo que interrumpió el descanso de los habitantes de Buenos Aires, deprimidos por el rigor de un verano agobiante, era el preludio de las sangrientas jornadas que la historia de la ciudad registra bajo el nombre de «Semana Trágica».**

**El presidente argentino Hipólito Yrigoyen, bajo cuyo mandato se desarrollaron en Buenos Aires los sucesos de la «Semana Trágica».** *Abajo:* **desembarco de inmigrantes en el puerto de Buenos Aires (1903). El origen extranjero de gran parte del proletariado porteño no impidió que éste poseyera una acusada conciencia de clase.**





Un tiroteo nocturno, ocurrido en las proximidades de la periferia bonaerense, dejó un saldo de tres heridos y se originó en la acción de un piquete de huelguistas del establecimiento metalúrgico «Pedro Vasena e Hijos», que habían resuelto testimoniar su descontento dañando instalaciones de los servicios eléctricos y telefónicos.

La policía restableció prontamente el orden, garantizando la libertad de trabajo; un orden tenso que se prolongó morosamente durante tres días, al cabo de los cuales la violencia estalló en un impresionante alarde de furia colectiva.

La evocación posterior a los sucesos no logró nunca desentrañar sus confusas causas inmediatas y a ello contribuyó, en buena medida, la decisión del presidente Yrigoyen de no llevar adelante la investigación de responsabilidades. Pero una y otra circunstancia demuestran justamente que, bajo el manto de la anécdota, se escondían las raíces profundas de una crisis social que había sumido en el encono y la desesperación a un sector apreciable del proletariado.

Ese sector, proveedor de mano de obra fabril, distaba mucho de ser numeroso e influyente; pero su alta concentración en la ciudad capital y aledaños, así como la carga ideológica que contribuía a motivar su conducta, generaban un compuesto potencialmente explosivo, en días en que la distribución relativamente equitativa de la renta no era, por cierto, una preocupación de las clases dominantes. En las calles, se mostró como una hueste disciplinada y aguerrida; el Gobierno debió apelar al Ejército para doblegarla.

Para un observador lejano podría resultar incomprensible que el país que, por entonces, se dejaba elogiar complacidamente con la denominación de «granero del mundo» y que, algunos años antes, se había empinado en el concierto de las naciones con una tasa de crecimiento excepcional y una espectacular radicación de capitales extranjeros, pudiera ser área para fricciones sociales de gran magnitud; sin embargo, tal observador se sentiría menos desconcertado, si tuviera en cuenta otros dos hechos no menos característicos de aquel momento argentino: las penosas condiciones en que se desenvolvía la existencia de las familias obreras y el impacto de la propaganda anarquista. Ambos hechos recreaban en el Río de la Plata, como reverso del frenético ritmo del poder económico, un cuadro social no muy diferente del que se daba en las naciones europeas.

La diferencia, si existía, jugaba a favor de los intereses patronales: un Estado débil, escasamente dotado para sancionar normas de amparo; un proletariado cuyos dirigentes asimilaban mal experiencias importadas, con una concepción romántica de la lucha de clases que los tornaba especialmente vulnerables a la represión.

Con un apoyo político masivo, pero inorgánico, y con la fuerte prevención antimarxista que era de rigor por entonces, Hipólito Yrigoyen trataba de capear el temporal con más empeño que acierto, con más sentimentalismo que lucidez; la «semana de enero» puso de relieve la verdadera dimensión de la encrucijada.

**Cómo se inició el conflicto**

El martes 7 de ese mes, al promediar la tarde, algunos operarios del taller Vasena que, en ostensible actitud de rompehuelgas y custodiados por un escuadrón policial, conducían carros de la empresa, fueron agredidos por sus compañeros huelguistas. A la pedrea inicial siguieron las balas, y bien pronto la guardia policial, así como sus refuerzos urgentemente requeridos, se vieron amenazados de ser copados por los trabajadores que disparaban sus armas parapetados en las inmediaciones; cuatro muertos y más de treinta heridos clausuraron esa primera jornada de refriegas.

Una tímida mediación del Gobierno impulsó a la familia Vasena a ofrecer condiciones de arreglo a un conflicto que, iniciado un mes antes, alcanzaba a la casi totalidad de sus 2.500 obreros: propuso nueve horas diarias de tarea y un pequeño aumento en los sueldos. La réplica de los asalariados no se hizo esperar: jornada de ocho horas, supresión del trabajo a destajo, aumentos superiores al 20 %, readmisión de los trabajadores despedidos. Hubo entre las partes un momento de reflexión y equilibrio, en el

que pareció que podría superarse el entredicho; pero en la tarde del miércoles 8 comenzó el desfile fúnebre de los caídos el día anterior. De pronto, la emoción ganó el corazón de la multitud que acompañaba aquellos pobres restos; la congoja se extendió por toda la ciudad. Y rápidamente la situación escapó a toda forma de control.

**Días de sangre y de luto**

En la mañana del 9 de enero el sindicato metalúrgico decretó un paro general, al que se adhirieron presurosamente otros gremios: al promediar la jornada, en todos los barrios de Buenos Aires se realizaban concentraciones de trabajadores, ahora ostensiblemente encabezadas por banderas rojas y estribillos socialistas o anarquistas. Los grupos más decididos avanzaron sobre el centro de la ciudad, incendiando tranvías y forzando el cierre de tiendas y despachos, mientras un tiroteo con la policía y los bomberos provocaba la muerte de más de veinte personas, entre ellas varios niños, y se iniciaba un saqueo generalizado en el que no pocos delincuentes se sumaron a los enardecidos obreros.

Al día siguiente, numerosos ataúdes llevados a hombros por un impresionante cortejo invadieron abruptamente la paz del cementerio; en el recinto destinado al último descanso, soldados de infantería agravaron el tumulto al tratar de imponer su peculiar sentido del orden; en el camino habían quedado las ruinas de una iglesia a la que la multitud había prendido fuego. Esa noche, medio centenar de nuevos cadáveres certificaban que la marea llegaba a su nivel más alto.

El Ejército ya estaba en la calle y el tableteo de las ametralladoras punteaba, inmisericorde, el agravamiento de la discordia civil. El general Luis Dellepiane, jefe de la guarnición militar de Campo de Mayo, en las proximidades de la ciudad, era designado «comandante militar de la capital»; hombre de formación universitaria —ostentaba, además, el diploma de ingeniero civil— e identificado con las aspiraciones y sentimientos del presidente Yrigoyen, nunca había sido insensible a los reclamos populares y ello le permitió advertir que en la maraña de los sucesos derivados de la indignación de los sectores humildes, se entremezclaban intereses poderosos e inconfesables, cuyos personeros trataban de acentuar el desorden, para justificar una represión brutal e indiscriminada.

En efecto, entre el viernes y el domingo siguientes, influyentes figuras del conservadurismo, valiéndose de la protección policial, y con el concurso de hampones, esquiroles y no pocos jóvenes de las clases altas, consumaron una cacería y apaleamiento de obreros, seguidos de violentos atropellos a las personas y bienes de la colectividad judía. Se agregaba, así, un nuevo factor de perturbación, que en el futuro no dejaría de mostrar su aptitud recurrente cada vez que los trabajadores argentinos amenazaron los privilegios de la oligarquía nativa.

Sin embargo, la serenidad y la energía del general Dellepiane, conteniendo los desmanes de unos y otros, lograrían encauzar los acontecimientos. El sábado 11 de enero, ante la mediación de Yrigoyen, la familia Vasena había aceptado incondicionalmente el pliego de exigencias de sus obreros; los choques callejeros quedaron gradualmente reducidos a pequeños focos de «activistas»; el jueves 16, los gremios comenzaron a retornar a sus tareas.

Queda dicho que la «Semana Trágica argentina» no puede explicarse satisfactoriamente mediante la simple crónica de los hechos; acaecimientos anteriores y posteriores así lo demostraron. Mucho antes de aquella fecha, en la última década del siglo pasado, obreros y artesanos europeos, entre los cuales se contaban no pocos derrotados de la Comuna de París, habían formulado las primeras reivindicaciones en defensa de sus intereses de clase. En esa misma década un médico argentino, el doctor Juan Bautista Justo, había fundado el Partido Socialista, y en cada 1.º de mayo las calles de Buenos Aires alteraban su ritmo en homenaje a los mártires de Chicago.

**Socialistas y anarquistas**

La escisión anarquista de la Primera Internacional, encabezada por Bakunin, prendió vigorosamente en la conciencia de aquel proletariado que, aunque extranjero por nacimiento, estaba afincado definitivamente en el país. Su empuje idealista contagió a distinguidos intelectuales argentinos y la visita de Enrico Malatesta, en 1899, con el brillo de su palabra inflamada, renovó el fervor por el credo anarquista.

Mientras el Partido Socialista iniciaba sus luchas parlamentarias, con el asiento conquistado por Alfredo Palacios —primer diputado socialista de América— en 1902 y lograba en 1905 la primera ley de protección a los trabajadores, garantizando el descanso dominical, en el anarquismo prevalecía la tendencia sindicalista que instrumentaría la violencia como principal arma de lucha. Entonces pudo decirse que San Petersburgo, Milán, Barcelona y Buenos Aires porfiaban por ser depositarias de la nueva Arca de la Alianza. De esa época datan graves atentados, como el asesinato del jefe de policía, coronel Falcón (1909), y la bomba arrojada sobre la platea del Teatro Colón (1910); también, imponentes manifestaciones de fuerza, como la gran huelga ferroviaria de 1917, que paralizó al país.

La burguesía, atemorizada y colérica, respondía con «palos de ciego»; la llamada «ley de residencia», sancionada en 1904, autorizaba al poder ejecutivo a expulsar del país, en franca violación de la Constitución y sin forma alguna de proceso, a los extranjeros acusados de agitación social; la soberbia de la clase dominante no se cansaba de perfeccionar el aparato de represión, descuidando, en cambio, la protección más elemental de los sectores necesitados; sólo en 1915 el socialismo logrará la sanción de una ley sobre accidentes del trabajo.

A pesar de su fugaz duración, la huelga general de 1919 fue una clarinada de atención llamada a tener efectos perdurables. Si, por un lado, endureció la administración del presidente Alvear, sucesor de Yrigoyen, impulsándolo a reprimir sin piedad la rebelión de los trabajadores de la Patagonia, en 1922-23, por el otro aceleró la aprobación de leyes sociales importantes, como las que reglamentaron el trabajo de mujeres y menores de edad, el trabajo nocturno e insalubre y los permisos por maternidad; en 1929 se fijó en ocho horas la jornada máxima de labor.

Al mismo tiempo la influencia del anarquismo comenzó a decrecer, sustituido por la acción más orgánica, más comprometida con la negociación propia de las reglas del juego político, exhibida por socialistas y comunistas. Cuando, al terminar la década del veinte, el agitador Severino Di Giovanni convoca nuevamente a la violencia, haciendo gala de una audacia inverosímil, su prédica encuentra escaso eco. Fusilado en enero de 1931 por el Gobierno provisional del general Uriburu, morirá gritando: «¡Viva la anarquía!». Pero la opinión pública, sin duda mal informada, lo considerará, durante largos años, como un delincuente común. El evangelio anarquista, como doctrina puesta al servicio de la redención proletaria, había entrado, para los argentinos, en un ocaso tal vez definitivo.

**Eduardo Alberto Rocca**

# Chile y Arturo Alessandri

**Desde fines del pasado siglo —exactamente a partir del suicidio del presidente Balmaceda, en 1891—, Chile se había convertido en una república sólo aparentemente democrática: en realidad, un puñado de plutócratas dominaba la vida institucional y los recursos económicos del país...**

**Arturo Alessandri (sentado), dos veces —o tres, según ello quiera mirarse— presidente de Chile, siempre en difíciles circunstancias.**



Arturo Alessandri Palma nació en la provincia chilena de Linares en 1868. Su infancia transcurrió en el clima de ansiedad y fervor patriótico que precedió y siguió a la Guerra del Pacífico, en la que Chile, vencedor de la contienda, ratificara con importantes conquistas territoriales su tradicional influencia en el área andina de la América meridional.

Pertenecía a una familia de antiguo arraigo en el país; su abuelo, Pedro Alessandri, establecido allí en 1821, provenía de la Toscana y fue cónsul del reino de Cerdeña ante el Gobierno de Chile. Este origen, diverso de la mayoritaria inmigración castellana y vascongada que fue la base de la aristocracia chilena, no dejaría de tener su importancia para explicar el sesgo de la conducta de Alessandri cuando, un siglo más tarde, asumió la representación política de las clases medias de su patria.

Alessandri recibió una educación esmerada, graduándose de abogado en 1893. Con participación juvenil en la vida pública, formó parte de los grupos estudiantiles que, en defensa de las libertades cívicas pero instrumentados por pasiones menos confesables, contribuyeron a empujar al suicidio al presidente Balmaceda en 1891. Entonces no sabía que, treinta años después, él sería el encargado de actualizar la gestión populista y el testamento político del mandatario trágicamente desaparecido.

**La vida política chilena hasta 1920**

Con la muerte de Balmaceda se inició en Chile lo que ha dado en llamarse «la república parlamentaria y plutocrática». A través de un Congreso con poder ilimitado al que sólo ingresaban los personeros del sistema, las clases acaudaladas nutridas por la renta del salitre manejaban la nación a su antojo. El parlamentarismo era simple fachada de una democracia inexistente, manifestación decorativa de una política de círculos en los que el pueblo no tenía acceso; en los salones del Club de la Unión se digitaban los presidentes y los Montt, los Errázuriz, los Sanfuentes, se sucedían en el poder mediante impecables acuerdos de caballeros. Los recursos salitreros, aunque en más del cincuenta por ciento en manos inglesas, dejaban en los bolsillos de las familias adineradas un suculento ingreso diferencial, al que se agregaba el proveniente de la explotación del cobre de los yacimientos de El Teniente, Chuquicamata y Potrerillos; el capital norteamericano, que, a partir de 1905, había empezado a copar la actividad cuprífera, tampoco se mostró renuente a repartir beneficios con los titulares del poder político. De todo ello derivó una prosperidad excepcional que, hábilmente canalizada hacia los sectores sociales privilegiados, ahogó el clamor de los «balmacedistas», cruelmente perseguidos, y la sorda protesta de la miseria proletaria.

El juicio histórico difícilmente podrá disimular el hecho de que Alessandri fue copartícipe de aquel régimen durante largos años. En 1897 se incorpora, como diputado, a aquella Legislatura omnipotente y, al año siguiente, acepta el Ministerio de Industrias y Obras Públicas en la administración del presidente Errázuriz; el flamante ministro tiene treinta años y se distinguirá por su dinamismo y su voluntad de servicio.

En 1913, durante la presidencia de Barros Luco, tendrá una nueva oportunidad a igual nivel: la cartera de Hacienda; eran las vísperas de la Primera Guerra Mundial, decisivo factor de cambio que lo acercaría a su misión histórica.

No obstante el estrépito habitual de los interminables debates parlamentarios, la vida política chilena, en los primeros lustros del siglo XX, se había caracterizado por una suerte de «quietismo», apenas perturbado por las controversias sobre educación pública. Liberales partidarios de la educación gratuita y laica disputaban con las tendencias conservadoras que querían dejar en manos de las congregaciones religiosas ese aspecto fundamental de la cultura. El ardor de tales controversias respondía a la actitud mental de la época, pero servía, al mismo tiempo, para ocultar la inoperancia de los congresistas y la incapacidad del Estado para abordar problemas económicos y sociales que reclamaban urgente remedio. El ramalazo de la guerra, azotando la débil y dependiente estructura

productiva de la nación, puso al desnudo las verdaderas contradicciones.

Es en esos momentos dramáticos para los indefensos pueblos de América del Sur cuando la estrella de Alessandri inicia su carrera hacia el cenit. En 1915 conquista un puesto de senador por la provincia de Tarapacá, y, valido de sus notables condiciones de tribuno, apela a las fibras más íntimas de la sensibilidad nacional para promover una voluntad colectiva de renovación. Entonces se advertirá, casi de pronto, que su larga experiencia política no ha sido vana y que, como profundo conocedor del alma de su pueblo, puede erigirse en el abanderado de la multitud postergada; las memorables jornadas del Senado lo promoverán como candidato a la primera magistratura; accederá a ella en 1920, a los 52 años.

**Los años veinte**

El nuevo presidente llegaba al alto cargo, después de una elección reñida, con fervoroso apoyo popular, pero con un parlamento hostil y empeñado en la perduración de viejos vicios políticos. El enfrentamiento era inevitable y se prolongó durante toda la administración de Alessandri, obligándolo a modificar dieciséis veces en cuatro años la composición de su gabinete y malogrando, a la postre, buena parte de sus proyectos.

A tales dificultades políticas se asociaron problemas económicos de gran magnitud, consecuencia del reajuste mundial derivado de la conclusión de la guerra en 1918 y de la irrupción, en el mercado, del salitre sintético, que para Chile iba a significar el abrupto cegamiento de su más importante fuente de recursos y sus corolarios de desocupación y de envilecimiento de la moneda nacional. Afortunadamente, los ingresos del cobre permitirían compensar parcialmente el quebranto; en 1921, con 250.000 toneladas extraídas de sus riquísimos yacimientos, Chile pasa a ocupar el segundo puesto en la producción mundial de cobre; el preciado metal acuerda al presidente la tregua indispensable a sus afanes.

Desde el primer momento Alessandri se impone un objetivo esencial: encuadrar la labor del Congreso en límites que no impidan la acción del poder ejecutivo. Lo logrará parcialmente y, así dotada la presidencia de mayor autonomía, establecerá el impuesto a la renta mediante una ley de 1923, sancionada, a duras penas, con la fiera oposición de los partidos conservadores; articulará un proyecto de creación de un Banco Central que servirá de precedente a la legislación posterior a su mandato y, en 1924, promulgará leyes de gran trascendencia social: sobre contrato de labor, seguro obrero, accidentes del trabajo y organización sindical.

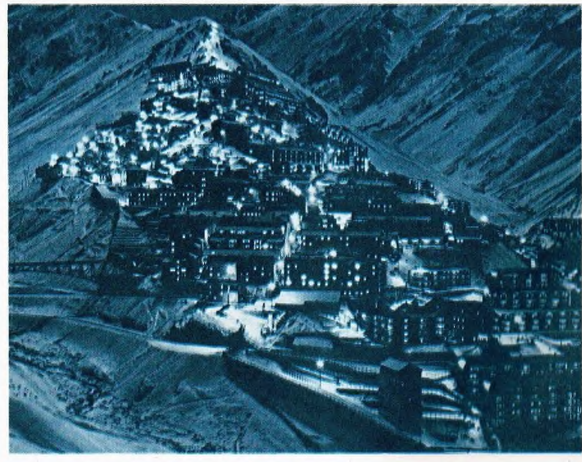
Su obrar dinámico y su oratoria apasionada marcarán con su nombre la década del veinte, la época «del cielito lindo», por alusión a la dulce melodía que difundirá la música de Chile en el mundo. No importa que el dilema entre «la chusma querida» y «la canalla dorada» del que Alessandri se vale para explicar las divisiones que suscita su gestión, peque de excesivo esquematismo y denuncie su pobreza ideológica; no importa que un contemporáneo suyo dotado de alta inteligencia y abnegada sensibilidad, Luis Emilio Recabarren, intentara mostrar a los trabajadores un camino propio, instándolos a organizarse en el Partido Obrero que fundara en 1912; Alessandri expresa y sintetiza un momento de la conciencia nacional. Cuando a fines de 1924 Recabarren se quita la vida tras un largo «predicar en el desierto», el caudillo-presidente ya es, para siempre, «el león de Tarapacá», a cuya paternal protección se confían, marchando del brazo, la clase media y el proletariado chilenos.

A pesar de todo los últimos meses de su primer gobierno serán difíciles. La oficialidad del Ejército, que en septiembre de 1924 le diera su total apoyo para imponer la nueva legislación obrera, se muestra inquieta y deseosa de seguir gravitando en la decisión política. Alessandri rechaza altivamente esa pretensión de cogobernar y presenta su renuncia, que, rechazada, será sustituida por el otorgamiento de seis meses de licencia, durante los cuales viajará a Europa buscando la perspectiva de la distancia. La Junta que lo sustituye, con fuerte predominio militar, no puede superar los problemas pendientes y, en marzo de 1925, el Presidente abandona su residencia en Roma para reasumir el mandato que debe expirar en diciembre de ese año. En el breve lapso que le resta hace sancionar una Constitución que debilita seriamente la influencia del Parlamento, establece la elección del presidente por voto directo y separa la Iglesia del Estado.

**De la dictadura militar a la efímera república socialista**

Pero, aunque contenida por su inmenso prestigio personal, la presión de los mandos militares persiste y su ministro de

**Aspecto nocturno de una de las localidades cupríferas chilenas, encaramada en las abruptas vertientes de los Andes. El cobre de Chile, segundo país del mundo en cuanto a la extracción de este mineral, ha jugado a lo largo de todo el siglo XX un importante papel en las vicisitudes de la política nacional.**



Guerra, el entonces coronel Ibáñez del Campo, se perfila como un adversario de cuidado. Una política de compromiso es contraria al carácter de Alessandri y el 1.º de octubre de 1925 presenta otra vez su renuncia, ahora indeclinable.

Como en la anterior ocasión, el país se conmueve profundamente y se agudizan los enfrentamientos sectoriales que la breve presidencia de Figueroa Larrain (1925-1927) no logra neutralizar; tras su renuncia, Ibáñez es elegido presidente, prolongándose su mandato hasta 1931. Su gobierno, de tono y estilo militar, lindante con la dictadura, tiene la obsesión del orden y hace gala de un escaso respeto por la Ley. Impone el orden y resuelve el acuciante problema de la falta de trabajo con una gran política de obras públicas, pero su autoritario personalismo exige adhesiones incondicionales, de las que será buena muestra el «congreso termal», como se llamó a la dócil legislatura elegida, a su arbitrio, en las termas de Chillán. No es de extrañar, por lo tanto, que cuando Chile es alcanzado por el impacto de la gran crisis mundial de 1929-30 e Ibáñez se ve obligado a suspender el servicio de la deuda externa, una gran soledad política lo aparte del escenario nacional.

Con el país al borde del caos se inicia un período de inestabilidad y cuartelazos cuya expresión más singular es la Junta del 4 de junio de 1932, que proclama la república socialista. La aventura durará trece días y terminará con su inspirador, el coronel Marmaduke Grove, confinado en la isla de Pascua; el único efecto visible del precario experimento será la devolución, a los pobres, sin pago alguno, de los enseres empeñados en el montepío de la Caja de Crédito Popular.

En octubre de 1932 Alessandri retorna al poder; sus seguidores son legión, su carisma está intacto; un pueblo decepcionado espera del viejo caudillo un milagro salvador.

### Un león en cuarteles de invierno

Pero las circunstancias son muy otras y ya no se adaptan fácilmente a los esquemas de su elocuencia. Hay 160.000 desocupados y el cuadro del malestar de la conciencia obrera es profundo y diversificado. Para ganar un apoyo incondicional no basta el proselitismo entre los inquilinos de fundos y haciendas, como en 1920, ni la crisis crónica del salitre resulta propicia para entusiasmar a los mineros. Existe, por otra parte, un nuevo tipo de proletariado ocupado en la industria manufacturera: 200.000 hombres y 90.000 mujeres, según estimaciones de 1928. Poco tiempo más transcurrirá hasta que el socialismo y el comunismo reclamen un puesto de significación en la política chilena.

Bien pronto se advierte que, para esta segunda administración, Alessandri carece de un programa de repuesto. Las soluciones que propone son rápidamente desbordadas por los acontecimientos y los coletazos de la crisis mundial le niegan el respiro indispensable. Entonces comienza el lento pero inexorable giro hacia la derecha, que le permitirá alianzas con la clase conservadora, pero lo distanciará de su pueblo.

En 1933 apela al ejercicio de «facultades extraordinarias» con las que suscita nuevas espectativas y redobladas esperanzas, pero su fino olfato político ya ha percibido mejor que nadie el carácter irreparable de la pérdida de apoyo popular; con perfecta coherencia organiza la «milicia republicana», estrictamente adicta, cuyos 50.000 voluntarios provienen, en gran parte, de las clases altas.

No obstante, debatiéndose en medio de un creciente descontento, el viejo león no se rinde. Con grandes sacrificios consigue reanudar el pago de la deuda externa y restablecer el crédito de Chile; en 1934 se dará tiempo para legislar sobre voto femenino en las elecciones municipales; en 1937 se establece la ley sobre sueldo mínimo.

### Mano dura con los nazifascistas

Por entonces, un nuevo factor viene a complicar el cuadro, ya muy cargado y confuso, de la política chilena; el auge del nazifascismo, en pleno preparativo de combate, incursiona con la violencia de su prédica, suscitando el temor y la repulsa de las clases populares, ahora plegadas a los partidos marxistas. El grupo nacionalsocialista, liderado por González von Marées, es pequeño pero aguerrido y cuenta con disimuladas simpatías entre los políticos conservadores y la próspera y arraigada colectividad alemana. El 5 de septiembre de 1938 las bandas armadas de Von Marées asaltan la Universidad, en un claro intento de determinar el caudal de energía que aún resta al Presidente. El insólito desafío tendrá una respuesta inesperada. Alessandri da orden de reprimir el motín sin contemplaciones; los fascistas bloqueados en la Universidad deben rendirse y, confinados en el edificio de la Caja de Seguros Obligatorios, son ejecutados sumariamente por las fuerzas de represión.

La matanza, que deja 63 víctimas, acongoja la conciencia chilena y moviliza con un violento sacudimiento a la oposición de derecha. Un año antes, el Partido Radical, fuerza moderadora, le había retirado su apoyo; tampoco podía esperarlo del pueblo. Paradójicamente, en la etapa final de su carrera, en el momento de producir un acto supremo de decisión política, el caudillo advierte que está cercado por la soledad. El triunfo de la izquierda no se hará esperar. Ese mismo año, 1938, coaligada en el Frente Popular, llevará a Aguirre Cerda al sitial que ocupara Alessandri.

El giro de los acontecimientos parece impulsar un cambio social tan decisivo que, ante él, la figura de Alessandri penetra en un cono de sombra. Deben haber sido los años más amargos del caudillo, condenado a una suerte de exilio moral. Ha dejado el poder a los setenta años, una edad que, en política, rara vez tiene retorno; él lo sabe, pero no declina la terca altivez de sus convicciones. Antes bien, afirmará, en cada ocasión propicia, que el desvío de las masas, su desapego por las viejas banderas es transitorio y conspira contra la salud de Chile.

Las experiencias políticas que, entretanto, se suceden, no lo justifican, pero tampoco contribuyen a desautorizarlo. El júbilo popular que acompañara a Aguirre Cerda comienza a entibiarse y sus sucesores tampoco aciertan con las soluciones de fondo; al terminar los años cuarenta Chile se debate en los problemas que trajo aparejada la Segunda Guerra Mundial, y las tendencias populistas se reagrupan sin encontrar un nuevo líder, y, pocos años más tarde, el nombre del general Ibáñez del Campo volverá a ser invocado —ahora con la tolerancia de la izquierda— para restablecer el orden como en 1927.

Alessandri no ha reconquistado la fe de su pueblo, pero sí su respeto. Un retoño de su linaje pule el escudo y prepara las armas para las nuevas batallas que las vicisitudes de la vida chilena imponen al antiguo tronco familiar; sin lograr su prestigio, sin posibilidad de apasionar a los humildes, sin reeditar las hazañas del padre, ese hijo llegará a ocupar la presidencia. Pero el anciano caudillo no lo verá; muere en Santiago en 1950, más que octogenario. En verdad, al llegar la muerte física, hacía mucho tiempo que «el león de Tarapacá» había entrado en la Historia.

**Eduardo Alberto Rocca**



# Rusia en los años 20

**Finalizada la guerra civil, los bolcheviques debieron emprender la ingente tarea de reconstruir su maltrecho país sobre fundamentos totalmente nuevos. Fue una lucha ardua contra la ruina económica y las catástrofes naturales. Pero poco después, con la muerte de Lenin, las luchas por la dirección del Partido Comunista pusieron en peligro a toda la política soviética.**

Al finalizar 1920 los bolcheviques eran finalmente los verdaderos dueños de una Rusia en ruinas. Durante la lucha, su unidad, su dureza y su oportunismo político fueron consecuencia natural de las circunstancias. Ahora, con la vuelta de la paz, Lenin tenía que crear nuevas circunstancias para conservar el poder. Contra la firme oposición de los jefes del Ejército, decidió, ante todo, desmovilizar la mayor parte de sus fuerzas rurales, pues no podía enemistarse con los campesinos manteniéndolos lejos de sus tierras. En segundo lugar, los agricultores necesitaban un estímulo para obtener beneficios de sus tierras recién adquiridas, y el estímulo llegó en la forma de la Nueva Política Económica, iniciada después de la rebelión de Kronstadt. La insurrección de esta base naval, que hasta el momento había simpatizado con la revolución, hizo comprender a Lenin que los revolucionarios y el país estaban cansados del «comunismo de guerra», basado en el terror. Aquello no podía proseguir en tiempo de paz.

Lenin decidió, en consecuencia, una retirada estratégica. La Nueva Política Económica era de hecho un retroceso parcial al sistema capitalista, destinado a restaurar la economía rusa y a dar satisfacción al campesinado. Sólo mediante aquellas concesiones ideológicas podían Lenin y los bolcheviques conservar el poder y seguir siendo dueños del país. Disueltos los ejércitos, se mantuvieron bajo las armas sólo destacamentos especiales de seguridad, para la salvaguarda del orden público. Éstos sirvieron muy pronto para apaciguar los desórdenes que estallaron en toda Rusia durante 1921, cuando la sequía vino a añadir el hambre al caos de la posguerra.

**La lucha por la sucesión**

Apenas había ganado Lenin la guerra civil, después de haberse enfrentado vic-

**Caricatura alemana que muestra la lucha por el poder en Rusia tras la muerte de Lenin: Stalin, Zinoviev y Kamenev se esfuerzan por quitar de en medio a Trotski.**





toriosamente con el hambre y las dificultades económicas, cuando fue herido por una serie de ataques de apoplejía. En los años 1922-24 era en realidad un hombre acabado, pero no tomó ninguna precaución para designar claramente a un sucesor. En realidad el mismo Lenin tuvo la culpa de que la crisis sucesoria fuera tan confusa y prolongada. En 1923 redactó un memorándum-testamento que debía hacerse público a su muerte, en el que describía a cada uno de los pretendientes a la jefatura como completamente incapaz de dirigir el partido por sí solo. Se manifestó también contrario al oscuro burócrata Josef Stalin, y, en un codicilo especial, recomendó que se le apartase del cargo de secretario general. Pero no hizo nada para asegurar que la sucesión recayese en una persona determinada. Es evidente que sus esperanzas se cifraban en alguna especie de dirección colectiva, pero al no definirla con mayor claridad, creó una situación imposible.

El 21 de enero de 1924, Lenin desapareció finalmente de la escena, y se agudizó la lucha por la sucesión. Trotski, que probablemente sobreestimaba sus posibilidades de ser elegido nuevo jefe del partido, había abandonado Moscú tres días antes de la muerte del líder. Como le repugnaba calzarse inmediatamente los zapatos del muerto, trató de mantenerse en un segundo plano, y ni siquiera asistió al entierro. La ceremonia estuvo, por lo tanto, presidida por otro aspirante, el menospreciado georgiano Stalin, que empezaba a tomar precauciones para asegurarse la sucesión de Lenin y el control del partido.

Naturalmente, era preciso mantener aparte a Trotski, que podía esgrimir serios derechos a la sucesión. La primera provisión del astuto Stalin fue asociarse con otros dos candidatos, miembros destacados del Politburó, Lev Kamenev y Grigori Zinoviev. Aquella combinación impidió que Trotski se convirtiese en el sucesor de Lenin como primer ministro. En su lugar, Alexei Rikov, quizás el más anodino de los dirigentes bolcheviques, fue elegido para aquel cargo. La misma combinación neutralizó a Trotski en el Politburó colectivo, y ayudó a Stalin en el Comité cuando se leyó y discutió el testamento de Lenin. Kamenev recomendó simplemente que se ignorara la parte del testamento que trataba de la destitución de Stalin, y el Comité Central se mostró de acuerdo. Pero el testamento no pudo ser publicado.

El paso siguiente del triunvirato —Stalin, Kamenev y Zinoviev— consistió en arrinconar a Trotski, que, a pesar de ser atacado, parecía lleno de espíritu combativo. Trotski ya había chocado antes con Stalin: primero habían disputado a propósito de la organización y tácticas del Ejército Rojo, luego acerca de la democracia en el seno del partido. Cuando Stalin fue nombrado secretario general introdujo en seguida la costumbre de nombrar directamente los secretarios de los niveles inferiores, en vez de invitar a las organizaciones del partido a que los eligieran. En mayo de 1924, durante el XIII Congreso del Partido Comunista, Zinoviev compiló una lista completa de los puntos controvertidos —que presentó como diferencias de Trotski con el partido— y pidió a Trotski que pronunciara una pública autocrítica. Este se negó, y reaccionó publicando un panfleto, *Las lecciones de octubre*, en el que se presentaba modestamente como el artífice del golpe de Estado de 1917 y pedía la revisión del programa del Partido Bolchevique. Aquella controversia pública era un arma de dos filos: perjudicaba a Kamenev y Zinoviev al dar a conocer que éstos se habían opuesto al levantamiento de noviembre; pero, por otra parte, el ataque de Trotski al «Partido» hizo que la burocracia de éste estrechara filas y fortaleciera la posición de Stalin.

El golpe final llegó en enero de 1925, cuando el Politburó obligó a Trotski a dimitir como ministro de la Guerra; sus partidarios en el seno del Ejército perdieron también sus puestos, y Trotski se halló efectivamente aislado. No obstante, continuó su lucha desigual contra Stalin, y pronto fue separado del Politburó. En 1927, sin dejar de protestar clamorosamente, fue expulsado del partido y deportado al Asia Central. Finalmente, acabó sus días en el exilio, en México, y sus seguidores en campos de concentración.

**Stalin elimina a sus rivales**

Apenas eliminado Trotski, el triunvirato llegó a su fin. Stalin llegó a la conclusión de que para eliminar a los demás rivales tenía que crear su propia facción, en vez de confiar en alianzas. En 1925 el número de miembros del Politburó fue ampliado hasta diez, y entraron en ese cuerpo supremo los elegidos de Stalin, Molotov, Vorochilov y Kalinin. Con mayo-

**Lenin y Trotski en la Plaza Roja durante la celebración del segundo aniversario de la Revolución de Octubre. Pronto iban a tener en sus manos a toda Rusia.**

ría en el Politburó, Stalin estaba en condiciones de eliminar a sus anteriores aliados.

Stalin empezó a preparar sus armas en 1924. Tanto Kamenev como Zinoviev eran bolcheviques de miras internacionalistas, que creían en la «revolución permanente», o sea la teoría elaborada por Trotski según la cual la revolución mundial daría paso al comunismo del futuro. Zinoviev presidía el Comintern, la organización internacional comunista que frecuentemente había de fomentar la revolución, y, junto con Kamenev, organizaba activamente los círculos comunistas internacionales. Stalin elaboró su propia contra-teoría, la del «socialismo en un solo país», que afirmaba la posibilidad de edificar el comunismo en la Rusia soviética sin recurrir a una revolución mundial.

Durante los años 1924-27, el Comintern y sus líderes, Zinoviev y Kamenev, sufrieron una serie de contratiempos. Todos los levantamientos que respaldaron fracasaron totalmente, y de un modo especial en Alemania. Stalin supo explotar aquellos fracasos en la lucha interna del partido; además, su teoría complacía el nacionalismo de otros dirigentes bolcheviques: el comunismo ruso no tenía por qué depender de comunistas extranjeros fracasados. Rikov, Tomski y Bujarin se unieron a la facción de Stalin, y Zinoviev y Kamenev fueron expulsados del mismo modo que Trotski.

La teoría de Stalin del «socialismo en un solo país» proporcionó también el pretexto para eliminar a los restantes rivales del Politburó, recién llegados a la facción de Stalin. La edificación del comunismo en la Rusia soviética presuponía una más rápida industrialización, así como una modernización de la agricultura, lo cual significaba, en definitiva, la destrucción de los pequeños propietarios. Durante el período de la Nueva Política Económica, los agricultores, especialmente los más importantes, los kulaks, prosperaron. En la década de los veinte Bujarin estuvo encargado de la agricultura; en consecuencia, podía hacérsele responsable de la situación agrícola, y sin duda Bujarin se habría opuesto a cualquier medida del partido que hubiese amenazado su «éxito» en este sector.

El Politburó y el partido discutieron durante largo tiempo lo que podía hacerse con los kulaks, y se pensó que era inevitable una limitada colectivización. Pero nadie pensó en un ataque violento contra aquellos campesinos que apenas empezaban a producir grano suficiente para alimentar el país: una iniciativa de este género habría desencadenado otra revolución. Ahora bien, en 1927 Stalin se sintió obligado a eliminar a los últimos opositores, y éste era el único elemento que podía explotar con éxito para perjudicarlos. No bien las polémicas llegaron al dominio público, se descubrió que la Unión Soviética se encontraba ante una grave deficiencia en cereales. Stalin acusó inmediatamente a los kulaks de sabotaje, sirviéndose de este pretexto para imponer la colectivización de la agricultura.

**Una biblioteca ambulante de propaganda, montada en un vagón de ferrocarril, parte de Petrogrado en 1921.**



1




2





*1* **Un kulak ríe al leer en** *Pobreza* **(el periódico de los campesinos humildes) la noticia de que los kulaks han desaparecido; la Nueva Política Económica —adoptada a pesar de la ideología bolchevique— alentó en los kulaks el espíritu capitalista.** *2* **Una caricatura bolchevique acusa a los mencheviques de organizar, con los capitalistas, bajas de salarios y despidos de obreros.**

Los últimos años de la década de los veinte se destinaron a imponer la colectivización con la intervención de destacamentos especiales de policía y con las deportaciones. En el Politburó se oponían a esta política Bujarin, Rikov y Tomski, que formaban ahora la llamada «oposición derechista». Pero Stalin sabía cómo habérselas con ellos. En 1928 fortaleció su posición en el Politburó con la elección de Kuibichev y Rudzutak. Kirov, Kaganovich, Andreiev y Mikoian se convirtieron en miembros-candidatos, y Stalin se aseguró así el control de aquel organismo.

En 1929, la «oposición derechista» intentó en vano unir contra la facción de Stalin todas las restantes fuerzas del partido. Pero los trotskistas e internacionalistas estaban demasiado desmoralizados para ser otra cosa que una desventaja. Bujarin intentó entonces un ataque frontal dentro del Comité Central, pero su crítica de la política de Stalin fue rechazada. Todas las fuerzas de oposición fueron metidas en el mismo puchero y obligadas a dimitir de sus cargos en el partido. Luego se las obligó a retractarse, a admitir errores y desviaciones pasadas, y a someterse a la disciplina del partido. Trotski se negó en redondo, y en seguida fue deportado; los otros optaron por someterse, tratando de eludir la deportación y el exilio, aunque estaba claro que su eliminación era sólo cuestión de tiempo. Así, en 1929, Stalin vio finalmente realizadas sus ambiciones: era ya el sucesor de Lenin en la dirección del partido y, en consecuencia, jefe supremo de la Unión Soviética. Pronto quedó bien claro que quería un poder personal absoluto. En 1930 había creado las condiciones necesarias: la escena estaba dispuesta para el terror policíaco.

**Relaciones exteriores**

Pronto se vinieron abajo las esperanzas que Lenin había puesto en la Internacional Comunista. Los partidos socialdemócratas no se limitaron a negarse a suscribir los principios de Lenin, sino que gradualmente se convirtieron en los principales adversarios del comunismo. Las revoluciones planeadas por los partidos del Comintern no llegaron a feliz término, y todo lo que los bolcheviques consiguieron fue escindir aún más el movimiento obrero.

En 1918, después del hundimiento de las potencias centrales, se produjeron esporádicos levantamientos en Alemania, Austria, Baviera y Hungría. Estaban mal organizados, y fue fácil aplastarlos, pero aterrorizaron a los países capitalistas, agotados por la guerra. Lenin se valió del Comintern y de la fama que tenía de organización promotora de desórdenes para defenderse de las tentativas aliadas de intervenir en la guerra civil rusa; pero nunca pudo superar el aislamiento en que vinieron a encontrarse los bolcheviques después de 1917.

Terminada ya la guerra civil, la Rusia soviética necesitaba ayuda extranjera, y estaba claro que, mientras mantuviese el Comintern, no podría obtenerla de los victoriosos países capitalistas de Occidente. En consecuencia, Lenin se dirigió a Alemania. En 1922 se apuntó su primer triunfo diplomático, al concluir con Alemania el Tratado de Rapallo, por el que los dos países restablecían las relaciones diplomáticas y acordaban que Alemania no pagaría reparaciones de guerra. El Tratado preveía también inversiones alemanas en la Rusia soviética, abría las puertas al comercio recíproco y admitía expertos y consejeros alemanes en Rusia.

Mientras los alemanes ayudaban a Rusia económica y diplomáticamente, los soviets preparaban en Alemania un levantamiento comunista. La fracasada revuelta de 1923 sometió las relaciones de los dos países a una peligrosa tensión, pero, puesto que ambos eran potencias «derrotadas», tenían gran necesidad de ayuda mutua, y restablecieron relaciones normales después de dos años de frialdad.

Al contar con un aliado seguro y poderoso, la Rusia soviética podía permitirse discutir con los países capitalistas del Oeste. El tratado comercial con Gran Bretaña, de 1921, había quedado en letra muerta. El reconocimiento del régimen soviético por parte de Gran Bretaña en 1924, no contribuyó a detener la subversión. Tres años más tarde se descubrió que una organización comercial soviética radicada en Londres no era más que un tapujo para encubrir actividades de espionaje. Gran Bretaña rompió las relaciones... sólo para restablecerlas de nuevo como contrapeso de la influencia alemana en Rusia. Francia y Estados Unidos no estaban dispuestos a exponerse a tensiones de este tipo y no mantuvieron relaciones oficiales con Rusia. La política extranjera soviética siguió orientada hacia Alemania, hasta que en los años treinta Stalin se aseguró el control del país.

**J. F. N. Bradley**

# La insurrección de Kronstadt

**El 16 de marzo de 1921 el Gobierno bolchevique mandó tropas vestidas de blanco, a través del hielo, a Kronstadt, para luchar contra los hombres a los que Trotski había llamado, en otro tiempo, «orgullo y gloria de la Revolución». El alzamiento de los marinos de la flota del Báltico no iba dirigido contra el Estado soviético: lo que pedían era una vuelta a los ideales de la Revolución.**

En el X Congreso del Partido Comunista Ruso, de 1921, Lenin se propuso introducir una política radicalmente nueva para conseguir unos momentos de sosiego y poner de manifiesto que durante los duros años del «comunismo de guerra» no se había dejado en el olvido el ideal de la «democracia proletaria». Uno de los cambios más importantes debía ser el de la Nueva Política Económica. Que existía una urgente necesidad de modificar el estado de cosas lo demostró la rebelión de Kronstadt, la cual tuvo lugar mientras el Congreso estaba reunido; en palabras de Lenin, ella «iluminó la realidad como un relámpago de luz». La rebelión del Báltico puso totalmente de manifiesto que las masas habían sido sometidas a una excesiva presión, y que era preciso actuar con mayor cautela. Con su alzamiento contra el Gobierno, los rebeldes facilitaron a Lenin la tarea de persuadir a los miembros del partido para que aceptasen la nueva línea política.

Trotski había descrito a los marineros de la flota del Báltico como «el orgullo y la gloria de la Revolución». Había sido en los barcos y en las bases de la flota del Báltico donde más sangre se derramara en la relativamente pacífica revolución de marzo: la abdicación del Zar había sido una señal para el arreglo de viejas cuentas con los oficiales de la armada. En la Revolución Bolchevique de noviembre fueron los marineros de la flota báltica los que dirigieron los cañones del crucero *Aurora* contra el Palacio de Invierno de Petrogrado. Cuando Lenin decidió disolver la Asamblea Constituyente —libremente elegida por los rusos el 25 de noviembre de 1917, y en la que los bolcheviques no alcanzaban la mayoría— fueron los marinos del Bál-



**Tropas bolcheviques avanzan contra los marineros de Kronstadt. Éstos, que habían sido considerados «la conciencia de la Revolución», pedían la restauración de los derechos por los cuales habían luchado cuatro años antes.**

tico quienes se presentaron allí, con sus fusiles y sus bayonetas. En los prolongados y duros combates de la guerra civil, las únicas unidades rojas de las que se podía esperar que no se batirían en retirada, eran los marinos. Éstos constituían un indómito conjunto de hombres, envenenados por las privaciones y la dura disciplina que durante años habían sufrido en el recinto de los acorazados. A menudo manifestaban desprecio por otros combatientes en las filas rojas, especialmente por los campesinos; pero tenían un profundo sentido de lo que quería decir democracia popular, y estaban dispuestos a luchar a brazo partido por ella. En 1921, desaparecidas muchas de las tropas de 1917 que habían sido reemplazadas por nuevos reclutas, los marinos del Báltico continuaban, sin embargo, creyendo que constituían la fuerza de choque de la Revolución. También el público lo aceptaba así, y la misma opinión habían manifestado los dirigentes bolcheviques en sus alocuciones y proclamas.

El cuartel general de la flota del Báltico se hallaba en Kronstadt, plaza fuerte situada en la isla de Kotlin, que domina el acceso marítimo a Petrogrado. De diciembre a marzo el mar está helado, y el acceso es, en consecuencia, fácil, tanto desde la costa más próxima (la de Rusia, a cinco millas de distancia) como desde la más distante, al norte (Finlandia). En la ciudad había, aparte de soldados de infantería y marina, muchos obreros y sus familias. Los sindicatos contaban allí con gran número de miembros, pero de la población total de Kronstadt (unos 50.000 habitantes) menos del dos por ciento estaban afiliados al Partido Comunista.



Un segundo «orgullo y gloria» de la Revolución eran los obreros de Petrogrado, pero fueron precisamente ellos quienes hicieron estallar el alzamiento de Kronstadt. En febrero de 1921, miles de obreros de Petrogrado se declararon en huelga, y los cadetes del Ejército Rojo enviados para reprimir sus manifestaciones se abstuvieron de actuar con energía. Las demandas de los obreros eran principalmente económicas, sin dejar de tener, no obstante, ribetes políticos. En particular, los obreros protestaban contra el llamado Ejército del Trabajo, de Trotski, que era simplemente una organización de rompehuelgas seleccionados dentro del Ejército Rojo. Pedían también la libertad de escoger y cambiar de empleo, y la de elegir genuinos representantes en los sindicatos y en los servicios de la administración (soviets). La presencia de destacamentos comunistas armados en las fábricas y las detenciones y ejecuciones llevadas a cabo por la Checa, eran otras de las causas de malestar, especialmente ahora que la guerra civil había concluido.

Era tradicional a partir de la Revolución que los marineros de Kronstadt se interesaran fraternalmente por los asuntos de los obreros de Petrogrado, a cuyas reuniones solían mandar sus delegados. Tales delegados asistían casi a diario a las reuniones y volvían a sus barcos o cuarteles para informar. En aquellos difíciles tiempos se ponía siempre de manifiesto una clara diferencia entre los informes de los delegados y los del partido. En particular, los marinos advirtieron pronto que el partido y el Gobierno estaban presentando torcidamente las demandas de los trabajadores, minimizando la gravedad de las huelgas y manifestaciones, y ocultando las medidas represivas que el Gobierno estaba empezando a tomar.

Las reuniones celebradas en Kronstadt carecían en absoluto de carácter oficial, aunque, por tradición, eran bastante influyentes. Oficialmente Kronstadt estaba administrada por el Soviet local, compuesto por representantes de los obreros, marinos y soldados. En este consejo dominaban los comunistas, lo cual era en gran parte debido, según pensaban los marinos, a que los comunistas amañaban las elecciones. Así, pues, la organización del partido en la flota del Báltico era la fuerza que se ocultaba tras la escena, y los comisarios que aquél asignaba a las diversas unidades navales y cuarteles eran al mismo tiempo sus oídos y su voz.

## La protesta de los marinos

A finales de febrero se celebró una gran reunión de marinos en el navío de batalla *Petropavlovsk*, para discutir los disturbios de Petrogrado. En ella se aprobó una extensa resolución que era esencialmente una lista de demandas políticas. Tales demandas respondían a las aspiraciones por las cuales los revolucionarios de 1917 habían creído luchar, y reflejaban la creencia de los marinos de que los bolcheviques estaban traicionando, por razones ideológicas, al pueblo que había hecho la revolución.

El primer punto de la resolución expresaba una queja fundamental: afirmaba que, puesto que los soviets existentes no reflejaban de manera genuina los deseos de los obreros y campesinos rusos, había que celebrar unas elecciones a base de sufragio secreto. Seguían luego otras demandas: libertad de prensa y de palabra para los obreros y campesinos, y para todos los grupos de izquierda; libertad de reunión, especialmente para los sindicatos; liberación de todos los prisioneros políticos de izquierdas y de todos los sindicalistas, y revisión de las causas de los demás prisioneros; libertad de llevar cada uno alimentos del campo a la ciudad, sin temor a que se los requisaran; posibilidad de que los campesinos y artesanos organizasen su propia producción, siempre que no empleasen para ello trabajo asalariado; abolición de las raciones extraordinarias para privilegiados; retirada de las guardias armadas comunistas de las fábricas; y abolición de los departamentos de propaganda (porque estaban financiados con fondos del Estado, pero sólo hacían propaganda comunista).

A simple vista, esa resolución no era antibolchevique, puesto que en términos generales no hacía sino repetir las aspiraciones de 1917, que nunca habían sido formalmente repudiadas por el partido. Pero atraía la atención sobre las diferencias existentes entre las promesas y las realizaciones del partido y resultaba especialmente amenazadora porque los marinos de Kronstadt habían sido siempre considerados como los guardianes de la «conciencia de la Revolución». Además, los ma-



**Jefes de las tropas que reprimieron el alzamiento de Kronstadt tras dos días de duros combates callejeros.**

rinos del Báltico tenían acceso al mundo exterior, y era menos fácil ocultar sus actividades y demandas que los disturbios urbanos y campesinos que por entonces se producían en el interior de Rusia.

Los dirigentes del partido se dieron cuenta de que, aunque las demandas no parecían distanciarse mucho de los objetivos del partido, la resolución en sí misma y quienes la mantenían eran quizá la amenaza más poderosa con que nunca se habían enfrentado. Claramente implicaba que los bolcheviques tenían un poder excesivo en proporción al número de sus afiliados, que se habían hecho con este poder mediante la detención de oponentes y amaño de las elecciones para los soviets, y que había llegado el momento de que otros grupos de izquierdas pudieran hacerse oír. Los marinos, obreros y soldados de Kronstadt no pidieron en ningún momento concesiones para los derechistas o moderados; ni se mostraron en modo alguno interesados en minimizar los ideales antiburgueses de 1917. Querían, ciertamente, conservar el Estado Soviético, pero no aceptaban que un partido tuviera el monopolio del poder. Sin embargo, un monopolio del poder era precisamente lo que quería ese partido, y por ello, los hombres de Kronstadt se encontraron tratados no como un grupo de presión, sino como enemigos.

El 1 de marzo, Kalinin, el popular baluarte del partido, fue enviado a Kronstadt para calmar a los marinos convocándolos a una reunión general; pero no tuvo éxito, y el orador que lo apoyó, el comisario de la flota del Báltico, empeoró las cosas al proferir amenazas. Especialmente preocupante para el régimen era el hecho de que muchos miembros del partido de Kronstadt estaban de parte de los marinos, y algunos incluso se separaron del partido. Pero hasta el 2 de marzo no hubo nada que pudiera calificarse de levantamiento: sólo se notaba, en una gran mayoría de los hombres que prestaban servicios, una cierta resistencia a acatar las órdenes del partido. Pero el 2 de marzo se dio el primer paso, cuando se prepararon nuevas elecciones para el Soviet de Kronstadt y se adoptaron medidas que permitirían a los hombres votar secretamente a los candidatos de su propia elección: los comunistas no iban ya a tener influencia abusiva en el proceso electoral.

El 2 de marzo, los comisarios locales, que habían seguido amenazando a los marinos, fueron detenidos por éstos. Los rebeldes publicaron su propio *Izvestia*, en el que, a diferencia de la tónica seguida en los periódicos oficiales, se presentaban los argumentos que esgrimían las dos partes. (En realidad, como la versión oficial que el partido daba sobre la situación en Kronstadt denunciaba ya el hecho como una conspiración de oficiales «blancos», su publicación en Kronstadt no hacía sino reforzar la enemiga contra el partido.)

El 3 de marzo el Gobierno detuvo y fusiló a unos aviadores de la armada destacados en una base de tierra firme, al sur de Kronstadt, los cuales se disponían a apoyar a los rebeldes. El 5 de marzo se dio a conocer un ultimátum de Trotski, redactado en términos amenazadores. El 7 de marzo, Tujachevski, el héroe del Ejército Rojo en la campaña de Polonia, obedeciendo órdenes de Trotski, lanzó a la infantería, sobre las aguas heladas, al asalto del reducto rebelde. El ataque fracasó, porque las tropas simpatizaban con los amotinados.

Tujachevski se dio cuenta de que había que tomar Kronstadt antes de la llegada de la primavera, mientras la infantería podía desplazarse sobre el hielo, y antes de que los rebeldes pudieran ir en barco hacia Petrogrado, donde ya había obreros levantiscos dispuestos a alzarse en cuanto se sintieran apoyados por las armas. En consecuencia, durante las dos semanas siguientes se concentraron tropas más dignas de confianza, y se procuró alimentarlas mejor y reforzarlas con cadetes rojos y delegados del Congreso del Partido. El 16 de marzo comenzó el bombardeo preliminar, y al amanecer del siguiente día las tropas de asalto, vestidas de blanco, avanzaban sobre el hielo en dos columnas.

Una columna fue casi totalmente aniquilada cuando marchaba en formación cerrada sobre un campo de minas colocado en el hielo. No obstante, la otra columna, tras horas de duro combate, entró en las calles de Kronstadt. En aquellos momentos los rebeldes estaban ya desorganizados, y la lucha en las calles asumió el carácter de una matanza. El día 18 se capturaron los acorazados y se terminó con la insurrección.

### Mentiras sobre Kronstadt

Unos cuantos rebeldes fueron cuidadosamente seleccionados por sus antecedentes personales y fusilados como cabecillas de la revuelta. En el comunicado en que se anunciaba su ejecución se ponía de relieve su condición de antiguos terratenientes o sacerdotes. Los verdaderos dirigentes que no consiguieron escapar a través del hielo a Finlandia, junto con otros participantes, fueron encarcelados y fusilados en secreto durante los meses siguientes.

Los textos de historia soviética cubren aún de niebla los hechos de la rebelión de Kronstadt, aunque una referencia objetiva revelaría seguramente cuántos perjuicios causaba por entonces Trotski al partido. Gran parte de las medidas políticas contra las que los marinos se rebelaron era obra de Trotski: los rompehuelgas del Ejército, la detención de funcionarios sindicales que gozaban de la confianza de sus representados o el nombramiento de comisarios impopulares con ansias de mando. Trotski fue quien redactó el ultimátum que no dejaba lugar a un compromiso. Trotski fue quien supervisó el asalto a Kronstadt. Y sin duda fue Trotski quien, con su fértil imaginación, inventó muchas de las mentiras que se hicieron circular entre el pueblo, y que todavía perduran.

El levantamiento no fue una conspiración de los blancos dirigida a la restauración de la monarquía. Tampoco fue una conspiración anarquista, o menchevique, o socialista revolucionaria. Fue una protesta de hombres sencillos que pretendían algo sencillo, y siempre resulta fácil acusar a los sencillos, honrados y francos de maquinaciones complejas. Sirva de ejemplo el caso de Petrichenko, uno de los dirigentes de los marinos de Kronstadt, que huyó a Finlandia. Allí, en exilio forzoso, siguió simpatizando con el régimen soviético, y atrajo la atención de la policía finlandesa. En 1945 regresó a Rusia, y fue inmediatamente encerrado en la cárcel, donde murió al cabo de unos meses.

**J. N. Westwood**

# Hambre y recuperación

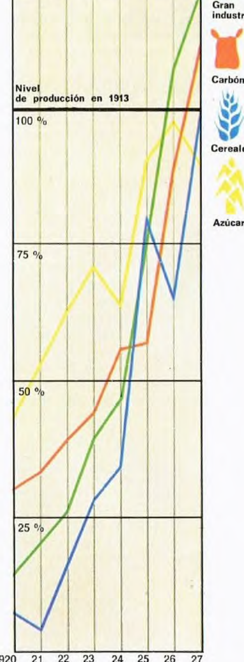
**La paz puso a Rusia ante una nueva guerra, esta vez contra el hambre. Un historiador soviético describe la lucha de los bolcheviques contra una catástrofe que causó la muerte a un millón de personas en un año. El Partido Comunista había luchado por su propia subsistencia y ahora debía velar por la del pueblo.**

**Al par que el Estado asume progresivamente el comercio privado** ***(arriba)*****, la producción va ascendiendo hacia el nivel anterior a la guerra, alcanzado a fines de la década 1920-1930** *(abajo)*.










Lo primero que hacía la gente al abrir el periódico, durante la guerra civil, era buscar el último comunicado militar. Finalmente, éste apareció el 15 de diciembre de 1920. Aunque se luchaba todavía en zonas remotas —los japoneses se mantuvieron en el lejano Este hasta 1922—, la paz, en cierto modo, había llegado.

Pero la lucha contra la ruina económica no había hecho más que empezar. Veinte millones de rusos fallecieron durante los siete años de guerra y de discordia civil. La población de Petrogrado —llamada Leningrado a partir de 1924— descendió de 2.000.000 a 700.000 habitantes. Las enfermedades causaban estragos (el tifus acabó en 1920 con tres millones y medio de personas).

Tres cuartas partes del país estuvieron en algún momento ocupadas por tropas extranjeras o contrarrevolucionarias, que, en su retirada, destruían fábricas y puentes y acababan con el ganado, las provisiones y las materias primas. Las minas fueron inundadas y las máquinas destrozadas.

La producción industrial descendió hasta un séptimo del nivel que alcanzara antes de la guerra. La producción de metal no había sido tan exigua desde los tiempos de Pedro el Grande, dos siglos antes. Los ferrocarriles se encontraban en un terrible estado, con miles de locomotoras y vagones en forzado reposo y cientos de miles de kilómetros de vías inservibles.

Los trenes invertían semanas enteras en viajes que antes duraban un solo día, con los pasajeros amontonados en las plataformas, en los estribos y hasta en los techos de los vagones.

Las personas habían subsistido miserablemente durante años. La producción agrícola descendió a un tercio del nivel de antes de la guerra. Obreros y soldados encontraban ocasionalmente carne y mantequilla en sus raciones, pero el azúcar se consideraba el colmo de los lujos. Vestidos, zapatos, medicinas..., todo escaseaba.

Los campesinos habían tenido que afrontar enormes dificultades, y estaban francamente descontentos del «comunismo de guerra», que los obligaba a entregar al Estado todo el sobrante de su producción. El comercio privado estaba prohibido. Con el sistema de apropiación de los excedentes, el Estado impedía los precios en espiral y el desarrollo del mercado negro. Pero ahora los campesinos reclamaban el derecho a disponer libremente de sus excedentes.

Los contrarrevolucionarios —los Guardias Blancos—, en su lucha contra el Estado Soviético, trataban de aprovecharse del descontento de los campesinos. Distrito tras distrito, los kulaks, los campesinos ricos, alzaban voces de protesta.

A comienzos de marzo de 1921 se amotinó la famosa fortaleza naval de Kronstadt. Encabezaban el motín unos fanáticos Guardias Blancos, que en aquella ocasión trataron de disfrazar su verdadera identidad, proclamando que no estaban contra el Estado Soviético, sino tan sólo contra el sistema de apropiación de excedentes, y que luchaban «por el poder soviético, sin el partido». Con esta consigna consiguieron atraer a una elevada proporción de los marinos, a los cuales se sumaron en último momento muchos campesinos.

La rebelión fue aplastada, pero el hecho de que antiguos campesinos se alinearan junto a los contrarrevolucionarios era un indicio del descontento existente en la población rural. Se imponía un cambio radical en la política económica: el «comunismo de guerra» no servía para tiempos de paz.

**La Nueva Política Económica. Termina el «comunismo de guerra»**

La respuesta fue la Nueva Política Económica de Lenin. En ella se señalaban las medidas que a largo plazo habían de solucionar el crucial problema de hacer que obreros y campesinos —las dos clases fundamentales— colaboraran en construir el nuevo socialismo de los tiempos de paz. Era éste un punto vital, puesto que 116 millones de personas, de un total de 136 ó 138, vivían en el campo.

En su mayor parte, los campesinos eran propietarios de pequeñas parcelas, obtenidas después de la Revolución de Octubre. La vida campesina presentaba una doble faceta: por una parte, los hombres del

campo se ganaban la vida con su trabajo, lo que les aproximaba a los obreros; por otra, eran propietarios que trataban de incrementar su fortuna y aumentar su hacienda a expensas de sus vecinos; o sea, eran pequeños capitalistas.

El Estado Soviético tenía que hacer frente al problema de una reorganización socialista de la agricultura, mediante la creación de un cultivo socializado en gran escala. Pero tal problema no podía ser resuelto inmediatamente: crear las condiciones necesarias y reeducar a los campesinos eran tareas que requerían un gran tacto y muchos años de dedicación. Mientras tanto era necesario transigir con la existencia de pequeñas propiedades particulares.

Había que reforzar el vínculo económico entre la ciudad y el campo, a través de una forma de intercambio de productos agrícolas por bienes manufacturados, que fuese satisfactoria para los campesinos.

A este fin, Lenin sugirió renunciar al sistema de expropiación de excedentes y autorizar a los campesinos a retener parte de sus productos sobrantes, con cuya venta directa podrían comprar los bienes que necesitaban. La Nueva Política Económica, adoptada en marzo de 1921, incitó a los campesinos a aumentar su producción, con lo que se echaron los cimientos para una rápida reconstrucción de la agricultura. Ésta sería a su vez la base para el desarrollo industrial.

La libertad que tenían ahora los particulares de dedicarse al comercio implicaba, por supuesto, un serio peligro: el renacer del capitalismo, pues los kulaks y los comerciantes podrían sentirse tentados a fortalecer sus posiciones económicas y políticas.

Ciertos teóricos enemigos del régimen, tanto nacionales como extranjeros, y algunos elementos intransigentes del mismo Partido Comunista, empezaron a preguntarse si la Nueva Política Económica no significaba una rendición ante el capital, una renuncia a la edificación del socialismo. Pero sus argumentos no se apoyaban ni en la teoría ni en la práctica. El hecho de que se tolerase parcial y temporalmente al capitalismo no tenía nada que ver con una vuelta a este sistema. El Estado Soviético conservaba su posición de dueño absoluto, y los elementos capitalistas de la industria, la agricultura y el comercio dependían de la autoridad del Gobierno. El socialismo volvería a lanzar su ataque final contra el capitalismo ruso en todo el frente económico.

Para asegurar la victoria del socialismo, los comunistas tenían que aplicar correctamente los principios económicos. Su tarea más importante era la reconstrucción y el desarrollo de la industria, principalmente de la industria pesada.

Ya en los últimos tiempos de la guerra civil se elaboró un ambicioso plan para la total electrificación del país. La Comisión del Estado para la electrificación de Rusia (G.O.E.L.R.O.) proyectó la construcción, para los diez o quince años siguientes, de treinta grandes centrales, con lo cual aumentaría diez veces la energía eléctrica producida en 1913. Ello permitiría duplicar la producción industrial y desarrollar todos los sectores de la economía nacional.

El presidente de G.O.E.L.R.O., Krzhizhanovski —compañero de Lenin en los primeros días de la Revolución— describió el plan ante el VIII Congreso Panruso de los Soviets reunido, a fines de diciembre de 1920, en el Teatro Bolchoi. Conforme procedía a detallar las nuevas centrales eléctricas, luces multicolores se encendían en un colosal mapa colocado en el escenario. Ante los delegados que llenaban la sala sin calefacción, aquel mapa, con sus docenas de luces, conjuraba la imagen de la Rusia del futuro, próspera, poderosa y feliz.

**El hambre**

Pronto se vieron frustradas sus esperanzas. Abril trajo el comienzo de una larga y terrible sequía. Siguieron mayo y junio, secos y cálidos, y la alarma se extendió por todo el país ante la amenaza de la pérdida de las cosechas invernales de trigo y centeno.

La sequía afectó las más importantes regiones agrícolas de la Unión Soviética, arruinando las cosechas de la cuenca del Volga, Ucrania oriental, norte del Cáucaso, Urales, Kazajstán y Rusia central, zonas ya devastadas por la guerra y la discordia civil.

La economía en ruinas podía facilitar escasa ayuda a los treinta millones de campesinos de las regiones afectadas, que carecían de los elementos más esenciales: bestias de carga, utensilios agrícolas, semillas y abonos.

Inexorablemente, el hambre cobró un terrible tributo aquel año. En primavera de 1922 había muerto de inanición un millón de personas. Una vez más el país se enfrentaba con la necesidad de una movilización general, esta vez para luchar por los alimentos y los cereales.

El Comité Central del partido anunció: «La calamidad es de tales dimensiones que hay que afrontarla conjuntamente, utilizando todos los recursos de que dispone la República Soviética.»

De todas partes del país afluyeron alimentos y dinero para las zonas afectadas. Con sólo las entregas voluntarias se recogieron casi 150.000 toneladas de alimentos. El «estado mayor» de la guerra contra el hambre —la Comisión central de ayuda a los afectados por el hambre— aportó miles de toneladas de pan, patatas y otros alimentos para el pueblo necesitado, y facilitó a los campesinos forraje para el ganado.

En el verano de 1922 funcionaban unas treinta mil cocinas de campaña en las zonas donde se habían perdido las cosechas, alimentando a doce millones y medio de personas.

«¡Camarada campesino! Apresúrate a pagar una tasa voluntaria en especie. Los campos sin sembrar en las provincias del Volga no pueden esperar. El retraso en el suministro de semillas significa la ruina y la muerte»; este llamamiento llenaba toda una página de un número de *Pravda* del mes de agosto.

El llamamiento precedente ilustra bien lo tenso de la situación y la urgente tarea con que se enfrentaba el país: los campesinos hambrientos no tenían semillas para la siembra de invierno, y dejar sin sembrar los campos de aquellas vastas zonas significaba condenarlas a la ruina completa y retrasar durante mucho tiempo la reconstrucción de la agricultura en todo el país. Pero el Gobierno carecía también de reservas de grano de siembra, y tuvo que requisar las primicias de la nueva cosecha de algunas regiones para su distribución en las zonas damnificadas. Los ferroviarios trabajaron sin descanso para asegurar el transporte en trenes que apenas podían recorrer 250 kilómetros en veinticuatro horas. Pero el éxito coronó tales esfuerzos: en la segunda mitad de agosto, se habían entregado a las zonas afectadas por el desastre 225.000 toneladas de semillas procedentes de las cosechas tempranas de otras provincias.

Aquella victoria fortaleció grandemente la moral. Basta imaginar el pánico y la

**1 «¡Acuérdate de los hambrientos!», advierte un cartel bolchevique. Los recursos rusos fueron movilizados en pleno para alimentar a millones de campesinos que, de otro modo, habrían muerto de inanición.**
**2 Campesinos víctimas del hambre.**
**3 El humanitario explorador noruego Fridtjof Nansen, que aparece aquí junto a unos obreros rusos, organizó la ayuda de la Cruz Roja Internacional en favor de los hambrientos.**




1



2

3

ПЛУГ и МОЛОТ—




ДА ЗДРАВСТВУЕТ НЕРАЗРЫВНЫЙ СО

РОДНЫЕ БРАТЬЯ




ОЗ ПЛУГА и МОЛОТА ПАХАРЯ и РАБОЧЕГО!

*Página anterior.* **Cartel bolchevique: el campesino y el obrero se dan la mano por encima de una tumba en la que está inscrita la palabra «capital». En realidad, la socialización de la agricultura fue abandonada en los días del hambre, y la colectivización de Stalin durante los años que siguieron a 1930 resultó un desastre.**

1



*1* **Viejos campesinos aprenden a leer y escribir; desde el principio, el nuevo régimen se caracterizó por una intensa labor de alfabetización.** *2* **La electricidad, obtenida mediante fuerza hidráulica, ilumina en 1926 la primera aldea de Botino, cerca de Moscú.**

2



confusión que embargarían el ánimo de los campesinos de las regiones afectadas. ¿Dónde iban a encontrar ayuda? Tenían todavía presente el recuerdo de los años de antes de la Revolución, cuando no encontraban ayuda en parte alguna, y el hambre los condenaba a la ruina y a la muerte.

Pero ahora, la llegada de la simiente dio a los campesinos nuevos alientos y les indujo a creer que, después de todo, podrían conservar sus posesiones. Consiguieron sembrar el setenta y cinco por ciento de las tierras de cultivo para la primera cosecha del año siguiente.

Aquél fue sólo el primer combate. Todo el invierno trabajaron los transportes para tener a punto el grano para la siembra de marzo. Otras 660.000 toneladas de semillas se amontonaron en los almacenes para ser distribuidas en trineo antes de que se fundiera la nieve.

Algunas organizaciones del extranjero aportaron también una inestimable ayuda. Alimentos, medicinas y ropas llegaron de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Alemania e Italia (sólo los proporcionados por la Administración de Ayuda Americana sumaban más de 9.000 toneladas). El humanitario explorador y científico noruego Fridtjof Nansen movilizó la Cruz Roja Internacional, con lo que pudo recoger 80.000 toneladas de alimentos.

Todos echaron una mano durante la siembra de primavera de 1922: los obreros de las ciudades ayudaron a poner de nuevo en marcha las herrerías y talleres del campo, y unos 5.000 miembros del Partido Comunista y de los sindicatos ayudaron en los trabajos de la siembra.

Aun así, con la tremenda escasez de animales y aperos de labranza, los sembrados no presentaban muy buen aspecto. El país esperaba impaciente la llegada del verano. El tiempo fue bueno. En otoño se recogió apenas la mitad de lo que se cosechaba antes de la guerra, pero por lo menos la cosecha era mejor que las de los dos años anteriores. El período peor había terminado.

**La reconstrucción**

La eficaz ayuda del Gobierno y la sociedad soviética había salvado a millones de personas de morir de hambre, y a inmensas zonas del país de una completa ruina. La Nueva Política Económica apaciguó a los campesinos en 1922, haciendo que desaparecieran los efectos de los años de guerra y el recuerdo de las expropiaciones de excedentes agrícolas.

Durante los tres años siguientes, las enormes pérdidas causadas por la guerra




**«Amistad del pueblo», pintura soviética de 1924 que muestra a representantes de las distintas nacionalidades de la U.R.S.S. levantando en triunfo los símbolos del socialismo.**

y el hambre fueron compensadas en gran parte. La superficie de tierra cultivada pasó de 4.050.000 ha. a 16.200.000 ha., cifra casi igual a la de antes de la guerra. Las cosechas principales experimentaron un auge espectacular: la de patatas de 1925 superó en un 50 por ciento la de 1913. Fueron reemplazados todos los animales de granja, excepto los caballos.

La Nueva Política Económica restableció, pues, la agricultura en el nivel de antes de la guerra. Pero con ello se agotó el potencial de los campesinos: éstos estaban todavía diseminados en pequeñas unidades, con un nivel de producción relativamente bajo, y contaban con pocos tractores y maquinaria agrícola. La agricultura —y, en consecuencia, el progreso conjunto del país— dependía ahora de una transformación radical de los sistemas agrícolas sobre la base del socialismo.

Un progreso económico general siguió a las mejoras en el campo. Aumentó la producción de tejidos, calzado, azúcar, papel, carbón y aceite, y los ferrocarriles volvieron gradualmente a funcionar con normalidad.

Con un tesón inagotable, los obreros superaban muchas veces la escasez de recursos materiales. Ellos mismos proporcionaban la leña y la turba necesaria para mantener en funcionamiento sus fábricas.

En todas partes, como en los días de la guerra civil, se establecieron en sábados y domingos turnos de voluntarios para recoger combustible o reparar los equipos.

Las filas de la clase obrera se hacían más densas. Regresaban los obreros a quienes el hambre había empujado fuera de la ciudad. El sistema monetario fue reformado a comienzos de 1924, la inflación cesó, y el sistema financiero se hizo estable.

El crecimiento medio anual de la industria fue de más del 40 por ciento, de 1921 a 1925. La producción total en 1926 superó por vez primera el nivel de 1913. La producción de energía experimentó un considerable incremento con la construcción de las cinco primeras centrales de energía eléctrica proyectadas en el plan de G.O.E.L.R.O. La primera de ellas, la de Voljov, fue terminada en 1926. (Hubo excepciones a la buena marcha general: la fundición de hierro alcanzó en 1926 sólo el 56 % del nivel de antes de la guerra.)

Como Lenin había previsto, la Nueva Política Económica dio nuevos ánimos a los elementos capitalistas. En 1923 las ganancias de los comerciantes particulares sumaban el 83 % del comercio al por menor; por el contrario, en el comercio al por mayor el Estado y las cooperativas conservaban la posición dominante (77,3 % del movimiento comercial). Pero desde el otoño de 1923 la parte del Estado y las cooperativas en el movimiento comercial total empezó a crecer rápidamente.

Incluso en la industria —principalmente en la industria ligera— los capitalistas establecieron sus propias empresas, y arrendaron fábricas y talleres propiedad del Gobierno; a pesar de todo, la industria privada no llegó a tener mucha influencia.

Los kulaks, la «burguesía agrícola», se hicieron también más fuertes en aquellos años. El empleo de trabajo asalariado y el arrendamiento de tierras estaban permitidos, aunque desde el principio estuvo prohibida la compra y venta de tierras, que habían sido nacionalizadas en 1917.

La reconstrucción económica era casi completa en 1926. Pero la industria soviética presentaba aún un considerable retraso respecto a la de Occidente, y el país tenía ahora que avanzar según un programa de industrialización acelerada. Aquello significaba colectivización: el establecimiento de unidades en gran escala y la eliminación de los campesinos ricos.

**Yuri Alexandrovich Poliakov**



# Lenin: octubre y sus consecuencias

**Lenin fue el profeta y el caudillo idealista de la Revolución. Pero la guerra civil y el hambre exigían un frío realismo por parte del Gobierno bolchevique. Lenin respondió al desafío poniendo los cimientos de un sistema cuyos peligros veía... y trató, demasiado tarde, de corregir.**

El estallido de la Primera Guerra Mundial cogió a Lenin en la Galizia, cerca de la frontera rusa. Como quiera que en Rusia era tan agudo el malestar obrero, Lenin esperaba una revolución en cualquier momento, y se preparaba a dirigirla. Sin embargo, la guerra terminó con la inquietud y el descontento de los socialistas de todos los países. La Internacional Socialista se disgregó. Los socialistas revolucionarios, incluidos algunos de los seguidores del propio Lenin, se convirtieron en patriotas de la noche a la mañana. Lenin durante breve tiempo fue internado por las autoridades austríacas, y, puesto que se trataba de un personaje solitario que no llamaba mucho la atención, consiguió que lo trasladaran a Suiza.

Establecido con su esposa, Krupskaia, en Zurich, vivía de lo poco que podía mandarles su familia. Lenin estudiaba en la biblioteca pública, investigando las causas económicas de la guerra. Resultado de sus pesquisas fue el libro *El Imperialismo, última etapa del capitalismo*. A veces Lenin también cuidaba de la casa mientras Krupskaia leía, con menor fruto, en la biblioteca. Ocasionalmente, salían para tomarse unas breves vacaciones en las montañas. Contaban con pocas amistades entre los rusos y con ninguna entre los suizos. En 1915, se reunieron en Zimmerwald los enemigos de la guerra de muchos países europeos. El propio Lenin asistió a la reunión, que fue más bien estéril. En su gran mayoría los socialistas reunidos en Zimmerwald eran pacifistas y deseaban que acabase la guerra por razones humanitarias. Sólo Lenin propuso la consigna: «Cambiemos la guerra imperialista en guerra civil», y se llamaba a sí mismo «la izquierda de Zimmerwald», con lo que quería indicar que había sido el único en defender aquellas posiciones.

En Rusia, los seguidores de Lenin, los bolcheviques, habían quedado reducidos a un puñado. Los más notables estaban como él, exiliados en Francia, en los Estados Unidos o en otras partes. Los dirigentes de segunda fila, como Stalin, se hallaban en Siberia. Solamente los desconocidos seguían libres en Rusia, y Lenin tenía poco contacto con ellos: se contentaba con mandarles breves mensajes recomendándoles que se preparasen para la revolución. Pero no confiaba mucho en ésta. En enero de 1917 dijo a una asamblea estudiantil de Zurich: «Nosotros los viejos (él tenía entonces cuarenta y seis años) no viviremos para ver la revolución internacional socialista. Pero vosotros, los más jóvenes, sí la veréis.»

En marzo de 1917 estalló súbitamente la revolución en Rusia. El Zar abdicó y se formó un Gobierno provisional. Sin embargo, el único que en Petrogrado ejercía alguna autoridad era el Soviet de los Representantes de Obreros y Soldados. La revolución no había sido hecha por los bolcheviques, ni siquiera por los otros socialistas: había sido un espontáneo levantamiento de las masas. Lejos de poner fin a la guerra, la revolución pareció ser un llamamiento a que se luchase mejor y con mayor energía: hasta los primeros bolcheviques que regresaban del exilio hacían suya aquella consigna. Lenin se veía impotente: daba la impresión de que en su país se estaba desperdiciando la oportunidad de hacer una revolución y una guerra civil. Tenía que volver, de una u otra forma, a Rusia, y hacer entrar en razón a sus seguidores.

**Lenin regresa a Rusia**

El Gobierno francés no quiso permitirle el tránsito por el territorio nacional. Un socialista suizo, que negoció en su nombre, consiguió la aprobación del Alto Mando alemán para que viajase a través de Alemania. Fueron una treintena los rusos, no todos ellos bolcheviques, que hicieron un lento e incómodo viaje en tren. Tenían poca comida, y sólo podían fumar encerrados en el lavabo. Finalmente, Lenin llegó a Petrogrado, a la Estación Finlandia. Esperaba ser detenido pero, en vez de eso, fue recibido por una diputación del Soviet que le daba la bienvenida con ramos de flores. Lenin no le hizo ningún caso y salió de la estación. Saltó sobre un carro blindado y gritó a la multitud: «La Revolución está siendo traicionada por sus dirigentes.»

Lenin reunió inmediatamente el Comité Central Bolchevique, y dijo que había que prepararse para una nueva revolución. Todos, incluido Stalin, pensaron que es-

*Izquierda:* **pintura del artista soviético I. Brodski; en ella aparece Lenin en 1923, durante su estancia en Smolni.**
*Abajo:* **fotografía de Lenin, convaleciente de su primer ataque de apoplejía, junto a su esposa Nadezhda Krupskaia, en Gorki (1922).**



taba loco, y decidieron destruir todas las copias de su discurso. Solamente una se salvó, por casualidad. Lenin, imperturbable, dijo: «Las masas son cien veces más revolucionarias que nosotros», y siguió predicando la revolución.

En julio hubo otro estallido de manifestaciones populares. Lenin, agotado por la tensión de tantas actividades a las que no estaba acostumbrado, se hallaba en el campo. Los bolcheviques no sabían si animar las manifestaciones o sofocarlas. *Pravda*, su órgano, salió con la primera página en blanco. Cuando Lenin regresó, los ánimos estaban más apaciguados. El Gobierno provisional empezó a detener a muchos bolcheviques, y Lenin fue acusado de ser un agente alemán. Seguro como estaba de que, si caía en manos de sus perseguidores sería fusilado sin proceso, escapó, disfrazado de ferroviario, a Finlandia. Allí se refugió en la casa del jefe de policía de Helsinki, que era bolchevique. Desde lejos, siguió animando a sus seguidores a que prepararan la revolución. Mientras tanto, ocupaba sus ratos libres escribiendo una obra académica titulada *El Estado y la Revolución*.

El Gobierno provisional, que se veía amenazado por un contragolpe militar, se dirigió a los bolcheviques en busca de ayuda, y los dirigentes bolcheviques fueron sacados de la cárcel. Trotski fue nombrado presidente del Soviet de Petrogrado; bajo su autoridad, este consejo estableció un Comité Militar Revolucionario para la defensa de la revolución. Los bolcheviques ordenaron a Lenin que continuase en Helsinki, pero él, haciendo caso omiso de la orden, regresó a un suburbio de Petrogrado, donde su escondite no era conocido más que por Stalin. Desde allí exhortó a sus secuaces a que tomasen el poder, pero éstos, asustados, no le obedecieron. Mientras tanto se convocó una reunión secreta del Comité Central Bolchevique, a la que compareció Lenin, afeitado y disfrazado. La discusión se prolongó durante toda la noche, y concluyó con la decisión de que se intentaría la toma del poder el 15 de octubre. Al llegar este día no hubo nada en absoluto. Lenin convocó otra reunión, en la que, una vez más, se decidió hacerse con el poder. Y, una vez más, el día fijado transcurrió sin la acción prevista.

La acción procedió, en cambio, de Kerenski, jefe del Gobierno provisional, que mandó cerrar la imprenta de *Pravda*. Trotski dio la orden de abrirla. Así, de un modo casual, comenzó la Revolución Bolchevique.

**Revolución, y paz con Alemania**

El Gobierno provisional fue derrocado virtualmente sin lucha de ninguna clase: el 25 de octubre (7 de noviembre de nuestro calendario) murieron seis Guardias Rojos, cuatro de ellos alcanzados por disparos efectuados por sus propios compañeros. La toma del poder no estuvo planeada ni dirigida por Lenin, quien llegó al Instituto Smolni, el cuartel general soviético, cuando todo estaba ya en marcha. Fue Trotski, y no Lenin, el artífice de la Revolución Bolchevique.

El Congreso Panruso de los Soviets tenía que reunirse, pues teóricamente el poder había sido tomado en su nombre. Al acudir los delegados se les dijo que había sido formado un gobierno soviético, y ellos no pudieron menos de aprobarlo. Lenin había propuesto que el nuevo Gobierno fuera presidido por Trotski, pero éste replicó: «En primer lugar, yo soy judío. En segundo lugar, si tú te quedas fuera, me crucificarás.» De mala gana Lenin se convirtió en presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Hasta su muerte permaneció en el puesto.

Lenin no tenía experiencia en la administración y ésta le aburría. Acostumbraba a establecer algunos principios generales y dejaba a los otros la tarea de aplicarlos. Tenía más edad que los otros bolcheviques, que siempre le llamaban «el viejo». Le respetaban y le temían, pero con frecuencia tenía que luchar para imponer su propio punto de vista: Nunca fue un dictador indiscutido. A las veinticuatro horas de formado el Gobierno, Lenin anunció el programa: la tierra para los campesinos, socialización de la industria, y paz inmediata. El Congreso de los Soviets aplaudió, pero los viejos funcionarios no quisieron conformarse con estas decisiones. Rusia se sumió en el caos.

Lenin estaba convencido de que si una de las potencias beligerantes hacía la paz, todas las demás la seguirían; en caso contrario, la revolución barrería Europa. A indicación de Lenin, Trotski invitó a todos los países en guerra a una conferencia de paz. Las potencias de la Entente se negaron; Alemania, en cambio, se avino a un armisticio, que los bolcheviques negocia-

1



2



*1* **«Nadia» —Nadezhda Krupskaia, esposa de Lenin— en el funeral de su marido.** *2* **Lenin, creador de la Unión Soviética y artífice de su continuidad.** *3* **En este cuadro de V. A. Serov, Lenin aparece conversando con tres preocupados campesinos; Lenin atendía —dentro de lo posible— las quejas individuales, y a veces las remediaba directamente.**



ron en Brest Litovsk. La propuesta bolchevique era una paz sin anexiones ni indemnizaciones, pero los alemanes contestaron reclamando una tercera parte del territorio ruso. Muchos bolcheviques querían proclamar una guerra patriótica revolucionaria, pero Lenin replicó: «Los soldados han votado contra la guerra. Han votado con sus pies, al retirarse.»

Trotski propuso un compromiso: se negaría a firmar el armisticio según las condiciones exigidas por los alemanes, y declararía meramente que la guerra había terminado: los alemanes, decía, no se arriesgarían a reanudar las hostilidades. Pero Lenin no estaba convencido, y esperó, en vano, alguna señal de revolución en Alemania o en Austria-Hungría. Trotski hizo su declaración, y, acto seguido, los alemanes violaron el armisticio, y prosiguieron su avance por el interior de Rusia. Quedaba planteado el gran problema: ¿perecerían los bolcheviques heroicamente, o sacrificarían el territorio ruso para sobrevivir? Lenin no tuvo ninguna duda: el régimen bolchevique tenía que sobrevivir a toda costa. Tras un áspero debate, se salió con la suya. En un lúgubre silencio, los delegados bolcheviques firmaron el Tratado de Brest Litovsk.

**El comunismo puesto en práctica**

Aquél fue el momento crucial de la vida de Lenin. Hasta aquel momento había sido un idealista, convencido de la posibilidad de instaurar sin dilación una perfecta sociedad socialista si se tenía fe suficiente. Ahora se daba cuenta de que la fe no bastaba. Se transformó en un estadista dotado de sentido práctico, que aplazaba la utopía para un distante futuro. Originariamente, en octubre de 1917, había tenido como objetivos inmediatos la paz y el socialismo. En marzo de 1918 se proponía solamente contemporizar: de un modo u otro, el Gobierno bolchevique debía sobrevivir hasta que estallase la revolución mundial, y ésta iba a retrasarse mucho más de lo que creía al principio. Lenin no se limitó a sacrificar territorios: estaba igualmente dispuesto a sacrificar principios, o vidas humanas, para que los bolcheviques, ahora llamados comunistas, conservaran el poder.

En marzo de 1918, el Gobierno soviético se trasladó a Moscú. Lenin estableció su residencia en el Kremlin. Allí vivía humildemente, compartiendo el cuarto de baño con los niños de Trotski, que lo querían como un compañero de juegos. Adquirió también una casita en el campo, donde pasaba mucho tiempo cazando patos. Nadie se parecía menos que él a un dictador. Vestía con extraordinaria sencillez y se cubría con una gorra de paño. Se negó a comer nada que excediese a la muy escasa ración normal, hasta que el Comité Central le ordenó que lo hiciera. Recorría incansable las calles y las fábricas, en las que pronunciaba arengas de un tono más bien académico. Siempre recibía bien a los visitantes, y había en sus ojos una luz penetrante que algunas personas encontraban siniestra.

Lenin no había imaginado nunca que el socialismo pudiera establecerse en un solo país, y menos en uno tan atrasado como Rusia. Estaba de acuerdo con Trotski en que o la revolución llegaría a ser universal, o los capitalistas se unirían contra el único Estado socialista. De ahí que el objetivo de las pocas actividades políticas que en el exterior podían llevar a cabo los soviets, fuera mantener divididas a las potencias capitalistas. Una vez firmado el Tratado de Brest Litovsk, Lenin mostró siempre estar dispuesto a colaborar con los imperialistas alemanes y a recurrir sin más a su ayuda cuando los aliados, por toda respuesta, intervinieron en Rusia contra los bolcheviques.

La intervención endureció la dictadura bolchevique, y provocó además el recurso al terror. Lenin no lo lamentaba. Después de haber sido él mismo acosado, sin éxito, por la policía zarista, le gustaba que se volvieran las tornas y se complacía sobre todo en las protestas de socialistas más moderados, a quienes chocaba ese alejamiento de la democracia. Lenin mantenía que, puesto que había libertad de discusión dentro del Partido Comunista (libertad que él, en efecto, toleraba), seguía existiendo la democracia proletaria. Aunque violento en las palabras, no les guardaba rencor a sus camaradas. El 30 de agosto habló en una reunión de fábrica. A la salida, una mujer, llamada Dora Kaplan, le hizo unos disparos de pistola. Dos balas se alojaron en su cuerpo, y no fueron extraídas. Lenin, que nunca había sido muy robusto, desde aquel momento se encontró aún más débil.

Aunque era, sin duda, el hombre más poderoso del Gobierno soviético, personalmente realizaba pocas actividades. Permanecía en Moscú mientras Trotski, Stalin y otros dirigían la guerra defensiva contra los blancos y los aliados. Administraba bien el tiempo de que disponía: atendía a quejas particulares y reparaba ciertos abusos. Leía numerosos periódicos extranjeros y procuraba establecer contacto con los revolucionarios de otros países. Su actividad más importante en 1919 fue la redacción de un folleto en que exhortaba a los comunistas británicos a que apoyaran a los dirigentes laboristas «como la soga soporta al ahorcado».

**La guerra civil**

Después de la derrota de Alemania, Lenin temía más que nunca la intervención aliada. Ofreció dejar en manos de los blancos la mayor parte de Rusia, a cambio de que se permitiera a los bolcheviques mantenerse en Moscú. Cuando se reunió en París la Conferencia de la Paz, su respuesta fue fundar la Tercera Internacional, o Internacional Comunista, el estado mayor general de la futura revolución. Sabía que los pocos delegados extranjeros no se representaban más que a sí mismos, pero continuó fingiendo que de ellos esperaba el máximo apoyo. Angelica Balabanoff, una idealista rusa que había militado en el socialismo italiano, le reconvino por la deslealtad de algunos de sus agentes, como Zinoviev. Mientras hablaba se dio cuenta de que Lenin ya estaba enterado de todo. Al terminar de hablar, Lenin la miró con los párpados entornados y le dijo: «Camarada Balabanoff, ¿en que podrías emplear tu vida?» Entonces, con un gesto muy característico, le dio un salvoconducto y le permitió salir a escondidas de Rusia, a pesar de las protestas de la policía secreta. Nada le gustaba tanto como conspirar contra sus propios compañeros.

Gradualmente, el Ejército Rojo, bajo la dirección de Trotski, ganó la guerra civil. En 1920, los generales blancos estaban derrotados. Los polacos intentaron invadir Rusia: fueron a su vez derrotados, y el Ejército Rojo invadió Polonia. Trotski se opuso a ello: declaró que la revolución no podía extenderse a golpes de bayoneta, y que los obreros polacos serían sensibles a la llamada del patriotismo. Lenin, incapaz de resistir la tentación del triunfo, sostuvo que el Ejército Rojo sería recibido con entusiasmo en Polonia, y que, cuando alcanzase la frontera alemana, también los comunistas germanos se alzarían en armas. Pero el Ejército Rojo fue derrotado a las puertas de Varsovia. Lenin cambió bruscamente de actitud, y se mostró ahora tan partidario de la paz como antes lo había sido de la guerra. Con su aprobación, el Tratado de Riga entregó a Polonia grandes zonas de territorio ruso.

Lenin había justificado la dictadura comunista alegando las dificultades de la guerra civil. Ahora que la guerra estaba terminada, no tenía intenciones de mitigar el control comunista. Por otra parte, sabía



**«Atentado contra la vida de Lenin», por P. P. Baloiusov. Dora Kaplan, una socialrevolucionaria de derecha que fue ejecutada tres días más tarde, alojó en el cuerpo del político dos balas de pistola que no pudieron ser extraídas.**

cuán agotada y empobrecida se hallaba Rusia. En esta nueva crisis dio una vez más muestras del acerado realismo con el que había promovido la paz de Brest Litovsk. Con la Nueva Política Económica, introducida por él en 1921, se renunciaba a la mayor parte de las medidas socialistas, que ahora eran liquidadas con la etiqueta de «comunismo de guerra». El comercio privado fue restablecido y se alentó a los campesinos a que produjesen en su propio beneficio. El comerciante, anteriormente perseguido, pasó a ser un ciudadano honrado. Lenin estaba dispuesto incluso a permitir que el capitalismo internacional se hiciera cargo de algunas industrias rusas: sólo la abstención de los capitalistas extranjeros evitó que Rusia se convirtiese en una colonia del imperialismo económico.

Lenin seguía aún aguardando la revolución mundial, pero ya empezaba a pensar que tendría que esperar durante mucho tiempo. Por lo demás, pensaba que tal vez no todo dependería de que se produjese una revolución mundial: quizá, con el tiempo, Rusia se transformaría en un país industrial avanzado, y entonces el socialismo sería un sistema viable. Una y otra vez proclamó: «Comunismo es igual a poder soviético más electrificación.» Ignorante en cuestiones científicas, imaginaba que con la electricidad todo estaría resuelto. Según el marxismo ortodoxo, el orden político es un producto del sistema económico. En la Rusia soviética, una dictadura política se preparaba a imponer el socialismo en un país casi precapitalista. El «socialismo en un solo país» y el largo período de la dictadura stalinista estaban implícitos en la política de Lenin.

Éste se hallaba muy debilitado físicamente. Pasaba largas temporadas en su casa de campo. Cuando presidía el Consejo de Comisarios del Pueblo estaba prohibido fumar, y cada tema era limitado a diez minutos. El crecimiento de la burocracia lo exasperaba: su correspondencia está llena de quejas contra el papeleo. Porque Lenin seguía creyendo que, mientras él fuese el jefe en Rusia, los obreros serían quienes gobernaran. No se daba cuenta de que la dictadura comunista había perdido todo el carácter y el idealismo proletario que tuviera al principio. Incluso dentro del partido la democracia estaba muriendo, y él mismo contribuía a rematarla: en su estado de debilidad, no podía ya soportar la oposición.

En mayo de 1922 tuvo un ataque de apoplejía. Se recuperó algo durante el verano, y empezó a preparar la sucesión. Nombró a Stalin secretario general, luego se rebeló contra el control ejercido por Stalin y, casi como su último acto, instó al partido a que le destituyese. Lenin sufrió un segundo ataque en diciembre de aquel mismo año, y un tercero, aún más grave, en marzo de 1923. Todavía trató de establecer una línea política y, a pesar de la supervisión de Stalin, se las arregló para hacer llegar a Trotski un plan de rebelión que les permitiera a ambos derrocar la dictadura del partido y restablecer la democracia. Así, en sus últimos días Lenin sintió que algo no marchaba bien, y extendió la mano hacia Trotski como a un amigo personal y a un igual entre los líderes bolcheviques.

Lenin luchó contra la muerte. Con la ayuda de su mujer, aprendió de nuevo a pronunciar algunas palabras y a dar unos pasos. Un día de octubre insistió en ser llevado al Kremlin. Entró en su antiguo despacho y hojeó los papeles que cubrían su mesa. El 20 de enero de 1924 se quejó de la vista. Un especialista acudió a visitarle, y Lenin se preocupó sobre todo de que el médico no tuviese que regresar a Moscú a una hora demasiado avanzada de la noche. Esa delicadeza es el último acto suyo de que se tiene noticia. Murió en la tarde del 21 de enero de 1924.

**A. J. P. Taylor**

# Los rivales: Stalin y Trotski

**Después de la muerte de Lenin, la antigua enemistad entre Stalin y Trotski se convirtió en una lucha sin cuartel. Trotski, el arrogante intelectual, no fue un digno rival de Stalin, el burócrata autocrático.**

**Stalin: «el hombre de acero»**

«Desde que ha sido nombrado secretario general, el camarada Stalin ha concentrado en sus manos un tremendo poder, y no estoy seguro de que siempre sabrá usarlo con suficiente cautela.» Este histórico juicio, pronunciado en términos atenuados por Lenin sólo cinco años después de la Revolución de Octubre, se proyecta tanto sobre el sistema que él mismo había creado como sobre el hombre que iba a demostrar las terribles consecuencias que puede tener una combinación inadecuada de personalidad y poder político.

Uno de los primeros cronistas de la Revolución describe a Stalin como «una mancha gris», y Trotski, su más peligroso opositor, hablaba de él como de una insignificante mediocridad. Lenin siempre había seguido la política de confiar los cargos ejecutivos a hombres de este tipo.

A diferencia de Lenin y de Trotski, Stalin no había dado nunca muestras de ambición política en su carrera de revolucionario profesional. Las ocasiones en que aparece su nombre en el primer período de la revolución son raras. Durante y después de la revolución de 1905 participó en las rapiñas llevadas a cabo en el Cáucaso, con destino a financiar el ala bolchevique del partido. En 1913 Lenin le definió como «el maravilloso georgiano», en un panfleto sobre relaciones entre el partido y las diversas nacionalidades rusas. Por lo demás, a pesar de asistir a muchas de las reuniones del partido desde 1905, de editar varios periódicos bolcheviques en distintas ocasiones, y de merecer la confianza de Lenin, su papel fue relativamente de menor importancia. En aquellos días los nombres que sonaban eran los de los intelectuales, los que participaban en las clamorosas po-



**Stalin, el «hombre de acero», fotografiado aquí durante la epoca en la que se lo consideraba un oscuro burócrata.**

lémicas de la prensa socialdemocrática: Trotski, Bujarin, Zinoviev, Kamenev. En segundo término, se encontraban los hombres y mujeres diligentes, callados y sin ambiciones, en los que verdaderamente pensaba Lenin cuando hablaba de los revolucionarios de profesión. Stalin era uno de ellos. Una importante excepción en ese aspecto fue la objeción de Stalin, en 1906, a la política agrícola de Lenin, quien preveía la nacionalización de la tierra. Consciente de que para los campesinos la máxima aspiración es la de ser dueños de sus campos, Stalin propuso, a su vez, que se confiscaran todas las propiedades y se distribuyeran entre los campesinos: Lenin adoptó esta política, que le proporcionó un considerable apoyo en 1917.

Stalin nació en 1879 en Gori, Georgia, una de las regiones más fértiles y pintorescas del Imperio Ruso. Su padre, Vissarion Dzhugachvili, era un zapatero pobre, campesino de origen. Su madre, también una sencilla campesina, era analfabeta, profundamente religiosa (en la fe ortodoxa georgiana), y aceptaba sin quejas las privaciones impuestas por la pobreza.

El elevado contingente de georgianos en las filas del movimiento revolucionario ruso pone de manifiesto, como en el caso de los judíos y polacos, la creciente ambición de progreso social que se difundió en la última parte del siglo diecinueve, entre aquellas minorías nacionales que tenían arraigadas tradiciones culturales. Josef Dzhugachvili (apodado «Soso») se benefició de la ambición de su madre, que quería hacer de él algo más que un zapatero remendón. Cuando tenía nueve años entró en la escuela parroquial de Gori, en la que permaneció durante cinco años. Allí aprendió ruso, de acuerdo con la política de rusificación del Gobierno imperial y, aunque llegó a dominar el idioma, nunca perdió el acento gutural de su georgiano nativo.

El joven Stalin —nombre que significa «hombre de acero», adoptado como alias en 1913— prosiguió su carrera clerical en el Seminario Teológico Ortodoxo de Tiflis, en donde ingresó a los catorce años de edad. En las provincias occidentales de Rusia existían análogos establecimientos para los judíos donde la «piadosa» juventud se embebía no de la ortodoxia del judaísmo, sino de las herejías del populismo y el marxismo. En Tiflis empezaba a manifestarse un proceso similar. En 1897 Stalin se había alejado de la religión y estaba lleno de ideas vagamente socialistas y antizaristas. En 1899 fue expulsado del Seminario, tras haber estado asociado, desde el año anterior, con círculos marxistas de la ciudad.

**La escalada de la pirámide**

Stalin fue detenido seis veces, la primera en 1902, la última en 1913, y escapó del exilio dos veces. A la última condena que le fue impuesta dio fin la revolución de febrero. Era un hombre inteligente, pero no un intelectual de profesión. Su dura vida de quince años de clandestinidad, prisión y exilio, junto con el considerable aumento de su cultura respecto a sus humildes orígenes, constituían un *curriculum* revolucionario del que no tenía ninguna razón para sentirse avergonzado, aunque le hiciesen experimentar un sentimiento de inferioridad cuando se hallaba entre los miembros, bastante más cultivados, del séquito de Lenin.

Stalin desempeñó un papel importante en las actividades bolcheviques en marzo de 1917 (cuando regresó a Petrogrado desde Siberia, para encontrarse con Kamenev, uno de los principales bolcheviques de la ciudad), y ello obedecía a que en 1912 había entrado a formar parte del Comité Central privado de Lenin, en un momento en que el líder estaba dotando a las sucursales de hombres sin relieve pero dignos de confianza. Cuando Lenin regresó a Rusia, después de marzo de 1917, Stalin se retiró a un segundo plano de la escena, pero continuó todo el año en el corazón de las actividades bolcheviques. Una muestra de su prestigio político puede verse en el hecho de que, en julio, cuando Lenin estaba oculto para no caer en manos de Kerenski, y Trotski no era todavía miembro de pleno derecho del Partido Bolchevique, fue él quien presentó a los camaradas el informe oficial de la situación política.

Paradójicamente, Stalin debió su ascensión al poder, después de la muerte de Lenin, sobre todo a su aparente falta de ambición. Los empleos que Lenin le había dado a partir de 1917 requerían más astucia que imaginación, más diligencia que penetración, y los demás dirigentes veían con agrado cómo el infatigable georgiano los desempeñaba con tanta escrupulosidad. Mientras Trotski se perfilaba como un protagonista de la diplomacia soviética o de las empresas militares y se imponía a la atención de las masas con sus duras medidas disciplinarias; mientras Dzerzhinski, el jefe de la nueva policía secreta, se ganaba el aterrorizado respeto de los intelectuales y del partido con su persecución fríamente fanática de todos los «enemigos de clase»; y mientras otros dirigentes se enfrentaban con las colosales tareas de reorganizar el aparato económico y gubernativo, Stalin concentraba sus energías en el desempeño de humildes quehaceres, como los del reclutamiento, la utilización, la promoción y la remoción de los miembros del partido. En otra función, como comisario de las nacionalidades, pudo utilizar el poder del Gobierno central que le respaldaba para poner hombres de su confianza en los puestos clave de las regiones periféricas.

Lo hubiese o no previsto, tales posiciones le permitieron disponer de cargos políticos para repartir, en su propio interés o en el del partido. Con el transcurso del tiempo, estos dos fines llegaron a identificarse en su mente. Otro puesto, en el que dio muestra de su deseo fundamental de gobernar y disponer, fue el de jefe de la Inspección de Obreros y Campesinos. Aquél era un instrumento inventado por Lenin para explorar los últimos rincones de la siempre creciente administración del Estado, para intervenir en cualquier oficina y escudriñar las actividades del personal, empezando desde abajo y acabando en el mismo Consejo de Comisarios del Pueblo. El oficio de Stalin era, en suma, el de una especie de investigador que no tiene que esperar a ser llamado para iniciar sus investigaciones. La intención de Lenin había sido controlar y eliminar los malos hábitos heredados de los viejos días zaristas, y Stalin la entendió; pero un importante subproducto de su trabajo fue la acumulación del enorme poder que tanto alarmaba a Lenin cuando ya era demasiado tarde para atajarlo.

**Trotski: brillante, remoto, peligroso**

«Ahora que se ha producido la gran revolución, uno tiene la impresión de que, por inteligente que sea, Lenin empieza a oscurecerse detrás del genio de Trotski»: tales fueron, según se dice, las palabras pronunciadas por uno de los principales organizadores leninistas en 1917. Trotski tenía un genio oratorio que eclipsaba al de Lenin. A los ojos de los occidentales, no era en absoluto inferior a su jefe. Vestido impecablemente de paisano, o de un modo más teatral con el capote del Ejército Rojo, la gorra con la estrella roja de general de caballería y sus destelleantes gafas, Trotski no tenía rival cuando desempeñaba su papel de rey demoníaco, omnipotente e inhumano, sobre todo ante una multitud lo más numerosa posible. Él mismo recordaba el éxtasis que sentía en presencia de las masas de obreros y soldados que se aferraban a sus palabras «como a



**Trotski, comisario de guerra, en Kiev durante el conflicto bélico ruso-polaco. Trotski aseguró la supervivencia de los bolcheviques, pero no supo enfrentarse a la oposición de Stalin y sus seguidores.**

los pezones de la Revolución». Evidentemente, el placer era recíproco.

Trotski se hallaba a gusto en las situaciones críticas, cuando los confines entre las facciones tendían a esfumarse en el ardor de los acontecimientos, y cuando la acción era demasiado rápida para que fuera sometida a formulaciones doctrinales. Fugado de su destierro, en Siberia, se unió a Lenin en Londres, antes de regresar a Rusia en 1905. Aquel mismo año exhibió por primera vez, sobre un gran escenario, sus brillantes dotes de tribuno del pueblo y de buen organizador, al ser nombrado presidente del primer consejo de trabajadores de Rusia: el Soviet de San Petersburgo. Fue detenido y desterrado, y escapó una vez más. Pasó varios años recorriendo los centros revolucionarios de Europa. En 1917 demostró ser uno de los activistas más competentes de la capital, y a él se deben principalmente el reclutamiento, el armamento y la disciplina de la Guardia Roja Bolchevique, en un tiempo en que muchos de los más fieles seguidores de Lenin dudaban de la política adoptada por su jefe, del alzamiento armado y de la conquista del poder. Y, en los años de la guerra civil, cuando los jefes bolcheviques se sentían preocupados por la viabilidad del régimen, fueron la inagotable energía de Trotski y su temerario arrojo los principales causantes de aquella movilización armada sin la cual la Revolución Bolchevique podía haber pasado a la historia sin más nombre que el de «golpe de Lenin».

Sin embargo, aunque Trotski fue incuestionablemente un hombre de la Revolución, siempre pudo ponerse en duda que fuera verdaderamente un hombre de aquel partido que la llevó a término. Había pasado la mayor parte de su carrera revolucionaria en una tierra de nadie, entre las dos facciones hostiles de bolcheviques y mencheviques, tratando en vano, alguna que otra vez, de unirlas, si no de conducirlas. Que de hecho fuesen o no conciliables, es una cuestión discutible: de lo que no hay duda es de que ni la una ni la otra confiaban plenamente en él.

Temperamentalmente, Trotski era bolchevique. Pero, por otra parte, y quizá más que todo, era también un intelectual marxista que en cada cuestión se creía obligado a definir su posición ideológica. Y muchas veces se colocaba a sí mismo entre los grupos, o, en su opinión, por encima de éstos. Decía de sí mismo que, a diferencia de los demás, tenía siempre presentes en su mente el cuadro general, las implicaciones universales. Los otros mortales, inferiores a él, podían preocuparse por los detalles. Trotski, el arrogante intelectual, poseía una cultura brillante y una mente aguda, pero era también un hombre cáustico, sarcástico y venenoso.

Por su formación básica, bastante insólita, estaba convencido de que su personalidad resultaba excepcional. Había nacido en 1879, en la granja que su padre poseía en Ianovka, cerca de Odesa. Su verdadero nombre, en la forma hebraica, era Leib David Bronstein; en la forma rusa se convirtió en Lev Davidovich, a la que añadió «Trotski» cuando escapó por primera vez de Siberia, a la edad de veintidós años. Era el nombre de uno de sus excarceleros.

En sus memorias recuerda que su infancia no transcurrió ni en un prado soleado ni en aquella especie de oscura cueva, llena de hambre y de miseria, de la que uno se imagina que salen los revolucionarios militantes. Fue, dice él, la «infancia gris de una familia pequeñoburguesa, pasada en un pueblecito perdido, donde la naturaleza es ancha, y las maneras, los intereses y las ideas son estrechas y limitadas».

### El intruso

En la última década del pasado siglo, el marxismo ofrecía al intelectual ruso una disciplina mental suficientemente aceptable como para canalizar los vagos sentimientos de indignación por las manifiestas injusticias que le rodeaban. Salido de un fondo en el que los azotes a los campesinos y la enorme disparidad entre los desposeídos de todo y los que tenían algo eran demasiado evidentes, el joven Trotski llegó al marxismo a través de las amorfas doctrinas de los *narodniki* —los populistas—, que trataban en vano de difundir el socialismo revolucionario entre los campesinos. A la edad de dieciocho años dirigía un grupo de estudiantes revolucionarios medio marxistas medio *narodniki*.

Como escolar había sido brillante. En la universidad de Odesa, donde estudió matemáticas durante un año, demostró poseer una mente de primer orden. Pero le fue difícil entonces, como más tarde, conformarse; y, a los dieciocho años, abandonó el estudio por la revolución.

Su naturaleza de judío era suficiente para producir en los demás rusos, particularmente de ideas sofisticadas, el deseo de evitarlo; pero el haber nacido en una familia de agricultores pudo significar para Trotski un rechazo tal por parte del ambiente que se vio obligado, por decirlo así, a demostrar al mundo que poseía una personalidad verdaderamente excepcional. Lo consiguió hasta cierto punto, pero, al mismo tiempo, se las arregló para producir una impresión ambigua. Por una parte se sirvió de su buena presencia y de sus maneras francas para ganarse, al primer encuentro, el afecto y el respeto de muchos, entre ellos Lenin y Krupskaia. Por otra parte, su espíritu desafiante y la ilimitada confianza que demostraba tener en sí mismo parecieron a algunos los rasgos antipáticos de un precoz comediante.

Por consiguiente, no llegó a colaborar con éxito durante largos períodos con ninguno de los grupos que se había creído capaz de unir. Desconfiaban de él ambos lados, no porque su posición fuese insostenible, sino porque sus motivos no aparecían nunca del todo claros. Su ambivalencia pre-revolucionaria resultó útil a su principal enemigo —Stalin— en la lucha por el primer puesto después de la muerte de Lenin. Viejo bolchevique, viejo menchevique, viejo mediador de facciones, ¿qué es lo que era Trotski? Y como no podía fijársele ninguna clara etiqueta de partido, ¿podría esperarse que se mantuviese leal al Partido Bolchevique?

En realidad, estos argumentos hubieran podido esgrimirse contra muchos otros dirigentes soviéticos; pero, aplicados a la personalidad de Trotski, tuvieron mayor poder de convicción porque su orgullo lo incitaba siempre a no dar el brazo a torcer. Una mirada retrospectiva corrobora la opinión de quienes vieron en él mismo a su peor enemigo.

**Harold Shukman**

# España, hasta la Dictadura

**Aunque tanto el jefe del Gobierno, Eduardo Dato, como el propio Rey, se apresuraron a proclamar —y mantener enérgicamente, frente a toda clase de presiones— la neutralidad española, el influjo indirecto de la conflagración europea en la realidad del país iba a ser decisivo, marcando fortísimo impacto en su evolución histórica y polarizándolo, a la larga, hacia la Dictadura.**

**Apunte del dibujante catalán Opisso donde aparece su coterráneo Cambó durante uno de sus discursos.**
*Abajo:* **un episodio que muestra la amplitud de la agitación social española durante los últimos años de la guerra europea y los primeros de la posguerra: manifestación de mujeres en Málaga (1918).**





La guerra estremeció en sus mismos cimientos las estructuras económicas, sociales y políticas. Creó, por lo pronto, una serie de tensiones internas —entre «germanófilos» y «aliadófilos»—, que vinieron a unirse a las divisiones antiguas; si bien parece claro que muy pocos españoles se sintieron seriamente ganados por una real vocación bélica —y la prueba está en la impopularidad que determinadas declaraciones oportunistas a favor de un alineamiento con las potencias de la Entente acarrearon a Romanones y a Alejandro Lerroux—. La neutralidad en la guerra abrió, por otra parte, una coyuntura económica inusitada, gracias a la demanda creciente de los mercados europeos, lo que supuso a su vez un desarrollo enorme de los centros industriales y una intensa emigración del campo a la ciudad, ya que las rentas urbanas y rústicas se desnivelaron por completo. Pero este panorama, en apariencia favorable en su conjunto, tenía sus contrapartidas: el río de oro que la apertura de mercados canalizó tumultuosamente hacia España, benefició tan sólo a las entidades empresariales y a los grandes propietarios; pese a la Ley de Subsistencia, dictada en muy temprana fecha por el gobierno Dato, la aparición en gran escala de acaparadores y especuladores sin escrúpulos —los «nuevos ricos» de aquella hora— se convirtió en una realidad incontenible; el alza de precios, el encarecimiento de la vida y, en consecuencia, el malestar social fueron como el reverso de la fiebre del desarrollo económico, proyectado de manera insólita sobre el mezquino panorama español de finales de siglo.

El crecimiento del proletariado urbano provocó, lógicamente, una gran dilatación de las sindicales obreras, especialmente la C.N.T., que conoció en toda la zona industrial catalana, y especialmente en Barcelona, un auge extraordinario, muy superior al de su rival, la socialista U.G.T. —poderosa en Madrid y en el País Vasco—. La protección sindical, y la euforia de las empresas, cuyos insólitos ingresos les permitían una cierta generosidad rehuyendo de momento el conflicto con los elementos obreros, bastaron a éstos para salvar sin excesivo quebranto la creciente tensión de la curva de precios (la situación variaría radicalmente al «estallar» la paz). Pero el encarecimiento de las subsistencias fue especialmente sensible para la pequeña burguesía —la clase media— de los funcionarios, atenidos al inmovilismo de unos sueldos cada vez más insuficientes.

Fue esta vena de descontento la que supieron explotar los liberales del conde de Romanones para hacer saltar la situación conservadora que había hecho al país el inmenso beneficio de mantenerle al margen del conflicto armado. Dato no quiso aceptar el «chantaje» a que querían someterle sus adversarios políticos condicionando su apoyo a las reformas militares que —con razón que los posteriores acontecimientos hicieron evidente— había llevado a las Cortes el jefe conservador; y éste prefirió retirarse del poder, aun con mayoría suficiente para seguir gobernando.

En el gobierno Romanones (1915-1917) figuraba una personalidad política mucho más brillante que el intrigante conde: Santiago Alba. Situado éste en el importante Ministerio de Hacienda, a partir de la primavera de 1916, articuló y llevó al Parlamento un plan de atrevidas reformas atentas a la ordenación de la economía del país, sustancialmente alterada por la guerra exterior, y a la progresiva transformación de las estructuras sociales, cada vez más tensas. En la base de los proyectos financieros de Alba —junto a quien hay que situar la labor callada y minuciosa del subsecretario Joaquín Chapaprieta—, se situaba una profunda reforma presupuestaria y fiscal, deducida del aumento de la riqueza privada a consecuencia de la apertura de mercados (la gravación de los «beneficios extraordinarios» producidos por la guerra, o, más bien, por la «paz en la guerra»). La vivísima reacción de los intereses afectados, y especialmente del sector industrial catalán, representado por Cambó, echaría a pique los proyectos de Alba, y, a la larga, acabaría con la situación política. «Los que tan fácilmente se habían enriquecido

con la gran guerra —recuerdan, a propósito de este fracaso, las *Memorias*, recientemente publicadas, de Joaquín Chapaprieta—, dijeron a gritos que el Estado quería robarles lo que en buena lid ellos habían ganado, sin parar mientes en que las extraordinarias ganancias de guerra habían sido sometidas a fuertes exacciones en el extranjero, y sin reparar en el origen excepcional de unos beneficios derivados de la neutralidad mantenida por el Estado español. Los terratenientes... se levantaron airados por el proyecto de "la tierra", que condicionaba sus derechos de "amos". A las grandes autoridades a quienes afectaban las reformas se las apercibía en su trabajo de zapa contra unos proyectos que se permitían entrar en el campo vedado de sus privilegios... La parte de opinión neutra acogió, en cambio, con simpatía los proyectos, aunque por desgracia tal opinión suele emitir su juicio en voz tan baja, que queda fácilmente ahogada por la algarabía de los protestantes.»

En cualquier caso, el fracaso de la reforma fiscal proyectada por Alba incapacitaba al Estado para corregir desde arriba unos desniveles económico-sociales cada vez más acusados. Y entretanto, habían crecido las razones de descontento que el impacto indirecto de la guerra trajo: distancia entre curva de salarios y curva de precios; dificultades del sector agrario, esencial en el cuadro económico del país, y que atravesó una coyuntura de signo negativo —en Levante sobre todo—, por la dificultad de los transportes marítimos. Y en el verano de 1917 la situación estalló espectacularmente, en tres momentos sucesivos; momentos que el profesor Lacomba ha llamado, extremando los paralelismos con la gran conmoción francesa de finales del siglo XVIII, la *revolución de los privilegiados*, la *revolución de los burgueses* y la *revolución proletaria*, pero que quizá quedarían mejor definidos como el *reto militar*, la *subversión política* y la *revolución social*.

El primer momento —el reto militar— fue la expresión de un descontento muy extendido, según quedó apuntado, entre los mesócratas y funcionarios atenidos al estatismo de los sueldos oficiales; pero la crisis revestía una gravedad excepcional porque los que ahora se enfrentaban con el Estado eran aquellos a quienes ese mismo Estado había confiado la fuerza para defenderlo, dotándoles por añadidura de un estatuto jurídico especial —«privilegiado»—. La oficialidad del Ejército, muy agobiada por la coyuntura económica, vivía una doble inquietud: la que derivaba de la herida, aún no cerrada, del Desastre ultramarino; la que provocaba la conciencia de sus defectos estructurales y de su inadecuada dotación en los momentos en que España se hallaba implicada en una nueva aventura colonial —Marruecos—. Su angustiosa situación económica, junto a la escasa discreción —o la patente arbitrariedad— con que se producía el movimiento en las escalas —siempre a favor de las guarniciones de África, enzarzadas en el avispero de Yebala—, sirvieron de estímulo al pronunciamiento —que esas características tuvo— de las guarniciones peninsulares, a partir de la de Barcelona, encabezada por el coronel Márquez, y la organización de las llamadas «Juntas de Defensa», concebidas como un sindicato militar para exigir garantías y programas al Estado.

Por no aceptar las imposiciones de los militares, García Prieto —sucesor de Romanones— abandonó el poder. Dato, presidente del Consejo por segunda vez (junio de 1917), pactó con las Juntas, aceptando su reglamento íntegro. De una parte, no le cabía opción; de otra, sabía que sólo contando con el Ejército podía enfrentarse a subversiones más peligrosas, y que ya venían anunciándose de algún tiempo atrás.

En efecto, el segundo momento revolucionario —la subversión política— se produjo sólo unas semanas después, bajo la inspiración de Francisco Cambó y de Melquíades Álvarez. Uno y otro, enemigos del sistema del «turno», deseosos de abrir paso a formas o cauces políticos más sinceros, utilizaron hábilmente la doble tensión creada por la inquietante iniciativa de los militares, de una parte, y por el hecho de que Dato mantuviese cerradas las Cortes —en las que carecía de mayoría—, para lanzarse a una ofensiva audacísima. En realidad, era usual esta suspensión de sesiones durante el verano, y el presidente del Consejo no infringía ninguna norma constitucional; pero la subversión política tomó a aquélla como pretexto para organizar una campaña cuya finalidad era el agrupamiento de todas las fuerzas disidentes del sistema del «turno», en favor de unas Constituyentes que arbitrasen medios de representatividad en conexión más efectiva con la realidad del país.

La maniobra se montó escalonadamente: 1) reunión en Barcelona de los parlamentarios catalanes; 2) reunión subversiva, luego, de todos los parlamentarios en general, también convocados en Barcelona. Para que el timón de la nave lanzada contra el Estado no escapase a sus directrices, Cambó debía controlar y acaudillar toda la derecha —salvo el Partido Conservador, datista— y contar con las Juntas Militares; mientras Melquíades Álvarez había de polarizar a republicanos y socialistas. Pero Cambó no logró que Maura se sumase a este juego ni consiguió tampoco captar a los militares junteros; y Melquíades Álvarez se vio totalmente desbordado por republicanos y socialistas: un movimiento huelguístico estimulado por los republicanos degeneró, en el mes de agosto, en huelga general revolucionaria planteada por la U.G.T. y la C.N.T. como un verdadero asalto contra el orden social establecido y contra las instituciones vigentes: fue el tercer tiempo, la revolución social.

Antes de dar este arriesgadísimo paso, el socialismo titubeó entre la cautela de Pablo Iglesias, que no quería comprometerlo todo en un solo golpe, y la fe revolucionaria de los elementos jóvenes del partido —Besteiro, Cordero, Prieto, Largo Caballero—, que lograron inclinar la balanza a su favor. Como ha subrayado el profesor Pabón, la crisis de agosto —que tuvo caracteres muy graves en Madrid, Barcelona, Levante y la cuenca minera de Asturias— vino a sustituir el procedimiento de Cambó, integrador de partidos y clases, por la lucha de clases en su aspecto más descarnado: las fuerzas de centro, que habían desencadenado los acontecimientos, quedaron desairadas. Pero el gobierno Dato, que desde el primer momento procuró ganarse a los militares, plegándose a sus exigencias, no titubeó en dar la batalla allí donde se le planteaba; y en todos sus escenarios la revolución fue vencida con presteza. Hay que añadir que, sabedor de lo que se tramaba, Sánchez Guerra, ministro de la Gobernación, contribuyó indirectamente a precipitar los acontecimientos, para poder dominarlos más fácilmente.

De esta triple revolución, que llenó todo el verano de 1917, salieron más enfrentados que nunca burgueses y proletarios, izquierdas y derechas; dentro de estas últimas, resentidas las relaciones de Cambó con Maura, y, por supuesto, con Dato; en tensión también anarquistas y socialistas. Quedaba, en la cada vez más desquiciada realidad nacional, un eje todavía, en torno al cual podía replantearse sobre nuevas bases la convivencia de los partidos y de las fuerzas sociales: el Rey. Y así, ya en 1918 se iniciaba, gracias al personal esfuerzo de don Alfonso, un ex-

1



2



*1* **En la tensión social española de estos años, como en la que por aquel mismo entonces se dio en otros países, pesó no poco la Revolución Rusa; aquí, una escena del 1.° de Mayo de 1918 en Madrid.** *2* **La acción del Gobierno contra los cuerpos de Correos y Telégrafos provoca en. marzo de 1918 la huelga de sus funcionarios; la fotografía muestra una escena del conflicto en las oficinas postales de Madrid.**

perimento inédito: el Gobierno Nacional, que presidió Maura y en el que entraron todas las agrupaciones políticas que acataban al régimen, desde Dato hasta Romanones y Cambó. Alba, que acababa de fundar un nuevo partido —la Izquierda Liberal—, desempeñó la cartera de Instrucción Pública.

Este Gobierno de concentración, inspirado en los procedimientos políticos arbitrados en Francia a fin de reforzar el Estado en el momento más crítico de la Guerra Mundial, puso a prueba la capacidad de los partidos para unirse en una obra de interés nacional, superior a las diversas clientelas y banderías; pero sus frutos fueron muy relativos —parciales en todo caso, aunque evidentes en la magnífica labor desarrollada en su Departamento por Cambó, o en la difícil diplomacia desplegada por Dato, en Estado, para hacer frente a las consecuencias de la guerra submarina, y neutralizar en Marruecos la acción de los agentes alemanes—. Maura no se dio cuenta, o no percibió en toda su amplitud, la ola de esperanzas que en el país había suscitado la formación política que él presidía con escasa fe: no atribuyó al Gobierno otro carácter que el de «gestión transitoria»; y a la larga, la experiencia se resumió en un fracaso más, precisamente en los momentos en que la Gran Guerra tocaba a su fin en Europa. La situación recibió un primer golpe de Santiago Alba, enfrentado con Cambó en su empeño de pasar, por encima de todo, su programa de reformas económicas en el Magisterio: dimitido Alba, Romanones le sustituyó en Instrucción Pública, mientras Maura acumulaba a la presidencia la cartera de Gracia y Justicia. La segunda dimisión no tardaría: fue la de Dato. Pero entre ambas crisis hay que situar la declaración de Maura previendo ya, para un plazo próximo, la liquidación del compromiso que había unido a los partidos, una vez cumplido su mínimo programa de gobierno. Fue ella la que obligó al ministro de Estado, considerándose sin apoyo suficiente para seguir en estas condiciones una segura línea de política internacional —las reclamaciones y represalias entabladas de cara al Imperio Alemán, por la cuestión de los barcos mercantes torpedeados—, a abandonar a su vez el Gobierno. Esta última dimisión acabó decidiendo la crisis total (6 de noviembre).

Pero esta crisis entrañaba la del sistema canovista íntegro: descompuesto el «turnismo» desde 1917, minimizados los partidos, enormemente crecidas las fuerzas antidinásticas, fracasados los intentos de concentración, España sólo tenía a su favor, en los momentos en que Europa iniciaba la difícil andadura de la paz, el prestigio y el respeto ganados por la acción humanitaria del Rey, que había sabido convertir su palacio de Madrid, durante los negros años de la guerra, en puente tendido entre los beligerantes para el canje de prisioneros, la mejora de la situación de éstos y el enlace de noticias entre familias desgarradas por la frontera militar. El recibimiento que Bélgica tributó a los soberanos españoles en su primera salida al exterior después de la paz —en 1923— fue una auténtica contrapartida a la campaña de descrédito montada en torno al «mito Ferrer» en 1909.

### Las tormentas de la posguerra

La firma del armisticio entre los aliados y los Imperios centrales siguió muy de cerca a la liquidación del Gobierno Nacional. Y el fin de la contienda trajo a Europa un cambio demasiado sustancial para que no afectase de lleno a la situación española. De forma muy sintética podríamos resumir el impacto de la


**Un episodio de la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial: submarino alemán internado en el puerto de Santander; en el círculo, la fotografía de su comandante.**

paz en la compleja problemática española, diciendo que se proyectó en tres planos sucesivos:

a) En primer término, el reajuste del mapa europeo según los simplistas esquemas wilsonianos —favorables a la liberación de los nacionalismos oprimidos— estimuló hacia una nueva manifestación de fuerza a los estamentos burgueses del enclave industrial catalán, con reflejos o salpicaduras en el País Vasco e incluso en Galicia. b) En el plano económico, la paz mundial traía un lógico cambio de coyuntura. No había de tardar en restablecerse el equilibrio de los mercados internacionales: se clausuraba así la gran oportunidad para las exportaciones españolas. Y aunque la crisis industrial y financiera, prácticamente inevitable, no sobrevino en toda su descarnada amplitud hasta el otoño de 1920, la agitación social no se hizo esperar: más todavía como consecuencia del desarrollo de los sindicatos obreros, sobreexcitados por la onda revolucionaria que se proyectaba sobre el centro de Europa desde el poderoso foco bolchevique, que como réplica a una latente depresión laboral. c) Y por último, la profunda repercusión del momento internacional se dejó sentir con fuerza en Marruecos: la ambición de Francia, a la hora estelar de su triunfo sobre Alemania, podía poner en entredicho las garantías del Acta de Algeciras; indirectamente, la paz en Europa obligó a un aceleramiento en las operaciones del Rif; como ejemplo y como estímulo, los focos revolucionarios de Centroeuropa animaron, desde lejos, el súbito estallido de la rebelión de Abd el-Krim. Y el desastre de Annual enlazaría, en la estela de sus repercusiones, las antiguas tensiones que venían resquebrajando la estructura social y política: la revolución apuntó ya sus tiros, descarnadamente, contra el trono y contra el Ejército. La Dictadura se hizo inevitable.

Examinemos rápidamente los tres jalones que llevaron hasta ella: la dispersión centrífuga, la guerra social, la crisis colonial y militar.

La disolución del Gobierno Nacional había replanteado los supuestos programáticos de la *Lliga*. Cambó, fracasado en su intento de integrar, dentro de un vasto plan de obras públicas —como ministro de Alfonso XIII—, una delegación de servicios a la Mancomunidad de Cataluña, se lanzó a la lucha desde la oposición con revigorizadas energías, en su desesperado intento de galvanizar las masas catalanas para arrancar soñadas concesiones descentralizadoras al Gobierno. Sino que muy pronto habría de verse rebasado totalmente —una vez más— por el empuje, mucho más poderoso y amenazante, del obrerismo sindicalista.

Los meses finales de 1918 y los primeros de 1919 presenciaron la gran campaña de la *Lliga* a favor de la autonomía catalana. El gobierno Romanones, de acuerdo con el Rey, de acuerdo también con la gran figura conservadora de Maura, designó una comisión extraparlamentaria para elaborar un proyecto de estatuto; proyecto que no fue aceptado por la izquierda catalana, empeñada en imponer un procedimiento diverso: la elaboración del Estatuto autonómico por la Mancomunidad, y su aprobación por referéndum en la propia región, previamente a su examen por las Cortes.

Antes de que el conflicto entre el Gobierno y la iniciativa catalanista hubiera

alcanzado su clímax, aquella conmoción, de signo más o menos burgués, se vio rebasada por un nuevo asalto de la revolución proletaria: fue la famosa huelga de «La Canadiense» («Riegos y Fuerzas del Ebro»), que afectó, poco a poco, a la mayor parte de las organizaciones obreras de Cataluña, a partir de los organismos relacionados con las grandes instalaciones hidroeléctricas de la cuenca del Segre. En torno a la huelga se pusieron a prueba los dos grandes bloques que iban a enfrentarse, durante años, en una cruenta lucha protagonizada, de una parte, por la gran sindical obrera —la C.N.T.— y de otra por el poderoso sindicato patronal. De hecho, el problema social desplazaba, violentamente, la dirección política de la burguesía, vinculada a las reivindicaciones autonomistas. En cierto modo, se repetían las circunstancias de 1917. «La campaña de autonomía —comenta Josep Pla— había podido resistir la ofensiva de la izquierda que saboteó la Comisión extraparlamentaria; lo que no pudo resistir fue la enorme conmoción sindicalista...»

La huelga de «La Canadiense», que se prolongó 44 días paralizando el 70 por 100 de la industria barcelonesa, fue un triunfo indudable de los sindicatos; las mejoras por las que se había ido al paro fueron concedidas. Y el 11 de marzo el gobierno Romanones estableció la jornada máxima de ocho horas en el ramo de la construcción, por decreto que se hizo extensivo a todos los oficios el 3 de abril. Pero este éxito cegó a los extremistas de la C.N.T. El 24 volvió a brotar la huelga general, con el pretexto de que aún quedaban algunos presos —lo que se contradecía con los acuerdos del día 17, según los cuales se señalaba en efecto una excepción en los encausados—. Este nuevo brote subversivo estimuló la reacción de las autoridades militares y de la burguesía, articulada esta última en la poderosa Federación Patronal.

Sería ingenuo ver en la huelga de «La Canadiense» —como en cualquier otro de los conflictos provocados por las organizaciones ácratas— la simple consecuencia de un problema laboral concreto. Si detrás de este choque se ventilaba, de hecho, la pretensión de los sindicatos —del Sindicato Unico— al reconocimiento pleno por parte de las empresas, en realidad el sindicalismo apuntaba a un horizonte más ambicioso aún: quería poner a prueba la capacidad de las empresas, y aun del Gobierno, para resistir su desafío. «Aun los líderes más moderados —ha escrito el profesor Carr— no podían ocultar, ni lo hicieron, su fin revolucionario último: la destrucción total y violenta de la sociedad burguesa mediante una huelga general revolucionaria que se declararía tan pronto como los obreros estuvieran lo bastante fuertes como para librar batalla.»



**El general Fernández Silvestre *(centro)* conversa con el general Navarro; éste, a la muerte del impetuoso jefe en la batalla de Annual, asumió el mando de las tropas.**

Esa evidencia debía provocar muy pronto la aproximación del patronato a los grupos militares más o menos enemigos del catalanismo radical; lo que crudamente quería decir que la burguesía catalana subordinaba sus reivindicaciones autonomistas a la salvación de sus posiciones de clase.

El gobierno Romanones no sobrevivió a la difícil liquidación de la huelga de Barcelona: el elemento patronal tomaba la ofensiva y se pronunciaba por un cambio en el poder, que estuviera más acorde con la situación de fuerza que la guerra social requería, en su criterio. Por espacio de tres años se sucedieron diversas situaciones conservadoras —ya de signo maurista, o ya de signo «idóneo»— oscilantes en el modo de enfocar el problema, agudizado desde 1920 por tocarse en ese año las peores consecuencias de la crisis económica y endurecerse simultáneamente la actitud de las empresas —el conflicto laboral en la cuenca minera de Huelva, dominada por capital extranjero, marcó el punto extremo en ese sentido—. Como réplica, se recrudeció el ímpetu revolucionario de los sindicatos obreros, muy atentos a los avances del bolchevismo en Centroeuropa. La III Internacional (comunista) captó la adhesión —provisional y poco firme, desde luego— de la C.N.T., y abrió un verdadero cisma en el seno del Partido Socialista, que si en junio de 1920 se dejó arrastrar por los «moscuteros», en abril de 1921 rompió con la III Internacional, considerando inadmisibles las exigencias formuladas por aquélla, no sin que surgiera a su izquierda un reducido núcleo disidente que se mantuvo fiel a Moscú, constituyendo la base del Partido Comunista Español. Las tensiones entre las diversas organizaciones obreras no suponían, en todo caso, una reducción de sus efectivos en el frente de lucha entablado contra las «instituciones burguesas», continuamente presionadas por la Patronal. En Barcelona, el Sindicato Unico —forma de asociación adoptada por la C.N.T.— tenía que enfrentarse con la aparición, programada desde arriba, de los «Sindicatos Libres», que escapaban al control de aquél; y el uso y el abuso del *lock-out* quebrantó gravemente la resistencia cenetista.

En su último gobierno (mayo de 1920), Eduardo Dato intentó superar la sangrienta crisis con un despliegue de sus bien madurados programas de legislación social (fundación del Ministerio de Trabajo, revisión de los contratos de alquileres, regulación del Seguro Obligatorio y creación en las Cortes de una comisión permanente de trabajo y legislación social). Intentó asimismo suavizar las anteriores medidas respecto a la C.N.T., y desmontar el pistolerismo a sueldo de la Patronal —disolución de la «banda de los setenta», encabezada por el seudobarón de Koenig—. Pero sus medidas se vieron pronto rebasadas por los primeros síntomas de rearticulación de la ofensiva revolucionaria: contactos entre la C.N.T. y la U.G.T.,



**La entrada a la posición española de Monte Arruit luego de su reconquista; ante ella, esparcidos por el suelo, los restos de soldados, oficiales y jefes que pertenecieron a la columna del general Navarro. Monte Arruit, con sus dos millares largos de cadáveres en plena descomposición, fue uno de los más trágicos episodios del desastre que empezó con la retirada de Annual y convulsionó profundamente la política española contemporánea.**

multiplicación de los focos de agitación y de violencia, arraigo de la III Internacional en la península... Como tres años antes, Dato no vaciló ahora en seguir el camino de una energía sin contemplaciones, aunque sabía muy bien que en la partida se jugaba su propia existencia: si en 1917 capituló ante las Juntas Militares para asegurar al régimen el apoyo de los institutos armados, ahora dio amplio margen de confianza, en el gobierno de Barcelona, al general Martínez Anido —«hombre duro» de la burguesía catalana en lucha con el Sindicato Unico—. No sería justo confundir a Dato con la Patronal ni con Martínez Anido; pero lo cierto es que el jefe conservador sostuvo aquel frente para salvar el orden político y social, gravemente amenazado. Sabía que los activistas de la C.N.T. no le perdonarían; y en efecto, en noviembre de 1920 fue decretado su asesinato en el seno del Sindicato Unico. El 8 de marzo de 1921, el presidente del Consejo era ametrallado, a la altura de la puerta de Alcalá, cuando regresaba a su domicilio en automóvil, por los anarquistas catalanes Mateu, Casanellas y Nicolau, ejecutores de la terrible sentencia dictada cinco meses atrás.

La muerte de Dato señalaba la cota más alta de la crisis social, contrapunto de la depresión económica de la posguerra. Pero muy pronto, esa crisis, sin perder su virulencia, iba a pasar a segundo término al plantearse en toda su crudeza la nueva fase del problema marroquí.

**El desastre de Annual**

En los años que siguieron al fin de la Guerra Mundial, la acción militar española en Marruecos había conseguido éxitos evidentes, sobre todo desde el momento en que el general D. Dámaso Berenguer se hizo cargo de la Alta Comisaría, dirigiendo personalmente las operaciones militares en Yebala —arrinconamiento del Raisuni, consolidación de las comunicaciones entre Ceuta y Tetuán, ocupación de Xauen—. Simultáneamente progresaba, en la zona oriental —el Rif—, la penetración sistemática de la Comandancia de Melilla, mediante un rosario de blocaos con que el general Fernández Silvestre apuntaba hacia la bahía de Alhucemas, cuya posesión era clave indispensable

para el definitivo éxito militar en las dos zonas. Berenguer había procurado frenar la impetuosidad de Fernández Silvestre, y ambos habían acordado escalonar en dos tiempos la acción necesaria, ultimando ante todo la reducción de Yebala y concentrando después el esfuerzo de las dos comandancias —Ceuta y Melilla— sobre Alhucemas.

La súbita rebelión de las tribus del Rif, desde el centro neurálgico de Tensaman, animado por un caudillo nato, Abd el-Krim, durante mucho tiempo colaborador de las actividades españolas en Melilla, y profundamente resentido por un castigo impuesto en 1920 —probablemente, bajo la presión francesa—, pùso al descubierto los fallos del dispositivo militar montado por aquél —una línea demasiado extensa de blocaos mal acondicionados, sin reservas de agua y de difícil aprovisionamiento—. Un golpe de mano sobre Igueriben, recién ocupada, y la presión sobre Annual, obligaron a Fernández Silvestre a desplazarse a este último punto llevando consigo todos los contingentes de que disponía. Pero la magnitud de la rebelión aconsejó un repliegue que se convertiría en trágica desbandada al desaparecer el general, muerto a la salida del blocao.

La oleada de pánico colectivo, arrollando al rosario de posiciones, dio magnitud de tremendo desastre a una retirada que no fue ya sino alocada huida. La marea rifeña, engrosada por las deserciones en masa de las fuerzas indígenas encuadradas en los dispositivos españoles —los «regulares»—, sólo registró pasajeras resistencias —Monte Arruit, donde se refugió el general Navarro, Nador, Zeluán—. Sin embargo, aunque alcanzada en sus contornos, Melilla no fue atacada: Berenguer tuvo tiempo de trasladarse rápidamente a la capital del Rif, y situó en ella inmediatamente una bandera de la Legión; el gobierno Maura, que sustituyó a Allendesalazar —hundido por el Desastre—, pudo contar con una vigorosa reacción del país, y acumular fuerzas en la zona oriental, en número bastante para emprender —a partir de septiembre— la recuperación sistemática del terreno perdido.

Pero la reacción aludida coincidió con una campaña, cada vez más violenta, montada por todos los enemigos del régimen para convertirlo en el gran responsable. Era como el desquite por su fracaso de 1917: y en réplica a lo ocurrido en aquel trágico verano, el ataque se desencadenó a un mismo tiempo contra el trono y contra el Ejército. Se procuró desacreditar al Rey acusándolo gratuitamente —o sobre bases ridículas— como auténtico animador de las imprudencias de Silvestre.



**Soldados de infantería protegen el paso de un convoy disparando contra los rebeldes rifeños que pretendían cortarle el paso.**

La rebelión de Abd el-Krim se veía estimulada, más o menos, por las dos grandes fuerzas revolucionarias desencadenadas por la paz: nacionalismo —un nacionalismo contradictorio y de vía estrecha— y bolchevismo. Era un explosivo para la unidad del Sultanato. Y un explosivo también para la fase epigonal de la Restauración canovista, en España.

En efecto, tanto la situación conservadora —el gobierno Sánchez Guerra, que sustituyó a Maura en 1922— como la concentración liberal que, con un programa acordado por Alba y Melquíades Álvarez, ocupó el poder a partir de diciembre de ese mismo año, vivieron bajo la obsesión y la pesadilla de Marruecos: el rescate de los prisioneros de Abd el-Krim, el programa de la acción española —que García Prieto pondría bajo el mando de un alto comisario civil—, y, sobre todo, la polvareda de las «responsabilidades» —el famoso «expediente Picasso»—, que enconó los antiguos resentimientos del Ejército, sumido en una acción durísima en el Rif, y nunca respaldado adecuadamente por los políticos, ni bien secundado por las Juntas, que no resistieron a la prueba. Al propio tiempo, la guerra social —convertida en sucia lucha entre bandas mercenarias de pistoleros, que en el propio año 1923 aumentó la lista de sus víctimas con el arzobispo de Zaragoza, Soldevilla— había llegado a un extremo insostenible (hoy sabemos que la C.N.T. estaba ya prácticamente desarbolada, tras las duras represiones de 1920 y 1921, y la apelación continua al *lock-out* por parte de la Patronal).

En el general desquiciamiento, social y político, se abría paso la idea de una dictadura que viniese a poner remedio de urgencia a la crisis múltiple por que atravesaba el país. Durante algún tiempo, pareció encarnar esta solución el general Aguilera, desacreditado después de un grotesco «enfrentamiento físico» con Sánchez Guerra. El propio Maura, consultado por el Rey en agosto de 1923, señaló como la «solución menos nociva», dada la incapacidad gobernante de «los actuales partidos, sin exceptuar a ninguno», «que quienes han venido imponiéndose en trances críticos, asuman entera la función rectora bajo su responsabilidad». El dictamen apuntaba, evidentemente, a una posible dictadura militar.

Maura ignoraba que esa dictadura estaba ya en puertas. El 12 de septiembre el capitán general de Cataluña, don Miguel Primo de Rivera, reclamó el poder para sanear la vida política. Don Alfonso, que se hallaba en San Sebastián, dilató su decisión en espera de las iniciativas de García Prieto. Convencido de que éste no contaba ni con la opinión, ni con fuerza para imponer una legalidad en total descrédito, despidió al Gobierno y llamó a Madrid a Primo de Rivera.

**Carlos Seco Serrano**



# Kemal Ataturk

**En menos de una generación, los restos desmembrados de un imperio retrógrado fueron incorporados al mundo occidental y se convirtieron en la República de Turquía. Creador del nuevo Estado fue Kemal Ataturk, el hombre que consiguió pasar, en cuatro años, de inspector de un inexistente ejército a presidente de la República.**

*Izquierda:* **Mustafá Kemal, pintura de Wilhelm Krausz.**
*1* **Kemal Ataturk, padre de la Turquía moderna, introduce en su pueblo el uso del alfabeto latino; ello favoreció la expansión cultural del país, que así, por otra parte, salióse del ámbito de la cultura islámica.**
*2* **Una novia turca en los últimos años de la década 1920-1930; por aquel entonces, habían sido ya modificados los anteriores fundamentos legales del matrimonio, establecidos seis siglos antes, y la mujer había dejado ya de ser un «objeto» mera propiedad del marido.**

1



2



En la mañana del 19 de marzo de 1919 el vapor *Bandirma* entró en el puerto de Samsun, en la costa turca del mar Negro. Entre sus pasajeros figuraba un hombre que vestía el uniforme de pachá (general) del Imperio Otomano, puesto que iba a hacerse cargo de su misión de inspector de las tropas del IX Ejército. Pero, de hecho, no había tropas que inspeccionar: el Imperio Otomano había sido derrotado en el curso de la Primera Guerra Mundial, y su capital se hallaba ocupada por los aliados. Como si esto fuera poco, reinaba el más completo caos en todo el Imperio. Y así, mientras en el oficio de nombramiento era designado inspector del IX Ejército, en su expediente se leía: «Nombrado inspector del III Ejército.» Dado que no existían fuerzas armadas, el error carecía de importancia.

La preocupación inmediata del joven general era la de que una lancha torpedera británica no le impidiese desembarcar en Anatolia. Los ingleses hubieran tenido buenas razones para intentarlo, puesto que el nuevo inspector había concebido un plan que, de haberlo ellos sabido, les hubiese causado suma preocupación: se había propuesto transformar el Imperio Otomano en una República. El nombre de este pachá era Mustafá Kemal, cambiado posteriormente por el de Kemal Ataturk.

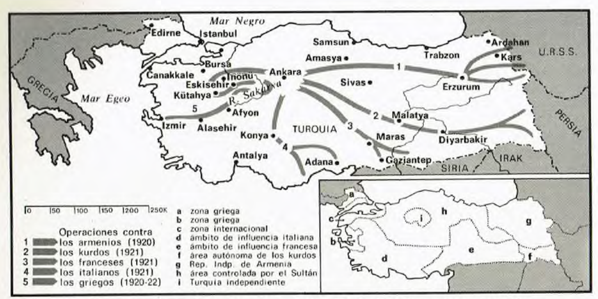
En 1919, Turquía era un país maltrecho, en el que las clases cultas buscaban a tientas la solución ideal de los problemas planteados por la derrota. Bajo la dirección del filogermano Comité de la Unión y el Progreso, el Imperio se halló envuelto en la guerra casi sin darse cuenta, y durante los cuatro años que duró la contienda cosechó muy pocas victorias. La derrota de los aliados en Gallípoli había sido una de ellas, y precisamente Mustafá Kemal había dirigido la campaña, lo que le valió una firme reputación militar.

Como todos los oficiales del Estado Mayor otomano de aquel tiempo, Kemal era un apasionado nacionalista, pero no podía manifestar estos sentimientos a través de los cauces oficiales, habida cuenta de que su principal rival, Enver, le cerraba el paso. En 1908, este último, al frente de un grupo de brillantes oficiales de Estado Mayor, había llevado al poder, en el curso de un victorioso golpe de Estado, a los unionistas, y tanto él como sus amigos estaban cosechando en aquellos instantes el fruto de su triunfo.

Kemal había realizado ya algunos intentos en los últimos años de la Primera Guerra Mundial para librar el país de Enver Pachá. En aquellos días había subido al trono Vahdettin, que era amigo personal de Kemal y compartía con él su odio por los unionistas. Al no haber conseguido persuadir al nuevo sultán de que destituyese a Enver, Kemal puso sus esperanzas en ser nombrado jefe del Estado Mayor General. Pero, al ser desestimada su sugerencia, comprendió que si quería convertirse en el salvador del país debía ignorar la vía oficial. Eligió, por lo tanto, la alejada Anatolia como campo de su acción política, y recurrió a todo su poder de persuasión y a todo su prestigio para obtener un puesto, por muy nominal que éste fuese, en esa comarca. Las autoridades aliadas de ocupación, con base en Estambul, estaban intentando restringir las actividades políticas de Turquía, y Kemal hubiese debido ser, en buena lógica, un hombre sospechoso; mas los jefes aliados tardaron mucho tiempo en percatarse de cuáles eran sus intenciones. Sea como fuere, Kemal no sufrió ningún contratiempo, y el futuro salvador de Turquía llegó sin ser molestado a Anatolia unos días después de que los griegos hubieron desembarcado, con el beneplácito de los aliados, en Izmir (Esmirna).

### En busca de la unidad de Turquía

Mustafá Kemal no ostentó por mucho tiempo el grado de pachá. Una semana después de la llegada del *Bandirma* a Samsun, los aliados empezaron a presionar ante el ministro de Defensa otomano para que mandase llamar a Kemal. Pero, como quiera que muchos de los oficiales de Estado Mayor simpatizaban con la empresa de Kemal, el ministro recurrió a las usuales tácticas dilatorias. Los aliados insistieron, y el 8 de junio Kemal recibió el siguiente telegrama firmado por el ministro de la Guerra: «Al inspector de las tropas del IX Ejército. Ruego a usted nos




**La lucha nacionalista por la liberación de Anatolia. Hacia 1920, los griegos ocupaban Izmir (Esmirna), los británicos controlaban los estrechos, los franceses reclamaban la región sudoriental como esfera de influencia, y los italianos la sudoccidental; los armenios constituían un Estado independiente, y los kurdos una región autónoma.**

honre regresando aquí en uno de los barcos puestos a su disposición.» Kemal telegrafió a su vez que desgraciadamente no había carburante para el viaje de regreso; y, al mismo tiempo, pedía que se le comunicase el motivo por el que se lo requería en Estambul. Luego, sin interrumpir la correspondencia, Kemal continuó la marcha hacia el interior de Anatolia, soliviantando a la población de todos los pueblos y aldeas que encontraba en el camino. En Amasya, por ejemplo, inició su arenga con las siguientes palabras: «¡Pueblo de Amasya! El Sultán y su gobierno son prisioneros de los aliados. Estamos a punto de perder nuestro país. He venido a solicitar vuestra ayuda para salvar la situación.» Tales palabras, traducidas en términos prácticos, significaban que había que arrojar al mar a los griegos que se encontraban en Anatolia, y que Turquía debía ser liberada de las fuerzas de ocupación.

El Gobierno reaccionó a este estado de cosas destituyendo a Mustafá Kemal. Pero era ya demasiado tarde: éste había trocado su uniforme de pachá por un elegante atuendo civil. Aunque destituido oficialmente, siguió dando órdenes en las regiones que visitaba, y sus órdenes eran obedecidas; en cambio, nadie se atrevía a acatar la voluntad del Gobierno de Estambul cuando ordenaba a los gobernadores provinciales que lo detuviesen. Las fuerzas armadas, de las que dependía en última instancia la ejecución de tales instrucciones, apoyaban casi unánimemente al destituido pachá. De hecho, dos jefes anatolios, Kazim Karabekir Pachá y Ali Fuad Pachá, que se convirtieron más tarde en destacados caudillos de la guerra de independencia turca, se unieron a Mustafá Kemal y pusieron a su disposición las fuerzas a su mando. Al modo como Napoleón consiguió, a su vuelta de Elba, que las tropas enviadas contra él se pasasen a su bando, así Mustafá Kemal, privado de toda autoridad oficial, encontró fieles seguidores antes incluso de que hubiese empezado a reunir su propio ejército.

**El germen de una nueva autoridad**

Erzurum fue la etapa más importante del viaje de Kemal a través de Anatolia. Aun cuando el Imperio Otomano había sido derrotado y la mayor parte de Turquía estaba ocupada, el pueblo turco, y sobre todo las clases cultas, se negaban a aceptar la derrota. Los desembarcos griegos en Izmir (mayo de 1919) y las atrocidades que allí fueron cometidas provocaron ira e indignación. Surgieron en todo el país organizaciones antianexionistas y de defensa de los derechos turcos, con vistas a organizar la resistencia local y a poner en marcha movimientos populares. La resistencia que ofrecieron a las tropas griegas los habitantes de la costa egea, donde se dispararon los primeros tiros, puso de manifiesto que la lucha era posible; dichas organizaciones aumentaron rápidamente en número. El 23 de julio de 1919 la Asociación de Erzurum organizó un congreso que eligió a Kemal presidente del Comité de los Representantes, su órgano ejecutivo permanente.

Eran precisamente el título y la autoridad que Mustafá Kemal Pachá necesitaba tras abandonar el Ejército. A través de la Sociedad para la Defensa de los Derechos, la revolución se aseguró una fuente de autoridad y encontró un jefe en Mustafá Kemal. Al frente de lo que era claramente, menos en el nombre, un gobierno rebelde, él representaba una autoridad que emanaba directamente del pueblo, mientras que la del Gobierno de Estambul procedía del Sultán.

En el congreso de Erzurum sólo asistieron delegados de las provincias orientales, pero en el otoño se reunió en Sivas, Anatolia central, otro congreso en que tomaron parte nacionalistas de todo el país. Una de sus resoluciones fue rebautizar la organización con el nombre de «Sociedad para la Defensa de los Derechos de Anatolia y Rumelia» (esto es, de la Turquía asiática y de la europea), y esta nueva Sociedad constituyó el núcleo del futuro Partido Republicano del Pueblo, que gobernó Turquía durante muchos años tras la proclamación de la República. Al igual que el precedente congreso, el de Sivas eligió presidente a Mustafá Kemal, confiriéndole la más alta autoridad en Turquía, excepción hecha de Estambul.

El Comité de los Representantes, con sede en Sivas, era un gobierno con todos los requisitos. La escisión se hizo todavía más patente cuando los aliados disolvieron la Cámara de Diputados otomana (abril de 1920) y los parlamentarios que consiguieron escapar se encaminaron a Ankara, donde Kemal había trasladado poco antes su cuartel general. En aquel mismo mes, se inauguró en Ankara, con gran pompa religiosa, la primera Gran Asamblea Nacional, de la cual fue también elegido presidente Kemal. Pero la Asamblea difería de los congresos de Erzurum y Sivas en que se había asignado la tarea de formar un gobierno. Las autoridades de Estambul declararon a Mustafá Kemal en rebeldía y el jefe oficial de la jerarquía islámica firmó un decreto por el que imponía a todo fiel la obligación de darle muerte. Pero resultaba evidente que Kemal había creado ya un nuevo Estado turco.

**Comienzos difíciles**

Entre la llegada de Mustafá Kemal a Anatolia, el 19 de mayo de 1919, y la inauguración de la Asamblea, en 23 de abril de 1920, medió menos de un año: este intervalo constituyó, sin duda alguna, el período más difícil de su vida. Por de pronto, carecía de fondos para financiar una revolución nacional. Cuando Kemal y sus amigos marcharon de Sivas a Ankara para echar los cimientos del nuevo Estado, disponían tan sólo de tres viejos co-

ches descapotados como único medio de transporte.

Pero el dinero no era lo que más los preocupaba. La situación política era muy delicada, pues la idea de llevar a cabo una revolución violenta no complacía a todo el mundo. Muchos se mostraban favorables a un mandato norteamericano y muchos amigos de Kemal no deseaban introducir cambio alguno en la forma de gobierno. La mayoría de los que lo apoyaban tenían con él muy poco en común, salvo su deseo de salvar a Turquía. Había entre ellos oficiales jóvenes, civiles progresistas, religiosos musulmanes y grupos de notables locales. No es de extrañar, pues, que Mustafá Kemal tuviese dificultades para mantener su autoridad sobre elementos tan dispares. Sin embargo, consiguió superar la prueba gracias a su increíble paciencia, comprensión y don de gentes. Pero estas cualidades no hubiesen bastado sin el fiel apoyo de un pequeño grupo de osados oficiales que constituían el núcleo central del movimiento nacionalista, lo que tal vez justifique que se dé el apelativo de «movimiento de oficiales» a la guerra de independencia turca. Mustafá Kemal se mostró toda la vida leal para con este pequeño grupo, asegurándose de que fueran elegidos diputados en las sucesivas Asambleas de la República y perdonando a aquellos que se habían entregado a especulaciones comerciales no siempre lícitas. Cuando uno de estos oficiales dio muerte a su amante, Kemal lo salvó de ser procesado, consiguiendo que fuese declarado enfermo mental. El hecho de que se consintiera a este individuo, oficialmente psicopático, conservar su escaño de diputado en la Asamblea, significó un baldón para el régimen de Kemal; no hay que olvidar, sin embargo, que tales hombres lo habían apoyado desde el principio, con riesgo de sus vidas.

Al tiempo que prestaba atención a las incesantes maniobras políticas en Ankara, Mustafá Kemal tenía que preocuparse constantemente por la situación de los diversos frentes. Las únicas fuerzas disponibles para contener a los invasores griegos eran una serie de bandas armadas de dudosa lealtad. Para poder alcanzar el doble objetivo de arrojar a los griegos al mar y derribar el gobierno del Sultán, Kemal tenía necesidad de tropas regulares. En Ismet Bey halló al hombre que supo transformar, con habilidad y paciencia inagotables, a grupos de hombres indisciplinados en tropas de calidad, forjando así el instrumento de la victoria. Posteriormente, Ismet se convirtió en primer ministro y, a la muerte de Kemal, en presidente de Turquía.



Manifestación de mujeres turcas en favor del voto femenino, conseguido en 1934; el año siguiente, las mujeres pudieron ya ser incluso elegidas miembros de la Asamblea.

### Victoria sobre los griegos y nacimiento de una nueva Turquía

El éxito engendra éxito. A medida que las fuerzas de Mustafá Kemal empezaron a cosechar victorias, la autoridad y el prestigio del nuevo Estado aumentaron más y más. Entre el 15 de mayo de 1919, fecha en que los griegos desembarcaron en Izmir (Esmirna), y el 22 de septiembre de 1922, momento en que se vieron obligados a retroceder desordenadamente, los turcos libraron contra los griegos tres batallas defensivas (la más importante de ellas en Inönü) y una ofensiva, todas ellas victoriosas. Mientras tanto, en el Este, Karebekir Pachá acabó con el intento de los armenios de crear un Estado independiente. Con gran habilidad, Mustafá Kemal evitó conflictos con los aliados, especialmente con los británicos, cosa que tampoco era demasiado difícil, pues la opinión pública británica era reacia a una intervención en Turquía.

El 29 de octubre de 1923 Kemal proclamó la República, de la cual fue presidente. Su política se propuso occidentalizar el país, empresa gigantesca que supo llevar adelante con férrea voluntad: promulgó un código civil, emancipó a la mujer, obligó a los turcos a vestir a la europea, adoptó el alfabeto latino y cortó los lazos existentes entre Turquía y la cultura árabe. A comienzos de 1930 Turquía era un país nuevo, en pleno proceso de incorporación al mundo occidental.

**Metin Toker**

## Petróleo: el nuevo imperialismo

Cuando, a partir de 1918, los ejércitos empezaron a abandonar el Próximo Oriente, la explotación de la recién descubierta riqueza petrolera movía en la zona poderosos intereses, y Gran Bretaña tenía puestas en el éxito del sistema de mandatos unas miras no simplemente políticas.

Izquierda: **pozo de petróleo perteneciente a la «Turkish Petroleum Company» en Baba Gurgur, antigua provincia turca de Mosul; esta compañía, esencialmente anglo-franco-norteamericana, convirtió la región, incorporada finalmente al Irak, en uno de los grandes centros petrolíferos del mundo.**
Abajo: **cartel alemán donde el ángel de la paz, dolido, se aleja de Mosul, mientras el cielo va ennegreciéndose con los chorros de petróleo crudo. Con el pretexto de salvaguardar la seguridad de los aliados en aquella zona, Gran Bretaña la había ocupado tras el armisticio con Turquía. Ésta, por su parte, sostenía que esa ocupación militar era arbitraria, y reivindicaba la soberanía sobre su antigua provincia pese al mandato conferido por la Sociedad de las Naciones a Gran Bretaña sobre Irak y Mosul. Después de inacabables negociaciones y polémicas, la Sociedad de las Naciones terminó por asignar la región de Mosul al Irak y confirmar el mandato británico sobre este nuevo Estado.**









Variadas muestras de la propaganda petrolera correspondiente a los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial: arriba, un cartel británico; abajo, uno de la misma nacionalidad y otro italiano.

Arriba: mulo cargado con productos de la «Anglo-Persian Oil Company». La empresa, posteriormente llamada «British Petroleum», alcanzó un gran éxito luego de la Primera Guerra Mundial con la explotación de uno de los yacimientos petrolíferos principales del mundo y la fundación de la refinería de Abadan. Abajo: reunión de jefes persas y directivos de la «Anglo-Persian Oil Company».






# Los Mandatos del Próximo Oriente

**Finalizada la Gran Guerra, Francia y Gran Bretaña obtuvieron la codiciada hegemonía económica —y, en verdad, también política— sobre los restos del desmembrado Imperio Otomano. Los «Mandatos» —británico sobre Irak, y francés sobre Siria y Líbano— constituyeron una poco feliz componenda, avalada por la Sociedad de las Naciones, cuyas consecuencias agitan todavía hoy esa atormentada zona del Próximo Oriente.**

## LOS BRITANICOS EN IRAK

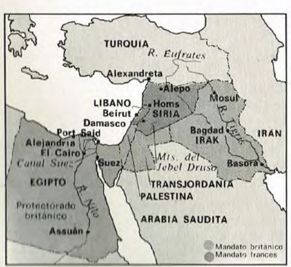
La región noreste del Irak era salvaje, montañosa y estaba poblada por una mayoría kurda. En el bajo Irak, el poder estaba en manos de los dirigentes religiosos chiitas, y muy pocos terratenientes, exaltos funcionarios, comerciantes o aristócratas estaban dispuestos a aceptar gobernantes cristianos y extranjeros. El país contaba con escasos recursos, y su administración estaba corrompida. Pocos, incluso entre las clases altas, tenían aspiraciones nacionales iraquíes, bien distintas de las árabes.

En noviembre de 1918, las ideas prevalecientes en Europa y Norteamérica eran favorables a la autodeterminación de los pueblos sometidos a una potencia imperialista. Tales ideas habían sido incorporadas a la Carta de la Sociedad de las Naciones (artículo 22) e inspiraron el concepto de «mandato». Irak, un exterritorio turco cuya independencia era reconocida provisionalmente por la Sociedad hasta que fuese capaz de gobernarse a sí mismo, era un claro candidato a este tipo de dependencia. La decisión de aceptar un mandato se adoptó en Sanremo el 24 de abril de 1920, cuando las principales potencias aliadas asignaron a Gran Bretaña la administración del Irak, decisión que fue confirmada posteriormente por el Consejo de la Sociedad de las Naciones. Los portavoces iraquíes, a quienes jamás se consultó, rechazaron el acuerdo.

Tras el armisticio, un improvisado aparato administrativo británico consiguió, a pesar de varios disturbios, introducir en el Irak cierto grado de modernización y de respeto por la ley. En el otoño de 1920, la autoridad pasó de manos de los militares a los civiles, y la creación de un Estado iraquí se convirtió en objetivo de la política oficial. Sir Percy Cox, el Alto Comisario británico, persuadió a Naqib de Bagdad para que fuese el primer jefe de Gobierno. El 2 de noviembre de 1920 quedó constituido un gabinete enteramente iraquí, al tiempo que se nombraban gobernadores indígenas para las diferentes provincias. El control británico era todavía predominante, pero en distintos niveles la autoridad pasó a manos de los iraquíes. Ello no bastó para apaciguar a los nacionalistas, hasta que, por fin, en junio de 1922 se firmó un tratado entre Gran Bretaña e Irak.

**Sir Percy Cox, Alto Comisario británico en el Irak.** ***Abajo.*** **Mapa del Próximo Oriente: el acuerdo de 1926 asignó Mosul al Irak, con lo cual la frontera dividió la región histórica del Kurdistán y desbarató las posibilidades inmediatas de evolución de la nacionalidad kurda.**






### Un éxito irrefutable

El siguiente paso consistió en encontrar un gobernante aceptable para la mayoría del país. En el curso de la Conferencia de El Cairo (marzo de 1921), se acordó ofrecer el trono al emir Feisal, hijo del rey Hussein. Durante la Primera Guerra Mundial, Feisal había jugado un papel muy importante en la revuelta árabe y, tras la toma de Damasco en 1918, se hizo cargo de la administración de Siria. En marzo de 1920, fue proclamado Rey, pero poco después los franceses lo expulsaron. Feisal llegó al Irak en junio de 1921, y, tras un plebiscito, fue aceptado como soberano.

Aun cuando la oposición al mandato —considerado como innecesario y humillante— fue ganando adeptos, los años 1922-24 se caracterizaron por la puesta en marcha de una serie de reformas jurídicas y administrativas, por una sensata política financiera, por una satisfactoria seguridad pública y por la organización de los servicios sociales. La Asamblea Constituyente se reunió el 27 de marzo de 1924, y, a despecho de la resistencia nacionalista, ratificó el tratado de 1922 y los acuerdos secundarios. El tratado, firmado para un plazo de veinte años, reconocía la libertad de religión y educación, salvaguardaba los derechos de las minorías y de los extranjeros y ofrecía igualdad de oportunidades a todos los Estados. Gran Bretaña se obligaba a apoyar la entrada del Irak en la Sociedad de las Naciones tan pronto como ello fuese posible.

En 1925-26, los persistentes intentos de la República Turca para recuperar la provincia de Mosul fueron desbaratados por Gran Bretaña a través de la Sociedad de las Naciones, prestando con ello un valiosísimo servicio al Irak.

Los años finales del mandato, 1925-32, fueron testigos del traspaso de un número creciente de responsabilidades a los iraquíes, de la disminución de las funciones ejecutivas por parte de los británicos, de

una mayor competencia en la administración iraquí, de un aumento en la seguridad pública, y de un funcionamiento relativamente normal del gobierno parlamentario. El tratado de 1922 fue modificado en 1923, 1926, 1927 y 1930 con vistas a acelerar el proceso hacia la independencia. El último tratado angloiraquí firmado durante el mandato (30 de junio de 1930) reflejaba la estrecha alianza existente entre ambos Estados. Dos años más tarde, tras quedar desvanecidas las dudas de la Comisión de Mandatos y de algunos miembros de la Sociedad gracias a las garantías británicas, el país fue aceptado como miembro de la Sociedad de las Naciones (3 de octubre de 1932).

## LOS FRANCESES EN SIRIA Y LÍBANO

Las relaciones de Francia con Siria databan de antiguo, pero eran superficiales. Los franceses no se daban cuenta de que sus contactos cordiales se limitaban generalmente a las minorías cristianas, y de que los musulmanes nacionalistas —cuatro quintas partes de la población— estaban dispuestos a rechazar la injerencia de cualquier potencia cristiana europea, aunque ésta fuese Francia.

Sin embargo, no se dudó nunca de que Francia estaba en condiciones de lograr un mandato sobre Siria; en abril de 1920 las potencias aliadas le atribuyeron, en efecto, el territorio de Siria septentrional, es decir, Siria sin Palestina ni Transjordania. El general Gouraud, que desembarcó en Beirut en septiembre de 1919, se encontró con que el área costera estaba guarnecida por tropas francesas y que el interior del país tenía un gobierno árabe presidido por el emir Feisal (más tarde rey del Irak). Tras instalar una administración controlada por los franceses en la zona costera, el general se adentró en el país (julio de 1920), expulsó a Feisal y sustituyó su gobierno por un régimen mandatario francés.

A excepción de los católicos y de una quinta parte, quizá, del resto de la población, tanto los sirios como los libaneses exigían unánimemente que se les reconociese como pertenecientes a una sola nación capaz de autogobernarse. Sin embargo, su aspiración a la unidad de Siria estaba condenada a la frustración con el nacimiento de un Estado libanés separado y la división en varias regiones del resto del territorio sujeto a mandato. Eran los Estados del Levante: el Territorio de los Alauitas, los Estados de Alepo y Damasco, el Gobierno del Jebel Druso y el sanjacado de Alexandreta. La administración de estos nuevos Estados fue llevada a cabo bajo una estrecha supervisión francesa. Los franceses obtuvieron señalados éxitos en la administración, obras públicas y comunicaciones.

El general Weygand, que reemplazó a Gouraud en abril de 1923, autorizó la unión de los Estados de Alepo y Damasco, pero, aparte de ello, fueron escasos los progresos en el terreno político o en el de las relaciones francosirias. Los franceses siguieron gobernando a los alauitas y drusos, y aunque los Estados del Líbano y Siria estaban oficialmente administrados por funcionarios indígenas, en los asuntos públicos tuvieron que aceptar un rígido control francés.

Durante el año 1924, siendo Alto Comisario el general Sarrail, se cometieron crasos errores. En 1926, la rebelión drusa, que duró dos años, fue duramente reprimida por los franceses.

### Descontento

De 1927 a 1939, Siria y Líbano fueron gobernados por Altos Comisarios civiles, pero ello no alteró sustancialmente la pauta seguida hasta entonces. La negativa de los franceses a suavizar el control que ejercían, la repetida prórroga o supresión de los Parlamentos locales, y la imposición de constituciones expuestas a una súbita suspensión, no hicieron más que fomentar el desarrollo de las organizaciones nacionalistas. La negativa francesa a favorecer la unidad siria provocó una ola de manifestaciones, huelgas, disturbios y algaradas juveniles. Hasta 1936 no hubo tratados comparables al angloiraquí de 1930.

Por otro lado, la integridad territorial de Siria estaba siendo minada por Turquía, la cual, de 1936 a 1939, se anexionó gradualmente, con el consentimiento francés, el sanjacado de Alexandreta. El control francés continuó siendo en todas partes tan estricto como siempre: cuando en 1939 aumentaron las posibilidades de una nueva guerra mundial, las tropas francesas fueron reforzadas, se suspendieron de nuevo las constituciones de ambos Estados, y ni siquiera se llegaron a tratar los puntos fundamentales de controversia.

En el curso de la Segunda Guerra Mundial, tras la caída de Francia, Siria y Líbano fueron ocupados (verano de 1941) por fuerzas británicas y de Franceses Libres con objeto de impedir una ocupación alemana o italiana. Esta operación fue precedida por la solemne promesa de los Franceses Libres de poner fin al mandato, promesa que, sin embargo, fue ignorada por el nuevo Delegado General, el general Catroux. Tanto los sirios como los libaneses consideraron terminado *de facto* el mandato. Mientras los franceses exigían como condición previa la firma de un tratado, los ingleses reconocieron la independencia de ambas repúblicas. Cuando los libaneses empezaron a legislar como si les hubiese sido concedida ya la independencia, el Delegado General reaccionó deteniendo al Gobierno en pleno, aunque se vio obligado a ponerlo en libertad pocos días después. Hasta la primavera de 1945, hubo una precaria tregua en ambas repúblicas, interrumpida por los constantes disturbios provocados por la insistencia francesa de que los tratados eran un paso esencial en el camino a la independencia. Sin embargo, durante este período pasaron a los naturales del país numerosas funciones gubernamentales, si bien el método empleado no siempre fue pacífico; así, por ejemplo, en mayo los británicos consiguieron poner fin al bombardeo francés de Homs y Damasco.



**El emir Feisal en 1919, durante su visita a Londres. En 1920 fue proclamado rey de Siria; expulsado a los cuatro meses por los franceses, un plebiscito le llevó en 1921 al trono del Irak.**

Los franceses se retiraron, finalmente, en 1946, y ambos Estados (Siria y Líbano) se convirtieron en miembros de las Naciones Unidas y de la Liga Árabe. El mandato francés, que duró veinticinco años, se caracterizó por una admirable labor en el terreno administrativo y por una constante ceguera en el político.

**S. H. Longrig**

# Nacionalismo africano

Hace un siglo había en el África tropical más de ochocientas unidades políticas; hoy sólo hay unas cuarenta o cincuenta. Éste es uno de los resultados de la colonización del país por los europeos y parece positivo, ya que, si bien las grandes unidades territoriales son difíciles de mantener, la anterior fragmentación era motivo permanente de caos e inestabilidad. Raramente las potencias coloniales tuvieron en cuenta la realidad nacional africana, pero lo cierto es que el África actual se ha estructurado sobre aquella división y nada nos permite prever que en un futuro próximo se produzcan modificaciones fronterizas. Fueron, pues, las diferentes políticas coloniales las que dieron forma a las unidades territoriales que, a su vez, han sido escenario del nacionalismo africano.

Los primeros pasos en esta dirección se dieron durante la segunda mitad del siglo XIX. Hacia 1914, el proceso de diversificación aún no se había completado, pero estaba muy avanzado (por ejemplo, el autoritario sistema burocrático de Kenia). Éste fue, por otra parte, el momento en que tuvo lugar el desarrollo de las economías territoriales: así, el algodón y el café se convirtieron en los principales productos de Uganda; la minería del cobre, en base de la economía de Rhodesia del Norte.

En el campo económico, los europeos se esforzaban por convertir a los africanos en un proletariado agrícola o industrial y, con menor frecuencia, en una burguesía agrícola que produjera materias primas para el mercado europeo.

**«La civilización es europea»**

Es muy difícil encontrar pruebas de un espíritu nacionalista que aspirara a obtener la independencia, en cualquier colonia del África negra, en el período de entreguerras. La política europea consistía en crear un conjunto de subunidades territoriales, o de tribus, unidas entre sí por su común dependencia respecto de un gobierno colonial autoritario.

La resistencia de los africanos fue grande, pero inútil, en razón de la diferencia entre la técnica militar de los nativos y la de los europeos: las «expediciones punitivas» fueron eficaces y, a veces, poco o nada ejemplares. Pero la verdadera fuerza de los europeos consistía en que se presentaban como portadores de una cultura universal, técnicamente más variada y operante que la africana. Muchos pueblos, en general los agrícolas y sedentarios, la aceptaron y se apresuraron a copiar el atuendo, el sistema de enseñanza y la arquitectura europeos, y a adoptar su religión. En 1925, cierto maestro de Tanganica rechazó una propuesta tendente a reformar los planes de estudio en el sentido de dedicar un mayor interés a lo propiamente africano, diciendo: «Se diga lo que se diga, para un africano la civilización consiste en imitar a los europeos.» Esta opinión era compartida por muchos.

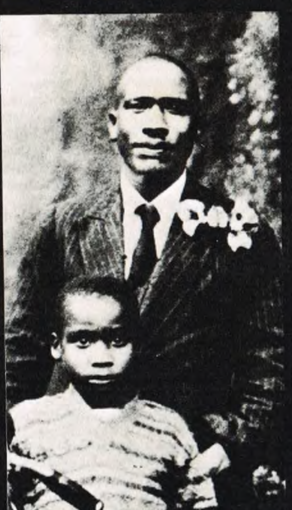
Los portavoces de grupos africanos, en este período, trataban de llegar a un compromiso político con el gobierno colonial, que representara para ellos el máximo de concesiones dentro de un sistema pacífico.

Las mayores tensiones se produjeron en el campo misionero: surgieron asociaciones conscientemente africanas, defensoras de una independencia religiosa, lo cual no contradice el hecho de que se produjera una amplia adhesión de los africanos a las iglesias dirigidas por misioneros occidentales, ni tampoco que existieran también asociaciones políticas, como por ejemplo la Sociedad Protectora de los Aborígenes de la Costa de Oro, creada ya en el siglo XIX para protestar contra la legislación sobre la propiedad rural.

En 1918-19 se celebró en París el primer Congreso Panafricano, organizado por el afroamericano W. E. B. du Bois y por Blaise Diagne, diputado senegalés en la Asamblea francesa. Siguieron los de 1923 y 1927, en los que alguien lanzó el eslogan de «África para los africanos» y pidió una nacionalidad africana. Nació también algún partido político, en general de influencia limitada a áreas restringidas, como el Partido Democrático y Nacional Nigeriano, de Herbert Macauley, que sólo tuvo importancia en Lagos.

Los primeros profesionales africanos, formados en Gran Bretaña o en Norteamérica, dieron nuevo vigor a estas organizaciones, pero se declararon partidarios de una autonomía completa en el seno del Imperio Británico. Otro tanto ocurría en las colonias francesas: Lamine Gueye pedía, en el Senegal, la concesión de la plena ciudadanía francesa. Se aspiraba, pues, no a la independencia, sino a ocupar un puesto honorable dentro del sistema establecido. Las décadas críticas en la formación de las naciones de África estaban por venir.

1


2


1 Niños africanos vestidos a la europea; aun cuando pueda parecer paradójico, cabe afirmar que gran parte de los actuales males del África provienen de la falsa igualdad —radicada incluso en las conciencias de numerosos líderes africanos— «civilización = imitación de lo europeo».

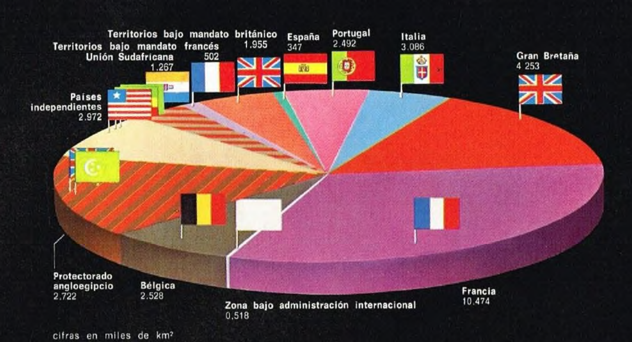
2 Jomo Kenyatta, que luego sería presidente de Kenia, fotografiado con su hijo.

3 Una monja africana enseña a una indígena el arte de tejer.

3


## Los propietarios de África en 1925

**La dominación europea del África luego de la Primera Guerra Mundial. Francia era la principal propietaria: poseía poco más o menos la mitad del Continente. Seguía después Gran Bretaña, que añadió a sus anteriores posesiones varias colonias alemanas, pero concedió en 1922 la «independencia» a Egipto. Los otros Estados independientes eran Liberia y Etiopía. Tánger pasó a ser, en 1924, zona internacional desmilitarizada.**




Países independientes 26.055

Gran Bretaña y dominios 40.868

Francia 32.854

Bélgica 18.000

Portugal 7.717

Protectorado angloegipcio 5.825

Territorios bajo mandato británico y sudafricano 5.210

Territorios bajo mandato francés 3.747

Italia 2.105

España 945

Zona bajo administración internacional 75

cifras en millares

Tánger
MARRUECOS ESPAÑOL
MARRUECOS FRANCES
TUNEZ
IFNI
RIO DE ORO
ARGELIA
LIBIA
EGIPTO
SAHARA
AFRICA OCCIDENTAL FRANCESA
TOGO FRANCES
TOGO BRITANICO
COSTA DE ORO
CAMERUN BRITANICO
GAMBIA
GUINEA PORTUGUESA
SIERRA LEONA
LIBERIA
NIGERIA
AFRICA ECUATORIAL FRANCESA
SUDAN
ERITREA
SOMALIA FRAN
SOMALIA BRIT.
ETIOPIA
SOMALIA ITALIANA
CAMERUN BRITANICO
CAMERUN FRANCES
GUINEA ESPAÑOLA
KENIA
CONGO BELGA
UGANDA
RUANDA-URUNDI
TANGANICA
ANGOLA
MOZAMBIQUE
RHODESIA
AFRICA DEL SUDOESTE
NYASALAND
MADAGASCAR
Mandato de la Unión Sudafricana
SWAZILAND
BECHUANALAND
BASUTOLAND
UNION SUDAFRICANA

Gran Bretaña
Territorios bajo mandato británico y sudafricano
Francia
Territorios bajo mandato francés
España
Portugal
Bélgica
Italia
Protectorado angloegipcio
Unión Sudafricana (dominio británico autónomo)
Zona bajo administración internacional

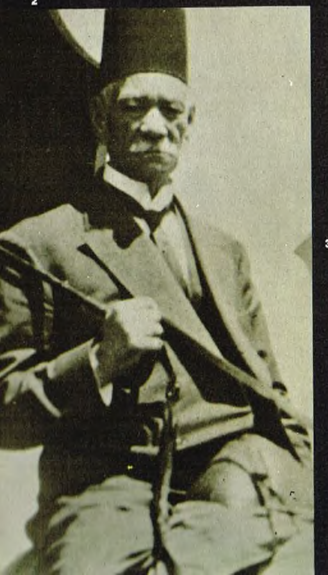
## El Wafd

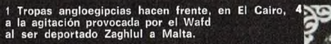
En los setenta años que mediaron entre la ocupación británica de Egipto (1882) y la partida de las últimas guarniciones del Canal (1953), un partido político, el Wafd, desempeñó en la vida del país un papel de primer orden. Fundado por Saad Pachá Zaghlul cuando fracasaron los intentos de la delegación (eso significa «wafd») que se trasladó a París para plantear la causa de Egipto ante la Conferencia de la Paz, al término de la Primera Guerra Mundial, el programa de este partido incluía la independencia de Egipto y una serie de reformas sociales y económicas. Contaba con un núcleo intelectual y con muchos militantes y simpatizantes, tanto entre las clases cultivadas como entre el pueblo. Desde su fundación, patrocinó —abierta o encubiertamente— toda clase de atentados, revueltas y manifestaciones de apasionado tono nacionalista. Triunfó en las elecciones de 1924 y fue mayoritario en el Parlamento egipcio hasta la caída de la monarquía (1952). A la muerte de Zaghlul la dirección fue asumida por Mustafá Nahas Pachá, el cual, en 1936, aprovechando la crisis de Etiopía, y también durante la Segunda Guerra Mundial, pactó con Gran Bretaña, actitud que irritó a los nacionalistas exaltados, aunque con el pacto Egipto lograra sustanciosas concesiones. A la caída de la monarquía (con la que el Wafd había estado en constante conflicto), el gobierno de militares que la había derribado ordenó la disolución del Wafd (enero de 1953).

1



2





1 Tropas angloegipcias hacen frente, en El Cairo, a la agitación provocada por el Wafd al ser deportado Zaghlul a Malta.

2 Saad Pachá Zaghlul; inicialmente favorable a los británicos, convirtióse luego en revolucionario, fue deportado dos veces, y finalmente llegó a ser el primer jefe de Gobierno de Egipto.

3 Cartel alemán donde aparece el león británico jugando con un aterrorizado Egipto; los estrechos vínculos del país con la Gran Bretaña hicieron de la independencia de 1922 un farsa.

4 Fuad, primer rey de Egipto al término del protectorado británico.

3




4



# La Venezuela de Gómez

**Tras su emancipación nacional, la joven República de Venezuela había de padecer las consecuencias de una estructura social y política heredada de su pasado colonial. Para colmo, el petróleo —inmensa reserva de riqueza— era una fuerte tentación para los grandes capitales internacionales...**

**Juan Vicente Gómez, dictador de Venezuela durante más de un cuarto de siglo. Sus amistosas relaciones con los EE. UU. y el Occidente europeo, así como el desarrollo material financiado con los ingresos del petróleo, disimularon un tanto, frente al extranjero, la corrupción de su dictadura.** *Abajo:* **caricatura aparecida en un periódico editado en México por los venezolanos exiliados; alude al nombramiento del abogado Juan Bautista Pérez, candidato de Gómez, para la presidencia de Venezuela, en 1929.**






En las últimas décadas del siglo XVIII se produjeron en Venezuela movimientos, más o menos escisionistas, que fueron los prolegómenos del movimiento independentista. Por otra parte, las guerras de España con Gran Bretaña debilitaron las relaciones económicas y políticas de la metrópoli con las colonias, vínculos que desaparecieron casi completamente al producirse la ocupación de la Península por las tropas napoleónicas. Estas circunstancias decidieron a los grandes propietarios criollos venezolanos a crear en Caracas una Junta Defensora de los Derechos de Fernando VII (19-IV-1810) y a elegir un Congreso, que posteriormente declaró la independencia (5-VII-1811). A partir de este momento se produjo una profunda escisión entre los venezolanos —partidarios o no de la independencia— que degeneró en guerra civil. Bolívar, en un segundo intento, consiguió en 1817 atraerse a los llaneros (mestizos seminómadas de los Llanos, zona ganadera del sur de Venezuela) y emprender la definitiva etapa de la lucha por la independencia. En 1819, el Congreso, reunido en Angostura, decretó la creación de la República de Colombia, que englobaba las actuales de Venezuela, Panamá, Ecuador y Colombia; en 1821, los patriotas conseguían una victoria en Carabobo, que puso prácticamente fin a la guerra.

Los desastres ocasionados por la contienda, la profunda crisis económica, el desbarajuste administrativo y las discrepancias políticas (centralistas frente a federalistas), dieron lugar en Venezuela a un movimiento secesionista que terminó con la Gran República de Colombia en el año 1830.

Hasta 1848 lograron mantenerse en el poder los comerciantes y grandes propietarios: la oligarquía conservadora. Pero, al enfrentarse los dos grupos, el poder fue conquistado por la oligarquía liberal —formada esencialmente por los propietarios agrícolas— que gobernó hasta 1858. Las masas del Partido Liberal, nuevamente defraudadas, engrosaron las filas de un nuevo partido, el Federal, que optó por la rebelión armada; así se desencadenó el cruento período de las guerras federales. Los federales, victoriosos, tampoco realizaron las reformas estructurales repetidamente prometidas, y Venezuela siguió sumergida en la lucha de partidos, viejos y nuevos, salvo en los períodos paradictatoriales de Guzmán Blanco, quien desde la presidencia realizó pequeñas reformas «ilustradas», en un intento de modernizar el país y sanear su economía.

En 1899 el presidente Andrade fue derrocado por el general Castro, militar liberal influido por sus correligionarios colombianos; su «Revolución Restauradora» no cambió el panorama socioeconómico venezolano, como tampoco lo habían cambiado las «revoluciones» del siglo XIX. Con Castro llegaron al poder los «andinos», ligados económicamente con los productores de café de las laderas de la cordillera. En 1900 se enfrentó con los banqueros caraqueños que se negaron a concederle un préstamo. Poco más tarde venció a una «Revolución Libertadora» acaudillada por Matos, uno de los banqueros, y en la que se agrupaban representantes de todos los movimientos políticos que habían aparecido en Venezuela a lo largo del siglo XIX (liberales, guzmancistas, nacionalistas, conservadores, etc.), aliados con los intereses de las compañías extranjeras lesionadas por la política del Gobierno.

En 1902 las armadas de Gran Bretaña, Alemania e Italia bloquearon las costas venezolanas, con la decisión de cobrar por la fuerza las deudas que Venezuela no pagaba. Gracias a la intervención norteamericana, el conflicto fue resuelto por el Tribunal Internacional de La Haya, que en febrero de 1904 sancionó que los tres países tenían derecho a cobro preferencial, autorizándoles a incautarse de un tercio de los derechos aduaneros. El bloqueo produjo un rebrote nacionalista que Castro no supo utilizar para reforzar su régimen. El Presidente marchó en 1908 a Europa para someterse a tratamiento médico, dejando el poder a su compadre Juan Vicente Gómez. En diciembre, aprovechando la ausencia de Castro, se produjo contra su política una reacción conocida con el nombre de «Rehabilitación Nacional», movimiento del que Gómez se sirvió en beneficio propio, haciéndose nombrar presidente en 1910 e instaurando

la más larga dictadura de la historia de Venezuela, ya que duró hasta su muerte, en 1935. En los primeros cinco años de su mandato se mostró extremadamente respetuoso con las instituciones republicanas, a la vez que maniobraba astutamente para eliminar al grupo que, desde el seno del Consejo de Gobierno, pretendía neutralizarlo o destituirlo.

Durante el período colonial el principal producto comercializado por Venezuela fue el cacao que, desde 1830 aproximadamente, había sido suplantado por el café, lo que en parte se debió a la interrupción de los intercambios directos con España, gran consumidora de chocolate. Pero a partir de la década de los veinte de nuestro siglo, el café fue, a su vez, sustituido por un nuevo producto, y Venezuela siguió siendo un país monoexportador, ahora del petróleo, como antes lo fuera de cacao y de café.

Ya los conquistadores españoles habían observado cómo el asfalto —llamado *mene* por los aborígenes— afloraba naturalmente en las orillas del lago de Maracaibo, y se sirvieron de él para calafatear sus embarcaciones. En febrero de 1914 se obtenía en Mene Grande, a orillas de dicho lago, petróleo comercialmente explotable, y en 1917 se realizaba la primera exportación de este combustible. En la década de los años veinte el valor del crudo exportado representó la mitad del valor de todas las exportaciones venezolanas y en la década siguiente ya superaba el 88 por ciento.

En 1878 se había constituido la primera empresa para explotar el petróleo, que sólo obtenía keroseno para el consumo local: la Compañía Petrolia del Táchira, que con capital enteramente nacional y de forma muy rudimentaria utilizó yacimientos cercanos a San Cristóbal. Esta compañía-pionera sobrevivió a la creación de las grandes empresas extranjeras y prolongó sus actividades hasta 1934.

En 1904 una ley del Congreso que regulaba la explotación de hidrocarburos, reservaba al Presidente de la República la facultad de otorgar y administrar concesiones e imponía un gravamen de cuatro bolívares por tonelada y una regalía mínima del veinticinco por ciento. Durante el período gomecista, y gracias a esta ley dictada durante la presidencia de Castro, las concesiones se repartían entre los familiares y favoritos del dictador, y muy pronto pasaban a manos de compañías inglesas, más o menos controladas por el Gobierno británico, por lo general en condiciones de explotación más favorables que las señaladas por la ley de 1904.

En la segunda década de nuestro siglo, varias circunstancias aumentaron el interés de los países industrializados por controlar la producción venezolana. Por una parte, el enorme aumento del consumo de combustible, debido a la expansión del motor de combustión interna; por otra, la mecanización de la guerra, que convertía el petróleo en un producto estratégico; y por último, el movimiento revolucionario mexicano y los trastornos consiguientes, que potencializaron las posibilidades petroleras de Venezuela, donde la estabilidad política estaba totalmente garantizada por Gómez. Éste, en 1919, llevó a cabo un nuevo reparto de concesiones entre sus parientes y amigos, buena parte de las cuales acabaron en manos de empresas norteamericanas. La producción de petróleo pasó de dieciocho millones de toneladas en 1917 a veintisiete mil millones en 1940.

Gómez, que antes de dedicarse a la política había sido comerciante de ganado, detentó el poder, directa o indirectamente, durante veintisiete años; para ello realizó siete reformas constitucionales. Su mandato como vicepresidente del destituido Castro debía terminar en 1911, pero ya en 1909 introdujo una reforma por la que el presidente debía ser elegido por el Congreso. Éste, dócil a Gómez, lo nombró para el período 1910-1914. Entre agosto de 1913 y agosto de 1914, encargó de la presidencia al historiador José Gil Fortoul, para poder hacer frente a una imaginaria invasión de los partidarios de Castro; se comentó jocosamente que se «había alzado el Gobierno». Pero Gómez aprovechó la campaña para conseguir un control total del país.

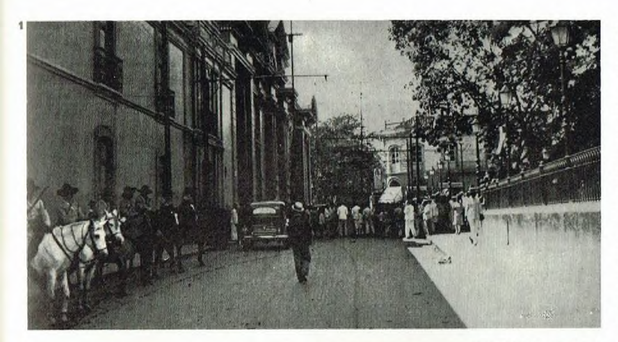
En abril de 1914 se votó un Estatuto Constitucional Provisorio. Fue nombrado presidente provisional Márquez Bustillos, hombre de paja del dictador, y éste jefe del Ejército. Tres meses más tarde era sancionada una segunda Constitución, que extendía el período presidencial a siete años, con posibilidad de reelección. Gómez fue elegido, pero decidió no ejercer y se retiró a sus posesiones de Maracay; Márquez continuó como presidente provisional. En 1916 se decretó la Ley de Tareas, según la cual los presos por delitos políticos y comunes deberían trabajar obligatoria y gratuitamente en la construcción de carreteras y otras obras públicas. Incluso cuando se temían alteraciones del orden público eran decretadas levas «preventivas» para que sirvieran de escarmiento a posibles alborotadores. Por otra parte, la misma ley preveía que los campesinos podrían librarse del servicio militar obligatorio trabajando, dos días al mes durante dos años, para el Gobierno (léase en las haciendas de Gómez). Durante este período se produjeron algunos pronunciamientos militares, rápidamente sofocados, y manifestaciones estudiantiles en 1921, por lo que fue clausurada temporalmente la Universidad de Caracas.

En 1922 el Congreso eligió a Gómez para un nuevo período, al mismo tiempo que se realizaba la tercera reforma constitucional, que eliminaba el cargo de comandante en jefe del Ejército y creaba dos vicepresidencias, para las que fueron elegidos Juan C. Gómez y José Vicente Gómez, hermano e hijo del Presidente. La quebrantada salud del dictador y las discrepancias que la larga permanencia en el poder crearon en el seno de la camarilla gomecista, dieron lugar a que ésta se escindiera en tres facciones, girando cada una de ellas alrededor del Presidente y de los dos vicepresidentes.

Juan C. Gómez moría al año siguiente (29-VI-1923), asesinado a puñaladas en su lecho, en el palacio presidencial de Miraflores de Caracas, por miembros de su guardia y del servicio palaciego. Sólo el dictador conoció la verdad de los hechos, arrancada de los asesinos, que fueron torturados hasta la muerte. Se anunció oficialmente que los instigadores del asesinato habían sido los opositores al régimen que actuaban desde el exterior. Sin embargo, muchos atribuyeron el magnicidio a José Vicente Gómez, el cual, eliminando a su tío, despejaba el camino hacia la silla presidencial.

La cuarta reforma, sancionada en junio de 1925, limitaba a una las vicepresidencias, señalaba que el Poder Ejecutivo radicaría en el lugar donde se hallara el presidente, y legalizaba, lo que ya venía ocurriendo de hecho, su facultad para nombrar los presidentes de los Estados de la Federación venezolana. En el mismo año se inauguró la Carretera Transandina y se decretó una amnistía general, que prácticamente vació las cárceles (en especial la tristemente famosa Rotunda de Caracas) y permitió el regreso de muchos venezolanos exiliados. Así, el 24 de julio regresó al Estado occidental de Táchira parte de los cincuenta mil habitantes que se habían visto obligados a emigrar a Colombia por la feroz represión del general Eustaquio Gómez, hermanastro del Presidente.

Sin embargo, el malestar producido por la dictadura no cesaba y la oposición seguía empeñada en derrocar al dictador. En 1927 fracasó una invasión en las costas

1


2


3

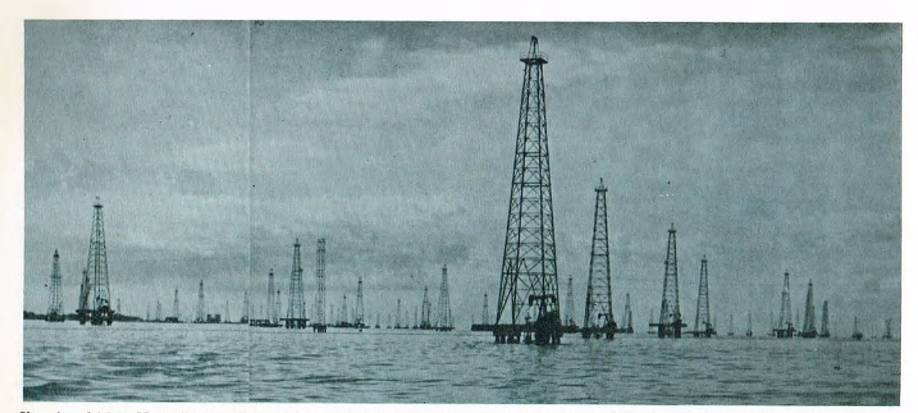

de Falcón dirigida por Rafael Simón Urbina. Pero fue 1928 el año culminante de la oposición antigomecista. Del 22 al 27 de febrero hubo gran agitación estudiantil en la capital, destacando dos de los que más tarde serían máximos dirigentes de la política venezolana: Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba. A pesar del paro general decretado en Caracas como protesta por la detención masiva de estudiantes, éstos fueron enviados a trabajar a las carreteras y se clausuraron el Colegio de Abogados y, de nuevo, la Universidad Central. En abril se produjo un golpe castrense; militares académicos, que habían estudiado en el extranjero, en connivencia con los universitarios, sublevaron el cuartel de San Carlos, y los alzados, dirigidos por el capitán Rafael Alvarado y el teniente Rafael Barrios, lograron apoderarse del palacio presidencial, pero fueron derrotados. Los sucesos de 1928 endurecieron de nuevo la dictadura, dieron lugar a un aumento de la represión y llevaron a Gómez a redoblar la vigilancia. Aumentó considerablemente su fiel guardia pretoriana; la Escuela Militar fue trasladada a La Victoria, para mantenerla alejada de la capital; se acrecentó el espionaje interior, incluso sobre los más directos servidores del régimen, y se enviaron falsos revolucionarios al extranjero para que informaran de las actividades subversivas de los exiliados políticos.

El hijo del dictador fue desterrado, acusado por su padre de simpatizar con los estudiantes, y murió en el extranjero de una enfermedad pulmonar. Previendo el próximo desenlace, algunos familiares rogaron al dictador que levantara la sanción para permitirle terminar sus días en Venezuela. La respuesta de Gómez fue tajante: «No, que se muera allá; en todas partes se muere igual.»

En mayo del mismo año una nueva reforma constitucional suprimía la vicepresidencia y prohibía la propaganda comunista, declarando traidores a la patria a aquellos que propalaran esta doctrina, de la que estaban contaminados, según Gómez, todos sus oponentes.

En 1929, Gómez fue elegido para el pe-

**_1_ Guardias montados del régimen de Gómez apostados en la Plaza Bolívar (Caracas). _2_ Construcción de un ferrocarril junto al lago de asfalto de Guanoco durante los primeros años del siglo XX.**
**_3_ Instalaciones de la Compañía Petrolia del Táchira, pequeña empresa que en el último cuarto del siglo pasado inició la explotación comercial del petróleo venezolano.**



**Una vista del lago Maracaibo a mediados del presente siglo; bajo sus aguas, que cubren una extensión superior a la de muchas provincias españolas, se encuentra una zona petrolífera que es la tercera de América en importancia, y cuyas extracciones contribuyen notablemente a hacer de Venezuela uno de los principales productores de petróleo en el mundo.**

ríodo que debía durar hasta 1936, pero se negó repetidamente a aceptar la presidencia. El Congreso en pleno se trasladó a Maracay para intentar convencerlo, pero Gómez se limitó a proponer «su» candidato: el abogado Juan Bautista Pérez. En mayo se llevó a cabo la sexta reforma de la Constitución, que creaba de nuevo el cargo de comandante en jefe del Ejército, que recayó en Gómez.

En 1931 se produjeron nuevos brotes de oposición al dictador, agravados por un enfrentamiento con la jerarquía eclesiástica y la repercusión en Venezuela de la crisis económica mundial. Para salvar la situación, Pérez fue destituido, y en julio se realizaba la séptima reforma constitucional, por la que Gómez era nombrado, a la vez, presidente y comandante en jefe del Ejército. Su dictadura se prolongó hasta su muerte, en diciembre de 1935.

Durante el régimen de Gómez fueron eliminados radicalmente los partidos políticos, ya que el dictador mostraba una total aversión por cualquier forma de debate de los asuntos políticos, hasta el extremo de que el Rotary Club de Caracas debió autodisolverse por haberse hecho sospechoso a la policía. Tampoco existió ningún tipo de libertad de prensa, campo en el que se llegó a extremos increíbles: en 1918, la Gobernación del Distrito Federal prohibió una discusión que se había suscitado en la prensa acerca de las virtudes terapéuticas del aceite de ricino para el tratamiento de la «gripe española» que asolaba el país. Por otra parte, el abuso de poder, las exacciones y violencias dejaron, muy pronto, de ser patrimonio de Gómez para convertirse en norma de hasta los más ínfimos funcionarios del régimen. Otra característica del período fue la extensión de la corrupción y del pillaje de los bienes públicos y privados. Ya hemos mencionado los sustanciosos beneficios que obtuvieron del reparto de concesiones petroleras los allegados al dictador; éste, por su parte, acaparó las mejores tierras del país recurriendo a procedimientos muy poco legales.

El régimen gomecista sobrevivió a sus opositores merced a una policía eficaz, a un brutal sistema de represión y a la modernización de un ejército regular estructurado según el modelo prusiano. El establecimiento de un Estado Mayor Central ligado a comandos regionales le permitió controlar militarmente el país como no se había logrado hasta entonces y vencer las «montoneras» que intentaron alzar algunos caudillos, imitando a tantos que lo habían hecho en el siglo anterior. La construcción de carreteras radiales contribuyó a eliminar el caudillismo regional y permitió acentuar cada vez más el poder central. Por otra parte, un ejército con cuadros bien remunerados ofreció una vía natural de ascenso que garantizaba hasta cierto punto la lealtad al régimen de los militares de graduación.

Ni el gomecismo se diferenció en lo político de los regímenes autoritarios que había padecido Venezuela en el siglo XIX, ni la estructura socioeconómica del país varió con la irrupción de la explotación petrolera. La misma oligarquía latifundista que antes se valía de la mano de obra esclava, seguía acaparando las más fértiles y mejor situadas tierras utilizando ahora colonos, ligados a los dueños de la tierra por el salario, pero esencialmente por el sistema del colonato, las diversas formas de arrendamiento y las deudas. Temeroso el dictador de las concentraciones obreras que podían generar las nuevas actividades ligadas con la explotación del petróleo, llegó a prohibir la instalación en Venezuela de plantas para la elaboración de esta materia prima. Hasta 1943 todo el crudo venezolano fue refinado en el exterior.

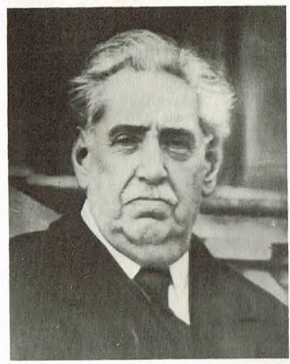
Pero si Gómez consiguió perpetuarse en el poder fue gracias a factores económicos favorables: primero el *boom* en los precios y las exportaciones producido por la Gran Guerra; más tarde, las regalías obtenidas del petróleo —que le permitieron financiar generosamente el aparato represivo y el modernizado Ejército sin necesidad de recurrir a la aportación directa de los venezolanos—. Estos mismos ingresos hicieron posible cierta estabilidad administrativa y la liquidación de la deuda pública.

**Miquel Izard**

# Batlle y el nuevo Uruguay

**Es sabido que las migraciones europeas a América del Sur, así como la paralela inversión de capitales del mismo origen, tuvieron su primero y más importante polo de atracción en el Río de la Plata. Aquellos factores impulsaron un fuerte crecimiento demográfico y económico que, iniciado en las últimas décadas del siglo XIX, había de llegar a su apogeo en los primeros veinte años de nuestro siglo.**

**José Batlle, discutido presidente uruguayo y también, sin duda alguna, indiscutible artífice del progresista Uruguay de nuestro siglo; era hijo del general Lorenzo Batlle, también presidente de la República, y nieto de unos emigrantes catalanes que llegaron a principios del siglo pasado.** ***Abajo:*** **el antiguo edificio del Cabildo, en Montevideo, sede en la actualidad del Museo Histórico.**





Como consecuencia de lo expresado, la República Oriental del Uruguay —uno de los países más pequeños de Hispanoamérica— asimiló la cultura, el espíritu de progreso y el modo de vida europeos. Enclave de notoria importancia geopolítica, volcado sobre el Atlántico y el Plata, había contado, desde 1828, con una independencia política que, dada su estratégica ubicación territorial, fue garantizada por el recíproco compromiso de sus poderosos vecinos, Argentina y Brasil. Su capital, Montevideo, vinculada largos años a los vaivenes de la rivalidad de aquellas naciones, se convirtió, con el tiempo, en una de las estaciones terminales más prósperas de la ruta ultramarina. Allí, precisamente, en 1856, nace José Batlle y Ordóñez, cuya excepcional figura de estadista quedaría asociada a la imagen del Uruguay moderno.

Hijo del general Lorenzo Batlle, que ocupara la presidencia de la República entre 1868 y 1872, quien lograría por dos veces la distinción otorgada a su progenitor, recibió una educación esmerada que incluyó un viaje a Europa en plena juventud. En Francia conoció la doctrina filosófica del positivismo, cuando la enseñanza de Comte conservaba pleno auge, y, de regreso a su patria, se consagró con pasión al periodismo fundando el diario *El Día*, al par que se incorporaba al Partido Colorado, movimiento político de profundo arraigo en la historia del país oriental.

Desde las columnas de *El Día* se convirtió en implacable censor del gobierno dictatorial del general Máximo Santos y, caído el régimen «santista», se incorporó al Parlamento; durante la década final del siglo, el diputado y el hombre de prensa expresarían una vocación de servicio público que no conoció renunciamiento. Así ganó una legítima popularidad que lo promovió a la primera magistratura de la República, para el período 1903-1907.

El triunfo electoral comportaba el reconocimiento de la ciudadanía por una prédica sostenida, con valor y lealtad a principios, durante casi veinte años; sin embargo, el camino a recorrer por el nuevo Presidente estaba sembrado de obstáculos, pues a los recelos de su propio partido, al que lograría unir con autoridad indiscutible, se unían el tono insurreccional que adoptaba el Partido Blanco y, dentro de él, el prestigio carismático de su líder: Aparicio Saravia. Caudillo legendario, de indomable coraje, Saravia fascinaba a las poblaciones de la campiña uruguaya, representando la fuerza de la tradición antiliberal y antieuropea. Su violenta actitud polémica y el permanente acompañamiento de agresivas milicias, negaban el consenso mínimo indispensable para institucionalizar el poder en el sentido a que aspira todo Estado moderno.

A pocos días de asumir Batlle la presidencia, los «blancos» se sublevaron y, aunque de momento, por el Pacto de Nico Pérez, se evitó un enfrentamiento armado, quedaron en pie las causas del profundo encono que separaba a ambos jefes. La precariedad del acuerdo quedó demostrada cuando, al año siguiente, Saravia apeló nuevamente a las armas; esta vez la lucha se prolongaría durante varios meses, hasta que, en septiembre de 1904, el caudillo «blanco» cayó herido de muerte en el combate de Masoller. Su desaparición significó el sometimiento de los insurrectos y Batlle estuvo en condiciones de imponer la Paz de Aceguá, en la que, al mismo tiempo que prometía una amplia amnistía a los vencidos y anunciaba la instauración de una democracia con participación ampliada, exigía el acatamiento incondicional de todos los sectores a la autoridad legal.

Terminada la guerra civil, Uruguay entra en una senda de acelerada transformación. Se inicia una política de atracción de la inmigración europea, se extiende la red de ferrocarriles que pondrá en comunicación a todas las regiones del país, y se acentúa la expansión de una ganadería que ya se encuentra vinculada a la industria frigorífica. En el plano social también se advierte la sensibilidad del gobernante: se organiza la primera caja de jubilaciones, cuyos beneficiarios serán los empleados del Estado; se destinan importantes recursos para mejorar la educación en todos los niveles; el propio Batlle se



**Monumento a La Carreta, en Montevideo; es, en realidad, un canto al país, porque nada cuesta ver en él una síntesis del Uruguay: una llanura herbácea, ondulada por las «cuchillas» y potenciada por el esfuerzo de sus agricultores y ganaderos.**

dirige al Parlamento para pedirle una ley que reconozca el derecho de huelga y un régimen de trabajo para mujeres y menores.

Dejando tras de sí una nación pacificada, Batlle partió hacia el continente europeo, donde permaneció casi todo el tiempo en que transcurrió el mandato de su sucesor, sin que su alejamiento de la escena política amenguara su prestigio; antes bien, pronto su nombre fue propuesto como candidato para una segunda presidencia que, ungido por sus conciudadanos, ejerció entre 1911 y 1915.

Aunque en el nuevo mandato también debió enfrentar una oposición enconada, los días tumultuosos de Aparicio Saravia habían pasado definitivamente y las tendencias legalistas predominaban en la política uruguaya. Batlle pudo, por lo tanto, dedicarse, con mayor empeño, a apuntalar la creciente prosperidad de su patria. Insistiendo en el perfil humanista de su anterior gestión, y a pesar de conflictos obreros en los que se adivinaba la influencia anarquista, promulgó una ley que establecía una jornada máxima de trabajo de ocho horas y estableció el seguro social para ancianos e inválidos. En lo económico, desilusionado ante lo que denominaba el «empresismo extranjero», puso en marcha programas de racionalización de las explotaciones agrarias, acentuó la intervención del Estado en el manejo del circuito financiero, y puso bajo su control, nacionalizándolos, el Banco de la República y el Banco Hipotecario. Al iniciarse la gran conflagración mundial, en 1914, había decretado la estricta neutralidad uruguaya, actitud que se abandonaría, concluida su presidencia, para tomar partido por los aliados, en 1917.

Pero su ambición más largamente acariciada era la reforma de la Constitución. Batlle entendía que el viejo texto constitucional había dejado de responder a las necesidades de la comunidad y que era menester adecuarlo a los nuevos tiempos; el cambio debido al crecimiento económico exigía la extensión de las funciones del Estado; el cambio social hacía imprescindible una legislación condigna; la dimensión de la democracia real, finalmente, tornaba imperioso el acceso al comicio de las masas excluidas por la antigua ley. Batlle afirmaba —no sin razón— que una ley fundamental que no reconocía las condiciones reales del proceso político estaba expuesta a su reiterada violación.

Era cierto que, no obstante sus tempranas conquistas en materia social, el Uruguay estaba atrasado en lo referente a instituciones políticas; la emisión del sufragio no contaba con garantías serias y su ejercicio estaba vedado a los jornaleros, trabajadores de servicio doméstico y analfabetos. El Presidente se lanzó con ardor a una campaña por el voto secreto y obligatorio, entendido como derecho irrenunciable de todos los ciudadanos; al mismo tiempo —quizá con excesiva fe en los mecanismos deliberativos de la democracia—, propuso sustituir el cargo de presidente de la República por un poder ejecutivo colegiado de nueve miembros.

Batlle no logró, de inmediato, la sanción de su proyecto de reformas constitucionales, pero buena parte de las mismas se llevaron a cabo durante la administración siguiente, bajo la presidencia de Feliciano Viera; en cuanto al régimen colegiado, desestimado entonces, fue adoptado años más tarde, durante un prolongado período de la vida política uruguaya.

Cuando Batlle y Ordóñez dejó el poder (1915) ya era una figura consular de la democracia oriental. Por muchos años gravitó como hombre de consejo y jefe de partido, reclamado para las posiciones más distinguidas de la función pública; sin rehuir su responsabilidad política, él prefirió, entonces, el retorno a la vocación juvenil, nunca abandonada del todo; el prestigio de *El Día* siguió testimoniando sobre las esperanzas y desvelos de su patria oriental, con la alertada sensibilidad de sus mejores tiempos; Batlle era reconocido por todos los sectores y por encima de las facciones.

Murió en octubre de 1929, a los 73 años, cuando las instituciones uruguayas parecían sólidamente estabilizadas y no se vislumbraban los signos de la crisis desencadenada, cuatro años más tarde, por el golpe de Estado de Gabriel Terra. De todos modos, la enorme sugestión de su personalidad, su relevancia de estadista de cuño europeo, siguen proyectando su presencia en la vida cívica de su pueblo.

**Eduardo Alberto Rocca**

# Gabriele D'Annunzio y la aventura de Fiume

**Una noche, menos de tres meses después de que casi todas las fronteras nacionales de la posguerra hubieran quedado fijadas por el Tratado de Versalles, un poeta italiano, Gabriele D'Annunzio, a la cabeza de una banda de desertores y con unos treinta camiones, inició la aventura de incorporar el antiguo puerto adriático de Fiume, hoy Rijeka, a Italia, arrebatándolo a un Estado recién creado: Yugoslavia.**

**D'Annunzio: poeta, nacionalista, héroe de la guerra y, durante un año, dictador de Fiume.**
*Abajo:* **una fuente de ingresos. D'Annunzio se esforzó en conseguir dinero contante con la emisión y venta de sellos y, también, pidiendo préstamos y subastando sus propios manuscritos.**






D'Annunzio esperaba zanjar así una vieja disputa. En el tratado secreto de Londres de 1915, Gran Bretaña, Francia y Rusia habían acordado con Italia que Fiume seguiría formando parte del Imperio de Austria-Hungría. En la Conferencia de Paz de 1918, cuando ya no existía Austria-Hungría, Italia reclamó una vez más el puerto: se discutió mucho, pero no se decidió nada. La ciudad permaneció bajo control aliado. Los italianos reivindicaban Fiume por razones étnicas (en 1910 vivían allí casi el doble de italianos que de eslavos).

En el propio Fiume hubo choques y alborotos. Una comisión interaliada —presidida por un italiano— decidió retirar a la mayor parte de las tropas italianas y traer policía extranjera. Aquello exacerbó la reacción de los nacionalistas italianos: a sus ojos, el Gobierno había renunciado a Fiume. D'Annunzio decidió restaurar el honor de su país.

Su «ejército» constaba en realidad de las mismas compañías que un mes antes habían sido enviadas de Fiume a Ronchi, 40 kilómetros al noroeste de Trieste. D'Annunzio, que tenía ya 56 años y era un hombre enfermo, se puso a la cabeza de aquella pequeña fuerza. De camino, asaltaron un parque militar de camiones, e incorporaron a soldados jóvenes ansiosos de aventuras.

Cuando se acercaban a Fiume, en la mañana del día 12 de septiembre de 1919, eran 2.600 hombres. A la entrada de la ciudad, D'Annunzio se enfrentó con el general Pittaluga, comandante de las últimas tropas italianas que permanecían en Fiume. Éste tenía órdenes de Roma de detener a D'Annunzio, abriendo fuego si era necesario. Cuando informó al poeta de estas órdenes D'Annunzio lo desafió a que las cumpliera. Según una versión periodística muy teatral del encuentro, D'Annunzio replicó: «Tendrá usted que disparar contra mis soldados, que son hermanos de los suyos. Pero, si ha de hacerlo, dispare primero contra mí», y señaló sus condecoraciones militares. Muy conmovido por la disposición del poeta a sacrificarse, el general contestó: «No deseo derramar sangre italiana.» Y luego, tomando la mano del poeta, continuó: «Gran poeta, es un honor para mí encontrarme con usted por primera vez. Espero que su sueño pueda ser realidad, y que podamos gritar juntos ¡Viva Fiume italiana!»

A mediodía D'Annunzio tomó Fiume sin disparar un solo tiro. Fue el comienzo de una ocupación irregular que iba a durar más de un año. Como «plenipotenciario» y «comandante», su gobierno fue un exponente de su modo de ser: rimbombante, melodramático, exaltador del peligro y de las causas perdidas.

**Planeamiento secreto**

Nacido en Pescara, en los Abruzos, en 1863, D'Annunzio escribió numerosas novelas, dramas y poemas de estilo refinado y rico en imágenes, frutos de un esteticismo sensual y místico y de un verdadero culto a la propia persona. Al mismo tiempo había sido un niño mimado de la buena sociedad y de la prensa hasta 1910, fecha en que, perseguido por los acreedores, se vio forzado a trasladarse a Francia. Allí continuó trabajando febrilmente, escribiendo tanto en francés como en italiano. Ferviente partidario de la intervención, tomó parte activa en la guerra, realizando una serie de vuelos muy audaces —atacó Pola, Cattaro, Trieste y Viena— y tripulando lanchas motoras. Ganó cinco medallas de plata, una de bronce, tres ascensos por méritos de guerra y la *medaglia d'oro*, la más codiciada condecoración militar de Italia.

Cuando dejó el Ejército, en mayo de 1919, D'Annunzio se estableció en Venecia e intensificó la propaganda pro Fiume italiana. Estaba en contacto constante con miembros del Ejército y con políticos nacionalistas, partidarios de un golpe de fuerza en la cuestión de Fiume, y que necesitaban como líder al soldado-poeta.

Los planes se mantuvieron secretos: la marcha sobre Fiume se llevó a cabo sin obstáculos, a espaldas del Gobierno italiano. A primeras horas de la tarde del 12 de septiembre, Nitti fue informado de que D'Annunzio había ocupado Fiume. El hecho lo cogió por sorpresa. Más de vein-



**D'Annunzio, el día de la «empresa sagrada» en Fiume; lleva las gafas de vuelo y el uniforme del Ejército que usaba cuando se convirtió en legendario as de la aviación.**

te años después escribía en sus *Memorias* que confiaba en las diversas y repetidas seguridades que los altos jefes militares le habían dado de que nada ocurriría.

**Las cosas se echan a perder**

En el propio Fiume el curso de los acontecimientos empeoró rápidamente. D'Annunzio vivía en plena exaltación, motivada por la facilidad con que se había apoderado del puerto. Llamó a su operación la «empresa sagrada». Trabajó mucho en la administración de su pequeño Estado, concediendo entrevistas, visitando las avanzadillas militares, pronunciando inflamados discursos, desfilando por la ciudad al frente de sus legionarios. Pero tenía la cabeza en las nubes y no se daba cuenta de que en Fiume cundía la desmoralización.

Al cabo de un par de meses la desilusión era tal que el Consejo Nacional de Fiume —formado en principio íntegramente por partidarios de la anexión a Italia— votó, el 15 de diciembre, en favor de un *modus vivendi* propuesto por el general Badoglio, comisario extraordinario del Gobierno italiano, que daba seguridades de que Italia no aceptaría nunca una solución que separase Fiume de la patria y que solamente tropas italianas ocuparían la ciudad. Luego de haber dado el Consejo Nacional su veredicto, D'Annunzio, confiando en su dominio sobre la multitud, salió al balcón del Palacio, leyó a la muchedumbre la decisión del Consejo, y preguntó: «¿Queréis que me vaya?» «¡No!», fue la respuesta. «¿Queréis que me quede?», volvió a preguntar D'Annunzio. «¡Sí!», gritó el gentío. D'Annunzio proclamó nula la decisión del Consejo.

En la propia Italia la corriente de opinión estaba volviéndose contra él. El 16 de noviembre, una elección parlamentaria fue muy favorable a los socialistas y al *Partito Popolare*, católico, los dos grupos políticos menos belicistas y más hostiles a las aventuras nacionalistas.

Nuevas presiones y una renovada inquietud en Fiume decidieron a D'Annunzio a celebrar un plebiscito que le asegurase de nuevo el apoyo popular. El 18 de diciembre comenzó la votación. A medida que pasaban las horas aumentaba la inquietud del poeta. Cuando una investigación que éste ordenó puso de manifiesto que había una enorme mayoría contra él, D'Annunzio hizo sellar las urnas, diciendo que el pueblo era demasiado ignorante para juzgar la situación con claridad. Y rompió las negociaciones con Badoglio.

A partir de entonces su poder y su reputación empezaron a desvanecerse rápidamente, aunque aún se mantuvo en Fiume durante un año. Su intransigencia le enajenó no solamente a la población civil, sino también a sus propios oficiales. El «Comandante» se hizo más autoritario y despótico a medida que las cosas se torcían. Había escasez de alimentos y faltaba el dinero. En la primavera, un intento de alistar a la mayoría de la juventud de Fiume acabó en total fracaso. En marzo de 1920, un periódico italiano comentaba: «Los legionarios del soñador se preparan para nuevas exhibiciones de carnaval, como si el caos financiero de Fiume, el ruinoso desempleo dominante, la escasez de alimentos y la negra nube de tristeza que se cierne sobre la ciudad carecieran de interés para ellos.»

Y todo eso a pesar de un bloqueo ridículamente ineficaz por parte del Gobierno italiano. Cuando D'Annunzio entró en la ciudad, los navíos enviados para bloquearla no cumplieron su cometido. Los hombres de D'Annunzio se encontraban en los mejores términos con las tropas —nominalmente leales al Gobierno— que guarnecían las líneas en torno a Fiume.

El 12 de noviembre de 1920, con el Tratado de Rapallo, terminaron las negociaciones entre Italia y Yugoslavia. Con ello quedaban zanjadas una serie de disputas territoriales entre los dos países, incluido el problema de Fiume. En adelante Fiume sería un Estado independiente. La sugerencia había sido hecha un año antes por el presidente Wilson.

Difícilmente podría aquel tratado merecer la aprobación de D'Annunzio, puesto que el propósito único de su ocupación de Fiume había sido asegurar la ciudad para Italia. El soldado-poeta se negó a retirarse y, mártir de sus propias ilusiones de grandeza, declaró que antes prefería morir. Pero ya casi no podía hablar más que en nombre propio. Los oficiales del Ejército le abandonaron y salieron de la ciudad, que se salvó con ello de la completa ruina.

*Derecha.* **La leyenda de D'Annunzio: héroe de guerra, poeta y dictador.** *Arriba, izquierda:* **caricatura alemana del bardo guerrero.** *Arriba, derecha:* **el** *Puglia,* **navío que D'Annunzio «puso en dique» en el jardín de su villa del lago Garda; el poeta solía celebrar en su cubierta ceremonias que todavía hoy, en su memoria, siguen realizándose.** *Abajo:* **viñeta italiana acerca del vuelo de D'Annunzio sobre Viena en 1918, una de las aventuras que convirtieron al poeta en héroe nacional.**

CAFÉ-KONZERT
LATTERIEN
FRANZ JOSEPH
RESTAURANT



**Caricatura publicada por la derecha italiana a propósito del Tratado de Rapallo: Italia queda ahogada por las «amistosas» felicitaciones de Francia, Gran Bretaña y el presidente Wilson, que no aceptaron las pretensiones italianas sobre Fiume.**

A principios de diciembre, el benevolente bloqueo se estrechó y D'Annunzio declaró la guerra a Italia, el país al que quería unirse. Hubo algunas escaramuzas a lo largo de las líneas de defensa que rodeaban la ciudad y los combates continuaron en la víspera y el día de Navidad. El centro de Fiume estaba desierto y tranquilo en la Nochebuena. Cuando D'Annunzio estaba celebrando la fiesta en el palacio, con algunos oficiales, el acorazado *Andrea Doria,* enviado para apoyar el bloqueo, empezó a cañonear el edificio.

El primer disparo sacudió el palacio y un pedazo de yeso cayó sobre la cabeza calva de D'Annunzio. Siguió un segundo disparo y el palacio fue evacuado. D'Annunzio fue sacado de allí sofocado, debilitado por la pérdida de sangre. Era el final. Al cabo de una semana había capitulado, y, después de asistir a un funeral por sus 18 legionarios muertos —las tropas del Gobierno habían perdido 17 hombres—, él y los restos de sus fuerzas salieron finalmente de Fiume el 5 de enero de 1921.

Así terminó el efímero gobierno de D'Annunzio. En realidad, aquello por lo que había luchado fue conseguido... por Mussolini. En 1924, Italia y Yugoslavia firmaron otro tratado por el cual la ciudad de Fiume propiamente dicha pasaba a ser italiana, si bien el suburbio de Susak quedaba en poder de Yugoslavia. D'Annunzio abandonó la política activa después de la Marcha Fascista sobre Roma y se retiró a su villa junto al lago Garda. Murió en 1938.

**D'Annunzio y el fascismo**

En consecuencia, el poeta guerrero no vio el final del fascismo, con cuyos orígenes tuvo tanto en común. A partir de 1915, D'Annunzio dio expresión retórica y práctica a una especie de necesidad colectiva de participar en la guerra y de irritación hacia las viejas clases gobernantes. Temerario, rebelde a la disciplina convencional: así fue D'Annunzio durante la guerra, y ese sería el ideal del movimiento fascista después de la contienda.

D'Annunzio, cuando se dirigía a las masas, era menos realista y de más altos vuelos que Mussolini. Sus discursos eran oscuros; utilizaba palabras difíciles o inventadas; pero aquélla era una técnica que parecía elevar con él a sus oyentes. En cambio, como hombre de acción, según observó en aquel entonces Badoglio, «carecía del temple de un comandante: era simplemente una gran fuente de energía y un prodigioso agitador de multitudes turbulentas. Su voluntad se consumía pronto por el cansancio físico causado por la vida irregular que siempre llevó, incluso en una situación tan comprometida como la de Fiume. Además, era extraordinariamente inquieto y andaba siempre en busca de nuevos hechos y nuevas sensaciones. Era también extraordinariamente sensible al aplauso, y los gritos de la multitud se le subían a la cabeza y trastornaban su capacidad para tomar decisiones equilibradas». Todos estos caracteres también servirían para hacer un retrato de Mussolini.

El régimen autoritario y demagógico de D'Annunzio en Fiume fue en realidad el primer experimento de fascismo. Su expresión de desprecio por la autoridad —«*Me ne frego*» («¡Me importa un comino!»)— fue adoptada por los fascistas, lo mismo que el grito de los legionarios para concentrarse: «*A noi! A noi!*» («¡A nosotros!»), y el antiguo grito de guerra «*Eia, Eia! Alalá!*». D'Annunzio estuvo confabulado con los fascistas para la Marcha sobre Roma. Sus seguidores fueron seguidores de Mussolini. Éste fue varias veces a Fiume a ver a D'Annunzio. Como director del *Popolo d'Italia,* Mussolini saludó al poeta como salvador de Fiume, e hizo una fructífera llamada para reunir fondos en su favor. La Constitución promulgada por D'Annunzio para su pequeño Estado pudo haber sido el borrador original del programa de Mussolini para la dictadura fascista, seis años más tarde.

Pero Mussolini no tenía intención de imitar a D'Annunzio. El Tratado de Rapallo le facilitó la oportunidad de afirmar su posición, pues en tanto que D'Annunzio lo rechazó, Mussolini le dio pleno apoyo y abandonó al poeta a su destino. No era posible permitir que la Marcha sobre Roma partiera de Fiume, porque entonces su conductor habría sido D'Annunzio y no Mussolini. Además, éste se daba cuenta de que los fascistas no disponían aún de posiciones suficientemente fuertes para hacerse con el poder. D'Annunzio, dirigiendo una Marcha sobre Roma, pudiera haber significado el final del fascismo, y de un modo u otro, la intervención dejaba a Mussolini en la penumbra.

De hecho, la aceptación por Mussolini del Tratado de Rapallo le valió un considerable apoyo en el Gobierno. Aquél fue el principio de la colaboración entre el Gobierno y los fascistas, que llevó a Giolitti a autorizar candidatos fascistas en las elecciones de 1921. Es irónico que el rimbombante poeta-guerrero, al que Lenin calificó de «único verdadero revolucionario de Italia», proporcionase a Mussolini un firme escalón hacia una dictadura de derechas.

**J. M.**

# Los fascistas copan el poder

**La musoliniana Marcha sobre Roma fue un completo «bluff». Una decidida oposición no habría tenido mucha dificultad en detener a los fascistas empapados de lluvia y apenas armados. Pero Mussolini aprovechó su oportunidad: el mito de la revolución fascista había nacido.**

«Se ha encontrado hoy en el Naviglio (un canal milanés) un cadáver en estado de putrefacción. Parece ser el de Benito Mussolini.» Ése fue el sarcástico comentario del periódico socialista *Avanti!* sobre la derrota de Mussolini en las elecciones de noviembre de 1919. La lista de candidatos fascistas, que incluía al famoso director Toscanini y al escritor futurista Marinetti, acababa de recibir menos del dos por ciento de los votos en la circunscripción de Milán. Aquél fue el peor momento en la carrera de Mussolini, que llegó a pensar en emigrar. No obstante, sólo tres años más tarde era primer ministro de Italia. ¿Cómo fue posible tal cosa?

En las elecciones de 1919 Mussolini no fue el único que salió malparado. También resultaron diezmadas las clases dirigentes liberales, que habían gobernado Italia desde el *Risorgimento*. Los socialistas obtuvieron 156 escaños, y otros 100 fueron para el nuevo partido católico, el *Partito Popolare*. Solamente el atrasado Sur, donde las personalidades contaban más que los programas, permanecía en manos de los liberales. Pero los dos partidos de masas, que tenían la mayoría en el Parlamento, no estaban preparados para hacerse con el gobierno. Eran enemigos tradicionales, y, en todo caso, los socialistas se habían empeñado en una política de absoluta intransigencia revolucionaria. Desde la Revolución Rusa había disminuido considerablemente la influencia de los dirigentes reformistas moderados, como Filippo Turati, que creían que el socialismo sería el resultado de un proceso de evolución gradual. Ante los *massimalisti* (revolucionarios) el único proyecto digno de consideración era «la conquista violenta del poder político y económico... para confiarlo a los consejos de obreros y campesinos». No obstante, esta postura revolucionaria era más doctrinaria que práctica. Los *massimalisti* no tenían una estrategia coherente ni una experiencia en conspiraciones como la de los bolcheviques rusos. Durante el año 1920, no sólo la clase obrera industrial sino también los trabajadores del campo estuvieron en estado de agitación. En el Sur, los campesinos, dirigidos por los curas de aldea, ocupaban las tierras de las grandes fincas. Pero los socialistas no supieron coordinar la inquietud industrial y la rural, ni aprovechar el movimiento espontáneo de los campesinos del Sur: su insistencia en la propiedad colectiva de la tierra, si bien agradaba a los braceros desheredados, indispuso contra ellos una gran parte de los agricultores más afortunados.

La agitación revolucionaria culminó en septiembre de 1920, cuando 500.000 obreros de las industrias mecánicas y del acero ocuparon sus fábricas. Los comités obreros elegidos se encargaron de dirigirlas, mientras unos «guardias rojos» vigilaban las entradas. Pero el Partido Socialista no estaba preparado para asumir la dirección política del movimiento, y abdicó la responsabilidad en el consejo central de los sindicatos, en el que todavía predominaban los reformistas moderados. La mayoría decidió no extender la ocupación a otras industrias. Como dijo uno de los delegados, «la revolución no se hace por votos». La crisis fue encauzada hábilmente por el primer ministro liberal Giolitti, el más experimentado político de Italia, que obligó a los industriales a aceptar muchas de las demandas de los obreros. La ocupación de las fábricas acabó finalmente en una victoria técnica, mas para los socialistas representó una derrota psicológica. Una incipiente depresión industrial y un severo paro contribuyeron a mitigar el entusiasmo revolucionario. Al mismo tiempo, los industriales, que habían pasado un miedo atroz, censuraban la debilidad del Gobierno, que destruía la confianza en los negocios.

Los fascistas no eliminaron, aunque más tarde lo pretendieran, la amenaza de revolución roja en Italia. Durante la ocupación de las fábricas, Mussolini, lejos de encabezar la resistencia, se ofreció como mediador. Pero, una vez pasada la amenaza, los fascistas supieron beneficiarse del miedo y de la indignación de la opinión burguesa.

Después del armisticio los socialistas habían continuado explotando el sentimiento popular de hostilidad a la guerra. Eso les procuró votos, pero, con su insistencia en tratar la guerra como un crimen insensato, suscitaron el resentimiento de los oficiales que regresaban del campo

**«El nuevo escudo de armas italiano»; así dice el pie alemán a esta ilustración donde aparece el rostro de Mussolini sobre dos tibias cruzadas.**





**Un grupo de fascistas sale de Castelfusano para incorporarse a la Marcha sobre Roma; de pie, tras el automóvil, Mussolini.**

de batalla y de otros patriotas. Aquello fue un error fatal, porque, en la política de la violencia, los socialistas se encontraban en posición de inferioridad frente a sus adversarios. Mussolini, por su parte, no tardó en comprender que la guerra había producido las condiciones para un nuevo tipo de organización y táctica, capaz de contrarrestar las tradicionales técnicas de la izquierda, basadas en huelgas y manifestaciones de masas. El 10 de noviembre de 1918, mientras las muchedumbres estaban todavía celebrando la victoria italiana, Mussolini había saltado a un camión de *arditi*, las tropas de choque del Ejército italiano, y les había dedicado una breve alocución: «¡Hermanos! ¡Camaradas soldados! Yo os defendí cuando os difamaban los filisteos cobardes. Siento que hay algo mío en vosotros, y quizá vosotros os reconozcáis en mí. Representáis la maravillosa juventud guerrera de Italia. El brillo de vuestros puñales y el silbido de vuestras bombas harán justicia a todos los miserables que traten de bloquear el camino de Italia hacia la grandeza. ¡Italia es vuestra! ¡Vosotros la defenderéis! ¡La defenderemos juntos!» No tardó en formarse una guardia de *arditi*, para defender las oficinas de su nuevo periódico, *Il Popolo d'Italia*. Los *arditi* se sintieron atraídos por el culto futurista del dinamismo y la destrucción violenta de los valores tradicionales, culto que Mussolini se había adaptado y apropiado.

**Los primeros fascistas**

El primer *Fascio di Combattimento* fue fundado el 23 de marzo de 1919 en Milán. Otros brotaron pronto en muchas de las ciudades del norte y el centro de Italia, pero el *Fascio* de Milán siguió siendo, con mucho, el más importante durante todo el año 1919. «*Fascio*» significa haz, y «*fasces*» era el nombre dado en la antigua Roma al símbolo de la autoridad del Estado, el hacha en el haz de leña, que los fascistas adoptaron. Pero en los primeros *fasci* se respiraba un aire bohemio: además de a los *arditi* y futuristas, ellos atrajeron a oficiales jóvenes y a estudiantes que por su edad no habían llegado a combatir, y querían presenciar «un poco de acción». El grupo que rodeaba al propio Mussolini estaba principalmente compuesto por antiguos socialistas y sindicalistas revolucionarios que lo habían seguido en su campaña en favor de la intervención de Italia en la guerra. Los *fasci* fueron concebidos originariamente no como un partido político, sino como una genérica coalición patriótica; Mussolini procuró asegurarse el apoyo de la izquierda con un vago proyecto de reforma constitucional sobre bases republicanas y sindicalistas y con la promesa de la tasación de los beneficios de guerra; pero en los *fasci* habían entrado ya numerosos monárquicos de derechas. Si en un primer momento se mostraron incapaces de lograr el apoyo de las masas, supieron, sin embargo, apuntar en su haber una importante victoria sobre los socialistas. El 15 de abril, tres semanas después de la fundación del *Fascio*, durante una huelga general en Milán, una columna de manifestantes socialistas fue puesta en fuga por un gran grupo de futuristas, *arditi* y estudiantes, que luego saquearon las oficinas del periódico *Avanti!* La acción no había sido organizada por Mussolini, pero dos de sus líderes, Marinetti y el capitán de los *arditi* Ferruccio Vecchi, eran fascistas, y así la gesta pasó a constituir el primer triunfo del nuevo movimiento.

Durante el verano de 1920 el movimiento fascista empezó a recuperarse de su *debacle electoral*. Muchos de sus primeros miembros, que se habían tomado en serio las demandas radicales del programa original, se dedicaron a la formación y entrenamiento de «escuadras de vigilancia», mandadas por oficiales desmovilizados, cuya misión era combatir a los socialistas en las calles y mantener el orden durante las huelgas. Muchos fascios estaban formados por pequeños grupos de estudiantes, exoficiales descontentos y pequeños burgueses, que se reunían en los reservados de los cafés. El vínculo que los unía estaba más fundado en el sentimiento que en un programa; eran aventureros y rebeldes sin causa, atraídos por la novedad del movimiento, el desprecio de los viejos partidos establecidos, la pretensión de constituir una *élite* combativa y heroica, y la exaltación de la acción violenta. Se reían de todas las reglas y principios fijos: «*Me ne frego!*» («¡Me importa un comino!») era el lema favorito de las primeras escuadras, y Mussolini decía jactanciosamente: «Somos los herejes de todas las iglesias.»

A finales de 1920, sin embargo, el potencial destructivo del movimiento fascista pasó a depender de los intereses conservadores. La evolución decisiva tuvo lugar en las ricas provincias agrícolas del Valle del Po. Allí, a medida que los pequeños grupos de estudiantes y exsoldados se hacían más audaces, fueron atrayendo la benévola atención de las clases profesionales y de los terratenientes y propietarios agrícolas. La clase media de los profesionales, en un momento en que sus propios ingresos habían sido perjudicados por la inflación, compartía con la pequeña burguesía de los tenderos y empleados un resentimiento por el mejor nivel de vida conquistado por los obreros. Por su parte, muchos acendados habían sido perjudicados con los boicots impuestos por los sindicatos socialistas, los cuales sólo con un sistema de rígida disciplina podían mantener unida a la masa de los braceros, que se consideraban afortunados si podían encontrar trabajo un día de cada tres.

La crisis que debía provocar una reacción de violencias en cadena tuvo lugar en Bolonia, capital de la llamada «Emilia roja». La situación en la provincia boloñesa era particularmente explosiva. Una prolongada y dura huelga campesina, durante la cual la cosecha se pudría en el campo, terminó con la victoria de los sindicatos cuando el Gobierno, preocupado sólo por evitar la amenaza de la revolución, impuso un arreglo a los furibundos propietarios. Después del incidente, éstos empezaron a hablar abiertamente de organizar su propia defensa. El 21 de noviembre, en la presentación oficial de un nuevo alcalde socialista, los fascistas dispararon algunos tiros contra la multitud reunida frente al Ayuntamiento. Los socialistas fueron presa del pánico, y, en el consejo municipal, alguien disparó contra el consejero nacionalista Giordani, un héroe de la guerra, que resultó muerto. La «tragedia del *Palazzo d'Accursio*» dio a los fascistas el pretexto que necesitaban para una campaña de terror. Los propietarios rurales y de las azucareras se apresura-



**Los nuevos jefes italianos: Bianchi, De Bono, De Vecchi, Mussolini y Balbo, tras la Marcha sobre Roma, se aprestan a asistir al espectacular desfile fascista por las calles de la capital.**

ron a proporcionar a las escuadras de acción camiones y gasolina para batir la provincia. Los fortines socialistas se vieron obligados a someterse a causa de la acción terrorista de las «expediciones de castigo», que pronto se extendieron por todo el Valle del Po. Los fascistas se valían de su superior movilidad para concentrar escuadras procedentes de una amplia zona, cuando las fuerzas locales eran insuficientes para aplastar la resistencia. Pronto ya no se preocuparon de aparentar que solamente se proponían atacar a «bolcheviques»: en Toscana y el Véneto los fascistas atacaron con igual ferocidad a los sindicatos católicos de aparceros.

**El éxito y las nuevas tácticas**

El éxito hizo prosélitos, y el fascismo se convirtió en un movimiento de masas. En las ciudades muchos de los nuevos reclutas procedían todavía de la clase media, pero en el campo las escuadras se nutrían de trabajadores parados, a los que los fascistas habían prometido empleos o pequeñas parcelas de tierra.

Las técnicas del *squadrismo* fueron posibles gracias a la connivencia de grandes sectores del Ejército, la policía y la magistratura. Incluso cuando el Gobierno trató de frenar el terrorismo fascista, los mismos funcionarios trataban generalmente de frustrar tales tentativas. Desgraciadamente, el propio Giolitti, irritado contra los socialistas, que en el Parlamento obstruían las medidas económicas por él propuestas, creyó que podría utilizar el fascismo para sus propios fines. Convocó nuevas elecciones, y permitió que candidatos fascistas se uniesen al bloque gubernamental, mermando así la autoridad de las instrucciones que mandaba a los gobernadores de las provincias para impedir la violencia: formaba parte de la tradición oficial italiana el conceder una cierta mano libre a los amigos del Gobierno... Solamente treinta y cinco diputados fascistas, entre ellos Mussolini, llegaron al Parlamento, pero el fascismo encabezó la votación en algunas provincias.

Mussolini había contemplado el sorprendente progreso del fascismo agrario con una mezcla de sentimientos. No lo preocuparon, al principio, los métodos de sus seguidores, pero luego se sintió alarmado por los peligros del aislamiento político, a medida que la opinión pública se interesaba menos por la amenaza socialista, y por el carácter descentralizado, casi anárquico, que había tomado el movimiento. Sentía que la riendas se le estaban escapando de las manos. Muchos de los pequeños burgueses de las ciudades que habían ingresado en el movimiento se sentían también resentidos de la posición de predominio conquistada por los terratenientes reaccionarios. Uno de los «fascistas de la primera hora» escribió: «Hemos visto a los *fasci* permitir que terratenientes e industriales consiguieran una influencia decisiva... Antes éramos pocos, ahora somos muchos, pero rodeados de hostilidad... Nunca soñamos en negar libertad de organización a los otros partidos... Nunca pensamos que tuviéramos que suprimir los sindicatos... las secciones locales del Partido Socialista, incluso sus canciones.»

Mussolini trató, en consecuencia, de hacer una retirada táctica, aceptando un «pacto de pacificación» con el Partido Socialista, e incluso pronunció un discurso profetizando que se formaría una triple alianza de fascistas, *popolari* y socialistas para gobernar Italia. Pero los líderes regionales del movimiento en la Emilia, la Toscana y el Véneto se negaron en redondo a aceptar la política de Mussolini. Dirigidos por un elocuente abogado, Dino Grandi, y un inculto jefe de estación de provincias, Roberto Farinacci, lo obligaron a dar marcha atrás. Mussolini abandonó tácitamente su política de pacificación a cambio de que fuese reconocida su jefatura.

El Gobierno, presidido ahora por el honrado pero ineficaz Bonomi, no supo en absoluto aprovecharse de las divisiones existentes en el seno del movimiento para reafirmar su propia autoridad. En diciembre de 1921, un intento de conseguir la disolución de las escuadras terminó con un fracaso, y la debilidad del Gobierno animó a los fascistas, en 1922, a iniciar una nueva táctica. Empezaron a promover grandes concentraciones de masas para intimidar a la oposición: a finales de mayo concentraron en Bolonia más de 20.000 hombres para obligar a dimitir a un prefecto duro y hostil. Las expediciones de castigo alcanzaron un nuevo ápice de barbarie: Balbo, el jefe de las escuadras de Ferrara, escribió en su diario, después de mandar una expedición de castigo a Ravena: «Atravesamos la provincia destruyendo e incendiando todas las oficinas de las organizaciones comunistas y socialistas. Fue una noche terrible. Nuestro paso quedaba marcado por altas columnas de fuego y humo.» El último baluarte socialista capituló después de la desastrosa huelga general proclamada a fin de julio. Casi todos los dirigentes liberales se convencieron entonces de que la única forma de apaciguar el movimiento fascista era ofrecer a Mussolini un puesto en el Gobierno. Pero, ¿bastaba con eso? Mussolini se dio cuenta en aquellos momentos de que podía apuntar más alto.

La preparación de la Marcha sobre Roma fue una obra maestra de engaño. La vacilación de Mussolini en afrontar los riesgos de una tentativa de conquista del poder por la fuerza sirvió para convencer a los dirigentes liberales de que el jefe fascista era sincero cuando se declaraba



**Después de la Marcha sobre Roma, en octubre de 1922, los fascistas incendian las oficinas del periódico socialista *Avanti!*, instaladas en el edificio del periódico *Epoca*.**

partidario de una solución pacífica. El 16 de octubre Mussolini se entrevistó con los tres jefes de las escuadras fascistas, Balbo, De Bono y De Vecchi, el secretario del partido, Michele Bianchi, y dos generales del Ejército regular. De Bono y De Vecchi eran partidarios de la prudencia, pero no Balbo, que observó: «Tenemos la ventaja de la sorpresa. Nadie cree seriamente en nuestros planes de insurrección.» Bianchi convenció a Mussolini de la necesidad de actuar con presteza. El Gobierno estaba entonces presidido por Luigi Facta, un amable anciano con poca capacidad de decisión, que debía su actual posición a haber servido fielmente a Giolitti. Mussolini temía aún que este último volviera al poder: un hombre que había dado órdenes de disparar contra D'Annunzio en Fiume era ciertamente capaz de dar órdenes de disparar contra ellos. Por una ironía de la suerte, el otro hombre a quien Mussolini temía en aquellos momentos era el propio D'Annunzio: la última *pose* adoptada por el poeta era la de un gran pacificador, de un hombre que podría reconciliar lo irreconciliable y curar las heridas de la discordia nacional. Muchos fascistas eran sensibles todavía a su hechizo, y la noticia de que se proponía dirigir la palabra a una gran concentración de excombatientes el día 4 de noviembre, aniversario de la victoria, influyó probablemente en la decisión de Mussolini. Hasta el último minuto, éste siguió negociando con Giolitti la formación de un gobierno de coalición bajo la dirección del mismo Giolitti, mientras ofrecía a D'Annunzio la presidencia de un triunvirato revolucionario.

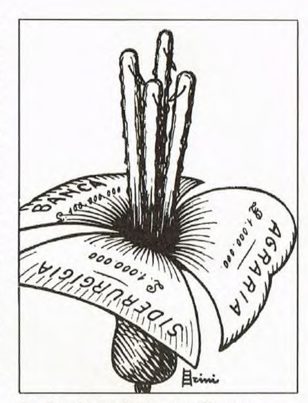
Los planes finales de la Marcha se prepararon durante el Congreso del Partido Fascista en Nápoles, después de que 40.000 *squadristi* hubieron desfilado ante Mussolini. La dirección del movimiento fue confiada a un cuadrunvirato—Balbo, De Bono, De Vecchi y Bianchi— que instalaría su cuartel general en Perugia. El propio Mussolini permanecería en Milán. El 27 de octubre, por la tarde, los fascistas empezaron a movilizar sus escuadras por todo el Norte y Centro de Italia. A las 8 de la tarde el Rey llegaba a la capital.

**A Roma**

El plan preveía la ocupación de los edificios públicos de todo el Norte y Centro de Italia como primera etapa en la conquista del poder; en una segunda etapa, tres columnas se concentrarían en las carreteras que conducen a Roma, y convergirían sobre la capital. En realidad, la Marcha sobre Roma fue un colosal *bluff*. La ciudad estaba defendida por 12.000 hombres del Ejército regular, mandados por un jefe de indudable lealtad, que habrían podido dispersar fácilmente a las mal armadas bandas fascistas. Muchos fascistas no llegaron a sus puntos de concentración; viajaban en tren, y, para detenerlos, bastó con levantar unos cuantos metros de raíles. Entre los que llegaron, pocos llevaban fusil o escopeta; iban armados con simples cachiporras y carecían de víveres. Sólo podían rondar calados hasta los huesos bajo la torrencial lluvia de otoño. Todo dependía de la voluntad de resistencia del Gobierno, del Ejército, y, sobre todo, del Rey. Víctor Manuel III se había comportado siempre como un correcto monarca constitucional, y había manifestado escasa simpatía por los fascistas. Pero, pesimista por temperamento, tenía poca confianza en sus consejeros y en sus súbditos. Se daba perfecta cuenta de que hacía una triste figura en uniforme militar al lado de su primo, el Duque de Aosta; el Rey habría sido el más bajo de los hombres de su Ejército si, con tacto, no se hubiese rebajado la talla mínima requerida para el reclutamiento.

A las 8 de la tarde del 27 de octubre, cuando el Rey llegó a Roma desde su residencia en el campo, dijo al primer ministro que estaba decidido a oponerse a la violencia. Entonces Facta, con un exceso de sangre fría, se fue a acostar. Durante la noche empezaron a llegar de toda Italia noticias de la ocupación de estaciones de ferrocarril, centrales de teléfonos, oficinas de correos y edificios oficiales. Finalmente, Facta tuvo que levantarse de la cama. A las 6 de la mañana, se reunió el Consejo de Ministros, que, confiando en la aprobación del Rey, decidió la proclamación del estado de emergencia. Pero, a las 9 de la mañana, cuando Facta se presentó al Rey con el decreto correspondiente, Víctor Manuel se negó a firmarlo.

El Rey era un hombre extremadamente taciturno y enemigo de las indiscreciones, y las razones de aquel cambio de opinión durante la noche del 28 de octubre siguen siendo uno de los misterios de la historia; probablemente temía que alguno de los generales del Ejército abrigara el propósito de hacerle abdicar en favor del Duque de Aosta, cuya simpatía por los fascistas era conocida. Aunque hubiese sido capaz de resistir, tal acto de fuerza habría significado el peligro de una guerra civil y el descrédito de la dinastía. Si bien la Marcha sobre Roma no era en sí misma una verdadera amenaza, la insurrección fascista había conseguido la desintegración




**«La flor del fascismo», por Giuseppe Scalarini; los pétalos de los grandes negocios, la banca y los latifundios ponen al descubierto unos estambres que adoptan la forma de porras: la violencia del fascismo.**

de la autoridad del Gobierno en muchas provincias, y, en ese sentido, constituía un eficaz medio de presión.

Una vez el Rey hubo denegado su firma al decreto que declaraba el estado de emergencia, Mussolini se encontró con todas las cartas en la mano. El propio Víctor Manuel, los partidos de la derecha e incluso algunos fascistas continuaban creyendo que sería posible formar un gobierno presidido por el jefe de los conservadores, Salandra; pero Mussolini se negó a aceptar cualquier cargo que no fuera el de primer ministro. El Rey no se había concedido otra alternativa que la de poner luz verde, y Mussolini llegó tranquilamente a Roma, en coche-cama, en la madrugada del 30 de octubre. Con su fino sentido propagandístico insistió, a pesar de la resistencia del Rey, en que se permitiera a las legiones fascistas desfilar triunfalmente por la capital. Los ferrocarriles habían vuelto de nuevo a funcionar, y a las columnas de aquellos que habían llegado a pie, mojados y hambrientos, se añadían ahora millares de fascistas procedentes de todas las regiones de Italia. La ocupación de Roma fue así el resultado y no la causa de la toma del poder por Mussolini, pero sirvió a su fin. El mito de la revolución fascista había nacido, e Italia tenía a su *Duce*

**Adrian Lyttelton**



# La Italia de Mussolini

**Mussolini intentó ser un dictador eficiente, pero su régimen fue ampuloso, ineficaz y limitado. Pretendía ser un revolucionario y un socialista, pero sus medidas reaccionarias arrebataron a los obreros la escasa protección de que gozaban.**



**Una muchacha italiana exhibe orgullosamente un retrato de Mussolini en su traje de baño.** *Página contigua:* **«Mussolini», composición pictórica, por L. Ambrosi, que es una espectacular exaltación del fascismo. En el interior de la cabeza del** *Duce* **aparece un pernicioso consejero del presente: la grandeza del pasado.**

El nuevo ministerio formado por Mussolini el 31 de octubre de 1922 reflejaba la ambigua naturaleza de la ascensión del fascismo al poder, a medio camino entre el *coup d'état* y el respeto a las tradicionales formas constitucionales, fruto simultáneo de la insurrección armada y del compromiso político. Fue un heterogéneo gabinete de coalición en el que estaban representadas prácticamente todas las fuerzas parlamentarias, a excepción de los comunistas y los socialistas, y en el que los fascistas estaban en clara minoría. Mussolini se reservó para sí los ministerios del Interior y de Asuntos Extranjeros, además del puesto de primer ministro.

Pero, en realidad, poco importaban ya las delicadas sustituciones en el equilibrio parlamentario ante la situación política radicalmente nueva que había aparecido en el país. Los partidos tradicionales habían demostrado ampliamente su impotencia sustancial. Estaban condenados a padecer la creciente imposición de aquella minoría decidida y violenta que, tras haber creado un clima de guerra civil en el país, había impuesto ilegalmente una solución, en apariencia respetuosa de la ley, al problema del gobierno, evitando así el presentarse ante la opinión pública moderada como una facción meramente subversiva.

Era evidente que los italianos no tenían consciencia, en general, de que acababan de iniciar el camino de la dictadura. Incluso aquellos que se daban cuenta de la naturaleza intrínsecamente autoritaria del movimiento fascista, se mostraban en general escépticos acerca de la posibilidad de que echase profundas raíces en el país, y tendían a considerarlo un pasajero fenómeno de transición hacia una nueva forma de organización política. El fascismo tenía una naturaleza compuesta y contradictoria, lo cual impidió a la mayoría de las personas reconocer a tiempo sus características esenciales. Por algo Dino Grandi, una de las principales lumbreras del movimiento, había podido observar, un año antes de la Marcha sobre Roma, que el fascismo contenía un poco de todo: «Incluye a los viejos seguidores de Salandra, los demócratas liberales, los nacionalistas, los monárquicos, los anarquistas, los republicanos, los individualistas intransigentes, los individualistas acomodaticios, los sindicalistas, los individuos difíciles y los inquietos por temperamento o costumbre, siempre dispuestos a hacerse con los despojos de los otros partidos.»

Sólo una de sus facetas se descubría cada vez con mayor claridad: su naturaleza violentamente antisocialista y, por consiguiente, antiproletaria. Pero eso, en una fase de creciente confusión en el seno del movimiento obrero y de agresiva reacción burguesa, representaba un elemento de fuerza y estabilidad para el fascismo.

**Consolidación**

Mussolini no tardó en dejar bien sentado que se consideraba a sí mismo, más que como la cabeza de una coalición basada en la mayoría parlamentaria, como el *Duce* de un partido que se había asignado los privilegios del ejercicio del poder. Dos acontecimientos esenciales sancionaron, a principios de 1923, la ruta que había elegido: la constitución del Gran Consejo Fascista y la creación de la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional (M.V.S.N.).

El Gran Consejo, cuyos miembros eran nombrados por el propio Mussolini entre los altos jerarcas del Fascio, constituía el vínculo, a alto nivel, entre la voluntad política del Partido Fascista y el tradicional aparato estatal. Era el órgano que discutía y aprobaba las líneas generales de la política del Gobierno y las principales propuestas legislativas que luego se sometían, para su redacción definitiva, al Consejo de Ministros y, finalmente, al Parlamento. De ese modo, la tarea de iniciar la actividad política y legislativa fue traspasada de los órganos normales del Estado constitucional a un grupo privado que representaba los intereses y aspiraciones de una mera facción, y que, con el paso del tiempo, estuvo crecientemente some-





*Página anterior, izquierda:* **la guardia personal de Mussolini, en una pintura italiana; sus hombres, todos parecidos al** ***Duce*****, saludan con los puñales en alto. La histeria ritual de las exhibiciones fascistas sostenía la infalibilidad de Mussolini y el culto al Estado.** *Página anterior, derecha:* **este cartel fascista asocia la exaltación de la juventud y la salud con el militarismo.**

tido a las decisiones arbitrarias de Mussolini. La anomalía era tanto más llamativa cuanto que las estructuras del sistema parlamentario y pluripartidista siguieron existiendo durante algunos años.

Con la transformación de las «escuadras de acción» fascistas en una milicia reconocida y subvencionada por el Estado, se institucionalizó definitivamente la violencia en favor de una minoría. Aquello no suscitó, ni siquiera en las filas de la oposición, la consternación e indignación que podían esperarse, puesto que daba la impresión de un retorno a la legalidad: oficialmente, al menos, eran disueltas las escuadras que habían difundido el terror en muchas regiones de Italia como uno de los principales instrumentos del triunfo del fascismo.

Las primeras e importantes medidas del Gobierno en el sector económico y social coincidieron ampliamente con las aspiraciones del mundo financiero e industrial: abolición de la norma que prescribía la obligación de facilitar los nombres y direcciones de los accionistas, una medida introducida en 1920 por Giolitti pero que aún no había entrado en vigor; transferencia a la empresa privada de los servicios telefónicos; abolición del monopolio estatal de los seguros de vida; cese de la investigación de los beneficios obtenidos durante la guerra, y reducción de diversos impuestos pagados por los ricos.

**Amenaza de crisis**

En el sector administrativo, además de diversas reformas de escaso efecto práctico introducidas para mejorar la eficiencia del aparato estatal, el Gobierno emprendió una reconstrucción general de la burocracia. Naturalmente, no perdió aquella oportunidad para realizar una hábil, aunque limitada, depuración entre los funcionarios del Estado.

El fascismo no había conquistado aún el poder absoluto; pero con la violencia y la constante amenaza de ulteriores violencias, controlaba el consenso de las formaciones políticas tradicionales del centro y de la derecha, dentro del sistema parlamentario. Mussolini se enfrentaba, pues, con el problema de asegurarse una mayoría leal y estable en el Parlamento, problema que resolvió arrancando a la propia Cámara —fuertemente desconcertada y hábilmente manejada con lisonjas y amenazas veladas— una nueva ley electoral, según la cual cualquier partido que obtuviese la mayoría relativa de votos, con tal que sobrepasasen el 25 % del total, tendría derecho a dos terceras partes de los escaños. La Cámara fue entonces disuelta, y se convocaron elecciones para abril del año 1924.

Los resultados no podían ofrecer duda alguna. El Gobierno ejerció toda clase de presiones sobre el electorado, y en muchas zonas del país la violencia de las escuadras fascistas fue una vez más desencadenada contra las fuerzas de la oposición. Mussolini patrocinó una amplia coalición electoral por la cual los políticos de opiniones conservadoras y moderadas se vieron hasta cierto punto obligados a unirse al carro de los fascistas, con el fin de asegurarse el apoyo de aquellos vastos sectores de la opinión pública burguesa que eran fervientes partidarios de un gobierno «fuerte», aunque repudiasen los elementos más extremistas del fascismo.

La «lista electoral» del Gobierno obtuvo aproximadamente el 65 % de los votos. El resto resultó dividido entre las formaciones políticas más variadas, que se vieron así condenadas a la impotencia a nivel parlamentario, lo mismo que desde hacía tiempo se habían hecho cada vez más impotentes a nivel político general.

Entonces, en el momento mismo en que Mussolini y el fascismo parecían haberse consolidado finalmente en el poder, apareció una súbita amenaza de crisis.

El 30 de mayo de 1924 el diputado socialista Giacomo Matteotti pronunció en la nueva Cámara un implacable discurso contra el Gobierno y su jefe, denunciando, entre otras cosas, con abundantes detalles, la atmósfera de terror en que se habían celebrado las elecciones. El 10 de junio Matteotti fue secuestrado a plena luz del día, en una calle de Roma, por una banda de fascistas que formaban parte de la organización —protegida por el propio Ministerio del Interior— encargada de las «operaciones de castigo» contra los más destacados adversarios políticos. La desaparición del diputado socialista provocó indignación incluso en muchos círculos políticos hasta entonces decididamente partidarios del fascismo: aunque el cadáver de Matteotti no se descubrió hasta varios meses más tarde, inmediatamente fue obvio que había caído víctima de un odioso crimen político. La responsabilidad directa de Mussolini —en el sentido de orden concreta en tal sentido— por el secuestro y asesinato de Matteotti, nunca ha sido probada de manera indudable. Es muy poco probable que no tuviese conocimiento del proyecto; además, no es posible negar su responsabilidad moral por el crimen, y ésa era también la convicción de una gran parte de la opinión pública.

Un enorme vacío se abrió en torno a Mussolini, y por un momento su posición pareció muy comprometida. Pero la ola de indignación colectiva levantada por un episodio que a ojos de muchos asumía el valor de símbolo de la verdadera naturaleza del fascismo no podía, por sí misma, derrocar un sistema político que no vacilaba en emplear la violencia para sobrevivir. Sin embargo, no se hizo tentativa alguna de oponer la violencia a la violencia, ni de derribar a Mussolini por un acto de fuerza, e incluso los vanos intentos de organizar huelgas en algunas ciudades significaron muy poca cosa. En lugar de presentar batalla, la oposición minoritaria en la Cámara optó por el camino de la abstención. Fue la llamada «secesión aventina»: los diputados de la oposición, incluidos los del Partido Popular (católico) que habían salido del equipo ministerial el año anterior, decidieron no participar en las actividades parlamentarias hasta que el Gobierno hubiese restaurado la ley y el orden. Los diputados aventinos, firmemente determinados a evitar el recurso a medios que no fueran perfectamente legales, esperaban de ese modo aislar al Gobierno fascista y obligarlo a la retirada, bajo la presión de la opinión pública. Fue un error, porque de ese modo se privaron a sí mismos del único medio de que disponían para desembarazar al país de Mussolini sin salirse de la legalidad: la intervención del soberano. Víctor Manuel III habría podido, en efecto, deponer al Ministerio por propia iniciativa, como le permitía la Constitución. Pero, vacilante e inseguro como siempre ante la posibilidad de una guerra civil, el Rey se refugió obstinadamente en el legalismo constitucional, y se negó a darse por enterado de mensaje alguno de la oposición que no le llegase por la vía parlamentaria.

Mussolini dispuso así de tiempo para reponerse. A fin de año estaba otra vez firmemente sentado en su silla de montar, y debía enfrentarse con una revuelta cocida a fuego lento en el seno de su propio partido. Los elementos extremistas más turbulentos lo acuciaban a que se desembarazase de la oposición y de los últimos

*Derecha:* **Mussolini, en junio de 1924, contempla la multitud antes de pronunciar un discurso; le gustaba hablar ante estatuas que recordasen la antigua gloria imperial, y afectaba desdeñar la adulación, aunque, indudablemente, le satisfacían los furiosos gritos de** ***Duce, Duce, Duce,*** **que acompañaban sus alocuciones histriónicas y supuestamente espontáneas.**



1



2




*1* **Mussolini, como primer ministro, saluda en el curso de una revista naval celebrada en Portofino en 1926.**
*2* **Caricatura italiana: Bandi, un sátrapa fascista, se pavonea de su dominio sobre las autoridades locales, conseguido mediante el uso frecuente de la porra y del aceite de ricino.**

restos de liberalismo constitucional, e implantara una declarada dictadura. Aquellos extremistas eran en particular los pequeños burgueses de provincias, el núcleo fascista originario, que había esperado prosperar en la administración pública, y que, después de la Marcha sobre Roma, había sufrido la profunda decepción de ver cómo las viejas clases dominantes permanecían imperturbables en los puestos del poder.

**Aparece el Dictador**

El 3 de enero de 1925 Mussolini dio el paso que iba a transformar finalmente su régimen en una dictadura real y verdadera. En un discurso ante la Cámara declaró, en tonos desafiantes, que asumía la entera responsabilidad de todo lo que había ocurrido hasta entonces: «Si el fascismo ha sido una asociación delictiva, ¡yo soy la cabeza de esa asociación delictiva!» Había llegado el momento de liberarse de toda rémora y decidir con la fuerza la pugna entre «dos elementos irreductibles». A las palabras siguieron inmediatamente los hechos: disolución de las organizaciones «subversivas»; cierre de los círculos de oposición; detenciones y procesos; supresión progresiva de la libertad de prensa; creciente recurso a la represión policíaca y a las intervenciones de la Milicia Fascista. Luego, en noviembre de 1926, la libertad recibió el golpe de gracia. Valiéndose como pretexto de un atentado contra la vida de Mussolini, cuyas circunstancias han permanecido siempre envueltas en el misterio, el Gobierno adoptó una serie de medidas que sancionaron el final de la exigua vida política autónoma que todavía quedaba en Italia. Todos los partidos y asociaciones cuyas actividades se estimaban contrarias al régimen fueron disueltos; los periódicos que aún no se habían puesto en línea fueron suprimidos; los diputados aventinos fueron expulsados de la Cámara; se implantó la pena de muerte para los delitos políticos más graves; se creó un tribunal especial, compuesto por oficiales del Ejército y de la Milicia, que debía juzgar sumariamente aun los delitos políticos menores. Toda forma de oposición o crítica contra el régimen, por sensata e indirecta que fuese, estaba ahora condenada a la clandestinidad.

El régimen policíaco así creado fue duro, pero no inhumano ni sangriento, al menos si se lo compara con otros regímenes totalitarios de este siglo. Las sentencias de muerte pronunciadas por el tribunal especial en tiempos de paz —es decir, hasta fines de 1940— no pasaron de diez, de las cuales cinco corresponden a nacionalistas eslavos acusados de actos de terrorismo. Se dictaron unas 4.000 sentencias de cárcel, a veces muy duras, y para los miembros de la oposición que se estimaban menos peligrosos había destierros temporales, bajo vigilancia de la policía, en alguna región remota, como las pequeñas islas del Mediterráneo. No existieron nunca verdaderos campos de concentración, ni campos de trabajos forzados.

La oposición clandestina, que estuvo bastante viva hacia fines de los años veinte y comienzos de los treinta, antes de ser finalmente rota por la represión policíaca, procedía de dos fuentes principales: la organización comunista, apoyada por las masas obreras de los centros industriales del Norte, y los grupos de «*Giustizia e Libertà*», un nuevo movimiento político formado principalmente por intelectuales demócratas radicales, fundado en 1929 por Carlo Rosselli y dirigido por éste desde su exilio en París. La oposición clandestina interna estaba, como es natural, íntimamente vinculada a los diversos grupos exiliados en el extranjero, especialmente en Francia. Sin las informaciones, la propaganda y la acción directa proporcionadas por el movimiento de los exiliados, la resistencia interna, que ya operaba en dificilísimas condiciones psicológicas y materiales, habría sido ciertamente mucho más débil y habría estado más expuesta a crisis de desaliento y a la tentación de rendirse incondicionalmente. Por otra parte, la resistencia interna, incluso dentro de la estrechez de sus límites, era indispensable a los emigrados antifascistas, como prueba concreta de que sus sacrificios no eran inútiles y de que sus esperanzas no eran puramente ilusorias.

**Un partido mal organizado**

La gran mayoría de los italianos no fue, empero, afectada por la acción del antifascismo militante, así como la opresión policíaca del régimen no intervino tampoco directamente en las actividades de aquellos —la mayoría— que limitaban sus intereses a las exigencias de la vida diaria.

Lo que hacía tolerable la dictadura fascista, incluso para quienes estaban muy lejos de aprobar sus principios y sus métodos, era la tendencia del régimen a contentarse con las apariencias más que con la realidad. Eso permitía a la mayoría de las personas conservar su independencia, a pesar de que el fascismo se jactaba presuntuosamente de dirigir todos los aspectos de la vida pública y privada. El Estado se proclamaba totalitario, pero el partido, que debería haber constituido el instrumento principal para «fascistizar» el país, se convirtió en un farragoso aparato burocrático, desprovisto de toda vida por su estructura autoritaria y rígidamente centralizada, que no permitía ningún debate interno efectivo. Su papel esencial se redujo finalmente a organizar la propaganda y las ceremonias espectaculares y ostentosas.

El carácter amorfo del partido fue ulteriormente acentuado por la falta de selectividad en el reclutamiento de sus miembros. Se unían al partido, de modo automático e indiscriminado, todos los jóvenes pertenecientes a las organizaciones fascis-



tas juveniles, a las cuales debían obligatoriamente inscribirse todos cuantos asistían a escuelas primarias y secundarias. Es verdad que a partir de 1925 estuvo rigurosamente limitado el acceso al partido de otras categorías de ciudadanos, para evitar el riesgo de que los oportunistas del último minuto tomasen por asalto el carro del vencedor, pero en 1932, en ocasión del décimo aniversario de la Marcha sobre Roma, la pertenencia al Partido Nacional Fascista (P.N.F.) se hizo accesible a todos, excepto a los notorios antifascistas. Cuando, poco después, el acceso a todos los cargos públicos fue condicionado a la inscripción al partido, quedó definitivamente sancionada la transformación del P.N.F. de organización política en aparato meramente burocrático. Si añadimos, por último, que Mussolini puso siempre de relieve el principio de la supremacía —en las más importantes cuestiones políticas y administrativas— de los órganos tradicionales del Estado respecto a los del partido, y que se atuvo rígidamente a ese principio, se tendrá una idea clara de las razones que impidieron al Partido Fascista desempeñar un papel verdaderamente dinámico y creativo. Fue, simplemente, uno de los instrumentos a disposición de una minoría para el ejercicio autoritario del poder.

Las pretensiones totalitarias del régimen fascista se encontraron también limitadas por la presencia de dos instituciones que, aunque en medida diferente, tenían raíces mucho más profundas en la vida italiana: la monarquía y la Iglesia Católica.

Ciertamente, el advenimiento del fascismo y el establecimiento de la dictadura de Mussolini habían circunscrito aún más rigurosamente la influencia de la corona en la dirección política del país. Mussolini tomaba todas las decisiones, incluso las más vitales, sin obtener el asentimiento del Rey, aunque solía mantenerlo escrupulosamente informado sobre el estado de las cuestiones más importantes. Pero la monarquía continuaba representando un polo autónomo de atracción para la lealtad de los ciudadanos —en particular, de la clase alta y del Ejército—, haciendo así menos firme aquel monopolio de la conciencia política de los italianos, que era uno de los objetivos del totalitarismo fascista. Eso significaba que la monarquía podía fácilmente convertirse —como lo

**Visión ideal de un «Camisa Negra». Apenas hay relación entre este héroe romántico y los brutales aventureros que ayudaron a Mussolini a escalar el poder.**



haría años más tarde— en el punto de convergencia de los descontentos y adversarios del régimen, lo que constituía una amenaza mortal para el fascismo.

En sus relaciones con la Santa Sede, Mussolini supo aprovecharse de la gradual acomodación de la Iglesia al Estado, de la cual habían ya aparecido signos evidentes en el último período del régimen liberal. En realidad, la creencia en que sería más fácil llegar a un acuerdo con un gobierno fascista había sido una de las razones que indujeron a Pío XI y sus consejeros a tomar una actitud esencialmente benévola en sus relaciones con Mussolini.

El 11 de febrero de 1929 Mussolini, en nombre de Italia, y el cardenal Gasparri, secretario de Estado, en nombre de la Santa Sede, firmaban el Pacto de Letrán, la llamada Conciliación. El Gobierno hacía muchas concesiones importantes, reconocía el catolicismo como religión oficial del Estado y garantizaba a la Iglesia una particular posición de privilegio. Mussolini desarmaba así, sin disparar un tiro, a uno de los oponentes más peligrosos —en potencia— para su régimen, y aseguraba para el fascismo la adhesión de las masas católicas bajo la dirección de un clero que, en su mayoría, le era sustancialmente favorable. No fue un simple accidente el hecho de que las elecciones plebiscitarias, que se celebraron inmediatamente después de la Conciliación para elegir una Cámara basada en el nuevo sistema de la lista única de candidatos designados por el partido, resultasen un éxito clamoroso para Mussolini y para el fascismo, un éxito que no podría explicarse exclusivamente por la absoluta falta de libertad política. Muchos habían votado afirmativamente por íntimo convencimiento, y la contribución de los nuevos votos católicos no fue ciertamente de las menos decisivas.

No obstante, a la larga, el acuerdo con la Iglesia constituyó también un elemento de debilidad para el régimen. Una vez más el fascismo renunciaba al intento de asegurarse el monopolio de las conciencias, y aceptaba formalmente vivir junto a una institución de convicciones ideológicas profundamente distintas y que, por estar tan firmemente arraigada en las honduras de la vida italiana, no podía

**Concentración fascista en la Piazza Venezia, Roma, 1929. Desde el balcón principal del Palazzo Venezia, a la izquierda de la fotografía, Mussolini anunciaría años después la conquista de Abisinia y la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial.**

1


2



**1 «El déspota benéfico», según el caricaturista inglés sir Max Beerbohm. El rey Víctor Manuel III de Italia presenta su monolítico primer ministro al rey Jorge V de Inglaterra y comenta: «Ha hecho milagros en mi pueblo; si usted quiere, se lo prestaré...»**
**2 Caricatura alemana que ridiculiza al fascismo italiano (1926); Víctor Manuel rinde honores a un cómico monumento al Nuevo Imperio Romano donde aparecen Mussolini y D'Annunzio como Rómulo y Remo.**

menos que constituir una seria limitación a sus aspiraciones totalitarias.

El fascismo, una vez transformado en dictadura, se esforzó en proveerse de una teoría económico-social que, contra lo que pudiera pretenderse, tenía muy poco de original: una teoría que trataba de disimular su estructura clasista antiproletaria y pretendía reducir las tensiones sociales sin erosionar la posición privilegiada de los grupos económicamente dominantes. Era la teoría del «Estado Corporativo», propuesto como una superación tanto del mezquino individualismo liberal y burgués como del colectivismo socialista, y cuya realización debía lograrse mediante la colaboración de clases, más que por la lucha de clases. Tal perspectiva no podía menos que ofrecer un cierto atractivo, especialmente cuando la depresión económica mundial posterior a la crisis de 1929 puso al desnudo las graves contradicciones del capitalismo, mientras la violencia y los excesos del estalinismo parecían condenar a un fin miserable el experimento colectivista de la Unión Soviética.

El Estado Corporativo iba a presenciar la armoniosa mezcla de los intereses opuestos del capital y el trabajo en el cuadro de unas corporaciones que, bajo la égida del Estado, ofrecerían un lugar donde podrían encontrarse los representantes de uno y de otro, a fin de llegar a un mutuo entendimiento, según los diversos sectores productivos. Tal colaboración presuponía, sin embargo, plena paridad entre patronos y obreros, una paridad que, por el contrario, estaba en patente contradicción con la función histórica del fascismo.

Los sindicatos fascistas, los únicos permitidos y reconocidos por el Estado, carecían de verdadera autonomía, y sus jefes, impuestos desde arriba, más que representantes de los obreros eran de hecho agentes del partido y del Gobierno. Si a eso se añade la eliminación de las comisiones internas de las fábricas y la abolición del derecho de huelga, se comprenderá fácilmente cuán precaria llegó a ser la condición de los trabajadores, cuando el cuidado de sus intereses dependía de la buena voluntad de los «superiores jerárquicos». Estos últimos eran, por su parte, mucho más la expresión de las clases patronales que de las masas obreras.

Las crisis económicas de la década de los treinta fueron parte de un fenómeno a escala mundial, pero el fascismo es hasta cierto punto responsable de los efectos que tuvieron sobre Italia. Con el pretexto de hacerla más fuerte, había privado a la clase obrera de su más eficaz instrumento de defensa. La teoría y la organización fascistas no ofrecían bases sobre las que pudieran tenderse puentes para franquear la Gran Depresión.

**Alberto Aquarone**



Arriba: caricatura italiana donde se escarnece la llamada «secesión aventina» que siguió al asesinato de Matteotti; los fascistas asumen la carga del gobierno, mientras los socialistas quedan encerrados en una botella. Izquierda: cartel italiano que pide la destrucción del bolchevismo; un fascista pisotea la bandera roja. Abajo: fascistas vestidos con toga, como los chiquillos que juegan a «romanos».



## Habla «il Duce»

«Quiero marcar mi era con mi voluntad, como un león con su garra.»

«Creéis firmar mi sentencia de muerte, pero estáis equivocados. Hoy me odiáis porque en el fondo de vuestros corazones seguís amándome... ¡Pero todavía no habéis visto lo último! Doce años de mi vida de partido son, o deberían ser, garantía suficiente de mi fe en el socialismo» (Milán, 25 de noviembre de 1914, al ser expulsado del Partido Socialista).

«El fascismo es un movimiento de realidad, de verdad, de vida que se adhiere a la vida. Es pragmático. No tiene apriorismos, ni fines remotos. No promete los consabidos cielos del idealismo. No presume de vivir para siempre, ni para mucho tiempo» (julio de 1919).

«Hay algo romano y guerrero, más que militarista, en todas nuestras actitudes. Tampoco falta en ellas la pompa y el pintoresquismo. Para mí, ese lado es muy importante. No comprendo la política taciturna y lóbrega» (mayo de 1921).

«... El fascismo italiano representa... una reacción contra los demócratas, que lo habrían hecho todo mediocre y uniforme, y trataban por todos los medios de encubrir y convertir en transitoria la autoridad del Estado... La democracia ha arrebatado la «elegancia» en la vida de las gentes, pero el fascismo se la devuelve; o sea, le devuelve color, fuerza, carácter pintoresco, lo inesperado, misticismo, y, en realidad, todo lo que cuenta en el alma de las multitudes» (Milán, 6 de octubre de 1922).

«Podía haber transformado esta triste sala en un campamento armado de camisas negras, en un vivac de cadáveres. Podía haber cerrado con clavos las puertas del Parlamento» (discurso a la Cámara de Diputados, 16 de noviembre de 1922).

«Mis antepasados eran campesinos que labraban la tierra, y mi padre era un herrero que forjaba el hierro. A veces, de niño, yo ayudaba a mi padre en su tarea, dura y humilde; ahora tengo ante mí la tarea, infinitamente más difícil, de forjar almas» (Milán, 6 de diciembre de 1922).

«Mi ambición, honorables senadores, es solamente una. Ante ella, no me importa trabajar catorce o dieciséis horas diarias. Y no me importaría perder la vida, ni lo consideraría un sacrificio superior a lo debido. Mi ambición es ésta: hacer al pueblo italiano fuerte, próspero, grande y libre» (discurso al Senado, 8 de junio de 1923).

### Lemas fascistas

¡Creer! ¡Obedecer! ¡Combatir!

El que tiene acero tiene pan.

Nada se ha conseguido nunca en la historia
sin derramamiento de sangre.

Es mejor vivir un día como un león
que cien años como una oveja.

La guerra es al macho
lo que la cría de hijos a la hembra.

Un minuto en el campo de batalla
vale por toda una vida de paz.





Arriba, izquierda: **Mussolini, con la nariz vendada tras el tercer atentado contra su vida (abril de 1926); la bala, disparada por una irlandesa, Violeta Gibson, sólo rozó su nariz. Sus fieles creyeron que el Duce se encontraba bajo la protección divina. Mussolini se impresionó al conocer el sexo de su asaltante: «¡Qué fantástico! ¡Una mujer!», observó. Y añadió con su típica retórica: «Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme.»** Arriba, derecha: **amigo de los animales, Mussolini poseía un zoo con caballos, perros, gacelas, un mono, un águila, un ciervo y un cachorro de tigre.** Abajo: **el Duce con su leona domesticada «Italia», junto a la cual solía «posar» para los periodistas.**



# Los Tratados de Letrán

**En 1929 Mussolini y Pío XI decidieron terminar con una disputa que desde hacía cincuenta años mantenía en tensión la Iglesia y el Estado. El Papa salió ganando en el terreno religioso, y, en contrapartida, aceptó mantenerse al margen de la política. El pacto, a pesar de las frecuentes discusiones entre las partes, duró hasta el fin del régimen de Mussolini.**

En todas las épocas ha sido un principio generalmente admitido el de que el Papa no debe estar sometido a los gobernantes temporales, y, durante siglos, los pontífices romanos ejercieron un dominio temporal sobre la ciudad de Roma y su territorio circundante. Este estado de cosas duró hasta que Napoleón hizo prisionero al papa Pío VII y se anexionó Roma. Después de la derrota de Napoleón en 1815, el Papa volvió a sus dominios: Roma, el territorio circundante —conocido como Patrimonio de San Pedro— y la Romagna y las Marcas al otro lado de los Apeninos. Mientras Italia estuvo dividida en un número de pequeños principados, no constituyó ningún problema grave el hecho de que el Papa fuese el gobernante de uno de ellos, pero cuando, respondiendo al espíritu nacionalista de la época, Italia se mostró partidaria de su unidad política, se planteó la cuestión de cuál sería el destino de los Estados Pontificios. Pío IX, que fue elegido Papa en 1846, no era nada opuesto por temperamento a la unidad italiana; incluso al principio se consideró la posibilidad de que Italia adoptase la forma de una federación al frente

**Fin del aislamiento papal (julio de 1929). Pío XI es el primer Papa que salió del Vaticano desde que Pío IX, cincuenta y nueve años atrás, se encerró allí como prisionero.**



de la cual estuviera el Papa. Pero, desgraciadamente, los austríacos ocupaban el territorio del Norte de Italia, y apenas podía dudarse de que la unidad italiana solamente era posible al precio de una lucha para expulsar a los austríacos. Pío IX, aunque no dejaba de ver con simpatía la unidad italiana, no estaba en modo alguno dispuesto a ir a la guerra contra un Estado católico como el Imperio Austríaco.

Los nacionalistas italianos se volvieron, pues, contra el Papa; y los reyes de Cerdeña, que gobernaban en el Estado septentrional del Piamonte, se erigieron en adalides de la causa nacionalista. En 1859 y 1860 los piamonteses ocuparon, junto con otros territorios italianos, los dominios papales de la Romagna y las Marcas, y el Papa quedó limitado a Roma y el Patrimonio de San Pedro. En 1870, como resultado de la guerra franco-prusiana, los franceses tuvieron que retirar su guarnición de Roma, y los piamonteses entraron en la ciudad. Sólo encontraron una resistencia simbólica en las tropas papales, y Pío IX, como protesta por lo que consideraba un acto de violencia, se encerró como prisionero en el Vaticano, del que no saldría Papa alguno durante más de medio siglo.

El primer Gobierno italiano que gobernó desde Roma —el de Minghetti, de 1873 a 1876— fue de carácter conservador. La supervivencia del nuevo Estado italiano no dejaba de ser un tanto problemática. Minghetti ansiaba establecer la sede del Gobierno en Roma —como lógicamente debía desearlo cualquiera que pretendiera gobernar para toda Italia—, pero, al mismo tiempo, no tenía el menor deseo de indisponerse con la opinión católica más de lo necesario. De muy buena gana habría zanjado la cuestión mediante un acuerdo con el Papa, a quien ofreció una generosa compensación económica a cambio de la renuncia a sus pretensiones temporales. Pero la conciencia de Pío IX no le permitió tocar dinero alguno ni reconocer, sin más, la autoridad del Gobierno italiano. Éste adoptó una actitud más intransigente, y, en 1876, una administración de más acusado matiz anticlerical consideró como un acto delictivo las críticas que los sacerdotes hacían públicamente del Gobierno, y prohibió que continuaran reuniéndose en privado los religiosos o las monjas cuyas congregaciones habían sido suprimidas por decreto oficial. Pío IX replicó con el *Non expedit*, por el que se prohibía a todos los católicos tomar parte en las elecciones. Bajo Pío X, en los primeros años de este siglo, se relajó un tanto la prohibición. El nuevo Papa estaba alarmado por los progresos del socialismo en ciertas partes del país, y dio permiso a los católicos para formar parte —bajo un rigurosísimo control episcopal— de ciertas candidaturas, cuando así fuese necesario para derrotar a los socialistas.



El boicot católico se basaba en la creencia de que el Estado Italiano sería de corta duración y de que Italia se escindiría de nuevo en principados separados, con los que sería posible establecer nuevos acuerdos. Después de la Primera Guerra Mundial se hizo ya evidente que, cualesquiera fuesen los acontecimientos futuros, no era probable que ocurriese tal cosa. Benedicto XV, sucesor de Pío X, pensó que no había nada que ganar en volverse de espaldas a la realidad, y, en consecuencia, canceló en 1919 el *Non expedit* e invitó a los católicos a intervenir de lleno en la vida del Estado. Como resultado de tal cambio, un partido católico, el *Partito Popolare*, integrado aproximadamente por los que años más tarde se denominarían democristianos, entró en la Cámara de Diputados bajo la dirección de un sacerdote siciliano, Don Sturzo, como el más fuerte de los partidos allí representados, aunque sin disponer de la mayoría absoluta. Pero el sistema parlamentario italiano estaba por entonces en un caos total, y al año siguiente Mussolini podía hacerse dueño del poder. El Rey, pensando que Mussolini era mejor que su aparente alternativa, los comunistas, le concedió su apoyo. Pío XI, que había sucedido a Benedicto XV pocos meses antes de la llegada de Mussolini al poder, decidió, con algunas vacilaciones, seguir la misma línea. Más conservador que su antecesor en cuestiones políticas, gustaba poco de Don Sturzo y de los *popolari* que tanto apoyo habían merecido de Benedicto XV. Los consideraba demasiado radicales, y, en consecuencia, decidió que, en conjunto, era



**Capellanes castrenses desfilan ante el Quirinal —Palacio Real— haciendo el saludo fascista; la Iglesia había dejado de ser una amenaza.**

mejor tratar de entenderse con Mussolini, y, en particular, ver si podía negociarse un acuerdo que resolviera la anómala autoprisión del Papa en el Vaticano.

Al cabo de dos años de difíciles regateos entre el cardenal Gasparri, secretario de Estado del Vaticano, y los fascistas, pudieron redactarse las cláusulas de un acuerdo. El 11 de febrero de 1929 fueron firmados los tres documentos que constituyen el Pacto de Letrán. El primero de ellos era un tratado entre Estados, por el que el Papa reconocía el Estado italiano y su posesión de Roma, y renunciaba a sus pretensiones sobre los antiguos Estados Pontificios. En contrapartida, el Estado italiano reconocía la plena soberanía del Papa en la pequeña Ciudad del Vaticano (compuesta por el Vaticano, San Pedro y la residencia pontificia de Castelgandolfo). El Estado italiano reconocía también la plena propiedad papal de los principales edificios eclesiásticos de la ciudad, les concedía inmunidad diplomática, prometía libre acceso a los diplomáticos extranjeros acreditados en el Vaticano, y garantizaba a la Santa Sede que nunca sufriría interferencia alguna por parte del Estado. La religión Católica, Apostólica y Romana era reconocida como «la única religión del Estado». A cambio, el Papa prometía «mantenerse apartado de todas las disputas temporales sostenidas entre las naciones y de los congresos internacionales convocados para el arreglo de tales disputas, a menos que las partes contendientes apelasen conjuntamente a la Santa Sede para su misión de paz».

El segundo documento era de carácter financiero. El Estado italiano en los días de la ocupación de Roma había ofrecido a Pío IX una compensación financiera que nunca fue aceptada. La deuda fue cancelada con la entrega de dos billones de liras al Papa.

El tercer documento era un Concordato entre la Iglesia y el Estado. La doctrina eclesiástica oficial en el siglo XIX había sostenido que la relación apropiada entre la Iglesia y el Estado en un país católico era la de concordato, por el que el Estado reconociese el catolicismo como religión nacional, y concediese a la Iglesia los privilegios pertinentes. Donde no era posible conseguir un concordato, era de presumir que los católicos vivían en situación de desventaja. Por el Concordato, se garantizaba al Papa libertad de comunicación con los obispos y católicos del mundo entero. Todos los obispos de Italia serían nombrados por el Papa, si bien éste prometía que, antes de proceder al nombramiento, sometería el nombre del candidato a las autoridades civiles, para asegurarse de que contra él no existían objeciones políticas. El obispo, antes de asumir su cargo, debía jurar fidelidad al Rey. A cambio de estas concesiones, el Estado prometía renunciar a cualesquiera presuntos derechos sobre cualquier especie de patronato eclesiástico. El Estado se comprometía a pagar los estipendios de obispos y sacerdotes. La instrucción religiosa dada en las escuelas públicas correría a cargo de personas aprobadas por las autoridades eclesiásticas. Se prohibía al clero pertenecer a cualquier partido político.

Tales arreglos habrían sido enteramente satisfactorios de haberse efectuado entre la Iglesia y un jefe político que la quisiese y respetase como un hijo obediente. Pero nadie pudo nunca pretender que Mussolini fuese un hombre así, ni se hizo nunca Pío XI tal ilusión. La pretensión fascista de acaparar por entero la lealtad de los ciudadanos era contraria a los principios católicos. Mussolini había sido educado por un padre notoriamente antirreligioso, que le puso el nombre de Benito en recuerdo de Benito Juárez, el líder anticatólico mexicano. En sus días de lucha con los partidos parlamentarios, se había mostrado por lo menos tan duro con el *Partito Popolare* de Don Sturzo como con cualquier otro, e incluso hubo cierta coacción en la firma de los Tratados de Letrán, pues Mussolini dejó entrever con bastante claridad que, si no se conseguía un acuerdo, desencadenaría una violenta campaña contra las organizaciones católicas. Con la cláusula que prohibía a los sacerdotes pertenecer a un partido político se pretendía evidentemente impedir toda posibilidad de renacimiento de los *popolari*. Desde su particular punto de vista, Mussolini deseaba construir una Italia fuerte y unida, y, en consecuencia, estaba ansioso por prevenir una disputa con la Iglesia que necesariamente había de dividir a la nación y debilitar al régimen. Pero solamente quería una alianza con una Iglesia que le estuviese subordinada. No tenía el menor deseo de ver una Iglesia lo bastante fuerte para criticar su política, y, en buena medida, consiguió inclinar el Concordato en provecho propio. No podía, ciertamente, silenciar al Papa, pero sí a cualquier voz católica independiente fuera del Vaticano. Y por un acuerdo posterior, de septiembre de 1931, se aseguró de que los obispos no nombrasen para los cargos de la Acción Católica —la organización política de la Iglesia— a personas de ideales antifascistas, lo que equivalía, en la práctica, a alejar a la Acción Católica de toda actividad política. Presionó con tal habilidad que logró la disolución de los escultistas católicos, con el fin de que los jóvenes se alistasen únicamente en las organizaciones juveniles fascistas. Mediante su veto al nombramiento de obispos, pudo asegurarse de que, en tiempo de la conquista de Abisinia o de la Guerra Mundial, hubiese en Italia pocas voces católicas que se alzasen en crítica de su política, y la cláusula del Tratado de Letrán que prohibía la interferencia del Papa en materias de disputa internacional obstaculizó eficazmente la acción pontificia. Por otra parte, el Papa pensaba que, a pesar de sus múltiples diferencias, tenía con Mussolini un gran propósito en común: la hostilidad al comunismo, que era una gran amenaza espiritual y un verdadero peligro para Italia. Puesto que la opción, según él la veía, era entre Mussolini por un lado y la anarquía o el comunismo por el otro, decidió que, en conjunto, era mejor entenderse con Mussolini. Los importantísimos privilegios que, a través de los acuerdos, permitían al Papa comunicarse libremente con los católicos de Italia y de todo el mundo, no fueron siempre respetados por el Gobierno fascista. Pero, en general, los privilegios aportaron a la Iglesia considerables ventajas, y, en particular, durante la Segunda Guerra Mundial no dejó de tener importancia el hecho de que se permitiese un acceso relativamente libre al Vaticano incluso a diplomáticos aliados.

**Christopher Hollis**

# Alemania: democracia fallida

**Mientras la Alemania de la posguerra conoció la prosperidad, las turbulencias políticas no parecieron conmoverla, a pesar de los continuos ataques desencadenados contra los cimientos de la democracia por el radicalismo derechista.**

**Caos y hambre en Berlín. El saqueo de tiendas caracterizó el período de la inflación alemana; a menudo había que llamar al Ejército y encargarle que protegiese, junto con las tiendas de comestibles, la democracia.**




En los períodos de éxitos, prosperidad y pujanza, Alemania siempre fue gobernada por hombres que sentían hacia el pueblo en general un profundo desprecio. Federico el Grande llamaba a los alemanes una nación de esclavos; Bismarck, el creador de la Alemania moderna, decía que no podía aguantarlos si no se había bebido por lo menos una botella de champaña; el káiser Guillermo les dedicaba unos comentarios no siempre respetables, y Hitler pensaba que eran indignos de la grandeza de su nación. Ese desprecio era compartido por los que desempeñaban cargos oficiales de rango inferior, especialmente a partir de la unificación del país en 1871. Los esclavos tienen que ser sometidos a disciplina, y los animales a domesticación. La tan ensalzada disciplina del Ejército alemán se proponía, en definitiva, en palabras de un pensador en uniforme, reprimir al *innere Schweinehund*, al «cerdo» que casi todos los alemanes llevaban dentro de sí. Por esa razón, entre 1871 y 1918, el sargento mayor fue, por así decirlo, uno de los componentes de la trinidad de arquetipos oficialmente sancionados, cuyo poder indiscutido penetraba profundamente en la vida de todo individuo de sexo masculino, mientras duró el reclutamiento obligatorio. Los otros dos eran el policía y el maestro de escuela. La inevitable omnipresencia de esos tres pilares de la sociedad alemana demostraba que, desde los tiempos de la unificación, según la fórmula bismarckiana del chantaje y la coacción, los alemanes no se gobernaron nunca a sí mismos, sino solamente el uno al otro. La democracia —interpretada en el sentido de responsabilidad personal, sensibilidad a la opinión pública y respeto al individuo— difícilmente podía florecer en un clima cuyas características más destacadas eran la autoridad, el poder y la invariable costumbre de tener en su sitio a los «esclavos» y los «cerdos».

Tal atmósfera no solamente ahogaba, a nivel regional, toda esperanza de autogobierno, sino que impedía el desarrollo de un apoyo espontáneo al Gobierno a nivel nacional. El Segundo Reich estaba gobernado bajo el signo de un estrecho *esprit de corps*, de carácter seudofeudal y militarista, gracias al cual la *élite* dirigente se ponía de acuerdo, casi instintivamente y sin proponérselo, sobre las técnicas que tenía que emplear para mantener sometido al resto de la población. En la primera década del siglo actual, los socialdemócratas, que habían sido en otro tiempo el partido de la revolución, se integraron tan bien en el sistema bismarckiano, heredado y presidido por el káiser Guillermo II, que llegaron a constituir el partido político más fuerte. Pero, por ser mínimo el control parlamentario y desconocida la responsabilidad ministerial, la oposición no tenía la menor esperanza de formar un gobierno turnante, y permanecía condenada a la esterilidad. Disraeli decía que ningún gobierno podía considerarse seguro durante mucho tiempo sin una temible oposición, pero, segura o no, la *élite* gobernante se mantenía en el poder, y se hacía cada año más rica, más poderosa y más obtusa. La subordinación fue el precio que pagó el pueblo alemán por la unificación nacional y la categoría de gran potencia.

En ese suelo tan poco digno de confianza, los acontecimientos de octubre y noviembre de 1918 implantaron la forma de gobierno más libre, más madura y más avanzada inventada hasta entonces por la mente humana: la República. Los franceses designan sus repúblicas con un simple número ordinal, pero la primera República alemana recibió el nombre de una pequeña e idílica ciudad de provincia, Weimar, no rozada por los acontecimientos del siglo XX y generalmente asociada a la época de Goethe y Schiller. Los socialdemócratas, llamados finalmente para formar no ya sólo un gobierno, sino una estructura política enteramente nueva, si habían escogido Weimar no lo habían hecho primordialmente para demostrar que estaban lejos del espíritu de Potsdam y el Berlín prusiano. Uno de los principales atractivos de aquella soñolienta ciudad provinciana era la ausencia de un elemento que desde noviembre dominaba en las calles de la capital alemana: el pueblo amotinado, los soldados y marinos insubordinados, los obreros rebeldes, todos aquellos, en suma, que ha-






*Izquierda.* **La inflación impone un alto en la vida cotidiana: los transeúntes se detienen frente a un banco para enterarse del cambio del marco y del valor de los últimos billetes.** *Derecha:* **hombres, mujeres y niños buscan en los montones de basura algo que pueda arder y servir de combustible para soportar el frío del invierno berlinés.**

bían sufrido las peores cargas de la guerra. Aquellos hombres y mujeres querían una genuina ruptura con el angustioso pasado, pero los reacios padres de la República, en vez de brindarles su protección, encontraron más prudente mantenerse lejos de las masas turbulentas. Por lo demás, en la era del teléfono, había escasas esperanzas de mantener alejado el espíritu de Potsdam del de Weimar. Hablando a través de una de las más siniestras «líneas rojas» de la historia, el general Groener se ofreció para sofocar la insurrección de Berlín. Como resultado, los soldados, marinos y obreros que en 1918 querían una verdadera revolución fueron pronto barridos con la escoba tan prestamente proporcionada por el Alto Mando del Ejército. La República de Weimar nacía, así, no de un *coup d'état,* sino de un *coup de téléphone.*

**La derecha y la izquierda**

La imagen que de la República de Weimar han dado los historiadores alemanes o de otros países, y la más ampliamente aceptada hoy en día, es la siguiente: la frágil nave del Estado, apenas botada al agua, derivó en seguida hacia la derecha y hacia los rápidos de la dictadura. Mediante la contrarrevolución por teléfono, la democracia alemana se convirtió en una impostura manipulada por generales, banqueros, industriales y terratenientes, desde el otro lado del Elba... y de la razón. Según esta interpretación histórica, la deriva de la República hacia la derecha fue acelerada por las insanas corrientes económicas, la impotencia financiera y la erosión social, hasta que el edificio de la democracia se derrumbó bajo los golpes de Hitler, que debió su posición a los generales, banqueros y demás. Pero ésa no fue toda la verdad. Para consignarla toda, habría que citar el arrebatador éxito obtenido en la década de 1920 por un libro titulado *El Káiser se fue, los generales permanecen,* escrito por un izquierdista excepcionalmente valeroso, Theodor Plivier. El título proclama por sí solo una verdad indudable y dramática; pero ya es bastante significativo el simple hecho de que tal libro se publicase y se vendiese. Los generales permanecían, ciertamente, y fueron ellos, junto con sus cofrades supervivientes de la época del Káiser, los que trajeron a Hitler, a pesar de lo que alguno de ellos haya podido afirmar posteriormente. Con todo, el libro de Plivier, desgarrado el camuflaje tras el que actuaban los supervivientes, fue publicado, leído, debatido, condenado y aplaudido hasta comienzos de 1933, cuando la casa de su autor, en Berlín, fue







*Izquierda.* **La organización comunista «Socorro Rojo Internacional» pide dinero para las víctimas proletarias de la lucha de clases: «No nos olvides», dice el cartel.** *Derecha.* **Propaganda electoral: el Partido Democrático Alemán busca votos para acabar con la inflación, para la unidad nacional, y para romper la coacción del enemigo.**

destruida por las SA de Hitler. Apalearon por error a un hombre que creían que era Plivier, y el libro fue quemado por el «poder estudiantil» de Berlín, mandado entonces por Goebbels.

En otras palabras, la verdadera imagen de la República de Weimar debe ser bifocal. El foco A consistía en los supervivientes del Segundo Reich, que gradualmente regresaron a los bastiones de su antiguo poder, con su riqueza y normas de conducta intactas. El foco B era la minoría, con su brillante aureola de libertad, cambio, progreso, reforma y, sobre todo, debate. El término alemán correspondiente a «foco» es *Brennpunkt,* punto ardiente. Que esos dos puntos centrales de fuego brillasen uno junto a otro significa que durante catorce años las dos posibilidades, la democracia y la dictadura, parecieron potencialmente viables. «Las naciones —ha escrito recientemente Hugh Thomas— consiguen sus identidades a partir de un estudio de su propia historia razonablemente libre de mitos. Ése es el distintivo de un país civilizado.» Fue precisamente esa clase de estudio, conducido por medio de un debate público, que soplaba como una fresca brisa desde todos los ángulos de Alemania, uno de los rasgos más característicos de la República de Weimar. La disputa fue encarnizada entre los que proclamaban sus versiones de los mitos alemanes en salas de conferencias, escuelas y periódicos de derechas, y sus oponentes, inferiores en número, superiores en energía e inteligencia, que desenmascaraban aquellos mismos cuentos de hadas en conferencias itinerantes, películas, libros, programas de radio y campañas de prensa. Entre los mitos propagados por la derecha figuraban las glorias de la guerra, la justificación del esfuerzo bélico de Alemania como legítima defensa, la «puñalada por la espalda», y la supremacía de la sangre, del irracionalismo, del capitalismo y de la raza germana. La causa liberal se presentaba no en las aulas de las viejas universidades, sino en la arena abierta de la opinión pública. Entre otras cosas trataba del antimilitarismo, ponía al descubierto los métodos empleados por la clase dirigente para mantener a Alemania en guerra durante cuatro años de mentiras, alababa la Sociedad de las Naciones, el europeísmo, la igualdad para las mujeres, y admitía que la derrota militar había sido completa.

**La democracia en peligro**

Mientras los respetables padres de la patria se hallaban empeñados en infun-

dir en la recién nacida República un hálito de vida, en Berlín había sido declarado el estado de sitio. Desde marzo a diciembre de 1919, el nuevo aliado de los socialdemócratas, el Alto Mando militar, se ocupaba de los que creían en la revolución; porque la nación de esclavos había producido ahora su Espartaco, en forma no de un individuo, sino de una minoría decidida y, para la situación en que se encontraba Alemania, tenaz. Los nuevos liberadores publicaban folletos con títulos violentos como «Todo el poder para los Consejos de obreros y soldados», «Armas para los trabajadores», etcétera. El día de Navidad de 1918 ocuparon el edificio de *Vorwärts*, el periódico oficial socialista. Los marineros revolucionarios ocuparon el Palacio imperial y sus amplias caballerizas. En las calles, los soldados arrancaban a los oficiales charreteras, insignias de mando y condecoraciones. Ondeaban banderas rojas. En todos los barrios del oeste de Berlín había mitines espontáneos e improvisados en los que oradores espartaquistas y socialistas independientes arengaban a multitud de curiosos. Las tiendas seguían abiertas, las ventas navideñas se desarrollaban como de costumbre, y los tranvías eléctricos circulaban normalmente. Como en abril de 1945, funcionaba el servicio telefónico. ¿Habría sido posible dirigir el aliento popular por canales constructivos, invitar a las masas soliviantadas a que ocuparan su lugar en la estructura republicana? Los socialistas del Gobierno, la izquierda mayoritaria, incluso antes de tomar el tren para Weimar, decidieron que no, y llamaron al Ejército. Oficiales como el coronel Reinhard dispararon contra los obreros que andaban vagando por las calles, y derrotaron a los espartaquistas en una semana, convirtiendo el levantamiento de Berlín en una revuelta monárquica, y cursando sus órdenes en nombre de «Nuestra Muy Graciosa Majestad». El mismo coronel, a comienzos de febrero, mandó a Weimar una compañía de su regimiento, para que montase guardia de honor a la Asamblea Nacional, pero allí los responsables tuvieron el buen sentido de desarmar a los soldados, o, al menos, ordenarles que se quitasen sus cascos de acero. Si Alemania no tuvo su revolución, tuvo en cambio su contrarrevolución, su «Terror Blanco», organizado por la derecha a petición de los socialistas mayoritarios. Pero, a pesar de sus varios intentos, los supervivientes del Imperio del Káiser fueron incapaces de tomar las riendas del Gobierno, aunque el terror que consideraban como necesario prosiguió en Alemania, en mayor o menor grado, hasta que se estabilizó el marco y Hitler fue enviado a la cárcel en 1924. La violencia derechista del período 1919-23 fue brutal, porque el *ancien régime* de Alemania necesitaba aterrorizar, por los medios más infames a su disposición, a cuantos mantenían opiniones inconvenientes. Con los espartaquistas fuera de combate, con Liebknecht y Rosa Luxemburg asesinados, los hombres de la *Reichswehr* (Ejército del Reich) llegaron a hacerse dueños de la situación. Por ejemplo, el domingo de Pentecostés de 1920, el conocido pacifista Hans Paasche fue asesinado por soldados uniformados en su casa de campo de Pomerania. Una semana después del funeral de Rathenau, que había sido asesinado en junio de 1922, el famoso periodista Maximilian Harden, defensor de Bismarck pero enemigo del reciente régimen de Guillermo II, fue golpeado hasta quedar medio muerto en plena calle. Bandas de soldados semidesmovilizados —mercenarios a media paga que seguían órdenes dadas por generales sin autoridad legal— vagabundeaban por el campo llevando en sus bolsillos listas negras de víctimas preseleccionadas.

Los mismos jefes, ilegales e invisibles pero muy reales, se servían de demagogos callejeros para que contribuyeran a crear una atmósfera de ilegalidad, desintegración y desmoralización, que los agitadores de la derecha creían necesitar para desacreditar a la República y restablecer en el poder a su gobierno aristocrático. Pero el arma más eficaz utilizada por la derecha fue la guerra económica y el sabotaje en el interior: la inflación, el paro y la negativa deliberada a estabilizar el marco. Cuando Ludendorff y Hitler montaron su teatral golpe de mano por las calles del centro de Munich, el 9 de noviembre de 1923, pensaban que toda sensación de cohesión y orden público había sido suficientemente socavada para dar a la intentona buenas posibilidades de éxito. Si la imagen corriente de la República de Weimar como prisionera de la vieja banda y de sus poderosos agentes fuera del todo correcta, en lugar de serlo sólo a medias, el golpe de Ludendorff y Hitler tenía que haber dado resultado.

### Reacción al terror

Pero no triunfó. El «Terror Blanco» no había alcanzado sus objetivos, y la República continuaba intacta. En el interior del pueblo alemán el «Terror Blanco» había dado vida a un movimiento con el que hasta un soldado tan reaccionario como el nuevo jefe del Ejército, el general Von Seeckt, descubrió que tenía que contar. Aunque las estadísticas de las tendencias electorales muestran una rápida baja de los socialdemócratas, así como una notable alza de la derecha, no dicen, sin embargo, que los socialdemócratas hubieran prosperado mejor fuera que dentro del Gobierno. Las estadísticas no revelan el hecho importante de que, igual que en tiempos del Káiser, el Gobierno alemán carecía de una «oposición formidable» en el sentido parlamentario. Unos partidos estaban dentro, y otros temporalmente fuera del Gobierno. Un grupo que en mayo podía haber estado en funciones, en diciembre tiritaba de frío. La única verdadera oposición al sistema vino de la calle, luego que el cabecilla de la fallida intentona, Adolfo Hitler, salió de la prisión de Landsberg y miró a su alrededor en busca de aliados y de dinero para nuevas agitaciones, y para la organización de un nuevo terror.

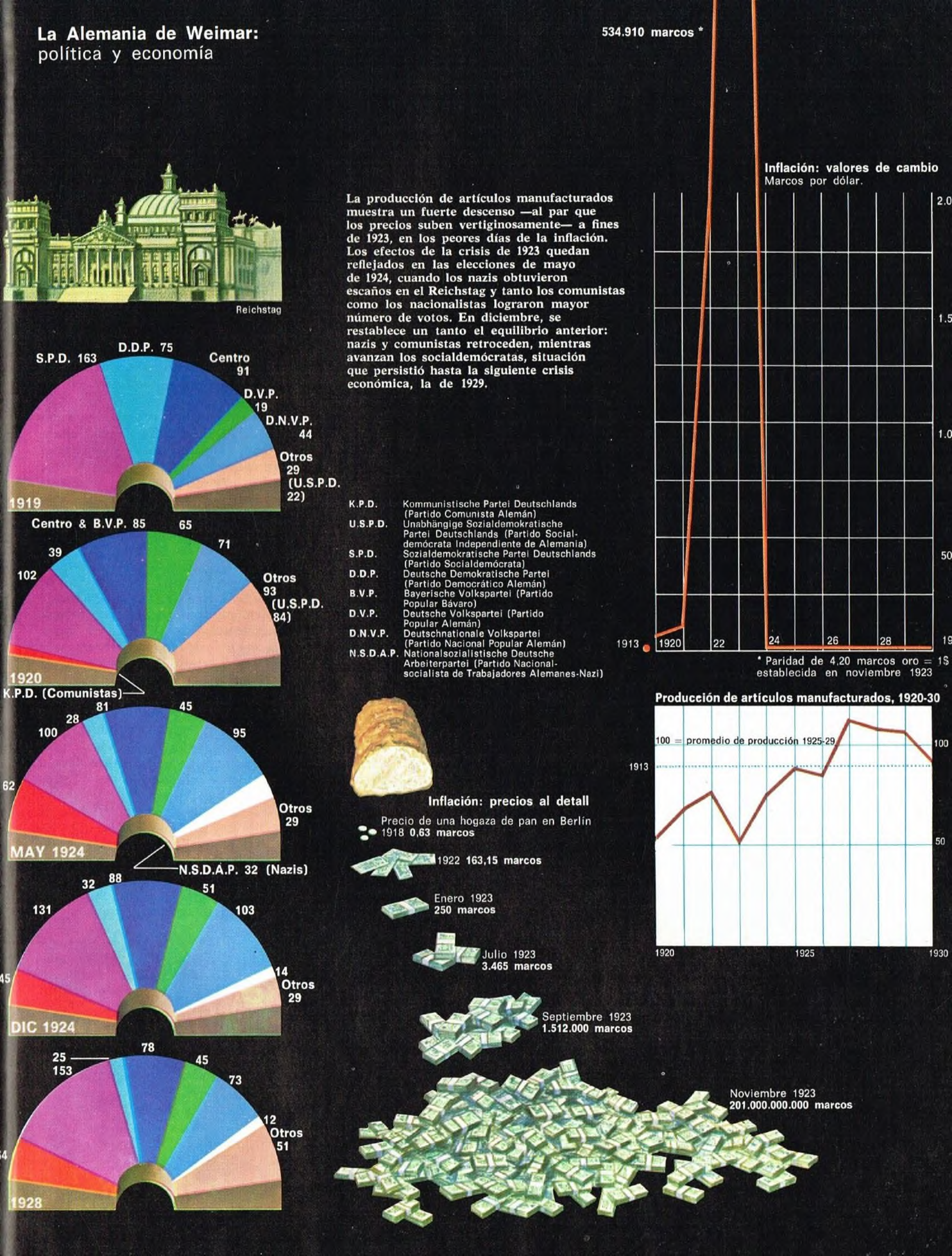
Lo que las estadísticas no muestran es el hecho alentador de que el gobierno ejercido por medio del terror y el asesinato había faltado, como concepto político, a sus propósitos mucho antes de que el grupo Ludendorff-Hitler cruzase el puente sobre el Isar aquel día de noviembre de 1923. El desdichado episodio del Ruhr después de la intentona de Kapp en 1920, cuando la Reichswehr puso contra el paredón y fusiló a unos dos mil pacíficos obreros entre los que se contaban muchachos de dieciocho años, tardó en olvidarse. Tres años más tarde, un maestro de escuela local que había enseñado a algunas de las víctimas, contó a un visitante que sus muchachos habían muerto gritando: «¡Viva la nueva era!»

### Asesinato de Rathenau

Siempre es difícil ponerse de acuerdo sobre cuáles fueron los puntos cruciales de la historia, pero puede convenirse en que el giro que tomó la historia de Alemania después de 1918 fue consecuencia del asesinato de Walter Rathenau.

La desdichada hazaña ocurrió en la mañana del 24 de junio de 1922. A las tres estaba reunido el Reichstag, y el canciller Wirth se levantó a hablar en el banco del Gobierno, cerca del escaño de Rathenau, vacío y cubierto con un paño negro, con un ramillete de rosas blancas colocado en la mesita de enfrente. La oración de Wirth fue una enérgica acusación de las bandas de asesinos, de sus muñido-

# La Alemania de Weimar: política y economía



La producción de artículos manufacturados muestra un fuerte descenso —al par que los precios suben vertiginosamente— a fines de 1923, en los peores días de la inflación. Los efectos de la crisis de 1923 quedan reflejados en las elecciones de mayo de 1924, cuando los nazis obtuvieron escaños en el Reichstag y tanto los comunistas como los nacionalistas lograron mayor número de votos. En diciembre, se restablece un tanto el equilibrio anterior: nazis y comunistas retroceden, mientras avanzan los socialdemócratas, situación que persistió hasta la siguiente crisis económica, la de 1929.



**A pesar del mal tiempo, los berlineses acuden a las honras fúnebres de Rathenau, ministro de Asuntos Exteriores asesinado en junio de 1922.**

res y defensores; luego, el canciller anunció que se tomarían medidas rigurosas para la protección de la República. Se cerró la sesión mientras muchos diputados se preguntaban si aquel asesinato no sería el preludio de una guerra civil. ¿Sería aquélla la noche de un golpe perpetrado por las derechas?

Al día siguiente, domingo, hubo una colosal concentración pública en el Lustgarten, junto al Palacio imperial de Berlín. Bajo un mar ondeante de banderas rojas y republicanas, unas 200.000 personas se apretujaban, tambaleándose, unas contras otras. «El resentimiento provocado por el asesinato —escribió un periodista— es profundo y genuino, y también lo es la determinación de defender la República. Todo eso está mucho más arraigado que el "patriotismo" monárquico de antes de la guerra.»

El Reichstag celebró otra sesión aquel domingo, y Wirth pronunció uno de los más elocuentes discursos de la República de Weimar. Finalmente, el Reichstag celebró la ceremonia funeral el 27 de junio. A las doce, el canciller acompañó a la madre de Rathenau al expalco imperial, que ostentaba todavía una *W* con una corona sobrepuesta. La anciana, «pálida como la cera y con un perfil de piedra bajo los velos», parecía presidir la austera ceremonia, en la que tomaron la palabra el presidente Ebert y otros, sonaron los acordes de Beethoven y Wagner, y todo se cargó de un significado más profundo. Luego el féretro fue llevado fuera, y el cortejo fúnebre atravesó la Puerta de Brandenburgo. «El sueño de Lasalle —escribió el mismo periodista— de entrar en Berlín a través de la Puerta de Brandenburgo como presidente de la República Alemana se ha realizado en el judío Rathenau, gracias a su martirio al servicio del pueblo alemán.»

**Era de estabilidad**

Quizás el sentimiento y los funerales no sean propiamente materia de política, pero el funeral de Rathenau movilizó a la opinión pública e hizo que los alemanes se viesen bajo una nueva luz.

La presión de la opinión pública forzó a Seeckt, el jefe no oficial pero indiscutido de la derecha militarista y militante, a permanecer neutral hasta que, como dijo Lloyd George de sir John Simon en 1915, «el hierro le entró en el alma». Cuando, en septiembre de 1923, el mayor Buchrucker trató de ocupar Berlín marchando sobre la capital desde la fortaleza de Küstrin, tenía buenas razones para esperar que Seeckt le daría su apoyo. Pero el presidente Ebert, que una vez más proclamó el estado de sitio, tenía aún mejores razones para creer que el general se pondría del lado de la autoridad legal. Buchrucker tuvo que renunciar a su intentona en el último minuto, sólo para comprobar, sin embargo, que sus hombres seguían adelante y hacían naufragar el golpe entre el escarnio del público.

Seeckt sabía también que en Munich se preparaban acontecimientos interesantes, y había decidido que su esposa viviera en la capital bávara, que allí tuviese un salón político y le mantuviera informado. Lo que supo por ésta y por otras fuentes no le llenó de mucha simpatía por el movimiento nazi tal como era entonces y, en conjunto, le inclinó a dudar de las posibilidades de éxito de aquel particular complot: una razón más para que considerase a Ludendorff, Hitler y compañía muy poco peligrosos cuando se acercaron al Feldherrenhalle de Munich, camino del Ministerio de la Guerra.

Seeckt, un personaje antipático, obtuso, intolerante y falto de todo atractivo, compartía de todo corazón el juicio que a Federico y Guillermo les merecía el pueblo alemán, y, en consecuencia, pasaba por ser un buen patriota. Sin embargo, no se mantuvo en el mando durante mucho tiempo después de la intentona de Munich y de otros fracasos de la Reichswehr. Tanto él como sus colegas parecían fuera de lugar en la brillante era de la estabilidad, de la comprensión internacional y de la emancipación intelectual que alivió la atmósfera pública de la República Alemana a partir de 1924 y dio al pueblo más confianza y mayores esperanzas.

**La vieja banda, en retirada**

Mientras Hitler se dedicaba a escribir en su prisión de Baviera, la República Alemana se convertía casi en una realidad. La opinión pública, un factor enteramente nuevo en la vida de Alemania, estaba de parte de la República. La vieja banda estaba aún atrincherada en sus bastiones del poder, pero tuvo, en los años de Stresemann, entre 1924 y 1929, una influencia más circunscrita, una menor capacidad de oponerse a una legislación progresista del trabajo, y un menor éxito en difundir entre el pueblo la idea de que la subordinación y la disciplina militar eran los únicos modos de vida dignos de un alemán y la guerra la única solución para una Alemania que ocupaba en Europa un puesto secundario. El viejo clan no se retiró, pero, durante cinco años, se mantuvo en el fondo de la escena. Se formó una nueva generación que individualmente, ya que, por desgracia, no colectivamente, permanecía inmune a la vieja maldición del poderío alemán. Era la generación de los Scholls, de aquellos que más tarde serían los más jóvenes opositores de los nazis en el poder.

La transición del período de terror al de conciliación y reconstrucción no fue, debe subrayarse, ni fácil ni faltada de complicaciones. Puede decirse que Stresemann sintió la fuerza incalculable de la resistencia reaccionaria todos los días de su vida. Stresemann pertenecía a aquella minoría de alemanes de Weimar que hicieron el largo y peligroso viaje de lo que hemos llamado foco A al foco B, a pesar de la incesante hostilidad en el interior y de la torpe falta de apoyo en el extranjero. La opinión pública alemana se dio cuenta de que Stresemann se había convertido en un hombre de importancia europea, con poco éxito en los detalles, pero saludado como combatiente de un futuro mejor y más esperanzado. Stresemann murió antes de la gran contraofensiva de la derecha alemana, que utilizó como palanca, lo mismo que había ocurrido antes de 1923, el malestar económico, la corrosión social y los sólidos valores tradicionales. Entonces, los viejos arquetipos alemanes del sargento mayor, el maestro de escuela y el policía se conjugaron en una síntesis satánica y se vistieron el negro uniforme de los hombres de las SS.

**Harold Kurtz**

# El «Putsch» de Munich

**Antiguo cabo lleno de fantasías absolutistas, Hitler, en noviembre de 1923, realizó en Munich la primera tentativa de hacerse con el poder, y fracasó. No obstante, explotándolo hasta el fondo, logró transformar un fracasado golpe de Estado en el trampolín de lanzamiento para la dictadura.**

*«El primer día se sentó junto a la cama que me habían asignado un hombre que sólo llevaba puestos unos pantalones viejos y raídos: Hitler. Le estaban despiojando los vestidos, pues durante días había estado vagabundeando sin techo, y en unas condiciones terriblemente atroces.» Aquel año era el de 1909, el lugar Viena, y el que hablaba era un vagabundo. Hitler había formado sociedad con él para vender postales con vistas de Viena, pintadas por él mismo y firmadas «A. Hitler». Por ese medio apenas se ganaba el sustento y vivía en compañía de vagabundos y borrachines. Aquéllos fueron los años de formación, cuando tomaron forma en su mente los prejuicios que iban a guiar su conducta futura: antisemitismo, antirepublicanismo, fanatismo.*

*En 1913 Hitler se trasladó a Munich, donde su poca afición al trabajo duro continuó manteniéndolo alejado de cualquier empleo regular. Al estallar la guerra, en 1914, entró en la primera compañía del 16.º Regimiento de Infantería Bávara de Reserva, y sirvió durante toda la guerra como enlace. Fue ascendido a cabo interino, herido dos veces y condecorado con la Cruz de Hierro. La capitulación de Alemania lo conmovió profundamente: «Todo se hacía negro a mis ojos mientras ocultaba mi dolorida cabeza entre las mantas y la almohada...», recordaba. La derrota y el establecimiento de una república democrática le resultaban intolerables, y decidió salvar al país. El instrumento con el que confiaba realizar su misión era el Partido de los Trabajadores Alemanes, en el que ingresó en septiembre de 1919, como miembro n.º 5. En abril de 1920 obtuvo el control del partido, que aquel mismo mes tomó el nombre de Partido Nacional Socialista de Trabajadores Alemanes (abreviado en «Nazi»). Planeó convertirlo en un partido de masas, mediante el cual destruiría a los enemigos internos, «los criminales de noviembre», y conquistaría para Alemania un gran imperio. La violencia, el bandidismo armado y la oratoria de masas eran sus métodos. De ellos se sirvió en la prometedora atmósfera política bábara, caracterizada por la famosa réplica de Pöhner, el jefe de la policía de Munich; cuando alguien le preguntó si sabía que existían bandas de criminales políticos en Baviera, dijo: «Sí, pero no las suficientes.» La acción empezó con la intentona de Munich de 1923. — S. R.*

**Hitler, fotografiado en Nuremberg en 1923, poco antes de su intento de conquista del poder mediante el *Putsch* de Munich.**



El llamado «Golpe de la Cervecería», que tuvo lugar durante la noche del 8 de noviembre de 1923 en Munich, fue el acontecimiento que dio por primera vez publicidad a Hitler fuera de Baviera. Su condición tragicómica y su completo fracaso parecieron marcar el final de la carrera de Hitler, aunque en realidad representó un paso importante hacia el logro de sus objetivos políticos. La notoriedad que le aportó y las lecciones que sacó del incidente le proporcionaron una importantísima ayuda en los años siguientes. Incluso después de que el movimiento nazi hubiera desplazado su centro de gravedad de Baviera a la Alemania del Norte y del Este, Munich continuó siendo la «capital del movimiento», y los hombres que murieron en la intentona fueron reverenciados como mártires de la causa nazi.

El intento de la conquista del poder no fue, sin embargo, el primer episodio revolucionario presenciado en la capital de Baviera. Cinco años antes, la noche del 7 de noviembre de 1918, la vieja monarquía de los Wittelsbach había sido derrocada por un Gobierno socialista basado en la autoridad de los Consejos de obreros y soldados. Siguió luego un período de confusión e incertidumbre salpicado de actos de violencia. En abril de 1919, se proclamó en Munich una república soviética, organizada en sus últimas etapas por el Partido Comunista, que buscaba en Lenin consejo y ayuda. Pero antes de que pudiese establecerse algún contacto efectivo con Rusia, los soviets habían sido brutalmente aplastados.

Estos acontecimientos dejaron en Baviera un poderoso legado psicológico. El hecho de que hubiese sido necesario llamar a fuerzas de la Alemania del Norte para acabar con la dictadura roja en Munich era considerado por muchos oficiales del Ejército y funcionarios civiles como una mancha en el honor nacional. Era tam-



bién motivo de alarma la posibilidad de que estallase de nuevo la revolución izquierdista. A los círculos oficiales de Baviera los obsesionaba, por consiguiente, la idea de que era necesario fortalecer los elementos contrarrevolucionarios que pudiesen proteger al país del bolchevismo.

Personificación de esta ideología era la figura de Gustav von Kahr, un exfuncionario del Estado durante la monarquía que fue nombrado primer ministro de Baviera en marzo de 1920. Bajo su dirección, el país se hizo famoso como hogar de los elementos reaccionarios, algunos de los cuales tomaron parte en violentas conspiraciones contra la República de Weimar. En Baviera proliferaban formaciones paramilitares, entre las cuales figuraban muchas asociaciones sucesoras de aquellos *Freikorps* (milicias) que habían contribuido en 1919 a la represión del radicalismo de izquierda. La existencia de depósitos clandestinos de armas, conservados a despecho del Tratado de Versalles, era cuidadosamente ignorada por el Gobierno bávaro, que consentía también el recurso a la intimidación e incluso al asesinato, para impedir que los informadores delataran los hechos a la Comisión Aliada de Control. Kahr se opuso a las tentativas de Berlín para que se cumplieran las leyes dictadas para protección de la República contra el terrorismo derechista. Por este motivo se vio obligado a dimitir en otoño de 1921, pero siguió siendo una figura importante en la administración bávara, y el Estado mismo continuó siendo una fuente de dificultades para el Gobierno del Reich.

Entre los enemigos de la República de Weimar que pudieron beneficiarse de aquella situación en Baviera estaba Adolfo Hitler. Éste entró en la política bajo los auspicios del ejército bávaro, y su primer adiestramiento fue como propagandista militar. En septiembre de 1919 fue enviado a informar sobre un grupo político llamado Partido de los Trabajadores Alemanes. Hitler se unió al mismo, y en poco tiempo se convirtió en el más dinámico de sus líderes. El partido, que se transformó en el N.S.D.A.P. (Partido Nacional Socialista de Trabajadores Alemanes, Nazis) en 1920, se benefició de los contactos que Hitler mantenía con el Ejército y con los confidentes de la policía de Munich. Por ser uno de los muchos grupos políticos racistas y supernacionalistas de la Alemania de entonces, el N.S.D.A.P. podía reunir un número de miembros relativamente impresionante a nivel local. La violencia de sus ataques al sistema republicano difícilmente habría sido posible sin la tolerancia de las autoridades bávaras.

**La derecha se afianza en Baviera: los soldados capturan a un comunista miembro de la efímera república soviética establecida en Munich en 1919.**

Las tensas relaciones entre Munich y Berlín llegaron al punto de ruptura en 1923. Como resultado de la ocupación del Ruhr por franceses y belgas, y de la desorbitada inflación del marco, la nación había llegado al borde del colapso. La política de resistencia pasiva en el Ruhr había animado al Ejército alemán, la Reichswehr, a formar fuerzas de reserva que, sin carácter oficial, pudieran ser movilizadas en la eventualidad de una guerra con Francia. Eran éstas en su mayor parte formaciones paramilitares de derecha. En Baviera la Reichswehr había mantenido siempre contactos con tales grupos, algunos de los cuales se consideraban ante todo bávaros y tenían a Kahr como jefe político. Anteponían los intereses bávaros a los de Alemania, y estaban dispuestos a considerar la posibilidad de una ruptura con Berlín si el régimen de la capital mostraba tendencias izquierdistas. Por otra parte, había muchos que eran contrarios a toda insinuación de separatismo, y querían establecer una dictadura nacional en Berlín. Varios de éstos empezaron a coordinar sus actividades en febrero de 1923, y a comienzos de septiembre se estableció una «Asociación de Combate» *(Kampfbund)*, con Hitler como jefe político. Estaba también ligado a esta asociación el general Erich Ludendorff, intendente de los ejércitos alemanes durante la Gran Guerra.

El 26 de septiembre, Stresemann anunció que tenía que abandonarse la campaña de resistencia pasiva, con la que los alemanes habían venido oponiéndose a la ocupación francesa del Ruhr. La reacción en Munich fue inmediata: el Gobierno declaró el estado de emergencia y nombró a Kahr comisario del Estado, con poderes dictatoriales. Una contradeclaración del estado de emergencia por parte del Gobierno de Berlín no fue muy eficaz. Los bávaros poseían el control de la policía, la magistratura y la administración de su región, a pesar de que en teoría estaban subordinados a la autoridad del Reich. Pronto se puso de manifiesto que ni siquiera el Ejército estaba dispuesto, en Baviera, a obedecer las órdenes de Berlín. Su comandante, el general Von Lossow, se negó a aceptar una orden políticamente embarazosa del general Von Seeckt, el creador de la Reichswehr. Cuando fue destituido de su puesto, las autoridades bávaras se negaron simplemente a dejarle marchar. El 22 de octubre se ordenó a sus tropas que hicieran promesa de obediencia al régimen de Kahr, hasta la restauración de las relaciones normales con Berlín.

Tanto Kahr como Lossow querían ver un cambio de sistema político en Alemania. Su ideal habría sido una vuelta al Reich Imperial de Bismarck, con una forma de gobierno monárquica y conservadora y algunos derechos especiales para Baviera. Con la finalidad de alcanzar dicho objetivo, querían poner bajo su mando todas las formaciones paramilitares del país. La mayor dificultad con que tropezaban en esta empresa era la *Kampfbund* de Hitler, que no tenía fe en la capacidad de Kahr para dirigir una cruzada contra el Gobierno de Berlín. En realidad, aunque Kahr era ciertamente más precavido que Hitler, sus objetivos inmediatos diferían poco. La actitud de Kahr quedó bien expresada en una alocución a los oficiales del Ejército bávaro el 19 de octubre de 1923. Refiriéndose al conflicto con Berlín a propósito del general Von Lossow, dijo: «Eso guarda relación con la gran lucha entre las dos filosofías que son decisivas para el destino de todo el pueblo alemán: la concepción judaico-marxista internacional y la concepción nacional alemana. Se trata de decidir entre lo que es alemán, por una parte, y, por otra, lo que no lo es. Todo oficial y todo alemán tiene que decidir. Baviera ha sido elegida por el destino para asumir la dirección en esa lucha por el gran objetivo alemán, y faltaría a su deber si se permitiese renunciar a su tarea por temor a asumir la responsabilidad... Corresponde a cada hombre decidir si quiere ser alemán o no.»

**Razones para la prudencia**

En eso contaba muy poco el separatismo bávaro. En Berlín existían sin duda sospechas de que los bávaros —que no habían dado particulares muestras de entusiasmo por el Imperio de Bismarck en 1871— podían querer separarse del Reich. Pero el general Von Seeckt tenía óptimas razones para evitar un conflicto abierto con Baviera. Él mismo simpatizaba con los que trabajaban para un cambio de sistema en Alemania, y no quería ver di-



*Arriba:* **un grupo de seguidores de Hitler en la fracasada intentona de Munich (9 de noviembre de 1923). Hitler esperaba que el Ejército y la policía local se le unirían; fue aquél su primero y último intento de apoderarse del poder por la fuerza.** *Abajo:* **patrulla nazi en la frontera bávara durante el** *Putsch.*

visiones entre ellos. Aún más importante para él era la unidad de la Reichswehr, que estaba decidido a conservar frente a todas las dificultades políticas. Sabía que la actitud de Kahr hacia la República era compartida por muchos oficiales en toda Alemania.

Había, ciertamente, razones objetivas que aconsejaban obrar con prudencia. En octubre Alemania contempló un golpe, abortivo, a cargo de unas unidades clandestinas de reserva en Küstrin, Prusia; un mal llevado alzamiento comunista en la Alemania central y Hamburgo; y crecientes presiones del separatismo, de inspiración francesa, en Renania. El más serio de esos problemas era la amenaza comunista, basada en los gobiernos simpatizantes de Sajonia y Turingia. A fines de octubre, el Gobierno alemán autorizó a unidades de la Reichswehr a ocupar dichos Estados, deponer a sus gobiernos y sustituirlos por autoridades leales al Reich. El Ejército obedeció con presteza, feliz de emplear la fuerza contra los rebeldes de izquierda.

Una vez conjurada la amenaza comunista, parecía aún menos justificable la insubordinación bávara. A raíz de esto, hubo en Berlín una crisis de gobierno, y elementos reaccionarios que conspiraban contra la República concibieron la esperanza de que Seeckt se serviría de su posición para derrocar el régimen de Weimar. Seeckt no guardaba simpatías por la República, pero no estaba dispuesto



*Arriba.* **Los acusados en el proceso de Hitler (1924): Pernet, Weber (un jefe de la** ***Kampfbund*****), Frick, Kriebel (otro jefe de la** ***Kampfbund*****), Ludendorff, Hitler, Brückner, Röhm y Wagner.** *Abajo:* **Hitler, su ordenanza Maurice, Kriebel, Hess (el futuro lugarteniente de Hitler) y Weber, fotografiados en la cárcel.**

a derribarla recurriendo a la fuerza, y por ello aconsejó a sus amigos de Baviera que evitasen las aventuras peligrosas.

**Hitler se decide por la fuerza**

La actitud de Seeckt decepcionó a los conspiradores reaccionarios que habían esperado apoyo de la Reichswehr. Kahr y Lossow estaban entre los decepcionados. El 24 de octubre, Lossow había dicho a los jefes de las formaciones paramilitares que se aprestasen a marchar sobre Berlín en un plazo de tres semanas. Ahora Kahr se veía obligado a recomendar que mantuvieran la calma hasta que en la Alemania del Norte estuviera preparado el terreno para lo que él llamaba «un Gobierno nacional del Reich, libre de frenos parlamentarios».

Aquello no satisfizo a la *Kampfbund.* Hitler no confiaba en el Gobierno bávaro. Tenía la sensación —probablemente acertada— de que, si no se actuaba con presteza, el sistema republicano podía tener la oportunidad de reponerse. Empezó a preparar un golpe. El objetivo no era iniciar una guerra civil en Baviera, sino proporcionar la chispa para un levantamiento general contra Berlín. Esperaba que, una vez en marcha la acción, las autoridades bávaras no opondrían resistencia a la causa «nacional». La noticia de que Kahr planeaba hablar en la cervecería «Bürgerbräukeller» el 8 de noviembre por la tarde, hizo que Hitler acelerase sus propios planes. Muchos miembros distin-

## **Expresionismo:**
## la agonía del alma alemana

Alemania empezó su vida como República bajo las consecuencias de una guerra que había matado o mutilado a millones de sus ciudadanos y la había humillado como nación. Violentas sacudidas internas descargaron nuevos golpes contra una sociedad tradicionalmente autoritaria.

El expresionismo, intento de comunicar el fermento de la vida interior del artista mediante el uso de técnicas artísticas únicamente por su efecto expresivo, había aparecido en la pintura y en la literatura alemanas ya antes de la guerra. Después de ésta, se popularizó. Aparecieron formas torturadas, convulsas, particularmente en las películas.

Algunos pintores, aun conservando la intensidad emocional típica del expresionismo, no eran ya primordialmente introspectivos. Querían presentar al mundo la realidad del sufrimiento que habían presenciado. Personajes como gángsters y lisiados, imágenes de color y mutilación, eran la materia prima de amargos pronunciamientos morales. El tema de Beckmann en «La Noche» **(derecha)** es una banda de desesperados que ataca una vivienda de suburbio; las imágenes son como las dejadas por una pesadilla de su experiencia de la guerra. Sin embargo, en ese cuadro (1918-19) Beckmann da a sus figuras una solidez no expresionista.

De las películas expresionistas, la más famosa fue «El gabinete del Doctor Caligari». Sobre un fondo de chimeneas oblicuas, tejados inclinados y ventanas como flechas, un hombre fuerte, Cesare, bajo el hechizo de Caligari, propietario de un puesto de feria, apuñala o rapta a sus víctimas. Cesare muere, y Caligari es perseguido hasta un asilo mental. Su perseguidor, Francis, es recibido allí por el director del asilo, el propio Caligari. Francis descubre que Caligari había fingido ser propietario del puesto de la feria, y que tiene un loco afán de poder. Este relato contra la autoridad demente se presenta como la alucinación de un internado del asilo, que ha identificado a su amable director con el lunático tirano, Caligari.

El tema de la autoridad reaparece en una película posterior, «Metrópolis». En los sótanos de esa ciudad del futuro viven los obreros, esclavizados por las máquinas. En la superficie, en rascacielos y salas de juntas, vive el capitalista empresario. En las entrañas de la tierra, en una casita curva, el inventor. El capitalista le da instrucciones para que cree un «robot» con el aspecto de la dirigente obrera María, para que los trabajadores se rebelen y le den una excusa que justifique un castigo brutal. Los obreros se declaran en huelga, y abren una vía de agua que amenaza tragarse sus propios hogares y a sus propios hijos. Los niños pueden ser salvados, y los obreros llegan a un entendimiento con su patrón gracias al hijo de éste y a la verdadera María. Pero el apretón de manos simbólico del capataz y el patrón no cancela las imágenes anteriores de los obreros aplastados por las máquinas. Los trabajadores se han convertido en instrumentos de la voluntad de su dueño.

«Metrópolis» se filmó en un momento de relativa estabilidad. Las imágenes son, en su mayoría, lúcidas y ornamentales, mientras que en «Caligari» aparecían retorcidas y obsesivas. Sin embargo, la alternativa a la anarquía sigue siendo la autoridad. Cuando Goebbels y Hitler vieron «Metrópolis», Hitler quiso que su director, Fritz Lang, hiciese películas para los nazis, aunque, de hecho, otra película de Lang, «La última voluntad del Doctor Mabuse», fue una protesta contra el nazismo.







1

*1* «Ecce Homo», de Lovis Corinth: el hombre, maniatado para el sacrificio por la ciencia y la guerra. Corinth, cabeza de los impresionistas alemanes, quedó influido por el emocionalismo expresionista luego de sus experiencias de guerra. *2* «Heridos de guerra juegan a las cartas», de Otto Dix, pintor que había estado en las trincheras y en un hospital de campaña. *3 y 4* Grabados expresionistas en madera: «La madre», de Frank Maserael, para el libro de Leonhard Frank «Der Mensch ist gut» (El hombre es bueno); y «Georg Britting», de Josef Achmann. *5* Escena de la película «Metrópolis», dirigida por Fritz Lang (1927): el inventor da a su robot la figura de la prisionera María, mediante un proceso electrónico. *6* Cesare, la criatura de Caligari, se lanza desesperadamente sobre tejados de pesadilla, con su presunta víctima en brazos, mientras intenta escapar a su perseguidor; escena de «El gabinete del Doctor Caligari», dirigida por Wiene (1920).

2

3



4



5

6







guidos de la administración bávara estarían presentes en la reunión, lo cual le ofrecería una oportunidad ideal para apoderarse de ellos e iniciar el golpe.

La noche del 8 de noviembre, la «Bürgerbräukeller», una cervecería amplia y bien amueblada algo apartada del centro de Munich, estaba atestada de personas deseosas de escuchar una conferencia de Kahr sobre la justificación moral de la dictadura. Entre los oyentes se encontraban Von Lossow, Seisser y varios miembros del Gobierno bávaro. También estaban presentes muchos nazis que ocultaban cuidadosamente sus armas. Kahr no había llegado muy lejos en su exposición cuando Hitler apareció en la sala, protegido por un grupo de hombres armados de las SA, las tropas de asalto nazis. Entonces, muchos que hasta el momento daban la impresión de ser pacíficos espectadores sacaron pistolas y bombas de mano. En la entrada principal apareció una ametralladora que apuntaba hacia la multitud. Hitler, que para atraer la atención sobre su persona había subido sobre una silla y disparado un tiro al techo, obligó a Kahr, Lossow y el coronel Von Seisser, de la policía del Estado bávaro, a entrar en una habitación contigua, donde les advirtió que tenía la intención de formar un Gobierno nacional. Afirmó que Ludendorff (que en realidad no sabía nada del asunto) sería el jefe de un «Ejército nacional». Pistola en mano, ofreció a aquellos aturdidos dirigentes bávaros algunos cargos en el nuevo régimen.

Los prisioneros de Hitler, puesto que tales eran, no parecieron muy impresionados. Kahr declaró que Hitler podía encarcelarlo o matarlo si así le parecía, y Seisser reprochó al jefe nazi que hubiese quebrantado su palabra de no intentar un golpe de Estado. En efecto, Hitler había hecho esa promesa —aunque no sin ciertas restricciones—, y se sintió bastante embarazado al presentar sus excusas. En vista de que las cosas no andaban por buen camino, volvió al salón principal y anunció que había empezado la revolución nacional. Quería dar a entender que Kahr y colegas estaban de su parte. En este instante compareció Ludendorff, al que había ido a buscar a su casa, en las afueras de Munich, uno de los ayudantes de Hitler. Aunque estaba enojado por la presunción de Hitler de intentar un golpe sin notificárselo antes, aceptó unirse a los rebeldes. Su prestigio y su autoridad eran de una enorme importancia. El general Von Lossow quedó convencido de que no debía oponer resistencia, y el propio Kahr fue ganado por la promesa de que actuaría como regente de Baviera hasta la restauración de la monarquía. Siguieron inmensas escenas de entusiasmo, y dio la impresión de que Hitler había logrado su primer objetivo: el respaldo oficial a su causa «nacional».

**Surgen las dudas**

No se ha zanjado aún la cuestión de hasta qué punto fueron sinceros Kahr y Lossow al aceptar los planes nazis. Fracasada la intentona, sostuvieron, por supuesto, que sus promesas a Hitler habían sido puro engaño, una simple respuesta a la amenaza de la fuerza. No es imposible, sin embargo, que, en el calor del momento, se sintiesen genuinamente tentados a aceptar el hecho consumado de Hitler. Tenían con éste, en todo caso, como objetivo común el derrocamiento del Gobierno de Berlín. No simpatizaban con Hitler, pero veían en él a un demagogo útil para concentrar a los enemigos de la República. No se imaginaban que pudiese convertirse verdaderamente en dictador.

El propio Hitler no habría permitido que los dirigentes bávaros conservasen su libertad, pero Ludendorff confiaba en que su prestigio personal aseguraría la lealtad de Lossow. En eso estaba muy equivocado. De regreso a su cuartel general, Von Lossow se encontró con que sus subordinados se oponían firmemente a toda colaboración con Hitler, y no dudaban de que su superior procuraría por todos los medios reprimir el *Putsch*. Habían procedido a la seguridad de los centros de comunicaciones y cursado órdenes para impedir que las tropas nazis recibieran ar-

**Ilustraciones alemanas referentes a la intentona de Munich y al aparente final de las ambiciones de Hitler.** ***1*** **Mientras Hitler y Ludendorff, desde las jarras de cerveza de Munich, se proclaman salvadores de Alemania, el juez dice: «¿Alta traición? ¡Tonterías! La peor acusación que tenemos contra ellos es la de quebrantar los reglamentos sobre las diversiones públicas.»** ***2*** **Caricatura de 1924, luego del proceso de Hitler; parodia el sueño de éste de entrar triunfalmente en Berlín llevando encadenado al presidente Ebert.** ***3*** **El nazismo intenta navegar contra el viento dominante que impulsa la nave del Estado republicano.** ***4*** **Este cartel del Partido Popular Bávaro pone de manifiesto el clima nacionalista y «antibolchevique» que sirvió de fondo a la intentona de Munich. «¡Baviera, el bolchevique anda suelto! ¡Acabemos con él en las elecciones!» Para los bávaros, la República olía a bolchevismo.**




BAYERN, DER BOLSCHEWIK GEHT UM!
HINAUS MIT IHM AM WAHLTAG!
BAYERISCHE VOLKSPARTEI

Lithogr. Art. Anstalt München



mas de los cuarteles. Cualesquiera que hubieran sido sus primeras intenciones, Lossow se volvió entonces contra el *Putsch*. Se puso también en guardia contra la intentona a la policía de Estado bávara, y, después de consultar con los más altos funcionarios, Kahr decidió oponerse firmemente a Hitler. A las 2.55 de la madrugada —varias horas después de los sucesos de la «Bürgerbräukeller»— Kahr y Lossow mandaron telegráficamente a todas las emisoras de radio alemanas un mensaje declarando que se desvinculaban de Hitler. Unidades del Ejército recibieron la orden de trasladarse a Munich para proteger al Gobierno legal.

Hitler no había contado con una oposición realmente seria en Munich. Su objetivo había sido ganarse al Ejército y a la Policía, y, en las horas que siguieron a los acontecimientos de la «Bürgerbräukeller», creyó que lo había conseguido. La policía municipal de Munich, al mando de Wilhelm Frick, que sería más tarde ministro del Tercer Reich, se había abstenido de intervenir cuando las SA rodearon la cervecería. Algunos oficiales del Ejército simpatizaban con el nazismo, y una escuela de cadetes de Lichterfeld se pasó casi en bloque al lado de Hitler.

No obstante, cuando Hitler vio, en la madrugada del 9 de noviembre de 1923, que el Ejército y la Policía del Estado le oponían franca resistencia, dio por descontada su derrota. No había hecho preparativo alguno para enfrentarse con una oposición armada. Desesperado, trató de conseguir la ayuda del Kronprinz Rupprecht de Baviera, como mediador entre sus seguidores y el Gobierno. Ludendorff se sintió más aventurero. Persuadió a Hitler para que intentase una manifestación política que pusiera a su lado al pueblo de Munich y lograra que el Ejército se apartase de Lossow. Ludendorff esperaba que su sola presencia bastaría para reducir a obediencia a los hombres de uniforme.

Los seguidores de Hitler marcharon en formación, a través del Isar, hacia el centro de la ciudad. Fueron calurosamente aplaudidos por las multitudes apiñadas en las calles. Por todas partes se veían banderas con la esvástica y los colores negro, blanco y rojo del viejo Imperio. Al llegar la columna, se disolvió un cordón de policía. Parecía que el *Putsch* tenía aún alguna posibilidad de éxito. Pero al aproximarse al centro de Munich —su objetivo era el Ministerio de la Guerra bávaro— los manifestantes tenían que pasar por una estrecha calle que desembocaba ante el antiguo palacio de los Wittelsbach. En el extremo de la calle había un cordón de la Policía del Estado que, al enterarse de que se aproximaba la columna nazi, se separó rápidamente en dos filas. Cuando la columna llegó al cordón, se disparó un tiro que mató a un oficial de la Policía. Los policías contestaron con una descarga de fusil. El hombre que marchaba al lado de Hitler, dándole el brazo, cayó mortalmente herido, y a Hitler se le dislocó el hombro. Los manifestantes se dispersaron y huyeron, dejando tras sí algunos muertos y heridos.

Después del tiroteo, Ludendorff, recuperada la serenidad, marchó altivamente a través del cordón de policías. Detenido, fue mantenido bajo vigilancia en su propio domicilio, pero tratado con gran respeto. Hitler huyó, pero fue capturado dos días después.

**¿Fracaso?**

La intentona puso fin a las esperanzas de hacer de Baviera la base para un ataque derechista a la República de Weimar. Kahr y Lossow tuvieron que luchar mucho para justificar sus propias acciones y demostrar que en realidad siempre se habían opuesto al *Putsch*. Aquello dio a Hitler una gran ventaja desde el punto de vista político, porque en su proceso, en marzo de 1924, pudo reivindicar para sí todo el mérito de haber dirigido el movimiento contra el «traidor» sistema de Weimar instalado en Berlín. Además, el encarcelamiento subsiguiente le permitió consagrar su atención en escribir el *Mein Kampf*, en el que enunció con claridad los inflexibles principios que iban a guiarlo durante los tormentosos años futuros. Su reputación entre los elementos del extremismo nacionalista quedó definitivamente establecida en toda Alemania. Los años que siguieron a la intentona de Munich fueron un mal período para el movimiento, pero Hitler pudo utilizar la máquina que había creado en Baviera y el prestigio que el golpe le había proporcionado para asegurarse una posición sin igual entre los racistas alemanes que se oponían radicalmente a la República de Weimar. Cuando, en 1930, este régimen entró en crisis, Hitler pudo obtener su recompensa.

**A. J. Nicholls**

**Un destacamento de los *Freikorps* se dispone a unirse a Hitler y Ludendorff en su marcha hacia el centro de Munich el 9 de noviembre de 1923.**

# La inestable República de Weimar

**La República de Weimar era una dictadura enmascarada que gradualmente se fue quitando la careta. Aunque falta de verdadera vitalidad, permitió que una fresca brisa de libertad purificase el aire de Alemania durante muchos de los años del período de entreguerras. En tales condiciones, el país experimentó un notable renacimiento cultural.**

La primera República Alemana fue proclamada desde un balcón del Reichstag, en Berlín, el 9 de noviembre de 1918, alrededor de las tres de la tarde.

El socialdemócrata Philipp Scheidemann nos cuenta cómo encontró el edificio del Reichstag invadido por una excitada muchedumbre de soldados, marineros, trabajadores y otras personas que pedían clamorosamente la revolución. Impulsado por la oleada revolucionaria, saltó audazmente sobre la balaustrada de un balcón que daba a la plaza rebosante de gentío, y gritó: «¡Viva la República Alemana!» El grito fue coreado tumultuosamente por las masas.

Afortunadamente se conserva también el informe del hombre que estuvo al lado de Scheidemann durante aquellos breves momentos: Richard Müller-Fulda, un miembro destacado del Partido del Centro. Müller-Fulda se dirigió, aquel día, a su club, para almorzar «en paz y tranquilidad», después de lo cual se dirigió calmosamente hacia el Reichstag. Por el camino encontró «una manifestación poco numerosa de personas en traje dominguero —adultos, niños, mujeres, chi-



**Manifestación en favor de la República (Berlín, agosto de 1921), pocos días después del asesinato de un socialista, Erzberger, por hombres procedentes de los *Freikorps*, semillero de las SA.**



cas, algunos con pequeñas banderas rojas—, que de vez en cuando gritaban con voz apagada: "¡Viva la República!"... Atravesé aquella ordenada procesión, que más parecía un paseo de colegiales en primavera que una marcha revolucionaria». Al llegar al Reichstag, Müller-Fulda se dirigió a la biblioteca, donde encontró, no las «masas de obreros y soldados» de Scheidemann, sino unas quinientas o seiscientas personas que leían tranquilamente sus periódicos. Scheidemann salió con Müller-Fulda a uno de los balcones, para dar un vistazo a la gente congregada en la plaza, que no era mucha. Los que se encontraban en primera fila reconocieron a Scheidemann, le saludaron agitando las manos y aplaudieron un poco. El secretario de Estado se puso en pie, no sobre la balaustrada sino sobre su silla, y gritó: «¡Viva la República Alemana!» Vueltos a la biblioteca, Müller-Fulda preguntó a Scheidemann: «¿Es que esta clase de revolución no es cosa de risa?»

**Una revolución «sui generis»**

Es importante saber cómo realmente sucedieron las cosas, pues el episodio demuestra que la «revolución» alemana fue dirigida por personas que, como Scheidemann y el resto de los socialdemócratas, estaban resueltos a evitarla; así como la República de Weimar fue dirigida por quienes eran irreconciliablemente opuestos a la forma de gobierno republicana.

El significado más profundo de Weimar, a pesar de sus grandes logros culturales, deberá siempre buscarse en el *Nationaltheater*, donde respetuosa y firmemente la revolución fue puesta en su lugar descanso por los hombres que iban a presidir los destinos alemanes en la siguiente década. Esos hombres eran los socialdemócratas, de origen revolucionario, integrados como oposición durante el gobierno de los Hohenzollern, y aparentemente de ideas izquierdistas. Ahora se habían convertido en el partido del orden, y, para vigorizar tal posición, buscaban el apoyo del Ejército. Muy pronto a nadie le importó el verdadero socialismo. En 1806, cuando Napoleón estaba en Berlín, después de derrotar a los prusianos en Jena, el Gobierno publicó, con la firma del Rey, como orden del día, la exhortación: «La calma es el primer deber del ciudadano.» Ese sentimiento se convirtió en la estrella-guía de los partidos burgueses del orden, desde el momento en que Scheidemann proclamó la República desde su tambaleante silla en el balcón del Reichstag, y aquellos partidos fueron los que dominaron el centro de la escena política durante toda la vida de la República de Weimar. Los jefes del Ejército, siempre campeones de la calma y el orden, hicieron naturalmente cuanto pudieron por mantenerlos... a un precio que finalmente mataría a la República. Durante catorce años, la política del Ejército alemán, aunque apolítico en el sentido de que no se permitía a ningún soldado ingresar en un partido, constituyó el único elemento consistente y sólido en la escena política alemana (y, sobre todo, detrás de ésta). Los dirigentes de la República Alemana dejaron los hechos fundamentales de la vida política tal y como los encontraron, consiguiendo de ese modo que no fuese perturbado el equilibrio interno del poder.

**Experimentos atrevidos**

Alemania se convirtió en un país de experimentación verdaderamente revolucionaria en materias de reforma educativa. Los padres que eran lo bastante ilustrados para enviar a sus hijos a la escuela de Salem, de Kurt Hahn (1919-1933), o a la Odenwaldschule, de Paul Geheeb (1910-1934), descubrieron pronto que su elección había estado más que justificada. El objetivo de estas escuelas era el despertar gradual de un sentimiento de responsabilidad en el individuo. Ambos centros alentaron también un sentimiento de solidaridad europea y comprensión internacional. En la escuela de Geheeb el número de chicos y chicas procedentes de América, Holanda, Inglaterra, países escandinavos y otros lugares llegaba al 25 % a finales de la década de 1920. Podría añadirse que en junio de 1930 Paul Geheeb, que tenía entonces sesenta años, pidió a sus doscientos discípulos que levantaran la mano derecha y jurasen que nunca irían a la guerra contra Francia, y en 1932 el doctor Hahn informó a todos los miembros de la escuela de Salem que tenían que elegir entre el Partido Nazi o Salem, pues no podían formar parte de ambos a la vez.

La juventud tuvo excelentes tutores que trabajaron para mantener viva la idea europea. En 1926, la Reichsbanner, una ilustrada organización dirigida por la asociación de exmilitares demócratas de izquierda, celebró reuniones en toda Alemania para apoyar la Sociedad de las Naciones y el Tratado de Locarno. Uno de sus más firmes partidarios fue el conde Kessler, un hombre que había consagrado muchos esfuerzos y grandes sumas de dinero para hacer que la Sociedad fuese una realidad aceptable para la masa del pueblo alemán.

Era tal el atractivo de los ideales europeos en aquella época que un libro titulado *Mein Kampf*, de un tal Adolfo Hitler, fue completamente ignorado cuando apareció en los escaparates de las librerías.

**Logros culturales**

Fuera de la política, Alemania, durante los años de entreguerras, se convirtió en un eminente centro de creaciones artísticas. En particular, la Bauhaus, de Dessau, una nueva escuela de arquitectura y dibujo fundada por Walter Gropius en 1919, se hizo famosa por derribar las barreras entre el arte y la ciencia y por haber transferido al *design* los métodos de la técnica. La Bauhaus dominó la arquitectura progresista durante más de una década. Su revolución se extendió rápidamente y llegó hasta las provincias más soñolientas. En 1928, Stuttgart, una ciudad que no era particularmente famosa por su espíritu progresista, celebró una exposición de arquitectura para la cual algunos miembros de la Bauhaus, entre ellos Gropius, Mies van der Rohe, Mendelsohn y Le Corbusier, diseñaron «la nueva casa». Los responsables de la administración municipal proporcionaron después el dinero para que los planes se transformasen en ladrillos y cemento. La exposición de la Bauhaus en Stuttgart fue un gran éxito internacional.

El estilo austero, rectangular, que se puso de moda en la arquitectura doméstica y pública de Alemania, trajo consigo diseños igualmente revolucionarios para el mobiliario y la decoración interior. Entraron en la vida pública los tubos de acero, pasaron a formar parte de la casa tablas desnudas de madera encorvada, y amplias ventanas dejaron entrar en el hogar más luz de la que nunca había entrado.

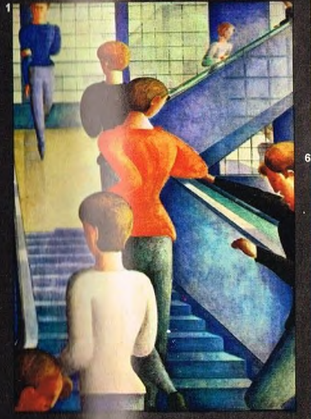
También en literatura la libertad no planificada de Weimar proporcionó el clima en el que podía aparecer una mayor grandeza. La zanja que separaba a las generaciones en otros campos era mucho menos pronunciada en el mundo de la novela, el ensayo y el poema. Entre los escritores maduros estaba Thomas Mann, Premio Nobel de 1929, ensayista y orador de gran talla, y conocido sobre todo por sus novelas, como *La montaña mágica*, publicada en 1924. La fama perdurable de Rainer Maria Rilke se estableció primeramente durante la República. Como poeta lírico y metafísico Rilke figura entre los gigantes del siglo. Importante entre los hombres patrocinados por la Repú-

# La Bauhaus

La Bauhaus, como la República, nació en Weimar en 1919, y fue asesinada por los nazis en 1933: la veían como expresión del arte decadente, que «preparaba el terreno» al bolchevismo. Gropius, su cabeza, se propuso derribar la barrera entre artistas y proyectistas industriales y dominar la máquina. Los estudiantes aprendían ingeniería y técnicas fabriles; crearon la decoración interior, los murales, la instalación de luz y los muebles para el edificio Bauhaus de Dessau. Los maestros no imponían un estilo a los estudiantes. Éstos se veían instados a volver a los materiales básicos, a las formas básicas —el cuadrado, el triángulo y el círculo—, y a experimentar por sí mismos. La atmósfera experimental, el énfasis en la investigación de las técnicas, los materiales y la forma abstracta, dieron a la Bauhaus un elevado nivel general. Los diseños de la Bauhaus eran claros, matemáticamente precisos, económicos, puros, funcionales. «Juntos, concibamos y creemos el nuevo edificio del futuro, que abrazará la arquitectura, la escultura y la pintura en una unidad, y se elevará un día hacia el cielo desde las manos de un millón de trabajadores como el símbolo de cristal de una fe nueva», escribió Gropius en el Manifiesto de la Bauhaus, en 1919. La escuela fue cerrada dos veces, por crecientes presiones nacionalistas, y dos veces abierta de nuevo, en Berlín y Dessau. En abril de 1933, la policía rodeó la escuela y detuvo a los estudiantes.

**1 «Escalera de la Bauhaus», por Oskar Schlemmer. 2 Estantes, hechos con madera de cerezo y cristal, diseñados por Walter Gropius. 3 Traje para un ballet, diseñado por Schlemmer. 4 Tetera y cafetera, diseñadas por Otto Rittweger. 5 Maqueta del proyecto de Gropius para el edificio de la Bauhaus, de Dessau, encargado por la ciudad y construido en 1925-26. 6 Maestros de la Bauhaus; de izquierda a derecha: Albers, Scheper, Muche, Moholy-Nagy, Bayer, Schmidt, Gropius, Breuer, Kandinsky, Klee, Feininger, Stötzl, Schlemmer.**

1



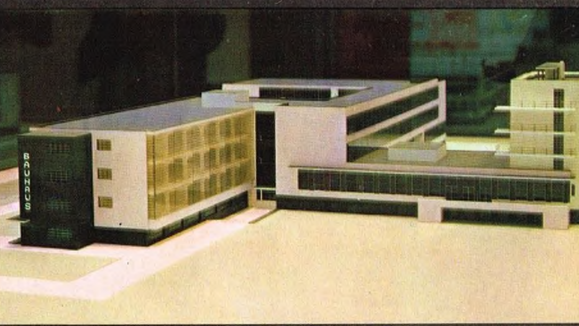
2



3 4



5




6



blica de Weimar estaba el gran poeta Stefan George, que ejerció una poderosa influencia en un amplio círculo de jóvenes, entre ellos Claus Schenk von Stauffenberg; éste, en julio de 1944, tomaría parte en el complot para atentar contra la vida de Hitler.

Alrededor de tales maestros bullían los escritores más jóvenes. Moderna por su estilo y contenido, la novela alemana de los años veinte fomentaba la franqueza, especialmente en materias sexuales, el comentario social, que era con frecuencia amargo, la crítica de lo viejo, y, según algunos, el nacimiento de un hombre nuevo. La novela de Weimar alcanzó su momento culminante en 1929, con la publicación de *Sin novedad en el frente*, de Eric Maria Remarque. Escrita en sólo seis semanas, dicha novela apareció primeramente como un folletín en un periódico berlinés, y dieciocho meses más tarde era un *best-seller* mundial.

Berlín se convirtió en una meca del teatro. Los jóvenes revolucionarios se hicieron espacio suficiente al lado de los creadores ya consagrados, que tuvieron su representante más famoso en el gran Max Reinhardt. La brillantez y esplendor de sus producciones y la excelencia de los actores le aseguraron públicos entusiastas. Al otro lado de la Schiffbauerdamm berlinesa, Erwin Piscator, en septiembre de 1928, representó la *Dreigroschenoper (La Opera de tres ochavos)*, basada muy libremente, por Bertold Brecht, en *La Opera del Mendigo*, y acompañada por una música insinuante y expresiva de Kurt Weill. *Dreigroschenoper* tomó por asalto escenarios y pantallas cinematográficas hasta que el autor del *Mein Kampf* fue llamado a la Cancillería por el presidente Hindenburg y la libertad fue exiliada del corazón de Europa. Como experiencia teatral, el *tour de force* de Brecht-Weill había hecho mucho por alimentar el miedo irracional al «bolchevismo», que caló muy hondo en la sociedad alemana.

Fueron tales miedos, y las fuerzas que representaban, lo que salió a la superficie después de la Gran Depresión de 1929. Cuando se evaporaron la confianza y el optimismo de los años de Stresemann, los industriales, nacionalistas, generales y malhechores, que durante años habían estado esperando entrar en escena al primer aviso del apuntador, se dispusieron a aparecer. Si Alemania, hasta 1929, había vivido en equilibrio sobre la línea divisoria entre el bien y el mal, en un clima social y cultural en el que incluso el bien parecía estar al alcance de la acción política práctica, los últimos cuatro años de la República se dirigieron hacia perspectivas muy diferentes. Hugenberg fue un notorio ejemplar del tipo de hombre que caracterizó a la República declinante. Obtuso reaccionario, que no había olvidado casi nada y había aprendido aún menos desde los días del Káiser, cuando figuró entre el personal directivo de la sociedad Krupp, Hugenberg fue un político, magnate de la prensa y del cine. Se convirtió en líder del derechista Partido Nacionalista Popular Alemán (D.N.V.P.), y compró la principal productora de películas alemana, la famosa UFA. Esta industria, que había contribuido a la pacificación de Europa y establecido nuevas normas para el mundo internacional del cine, transformó la producción cinematográfica germana en un triste vehículo para la propaganda moralista, nacionalista y militarista. El general Schleicher, el hombre que sería nombrado canciller en 1932, proclamó públicamente que él, por ejemplo, no pertenecía a los que veían a «la juventud como la sal de la tierra». Hugenberg y sus secuaces veían a su juventud no como la sal de la tierra, sino como la carne de cañón del mañana.

**Harold Kurtz**

**Fuerzas de la derecha: el general Von Seeckt (con las manos juntas) y, a su derecha, Kurt von Schleicher, último canciller antes de Hitler.**



# Stresemann

**En un país atormentado por convulsiones políticas, Stresemann parecía representar las fuerzas de la moderación y de la estabilidad. Devolvió Alemania a la comunidad de naciones y obtuvo, por medio de la diplomacia, ganancias que Hitler incrementaría más tarde mediante la violencia.**

Optimismo, combinado con el valor de nadar contra la corriente de la opinión pública; oportunismo, que le permitió superar los rápidos de la vida política; un cierto idealismo tradicional alemán, romántico y tal vez ingenuo, que él explotaba con consumada habilidad y que daba brillantez a sus discursos; deslumbradora elocuencia, no desprovista de volubilidad, que le hacía hablar y escribir con facilidad y soltura, y una notable dosis de lealtad y calor personal: tales eran las cualidades que distinguían a Gustav Stresemann. A la larga, le faltaron la talla, la originalidad y la riqueza de ideas que son ingredientes indispensables del verdadero estadista.

Stresemann era un hombre de negocios nato, y fue en ese campo donde se ganó los primeros galones. Era también un político y parlamentario nato, esto es, sabía cómo negociar y cómo llegar a un acuerdo, y le gustaba hacerlo. De joven, durante la Primera Guerra Mundial, había sido nacionalista y partidario de las anexiones. Como hombre maduro, fue un ministro de Asuntos Exteriores que se deleitaba en las conferencias internacionales en busca de una Europa unida, aunque no tuviera fe en su viabilidad. Maduró con el tiempo, y eso es todo. Vivió demasiado el presente para tener la oportunidad de reconsiderar o revivir sus opiniones anteriores. En su camino hacia la madurez no hubo ninguna búsqueda dramática ni ninguna súbita revelación de la verdad. Tanto él como su hijo Wolfgang no conocieron crisis de este género; y él mismo habló de la lógica evolución de su vida y de la convicción de que siempre se mantuvo fiel a sí mismo. No hay razón para ponerlo en duda.

**Gustav Stresemann, el gran estadista de la República de Weimar, fotografiado junto a su esposa.**



### Maestro de táctica

Stresemann se mantuvo sentimentalmente monárquico, o, al menos, así lo decía. No obstante, como ningún otro, representó a la República con dignidad y lealtad. Se dio de baja del Imperial Yacht Club porque los socios eran de tendencias no conformistas, y pidió a sus colegas de partido que se dieran de baja de la *Stahlhelm* o «Cascos de Acero» (Asociación de Excombatientes), porque éstos habían proclamado públicamente: «Odiamos con toda nuestra alma el sistema estatal existente y todo lo que representa.»

Stresemann amaba a la República a su manera, porque no solamente le había ayudado a obtener los más altos honores y cargos del Estado, sino que le había permitido disfrutarlos con dignidad y a gusto. Como político, como canciller y como ministro, dejó de ser un ciudadano de segunda clase, que es lo que habría seguido siendo en la Alemania Imperial.

Fue sin duda un parlamentario nato, pero no un verdadero hombre de partido. Tenía escaso respeto a la doctrina del partido, y se valía de éste simplemente como de un instrumento en la lucha por el poder político.

Era un maestro en todos los tipos de oratoria parlamentaria, y, según fuese su auditorio, se presentaba a sí mismo como un europeo o como un nacionalista, como un Metternich o un Maquiavelo. En realidad, no era ni una cosa ni otra. Era un realista, perfectamente consciente de que sin ejércitos ni dinero no se puede hacer la guerra. Consiguió, mediante la aceptación del Plan Dawes que establecía las modalidades del pago de indemnizaciones por parte de Alemania, en primer lugar asegurarse los préstamos norteamericanos que eran tan esenciales para la economía alemana, y, en segundo lugar, sacar del Ruhr a las tropas de ocupación francesas y belgas.

Mediante la aceptación del Pacto de Seguridad, concluido en la Conferencia de Locarno en 1925, se comprometió a que Alemania no utilizaría la fuerza para recuperar Alsacia y Lorena. Enteramente aparte de que el Reich no estaba en situación de realizar semejante proeza bélica, Stresemann sabía perfectamente que, en la eventualidad de un plebiscito, Alsacia y Lorena no elegirían volver a formar parte de Alemania. Por consiguiente, en el Pacto de Locarno apoyó los acuerdos ya definidos en el Tratado de Versalles en lo relativo a la frontera occidental, y preparó el camino para la retirada de las fuerzas de ocupación de la Renania. Esta retirada había sido pospuesta, en enero



*1* Caricatura del dibujante Low: Austen Chamberlain, Stresemann y Briand estrechan sus manos en el Pacto de Locarno; aunque Stresemann ha allanado el camino para la retirada de las tropas de ocupación de Renania, Briand le tiene todavía un golpe preparado. *2* Colas ante establecimientos de comestibles de Berlín, durante la grave crisis económica de 1923. *3* Viñeta de Kelen que caricaturiza el estamento social del cual procedía Stresemann, la clase media baja.






de 1925, a causa de la negativa alemana a cumplir con las obligaciones impuestas para su desarme, pero Stresemann conseguiría la evacuación sin dar seguridad alguna de un desarme de Alemania.

Al aceptar el Plan Young, que se proponía llegar a un arreglo de la cuestión de las indemnizaciones y fijaba las cantidades que Alemania tenía que pagar durante los cincuenta y nueve años siguientes —Stresemann no creyó ni por un momento que Alemania tuviera que respetar aquellos pagos por espacio de dos generaciones—, se aseguró definitivamente la retirada de todas las fuerzas aliadas de ocupación de Alemania cinco años antes del plazo establecido por el tratado.

En política exterior, el objetivo de Stresemann era la revisión del Tratado de Versalles y el final del aislamiento alemán, y consiguió ambas cosas. Fue más allá, y obtuvo la confianza del mundo, incluidos los anteriores enemigos de Alemania. Por eso se le recompensó, en 1926, con el Premio Nobel de la Paz.

En conjunto, los éxitos de su carrera política fueron considerables. Cuando se hizo cargo del Gobierno en 1923, Alemania se encontraba en una situación imposible, similar a la de junio de 1919, cuando las únicas alternativas eran aceptar el Tratado de Versalles o condenar el país a la completa destrucción. Asumió la tarea de poner fin a la resistencia pasiva contra la ocupación francobelga del Ruhr, inconveniente éste que aceleraba la curva de Alemania hacia la inflación ruinosa y el desastre económico. En segundo lugar, Stresemann logró durante algunos años dirigir de nuevo Alemania hacia el seno de la comunidad europea y recuperar la confianza de Europa y del mundo. Los años de estabilidad externa e interna de la República de Weimar —y aquellos años no estuvieron del todo faltos de brillantez— estarán siempre íntimamente asociados a su nombre. No es sorprendente que se vinculase el final de la República a la prematura muerte de Stresemann, ocurrida el 3 de octubre de 1929. Por entonces se estaban acumulando en el horizonte los nubarrones oscuros del radicalismo de derechas y la crisis económica. A partir de lo que sucedió en Alemania después de la muerte de Stresemann, algunos publicistas, alemanes y no alemanes, y buen número de historiadores, han llegado a la conclusión de que, si aquél hubiera vivido, Hitler no habría llegado nunca a canciller.

**Annelise Thimme**

# Indice